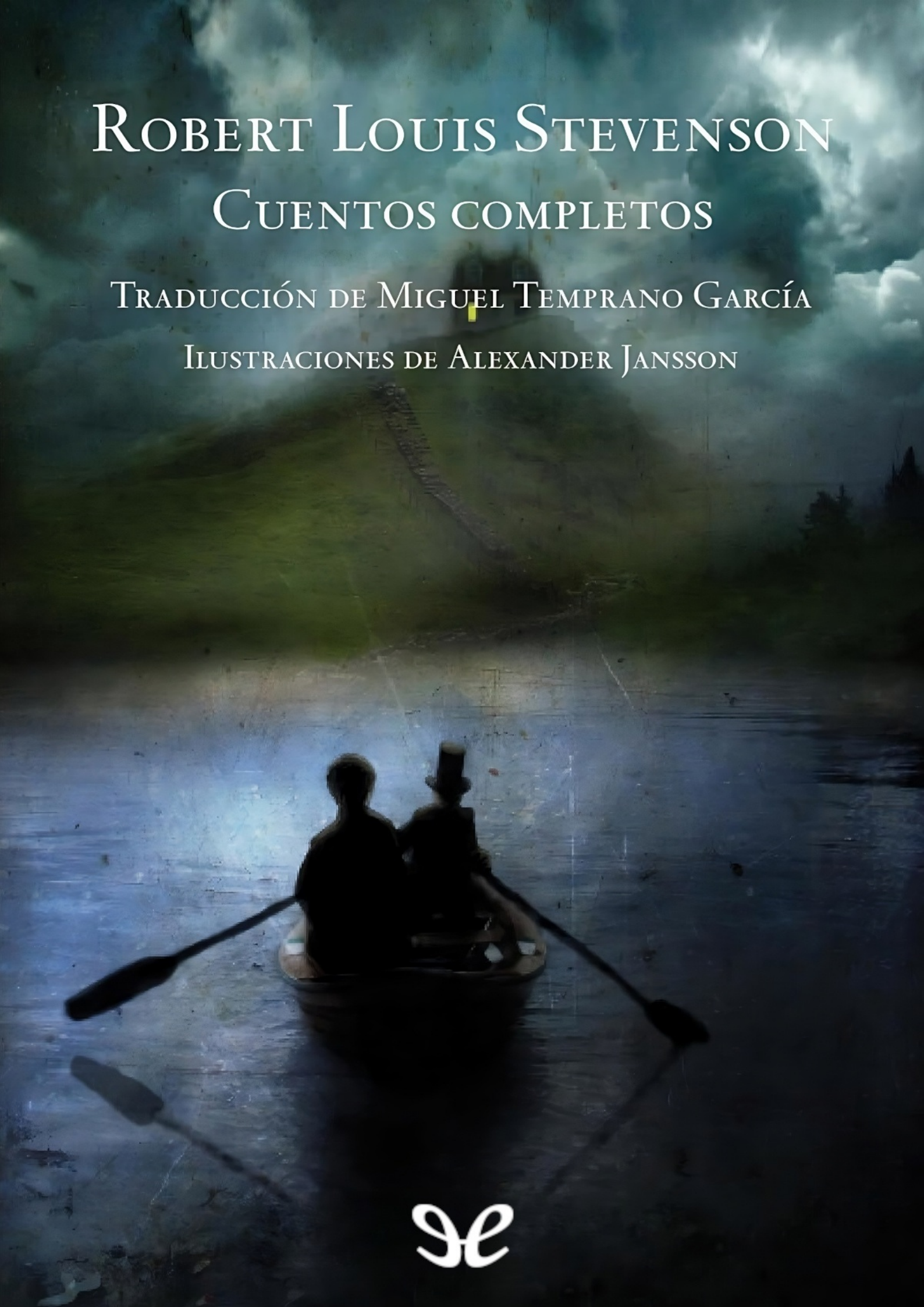
Robert Louis Stevenson

Cuentos completos

Traducción de Miguel Temprano García

Ilustraciones de Alexander Jansson



Se reúnen en este volumen, por primera vez en castellano, todos los relatos del gran Stevenson, un escritor que ha encantado a sucesivas generaciones de lectores desde finales del siglo XIX hasta nuestros días. Estos cuentos conforman uno de los universos literarios más ricos y mágicos de la literatura universal. Aquí nos encontramos con historias tan populares como *El Extraño Caso del Doctor Jekyll y Mr. Hyde*, además de otras obras maestras igualmente inolvidables.

Ya sean historias fantásticas, románticas o de ambiente marino, los cuentos de Stevenson constituyen una lectura insustituible, un placer en esta edición renovada, gracias sobre todo a la espléndida traducción de Miguel Temprano García y a las espectrales ilustraciones de Alexander Jansson.

Robert Louis Stevenson

Cuentos completos

Penguin Clásicos - 0

ePub r1.7
Titivillus 24.09.2024

Título original: *The Complete Stories of Robert Louis Stevenson*
Robert Louis Stevenson, 2009
Traducción: Miguel Temprano García
Ilustraciones: Alexander Jansson

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

INTRODUCCIÓN

El 14 de octubre de 1877, el *New York Times* publicó «Un sitio donde pasar la noche», un relato breve sin otra firma que la de la revista inglesa que lo había impreso un mes antes. Sin duda, el editor tenía ojo para las buenas historias, pues los años siguientes tomó otros tres cuentos de distintas revistas inglesas. Así pues, el *New York Times* tuvo el honor de ser el primero en publicar a Stevenson en Estados Unidos. Unos años más tarde, al poco de morir el escritor, un crítico del *Times* rememoró aquella primera experiencia, aplaudiendo al periódico por su perspicacia y sagacidad. No hay duda de que eso pasó mucho tiempo atrás, cuando todavía se estilaban las retrospectivas y los encomios, y cuando todos los literatos compartían la convicción de que Robert Louis Stevenson, amado por los dioses, ya había ascendido a clásico de la lengua inglesa. Hoy en día, Stevenson es, con toda probabilidad, la figura más anómala de los estudios literarios y culturales. En efecto, la versatilidad y productividad del autor asombran a cualquiera que se encuentre ante los innumerables ensayos, libros de viajes, novelas, obras de teatro, poemas, críticas y cartas que constituyen uno de los corpus más extraordinarios de las letras inglesas del siglo XIX. La variedad y complejidad de su obra no son más que el reflejo del hombre; Stevenson era un intelectual, un bohemio y un romántico consumado. No sería razonable considerar que no traspasó a su obra su intensa personalidad. Walter de la Mare lo expresa mejor: «En realidad, podemos verlo en cada línea que escribió; el rostro alargado, aquellos ojos oscuros e inquietos, el pelo lacio, los dedos huesudos».

La inmensa mayoría de los contemporáneos de Stevenson reconocían que sus ansias de inmortalidad, pues no era fama lo que pretendía, habían hecho de su literatura, y en concreto de los relatos, un género que él mismo definió en la teoría y en la práctica. Desde George Saintsbury y Henry Seidel Canby en la entrada del siglo XX hasta V. S. Pritchett y Sean O'Faoláin más avanzado el mismo, Stevenson fue sinónimo de este nuevo género. En 1914, Frank Swinnerton lo aupó «entre los mejores escritores de relatos de Inglaterra». Cinco años después, el *Times Literary Supplement* (*TLS*) juzgó positivamente de nuevo el conjunto de su obra: «En el relato breve, su arte encontró una provincia lo bastante angosta como para poder dominarla por completo». En 1925, Edith Wharton lo incluyó en el triunvirato de la literatura inglesa moderna, junto a Henry James y Joseph Conrad. Y John Buchan, al final de la misma década, le dedicó estos elogios: «Stevenson fue uno de los mejores escritores de cuentos que han existido. Era uno de aquellos bardos que recita en prosa en vez de en verso, con la agilidad narrativa de un bardo combinada con estallidos de belleza lírica. Fue un gran escritor de relatos». La influencia de Stevenson en el relato breve fue absoluta. Se convirtió en parte de la conciencia de la sensibilidad modernista, y el alcance de sus cuentos puede rastrearse en dos maestros del género posteriores, Jorge Luis Borges y Graham Greene.

Este volumen va dirigido a una nueva generación de lectores, todavía abiertos a la experimentación y ávidos por las posibilidades que les depara este arte mágico. En «La Providencia y la guitarra», el brillante alegato de Stevenson sobre el arte y la vida, Léon Berthelini es un intérprete de segunda, muy vanidoso y de estilo anticuado. Con todo, es un artista genuino: entretiene e instruye a una joven pareja inmersa en un conflicto conyugal por culpa de la vida de artista, pero que resuelve mantenerse uno al lado del otro. La esposa de Léon advierte a la joven de que encontrar un buen hombre puede llegar a ser muy difícil, y le aconseja que vale la pena conservar al padre de su hijo, aunque no sea muy buen pintor. La pintura, al fin y al cabo, no lo es todo. Léon, con la guitarra, desarrolla el servicio más noble que se puede rendir al arte, la reivindicación de la vida. Y Stevenson, el artista principal del espectáculo, asintiendo en silencio hacia el lector, confirma la realidad y la importancia de esta empresa.

1

Desde la Segunda Guerra Mundial, muy pocos acontecimientos en la literatura contemporánea pueden equipararse al extraordinario aumento del estatus del relato breve. Muchos de los escritores más aclamados de Inglaterra, Irlanda, Canadá y Estados Unidos son en esencia escritores de cuentos, reconocidos y aclamados por cultivar un género que históricamente ha sido considerado el hermano menor de la novela. Pero sería erróneo insinuar que el relato breve surgió de repente, de la nada, o que nadie antes le había prestado atención. Al contrario: goza de un largo y emocionante recorrido. Solo con retroceder a su origen, en el último cuarto del siglo XIX, nos daremos cuenta de que aquello que impulsó su nacimiento no es, en lo fundamental, diferente a lo que hoy en día le permite seguir siendo un género tan vivo. El relato breve va evolucionando a la par que la novela moderna. Tienen en común un único objetivo: reducir el tamaño del libro y concentrar el arte de la ficción. Es innegable que entre el público y los mismos escritores se ha instalado cierta fatiga. No es una coincidencia que los dos autores de ficción más exitosos de las dos últimas décadas del siglo XIX fueran Robert Louis Stevenson y Rudyard Kipling. Este último declaró el fin de las novelas de tres volúmenes, y el primero consideraba que terminar solo uno era una proeza. Es cierto que para los victorianos, por lo menos para los tardíos, las novelas en tres volúmenes representaban todo un logro, un emblema de la profundidad intelectual y la integridad moral. Llenar tres volúmenes enteros de historias intrincadas que reflejaran la variedad y multiplicidad de las vidas comunes suponía casi una vocación. Por más que resulte un tópico que la publicación por entregas de la época victoriana anticipara los culebrones contemporáneos y su caleidoscopio de personajes, las tramas intrincadas, el melodrama y el sentimentalismo, es igualmente cierto que los grandes autores

victorianos eran escritores serios cuyos temas no se veían condicionados solo por el mercado, pues también derivaban de la necesidad de representar temas profundos, si no acuciantes.

¿En qué situación se encontraba la novela en el último cuarto del siglo XIX? Dickens y Thackeray habían muerto. George Eliot había completado sus grandes obras. Trollope estaba escribiendo sus últimas novelas. El único gran novelista que seguía en activo era George Meredith, y este, como todo el mundo sabe, era caviar para la mayoría, un autor que se había granjeado la admiración de otros escritores, pero cuya obra estaba destinada a fracasar entre el gran público. Este era el panorama cuando Robert Louis Stevenson inició su carrera. Si la hipótesis de Harold Bloom sobre la rebelión generacional es apropiada, entonces cualquier escritor serio de la misma edad que Stevenson podría haberse rebelado contra aquellos monumentos de poderoso y abrumador intelecto, monumentos seguros de sí mismos si no arrogantes, que se vendían a lectores de élite en tres gruesos volúmenes por treinta chelines. De todas formas, nadie que hubiera crecido en la década de los sesenta o setenta del siglo XIX podía evitar sentir un gran respeto por dichos monumentos literarios. Ciertamente, Stevenson lo sentía, quizá hasta le intimidaban, aunque también es cierto que sabía a la perfección qué representaban: una visión del mundo que solo podía ser albergada en una forma textual adecuada a la épica victoriana. No sorprende que considerara que *Los miserables* de Victor Hugo supusiera la consumación de la ficción a esa escala, o en ese estilo. Pero este no era el camino que pretendía seguir, ni el que se seguiría después de él. Stevenson se percató de que la novela victoriana ya se había agotado a sí misma, que pertenecía a un tiempo y a un lugar ya pasados. Tenía la admirable habilidad de reconocer tanto las virtudes de la novela como sus limitaciones. Si bien admiraba en gran manera a Walter Scott como paisano y escritor cuyos temas le incumbían, también reconocía que su ficción había expirado o, por lo menos, que su método ya había quedado obsoleto. En pocas palabras, la época demandaba una imagen que reflejara su paso acelerado: el cuento.

¿En qué condición se encontraba el relato breve inglés cuando Robert Louis Stevenson firmó, por primera vez, con las iniciales R. L. S. «Un sitio donde pasar la noche» en el número de octubre de 1877 de *Temple Bar*? En su mayor parte se encontraba moribundo. No cabe duda de que los novelistas ingleses no habían conseguido dominar este género. La publicación por entregas prefería las tramas elaboradas, y el dominio total de las novelas en tres volúmenes impedía que se desarrollaran las técnicas narrativas que resaltaran las virtudes del relato breve. Si uno quería encontrar ejemplos de este tipo de ficción tenía solo dos opciones: la narrativa estadounidense o la francesa. Stevenson sentía una atracción natural hacia ambas. Poe y Hawthorne eran las figuras que sobresalían entre las estadounidenses. Nadie ponía en duda siquiera entonces que Poe hubiera determinado los cimientos teóricos del relato breve, o que por lo menos había elaborado un proceso formal que racionalizaba sus propias tentativas. Stevenson leía Poe con avidez, y lo usó con total

impunidad. Es bien conocida la fascinación de Stevenson por los «dobles» (simbolizados en Jekyll y Hyde), tema muy recurrente en su ficción. En una carta que escribió a Andrew Lang, por ejemplo, reconoció su familiaridad con una de las obras maestras de Poe de este género («Sí, conozco a William Wilson»). Las primeras reseñas a los relatos breves de Stevenson están repletas de alusiones a Poe, quien, en opinión de la crítica, era el modelo que inspiró los cuentos de terror de Stevenson, así como esa morbosidad que pronto fue reconocida como un rasgo esencial de su estilo. La relación entre Stevenson y el teórico estadounidense debe ser considerada como fundamental.

Sin embargo, Stevenson se sentía todavía más atraído por Hawthorne. Los relatos del escritor de Nueva Inglaterra sobre la culpa y el fervor religiosos, enmarcados en las severas doctrinas del calvinismo, seducían de forma especial a un escritor cuyo país estaba inundado por el presbiterianismo más devoto e inflexible. Incluso los relatos supersticiosos y sobrenaturales encuentran su reflejo en las historias de miedo y brujería que su niñera le contaba de niño, y que se encuentran entre sus primeros recuerdos. Además, Hawthorne poseía una faceta moral muy pronunciada ausente en Poe que lo conmovía en lo más íntimo, pues nunca pudo zafarse de la fe estricta de los ortodoxos. No es sorprendente, pues, que desde el principio los críticos comentaran, no siempre de forma favorable, sobre el aspecto moral como una de las características más destacadas de la narrativa de Stevenson.

Stevenson también conocía a Cooper y a Twain, por supuesto, y criticó a Melville por equivocarse al transcribir con exactitud el habla de las islas Marquesas en su libro *Typee*. Pero la cuestión no es cuántos escritores estadounidenses conocía. Era un lector voraz y omnívoro, y pocas obras le pasaban por alto. Que Hawthorne era su modelo intelectual resulta tan innegable como que Walt Whitman era su inspiración emocional. Stevenson encontró en este poeta tan abierto la libertad anhelada, pues era la antítesis de la mentalidad de los escoceses, tan ariscos y retraídos. En Whitman, como en Thoreau, encontró una idea, quizá incluso un ideal, asociado a Estados Unidos, una idea tan convincente como seductora para un joven que había crecido en los dominios del castillo de Edimburgo, en una húmeda y oscura ciudad norteña.

Si hay una sola cosa que Stevenson aprendió de Hawthorne, es sin duda el uso de la luz, una imagen que domina la ficción de Stevenson desde el primer relato que publicó hasta el brillo final de «La playa de Falesá». Pero Estados Unidos no representa la «luz» en oposición a la «oscuridad» de Escocia. Whitman y Thoreau representan más bien la elevación, la exaltación del individuo y la idea de libertad, aspectos muy significativos para la personalidad de Stevenson. No obstante, la antítesis a esa idea de libertad estaba profundamente arraigada en un hombre que encontraba cierto placer en leer escritores escoceses, religiosos y estrictos. De ahí el origen del «moralismo» manifiesto, el uso de la palabra «sermón» en los títulos de sus obras (*Lay Sermons*, «Sermón de Navidad»), y algunos relatos cuyo mensaje o tono parecen estar cargados de una «moral» que provoca que los lectores modernos

los ignoren o incluso los menosprecien. Sin embargo, así como Hawthorne no puede desestimarse por el mensaje moral que a menudo se desprende de sus relatos, tampoco Stevenson. Los cuentos de este último no son más moralistas, en un sentido peyorativo, que los de Hawthorne, incluso puede que lo sean menos, porque Stevenson era un artista más consciente de sí mismo que Hawthorne, a la vez que era un intelectual en un sentido más amplio que Poe.

Por lo que respecta a los franceses, es bien sabido que Stevenson guardaba una relación muy estrecha con su literatura y su cultura, así como profundo era su vínculo con este país. Desde los elogios a Victor Hugo al inicio de su carrera hasta la dedicatoria de *Across the Plains* a Paul Bourget, ya cerca del final, Stevenson mantuvo una inmudable admiración por los escritores franceses. Incluso los incorporó a su propia obra. En «El diamante del rajá», por ejemplo, se fija en Émile Gaboriau, novelista cuyas historias sobre el inframundo de París fundaron el género del *roman policier* y en cuyo detective, Lecoq, se inspira del príncipe Florizel de *Más mil y una noches*. Los franceses proveyeron a Stevenson de abundante material para su obra. Entre sus primeros escritos encontramos los ensayos sobre Charles de Orléans y François Villon, así como su libro de viajes más conocido, que describe una travesía por las montañas Cevenas, al sur de Francia (*Viajes con una burra*). Por supuesto, los antiguos y estrechos lazos entre Francia y Escocia resultaron cruciales para la cultura de Stevenson, y conformaron los temas de sus más extensas novelas históricas. En otras obras más breves ambientadas en Francia también afloran algunos aspectos de estos lazos, ya sea en parte o por completo, como es el caso de «El Club de los Suicidas», «El diamante del rajá», «Un sitio donde pasar la noche», «La puerta del señor de Malétroit», «La Providencia y la guitarra», y «El tesoro de Franchard». En efecto, la calidad estética e intelectual e incluso la cotidianidad de la vida francesa estimulaban la imaginación de Stevenson. Pero como estudiante de arte, era la literatura lo que atraía más su atención.

El *conte* francés era la única alternativa al relato breve estadounidense, el otro modelo disponible para el escritor, decidido a poner en práctica un género que no tenía ningún equivalente moderno en Inglaterra. El cuento francés, en oposición a su primo hermano estadounidense, «reivindicaba […] el valor supremo de la forma y la composición, y de esa unidad de efecto que se deriva de la completitud estructural». La descripción del cuento francés que lleva a cabo Taylor a propósito de las piezas de Prosper Mérimée y Théophile Gautier podría leerse como un manual sobre el arte de Stevenson: «Gautier persigue su fin a través de la concentración, Mérimée por medio de la eliminación de los detalles. […] En las manos de ellos dos, […] el arte del *conte* francés se mantuvo, en gran medida, completamente objetivo». Stevenson habló sobre su familiaridad con Gautier en un periódico de San Francisco en junio de 1887: «Me desagrada en especial el uso de cualquier palabra extranjera. […] El gran ejemplo de locura por leer para aprender nuevas palabras fue Gautier».

Stevenson encontró en el *conte* francés los elementos esenciales para crear el relato breve en inglés: la economía del lenguaje, que conllevaba tomar una mayor conciencia en la forma de escribir y de expresarse; la forma de entrelazar los hechos en una cadena lógica e ineludible de tal forma que el final siempre quede implícito en el principio, como le dijo Stevenson en una famosa carta a Sidney Colvin; la costumbre de contar la historia a partir de acontecimientos externos, ya sea a través de un narrador en tercera persona o uno en primera que sea, a fin de cuentas, un observador objetivo, incluso si está personalmente implicado en la historia; y, en particular, el hecho de concentrar los hechos y los detalles en una unidad compactada y autosuficiente. Los contemporáneos de Stevenson elogiaron su esfuerzo por comprimir y economizar, a pesar de que muy a menudo desaprobaron el resultado final. Una reseña a «El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde» reprochaba a la obra su fracaso en desarrollar lo que en principio parecía una idea brillante y original: «Quizá, sin embargo, en la era de la lectura apresurada, la narrativa condensada que ofrece el señor Stevenson tendrá más público que una historia más elaborada». El mismo Stevenson era muy claro con ese propósito en su estilo:

> Cuando quiero decir algo intento hacerlo en el mínimo espacio posible. Creo que un lector no debe ir arrastrándose durante páginas y páginas para averiguar qué intento decir. La gran dificultad con la que me encuentro es compactar el material. Me doy cuenta cuando un autor ha reescrito el texto una y otra vez, pues por muy raudo y fluido que sea un escritor, no puede barajar la gran cantidad de material que conformará un libro sin que algún fragmento le quede fuera de lugar. El orden es la base, la gracia y el fin de la literatura. La literatura es un arte que necesita su tiempo. Así que lo más importante es estar seguro de que todo se ha dispuesto en el orden adecuado. Y nunca dar por buena la primera versión. Esa es mi experiencia.

Por su naturaleza, Stevenson podría identificarse con los franceses y la importancia que otorgaban a la forma y al estilo del cuento. En una entrevista que concedió a un periodista de San Francisco en 1887, queda plasmada esta idea, si bien escuetamente, cuando opina que el único escritor que estaba trabajando en algo tan interesante en el ámbito artístico como Henry James era Guy de Maupassant. A pesar de que el comentario alaba la nueva dirección que la obra de Henry James había tomado durante la década de los ochenta del siglo XIX, también elogia la destreza y originalidad de Maupassant, que había empezado su carrera a principios de la década, y cuya obra Stevenson sin duda seguía con gran interés. Siempre estaba atento a lo que producían los franceses, y su habilidad por inspirarse en sus ideas, tanto formales como temáticas, es un recordatorio constante de su gusto por las lecturas católicas y la religión. Si la novela policíaca del siglo XIX de Émile Gaboriau le sirvió como modelo para los cuentos de *Más mil y una noches*, las *ballades* (y la vida) de Villon le ofrecieron los medios para explorar los temas de la pobreza y la riqueza, el arte y la vida, en «Un sitio donde pasar la noche».

Stevenson buscaba combinar los elementos del *conte* francés y el relato breve estadounidense con el objetivo de crear un nuevo género que reuniera las mejores cualidades de ambos. Eso no implica que uno tuviera unas características superiores al otro, sino que ambos poseían diversos elementos que conectaban con la imaginación artística y los intereses intelectuales de Stevenson. Estaba decidido, pues, a explotar las posibilidades inherentes en ambos. Lo que Stevenson trataba de encontrar era un género que combinara el distanciamiento y la objetividad de los franceses con la implicación moral, e incluso la discursividad, de los estadounidenses. En cierto sentido, pretendía llevar a cabo algo inédito: fusionar dos estilos distintos y, de algún modo, contradictorios. Para los franceses la forma era lo primordial: la narración es la sucesión de hechos encadenados que controla y unifica el relato desde el principio hasta el fin. Esta será tan objetiva como sea posible, se evitará que el autor se entrometa en la historia, y el estilo será pulido en todos los detalles (economía de la expresión, hechos concisos y supresión de todos los datos irrelevantes o superfluos). El *conte* francés ofrece un relato de una construcción admirable que provoca una fuerte impresión. En pocas palabras: es un artificio magnífico. Stevenson se sentía en gran manera atraído por ese tipo de estilo, pues el desafío parte del material, del cuidado por la presentación y del compromiso casi exclusivo con los problemas del dominio de la técnica.

En el modelo estadounidense, por otra parte, la moralidad gozaba de una consideración primordial. Este es el caso, en efecto, de los cuentos de Washington Irving, así como también resulta obvio en los de Hawthorne. En realidad, si los estadounidenses pecaran de alguna cosa en su ficción breve, sería de conceder demasiada importancia a esos asuntos, de convertir el relato en un mero vehículo para la moral. Si bien este no es el punto de vista más interesante a través del cual leer a Irving, y por supuesto tampoco a Hawthorne, es el que suelen adoptar lectores y críticos. En el caso de Hawthorne, que el pecado y el castigo se sitúen en el centro provoca que sus textos se lean como ejemplos morales, a lo que contribuyen las conclusiones sumarias que a menudo añade el mismo autor. Aunque es innegable que la estructura de los relatos de Hawthorne a menudo disimula su complejidad, al modo de *La figura de la alfombra* de Henry James, es también cierto que una lectura superficial los reduce a un simple apotegma moral. Hawthorne se convirtió en un analista de la conciencia. El argumento y su acercamiento a él se centraron invariablemente en el tema y desatendieron la técnica. Incluso Poe, sobre el que existe consenso con respecto a que no le interesaban los temas morales, los trata en cuentos como «El barril de amontillado», «El hundimiento de la Casa de Usher» y «La máscara de la Muerte Roja».

Al mismo tiempo, Stevenson era, de los nuevos escritores, el que tenía un estilo más deliberadamente artístico y el más preocupado por los asuntos morales. Las cuestiones que abordaba en sus relatos nunca estuvieron exentos de alguna implicación moral, ya fueran la igualdad y la justicia como en «Un sitio donde pasar

la noche», como el prejuicio y la avaricia en el caso de «La playa de Falesá». De hecho, incluso cuando practicaba distintas formas de relato breve, como la leyenda popular «El diablo de la botella» o la parábola «Will el del molino», incorporaba los asuntos morales a la estructura de la propia historia. Stevenson (como Henry James) tenía dos inclinaciones fundamentales: una hacia la técnica, para la cual se fijaba en los franceses, y otra hacia el análisis moral, que encontró en Hawthorne. El problema era amalgamarlas, crear una ficción que resultara a la vez brillante a nivel técnico y compleja en lo temático. En lugar de fomentar una u otra, como hacían franceses y estadounidenses, Stevenson elaboró un relato breve que era moral en el impulso y artístico en la ejecución: el «relato artístico-moral» o el relato artístico con moraleja.

Es posible que ningún otro escritor muestre una mayor dicotomía entre juego y propósito de la escritura que Stevenson: la escritura como juego y la escritura como propósito; el arte como placer y el arte como instrucción. Stevenson es la encarnación de la quintaesencia del ideal horaciano: la función del arte es deleitar e instruir. El problema, por supuesto, radica en que, para la mayoría de los artistas, uno u otro aspecto siempre destaca. En la novela del siglo XIX pareció, por un momento, que los dos propósitos se aunaran: en Dickens hay placer, incluso diversión, y también instrucción, o más bien indignación social. No obstante, parece evidente que los grandes autores victorianos, mientras desarrollaban su estilo, concedían importancia a uno a expensas del otro: pensamos en Eliot como en una gran moralista; en Dickens como en dos personas, el que entretiene en *Los papeles póstumos del Club Pickwick* y el justiciero de *La Casa lúgubre*; en Thackeray como un iniciado de la sátira social bajo el disfraz de titiritero. Pero en muchos sentidos, esos escritores estaban trabajando en un estilo *ad hoc*; no eran conscientes de dividir su rol o de determinar las consecuencias de su ficción. Hawthorne es un ejemplo de ese fenómeno. Su papel principal era el de instructor en el sentido más amplio. Podía quejarse de falta de público, pero no escribía para entretener ni complacer. Por su parte, si bien es complicado definir cuál era el papel de Poe, no lo es tanto concretar las consecuencias de su arte. Sus relatos tenían unos efectos bien calculados, pero si fueron construidos con ese propósito o solo fueron el resultado de su estructura resulta irrelevante.

Pero la posición de Stevenson era más sutil. En primer lugar, era extremadamente sofisticado y elocuente por lo que respecta al proceso artístico. Escribió durante una época en que la naturaleza del arte era un tema candente, en concreto el arte narrativo, sobre todo en Francia, pero también en Inglaterra. Stevenson estuvo involucrado en el histórico debate que culminó en «El arte de la ficción», de Henry James, y su propio ensayo «Una humilde protesta». Este título es tan modesto que ha sido desafortunado, pues ha animado a los críticos a descartar sus argumentos sin miramientos. Además, en este ensayo y en «Charla sobre la novela», Stevenson anticipa la noción freudiana de los escritores creativos y los soñadores, por la cual el psicoanalista sostiene que la literatura no es otra cosa que la expresión legitimada de

las fantasías. Cuando Stevenson afirma que la ficción es como un juego para adultos, está usando un lenguaje coloquial para expresar la misma idea. Su percepción, que la ficción es una forma aceptada de juego para adultos, se añade a otra: la ficción es uno de los pocos caminos para llegar a la verdad en el mundo, porque es la única forma de entretenimiento que la gente aceptará, de manera que es el único medio para expresar el mensaje de quien cuenta la verdad.

Así pues, Stevenson se vio en la posición de querer entretener a sus lectores, pues se había percatado de que no tendría lectores a menos que los entretuviera, y al mismo tiempo estaba determinado a transmitir su opinión con la pasión resoluta de un Hawthorne. Es verdad que mostraba una actitud arrogante y hasta condescendiente con respecto a sus lectores. Stevenson conocía bien las capacidades, intereses y experiencias del público lector en general. Y no se sabe si escribió sus primeras obras de forma consciente con aquel (o cualquier) público en mente. Aun así, no hay duda de que siempre fue conocedor de lo que este le exigía; no en vano una de las cualidades más repetidas por los críticos es que Stevenson había nacido para escribir cuentos. Lo apropiado de esta descripción no se puso nunca en entredicho mientras vivía, y siguió vigente por lo menos hasta los años veinte del siglo XX. De hecho, poco después de recibir la noticia de su muerte, el *San Francisco Chronicle* tituló una de sus necrológicas «Tales of the Prince of Storytellers» (23 de diciembre de 1894). La vida de Stevenson había empezado a adoptar un cariz mítico; había «cuentos» que contar sobre su vida que rivalizaban con los suyos propios, los cuales, de hecho, estaban condenados a ser leídos bajo el cristal de su biografía.

2

Cuando leemos los cuentos de Stevenson, enseguida notamos el aislamiento y la soledad de sus personajes. Francis Scrymgeour y Simon Rolles en «El diamante del rajá» son dos de las primeras figuras que viven en pleno centro de una ciudad, pero que sin embargo están solos. Ambos batallan por sus carreras en el núcleo de metrópolis europeas, uno luchando contra viento y marea para asegurarse un puesto en una oficina de Edimburgo, y el otro consumido por la ambición de conseguir un ascenso en el entramado episcopal. Los dos están del todo centrados en ellos mismos y a la vez, curiosamente, lo ignoran. A diferencia de los personajes de James, a los que describía como «gente extremadamente perspicaz», que se sabían conscientes de sí mismos y se regocijaban en ese conocimiento, los de Stevenson (como los de las tragedias clásicas) son inconscientes por completo de su locura. Incluso en un cuento como «El pabellón de las dunas», donde el narrador admite que «De joven fui un gran solitario», el énfasis no se focaliza en la consciencia del narrador sobre su soledad, ni siquiera en si se da cuenta de cuán distorsionador puede llegar a ser estar ensimismado. En «El diamante del rajá», el tema del voyerismo funciona como una

imagen especular del ensimismamiento del *voyeur* obsesivo, como si observar subrepticiamente a los demás fuera la única forma de escapar de la prisión de la propia mente. Es evidente el cariz sexual de esa mirada en «Historia del médico y el baúl» cuando el joven estadounidense no puede dejar de espiar por el ojo de la cerradura. Pero a un nivel más profundo, Stevenson centra su atención en un asunto que era fundamental para la mentalidad de un protestante estricto: la mirada interior que trata de descubrir un alma inmaculada. Podría ser que el yo solitario y aislado fuera la condición de la mentalidad calvinista, una condición que quedaba reflejada a la perfección en la educación presbiteriana de Stevenson y su experiencia en Edimburgo. Para él, el «rostro alargado» del arisco pueblo escocés que conocía tan bien era una metonimia de su actitud y su mentalidad.

Un cuento de Stevenson siempre tiene, invariablemente, un individuo como centro (ya sea personaje o narrador), y parece que nunca hay más de uno, ni siquiera cuando se despliega tal elenco de personajes que parecen llenar todas las páginas. Los asuntos morales, que son el centro de todos los cuentos de Stevenson, siempre se abordan como casos individuales. Desde el principio de «Un sitio donde pasar la noche», donde Francis Villon está de juerga con sus amigos en una taberna, hasta el final, cuando se encuentra solo en la calle tratando de explicar lo que ha pasado esa noche, está esencialmente solo en el mundo y se ve forzado a vivir bajo esta circunstancia. La filosofía, la religión, el arte, todo en lo que es experto, no pueden de ninguna forma alterar o mejorar esta situación. Villon debe vivir consigo mismo, aun cuando tiene una visión de sí mismo muriendo, colgando de la horca como la fruta cuelga de un árbol. Parte del dolor que describe Stevenson en el retrato del aislamiento de Villon, o de Cassilis y Northmour en «El pabellón de las dunas», radica en la comprensión de que esta es la inalterable condición de la existencia.

Para Stevenson, la mortalidad es el destino ineludible, ineluctable, una visión que sin duda conduce a muchos lectores a atribuir un distintivo tono macabro a varios de los cuentos. El discurso del médico en «Historia del médico y el baúl», en que explica con todo lujo de detalles qué le sucede a la carne una vez el espíritu la ha abandonado, puede leerse tanto como el análisis a sangre fría de un materialista sin corazón, como una discusión plausible sobre la naturaleza del ser humano, una discusión que debe comprenderse antes de que se pueda determinar cómo abordarlo o darle respuesta. La muerte es tan central en el ideario de Stevenson que rehuirla al inicio es evitar debatir sobre su tema y su estilo característicos. ¿Dónde queda la perpetuidad? Una y otra vez, reflexiona sobre esta cuestión a través de unos personajes que, en realidad, le representan. El joven narrador de «Los juerguistas», que encuentra la hebilla de un zapato en el fondo del mar y diserta en silencio sobre la existencia de su propietario, y, en consecuencia, sobre la historia de la humanidad, es otro ejemplo de la forma en que Stevenson insiste en la idea de la transitoriedad de la vida y, quizá, de la futilidad de todos nuestros anhelos. El contraste entre la vida y la muerte, que es otra manera de contemplar este asunto, también es recurrente en la

obra de Stevenson. Y es la percepción de la muerte la que hace la soledad tan desoladora. No deja de ser curioso que su ficción se ocupe tan poco de temas como la ambición o el éxito terrenal en términos que pudieran ser comprensibles para la gente trabajadora común. Sin embargo, siempre existe una aguda conciencia de que estos son, en realidad, los asuntos que mueven todas las vidas. El pasaje de «Historia del joven sacerdote» sobre la lucha de Rolles por conseguir el éxito en la Iglesia y la comprensión de que sus méritos no tendrán nada que ver con ese éxito es solo uno de los ejemplos más ocurrentes.

Pero la ausencia de acciones que reflejen la ordinariez de la vida no significa que Stevenson tratara de alejar a los jóvenes de su Ovidio para conducirlos al mundo de la novela, como afirma en la dedicatoria de *Secuestrado*. En realidad, prefería concentrarse en asuntos que consideraba más fundamentales, o quizá más reveladores, de la condición humana. Las aventuras de «El Club de los Suicidas» y de «El diamante del rajá» y las desventuras de «Las desventuras de John Nicholson» son meras ocasiones para explorar con profundidad las experiencias; desde luego no son la sustancia, y menos aún el significado, de los cuentos. La estafa y la lucha de «El pabellón de las dunas» son los temas de los que trata el cuento, del mismo modo que el misterio que rodea al barco hundido es el de «Los juerguistas».

Eso no siempre es evidente, porque el motor que mueve un relato de Stevenson es la trama, que avanza en el tiempo con una serie de incidentes que son impredecibles e intrigantes. Pero para él las tramas (a cierto nivel) son solo un artefacto técnico, un medio para captar la atención del lector mientras se exploran asuntos de mayor importancia. Lo emocionante de una trama es el placer del acto de leer. Stevenson nunca denigra este placer y siempre se esfuerza por mantenerlo, pero en última instancia es un artefacto arbitrario, quizá incluso caprichoso. En «El Club de los Suicidas» y «El diamante del rajá» las tramas son extraordinarias, llevan al límite la credulidad y llaman la atención hacia su propia extravagancia. La que siempre se encuentra en el centro de la ficción es la idea. En el núcleo de un cuento de Stevenson siempre descansa el intelecto, tanto el intelecto del personaje como la comprensión intelectual, expresados a través de un narrador omnisciente. Si observamos obras como «El Club de los Suicidas», «El diamante del rajá», «Un sitio donde pasar la noche», «Markheim» o «Los juerguistas», se evidencia que los asuntos intelectuales son, en el fondo, los que confieren significado a estos textos. En realidad, sorprendería si uno de los lectores más voraces y eruditos de entre los escritores victorianos tardíos ignorara de golpe todo el conocimiento y la sabiduría de más allá del círculo de su obra. Stevenson puede ser considerado un filósofo de la ficción con mucha mayor justicia que cualquier otro de sus contemporáneos, incluyendo Hardy y James. Algunos de sus textos se presentan abiertamente como filosóficos, como «Will el del molino», donde el protagonista observa desde el pedestal de su retiro rural el panorama de todas las vidas humanas desfilando por delante de él. Otro, como «El tesoro de Franchard», expone con ingenio las excentricidades de un falso

filósofo cuyo vocabulario extremadamente estrafalario solo denota su completa carencia de sentido común. Otros adoptan la forma de conversación, como ejemplifica el diálogo entre Villon y Brisetout en «Un sitio donde pasar la noche». ¿Acaso el debate entre ambos sobre la pobreza y la riqueza, las circunstancias y el destino, el honor y la degradación, constituye un uso no auténtico o no dramático de la ficción? ¿O, por el contrario, dado su contexto tan rico en lo visual y lingüístico, demuestra que estos asuntos no tienen solución?

Stevenson, que ideaba cuentos a partir de la personalidad de un personaje histórico, no puede tomar a Villon y convertirlo en alguien diferente del que fue: un genio creativo cuya vida de penurias contrastaba con su don innato, y que con toda probabilidad terminó de forma temprana y dolorosa. Si tuvo o no una vida distinta bajo circunstancias diferentes no es relevante. Vivió lo que vivió, y fue el hombre que fue. De aquí el final brillante: a pesar del largo y contencioso debate, el enfrentamiento y el desafío en cuestiones filosóficas complejas, cuando Villon se marcha y regresa a la intemperie de la noche helada, dedica el primer pensamiento a la pérdida de lo que podría haber poseído: «Qué anciano tan obtuso —pensó—. Me pregunto cuánto valdrán esas copas».

La frase inicial de «El pabellón de las dunas» («De joven fui un gran solitario») presenta la narración retrospectiva, un modo característico de los textos en primera persona de Stevenson. Este método siempre involucra dos historias, una sobre hechos pasados que se disponen en un orden secuencial, y otra, en presente, que permanece sin contar, aunque somos conscientes de que está ocurriendo. En otras palabras, una narración retrospectiva típica es una historia sobre el pasado que parece estar ocurriendo en este preciso momento, pues logra la inmediatez y el suspense de una acción en el presente. Pero, de hecho, todos los acontecimientos se han desvanecido en el tiempo y la memoria, y se recuerdan en parte para revivir la experiencia, y en parte como un intento de aferrarse a la vida. En los narradores retrospectivos de Stevenson, el pasado es a menudo el único momento que posee algo de vivacidad, quizá incluso de realidad, y las historias se cuentan con un vigor y una emoción que cautivan al lector y hacen que él mismo se imagine atrapado en una telaraña terrorífica de suspense. A través de la narración retrospectiva, Stevenson otorga una dimensión más profunda a los acontecimientos pasados, manteniéndolos vivos en la memoria del narrador-superviviente.

Stevenson utiliza de forma periódica el personaje de Frank Cassilis, el narrador de «El pabellón de las dunas», una figura sola en el mundo, que vive casi como un salvaje, cuya vida nómada queda reflejada en su entorno físico. La descripción de los alrededores rurales del pabellón captura el comportamiento de Cassilis y de su también solitario compañero, Northmour:

> Sin embargo, en la parte norte de la finca, en medio de un sinfín de colinas herbosas y dunas batidas por el viento había, entre el mar y un bosquecillo, un pequeño pabellón o belvedere de diseño moderno que se ajustaba a la perfección a nuestras necesidades; y en aquel retiro Northmour y yo

> pasamos cuatro tormentosos meses invernales, casi sin hablar, leyendo mucho y sin vernos más que a la hora de las comidas.

La imagen del retiro es muy adecuado, pues en estas situaciones Stevenson suele identificar, o hasta mezclar, un aislamiento disciplinado y autoimpuesto con una especie de ascetismo religioso. De hecho, a lo largo del bosque de la orilla «Había varias edificaciones en ruinas dispersas por el bosque; según Northmour, eran albergues eclesiásticos que, en otro tiempo, habían servido de refugio a piadosos ermitaños». Existe cierta fascinación por esa vida: un mundo donde no se encontrará nada más que el mar y las dunas, un mundo con los libros como únicos compañeros. Parece ser el mundo ideal que busca Cassilis.

No es en absoluto accidental que tantos protagonistas de Stevenson sean grandes lectores: Simon Rolles en «El Club de los Suicidas» estudia patrística, Villon en «Un sitio donde pasar la noche» es un estudiante que cita la biblia en latín, y el reverendo Soulis en «Janet la contrahecha» está versado en teología. Existe una compleja asociación en Stevenson entre el estudio profundo y disciplinado de libros sesudos y el aislamiento asceta del lector (ficticio), una conexión que conduce a una especie de voyerismo, como si investigar los secretos de los textos fuera equivalente a observar de forma subrepticia los secretos de otros. Es necesario mencionar que Stevenson siempre es consciente de la transferencia del estudio intenso de los textos al proceso de escribirlos, si no lo es también el protagonista o el narrador. De algún modo fundamental, se establece una conexión ineluctable entre el aislamiento que el personaje de ficción se impone a sí mismo, con todas las implicaciones derivadas en su personalidad y su destino, y el lugar del artista en el mundo. El voyerismo mencionado antes, recurrente en «El Club de los Suicidas» y «El diamante del rajá», no es más que una realidad ficcional que inscribe la verdadera realidad del voyerismo que Stevenson practicaba como escritor. Es un voyerismo que él mismo consideraba producto de un ensimismamiento obsesivo, una especie de narcisismo al que los escritores y artistas eran propensos por la propia naturaleza de su trabajo. Si Stevenson luchó de forma deliberada contra esta tendencia en su propia vida, fue cuidando con sumo celo a sus amistades. Ningún otro escritor ha trabajado tanto y con tanta tenacidad para mantener a sus amistades (cada uno de sus libros incluye la dedicatoria pertinente), y para quien el matrimonio podría haber sido una forma de escapar de la prisión de sí mismo. Stevenson vivió en toda su plenitud tanto la amistad como la familia para no sucumbir a la tiranía del yo. Y aun así, el ritmo y la intensidad de trabajo con los que producía en aquellos últimos años en el Pacífico fueron tan vehementes que prácticamente se aseguró la muerte temprana, una repentina hemorragia cerebral.

Los cuentos escoceses de Stevenson siempre se inspiran en los enclaves más agrestes del precioso y severo paisaje de ese país, en los acantilados abruptos y las rocas escarpadas, en los vientos gélidos y los mares revueltos. Recrea un ambiente

tan absolutamente desolador en «El pabellón de las dunas» que Frank Cassilis dice: «El lugar traslucía una soledad que impresionó incluso a un solitario como yo». Resulta casi imposible leer este cuento sin sentir en la propia piel el desamparo que se desprende del lugar. No es en vano que, como consecuencia, los autores de manuales de técnica cuentística del siglo XX mencionen a Stevenson como un experto en crear «atmósferas» y de la «descripción», conceptos que ponen de relieve su don extraordinario para producir estados de ánimo a partir de escenarios físicos extremos. Pero no es solo el estado de ánimo lo que condiciona la narración. Para Stevenson, el espacio es también un personaje, y las dunas batidas por el viento, sin más vegetación que unos arbustos de hoja perenne, son un emplazamiento idóneo para los introspectivos Cassilis y Northmour.

Las consecuencias del aislamiento se manifiestan en la condición mental y el comportamiento social de los personajes, como es el caso del reverendo Soulis en «Janet la contrahecha», o en Gordon Darnaway en «Los juerguistas». Villon afirma que «El hombre no es un animal solitario… *Cui Deus faeminam tradit*». Por supuesto, en boca de Villon, que es a la vez un golfo y un poeta, las palabras desprenden una mordacidad que casi vela su significado: él necesita una mujer tanto como comer o beber. Sin embargo, la idea central de la afirmación es, en realidad, la respuesta que ofrece Stevenson al dolor que inflige al yo el aislamiento voluntario o forzado: el amor de la mujer adecuada. En «El pabellón de las dunas», Frank Cassilis se casa son Clara Huddlestone y tienen hijos, a los que, de hecho, se les narra la historia. Pero Clara ya ha fallecido cuando Cassilis cuenta el relato, por lo que el foco se concentra en la soledad en lugar del amor que lo rescató de esa soledad. En realidad, lo que despierta la imaginación de Stevenson es la sensación de fracaso que sienten los personajes, y no tanto la expectativa de amor. Cassilis y Northmour son unos marginados en sentido estricto, personas al margen de la sociedad, cuyas vidas están separadas de la intimidad y las relaciones, que se han apartado a propósito de las normas y las responsabilidades sociales y familiares. Aunque les une el amor que sienten por Clara, que los mueve a proteger a su padre, en realidad no están en contra de los italianos y, en efecto, libran una batalla falsa. Cuando el pabellón, su refugio contra del mundo, arde en llamas, no queda nada excepto «cicatrices de las aulagas quemadas» en las dunas. La tierra ha vuelto a sí misma, y ha expulsado a los intrusos de su sino.

Es interesante preguntarse cómo un hijo único, que ha crecido en un hogar permisivo de clase alta en Edimburgo, puede tener una visión tan cautivadora de la soledad de los hombres y las mujeres en el mundo. Pero sean cuales sean las razones, esta visión domina una parte sustancial de su obra, y genera la atmósfera y el tono que predominan en los mejores cuentos del escritor. De un modo en que génesis y ejecución resultan del todo modernas, Stevenson hizo del paisaje un elemento que realza la soledad que padece el individuo, y acaba por simbolizar tanto la condición como la consecuencia de la experiencia. «El reverendo Murdoch Soulis […] pasó los

últimos años de su vida sin parientes ni criados, ni ninguna otra compañía, en la pequeña y solitaria rectoría al pie de Hanging Shaw». La fusión entre el personaje y el lugar es tan simple, y aun así tan vívida, que es más fácil que se contemple en nuestra época como una técnica cinematográfica, una representación gráfica e instantánea del contenido y de la forma. Se trata de una técnica que los lectores entendieron de forma intuitiva pero que raramente analizaron. Parte de esa efectividad descansa en la simplicidad del lenguaje, parte en la evocación del estado de ánimo, y, por último, en el propio ritmo, que va construyendo una sensación de finalidad, el vacío extremo de la muerte inminente y la ausencia total de contacto humano. Stevenson siguió este método a lo largo de su carrera, de forma que, en la década de 1890, se sirvió de los atolones de coral de los Mares de Sur para ilustrar la misma soledad terrible que antes había identificado con las adustas, oscuras y húmedas rocas de la costa escocesa.

3

En «Un sitio donde pasar la noche», Stevenson introduce un tema que tendrá una presencia capital en su ficción: la casualidad, o lo antojadizo de la vida. Es una cuestión filosófica que trató con un humor ácido en «El Club de los Suicidas» y «El diamante del rajá», con un patetismo cómico en «Las desventuras de John Nicholson» y con una sobria profundidad en «Los juerguistas» y «Markheim». Esta cuestión trasluce una visión específica del mundo, incluso del universo, y del lugar que ocupan los seres humanos en él. ¿Cómo vivimos nuestra vida? ¿Qué planificamos sobre nuestro trabajo, nuestros hijos, nuestra posteridad? Stevenson era un hombre resuelto: el temor a que podía morir sin dejar nada atrás, que su nombre hubiera sido «escrito en el agua» para desaparecer en el olvido del tiempo sin que nadie lo recordara, lo estimulaba a escribir allí donde se encontrara, viajando en tercera clase de un trasatlántico, en un tren atravesando Estados Unidos o en una balandra por el Pacífico, esputando sangre o febril, pero nunca faltaban el cuaderno y la pluma en su bolsillo, o una tabla para escribir en la cama. Quizá el deseo de inmortalidad, por muy fútil que esta expresión resultara para un hombre cuya conciencia estaba empapada de Darwin («Pulvis et Umbra»), o quizá su rechazo a una muerte discreta, lo empujaron a escribir sin descanso. Stevenson quería dejar una marca indeleble en un tronco, para que quien llegara después de él, mientras ese tronco durara, lo recordase y reviviera su nombre. Por supuesto, se trata solo del anhelo de inmortalidad del artista, y en absoluto supone ninguna novedad. Pero en Stevenson va aparejada la conciencia de finales del siglo XIX de que, en el contexto del tiempo geológico, la noción de inmortalidad era algo así como un anacronismo.

Está claro, no obstante, que Stevenson no aborda este asunto desde un punto de vista religioso. Como Hawthorne, se inspira en la gramática y en el vocabulario de la

religión, pero la perdición perpetua, como la gloria eterna, es solo un tropo que nos permite acceder al círculo donde su verdadero significado se explora y se debate. Parte de esta discusión tiene que ver con lo que Stevenson (a través de Villon) denomina «lo enigmática que es la vida del hombre», pues la búsqueda de la fama y la inmortalidad a través de la literatura es tan arbitraria como cualquier otra emprendida por toda persona, sea de clase alta o baja.

En «Un sitio donde pasar la noche», Stevenson añade a la idea central del universo gobernado por el azar los temas del arte y la inmortalidad, la pobreza y la riqueza, y la transitoriedad de cualquier meta mundana. Abre el relato con uno de sus párrafos iniciales más memorables, del cual solo cito las primeras líneas: «Estaban a finales de noviembre de 1456. La nieve caía sobre París con rigurosa e incansable persistencia; de vez en cuando el viento hacía una incursión y la esparcía formando vórtices voladores, otras veces reinaba la calma y descendía, copo a copo, callada, morosa e interminable […]». La primera frase es inmejorable por su simplicidad y su modernidad. El tono es tan atemporal hoy como lo fue en 1878, y es la mera inclusión del año 1456 lo que produce una sacudida en la frase (y en el lector). Tiene el efecto de revivir la ciudad medieval, como si nos encontráramos allí mismo y nos permitiera penetrar en su *mentalité* sin dejar de habitar nuestra época posterior. Después Stevenson sigue con una de sus descripciones más potentes y evocadoras, la de una ciudad cubierta por la nieve, cuya blancura ofrece un vívido contraste con la oscuridad de la noche. Y con la palabra «vórtices» alude tanto a las teorías antiguas del universo que postulaban un movimiento rotatorio de la materia cósmica alrededor de un eje, como a las teorías científicas del siglo XIX que definían este término como un movimiento acelerado de partículas alrededor de un eje. Así, esta palabra funde el pasado con el presente (del mismo modo que la ficción histórica es una mezcla de diferentes períodos de tiempo), mientras que su significado en cada caso va asociado a las leyes naturales o a las fuerzas que van más allá del control del ser humano.

La nieve, también, queda fuera de control, con su caída incesante e impredecible, su completa soberanía sobre la vida de las personas. Francis Villon, que es un hombre culto, puede especular de un modo desenfadado y un poco blasfemo sobre su origen: «¿[…] el pagano Júpiter estaba desplumando unos gansos en el Olimpo?, ¿o estarían los santos ángeles mudando la pluma?». Por contra, los pobres e iletrados sienten temor ante los fenómenos naturales, temor que se resume en una frase maravillosa: «Los menesterosos, que alzaban la mirada bajo las cejas húmedas, se preguntaban de dónde caería todo aquello». Resulta evidente que contemplan el cielo y, por lo tanto, de forma implícita, a Dios. Pero Villon es demasiado sofisticado para guardar esta fe tan absoluta e incondicional. Es un «licenciado», y su habilidad para mezclar alusiones clásicas y religiosas lo identifican como un intelectual que no se toma los fenómenos como señales, o, por lo menos, no como señales de Dios. El humor ladino de Villon roza la blasfemia, y no continúa con la broma. Está aceptado que un hombre con estudios juegue con las palabras y las ideas, pero también es peligroso, y

ese riesgo no se debe tratar con desdén. Pero solo planteando la pregunta en boca de Villon, con un ligero tono anticlerical, Stevenson abre la posibilidad al cuestionamiento religioso. Aunque el relato no trate propiamente sobre ello, implica un debate moral y ético, y aborda «lo enigmática que es la vida del hombre».

Esta frase aparece cuando Villon, que está buscando un refugio en plena noche, tropieza con el cadáver de una mujer que ha muerto de frío. Registra sus bolsillos, que están vacíos, y descubre que guarda dos moneditas en las medias. Esta inspección constituye, por supuesto, una violación del cuerpo de la mujer, a pesar de que este asunto es problemático, puesto que se trata de una visión de la muerte recurrente en muchos cuentos de Stevenson. En pocas palabras: si el alma ya se ha ido, ¿cómo puede uno violar la carne? En «Historia del médico y el baúl», el doctor Noel insiste al joven estadounidense, a quien engatusa para que acompañe al cuerpo inerte hasta Londres, que solo es el «cajón del cadáver», y que no hay por qué estar preocupado. Una vez llega la muerte, todo lo que permanece es proteína animal. Villon aborda este tema cuando comenta la mala suerte de la mujer por no haber podido gastar sus monedas: «[…] le habría dejado mejor sabor de boca, antes de que el demonio se llevara su alma y su cuerpo fuera pasto de los cuervos y los gusanos».

La imagen que Stevenson describe de Villon rebuscando en la liga y las medias de la prostituta funciona a dos niveles: en primer lugar, se basa en la conocida debilidad de Villon por las mujeres de toda clase, incluso las prostitutas. Que el Villon de ficción levante con tanta naturalidad el vestido de la mujer muerta para rebuscar en sus medias da a entender que no es la primera vez que lo hace. Stevenson construye su retrato a partir de la idea general que sus contemporáneos tenían de Villon, idea que provenía de haber leído su poesía y una biografía francesa reciente, que Stevenson había usado como una de sus fuentes para un ensayo sobre el poeta en *Estudios familiares de hombres y libros*. Stevenson usa aquí por primera vez uno de los métodos que siguió para construir los personajes de sus mejores escritos. El Villon de ficción se cimenta en el Villon histórico, un libertino cuya poesía está repleta de imágenes sexuales y amorosas, aunque su visión última sea compleja y problemática. Stevenson nunca sugiere que la sexualidad sea aquí un tema. Usa dos palabras gráficas y sugerentes en una oración simple («pero en sus medias, por debajo de la liga»), y el lector debe interpretar todo lo demás, debe comprender que la única forma que tenía el Villon de ficción de descubrir las monedas era a través del conocimiento íntimo del cuerpo de la mujer que, con toda seguridad, poseía el Villon histórico. Esta breve escena es instructiva, pues nos habla sobre los principios estilísticos de Stevenson: nunca desvela más al lector de lo puramente esencial, hecho que es, en realidad, una fórmula teatral adaptada a la narrativa; y, en la ficción histórica, siempre fundamenta la completa comprensión del personaje en el conocimiento del contexto histórico de su trasunto real.

El acto de registrar el cuerpo inerte de la mujer para encontrar unas monedas resulta del todo psicosexual, y afín a la psicosexualidad que encontramos en un Silas

Scuddamore espiando a madame Zéphyrine a través del ojo de la cerradura. Desde el punto de vista temático, la sexualidad posee un aspecto subrepticio y furtivo; desde el punto de vista de su presentación, está dispuesta con tanta discreción que al lector se le puede escapar su significado con facilidad. El cuento podría servir como modelo para el tipo de narración objetiva por la que Kipling ganó su fama y que Hemingway identificaba con *Las aventuras de Huckleberry Finn* y Stephen Crane. Además de ello, la asociación que Stevenson establece entre sexualidad y muerte, que tan solo se insinúa en esta breve escena, se desarrolla por extenso en «Jekyll y Hyde» y alcanza una especie de clímax en la escena de la muerte de «La playa de Falesá».

Por supuesto, la muerte es un tema tan abrumador en la ficción de Stevenson que es difícil encontrar un cuento que no la incorpore. Stevenson emplaza esta cuestión en el centro de la existencia humana: no podemos entender la vida hasta que reconocemos y abrazamos la muerte, que puede sobrevenir cuando la vida parece más indestructible, como le ocurre a la «pobre mujerzuela» a medianoche de una forma tan rápida como inesperada, igual que al personaje del soldado, el hermano del coronel Geraldine. El tema de la muerte es tan fundamental en Stevenson que a menudo se ha atribuido de forma errónea a la naturaleza del género, considerado una simple parte de la maquinaria de la ficción «romántica» o de «aventuras». Resultaría equivocado reconocer en el tratamiento que le da Stevenson una versión temprana de las películas de acción hollywoodienses, en las que el público queda inmunizado contra la realidad de la muerte. Más bien al contrario: la descripción en Stevenson es tan vívida, tan gráfica, que el crítico del *Chicago Tribune* de *Más mil y una noches* consideró que los cuentos eran tan repugnantes que merecían ser comparados con Émile Zola.

Pero regresemos a uno de los puntos centrales de la discusión: la idea de que la vida es caprichosa, de que las normas del azar ocupan el lugar de las del destino, o las del libre albedrío, e invalidan las habilidades físicas y mentales del ser y de la personalidad. Cuando Villon contempla a la mujer muerta, monedas en mano, sacude la cabeza «al pensar en lo enigmática que es la vida del hombre. Enrique V de Inglaterra, muerto en Vincennes justo después de conquistar Francia, y esta pobre mujerzuela abatida por un viento frío en el umbral de un potentado antes de poder gastarse un par de blancas… el mundo era cruel». La arbitraria y repentina muerte que arrebata al más rico y al más pobre en el momento de los placeres más bajos o de los mayores triunfos es la cuestión sobre la que reflexiona Villon. Y la yuxtaposición de un rey y una prostituta, la conquista de un territorio y la fiera protección de dos moneditas, pone de manifiesto el asunto como una cuestión filosófica y religiosa, y le otorga una validez universal. También elimina lo que distingue a los reyes de las prostitutas, pues es el azar un gobernante igualitario que hace girar al mundo para los buenos y para los malos, indiferente a lo elevado y a lo bajo, sin considerar la causa, la justicia o la caridad. Que Stevenson mencione a Enrique V añade un toque irónico muy apropiado, pues contiene una alusión a la anécdota del rey inglés muriendo en

Francia poco más de treinta años antes a la acción del cuento, que sería plausible que Villon usara para ilustrar lo fortuita que es la fortuna. Pero lo que Stevenson está poniendo en relieve no es la naturaleza casual de esta, sino la debilidad y fragilidad de las glorias de la vida y de los pequeños placeres. Villon opina que abandonar este mundo en un momento de placer sería lo más sabio, o, por lo menos, lo más satisfactorio, pues no tenemos ninguna garantía de que expiraremos antes de disfrutar el placer para el que nos hemos preparado: «Ojalá él pudiera gastar todo el sebo antes de que se apagara su luz y se rompiera la lámpara».

Continuando con la alusión y la reflexión, «Un sitio para pasar la noche» deriva hacia un debate dramático que se ocupa de la naturaleza del azar en la vida de los individuos. La idea subyace desde el principio del cuento, en la descripción del amigo inmoral y parecido a un animal de Villon, Tabary: «se había hecho ladrón, igual que se podría haber convertido en el más honrado de los burgueses, por culpa del imperioso azar que rige los destinos de los gansos y los asnos humanos». Parece que las personas no son distintas a los animales, desde luego no mejores, y, lo que es más crucial, tampoco tienen ningún tipo de control sobre sus vidas: *imperioso azar*, autoritario, dictatorial, dominador. Parte de la brillantez de «Un sitio para pasar la noche» recae en que Stevenson reutiliza temas que aparecen en la poesía de Villon. Así, los versos de *El testamento* de Villon «El emperador le interpeló: / "¿Por qué eres ladrón de mar?" / El otro le dio respuesta: / "¿Por qué me haces llamar ladrón? / ¿Por que se me ve piratear / en un pequeño navío? / Si pudiera armarme como tú, / como tú sería emperador"». Esta observación es precisamente la materia del debate entre Brisetout y Villon: «Pero, si yo hubiese nacido señor de Brisetout y vos hubierais sido el pobre erudito Francis, ¿habría habido menos diferencias? ¿No habría sido yo quien se calentaría las rodillas en un brasero y vos quien buscaríais unas monedas en la nieve? ¿No habría sido yo el soldado y vos el ladrón?». Según el argumento de Villon, las circunstancias hacen que las personas se conviertan en lo que son. ¿Qué es el carácter sino las circunstancias, el robo sino pobreza, la virtud sino la ausencia de hambre? El señor que rescata a Villon del frío le ofrece la hospitalidad de su hogar, se dirige a él de forma elevada y ensalza la belleza de la virtud moral; cree que lo que está diciendo es inherente a la estructura del mundo: las personas son buenas o malas, siguen la verdad o se han rodeado de falsedad, de acuerdo con un plan predestinado por el cual los valores absolutos como el honor, la integridad y la lealtad son la recompensa. Estas creencias están del todo arraigadas en el señor de Brisetout y fundamentan su visión del mundo. Villon, que es más agudo en lo intelectual, mejor educado y más hábil argumentando, hace rabiar a Brisetout, pues socava el sistema de creencias del noble, que otorga al mundo significado y valor, orden y estructura.

Lo que Stevenson efectúa en este pasaje, y en otros cuentos, es plantear una pregunta fundamental pero incontestable sobre nuestra experiencia: ¿somos responsables sobre nuestras vidas o están fuera de nuestro control? La pregunta surge

debido a que muchos elementos de la ficción de Stevenson o derivan de ella, o bien la propician. Así, la violencia, que es un tema tan potente y ubicuo en la obra de Stevenson, con frecuencia se presenta como un impulso, sin previo aviso. El asesinato de Thevenin es rápido e inesperado: «[…] Thevenin estaba a punto de proclamar otra victoria cuando Montigny saltó sobre él con la rapidez de una víbora y le apuñaló en el corazón. El golpe hizo efecto antes de que pudiera dar un grito o mover un dedo». La celeridad del acto revela un aspecto de la personalidad del Montigny histórico, un hombre desalmado, dos años mayor que Villon, que había nacido en el seno de una familia noble (detalle que Stevenson incorpora con disimulo en el texto), sentenciado a muerte dos veces, una de ellas por asesinato. En la obra de Stevenson, la violencia va aparejada al relato con el objetivo de que se revele tan funcional y sorprendente como la vida misma. Stevenson no se centra en la experiencia de la muerte tanto como en el acto de violencia a través de la reacción física de la víctima. Es el método moderno por antonomasia, y podría compararse con el de Hemingway, en específico con los interludios de *En nuestro tiempo*.

Stevenson no puede dejar nunca de reflexionar sobre la cuestión de cómo vivimos en el mundo cuando nuestra existencia pende del hilo más fino, cuando lo único que evita que nos arrebaten nuestros triunfos es la pura casualidad. Esa noción está estrechamente ligada a su visión de la historia y del lugar que ocupamos en el universo. Transitamos de ese periplo o viaje, dos conceptos que describen y reflejan la estructura más elemental de los cuentos de Stevenson, a la nada. «La vida es un aliento que se disipa, como nos cuentan quienes han abrazado los hábitos». En ocasiones encontramos recordatorios de aquellos que hace mucho que han caído en el olvido, como la hebilla del zapato que el narrador descubre cuando se sumerge en el mar en «Los juerguistas», una reliquia moderna no del todo distinta a la calavera de Yorik y que plantea la misma pregunta: ¿es eso lo único que queda del ser humano? Si Stevenson fuera religioso podría haber resuelto el enigma con mayor facilidad. Pero ni Villon, licenciado en teología, ni Simon Rolles y su historia de la Iglesia, ni el reverendo Soulis y sus sermones tienen una respuesta.

En efecto, la pregunta podría ser errónea; no debe ser la que plantea Villon sobre por qué existe el sufrimiento en el mundo, o por qué hay gente que pasa hambre y otra está bien alimentada, o ladrones y santos (o por lo menos los que más se acercan a los santos, los justos). No hay lógica que valga para explicar por qué unos sufren y otros prosperan, o por qué no pueden intercambiarse el lugar, o por qué la fortuna de ambos puede desvanecerse de repente. En «La puerta del señor de Malétroit», por ejemplo, la vida de Denis cambia dos veces: cuando está atrapado dentro de la casa y se enfrenta a la muerte por la mañana, y cuando se embarca en una nueva vida con Blanche, después de descubrir su amor por ella en el transcurso de una larga velada. Los críticos que desestiman este cuento por sentimental deberían reconsiderarlo en el contexto de otros textos de Stevenson solo por la forma en que el azar puede destruir una vida para ofrecer otra, como hace con Denis. De un modo similar, no se especula

sobre lo que un individuo puede realizar en una situación específica. Cuando Villon se marcha de casa de Brisetout a primera hora de la mañana, sin robarle ni asesinarlo, reflexiona, en una conclusión brillante: «“Qué anciano tan obtuso —pensó—. Me pregunto cuánto valdrán esas copas”». Que se marchara de la casa con sigilo sería un buen final, pero Villon podría, con la misma facilidad (y sería igual de plausible), haberlo matado. Además, Stevenson, ya en el planteamiento de la trama, deja lugar a las distintas posibilidades que constituyen las realidades de la vida: nada está decidido ni determinado, y el carácter y el comportamiento, en la ficción y en la vida, vienen condicionados por circunstancias que a menudo quedan fuera de nuestro control. Así, Stevenson estaría de acuerdo con Markheim en que su vida estaba determinada por haber nacido de forma circunstancial entre los «gigantes», y aun así rechazar el argumento como un mero pretexto para el fracaso de la voluntad. El carácter o la circunstancia no son el destino, pero juntos conforman la vida, y es para mantener esta vida que los personajes de Stevenson luchan con audacia, e incluso desesperación.

4

Jekyll y Hyde se han convertido en sinónimo del bien y el mal, dada la creencia popular de que cada hombre alberga en su interior un yo antitético, y que ambos yos coexisten en un estado de tensión no resuelta o en conflicto abierto. La influencia de este cuento de Stevenson fue tan importante que, a principios de 1928, el *Funk and Wagnalls New Standard Dictionary* incluyó a «Hyde» y «Jekyll» en entradas separadas, como si la creación ficcional fuera en efecto dos personajes distintos, cada uno de los cuales refiere al otro. En el *Webster’s Third New International Dictionary* (1961) la entrada «Jekyll-and-Hyde» gozó de su propia definición como adjetivo: «De, relativo a, o similar a una persona que lleva una doble vida o que en apariencia tiene dos personalidades diferentes, una buena y otra mala». Ningún otro cuento de Stevenson se ganará un mayor reconocimiento general; de hecho, «Jekyll y Hyde» es un epónimo que todo el mundo conoce, incluso aunque no todos puedan identificar su fuente. ¿Cuál es la explicación de este «conocimiento» tan extendido? Existe, por supuesto, el enorme interés por la literatura tradicional del doble. Y la preocupación psicológica moderna por las cuestiones de individualización, doble personalidad y la formación del ego explica sin duda la fascinación por un cuento del siglo XIX que se vendió como una novela de suspense barata pero que se convirtió en el objeto de innumerables sermones dominicales.

«Jekyll y Hyde», quienes, según cuenta él mismo, acudieron a Stevenson en un sueño, escenifica un tema que cautivó a su autor desde el inicio de su carrera: el misterio de la dualidad en la naturaleza humana. Lo que se erige en objeto de exploración es la naturaleza del carácter humano o, dicho de otra manera, la

naturaleza del yo. «Villon hizo una reverencia y se deshizo en serviles palabras de disculpa; en situaciones así siempre sacaba al mendigo que llevaba dentro, y el hombre de genio agachaba confundido la cabeza». Y en «Los juerguistas», la primera vez que el narrador ve a su tío Gordon Darnaway, después de muchos años: «Era un hombre amargado, bajo y atrabiliario, de rostro alargado y ojos negros. Tenía cincuenta y seis años, estaba sano y activo y su aspecto era una mezcla entre pastor de ovejas y hombre de mar». Ambos ejemplos revelan la creencia fundamental de Stevenson de que la identidad no es obvia ni única. En efecto, la personalidad de Villon posee una gran variedad de aspectos y no puede reducirse ni al artista ni al mendigo, o no más de lo que puede identificarse en exclusiva como ladrón, estudiante, amante o filósofo. En cierto sentido, Stevenson comparte con Walt Whitman la convicción de que cada hombre es amplio y puede albergar multitudes; de hecho, fue la lectura de la poesía de Whitman, y en particular del poema «Canto a mí mismo», lo que le inspiró a tratar el tema de la personalidad compleja de un modo tan directo. En realidad, la idea de que el ser humano luce diversas máscaras para ocultar sus yos interiores nos conduce tanto a Whitman como a Hawthorne, en cuyos cuentos es recurrente la imagen del velo como un medio para esconderse.

Stevenson siempre fue consciente de la máscara exterior («La gente siempre es mejor que ese disfraz que crece en torno suyo y acaba por asfixiarles»). En la descripción de Villon citada más arriba, el poeta se adapta a la situación, se presenta como un mendigo y se aprovecha de la caridad de un noble señor. Pero el artista de su interior está lejos de ser un mendicante; es arrogante, polémico, sarcástico y desdeñoso. ¿Es, pues, el indigente el disfraz? La respuesta es no, pues una de las convicciones de Stevenson es que asumimos la personalidad que ostentamos o que practicamos. Villon, cuando pide, es un mendigo; es un poeta cuando compone *ballades*, igual que Simon Rolles es ladrón y teólogo a la vez, un asceta erudito y un pupilo ávido de los secretos del inframundo. La existencia de uno no excluye al otro; el criminal y el religioso coexisten en el mismo individuo. Somos, en otras palabras, lo que parecemos ser.

En «Los juerguistas», Stevenson compara a Gordon Darnaway con un pastor y un marinero. No pueden ser más disímiles, uno rural, silencioso, quizá incluso contemplativo, y el otro emplazado en el medio de un mundo perpetuamente cambiante, activo y virulento. El pastor rara vez abandona su espacio, mientras que el marinero jamás posee un hogar. En este pasaje Stevenson construye un retrato complejo de Darnaway, pero a través de un detalle casi trivial divide su personalidad de tal forma que no puede clasificarse con facilidad en ninguna categoría. Los elementos del pastor se explicitan en su arraigamiento, el cuidado de su hija, y su instinto por el aislamiento y el silencio de su hogar. Por otra parte, también es un hombre de mar, rodeado por él, con una capacidad de obtención de poder que se desvela en el acto violento que constituye el centro del relato. Aunque haya características compartidas entre el pastor y el marinero, es el contraste absoluto lo

que se cuestiona, un contraste que refleja el arte de retratar de Stevenson. No siempre existe una división crucial en la naturaleza del personaje, sino el reconocimiento de que hay distintas facetas en una única personalidad, y que estas no pueden separarse con facilidad. El recurso estilístico de Stevenson («entre pastor de ovejas y hombre de mar») se revela como una fisura lingüística fundamental en su visión de la personalidad, y, en un sentido más amplio, de su percepción del mundo. Mediante una simple preposición expresa el sentido moderno de la incertidumbre y la ambigüedad del mundo.

«El pabellón de las dunas» ofrece un notable ejemplo de cómo Stevenson presenta la personalidad:

> Mi mujer y yo, un hombre y una mujer, a menudo coincidimos en preguntarnos cómo alguien podía ser, al mismo tiempo, tan apuesto y repulsivo como Northmour. Tenía el aspecto de un caballero cabal, su rostro evidenciaba su inteligencia y su valentía, pero bastaba con mirarlo una vez, incluso cuando estaba de mejor humor, para darse cuenta de que tenía el temperamento de un capitán negrero. Nunca he conocido a nadie tan atrabiliario y vengativo: en él se combinaban la vivacidad meridional con el odio tenaz y mortífero de los septentrionales, y ambos rasgos estaban escritos bien a las claras en su rostro como una especie de señal de peligro. Era alto, fuerte y dinámico; tenía el cabello y la tez muy oscuros; sus facciones eran agradables aunque distorsionadas por lo torvo de su gesto.

Con dificultad encontraríamos un ejemplo más dramático de dualidad en sus primeros escritos. Solo cinco años después, en *La isla del tesoro*, Stevenson presenta a John Silver el Largo, cuya capacidad por infligir el mal de forma calculada queda compensada por su carisma, su coraje e incluso una especie de júbilo verbal. No hay duda de que algunos «rasgos» de Northmour se han transferido a Silver. Pero la cuestión central del retrato es el enigma de la personalidad. ¿Cómo puede Northmour ser a la vez apuesto y repulsivo, afable y cruel? ¿Cómo puede tener la vivacidad del sur y el carácter vengativo y despiadado del norte? Lo que Stevenson opera es en realidad muy simple: adapta una personalidad dividida a los propósitos más amplios de su narración. Así, la división del interior de Northmour refleja la división que el texto establece entre el sur y el norte, el calor y el frío, la luz y la oscuridad, la paz y la guerra. La división del yo a menudo refleja la división en el texto, y el conflicto irreconciliable que tiene lugar en el interior del individuo solo puede conducir a un final catastrófico; en este caso, al fuego que destruye el pabellón. La muerte de Northmour, de la que el narrador nos informa al final sin concederle demasiada importancia, se identificará de un modo simbólico con la desaparición de la construcción, pues su personalidad dividida no es más que su imagen, un refugio escocés de diseño italiano, una estructura mal construida y descontextualizada, y aun así, curiosamente, reconfortante para sus residentes y visitantes. El rostro es nuestra presentación; quizá nosotros mismos provocamos el destino al que intentamos resistirnos, del mismo modo que fracasamos en la libertad que imaginamos abrazar.

Sin lugar a dudas, el relato que mejor ejemplifica la dualidad del ser humano, además de «Jekyll y Hyde», es «Markheim», publicado por primera vez como parte de una colección de cuentos de «terror» en un volumen titulado *The Broken Shaft*. Stevenson usó este subgénero para centrar la atención en el yo dividido y sus implicaciones en el carácter y la conciencia. Se trata de un cuento brillante en su simplicidad, ritmo y agudeza psicológica. Markheim, un joven que ha ido cometiendo crímenes cada vez más graves a causa de sus deudas de juego, entra en un anticuario el día de Navidad, entabla conversación con el viejo y después lo mata con una daga larga. Se dispone a robar el establecimiento, cerrado al público desde la tarde, repleto de relojes y espejos de todas las formas y tamaños. Mientras va recorriendo la casa, se encuentra de repente con otra presencia. Esta presencia, o «visitante», entabla una conversación con Markheim, y ambos debaten sobre el camino que ha tomado la vida del asesino. El visitante se ofrece a ayudarlo a escapar, pero después del largo coloquio Markheim decide entregarse a la policía. Cuando la criada del anticuario regresa a la tienda, Markheim le dice: «Será mejor que vaya a buscar a la policía: he asesinado a su amo». Simple en apariencia, el cuento es un logro significativo a muchos niveles: como un estudio psicológico de la conciencia, como un discurso sobre el bien y el mal, como una compresión textual del tiempo y el espacio, de la luz y la oscuridad. Sin duda echa atrás la mirada hacia Poe y E. T. A. Hoffman, del mismo modo que se avanza a «El rincón feliz» de Henry James. Pero este no es un cuento de fantasmas, donde el protagonista recibe la visita de apariciones de su yo del pasado y del futuro, sino donde el recuerdo hace visible el pasado. Markheim recuerda con viveza sus experiencias de la infancia, experiencias en que lo perverso se alterna con lo feliz, en las que los campos abiertos contrastan con los carteles de asesinos famosos como atracción principal de la feria de domingo. Stevenson hace de la memoria y la conciencia sus temas, imágenes gemelas que generan la acción y envuelven al lector. Casi la totalidad del cuento tiene lugar en la mente del protagonista.

La cuestión de la dualidad puede emplazarse a la perfección en un contexto moderno, incorporando los conceptos psicoanalíticos centrados en el ego, y en «Markheim» este punto de vista proveería de una lectura verosímil. Otra forma de examinar la dualidad es a través del bien y del mal, el lugar de partida de «Jekyll y Hyde». Pero el bien y el mal son más complejos, o quizá más problemáticos, de lo que revela una división esquemática del yo. Sin duda, la naturaleza del mal es uno de los grandes temas de Stevenson, desde sus primeros escritos hasta los textos inconclusos de su final. El tratamiento, no obstante, no se antoja tan profundamente filosófico como en Melville, donde el mal es inmanente en el mundo, sin origen ni explicación; ni tan psicológico como en Hawthorne, donde en cada experiencia individual se repite la caída en desgracia. Se trata, más bien, de una fusión de ambos. Cuando Stevenson se centra en los motivos y el comportamiento, sitúa la psicología en primer plano, mientras que, cuando alterna el monólogo interno con el debate

dialéctico, se inclina por el argumento filosófico. Así, la psicología y la filosofía comparten el propósito dramático y teórico.

¿Cuál es la naturaleza del mal? En «Janet la contrahecha», la respuesta es compleja. El diablo no es el asunto de este clásico cuento de brujería, sino la incapacidad del reverendo para percibir y, aún más, para comprender el propio mal y su poder en la vida de los demás. Este cuento, una obra de arte del realismo lingüístico, ha sido siempre contado entre los mayores logros de Stevenson. Él mismo lo guardaba en gran consideración, como le contó a lady Taylor, a quien dedicó el volumen en el cual apareció este cuento:

> No has comentado nada de «Janet la contrahecha», que a mí me agrada mucho, como sí has hecho de otros volúmenes que circulan; pero es sabido que la gente no siempre está de acuerdo. No creo que la parte de mí que se dispone a pensar en el mal del mundo y del hombre sea la más saludable; pero no creo que hacerlo me dañe a mí, pero quizá sí dañe a mis lectores, que es más grave; pero en ningún caso tengo la intención de escribir más sobre este tema.

Stevenson, reflexionando sobre el texto terminado, se pregunta sobre su obsesión por un tema sobre el cual no puede obtenerse ninguna conclusión definitiva. También es interesante observar su manera de considerar el proceso creativo, donde, aunque el tema sea acuciante, su ejecución no tiene un efecto dañino para el artista. (Entiende que eso no puede garantizarse a los lectores, con lo que, sin percatarse, da la razón a Platón por su temor de que el artista resulte un elemento peligroso, ya que su obra no puede controlarse y el efecto que despierta en el público es impredecible). Lo que produce que el cuento «Janet la contrahecha» resulte sobrecogedor no es lo diabólico (o el terror), sino lo desconocido, y la conciencia de que existe un núcleo de mal en el mundo que solo puede negarse a riesgo propio. En efecto, lo diabólico sirve a Stevenson como el marco adecuado para centrar la atención en un aspecto de la vida que parece resistirse a una explicación racional. A pesar de que los aldeanos no poseen ninguna prueba de que Janet sea una bruja, y el reverendo sea un hombre cuyo coraje se sustente en creer en su propia racionalidad, al final, ni Janet colgando de una delgada cuerda ni el refugio del reverendo en el calvinismo implacable ofrecen ninguna explicación racional a lo ocurrido. Si uno busca un paralelo moderno a «Janet la contrahecha», no hay mejor parangón que las películas de Alfred Hitchcock.

En «Markheim», Stevenson fusiona los temas de la dualidad y del bien y el mal en un cuento sobre la conciencia, la redención y el narcisismo de la consciencia. Confrontado por el visitante que parece conocerle, Markheim exclama:

> —¿Que me conoce? —exclamó Markheim—. Pero ¿cómo va a conocerme? Si mi vida es una calumnia y un disfraz para mí mismo. He vivido para falsear mi naturaleza. Todo el mundo lo hace, la gente siempre es mejor que ese disfraz que crece en torno suyo y acaba por asfixiarles. La vida los arrastra a todos, como alguien a quien hubieran raptado y envuelto en un manto unos malhechores. Si no hubieran perdido el dominio de sí mismos…, si se les pudiera ver la cara, serían muy

> diferentes, ¡parecerían héroes y santos! Yo soy peor que la mayoría, voy más oculto que los demás, mis motivos los conocemos Dios y yo. Pero, si dispusiera de tiempo, podría mostrarme tal como soy.

El alegato de Markheim es, por supuesto, autocomplaciente; culpa al destino de su conducta criminal y de su condición actual. Pero, aunque no parezca más que un intento de justificarse a sí mismo, no se puede ignorar. De este párrafo se desprende la creencia de que nuestra vida exterior no guarda relación alguna con quienes somos. Es como si «la vida» nos secuestrara de nuestro mejor yo, y nos obligara a comportarnos de una forma que no es ni un reflejo genuino ni una expresión adecuada de lo que creemos o sentimos. Markheim se lamenta por la preservación de su propia identidad y contra la falsa separación entre nuestra existencia interior y exterior, por la colocación de nuestro yo físico como sustituto de nuestro ser espiritual más puro, aunque cautivo. En un pasaje de profundas raíces históricas, Markheim habla del dilema de su existencia: «El bien y el mal corren por mis venas y me empujan en direcciones opuestas. No quiero solo una cosa, las quiero todas». Esta noción de un individuo en guerra consigo mismo encuentra su expresión embrionaria en la Epístola a los Romanos de san Pablo («Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros», Rom 7, 23), y en dos descripciones reveladoras de sir Thomas Browne, a quien Stevenson imitaba «diligentemente» cuando aprendía a escribir, y a quien aún en la tardía fecha de 1893 seguía incluyendo en su canon privado de escritores venerados: «El corazón del hombre es el lugar en que mora el Diablo: yo a veces siento un infierno en mi interior», y «Hay otro hombre dentro de mí, que se enfada conmigo, me regaña, manda y acobarda».

Esta idea de división interior, de que en el fondo del yo existe una fuerte disposición al mal que no puede ser solo derrotada por el deseo del bien de la consciencia (o, como Milton, el «odioso cerco / de sentimientos encontrados») es central en gran parte de la ficción de Stevenson. La lucha interna de Markheim representa una visión paralela de la lucha encarnada en el ámbito social. En otras palabras, del mismo modo que la vida es un campo de batalla (en palabras del coronel Geraldine en «El Club de los Suicidas»), Markheim, Gordon Darnaway y Northmour están librando una guerra con ellos mismos, una lucha para liberarse de los conflictos que destruyen su alma a los que se enfrentan. Se puede trazar una conexión entre el mundo del individuo y el social, entre el combate contra uno mismo y contra el mundo, pues la ficción de Stevenson siempre está emplazada en este, y nunca pretende caber en los límites de la conciencia individual o egoísta. Para los personajes, la guerra interior se justifica con frecuencia como la consecuencia inevitable de la exterior, y esta puede contemplarse como una proyección de aquella. Así, la batalla real entre los «caníbales» y las «voces» en «La isla de las voces» sirve simbólicamente como un conflicto entre formas de ignorancia y de mal enfrentadas, y como proyección de la mente trastornada de Keola, que se debate entre la pereza y la

avaricia que lo condujeron a perderse en la isla, y el deseo de regresar al hogar, a su mujer y a su vida en Hawái.

Sería una equivocación pensar que siempre existe una solución, y todavía más una conclusión pacífica, para la interminable batalla darwiniana que es la vida. Una de las razones por las que los finales de las obras de Stevenson resultan tan problemáticos es, de hecho, porque nunca se conciben como conclusiones. Los cuentos son textos cuyo contenido más profundo está aún por desarrollarse; o que toman distintas direcciones, buscando los detalles fortuitos que «completen» la acción de forma adecuada. El Villon de Stevenson sale a la noche, preguntándose si (como mínimo) tendría que haber robado las copas de su anfitrión. Que el Villon real desapareciera de París poco después de un gran robo en las Navidades de 1456, y que su fin siga siendo un misterio, añade una curiosa veracidad histórica a la lógica ficticia y formal del texto.

Pero como nos explican san Pablo, sir Thomas Browne y Milton, la mente lo es todo, y en la concepción descansa el crimen. Así, el diablo (si es que es de veras a quien representa el «visitante») le dice a Markheim que le es indiferente el objeto del crimen: «[…] si le ofrezco mi ayuda para escapar no es porque haya matado a un anticuario, sino porque es usted Markheim». Declara entonces lo que remite con toda claridad al «mal, sé tú / mi bien» de Satán: «El mal, que es el motivo de mi existencia, no es cuestión de actos sino de carácter: yo aprecio al hombre malvado y no la mala acción […]». Esta actitud define la idea de carácter y el lugar del bien y del mal en el mundo. Si no es la acción lo que define el mal, entonces debe ser quien perpetra el acto; si no yace en el acto mismo, entonces yace en el pensamiento. Con ello se desplaza la atención de la acción hacia la concepción. En efecto, el acto en sí mismo podría no ser otra cosa que un señuelo sofisticado, un divertimento que entretiene por sí mismo, pero que en realidad no es el acontecimiento principal. El bien y el mal están contenidos solo en la mente del individuo, sin tener en cuenta si este comete o no el crimen. En cambio, si el individuo es amado por familia y amigos, ningún crimen que pueda cometer alterará la forma en que lo juzguen ni los sentimientos que tienen por él. Lo que el doctor Noel señala al joven en «La historia del médico y el baúl» es una descripción de este lugar de imparcialidad que ocupan: «Joven incauto, el horror con que la ley ciega e injusta considera una acción jamás incumbe a quien la perpetra si se pregunta a sus allegados y, si uno de mis mejores amigos viniera a verme empapado en sangre, eso no cambiaría ni un ápice el afecto que sentiría por él. Levántese, el bien y el mal son solo una quimera: en esta vida no hay nada salvo el destino…».

Por supuesto, eso no puede tomarse como una declaración definitiva de la opinión del propio Stevenson, pero es interesante por su dimensión filosófica. El autor plantea la cuestión del mal en términos de la naturaleza del ser humano, de sus actos en el mundo, y en el contexto del tiempo o del «destino». Estos temas son complejos, y ni el visitante ni el doctor Noel son un modelo a seguir. No obstante, su postura ilustra

el tipo de complejidad moral que se articula en todos los textos de Stevenson. Si el bien y el mal son en realidad una «quimera», entonces, ¿cuál es el papel del individuo en la vida? ¿Cómo se mantienen los valores como el amor, la lealtad, el honor y el coraje en un mundo desprovisto de significado, en el cual el mal es manifiesto? Una respuesta es que el mundo no está vacío, que el mal encuentra su contrapartida, que es precisamente aquello que otorga a los personajes de Stevenson la capacidad de sobrevivir y la fe para seguir viviendo. Si «Markheim» es una psicomaquia, una lucha entre el bien y el mal por el alma del hombre, el final no se pone de lado del último: «Si estoy condenado a hacer el mal, todavía me queda un modo de ser libre: puedo dejar de actuar. Si mi vida ha de ser malvada, puedo ponerle fin». De muy diversas formas este pasaje emana del centro de la creencia de Stevenson: es el *pensamiento* lo que determina el carácter, la mente lo que conforma al hombre, más que los actos que este lleve a cabo. No se menciona a menudo que la ficción de Stevenson gira en torno a protagonistas que se sirven de la inteligencia como medio para sobrevivir, y que en realidad sobreviven solo gracias a ella. Los ejemplos más conocidos son Jim Hawkins de *La isla del tesoro* y David Balfour de *Secuestrado*; este último recibe un solo consejo de su pastor al marcharse de casa: «Sé dócil, David». Pero también lo podemos encontrar en la ficción breve: en «Los juerguistas», Charlie desvela el misterio poco a poco; en «El diablo de la botella», la ingeniosa esposa resuelve cómo disponer la botella y salvar el alma de su marido, o en «La isla de las voces», el hawaiano, ignorante en apariencia, mide la incapacidad de los marineros blancos por no creer en nada que no sean sus propias leyendas y decide que lo más discreto es no desvelar el misterio de la linterna de Kalamake. La importancia que se otorga a la inteligencia había quedado oculta bajo la común percepción de Stevenson como escritor de aventuras, cuyos cuentos cautivadores existen tan solo al nivel de la acción física. Pero Stevenson se revela como un intelectual, y sus textos dramáticos son la encarnación de sus ideas.

5

Hay aspectos de la obra de Stevenson que incluso hoy en día no se han reconocido lo suficiente, en particular su tratamiento del amor. Se ha repetido hasta la saciedad que no escribe sobre mujeres ni sexo; sin embargo, los lectores de estos cuentos no entenderán de dónde proviene esta idea. El amor es la esencia de estos cuentos. Para un joven inocente como Silas Q. Scuddamore en «Historia del médico y el baúl», puede que el amor no resulte más que un capricho ciego, y ligeramente cómico al relacionarse con una mujer de reputación dudosa. Con Frank Cassilis en «El pabellón de las dunas», forma parte de la vida adulta, y una mujer es alguien por quien pelear, e incluso morir. En «El diablo de la botella» y «La isla de las voces», el amor posee todas las cualidades apreciadas de la más perdurable de las relaciones, un buen

matrimonio. Pero Stevenson no era sus personajes, tampoco inocente ni optimista, y sí del todo consciente del papel que jugaba la sexualidad en la poderosa lucha entre hombres y mujeres. En «Historia de la caja de sombreros», lady Vandeleur observa que con un único «acto de sumisión» hacia su marido puede lograr meses de despreocupada desobediencia. No se ha contabilizado con qué regularidad Stevenson trata el sexo como un producto de intercambio, disimulado como matrimonio, en «La puerta del señor de Malétroit», o expresado abiertamente en «Jekyll y Hyde». Muy a menudo, el amor y el sexo se confunden, como en «Olalla», donde la enfermedad del protagonista lo conduce a una casa que hiede a decadencia y que podría haber salido de las páginas de Poe, con personajes que se emparejan. Y aun así, la atmósfera de muerte y decadencia no reprime en absoluto la descripción sensual que el narrador hace de la belleza de Olalla, y, por extensión, la atracción involuntaria que siente hacia ella, una atracción que es la contrapartida de su profunda melancolía y sufrimiento inconsolable. El amor no puede derrotar a tal dolor ni a tal fatalidad, y Stevenson, al final, convierte a Olalla en el símbolo del sufrimiento humano.

Es muy habitual que Stevenson describa el amor como una experiencia que surge en un instante, casi antes de que el personaje tome plena conciencia de ello. «Lo único que llamó la atención de Dick Naseby fue un vestido negro, pero eso dominó sus pensamientos e hizo que olvidase todo lo demás. Se acercó y la chica se dio la vuelta. Su rostro le sobresaltó: era un rostro que deseaba ver y fue como una bocanada de aire fresco». Este fragmento corresponde a «Historia de una mentira», que data de una fecha tan temprana como 1879. Para Stevenson, el amor a primera vista no es un vestigio del anticuado romance caballeresco, sino la experiencia visceral de hombres y mujeres en el mundo moderno, sin importar si el cuento está ambientado en la edad medieval o en la contemporánea. Incluso Will, el desapegado y reflexivo filósofo («Will el del molino»), no puede evitar sentirse revitalizado al instante por la belleza y elegancia de Marjory: «Cuando se inclinaba hacia delante […] veía su rostro […] la chica acabó por ocupar un lugar en su imaginación parecido al de la luz del alba». A otro narrador, más adelante, la sorpresa lo deja «paralizado» la primera vez que contempla a la desventurada Olalla: «La sorpresa me dejó paralizado: su belleza me llegó a lo más hondo, destacaba entre las negras sombras de la galería como una gema de muchos colores; sus ojos se clavaron en los míos […] aquel momento que pasamos frente a frente, bebiéndonos el uno al otro […]». Este tipo de expresión es una forma de llegar al ámbito de lo físico, que Stevenson relacionaba con el amor; o, dicho de otra forma, se convierte en el lenguaje del deseo sexual. Stevenson escribía una prosa sencilla, y su reticencia a tratar de mujeres de forma abierta en algunas de sus obras más extensas constituía una respuesta deliberada a las restricciones tan limitadoras y atrofiantes de las editoriales victorianas. Más que tratar las relaciones sexuales de forma opaca, como hicieron Henry James y George Meredith, prefirió ignorarlas del todo, o mencionarlas de forma indirecta. Pero, como revelan estos ejemplos, siempre que los hombres de

Stevenson se topan con mujeres quedan afectados, tanto en lo mental como en lo visceral. Se quedan mudos e inmóviles. Dado su gusto por una prosa clara y transparente, Stevenson no puede evitar expresar el erotismo con que los hombres observan a las mujeres. Denis de Beaulieu, a quien solo quedan dos horas de vida y se esfuerza por concentrarse, todavía debe admirar el cuerpo de Blanche de Malétroit, la mujer con quien se casará si salva la vida: «[…] tan rolliza y al mismo tiempo tan delicada, con su piel suave y morena y el cabello más hermoso […] que había visto nunca en una mujer».

Sin duda alguna, la descripción más cautivadora del amor aparece en «La playa de Falesá», una gráfica historia de violencia, racismo y avaricia que tiene lugar en una isla remota del Pacífico, muy parecida a la que Stevenson se instaló en los últimos años de su vida. El narrador del cuento, John Wiltshire, es una de las creaciones más originales del escritor. Comerciante, exiliado a voluntad, alcohólico y racista (el uso que hace de la palabra «canaco» lleva aparejado todo el desprecio de los colonos europeos hacia los indígenas polinesios), ese personaje masculino tan poco prometedor no solo se convierte en el protagonista del relato sino en el amante más tierno de la obra de Stevenson. El cuento se abre con la llegada de Wiltshire a Falesá, donde lo recibe con calidez un comerciante rival, Case, que insiste en que debe conseguir una «esposa» para dar rienda suelta al placer, y se ofrece a emparejarlo con una chica nativa que está saliendo del agua. «Había estado de pesca y no llevaba puesta más que una camisa empapada y muy corta. Era joven y muy esbelta para ser isleña, tenía el rostro fino, la frente despejada y una extraña mirada miope, entre la de un gato y un bebé». Esta imagen de Uma, con la ropa empapada que marca la sinuosidad de su cuerpo, casi prefigura la secuencia, setenta años más tarde, de Ursula Andress saliendo del mar con un bikini blanco y un machete como único atuendo. Y, como James Bond, que se queda prendado de ella y contesta a su pregunta («—¿Qué haces aquí? […] —Solo estoy mirando»), Wiltshire queda visiblemente impresionado con Uma: «¿Quién es? Esa servirá». Su lenguaje refleja el realismo lacónico y coloquial del texto, y se distingue de la descripción romántica de los cuentos anteriores. Pero el impulso es el mismo: la apariencia física llamativa de una mujer y el efecto que tiene sobre un hombre.

Cuando Wiltshire se aviene a la farsa de la boda, culminada con un certificado falso y cruel, Uma se presenta con un esplendor majestuoso, y sin percatarse, avergüenza al rudo y exiliado apátrida. Por primera vez, no la ve como una chica isleña, adecuada para una noche de placer, sino como una mujer respetable y apuesta. Incluso cambia su estilo, que se vuelve mucho más lírico: «Ella iba vestida y perfumada, su falda era de fibra de corteza y sus pliegues parecían más lujosos que cualquier seda; el busto, que era del color de la miel oscura, estaba desnudo a excepción de media docena de collares de semillas y flores y, detrás de las orejas y en el pelo, llevaba prendidas las flores escarlatas del hibisco». Después de la ceremonia,

cuando vuelven a su casa, Wiltshire sigue contemplando a la mujer que le ha calado tan hondo:

> Y su vestimenta, aunque escasa y al estilo indígena, con su falda de fibra de corteza, sus perfumes, sus flores rojas y sus semillas tan vistosas como joyas, aunque un poco mayores, me hizo pensar que en realidad era una especie de condesa, engalanada para escuchar a grandes cantantes en un concierto, y no una compañera para un pobre comerciante como yo.

El hombre que ha vivido durante tantos años entre exiliados y raqueros, la oleada de europeos en el Pacífico, y que además siempre ha creído en la superioridad del hombre blanco, de pronto se da cuenta de que se ha casado con una mujer que es superior a él, que, además, es «nativa». En una de las imágenes más sobrecogedoras del cuento, Wiltshire descubre que su deseo sexual se ha transformado en amor pasional: «Nunca me había sucedido antes, pero sentí tal deseo por ella que me estremecí como el viento en el gratil de una vela». Así empieza la redención de un hombre común. Y si John Wiltshire puede ser redimido en la trama de un cuento, entonces «La playa de Falesá» puede significar la liberación de Robert Louis Stevenson. Pues, con la publicación de este crudo y violento relato contemporáneo de pasión, avaricia y racismo, el escritor escocés al fin corta sus ataduras con el siglo XIX. En efecto, se despidió de todas las restricciones y limitaciones que habían oscurecido y constreñido a todos los artistas que habían pretendido confrontar el mundo de frente. Stevenson, como dijo Henry James, estaba en la «última fase» de su carrera, y en las palabras posteriores de Graham Greene, había dado con «granito» en aquellas islas. Su muerte, en la plenitud de su carrera, fue sin duda una decisión de los dioses.

Stevenson ofrece un variopinto abanico de personas que luchan en el mundo, que buscan el amor; el movimiento de hombres y mujeres en las ciudades, la belleza y la serenidad de la naturaleza; y, por otro lado, también la dureza, la brutalidad y la amenaza. Y, gracias a todo ello, el ser humano abre una nueva etapa vital, gracias al amor y al esfuerzo, como diría Freud. Los cuentos de Stevenson son como pasajes, «fotografías» diseñadas para mantener el interés del lector, dejarlo suspendido en el tiempo mientras sigue las hazañas del príncipe de Bohemia, o esclarece el dilema de Kokua en «El diablo de la botella». Pero, a un nivel más profundo, se trata de fábulas de nuestro tiempo, destellos del pasado y presagios del futuro. Stevenson nunca consideró la vida como un parpadeo, sino que cada momento formaba parte para él de toda la historia de la humanidad. Así, pudo escribir cuentos «históricos» que parecieran contemporáneos; *Märchen* fantásticos que convertía en más verosímiles y reales que algunas de las obras del más crudo realismo de sus contemporáneos, así como relatos contemporáneos sin parangón por su autenticidad y urgencia. La característica más sorprendente de estos cuentos es que envejecen bien, es decir, hoy en día se leen con la misma avidez con la que lo hacían sus primeros lectores. Esta es una cualidad de gran rareza que comparte sobre todo con Ernest Hemingway, y entre

sus contemporáneos, muy pocos, si es que alguno, pueden igualar este logro. Sus iguales más importantes, Henry James, Thomas Hardy y George Meredith, están ligados a su época, o, dicho de otra forma, uno siempre es consciente de que la virtud de sus obras está acotada o restringida a los límites de su mundo victoriano tardío. A pesar de que Stevenson compartía ese mundo, su «paisaje» queda relegado a lo más hondo a causa de la intensidad del psicodrama y de la inmediatez de la conexión que ha establecido con el lector. «Jekyll y Hyde» puede que sea un relato victoriano tardío, pero muy pocos lectores contemporáneos —si pueden dejar a un lado las versiones cinematográficas— quedan absortos por él a causa del período histórico. Una de las razones por las que Stevenson ha sobrevivido en el imaginario universal es porque sus reflexiones sobre el comportamiento humano, de sus necesidades y deseos, sus miedos y secretos, son comprensibles a la perfección. La ambición frustrada de Simon Rolles, el clérigo que no progresa a pesar de su actitud ejemplar, habla a todo el mundo por igual del sentido de la injusticia en la vida, o de la desigualdad en la vida o el trabajo. El deseo de Will por llevar una vida satisfactoria y llena, de casarse con la mujer que ama, de alcanzar algo valioso, se contrapone a su egocentrismo y a su incapacidad de ver la simple realidad: que ha repudiado a la única mujer que lo ama de verdad. Se puede considerar que Will, con una ligera exageración, es una versión temprana del John Marcher de «La bestia en la jungla» de Henry James, el único hombre al que nunca le sucederá nada, una buena persona y una vida malgastada.

La perspectiva de Robert Louis Stevenson era fundamentalmente moderna. Tanto los temas que hacían discurrir su imaginación como las formas que escogió para expresarlos lo colocan al principio de la modernidad literaria. El individuo aislado en un universo físico sin un centro moral; lo fortuito que circunscribe y determina nuestra vida, hasta el punto de la eliminación de toda voluntad y deseo; la existencia del mal en el mundo y el misterio de su origen y naturaleza; la intensidad del deseo sexual y la cualidad transformadora del amor, ambos separados de la condición matrimonial; etcétera. Estos son algunos de los temas de la ficción de Stevenson que pueden considerarse modernos. La duda fundamental de Stevenson, la duda esencial de la modernidad, recorre todos ellos: la fiabilidad de nuestro conocimiento, y, sobre todo, en cuanto afecta a nuestro juicio del comportamiento y motivación de los demás. Manifiesta de forma reiterada que gran parte de nuestra vida está cubierta por sombras y oscuridad, y donde la capacidad de ver, y aún más de determinar los significados, es ambigua o problemática. En las primeras líneas de «La puerta del señor de Malétroit», Denis de Beaulieu busca el camino de regreso a casa («Verse sumergido así en la opaca negrura de una ciudad casi desconocida produce una sensación muy inquietante y misteriosa»), y termina atrapado en una trampa que no puede comprender y de la que no puede escapar. La sensación de estar atrapado en las penumbras es tan generalizada en Stevenson que casi terminamos asumiendo que se trata de una condición de este mundo, condición que se refleja en la maravillosa

primera frase de «La playa de Falesá»: «Vi la isla por primera vez cuando no era ni de noche ni de día». Se ha erigido como uno de los mejores escritores de exteriores, cuyas descripciones del paisaje, de la montaña, los valles y el mar no tienen parangón. Cabría esperar que la majestuosidad de los parajes naturales refrenara la oscuridad endémica de los cuentos, pero en realidad contribuye a profundizar el tono, pues en medio de la gran claridad yace la esencia de la ambigüedad.

Quizá el ejemplo más ilustrador lo leemos en «Los juerguistas», la magnífica «fantasía» marítima de Stevenson: «En ese instante el aspecto de la bahía sufrió un cambio muy notable. Dejó de ser un interior visible y despejado, como una casa con un techo de cristal, donde la luz verde y submarina del sol reposaba tranquilamente». Este no es un simple ejemplo de la diferencia entre la apariencia de las cosas y cómo son en realidad. Refleja una idea más profunda y compleja: que las cosas materiales cambian, que la realidad esencial no está fijada de forma inalterable, y que por tanto esta es ininteligible en su esencia. Si los cuentos de Stevenson nos enseñan alguna cosa, es exactamente eso: por mucho que nos esforcemos en determinar la verdad, esta nos rehúye, o no puede desvelarse. En «Los juerguistas», el océano es a la vez una tumba y una maravilla de la creación, dependiendo del momento y del observador. Cuando el narrador se sumerge en el mar y descubre una hebilla de zapato de un marinero ahogado, reflexiona sobre el simbolismo del objeto, en el barco naufragado y todos los marineros perdidos: «[…] mi espíritu no comprendió del todo el horror del osario del océano». Pero cuando regresa a la orilla, y después de una breve oración, se siente reconfortado, y contempla tranquilo «aquella gran y brillante criatura que es el océano de Dios», que refuerza la paradoja entre el horror y la belleza.

Esta ambigüedad, que se revela tanto en lo lingüístico como en lo estructural, es central para la visión de Stevenson sobre el mundo. Hay pocas verdades, si es que las hay, a pesar del esfuerzo formidable del autor para allanar el terreno al lector. Esta es una de las características definitorias de su narrativa: la sobriedad del estilo esconde la complejidad del significado. Inevitablemente, esta cualidad engaña a los lectores esporádicos y los lleva a pensar que estos cuentos no son más que sus tramas, ejercicios repetitivos para el entretenimiento fácil. La crítica también ha opinado que se derrumban al final, que Stevenson no podía mantener la intensidad y el suspense que caracterizan los inicios extraordinarios de sus relatos. No obstante, si estos textos se consideran desde el punto de vista de la modernidad, los finales están en perfecta consonancia con la duda epistemológica que domina la imaginación del artista. Los finales, sobre todo los más ingeniosos, suelen ser falsos en la realidad a la que Stevenson se ciñe, una realidad fiel a las incertidumbres y confusiones que constituyen nuestra experiencia en el mundo. Los cuentos de Stevenson a menudo terminan de forma abrupta, pero esa brusquedad solo significa que la acción no sigue más allá y que, en el caso de que los personajes continúen, lo hacen por otros lugares y caminos. Estos finales inconclusos lo son tanto a nivel dramático como simbólico:

el término de la acción, por un lado, y su subversión, por el otro. Más allá de la potencia y brillantez de su estilo, Stevenson rechaza falsear la idea central de que la incertidumbre y la ambigüedad no solo forman parte del nuestro lenguaje, sino que también son condiciones de nuestra existencia.

BARRY MENIKOFF
2002

CRONOLOGÍA

AÑO OBRA

1850 El 13 de noviembre nace en Edimburgo Robert Louis Stevenson, hijo de Thomas Stevenson y Margaret Isabella Balfour.

1866 Los padres de Stevenson imprimen cien copias de su primera obra, *The Pentland Rising*.

1867 Después de ser educado en casa por sus problemas de salud, ingresa en la Universidad de Edimburgo para estudiar ingeniería.

1871 Cambia la carrera de ingeniería por la de derecho y al final estudia para ser abogado.

1873 Viaja al sur de Francia.

1875 Conoce a W. E. Henley en Edimburgo; ingresa en la abogacía, pero no ejerce.

1876 Conoce a Fanny Osbourne en Francia.

1878 Fanny regresa con su marido a Estados Unidos. Stevenson viaja a las Cevenas. Publica en mayo *Un viaje al continente*; y en diciembre, *Edimburgo: notas pintorescas*.

1879 Viaja a California para estar con Fanny, ya divorciada, y su familia. Publica *Viajes con una burra*.

1880 En mayo se casa con Fanny en San Francisco; regresa a Edimburgo en septiembre. Colabora con Henley en *Deacon Brodie*; *or, The Double Life*.

1881 En abril sale a la venta *Virginibus Puerisque*. Empieza *La isla del tesoro* en Braemar y la termina en Davos, Suiza; la novela se publica por entregas en *Young Folks* de octubre a enero de 1882.

1882 Se muda a Francia. Publica *Las nuevas mil y una noches* y *Estudios familiares de hombres y libros*.

1883 *La isla del tesoro* se publica en formato libro. *La Flecha Negra* se publica por entregas en *Young Folks* de junio a octubre de 1884.

1884 Se muda a Bournemouth. Publica *Los colonos de Silverado*.

1885 Se traslada a «Skerryvore», en Bournemouth, una casa comprada por su padre. Publica *Jardín de versos para niños*, *Más mil y una noches y Aventuras y desventuras del príncipe Otto*.

1886 En enero sale a la venta *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde* y en julio, *Secuestrado*.

1887 En mayo muere Thomas Stevenson. Se muda a Sarinac, en Nueva York. Publica *Memorias y retratos*, *Los hombres dichosos*, y *Monte bajo*.

1888 Primer viaje a los Mares del Sur. *La Flecha Negra* se publica en formato libro.

1889 Viaje a Samoa. Salen a la venta *El señor de Ballantrae* y *Aventuras de un cadáver* (con Lloyd Osbourne).

1890 Se muda a Vailima, en Samoa.

1891 En diciembre publica *Baladas*.

1892 Publica *De praderas y bosques*, *Una nota al pie de la historia*, y *Los traficantes de naufragios* (con Lloyd Osbourne).

1893 Publica *Catriona [David Balfour]*, y *Noches en la isla*.

1894 Sale a la venta *Bajamar* (con Lloyd Osbourne). El 3 de diciembre muere de una hemorragia cerebral.

1896 Se publica póstumamente *El Weir de Hermiston*.

1897 Se publica *St. Ives* (completado por Arthur Quiller-Couch).

EL CLUB DE LOS SUICIDAS

HISTORIA DEL JOVEN DE LOS PASTELES DE CREMA

En el tiempo en que residió en Londres, el distinguido príncipe Florizel de Bohemia se ganó el afecto de todos con su trato seductor y una generosidad bien entendida. Era un hombre notable por lo que de él se sabía, y eso que solo era parte de lo que en realidad hacía. Aunque de temperamento plácido en circunstancias normales, y acostumbrado a tomarse la vida con tanta filosofía como cualquier campesino, el príncipe de Bohemia también sentía inclinación por modos de vida más aventureros y excéntricos de aquellos a los que estaba destinado por su nacimiento. A veces, si estaba desanimado y no se representaba ninguna comedia divertida en alguno de los teatros londinenses, y si la estación del año impedía la práctica de esos deportes al aire libre en los que superaba a todos sus contrincantes, mandaba llamar a su confidente y caballerizo mayor, el coronel Geraldine, y le ordenaba prepararse para hacer una ronda nocturna. El caballerizo mayor era un joven oficial de disposición valiente e incluso temeraria. Recibía con agrado la invitación y se apresuraba a disponerlo todo. La larga práctica, unida a un considerable conocimiento de la vida, le habían dotado de una habilidad singular para el disfraz: sabía disimular no solo su rostro y porte, sino también su voz y casi sus pensamientos, para adaptarlos a los de cualquier rango, carácter o nacionalidad; y de ese modo desviaba la atención del príncipe, y a veces lograba que los admitieran en los círculos más extraños. Las autoridades civiles nunca supieron de aquellas aventuras secretas: el valor imperturbable del uno y la iniciativa y la caballerosa devoción del otro les habían sacado de muchas situaciones peligrosas, y con el paso del tiempo su confianza fue en aumento.

Una tarde de marzo, un repentino chaparrón de aguanieve les obligó a refugiarse en un bar de ostras muy cerca de Leicester Square. El coronel Geraldine iba vestido y maquillado como un periodista de tercera, mientras que el príncipe, como de costumbre, había alterado su aspecto mediante la adición de unas patillas falsas y un par de gruesas cejas adhesivas. Estas le daban un aspecto tan curtido y desgreñado que, tratándose de una persona de su elegancia, constituían un disfraz impenetrable. Ataviados de aquel modo, el jefe y su ayudante saborearon su *brandy* con soda con total seguridad.

El bar estaba repleto de parroquianos, hombres y mujeres; pero, aunque más de uno trató de entablar conversación con nuestros aventureros, ninguno de ellos les pareció digno de interés después de conocerlo. No había allí más que la hez de Londres, gente vulgar y poco respetable; y el príncipe había empezado a bostezar, y a estar harto de aquella excursión, cuando empujaron violentamente las puertas y entró en el bar un joven seguido de dos conserjes. Los dos conserjes llevaban cada uno una

bandeja de pasteles de crema debajo de una tapadera, que quitaron enseguida, y el joven se paseó entre los presentes y animó a todos a probar aquellos dulces con exagerada cortesía. A veces su ofrecimiento era aceptado entre risas; en ocasiones era firme, e incluso ásperamente, rechazado. En ese caso, el recién llegado se comía él mismo el pastel entre comentarios de índole más o menos humorística.

Por fin se acercó al príncipe Florizel.

—Señor —dijo con una profunda reverencia y ofreciéndole al mismo tiempo el pastel entre el dedo pulgar y el índice—, ¿tendrá usted a bien honrar a un completo desconocido? Yo respondo de su calidad, pues llevo comidas más de dos docenas desde las cinco.

—Tengo la costumbre —replicó el príncipe— de fijarme no tanto en la naturaleza de un regalo, como en la intención con que se hace.

—La intención, señor —respondió el joven, con otra reverencia—, es la de una burla.

—¿Una burla? —repitió Florizel—. ¿Y de quién pretende usted burlarse?

—No he venido aquí a exponer mi filosofía —replicó el otro—, sino a repartir estos pasteles de crema. Si le digo que me incluyo encantado en lo ridículo de esta transacción, confío en que dará su honor por satisfecho y aceptará mi invitación. De lo contrario, me veré obligado a comerme el vigésimo octavo, y reconozco que ya empiezo a estar un poco harto.

—Me ha conmovido usted —dijo el príncipe—, y nada me gustaría más que librarle de su dilema, pero con una condición: mi amigo y yo nos comeremos sus pasteles, por los que ninguno de los dos sentimos especial predilección, si nos compensa acompañándonos a cenar.

El joven pareció reflexionar.

—Todavía me quedan varias docenas —dijo por fin—, así que tendré que visitar varios bares más antes de concluir con mi cometido. Tardaré algún tiempo, y si tienen ustedes hambre…

El príncipe le interrumpió con un gesto educado.

—Mi amigo y yo le acompañaremos —dijo—, pues estamos muy intrigados por su agradable manera de pasar la tarde. Y ahora que hemos establecido los preliminares del acuerdo, permítame que firme el tratado por las dos partes. —Y se comió el pastel con la mayor elegancia imaginable—. Está delicioso —dijo.

—Veo que es usted todo un sibarita —replicó el joven.

El coronel Geraldine también hizo los honores al pastel y, después de que todos los presentes rechazaran o aceptaran sus manjares, el joven de los pasteles de crema emprendió la marcha hacia otro establecimiento parecido. Los dos conserjes, que parecían haberse acostumbrado a su absurdo empleo, le siguieron; y el príncipe y el coronel cerraron la retaguardia cogidos del brazo y sonriéndose mientras caminaban. En aquella formación, el grupo visitó otras dos tabernas, donde se escenificaron

escenas de similar naturaleza a las ya descritas: unos rechazaron y otros aceptaron aquella hospitalidad vagabunda, y el joven se comió todos los pasteles rechazados.

A la salida del tercer bar, el joven hizo recuento de provisiones. Solo quedaban nueve: tres en una bandeja y seis en la otra.

—Caballeros —dijo, dirigiéndose a sus dos nuevos seguidores—, no quisiera retrasar su cena. Estoy convencido de que deben de estar hambrientos. Creo que les debo una consideración especial. Y en este gran día para mí, en que pongo fin a una carrera de insensateces con uno de mis mayores desvaríos, quiero portarme decentemente con quienes me han apoyado. Caballeros, no tendrán que esperar más. Aunque mi constitución se resiente por los excesos cometidos, acabaré, aun a riesgo de mi vida, con esta espera. —Y con esas palabras engulló los nueve pasteles restantes y se los tragó de un solo bocado. Luego se volvió hacia los conserjes y les entregó un par de soberanos—. Les agradezco su extraordinaria paciencia —dijo.

Y los despidió con una reverencia a cada uno. Se quedó mirando unos segundos el monedero del que había sacado el dinero para pagar a sus ayudantes y luego, con una carcajada, lo tiró en mitad de la calle y anunció que estaba listo para ir a cenar.

En un pequeño restaurante francés del Soho, que había disfrutado durante un tiempo de una reputación inmerecida y empezaba ya a caer en el olvido, y en un reservado del piso de arriba, los tres compañeros dieron cuenta de una cena muy refinada y se bebieron tres o cuatro botellas de champán, mientras conversaban acerca de asuntos sin importancia. El joven era alegre y locuaz, pero se reía de un modo más ruidoso de lo natural en una persona bien educada, sus manos temblaban violentamente y su voz adoptaba súbitas y sorprendentes inflexiones que parecían ser independientes de su voluntad. Cuando retiraron el postre y los tres encendieron los cigarros, el príncipe se dirigió a él con estas palabras:

—Estoy seguro de que disculpará mi curiosidad. Lo que llevo visto de usted me ha complacido mucho pero me ha extrañado aún más. Y, aunque me resisto a ser indiscreto, debo decirle que a mi amigo y a mí se nos puede confiar cualquier secreto. Tenemos muchos propios, que siempre acaban llegando a oídos indiscretos. Y si, como supongo, su historia es un tanto absurda, no es preciso que se ande con delicadezas con nosotros, que somos dos de los hombres más absurdos de Inglaterra. Me llamo Godall, Teophilus Godall, y mi amigo es el comandante Alfred Hammersmith, o al menos así es como le gusta llamarse. Nos pasamos la vida buscando aventuras excéntricas, y no hay extravagancia alguna que no sepamos comprender.

—Me resulta usted simpático —replicó el joven—, me inspira una confianza natural, y no tengo nada que objetar respecto a su amigo el comandante, a quien supongo un noble disfrazado. Desde luego estoy seguro de que no es militar. —El coronel sonrió ante aquel elogio a la perfección de su arte y el joven prosiguió cada vez más animado—: Hay muchas razones por las que no debería contarles mi historia. Tal vez por eso mismo vaya a hacerlo. Parecen tan dispuestos a oír un relato

descabellado que no me siento capaz de decepcionarles. A pesar de su ejemplo, callaré mi nombre. Mi edad tampoco es esencial para la narración. Soy descendiente directo de mis antepasados y de ellos heredé el aceptable apartamento donde vivo todavía y una fortuna de trescientas libras al año. Imagino que también me legaron un temperamento un tanto alocado, que siempre me ha gustado fomentar. Sé tocar el violín lo bastante bien para ganarme la vida en la orquesta de un teatrillo, aunque no del todo. Lo mismo puede decirse de la flauta y la trompa. Aprendí a jugar lo suficiente al *whist* para perder unas cien libras al año en ese juego tan científico. Mis conocimientos de francés me bastaron para malgastar el dinero en París casi con la misma facilidad que en Londres. Soy, en suma, una persona de numerosos logros viriles. He vivido toda clase de aventuras, incluyendo un duelo por una insignificancia. Hace tan solo dos meses conocí a una joven que, por sus dotes morales y físicas, se ajustaba a la perfección a mis gustos; sentí que se me derretía el corazón y comprendí que por fin había encontrado mi destino y estaba a punto de enamorarme. Pero ¡cuando calculé el capital que me quedaba, comprobé que ascendía a poco menos de cuatrocientas libras! Déjenme preguntarles: ¿puede un hombre que se respete a sí mismo enamorarse con solo cuatrocientas libras en el banco? Decidí que era obvio que no. Me dediqué a esquivar a mi amada e, incrementando levemente mis gastos habituales, llegué esta mañana a mis últimas ochenta libras. Dividí esa suma en dos partes iguales: cuarenta las reservé para un propósito concreto; las otras cuarenta decidí gastarlas antes de la noche. He pasado un día muy entretenido y disfrutado de muchas bromas aparte de la de los pasteles de crema que me ha llevado a conocerles a ustedes; pues, como les dije, estaba decidido a poner un fin absurdo a una vida no menos disparatada, y cuando me vieron tirar el monedero al arroyo, fue porque había gastado las cuarenta libras. Ahora me conocen ustedes tan bien como yo: soy un loco coherente con su locura y, espero que me crean, no un llorón ni un cobarde.

Por el tono de la declaración del joven era obvio que tenía una triste y amarga opinión de sí mismo. Lo que hizo pensar a sus interlocutores que aquel amorío le había tocado más hondo de lo que estaba dispuesto a reconocer, y que había tomado una decisión sobre su vida. La farsa de los pasteles de crema empezaba a tener tintes de tragedia disimulada.

—¡Caramba! ¿No les parece raro —intervino Geraldine, mirando de reojo al príncipe Florizel— que los tres nos hayamos conocido por pura coincidencia en un lugar tan inmenso como Londres, cuando estamos pasando por circunstancias tan parecidas?

—¿Cómo? —exclamó el joven—. ¿Es que también ustedes están desesperados? ¿Es esta cena una locura como la de mis pasteles de crema? ¿Ha reunido el diablo a tres de los suyos para que se corran juntos una última juerga?

—Créame que el diablo hace a veces cosas muy caballerescas —replicó el príncipe Florizel—, estoy tan conmovido por la coincidencia que, aunque nuestro

caso no sea exactamente el mismo, pienso poner fin a la diferencia. Que su heroico modo de despachar los últimos pasteles de crema me sirva de ejemplo. —Y, dicho y hecho, el príncipe echó mano a su monedero y sacó de él un pequeño fajo de billetes —. Como ve, me lleva usted una semana de ventaja, pero mi intención es darle alcance y cruzar a la par la línea de meta —prosiguió—. Con esto —afirmó, dejando uno de los billetes encima de la mesa— bastará para pagar la cuenta. En cuanto al resto…

Los lanzó al fuego y se fueron por la chimenea con una llamarada.

El joven trató de contener su brazo, pero tenía en medio la mesa y su intervención no llegó a tiempo.

—Desdichado —gritó—, ¡no debería haberlos quemado todos! Debería haber guardado cuarenta libras.

—¡Cuarenta libras! —repitió el príncipe—. En el nombre del cielo, ¿y por qué cuarenta libras?

—¿Y por qué no ochenta? —gritó el coronel—. Me consta que debía de haber al menos cien en el fajo.

—Solo le habrían hecho falta cuarenta —dijo el joven con aire lúgubre—. Pero sin ellas no le admitirán. La norma es estricta. Cuarenta libras por cabeza. ¡Qué triste vida esta en la que hasta para morir hace falta dinero!

El príncipe y el coronel intercambiaron una mirada.

—Explíquese —dijo el último—. Todavía tengo el billetero razonablemente bien provisto, y no necesito decirle lo gustosamente que compartiría mi dinero con Godall. Pero antes necesito saber con qué propósito: debe usted explicarnos a qué se refiere.

El joven pareció despertarse, los miró inquieto y se ruborizó profundamente.

—¿No me estarán tomando el pelo? —preguntó—. ¿De verdad están desesperados como yo?

—Por mi parte, desde luego que lo estoy —replicó el coronel.

—Y por la mía —dijo el príncipe—, ya se lo he demostrado. ¿Quién, si no estuviese desesperado, arrojaría al fuego su dinero? La acción habla por sí misma.

—Alguien que estuviese desesperado, sí… —repuso suspicaz el otro—, o un millonario.

—Basta, señor —dijo el príncipe—. Ya me ha oído, y no estoy acostumbrado a que se ponga en duda mi palabra.

—¿Desesperados? —preguntó el joven—. ¿De verdad están tan desesperados como yo? ¿Han llegado ustedes, después de una vida de excesos, a un punto en el que solo pueden permitirse un exceso más? —Fue bajando la voz a medida que hablaba —. ¿Van a permitirse ese último exceso? ¿Van a evitar las consecuencias de sus desvaríos mediante el único camino fácil e infalible? ¿Van a darle esquinazo a los alguaciles de su conciencia por la única puerta abierta? —De pronto se interrumpió y trató de reírse—. ¡A su salud! —gritó, vaciando la copa—. Y que tengan muy buenas noches, mis alegres desesperados.

El coronel Geraldine le cogió por el brazo justo cuando se disponía a levantarse.

—No se fía usted de nosotros —dijo—, y hace mal. A todas sus preguntas respondo de manera afirmativa. Pero no soy tan tímido y no me importa llamar a las cosas por su nombre. Tanto nosotros como usted estamos hartos de vivir y decididos a morir. Tarde o temprano, solos o en compañía, tenemos intención de ir al encuentro de la muerte y desafiarla allí donde esté. Ya que le hemos conocido, y que su caso parece más apremiante, que sea esta noche, y cuanto antes, y si le parece bien los tres juntos. ¡Un trío tan pobre —exclamó— debería entrar hombro con hombro en los salones de Plutón e infundirse ánimos entre las sombras!

Geraldine había dado justo con la actitud y la entonación apropiadas para el papel que estaba interpretando. El mismo príncipe se extrañó y miró a su amigo con aire perplejo. En cuanto al joven, el rubor volvió sombríamente a sus mejillas y en sus ojos brilló una chispa de luz.

—¡Son ustedes los hombres que necesito! —gritó con una alegría que tenía algo de terrible—. ¡Sellemos el trato con un apretón de manos! —Tenía la mano fría y húmeda—. ¡No imaginan en compañía de quién van a emprender la marcha! Poco sospechan la suerte que tuvieron de compartir conmigo mis pasteles de crema. No soy más que una unidad, pero una unidad en un ejército. Conozco la puerta secreta de la Muerte. Soy uno de sus íntimos, y puedo conducirles a la eternidad sin ceremonias ni escándalos.

Ambos le apremiaron a explicarse.

—¿Pueden reunir ochenta libras entre los dos? —preguntó.

Geraldine comprobó teatralmente su cartera y respondió que sí.

—¡Seres afortunados! —gritó el joven—. Cuarenta libras es la cuota de admisión al Club de los Suicidas.

—El Club de los Suicidas —repitió el príncipe—, caramba, ¿y qué demonios es eso?

—Escuchen —dijo el joven—, vivimos en la era de los adelantos y tengo que hablarles de su último refinamiento. Tenemos intereses en distintos sitios, y por eso se inventaron los ferrocarriles. Los ferrocarriles nos separaban inevitablemente de nuestros amigos, y por eso el telégrafo permitió que pudiéramos comunicarnos a grandes distancias. Incluso en los hoteles tenemos ascensores para ahorrarnos una subida de apenas unos cientos de escalones. Pues bien, nosotros sabemos que la vida no es más que un escenario donde hacer payasadas mientras el papel nos divierta. A la comodidad moderna le faltaba todavía un adelanto: un modo fácil y digno de salir del escenario, una escalera trasera hacia la libertad; o, como he dicho hace un instante, la puerta secreta de la Muerte. Eso, mis dos compañeros de rebeldía, es lo que proporciona el Club de los Suicidas. No vayan a pensar que ustedes o yo somos únicos, o siquiera excepcionales, en compartir el muy razonable deseo que nos inspira. A muchos de nuestros compatriotas, asqueados de participar en esa representación que deben llevar a cabo a lo largo de toda una vida, solo una o dos

consideraciones les separan de la huida. Unos tienen familias que sufrirían, y a las que tal vez culparían, si el asunto llegase a hacerse público; otros son débiles y temen las circunstancias de la muerte. Tal es, hasta cierto punto, mi propia experiencia. Soy incapaz de apuntarme a la cabeza con una pistola y apretar el gatillo, hay algo más fuerte que yo que me lo impide: por mucho que aborrezca la vida, no tengo fuerzas para asirme a la muerte y acabar con todo. Para aquellos como yo, y para quienes deseen poner fin a sus problemas sin escándalo póstumo, se ha fundado el Club de los Suicidas. Ignoro cómo se gestiona, cuál es su historia o cuáles puedan ser sus ramificaciones en otros países; y lo que sé de sus estatutos, no puedo comunicarlo. Con todas esas limitaciones, no obstante, estoy a su servicio. Si de verdad están cansados de vivir, les llevaré esta noche a una reunión; y, si no esta noche, al menos a lo largo de esta semana, se les librará de forma sencilla del peso de su existencia. Ahora son —dijo consultando su reloj— las once, a las once y media como muy tarde debemos salir de aquí, de modo que tienen media hora por delante para considerar mi propuesta. Es algo más serio que un pastel de crema —añadió con una sonrisa—, y sospecho que más sabroso.

—Desde luego es más serio —contestó el coronel Geraldine—, y puesto que lo es, ¿me permitirá que hable cinco minutos en privado con mi amigo, el señor Godall?

—Nada más justo —respondió el joven—. Me retiraré, si me lo permiten.

—Le quedaré muy agradecido —dijo el coronel.

En cuanto se quedaron los dos solos, el príncipe Florizel dijo:

—¿A qué vienen tantos conciliábulos, Geraldine? Parecéis muy agitado; en cambio, yo he tomado mi decisión sin inmutarme. Quiero ver en qué termina esto.

—Alteza —dijo el coronel, poniéndose pálido—, permitid que os pida que consideréis la importancia que tiene vuestra vida, no solo para vuestros amigos, sino también para el interés público. «Si no esta noche», ha dicho ese loco, pero suponiendo que esta noche le aconteciera a vuestra Alteza algún desastre irreparable, ¿cuál no sería mi desesperación, y la preocupación y el desastre para tan gran nación?

—Quiero ver en qué termina esto —repitió el príncipe con voz decidida—, tened la bondad, coronel Geraldine, de recordar y respetar vuestra palabra de honor de caballero. En ninguna circunstancia, recordadlo bien, a menos que yo os autorice expresamente a hacerlo, traicionaréis el incógnito bajo el cual decido hacer estas salidas. Esas fueron mis órdenes, que ahora os repito. Y ahora —añadió— haced el favor de pedir la cuenta.

El coronel Geraldine asintió con una reverencia, pero cuando llamó al joven de los pasteles de crema y le dio sus instrucciones al camarero, estaba pálido como la cera. El príncipe conservó su expresión imperturbable y le describió al joven suicida una comedia del Palais-Royal con mucho sentido del humor y entusiasmo. Evitó discretamente las miradas implorantes del coronel y escogió otro cigarro con más atención de la habitual. De hecho era el único del grupo que seguía dominando sus nervios.

Pagaron la cuenta, el príncipe le entregó todo el cambio al atónito camarero y partieron los tres en un coche de caballos. Poco después, el vehículo se detuvo a la entrada de un patio oscuro y todos se apearon.

Cuando Geraldine pagó la carrera, el joven se volvió y se dirigió al príncipe Florizel con estas palabras:

—Todavía está a tiempo, señor Godall, de resignarse a la servidumbre. Y usted también, comandante Hammersmith. Piénsenlo bien, y si sus corazones les dicen lo contrario…, están en plena encrucijada.

—Adelante, señor —dijo el príncipe—. No soy de los que se retractan de lo que han dicho.

—Su sangre fría me tranquiliza —replicó el guía—. Nunca he visto a nadie tan imperturbable en esta coyuntura; y eso que no es el primero al que he acompañado hasta esta puerta. Más de uno de mis amigos me ha precedido a donde sé que no tardaré en ir. Pero no creo que eso le interese. Espéreme aquí un instante, volveré en cuanto haya resuelto los preliminares de su admisión.

Y, dicho y hecho, el joven hizo un ademán de despedida, entró por un portal y desapareció.

—De todas nuestras locuras —dijo el coronel Geraldine en voz baja—, esta es la más descabellada y peligrosa.

—Estoy totalmente de acuerdo —respondió el príncipe.

—Todavía —prosiguió el coronel— estaremos un rato a solas. Permita vuestra Alteza que le suplique que aprovechemos la oportunidad para retirarnos. Las consecuencias de este paso son tan siniestras, y pueden ser tan graves, que me siento justificado a llevar un poco más allá de lo normal las libertades que vuestra Alteza tiene la amabilidad de concederme en privado.

—¿Debo entender que el coronel Geraldine tiene miedo? —preguntó su Alteza, quitándose el cigarro de entre los labios y mirando con agudeza el rostro del otro.

—Mi temor desde luego no es personal —replicó el coronel con orgullo—, de eso su Alteza puede estar seguro.

—Ya lo imaginaba —respondió el príncipe, con imperturbable buen humor—, pero me resistía a recordaros nuestra diferencia de rangos. Basta…, basta… —añadió, al ver que Geraldine se disponía a excusarse—, queda usted perdonado. —Y siguió fumando tan tranquilo, apoyado contra una verja, hasta que volvió el joven—. Y bien —preguntó—, ¿ya ha resuelto lo de nuestra admisión?

—Síganme —respondió—. El presidente les recibirá en su despacho. Permítanme aconsejarles que sean francos en sus respuestas. Respondo por ustedes, pero el club requiere un minucioso interrogatorio antes de la admisión, pues la indiscreción de uno solo de sus socios conduciría a la disolución de la sociedad para siempre.

El príncipe y Geraldine cruzaron apresuradamente unas palabras.

«No vayáis a desmentirme en esto», dijo el uno; «Corroborad vos aquello», dijo el otro; y, adoptando valientemente la actitud de los personajes que tan bien conocían,

se pusieron de acuerdo en un abrir y cerrar de ojos y se prepararon para seguir a su guía hasta el despacho del presidente.

No tuvieron que sortear ningún obstáculo formidable. La puerta de la calle estaba abierta; la puerta del despacho, de par en par, y allí, en un cuartito muy pequeño de techos altos, el joven volvió a dejarlos solos.

—No tardará en venir —dijo con una inclinación de cabeza, y se marchó.

En el despacho se oían voces al otro lado de la puerta plegable que cerraba la habitación por un lado; y, de vez en cuando, el ruido del tapón de una botella de champán, seguido de unas carcajadas, interrumpía el sonido de la conversación. Una única ventana muy alta daba al río y al embarcadero; y, por la disposición de las luces, calcularon que no debían de estar muy lejos de la estación de Charing Cross. El mobiliario era escaso, las alfombras estaban tan usadas que se veían los hilos y no había más que una campanilla en el centro de una mesa redonda y varios abrigos y sombreros colgados de perchas en las paredes.

—¿Qué clase de antro es este? —dijo Geraldine.

—Eso es lo que hemos venido a averiguar —replicó el príncipe—. Si tienen diablos sueltos por aquí, la cosa puede ponerse entretenida.

En ese momento la puerta plegable se abrió justo lo necesario para dejar pasar a una persona, y por ella se colaron al mismo tiempo el temible presidente del Club de los Suicidas y el ruidoso zumbido de la conversación. El presidente rondaba los cincuenta años y era un hombre corpulento de paso vacilante, patillas pobladas, cabeza casi calva y ojos grises y turbios, que de vez en cuando emitían un leve destello. Llevaba un enorme cigarro en la boca, que hizo girar a uno y otro lado mientras inspeccionaba con sagacidad y frialdad a los desconocidos. Iba vestido de *tweed* claro, con el cuello de la camisa a rayas muy abierto, y llevaba un libro diminuto debajo del brazo.

—Buenas noches —dijo, después de cerrar la puerta a su espalda—. Tengo entendido que deseaban ustedes hablar conmigo.

—Nos gustaría, señor, ingresar en el Club de los Suicidas —replicó el coronel.

El presidente hizo girar el cigarro en la boca.

—¿Y eso qué es? —preguntó con brusquedad.

—Discúlpenos —replicó el coronel—, pero creo que es usted la persona más indicada para informarnos al respecto.

—¿Yo? —gritó el presidente—. ¿Un Club de los Suicidas? ¡Vamos, vamos!, será una broma. Puedo disculpar a quienes se exceden un poco con el alcohol, pero esto pasa de la raya.

—Llame a su club como quiera —dijo el coronel—, pero detrás de esas puertas se está celebrando una reunión, e insistimos en participar en ella.

—Señor —replicó el presidente con sequedad—, se ha confundido usted. Esta es una casa particular, y tendrá que marcharse enseguida.

El príncipe se había quedado tan tranquilo en su asiento durante aquella breve conversación, pero ahora, cuando el coronel le miró como diciendo «Acepte lo que le dice y vayámonos, ¡por el amor de Dios!», se sacó el cigarro de la boca y habló así:

—He venido invitado por un amigo suyo. Sin duda ha debido de informarle de mis intenciones al entrometerme en sus asuntos. Permita que le recuerde que una persona en mis circunstancias tiene pocas ataduras y no es probable que tolere groserías. Normalmente soy un hombre muy pacífico, pero, señor mío, o me deja participar en lo que usted ya sabe, o se arrepentirá amargamente de haberme dejado entrar en su despacho.

El presidente soltó una carcajada.

—Así se habla —dijo—. Es usted todo un hombre. Sabe usted cómo convencerme y hará lo que quiera de mí. ¿Le importaría —continuó, dirigiéndose a Geraldine— dejarnos solos unos minutos? Tengo que atender primero a su compañero, y algunas de las formalidades del club deben tratarse en privado.

Con esas palabras abrió la puerta de un pequeño gabinete donde encerró al coronel.

—Me fío de usted —le dijo a Florizel en cuanto se quedaron solos—. Pero ¿está usted seguro de su amigo?

—No tanto como de mí mismo, aunque a él le asisten razones más poderosas —respondió Florizel—, pero sí lo bastante para traerlo aquí. Ha sufrido lo suficiente para hastiar de la vida hasta al más tenaz de los hombres. El otro día lo degradaron por hacer trampas en el juego.

—Un buen motivo, desde luego —replicó el presidente—, al menos tenemos a otro en la misma situación y me fío de él. ¿Puedo preguntarle si ha estado usted también en el ejército?

—Lo estuve —respondió—, pero era demasiado perezoso y no tardé en dejarlo.

—¿Y qué razón tiene para haberse cansado de vivir? —prosiguió el presidente.

—Supongo que la misma que le acabo de decir —replicó el príncipe—, una pereza absoluta.

El presidente pareció sorprendido.

—¡Qué demonios! —dijo—. Alguna otra razón tendrá.

—No me queda dinero —añadió Florizel—. Desde luego, eso también es un fastidio. Y agudiza extremadamente mi sensación de inutilidad.

El presidente hizo girar su cigarro en la boca durante unos segundos mientras miraba a los ojos a aquel neófito tan peculiar, pero el príncipe soportó su escrutinio sin inmutarse.

—Si no fuera por mi experiencia —dijo por fin el presidente—, le echaría de aquí ahora mismo. Pero soy un hombre de mundo, y sé que a menudo los motivos más frívolos para el suicidio son los más difíciles de aceptar. Y cuando doy con alguien tan sincero como usted, prefiero hacer una excepción a negarme a admitirle.

El príncipe y el coronel respondieron, uno tras otro, a un largo y peculiar interrogatorio: el príncipe solo y Geraldine en presencia del príncipe, para que el presidente pudiera observar su semblante mientras lo interrogaban. El resultado fue satisfactorio y el presidente, después de anotar los detalles de cada caso, les entregó un formulario con el juramento que debían aceptar. Es inimaginable una obediencia más pasiva que la que allí se prometía, o unos términos que comprometiesen de forma tan rigurosa. Al hombre que pronunciase un juramento tan terrible difícilmente podría quedarle un rastro de honor o el consuelo de la religión. Florizel firmó el documento con un escalofrío; el coronel siguió su ejemplo con gesto muy abatido. Luego el presidente les cobró la cuota de admisión y, sin más preámbulos, condujo a los dos amigos al salón del Club de los Suicidas.

Dicho salón tenía la misma altura que el despacho con el que se comunicaba, pero era mucho mayor y estaba empapelado de arriba abajo imitando unos paneles de roble. Un fuego alegre y vivo y varias lámparas de gas iluminaban al grupo. Con el príncipe y su acompañante eran dieciocho. La mayoría estaban fumando y bebiendo champán; reinaba una hilaridad febril en la que se producían de vez en cuando algunas pausas súbitas y espeluznantes.

—¿Están aquí todos los socios? —preguntó el príncipe.

—La mitad —dijo el presidente—. A propósito —añadió—, si les queda un poco de dinero, es costumbre invitar a un poco de champán. Ayuda a levantar los ánimos y constituye uno de mis pocos ingresos.

—Hammersmith —dijo Florizel—, ocúpese usted del champán.

Y con esas palabras se dio la vuelta y empezó a pasearse entre los presentes. Acostumbrado a hacer de anfitrión en los círculos más aristocráticos, cautivó y dominó a todos a los que se acercó: su forma de comportarse tenía algo de triunfador y autoritario, y su extraordinaria sangre fría le daba cierta distinción en aquella sociedad medio desquiciada. Mientras iba de uno a otro, tuvo los ojos y los oídos abiertos y pronto empezó a formarse una idea general de la clase de gente que había allí. Como en cualquier otro sitio de reunión, predominaba un tipo de persona: gente en plena juventud, en apariencia sensata e inteligente, pero sin la fuerza o la cualidad que suele imprimir el éxito. Muy pocos tenían más de treinta años, y algunos no habían cumplido los veinte. Se apoyaban en las mesas y arrastraban los pies; a veces fumaban con ansia y otras dejaban apagar los cigarros; algunos hablaban bien, pero la conversación de otros era tan solo fruto de la tensión nerviosa y carecía de ingenio e interés. A cada nueva botella de champán que se descorchaba la animación aumentaba notablemente. Solo dos estaban sentados: uno en una silla, junto a la ventana, con la cabeza ladeada, las manos en los bolsillos, pálido, empapado de sudor y sin decir una palabra, un auténtico despojo físico y moral; el otro, en el diván que había junto a la chimenea, llamaba la atención por lo distinto que era de los demás. Es probable que no tuviera más de cuarenta años, pero aparentaba diez más; y Florizel pensó que nunca había visto a un hombre más repulsivo por naturaleza, ni

más carcomido por la enfermedad y los excesos. Era solo piel y huesos, estaba paralizado en parte y llevaba unas gafas de cristales tan gruesos que sus ojos parecían aumentados y distorsionados. A excepción del príncipe y el presidente, era la única persona en aquel salón que conservaba la compostura.

Había poco decoro entre los miembros del club. Unos se jactaban de los actos vergonzosos cuyas consecuencias les habían obligado a buscar consuelo en la muerte y otros escuchaban sin desaprobarlos. Imperaba un acuerdo tácito contra los juicios morales, y quienes atravesaban las puertas del club gozaban ya en parte de la inmunidad de la tumba. Brindaban por los recuerdos de los demás y por los suicidas famosos del pasado. Comparaban y discutían sus opiniones sobre la muerte: unos afirmaban que no era más que negrura y cesación, y otros tenían la esperanza de que esa misma noche subirían a las estrellas y departirían con los muertos.

—¡En memoria eterna del barón Trenck, suicida ejemplar! —gritó uno—, pasó de una pequeña celda a otra más pequeña todavía, para poder asomarse a la libertad.

—Por mi parte —dijo un segundo—, no pido más que una venda en los ojos y un poco de algodón en los oídos. Aunque no hay en este mundo algodón lo bastante espeso.

Un tercero aspiraba a desvelar los misterios de la vida en un estado futuro; y un cuarto afirmaba que nunca habría ingresado en el club si no le hubiesen hecho creer en el señor Darwin.

—No soporto —decía aquel notable suicida— descender del mono.

En conjunto, al príncipe le decepcionaron el aspecto y la conversación de los socios.

«No me parece —pensó para sí— que haya por qué organizar tanto escándalo. Si uno ha decidido matarse, que lo haga, por el amor de Dios, como un caballero. Toda esta agitación y parloteo están fuera de lugar».

Entretanto, el coronel Geraldine era presa de las más negras aprensiones: el club y sus normas seguían siendo un misterio, y buscó en la sala a alguien que pudiera tranquilizarle. Mientras lo hacía, su mirada recayó en el paralítico de las gafas de cristales gruesos y, al reparar en que estaba extremadamente sereno, le pidió al presidente, que no hacía más que entrar y salir del salón con profesional apresuramiento, que le presentara al caballero del diván.

El funcionario le explicó que aquellas formalidades eran innecesarias en el club, pero no obstante le presentó a Hammersmith al señor Malthus.

El señor Malthus miró al coronel con curiosidad y luego le invitó a sentarse en el sillón que había a su derecha.

—¿Es usted nuevo? —dijo—. ¿Y busca información? Ha acudido al hombre indicado. Hace ya dos años que ingresé en este club tan encantador.

El coronel recobró el aliento. Si el señor Malthus llevaba frecuentando el lugar desde hacía dos años, no sería tan peligroso que el príncipe pasara allí una tarde. No obstante, se sorprendió y empezó a sospechar un engaño.

—¿Qué? —gritó—. ¡Dos años! Pensaba que…, pero ya veo que me han gastado una broma.

—Ni muchísimo menos —replicó amablemente el señor Malthus—. Mi caso es muy peculiar. En rigor no soy un verdadero suicida, sino, por así decirlo, un miembro honorario. A veces me paso dos meses sin visitar el club. Mi enfermedad y la bondad del presidente me han procurado esos pequeños beneficios, por los que pago además una cuota por adelantado. E incluso así he tenido mucha suerte.

—Me temo —dijo el coronel— que debo pedirle que sea más explícito. Recuerde que todavía no estoy al corriente de las normas del club.

—Cualquier socio ordinario que viene al encuentro de la muerte como usted —replicó el paralítico— tiene que pasarse por aquí cada tarde hasta que la fortuna le sea favorable. Incluso, si carece de fondos, puede solicitar al presidente comida y alojamiento: bastante pasable, según tengo entendido, y limpio, aunque, claro, no muy lujoso; eso sería difícil, teniendo en cuenta lo exiguo (si se me permite expresarlo así) de la cuota. Aparte de que gozar de la compañía del presidente es ya todo un lujo.

—¿Ah, sí? —exclamó Geraldine—. Pues a mí no me ha impresionado demasiado.

—¡Ah! —dijo el señor Malthus—. Usted no lo ha tratado tanto como yo. ¡Es un tipo muy ocurrente! ¡Cuántas historias sabe! ¡Y qué cinismo el suyo! Es admirable lo bien que conoce la vida. Entre nosotros, no me extrañaría que fuese el granuja más corrupto de la cristiandad.

—¿Es también —preguntó el coronel—, y lo digo sin ánimo de ofenderle, socio permanente…, como usted?

—Desde luego, es socio permanente en un sentido muy distinto al mío —replicó el señor Malthus—. A mí se me ha perdonado graciosamente la vida, pero tarde o temprano llegará mi hora. En cambio, él no juega nunca. Baraja y reparte las cartas en nombre del club, y se ocupa de todos los detalles. Ese hombre, mi querido señor Hammersmith, es el ingenio personificado. Lleva tres años dedicado a su útil y, creo que puedo añadir, artística ocupación en Londres, sin despertar ni la más leve sospecha. Creo que es un hombre inspirado. Sin duda recordará el famoso caso, ocurrido hace seis meses, del caballero que se envenenó accidentalmente en una farmacia. Esa fue una de sus ocurrencias menos brillantes, y aun así… ¡qué sencilla! ¡Y qué segura!

—Me deja usted de una pieza —respondió el coronel—. ¿Acaso aquel desafortunado caballero fue… —estuvo a punto de decir «una de las víctimas», pero se corrigió a tiempo y dijo—… uno de los miembros del club? —Casi al mismo tiempo, reparó en que el señor Malthus no hablaba en el tono de quien tiene un idilio con la muerte y añadió—: Pero veo que aún sigo en tinieblas. Habla usted de barajar y repartir; acláreme, por favor, con qué objeto. Y, como no me parece usted muy dispuesto a morir, debo confesarle que no comprendo qué es lo que le trae por aquí.

—Dice usted con razón que sigue en tinieblas —replicó el señor Malthus más animado—. Verá, amigo mío, este club es un templo de la embriaguez. Si mi debilitada salud soportase mejor la tensión, puede estar seguro de que vendría más a menudo. Hace falta un gran sentido del deber, motivado por un largo período de mala salud y un régimen cuidadoso, para impedir que me exceda en esto, que podría decirse que es mi última disipación. Créame que las he probado todas, señor mío —prosiguió, cogiendo del brazo a Geraldine—, todas sin excepción, y por mi honor que no he encontrado ninguna cuya importancia no haya sido falsamente sobrevalorada. La gente juega con el amor. Pues bien, yo niego que el amor sea una pasión muy fuerte. El miedo sí lo es. Y es con el miedo con lo que se debe jugar, si se quieren saborear los placeres más intensos de la vida. Envídieme…, envídieme usted, señor —añadió con una risita—, ¡pues soy un cobarde!

Geraldine apenas pudo contener un gesto de repulsión por aquel deplorable canalla, pero se dominó haciendo un esfuerzo y continuó con sus preguntas.

—¿Cómo prolongan la emoción artificialmente tanto tiempo? —preguntó—. ¿Y qué papel desempeña aquí la incertidumbre?

—Le explicaré cómo se escoge a la víctima cada noche —replicó el señor Malthus—, y no solo a la víctima, sino también al socio que será el instrumento del club y el sumo sacerdote de la muerte en esa ocasión.

—¡Dios mío! —dijo el coronel—. ¿Es que se matan unos a otros?

—Así se elimina el problema del suicidio —respondió Malthus con un gesto.

—¡Que el cielo se apiade de nosotros! —exclamó el coronel—. ¿Y podría usted…, yo…, el…, quiero decir mi amigo…, cualquiera de nosotros ser escogido para inmolar el cuerpo y el alma inmortal de otro? ¿Será posible algo así entre hombres nacidos de mujer? ¡Oh! ¡Infamia entre las infamias! —Estaba a punto de levantarse, horrorizado, cuando vio al príncipe. Le estaba mirando fijamente desde el otro extremo de la sala con gesto ceñudo y enfadado. Al instante, Geraldine recobró la compostura—. Aunque, bien mirado —añadió—, ¿por qué no? Y, ya que dice usted que el juego es entretenido, *vogue la galère*… ¡haré lo que diga el club!

El señor Malthus había disfrutado mucho con la sorpresa y la repugnancia del coronel. Le gustaba alardear de su perversidad y le satisfacía ver cómo los demás se dejaban llevar por un impulso generoso, porque, en su corrupción, se creía por encima de tales emociones.

—Ahora —dijo—, después del primer momento de sorpresa, podrá apreciar los deleites de nuestra sociedad. Verá cómo combina las emociones de la mesa de juego, el duelo y el anfiteatro romano. Los paganos no lo hacían mal del todo, admiro cordialmente lo refinado de su espíritu, pero ha tenido que ser en un país cristiano donde se haya llegado a estos extremos, esta quintaesencia y esta absoluta intensidad. Comprenderá lo insulsos que resultan todos los demás entretenimientos para quien se ha aficionado a este. El juego al que jugamos —prosiguió— no puede ser más

sencillo. Una baraja…, pero ahora podrá verlo con sus propios ojos. ¿Le importaría prestarme el apoyo de su brazo? Por desgracia soy paralítico.

Efectivamente, justo cuando el señor Malthus acababa de empezar su descripción, se abrió otra puerta plegable y todo el club comenzó a pasar, no sin cierta precipitación, al salón contiguo. Era similar en todo al anterior, pero estaba amueblado de forma diferente. El centro lo ocupaba una mesa verde y alargada a la que se había sentado el presidente a mezclar con gran cuidado una baraja. Incluso con la ayuda del bastón y el brazo del coronel, el señor Malthus andaba con tanta dificultad que todos se sentaron antes de que ellos dos y el príncipe, que les había esperado, entraran en la sala, y, en consecuencia, los tres tuvieron que sentarse juntos en un extremo.

—La baraja tiene cincuenta y dos cartas —susurró el señor Malthus—. Estén atentos a la aparición del as de espadas, que es el signo de la muerte, y del as de bastos, que designa al ejecutor de la noche. ¡Dichosos, dichosos los jóvenes! —añadió—. Tienen ustedes buena vista y pueden seguir el juego. ¡Ay! Desde aquí, yo no distingo un as de un dos. —Y procedió a equiparse con un segundo par de gafas —. Al menos quiero ver las caras —explicó.

El coronel informó rápidamente a su amigo de lo que había averiguado por el socio honorario, y del horrible dilema que se les planteaba. El príncipe sintió un escalofrío y notó cómo se le encogía el corazón; tragó con dificultad y miró de un lado a otro, como si estuviese en un laberinto.

—Un golpe de audacia —susurró el coronel—, y todavía podemos escapar.

No obstante, su sugerencia sirvió tan solo para hacer que el príncipe recobrara los ánimos.

—¡Silencio! —dijo—. Demostradme que sois capaz de actuar como un caballero en cualquier circunstancia, por difícil que sea.

Y miró a su alrededor, nuevamente en apariencia dueño de sí mismo, aunque el corazón le latía con fuerza y notaba un desagradable ardor en el pecho. Los socios seguían muy silenciosos y concentrados; todos estaban muy pálidos, pero ninguno tanto como el señor Malthus. Los ojos se le salían de las órbitas, cabeceaba sin cesar de modo involuntario, se llevaba sucesivamente las manos a la boca y se pellizcaba los labios trémulos y descoloridos. Era evidente que el socio honorario disfrutaba de su afiliación en términos de lo más sorprendentes.

—¡Atención, caballeros! —dijo el presidente.

Y empezó a repartir las cartas en dirección inversa, deteniéndose hasta que cada cual mostraba su carta. Casi todos dudaban, y más de una vez vieron temblar los dedos de algún jugador antes de que pudiera darle la vuelta al trascendental trozo de cartulina. A medida que se acercaba su turno, el príncipe sintió una emoción creciente y angustiosa, pero tenía madera de jugador y no le quedó más remedio que admitir casi con sorpresa que sus sensaciones eran hasta cierto punto placenteras. A él le tocó el nueve de bastos, el tres de espadas le correspondió a Geraldine y la reina de copas

al señor Malthus, que no pudo reprimir un suspiro de alivio. El joven de los pasteles de crema iba justo después y, al darle la vuelta a su carta, vio que era el as de bastos y se quedó helado por el horror, con el naipe todavía entre los dedos: no había ido allí a matar, sino a que lo mataran, y el príncipe, generosamente conmovido por su situación, a punto estuvo de olvidar el peligro que todavía pendía sobre él y su amigo.

Siguieron repartiendo las cartas, y la carta de la Muerte seguía sin salir. Los jugadores contenían la respiración y daban solo boqueadas. Al príncipe volvieron a tocarle bastos, a Geraldine oros, pero cuando el señor Malthus le dio la vuelta a su carta, escapó de su boca un sonido horrible, como el de algo que se rompe, se puso en pie y volvió a sentarse sin el menor síntoma de parálisis. Era el as de espadas. El miembro honorario había jugado demasiado a menudo con sus terrores.

La conversación se reanudó casi de inmediato. Los jugadores se relajaron y se fueron levantando de la mesa para volver al salón en grupos de dos y de tres. El presidente se desperezó y bostezó, como quien ha terminado el trabajo del día. En cambio el señor Malthus se quedó en su sitio, borracho e inmóvil, con la cabeza apoyada en las manos y las manos sobre la mesa…, totalmente abatido.

El príncipe y Geraldine se fueron de allí enseguida. El aire frío de la noche redobló el terror que les inspiraba la escena a la que acababan de asistir.

—¡Ay! —gritó el príncipe—, ¡estar atado por un juramento en un asunto semejante y tener que permitir que este negocio criminal continúe con provecho e impunidad! ¡Ojalá me atreviese a violar mi palabra!

—Eso es imposible para vuestra Alteza —replicó el coronel—, cuyo honor equivale al honor de Bohemia. Sin embargo, ¡yo sí me atrevo y podría violar la mía justificadamente!

—Geraldine —dijo el príncipe—, si vuestro honor se viera menoscabado por culpa de las aventuras en que me servís de acompañante, no solo no os lo perdonaría nunca, sino que tampoco yo me lo perdonaría, lo que probablemente os afecte más.

—Acepto las órdenes de vuestra Alteza —respondió el coronel—. ¿Nos vamos de este maldito lugar?

—Sí —dijo el príncipe—. Llamad a un coche, por el amor de Dios, y dejad que trate de olvidar con el sueño el recuerdo de esta noche infame.

No obstante, antes de marcharse, leyó cuidadosamente el nombre de la calle.

A la mañana siguiente, en cuanto el príncipe empezó a agitarse en el lecho, el coronel Geraldine le llevó el periódico del día con el siguiente párrafo subrayado:

> LAMENTABLE ACCIDENTE: Esta mañana, hacia las dos en punto, el señor Bartholomew Malthus, domiciliado en el 16 de Chepstow Place, Westbourne Grove, se cayó por la barandilla de Trafalgar Square, cuando volvía a casa después de asistir a una fiesta en la residencia de un amigo, con el resultado de que se fracturó el cráneo y se partió un brazo y una pierna. La muerte fue instantánea. Cuando ocurrió el triste accidente, el señor Malthus iba acompañado de un amigo y estaba buscando un coche. Dado que el señor Malthus era paralítico, se cree que su caída debió de

ser motivada por otro ataque. El desdichado caballero era muy conocido en los círculos más respetables, y su fallecimiento será profundamente sentido por todos.

—Si hay algún alma que se haya ido directa al Infierno —dijo Geraldine con aire solemne—, esa es la de aquel paralítico. —El príncipe se tapó la cara con las manos y guardó silencio—. Casi me alegra —continuó el coronel— saber que ha muerto. Pero reconozco que me apena pensar en nuestro joven de los pasteles de crema.

—Geraldine —dijo el príncipe, levantando la cabeza—, anoche ese muchacho desdichado era tan inocente como vos o yo; y esta mañana pesa sobre su alma una culpa sangrienta. Cuando pienso en el presidente, se me revuelve el estómago. No sé cómo lo haré, pero como que hay Dios en el cielo, que algún día tendré a ese canalla a mi merced. ¡Qué vivencia y qué lección fue ese juego de cartas!

—Sí —dijo el coronel—, ¡como para no repetirla jamás! —El príncipe guardó silencio tanto rato que Geraldine se alarmó—. No estaréis pensando en volver —dijo —. Habéis sufrido demasiado y asistido ya a demasiados horrores. El deber de vuestra elevada posición os prohíbe volver a arriesgaros.

—No os falta razón —replicó el príncipe Florizel—, y no estoy precisamente satisfecho con mi decisión. ¡Ah! ¿Qué hay en los zapatos del más grande potentado sino un hombre? Nunca hasta ahora había sido tan consciente de mi debilidad, Geraldine, pero no puedo evitarlo. ¿Acaso debo dejar de interesarme por la suerte del desdichado joven que cenó con nosotros hace solo unas horas? ¿Debo permitir que el presidente prosiga con su infame negocio sin que nadie se lo impida? ¿Es que voy a emprender una aventura tan emocionante sin llevarla hasta el final? No, Geraldine, le pedís más al príncipe de lo que puede concederos. Esta noche, de nuevo, ocuparemos nuestro lugar en la mesa del Club de los Suicidas.

El coronel Geraldine se hincó de rodillas.

—¿Quiere vuestra Alteza quitarme la vida? —gritó—. Vuestra es y podéis disponer de ella a vuestro antojo, pero no me pidáis que os deje correr un riesgo tan terrible.

—Coronel Geraldine —replicó el príncipe con cierta altivez—, vuestra vida os pertenece a vos. Yo solo quiero vuestra obediencia, y si habéis de ofrecérmela a regañadientes, prefiero no tenerla. Permitidme añadir una cosa más: ya me habéis importunado bastante en este asunto.

El caballerizo mayor se puso en pie en el acto.

—¿Vuestra Alteza me disculpará si no le acompaño esta tarde? —dijo—. No me atrevo, como hombre honorable que soy, a aventurarme por segunda vez en esa casa fatídica hasta haber puesto mis asuntos en orden. Puedo prometer a vuestra Alteza que no encontraréis más oposición del más devoto y agradecido de vuestros siervos.

—Mi querido Geraldine —replicó el príncipe Florizel—, siempre lo lamento cuando me obligáis a recordaros mi rango. Disponed del día como mejor os parezca, pero presentaos aquí antes de las once con el mismo disfraz.

El club, esa segunda noche, no estaba tan concurrido, y cuando llegaron Geraldine y el príncipe no habría más de media docena de personas en el salón. Su Alteza se llevó aparte al presidente y le felicitó calurosamente por el fallecimiento del señor Malthus.

—Me gusta la gente eficiente —dijo—, y ciertamente usted lo es, y mucho. Su profesión es de naturaleza muy delicada, pero veo que se las arregla para desempeñarla con éxito y discreción.

El presidente pareció conmoverse ante aquellos cumplidos dedicados por alguien del porte y la distinción de su Alteza. Los aceptó casi con humildad.

—¡Pobre Malthus! —añadió—. El club no será lo mismo sin él. La mayoría de los socios son muchachos, señor, muchachos de espíritu poético, que no son compañía para mí. No es que Malthus careciese del todo de sensibilidad poética, pero era de una índole que yo podía comprender.

—Entiendo perfectamente que simpatizara usted con el señor Malthus —replicó el príncipe—. Me pareció un hombre de temperamento muy original.

El joven de los pasteles de crema estaba en la sala, aunque parecía silencioso y deprimido. Sus compañeros de la noche anterior trataron en vano de darle conversación.

—¡No saben cómo me arrepiento —gritó— de haberles traído a este antro infame! Váyanse mientras tengan la conciencia tranquila. ¡Si lo hubieran oído gritar como yo, y el ruido de sus huesos contra la acera! ¡Deséenme, si es que sienten compasión por alguien que ha caído tan bajo, que esta noche me toque el as de espadas!

A medida que pasaba la noche llegaron unos cuantos socios más, pero no habría más de una docena de miembros cuando ocuparon sus asientos en la mesa. El príncipe volvió a notar cierta satisfacción en sus aprensiones, aunque le sorprendió ver que Geraldine estaba mucho más tranquilo que la noche anterior.

«Es extraordinario —pensó el príncipe— que un testamento sin redactar pueda influenciar así el estado de ánimo de un joven».

—¡Atención, caballeros! —dijo el presidente y empezó a repartir.

Tres veces dio la vuelta a la mesa sin que apareciera ninguna de las cartas fatídicas. La tensión, cuando empezó a repartir por cuarta vez, se volvió insoportable. Solo quedaban cartas para una ronda más. El príncipe, que estaba sentado a la izquierda del que repartía, recibiría, por el modo de repartir utilizado en el club, la penúltima carta. Al tercer jugador le tocó un as negro: el as de bastos. Al siguiente le tocó una carta de oros, al siguiente una de copas y así siguieron, aunque el as de espadas seguía sin aparecer. Por fin, Geraldine, que se sentaba a la izquierda del príncipe, le dio la vuelta a su carta: era un as, pero el de copas.

Cuando el príncipe Florizel vio su destino sobre la mesa, se le encogió el corazón. Era un hombre valiente, pero la cara se le cubrió de sudor. Tenía exactamente un cincuenta por ciento de probabilidades de que su suerte estuviera echada. Le dio la

vuelta a la carta: era el as de espadas. Un ruidoso estruendo invadió su cerebro y la mesa pareció dar vueltas delante de sus ojos. Oyó que el jugador a su derecha soltaba una carcajada que sonaba entre alegre y decepcionada, vio que el grupo se dispersaba rápidamente, pero su imaginación estaba ocupada con otros pensamientos. Comprendió lo ilógica y criminal que había sido su conducta. Con una salud de hierro, en la flor de la edad, heredero a un trono, se había jugado su futuro y el de un país valiente y leal.

—¡Dios! —gritó—. ¡Que Dios me perdone!

Con esas palabras cesó su confusión y volvió a dominarse.

Reparó con sorpresa en que Geraldine había desaparecido. No quedaba nadie en la habitación, salvo su futuro asesino, que departía con el presidente, y el joven de los pasteles de crema, que se acercó al príncipe y le susurró al oído:

—Daría un millón, si lo tuviera, por su suerte.

Cuando el joven se fue, su Alteza no pudo sino pensar que él la habría vendido por una suma mucho menos elevada.

La conversación llegó a su fin. El poseedor del as de bastos salió de la sala con una mirada de connivencia, y el presidente se acercó al desafortunado príncipe y le ofreció su mano.

—Me alegra haberle conocido, señor —dijo—, y haber estado en situación de prestarle este pequeño servicio. Al menos no podrá usted quejarse por la demora. La segunda noche… ¡menuda suerte!

El príncipe trató en vano de articular una respuesta, pero tenía la boca seca y su lengua parecía paralizada.

—¿Se siente usted un poco mareado? —preguntó solícito el presidente—. Le ocurre a la mayoría. ¿Le apetece un poco de *brandy*?

El príncipe hizo un gesto afirmativo, e inmediatamente el otro le llenó un vaso de licor.

—¡Pobre Malthus! —soltó el presidente mientras el príncipe vaciaba la copa—. ¡Se bebió más de medio litro y no pareció servirle de nada!

—Yo soy mucho más disciplinado —dijo el príncipe, un poco más animado—. Habrá notado que ya vuelvo a ser dueño de mis actos. Así que permita que le pregunte qué debo hacer ahora.

—Baje usted por la acera izquierda del Strand en dirección a la City, hasta encontrarse con el caballero que acaba de salir de la sala. Él le dará más instrucciones, tenga la amabilidad de obedecerle: esta noche la autoridad del club reside en su persona. Y ahora —añadió el presidente—, le deseo un paseo muy agradable.

Florizel le dio las gracias con gesto extraño y se despidió. Atravesó el salón, donde la mayoría de los jugadores seguían bebiendo champán, parte del cual había pedido y pagado él mismo; y se sorprendió maldiciéndolos de corazón. Se puso el sombrero y el abrigo en el despacho, y escogió su paraguas de entre los que había en

el rincón. La familiaridad de aquellos actos y la idea de que era la última vez que los hacía, le hizo soltar una carcajada que sonó de forma desagradable en sus oídos. Se le quitaron las ganas de salir del despacho y se volvió hacia la ventana. La oscuridad y las farolas le devolvieron a la realidad.

«Vamos, vamos, tengo que comportarme como un hombre —pensó— y salir de aquí».

En la esquina de Box Court, tres hombres se abalanzaron sobre el príncipe Florizel y lo metieron sin más ceremonias en un carruaje, que partió de allí al galope. Dentro había ya otro ocupante.

—¿Perdonará mi celo vuestra Alteza? —preguntó una voz bien conocida.

El príncipe se abrazó al coronel lleno de alivio.

—¿Cómo podré agradecéroslo? —gritó—. ¿Y cómo os las habéis arreglado?

Aunque estaba dispuesto a ir al encuentro de la muerte, el príncipe no cabía en sí de gozo al verse obligado a ceder a una violencia amistosa y volver así a la vida y la esperanza.

—Podéis agradecérmelo con creces —replicó el coronel— evitando estos peligros en el futuro. Y en cuanto a la segunda pregunta, todo se ha organizado de forma muy sencilla. Lo arreglé esta misma tarde con un famoso detective. Me ha prometido guardar el secreto y le he pagado por ello. Sus propios criados han intervenido en el asunto. La casa de Box Court está vigilada desde el anochecer, y este, que es uno de los carruajes de vuestra Alteza, lleva esperándole casi una hora.

—¿Y qué se ha hecho del miserable que tenía que asesinarme…? —inquirió el príncipe.

—Mandé que lo maniataran en cuanto salió del club —replicó el coronel—, y ahora espera vuestra sentencia en palacio, donde no tardará en reunirse con sus cómplices.

—Geraldine —dijo el príncipe—, me habéis salvado contra mis órdenes explícitas, y habéis hecho bien. Os debo no solo la vida, sino también una lección; y sería indigno de mi rango si no me mostrase agradecido con mi maestro. Elegid vos la manera.

Se hizo una pausa durante la cual el carruaje siguió recorriendo las calles a toda velocidad y los dos hombres se sumieron en sus propias reflexiones. El silencio lo rompió el coronel Geraldine.

—Vuestra Alteza —dijo— tiene ya muchos prisioneros. Hay al menos un criminal entre ellos con quien habría que hacer justicia. Nuestro juramento nos impide recurrir a la policía y, aunque no estuviera de por medio el juramento, la discreción también nos lo impediría. ¿Puedo preguntar cuáles son las intenciones de vuestra Alteza?

—Está decidido —respondió Florizel—, el presidente debe caer en duelo. Solo falta escoger a su adversario.

—Vuestra Alteza me ha permitido escoger mi recompensa —dijo el coronel—. ¿Permitiréis que designe a mi propio hermano? Es una misión honorable, y me atrevo a aseguraros que el muchacho sabrá salir airoso de ella.

—Me pedís un favor poco atractivo —repuso el príncipe—, pero no puedo negaros nada.

El coronel le besó la mano con el mayor afecto, y en ese momento el carruaje pasó por debajo del arco de la entrada de la majestuosa residencia del príncipe.

Una hora después, Florizel, de uniforme y luciendo todas las órdenes y condecoraciones de Bohemia, recibió a los miembros del Club de los Suicidas.

—Gente malvada e irreflexiva —dijo—, todos los que os habéis visto empujados a estos excesos por la mala suerte recibiréis un empleo remunerado de mis funcionarios. Quienes sufrís por sentiros culpables tendréis que recurrir a alguien mucho más poderoso y generoso que yo. Todos me inspiráis lástima, mucha más de lo que imagináis; mañana me contaréis vuestra historia y, cuanto más sinceros seáis, mejor podré poner remedio a vuestra desgracia. En cuanto a vos —añadió volviéndose hacia el presidente—, si le ofreciera mi ayuda a alguien con vuestras aptitudes no haría más que ofenderle, pero sin embargo tengo una propuesta que haceros. Este —dijo poniendo una mano en el hombro del joven hermano del coronel Geraldine— es uno de mis oficiales que quiere hacer un viaje por Europa, y os pido, como favor personal, que le acompañéis. ¿Sabéis —prosiguió cambiando de tono— manejar bien la pistola? Porque podríais tener que recurrir a ella. Cuando dos hombres viajan juntos, es mejor estar preparado para todo. Dejadme añadir que, si por casualidad perdierais al joven Geraldine por el camino, siempre tendré otro miembro de mi casa dispuesto a acompañaros; tengo fama de tener la vista y el brazo muy largos, señor presidente.

Con esas palabras, pronunciadas en tono muy severo, el príncipe concluyó su discurso. A la mañana siguiente, atendió a los miembros del club con su munificencia, y el presidente emprendió su viaje, bajo la supervisión del señor Geraldine, y un par de hábiles lacayos, bien entrenados en la casa del príncipe. No contento con eso, el príncipe hizo que sus agentes tomaran posesión discretamente de la casa de Box Court, a fin de que todas las cartas y visitas al Club de los Suicidas o a sus empleados pudieran ser supervisadas por el príncipe Florizel en persona.

Aquí (afirma el autor árabe) *concluye* HISTORIA DEL JOVEN DE LOS PASTELES DE CREMA, *que es hoy un acomodado propietario de Wigmore Street, Cavendish Square. Por razones obvias, no daremos el número. Quienes estén interesados en seguir las aventuras del príncipe Florizel y el presidente del Club de los Suicidas, pueden leer la* HISTORIA DEL MÉDICO Y EL BAÚL.

HISTORIA DEL MÉDICO Y EL BAÚL

Silas Q. Scuddamore era un joven americano de temperamento sencillo e inofensivo, lo que decía mucho a su favor, si se tiene en cuenta que era oriundo de Nueva Inglaterra, una región del Nuevo Mundo no precisamente famosa por esas cualidades. A pesar de ser considerablemente rico, anotaba todos sus gastos en una pequeña agenda y se dedicaba a estudiar los encantos de París desde el séptimo piso de uno de los hoteles del Barrio Latino. Su tacañería tenía mucho de costumbre, y su virtud, famosa entre sus socios, se debía sobre todo a su modestia y juventud.

La habitación contigua a la suya la ocupaba una señora de aspecto atractivo y atuendo elegante, a quien, a su llegada, él había tomado por una condesa. Con el tiempo se enteró de que se la conocía por el nombre de madame Zéphyrine y de que, fuese cual fuese su posición social, no era la de alguien con título nobiliario. Madame Zéphyrine, probablemente con la esperanza de seducir al joven americano, trataba siempre de impresionarle al cruzarse con él en las escaleras, con una educada inclinación de cabeza, alguna que otra palabra amable y una mirada arrebatadora de sus ojos negros, y luego desaparecía entre el frufrú de la seda al tiempo que exhibía un pie y un tobillo admirables. No obstante aquellos avances, lejos de animar al señor Scuddamore, lo sumían en el abatimiento y la timidez más profundas. Varias veces ella había ido a pedirle una lámpara, o se había disculpado por los supuestos estragos cometidos por su perrillo faldero, pero al joven la boca se le sellaba en presencia de un ser tan superior, olvidaba el francés que sabía y solo acertaba a mirarla con ojos asustados y balbucir hasta que ella se marchaba. La superficialidad de aquellas relaciones no era sin embargo óbice para que él dejase caer indirectas de carácter un tanto presuntuoso cuando se sentía a salvo a solas con otros hombres.

La habitación que había al otro lado del cuarto donde se alojaba el americano —en aquel hotel había tres habitaciones por planta— la ocupaba un viejo médico inglés de reputación más bien dudosa. El doctor Noel, pues así se llamaba, se había visto obligado a marcharse de Londres, donde contaba con una nutrida clientela, y se rumoreaba que el culpable de aquel cambio de aires había sido la policía. El caso es que, pese a que en otra época había sido un personaje relativamente conocido, ahora llevaba una vida sencilla y solitaria en el Barrio Latino y dedicaba la mayor parte del tiempo al estudio. El señor Scuddamore lo había conocido y, de vez en cuando, ambos cenaban frugalmente en un restaurante que había al otro lado de la calle.

Silas Q. Scuddamore tenía muchos pequeños vicios no demasiado reprobables que no se recataba en satisfacer mediante diversos procedimientos más o menos dudosos. La principal de sus debilidades era la curiosidad. Era un chismoso nato y la vida, sobre todo en aquellas parcelas en que tenía menos experiencia, le interesaba con pasión. Era un preguntón impertinente e incansable y planteaba sus preguntas con tanta pertinacia como indiscreción: cuando llevaba una carta al correo le habían visto sopesarla en la mano, darle vueltas y vueltas y estudiar con cuidado la dirección; y, cuando descubrió una grieta en el tabique que separaba su habitación de la de

madame Zéphyrine, en lugar de taparla, la agrandó y la utilizó como mirilla para espiar lo que hacía su vecina.

Un día, a finales de marzo, quiso satisfacer una curiosidad siempre en aumento y agrandó un poco más el agujero para dominar otro rincón de la habitación. Esa noche, cuando se disponía a espiar los movimientos de madame Zéphyrine como de costumbre, le sorprendió ver que la abertura estaba oscurecida de un modo extraño por el otro lado, y todavía se sintió más confundido cuando retiraron de pronto el obstáculo y llegó a sus oídos una risita. Algún trozo de yeso había traicionado su secreto y su vecina le había devuelto la broma con otra similar. El señor Scuddamore sintió un profundo disgusto, criticó sin piedad el comportamiento de madame Zéphyrine e incluso se culpó a sí mismo; pero cuando descubrió al día siguiente que ella no había tomado ninguna medida para privarlo de su pasatiempo favorito, siguió aprovechándose de su descuido y satisfaciendo su curiosidad ociosa.

Al día siguiente, madame Zéphyrine recibió una larga visita de un hombre alto y corpulento de unos cincuenta años, a quien Silas nunca había visto antes. Su traje de *tweed* y su camisa de color lo identificaban como inglés no menos que sus patillas pobladas; y a Silas le produjeron escalofríos sus ojos grises y obtusos. Se pasó haciendo muecas toda la conversación, que tuvo lugar entre susurros. Más de una vez el joven de Nueva Inglaterra tuvo la impresión de que sus gestos señalaban a su habitación, pero por más atención que prestó, lo único que pudo oír con claridad fue esta observación hecha por el inglés en un tono algo agudo, como en respuesta a alguna duda o discrepancia:

—He estudiado sus gustos hasta el último detalle, y le repito que es usted la única mujer de esa clase a la que puedo recurrir.

En respuesta a lo cual, madame Zéphyrine suspiró y pareció resignarse como quien se somete a un superior falto de razón.

Esa tarde taparon por fin el observatorio colocando un armario por el otro lado, y, cuando Silas todavía estaba lamentándose por aquel infortunio, que atribuía a una perversa sugerencia del inglés, el conserje le llevó una carta que obviamente había sido escrita por una mujer. Estaba redactada en un francés de ortografía no demasiado rigurosa, carecía de firma e invitaba en términos muy animosos al joven americano a presentarse en cierto lugar del salón de baile Bullier a las once en punto de esa misma noche. La curiosidad y la timidez libraron una larga batalla en su interior: a veces era todo virtud, a veces todo fuego y atrevimiento; y el resultado fue que, mucho antes de las diez, Silas Q. Scuddamore se presentó impecablemente vestido en la puerta del salón de baile Bullier y pagó el dinero de entrada con la sensación no del todo desagradable de estar cometiendo una diablura temeraria.

Era época de carnaval, por lo que el salón estaba abarrotado y había mucho ruido. Las luces y el gentío acobardaron al principio a nuestro joven aventurero, pero luego se le subieron a la cabeza y le infundieron más valor del que era habitual en él. Se sintió capaz de enfrentarse al mismo diablo, y avanzó por el salón con el paso

decidido de un triunfador. Mientras se pavoneaba de aquel modo, vio a madame Zéphyrine y a su amigo inglés que conversaban detrás de una columna. Enseguida lo dominaron unos deseos felinos de escucharlos a hurtadillas. Se acercó más y más por detrás a la pareja, hasta que alcanzó a oír lo que decían.

—Es ese hombre —estaba diciendo el inglés—, el de allí…, el rubio de cabello largo que está hablando con la chica de verde.

Silas identificó a un joven muy apuesto de poca estatura, que era sin duda de quien estaban hablando.

—De acuerdo —dijo madame Zéphyrine—. Haré lo que pueda. Pero tenga presente que hasta la mejor podría fracasar en un asunto como este.

—¡Tonterías! —replicó su compañero—; yo respondo del éxito. ¿Acaso no la he escogido entre otras treinta? Vaya usted, pero no se fíe del príncipe. No comprendo qué condenada coincidencia puede haberlo traído aquí esta noche. ¡Como si no hubiese en París una docena de salones de baile mucho más dignos de él que este bullicio de estudiantes y dependientes! ¡Mírelo allí sentado, parece más un emperador en su palacio que un príncipe de vacaciones!

Silas volvió a estar de suerte. Reparó en una persona más bien robusta y muy apuesta, de porte elegante y cortés, que estaba sentada a una mesa con otro joven muy elegante al que sacaba varios años y que le hablaba con evidente deferencia. La palabra «príncipe» rechinó en los oídos republicanos de Silas, y el aspecto de la persona que ostentaba dicho título ejerció la habitual fascinación sobre él. Dejó a madame Zéphyrine y al inglés que cuidaran el uno del otro, y se abrió paso entre la gente para acercarse a la mesa que el príncipe y su acompañante se habían dignado escoger.

—Os digo, Geraldine —estaba diciendo el primero—, que es una locura. Vos mismo (me alegra poder recordároslo) escogisteis a vuestro hermano para esta misión tan peligrosa, y tenéis el deber de supervisar su conducta. Primero ha consentido en quedarse todo este tiempo en París, y eso ha sido ya una imprudencia, teniendo en cuenta el carácter del hombre con quien tiene que habérselas; y ahora, cuando quedan menos de cuarenta y ocho horas para su partida, cuando faltan dos o tres días para la prueba decisiva, decidme: ¿os parece este el sitio más indicado para pasar el rato? Debería estar practicando en una galería de tiro, dormir bien y hacer un ejercicio moderado, seguir una dieta rigurosa y dejarse de vino blanco y *brandy*. ¿Acaso cree que se trata de una broma? El asunto es muy serio, Geraldine.

—Conozco demasiado al muchacho para entrometerme —replicó el coronel Geraldine—, y lo bastante para no preocuparme. Es más cauto de lo que imagináis y de espíritu indomable. Si se tratara de una mujer no diría yo tanto, pero le confié al presidente y a los dos lacayos sin dudarlo un instante.

—Me alegra oíroslo decir —replicó el príncipe—, pero sabed que sigo intranquilo. Esos criados son espías bien entrenados, y, no obstante, ¿no ha conseguido ese criminal eludir tres veces su vigilancia y pasar varias horas seguidas

dedicado a asuntos privados y muy probablemente peligrosos? Un aficionado podría haberlo perdido por accidente, pero que Rudolph y Jérome perdieran su pista solo prueba que fue hecho adrede por un hombre que tenía motivos poderosos y medios excepcionales.

—Creo que ahora se trata de un asunto entre mi hermano y yo —replicó Geraldine en un tono ligeramente ofensivo.

—Y yo permito que así sea, coronel Geraldine —replicó el príncipe Florizel—, tal vez por eso mismo, deberíais mostraros más dispuesto a aceptar mis consejos. Pero basta. Esa chica de amarillo baila muy bien.

Y la conversación derivó hacia las cuestiones habituales de un salón de baile parisino en época de carnaval.

Silas recordó dónde estaba, y que se acercaba la hora en que tendría que ir al lugar de la cita. Cuanto más lo pensaba menos le gustaba la idea, y como en ese momento un remolino en la muchedumbre le empujó hacia la salida, se dejó arrastrar sin oponer resistencia. El remolino lo arrojó en un rincón debajo de la galería, donde oyó la voz de madame Zéphyrine. Estaba hablando en francés con el joven de los rizos rubios a quien había señalado el desconocido inglés hacía menos de media hora.

—Si no estuviese en juego mi reputación —dijo—, no pondría más condiciones que las que mi corazón impusiera. Pero no tenéis más que indicárselo al portero y os dejará pasar sin decir palabra.

—Pero ¿por qué decir lo de la deuda? —objetó su compañero.

—¡Cielos! —dijo ella—, ¿pensáis que no sé cómo funciona mi propio hotel?

Y se marchó sujetando afectuosamente del brazo a su compañero.

Eso recordó a Silas lo de su billete amoroso.

«Diez minutos más —pensó— y puede que esté paseándome con una mujer como esa, e incluso mejor vestida…, tal vez una auténtica dama, posiblemente una mujer con título».

Luego recordó la ortografía de la carta y se quedó un tanto abatido.

«Bueno, tal vez lo escribiera la doncella», pensó.

Faltaban pocos minutos para dar la hora y, al ver acercarse el momento, su corazón empezó a latir a un ritmo muy desagradable. Pensó con alivio que no estaba en absoluto obligado a presentarse. La virtud y la cobardía se aliaron y volvió a dirigirse a la salida, aunque esta vez por voluntad propia y abriéndose paso entre el torrente de personas que fluía ahora en dirección contraria. Tal vez lo fatigase aquella prolongada resistencia o puede que estuviera de ese humor en que el mero hecho de insistir durante varios minutos en la misma determinación acaba por producir una reacción y nos empuja a un propósito distinto. Al menos se dio la vuelta por tercera vez y no se detuvo hasta encontrar un sitio donde esconderse, a pocos metros del lugar señalado.

Allí fue presa de una terrible zozobra e incluso imploró varias veces la ayuda de Dios, pues Silas había tenido una educación muy devota. Ahora no le apetecía lo más

mínimo aquel encuentro, nada le impedía huir, aparte del absurdo temor a que lo tildaran de timorato, sin embargo era tan poderoso que pudo con todas las demás consideraciones y, aunque no logró decidirlo a avanzar, desde luego le impidió emprender la huida. Por fin, vio en el reloj que pasaban diez minutos de la hora. El joven Scuddamore empezó a recobrar los ánimos, se asomó desde su rincón y comprobó que no había nadie en el lugar de la cita: sin duda su anónima admiradora se había cansado y se había ido. Se volvió tan audaz como antes apocado. Le pareció que si se presentaba a la cita, aunque fuese tarde, nadie podría acusarle de cobardía. Empezaba a sospechar que había sido objeto de una broma e incluso se felicitó por su astucia al haberlo advertido y echado por tierra los planes de quienes pretendían burlarse de él. ¡Así de fatuos son los jóvenes!

Reforzado por aquellas consideraciones, avanzó decidido desde su rincón, y apenas había dado dos pasos cuando le pusieron una mano en el brazo. Se volvió y vio a una dama de proporciones bastante generosas y expresión solemne, aunque carente de severidad.

—Veo que está hecho usted todo un donjuán —dijo ella—, y que le gusta hacerse esperar. Pero estaba decidida a verle. Y cuando una mujer llega al extremo de dar ella el primer paso, es que hace mucho que ha dejado de lado su orgullo.

A Silas le impresionaron tanto el tamaño y los atractivos de su corresponsal como la precipitación con que lo había abordado. Pero ella no tardó en tranquilizarlo. Su actitud era cordial y comprensiva, le animaba y le reía las gracias y, en poco rato, a base de carantoñas y una buena cantidad de *brandy* caliente, no solo le había impulsado a creer que estaba enamorado, sino a declararle su amor con la mayor vehemencia.

—¡Ay! —dijo ella—, no sé si no acabaré lamentando este momento, por mucho que me halaguen sus palabras. Hasta este instante era yo la que sufría, pero ahora, mi pobre muchacho, seremos dos. No soy libre, y no me atrevo a pedirle que me visite en mi casa, pues me vigilan ojos muy celosos. Veamos —añadió—, soy mayor que usted, aunque mucho más débil, y, aunque confío en su valor y en su determinación, lo mejor será aprovechar mi conocimiento del mundo en provecho mutuo. ¿Dónde vive usted?

Él le explicó que se alojaba en un hotel y le dio el nombre de la calle y el número.

La mujer pareció reflexionar unos minutos con cierto esfuerzo.

—Comprendo —dijo por fin—. Será usted fiel y obediente, ¿verdad? —Silas se apresuró a persuadirla de su fidelidad—. Mañana por la noche, entonces —prosiguió ella con una prometedora sonrisa—, quédese en casa toda la tarde y, si le visita algún amigo, deshágase de él enseguida con el primer pretexto que se le ocurra. Las puertas deben de cerrarlas a las diez, ¿no? —preguntó.

—A las once —respondió Silas.

—A las once y cuarto —prosiguió la dama—, salga del edificio. Limítese a pedir que le abran la puerta, y no entable conversación con el portero, porque eso lo echaría

todo a perder. Vaya directo a la esquina de los jardines de Luxemburgo con el bulevar, yo le estaré esperando. Confío en que seguirá usted mis instrucciones al pie de la letra, y recuerde: si me desobedece en cualquier cosa, le ocasionará muchas complicaciones a una mujer cuyo único delito es haberle visto y amado.

—No comprendo a qué vienen estas instrucciones —dijo Silas.

—Me parece que ya empieza a tratarme como si fuese mi dueño —exclamó ella, dándole golpecitos en el brazo con el abanico—. ¡Paciencia, paciencia! Ya habrá tiempo para eso. A las mujeres nos gusta que nos obedezcan al principio, aunque luego disfrutemos obedeciendo. Haga lo que le digo, por el amor de Dios, o no respondo de nada. De hecho, ahora que lo pienso —añadió, con el aire de quien acaba de reparar en una dificultad—, se me ocurre un plan para alejar a los entrometidos. Pídale al portero que no deje pasar a nadie, salvo a una persona que tal vez vaya esa noche a cobrar una deuda; y hágalo con cierta vehemencia, como si le asustara la entrevista, para que se tome en serio sus palabras.

—Crea usted que sé cómo protegerme de los intrusos —dijo él, un tanto ofendido.

—Prefiero arreglarlo a mi manera —respondió ella con frialdad—. Conozco a los hombres: no valoran en nada la reputación de una mujer. —Silas se ruborizó y agachó un poco la cabeza, pues el plan que tenía en perspectiva había incluido pavonearse un poco con los amigos—. Por encima de todo —añadió ella—, no hable con el portero al salir.

—¿Y por qué? —dijo él—. De todas sus indicaciones, me parece la menos importante.

—Al principio cuestionó usted también la conveniencia de las otras y ahora sabe que son imprescindibles —replicó ella—. Créame, con el tiempo comprenderá su utilidad; ¿y qué voy a pensar del afecto que me tiene si en la primera cita ya me niega usted estas naderías? —Silas se deshizo en disculpas y explicaciones, hasta que ella miró el reloj, juntó las manos y contuvo un grito de sorpresa—. ¡Cielos! —exclamó —. ¿Tan tarde se ha hecho? No tengo un instante que perder. ¡Ay, pobres de nosotras, qué esclavas somos las mujeres! ¡Qué riesgos no habré corrido ya por usted!

Y, después de repetirle sus instrucciones, que combinó hábilmente con arrumacos y miradas lánguidas, le dijo adiós y se perdió entre la multitud.

Silas pasó todo el día siguiente imbuido de su propia importancia: ahora estaba seguro de que se trataba de una condesa, y cuando se hizo de noche obedeció minuciosamente sus instrucciones y a la hora acordada se presentó en la esquina de los jardines de Luxemburgo. Allí no había nadie. Esperó casi media hora, mirando a la cara a todos los que pasaban o merodeaban por allí, incluso se pasó por las otras esquinas del bulevar y dio una vuelta completa a la verja del jardín, pero no encontró a ninguna hermosa condesa dispuesta a arrojarse en sus brazos. Por fin, muy de mala gana, empezó a desandar sus pasos hacia el hotel. De camino recordó las palabras que había oído intercambiar a madame Zéphyrine y el joven rubio y tuvo una vaga sensación de intranquilidad.

«Al parecer —pensó— todo el mundo tiene que contarle mentiras al portero».

Llamó al timbre, la puerta se abrió y salió el portero en ropa de cama para llevarle una lámpara.

—¿Se ha ido ya? —inquirió el portero.

—¿Qué? ¿A quién se refiere? —preguntó Silas con cierta sequedad, porque estaba irritado por la decepción.

—No lo he visto salir —prosiguió el portero—, pero espero que le haya pagado usted. En esta casa no queremos huéspedes que no pagan sus deudas.

—¿A quién demonios se refiere? —preguntó Silas bruscamente—. No entiendo ni una palabra de todo este galimatías.

—Pues al joven bajito y rubio que vino a cobrar su deuda —replicó el otro—. ¿A quién iba a referirme si no? Usted mismo me pidió que no dejara pasar a nadie más.

—Pero, hombre de Dios, no irá a decirme que ha venido —respondió Silas.

—Yo solo creo lo que veo —repuso el portero, y contuvo la risa con un gesto burlón.

—Es usted un granuja insolente —gritó Silas, y se volvió y echó a correr escaleras arriba con la sensación de haber hecho una ridícula exhibición de mal genio y muy alarmado.

—Entonces, ¿no necesita la lámpara? —gritó el portero.

Pero Silas aceleró el paso y no paró hasta llegar al séptimo piso y plantarse delante de la puerta de su cuarto. Allí se detuvo un momento a recobrar el aliento, asaltado por los más negros presentimientos y temeroso incluso de entrar en la habitación.

Cuando lo hizo por fin, le alivió encontrarla a oscuras y, en apariencia, vacía. Soltó un profundo suspiro. Otra vez estaba a salvo en casa, y esa sería no solo su primera sino también su última locura. Las cerillas estaban en una mesita junto a la cama y anduvo a tientas en esa dirección. Al hacerlo se renovaron sus aprensiones y, cuando su pie topó con un obstáculo, le alegró mucho comprobar que se trataba de algo tan poco alarmante como una silla. Por fin tocó unas cortinas. Por la situación de la ventana, que era vagamente visible, supo que debía de estar al pie de la cama y que no tenía más que rodearla para llegar a la mencionada mesita.

Bajó la mano, pero lo que tocó no fue una simple colcha, sino una colcha que tenía debajo algo parecido al contorno de una pierna humana. Silas apartó el brazo y se quedó un momento como petrificado.

«¿Qué…, qué será esto?», pensó.

Escuchó con atención, pero no oyó respirar. Una vez más, con gran esfuerzo, alargó los dedos en dirección a lo que había tocado antes, pero esta vez retrocedió un metro de un salto y se quedó allí estremecido de terror. Había algo en su cama. No sabía qué, pero había algo.

Pasaron unos segundos antes de que pudiera volver a moverse. Luego, guiado por su instinto, fue directo a las cerillas y, de espaldas a la cama, encendió una vela. En

cuanto prendió la llama se volvió despacio y buscó con la mirada lo que tanto temía ver. Y, en efecto, sus peores temores se hicieron realidad. La colcha estaba cuidadosamente extendida sobre la almohada, pero moldeaba el contorno de un cuerpo que yacía inmóvil; y cuando se adelantó y apartó las sábanas, encontró al joven a quien había visto en el salón de baile Bullier la noche anterior: tenía los ojos abiertos y sin expresión, el rostro hinchado y amoratado y un fino reguero de sangre que le caía de la nariz.

Silas emitió un gemido largo y trémulo, soltó la vela y cayó de rodillas junto a la cama.

Unos prolongados aunque discretos golpecitos en la puerta lo sacaron del estupor en que lo había sumido aquel terrible descubrimiento. Tardó unos segundos en recordar su situación, y cuando corrió a impedir que entrara nadie, fue demasiado tarde. El doctor Noel, con un gorro de dormir y una lámpara que iluminaba sus facciones largas y pálidas, avanzó con timidez inclinando la cabeza y mirando a su alrededor como un pájaro, abrió la puerta muy despacio y se plantó en mitad de la habitación.

—Me pareció oír un grito —empezó el médico—, temí que pudiera encontrarse usted mal y me he atrevido a irrumpir aquí. —Silas, con el rostro encendido y el corazón latiéndole temeroso a toda prisa, se interpuso entre el médico y la cama, pero no acertó a articular respuesta—. Está usted a oscuras —prosiguió el médico—, y sin embargo ni siquiera ha empezado a desvestirse para meterse en la cama. No me convencerá fácilmente de lo contrario a lo que ven mis ojos; y su semblante dice por sí solo que necesita usted de un amigo o un médico… ¿Cuál de los dos prefiere? Deje que le tome el pulso, que suele ser un fiel reflejo del corazón.

Avanzó hacia Silas, que siguió retrocediendo, y trató de cogerle por la muñeca, pero los nervios del joven americano habían sufrido demasiadas tensiones para seguir resistiéndolo. Esquivó al médico con un movimiento febril y, echándose al suelo, prorrumpió en llanto.

En cuanto el doctor Noel vio al muerto en la cama, su rostro se ensombreció; volvió corriendo a la puerta que había dejado abierta de par en par, la cerró a toda prisa y le dio dos vueltas a la llave.

—¡En pie! —gritó dirigiéndose a Silas con voz estridente—, no es momento para echarse a llorar. ¿Qué es lo que ha hecho? ¿Cómo ha llegado a su cuarto ese cadáver? Será mejor que hable sin tapujos con quien puede ayudarle. ¿Acaso cree que busco su perdición? ¿Cree que ese trozo de carne sin vida sobre su almohada puede alterar en lo más mínimo la simpatía que usted me inspira? Joven incauto, el horror con que la ley ciega e injusta considera una acción jamás incumbe a quien la perpetra si se pregunta a sus allegados y, si uno de mis mejores amigos viniera a verme empapado en sangre, eso no cambiaría ni un ápice el afecto que sentiría por él. Levántese —dijo —, el bien y el mal son solo una quimera: en esta vida no hay nada salvo el destino, y

sean cuales sean las circunstancias, tiene usted a su lado a alguien dispuesto a ayudarle hasta el final.

Animado de ese modo, Silas recobró la compostura, y con voz entrecortada, y ayudado por las preguntas del médico, se las arregló para ponerle al corriente de los hechos. Sin embargo, omitió la conversación entre el príncipe y Geraldine, puesto que apenas había entendido lo que decían y no pensó que pudiera tener relación con su propia desgracia.

—¡Ay! —gritó el doctor Noel—, o mucho me engaño o ha caído usted en las manos de la gente más peligrosa de Europa. Pobre muchacho, ¡qué trampa han urdido para su candidez!, ¡a qué peligros han conducido a sus jóvenes pies! Ese hombre —preguntó—, el inglés a quien vio usted dos veces y de quien sospecho que es el cerebro de la conspiración, ¿podría describírmelo? ¿Era joven o viejo? ¿Alto o bajo? —Pero Silas, que pese a ser tan curioso no era nada observador, solo fue capaz de darle unas pocas generalidades con las que era imposible reconocerlo—. ¡Debería ser asignatura obligada en las escuelas! —exclamó, enfadado, el médico—. ¿De qué sirven la vista y el habla si uno no acierta a fijarse y recordar los rasgos de su enemigo? Conozco a todos los maleantes de Europa y podría haberlo identificado y conseguido así nuevas armas en su defensa. Cultive usted ese arte en el futuro, mi pobre muchacho, puede serle de gran ayuda.

—¡El futuro! —repitió Silas—. ¿Qué futuro me queda salvo la horca?

—La juventud no es más que una época cobarde —replicó el médico—, en la que los problemas parecen más negros de lo que son. Yo soy viejo, y sin embargo nunca desespero.

—¿Cómo voy a contarle semejante historia a la policía? —preguntó Silas.

—De ninguna manera —respondió el médico—. Por lo que llevo visto de la conspiración de la que es usted víctima, su caso es indefendible por ese lado y, dado lo estrechas de miras que son las autoridades, pensarían sin duda que es usted culpable. Y no olvide que solo conocemos parte del complot: los conspiradores probablemente habrán tramado otras muchas circunstancias que una investigación policial sacaría a la luz y ayudarían a hacer caer las culpas sobre usted.

—¡Entonces estoy perdido! —gritó Silas.

—No he dicho eso —respondió el doctor Noel—, soy persona cauta.

—Pero ¡mire usted! —objetó Silas, señalando al cadáver—. He ahí ese objeto sobre mi cama: es imposible hacerlo desaparecer, deshacerse de él o mirarlo sin espanto.

—¿Espanto? —replicó el médico—. No. Cuando esta especie de reloj se estropea, a mí me parece tan solo un mecanismo muy ingenioso, digno de ser estudiado con el escalpelo. Una vez la sangre está fría y coagulada, ya no es sangre humana; la carne muerta no es la misma carne que deseamos en nuestros amantes o respetamos en nuestros amigos. La gracia, el atractivo, el terror han desaparecido con el espíritu que

la animaba. Acostúmbrese usted a verlo con compostura, pues si mi plan resulta practicable tendrá que vivir unos días muy cerca de eso que ahora tanto le horripila.

—¿Su plan? —gritó Silas—. ¿Qué plan es ese? Dígamelo cuanto antes, doctor, pues apenas me queda valor suficiente para seguir existiendo.

Sin responder, el doctor Noel se volvió hacia la cama y procedió a examinar el cadáver.

—Desde luego, está muerto —murmuró—. Sí, me lo había imaginado: le han vaciado los bolsillos. Y le han cortado la etiqueta a la camisa. Un trabajo concienzudo y bien hecho. Por suerte es de corta estatura. —Silas oyó aquellas palabras con extrema ansiedad. Por fin, concluida la autopsia, el médico tomó asiento y se dirigió al joven americano con una sonrisa—: Desde el momento en que entré en su habitación —dijo—, aunque mi lengua y mis oídos hayan estado muy ocupados, no he dejado que mis ojos estuvieran ociosos. Hace un rato reparé en que tiene usted en ese rincón uno de esos artilugios grotescos que sus compatriotas arrastran consigo a todos los rincones del globo…, en una palabra: un baúl. Hasta ese momento no había logrado comprender la utilidad de esos trastos, sin embargo después se me ocurrieron varias posibilidades: no sabría decir si lo empleaban ustedes en el comercio de esclavos, o para disimular las consecuencias de un uso relajado del machete, pero una cosa está clara: el objeto de semejante cajón no es otro que contener un cadáver.

—No me parece —gritó Silas— que este sea el momento más idóneo para andarse con bromas.

—Aunque pueda expresarme de un modo un tanto jocoso —replicó el médico—, la intención de mis palabras es muy seria. Y lo primero que debemos hacer, mi joven amigo, es vaciar el baúl de todo lo que contiene. —Silas acató la autoridad del doctor Noel y se puso a sus órdenes. Enseguida vaciaron el baúl de su contenido y lo dejaron todo por el suelo; luego cogieron el cadáver del hombre asesinado, Silas sosteniéndolo por los talones y el médico por los sobacos, lo sacaron de la cama y, con cierta dificultad, lo doblaron y metieron en la caja vacía. Con muchos esfuerzos, lograron cerrar la tapa de tan extraño equipaje y el propio médico se encargó de atarlo y cerrarlo con llave, mientras Silas guardaba todo lo que habían sacado en el armario y unos cajones—. Ahora —dijo el médico— hemos dado el primer paso en el camino de su salvación. Mañana, o más bien hoy, tendrá usted que acallar las sospechas del portero pagándole lo que le deba, entretanto tenga por seguro que me ocuparé de hacer las gestiones necesarias para llevar el asunto a buen término. Y ahora acompáñeme a mi habitación, donde le administraré un sedante eficaz aunque inofensivo, pues ocurra lo que ocurra es imprescindible que descanse.

El día siguiente fue el más largo que recordaría Silas, parecía que no iba a acabar nunca. Privó a sus amigos del placer de su compañía y se quedó sentado en un rincón contemplando fijamente el baúl con aire deprimido. Ahora sufrió sus antiguas indiscreciones en carne propia, pues habían vuelto a abrir el observatorio y le pareció notar que le espiaban constantemente desde el apartamento de madame Zéphyrine. La

cosa llegó a ser tan irritante, que por fin se vio obligado a tapar a su vez el agujero y, una vez convencido de que no lo vigilaban, pasó la mayor parte del tiempo rezando entre lágrimas contritas.

Era ya de noche cuando el doctor Noel entró en la habitación llevando dos sobres sellados sin dirección, uno más bien voluminoso y el otro tan fino que parecía vacío.

—Silas —dijo sentándose en la mesa—, ha llegado el momento de que le explique el plan que he trazado para salvarle. Mañana por la mañana, a primera hora, el príncipe Florizel de Bohemia regresa a Londres, después de unos días de diversión en el carnaval parisino. Hace mucho tiempo, tuve ocasión de prestarle al coronel Geraldine, su caballerizo mayor, uno de esos servicios, frecuentes en mi profesión, y que los interesados nunca olvidan. No hace falta que le explique la naturaleza de la deuda que contrajo conmigo, baste con decir que me consta que estará dispuesto a ayudarme en todo lo que pueda. El caso es que es necesario que viaje usted a Londres sin que le registren el baúl. El servicio de aduanas parecía un obstáculo insalvable, pero luego caí en que, por una cuestión de cortesía, los equipajes de las personas de tanta importancia como el príncipe pasan la frontera sin que los aduaneros los inspeccionen. Fui a ver al coronel Geraldine y obtuve una respuesta afirmativa. Mañana, si va usted al hotel donde se aloja el príncipe, pondrán su equipaje con el suyo y viajará usted como si fuese parte de su séquito.

—Ahora que lo dice, me parece que ya he visto antes al príncipe y al coronel Geraldine; incluso oí parte de su conversación la otra noche en el salón de baile Bullier.

—Es probable, porque al príncipe le encanta mezclarse con todo tipo de gente —replicó el médico—. Una vez en Londres, su labor casi habrá terminado. En este sobre más voluminoso le he metido una carta a la que no me he atrevido a poner dirección, en el otro encontrará usted las señas de la casa a la que debe usted llevarlo con su baúl, donde se harán cargo de él y no tendrá que volver a preocuparse.

—¡Ay! —dijo Silas—, ojalá pudiera creerle, pero ¿cómo voy a hacerlo? Me plantea usted una agradable perspectiva, pero, dígame: ¿cómo voy a confiar en un plan tan inverosímil? Sea usted más explícito y deme más detalles para que pueda comprender qué es lo que pretende.

El médico pareció impresionado.

—Muchacho —dijo—, no sabe qué difícil es lo que me pide. Pero sea. Ya estoy curado de espanto, y sería raro que le negara a usted esto después de haberle ayudado tanto. Sepa que, aunque ahora parezca una persona moderada, frugal, solitaria y aficionada al estudio, de joven mi nombre estuvo en boca de los hombres más astutos y peligrosos de Londres; y aunque exteriormente parecía digno de respeto y consideración, mi verdadero poder radicaba en mis amistades turbias, terribles y criminales. Es a una de las personas que tenía bajo mis órdenes a quien me he dirigido ahora para librarle a usted de su carga. Se trataba de hombres de orígenes y habilidades muy diversas, unidos por un horrible juramento y dedicados al mismo

propósito: nuestro negocio eran los asesinatos, y por muy inocente que pueda parecerle ahora mi aspecto, yo era el jefe de aquella banda temible.

—¿Qué? —exclamó Silas—. ¿Un asesino? ¿Y alguien que hacía del asesinato un negocio? ¿Cómo voy a estrechar su mano? ¿Cómo voy a aceptar su ayuda? Anciano siniestro y criminal, ¿se aprovechará usted de mi juventud y mi desdicha?

El médico soltó una carcajada amarga.

—Es usted difícil de contentar, señor Scuddamore —dijo—, pero le doy a escoger entre la compañía del asesino o la del asesinado. Si su conciencia es tan delicada que le impide aceptar mi ayuda, no tiene más que decirlo y me marcharé de inmediato. Luego haga usted con el baúl y su contenido lo que mejor convenga a su recta conciencia.

—Admito que me he equivocado —replicó Silas—. Tendría que haber recordado la generosidad con que se ofreció usted a encubrirme, incluso antes de que le hubiese convencido de mi inocencia, así que seguiré con gratitud sus consejos.

—Eso está muy bien —respondió el médico—, veo que empieza usted a aprender de la experiencia.

—Por otro lado —prosiguió el americano—, ya que admite estar familiarizado con tan trágico negocio, y que la gente a la que me ha recomendado son sus antiguos socios y amigos, ¿no podría ocuparse usted mismo del transporte del baúl y librarme ahora mismo de un objeto tan detestable?

—Palabra que le admiro a usted —replicó el médico—. Si piensa que no me he entrometido bastante en sus asuntos, créame que yo opino lo contrario. Acepte o rechace mi ayuda tal como se la ofrezco y déjese de tanto agradecimiento, pues valoro menos su gratitud que su intelecto. Llegará el día, si es que llega usted a viejo y conserva sus facultades mentales, en que pensará de forma muy diferente de todo esto, y se sonrojará por su comportamiento de esta noche.

Y con esas palabras, el médico se levantó de la silla, repitió breve y claramente sus indicaciones, y salió de la habitación sin dar ocasión a que Silas le contestara.

A la mañana siguiente, Silas se presentó en el hotel donde le recibió con mucha educación el coronel Geraldine, y desde ese momento se atenuaron sus temores más inmediatos sobre el baúl y su horripilante contenido. El viaje transcurrió sin muchos incidentes, aunque el joven se horrorizó al oír a los marineros y los mozos de cuerda quejarse del peso exagerado del equipaje del príncipe. Silas viajó en un carruaje con los ayudas de cámara, pues el príncipe quiso estar solo con su caballerizo mayor. No obstante, una vez a bordo del vapor, Silas atrajo la atención del príncipe por el aire melancólico y la actitud con que contemplaba la pila de equipajes, pues seguía lleno de aprensión por el futuro.

—Ahí hay un joven —observó el príncipe— que parece muy afligido por algún motivo.

—Se trata —replicó Geraldine— del americano a quien os pedí que dejarais viajar en compañía de vuestro séquito.

—Eso me recuerda que no he sido muy cortés con él —dijo el príncipe Florizel y, acercándose a Silas, le habló con estas palabras en un tono exquisitamente condescendiente—: Caballero, me ha alegrado mucho satisfacer el deseo que me pidió por mediación del coronel Geraldine. Le ruego que recuerde que estaré encantado de servirle en cualquier otra cosa de mayor importancia en el futuro. —Y luego le hizo algunas preguntas sobre la situación política en América, a las que Silas respondió con sensatez y comedimiento—. Todavía es usted joven —dijo el príncipe —, pero veo que es usted muy serio para sus años. Tal vez dedica usted demasiado su atención a estudios de solemne naturaleza. Aunque, por otro lado, también es posible que esté siendo indiscreto al preguntarle por algún asunto que le resulte doloroso.

—Desde luego, no me faltan motivos para tenerme por el más desdichado de los hombres —dijo Silas—, nunca se ha abusado tanto de un inocente.

—No le pediré que me haga usted confidencias —replicó el príncipe Florizel—, pero tenga presente que una recomendación del coronel Geraldine es un salvoconducto infalible, y que no solo estoy dispuesto a ayudarle, sino que probablemente esté más en mi mano hacerlo que en la de otros muchos.

A Silas le encantó la amabilidad de aquel importante personaje, pero pronto volvieron a embargarlo sus lúgubres preocupaciones, pues ni siquiera la protección brindada por un príncipe a un republicano puede librar de sus inquietudes a un espíritu angustiado.

El tren llegó a Charing Cross, donde los oficiales de aduanas respetaron el equipaje del príncipe del modo habitual. Los esperaban unos elegantísimos carruajes que condujeron a Silas, con todos los demás, a la residencia del príncipe. Una vez allí, el coronel Geraldine fue a verle y le expresó su satisfacción por haberle sido de ayuda a un amigo del médico, a quien tenía mucho aprecio.

—Espero —añadió— que no se haya dañado su porcelana. Se dieron órdenes de que tratasen con especial cuidado los efectos personales del príncipe.

Después de dar órdenes a los sirvientes para que pusieran uno de los carruajes a disposición del joven caballero y cargasen el baúl en la parte trasera, le estrechó la mano y se excusó alegando sus múltiples ocupaciones en la casa del príncipe.

Silas rompió el sello del sobre que contenía las señas y le pidió al elegante lacayo que lo llevara a Box Court, esquina con el Strand. Por lo visto, el lugar no le era del todo desconocido a aquel hombre, pues dio la impresión de sorprenderse y le pidió que repitiera la dirección. Silas subió al lujoso vehículo con el corazón en un puño y esperó a que lo llevaran a su destino. La entrada a Box Court era demasiado estrecha para que pasara un carruaje, pues era un mero pasaje peatonal rodeado por una verja con un bolardo a cada lado. En uno de aquellos bolardos había sentado un hombre que se puso en pie enseguida e intercambió un gesto amistoso con el cochero, entretanto el lacayo abrió la puerta y le preguntó a Silas si quería que bajaran el baúl y a qué número debían llevarlo.

—Al número tres, si tiene usted la bondad —dijo Silas.

Al lacayo y al hombre que habían encontrado sentado en el bolardo, incluso con la ayuda del propio Silas, les costó mucho esfuerzo cargar con el baúl; y antes de que pudieran dejarlo en la puerta de la casa en cuestión, al joven americano le horrorizó ver a una veintena de curiosos que se distraían observándolos. Sin embargo, llamó a la puerta con tan buena cara como pudo y entregó el sobre al hombre que le abrió.

—Ahora no está en casa —dijo—, pero si deja usted la carta y vuelve mañana a primera hora, le diré si puede recibirle y cuándo. ¿Quiere usted dejar el baúl? —añadió.

—Desde luego —gritó Silas, y enseguida se arrepintió de su precipitación y afirmó con idéntico énfasis que se llevaría el baúl consigo al hotel.

Los curiosos se tomaron a guasa su indecisión y le siguieron entre pullas hasta el carruaje; Silas lleno de vergüenza y temor, les imploró a los sirvientes que lo llevaran a alguna casa de huéspedes cómoda y silenciosa que quedara cerca de allí.

El carruaje del príncipe dejó a Silas en el hotel Craven en la calle del mismo nombre y partió de inmediato, dejándolo solo con los criados de la pensión. La única habitación vacía, al parecer, era un cuchitril en el cuarto piso que daba a la parte de atrás. Un par de robustos mozos de cuerda subieron el baúl con muchas quejas y dificultades hasta aquel agujero de eremita. No hace falta decir que Silas los siguió de cerca durante el ascenso y que el corazón parecía salírsele del pecho en cada rellano. Un paso en falso, pensaba, y el cajón podía caer por la barandilla y aterrizar hecho pedazos en el vestíbulo con su fatídico contenido.

Una vez en la habitación, se sentó en el borde de la cama para recuperarse del sufrimiento que acababa de pasar, pero apenas lo había hecho cuando volvió a reparar en el peligro que corría, al ver los manejos de los criados, que se habían arrodillado junto al baúl para desatar los complicados nudos.

—¡Déjenlo así! —gritó Silas—. No necesitaré sacar nada mientras me aloje aquí.

—Pues ya podía haberlo dejado en el vestíbulo —gruñó el hombre—, es tan grande y pesado como una casa. No sé qué puede llevar usted ahí dentro. Si es dinero, es usted mucho más rico que yo.

—¿Dinero? —repitió Silas, muy asustado de pronto—. ¿Qué quiere decir con eso? No tengo dinero, así que deje de decir tonterías.

—De acuerdo, jefe —respondió el mozo de cuerda con un guiño—. Nadie tocará el dinero de su señoría. Soy una tumba —añadió—, pero es una caja muy pesada, y no me importaría beber algo a la salud de su señoría.

Silas le obligó a aceptar dos napoleones, se disculpó por tener que pagarle con dinero extranjero y le rogó que tuviera en cuenta que acababa de llegar. Y el hombre gruñó aún más, echó una mirada desdeñosa al dinero que tenía en la mano y al baúl y viceversa y consintió por fin en retirarse.

El cadáver llevaba ya casi dos días en el baúl de Silas y, en cuanto lo dejaron solo, el desdichado americano se puso a husmear todas las rendijas con mucha atención.

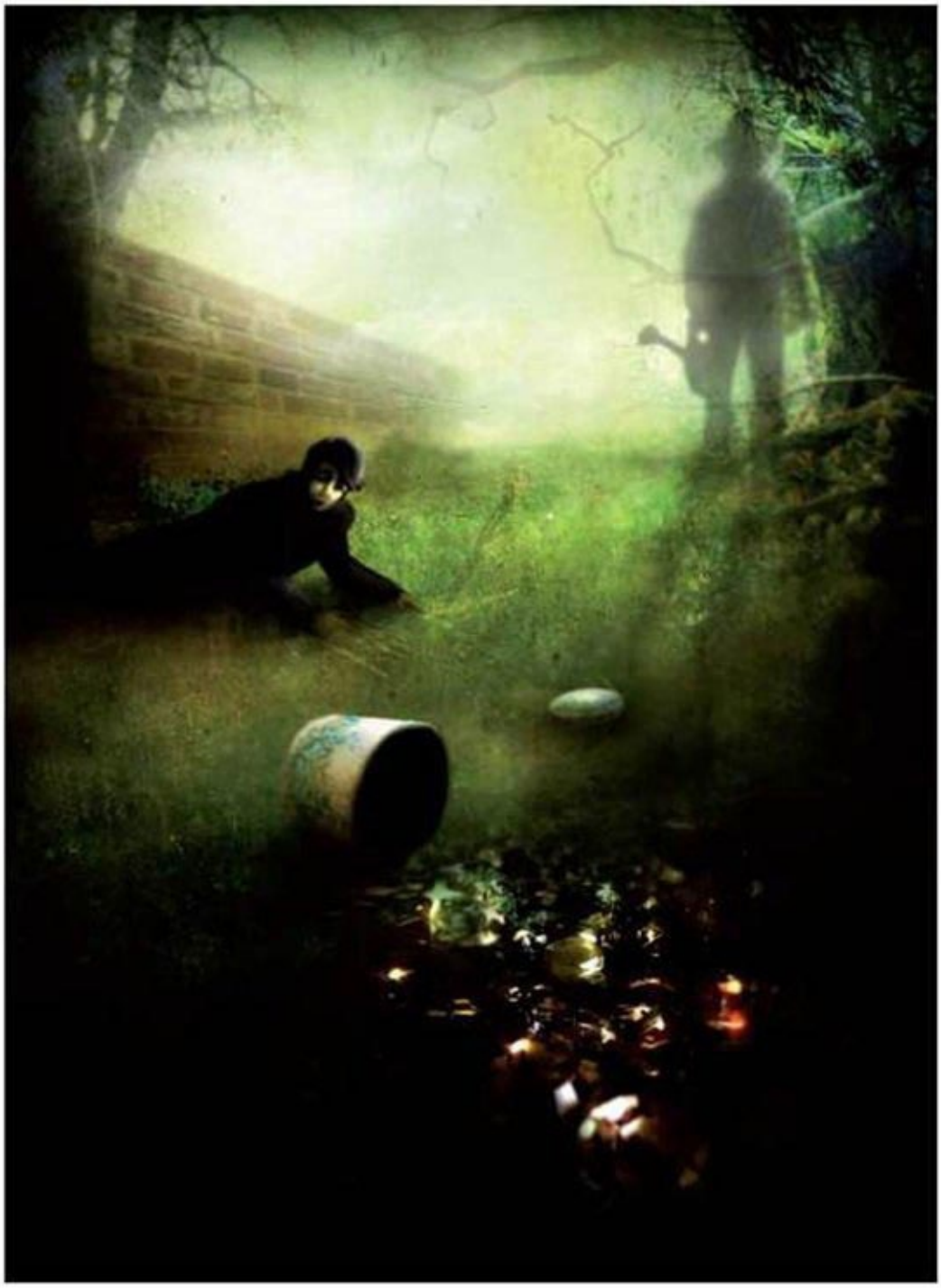
Pero el tiempo era frío, y el baúl todavía era capaz de contener, sin revelarlo, su asombroso secreto.

Se sentó en una silla que había al lado y se tapó la cara con las manos sumido en las más profundas reflexiones. Si no se libraba pronto de aquello, no había duda de que acabarían por descubrirlo. Solo, en una ciudad extranjera, sin cómplices ni amigos: si la carta de recomendación del médico no surtía efecto, estaba irremediablemente perdido. Pensó patéticamente en los ambiciosos planes que había trazado para el futuro: ahora ya no se convertiría en el héroe y portavoz de su ciudad natal de Bangor, Maine; no iría, tal como había anticipado, de cargo en cargo y de homenaje en homenaje; podía ir olvidando toda esperanza de llegar a ser presidente de Estados Unidos y dejar como recuerdo una estatua, del peor estilo artístico, como adorno del Capitolio en Washington. ¡Ahí estaba, encadenado a un inglés muerto y hecho un ovillo dentro de un baúl, y obligado a deshacerse de él o a desaparecer para siempre de los anales de la gloria nacional!

No osaré reproducir aquí las palabras que dedicó el joven al médico, al hombre asesinado, a madame Zéphyrine, a los mozos de cuerda del hotel, a los sirvientes del príncipe y, en suma, a todos quienes habían estado remotamente relacionados con aquella horrible desdicha.

Hacia las siete de la tarde, bajó discretamente a cenar, pero el amarillento salón le horrorizó: le dio la impresión de que los demás comensales le miraban con suspicacia y no podía quitarse de la cabeza el baúl de arriba. Cuando el camarero se acercó para ofrecerle un poco de queso, sus nervios estaban ya tan de punta que se levantó de un salto de la silla y derramó casi media pinta de cerveza sobre el mantel.

Al terminar la cena, el camarero se ofreció a indicarle dónde estaba el salón de fumadores, y aunque habría preferido volver de inmediato con su peligroso tesoro, no tuvo valor para negarse y dejó que lo llevaran escaleras abajo al lúgubre sótano iluminado con luz de gas que era, y probablemente siga siendo, el fumadero del hotel Craven.



Dos hombres de aire melancólico jugaban al billar y cruzaban apuestas, ayudados por un tipo grasiento de aspecto enfermizo que apuntaba los tantos. Al principio Silas pensó que eran los únicos presentes en la sala. Sin embargo, al fijarse con más atención, su mirada cayó en un hombre de aspecto modesto y respetable que fumaba con la cabeza gacha en el rincón más apartado. Supo enseguida que había visto antes aquella cara y, a pesar de que se había cambiado de ropa, reconoció al hombre al que habían encontrado sentado en un bolardo a la entrada de Box Court y que les había ayudado a subir y bajar el baúl del carruaje. El americano sencillamente se dio la vuelta, echó a correr y no paró hasta haberse encerrado en su habitación.

Allí, presa de las especulaciones más terribles, montó guardia toda la noche junto al fatídico cajón del cadáver. Lo que habían dicho los mozos de cuerda de que su baúl estaba lleno de oro le inspiraba todo género de renovados temores cada vez que cerraba un párpado; y la presencia del hombre de Box Court en el salón de fumadores, evidentemente disfrazado, le convenció de que volvía a ser el centro de siniestras conspiraciones.

Pasada ya la medianoche, e impelido por desasosegantes sospechas, Silas abrió la puerta de su cuarto y le echó un vistazo al pasillo. Estaba tenuemente iluminado por un único mechero de gas y, a escasa distancia, reparó en un hombre que dormía en el suelo vestido con el uniforme de los criados del hotel. Silas se le acercó de puntillas. Estaba tumbado de espaldas y ligeramente ladeado, por lo que el brazo derecho le tapaba la cara. De pronto, cuando el americano estaba todavía agachado a su lado, el durmiente apartó el brazo y abrió los ojos, y Silas volvió a verse cara a cara con el hombre de Box Court.

—Buenas noches, señor —dijo amablemente.

Pero Silas estaba demasiado conmovido para encontrar una respuesta y volvió a su habitación sin decir nada.

Al alborear el día, exhausto por sus aprensiones, se quedó dormido en la silla con la cabeza apoyada en el baúl. A pesar de lo forzado de la postura y de lo tétrico de la almohada, su sueño fue profundo y prolongado, y no se despertó hasta muy tarde cuando llamaron bruscamente a su puerta.

Corrió a abrir, y se encontró con el mozo de cuerda.

—¿Es usted el caballero que estuvo ayer en Box Court? —preguntó. Silas admitió con un escalofrío que así era—. Entonces esta nota es para usted —añadió el criado, y le entregó un sobre lacrado.

Silas rasgó el sobre y leyó las palabras: «A las doce».

Fue puntualísimo; varios criados fornidos cargaron con el baúl y a él le hicieron pasar a una habitación donde había un hombre calentándose junto al fuego, de espaldas a la puerta. Ni el ruido que hicieron todas aquellas personas al entrar y al salir, ni el chasquido del baúl cuando lo dejaron sobre los tablones desnudos lograron atraer la atención del desconocido, y Silas esperó aterrado a que se dignase darse por enterado de su presencia.

Debieron de transcurrir cinco minutos antes de que el hombre se volviese con desenvoltura y revelase los rasgos del príncipe Florizel de Bohemia.

—De modo, señor —dijo con gran severidad—, que es así como abusáis de mi gentileza. Ya veo que se unen ustedes a personas de alcurnia sin otro propósito que escapar a las consecuencias de sus crímenes; ahora comprendo su desconcierto cuando me dirigí a usted ayer.

—Lo cierto —exclamó Silas— es que soy inocente de todo, salvo de mi desdicha.

Y con voz apresurada, y la mayor candidez imaginable, le contó al príncipe la historia de su desgracia.

—Veo que me he equivocado —dijo su Alteza cuando terminó—. No es usted más que una víctima, y puesto que no debo castigarle, puede estar seguro de que haré lo imposible por ayudarle. Y ahora —continuó—, pongamos manos a la obra. Abra enseguida su baúl, y déjeme ver lo que contiene.

Silas se quedó demudado.

—Casi me asusta mirarlo —exclamó.

—Bobadas —replicó el príncipe—, ¿acaso no lo ha visto ya? Es preciso sobreponerse a esos sentimentalismos. Ver a un hombre enfermo, a quien todavía es posible ayudar, debería conmovernos más que ver a un muerto a quien no se puede ni herir ni ayudar, ni amar ni odiar. Domínese, señor Scuddamore. —Y luego, al ver que Silas seguía dudando, añadió—: No quisiera tener que repetir mi petición.

El joven americano despertó como de un sueño y, con un escalofrío de repugnancia, se dispuso a desatar las correas y a abrir la cerradura del baúl. El príncipe se quedó observándolo con expresión seria y las manos en la espalda. El cadáver estaba rígido, y a Silas le costó un gran esfuerzo, tanto moral como físico, cambiarlo de postura y descubrirle el rostro.

El príncipe Florizel dio un paso atrás y soltó una dolorosa exclamación de sorpresa.

—¡Ay! —gritó—. No imagina usted, señor Scuddamore, el regalo tan cruel que me ha traído. Este es un joven de mi séquito, el hermano de mi amigo más íntimo, y ha muerto en acto de servicio a manos de personas violentas y traicioneras. Pobre Geraldine —prosiguió para sí—, ¿cómo voy a comunicaros el destino de vuestro hermano? ¿Cómo voy a disculparme ante vos o ante Dios por los arriesgados planes que lo condujeron a una muerte sanguinaria e inhumana? ¡Ah, Florizel! ¡Florizel!, ¿cuándo aprenderás la discreción que conviene a los mortales y dejarás de deslumbrarte con la imagen de tu propio poder? ¡Poder! —gritó—. ¿Quién más impotente que yo? Cuando veo a este joven al que he sacrificado, señor Scuddamore, me doy cuenta de la insignificancia de ser un príncipe.

A Silas le emocionó verlo tan conmovido. Trató de murmurar unas palabras de consuelo y estalló en lágrimas. El príncipe, enternecido a su vez por su evidente buena intención, se le acercó y le cogió de la mano.

—Domínese —dijo—. Los dos tenemos mucho que aprender, y seremos mejores personas después de esto.

Silas le dio las gracias en silencio con una mirada afectuosa.

—Escriba la dirección del médico en este trozo de papel —prosiguió el príncipe, llevándolo hacia la mesa—, y permítame recomendarle que, cuando vuelva usted a París, evite la compañía de un hombre tan peligroso. Ha obrado movido por la generosidad, y estoy seguro de que, si hubiese sabido lo de la muerte del joven Geraldine, no le habría enviado el cadáver al propio criminal.

—¡El propio criminal! —repitió atónito Silas.

—Así es —respondió el príncipe—. Esta carta que la divina Providencia ha puesto de modo tan extraño en mis manos, estaba dirigida nada menos que al criminal en persona, el infame presidente del Club de los Suicidas. No trate de saber más de este turbio asunto, alégrese de haberse librado de forma tan milagrosa y salga cuanto antes de esta casa. Tengo asuntos apremiantes que atender y debo disponer de este trozo de barro, que fue hasta hace poco un joven gallardo y apuesto.

Silas se despidió del príncipe Florizel con grandes muestras de deferencia y gratitud, pero se quedó en Box Court hasta verlo partir en un espléndido carruaje de camino a casa del coronel Henderson de la policía. Aunque era un republicano convencido, el joven americano se descubrió casi con devoción al ver pasar el carruaje. Y esa misma noche partió en tren de regreso a París.

Aquí (afirma el autor árabe) *concluye* HISTORIA DEL MÉDICO Y EL BAÚL. *Omitiré ciertas reflexiones sobre el poder de la Providencia, muy pertinentes en el original, pero poco adecuadas para nuestros gustos occidentales, y añadiré tan solo que el señor Scuddamore ha empezado ya a ascender los peldaños de la fama política, y que, según las últimas noticias, es el alguacil de su ciudad natal.*

LA AVENTURA DE LOS CABRIOLÉS

El teniente Brackenbury Rich se había distinguido notablemente en la guerra de guerrillas en la India. Había capturado con sus propias manos al jefe de una partida rebelde y todo el mundo había aplaudido su valor, por lo que, cuando volvió a Inglaterra postrado por una grave herida de sable y unas persistentes fiebres palúdicas, la sociedad se dispuso a recibir al teniente como a una celebridad menor. No obstante, el suyo era un carácter notable por una sincera modestia: amaba la aventura, pero no las adulaciones, y se demoró en balnearios extranjeros y en Argel hasta que pasó la fama de sus hazañas y empezó a caer en el olvido. Llegó por fin a Londres un día de primavera y pasó tan inadvertido como quería; y como era huérfano y no tenía más que unos parientes lejanos que vivían en provincias, se instaló casi como un extranjero en la capital del país por el que había vertido su sangre.

Al día siguiente de su llegada, cenó solo en un club militar. Estrechó la mano de unos cuantos viejos camaradas y recibió sus calurosas felicitaciones; pero quien más quien menos tenía algún compromiso aquella noche, y no tardó en quedarse solo. Iba vestido de etiqueta, pues tenía intención de asistir a algún teatro. La gran ciudad era nueva para él, que había pasado de una escuela de provincias a la academia militar y de allí directamente a Oriente, y aquel mundo por explorar parecía prometer un sinfín de deleites. Balanceando el bastón, empezó a andar hacia el oeste. Había oscurecido ya y hacía una noche agradable, aunque de cuando en cuando amenazaba lluvia. El desfile de rostros iluminados por la luz de las farolas avivó la imaginación del

teniente, que sintió que podría pasarse la vida deambulando inmerso en el estimulante ambiente de la ciudad rodeado del misterio de cuatro millones de vidas. Miraba las casas y se maravillaba de lo que ocurría detrás de aquellas ventanas cálidamente iluminadas; escrutaba los rostros uno tras otro y veía en ellos algún propósito desconocido, criminal o benévolo.

«Hablan de la guerra —pensó—, pero este es el gran campo de batalla de la humanidad».

Y luego empezó a extrañarse de llevar tanto tiempo paseando por aquel complejo escenario, sin que le ocurriera ninguna aventura.

«Todo a su tiempo —se dijo—. Todavía soy forastero, y mi aspecto tal vez parezca extraño. Pero no tardará en arrastrarme el remolino».

Era ya noche cerrada cuando un chaparrón de lluvia fría cayó de pronto de la oscuridad. Brackenbury se refugió debajo de unos árboles y vio al cochero de un cabriolé que le hacía gestos para indicarle que estaba libre. La circunstancia se ajustaba tanto a la ocasión que él levantó el bastón en respuesta, y no tardó en estar instalado en la góndola londinense.

—¿Adónde le llevo, señor? —preguntó el cochero.

—A donde usted guste —respondió Brackenbury.

Y enseguida, a un paso sorprendentemente ligero, el cabriolé se internó bajo la lluvia en un laberinto de casas. Los edificios con sus jardines se parecían tanto unos a otros, y las calles y las plazas desiertas por las que pasó el cabriolé eran tan indistinguibles a la luz de las farolas, que Brackenbury no tardó en perder el sentido de la orientación. Al principio, se sintió tentado de creer que el cochero se estaba entreteniendo dándole vueltas y vueltas por el mismo barrio, pero la velocidad a la que viajaban tenía algo de metódico que le convenció de lo contrario. Aquel hombre tenía prisa por llegar a algún lugar concreto, y Brackenbury se sintió a la vez sorprendido por la habilidad de aquel tipo para abrirse paso en aquel laberinto y un tanto inquieto al imaginar los motivos de su apresuramiento. Había oído hablar de forasteros que caían en manos de indeseables en Londres. ¿Pertenecería aquel cochero a alguna sociedad sanguinaria y traicionera? ¿Estaría conduciéndolo a una muerte cruel?

Acababa de ocurrírsele la idea cuando el cabriolé giró bruscamente en una esquina y se detuvo delante del jardín de una casa en una calle larga y ancha. La casa estaba iluminada. Otro cabriolé acababa de marcharse, y Brackenbury pudo ver a un caballero al que recibían en la puerta principal varios criados con librea. Le sorprendió que el cochero se hubiese detenido justo enfrente de una casa donde se celebraba una recepción, pero se convenció de que debía de tratarse de una casualidad, y se quedó fumando tranquilamente hasta que oyó que abrían la trampilla de arriba.

—Ya hemos llegado, señor —dijo el cochero.

—¿Llegado? —repitió Brackenbury—. ¿Adónde?

—Usted me pidió que lo llevara a donde gustase —replicó el hombre con una risita—, y aquí estamos.

A Brackenbury le pareció que tenía una voz extraordinariamente suave y cortés para tratarse de un hombre de posición tan inferior, recordó la velocidad a la que lo había llevado y de pronto se le ocurrió que el cabriolé estaba acondicionado de un modo más lujoso que la mayoría de los vehículos públicos.

—Debo pedirle que se explique —dijo—. ¿Pretende dejarme aquí bajo la lluvia? Amigo mío, creo que esa decisión debo tomarla yo.

—La decisión es suya, desde luego —respondió el cochero—, pero, cuando se lo explique, creo saber lo que decidirá un caballero como usted. En esa casa se celebra una reunión de caballeros. No sé si el dueño es forastero en Londres y no tiene amigos, o si se trata de alguien con aficiones un tanto excéntricas. Lo que sí sé es que me encargaron recoger a cualquier caballero que paseara solo en traje de etiqueta, a tantos como quisiera, pero preferentemente militares. No tiene más que entrar y decir que le ha invitado el señor Morris.

—¿Es usted el señor Morris? —preguntó el teniente.

—¡Oh, no! —replicó el cochero—. El señor Morris es el dueño de la casa.

—No es un modo muy habitual de invitar a la gente —dijo Brackenbury—, aunque, si se trata de un excéntrico, puede haberse permitido el capricho sin tener la intención de ser ofensivo. Y en caso de que me negase a aceptar la invitación del señor Morris —prosiguió—, ¿qué ocurriría?

—Mis órdenes son llevarle de vuelta a donde le recogí —replicó el hombre—, y seguir buscando a otros hasta medianoche. El señor Morris dijo que no quería invitados que no estuviesen interesados en esta aventura.

Sus palabras acabaron de decidir al teniente.

«Después de todo —pensó mientras se apeaba del cabriolé—, tampoco he tenido que esperar tanto a que apareciese mi aventura».

Apenas había puesto el pie en la acera, y aún estaba hurgándose el bolsillo para pagar la carrera, cuando el cabriolé dio la vuelta y se fue a toda prisa por donde había venido. Brackenbury le gritó al cochero, que no prestó atención y siguió su camino; sin embargo, en la casa sí le oyeron y volvieron a abrir la puerta: un chorro de luz iluminó el jardín y un criado corrió a recibirle con un paraguas.

—Ya hemos pagado al cochero —observó el sirviente en tono muy educado, y procedió a acompañar a Brackenbury por el sendero y escalones arriba.

En el vestíbulo, otros criados le cogieron el sombrero, el bastón y el abrigo, le dieron un resguardo y le llevaron, con mucha educación y apresuramiento, por unas escaleras adornadas con flores tropicales, hasta la puerta de un apartamento en el primer piso. Allí un solemne mayordomo le preguntó su nombre y, tras anunciar al «Teniente Brackenbury Rich», le hizo pasar al salón de la casa.

Un joven esbelto y muy bien parecido se adelantó y le saludó con aire a la vez cortés y afectuoso. Cientos de velas, de la mejor cera, iluminaban una habitación que

estaba perfumada, como la escalera, con una profusión de raras y hermosas plantas con flores. En un lateral había una mesa cubierta de tentadoras viandas. Varios sirvientes iban y venían con frutas y copas de champán. El grupo lo formaban unas dieciséis personas, todos hombres, muy pocos de los cuales habían pasado de la edad madura; todos de aspecto elegante y decidido. Estaban divididos en dos grupos: uno en torno a un tablero de ruleta y otro reunido alrededor de una mesa en la que uno de ellos dirigía una partida de bacarrá.

«Ahora comprendo —pensó Brackenbury—, esto es un salón de juego y el cochero debía de ser un gancho».

Su mirada reparó en los detalles y su imaginación llegó a aquella conclusión mientras su anfitrión le estrechaba la mano, y, concluida tan rápida inspección, Brackenbury volvió a fijarse en él: al contemplarlo por segunda vez, el señor Morris resultaba aún más sorprendente que al principio. La sencilla elegancia de sus modales, la distinción, la amabilidad y el valor que traslucían todos sus rasgos casaban muy mal con los prejuicios del teniente respecto al propietario de un garito; por si fuera poco, el tono de su conversación parecía propio de un hombre cultivado y de buena posición. Brackenbury descubrió que sentía una simpatía casi instintiva por su anfitrión; y aunque se reprochó su debilidad, fue incapaz de resistirse a una especie de atracción amistosa por el carácter y la persona del señor Morris.

—He oído hablar de usted, teniente Rich —dijo el señor Morris bajando la voz—, y crea que me alegra conocerle. Su aspecto concuerda con la reputación que le ha precedido desde la India. Y, si tiene la bondad de olvidar por un momento lo irregular de la invitación a mi casa, me sentiré no solo honrado, sino también agradecido. A un hombre capaz de tragarse de un bocado a esos bárbaros —añadió con una carcajada — no debería acobardarle la falta de etiqueta, por muy grave que sea.

Y lo llevó hasta la mesa y le animó a comer algo.

«Palabra —pensó el teniente— que es uno de los hombres más amables y, no me cabe duda, una de las reuniones más agradables de Londres».

Probó un poco de champán, que le pareció excelente; y, al ver que varios de los presentes estaban fumando, encendió uno de sus puros filipinos y se acercó a la mesa de la ruleta, donde hizo alguna que otra apuesta y contempló sonriente la fortuna de los otros. Mientras mataba el tiempo de aquel modo, reparó en el intenso escrutinio al que estaban sometidos todos los invitados. El señor Morris iba de aquí para allá, muy ocupado con sus obligaciones de anfitrión, pero no dejaba de observarlos con agudeza: ni uno solo de los allí reunidos escapaba a sus miradas súbitas e interrogantes; observaba la actitud de quienes perdían, calculaba el valor de las apuestas, se paraba detrás de los que conversaban; y, en suma, apenas había rasgo de los presentes que no pareciera percibir y anotar en su memoria. Brackenbury empezó a preguntarse si aquello sería realmente un garito de juego, o más bien una indagación personal. Siguió los movimientos del señor Morris y, aunque el hombre tenía una sonrisa siempre dispuesta, le pareció notar, como por debajo de una

máscara, un espíritu preocupado, cansado y demacrado. Quienes lo rodeaban se reían y hacían sus apuestas, pero Brackenbury había perdido el interés por los demás invitados.

«Este tal Morris —pensó— no está aquí para divertirse. Le mueve algún propósito oculto, tengo que averiguar de qué se trata».

De vez en cuando, el señor Morris llamaba aparte a alguno de sus invitados, y después de un breve coloquio en una antesala volvía solo y no volvía a verse a su acompañante. Después de varias repeticiones, aquella forma de actuar despertó sobremanera la curiosidad de Brackenbury. Decidió llegar al fondo de aquel pequeño misterio cuanto antes, y como quien no quiere la cosa se coló en la antecámara, donde descubrió el hueco de una ventana oculto por unas cortinas de color verde muy a la moda y se ocultó allí a toda prisa. No tuvo que esperar mucho antes de que se acercaran el ruido de unos pasos y unas voces procedentes del salón principal. Escudriñando entre las cortinas, vio al señor Morris en compañía de un personaje grueso y rubicundo con aire de viajante de comercio en quien Brackenbury había reparado ya por su risa vulgar y su comportamiento inconveniente en la mesa. Los dos se detuvieron justo delante de la ventana, de modo que Brackenbury no se perdió detalle de la siguiente conversación:

—¡Le pido mil perdones! —empezó el señor Morris, en tono conciliador—. Y, si le parezco brusco, estoy seguro de que sabrá perdonarme. En un sitio tan grande como Londres es normal que se produzcan malentendidos y solo podemos aspirar a ponerles remedio lo antes posible. No negaré que temo que haya cometido usted un error y haya honrado mi humilde casa por equivocación; pues, hablando abiertamente, no recuerdo cuándo llegó usted. Permítame plantearlo sin circunloquios innecesarios, entre caballeros basta con una palabra: ¿en casa de quién cree usted que se encuentra?

—En casa del señor Morris —replicó el otro dando grandes muestras de una confusión que había aumentado visiblemente con sus últimas palabras.

—¿John Morris o James Morris? —inquirió el anfitrión.

—La verdad, no sabría decirle —replicó el ofuscado visitante—. Lo conozco tanto como a usted.

—Comprendo —dijo el señor Morris—. Hay otra persona que se llama igual al final de esta misma calle, no me cabe duda de que el sereno podrá facilitarle el número. Crea usted que celebro este malentendido que me ha procurado el placer de su compañía todo este tiempo, y deje que le diga que me encantaría volver a verle en circunstancias más normales. Ahora, por nada en el mundo querría apartarlo ni un minuto más de sus amigos. John —añadió, levantando la voz—, ¿quieres ayudar a este caballero a encontrar su abrigo?

Y con aire muy solícito, el señor Morris acompañó a su visitante hasta la puerta de la antesala, donde lo dejó a cargo del mayordomo. Al pasar por delante de la ventana, de regreso al salón, Brackenbury lo oyó exhalar un profundo suspiro, como

si pesara sobre su imaginación una enorme angustia y sus nervios estuvieran exhaustos por su tarea.

Durante cerca de una hora siguieron llegando cabriolés con tanta frecuencia que el señor Morris tuvo que recibir a un nuevo invitado por cada uno al que despedía, y el número de los presentes siguió siendo el mismo. Sin embargo, luego las llegadas se fueron espaciando y terminaron por cesar del todo, mientras el proceso de eliminación proseguía invariable. El salón empezó a quedarse vacío, la partida de bacarrá se interrumpió por falta de alguien que hiciera de banca, más de uno se despidió por voluntad propia y se le dejó partir sin que nadie lo impidiera, y entretanto el señor Morris duplicó sus atenciones con los que quedaban. Iba de grupo en grupo y de persona en persona con enorme simpatía y una charla apropiada y agradable, parecía más una anfitriona que un anfitrión y había cierta coquetería y condescendencia femenina en sus modales que cautivaba el corazón de todos.

Cuando el número de los presentes se volvió más reducido, Rich salió un momento del salón al vestíbulo en busca de aire fresco. Pero nada más cruzar el umbral de la antecámara lo dejó pasmado un asombroso descubrimiento: las macetas con flores habían desaparecido de la escalera, tres grandes carretas de mudanzas esperaban junto a la valla del jardín, los sirvientes estaban ocupados desmontando la casa y algunos ya se habían puesto el abrigo y se disponían a partir. Era como el final de un baile en el campo, donde todo se ha dispuesto por contrato. Brackenbury tuvo mucho en lo que pensar. En primer lugar, habían despedido a los invitados, que ni siquiera eran verdaderos invitados; y ahora los sirvientes, que al fin y al cabo no podían ser verdaderos sirvientes, también se estaban marchando.

«¿Será todo este sitio un engaño —se preguntó—, flor de una noche que desaparece antes de que amanezca?». Aprovechando una oportunidad, Brackenbury subió corriendo las escaleras hasta el piso de arriba. Fue como había imaginado. Deambuló de habitación en habitación y no vio ni un solo mueble y ni siquiera un cuadro en las paredes. Aunque habían pintado y empapelado la casa, ahora no solo estaba deshabitada, sino que además era evidente que lo había estado siempre. El joven oficial recordó con sorpresa el aspecto definitivo, hospitalario e ilusorio que había tenido a su llegada. Aquella impostura solo podía haberse representado a tan gran escala a un coste extraordinario.

¿Quién era, entonces, el señor Morris? ¿Cuál era su intención al representar el papel de propietario una sola noche en el remoto oeste de Londres? ¿Y por qué escogía a sus invitados al azar en mitad de la calle?

Brackenbury recordó que ya se había entretenido demasiado y se apresuró a volver con sus compañeros. Muchos se habían marchado durante su ausencia y, contando al teniente y a su anfitrión, solo quedaban cinco personas en el salón que hasta hacía poco había estado tan concurrido. El señor Morris le saludó con una sonrisa al verlo entrar en la sala y no tardó en ponerse en pie.

—Ya es hora, caballeros —dijo—, de que les aclare mis intenciones al apartarlos de sus ocupaciones. Confío en que la noche no se les haya hecho demasiado aburrida, pero mi propósito, lo confieso, no era entretenerles, sino ayudarme a mí mismo en un desdichado compromiso. Todos ustedes son caballeros —prosiguió—, su aspecto les delata y es para mí suficiente garantía. Por tanto, les hablaré sin rodeos, tengo que pedirles que me presten un peligroso y delicado servicio: peligroso porque puede que corran peligro sus vidas, y delicado porque debo pedirles una discreción absoluta respecto a todo lo que vean u oigan. Soy muy consciente de que, viniendo de un completo desconocido, mi propuesta resulta extravagantemente cómica, y añadiré que, si alguno de los presentes cree haber oído suficiente, si a alguno de ustedes le acobarda una confidencia peligrosa y un poco de devoción quijotesca por un desconocido…, le tenderé mi mano, le daré las buenas noches y me despediré de él con toda la sinceridad del mundo.

Un hombre alto y moreno que caminaba muy encorvado respondió en el acto a sus palabras:

—Alabo su franqueza, señor —dijo—, y me marcho. No haré comentarios, pero no puedo negar que despierta usted en mí muchas sospechas. Me voy, digo, y tal vez piense que no tengo derecho a añadir palabras a mis actos.

—Al contrario —replicó el señor Morris—, le quedo muy agradecido por todo lo que ha dicho. Sería imposible exagerar la gravedad de mi propuesta.

—En fin, caballeros, ¿qué dicen ustedes? —preguntó el hombre alto dirigiéndose a los demás—. Ya hemos tenido suficiente diversión por esta noche, ¿les parece que nos volvamos pacíficamente todos juntos? Me estarán agradecidos por la mañana, cuando puedan volver a ver el sol con seguridad y la conciencia tranquila.

El hombre pronunció esas últimas palabras en un tono que les imprimió mucha fuerza y su semblante adoptó una expresión peculiar, llena de gravedad y significado. Otro miembro del grupo se levantó apresuradamente y se dispuso a marcharse con aire asustado. Solo faltaban dos por echarse atrás, Brackenbury y un anciano, comandante de caballería, de nariz colorada, pero los dos adoptaron una actitud relajada y, aparte de una mirada de complicidad que intercambiaron rápidamente, daban la impresión de que la discusión a la que acababan de asistir no fuera con ellos.

El señor Morris acompañó a los desertores hasta la puerta, que se cerró a su salida, y luego se volvió con una expresión que era una mezcla de alivio y animación y se dirigió a los dos oficiales:

—He elegido a mis hombres como Josué en la Biblia —dijo el señor Morris—, y ahora estoy convencido de contar con lo más escogido de Londres. Primero su aspecto agradó a mis cocheros, luego me cautivó a mí; he observado su manera de comportarse entre desconocidos y en circunstancias muy poco habituales; he estudiado cómo jugaban y cómo sobrellevaban sus pérdidas; por último les he sometido a la prueba de un temible anuncio y se lo han tomado como si fuese una

invitación a cenar. No en vano —afirmó— he sido tantos años compañero y alumno del más valiente y sabio potentado de Europa.

—En la batalla de Bunderchang —observó el comandante—, pedí doce voluntarios y todos los soldados respondieron a mi petición. Pero un grupo de jugadores no es lo mismo que un regimiento bajo el fuego. Supongo que puede usted alegrarse de haber dado con dos que no vayan a dejarle tirado a las primeras de cambio. En cuanto a esos dos que acaban de escurrir el bulto, los tengo por los cobardes más rastreros que he conocido. Teniente Rich —añadió dirigiéndose a Brackenbury—, he oído hablar mucho de usted en los últimos tiempos; y no me cabe duda de que usted también habrá oído hablar de mí. Soy el comandante O'Rooke.

Y el veterano le tendió la mano trémula y rubicunda al joven teniente.

—¿Y quién no? —respondió Brackenbury.

—Cuando se solucione este asuntillo —dijo el señor Morris—, verán que les he recompensado de sobra, pues no se me ocurre mejor favor que haber mediado para que se conozcan.

—Y bien —inquirió el comandante O'Rooke—, ¿se trata de un duelo?

—De una especie de duelo —replicó el señor Morris—, un duelo con enemigos peligrosos y desconocidos, y mucho me temo que a muerte. Debo pedirles —prosiguió— que dejen de llamarme Morris; si no les importa, llámenme Hammersmith; les agradeceré que no traten de averiguar mi verdadero nombre ni el de otra persona a quien espero poder presentarles pronto. Hace tres días, la persona de quien les hablo desapareció de pronto de su casa y, hasta esta mañana, no he tenido la menor noticia acerca de su paradero. Comprenderán mi preocupación si les digo que está obligado a tomarse la justicia por su mano. Atado por un desdichado juramento, pronunciado demasiado a la ligera, considera necesario librar al mundo de un criminal sanguinario e insidioso. Dos de nuestros amigos, uno de ellos mi propio hermano, han perecido ya en el intento. Y, o mucho me equivoco, o él también ha caído en sus malignas redes. Pero al menos vive todavía y conserva la esperanza, tal como demuestra esta nota.

Y quien hablaba, que no era otro que el coronel Geraldine, les mostró una carta redactada en los términos siguientes:

> Comandante Hammersmith:
>
> El miércoles, a las tres de la madrugada, le abrirá la puerta trasera de los jardines de Rochester House, en Regent's Park, un hombre que goza de mi más absoluta confianza. Debo pedirle que no se retrase usted un segundo. Por favor, traiga el estuche de mis espadas y, si puede encontrarlos, a uno o dos caballeros discretos y valientes que no hayan oído hablar de mí. Mi nombre no debe salir a relucir en este asunto.
>
> T. GODALL

—Aunque solo sea por su prudencia, e incluso si no poseyera otras cualidades —prosiguió el coronel Geraldine, cuando los otros terminaron de satisfacer su curiosidad—, las órdenes de mi amigo deben cumplirse al pie de la letra. De modo que no necesito decirles que ni siquiera me he acercado a Rochester House y que estoy tan a ciegas como puedan estarlo ustedes respecto a la naturaleza del dilema que preocupa a mi amigo. En cuanto recibí esta orden, me puse en contacto con una casa de alquiler de muebles y, en pocas horas, la casa en la que estamos había adoptado un aire festivo. Mi plan al menos era original, y no lamento haberlo puesto en práctica ya que me ha procurado los servicios del comandante O'Rooke y el teniente Brackenbury. Pero los sirvientes de las casas vecinas se llevarán una extraña sorpresa. La casa que esta noche estaba llena de luces y visitantes, mañana por la mañana la encontrarán deshabitada y en venta. Ya ven —añadió el coronel— que incluso los asuntos más serios tienen su lado cómico.

—Añadámosle también un final feliz —dijo Brackenbury.

El coronel consultó su reloj.

—Son casi las dos —dijo—. Tenemos una hora por delante y un cabriolé esperando en la puerta. Díganme si puedo contar con su ayuda.

—En toda mi larga vida —replicó el comandante O'Rooke—, jamás me he echado atrás en nada, ni siquiera he vacilado al hacer una apuesta.

Brackenbury le indicó con corrección exquisita que podía contar con él, por lo que, después de ofrecerles una o dos copas de vino, el coronel les entregó a cada uno un revólver cargado y los tres subieron al cabriolé y partieron hacia la dirección indicada.

Rochester House era una magnífica residencia a orillas del canal. La enorme extensión del jardín lo aislaba de modo excepcional de las molestias de la vecindad. Parecía el *parc aux cerfs* de algún gran aristócrata o millonario. Por lo que se veía desde la calle, no había ni el menor resplandor de luz en ninguna de las muchas ventanas de la mansión, y el lugar parecía descuidado, como si el dueño llevase fuera una larga temporada.

Despidieron al cabriolé, y los tres caballeros no tardaron en encontrar la puerta trasera, que era una especie de poterna en un callejón entre dos de los muros del jardín. Todavía faltaban diez o quince minutos hasta la hora acordada, llovía mucho y los aventureros se refugiaron debajo de una hiedra colgante y conferenciaron en voz baja acerca de la inminencia de la prueba.

De pronto, Geraldine levantó el dedo para pedir silencio, y los tres aguzaron el oído al máximo. Entre el ruido constante de la lluvia, se oyeron las voces y los pasos de dos hombres al otro lado del muro; y, a medida que se acercaban, Brackenbury, que tenía el oído muy agudo, pudo incluso entender fragmentos de su conversación.

—¿Está cavada la tumba? —preguntó uno.

—Sí —replicó otro—, detrás del seto de laurel. Cuando hayamos terminado podemos taparla con una pila de leños.

El que había hablado primero se echó a reír y el sonido de su risa estremeció a quienes le escuchaban al otro lado.

—Ya solo falta una hora —dijo.

Y por el sonido de sus pasos se hizo evidente que los dos se habían separado e iban en direcciones diferentes.

Casi inmediatamente después, abrieron cautelosamente la poterna, un rostro lívido se asomó al callejón y una mano les hizo una seña a los que esperaban. En absoluto silencio, los tres entraron por la puerta, que se cerró en el acto a sus espaldas, y siguieron a su guía por varios caminos del jardín hasta la puerta de la cocina de la casa. En la gran cocina pavimentada, que estaba desprovista de los muebles habituales, ardía una única vela, y mientras el grupo subía por la escalera de caracol, el ruido que hacían las ratas atestiguó de manera aún más clara el estado de abandono en que se encontraba el edificio.

Su guía les precedía sosteniendo la vela. Era un hombre delgado, muy encorvado, pero todavía ágil, y de vez en cuando se volvía y les pedía por gestos que guardasen silencio y tuvieran cuidado. El coronel Geraldine le seguía con el estuche de las espadas debajo de un brazo y una pistola dispuesta en la otra mano. A Brackenbury el corazón le latía a toda velocidad. Reparó en que todavía tenían tiempo, pero dedujo por la prisa que se daba el viejo que la hora decisiva debía de estar próxima; las circunstancias de aquella aventura eran tan oscuras y amenazantes, y el lugar parecía tan bien elegido para cometer actos de la más siniestra naturaleza, que incluso a un hombre mayor que Brackenbury podría habérsele disculpado la emoción que sintió el teniente mientras cerraba la marcha por la escalera de caracol.

Al llegar arriba, el guía abrió una puerta e hizo pasar a los tres oficiales a una pequeña habitación iluminada por una lámpara humeante y el resplandor de un modesto fuego. En el rincón de la chimenea había sentado un hombre fornido recién entrado en la edad madura, aunque de aspecto cortés y autoritario. Su actitud y su expresión afectaban una impasible compostura: estaba fumándose un puro con sumo placer y cuidado, y en la mesita que tenía al lado había un vaso alto con una bebida efervescente que difundía un agradable olor por la habitación.

—Bienvenidos —dijo, tendiéndole la mano al coronel Geraldine—. Sabía que podía contar con vuestra puntualidad.

—Y con mi devoción —replicó el coronel con una reverencia.

—Presentadme a vuestros amigos —prosiguió el primero y, una vez hechas las presentaciones, añadió con la más exquisita afabilidad—: Ojalá, caballeros, pudiera ofrecerles un programa más alegre, es muy descortés inaugurar una amistad con asuntos tan serios, pero la fuerza de los acontecimientos es mayor que las obligaciones de la buena camaradería. Espero y confío en que sepan perdonarme esta tarde tan desagradable, aunque a hombres de su valía les bastará con saber que me están haciendo un enorme favor.

—Vuestra Alteza —dijo el comandante— deberá perdonar mi falta de tacto. No puedo ocultar lo que sé. Hace un rato que sospecho del comandante Hammersmith, pero el señor Godall es inconfundible. Encontrar a dos personas en Londres que no conocieran al príncipe Florizel de Bohemia era pedirle demasiado a la diosa Fortuna.

—¡El príncipe Florizel! —exclamó Brackenbury perplejo.

Y examinó con el mayor interés los rasgos del famoso personaje que tenía delante.

—No lamentaré la pérdida del incógnito —observó el príncipe—, pues me permite darles las gracias con mayor autoridad. No me cabe duda de que habrían hecho ustedes lo mismo por el señor Godall que por el príncipe de Bohemia, aunque este tal vez pueda hacer más por ustedes. El gusto es mío —añadió con un gesto cortés.

Y un instante después estaba conversando con los dos oficiales acerca del ejército de la India y las tropas nativas, un asunto sobre el que, igual que en todos los demás, estaba muy bien informado y tenía opiniones muy sensatas.

Había algo tan sorprendente en la actitud de aquel hombre en un momento de peligro mortal que a Brackenbury lo embargó una admiración respetuosa, aparte de que lo cautivaran el encanto de su conversación o la sorprendente naturalidad de sus modales. Hasta sus más mínimos gestos y entonaciones eran, no solo nobles en sí mismos, sino que parecían ennoblecer al afortunado mortal a quien iban dirigidos; y Brackenbury tuvo que admitir con entusiasmo que era un soberano por quien cualquier hombre valiente daría su vida agradecido.

Habían pasado muchos minutos cuando la persona que les había guiado hasta la casa, y que desde entonces había estado sentado en un rincón con el reloj en la mano, se puso en pie y le susurró al príncipe una palabra al oído.

—De acuerdo, doctor Noel —replicó Florizel en voz alta, luego se volvió hacia los otros y añadió—: Espero que me disculpen, caballeros, pero no tengo más remedio que dejarles a oscuras. El momento se acerca. —El doctor Noel apagó la lámpara. Una luz pálida y grisácea, preludio del amanecer, se coló por la ventana, pero no bastó para iluminar la habitación, y cuando el príncipe se puso en pie, fue imposible distinguir sus rasgos o adivinar la naturaleza de la emoción que obviamente le embargaba al hablar. Se dirigió hacia la puerta y se puso a un lado en actitud atenta y cautelosa—. Tengan la bondad de guardar el más absoluto silencio y de ocultarse en la oscuridad —dijo.

Los tres oficiales y el médico se apresuraron a obedecer, y durante casi diez minutos el único sonido que se oyó en Rochester House fue el que hacían las ratas en sus excursiones por debajo del entarimado. Finalmente, el ruidoso chirrido del gozne de una puerta quebró el silencio con una claridad sorprendente, y poco después oyeron unos pasos lentos y precavidos que subían por la escalera de la cocina. Cada dos pasos, el intruso daba la impresión de detenerse a escuchar, y en esos intervalos, que parecían no tener fin, un profundo desasosiego embargó el ánimo de los que

esperaban. El doctor Noel, pese a estar acostumbrado a las emociones peligrosas, sufría una postración casi lamentable, el aire silbaba en sus pulmones, le rechinaban los dientes, y sus articulaciones crujían ruidosamente cada vez que cambiaba nervioso de postura.

Por fin una mano levantó el pestillo con un leve sonido. Se produjo otra pausa durante la cual Brackenbury vio al príncipe haciendo acopio de fuerzas como quien se dispone a hacer un gran esfuerzo. Luego la puerta se abrió, dejando pasar un poco más la luz de la mañana, y la figura de un hombre apareció en el umbral y se quedó inmóvil. Era alto y llevaba un cuchillo en la mano. Incluso en la penumbra, pudieron ver sus dientes brillantes, pues tenía la boca abierta como un perro a punto de saltar. Era evidente que acababa de salir del agua y, mientras esperaba allí plantado, las gotas caían de su ropa mojada y salpicaban el suelo.

Un momento más tarde, cruzó el umbral. Alguien saltó, se oyó un grito apagado, una pelea, y antes de que el coronel Geraldine pudiera acudir en su ayuda, el príncipe había desarmado al hombre y lo sujetaba por los brazos.

—Doctor Noel —dijo—, tened la bondad de volver a encender la lámpara. —Y, dejando al prisionero bajo la vigilancia de Geraldine y Brackenbury, cruzó la habitación y se puso de espaldas a la chimenea. En cuanto encendieron la lámpara, el grupo notó una rara severidad en los rasgos del príncipe. Ya no era Florizel, el caballero despreocupado, sino el príncipe de Bohemia, movido por una justa cólera y propósitos mortíferos, quien alzaba la cabeza y se dirigía al cautivo presidente del Club de los Suicidas—. Presidente —dijo—, esta ha sido vuestra última emboscada, y vos mismo habéis caído en ella. Acabáis de cruzar a nado Regent’s Canal y será el último baño que os deis en este mundo. Vuestro antiguo cómplice, el doctor Noel, lejos de traicionarme, os ha puesto en mis manos para que podáis ser juzgado. Y la tumba que habéis cavado para mí esta tarde servirá, si Dios quiere, para ocultar vuestra perdición a los ojos curiosos de la humanidad. Arrodillaos y rezad, señor, si es que estáis dispuesto a hacerlo, pues se os acaba el tiempo, y Dios está cansado de vuestras iniquidades. —El presidente no respondió de obra ni de palabra y siguió con la cabeza gacha y la mirada fija en el suelo, como si fuera consciente de la mirada prolongada e implacable del príncipe—. Caballeros —continuó Florizel volviendo a adoptar el tono de una conversación normal—, he aquí un hombre que se me ha escapado mucho tiempo, pero a quien, gracias al doctor Noel, tengo ahora bien sujeto. El relato de sus crímenes ocuparía un tiempo del que no disponemos, pero si el canal contuviera solo la sangre de sus víctimas, no creo que estuviera mucho más seco que ahora. Incluso en un caso como este pretendo seguir las normas que dicta el honor. Ustedes, caballeros, serán los jueces…, esto es más una ejecución que un duelo, y dejarle escoger las armas sería llevar demasiado lejos las normas de etiqueta. No puedo permitirme perder la vida en un asunto semejante —prosiguió abriendo el estuche de las espadas—, y puesto que las balas de pistola vuelan a menudo en alas de la suerte, y el valor y la pericia pueden aliarse con el tirador más trémulo, he

decidido, y estoy seguro de que aprobarán mi decisión, arreglar este asunto con las espadas. —Cuando Brackenbury y el comandante O'Rooke, a quienes iban dirigidas aquellas palabras, dieron su visto bueno, el príncipe Florizel le dijo al presidente—: Vamos, señor, escoged una espada y no me hagáis esperar más, estoy impaciente por acabar con vos para siempre.

Por primera vez desde que lo capturaron y desarmaron, el presidente levantó la cabeza y se hizo evidente que empezaba a recobrar el valor.

—¿Va a ser un combate justo —preguntó ansioso—, solo entre vos y yo?

—Es un honor que pretendo concederos —replicó el príncipe.

—¡Ah, bueno! —gritó el presidente—. En un combate justo, ¿quién sabe cómo saldrán las cosas? Debo añadir que me parece muy honorable por parte de vuestra Alteza y que, en el peor de los casos, moriré a manos de uno de los caballeros más valientes de Europa.

Y el presidente, libre de quienes lo sujetaban, se acercó a la mesa y se dispuso a escoger una espada con el mayor cuidado. Daba la impresión de estar eufórico y no parecía tener ninguna duda de que iba a salir victorioso de aquel encuentro. Los espectadores se alarmaron al ver aquella confianza tan absoluta, y trataron de convencer al príncipe de que reconsiderase su decisión.

—No es más que un farol —respondió—, creo que puedo prometerles, caballeros, que no le durará mucho tiempo.

—Tened cuidado, Alteza, de no emplearos demasiado a fondo —le advirtió el coronel Geraldine.

—Geraldine —replicó el príncipe—, ¿me habéis visto fracasar alguna vez en una deuda de honor? Os debo la muerte de este hombre, y la tendréis.

El presidente eligió por fin uno de los estoques y, con un gesto dotado de cierta ruda nobleza, les indicó que estaba dispuesto. La proximidad del peligro y el sentido del valor le prestaron, incluso a aquel malvado despreciable, un aire viril no del todo exento de elegancia.

El príncipe escogió una espada al azar.

—Coronel Geraldine y doctor Noel —dijo—, tengan la bondad de esperarme en esta habitación. No quiero que ningún amigo mío se vea implicado en esta transacción. Comandante O'Rooke, es usted un hombre de cierta edad y su reputación es intachable, permítame encomendarle al presidente. El teniente Rich tendrá la amabilidad de prestarme sus servicios: un joven siempre puede aprender algo de estos asuntos.

—Alteza —replicó Brackenbury—, es un honor que valoro mucho.

—Bien —contestó el príncipe Florizel—, espero poder probarle mi amistad en circunstancias de mayor importancia.

Y con estas palabras salió del apartamento y bajó por las escaleras de la cocina.

Los dos hombres a los que dejaron solos abrieron la ventana y se asomaron, aguzando los sentidos para reparar en cualquier indicio de los trágicos hechos que

estaban a punto de ocurrir. La lluvia había cesado, el día casi despuntaba y los pájaros trinaban en los arbustos y los árboles del jardín. El príncipe y sus acompañantes quedaron a la vista un instante mientras recorrían un sendero entre dos setos floridos, pero en la primera revuelta del camino se interpuso el follaje y volvieron a desaparecer. Fue todo lo que el coronel y el médico pudieron ver, el jardín era tan grande y el lugar del combate estaba tan apartado de la casa que ni siquiera el ruido de las espadas llegó a sus oídos.

—Lo ha llevado donde la tumba —dijo el doctor Noel con un estremecimiento.

—¡Dios proteja a los justos! —gritó el coronel.

Y se quedaron esperando en silencio, el médico temblando de miedo y el coronel sudando angustiosamente. Debieron de pasar muchos minutos, el día había amanecido y los pájaros cantaban con más determinación en el jardín cuando el ruido de unos pasos les hizo mirar hacia la puerta. Eran el príncipe y los dos oficiales de la India. Dios había protegido al justo.

—Me avergüenzo de esta emoción —dijo el príncipe Florizel—, que me parece una debilidad impropia de mi rango, pero saber que ese demonio seguía con vida había empezado a hacer presa en mí como una enfermedad, y su muerte me ha aliviado más que una noche de sueño. Ved, Geraldine —continuó, arrojando la espada al suelo—, he aquí la sangre del hombre que mató a vuestro hermano. Debería ser un espectáculo agradable. Y, sin embargo —añadió—, ¡qué extraños somos los hombres!, no hace ni cinco minutos que he cumplido mi venganza, y ya empiezo a preguntarme si es posible la venganza en estos tiempos tan precarios. Los males que hizo, ¿quién puede deshacerlos? La carrera con la que amasó una inmensa fortuna (pues incluso esta casa en la que estamos ahora le pertenecía) forma ya para siempre parte del destino de la humanidad; podría agotarme tirando estocadas *en carte* hasta el día del juicio, y el hermano de Geraldine seguiría muerto, y otras mil personas inocentes seguirían corrompidas y deshonradas. Es tan fácil quitarle la vida a un hombre y tan difícil utilizarla con provecho. ¡Ah! —gritó—. ¿Hay algo en la vida que desilusione tanto como el logro de nuestros fines?

—La justicia divina se ha cumplido —replicó el médico—. Eso es lo que veo. Ha sido, Alteza, una cruel lección para mí, y espero mi turno con aprensión.

—¿Qué estaba diciendo? —gritó el príncipe—. He castigado, y tengo a mi lado al hombre que puede ayudarme a remediar el mal. ¡Ah, doctor Noel!, vos y yo tenemos por delante muchos días de nobles y duros trabajos; y tal vez antes de que concluyamos hayáis redimido de sobra vuestros primeros errores.

—Entretanto —dijo el médico—, permitid que vaya a enterrar a mi antiguo amigo.

(*Y esta,* observa el erudito árabe, *es la feliz conclusión del cuento. El príncipe, es innecesario decirlo, no olvidó a quienes le habían servido en tan gran aventura, y hasta este día su autoridad e influencia les ha ayudado a prosperar en sus carreras, mientras su amistad añade encanto a su vida privada. Reunir,* prosigue el autor, *los extraños sucesos en que este príncipe desempeñó el papel de*

la Providencia equivaldría a llenar de libros el globo terráqueo. Pero las historias relativas a los incidentes de EL DIAMANTE DEL RAJÁ*, son demasiado entretenidas,* asegura*, para omitirlas. Siguiendo prudentemente los pasos de este oriental, empezaremos la serie a la que se refiere con la* HISTORIA DE LA CAJA DE SOMBREROS).

EL DIAMANTE DEL RAJÁ

HISTORIA DE LA CAJA DE SOMBREROS

Harry Hartley había recibido la educación típica de un caballero, primero en una escuela privada hasta los dieciséis años, y luego en una de esas grandes instituciones por las que Inglaterra es, con toda justicia, famosa. En esa época manifestó una notable antipatía por los estudios y, como el único de sus progenitores que seguía con vida era débil e ignorante, le permitió consagrar su tiempo a cuestiones frívolas y puramente mundanas. Dos años más tarde quedó huérfano y casi en la miseria. Tanto por su naturaleza como su formación, Harry era incapaz de dedicarse a ningún propósito activo e industrioso. Sabía cantar cancioncillas románticas con un discreto acompañamiento de piano, era un caballero gentil pero tímido, le gustaba jugar al ajedrez; y la naturaleza lo había arrojado a este mundo con el físico más atractivo que imaginarse pueda. Rubio y sonrosado, con ojos de paloma y una amable sonrisa, tenía un aspecto agradable, tierno y melancólico y unos modales sumisos y acariciadores. Pero, dejando eso aparte, no era el hombre más idóneo para capitanear un ejército o regir los asuntos del Estado.

Un golpe de suerte y el uso de ciertas influencias le valieron a Harry, en aquel luctuoso momento, el puesto de secretario personal del general de división sir Thomas Vandeleur, condecorado con la Orden de Bath. Sir Thomas era un hombre de sesenta años, vocinglero, bullicioso y dominante. Por algún motivo, algún servicio cuya naturaleza había dado mucho que hablar y había sido desmentida muchas veces, el rajá de Kashgar le había regalado a dicho oficial el sexto diamante más grande del mundo. Aquel presente sacó de la pobreza al general Vandeleur, lo convirtió en un hombre rico y le permitió pasar de ser un soldado poco conocido y apreciado a uno de los personajes más celebrados de la sociedad londinense: el propietario del diamante del rajá era bien recibido en los círculos más privilegiados y no tardó en encontrar una dama joven, guapa y de buena cuna, que estaba deseando que el diamante fuese suyo, aunque el precio para lograrlo fuese casarse con sir Thomas Vandeleur. Se decía que, igual que los opuestos se atraen, una joya había atraído a la otra: ciertamente, lady Vandeleur no solo era una gema límpida, sino que además se exhibía al mundo en un carísimo engaste y las autoridades en la materia la consideraban entre las tres o cuatro mujeres mejor vestidas de Inglaterra.

Las obligaciones de Harry como secretario no eran particularmente onerosas, pero cualquier trabajo prolongado le producía aversión: le dolía tener que ensuciarse de tinta los dedos, y los encantos de lady Vandeleur y sus vestidos lo llevaban a menudo de la biblioteca al tocador. Trataba a las mujeres con la mayor gentileza, le encantaba charlar de moda, y nada le satisfacía más que criticar el color de una cinta o ir a hacer

un recado a casa de la sombrerera. En suma, la correspondencia de sir Thomas empezó a retrasarse lamentablemente mientras la señora tenía una doncella más.

Por fin el general, que era uno de esos jefes militares con muy poca paciencia, se levantó de su asiento presa de un violento ataque de ira, y le indicó a su secretario que ya no necesitaba sus servicios con uno de esos gestos elocuentes que no son habituales entre los caballeros. Por desgracia, la puerta estaba abierta y el señor Hartley cayó de cabeza por las escaleras.

Se levantó un tanto maltrecho y profundamente ofendido. La vida en casa del general se ajustaba exactamente a sus gustos: alternaba, sin tener verdadero derecho a hacerlo, con gente de alcurnia, trabajaba poco, comía bien y sentía una tibia satisfacción en presencia de lady Vandeleur, a quien llamaba para sí por un nombre más cariñoso.

Justo después de haber sido ultrajado por la bota militar, corrió al tocador a contar sus penas.

—Sabes muy bien, mi querido Harry —replicó lady Vandeleur, pues le llamaba siempre por su nombre de pila, como a un niño o a un sirviente doméstico—, que nunca haces lo que te pide el general. Yo tampoco, me dirás. Pero eso es diferente. Una mujer puede lograr el perdón por un año de desobediencia con un único y hábil acto de sumisión; además, nadie está casado con su secretario personal. Sentiré perderte, pero, puesto que no puedes quedarte en una casa donde te han insultado de ese modo, te diré adiós; te prometo que regañaré al general por su comportamiento.

Harry se quedó muy abatido, las lágrimas brotaron de sus ojos y se quedó mirando a lady Vandeleur con aire de tierno reproche:

—Señora —dijo—, ¿qué es un insulto? Siempre he tenido en poco a quienes no saben perdonarlos. Pero apartarse de los amigos, romper los vínculos del afecto…

Fue incapaz de proseguir, pues le embargó la emoción y acabó por prorrumpir en llanto.

Lady Vandeleur se le quedó mirando con una expresión curiosa.

«Este pobre idiota —pensó— cree haberse enamorado de mí. ¿Por qué no convertirlo en criado mío y no del general? Es buena persona, servicial y entiende de ropa, y además así no se metería en líos. Es demasiado guapo para que alguna acabe enredándolo».

Esa noche habló con el general, que estaba ya un poco arrepentido de su vehemencia, y transfirieron a Harry al departamento femenino, donde le pareció rozar el cielo. Iba siempre vestido con insólito refinamiento, llevaba flores delicadas en el ojal y sabía entretener a las visitas con tacto y delicadeza. Se enorgullecía de servir a una mujer tan bella, recibía las órdenes de lady Vandeleur como pruebas de su favor, y le gustaba exhibirse ante otros hombres que lo despreciaban y se mofaban de él por su condición de doncella y sombrerera masculina. También era incapaz de considerar su existencia desde un punto de vista moral. La maldad le parecía un atributo esencialmente masculino, y pasar sus días con una mujer tan elegante, dedicado

principalmente a supervisar sus adornos y puntillas, era como vivir en una isla encantada en medio de las tormentas de la vida.

Una agradable mañana, entró en el salón y empezó a organizar unas partituras encima del piano. Lady Vandeleur, al otro extremo del aposento, estaba hablando un tanto airada con su hermano, Charlie Pendragon, un joven prematuramente envejecido y quebrantado por la vida disipada, que era cojo de una pierna. El secretario privado, a quien nadie prestó atención al entrar, no pudo evitar oír parte de la conversación.

—Es hoy o nunca —dijo la dama—. Lo haremos hoy de una vez por todas.

—Tendrá que ser hoy —replicó el hermano con un suspiro—. Pero es un paso en falso, un paso que será nuestra perdición, Clara, y del que nos arrepentiremos el resto de nuestras vidas.

Lady Vandeleur miró a su hermano fijamente a la cara con un gesto extraño en el rostro.

—Olvidas que algún día tiene que morir —dijo.

—Palabra, Clara —dijo Pendragon—, que me pareces la sinvergüenza más despiadada de Inglaterra.

—Vosotros, los hombres —respondió—, sois tan toscos que nunca entendéis una indirecta. Sois voraces, violentos, fatuos y carentes de distinción; y, sin embargo, os sorprende que una mujer haga alguna previsión para el futuro. No tengo paciencia con esas cosas. Despreciaríais en un banquero la estupidez que esperáis encontrar en nosotras.

—Probablemente tengas razón —replicó su hermano—, siempre fuiste más lista que yo. Y, en cualquier caso, ya conoces mi lema: «La familia ante todo».

—Sí, Charlie —dijo ella cogiéndole de la mano—, conozco tu lema mejor aún que tú. «¡Y Clara antes que la familia!». ¿No es esa la segunda parte? Desde luego, no se puede tener un hermano mejor, y te quiero mucho.

El señor Pendragon se levantó, un poco confundido por aquellos halagos familiares.

—Será mejor que no me vean —dijo—. Comprendo mi papel a la perfección. No le quitaré el ojo de encima al Gato Amaestrado.

—Sí —replicó ella—. Es un tipo servil y podría echarlo todo a perder.

Ella le lanzó un beso rozándose delicadamente la yema de los dedos, y el hermano se retiró por el tocador y las escaleras traseras.

—Harry —dijo lady Vandeleur volviéndose hacia el secretario en cuanto se quedaron solos—, tengo un encargo para ti esta mañana. Pero tendrás que coger un coche: no quiero que mi secretario se llene de pecas. —Pronunció estas palabras con una afectación y una mirada de orgullo semimaternal que alegraron mucho al pobre Harry, que manifestó su satisfacción por tener la oportunidad de servirla—. Se trata de uno de nuestros secretos —prosiguió ella astutamente—, y debe quedar entre mi secretario y yo. Sir Thomas se enfadaría mucho, ¡y si supieses lo harta que estoy de

sus escenas! ¡Oh, Harry! Harry, ¿no sabrías tú qué es lo que os hace a los hombres tan violentos e injustos? Aunque, claro, ya sé que no, pues eres el único hombre del mundo que es ajeno a tan vergonzosos arrebatos; eres tan bueno, Harry, y tan amable; al menos puedes ser amigo de una mujer; ¿y sabes una cosa? Creo que los demás palidecen a tu lado.

—Sois vos —dijo Harry galantemente— quien sois amable conmigo. Me tratáis como…

—Como una madre —le interrumpió lady Vandeleur—, trato de ser una madre para ti. O, al menos —se corrigió con una sonrisa—, casi una madre. Me temo que soy demasiado joven para ser tu madre. Digamos una amiga…, una amiga querida. —Hizo una pausa lo bastante larga para que sus palabras causaran su efecto en los sentimientos de Harry, pero no lo bastante para que él pudiera responderle—. Pero todo esto está de más —prosiguió—. Encontrarás una caja de sombreros a la izquierda del armario de roble; está debajo de la combinación rosa que llevé el miércoles con mi vestido de encaje de Malinas. Llévalo enseguida a esta dirección —y le entregó un papel—, pero no lo sueltes bajo ningún concepto hasta que te den un recibo de mi puño y letra. ¿Comprendes? ¡Contesta, por favor…, contesta! Es muy importante, y necesito que prestes atención.

Harry la tranquilizó repitiendo sus instrucciones al pie de la letra; ella se disponía a contarle más cuando el general Vandeleur irrumpió en la habitación, rojo de ira, y sosteniendo una larga y complicada factura del sombrerero en la mano.

—¿Queréis mirar esto, señora? —gritó—. ¿Tendríais la bondad de observar este documento? Sé muy bien que os casasteis conmigo por mi dinero, y espero poder permitiros tantos lujos como cualquiera de mis colegas, pero por Dios que pienso poner fin a este vergonzoso despilfarro.

—Señor Hartley —dijo lady Vandeleur—, creo que ya sabéis lo que tenéis que hacer. ¿Puedo pediros que os pongáis manos a la obra enseguida?

—Alto —dijo el general, dirigiéndose a Harry—, tengo algo que deciros antes de que os marchéis. —Luego se volvió otra vez hacia lady Vandeleur—. ¿A qué recado habéis enviado a este joven tan encantador? —preguntó—. Dejad que os diga que desconfío de él tanto como de vos. Si tuviese un ápice de dignidad, le avergonzaría seguir en esta casa. ¡Me gustaría saber qué es lo que hace para ganarse el sueldo! ¿Qué encargo le habéis hecho, señora, y a qué vienen tantas prisas?

—Creí que teníais algo que decirme en privado —replicó la señora.

—Hablasteis de un recado —insistió el general—. No tratéis de engañarme en mi presente estado de ánimo. Estoy seguro de haberos oído decir algo de un recado.

—Si insistís en poner a vuestros criados al corriente de nuestras humillantes discusiones —replicó lady Vandeleur—, tal vez sería mejor pedirle al señor Hartley que tomara asiento. ¿No? —prosiguió—. Entonces podéis iros, señor Hartley. Confío en que recordéis todo lo que habéis oído en esta habitación, puede que os sea de utilidad.

Harry huyó enseguida del salón, y mientras corría escaleras arriba oyó la voz del general, que se desgañitaba en una arenga altisonante, y la voz más fina de lady Vandeleur, que respondía con gélidas réplicas en cada pausa. ¡Con cuánta cordialidad admiró a aquella mujer! ¡Qué habilidad para evitar las preguntas improcedentes! ¡Qué seguridad para repetir sus instrucciones bajo el fuego enemigo! Y, por otro lado, ¡cuánto detestaba a su marido!

Los acontecimientos de aquella mañana no tenían nada de raro, pues estaba acostumbrado a servir a lady Vandeleur en misiones secretas, sobre todo relacionadas con la sombrerería. Él sabía muy bien que en aquella casa guardaban un esqueleto en el armario. Las insondables extravagancias y las desconocidas obligaciones de la mujer hacía tiempo que habían consumido su fortuna personal y amenazaban todos los días con engullir también la del marido. Una o dos veces al año, la ruina y el oprobio parecían inminentes, y Harry se pasaba el día recorriendo las tiendas de todo género de proveedores, alegando pequeños embustes y pagando anticipos a cuenta del total, hasta que pasaba la mala racha y la dama y su secretario recobraban el aliento. Pues Harry estaba entregado en cuerpo y alma a aquel bando en dos sentidos: no solo adoraba a lady Vandeleur y temía y despreciaba a su marido, sino que además compartía su afición por la vestimenta elegante y su único capricho era el sastre.

Encontró la sombrerera donde le habían dicho, se arregló con cuidado y salió de la casa. Lucía el sol, la distancia que tenía que recorrer era considerable y recordó con desánimo que la repentina irrupción del general había impedido a lady Vandeleur darle dinero para el coche. En un día tan caluroso era más que probable que se le estropeara el cutis, y recorrer todo Londres con una sombrerera bajo el brazo era una humillación casi insoportable para un joven de su carácter. Se detuvo a pensar. Los Vandeleur vivían en Eaton Place, su destino estaba cerca de Notting Hill, lo más fácil sería cruzar por el parque y evitar así las calles más populosas, y agradeció a su destino que todavía fuese relativamente temprano.

Deseoso de librarse de su carga, anduvo a paso más rápido de lo habitual, y ya se había adentrado un buen trecho en Kensington Gardens, cuando, en un lugar solitario entre los árboles, se encontró con el general.

—Disculpad, sir Thomas —observó Harry haciéndose amablemente a un lado, pues el otro le cortaba el paso.

—¿Puede saberse adónde vais, señor? —preguntó el general.

—A dar un paseíto entre los árboles —replicó el muchacho.

El general golpeó la sombrerera con el bastón.

—¿Con eso? —gritó—. ¡Sabéis muy bien que estáis mintiendo!

—La verdad, sir Thomas —repuso Harry—, no estoy acostumbrado a que me hablen en ese tono.

—No comprendéis vuestra situación —dijo el general—. Sois mi criado, y un criado sobre el que albergo las más graves sospechas. ¿Cómo sé que en esa caja no lleváis la vajilla de plata?

—Contiene un sombrero de seda que pertenece a una amiga —dijo Harry.

—Muy bien —replicó el general Vandeleur—. Entonces dejadme ver el sombrero de seda de vuestra amiga. Siento gran afición por los sombreros —añadió en tono lúgubre—, y creo que ya habéis comprobado que soy un tanto categórico.

—Os ruego perdón, sir Thomas, lo siento muchísimo —se disculpó Harry—, pero se trata de un asunto personal.

El general lo cogió bruscamente del hombro con una mano y alzó el bastón de forma amenazadora con la otra. Harry se dio por muerto, pero en ese instante el cielo le envió un inesperado defensor en la persona de Charlie Pendragon, que apareció detrás de unos árboles.

—Vamos, vamos, general, conteneos —dijo—, vuestro comportamiento no es ni caballeroso ni varonil.

—¡Ajá! —gritó el general volviéndose hacia su nuevo antagonista—. ¡El señor Pendragon! ¿Acaso creéis, señor Pendragon, que porque tuve la desdicha de casarme con vuestra hermana he de permitir que me espíe y moleste un libertino arruinado y deshonrado como vos? Mi trato con lady Vandeleur, señor, me ha quitado las ganas de conocer al resto de su familia.

—¿Y acaso pensáis, general Vandeleur —replicó Charlie—, que cuando mi hermana tuvo la desdicha de casarse con vos perdió todos los derechos y privilegios de una dama? Admito, señor, que hacerlo solo le sirvió para descender de posición social, pero para mí sigue siendo una Pendragon. Mi obligación es defenderla de cualquier ultraje, y aunque os hubierais casado con ella diez veces, no permitiría que coartaseis su libertad ni que detuvierais por la fuerza a sus mensajeros personales.

—¿Cómo es eso, señor Hartley? —inquirió el general—. Al parecer, el señor Pendragon opina como yo. También él sospecha que lady Vandeleur tiene algo que ver con el sombrero de seda de vuestra amiga.

Charlie vio que había cometido una torpeza imperdonable y se apresuró a corregirla.

—¿Cómo, señor? ¿Decís que sospecho? No sospecho nada. Pero cuando veo a alguien que abusa de la fuerza y maltrata a sus subordinados, me tomo la libertad de intervenir.

Al decir esas palabras le hizo una seña a Harry, pero el joven fue demasiado obtuso o estaba demasiado ofuscado para comprenderla.

—¿Cómo he de tomarme vuestra actitud, señor? —preguntó Vandeleur.

—Como gustéis, señor —replicó Pendragon.

El general volvió a alzar el bastón y trató de golpear a Charlie en la cabeza, pero este, a pesar de su cojera, evitó el golpe con el paraguas y cargó contra su formidable adversario.

—¡Corre, Harry, corre! —gritó—. ¡Corre, estúpido!

Harry se quedó petrificado un momento, al ver tambalearse a los dos hombres en un fiero abrazo; luego se dio la vuelta y puso tierra de por medio. Al volver la vista

atrás vio al general postrado bajo la rodilla de Charlie, aunque haciendo esfuerzos desesperados por invertir la situación; los jardines parecían haberse llenado de gente que acudía de todas partes al lugar de la pelea. El espectáculo prestó alas al secretario, que no dejó de correr hasta que llegó a Bayswater Road y se metió al azar en una callejuela poco frecuentada.

Ver a dos caballeros a quienes conocía maltratándose tan brutalmente impresionó mucho a Harry. Deseó olvidar lo que había visto y sobre todo deseó poner la mayor distancia posible entre él y el general Vandeleur, y en su ansia por hacerlo olvidó por completo adónde se dirigía y anduvo tembloroso y sin rumbo. Cuando recordó que lady Vandeleur era la mujer de uno y la hermana de otro de aquellos gladiadores, su corazón se llenó de compasión por una mujer a la que la vida había puesto en una situación tan complicada. Aunque tampoco su propia situación en casa del general parecía muy halagüeña, a la luz de aquellas violentas discrepancias.

Llevaba recorrida cierta distancia, absorto en aquellos pensamientos, cuando un leve roce con otro viandante le recordó la sombrerera que llevaba debajo del brazo.

—¡Cielos! —gritó—. ¿Dónde tengo la cabeza? ¿Y dónde me encuentro?

Enseguida consultó el sobre que le había dado lady Vandeleur. En las señas no constaba el nombre del destinatario. Harry tenía instrucciones de preguntar por «el caballero que espera un paquete de lady Vandeleur», y si no lo encontraba en casa debía esperar a que volviese. El caballero, añadía la nota, le entregaría un recibo escrito de puño y letra por la propia dama. A Harry aquello le pareció muy misterioso y sobre todo le extrañó la omisión del nombre y la formalidad del recibo. No le había parecido raro cuando ella lo dejó caer en el curso de la conversación, pero al leerlo fríamente y relacionarlo con las otras circunstancias, se convenció de que estaba metido en un asunto peligroso. Por un brevísimo instante llegó a dudar de la propia lady Vandeleur, pues aquellos manejos tan poco claros le parecieron indignos de una dama tan elevada, y siempre se sentía más crítico cuando no le confiaba sus secretos. Pero el dominio que ella ejercía sobre su espíritu era tan completo que descartó todas sus sospechas y se reprochó haberlas abrigado.

No obstante, su deber, su interés, su generosidad y sus terrores coincidían en una cosa: en librarse cuanto antes de la sombrerera.

Se acercó al primer policía que encontró y muy cortésmente le preguntó el camino. Resultó que no estaba lejos de su destino y una caminata de unos minutos le llevó a una callejuela donde había una casita recién pintada y pulcramente cuidada. El llamador y el timbre estaban muy bien pulimentados, macetas con flores adornaban los alféizares de las ventanas y unas espesas cortinas ocultaban el interior de los ojos de los transeúntes indiscretos. El lugar tenía un aspecto tranquilo y apartado, y Harry se dejó influir tanto por él que llamó a la puerta más cohibido de lo normal, y puso mucho cuidado en limpiarse las botas antes de hacerlo.

Una criada con cierto atractivo personal abrió enseguida la puerta y dio la impresión de mirar al secretario con mirada amable.

—Traigo un paquete de lady Vandeleur —dijo Harry.

—Lo sé —replicó la doncella con un gesto de asentimiento—. Pero el señor no está en casa. ¿Quiere dejármelo a mí?

—No puedo —respondió Harry—. Tengo instrucciones de no separarme de él, a no ser bajo ciertas condiciones, y me temo que tendré que pedirle que me permita esperar a su regreso.

—Bueno —dijo ella—, supongo que puedo dejarle esperar. Estoy sola, pero no parece usted de los que les hacen daño a las chicas. Pero asegúrese de no preguntarme el nombre del señor, porque no puedo decírselo.

—¿Ah, no? —gritó Harry—. ¡Vaya, qué cosa tan rara! Aunque últimamente voy de sorpresa en sorpresa. Hay una cosa que creo que sí puedo preguntarle sin parecer indiscreto: ¿es el dueño de la casa?

—Es un huésped y no lleva aquí ni ocho días —respondió la criada—. Y ahora una pregunta por otra: ¿conoce usted a lady Vandeleur?

—Soy su secretario personal —replicó Harry con modesto orgullo.

—Es guapa, ¿verdad? —prosiguió la criada.

—¡Oh, muy hermosa! —gritó Harry—. Es encantadora. ¡Y buena y amable, además!

—Usted también parece muy amable —repuso ella—, apuesto a que vale usted más que una docena de señoras Vandeleur.

Harry se escandalizó.

—¡Yo! —gritó—. ¡No soy más que un secretario!

—¿Lo dice por mí? —dijo la chica—. Porque yo soy solo una criada, y a mucha honra. —Luego, compadecida al ver la evidente confusión de Harry, añadió—: Sé que no quería decir eso. Me cae usted simpático, pero no me gusta la señora Vandeleur. ¡Oh, esas señoronas! —gritó—. Enviar a un caballero como usted con una sombrerera… ¡Y en pleno día!

Todo ese tiempo habían estado en el mismo sitio: ella en el umbral y él en la acera, con la cabeza descubierta por el calor y la sombrerera en la mano. Pero al oír aquellas palabras, Harry, que era incapaz de soportar unos elogios tan directos de su persona o las miradas alentadoras de las que iban acompañados, empezó a cambiar de actitud y a mirar a uno y otro lado, avergonzado. Al hacerlo, volvió la vista hacia el otro extremo del callejón y, con gran consternación, cruzó su mirada con la del general Vandeleur. El general, ofuscado por el calor, la prisa y la indignación, había estado recorriendo las calles en busca de su cuñado, pero en cuanto vio al delictivo secretario, cambió de intención, dio nuevos cauces a su rabia, se volvió y echó a correr hacia la callejuela entre gestos truculentos y vociferantes.

Harry empujó a la criada al interior de la casa y le cerró la puerta a su perseguidor en las narices.

—¿Es posible atrancar la puerta? ¿Quedará bien segura? —preguntó Harry mientras el eco de los aldabonazos hacía resonar la casa como una andanada.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa? —preguntó la criada—. ¿Es por ese anciano?

—Si me coge —susurró Harry—, ya puedo darme por muerto. Lleva todo el día persiguiéndome, tiene un bastón estoque y es un militar destinado en la India.

—Vaya modales —gritó la criada—. ¿Y cómo se llama ese caballero?

—Es mi amo, el general —respondió Harry—. Quiere la sombrerera.

—¿No se lo había dicho? —gritó la criada con aire triunfal—. Ya le avisé de que no me fiaba de esa lady Vandeleur, y, si tuviera usted ojos en la cara, se habría dado cuenta de la clase de persona que es. Una fresca y una desagradecida. ¡Como si lo viera!

El general renovó sus ataques con el aldabón e, irritado por la espera, empezó a dar patadas y golpes en la puerta.

—Es una suerte que esté sola en casa —observó la chica—. Su general puede aporrear la puerta hasta cansarse sin que nadie vaya a abrirle. ¡Sígame!

Con esas palabras llevó a Harry a la cocina, donde le animó a sentarse y se quedó a su lado muy cariñosa, con una mano sobre su hombro. El estrépito de la puerta, lejos de disminuir, iba en aumento, y con cada golpe el desdichado secretario se estremecía de pies a cabeza.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó la chica.

—Harry Hartley —replicó él.

—Yo me llamo Prudence —dijo ella—. ¿Le gusta?

—Mucho —respondió Harry—. Pero escuche por un momento cómo golpea la puerta el general. Acabará por entrar y luego, en nombre de Dios, ¿qué otra cosa me espera sino la muerte?

—Se altera usted demasiado y sin motivo —respondió Prudence—. Déjele que golpee todo lo que quiera, solo conseguirá arañarse los nudillos. ¿Cree que le tendría a usted aquí si no estuviese segura de poder salvarle? ¡Oh, no! ¡Siempre me porto bien con quienes me son simpáticos! Hay una puerta trasera que da a la otra calle. Pero —añadió mirándolo, pues Harry se había puesto en pie nada más oír la agradable noticia— no te la enseñaré a menos que me des un beso. ¿Lo harás, Harry?

—Pues claro —gritó, recordando su galantería, y no por lo de la puerta trasera, sino por ser tan buena y tan guapa.

Y le administró dos o tres cordiales muestras de afecto que ella le devolvió del mismo modo.

Luego Prudence lo condujo a la puerta trasera y puso la mano en el cerrojo.

—¿Vendrás a verme? —preguntó.

—Desde luego que sí —dijo Harry—. ¿Acaso no te debo la vida?

—Y ahora —añadió ella abriendo la puerta—, corre tanto como puedas, pues dejaré entrar al general.

Harry no necesitaba aquel consejo: el temor lo tenía tan oprimido que emprendió diligentemente la huida. Confiaba en que unos cuantos pasos le bastarían para escapar de aquel apuro y volver con lady Vandeleur sano y salvo y con su reputación intacta.

Pero no los había dado todavía cuando oyó una voz de hombre que le llamaba por su nombre entre muchos vituperios, y al mirar por encima del hombro vio a Charlie Pendragon que le hacía señas con los brazos de que volviera. La sorpresa ante aquel nuevo incidente fue tan súbita y tan profunda, y Harry estaba ya tan nervioso, que no se le ocurrió otra cosa que acelerar el paso y seguir corriendo. Ciertamente, debería haber recordado la escena en Kensington Gardens y haber concluido que, si el general era su enemigo, Charlie Pendragon no podía ser más que su amigo. Pero estaba tan febril y asustado que no se le pasaron por la cabeza tales consideraciones y siguió corriendo a toda velocidad por el callejón.

Charlie, por el tono de su voz y los epítetos infamantes que le dirigió al secretario, debía de estar fuera de sí de cólera. También corrió a toda prisa, pero por mucho que lo intentó, las ventajas físicas no estaban de su parte, y sus gritos y las pisadas de su pie cojo sobre el pavimento empezaron a oírse más y más rezagados.

Harry volvió a albergar esperanzas. El callejón era muy estrecho y empinado, pero también muy solitario, y estaba rodeado a ambos lados por tapias de jardín cubiertas de follaje y, por lo que el fugitivo podía ver, no había ni un alma ni ninguna puerta abierta. La Providencia, harta de tantas persecuciones, le estaba ofreciendo una vía de escape.

Pero ¡ay!, al pasar delante de una puerta de jardín que había debajo de unas ramas de castaño, la abrieron de pronto y dentro alcanzó a ver al repartidor de una carnicería en el sendero del jardín con una bandeja debajo del brazo. Apenas pudo darse cuenta antes de pasar de largo. En cambio, el hombre si tuvo tiempo de verle a él: evidentemente, le sorprendió mucho ver a un caballero corriendo a un paso tan poco habitual, así que salió al callejón y empezó a animar a Harry con gritos irónicos.

Su aparición le dio una idea a Charlie Pendragon, que, aunque estaba casi sin aliento, volvió a levantar la voz:

—¡Al ladrón! —chilló.

Y el muchacho de la carnicería se unió a la persecución en cuanto oyó sus gritos.

Aquel fue un momento amargo para el acosado secretario. Cierto que su terror le permitió aumentar de nuevo la velocidad y volver a sacarles ventaja a sus perseguidores, pero también era consciente de que estaba casi al límite de sus fuerzas y de que, si se encontraba con alguien que viniese en dirección contraria, su situación en un callejón tan estrecho sería ciertamente desesperada.

«Tengo que encontrar cuanto antes un sitio donde esconderme —pensó— o estoy acabado».

Justo cuando acababa de pensarlo, el callejón dio de pronto una curva y le ocultó momentáneamente de sus enemigos. Hay circunstancias en las que incluso las personas menos decididas aprenden a comportarse con vigor y decisión, y los más cautelosos olvidan su prudencia y toman decisiones alocadas. Esta fue una de esas ocasiones para Harry Hartley, y quienes le conocían habrían sido los primeros sorprendidos al presenciar la audacia del muchacho. Se paró en seco, lanzó la

sombrerera por encima de la tapia de un jardín, saltó con increíble agilidad, se agarró con las manos a la albardilla del muro y cayó de cabeza al otro lado.

Se recobró poco después, sentado junto a unos rosales. Tenía las manos y las rodillas ensangrentadas, pues el muro había sido protegido contra una escalada semejante con una generosa provisión de botellas rotas, y además estaba bastante magullado y la cabeza le daba vueltas. Al otro lado del jardín, que estaba muy bien cuidado y sembrado de flores de delicioso perfume, vio la parte de atrás de una casa. Era bastante grande y evidentemente estaba habitada, pero, en extraño contraste con el resto del terreno, tenía un aspecto insólito, descuidado y sórdido. El muro del jardín la rodeaba sin fisuras.

Observó maquinalmente los detalles de la escena, pero su imaginación siguió siendo incapaz de sacar una conclusión racional de lo que veía. Y, cuando oyó unos pasos que avanzaban sobre la grava, aunque se volvió en aquella dirección, no lo hizo pensando en huir o defenderse.

El recién llegado era un personaje grande, tosco y muy sórdido, vestido de jardinero, y que llevaba una regadera en la mano izquierda. A cualquiera que hubiese estado menos confundido le habrían alarmado las enormes proporciones de aquel hombre y sus ojos negros y amenazadores. Pero Harry estaba demasiado conmocionado por la caída para asustarse, y aunque fue incapaz de apartar la vista del jardinero, siguió totalmente impasible y permitió que se acercara, lo cogiera del hombro y le pusiera bruscamente en pie, sin ofrecer la menor resistencia.

Por un momento los dos se miraron a los ojos. Harry medio pasmado y el hombre lleno de ira y un humor cruel y desdeñoso.

—¿Quién es usted? —preguntó por fin—. ¿Por qué salta la tapia de mi jardín y pisotea mis Gloire de Dijons? ¿Cómo se llama —añadió zarandeándolo—, y qué ha venido a hacer aquí?

Harry ni siquiera pudo balbucir una explicación.

Pero, justo en ese momento, Pendragon y el chico de la carnicería pasaron al otro lado, y el ruido de sus pisadas y sus gritos resonaron en el estrecho callejón. El jardinero tenía su respuesta y miró a Harry con una desagradable sonrisa.

—¡Un ladrón! —dijo—. Y palabra que debe de irle muy bien, pues veo que va usted vestido como un caballero de pies a cabeza. ¿No le da vergüenza pasearse por ahí con semejante indumentaria entre personas honradas, muchas de las cuales se alegrarían de poder comprarla de segunda mano? Habla, granuja —prosiguió el hombre—. No me digas que no entiendes el inglés, porque quiero tener contigo unas palabras antes de llevarte a comisaría.

—La verdad, caballero —dijo Harry—, es que se trata de un terrible malentendido, y si viene conmigo a casa del señor Vandeleur en Eaton Place, le prometo que se lo aclararé todo. Ahora veo que hasta la persona más recta puede verse complicada en situaciones sospechosas.

—Muchachito —replicó el jardinero—, donde pienso llevarte es a la comisaría de ahí al lado. Sin duda, al inspector le encantará ir a dar un paseíto contigo hasta Eaton Place y tomar el té con tus ilustres amigos. ¿O prefieres ir directamente a casa del ministro del Interior? ¡Sir Thomas Vandeleur, nada menos! ¿Te piensas que no sé distinguir un caballero de un vulgar ladrón? Con ropa o sin ella, te tengo calado. Esa camisa debe de costar tanto como mi sombrero de los domingos; y seguro que ese abrigo no lo has comprado de segunda mano, y las botas… —Al mirar al suelo, el hombre interrumpió sus insultantes comentarios y se quedó mirando fijamente algo que tenía a sus pies. Cuando volvió a hablar, su voz sonó extrañamente alterada—. En nombre de Dios, ¿qué es todo esto?

Harry siguió la dirección de su mirada y contempló un espectáculo que le dejó mudo de terror y sorpresa. En su caída había ido a parar justo encima de la sombrerera y la había rajado de un extremo al otro: de ella había surgido una auténtica fortuna en diamantes que estaba ahora en parte pisoteada y en parte esparcida por el suelo en regia y brillante profusión. Había una magnífica diadema que a menudo había admirado en lady Vandeleur; había anillos, broches, pendientes y brazaletes e incluso brillantes sin montar tirados aquí y allá entre los rosales como gotas de rocío matutino. Una fortuna principesca yacía tirada por el suelo entre los dos hombres: una fortuna en la forma más apetecible, fiable y duradera, fácil de transportar en un simple mandil, hermosa en sí misma y que reflejaba la luz del sol con un millón de destellos del arco iris.

—¡Dios mío! —dijo Harry—, ¡estoy perdido! —Su imaginación rememoró todo a la velocidad incalculable del pensamiento y empezó a comprender sus aventuras de aquel día, a concebirlas como un todo, y a reconocer el triste embrollo en que se había metido por culpa de su carácter y su mala suerte. Miró en torno suyo, en busca de ayuda, pero estaba solo en el jardín, con los diamantes desparramados por el suelo y su temible interlocutor, y al escuchar no oyó más que el susurro de las hojas y el latido apresurado de su corazón. No es de extrañar que el joven se sintiese desalentado y repitiera con voz entrecortada su última exclamación—: ¡Estoy perdido!

El jardinero miró a todas partes con aire culpable, pero no vio a nadie en ninguna de las ventanas y pareció recobrar el aliento.

—¡Ten ánimo, idiota! —dijo—. Lo más difícil ya está hecho. ¿Por qué no dijiste desde el principio que había bastante para los dos? ¿Para los dos? —repitió—. Sí, ¡y para doscientos! Pero quita de ahí, que pueden verte, y ten la sensatez de enderezarte el sombrero y cepillarte la ropa. Con esa estampa tan ridícula que tienes ahora no podrías dar dos pasos sin que te detuvieran.

Mientras Harry seguía maquinalmente aquellos consejos, el jardinero se arrodilló, recogió a toda prisa las joyas y volvió a meterlas en la sombrerera. El roce con aquellos valiosos cristales hizo que un estremecimiento recorriera su cuerpo robusto, su rostro se transfiguró y sus ojos brillaron de concupiscencia: de hecho, daba la

impresión de que estuviera demorando sensualmente su tarea y de que sopesara cada diamante que recogía del suelo. No obstante, terminó por fin de recogerlos, se metió la sombrerera debajo del guardapolvo, le hizo una seña a Harry y le precedió camino de la casa.

Cerca de la puerta se encontraron con un joven, moreno y muy apuesto, evidentemente investido con las órdenes sacerdotales, de aspecto entre tímido y decidido y pulcramente ataviado como corresponde a los de su clase. Al jardinero pareció disgustarle aquel encuentro, pero puso la mejor cara que pudo y se acercó al clérigo con un aire obsequioso y sonriente.

—Bonita tarde, señor Rolles —dijo—. ¡Una tarde preciosa, tan cierto como que Dios nos hizo a todos! Este es un joven amigo mío a quien le apetecía ver mis rosas. Me he tomado la libertad de traerlo porque pensé que a ninguno de los huéspedes les importaría.

—Por mi parte —replicó el reverendo señor Rolles—, no tengo objeciones, ni creo que a los demás les moleste semejante pequeñez. El jardín es suyo, señor Raeburn, debemos tenerlo presente, y ya que nos da la libertad de pasear por él, sería muy poco elegante que abusásemos de su educación e impidiéramos el solaz de sus amigos. Aunque, ahora que lo pienso —añadió—, creo que conozco a este caballero. Si no me equivoco, es el señor Hartley. Lamento ver que ha sufrido usted una caída.

Y le tendió la mano.

Una especie de orgullo femenino y el deseo de retrasar en lo posible la necesidad de dar una explicación impulsaron a Harry a rechazar aquella posible ayuda y a negar su propia identidad. Prefirió la amable compasión del jardinero, que al menos no le conocía, a la curiosidad y tal vez las sospechas de un conocido.

—Me temo que está usted confundido —dijo—. Yo me llamo Thomlinson y soy amigo del señor Raeburn.

—¿Ah, sí? —dijo el señor Rolles—. El parecido es asombroso.

El señor Raeburn, que había asistido sobre ascuas a la conversación, pensó que ya era hora de ponerle fin.

—Que tenga un paseo agradable, señor —dijo.

Y se llevó a Harry al interior de la casa, y luego a una habitación con vistas al jardín. Lo primero que hizo fue bajar la persiana, pues el señor Rolles seguía donde lo habían dejado entre perplejo y pensativo. Luego vació la sombrerera rota sobre la mesa y se plantó delante del tesoro con una arrobada expresión de avaricia mientras se frotaba los muslos con las manos. El espectáculo del rostro de aquel hombre bajo la influencia de una emoción tan rastrera añadió otra punzada de angustia a las muchas que ya sufría Harry. Parecía increíble que, después de llevar una vida tan ociosa y delicada, se encontrara de pronto en compañía de personas tan sórdidas y criminales. No tenía ningún acto delictivo en la conciencia, y sin embargo estaba sufriendo la más terrible y cruel de las condenas: el miedo al castigo, la sospecha de las personas honradas y la sociedad y la contaminación de sujetos viles y brutales.

Sintió que con gusto daría la vida por escapar de la habitación y la proximidad del señor Raeburn.

—Y ahora —dijo este después de separar las joyas en dos partes casi iguales y apartar una para él—, en este mundo todo tiene un precio, y a veces muy agradable. Sepa, señor Hartley, si es que se llama así, que soy un hombre de temperamento pacífico y que mi buen natural no me ha traído más que problemas. Si quisiera podría quedarme con todas estas piedras, y usted no se atrevería ni a rechistar; pero creo que me ha caído usted simpático, pues no tengo corazón para pelarle de ese modo. Así que le propongo repartírnoslas, y estas —señaló los dos montones— son las proporciones que me parecen más justas. ¿Puedo preguntarle si tiene usted alguna objeción? No soy de los que se pelean por un broche más o menos.

—Pero, señor —gritó Harry—, lo que me propone es imposible. Las joyas no son mías, y no puedo compartir con nadie lo que es de otro, sean cuales sean las condiciones del reparto.

—¡Así que no son tuyas! —replicó Raeburn—. ¡Y no puedes compartirlas con nadie, eh! Pues es una pena, porque en ese caso no me dejas otra opción que llevarte a comisaría. La policía…, piénsalo bien —continuó—, piensa en la deshonra para tus respetables padres, piénsalo —prosiguió cogiendo a Harry por la muñeca—, piensa en las Colonias y en el Día del Juicio.

—No puedo evitarlo —gimoteó Harry—. No es culpa mía. Es usted quien no quiere acompañarme a Eaton Place.

—No —replicó el hombre—, de eso puedes estar seguro. Lo que voy a hacer es repartir contigo esas baratijas ahora mismo.

Y para subrayar sus palabras le retorció brusca y dolorosamente la muñeca al joven.

Harry no pudo contener un grito y la cara se le empapó de sudor. Puede que el miedo y el dolor aguzaran su ingenio, pero el caso es que en ese instante vio el asunto con otra luz, y comprendió que no tenía más remedio que acceder a la propuesta de aquel rufián, y confiar en que, cuando las circunstancias fuesen más favorables y se viera libre de toda sospecha, pudiera encontrar la casa y obligarle a devolver las joyas.

—Acepto —dijo.

—Así me gusta —se burló el jardinero—. Ya imaginé que acabarías por admitir qué es lo que más te conviene. La sombrerera —continuó— la quemaré con la basura, no vaya a reconocerla algún curioso, tú coge tus cosas y métetelas en el bolsillo.

Harry procedió a obedecerle mientras Raeburn le observaba y, avivada su avaricia por un brillante destello, cogía alguna que otra joya del montón del secretario y la ponía en el suyo.

Terminado el reparto, los dos se dirigieron a la puerta principal, que Raeburn abrió cuidadosamente para inspeccionar la calle. En apariencia, no pasaba por ella

ningún transeúnte, pues cogió de pronto a Harry por la nuca, lo sujetó de modo que no pudiera ver más que el camino y los escalones de acceso a las casas y lo empujó por una y otra calle por espacio de un minuto y medio. Harry contó tres esquinas antes de que aquel matón lo soltara y, al grito de «Y ahora ¡largo de aquí!», lanzara de cabeza al muchacho con una patada certera y atlética.

Cuando Harry se recobró, aturdido y sangrando copiosamente por la nariz, el señor Raeburn había desaparecido. Por primera vez, la rabia y el dolor sobrecogieron por completo al muchacho, que rompió a llorar y se quedó sollozando en mitad de la calle.

Después de aliviar así sus emociones empezó a mirar a su alrededor y leyó los nombres de las calles en cuya intersección lo había abandonado el jardinero. Seguía estando en una zona poco frecuentada del oeste de Londres llena de villas con jardines, pero pudo ver a varias personas en una ventana que, evidentemente, habían sido testigos de su desdicha, y justo después una criada llegó corriendo de la casa y le ofreció un vaso de agua. Al mismo tiempo, un sucio vagabundo que había estado merodeando por el barrio se le acercó desde el otro lado.

—Pobre hombre —dijo la criada—, ¡vaya manera de tratarle! Pero mire, ¡si tiene las rodillas cortadas, y lleva el traje hecho una pena! ¿Conoce usted al canalla que le ha hecho esto?

—Desde luego —gritó Harry, un poco reconfortado por el agua—, y daré con su casa a pesar de sus precauciones. Le aseguro que pagará caro lo que me ha hecho.

—Será mejor que entre en casa a lavarse y arreglarse un poco —continuó la criada—. Mi señora le recibirá bien, no tema. Y mire, ya puestos recogeré su sombrero. ¡Dios mío! —gritó—, ¡pero si ha dejado usted la calle sembrada de diamantes!

Y así era: más de la mitad de lo que había correspondido después de que le desvalijara el señor Raeburn se le había salido de los bolsillos al caer rodando al suelo y estaba otra vez brillando por tierra. Dio gracias porque la doncella hubiese tenido tan buena vista, «dentro de lo malo, podía haber sido peor», pensó, recobrar aquellos pocos le pareció tan importante como la pérdida de los otros. Pero ¡ay!, al ir a agacharse para recoger aquel tesoro, el vagabundo arremetió contra él, tiró al suelo a Harry y a la doncella de un empujón, cogió dos puñados de diamantes y huyó corriendo calle abajo con sorprendente agilidad.

En cuanto pudo volver a ponerse en pie, Harry salió dando gritos en persecución del ladrón, pero este tenía los pies muy ligeros y probablemente conocía bien la zona, pues por muchas vueltas que dio el perseguidor no pudo encontrar ni rastro del fugitivo.

Presa del más profundo desánimo, Harry volvió a la escena de su desgracia, donde la criada, que seguía esperándole, le devolvió honradamente su sombrero y el resto de los diamantes caídos. Harry le dio las gracias de todo corazón, y como ya no

estaba de humor para economías, se fue a la parada de coches más cercana y pidió que le llevaran a Eaton Place.

La casa, a su llegada, estaba en plena confusión, como si hubiese ocurrido una desgracia en la familia; y los criados que se arremolinaron en el vestíbulo no pudieron, o tal vez no quisieron, contener la alegría al ver la figura andrajosa del secretario. Él pasó de largo con toda la dignidad que pudo reunir y se fue directo al tocador. Al abrir la puerta, se encontró con un espectáculo sorprendente e incluso amenazador, pues sus ojos contemplaron al general, a su mujer, y nada menos que a Charlie Pendragon, reunidos y hablando muy serios de algún asunto de importancia. Harry comprendió enseguida que no tenía mucho que explicar: evidentemente le habían confesado al general el fraude que habían urdido a costa de su bolsillo, así como el desdichado fracaso del plan, y los tres habían hecho causa común ante un peligro común.

—¡Gracias a Dios! —gritó lady Vandeleur—, ¡aquí lo tenemos! ¡La sombrerera, Harry…, la sombrerera! —Pero Harry se quedó mirándolos abatido y silencioso—. ¡Habla! ¡Habla! ¿Dónde está la sombrerera?

Y los hombres repitieron su pregunta con gestos amenazadores.

Harry sacó un puñado de joyas del bolsillo. Estaba muy pálido.

—Es todo lo que queda —dijo—. Juro por Dios que no ha sido culpa mía, y si tenéis paciencia, aunque mucho me temo que algunos se hayan perdido para siempre, podréis recuperar los otros.

—¡Ay! —gritó lady Vandeleur—, todos nuestros diamantes perdidos, ¡y yo debo noventa mil libras en vestidos!

—Señora —dijo el general—, podíais haber tirado todo al arroyo; podíais haber contraído deudas por cincuenta veces más, podíais haberme robado la diadema y el anillo de mi madre, y la Naturaleza habría prevalecido tal vez y me habría impulsado a perdonaros. Pero, señora, os llevasteis el diamante del rajá, el Ojo de Luz, como lo llamaron poéticamente los orientales, ¡el Orgullo de Kashgar! ¡Me habéis robado el diamante del rajá —gritó alzando los brazos—, y todo ha terminado entre nosotros!

—Creedme, general Vandeleur —replicó ella—, este es uno de los discursos más entretenidos que jamás os he oído pronunciar, y ya que vamos a arruinarnos, casi me alegro del cambio, ya que así podré librarme de vos. Me habéis dicho muchas veces que me casé con vos por vuestro dinero, dejad que os diga que siempre he lamentado amargamente haberlo hecho, y que si todavía estuvierais soltero y tuvieseis un diamante tan grande como vuestra cabeza, le desaconsejaría una unión tan desastrosa y poco recomendable incluso a mi doncella. En cuanto a vos, señor Hartley —continuó, volviéndose hacia el secretario—, ya habéis demostrado suficientemente vuestras valiosas cualidades en esta casa; nos habéis persuadido de que carecéis tanto de hombría como de sensatez y orgullo y solo veo una salida para vos: que os marchéis de aquí cuanto antes y, a ser posible, no volváis nunca. En cuanto a vuestro

sueldo, podéis reclamarlo como acreedor tras la bancarrota de quien hasta ahora ha sido mi marido.

Harry apenas había comprendido el significado de tan insultantes palabras cuando el general le dirigió estas otras:

—Y entretanto —dijo aquel personaje—, acompañadme a la comisaría más cercana. Podéis engañar a un sencillo soldado, señor, pero la mirada de la ley sabrá leer vuestro deshonroso secreto. Si tengo que pasar mi vejez en la pobreza por vuestras taimadas intrigas con mi mujer, al menos me aseguraré de que no quedéis sin castigo; y Dios me negará una considerable satisfacción si no pasáis recogiendo estopa en una prisión el resto de vuestros días.

Y con esas palabras el general sacó a Harry a empujones de la sala y lo llevó escaleras abajo y por la calle hasta la comisaría del barrio.

Aquí (dice mi autor árabe) *termina este deplorable asunto de la caja de sombreros. Pero para el desdichado secretario la aventura fue el inicio de una vida nueva y más varonil. La policía pronto se convenció de su inocencia, y, después de colaborar tanto como pudo en las investigaciones subsiguientes, incluso le felicitó uno de los jefes del departamento de detectives por la probidad y honradez de su comportamiento. Varias personas se interesaron por su desdicha, y poco después heredó cierta cantidad de dinero de una tía soltera de Worcestershire. Con eso pudo casarse con Prudence y se embarcó para Bendigo, o según otra fuente, para Trincomalee, muy satisfecho y lleno de esperanzas para el futuro.*

HISTORIA DEL JOVEN SACERDOTE

El reverendo señor Simon Rolles se había distinguido en las ciencias morales, y era más versado de lo habitual en el estudio de la divinidad. Su opúsculo «Sobre la doctrina cristiana de las obligaciones sociales» le mereció, en el momento de su publicación, cierto renombre en la Universidad de Oxford, y en los círculos eruditos y clericales se daba por sabido que el joven señor Rolles tenía en preparación una obra considerable —un infolio, según se decía— sobre la autoridad de los Padres de la Iglesia. No obstante, aquellos éxitos y proyectos ambiciosos no le habían procurado aún ningún ascenso, y seguía esperando el nombramiento de su primera coadjutoría cuando un paseo fortuito por esa parte de Londres, el aspecto plácido y feraz del jardín, sus deseos de soledad y estudio y lo barato del alojamiento, le llevaron a instalarse en casa del señor Raeburn, el jardinero de Stockdove Lane.

Cada tarde, después de trabajar siete u ocho horas sobre san Ambrosio o san Crisóstomo, tenía la costumbre de dar un paseo entre los rosales absorto en sus meditaciones. Y normalmente aquel era uno de los momentos más productivos del día. Pero, ni siquiera un sincero apetito de saber y el interés por graves problemas pendientes de solución son siempre suficientes para preservar la imaginación del filósofo de los contactos y los sobresaltos mundanos. Y, cuando el señor Rolles se

encontró al secretario del general Vandeleur, ensangrentado y con la ropa hecha jirones en compañía de su casero, cuando los vio palidecer y tratar de evitar sus preguntas, y, sobre todo, cuando el primero negó su identidad con gesto imperturbable, olvidó rápidamente a los santos y los Padres en pro del vulgar interés de la curiosidad.

«No me equivoco —pensó—. Ese es, sin duda, el señor Hartley. ¿En qué lío se habrá metido? ¿Por qué reniega de su nombre? ¿Y qué se traerá entre manos con ese granuja siniestro de mi casero?».

Mientras lo pensaba, otra circunstancia anómala atrajo su atención. El rostro del señor Raeburn apareció en una ventana baja junto a la puerta, y por pura casualidad su mirada se cruzó con la del señor Rolles. El jardinero pareció desconcertado e incluso temeroso, e inmediatamente después bajaron de golpe la persiana.

«Puede que todo esto tenga una explicación —reflexionó el señor Rolles—, y tal vez sea una explicación muy lógica, pero tengo que admitir que a mí no me lo parece. Suspicaces, solapados, falsos, taimados…, por mi alma —pensó— que creo que esos dos traman alguna fechoría».

El detective que todos llevamos dentro despertó y empezó a clamar en el interior del señor Rolles, quien con un paso rápido y decidido que nada tenía que ver con su habitual manera de andar, procedió a dar una vuelta por el jardín. En cuanto llegó al lugar donde se había producido la escalada de Harry, reparó en el rosal roto y en las huellas de pisadas en el barro. Levantó la vista y vio unos arañazos en la tapia y un trozo de pantalón que ondeaba sobre una botella rota. ¡Así que esa había sido la puerta de entrada elegida por el amigo del señor Raeburn! ¡Así era como el secretario del general Vandeleur iba a admirar las flores de un jardín! El joven clérigo silbó para sus adentros mientras se agachaba a examinar el terreno. Dedujo dónde había aterrizado Harry tras su arriesgado salto, reconoció los pies planos del señor Raeburn allí donde se había hundido al coger al secretario por el cuello, y al observar más de cerca le pareció distinguir las marcas de unos dedos, como si algo se les hubiese caído y lo hubieran recogido a toda prisa.

«Palabra que esto se pone interesante», pensó.

Justo entonces vio algo incrustado en el suelo. Poco después, había desenterrado un fino estuche de tafilete, con adornos y cierre dorado. Lo habían pisoteado y había escapado así a la búsqueda apresurada del señor Raeburn. El señor Rolles abrió el estuche y contuvo el aliento casi horrorizado por la sorpresa, pues ante sus ojos, en un lecho de terciopelo verde, tenía un diamante de magnitudes prodigiosas y de la mayor transparencia. Era del tamaño de un huevo de pato y estaba hermosamente tallado sin la menor imperfección, cuando le daba la luz del sol tenía un brillo eléctrico y parecía arder en su mano con innumerables fuegos internos.

Sabía poco de piedras preciosas, pero el diamante del rajá era una maravilla que se explicaba por sí sola: cualquier niño de pueblo al encontrarlo habría salido corriendo y gritando hasta la casa más próxima; y un salvaje se habría prosternado

para adorar tan imponente fetiche. La belleza de la piedra halagó la mirada del joven clérigo y la idea de su valor incalculable sobrepasó su intelecto. Sabía que lo que tenía en la mano valía más que las rentas de muchos años de una sede arzobispal; que bastaría para construir catedrales más majestuosas que la de Ely o la de Colonia; que quien lo poseyera estaría libre para siempre de la maldición original y podría seguir sus inclinaciones sin prisa ni preocupaciones, sin estorbos ni obstáculos. Y, al girarlo de pronto, los rayos brotaron de él con renovado brillo y parecieron atravesarle el corazón.

Las acciones decisivas se llevan a cabo en un momento, sin que medie conscientemente la parte racional del hombre. Eso fue lo que le ocurrió al señor Rolles. Miró en torno suyo, no vio, como el señor Raeburn, más que el jardín iluminado por el sol, las copas de los árboles y la casa con las persianas bajadas, y en menos de un segundo había cerrado el estuche, se lo había guardado en el bolsillo y estaba corriendo a su estudio con la precipitación del culpable.

El reverendo señor Rolles había robado el diamante del rajá.

A primera hora de la tarde, la policía se presentó en compañía de Harry Hartley. El jardinero, que estaba fuera de sí de terror, no tardó en entregarles su parte del botín, y las joyas se identificaron e inventariaron en presencia del secretario. En cuanto al señor Rolles, se presentó muy servicial, contó de buen grado todo lo que sabía y lamentó no poder hacer más para ayudar a los oficiales a cumplir con su deber.

—Sin embargo —añadió—, supongo que su labor estará ya casi concluida.

—Ni muchísimo menos —replicó el detective de Scotland Yard, y procedió a narrar el segundo robo del que había sido víctima Harry, y a describirle al joven clérigo las joyas más valiosas que aún seguían desaparecidas, explayándose sobre todo en el diamante del rajá.

—Debe de valer una fortuna —observó el señor Rolles.

—Diez fortunas…, veinte fortunas —gritó el oficial.

—Cuanto más valga —observó astutamente Simon—, más difícil será venderlo. Un objeto así tiene unas características inconfundibles, y supongo que será tan difícil deshacerse de él como de la catedral de San Pablo.

—¡Oh, es cierto! —dijo el oficial—, pero si el ladrón es medianamente inteligente, lo hará cortar en tres o cuatro trozos y todavía tendrá bastante para hacerse rico.

—Gracias —dijo el clérigo—. No imagina lo mucho que me ha interesado su conversación.

Tras lo cual el funcionario admitió que en su profesión llegaban a saberse cosas muy raras y acto seguido se despidió.

El señor Rolles volvió a su habitación. Le pareció más pequeña y austera de lo normal, la materia de su gran obra nunca le había parecido tan carente de interés, y

contempló su biblioteca con desdén. Cogió, uno por uno, varios tomos de los Padres de la Iglesia, y los hojeó, pero no encontró nada que sirviera a su propósito.

«Estos señores —pensó— son, no cabe duda, muy buenos escritores, pero parecen ignorarlo todo de la vida. Heme aquí, lo bastante ilustrado para ser obispo, y no sé cómo deshacerme de un diamante robado. Un simple policía me sugiere una idea, y a pesar de todos mis infolios no tengo ni idea de cómo ponerla en práctica. Es como para inspirarle a cualquiera ideas muy poco favorables acerca de la educación universitaria».

Le dio una patada a la estantería, se puso el sombrero y salió de la casa en dirección a un club del que era miembro. Tenía la esperanza de encontrar a algún hombre con experiencia que pudiera darle un buen consejo en aquel lugar mundano. En la biblioteca encontró a varios clérigos rurales y a un archidiácono; había tres periodistas y un escritor especializado en metafísica jugando al billar; en el comedor tan solo vio las mismas caras vulgares y marchitas de siempre. Ninguno de ellos, pensó el señor Rolles, sabría más que él de un asunto tan peligroso: ninguno podría ayudarle en aquel trance. Por fin, en el salón de fumadores, al subir por las escaleras, se topó con un caballero corpulento y vestido con evidente sencillez. Estaba fumando un puro y leyendo el *Fortnightly Review*; su rostro no mostraba la menor señal de preocupación o cansancio y su aspecto invitaba a las confidencias y parecía exigir sumisión. Cuanto más escrutó sus rasgos el joven clérigo, más se convenció de que había dado con alguien capaz de darle los consejos apropiados.

—Señor —dijo—, disculpad mi brusquedad, pero juzgo por vuestro aspecto que sois hombre de mundo.

—Lo cierto es que tengo motivos fundados para reclamar ese título —replicó el desconocido, dejando la revista a un lado con una mirada entre divertida y sorprendida.

—Yo, señor —continuó el cura—, soy un recluso, un estudioso, un ser que vive entre tinteros e infolios patrísticos. Un suceso reciente me ha hecho reparar en mi desatino y ahora aspiro a informarme sobre la vida. Y por la vida —añadió—, no me refiero a las novelas de Thackeray, sino a los crímenes y posibilidades secretas de nuestra sociedad, y al correcto modo de proceder ante acontecimientos excepcionales. Soy un lector paciente, ¿es posible aprender esas cosas en los libros?

—Me ponéis en un aprieto —dijo el desconocido—. Confieso que no soy aficionado a los libros, salvo para entretenerme en un viaje de ferrocarril; aunque tengo entendido que hay tratados muy exactos de astronomía, el empleo de los globos terráqueos, la agricultura y el arte de hacer flores de papel. Respecto a los aspectos menos notorios de la vida me temo que no encontraréis nada demasiado verídico. Pero, esperad —añadió—: ¿habéis leído a Gaboriau?

El señor Rolles admitió que no había oído aquel nombre.

—Podéis extraer algunas ideas de Gaboriau —concluyó el desconocido—. Al menos es sugerente y es un autor muy estudiado por el príncipe Bismarck, en el peor

de los casos perderéis el tiempo en buena compañía.

—Señor —dijo el cura—, le quedo infinitamente obligado por su amabilidad.

—Ya me habéis pagado de sobra —replicó el otro.

—¿Cómo? —inquirió Simon.

—Por lo original de vuestra pregunta —replicó el caballero, y con un gesto educado, como si le pidiera permiso, siguió leyendo el *Fortnightly Review*.

De vuelta a casa, el señor Rolles compró un libro sobre piedras preciosas y varias novelas de Gaboriau. Estas últimas las hojeó con ansiedad hasta altas horas de la madrugada, pero, aunque le sugirieron muchas ideas nuevas, no encontró en ninguna parte lo que se podía hacer con un diamante robado. Además, le irritó descubrir que la información estaba dispersa entre historias románticas en lugar de expuesta sobriamente al estilo de un manual, y concluyó que, pese a que el escritor había reflexionado mucho sobre aquellas cuestiones, carecía por completo de un método educativo. No obstante, no pudo contener su admiración respecto al carácter y los méritos de Lecoq.

«Ciertamente, era un ser excepcional —meditó el señor Rolles—. Conocía el mundo como yo el Argumento de Paley. No había nada que no pudiera hacer con sus propias manos pese a tener todas las probabilidades en contra. ¡Cielos! —se dijo de pronto—, ¿no será esa la lección? ¿No debería aprender a cortar diamantes yo mismo?».

Le pareció haberse librado de pronto de todas sus dudas; recordó que conocía a un joyero, un tal B. Macculloch de Edimburgo, que estaría encantado de iniciarle en el oficio; unos meses, tal vez unos años, de arduos esfuerzos y sería lo bastante experto y hábil para cortar ventajosamente el diamante del rajá. Hecho lo cual podría volver a sus investigaciones, convertido en un estudioso rico y opulento, envidiado y respetado por todos. Visiones doradas le acompañaron durante el sueño, y se despertó reconfortado y aliviado con el sol de la mañana.

Ese día la policía iba a precintar la casa del señor Raeburn, lo que le proporcionó una excusa para partir. Preparó alegremente el equipaje, lo llevó a la estación de King’s Cross, lo dejó en la consigna y volvió al club para pasar allí el resto de la tarde y cenar.

—Si cena usted aquí, Rolles —le dijo un conocido—, tal vez vea a dos de los hombres más notables de Inglaterra: el príncipe Florizel de Bohemia y el viejo Jack Vandeleur.

—He oído hablar del príncipe —replicó el señor Rolles—, y me han presentado al general Vandeleur.

—¡El general Vandeleur es un burro! —repuso el otro—. Este es su hermano John, el gran aventurero, experto en piedras preciosas y uno de los diplomáticos más brillantes de Europa. ¿No has oído hablar de su duelo con el duc de Val d’Orge? ¿De sus éxitos y atrocidades cuando fue dictador del Paraguay? ¿De la habilidad con que recobró las joyas de sir Samuel Levi? ¿Ni de sus servicios durante el motín de la

India…, servicios de los que el gobierno se benefició, pero no se atrevió a reconocer? Haces que me pregunte en qué consiste la fama o incluso la infamia, pues Jack Vandeleur tiene motivos sobrados para aspirar a ambas cosas. Corre abajo —prosiguió—, siéntate cerca de ellos y ten los oídos bien abiertos. O mucho me equivoco u oirás cosas muy interesantes.

—Pero ¿cómo los conoceré? —inquirió el clérigo.

—¡Conocerlos! —gritó su amigo—, pues porque el príncipe es el caballero más elegante de Europa, el único que parece un auténtico rey; y en cuanto a Jack Vandeleur, si puedes imaginarte a Ulises a los setenta años y con una cicatriz de sable en la cara, ¡es como si lo tuvieras delante de tus ojos! ¡Conocerlos! ¡Podrías reconocerlos entre la multitud en un día de Derby!

Rolles corrió al comedor. Tal como le había dicho su amigo era imposible confundir a la pareja en cuestión. El viejo John Vandeleur era un hombre de una fuerza notable y obviamente bragado en las actividades más peligrosas. No tenía el porte de un espadachín ni el de un marino y menos aún el de alguien acostumbrado a la silla de montar, sino el de todos a la vez, como resultado y expresión de sus muchos hábitos y destrezas. Sus rasgos eran decididos y aguileños, su gesto arrogante y rapaz; en conjunto, parecía un hombre de acción rápido, violento y sin escrúpulos, y su espesa melena blanca y la cicatriz de sable que le cruzaba la cara desde la nariz a la sien añadía un toque de salvajismo a una cabeza ya de por sí bastante amenazadora.

El señor Rolles se sorprendió al reconocer en su compañero, el príncipe de Bohemia, al caballero que le había recomendado estudiar a Gaboriau. Sin duda el príncipe, que raramente visitaba el club del que, al igual que la mayoría, era miembro honorario, estaba esperando a John Vandeleur cuando Simon le había abordado la noche anterior.

Los demás comensales se habían retirado modestamente a los rincones de la sala y habían dejado un tanto aislada a la distinguida pareja, sin embargo el joven clérigo no se dejó dominar por el temor y ocupó con aire decidido la mesa más próxima.

La conversación, desde luego fue toda una novedad para los oídos del joven. El exdictador del Paraguay narró muchas vivencias extraordinarias en distintos rincones del mundo, y el príncipe añadía comentarios que, para un hombre reflexivo, eran incluso más interesantes que los relatos del otro. El joven clérigo pudo contemplar así dos formas de experiencias reunidas y no supo cuál admirar más: la del desesperado protagonista o la del experto conocedor de la vida; la del hombre que hablaba sin tapujos de sus vivencias y peligros o la del hombre que parecía, como un dios, saberlo todo y no haber sufrido nada. La actitud de ambos encajaba a la perfección con su papel en la conversación. El dictador incurría en brutalidades tanto de gesto como de palabra: golpeaba la mesa con la mano abierta o cerrada y hablaba con voz alta y cautivadora. El príncipe, por su parte, era todo un ejemplo de calma y corrección: el menor movimiento, la inflexión más ínfima, tenían en él más

relevancia que todas las voces y ademanes de su compañero, y si alguna vez, como debía de ser sin duda, hacía alusión a alguna vivencia personal, lo hacía con tanta habilidad que pasaba desapercibida entre el resto de la conversación.

Por fin la conversación derivó hacia los últimos robos y el diamante del rajá.

—Ese diamante estaría mejor en el fondo del mar —observó el príncipe Florizel.

—Como Vandeleur que soy —replicó el dictador—, comprenderéis, alteza, que no comparta vuestra opinión.

—Hablo desde el punto de vista del bien público —prosiguió el príncipe—. Una joya tan valiosa debería pertenecer a la colección de un príncipe o al tesoro de una gran nación. Entregársela a una persona corriente equivale a poner precio a su virtud, y si el rajá de Kashgar, que, según tengo entendido es un príncipe muy ilustrado, pretendía vengarse de los europeos, no habría podido hacerlo de forma más eficaz que enviándonos esa manzana de la discordia. No hay honradez lo bastante fuerte para resistir esa prueba. Yo mismo, que tengo muchos privilegios y obligaciones propios, apenas podría tocar ese cristal fascinante y seguir a salvo. En cuanto a vos, que sois buscador de diamantes por gusto y profesión, no creo que haya crimen que no fueseis capaz de cometer, ni que tengáis un amigo en el mundo a quien no estuvieseis dispuesto a traicionar; ignoro si tenéis familia, pero, en caso de que así sea, afirmo que sacrificaríais a vuestros propios hijos… y todo, ¿para qué? No para ser más rico, ni para disfrutar de más comodidades o gozar de mayor respeto, sino simplemente para decir que el diamante era vuestro durante unos años hasta el día de vuestra muerte, y para abrir de vez en cuando una caja fuerte y contemplarlo como quien admira un cuadro.

—Cierto —replicó Vandeleur—. He cazado muchas cosas, desde hombres y mujeres hasta mosquitos; he buceado en busca de coral; he acechado a ballenas y tigres y un diamante es la presa más valiosa de todas. Tiene belleza y valor y es lo único que puede recompensar plenamente los ardores de la caza. Ahora mismo, como supondrá vuestra Alteza, estoy tras su pista: ¡tengo buen olfato y mucha experiencia, conozco las piedras de la colección de mi hermano como un pastor a sus ovejas y, si no las recupero todas, estoy dispuesto a perecer en el intento!

—Sir Thomas Vandeleur tendrá muchos motivos para estaros agradecido —dijo el príncipe.

—No estoy tan seguro —repuso el dictador con una carcajada—. Uno de los Vandeleur los tendrá. Thomas, o John, Peter o Paul…, todos somos apóstoles.

—No os comprendo —dijo el príncipe con cierto desagrado.

Y, en ese preciso instante, el camarero informó al señor Vandeleur de que su coche estaba en la puerta.

El señor Rolles miró el reloj, y vio que él también tenía que marcharse. La coincidencia le sorprendió de un modo muy desagradable, pues estaba deseando perder de vista al buscador de diamantes.

Las largas horas de estudio habían alterado los nervios del joven, por lo que tenía costumbre de viajar del modo más lujoso posible, y en esta ocasión había reservado una litera en el coche cama.

—Estará usted muy cómodo —le dijo el revisor—, no viaja nadie más en su compartimento, y solo hay un caballero de edad avanzada al otro extremo del vagón.

Ya casi era la hora y estaban pidiendo los billetes cuando el señor Rolles vio entrar al otro pasajero precedido por varios mozos: ciertamente, no había nadie en el mundo a quien no hubiera preferido como compañía, pues se trataba nada menos que del viejo John Vandeleur, el exdictador.

Los coches cama de la línea Great Northern estaban divididos en tres compartimentos: uno a cada extremo para los pasajeros y uno en el medio donde estaban los servicios. Una puerta corredera separaba el aseo de los otros dos compartimentos, pero, como no había pestillos ni cerrojos, el conjunto formaba un todo único.

Cuando el señor Rolles estudió su situación, comprendió que estaba indefenso. Si el dictador decidía hacerle una visita por la noche, no tendría más remedio que recibirle: no tenía dónde refugiarse, y estaba tan a su merced como si estuviera en medio del campo. Dicha situación le produjo cierta inquietud. Recordó con alarma las jactanciosas afirmaciones de su compañero de viaje en la mesa, y los alardes de inmoralidad que había hecho en presencia del disgustado príncipe. Recordó haber leído que había gente, dotada de una peculiar percepción de los metales preciosos, que era capaz de detectar la presencia del oro incluso a través de las paredes y a distancias considerables. ¿Ocurriría lo mismo con los diamantes?, se preguntó; y en tal caso, ¿quién era más probable que tuviera aquel don sino una persona que se jactaba de ser buscador de diamantes? Comprendió que tenía todos los motivos del mundo para temer a aquel hombre, y deseó ansioso que amaneciera.

Entretanto, tomó toda clase de precauciones: ocultó el diamante en el bolsillo interior de una larga serie de abrigos y se encomendó devotamente al cuidado de la Providencia.

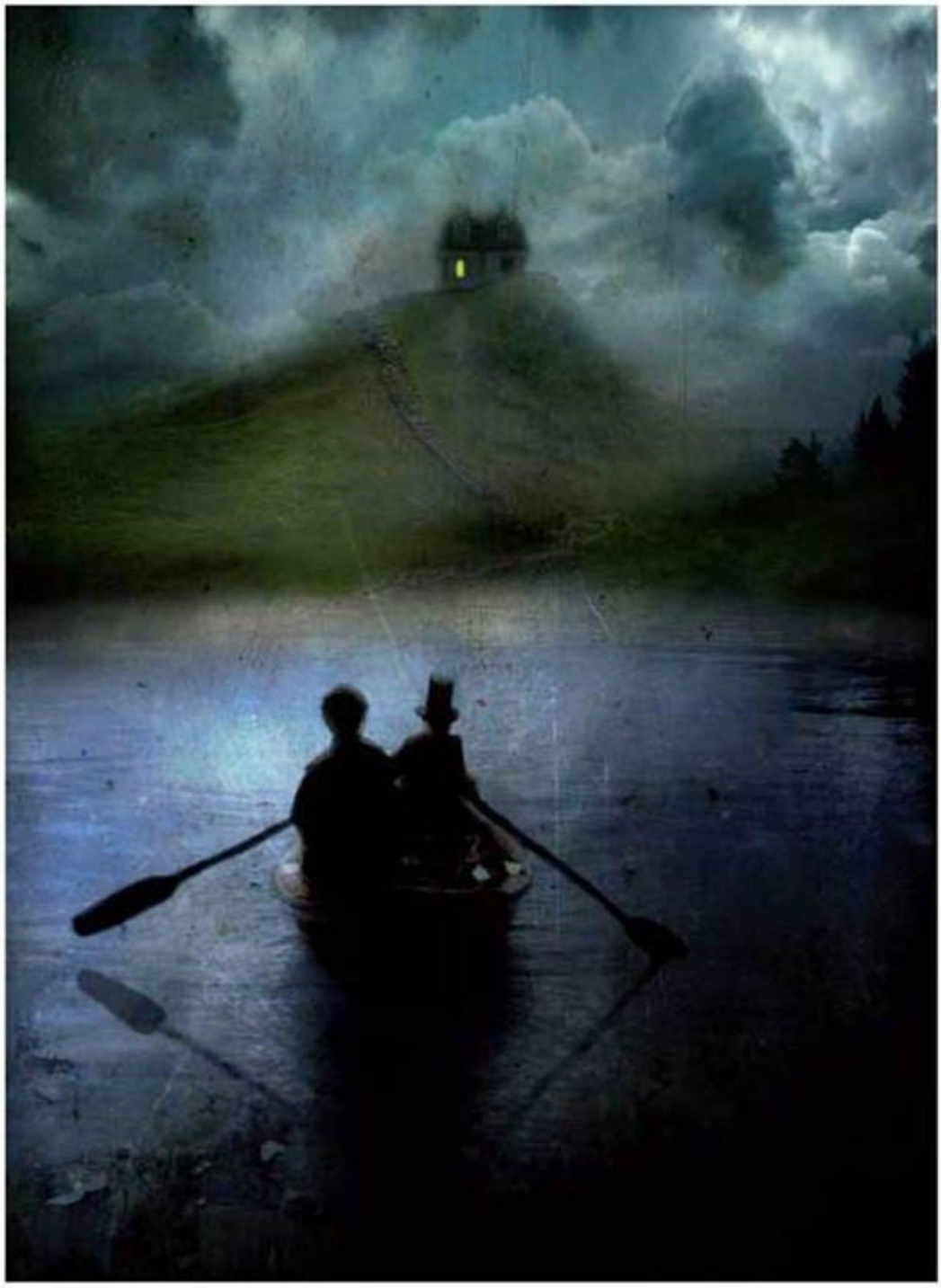
El tren siguió como siempre su marcha veloz y constante y, hacia la mitad del viaje, el sueño empezó a prevalecer sobre la intranquilidad que embargaba al señor Rolles. Por un tiempo trató de resistirse a su influencia, pero fue dominándolo poco a poco y, cuando estaban a punto de llegar a York, se resignó a tumbarse en una de las literas y a cerrar un rato los ojos, el joven clérigo se quedó dormido casi al instante. Su último pensamiento fue para su temible compañero de viaje.

Cuando despertó todavía estaba oscuro, salvo por el parpadeo de la lamparilla, y la trepidación y el ruido continuo atestiguaban que el tren seguía avanzando sin disminuir la velocidad. Se incorporó aterrorizado, pues unas inquietantes pesadillas habían perturbado su descanso, y le costó unos segundos recobrar el dominio de sí mismo; sin embargo, cuando volvió a acostarse, ya no pudo conciliar el sueño y se quedó tumbado con el cerebro en un estado de violenta agitación y la mirada fija en

la puerta del aseo. Se caló aún más el sombrero de clérigo para protegerse de la luz y recurrió a los procedimientos con que tratan de cortejar al sueño los insomnes más experimentados, como contar hasta mil o dejar la mente en blanco. En el caso del señor Rolles, todos resultaron inútiles: le acosaban una docena de preocupaciones diferentes, el anciano al otro extremo del vagón le obsesionaba del modo más alarmante y por mucho que cambiara de postura el diamante que llevaba en el bolsillo le producía un considerable malestar. Le abrasaba, era demasiado grande, se le clavaba en las costillas, y había fracciones infinitesimales de segundo en las que se sentía tentado de tirarlo por la ventana.

Mientras estaba allí tumbado, ocurrió un extraño incidente.

La puerta del aseo se movió un poco, luego un poco más, y por fin se abrió dejando un hueco de unos cincuenta centímetros. La lámpara del aseo no tenía pantalla, y por la abertura iluminada el señor Rolles vio la cabeza del señor Vandeleur en actitud de profunda atención. Comprendió que la mirada del dictador estaba fija en su rostro, y el instinto de conservación le impulsó a contener el aliento, no hacer el menor movimiento, seguir con la vista baja y observar a su visitante a través de las pestañas. Al cabo de un instante, la cabeza se apartó y volvieron a cerrar la puerta.



El dictador no había ido a atacarle sino a observarle, aquel acto no era el de un hombre que amenaza a otro, sino el de alguien que se siente amenazado; daba la impresión de que, si el señor Rolles le tenía miedo, él tampoco las tenía todas consigo respecto al señor Rolles. Al parecer, se había asomado para asegurarse de que su compañero de viaje estaba dormido y, una vez convencido de ello, se había marchado.

El clérigo se puso en pie. El extremo temor había dado paso a un arrojo casi temerario. Calculó que la trepidación del tren ocultaría cualquier otro sonido y decidió devolver la visita que acababan de hacerle. Se quitó el abrigo, que podría haber reducido su libertad de acción, entró en el aseo y se detuvo a escuchar. Tal

como había supuesto, solo se oía el rugido del tren, así que puso la mano en el picaporte y abrió la puerta unos quince centímetros. Luego se detuvo y no pudo contener una exclamación de sorpresa.

John Vandeleur vestía un gorro de viaje de piel con orejeras y puede que eso, unido al estrépito del tren expreso, le impidiera oír lo que ocurría. Lo cierto, al menos, es que no alzó la cabeza, sino que siguió con sus extraños manejos. Entre los pies tenía una sombrerera abierta, con una mano sostenía la manga de su abrigo de piel de foca y con la otra un cuchillo formidable con el que acababa de rasgar el forro de la manga. El señor Rolles había oído hablar de gente que llevaba dinero en un cinturón y, como no conocía más cinturones que los de críquet, nunca había logrado comprender cómo se las arreglaban. Pero delante de los ojos tenía algo más raro todavía, pues al parecer John Vandeleur llevaba diamantes en el forro de la manga, y el joven clérigo pudo ver cómo caían uno tras otro en la sombrerera.

Se quedó clavado en el suelo observando tan extraña escena. Los diamantes eran en su mayoría pequeños y no se distinguían fácilmente ni por la forma ni por su brillo. De pronto, el dictador pareció tropezar con una dificultad: empleó ambas manos y se inclinó sobre el abrigo, pero hasta al cabo de un rato no logró sacar del abrigo una gran diadema de diamantes, que sostuvo un momento en el aire antes de meterla con los demás en la sombrerera. La diadema fue como un rayo de luz para el señor Rolles, que enseguida reparó en que formaba parte del tesoro que el vagabundo le había robado a Harry Hartley. No cabía equivocación posible: era exactamente igual a como la había descrito el detective, ahí estaban las estrellas de rubíes, la gran esmeralda en el centro, las medias lunas entrelazadas y los colgantes en forma de pera que le daban un valor especial a la diadema de lady Vandeleur.

El señor Rolles se sintió inmensamente aliviado. El dictador estaba tan implicado en el asunto como él mismo: ninguno podía denunciar al otro. Embargado de felicidad, el clérigo dejó escapar un profundo suspiro y, como tenía la garganta seca por la tensión, al suspiro le siguió un carraspeo.

El señor Vandeleur alzó la cabeza, su rostro se contrajo de cólera y adoptó una expresión siniestra y amenazadora, abrió los ojos como platos y entreabrió atónito la boca como si estuviera al borde de un ataque de ira. Con un movimiento instintivo había cubierto la sombrerera con el abrigo. Durante medio minuto los dos hombres se miraron fijamente en silencio. No fue un rato muy largo, pero al señor Rolles le bastó: era de los que piensan con rapidez en una situación peligrosa, y optó por un plan particularmente arriesgado. Aunque tenía la sensación de estar poniendo su vida en peligro, fue el primero en hablar.

—Le ruego que me disculpe —dijo.

El dictador tembló levemente y habló con voz ronca.

—¿Qué se le ha perdido a usted aquí?

—Me interesan mucho los diamantes —replicó el señor Rolles con un completo dominio de sí mismo—. Dos expertos como nosotros deberían conocerse. Tengo una

baratija que tal vez me sirva de carta de presentación. —Y, diciendo esas palabras, sacó el estuche del bolsillo, le mostró el diamante del rajá al dictador por un instante y volvió a ponerlo en lugar seguro—. Una vez perteneció a su hermano —añadió. John Vandeleur siguió mirándolo con un aire de dolorosa sorpresa, pero no dijo nada ni hizo el menor movimiento—. Me ha alegrado comprobar —prosiguió el joven— que los dos tenemos gemas de la misma colección.

La sorpresa abrumó al dictador.

—¡Disculpe —dijo—, empiezo a notar que me estoy volviendo viejo! Ya no estoy acostumbrado a pequeños incidentes como este. Pero tranquilíceme respecto a un detalle: ¿me engañan mis ojos o es usted un cura?

—Estoy investido de las órdenes sacerdotales.

—¡Caramba! —gritó el otro—, ¡nunca, en lo que me queda de vida, permitiré que nadie me vuelva a hablar mal de las sotanas!

—Me halaga usted —dijo el señor Rolles.

—Perdone —replicó Vandeleur—, perdone usted, joven. No es usted ningún cobarde, pero todavía está por ver si no es usted un completo estúpido. Tal vez —prosiguió, arrellanándose en el asiento— tenga la bondad de darme algunos detalles. Imagino que su asombrosa desfachatez tendrá algún propósito, y admito que tengo curiosidad por conocerlo.

—Es muy sencillo —replicó el clérigo—, todo se debe a mi escasa experiencia de la vida.

—Me encantará ver cómo me convence usted de ello —respondió Vandeleur.

Tras lo cual el señor Rolles le contó la historia de su relación con el diamante del rajá, desde el momento en que lo encontró en el jardín de Raeburn hasta que partió de Londres en el *Flying Scotchman*. Añadió un breve bosquejo de sus sentimientos e impresiones durante el viaje y concluyó con estas palabras:

—En cuanto reconocí la diadema, supe que estábamos en la misma situación respecto a la sociedad y concebí la esperanza, que confío en que no le parezca infundada, de que pudiera convertirse usted en mi socio para compartir las dificultades y, por supuesto, los beneficios de dicha situación. A alguien con sus contactos y su evidente experiencia en estos asuntos no debería serle muy difícil vender el diamante, mientras que a mí me resultaría imposible. Por otro lado, consideré que si cortaba el diamante, probablemente con mano inexperta, perdería tanto como lo que podría pagarle generosamente a usted a cambio de su ayuda. La cuestión resultaba un tanto difícil de plantear y tal vez haya pecado de falta de delicadeza. Pero debo pedirle que tenga presente que la situación era nueva para mí y que desconocía por completo lo que dicta la etiqueta en estos casos. Creo, sin la menor vanidad, que habría podido casarle o bautizarle a usted de un modo muy aceptable, pero cada cual tiene sus propias aptitudes y este tipo de negocio no está en la lista de mis habilidades.

—No quisiera adularle —replicó Vandeleur—, pero le doy mi palabra de que tiene usted unas dotes excepcionales para el crimen. Tiene usted más habilidades de las que cree, y aunque he tratado con muchos granujas en diversas partes del mundo, nunca había conocido a ninguno tan descarado como usted. ¡Anímese, señor Rolles, por fin ha dado con su verdadera vocación! En cuanto a lo de ayudarle, pida usted lo que quiera. Tengo un asuntillo que arreglar en Edimburgo en nombre de mi hermano, pero no me ocupará más de un día y después pienso volver a París, donde resido habitualmente. Si quiere, puede usted acompañarme. Y antes de que concluya el mes, confío en haber resuelto satisfactoriamente su problema.

(*En este punto, y contrariamente a todos los cánones de su arte, nuestro autor árabe interrumpe la* HISTORIA DEL JOVEN SACERDOTE. *Lamento y condeno tales prácticas, pero debo ceñirme al original y remitir al lector que desee conocer la conclusión de las aventuras del señor Rolles al episodio siguiente del ciclo, la* HISTORIA DE LA CASA DE LAS PERSIANAS VERDES).

HISTORIA DE LA CASA DE LAS PERSIANAS VERDES

Francis Scrymgeour, empleado del Banco de Escocia, había cumplido los veinticinco años de edad en un ambiente de vida tranquila, doméstica y honorable. Su madre había muerto cuando él era joven, pero su padre, un hombre probo y sensato, le había proporcionado una excelente educación académica, y lo había acostumbrado a tener hábitos frugales y ordenados en casa. Francis, que era de temperamento dócil y afectuoso, aprovechó bien tales ventajas y se consagró en cuerpo y alma a su trabajo. Un paseo los sábados por la tarde, una cena de vez en cuando con sus parientes, y una excursión anual de quince días por el norte del país o incluso por el continente europeo, constituían sus principales distracciones. No tardó en ganarse el favor de sus superiores y disfrutaba ya de un salario de casi doscientas libras al año, con la perspectiva de un aumento que duplicaría aquella suma. Pocos jóvenes había más satisfechos, y menos aún que fuesen tan voluntariosos y trabajadores como Francis Scrymgeour. A veces, de noche, después de leer el periódico, tocaba un poco la flauta para entretener a su padre, por cuyas muchas virtudes sentía un profundo respeto.

Un día recibió una nota de un conocido bufete de abogados en la que le solicitaban el favor de entrevistarse con él lo antes posible. La carta llevaba el sello «Personal y confidencial» y se la remitieron al banco en lugar de a su domicilio, dos circunstancias poco frecuentes que le hicieron atender a aquella petición con la mayor urgencia. El socio más antiguo del bufete, un hombre de modales austeros, le dio solemnemente la bienvenida, le pidió que tomara asiento y procedió a explicarle el asunto con la precisión propia de un veterano hombre de negocios: una persona cuyo nombre debía quedar en el anonimato, pero de quien el abogado no tenía motivos para dudar —un hombre, en suma, que gozaba de buena posición social—, deseaba

concederle a Francis una pensión anual de quinientas libras. El capital debía ponerse bajo el control del bufete y dos depositarios cuya identidad tampoco podía revelarle. Aquella generosidad conllevaba ciertas condiciones, pero el abogado era de la opinión de que su nuevo cliente no encontraría dichas estipulaciones ni excesivas ni deshonrosas, y repitió esas dos palabras con insistencia, como si no deseara comprometerse a nada más.

Francis preguntó por su naturaleza.

—Las condiciones —dijo el abogado— no son, como he recalcado ya dos veces, ni excesivas ni deshonrosas. Aunque, eso sí, no puedo ocultarle que son un tanto atípicas. De hecho, el asunto se aparta mucho de nuestras normas y sin duda lo habríamos rechazado de no ser por la reputación del caballero que nos lo confió, y permítame añadir, señor Scrymgeour, por el interés que ha despertado en nosotros su persona, debido a un gran número de informes y referencias elogiosas sin duda merecidas.

Francis le rogó que fuese más concreto.

—No imagina cuánto me inquietan esas condiciones.

—Son dos —replicó el abogado—, solo dos; y la suma, como recordará, es de quinientas libras al año…, libres de gravámenes, olvidaba decírselo, libres de gravámenes. —Y el abogado arqueó las cejas con entusiasmo—. La primera —prosiguió— no puede ser más sencilla. Deberá estar usted en París la tarde del domingo día quince; allí encontrará, en la taquilla de la Comédie Française, un billete de admisión a su nombre. Tan solo se le pide que ocupe el asiento señalado toda la función.

—Ciertamente habría preferido que fuese un día laborable —replicó Francis—. Pero, después de todo, por una vez…

—Y en París, señor mío —añadió en tono tranquilizador el abogado—. Yo también me tengo por una persona religiosa, pero pensándolo bien, y tratándose de París, no lo dudaría un instante. —Los dos se rieron cordialmente—. La otra condición tiene mayor importancia —prosiguió el abogado—. Se refiere a su matrimonio. Mi cliente, movido sobre todo por su bienestar, desea aconsejarle absolutamente en la elección de una esposa. Absolutamente, entiéndame bien —repitió.

—Seamos más explícitos, haga usted el favor —replicó Francis—. ¿Acaso tengo que casarme con una mujer, soltera o viuda, blanca o negra, que esa persona invisible ha escogido para mí?

—Mis instrucciones son garantizarle a usted que la edad y la situación social son de primordial importancia para su benefactor —replicó el abogado—. En cuanto a la raza, le confieso que no había pensado en esa dificultad y no se me ocurrió preguntarlo, pero si quiere puedo tomar nota y responderle a la mayor brevedad.

—Señor —dijo Francis—, todavía está por ver si todo este asunto no es un inmenso fraude. Las circunstancias son inexplicables, casi diría increíbles, y hasta

que no lo vea más claro y haya un motivo convincente, le confieso que deploraría verme implicado en esta transacción. Apelo a usted para que me proporcione más información. Debo saber qué es lo que hay en el fondo de todo esto. Si usted lo desconoce, no sabe cómo averiguarlo, o no está autorizado para decírmelo, cogeré mi sombrero y me volveré al banco por donde he venido.

—Lo desconozco —respondió el abogado—, pero creo saber cómo averiguarlo. Detrás de todo este asunto tan extraño está nada menos que su padre.

—¡Mi padre! —gritó Francis con desdén—. Es un hombre honrado, conozco su manera de pensar y sé muy bien el dinero que tiene.

—Malinterpreta usted mis palabras —dijo el abogado—. No me refería al señor Scrymgeour, que no es su verdadero padre. Cuando él y su mujer se vinieron a vivir a Edimburgo, usted tenía ya un año y solo llevaba tres meses a su cuidado. Ha sido un secreto bien guardado, pero es la pura verdad. Nadie sabe quién es su padre, y le repito que creo que es él quien está detrás de las ofertas que me han encargado transmitirle.

Sería imposible exagerar la perplejidad que sintió Francis Scrymgeour al oír una información tan inesperada. Le pidió al abogado que tuviera en cuenta su confusión.

—Señor —dijo—, después de una noticia tan sorprendente, debe usted concederme unas horas para reflexionar. Esta tarde le comunicaré mi decisión.

El abogado alabó su prudencia y Francis, tras poner una excusa en el banco, dio un largo paseo por el campo y consideró cuidadosamente los distintos puntos y aspectos del caso. La agradable noción de su propia importancia le impulsó a ser tanto más meticuloso, pero el resultado estaba claro desde el principio. Su parte más materialista se inclinaba de un modo casi irresistible hacia las quinientas libras al año y las extrañas condiciones que conllevaban; descubrió que en el fondo de su corazón sentía una invencible repugnancia por el nombre de Scrymgeour, que hasta entonces nunca le había disgustado; empezó a despreciar los estrechos y prosaicos intereses de su vida pasada, y cuando acabó de decidirse, lo hizo animado por una inédita sensación de fuerza e independencia y nutrido por las esperanzas más felices.

No tuvo más que decirle una palabra al abogado y de inmediato recibió un cheque por dos trimestres atrasados, pues la pensión tenía fecha del uno de enero. Con ese dinero en el bolsillo se volvió a casa. El piso de Scotland Street le pareció miserable, su olfato por primera vez se rebeló contra el olor a caldo, y reparó en leves defectos en los modales de su padre adoptivo que le llenaron de sorpresa y casi de repugnancia. Al día siguiente, decidió, se pondría en camino hacia París.

En dicha ciudad, a la que llegó mucho antes de la fecha convenida, se instaló en un modesto hotel frecuentado por ingleses e italianos y se consagró a mejorar sus conocimientos de la lengua francesa; con tal objeto fue a clase dos veces por semana, conversó con los ociosos en los Campos Elíseos y asistió por las noches al teatro. Renovó todo su vestuario por uno más a la moda y se hacía afeitar y peinar a diario

por el barbero de la calle vecina. Eso le daba cierto aire diferente y contribuyó a borrar su despecho por los años pasados.

Por fin, el sábado por la tarde, fue a la taquilla del teatro en la rue Richelieu. Nada más decir su nombre, el taquillero le entregó su reserva en un sobre con la tinta de las señas todavía fresca.

—Acaban de entregarla hace un momento —dijo el taquillero.

—¿Ah, sí? —preguntó Francis—. ¿Y puedo preguntarle qué aspecto tenía ese caballero?

—Su amigo es fácil de describir —replicó el empleado—. Es viejo, fuerte y apuesto, con el pelo cano y una cicatriz de sable que le cruza la cara. Una persona así es inconfundible.

—Desde luego —replicó Francis—, le agradezco su amabilidad.

—No puede haber ido muy lejos —añadió el taquillero—. Si se apresura, puede que todavía le dé usted alcance.

Francis no esperó a que se lo dijeran dos veces: corrió precipitadamente desde el teatro hasta el centro de la calle y miró en todas las direcciones. Había varios hombres con el cabello cano, pero aunque los adelantó a todos, ninguno tenía la cicatriz de sable. Pasó casi media hora buscando por las calles vecinas, hasta que reconoció por fin el absurdo de proseguir la búsqueda, y decidió dar un paseo para calmar sus nervios agitados, pues la proximidad del encuentro con el indudable autor de sus días había conmovido profundamente al joven.

Quiso la casualidad que subiera por la rue Drouot y luego por la rue des Martyrs; y en este caso la casualidad se portó mejor con él que todas las previsiones del mundo. Pues en la avenida vio a dos hombres que conversaban muy serios en un banco. Uno era un hombre joven moreno y agraciado, vestido de seglar, pero con un imborrable aire clerical; el otro respondía hasta el último detalle con la descripción que le había dado el taquillero. Francis notó que el corazón se le aceleraba en el pecho, supo que estaba a punto de oír la voz de su padre y, dando un amplio rodeo, se sentó sin hacer ruido al otro lado del banco, aprovechando que los otros estaban demasiado absortos en la conversación para reparar en nada. Tal como había supuesto Francis, estaban hablando en inglés.

—Sus sospechas empiezan a fastidiarme, Rolles —afirmó el de más edad—. Le digo que estoy haciendo cuanto está en mi mano: nadie puede reunir tantos millones tan fácilmente. ¿Acaso no le he acogido, pese a ser un desconocido, por pura buena voluntad? ¿Es que no está viviendo usted a mi costa?

—Vivo de sus anticipos, señor Vandeleur —le corrigió el otro.

—Llámelo anticipo, si quiere, y diga que lo hago por interés en lugar de por buena voluntad, si así lo prefiere —replicó en tono enfadado Vandeleur—. No tengo por qué medir tanto las palabras. Los negocios son los negocios; y deje que le recuerde que el suyo es bastante turbio para que se dé tantos aires. Confíe en mí, o

déjeme en paz y búsquese a otro, pero, por el amor de Dios, termine ya con sus jeremiadas.

—Empiezo a conocer el mundo —replicó el otro—, y veo que tiene usted muchos motivos para engañarme y ninguno para actuar con honradez. Yo tampoco tengo por qué medir mis palabras: sabe muy bien que lo que quiere es quedarse con el diamante…, no trate de negarlo. ¿Acaso no ha falsificado ya mi firma y registrado mi cuarto en mi ausencia? Comprendo la razón de tanta tardanza: está usted a la espera, es usted un buscador de diamantes, y confía en que antes o después, por las buenas o por las malas, acabará haciéndose con él. Se lo advierto, déjelo ya; si me sigue presionando se llevará usted una sorpresa.

—Esas amenazas son impropias de usted —replicó Vandeleur—. Y no crea que yo no sé amenazar. Mi hermano está aquí, en París, la policía está sobre aviso, y, si sigue importunándome con sus lamentos, yo también le prepararé una sorpresita, señor Rolles. Pero la mía será definitiva. ¿Lo comprende o prefiere que se lo diga en hebreo? Todo tiene un límite, y usted ha acabado con mi paciencia. El martes a las siete: ni un día, ni una hora, ni siquiera un segundo antes, aunque su vida dependiera de ello. Y si juzga que no le conviene esperar, por mí puede irse al infierno.

Y, con esas palabras, el dictador se levantó del banco y partió en dirección a Montmartre, moviendo la cabeza y balanceando con furia su bastón, mientras su compañero se quedaba donde estaba con aire muy abatido.

La sorpresa y el horror de Francis no tenían parangón, sus sentimientos habían recibido un golpe terrible, la ternura esperanzada con que había ocupado su sitio en el banco se había transformado en asco y desesperación: el viejo señor Scrymgeour, pensó, era un padre mucho más amable y honorable que aquel intrigante violento y peligroso, pero conservó la presencia de ánimo y salió al instante en persecución del dictador.

La indignación de aquel caballero le hacía andar muy deprisa, e iba tan absorto en sus airados pensamientos que ni una sola vez volvió la vista atrás hasta llegar a la puerta de su domicilio.

La casa estaba al final de la rue Lepic, y desde ella se divisaba todo París y se disfrutaba del aire puro de las alturas. Tenía dos pisos, con las persianas y las contraventanas verdes, y todas las ventanas que daban a la calle estaban herméticamente cerradas. Las copas de los árboles asomaban por detrás de la tapia del jardín, que estaba protegida por *chevaux-de-frise*. El dictador se entretuvo un momento mientras se hurgaba los bolsillos en busca de la llave, luego abrió una puerta y desapareció en el interior.

Francis miró en torno suyo: el barrio era muy solitario y la casa estaba aislada en medio del jardín. Era como si la persecución fuese a concluir allí bruscamente. Sin embargo, una segunda inspección le hizo reparar en una casa muy alta que tenía un hastial con una sola ventana que daba al jardín. Fue a la puerta principal y vio un cartel donde se ofrecían cuartos sin amueblar en alquiler; al preguntar resultó que la

habitación que daba al jardín del dictador era una de las que se alquilaban. Francis no lo dudó un momento: alquiló la habitación, pagó un anticipo y volvió al hotel a por su equipaje.

Aquel viejo de la cicatriz podía ser o no su padre, él podía o no estar sobre la pista correcta, pero sin duda estaba al filo de un emocionante misterio, y se prometió no abandonar su puesto de observación hasta haber llegado al fondo del asunto.

Desde la ventana de su nuevo apartamento, Francis Scrymgeour dominaba todo el jardín de la casa de las persianas verdes. Justo debajo, un elegante castaño de anchas ramas cobijaba un par de mesas rústicas donde se podía cenar en pleno verano. Por todas partes, excepto en una, una espesa vegetación cubría el suelo, sin embargo allí, entre las mesas y la casa, vio un sendero de grava que llevaba del porche a la puerta del jardín. Al estudiar el lugar entre las tablas de las persianas venecianas, que no osó abrir por miedo a llamar la atención, Francis no vio gran cosa que le permitiera deducir el carácter de sus habitantes, y lo poco que vio le indicó tan solo que se trataba de personas reservadas y amantes de la soledad. El jardín era casi conventual y la casa tenía aspecto de cárcel. Todas las persianas verdes estaban bajadas por fuera; la puerta del porche estaba cerrada; el jardín, por lo que pudo ver, estaba desierto a la luz del sol vespertino. Lo único que atestiguaba la presencia de algún ser viviente era una modesta voluta de humo que salía por la única chimenea.

Para no estar totalmente ocioso y darle un poco de color a su vida, Francis había adquirido la *Geometría* de Euclides en francés, y empezó a copiarla y traducirla encima de su baúl sentado en el suelo y apoyado contra la pared, pues carecía tanto de silla como de mesa. De vez en cuando, se levantaba y echaba un vistazo al recinto de la casa de las persianas verdes, pero las ventanas siguieron obstinadamente cerradas y el jardín vacío.

Solo mucho más tarde, por la noche, ocurrió algo que recompensó su continua vigilancia. Entre las nueve y las diez, le despertó de cierto estado de somnolencia en el que había caído el agudo tintineo de una campanilla: corrió a su observatorio justo a tiempo de oír un considerable ruido de cerrojos que se abrían y de pasadores que se descorrían, vio salir del porche al señor Vandeleur con una linterna y vestido con una elegante bata de terciopelo negro y un gorro de dormir a juego y luego lo vio dirigirse sin prisas a la puerta del jardín. El ruido de pestillos y cerrojos volvió a repetirse y, un momento después, Francis observó cómo el dictador acompañaba a la casa a la luz vacilante de la linterna a un individuo de aspecto ruin y despreciable.

Media hora más tarde, después de volver a acompañar a la visita a la calle, el señor Vandeleur dejó la lámpara encima de una de las mesas rústicas y terminó de fumarse un cigarro con mucha calma bajo el ramaje del castaño. Francis, oteando por un hueco entre las hojas, pudo observar sus gestos cuando sacudía la ceniza o aspiraba una profunda bocanada, y reparó en una nube que ensombrecía el ceño del anciano y un rictus que atestiguaba las hondas y probablemente penosas meditaciones

en que se hallaba sumido. Casi había terminado el cigarro, cuando de pronto se oyó la voz de una joven que gritaba la hora desde el interior de la casa.

—Ya voy —replicó John Vandeleur.

Y, con esas palabras, tiró la colilla al suelo, cogió la linterna y desapareció debajo del porche por el resto de la noche. En cuanto cerró la puerta, reinó en la casa una oscuridad absoluta: por mucho que Francis forzó la vista no detectó ni un simple atisbo de luz detrás de las persianas, y dedujo, con mucha razón, que los dormitorios estaban al otro lado de la casa.

A primera hora de la mañana siguiente (pues se despertó pronto, después de pasar una incómoda noche en el suelo), vio algo que le hizo pensar en una explicación diferente. Las persianas se fueron subiendo, una por una, como si tuvieran un mecanismo en su interior, y revelaron unas persianas metálicas como las de los escaparates, estas se enrollaron a su vez por un mecanismo similar y, por espacio de una hora, las habitaciones quedaron expuestas al aire matutino. Pasado ese rato, el señor Vandeleur volvió a cerrar las persianas metálicas con sus propias manos y a bajar las persianas exteriores.

Mientras Francis se maravillaba ante tantas precauciones, la puerta se abrió y una joven salió a pasear por el jardín. No tardó ni dos minutos en volver a entrar en la casa, pero incluso tan poco tiempo le bastó para convencerse de que la chica poseía indudables atractivos. Aquel incidente no solo estimuló en sumo grado la curiosidad del joven, sino que sirvió también para hacerle recobrar los ánimos. Las inquietantes costumbres y la vida equívoca de su padre dejaron de obsesionarle: desde ese momento, abrazó a su nueva familia con ardor, y tanto si la chica había de convertirse en su hermana como en su mujer, se convenció de que era un ángel disfrazado. Hasta tal punto fue así que le sobrecogió el horror al pensar en lo poco que sabía en realidad y en la posibilidad de que se hubiese equivocado de persona al seguir al señor Vandeleur.

El portero a quien preguntó no pudo darle mucha información, pero la que le dio tenía un carácter dudoso y lleno de misterio. El vecino era un caballero inglés muy rico y por tanto muy excéntrico en sus gustos y costumbres. Poseía valiosas colecciones, que guardaba consigo en la casa y por eso había hecho instalar las persianas metálicas, complicados cerrojos y *chevaux-de-frise* en la tapia del jardín. Vivía solo, aunque de vez en cuando le visitaba algún extraño personaje con quien tenía negocios que tratar, y no había nadie más en la casa, salvo mademoiselle y una vieja criada.

—¿Mademoiselle es su hija? —preguntó Francis.

—Desde luego —replicó el portero—. Es su hija, y lo más raro es lo mucho que le hace trabajar. A pesar de todas sus riquezas, es ella quien va a comprar al mercado, y todos los días de la semana se la puede ver con la cesta debajo del brazo.

—¿Y qué sabe usted de las colecciones? —preguntó el otro.

—Señor —dijo el hombre—, son inmensamente valiosas. No puedo decirle a usted más. Desde que el señor Vandeleur se instaló aquí, nadie del barrio ha cruzado su puerta.

—Ya supongo que no —respondió Francis—, pero sin duda debe de tener usted alguna idea de lo que contienen esas famosas galerías. ¿Se trata de cuadros, sedas, estatuas, joyas, o qué?

—A fe mía, señor —dijo el tipo con un encogimiento de hombros—, que podrían ser zanahorias y aun así no sabría decirle. ¿Cómo quiere que lo sepa? Como habrá usted notado ya, esa casa es una fortaleza. —No obstante, cuando Francis regresaba decepcionado a su habitación, el portero volvió a llamarlo—. Acabo de acordarme, señor —dijo—. El señor Vandeleur ha estado en casi todo el mundo, y una vez le oí decir a la vieja que había traído consigo un montón de diamantes. Si es cierto, detrás de esas persianas debe de haber toda una exposición.

Mucho antes de que empezara la función del domingo, Francis ya estaba ocupando su asiento en el teatro. La butaca que le habían reservado era la segunda o tercera del lateral izquierdo y estaba justo enfrente de uno de los palcos bajos. Como el sitio había sido elegido especialmente, pensó que sin duda podría deducir algo de su ubicación, y juzgó por instinto que, de uno u otro modo, el palco que había a su derecha debía de tener relación con el drama en que, sin conocerlo, él mismo desempeñaba un papel. De hecho, estaba situado de un modo que sus ocupantes podían observarle cómodamente desde el principio hasta el final de la obra si así se les antojaba, mientras que, aprovechando su profundidad, podían ocultarse para evitar que él los viese a su vez. Se prometió a sí mismo no perderlo ni un solo instante de vista, y mientras inspeccionaba el resto del teatro, o fingía atender a lo que ocurría en el escenario, no dejó de mirar el palco vacío con el rabillo del ojo.

Había transcurrido ya más de la mitad del segundo acto, que estaba a punto de concluir, cuando la puerta se abrió y entraron dos personas que se ocultaron en el rincón más oscuro. Francis apenas pudo contener la emoción. Eran el señor Vandeleur y su hija. La sangre entró y salió de sus venas y arterias a sorprendente velocidad, le zumbaban los oídos, la cabeza le daba vueltas. No se atrevió a mirar para no despertar sospechas: su programa de mano, que leyó de arriba abajo una y otra vez, se tornó de blanco a rojo delante de sus ojos, el escenario le pareció enormemente distante y las voces y los gestos de los actores, absurdos e impertinentes.

De vez en cuando, se arriesgaba a echar una mirada en la dirección que más le interesaba, y al menos una vez creyó notar que sus ojos se cruzaban con los de la chica. Todo su cuerpo se estremeció con la impresión y vio los colores del arco iris. ¡Qué no habría dado por oír la conversación de los Vandeleur! ¡Qué no habría dado por tener el valor de coger sus gemelos de ópera e inspeccionar su actitud y su expresión! Por lo que sabía, allí se estaba decidiendo su vida entera, y él no podía

intervenir, ni siquiera oír la conversación, sino que estaba condenado a quedarse allí sentado y sufrir con impotencia y ansiedad.

Por fin, concluyó el acto. Cayó el telón, y la gente que le rodeaba empezó a levantarse de los asientos para el entreacto. Lo más natural era que siguiera su ejemplo; y al hacerlo, no solo era natural, sino necesario que pasara por delante del palco. Haciendo acopio de valor, pero sin dejar de mirar al suelo, Francis se acercó. Su avance fue lento, pues el anciano caballero que tenía delante andaba con increíble parsimonia y respiración fatigosa. ¿Qué debía hacer? ¿Debería saludar a los Vandeleur por su nombre al pasar a su lado? ¿Quitarse la flor que llevaba en el ojal y arrojarla al palco? ¿Alzar la vista y dirigirle una mirada larga y afectuosa a la dama que era o bien su hermana o su prometida? Al verse dividido entre tantas alternativas, rememoró su plácida vida en el banco y le asaltó la nostalgia del pasado.

Para entonces ya había llegado justo enfrente del palco, y aunque seguía sin saber qué hacer o si hacer algo, volvió la cabeza y alzó los ojos. Nada más hacerlo, soltó un grito de decepción y se quedó de una pieza. El palco estaba vacío. Aprovechando su lento avance, el señor Vandeleur y su hija se habían marchado silenciosamente.

Alguien a sus espaldas le recordó educadamente que estaba obstruyendo el paso, y él siguió avanzando maquinalmente y dejó que lo arrastraran fuera del teatro. Una vez en la calle, cesó la presión, se detuvo y el aire fresco de la noche le ayudó a recuperar el dominio de sí mismo. Le sorprendió comprobar que le dolía mucho la cabeza y que no recordaba ni una palabra de los dos actos que había presenciado. A medida que se disipó la emoción, la sustituyeron unas irresistibles ganas de dormir, así que llamó a un coche y volvió a sus habitaciones en un estado de fatiga extrema y un poco asqueado de la vida.

A la mañana siguiente, se apostó donde pudiera encontrarse con la señorita Vandeleur cuando fuese camino del mercado y, a las ocho en punto, la vio llegar por el callejón. Iba vestida con sencillez, incluso pobremente, pero el porte de su cuerpo y su cabeza tenía algo noble y flexible que habría prestado distinción a los vestidos más míseros. Incluso la cesta parecía un adorno por la gracia con que la llevaba. Mientras se ocultaba en un portal, Francis pensó que las sombras se apartaban a su paso y la luz del sol la seguía, y reparó por primera vez en que había un pájaro cantando en una jaula en el callejón.

Dejó que pasara de largo y luego salió y se dirigió a ella por su nombre desde detrás.

—Señorita Vandeleur —dijo. Ella se volvió y, al ver quién era, se quedó demudada—. Discúlpeme —prosiguió él—. Dios sabe que no pretendía asustarla y, de hecho, no debería usted temer nada de alguien que solo le desea lo mejor. Y créame que actúo movido más por la obligación que por propia voluntad. Tenemos mucho en común y no sé qué es. Debería estar haciendo muchas cosas, pero tengo las manos atadas. Ni siquiera sé qué pensar, ni quién es amigo ni enemigo.

La joven hizo un esfuerzo para hablar.

—No sé quién es usted —dijo.

—¡Ah, sí, señorita Vandeleur! Claro que lo sabe —replicó Francis—, incluso mejor que yo. De hecho es eso, sobre todo, lo que trato de aclarar. Dígame lo que sabe —le rogó—. Dígame quién soy, quién es usted y de qué modo se entrecruzan nuestros destinos. Ayúdeme a desvelar el misterio de mi vida, señorita Vandeleur…, solo una palabra o dos para guiarme, el nombre de mi padre si quiere…, y estaré contento y agradecido.

—No trataré de engañarle —replicó ella—. Sé quién es usted, pero no puedo decírselo.

—Dígame al menos que ha perdonado mi atrevimiento y esperaré con paciencia —dijo él—. Si no he de saber lo que quería, tendré que contentarme. Es cruel, pero podré soportarlo. Pero no añada a mis preocupaciones la idea de que me he ganado su enemistad.

—Usted solo ha hecho lo que era natural —repuso ella—, y no tengo nada que perdonarle. Adiós.

—¿Es un adiós definitivo? —preguntó él.

—No, ni yo misma lo sé —respondió ella—. Adiós de momento, si lo prefiere.

Y, después de decir esas palabras, se marchó.

Francis volvió a su habitación en un estado de gran conmoción. Esa mañana apenas avanzó nada con su Euclides y pasó más rato en la ventana que en su improvisado escritorio. Pero, aparte de asistir al regreso de la señorita Vandeleur y a su encuentro con su padre, que estaba fumándose un cigarro de Triquinopolis en el porche, no vio nada digno de reseñar en la proximidad de la casa de las persianas verdes antes de la hora de comer. El joven sació apresuradamente su apetito en un restaurante cercano y volvió, con la presteza de quien no ha saciado su curiosidad, a la casa de la rue Lepic. Un criado a caballo paseaba de aquí para allá a un caballo de monta delante de la tapia del jardín y el portero de la casa de Francis fumaba una pipa junto al umbral, absorbido en la contemplación de la librea y los dos corceles.

—¡Mire! —le gritó al joven—. ¡Qué animales tan hermosos! ¡Y qué traje tan elegante! Son del hermano del señor Vandeleur, que ha venido a hacerle una visita. Es un gran hombre, un general, en su país; y sin duda debe de haber oído usted hablar de él.

—Confieso —repuso Francis— que nunca antes había oído hablar del general Vandeleur. Tenemos muchos oficiales del mismo rango, y mis actividades han sido de índole exclusivamente civil.

—Fue él —insistió el portero— quien perdió el gran diamante de la India. Eso, al menos, tiene que haberlo leído usted en los periódicos.

En cuanto pudo librarse del portero, Francis corrió arriba y se asomó a la ventana. Justo debajo del hueco entre las hojas del castaño, los dos caballeros conversaban fumándose un cigarro. El general, un hombre de aspecto marcial y rubicundo, tenía cierto aire de familia con su hermano: algunos de sus rasgos se asemejaban, y tenía

algo, aunque muy poco, de su porte desenvuelto y autoritario, sin embargo era mayor, más bajo y de apariencia más vulgar: su parecido era como el de una caricatura, y al lado del dictador daba la impresión de ser pobre y frágil.

Hablaban en tono tan bajo, inclinados muy interesados sobre la mesa, que Francis no pudo atrapar al vuelo más que una o dos palabras. Por lo poco que oyó se convenció de que la conversación giraba en torno a él y a su carrera: varias veces llegó a sus oídos el apellido Scrymgeour, fácil de reconocer, y aún con más frecuencia creyó distinguir el nombre de Francis.

Por fin, el general, presa de un ataque de ira, prorrumpió en violentas exclamaciones.

—¡Francis Vandeleur! —gritó poniendo el acento en la última palabra—. Francis Vandeleur, te digo.

El dictador hizo un gesto con todo el cuerpo, en parte afirmativo y en parte desdeñoso, pero su respuesta fue inaudible para el joven.

¿Era él el Francis Vandeleur del que hablaban?, se preguntó. ¿Estaban discutiendo cuál sería su nombre de casado? ¿O era todo aquel asunto un sueño y una ilusión fruto de su vanidad y suficiencia?

Tras otro intervalo de charla inaudible, volvió a producirse la discordia entre los dos hombres que hablaban debajo del castaño, y de nuevo el general alzó enfadado la voz lo bastante para que pudiera oírle Francis.

—¿Mi mujer? —gritó—. He roto con mi mujer para siempre. No quiero ni oír su nombre. Me asquea oír hablar de ella.

Y soltó una ruidosa blasfemia y golpeó la mesa con el puño.

A juzgar por sus gestos, el dictador trató de tranquilizarlo de modo paternal, y poco después lo acompañó a la puerta del jardín. Los dos se estrecharon afectuosamente la mano, pero en cuanto la puerta se cerró a John Vandeleur le dio un ataque de risa que sonó desagradable e incluso diabólica en los oídos de Francis Scrymgeour.

Así que había pasado otro día sin que pudiera aclarar nada. Pero el joven recordó que al día siguiente era martes, y se prometió descubrir algo más: todo podía ir bien o mal, pero al menos estaba seguro de que conseguiría espigar alguna información interesante y, con un poco de suerte, llegar al fondo del misterio que rodeaba a su padre y su familia.

Al acercarse la hora de cenar, se hicieron muchos preparativos en el jardín de la casa de las persianas verdes. La mesa que divisaba en parte Francis entre las hojas del castaño se destinó a servir de mesita auxiliar, y en ella colocaron varias pilas de platos y los cubiertos para servir la ensalada; la otra, que estaba casi oculta del todo, la apartaron a un lado para que se sentaran en ella los comensales, y Francis pudo vislumbrar el mantel blanco y la cubertería de plata.

El señor Rolles llegó puntual; parecía un hombre suspicaz y hablaba poco y en voz baja. El dictador, por su parte, daba la impresión de estar muy animado: su risa,

que era juvenil y agradable, se oyó a menudo en el jardín; por la modulación y los cambios de tono de su voz era evidente que estaba relatando anécdotas e imitando los acentos de diversas naciones, y antes de que el joven clérigo y él terminaran el vermú, se había disipado cualquier indicio de desconfianza y charlaban animadamente como un par de compañeros de colegio.

Por fin, hizo su aparición la señorita Vandeleur con una sopera en las manos. El señor Rolles corrió a ofrecerle su ayuda, que ella rechazó sonriente; y el trío cruzó algunas bromas sobre la circunstancia, un tanto primitiva, de que tuviera que servir la mesa uno de los comensales.

—Así estaremos más cómodos —se oyó decir al señor Vandeleur.

Un instante después, los tres ocuparon sus asientos y Francis no pudo ver ni oír nada de lo que ocurría. Sin embargo, la cena pareció transcurrir felizmente: se oía un continuo murmullo de voces y el ruido de cuchillos y tenedores debajo del castaño, y Francis, que tuvo que contentarse con mordisquear un panecillo, sintió envidia por la comodidad y tranquilidad de aquel banquete. El grupo paladeó los distintos platos y luego un delicado postre, con una botella de vino añejo que descorchó con cuidado el propio dictador. Cuando empezó a oscurecer, pusieron una lámpara sobre la mesa y un par de velas en la mesita auxiliar, pues hacía una noche estrellada y sin viento. Además salía mucha luz por la puerta y la ventana del porche, por lo que el jardín estaba bastante iluminado y las hojas centelleaban en la oscuridad.

Quizá por décima vez, la señorita Vandeleur entró en la casa, y en esta ocasión volvió con la bandeja del café que dejó sobre la mesa auxiliar. En ese instante su padre se levantó de su asiento.

—Del café me encargo yo —le oyó decir Francis.

Y un momento después, vio a su supuesto padre junto a la mesita iluminada por las velas.

Sin dejar de hablar por encima del hombro, el señor Vandeleur sirvió dos tazas del negro estimulante, y luego, con gesto de prestidigitador, vació el contenido de un frasco diminuto en la más pequeña de las dos.

Todo fue tan rápido que incluso Francis, que le estaba mirando a la cara, apenas tuvo tiempo de reparar en aquel movimiento antes de que lo hubiera hecho. Y al instante, y sin dejar de reír, el señor Vandeleur se había vuelto hacia la mesa con una taza en cada mano.

—Antes de terminarlas —dijo—, tendremos aquí al famoso perista.

Sería imposible describir la confusión y el desánimo de Francis Scrymgeour. Había visto con sus propios ojos cómo tramaban una mala jugada y se sentía obligado a intervenir, aunque no sabía cómo. Podía tratarse de una simple broma; ¿cómo quedaría él si fuese a advertirles en vano? O, en caso de no serlo, cabía la posibilidad de que el culpable fuera su propio padre, y entonces, ¿cómo no iba a lamentar haber sido la perdición del autor de sus días? Por primera vez, comprendió su situación como espía. Esperar sin hacer nada en esas circunstancias y con semejante conflicto

de intereses librándose en su interior equivalía a sufrir la peor de las torturas. Se agarró a las láminas de las persianas, el corazón le latía a toda prisa y de forma irregular y sintió cómo el cuerpo se le empapaba de sudor.

Pasaron varios minutos.

Le pareció notar que la conversación decaía y perdía viveza y volumen, pero siguió sin reparar en ningún indicio alarmante o digno de mención.

De pronto, sintió el ruido de un vaso que se rompía, seguido de un sonido sordo y apagado como si alguien se hubiera desplomado sobre la mesa. Al mismo tiempo se oyó en el jardín un agudo chillido.

—¿Qué es lo que has hecho? —gritó la señorita Vandeleur—. ¡Está muerto!

El dictador replicó con un violento susurro, tan fuerte y sibilante que todas sus palabras fueron audibles para quien les espiaba desde la ventana.

—¡Silencio! —dijo el señor Vandeleur—, está tan bien como yo. Sujétalo por los talones mientras yo lo cojo de los hombros. —Francis oyó cómo la señorita Vandeleur estallaba en lágrimas—. ¿Has oído lo que te he dicho? —insistió el dictador en el mismo tono—. ¿O es que quieres vértelas conmigo? Escoge tú misma, señorita Vandeleur. —Se produjo otra pausa y el dictador volvió a hablar—: Sujétalo por los talones, tengo que meterlo en la casa. Si fuese un poco más joven, me las arreglaría solo. Pero ahora que me acechan los años y los peligros y mis manos están débiles, necesito tu ayuda.

—Es un crimen —replicó la chica.

—Soy tu padre —dijo el señor Vandeleur.

Aquellas palabras parecieron surtir efecto. Se oyó el ruido de unos pies que se arrastraban por la grava, una silla cayó al suelo, y luego Francis vio al padre y a la hija que se tambaleaban por el sendero y desaparecían debajo del porche con el cuerpo inanimado del señor Rolles sujeto por las rodillas y los hombros. El joven clérigo estaba pálido y flácido, y la cabeza se balanceaba a cada paso.

¿Estaba vivo o muerto? A pesar de las palabras del dictador, Francis se inclinaba a pensar lo segundo. Se había cometido un crimen terrible, una gran calamidad se había abatido sobre los habitantes de la casa de las persianas verdes. Para su sorpresa, Francis comprobó que todo el horror de aquel hecho no era nada comparado con la lástima que le inspiraban una chica y un viejo a quienes creía en gran peligro. Una oleada de generosidad inundó su corazón; él también ayudaría a su padre contra los hombres, el destino y la justicia: abrió la contraventana, cerró los ojos y saltó con los brazos abiertos sobre las ramas del castaño.

Una rama tras otra se le escaparon de entre las manos o se quebraron bajo su peso, luego se enganchó con una rama más gruesa por el sobaco y se quedó suspendido unos segundos, por fin se soltó y cayó pesadamente sobre la mesa. Un grito de alarma desde la casa le advirtió de que su entrada no había pasado desapercibida. Se recobró tambaleándose, y en tres pasos recorrió la distancia que le separaba de la puerta del porche.

El señor Vandeleur estaba inclinado sobre el cuerpo del señor Rolles en una pequeña estancia cubierta de esteras y adornada con vitrinas repletas de objetos raros y valiosos. Al ver entrar a Francis, se puso en pie tras llevar a cabo un momentáneo juego de manos. Fue cosa de un segundo y duró menos que un parpadeo; el joven no pudo estar seguro, pero le pareció que el dictador le quitaba algo al cura del bolsillo, lo miraba por una fracción de segundo y se lo pasaba hábilmente a su hija.

Todo ocurrió antes de que Francis pusiera el pie en el umbral. Instantes después, estaba de rodillas delante del señor Vandeleur.

—¡Padre! —gritó—. Deje que yo también le ayude. Haré todo lo que me pida sin preguntar nada. Le obedeceré con mi vida, tráteme usted como a un hijo y hallará en mí una devoción filial.

La primera respuesta del dictador fue un deplorable estallido de blasfemias y juramentos.

—¿Padre e hijo? —exclamó—. ¿Hijo y padre? ¿Qué condenada comedia es esta? ¿Qué hace usted en mi jardín? ¿Qué es lo que quiere? ¿Y quién, en nombre de Dios, es usted? —Francis con aire sorprendido y avergonzado, se puso en pie y guardó silencio. Luego el señor Vandeleur pareció comprender y soltó una ruidosa carcajada —. Ahora lo entiendo —gritó—. Es Scrymgeour. Muy bien, señor Scrymgeour. Permita que le explique en pocas palabras cuál es su situación. Ha entrado usted en mi domicilio por la fuerza, o tal vez con engaños, pero desde luego no por invitación mía; y aprovecha usted un momento muy inconveniente, cuando uno de mis invitados acaba de sufrir un desmayo, para importunarme con protestas de cariño. No es usted hijo mío. Ya que tanto le interesa, es hijo natural de mi hermano con una verdulera. Me inspira usted una indiferencia que roza la repugnancia y, por lo que puedo juzgar de su comportamiento, veo que su inteligencia se corresponde a la perfección con su aspecto exterior. Le aconsejo que medite cuanto quiera en tan humillantes reflexiones y, entretanto, le ruego que nos libre de su presencia. ¡Si no estuviera ocupado — añadió el dictador, con un terrible juramento—, le daría a usted una buena paliza antes de echarlo!

Francis le escuchó profundamente avergonzado. De haber podido, habría escapado a toda prisa, pero como no tenía modo de salir de la casa en la que había entrado de un modo tan desafortunado, no le quedó más remedio que quedarse allí como un estúpido.

La señorita Vandeleur fue quien rompió el silencio.

—Papá, hablas llevado por la ira. Puede que el señor Scrymgeour se haya equivocado, pero su intención era buena.

—Gracias por hablar —replicó el dictador—. Me has recordado algunas cosas más que me parece imprescindible decirle al señor Scrymgeour. Mi hermano — prosiguió, dirigiéndose al joven— ha sido tan idiota como para concederle a usted una pensión; también ha sido lo bastante idiota y lo bastante presuntuoso para proponer una unión entre usted y esta señorita. Hace dos noches, ella pudo verle a

usted y me alegra decirle que rechazó la idea con disgusto. Permítame añadir que ejerzo una considerable influencia sobre su padre, y que haré lo que esté en mi mano para que le despoje de su pensión y vuelva a enviarlo a su empleo de chupatintas antes de que acabe la semana.

El tono empleado por el viejo era, si cabe, aún más hiriente que sus palabras. Francis se sintió expuesto al más cruel, mordaz e insoportable de los desprecios, la cabeza le daba vueltas, se cubrió la cara con las manos y soltó un sollozo agónico. Pero la señorita Vandeleur volvió a salir en su defensa.

—Señor Scrymgeour —dijo, hablando con voz clara y suave—, no debe usted prestar atención a las desabridas palabras de mi padre. No me inspira usted ningún disgusto, al contrario: pedí una oportunidad para conocerle mejor. En cuanto a lo sucedido esta noche, crea que me ha llenado de lástima y de estimación por usted.

Justo en ese momento, el señor Rolles hizo un movimiento convulso con el brazo, que convenció a Francis de que solo estaba drogado y empezaba a recuperarse de los efectos del narcótico. El señor Vandeleur se inclinó sobre él y examinó su rostro un instante.

—¡Vamos, vamos! —gritó alzando la cabeza—. Ya está bien. Y, ya que tanto parece gustarte su conducta, señorita Vandeleur, coge una vela y muéstrale al bastardo la salida.

La joven se apresuró a obedecer.

—Gracias —dijo Francis, en cuanto estuvo a solas con ella en el jardín—, se lo agradezco con toda mi alma. Esta ha sido la tarde más amarga de mi vida, pero siempre tendré un recuerdo agradable de usted.

—He dicho solo lo que sentía a fin de hacerle a usted justicia —replicó ella—. He lamentado mucho que lo haya tratado tan mal.

Para entonces habían llegado a la puerta del jardín, y la señorita Vandeleur dejó la vela en el suelo y empezó a abrir los cerrojos.

—Una palabra más —dijo Francis—. No será esta la última vez que nos veamos… ¿verdad?

—¡Ay! —respondió ella—. Ya ha oído usted a mi padre. ¿Qué puedo hacer sino obedecerle?

—Dígame al menos que no es por su voluntad —replicó Francis—, dígame que no desea usted que esta sea la última vez.

—Desde luego que no lo deseo —repuso ella—. Me parece usted valiente y honrado.

—Entonces —dijo Francis— deme algún recuerdo suyo.

Ella dudó un momento con la llave en la mano, pues todos los pasadores y cerrojos estaban ya abiertos y solo le faltaba por abrir la cerradura.

—Si lo hago —dijo ella—, ¿promete usted hacer lo que le diga al pie de la letra?

—¿Es que lo duda? —replicó Francis—. Lo haría solo con que me lo pidiera.

Ella hizo girar la llave y abrió la puerta.

—Sea entonces —dijo ella—. No sabe lo que me pide, pero sea. Oiga lo que oiga —prosiguió—, y ocurra lo que ocurra, no vuelva usted a esta casa, corra hasta llegar a los barrios más iluminados y populosos de la ciudad y no baje la guardia ni siquiera allí. Corre usted un peligro mayor de lo que imagina. Prométame que no mirará lo que voy a darle hasta que haya llegado a un lugar seguro.

—Lo prometo —replicó Francis.

Ella puso algo en sus manos envuelto en un pañuelo y a la vez le empujó a la calle con más fuerza de la que habría podido imaginar.

—Y ahora, ¡corra! —le gritó.

Él oyó cómo se cerraba la puerta y el ruido que hacían los cerrojos al correrse.

—Palabra que lo haré —dijo—, ¡se lo he prometido!

Y echó a correr por la calle que lleva a la rue Ravignan.

No se había alejado ni cincuenta pasos de la casa de las persianas verdes cuando un grito diabólico quebró el silencio de la noche. Francis se detuvo automáticamente, otro viandante imitó su ejemplo; en las casas del vecindario vio a gente que corría a las ventanas. Una explosión no habría producido más sorpresa en aquel barrio desierto. Y, sin embargo, parecía ser obra de un solo hombre que rugía de ira y de pesar, como una leona a la que le han robado sus crías. A Francis le sorprendió y alarmó oír su nombre gritado al viento entre imprecaciones en inglés.

Su primer impulso fue volver a la casa; el segundo, al recordar el consejo de la señorita Vandeleur, continuar su huida aún más rápido que al principio; y estaba a punto de ponerlo en práctica, cuando el dictador pasó corriendo como una bala a su lado con la cabeza descubierta, dando voces como un energúmeno y con el cabello revuelto, y siguió corriendo calle abajo.

«Me he librado de milagro —pensó Francis—. No sé qué es lo que querrá de mí, ni por qué está tan alterado, pero está claro que su compañía ahora no debe de resultar muy agradable y que lo mejor que puedo hacer es seguir el consejo de la señorita Vandeleur».

Y volvió sobre sus pasos con la intención de bajar por la propia rue Lepic mientras su perseguidor seguía por el otro lado. El plan estaba mal concebido y, de hecho, lo mejor habría sido que se hubiese sentado en el café más cercano a esperar que pasara el primer acaloramiento de la persecución. Pero, aparte de que Francis carecía de experiencia y estaba dotado de muy pocas aptitudes naturales para las pequeñas escaramuzas de la vida, tenía tan poca conciencia de haber hecho algo malo que no creía tener nada que temer más allá de una entrevista desagradable. Esa tarde había empezado su aprendizaje en conversaciones desagradables y era incapaz de pensar que la señorita Vandeleur no le hubiera dicho toda la verdad. Lo cierto es que el joven estaba herido tanto en su físico como en su orgullo, el primero estaba magullado y el otro traspasado de hirientes dardos, y reconoció para sí que el señor Vandeleur tenía una lengua venenosa.

Las magulladuras le recordaron que no solo había salido a la calle sin sombrero, sino que su ropa había sufrido considerablemente en su caída por el castaño. En la primera tienda que encontró abierta se compró un sombrero de alas anchas y remedió como pudo el desorden de su vestimenta. El recuerdo de la chica, todavía envuelto en el pañuelo, se lo metió en el bolsillo del pantalón.

A pocos pasos de la tienda, notó un súbito empujón, una mano que lo cogía del cuello, un rostro furioso que se le acercaba y una boca abierta que bramaba maldiciones junto a su oído. El dictador, al no encontrar rastro de su presa, había vuelto también sobre sus pasos. Francis era un joven robusto, pero no podía competir ni en fuerza ni en habilidad con su adversario, y tras algunos vanos forcejeos se sometió resignado a su captor.

—¿Qué quiere usted de mí? —dijo.

—Hablaremos de eso en casa —replicó en tono inflexible el dictador.

Y siguió empujando al joven calle arriba en dirección a la casa de las persianas verdes.

Pero Francis, aunque había dejado de luchar, tan solo estaba esperando una oportunidad para librarse. Con un súbito tirón dejó el cuello de su abrigo en manos del señor Vandeleur, y volvió a emprender la huida a toda prisa en dirección a los bulevares.

Las tornas habían cambiado. Aunque el dictador era más fuerte, Francis, en plena juventud, era de pies mucho más ligeros y no tardó en perderse entre la multitud. Momentáneamente aliviado, aunque con una creciente sensación de alarma y preocupación, anduvo a toda prisa hasta que llegó a la plaza de la Ópera, tan iluminada por las farolas que parecía de día.

«Al menos esto le gustaría a la señorita Vandeleur», pensó.

Y, torciendo a la derecha por los bulevares, entró en el Café Américain y pidió una cerveza. Era demasiado tarde o demasiado pronto para la mayoría de los parroquianos y solo había dos o tres clientes, todos hombres, sentados aquí y allá en mesas separadas en el salón. Francis estaba demasiado ocupado con sus propios pensamientos para reparar en su presencia.

Sacó el pañuelo del bolsillo. El objeto envuelto en él resultó ser un estuche de tafilete con el cierre y los adornos dorados, que se abrió por medio de un resorte y mostró al horrorizado joven un diamante de tamaño gigantesco y extraordinaria brillantez. Las circunstancias eran tan inexplicables, y su valor obviamente tan inmenso, que Francis se quedó mirando el estuche abierto sin moverse y sin pensamientos conscientes, como quien sufre un repentino ataque de estupidez.

Alguien le puso suave, aunque firmemente, la mano encima del hombro, y una voz calmosa pero acostumbrada a dar órdenes le susurró estas palabras al oído:

—Cierre el estuche y adopte un gesto más natural.

Al alzar la mirada, vio a un hombre, todavía joven, de aspecto sereno y educado, vestido con suntuosa sencillez. Aquel personaje se había levantado de una mesa

vecina y, llevando su copa consigo, se había sentado al lado de Francis.

—Cierre el estuche —repitió el desconocido— y vuelva a metérselo tranquilamente en el bolsillo, donde estoy convencido de que no debería haber estado nunca. Haga el favor de cambiar esa expresión de perplejidad y de actuar como si yo fuese un amigo a quien acaba de encontrarse por casualidad. ¡Vamos! Brinde usted conmigo. Así está mejor. Me temo, señor, que es usted un aficionado.

El desconocido pronunció aquellas últimas palabras con una sonrisa peculiar llena de significado, se arrellanó en el asiento y aspiró una profunda bocanada de tabaco.

—Por el amor de Dios —dijo Francis—, dígame quién es usted y qué significa todo esto. No sé por qué tengo que atender a sus insólitas indicaciones, pero lo cierto es que esta tarde he vivido aventuras tan asombrosas y la gente con quien me encuentro se comporta de un modo tan extraño que creo que o bien me he vuelto loco o estoy en otro planeta. Su rostro me inspira confianza, parece usted inteligente, bueno y experimentado; dígame, por Dios, ¿por qué me aborda usted de un modo tan raro?

—Todo a su tiempo —replicó el desconocido—. Ahora me toca a mí hacer las preguntas y lo primero que tiene que explicarme es cómo ha llegado a sus manos el diamante del rajá.

—¡El diamante del rajá! —repitió Francis.

—Si fuese usted, yo no hablaría tan alto —repuso el otro—. Pero sin duda lo que tiene en el bolsillo es el diamante del rajá. Lo he visto y tenido en la mano muchas veces en la colección de sir Thomas Vandeleur.

—¡Sir Thomas Vandeleur! ¡El general! ¡Mi padre! —exclamó Francis.

—¿Su padre? —repitió el desconocido—. No sabía que el general tuviera familia.

—Soy hijo ilegítimo, señor —replicó Francis ruborizándose.

El otro inclinó la cabeza con gravedad. Fue un gesto respetuoso de un hombre que se disculpa de igual a igual, y Francis se sintió aliviado y reconfortado sin saber por qué. La compañía de aquel hombre le sentaba bien, parecía tener los pies en el suelo, empezó a albergar por él un sentimiento de respeto, y se quitó maquinalmente el sombrero como si estuviera en presencia de un superior.

—Deduzco —dijo el desconocido— que sus aventuras no han sido precisamente pacíficas. Tiene usted el cuello de la camisa roto, la cara llena de arañazos, un corte en la sien; espero que disculpe mi curiosidad si le pregunto cómo se ha hecho esas heridas y cómo es que tiene en su bolsillo una propiedad robada de tanto valor.

—¡Debo contradecirle! —replicó acalorado Francis—. No estoy en posesión de ninguna propiedad robada. Si se refiere usted al diamante, no hace ni una hora que me lo dio la señorita Vandeleur en la rue Lepic.

—¡La señorita Vandeleur en la rue Lepic! —repitió el otro—. Me interesa usted más de lo que supone. Continúe por favor.

—¡Cielos! —gritó Francis.

Su memoria había dado un brusco salto atrás. Había visto al señor Vandeleur quitarle un objeto a su narcotizado invitado, y ahora estaba convencido de que dicho objeto era un estuche de tafilete.

—¿Ha caído usted en algo? —preguntó el desconocido.

—Oiga —replicó Francis—. No sé quién es usted, pero creo que puedo fiarme de usted; me he metido en aguas pantanosas, necesito consejo y ayuda, y ya que me lo pregunta, se lo contaré a usted todo.

Y brevemente le contó sus vivencias desde el día en que le llamó el abogado.

—Desde luego es una historia muy interesante —dijo el desconocido, cuando el joven concluyó su relato—, y está usted en una situación difícil y peligrosa. Muchos le aconsejarían que fuera usted a ver a su padre y le entregara el diamante, pero yo tengo otra idea. ¡Camarero! —gritó. El camarero se acercó—. ¿Quiere usted pedirle al encargado que venga a hablar conmigo un momento?

Francis volvió a notar, tanto por el tono como por su actitud, que era un hombre acostumbrado a mandar.

El camarero se fue y volvió al cabo de un instante con el encargado, que hizo una respetuosa reverencia.

—¿Qué puedo hacer para serviros? —preguntó.

—Tened la bondad —replicó el desconocido, señalando a Francis— de decirle mi nombre a este caballero.

—Tiene usted el honor —dijo el empleado, dirigiéndose al joven Scrymgeour— de compartir la mesa con su Alteza el príncipe Florizel de Bohemia.

Francis se levantó aturdido y le hizo una agradecida reverencia al príncipe, quien le animó a volver a sentarse.

—Gracias —dijo Florizel, dirigiéndose de nuevo al empleado—, siento haberos importunado por tan poca cosa. —Y lo despidió con un gesto—. Y ahora —añadió el príncipe, volviéndose hacia Francis—, entregadme el diamante. —El estuche le fue entregado sin mediar palabra—. Habéis hecho bien —dijo Florizel—, vuestros sentimientos os han inspirado correctamente, y viviréis para alegraros de vuestros infortunios de esta noche. Un hombre, señor Scrymgeour, puede caer en muchas perplejidades, pero si su corazón es recto y su inteligencia despejada, saldrá de ellas sin deshonrarse. No os preocupéis más y dejad vuestros asuntos en mis manos, con la ayuda del cielo espero ser lo bastante fuerte para conducirlos a buen puerto. Tened la bondad de acompañarme a mi carruaje.

Con esas palabras, el príncipe se levantó, dejó una moneda de oro para el camarero y sacó al joven del café y lo llevó por el bulevar hasta donde le esperaban una modesta berlina y un par de criados sin librea.

—Este coche —dijo— está a vuestra disposición. Recoged vuestro equipaje tan pronto como podáis, y mis criados os llevarán a una villa en las afueras de París, donde podéis esperar cómodamente hasta que yo tenga tiempo de arreglar vuestra situación. Allí encontraréis un jardín agradable, una biblioteca bien surtida, un

cocinero, una bodega y unos cigarros excelentes que os recomiendo encarecidamente. Jérome —añadió volviéndose hacia uno de los sirvientes—, ya me has oído: dejo al señor Scrymgeour en tus manos, sé que sabrás cuidar de mi amigo. —Francis balbució unas frases de agradecimiento entrecortadas—. Ya tendréis tiempo de agradecérmelo —dijo el príncipe— cuando vuestro padre os haya reconocido y estéis casado con la señorita Vandeleur.

Y, acto seguido, el príncipe se dio la vuelta y se fue paseando tranquilamente en dirección a Montmartre. Llamó al primer coche que pasó, le dio una dirección al cochero, y un cuarto de hora más tarde, tras despedir al cochero poco antes de llegar, estaba llamando a la puerta del jardín del señor Vandeleur.

Le abrió, con infinitas precauciones, el dictador en persona.

—¿Quién es? —preguntó.

—Debéis disculpar que os visite a estas horas —respondió el príncipe.

—Vuestra Alteza siempre es bienvenido —repuso el señor Vandeleur dando un paso atrás.

El príncipe aprovechó el hueco que quedó y, sin esperar a su anfitrión, se fue directo a la casa y abrió la puerta del *salon*. Allí encontró a dos personas: una era la señorita Vandeleur, con evidentes indicios de haber llorado y estremecida todavía de vez en cuando por algún sollozo; en la otra persona el príncipe reconoció al joven que, un mes antes, le había consultado sobre cuestiones literarias en la sala de fumadores de un club.

—Buenas tardes, señorita Vandeleur —dijo Florizel—, parecéis fatigada. Y vos sois el señor Rolles, ¿no es cierto? Espero que el estudio de Gaboriau os fuese provechoso, señor Rolles.

Pero el joven clérigo estaba demasiado enfadado para hablar, así que se contentó con hacer una envarada reverencia y siguió mordisqueándose el labio.

—¿A qué feliz circunstancia —dijo el señor Vandeleur, detrás de su invitado— debo el honor de vuestra visita?

—He venido a tratar un asunto —replicó el príncipe—, un asunto que os concierne a vos, y en cuanto lo hayamos resuelto le pediré al señor Rolles que me acompañe a dar un paseo. Señor Rolles —añadió con severidad—, permitid que os recuerde que todavía no he tomado asiento. —El clérigo se levantó con una disculpa, tras lo cual el príncipe se sentó en un sillón que había junto a la mesa, le entregó su sombrero al señor Vandeleur y su bastón al señor Rolles y, dejándolos así ocupados a su servicio, habló como sigue—: Como le he dicho, he venido a tratar de un asunto, pero si hubiera venido por placer, no podría haberme desagradado más vuestro recibimiento ni vuestra compañía. Vos, señor —dijo dirigiéndose al señor Rolles—, habéis tratado a un superior con descortesía; vos, Vandeleur, me recibís con una sonrisa, pero sabéis muy bien que vuestras manos no están limpias. No deseo que se me interrumpa, caballero —añadió en tono imperioso—, he venido aquí a hablar y no a escuchar, y exijo que se me escuche con respeto y se me obedezca al pie de la letra.

Vuestra hija se casará cuanto antes con mi amigo Francis Scrymgeour en la embajada. Me honraréis ofreciendo una dote de no menos de diez mil libras. En cuanto a vos, os encomendaré por escrito una misión de cierta importancia en el Siam. Y ahora, caballero, respondedme en dos palabras si aceptáis o no mis condiciones.

—¿Me disculpará vuestra Alteza —dijo el señor Vandeleur— y me permitirá que le haga dos preguntas con el mayor respeto?

—Permiso concedido —replicó el príncipe.

—Vuestra Alteza acaba de decir que el señor Scrymgeour es amigo suyo. Creedme si os digo que de haber sabido que disfrutaba de ese honor lo habría tratado con el respeto debido.

—Planteáis vuestras preguntas con mucha habilidad —dijo el príncipe—, pero eso no os servirá de nada. Ya habéis oído mis órdenes y, si no hubiese visto a ese caballero hasta esta noche, no por ello serían menos tajantes.

—Vuestra Alteza interpreta mis palabras con su habitual sutileza —repuso Vandeleur—. Una cosa más: por desgracia, he puesto a la policía tras la pista del señor Scrymgeour, a quien he acusado de robo. ¿Deseáis que retire la acusación?

—Haced como mejor os parezca —replicó Florizel—. Es una cuestión entre vuestra conciencia y las leyes de este país. Traedme mi sombrero y vos, señor Rolles, devolvedme mi bastón y seguidme. Señorita Vandeleur, os deseo muy buenas tardes. Interpreto —añadió dirigiéndose a Vandeleur— que vuestro silencio equivale a un consentimiento sin reservas.

—Si no me queda otro remedio —replicó el anciano—, aceptaré, pero debo advertiros que no lo haré sin oponer resistencia.

—Sois viejo —dijo el príncipe—, pero la edad no favorece a los malvados. Vuestra edad es menos sabia que la juventud de otros. No oséis provocarme o descubriréis que soy más implacable de lo que imagináis. Es la primera vez que me habéis visto enfadado, procurad que sea la última. —Con esas palabras y haciéndole gestos al clérigo para que lo acompañara, Florizel salió de la habitación y se encaminó a la puerta del jardín; el dictador, siguiéndolos con una vela, les alumbró y volvió a descorrer los elaborados cerrojos con que trataba de protegerse de los intrusos—. Ahora que no está presente vuestra hija —dijo el príncipe dándose la vuelta en el umbral—, dejad que os diga que comprendo perfectamente vuestras amenazas, y que, como oséis levantar un solo dedo contra mí, atraeréis sobre vos una perdición súbita e irremediable.

El dictador no dijo nada, pero cuando el príncipe le dio la espalda hizo un gesto amenazador lleno de furia, y un momento más tarde daba la vuelta a la esquina y corría a toda prisa hacia la parada de coches más cercana.

(*Aquí*, dice mi árabe, *el curso de los acontecimientos se aparta por fin de* HISTORIA DE LA CASA DE LAS PERSIANAS VERDES. *Una aventura más*, añade, *y habrá concluido* EL DIAMANTE

DEL RAJÁ. *Ese último eslabón de la cadena se conoce entre los habitantes de Bagdad por el nombre de* LA AVENTURA DEL PRÍNCIPE FLORIZEL CON UN DETECTIVE).

LA AVENTURA DEL PRÍNCIPE FLORIZEL CON UN DETECTIVE

El príncipe Florizel acompañó al señor Rolles hasta la puerta del hotelito donde residía este último. Hablaron mucho, y varias veces el clérigo rompió a llorar, conmovido por la mezcla de ternura y severidad de los reproches del príncipe.

—He destrozado mi vida —dijo por fin—. Ayudadme, decidme qué debo hacer. ¡Carezco, pobre de mí, tanto de las virtudes de un sacerdote como de las habilidades de un ladrón!

—Ahora que estáis contrito —respondió el príncipe—, ya no puedo daros órdenes: los arrepentidos responden ante Dios y no ante los príncipes. Pero, si queréis un consejo, partid para Australia como colono, buscad un trabajo manual al aire libre y tratad de olvidar que una vez fuisteis clérigo o que pusisteis los ojos en esa piedra maldita.

—¡Maldita, sí! —replicó el señor Rolles—. ¿Dónde está ahora? ¿Qué nuevos males está causando a la humanidad?

—Ya no hará más daño —replicó el príncipe—. La llevo conmigo, en el bolsillo. Y eso —añadió amablemente— os probará que tengo fe en vuestra penitencia, por reciente que sea.

—Dejad que os dé la mano —rogó el señor Rolles.

—No —replicó el príncipe—, aún no.

El tono con que pronunció aquellas últimas palabras resultó muy elocuente para el joven clérigo, y cuando el príncipe se marchó se quedó varios minutos en el umbral siguiendo con la mirada la figura que se alejaba y rogando al cielo que colmara de bendiciones al hombre que le había dado tan buenos consejos.

El príncipe pasó varias horas paseando solo por calles poco frecuentadas y asaltado por las preocupaciones: lo que hubiese de hacer con el diamante, ya fuera devolvérselo a su dueño, a quien juzgaba indigno de poseerlo, o tomar una decisión valerosa y terminante y ponerlo, de una vez por todas, fuera del alcance de la humanidad, era un problema demasiado grave para resolverlo en un momento. El modo en que había caído en sus manos le pareció claramente providencial, y cuando sacó la joya y la contempló a la luz de las farolas su tamaño y su sorprendente brillo le inclinaron a considerarla cada vez más una influencia maligna para el mundo.

«¡Que Dios me ayude! —pensó—. Si sigo mirándola mucho más tiempo, acabaré codiciándola yo también».

Por fin, dudando todavía, encaminó sus pasos hacia la pequeña pero elegante mansión junto al río que pertenecía desde hacía siglos a su noble familia. El escudo de Bohemia está tallado sobre la puerta y en las altas chimeneas; los transeúntes al

pasar vislumbran el verdor del jardín sembrado de costosas flores y una cigüeña, la única de París, que se pasa el día posada en el hastial y atrae a muchos curiosos. En el interior se ven muchos criados que van y vienen solemnemente y, de vez en cuando, se abren las grandes puertas y un carruaje sale por debajo del arco de la entrada. El príncipe sentía preferencia por aquella residencia por varios motivos, y nunca pasaba cerca de allí sin gozar de la sensación, tan rara en los grandes personajes, de estar volviendo a casa; también en esta ocasión contempló con alivio y satisfacción sus altos tejados y las ventanas tenuemente iluminadas.

Al acercarse a la puerta trasera, por donde entraba siempre que iba solo, un hombre surgió de las sombras y le salió al paso con una reverencia.

—¿Tengo el honor de dirigirme al príncipe Florizel de Bohemia? —preguntó.

—Tal es mi título —replicó el príncipe—. ¿Qué es lo que queréis de mí?

—Soy un detective y tengo órdenes de entregarle a vuestra Alteza esta nota del prefecto de la policía —dijo el hombre.

El príncipe cogió la carta y la leyó a la luz de la farola. Con muchas disculpas le pedía que acompañase sin tardanza a su portador a la prefectura.

—En suma —dijo Florizel—, que estoy arrestado.

—Alteza —replicó el oficial—, estoy convencido de que nada se aleja más de las intenciones del prefecto. Observará que no ha extendido una orden de detención. Es una mera formalidad o, si lo prefiere, una concesión que hace su Alteza a las autoridades.

—Y, no obstante —preguntó el príncipe—, ¿qué ocurriría si me negase a acompañarle?

—No le ocultaré a vuestra Alteza que me han sido concedidos amplios poderes —replicó el detective con una reverencia.

—¡Palabra que me sorprende vuestro descaro! —gritó Florizel—. A vos, que sois solo un mandado, debo perdonaros, pero vuestros superiores pagarán caro tanto atrevimiento. ¿Tenéis idea de cuál es el motivo de esta medida tan poco diplomática e inconstitucional? Observaréis que no he aceptado ni consentido todavía en nada, y todo dependerá de que sepáis darme una respuesta rápida e ingeniosa. Permitid que os recuerde, oficial, que este es un asunto que reviste cierta gravedad.

—Alteza —dijo humildemente el detective—, el general Vandeleur y su hermano han tenido la inconcebible osadía de acusaros de robo. Afirman que el famoso diamante está en vuestras manos. Una negativa vuestra satisfará por completo al prefecto; es más, si vuestra Alteza se dignase honrar a un subalterno declarándole su total ignorancia sobre el caso a alguien como yo, solicitaría vuestro permiso para retirarme en el acto.

Florizel, hasta ese momento, había considerado su aventura como una nadería, pese a sus posibles repercusiones internacionales. Al oír el nombre de Vandeleur, comprendió la horrible verdad: no solo lo estaban arrestando, sino que además era culpable. No se trataba únicamente de un incidente desagradable, sino que estaba en

peligro su honor. ¿Qué podía decir? ¿Qué podía hacer? El diamante del rajá era ciertamente una piedra maldita, y al parecer él iba a ser la última víctima de su influencia.

Una cosa era segura: no podía darle al detective la respuesta que pedía. Tenía que ganar tiempo.

Sus dudas no duraron más que un segundo.

—Está bien —dijo—, vayamos a la Prefectura. —El hombre volvió a hacer una reverencia y procedió a seguir a Florizel a una respetuosa distancia—. Acercaos —dijo el príncipe—, tengo ganas de hablar y, si no me equivoco, esta no es la primera vez que nos vemos.

—Su Alteza me honra al recordar mi rostro —replicó el oficial—. Han pasado ocho años desde que tuve el placer de hablar con vos.

—Recordar las caras es parte de mi profesión tanto como de la vuestra —replicó Florizel—. De hecho, si se piensa bien, los príncipes y los detectives sirven en el mismo cuerpo. Ambos somos combatientes contra el crimen, solo que mi cargo es más lucrativo y el vuestro más peligroso, y en cierto sentido, ambos sirven igualmente para hacer honorable a un hombre virtuoso. Por raro que pueda pareceros, yo preferiría ser un buen detective que un soberano débil e innoble.

El oficial estaba abrumado.

—Vuestra Alteza devuelve bien por mal —dijo—. A una arrogancia responde con la más amable condescendencia.

—¿Cómo sabéis —replicó Florizel— que no estoy tratando de corromperos?

—¡Que el cielo me guarde de esa tentación! —exclamó el detective.

—Aplaudo vuestra respuesta —repuso el príncipe—. Por ser la de un hombre honrado e inteligente. El mundo es muy grande y está lleno de riqueza y belleza, y no hay límite a las recompensas que pueden ofrecerse. El mismo que rechazaría un millón podría vender su honor por un imperio o por el amor de una mujer; y yo mismo, que os hablo, he visto ocasiones tan tentadoras y provocaciones tan irresistibles para la virtud humana que me alegro de haberme cruzado en vuestro camino y de poder encomendarme a la Gracia divina. Gracias a esta costumbre tan modesta y conveniente, usted y yo podemos recorrer esta ciudad sin deshonrar nuestras almas.

—Había oído hablar de vuestro valor —replicó el oficial—, pero ignoraba que fuerais tan sabio y piadoso. Lo que decís es cierto y me habéis conmovido profundamente. En este mundo nos vemos sometidos a toda clase de pruebas.

—Ahora estamos en mitad del puente —dijo Florizel—. Apoyad los codos en el antepecho y mirad. Las pasiones y complicaciones de la vida arrastran la honradez de los débiles igual que el agua que fluye por debajo. Permitid que os cuente una historia.

—Estoy a las órdenes de vuestra Alteza —replicó el hombre.

E, imitando al príncipe, se inclinó sobre el antepecho y se dispuso a escucharle. La ciudad estaba ya sumida en el sueño; de no haber sido por la infinidad de luces y el perfil de los edificios en el cielo estrellado, lo mismo podrían haber estado solos a la orilla de un río en medio del campo.

—Un oficial —empezó el príncipe Florizel—, un hombre digno y valiente, que había ascendido hasta un alto rango por sus propios méritos y se había granjeado no solo admiración sino respeto, visitó en mala hora la colección de un príncipe hindú. Allí vio un diamante de un tamaño y belleza tan deslumbrantes que, desde ese instante, solo tuvo un deseo en la vida: habría sacrificado sin dudarlo el honor, la reputación, la amistad y el amor a la patria con tal de conseguir ese pedazo brillante de cristal. Durante tres años, sirvió a aquel potentado casi bárbaro igual que Jacob a Labán: trazó falsas fronteras, toleró asesinatos, condenó injustamente y ordenó ejecutar a un compañero de armas que tuvo la desgracia de atraerse la aversión del rajá tras tomarse ciertas libertades, y, por último, en un momento de grave peligro para su país, traicionó a sus propios soldados y permitió que los derrotasen y masacraran a miles. Al final, acabó por amasar una inmensa fortuna y se trajo a casa el codiciado diamante.

»Pasan los años —prosiguió el príncipe—, hasta que un día el diamante se extravía por accidente. Cae en manos de un joven sencillo y trabajador, un estudiante, un ministro del Señor, que estaba a punto de emprender una carrera de provecho. También él se deja seducir por su hechizo y lo deja todo, su vocación sagrada y sus estudios, y huye con la joya al extranjero. El oficial tiene un hermano, un hombre astuto, osado y sin escrúpulos, que descubre el secreto del clérigo. ¿Qué hace? ¿Decírselo a su hermano, avisar a la policía? No, también ese hombre ha sucumbido al satánico hechizo, debe conseguirla para él. Aun a riesgo de asesinarlo, droga al joven cura y se hace con su presa. Por fin, tras varias peripecias que no afectan a la moraleja de mi historia, pasa a manos de otro, que, aterrado por lo que ve, se lo entrega a un hombre de alto rango y que está fuera de toda sospecha.

»El oficial se llama Thomas Vandeleur —continuó Florizel—. La piedra es el diamante del rajá. —Abrió de pronto la mano—. Y ahora la veis con vuestros propios ojos. —El oficial dejó escapar un grito y retrocedió—. Hemos hablado de corrupción —dijo el príncipe—. A mí este trozo de cristal brillante me resulta tan odioso como si estuviera lleno de gusanos; tan repulsivo como si lo hubiesen fabricado con sangre inocente. Lo veo en mi mano y sé que brilla con el fuego del infierno. No os he contado más que la centésima parte de su historia, la imaginación tiembla al conjeturar lo sucedido en épocas pasadas, los crímenes y traiciones a los que incitó antaño a los hombres; a lo largo de años y años ha servido fielmente a los poderes del infierno; yo digo que basta ya de sangre, de desdichas, de vidas y amistades rotas, todo tiene un final, tanto el mal como el bien, la pestilencia como la música hermosa, y en cuanto a este diamante, que Dios me perdone si hago mal, pero su imperio concluye esta noche. —El príncipe hizo un repentino movimiento con la mano y la

joya, describiendo un arco de luz, se hundió con un chapoteo en la corriente del río —. Amén —dijo solemnemente Florizel—. ¡He matado un basilisco!

—¡Que Dios me perdone! —gritó el detective—. ¿Qué habéis hecho? Esto será mi ruina.

—Creo —replicó el príncipe con una sonrisa— que mucha gente adinerada de esta ciudad envidiaría vuestra ruina.

—¡Ay, alteza! —dijo el oficial—. ¿Así que al final me habéis corrompido?

—Por lo visto, no había otro remedio —replicó Florizel—. Y ahora vayamos a la Prefectura.

Poco después se celebró en la mayor intimidad la boda de Francis Scrymgeour y la señorita Vandeleur y el príncipe hizo de padrino. Los dos Vandeleur oyeron rumores sobre lo ocurrido con el diamante y sus aparatosas operaciones de buceo en el río Sena son el asombro y la diversión de los ociosos. Cierto que, por algún error de cálculo, han escogido un tramo equivocado del río. En cuanto al príncipe, ese sublime personaje, una vez cumplido su deber, puede desaparecer, en compañía del *autor árabe*, arrastrado por la locura del mundo. Pero si el lector insiste en saber algo más concreto, me alegra decir que una reciente revolución le hizo perder el trono de Bohemia, debido a lo prolongado de su ausencia y a su edificante descuido de los asuntos públicos, y que su Alteza regenta ahora un estanco en Rupert Street, muy frecuentado por otros refugiados extranjeros. Voy allí de vez en cuando a fumar un cigarro y a charlar un poco, y lo encuentro un personaje tan grande como en sus días más prósperos: tiene un aspecto olímpico detrás de su mostrador y, aunque la vida sedentaria empieza a notársele en la talla del chaleco, sigue siendo con mucho el estanquero más apuesto de Londres.

EL PABELLÓN DE LAS DUNAS

Dedicado a D. A. S.
en recuerdo de los días pasados cerca de Fidra

1

En el que se cuenta cómo acampé junto al mar, en el bosque de Graden, y vi una luz en el pabellón

De joven fui un gran solitario. Me enorgullecía quedarme al margen y estar a mi aire, y puede decirse que no tuve ni amigos ni conocidos hasta que conocí a la que acabó convirtiéndose en mi mujer y en la madre de mis hijos. Tan solo con un hombre tuve algún trato: con el caballero R. Northmour, de Graden Easter, en Escocia. Nos habíamos conocido en la universidad y, a pesar de no tener mucho en común ni gozar de demasiada confianza, compartíamos ciertas semejanzas de carácter que nos permitieron relacionarnos sin dificultad. Nos creíamos unos misántropos, aunque luego he pensado que quizá fuéramos solo hoscos. Y apenas podía hablarse de camaradería, sino de coexistencia entre dos seres insociables. El temperamento extraordinariamente violento de Northmour le hacía casi imposible relacionarse con nadie más que yo, e igual que él soportaba mis hábitos taciturnos y me dejaba ir y venir a mi antojo, yo toleraba su presencia sin complicaciones. Creo que nos teníamos por amigos.

Cuando Northmour se licenció y yo decidí dejar la universidad sin hacerlo, me invitó a pasar una larga temporada en Graden Easter, y así fue como llegué por primera vez al escenario de mis aventuras. La mansión Graden ocupaba una franja desolada de terreno a unos cinco kilómetros del mar del Norte. Era tan grande como un cuartel, y, como la habían construido con una piedra blanda y fácil de erosionar por la brisa marina, por dentro era húmeda y propensa a las corrientes de aire y por fuera estaba casi en ruinas. Era imposible que dos jóvenes se alojaran con comodidad en una casa semejante. Sin embargo, en la parte norte de la finca, en medio de un sinfín de colinas herbosas y dunas batidas por el viento había, entre el mar y un bosquecillo, un pequeño pabellón o belvedere de diseño moderno que se ajustaba a la perfección a nuestras necesidades; y en aquel retiro Northmour y yo pasamos cuatro tormentosos meses invernales, casi sin hablar, leyendo mucho y sin vernos más que a la hora de las comidas; sin embargo, una noche de marzo estalló entre nosotros una disputa que hizo necesaria mi partida. Recuerdo que Northmour me habló en tono desabrido y supongo que mi respuesta debió de ser también bastante sarcástica. Saltó de la silla y me agarró, tuve que luchar, no exagero, por mi vida, y, solo tras ímprobos

esfuerzos, pude dominarlo, pues era casi tan fuerte como yo y parecía poseído por el mismo demonio. A la mañana siguiente nos saludamos como si no hubiera pasado nada, pero a mí me pareció mejor marcharme y él no trató de disuadirme.

Transcurrieron nueve años antes de que volviese a visitar aquellos parajes. En esa ocasión viajaba con una carreta entoldada, una tienda de campaña y un infiernillo: de día iba de aquí para allá junto a la carreta y, de noche, siempre que era posible, dormía como los gitanos en una cueva en las montañas, o en el lindero del bosque. Creo que visité así casi todas las regiones abruptas y desoladas de Inglaterra y Escocia, y, como no tenía ni amigos ni parientes, no recibía mucha correspondencia y carecía de domicilio fijo, aparte de la oficina de los abogados donde cobraba mis rentas dos veces al año. Me gustaba mucho aquella vida y estaba convencido de que me haría viejo recorriendo caminos y moriría por fin en alguna cuneta.

Mi única preocupación era encontrar lugares despoblados donde poder acampar sin miedo a que me molestasen; de ahí que, al pasar cerca de la comarca, recordara de pronto el pabellón de las dunas. En cinco kilómetros a la redonda no pasaba por allí ningún camino. La ciudad más próxima, un sencillo pueblo de pescadores, estaba a diez o doce. Aquella franja de terreno desolado se extendía junto al mar a lo largo de unos quince kilómetros, con una anchura que oscilaba entre los cinco y los tres. En la playa, que era la forma de acceso natural, abundaban las arenas movedizas. De hecho, podría decirse que no hay mejor escondite en todo el Reino Unido. Resolví pasar una semana junto al mar en el bosquecillo de Graden Easter, y, tras una larga jornada, llegué allí al atardecer de un tormentoso día de septiembre.

Ya he dicho que la región está cubierta de arenales y esas dunas fijas, más o menos cubiertas de hierba, que los escoceses llaman *links*. El pabellón se erigía en un lugar llano y, justo detrás, empezaba el bosque con un seto de saúcos apiñados por el viento; por delante, unas cuantas dunas medio desmoronadas se interponían entre él y el mar. Un saliente en la roca había formado un bastión que retenía la arena, de modo que formaba un promontorio en la costa entre dos bahías poco profundas; más allá de la línea de la marea, la roca sobresalía en el agua y formaba un islote de pequeñas dimensiones y forma muy extraña. Las arenas movedizas cubrían una gran extensión de terreno durante la bajamar, y eran temidas en la región. Cerca de la orilla, entre el islote y el promontorio, se decía que podían tragarse a un hombre en cuatro minutos y medio, aunque tanta precisión tal vez no estuviera del todo justificada. En la zona abundaban los conejos y era también refugio de las gaviotas, cuyos chillidos se oían por doquier en el pabellón. Los días de verano la vista era deslumbrante e incluso alegre, pero al atardecer de un día de septiembre de mucho viento y con las olas rompiendo junto a las dunas, el lugar no evocaba más que naufragios y marinos muertos. Un barco que se balanceaba en el horizonte y los restos de un pecio semienterrado en la arena a mis pies contribuían a completar aquella sensación.

El pabellón, que había sido construido por el último propietario, el tío de Northmour, una especie de diletante algo necio y despilfarrador, no acusaba el paso

del tiempo. Tenía dos pisos de altura, era de estilo italiano y estaba rodeado por un jardín en el que no habían prosperado más que unas pocas flores silvestres; con los postigos cerrados parecía, no una casa deshabitada, sino una que no hubiera sido habitada nunca. Obviamente Northmour no estaba allí, y era imposible saber si habría ido, como tenía por costumbre, a rumiar su malhumor en el camarote de su yate o a hacer una de sus raras y caprichosas apariciones en sociedad. El lugar traslucía una soledad que impresionó incluso a un solitario como yo: el viento aullaba en las chimeneas con un sonido extraño y quejumbroso, y cuando empujé mi carro para internarme en la linde del bosque experimenté la misma sensación de alivio de quien entra en una casa.

El bosque de Graden lo habían plantado para proteger los cultivos de detrás, y para contener el avance de la arena que empujaba el viento. A medida que uno se internaba en él desde la costa, los saúcos iban dando paso a otros recios arbustos de madera nudosa y retorcida por una vida dura: aquellos árboles estaban acostumbrados a resistir las largas noches de tormenta invernales, y a principios de la primavera ya se les volaban las hojas y empezaba el otoño en el bosque. Hacia el interior, el terreno formaba un pequeño altozano que, junto con el islote, servía de punto de referencia para los marineros. Cuando el altozano quedaba al norte del islote, los barcos debían virar al este para evitar los bajíos de Graden y los remolinos Graden. Un riachuelo corría entre los árboles en la parte más baja, y las hojas muertas y el barro que arrastraba hacían que se embalsara aquí y allá y formara charcas de agua estancada. Había varias edificaciones en ruinas dispersas por el bosque; según Northmour, eran albergues eclesiásticos que, en otro tiempo, habían servido de refugio a piadosos ermitaños.

Encontré un hueco donde manaba un manantial de agua pura y, después de limpiarlo de zarzas, planté en él la tienda y encendí un fuego para prepararme la cena. Dejé al caballo atado un poco más lejos en un calvero donde crecía la hierba. Las paredes de mi refugio no solo ocultaban la luz de la hoguera, sino que me protegían del viento, que era frío y soplaba con fuerza.

Aquella vida me había hecho recio y frugal. Tan solo bebía agua y casi nunca comía nada que no fueran gachas de avena; necesitaba tan pocas horas de sueño que, aunque me levantaba al despuntar el día, con frecuencia me quedaba despierto contemplando las noches oscuras o estrelladas. Por eso, aunque me dormí agradecido hacia las ocho de la tarde, volví a despertarme antes de las once, en plena posesión de mis facultades y sin la menor sensación de cansancio o fatiga. Me levanté y me senté junto al fuego, a observar los árboles y las nubes que se acumulaban y perseguían tumultuosamente en el cielo, y escuchar el viento y las olas en la orilla; hasta que por fin, harto de no hacer nada, salí de mi refugio y anduve hacia el borde del bosque. La luna creciente, envuelta en niebla, iluminaba vagamente mis pasos, y su luz se fue haciendo más brillante a medida que me acercaba a las dunas. Al mismo tiempo, el

viento, cargado de partículas de arena y del olor de sal del mar abierto, me golpeó con fuerza y me hizo agachar la cabeza.

Cuando volví a levantarla para ver por dónde seguir, reparé en que había una luz en el pabellón. No estaba quieta, sino que pasaba de una ventana a otra, como si alguien estuviera inspeccionando las habitaciones a la luz de una lámpara o una vela. La estuve observando unos segundos con enorme sorpresa. A mi llegada la tarde anterior, la casa estaba claramente deshabitada y ahora era evidente que estaba ocupada. Al principio pensé que tal vez se hubieran colado unos ladrones y estuvieran saqueando los abundantes y bien surtidos armarios de Northmour. Pero ¿qué habría llevado a unos ladrones hasta Graden Easter? Además, todos los postigos estaban abiertos y tales caballeros acostumbran más bien a cerrarlos. Descarté la idea y pensé en otra posibilidad. Debía de ser Northmour quien había llegado a la casa y estaba aireando e inspeccionando el pabellón.

Ya he dicho que no nos teníamos verdadero afecto, pero me había acostumbrado tanto a la soledad que, aunque lo hubiera amado como a un hermano, habría evitado su compañía. Así que me di la vuelta y eché a correr y sentí una gran satisfacción cuando me vi de nuevo a salvo junto al fuego. Había esquivado a un conocido; podría dormir otra noche tranquilo. Por la mañana, podría o bien escabullirme cuando Northmour estuviese fuera, o hacerle una visita tan breve como quisiera.

Sin embargo, cuando amaneció, la situación me pareció tan divertida que olvidé mis primeras reticencias. Northmour estaba a mi merced: decidí gastarle una broma, aunque sabía de sobra que no era hombre con quien se pudiera bromear sin correr riesgos; y riéndome por anticipado, me aposté entre los saúcos al borde del bosque, desde donde se dominaba la puerta del pabellón. Habían vuelto a cerrar los postigos, circunstancia que recuerdo que me extrañó un poco, y la casa con sus paredes encaladas y sus persianas venecianas parecía muy pulcra y habitable a la luz de la mañana. Pasaron varias horas y ni rastro de Northmour. Yo sabía que era muy perezoso por las mañanas, pero al acercarse el mediodía empecé a perder la paciencia. A decir verdad, había dado por sentado que esa mañana desayunaría en el pabellón y empezaba a tener un hambre canina. Era una pena dejar pasar la oportunidad de burlarme de él, pero prevaleció el apetito más vulgar y salí a regañadientes del bosque.

A medida que me acercaba, el aspecto de la casa me fue llenando de aprensión. Parecía no haber cambiado desde la noche pasada, y yo contaba, sin saber muy bien por qué, con encontrar algún indicio externo de que estaba habitada. Pero no: los postigos estaban atrancados, no salía humo por la chimenea, y la puerta principal estaba cerrada con llave y candado. La conclusión lógica y necesaria era que Northmour había entrado por la puerta de atrás, así que comprenderán mi sorpresa cuando, al rodear la casa, descubrí que la puerta trasera estaba cerrada como la otra.

Enseguida volví a pensar en mi teoría de los ladrones, y me culpé por no haber hecho nada la noche anterior. Inspeccioné las ventanas del piso de abajo, pero no

encontré ninguna que hubiera sido forzada; comprobé los candados de las puertas, pero los dos estaban cerrados. El problema ahora era saber cómo habían accedido los ladrones —si es que eran ladrones— al interior de la casa. Debían de haber entrado, pensé, por el tejado del cobertizo donde Northmour guardaba su instrumental fotográfico, y desde allí, o bien por la ventana del estudio, o por la de mi antiguo dormitorio.

Seguí su supuesto ejemplo y, después de subir al tejado, comprobé los postigos de las dos habitaciones. Ambos estaban cerrados, pero no quise darme por vencido, hice un poco de fuerza y conseguí abrir uno de ellos, aunque me arañé el dorso de la mano. Recuerdo que me llevé el rasguño a la boca y me quedé allí medio minuto lamiéndomelo como un perro y contemplando distraído las dunas desiertas y el mar, y que, en ese rato, reparé en una goleta que había unas pocas millas al nordeste. Luego abrí la ventana y trepé dentro.

Recorrí toda la casa, y nada podría expresar mi extrañeza. No había señales de desorden, sino que, por el contrario, todas las habitaciones estaban muy pulcras y limpias. Había leña en las chimeneas, que estaban listas para encender el fuego; tres dormitorios preparados con un lujo nada propio de Northmour, con agua en los aguamaniles, y las camas hechas; mesa para tres en el comedor y un amplio surtido de carnes frías, caza y verduras en los estantes de la despensa. Estaba claro que esperaban invitados, pero ¿por qué iba a tener invitados Northmour, que tanto odiaba la sociedad? Y, sobre todo, ¿por qué habían hecho a hurtadillas todos los preparativos en plena noche?, ¿y por qué estaban los postigos atrancados y las puertas cerradas?

Borré cualquier rastro de mi visita y volví a salir por la ventana más sereno y preocupado.

La goleta seguía todavía en el mismo sitio, y por un momento se me pasó por la cabeza que pudiera ser el *Red Earl* y llevara a bordo al dueño del pabellón y a sus invitados. Pero la proa del barco apuntaba en dirección opuesta.

2

En el que se narra el desembarco nocturno del yate

Volví a mi madriguera para cocinarme un poco de comida, pues estaba muerto de hambre, y a atender al caballo, del que apenas había cuidado esa mañana. Cada cierto tiempo volví a la linde del bosque, pero no aprecié cambio alguno en el pabellón, y no vi un alma entre las dunas. La goleta de la bahía era el único indicio de vida que se divisaba. Al parecer, ponía proa a tierra o al mar indistintamente o se quedaba al pairo sin objeto aparente, pero al caer la tarde se fue acercando a tierra. Me convencí de que llevaba a bordo a Northmour y sus amigos y de que probablemente desembarcarían de noche, no solo por el secreto de los preparativos de la noche

anterior, sino porque antes de las once la marea no habría subido lo bastante para cubrir Graden Floe y las demás ciénagas que protegían la orilla de los invasores.

El viento había ido amainando a lo largo del día y el mar también se había calmado, pero al atardecer volvió a empeorar. La noche se puso negra como la boca del lobo. El viento llegaba racheado del mar como descargas de artillería, de vez en cuando caía algún chubasco y las olas rompían con más fuerza con la marea creciente. Estaba en mi observatorio entre los saúcos cuando izaron una luz al mástil de la goleta y pude comprobar que estaba más cerca que la última vez que la había visto al caer el sol. Supuse que aquello debía de ser una señal para los compinches de Northmour en tierra y me interné entre las dunas en busca de una respuesta.

A lo largo del lindero corría un estrecho camino que constituía la vía de comunicación más directa entre el pabellón y la mansión, y, al mirar hacia ese lado, vi una luz, a menos de medio kilómetro de distancia, que se acercaba muy deprisa. Por lo mucho que se movía, daba la impresión de ser una linterna llevada por alguien que seguía las revueltas del camino y a quien, de vez en cuando, hacían tambalear, e incluso obligaban a detenerse, las ráfagas más violentas. Volví a ocultarme entre los saúcos y esperé ansioso el avance del recién llegado. Resultó ser una mujer, y, cuando pasó a menos de media vara de mi escondrijo, pude reconocer sus rasgos: el cómplice de Northmour en aquel misterioso asunto era la vieja niñera sordomuda que había cuidado de él en su infancia.

La seguí a corta distancia aprovechando los innumerables huecos y recovecos, oculto por la oscuridad y favorecido no solo por la sordera de la niñera, sino por el rugido del viento y las olas. Entró en el pabellón, se fue directa al piso de arriba, abrió una de las ventanas que miraban al mar y colocó en ella una luz. Inmediatamente después arriaron la luz del mástil y la apagaron. Ya había cumplido su misión y los de a bordo estaban seguros de que les estaban esperando. La anciana siguió con los preparativos: aunque todos los demás postigos siguieron cerrados, distinguí un resplandor que iba y venía por toda la casa y unas chispas que salieron por las chimeneas me indicaron que estaba encendiendo los fuegos.

Ahora estaba convencido de que Northmour y sus invitados desembarcarían en cuanto las ciénagas estuvieran cubiertas de agua. Hacía muy mala noche para emplear los botes, y sentí cierta alarma mezclada de curiosidad al pensar en los peligros del desembarco. Yo ya conocía la excentricidad de mi antiguo amigo, pero esto tenía unos tintes cada vez más lúgubres e inquietantes. Esa mezcla de sentimientos me llevó hacia la playa, donde me oculté en una hondonada que había a unos dos metros del sendero que conducía al pabellón. Desde allí podría observar a los recién llegados, y, en caso de que fuesen conocidos, saludarles en cuanto desembarcasen.

Poco antes de las once, cuando la marea todavía estaba peligrosamente baja, la linterna de un bote apareció muy cerca de la orilla; al fijarme divisé otro, todavía mar adentro, que las olas sacudían con violencia hasta ocultarlo a veces por completo. El tiempo, que estaba empeorando a medida que avanzaba la noche, y la peligrosa

situación del yate en una costa de sotavento debían de haberles impulsado a intentar el desembarco lo antes posible.

Poco después, cuatro tripulantes del yate cargados con un arcón muy pesado y guiados por un quinto que llevaba una linterna pasaron muy cerca de donde yo estaba y llegaron al pabellón donde les esperaba la vieja para abrirles la puerta. Luego volvieron a la playa y pasaron por tercera vez delante de mí con otro arcón, más grande, pero al parecer no tan pesado como el anterior. Repitieron el viaje una tercera vez: en esta ocasión uno de los del yate llevaba una maleta de cuero y los otros un baúl de señora y una bolsa de viaje. Mi curiosidad aumentó. Si entre los huéspedes de Northmour había una mujer, supondría tal cambio en sus costumbres y semejante apostasía de sus teorías de la vida, que no podía sino llenarme de sorpresa. Cuando los dos vivíamos allí, el pabellón había sido un templo de misoginia. Y ahora iba a instalarse bajo su techo un miembro del sexo aborrecido. Recordé algunos pormenores, unos detalles de delicadeza y casi de coquetería que me habían sorprendido el día anterior mientras espiaba los preparativos en la casa: ahora estaba claro su propósito, y me reproché no haberlo imaginado desde el primer momento.

Cuando estaba ocupado en esos pensamientos, una segunda linterna se acercó desde la playa. La llevaba otro tripulante del yate a quien yo no había visto y que conducía a otras dos personas al pabellón. Eran sin duda los huéspedes para quien habían preparado la casa y, aguzando la vista y el oído, me dispuse a observarlos cuando pasaran. Uno era un hombre muy alto con un sombrero de viaje calado sobre los ojos y una capa escocesa abotonada hasta arriba y con el cuello levantado para que le ocultase la cara. Lo único que se podía colegir de su aspecto era su extraordinaria estatura y que andaba con paso vacilante y muy encorvado. A su lado, agarrada a él o sirviéndole de apoyo —no pude precisar si era una cosa o la otra—, distinguí la figura de una mujer joven, alta y delgada. Parecía muy pálida, pero a la luz de la linterna su rostro estaba tan desfigurado por las negras y cambiantes sombras, que lo mismo podía haber sido fea como un demonio o tan hermosa como resultó ser después.

Cuando estaban casi a mi altura, la chica hizo una observación que ahogó el ruido del viento.

—¡Chitón! —dijo su acompañante en un tono que me hizo estremecer y me dejó sobrecogido: parecía salido de un pecho embargado por un terror indescriptible, nunca he oído sílabas tan expresivas, y todavía hoy las oigo cuando paso alguna noche febril y mi imaginación rememora los viejos tiempos.

El hombre se volvió hacia la chica al hablarle y pude vislumbrar una barba pelirroja y una nariz rota que parecía haber sido rota en la juventud, y unos ojos claros que daban la sensación de brillar en su rostro bajo una fuerte y desagradable impresión.

Los dos pasaron de largo y cruzaron a su vez la puerta del pabellón.

Uno por uno o en grupos los marineros volvieron a la playa. El viento me trajo el sonido de una voz ruda que gritaba «¡Largad!». Luego, tras una pausa, vi acercarse otra linterna. Era Northmour, que llegaba solo.

Mi mujer y yo, un hombre y una mujer, a menudo coincidimos en preguntarnos cómo alguien podía ser, al mismo tiempo, tan apuesto y repulsivo como Northmour. Tenía el aspecto de un caballero cabal, su rostro evidenciaba su inteligencia y su valentía, pero bastaba con mirarlo una vez, incluso cuando estaba de mejor humor, para darse cuenta de que tenía el temperamento de un capitán negrero. Nunca he conocido a nadie tan atrabiliario y vengativo: en él se combinaban la vivacidad meridional con el odio tenaz y mortífero de los septentrionales, y ambos rasgos estaban escritos bien a las claras en su rostro como una especie de señal de peligro. Era alto, fuerte y dinámico; tenía el cabello y la tez muy oscuros; sus facciones eran agradables aunque distorsionadas por lo torvo de su gesto.

En ese momento estaba algo más pálido de lo normal, tenía el ceño fruncido y los labios apretados y al andar miraba con recelo a un lado y a otro, como un hombre acosado por las preocupaciones. No obstante, me pareció percibir en él un gesto de triunfo, como si hubiese hecho ya mucho y estuviese cerca del final de alguna empresa.

En parte por delicadeza —reconozco que un tanto tardía— y en parte por el placer de sorprender a un conocido, quise darle a conocer mi presencia cuanto antes.

Me puse de pronto en pie y le salí al paso.

—¡Northmour! —dije.

En toda mi vida jamás me he llevado un susto semejante: saltó sobre mí sin decir una palabra, algo brilló en su mano y trató de acuchillarme en el corazón con una daga. Le di un puñetazo y lo tumbé patas arriba. Ignoro si fue mi rapidez o su propia incertidumbre, pero el caso es que la hoja solo me arañó el hombro, aunque la empuñadura me golpeó con fuerza en la boca.

Hui, pero no muy lejos. Muchas veces había apreciado las ventajas de las dunas para emboscarse, avanzar y escapar de forma furtiva, y, a menos de diez metros de la escena de la pelea, volví a tumbarme entre la hierba. La linterna se había apagado al caerse. Sin embargo, ¡cuál no sería mi sorpresa al ver a Northmour echar a correr y entrar a toda prisa en el pabellón, y oírle atrancar la puerta entre el ruido metálico de los cerrojos!

No me había perseguido. Había salido huyendo. Northmour, a quien yo sabía implacable y audaz, ¡había salido huyendo! Apenas podía dar crédito a mis ojos, y eso que en un asunto tan extraño, donde todo era inverosímil, no podía uno asombrarse de nada. ¿Por qué habían preparado en secreto el pabellón? ¿Por qué había desembarcado Northmour con sus invitados de noche en plena tormenta y con las ciénagas apenas cubiertas de agua? ¿Por qué había intentado matarme? ¿Es que no había reconocido mi voz? Y, sobre todo, ¿por qué llevaba un cuchillo en la mano? Una daga o un cuchillo parecían un anacronismo en la época en que vivimos, y no es

normal que un caballero que desembarca de su yate en una playa de su propiedad, aunque sea de noche y bajo circunstancias misteriosas, se pasee por ahí dispuesto a tener un mortífero encuentro. Cuanto más lo pensaba más me hundía en un mar de dudas. Recapitulé los elementos del misterio, contándolos con los dedos: el pabellón preparado a escondidas para los huéspedes; los invitados que desembarcaban con grave riesgo de sus vidas y poniendo en peligro el yate; el evidente, y en apariencia injustificado, terror que embargaba al menos a uno de los invitados; el que Northmour llevase un arma desenfundada en la mano; el que hubiese tratado de acuchillar a su amigo más íntimo; y, por último, lo más extraño de todo, que hubiese huido del hombre a quien había tratado de apuñalar y se hubiera refugiado, como un animal perseguido, tras la puerta del pabellón. Había al menos seis motivos distintos que movían a la sorpresa, todos igual de relevantes y que juntos formaban una trama coherente. Casi me avergonzó dar crédito a mis sentidos.

Mientras estaba allí sumido en la perplejidad, el dolor me recordó las heridas recibidas en la pelea, de modo que di un rodeo entre las dunas por un sendero lateral y volví al abrigo del bosque. De camino, la vieja niñera volvió a pasar a pocos metros de donde yo estaba, cargada todavía con su linterna, de regreso a la mansión de Graden. Eso añadía un séptimo motivo de sospecha. Al parecer, Northmour y sus invitados iban a cocinar y a hacer la limpieza ellos mismos, mientras la anciana seguía viviendo en el viejo cuartel vacío rodeado de jardines. Debían de tener mucho que ocultar si estaban dispuestos a sufrir tantas incomodidades.

Dándole vueltas al asunto, me dirigí a mi guarida. Para mayor seguridad, apagué los rescoldos del fuego y encendí la linterna para examinarme la herida del hombro. Era un rasguño sin importancia, aunque sangraba mucho, y me la curé como mejor pude (pues estaba en un sitio de difícil acceso) con una venda y el agua fría del manantial. Mientras lo hacía, maldije mentalmente a Northmour y me prometí averiguar su secreto. No soy hombre vengativo y creo que en el fondo sentía más curiosidad que resentimiento. Pero estaba decidido a llegar al fondo del asunto y para prepararme saqué mi revólver, extraje las balas, lo limpié y volví a cargarlo con mucho cuidado. Luego me acordé del caballo. Podía soltarse, o ponerse a relinchar, y delatar así mi presencia en el bosque. Decidí librarme de él, y mucho antes de que amaneciera ya lo estaba llevando por las dunas hacia el pueblecito de pescadores.

3

En el que se cuenta cómo conocí a mi mujer

Pasé dos días oculto entre las dunas y merodeando por los alrededores del pabellón. Me convertí en un experto en esas tácticas. Aquellos promontorios y hondonadas que se sucedían unos a otros se convirtieron en un velo impenetrable para mi

emocionante, aunque tal vez deshonrosa, ocupación. No obstante, a pesar de contar con aquella ventaja, poco pude averiguar de Northmour y sus invitados.

Por la noche, al amparo de la oscuridad, la anciana les llevaba provisiones de la mansión. Northmour y la joven, a veces juntos, pero casi siempre por separado, paseaban una hora o dos por la playa junto a las arenas movedizas. Deduje que habían escogido aquel lugar a fin de ocultar su presencia, pues estaba abierto solo al mar. Sin embargo, a mí también me servía, pues las dunas más altas y accidentadas estaban justo al lado y desde allí, oculto en algún hueco, podía vigilar a Northmour o a la joven mientras paseaban.

El hombre alto parecía haber desaparecido. No solo no cruzaba nunca el umbral de la casa, sino que ni siquiera se asomaba nunca a la ventana, al menos que yo viera, pues de día no me atrevía a acercarme demasiado, ya que desde el último piso se divisaba la base de las dunas, y de noche, cuando podía acercarme más, las ventanas de abajo estaban atrancadas como para resistir un asedio. A veces, pensaba que el hombre alto debía de estar en cama, pues recordaba su paso vacilante, y en otras ocasiones pensaba que se había ido y solo Northmour y la joven seguían en el pabellón. La idea, incluso entonces, me desagradaba.

Tanto si aquella pareja eran marido y mujer como si no, tenía sobrados motivos para dudar de la cordialidad de su relación. Aunque no podía oír lo que decían y pocas veces distinguí con claridad sus semblantes, percibía incluso desde tan lejos una rigidez en su porte que revelaba cierta desconfianza o incluso enemistad. La chica andaba más deprisa cuando estaba con Northmour que cuando estaba sola, y yo imaginaba que, de haber sentido alguna inclinación el uno por el otro, habrían ido más despacio y no más rápido. Además, ella andaba siempre a un metro de distancia de su acompañante e interponía su paraguas a modo de barrera entre los dos. Northmour trataba de acercarse y la chica, al apartarse, seguía una trayectoria en diagonal que, de haberse prolongado mucho rato, los habría llevado hasta el agua. Cuando estaba a punto de ocurrir, la chica cambiaba de sitio y dejaba a Northmour entre ella y el mar. Por mi parte, yo observaba aquellas maniobras con aprobación y me reía para mis adentros.

A la mañana del tercer día, estuvo paseando sola un rato y yo reparé, con gran preocupación, en que rompía a llorar varias veces. Ya imaginarán que mi corazón estaba más interesado de lo que pensaba. Se movía con gracilidad y alzaba la cabeza con una elegancia inimaginable, cada uno de sus pasos era digno de ver y toda su persona parecía emanar dulzura y distinción.

Hacía un día muy agradable, casi sin viento; lucía el sol y el mar también estaba en calma. Había algo estimulante y vigoroso en el aire que, contrariamente a su costumbre, la tentó a dar un segundo paseo. En esta ocasión la acompañó Northmour y ambos llevaban un rato en la playa cuando vi cómo la cogía por la fuerza del brazo. Ella luchó por desasirse y soltó un grito que fue casi un chillido. Yo me puse en pie de un salto, sin pensar en lo delicado de mi situación, pero antes de que diera un paso,

vi que Northmour se descubría y hacía una profunda reverencia, como si se disculpara, así que volví a ocultarme en mi escondrijo. Intercambiaron unas palabras, y luego, con otra reverencia, se marchó de la playa y volvió al pabellón. Pasó muy cerca de donde yo estaba y pude verlo con el rostro encendido, humillado y golpeando salvajemente la hierba con el bastón. No sin satisfacción, reconocí las huellas de mi puño en un gran corte y un considerable cardenal que tenía debajo del ojo derecho.

La chica se quedó un rato donde la había dejado, mirando hacia el islote y el luminoso mar. Luego, con un encogimiento de hombros, como quien se quita una preocupación de encima y hace acopio de energía, empezó a andar a paso rápido y decidido. Ella también estaba indignada por lo ocurrido. Había olvidado donde estaba. Y vi que iba directa a la parte más abrupta y peligrosa de las arenas movedizas. Dos o tres pasos más y su vida habría corrido un serio peligro, así que me deslicé por la falda de la duna que estaba casi cortada a pico y eché a correr hacia ella gritándole que se detuviera.

Así lo hizo, y se dio la vuelta. No había aprensión ni temor en su comportamiento y avanzó sin dudarlo hacia mí majestuosa como una reina. Salvo por el pañuelo egipcio que llevaba alrededor de la cintura, yo iba descalzo y vestido como un vulgar marinero, y probablemente me tomara por algún pescador del pueblo que había ido allí en busca de cebo. Al verla delante de mí, con sus ojos firmes y dominantes clavados en los míos, me embargaron la admiración y la sorpresa y me pareció aún más hermosa que antes. No imaginaba que nadie pudiera actuar con tanta audacia y conservar al tiempo un recato tan pudoroso y encantador, pues mi mujer conservó toda su vida una anticuada corrección en sus modales…, cosa excelente en una mujer, puesto que realza el valor de su trato más familiar.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Ibais directa al Graden Floe —le expliqué.

—No sois de por aquí —insistió ella—. Habláis como un hombre instruido.

—Me precio de serlo —respondí yo—, aunque vaya vestido de esta guisa.

Pero su mirada femenina había reparado en mi faja.

—¡Oh! —dijo—, vuestra faja os delata.

—Ya que habláis de delatar —contesté—. ¿Puedo pediros que no me delatéis? Me he dejado ver tan solo por causa vuestra, pero si Northmour supiera de mi presencia, podría ser muy desagradable.

—¿Sabéis con quién estáis hablando? —preguntó.

—¿No sois la mujer del señor Northmour? —pregunté a modo de respuesta.

Ella negó con la cabeza, mientras escrutaba mi rostro con embarazosa intensidad. Luego exclamó:

—Tenéis un rostro honesto. Haced honor a vuestro rostro, señor, y decidme qué queréis y de qué tenéis miedo. ¿Acaso pensáis que puedo haceros daño? ¡Creo que sois vos quien podríais hacérmelo a mí! Y, sin embargo, no parecéis mala persona.

¿Qué pretende un caballero como vos al merodear como un espía por este lugar desolado? Decidme —insistió—, ¿a quién odiáis?

—No siento odio por nadie —respondí—, ni tampoco le tengo miedo a nadie cara a cara. Me llamo Cassilis, Frank Cassilis. Llevo una vida de vagabundo porque así me place. Soy uno de los amigos más antiguos de Northmour, y, hace tres noches, cuando le saludé en estas mismas dunas, me apuñaló en el hombro con un cuchillo.

—¡Fuisteis vos! —dijo.

—Ignoro —continué yo, sin reparar en la interrupción— por qué lo hizo y lo cierto es que tampoco tengo mayor interés en saberlo. No tengo muchos amigos, ni pongo mucha fe en la amistad, pero nadie me echará de ningún sitio por el terror. Había acampado en el bosque de Graden antes de que él llegara y allí sigo. Si creéis que puedo ser un peligro para vos o los vuestros, la solución está en vuestra mano. Contadle que estoy acampado en Hemlock Den, y esta noche podrá apuñalarme tranquilamente mientras duermo.

Dicho lo cual, me quité la gorra y volví a internarme entre las dunas. No sé por qué, pero me parecía estar siendo víctima de una terrible injusticia y me sentía como un héroe y un mártir, aunque, de hecho, no tenía nada que alegar en mi defensa, ni siquiera una razón creíble que justificara mi conducta. Me había quedado en Graden por una curiosidad natural, pero indigna; y, aunque empezaba a vislumbrar otro motivo, no podía explicárselo a quien me había robado el corazón.

La verdad es que esa noche no pude dejar de pensar en ella; y, aunque su conducta y su situación eran de lo más equívoco, no pude convencerme de su falta de integridad. Habría apostado la vida a que estaba libre de culpa, y a que, aunque entonces todo me pareciera tan turbio, la explicación del misterio demostraría que había desempeñado un papel justo y necesario en los acontecimientos. Cierto que, por mucho que forzase la imaginación, no lograba inventar una teoría capaz de explicar su relación con Northmour, pero eso no me hizo dudar lo más mínimo de mis conclusiones porque estaban fundadas en el instinto y no en la razón, y puede decirse que esa noche me dormí sin quitármela de la cabeza.

Al día siguiente, volvió a salir sola a la misma hora, y, en cuanto las dunas la ocultaron del pabellón, se acercó al borde y empezó a llamarme en voz baja. Me sorprendió comprobar que estaba mortalmente pálida y, al parecer, bajo los efectos de una gran tensión.

—¡Señor Cassilis! —gritó—, ¡señor Cassilis! —Yo acudí en el acto y bajé de un salto a la playa. Una expresión de alivio dominó su semblante en cuanto me vio—. ¡Oh! —gritó con voz áspera, como quien acaba de quitarse un peso de encima—. ¡Gracias a Dios que estáis bien! Estaba segura de que, si no os pasaba nada, vendríais aquí. —¿No es sorprendente? La Naturaleza nos prepara tan sabia y rápidamente para una intimidad que ha de durar toda una vida, que mi mujer y yo habíamos tenido el mismo presentimiento al segundo día de conocernos: yo había deseado que viniera a mi encuentro, y ella había estado segura de encontrarme—. No os quedéis más aquí.

Prometedme que no volveréis a dormir en ese bosque. No sabéis cómo he sufrido, la noche pasada no pude pegar ojo de pensar en el peligro que corríais.

—¿Peligro? —repetí—. ¿Peligro por parte de quién? ¿De Northmour?

—Claro que no —dijo—. ¿Pensabais que iba a decirle algo, después de lo que me contasteis?

—¿No se trata de Northmour? —insistí—. Entonces, ¿de quién? No veo que tenga que temer a nadie.

—No preguntéis más —replicó—, no puedo explicároslo. Pero creedme, y marchaos, creedme y marchaos de aquí cuanto antes, ¡es cuestión de vida o muerte!

Tratar de asustar a un joven impetuoso nunca ha sido un buen modo de librarse de él. Mi obstinación creció con aquellas palabras, y decidí que quedarme era una cuestión de honor. Su preocupación por mi seguridad no hizo sino confirmar mi resolución.

—No quisiera pecar de indiscreto —respondí—, pero si Graden es un sitio tan peligroso, quizá vos también corráis peligro al quedaros. —Ella me miró con un gesto de reproche—. Vuestro padre y vos… —proseguí, pero ella me interrumpió boquiabierta.

—¡Mi padre! ¿Cómo sabéis eso? —gritó.

—Os vi juntos el día que desembarcasteis —dije, y no sé por qué, pero esa respuesta, que por otra parte era cierta, nos pareció satisfactoria a ambos—. Pero no debéis temer nada de mí. Veo que tenéis alguna razón para ocultaros, y, podéis creerme, vuestro secreto está tan a salvo conmigo como si estuviese en Graden Floe. Apenas he hablado con nadie desde hace años, mi caballo es mi única compañía y el pobre animal ni siquiera está ahora conmigo. Como veis podéis contar con mi silencio. De modo que decidme la verdad, mi querida señorita, ¿corréis algún peligro?

—El señor Northmour afirma que sois un hombre honorable —repuso ella—, y me basta con veros para creerle. Solo puedo deciros esto: estáis en lo cierto, corremos un peligro terrible, y vos también al quedaros aquí.

—¡Ah! —dije yo—, ¿así que Northmour os ha hablado de mí? ¿Y qué opinión le merezco?

—Le pregunté por vos la noche pasada —respondió—. Fingí haberos conocido hacía tiempo y haberos hablado de él. No era cierto, pero no podía hacerlo de otro modo sin delatarme, y vos me habíais puesto en un compromiso. Os puso por las nubes.

—Y, si me permitís otra pregunta, ¿procede de Northmour ese peligro del que me habéis hablado?

—¿Del señor Northmour? —exclamó—. ¡Oh, no! Él también lo comparte al quedarse con nosotros.

—Y, siendo así, ¿me animáis a huir? —objeté—. No parecéis tener muy buena opinión de mí.

—¿Por qué ibais a quedaros? —preguntó—. Vos no sois amigo nuestro. —No sé lo que me pasó, pues no me había ocurrido algo así desde que era niño, pero me sentí tan herido por su observación que se me llenaron los ojos de lágrimas mientras continuaba contemplando su rostro—. No, no —dijo cambiando el tono de voz—. No quería ofenderos.

—La culpa ha sido mía —dije, y le ofrecí mi mano con una mirada implorante que debió de conmoverla, pues enseguida me tendió la suya, y lo hizo incluso con cierta vehemencia.

Yo la sostuve un momento y la miré a los ojos. Fue ella la primera en apartarse, y, olvidando sus peticiones y la promesa que había tratado de arrancarme, echó a correr a toda velocidad hasta que acabé por perderla de vista. En ese momento supe que la

amaba y, lleno de alegría, pensé que mis pretensiones no la dejaban del todo indiferente. Ella lo negaría después muchas veces, pero siempre con una sonrisa, como si no hablara del todo en serio. Por mi parte, estoy seguro de que nuestras manos no se habrían unido así si no hubiera empezado ya a enamorarme. Y, todo sea dicho, tampoco es tan descabellado, pues ella misma admitiría después que empezó a amarme al día siguiente.

Sin embargo, ese día no ocurrió nada digno de reseñar. Volvió a ir a la playa y me llamó como el día anterior, me riñó por haberme quedado en el bosque, y, cuando comprobó que seguía obstinado en hacerlo, empezó a preguntarme por los detalles de mi llegada. Le conté la serie de coincidencias que me habían llevado a ser testigo de su desembarco, y cómo había decidido quedarme, en parte por el interés que habían despertado en mí los huéspedes de Northmour, y en parte debido a su ataque homicida. En cuanto a lo primero, temo que no fui muy sincero y le hice pensar que me había atraído desde el primer momento en que la vi en las dunas. Me alivia hacer esta confesión, incluso ahora que mi mujer está con Dios y sabe ya de la honradez de mis intenciones, pues mientras vivió, aunque me remordía la conciencia, nunca tuve el valor de desengañarla. En un matrimonio como el nuestro, un secreto tan pequeño como ese es como aquel guisante que no dejaba dormir a la princesa.

De ahí la conversación derivó hacia otros asuntos y le hablé de mi existencia nómada y solitaria; ella, por su parte, habló poco y se limitó a escuchar. Aunque conversamos con mucha naturalidad y, sobre todo al final, de asuntos que podían considerarse triviales, los dos estábamos conmovidos. Pronto tuvo que marcharse y nos separamos, como de mutuo consentimiento, sin darnos la mano, pues ambos sabíamos que entre nosotros ya no cabían ceremonias.

Al siguiente y cuarto día desde que nos conocimos, volvimos a encontrarnos en el mismo sitio, pero a primera hora de la mañana, con mucha familiaridad y, no obstante, mucha timidez por ambas partes. Cuando volvió a referirse al peligro que corría, y comprendí que esa era su excusa para venir a verme, yo, que me había pasado la noche pensando en lo que iba a decirle, empecé a explicarle lo mucho que apreciaba sus desvelos y que nadie se había preocupado nunca por mí, ni yo me había molestado en contarle a nadie mi vida hasta entonces. De pronto, me interrumpió y me dijo con mucha vehemencia:

—Sin embargo, si supierais quién soy, ¡ni siquiera os dignaríais hablarme!

Yo le respondí que eso era una locura y que, por muy poco tiempo que hiciera que nos conocíamos, la consideraba ya una amiga íntima, pero mis palabras solo parecían aumentar su desesperación.

—¡Mi padre es un fugitivo! —exclamó.

—Querida —dije yo, olvidando por primera vez añadir «señorita»—, ¿qué me importa a mí eso? Aunque lo hubiera sido veinte veces, no cambiaría nada.

—¡Ah, pero el motivo! —gritó—, ¡el motivo! Es… —su voz desfalleció por un instante—, ¡una vergüenza para todos nosotros!

4

En el que se narra el extraño modo en que averigüé que no estaba solo en el bosque de Graden

He aquí la historia de mi mujer, tal como la fui averiguando entre lágrimas y sollozos. Se llamaba Clara Huddlestone: me encantó ese nombre, aunque no tanto como el de Clara Cassilis, que empleó durante la parte más larga y —doy gracias a Dios— más feliz de su vida. Su padre, Bernard Huddlestone, había sido un banquero dedicado a los grandes negocios. Muchos años antes, sus asuntos se habían torcido y se había visto obligado a recurrir a métodos peligrosos y por fin criminales para salvarse de la ruina. Todo fue en vano: se vio cada vez más cruelmente implicado, y perdió su honor al mismo tiempo que su fortuna. En esa época, Northmour estaba cortejando a su hija con asiduidad, aunque ella nunca le había dado esperanzas, y Bernard Huddlestone recurrió a él en aquel extremado momento. No era solo la ruina y la deshonra, ni tampoco una mera condena legal, lo que aquel desdichado había atraído sobre sí. Por lo visto habría sido un alivio que lo mandaran a la cárcel. Lo que temía, lo que le impedía dormir por las noches o hacía que se despertara aterrado, era que se produjese un atentado inesperado, secreto e ilícito contra su vida. De modo que decidió enterrar su existencia y escapar a una de las islas del sur del Pacífico, y planeó fugarse en el yate de Northmour, el *Red Earl*. El yate los recogió con gran secreto en la costa de Gales y volvió a desembarcarlos en Graden, mientras se abastecía y aprovisionaba para tan largo viaje. Clara estaba convencida de que su mano era el precio del pasaje, pues, aunque Northmour no había sido ni desagradable ni descortés con ella, sí se había mostrado audaz de palabra y de hecho en varias ocasiones.

La escuché, no hace falta decirlo, con la mayor atención y le hice muchas preguntas respecto a los aspectos más misteriosos del asunto. En vano. Ella no tenía una idea definida de cuál pudiera ser el golpe, ni del modo en que fuese a producirse. El temor de su padre era sincero y lo tenía postrado físicamente. En más de una ocasión había pensado en entregarse sin más a la policía, pero había descartado la idea porque estaba convencido de que ni siquiera el sistema penitenciario británico podría protegerle de sus perseguidores. En los últimos tiempos había tenido muchos negocios en Italia, y con italianos residentes en Londres, y Clara suponía que estos últimos tenían algo que ver con la amenaza que se cernía sobre él. Le había aterrorizado la presencia de un marinero italiano a bordo del *Red Earl*, y se lo había reprochado amargamente a Northmour varias veces. Este había alegado que Beppo (pues así se llamaba el marinero) era un tipo estupendo y de toda confianza, pero desde entonces el señor Huddlestone no cesaba de repetir que todo estaba perdido y que era cuestión de días que Beppo fuese su perdición.

A mí todo aquello me pareció fruto de las alucinaciones de un espíritu conmovido por la desdicha: había sufrido grandes pérdidas en sus empresas italianas y por eso le resultaba tan odioso ver a un italiano y había asignado el papel principal de su pesadilla a un natural de aquel país.

—Lo que necesita tu padre —dije yo— es un buen médico y un calmante.

—¿Y qué hay del señor Northmour? —objetó tu madre—. Él no está agobiado por las pérdidas y sin embargo comparte su temor.

No pude sino reírme de lo que me pareció una prueba de su ingenuidad.

—Querida, tú misma me has contado la recompensa que espera conseguir. Debes recordar que en el amor y en la guerra todo está permitido, y, si Northmour fomenta el terror de tu padre, no es porque tema a ningún italiano, sino solo porque está enamorado de una inglesa encantadora.

Ella me recordó la agresión que sufrí la noche del desembarco, y ciertamente eso no supe cómo explicarlo. Por fin, decidimos que yo partiese de inmediato hacia el pueblo de pescadores, llamado Graden Wester, que consultara todos los periódicos que pudiera encontrar y tratase de confirmar por mí mismo si aquellas continuas aprensiones tenían o no alguna justificación. A la mañana siguiente, a la misma hora y en el mismo lugar, debía informar a Clara. En esa ocasión ya no trató de convencerme de que huyera, ni me ocultó que le resultaba reconfortante y placentero que yo estuviera cerca, y en cuanto a mí, no podría haberla abandonado ni aunque me lo hubiera pedido de rodillas.

Llegué a Graden Wester antes de las diez de la mañana, pues en aquellos tiempos era todo un andarín, y la distancia, como creo haber dicho antes, era de poco más de diez kilómetros: un paseo agradable sobre la blanda turba. El pueblo es uno de los más desolados de aquella costa, lo que ya es mucho decir. Tiene una iglesia en una hondonada, un mísero puerto entre las rocas, donde se han estrellado muchos barcos al volver de pesca, cuatro o cinco docenas de casas alineadas a lo largo de la orilla y dos calles, una que sale del puerto y otra que la corta en ángulo recto, y, en la esquina de ambas, una triste y oscura taberna que hace las veces de único hotel.

Yo me había vestido de un modo más en consonancia con mi posición social y lo primero que hice fue ir a ver al pastor en su casa junto al cementerio. Aunque hacía más de nueve años que no nos veíamos, me reconoció enseguida, y, cuando le conté que llevaba mucho tiempo vagando de aquí para allá y que no estaba muy al tanto de lo que pasaba en el mundo, me ofreció un montón de periódicos del mes anterior. Me los llevé a la taberna y, tras pedir algo para desayunar, me senté a estudiar «La quiebra de Huddlestone».

Por lo visto, había sido un caso flagrante. Miles de personas se habían visto reducidas a la pobreza, y una se había volado la tapa de los sesos al enterarse de la suspensión de pagos. Tan grande era el amor que sentía por mi mujer, que yo mismo me extrañé de seguir compadeciendo más al señor Huddlestone que a sus víctimas al leer aquellos detalles. Como es natural, habían puesto precio a su cabeza y, dado que

el caso era inexcusable y había despertado la indignación pública, se ofrecían nada menos que setecientas cincuenta libras por su captura. Se decía que seguía teniendo una considerable suma de dinero en su poder. Un día se había oído hablar de él en España, luego había corrido el rumor de que seguía oculto entre Manchester y Liverpool, o a lo largo de la frontera de Gales, y un día más tarde un telegrama anunciaba su llegada a Cuba o Yucatán. Pero en ninguna parte se decía nada de ningún italiano ni se veía el menor asomo de misterio.

No obstante, en el último periódico, había una noticia mucho menos clara. Al parecer, los contables encargados de corroborar la quiebra habían dado con el rastro de una cantidad millonaria que figuraba por un tiempo, como surgida de la nada, en las transacciones del banco de Huddlestone y desaparecía luego con tanto misterio como había aparecido. Una única vez se hacía referencia a algún nombre y solo bajo las iniciales X.X. Sin embargo, estaba claro que la inversión se había hecho en un período de gran depresión hacía unos seis años. Corrían rumores de que un distinguido miembro de la familia real estaba relacionado con aquella suma. Se suponía que «el cobarde malhechor» —tal como recuerdo que le llamaba el editorial — había escapado con la mayor parte de aquellos fondos.

Todavía estaba rumiando aquellas noticias, y esforzándome por encontrar alguna relación con el peligro que corría el señor Huddlestone, cuando entró un hombre en la taberna y pidió un poco de pan con queso con un claro acento extranjero.

—*Siete italiano?* —le pregunté.

—*Sì, signor* —respondió.

Cuando le dije que era raro encontrar a uno de sus compatriotas tan al norte, él se encogió de hombros y replicó que iría a cualquier parte con tal de encontrar trabajo. Me resultó imposible concebir qué clase de trabajo pretendía encontrar en Graden Wester, y el incidente me inquietó de tal modo que aproveché que el patrón se acercó a traerme el cambio para preguntarle si había visto antes a algún italiano en el pueblo. Me explicó que una vez había visto a unos noruegos que habían naufragado al otro lado de los bajíos de Graden y a quienes había rescatado el bote salvavidas de Cauld-Haven.

—¡No! —exclamé—. Yo me refiero a italianos, como el hombre que le ha pedido el pan con queso.

—¿Quién? —preguntó—. ¿Aquel tipo tan moreno? ¿Ese era italiano? Pues es el primero que veo en mi vida, y no me extrañaría que fuera también el último.

No había acabado de hablar cuando alcé la vista y, al mirar hacia la calle, vi a tres hombres que conversaban muy serios a menos de treinta metros de allí. Uno de ellos era el que acababa de abandonar la taberna; los otros dos, a juzgar por sus rasgos apuestos y cetrinos y por sus sombreros, era evidente que pertenecían a la misma raza. Una multitud de niños del pueblo se arremolinaba a su alrededor gesticulando y farfullando para imitar su manera de hablar. Los tres parecían particularmente fuera de lugar bajo el cielo gris en aquella calle sucia y desierta, y confieso que mi

incredulidad recibió un golpe del que no se recuperó. Podía hacerme tantos razonamientos como quisiera, pero el efecto de lo que había visto era innegable y empecé a compartir el terror por los italianos.

El día empezó a declinar antes de que fuera a casa del pastor a devolverle los periódicos y emprendiera mi regreso por las dunas. Jamás olvidaré aquella caminata. El tiempo se puso muy frío y tormentoso, el viento silbaba entre la hierba a mi alrededor y arrastraba de vez en cuando débiles chaparrones, y en el mar empezó a acumularse una inmensa montaña de nubes. Es difícil imaginar una tarde más desapacible, y, ya fuese por esas influencias externas, o porque mis nervios estaban ya alterados por lo que había visto y oído, mis pensamientos eran tan lúgubres como el tiempo.

Desde las ventanas más altas del pabellón se dominaba una considerable extensión de dunas en dirección a Graden Wester. Para pasar desapercibido era necesario andar junto al borde del mar hasta quedar a resguardo de los montículos más altos de la pequeña península, desde donde se podía cruzar, oculto entre los recovecos de las dunas, hasta la linde del bosque. El sol estaba a punto de ponerse, la marea había bajado y las arenas movedizas estaban todas al descubierto; yo iba absorto en mis desagradables pensamientos cuando de pronto me quedé atónito al ver las huellas de unos pasos en la arena. Discurrían paralelas a mi propio recorrido, pero por el centro de la playa y no junto a la orilla, y, al examinarlas, comprendí enseguida, por el tamaño y la tosquedad de las pisadas, que quien había pasado por allí hacía poco era alguien ajeno a mí y a los habitantes del pabellón. No solo eso, sino que, a juzgar por lo temerario del camino que había seguido, directo a la parte más peligrosa de las arenas movedizas, también debía de ser un forastero en la región y desconocer la mala reputación de la playa de Graden.

Paso a paso, fui siguiendo las huellas, hasta que, medio kilómetro más adelante, vi que desaparecían en el límite meridional de Graden Floe. Fuese quien fuese aquel desdichado había encontrado la muerte en aquel lugar. Una o dos gaviotas, que quizá lo hubieran visto desaparecer, daban vueltas sobre su sepulcro soltando sus habituales chillidos melancólicos. El sol había asomado entre las nubes en un último esfuerzo y teñía las arenas movedizas de un oscuro tono purpúreo. Me quedé un rato allí contemplando el lugar, estremecido y descorazonado por mis propias reflexiones y dominado por la impresión de la muerte. Recuerdo haberme preguntado cuánto tiempo habría durado la tragedia y si sus gritos se habrían oído desde el pabellón. En ese momento, cuando había tomado la resolución de irme de allí, recorrió la playa una racha de viento más fuerte de lo normal y vi, dando vueltas por el aire y arrastrándose por la arena, un sombrero blando de fieltro, de forma cónica, como el que había visto que llevaban los italianos.

Creo, aunque no estoy seguro, que solté un grito. El viento llevaba el sombrero hacia la orilla y corrí por el borde de la ciénaga para cogerlo. El viento cesó y depositó el sombrero un rato sobre las arenas movedizas, luego volvió a arreciar y lo

arrastró a pocos metros de donde yo estaba. Lo cogí lleno de curiosidad. Estaba muy usado y parecía más deteriorado y raído que los que había visto ese día en la calle. El forro era rojo y tenía el sello del fabricante, que he olvidado, y el lugar donde había sido manufacturado: «Venedig» (eso no lo he olvidado todavía), el nombre que daban los austríacos a la hermosa ciudad de Venecia, que entonces, y mucho tiempo después, formó parte de sus dominios.

La impresión fue sobrecogedora. Me parecía ver italianos imaginarios por todas partes, y por primera vez en mi vida me dominó un pánico aterrador. Carecía de verdaderos motivos para asustarme, pero, aun así, admito que tuve mucho miedo y volví a regañadientes a mi campamento en el bosque.

Allí comí unas gachas frías que me habían sobrado de la noche anterior, pues no me atreví a encender fuego, y sintiéndome más reconfortado, aparté aquellos terrores de mi imaginación y me tumbé a descansar.

No sabría decir cuánto tiempo pasé dormido, pero me despertó de pronto un destello o luz cegadora que me iluminó la cara. Me despertó como un golpe. Me incorporé al instante, pero la luz desapareció tan rápido como había aparecido. La oscuridad era intensa. Y, como diluviaba y soplaba un fuerte viento del mar, el ruido de la tormenta ahogaba todos los demás.

Yo diría que debió de pasar medio minuto hasta que recobré plenamente la conciencia. De no ser por dos circunstancias, habría pensado que me había despertado una especie de pesadilla. En primer lugar, la puerta de la tienda, que había cerrado cuidadosamente al irme a dormir, ahora estaba abierta; y en segundo, noté un olor a aceite y a metal caliente con tanta claridad que descartaba cualquier teoría de que pudiera tratarse de una alucinación. La conclusión era obvia: me había despertado alguien que me había acercado una linterna sorda a la cara. Había sido solo un destello y nada más. Había visto mi cara y se había marchado. Me pregunté el objeto de un comportamiento tan extraño y solo se me ocurrió una respuesta. El hombre, quienquiera que fuese, había creído reconocerme y no lo había hecho. Quedaba otra pregunta sin resolver, y admito que me asustaba responderla: de haberme reconocido, ¿qué habría hecho?

Pronto aparté de mí mis temores, pues comprendí que me habían visitado por error, y me convencí de que un peligro terrible amenazaba al pabellón. Hacía falta valor para salir de la tienda e internarse en la negra e intrincada espesura que rodeaba mi refugio, pero me abrí paso a tientas hasta las dunas empapadas por la lluvia y batidas por el viento, con el temor de toparme en cualquier momento con algún enemigo oculto. La oscuridad era tan completa que lo mismo habría podido estar rodeado por un ejército sin darme cuenta, pues el rugido de la tormenta era tan fuerte que de nada servían la vista y el oído.

El resto de la noche, que se me hizo interminablemente larga, lo pasé patrullando por los alrededores del pabellón, sin ver a un alma ni oír otro ruido que el que hacían

el viento, el mar y la lluvia. Una luz que se filtraba por una rendija de los postigos del piso de arriba me hizo compañía hasta el amanecer.

5

En el que se cuenta una conversación entre Northmour, Clara y el que esto escribe

Nada más despuntar el día, abandoné el campo abierto y volví a mi escondrijo entre las dunas, a esperar allí la llegada de mi mujer. La mañana estaba gris, desapacible y melancólica; el viento amainó antes de amanecer y luego siguió soplando a rachas desde la costa, el mar empezó a calmarse pero continuó lloviendo sin parar. En las dunas no se veía ni un alma, aunque yo estaba convencido de que estaban llenas de enemigos ocultos. La luz que me había iluminado de pronto la cara mientras dormía y el sombrero que había arrastrado el viento desde Graden Floe eran dos señales bien elocuentes del peligro que amenazaba a Clara y a los habitantes del pabellón.

Debían de ser las siete y media o casi las ocho cuando vi abrirse la puerta y aquella amada figura corrió a mi encuentro bajo la lluvia. Antes de que atravesara las dunas, me reuní con ella en la playa.

—¡Me ha costado mucho venir! —exclamó—. No querían que saliera con esta lluvia.

—Clara —la interrumpí—, ¡no estás asustada!

—No —respondió con una sencillez que llenó de confianza mi corazón; pues mi esposa era la más valiente y la mejor de las mujeres: la experiencia me ha enseñado que ambas cosas no se dan siempre juntas, pero en ella se combinaban la fortaleza con las virtudes más hermosas y encantadoras.

Le conté lo sucedido, y, aunque sus mejillas se volvieron visiblemente pálidas, no perdió el control de sí misma.

—Ya ves que estoy bien —le dije para terminar—. A mí no quieren hacerme daño, pues de lo contrario me habrían matado anoche.

Ella me puso la mano en el brazo.

—¡Y yo no tuve ningún presentimiento! —se reprochó.

El tono de sus palabras me llenó de satisfacción. La rodeé con el brazo y la acerqué hacia mí, y, antes de que nos diésemos cuenta, sus manos estaban sobre mis hombros y mis labios en su boca. No obstante, hasta ese momento, no habíamos intercambiado ninguna palabra amorosa. Todavía hoy recuerdo el roce de su mejilla, que estaba húmeda y fría por la lluvia, y más de una vez volví a besársela cuando se estaba lavando la cara, en recuerdo de aquella mañana en la playa. Ahora que se me ha ido y debo terminar solo mi peregrinaje, recuerdo nuestro amor y la sinceridad y el afecto profundo que nos unieron y la pérdida me parece trivial en comparación.

Debimos de quedarnos así un rato, pues el tiempo pasa rápido para los enamorados, antes de que nos sobresaltara el sonido de una carcajada. No se trataba de una alegría natural, sino que parecía ocultar un sentimiento mucho más desagradable. Los dos nos volvimos, aunque yo seguí sujetando a Clara por la cintura y ella tampoco se apartó de mi lado: a pocos pasos de distancia estaba Northmour, con la cabeza gacha, las manos a la espalda y las aletas de la nariz pálidas de rabia.

—¡Ah, Cassilis! —dijo al verme la cara.

—El mismo —repuse muy poco impresionado.

—¿De modo, señorita Huddlestone —prosiguió lenta pero acerbamente—, que así es como demostráis vuestra fidelidad a vuestro padre y a mí? ¿Así es como valoráis la vida de vuestro padre? ¿Estáis tan encaprichada de este caballero que estáis dispuesta a despreciar la ruina y el decoro y no tenéis en cuenta ni las precauciones más elementales…?

—La señorita Huddlestone —empecé a interrumpirle yo, pero Northmour se volvió y me espetó secamente:

—Tú cierra el pico. Estoy hablando con la chica.

—La chica, como tú la llamas, es mi mujer —repliqué, y ella se acercó aún más, como dando a entender que confirmaba mis palabras.

—¿Tú qué? —exclamó—. ¡Mientes!

—Northmour —respondí—, ya sé que tienes mal genio y no me asustan tus palabras, pero te sugiero que hables más bajo, pues estoy seguro de que no estamos solos.

Miró en torno suyo y fue evidente que mi observación había calmado en parte su enfado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Yo dije solo una palabra:

—Italianos.

Soltó un terrible juramento y nos miró de hito en hito.

—El señor Cassilis está al tanto de todo —dijo mi mujer.

—Lo que quiero saber —estalló— es de dónde diablos ha salido el señor Cassilis, y qué demonios hace aquí. Dices que estáis casados, no te creo. Y, si lo estuvierais, Graden Floe no tardaría en divorciaros: cuatro minutos y medio, Cassilis. Tengo un cementerio privado para mis amigos.

—El italiano tardó un poco más —respondí.

Me miró un momento con desánimo y luego me pidió, casi con educación, que le contase lo que sabía.

—Me llevas demasiada ventaja, Cassilis —añadió.

Por supuesto, atendí a su petición y él escuchó entre maldiciones mientras le contaba cómo había llegado a Graden, que había sido yo a quien había tratado de asesinar la noche del desembarco y lo que había oído y averiguado de los italianos.

—Bueno —dijo cuando terminé—, ha llegado la hora, de eso no hay duda. ¿Puedo preguntarte qué piensas hacer?

—Pienso quedarme a echaros una mano —dije.

—Eres valiente —repuso en un tono muy peculiar.

—No tengo miedo —afirmé.

—¿Así —prosiguió— que tengo que creer que estáis casados? ¿Y vos lo confirmáis, señorita Huddlestone?

—Todavía no —respondió Clara—, pero lo estaremos lo antes posible.

—¡Estupendo! —gritó Northmour—. ¿Y nuestro trato? Maldita sea, no sois ninguna estúpida, puedo llamar a las cosas por su nombre. ¿Qué hay de nuestro trato? Sabéis tan bien como yo que la vida de vuestro padre está en juego. No tengo más que darme la vuelta, marcharme, y antes de que anochezca le habrán cortado el cuello.

—Cierto, señor Northmour —replicó Clara con gran valor—, pero vos nunca haríais tal cosa. Hicisteis un trato indigno de un caballero, pero lo sois, pese a todo, y jamás abandonaríais a un hombre a quien habéis ofrecido vuestra ayuda.

—¡Ajá! —exclamó él—. ¿Pensáis que os prestaré mi yate a cambio de nada? ¿Pensáis que arriesgaré mi vida y mi libertad por simple caballerosidad? Y además supongo que querréis que haga de padrino en la boda. En fin —añadió con una extraña sonrisa—, tal vez no estéis tan equivocada. Pero preguntadle a Cassilis. Él me conoce. ¿Soy un hombre de fiar? ¿Soy íntegro y con escrúpulos? ¿Soy amable?

—Me consta que habláis mucho y creo que a veces de manera irreflexiva —respondió Clara—, pero sé que sois un caballero, y no os tengo miedo.

Él la miró admirado con aprobación, y acto seguido se volvió hacia mí.

—¿Pensabas que te la cedería sin más, Frank? —preguntó—. Te lo advierto, ten cuidado. La próxima vez que nos peleemos…

—Será la tercera —le interrumpí con una sonrisa.

—Sí, es cierto —dijo—. Lo había olvidado. Bueno, a la tercera va la vencida.

—Te refieres a que la tercera vez tendrás a la tripulación del *Red Earl* para ayudarte.

—¿Le habéis oído? —preguntó volviéndose hacia mi mujer.

—Oigo a dos hombres hablando como cobardes —repuso ella—. A mí me avergonzaría hablar o pensar así. Y ninguno de los dos creéis una palabra de lo que estáis diciendo, lo que es todavía más estúpido y absurdo.

—¡Es un auténtico lince! —gritó Northmour—. Pero todavía no es la señora Cassilis. No diré nada más. El presente no está hecho para mí.

Entonces mi mujer me sorprendió.

—Os dejo —dijo de pronto—. Mi padre lleva demasiado tiempo solo. Pero recordad esto: debéis ser amigos, pues ambos sois amigos míos.

Luego me explicó el motivo que la impulsó a dar aquel paso: pensó que, mientras estuviera allí, seguiríamos peleándonos, y supongo que estaba en lo cierto pues, en

cuanto se marchó, adoptamos un tono casi confidencial.

Northmour se la quedó mirando mientras se alejaba entre las dunas.

—¡Es la única mujer del mundo para mí! —exclamó con un juramento—. Mira su modo de comportarse.

Yo aproveché la oportunidad para conseguir algo de información.

—Oye, Northmour, estamos en un buen aprieto, ¿verdad?

—Confío en ti, muchacho —respondió mirándome a los ojos—. La verdad es que corremos un peligro terrible. Créeme o no, pero temo por mi vida.

—Dime una cosa —insistí—. ¿Qué buscan esos italianos? ¿Qué quieren del señor Huddlestone?

—¿No lo sabes? —exclamó—. Ese granuja tenía fondos *carbonaro* en un depósito, doscientos ochenta mil, y, por supuesto, lo perdió todo en la bolsa. Iba a producirse una revolución en el Tridentino, o en Parma, pero ahora se ha frustrado y Huddlestone está en el ojo del huracán. Tendremos suerte si logramos salvar el pellejo.

—¡Los *carbonari*! —exclamé—. ¡Que Dios le ayude!

—¡Amén! —respondió Northmour—. Y ahora escucha: ya sabes que estamos en un buen lío, y francamente, me alegra contar con tu ayuda. Si no puedo salvar a Huddlestone, al menos quiero salvar a la chica. Instálate con nosotros en el pabellón, aquí está mi mano: seremos amigos hasta que el viejo esté muerto o a salvo. Pero —añadió— después volveremos a ser rivales, y te lo advierto…, ándate con cuidado.

—¡Hecho! —dije yo, y le estreché la mano.

—Y ahora vayamos cuanto antes a nuestro bastión —dijo Northmour y abrió la marcha bajo la lluvia.

6

En el que se narra cómo conocí al hombre alto

Clara nos abrió la puerta del pabellón, cuyas defensas me sorprendieron por su robustez y seguridad: una barricada sólida, y aun así fácil de quitar, afianzaba la puerta contra un posible ataque del exterior; y los postigos del comedor al que me hicieron pasar sin más preámbulos, y que estaba tenuemente iluminado por una lámpara, parecían si cabe más protegidos. Los paneles estaban reforzados por una serie de barras y travesaños, asegurados a su vez por todo un sistema de puntales y riostras anclados en el suelo, en el techo o en la pared de enfrente. Era una obra de carpintería sólida y bien diseñada, y no pude ocultar mi admiración.

—Yo soy el artífice —dijo Northmour—. ¿Recuerdas las planchas del jardín? ¡Ahí las tienes!

—No te conocía esas habilidades —respondí.

—¿Tienes armas? —prosiguió, señalando a una colección de rifles y pistolas muy bien ordenados que estaban apoyados contra la pared o sobre el aparador.

—Gracias —respondí—, he ido armado desde nuestro último encuentro. Aunque, para serte sincero, no he comido nada desde ayer por la tarde. —Northmour sacó un poco de carne fría, de la que di cuenta enseguida, y una botella de borgoña, que con lo empapado que estaba no dudé en abrir. Siempre he sido un hombre frugal por principios, pero no tiene sentido llevar los principios demasiado lejos, y en esa ocasión creo que me bebí casi tres cuartas partes de la botella. No obstante, mientras comía, seguí admirando los preparativos para la defensa—. Podríamos resistir un asedio —dije por fin.

—Sí… —masculló Northmour—, quizá uno muy corto. No es que ponga en duda la fortaleza del pabellón, pero el peligro es doble. Si se produce un tiroteo, por muy desolada que sea la región, alguien lo oirá, y en ese caso…, todo se reduce a lo mismo: o encarcelados por la ley o asesinados por los *carbonari*. No hay otra elección. Es una complicación tener a la ley en contra, es lo que le digo siempre al caballero de arriba. Y él está de acuerdo conmigo.

—Y, a propósito —pregunté—, ¿qué clase de persona es?

—¡Oh! —replicó—, es un tipo bastante sórdido. Por mí pueden retorcerle el cuello todos los demonios de Italia mañana mismo. Ya imaginarás que no me he metido en esto por él. Hice un trato a cambio de la mano de la señorita, y pienso conseguirla.

—Eso ya lo veremos —respondí—. Pero ¿cómo se tomará mi intrusión el señor Huddlestone?

—Déjalo en manos de Clara —repuso Northmour.

Me dieron ganas de abofetearle por aquella grosera familiaridad, pero respeté la tregua igual que tengo que reconocer que la respetó él, y mientras duró el peligro ninguna nube ensombreció nuestra relación. Lo admito con toda sinceridad y, si lo pienso bien, me enorgullece también mi propio comportamiento, pues probablemente nunca haya habido dos hombres en una situación más exasperante e insidiosa.

En cuanto acabé de comer, procedimos a inspeccionar el piso de abajo. Uno tras otro comprobamos los travesaños de las ventanas, y de vez en cuando hicimos alguna leve modificación, los martillazos producían un ruido atronador en la casa. Recuerdo que le propuse hacer aspilleras, pero me contestó que ya estaban hechas en las ventanas del piso de arriba. Aquella inspección me puso los nervios de punta y me dejó un tanto abatido. Había dos puertas y cinco ventanas que defender, y, contando a Clara, no éramos más que cuatro para protegerlas de un número indeterminado de enemigos. Le expliqué mis temores a Northmour, quien me aseguró imperturbable que los compartía por entero.

—Antes de que amanezca —dijo—, nos habrán masacrado y enterrado a todos en Graden Floe. En mi opinión la suerte está echada. —No pude evitar estremecerme al pensar en las arenas movedizas, pero le recordé a Northmour que nuestros enemigos

me habían perdonado la vida en el bosque—. No te las prometas tan felices. Entonces no estabas en el mismo barco que nuestro amigo de arriba. Recuerda mis palabras: acabaremos todos en Graden Floe.

Yo temblé al pensar en Clara, y justo en ese momento su voz nos llamó al piso de arriba. Northmour me mostró el camino y, una vez en el rellano, llamó a la puerta de lo que conocíamos como «la habitación de mi tío», pues el fundador del pabellón la había diseñado especialmente para él.

—Pase, Northmour, y usted también, señor Cassilis —dijo una voz desde el interior.

Northmour abrió la puerta y me dejó entrar a mí primero. Al hacerlo vi a la hija que entraba por una puerta lateral en el estudio que habían preparado para que fuese su dormitorio. En la cama, que estaba junto a la pared, y no de pie, como la había visto la última vez por la ventana, estaba sentado Bernard Huddlestone, el banquero estafador. A pesar de haberlo visto solo un instante a la luz vacilante de la linterna en las dunas, no me costó ningún esfuerzo reconocerle. Tenía el rostro cetrino y alargado, rodeado por una larga barba pelirroja y unas patillas. Su nariz rota y sus pómulos marcados le daban aspecto de mongol y sus ojos brillaban con una excitación febril. Llevaba un gorro de seda negra. Sobre la cama había una enorme Biblia abierta con unas gafas doradas encima y una pila de libros al lado. Las cortinas verdes le daban un tono cadavérico a sus mejillas; sentado allí, apoyado en las almohadas, su enorme estatura le obligaba a encorvarse y la cabeza le asomaba sobre las rodillas. Si no hubiese muerto por otra causa, creo que habría muerto de tuberculosis a las pocas semanas.

Me tendió la mano, larga, delgada y desagradablemente velluda.

—Adelante, adelante, señor Cassilis —dijo—. Otro defensor, ¡ejem…!, otro defensor. Cualquier amigo de mi hija es bienvenido, señor Cassilis. ¡Cómo han acudido a defenderme los amigos de mi hija! ¡Que Dios les bendiga y les recompense!

Le estreché la mano, claro, porque no tuve otro remedio, pero la compasión que esperaba sentir por el padre de Clara desapareció en el acto al ver su aspecto y oír el tono melifluo e irreal con el que hablaba.

—Cassilis es un buen tipo —dijo Northmour—, y vale por diez.

—Eso he oído —exclamó ansioso el señor Huddlestone—, es lo que me ha dicho mi niña. ¡Ah, señor Cassilis, ya ve que debo purgar mis pecados! Estoy muy mal, muy mal, pero espero estar igual de arrepentido. Todos debemos presentarnos ante el trono de gracia. Por mi parte, llego tarde, aunque confío en que con sincera humildad.

—¡Bobadas! —le espetó Northmour con rudeza.

—¡No, no, mi querido Northmour! —exclamó el banquero—. No debe usted decir eso, no me desaliente usted más. Olvida, mi querido amigo, que esta misma noche quizá estaré en presencia de mi Creador. —Su inquietud movía al patetismo y noté cómo crecía mi indignación contra Northmour, cuyas impías opiniones conocía

muy bien, y despreciaba de todo corazón, mientras él seguía tratando de desanimar al pobre pecador de su arrepentimiento.

—Vamos, Huddlestone —dijo—. Está siendo injusto consigo mismo. Es usted un hombre de mundo y ya se las sabía usted todas antes de que yo naciera. Su conciencia está curtida como el cuero…, pero olvidó usted curtir su hígado, y ahí, créame, radican todos sus males.

—¡Está hecho usted un granuja, un granuja! —dijo el señor Huddlestone, señalándole con el dedo—. Es cierto que no soy ningún puritano, y de hecho siempre los he odiado, pero jamás he dejado de temer a Dios. He sido un pícaro, señor Cassilis, no pretendo negarlo, pero eso fue después de morir mi mujer, y ya sabe que con los viudos es diferente: no diré que no sea un pecador, pero hay grados, o eso espero. Y, hablando de eso…, ¡escuchen! —Se interrumpió de pronto con la mano en alto, los dedos extendidos y el rostro lleno de terror—. ¡Solo es la lluvia, gracias a Dios! —añadió tras una pausa y con un alivio indescriptible.

Pasó unos segundos apoyado en las almohadas como alguien a punto de desmayarse, luego se dominó un poco y, en tono trémulo, empezó a agradecerme que quisiera defenderle.

—Una pregunta, señor —le dije cuando terminó—. ¿Es cierto que todavía conserva usted parte del dinero? —La pregunta pareció incomodarle, pero reconoció a regañadientes que todavía le quedaba un poco—. Lo digo porque ellos solo quieren el dinero, ¿no? ¿Por qué no se lo devuelve?

—¡Ah! —replicó negando con la cabeza—. No crea que no lo he intentado ya, señor Cassilis, ojalá pudiera, pero lo que ellos quieren es mi sangre.

—Huddlestone, eso no es del todo exacto —le interrumpió Northmour—. Debería añadir que les ofreció usted doscientas mil libras de menos. La cantidad no es baladí, es una bonita suma, Frank. Además, esos tipos piensan al estilo italiano, y creen, igual que lo hago yo, que pueden conseguir las dos cosas, la sangre y el dinero, sin mayores problemas.

—¿Lo tiene en el pabellón?

—Sí, y ojalá estuviera en el fondo del mar —repuso Northmour y luego soltó de pronto—: ¿Por qué pone usted esa cara, señor Huddlestone? ¿Teme que Cassilis pueda traicionarle? —El señor Huddlestone alegó que jamás se le había pasado tal cosa por la imaginación—. Mejor así —prosiguió Northmour en tono desagradable —. No sea que acabemos hartándonos de usted. ¿Qué es lo que ibas a decir? —añadió volviéndose hacia mí.

—Iba a proponer una ocupación para la tarde —respondí yo—. Dejemos el dinero, hasta la última moneda, a la puerta del pabellón. Y, si vienen los *carbonari*, suyo es al fin y al cabo.

—No, no —gritó el señor Huddlestone—, no lo es, ¡no les pertenece! Habrá que distribuirlo *pro rata* entre mis acreedores.

—Vamos, Huddlestone —le interrumpió Northmour—, no nos venga ahora con cuentos.

—Bueno, pero mi hija… —gimió aquel miserable.

—No se preocupe por su hija. Tiene dos pretendientes para escoger, y ni Cassilis ni yo somos precisamente unos mendigos. En cuanto a usted, no tiene derecho a un penique, y, o mucho me equivoco, o está ya en las últimas.

Ciertamente fue una manera de hablar un tanto cruel, pero el señor Huddlestone era un hombre que despertaba poca compasión, y, aunque le vi estremecerse y hacer muecas, mentalmente suscribí aquellas palabras y añadí otras por mi cuenta:

—Northmour y yo —dije— estamos dispuestos a ayudarle a salvar la vida, pero no a escapar con dinero robado.

Él se debatió un instante, como si estuviera a punto de dejarse llevar por la ira, pero acabó por imponerse la prudencia.

—Mis queridos amigos —dijo—, dispongan de mí o de mi dinero como mejor les parezca. Lo dejo en sus manos. Y ahora permítanme descansar un rato.

Y así lo hicimos encantados. Lo último que vi es que había vuelto a coger la enorme Biblia y con manos trémulas se estaba ajustando las gafas para leer.

7

En el que se cuenta lo que nos gritaron por la ventana del pabellón

El recuerdo de lo que ocurrió aquella tarde quedará grabado para siempre en mi memoria. Northmour y yo estábamos convencidos de que el ataque era inminente, y si hubiéramos podido alterar de algún modo el orden de los acontecimientos, habríamos preferido precipitar el momento crucial antes que demorarlo. Nos temíamos lo peor, pero éramos incapaces de concebir una situación más penosa que la tensión a la que estábamos sometidos. Aunque no sea un lector compulsivo, siempre me ha gustado leer, pero jamás había visto libros tan aburridos como los que hojeé esa tarde en el pabellón. Incluso hablar se hizo imposible a medida que transcurrían las horas. Uno u otro estábamos siempre a la escucha y escudriñando las dunas desde la ventana del piso de arriba, pero ni un solo indicio delató la presencia de nuestros enemigos.

Debatimos una y otra vez mi propuesta respecto al dinero, y si hubiéramos estado en plena posesión de nuestras facultades, estoy seguro de que la habríamos descartado por absurda, pero, dominados por la preocupación, nos agarramos a un clavo ardiendo y decidimos ponerla en práctica, a pesar de que equivalía a proclamar la presencia del señor Huddlestone en el pabellón.

Una parte del dinero estaba en metálico, otra en billetes y una tercera en cheques a nombre de un tal James Gregory. Lo cogimos, lo contamos y guardamos en un cofre

propiedad de Northmour y redactamos una carta en italiano que atamos a una de las asas. Estaba firmada por ambos bajo juramento y en ella declarábamos que aquel era todo el dinero que había escapado a la quiebra de Huddlestone. Fue, quizá, la acción más insensata jamás llevada a cabo por dos personas supuestamente cuerdas. Si el cofre caía en manos distintas a las que estaba destinado, seríamos reos por confesión propia, pero, como he dicho, ninguno de los dos estábamos en condiciones de pensar con claridad, y ansiábamos que ocurriera algo, bueno o malo, que nos empujara a la acción y nos sacara de aquella agónica espera. Además, como ambos estábamos convencidos de que las dunas bullían de espías ocultos, teníamos la esperanza de que nuestra aparición con la caja pudiera conducir a un parlamento y, quizá, a algún tipo de acuerdo.

Eran casi las tres cuando salimos del pabellón. La lluvia había cesado y el sol lucía tímidamente. Nunca he visto a las gaviotas volar tan cerca de una casa ni acercarse tanto sin temor a las personas. Una pasó moviendo las alas justo sobre nuestras cabezas y nos chilló al oído.

—Esto sí que es un mal presagio —dijo Northmour, quien como todos los librepensadores estaba bajo la influencia de la superstición—. Actúan como si ya hubiéramos muerto.

Le respondí con una broma, aunque no las tenía todas conmigo, pues a mí también me había impresionado.

Dejamos el cofre a un metro o dos de la puerta, sobre una mancha de césped, y Northmour ondeó un pañuelo blanco. No hubo respuesta alguna. Empezamos a gritar en italiano que estábamos dispuestos a parlamentar para arreglar el asunto, pero nada, salvo las olas y las gaviotas, rompió el silencio. Cuando desistimos sentí un peso en el corazón y vi que incluso Northmour estaba más pálido de lo normal. Miró nervioso por encima del hombro, como si temiera que alguien se hubiera arrastrado sigilosamente hasta la puerta del pabellón.

—¡Diantres! —dijo con un susurro—. ¡Esto me saca de quicio!

Le respondí en el mismo tono:

—¿Y si, después de todo, no hubiese nadie en las dunas?

—Mira allí —replicó moviendo la cabeza, como si le diera miedo señalar.

Miré hacia donde me decía y, en la parte norte del bosque, vi una delgada columna de humo que ascendía en el cielo sin nubes.

—Northmour —le dije (seguimos hablando en susurros)—, es imposible aguantar más esta tensión. Prefiero morir cien veces. Quédate a vigilar el pabellón, yo iré a ver qué es ese humo, aunque tenga que llegar a su campamento.

Él volvió a mirar a su espalda con los ojos entornados y luego asintió con la cabeza.

Mi corazón latía desbocado cuando me encaminé hacia la columna de humo, y, aunque hasta ese momento había estado helado y tembloroso, sentí de pronto que una ola de calor me recorría el cuerpo. En esa zona el terreno era muy accidentado y

podía ocultar fácilmente a más de cien hombres. Pero no en vano me había entrenado en esas artes y escogí los caminos más intrincados y me moví a lo largo de las dunas desde donde se divisaban casi todos los recovecos. Mis precauciones no tardaron en verse recompensadas. Al subir de pronto a un montículo un poco más elevado que las dunas cercanas vi, a poco menos de treinta metros, a un hombre que corría medio encorvado por el fondo de un barranco. Había hecho salir de su escondrijo a uno de los espías. En cuanto lo vi, le llamé a voces, tanto en inglés como en italiano, y él, al ver que había sido descubierto, se incorporó, salió de un salto de la hondonada y, como una flecha, se dirigió al lindero del bosque.

No tenía sentido seguirle, ya había averiguado lo que queríamos: que el pabellón estaba cercado y vigilado; así que volví sobre mis pasos hasta donde me esperaba Northmour junto al cofre.

—¿Pudiste ver cómo era? —preguntó.

—Estaba de espaldas —respondí.

—Entremos en la casa, Frank. No me considero ningún cobarde, pero ya no aguanto más esta situación —susurró.

En los alrededores del pabellón reinaba la calma y lucía el sol, incluso las gaviotas describían círculos más anchos y se las veía pululando por la playa y las dunas. Aquella soledad me aterrorizó más que un regimiento en armas. Solo cuando volvimos a atrancar la puerta pude respirar tranquilo y se alivió el peso que me oprimía. Northmour y yo intercambiamos una mirada decidida y supongo que los dos sacamos nuestras propias conclusiones al ver la palidez del otro.

—Tenías razón —admití—. Todo está perdido. Démonos la mano, muchacho, por última vez.

—Sí —replicó—. Te la daré, porque, tan cierto como que estoy aquí, que no te guardo rencor. Pero, recuerda: si por alguna suerte inesperada, logramos librarnos de esos tipos, acabaré contigo por las buenas o por las malas.

—¡Oh! —respondí—. ¡Me aburres!

Dio la impresión de tomárselo mal y anduvo en silencio hasta el pie de las escaleras, donde se paró.

—Veo que no lo entiendes —dijo—. No soy un tramposo, tan solo defiendo mis intereses. Aun a riesgo de aburrirte, Cassilis, no quiero andarme con tapujos. Hablo por mí y no para divertirte. Será mejor que subas a cortejar a Clara, yo me quedaré aquí.

—Y yo también —repliqué—. ¿Acaso me crees capaz de jugar con ventaja, aunque sea con tu consentimiento?

—Frank —respondió con una sonrisa—, es una pena que seas tan burro, pues eres todo un hombre. Debo de estar en las últimas, pues ni siquiera proponiéndotelo consigues irritarme. ¿Sabes que creo que somos los dos hombres más desdichados de Inglaterra? Hemos cumplido los treinta sin tener mujer ni hijos, ni siquiera un negocio que regentar…, ¡no somos más que unos pobres diablos! ¡Y ahora nos

peleamos por una joven! ¡Como si no hubiera millones en el Reino Unido! ¡Ay, Frank, siento lástima por el que pierda la partida! Más le valdría, ¿cómo dice la Biblia?, atarse una piedra de molino al cuello y arrojarse al mar. Bebamos un trago —concluyó de pronto sin la menor frivolidad.

Sus palabras me habían conmovido y acepté. Él se sentó a la mesa del comedor y alzó la copa de jerez.

—Si me vences, Frank —afirmó—, me daré a la bebida. ¿Qué harás tú si ocurre lo contrario?

—Dios sabe —repliqué.

—Bueno —exclamó—, entretanto, brindemos: *Italia irredenta!*

El resto del día transcurrió en medio de una tensión y un tedio terribles. Puse la mesa mientras Northmour y Clara preparaban la comida en la cocina. Les oía charlar mientras iba de aquí para allá y me sorprendió descubrir que hablaban de mí todo el rato. Northmour hacía causa común conmigo y le reprochaba a Clara que pudiera escoger a alguien como marido que no fuéramos él o yo, hablaba de mí con afecto y no me criticaba a menos que se incluyera a sí mismo en las críticas. Eso despertó en mí un sentimiento de agradecimiento, que, combinado con la inmediatez del peligro que nos acechaba, hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Después de todo, pensé —y quizá fuese una idea ingenua y ridícula—, éramos tres personas decentes que íbamos a morir en defensa de un banquero ladrón.

Antes de que nos sentáramos a la mesa, eché un vistazo desde la ventana de arriba. El día empezaba a declinar, las dunas estaban desiertas, el cofre seguía intacto en el mismo lugar donde lo habíamos dejado unas horas antes.

El señor Huddlestone, vestido con un largo batín amarillo, ocupó un extremo de la mesa, Clara el otro, y Northmour y yo nos sentamos a los lados. La lámpara daba mucha luz, el vino era bueno y las viandas, aunque casi frías, excelentes en su género. Era como si hubiéramos llegado a un acuerdo tácito para evitar cuidadosamente cualquier referencia a la inminente catástrofe, y, teniendo en cuenta lo trágico de las circunstancias, formábamos un grupo más alegre de lo que habría cabido suponer. Cierto que, de vez en cuando, Northmour o yo nos levantábamos de la mesa y pasábamos revista a las defensas; y que, en esas ocasiones, el señor Huddlestone recordaba en cierto sentido su situación y alzaba la atemorizada mirada con el sello del terror grabado en su semblante. No obstante, se apresuraba a vaciar su copa, se secaba la frente con el pañuelo y retomaba el hilo de la conversación.

Me sorprendieron el ingenio y la información que poseía. Ciertamente, el señor Huddlestone no era un tipo corriente: había leído y observado mucho, era juicioso, y, aunque a mí nunca me resultó simpático, empecé a comprender por qué había tenido tanto éxito en los negocios y el respeto que había inspirado antes de su quiebra. Tenía, sobre todo, don de gentes, y, aunque solo le oí hablar en aquella ocasión tan desafortunada, me pareció uno de los conversadores más brillantes que he conocido.

Estaba contando con mucha gracia, y en apariencia ningún remordimiento, los manejos de un comisionista a quien había conocido en su juventud, y todos estábamos escuchándole con una extraña mezcla de alegría y vergüenza cuando nuestra pequeña fiesta tocó de pronto a su fin del modo más inesperado.

Un ruido como el de un dedo húmedo al deslizarse por el cristal de la ventana interrumpió la historia del señor Huddlestone, y al instante los cuatro nos pusimos tan blancos como la pared y nos quedamos mudos e inmóviles en nuestros asientos.

—Es un caracol —dije por fin, pues había oído decir que esos animales pueden hacer un ruido parecido.

—¡No nos vengas ahora con caracoles! —exclamó Northmour—. ¡Silencio!

El mismo ruido se repitió dos veces a intervalos regulares y luego una voz estentórea gritó a través de los postigos la palabra italiana *Traditore!*

El señor Huddlestone alzó la cabeza, los párpados le temblaron y un momento después se desplomó inconsciente debajo de la mesa. Northmour y yo corrimos a la armería y cogimos un fusil cada uno. Clara estaba de pie con la mano en la garganta.

Nos quedamos esperando, pues creímos llegada la hora del ataque, pero pasaron los segundos y, a excepción de las olas, todo siguió silencioso en los alrededores del pabellón.

—Deprisa —dijo Northmour—, subámoslo al piso de arriba antes de que vengan.

8

En el que se narra el final del hombre alto

Entre los tres, subimos como pudimos a Bernard Huddlestone al piso de arriba y lo tumbamos en «la habitación de mi tío». En ningún momento del dificultoso traslado recobró la conciencia y, cuando lo acostamos, no movió ni un dedo. Su hija le desabrochó la camisa y empezó a refrescarle la frente y el pecho, mientras Northmour y yo corríamos a la ventana. El tiempo seguía despejado; la luna, que estaba casi llena, había salido e iluminaba con claridad las dunas, pero, por mucho que forzamos la vista, no vimos que se moviera ni una hoja. Había unos cuantos puntos más o menos oscuros e inidentificables en la enorme extensión irregular: puede que fuesen hombres agazapados o simples sombras, era imposible estar seguro.

—Gracias a Dios que Aggie no tiene que venir esta noche —dijo Northmour.

Aggie era la vieja niñera. Northmour no había vuelto a pensar en ella hasta entonces, pero el que no lo hubiera hecho antes me sorprendió en él.

Otra vez tuvimos que esperar. Northmour se acercó a la chimenea y se calentó las manos en las brasas como si tuviera frío. Yo le seguí mecánicamente con la mirada y al hacerlo me quedé de espaldas a la ventana. En ese momento, se oyó fuera un débil estampido y una bala rompió el cristal y se incrustó en el postigo a escasos

centímetros de mi cabeza. Oí gritar a Clara, y, aunque me refugié en el acto en un rincón de la habitación, ella corrió a mi lado para ver si estaba herido. Ante aquellas muestras de preocupación, recuerdo que pensé que no me importaría que me disparasen todos los días, y me dediqué a tranquilizarla con tiernas caricias ajeno por completo al peligro de la situación, hasta que la voz de Northmour me devolvió a la realidad.

—Una escopeta de aire comprimido —dijo—. No quieren hacer ruido.

Aparté a Clara a un lado y le miré. Estaba junto al fuego con las manos a la espalda y supe por lo sombrío de su semblante que estaba al borde de un ataque de ira. Había visto esa expresión la vez que me atacó, una noche de marzo, en la habitación de al lado, y aunque comprendí los motivos de su cólera, confieso que temblé por sus posibles consecuencias. Parecía mirar hacia delante, pero nos observaba por el rabillo del ojo, y su enfado crecía como una tempestad. Al pensar en la lucha que nos aguardaba fuera, no pude sino estremecerme al pensar en la posibilidad de un enfrentamiento fratricida en el interior de la casa.

De pronto, mientras observaba su expresión y me preparaba para lo peor, advertí un cambio, un destello, una especie de alivio, en su rostro. Cogió la lámpara que tenía al lado sobre la mesa y se volvió hacia nosotros muy excitado.

—Hay una cuestión que debemos aclarar —dijo—. ¿Piensan masacrarnos a todos, o solo van en busca de Huddlestone? ¿Te han tomado por él o es que te han disparado por tu cara bonita?

—Sin duda han debido de confundirme con él —repliqué yo—. Soy casi igual de alto y también soy rubio.

—Comprobémoslo —repuso Northmour, y se plantó delante de la ventana con la lámpara sobre la cabeza y se quedó allí, afrontando la muerte tan tranquilo, más de medio minuto.

Clara trató de correr a su lado para apartarlo del peligro, pero yo tuve el perdonable egoísmo de retenerla por la fuerza.

—Sí —dijo Northmour apartándose imperturbable de la ventana—. Está claro que solo quieren a Huddlestone.

—¡Oh, señor Northmour! —gritó Clara, pero no supo qué más decir: la temeridad que acababa de presenciar estaba más allá de las palabras.

Por su parte, él me miró, con la cabeza ladeada y un brillo triunfal en los ojos, y comprendí en el acto que había arriesgado su vida de aquel modo solo para atraer la atención de Clara y despojarme de mi protagonismo como héroe del momento. Chasqueó los dedos.

—El tiroteo no ha hecho más que empezar —dijo—. Cuando la cosa vaya en serio no tendrán tantos miramientos.

Entonces oímos una voz que nos llamaba. Desde la ventana, vimos la silueta de un hombre a la luz de la luna: estaba muy quieto, con el rostro vuelto hacia nosotros y

un trapo blanco en la mano, y, aunque estaba a varios metros de distancia entre las dunas, nos pareció ver el reflejo de la luna en sus ojos.

Volvió a abrir la boca y habló sin parar por espacio de varios minutos en voz tan alta que se le habría oído hasta en el último rincón del pabellón, e incluso en el lindero del bosque. Era la misma voz que había gritado *Traditore!*, a través de los postigos del comedor; esta vez hizo una declaración clara y completa: si entregábamos al traidor «Oddlestone» nos perdonarían la vida a los demás, de lo contrario no escaparía nadie para contarlo.

—Bueno, Huddlestone, ¿qué dice usted a eso? —preguntó Northmour volviéndose hacia la cama.

Hasta ese momento el banquero no había dado señas de vida, y yo, al menos, pensaba que seguía desvanecido, pero contestó enseguida, y, en un tono que yo no había oído nunca, salvo a los enfermos en pleno delirio, nos suplicó que no le abandonáramos. Fue el espectáculo más bochornoso y repulsivo que recuerdo.

—¡Basta! —gritó Northmour; abrió la ventana, se asomó a la oscuridad y, en tono exultante y sin tener en cuenta que estaba en presencia de una dama, vertió sobre el emisario una ristra de insultos abominables en inglés y en italiano y le pidió que se fuera por donde había venido.

Creo que nada alegró más a Northmour en ese momento que pensar que antes de que amaneciera todos habríamos muerto sin remedio.

Entretanto el italiano se metió la bandera blanca en el bolsillo y desapareció tranquilamente entre las dunas.

—Combaten de manera honrosa —afirmó Northmour—. Son soldados y caballeros. Ojalá pudiéramos cambiar de bando, Frank, tú y yo, y usted también, mi querida señorita…, y dejar que otros defendieran a ese ser que está ahí tumbado. ¡Vamos! ¡No se escandalice! Vamos a ir todos directos a la eternidad y digo yo que podemos hablar sin tapujos mientras tengamos tiempo. Por lo que a mí respecta, preferiría estrangular primero a Huddlestone y luego tomar a Clara entre mis brazos, así moriría contento y orgulloso. ¡Por Dios que no me iré de este mundo sin un beso!

Antes de que pudiera hacer nada por impedirlo, abrazó y besó varias veces a la muchacha, que hizo vanos esfuerzos por soltarse. Enseguida lo aparté lleno de furia y lo empujé contra la pared. Él soltó una larga y ruidosa carcajada y temí que la tensión le hubiera hecho perder el juicio, pues siempre le había visto reírse poco y en voz baja.

—Vamos, Frank —dijo cuando se calmó un poco—, te toca el turno. Aquí está mi mano. ¡Y adiós muy buenas! —Luego, al ver que yo seguía inmóvil e indignado y abrazaba a Clara contra mí, añadió—: ¡Pero, hombre, no me digas que te has enfadado! ¿Pensabas que íbamos a morir con la etiqueta de la alta sociedad? Le he robado un beso y me alegro, dale tú otro y estaremos en paz. —Sin tratar de disimular lo más mínimo mi desprecio, le di la espalda—. Muy bien, como quieras, toda tu vida has sido un remilgado y morirás siéndolo.

Y con esas palabras se sentó en una silla con el rifle sobre las rodillas y se entretuvo jugueteando con el cerrojo; no obstante, noté que su desmedida exhibición de alegría (la única que le conocí jamás) había dado paso a un humor hosco y taciturno.

Hasta tal punto habíamos olvidado el peligro que nos amenazaba, que los asaltantes podrían haber entrado en la casa y no nos habríamos dado cuenta. Pero justo en ese momento el señor Huddlestone soltó un grito y saltó de la cama.

Le pregunté qué ocurría.

—¡Fuego! —exclamó—. ¡Le han pegado fuego a la casa!

Northmour se puso en pie en el acto y los dos corrimos a la puerta que comunicaba con el estudio. La habitación estaba iluminada por una luz rojiza y siniestra. Nada más entrar, una llamarada se alzó delante de la ventana y el cristal se rompió con estrépito sobre la alfombra. Le habían pegado fuego al cobertizo adyacente, donde Northmour y yo revelábamos sus negativos.

—¡Esto no me gusta nada! —dijo Northmour—. Probemos en tu antigua habitación.

Corrimos allí al instante, abrimos la ventana y miramos fuera: la pared trasera del pabellón estaba cubierta de pilas de madera incendiada, probablemente empapada de petróleo, pues a pesar de la lluvia de aquella mañana, ardía muy bien. El fuego se había adueñado ya del cobertizo, que estaba envuelto en llamas cada vez más altas; sobre la puerta trasera ardía una hoguera al rojo vivo; el alero del tejado, que sostenían unas grandes vigas de madera, empezaba a humear. En ese mismo instante una humareda acre, caliente y asfixiante empezó a llenar la casa. No se veía un alma ni a izquierda ni a derecha.

—¡Bueno! —gritó Northmour—. Esto es el fin, ¡gracias a Dios!

Volvimos a «la habitación de mi tío». El señor Huddlestone se estaba calzando las botas; todavía temblaba violentamente, pero tenía un aire de determinación que no le había notado hasta entonces. Clara estaba a su lado, con la capa en la mano y una extraña mirada, como si se debatiera entre la duda y la esperanza respecto a su padre.

—En fin, muchachos —dijo Northmour—, ¿qué os parece intentar una salida? El horno está caliente. No nos conviene quedarnos a asarnos aquí, y, por mi parte, estoy deseando enfrentarme con ellos y acabar de una vez.

—No tenemos otra posibilidad —repliqué yo.

Y tanto Clara como el señor Huddlestone añadieron, aunque en tono muy distinto:

—No, ninguna.

Al bajar las escaleras el calor se hizo insoportable y el rugido del fuego llenó nuestros oídos, apenas habíamos llegado al pasillo cuando la ventana de las escaleras cedió y se coló por ella una llamarada que iluminó el interior del pabellón con un resplandor terrible y fluctuante. En ese mismo instante oímos la caída de algo sólido y pesado en el piso de arriba. Estaba claro que el pabellón entero había ardido como

una caja de cerillas y ahora no solo se alzaba como una enorme llamarada hacia el cielo, sino que amenazaba con desmoronarse sobre nuestras cabezas.

Northmour y yo amartillamos los revólveres. El señor Huddlestone, que se había negado a coger un arma de fuego, se adelantó en tono autoritario.

—Que abra la puerta Clara —exclamó—. Así, si disparan una ráfaga, estará a salvo. Ustedes quédense detrás de mí. Es a mí a quien buscan, ha llegado el momento de expiar mis pecados.

Mientras estaba sin aliento a su lado, con la pistola cargada, oí que pronunciaba unas oraciones con un susurro rápido y trémulo, y, por horrible que pueda parecer, confieso que lo desprecié por acordarse de rezar en un momento tan crucial y desesperado. Entretanto, Clara, que estaba mortalmente pálida, pero seguía siendo dueña de sus actos, había desmontado la barricada que protegía la puerta principal. Acto seguido la abrió. El resplandor de las llamas y la luz de la luna iluminaban las dunas con un brillo confuso y cambiante y a lo lejos vimos una larga columna de humo resplandeciente.

El señor Huddlestone, con una fuerza insólita en él, nos dio a Northmour y a mí un golpe en el pecho con el dorso de la mano que nos dejó sin resuello y, antes de que pudiéramos reaccionar, alzó los brazos por encima de la cabeza como quien va a zambullirse en el agua y salió corriendo del pabellón.

—¡Estoy aquí! —gritó—. ¡Soy Huddlestone! ¡Matadme y perdonad a los demás!

Supongo que su repentina aparición intimidó a nuestros enemigos ocultos, pues, antes de que ocurriera nada, Northmour y yo tuvimos tiempo de recobrarnos, coger a Clara del brazo y salir en ayuda de su padre. Pero no habíamos cruzado el umbral cuando se oyó una docena de disparos y vimos varios destellos entre las dunas. El señor Huddlestone se tambaleó, soltó un grito extraño y estremecedor, levantó los brazos y cayó de espaldas en la hierba.

—*Traditore! Traditore!* —gritaron los invisibles vengadores.

Y, justo en ese instante, se desplomó parte del tejado ante el rápido avance del fuego. Un estruendo horrible acompañó su hundimiento y una enorme llamarada se alzó hacia el cielo. Debió de poder verse a más de veinte millas desde el mar, así como desde Graden Wester y desde la cima de Graystiel, la cumbre más oriental de las montañas Caulder. Bernard Huddlestone, cualesquiera que fuesen sus exequias, tuvo una soberbia pira funeraria el día de su muerte.

9

En el que se narra cómo Northmour cumplió su amenaza

Me resulta muy difícil contar lo que ocurrió después de tan trágico suceso. Al hacer memoria, todo me parece confuso, fatigoso e ineficaz, como los esfuerzos de un

durmiente en una pesadilla. Recuerdo que Clara soltó un suspiro entrecortado y se habría dado de bruces en el suelo si Northmour y yo no la hubiésemos sujetado. No creo que nos atacaran, ni siquiera recuerdo haber visto a ninguno de nuestros atacantes, y me parece que abandonamos el cuerpo del señor Huddlestone sin mirarlo siquiera. Lo único que recuerdo es que corrí presa del pánico, a ratos cargando con Clara en mis propios brazos y a ratos compartiendo su peso con Northmour y discutiendo por la posesión de tan preciada carga. He olvidado por completo por qué razón fuimos a mi campamento en Hemlock Den y cómo llegamos allí. Lo primero que aparece con nitidez en mi memoria es que dejamos a Clara a la puerta de la tienda y Northmour y yo rodamos por el suelo mientras él trataba de golpearme en la cabeza con la culata del revólver. Me había herido ya dos veces y creo que si recobré de pronto la lucidez fue debido a la consiguiente pérdida de sangre.

Le sujeté por la muñeca.

—Northmour —recuerdo haberle dicho—, si quieres, mátame después. Pero socorramos antes a Clara.

En ese momento lo tenía encima. En cuanto pronuncié aquellas palabras, se puso de pie y corrió hacia la tienda y se puso a abrazar a Clara contra su pecho y a cubrir de caricias sus manos y su rostro inconsciente.

—¡Qué vergüenza! —le grité—. ¡Deberías avergonzarte, Northmour!

Y, aunque todavía estaba aturdido, le golpeé varias veces en la cabeza y en los hombros.

Él soltó a Clara y se volvió hacia mí a la luz de la luna.

—Te tenía vencido y te dejé escapar —dijo—, ¡y ahora me golpeas! ¡Cobarde!

—El único cobarde eres tú —repliqué—. ¿Acaso ella quería tus besos cuando estaba consciente? ¡No! Puede que esté muriéndose, y tú pierdes un tiempo precioso y abusas de su indefensión. Aparta y deja que la ayude.

Me miró pálido y amenazador, y luego, de pronto, se apartó a un lado.

—Ayúdala si quieres —dijo. Yo me hinqué de rodillas y le aflojé lo mejor que pude el vestido y el corsé, pero, mientras lo hacía, noté una mano en el hombro—. Aparta tus manos de ella —exclamó con rabia Northmour—. ¿Es que crees que no tengo sangre en las venas?

—Northmour —le advertí—, si no la ayudas y no me dejas ayudarla, tendré que matarte.

—¡Eso ya me gusta más! —gritó—. Y, de paso, deja que se muera ella también, ¿qué más da? ¡Apártate de la chica y pelea como un hombre!

—Habrás visto que no la he besado —repliqué incorporándome.

—Ni se te ocurra intentarlo —gritó él.

No sé qué instinto me dominó, es una de las cosas que he hecho en mi vida que más me avergüenzan, aunque, como acostumbraba a decir mi mujer, yo sabía que, viva o muerta, mis besos siempre serían bien recibidos: volví a hincarme de rodillas, le aparté el cabello de la frente y, con el mayor respeto, posé mis labios un instante

sobre su ceño frío. Fue una expresión de afecto casi paternal, muy apropiada para alguien a punto de morir que se despedía de una mujer muerta.

—Y ahora, Northmour, estoy a tu disposición.

Sin embargo, vi con sorpresa cómo me daba la espalda.

—¿Es que no me has oído? —le pregunté.

—Sí —replicó—. Si quieres pelea, estoy dispuesto. De lo contrario, vete a salvar a Clara. A mí tanto me da.

No esperé a que me lo pidiera dos veces: me incliné sobre Clara y renové mis esfuerzos por reanimarla. Yacía tan pálida e inconsciente que temí que su dulce espíritu hubiera dejado ya su cuerpo, y el horror y la desolación más completos se adueñaron de mi corazón. La llamé por su nombre en el tono más cariñoso que pude; le froté las manos; le levanté la cabeza y la apoyé sobre mis rodillas, pero todo parecía en vano: sus párpados seguían cerrados.

—Northmour —dije—, ahí está mi sombrero. Por el amor de Dios, tráeme un poco de agua del manantial.

Al cabo de un instante estaba de vuelta con el agua.

—La he traído en el mío —dijo—. Espero que no me niegues ese privilegio.

—Northmour —empecé a decir mientras le lavaba la frente y el pecho, pero él me interrumpió brutalmente.

—¡Oh, cállate! —exclamó—. Es mejor que no digas nada.

Yo no tenía ningunas ganas de hablar, pues mi única preocupación era el estado en que se encontraba Clara, y proseguí en silencio con mis esfuerzos por reanimarla, y cuando el sombrero se vació, se lo devolví con una palabra: «Más». Probablemente hiciera varios viajes antes de que Clara abriera los ojos.

—Y ahora que ya está mejor —dijo—, supongo que no me necesitarás, ¿no? Buenas noches, Cassilis.

Y acto seguido desapareció entre los matorrales. Yo encendí un fuego, pues ya no tenía nada que temer de los italianos, que incluso habían respetado las escasas posesiones que había dejado en mi campamento y, aunque estaba destrozada por la tensión y la terrible desgracia de aquella noche, me las arreglé mediante la persuasión, los ruegos, el cariño y todo aquello de lo que pude echar mano, para que recobrara un poco las fuerzas y la presencia de ánimo.

Era ya de día cuando oí un brusco «¡Eh!» entre los arbustos. Me puse en pie, pero enseguida oí la voz de Northmour que añadía en tono más tranquilo:

—Ven aquí, Cassilis, y solo, tengo que enseñarte una cosa.

Consulté a Clara con la mirada y, cuando recibí su permiso tácito, la dejé sola y salí de nuestro refugio. Cerca de allí, apoyado en el tronco de un saúco, encontré a Northmour, quien nada más verme empezó a andar hacia el mar. Casi lo había alcanzado cuando llegó a la salida del bosque.

—Mira —me dijo deteniéndose.

Avancé un par de pasos más y salí de entre los matorrales. La luz fría y limpia de la mañana iluminaba la escena: el pabellón no era más que una ruina ennegrecida, el tejado se había desplomado, uno de los hastiales había caído y por todas partes las dunas tenían cicatrices de las aulagas quemadas. Un humo espeso seguía elevándose en el aire matutino y una pila de brasas ardientes llenaba las paredes desnudas de la casa como carbones encendidos en el horno. Cerca del islote esperaba una goleta y un bote tripulado por varios hombres se aproximaba a la orilla.

—¡El *Red Earl*! —grité—. ¡El *Red Earl* que llega con doce horas de retraso!

—Mírate los bolsillos, Frank. ¿Vas armado? —preguntó Northmour. Le obedecí y supongo que debí de quedarme muy pálido. Alguien me había robado el revólver—. Ya ves que te tengo en mis manos —prosiguió—. Te lo quité anoche, mientras atendías a Clara, pero ahora…, toma…, coge tu pistola. ¡No me des las gracias! —gritó levantando la mano—. No las quiero, es el único modo en que puedes disgustarme. —Empezó a andar a través de las dunas en dirección al bote, y yo le seguí a uno o dos pasos de distancia. Enfrente del pabellón me detuve a ver el lugar donde había caído el señor Huddlestone, pero no había ni rastro de él, ni siquiera una gota de sangre—. Graden Floe —dijo Northmour, y siguió andando hasta que llegamos a la playa—. Aquí nos separamos, si no te importa. ¿Quieres llevar a Clara a la mansión Graden?

—Gracias —respondí—, trataré de llevarla a casa del pastor en Graden Wester.

En ese momento, la proa del bote rozó la arena y un marinero saltó a la orilla con un cabo en la mano.

—¡Esperad un minuto, muchachos! —gritó Northmour, y luego añadió en voz baja—: Es mejor que no le digas nada de esto a ella.

—¡Al contrario! —exclamé—, pienso contárselo todo.

—No lo entiendes —respondió con mucha dignidad—. A ella no le extrañará lo más mínimo, sabía que lo haría. ¡Adiós! —añadió con una inclinación de cabeza. Le tendí mi mano—. Disculpa —dijo—, sé que es una tontería, pero no quiero llegar tan lejos. Nada de sentimentalismos, no quiero presentarme en vuestro hogar cuando sea un peregrino con el cabello blanco y todas esas idioteces. Al contrario: ruego a Dios no tener que volver a veros jamás a ninguno de los dos.

—En ese caso, ¡que Dios te bendiga, Northmour! —le dije de corazón.

—Oh, sí —replicó él.

Bajó a la playa, y el marinero que había desembarcado le ayudó a subir a bordo, luego el marinero desatracó la embarcación y saltó también a proa. Northmour se puso al timón: el bote tomó una ola y el crujido de los remos en los toletes se oyó claro y acompasado en el aire de la mañana.

Cuando salió el sol, estaban a mitad de camino del *Red Earl* y yo seguía en la playa observando su avance.

Una cosa más y habré concluido mi historia: años después, Northmour murió combatiendo a las órdenes de Garibaldi por la liberación del Tirol.

UN SITIO DONDE PASAR LA NOCHE

Estaban a finales de noviembre de 1456. La nieve caía sobre París con rigurosa e incansable persistencia; de vez en cuando el viento hacía una incursión y la esparcía formando vórtices voladores, otras veces reinaba la calma y descendía, copo a copo, callada, morosa e interminable, desde el negro cielo nocturno. Los menesterosos, que alzaban la mirada bajo las cejas húmedas, se preguntaban de dónde caería todo aquello. Maese Francis Villon había planteado una disyuntiva esa tarde desde la ventana de una taberna: ¿sería solo que el pagano Júpiter estaba desplumando unos gansos en el Olimpo?, ¿o estarían los santos ángeles mudando la pluma? Él no era más que un pobre licenciado, prosiguió, y, como el asunto tenía que ver en parte con la divinidad, no se atrevía a pronunciarse. Un viejo cura bobalicón de Montargis que estaba entre los presentes invitó al joven tunante a una botella de vino para celebrar aquella broma y las muecas que la acompañaron, y juró por su barba blanca que él también había sido un pícaro irreverente cuando tenía la edad de Villon.

El aire era áspero, cortante y casi gélido, y los copos grandes, húmedos y pegajosos. La ciudad entera estaba cubierta por un sudario. Un ejército podría haberla cruzado y ni una sola pisada habría delatado su presencia. De haber habido algún pájaro rezagado en el cielo, habría visto la isla como una gran mancha blanca, y los puentes como delgados tablones blancos, tendidos sobre el negro trasfondo del río. En lo alto, la nieve se posaba entre la tracería de las torres de la catedral. El viento había llenado muchas de sus hornacinas y las estatuas lucían un largo bonete blanco sobre sus grotescas o santas cabezas. Las gárgolas se habían transformado en enormes narices postizas con la punta torcida. Las volutas eran como almohadas puestas de pie e hinchadas por un lado. En los intervalos en que no soplaba el viento, se oía un sonido apagado de goteo en los alrededores de la iglesia.

El cementerio de San Juan no se había librado de la nevada. Todas las tumbas estaban cubiertas; los altos y blancos tejados de las casas lo rodeaban formando solemnes hileras. Los ciudadanos honrados llevaban mucho tiempo en la cama tocados con sus gorros de dormir igual que sus domicilios y no se veía una sola luz en el barrio, salvo el débil resplandor de una lámpara que colgaba en el coro de la iglesia y hacía danzar las sombras de aquí para allá con sus oscilaciones. El reloj estaba a punto de dar las diez cuando pasó la patrulla con sus alabardas y una linterna, frotándose las manos, y no vio nada sospechoso en el cementerio.

Sin embargo, había una casita, apoyada contra el muro del cementerio, cuyos ocupantes seguían despiertos, y con intenciones nada buenas, en aquel barrio de durmientes. Nada parecía indicarlo desde fuera, salvo la cálida humareda que salía por la chimenea, una mancha de nieve fundida en el tejado y unas pisadas medio borradas que había junto a la puerta, pero dentro, tras los postigos cerrados, maese

François Villon, el poeta, y algunos de los rufianes con quienes se relacionaba últimamente disfrutaban de la noche y se pasaban unos a otros la botella.

Una pila de brasas encendidas difundía una luz fuerte y rojiza desde el arco de la chimenea. Delante de ella estaba esparrancado don Nicolás, el monje de Picardía, con los hábitos arremangados y las piernas gruesas y desnudas expuestas al calor de la lumbre. Su silueta oronda dividía en dos la habitación y la luz del fuego escapaba solo a ambos lados de su rechoncha persona y por un pequeño charco que tenía entre los pies. Su rostro tenía el aspecto rubicundo y amoratado de los aficionados a la bebida, estaba cubierto por una red de venas congestionadas, que, en condiciones normales, eran de color púrpura, pero ahora tenían un tono más bien violeta pálido, pues, aunque estaba de espaldas al fuego, el frío le remordía por el otro lado. Llevaba la capucha echada hacia atrás, formando una extraña excrecencia a ambos lados de su cuello de toro. Y, con las piernas abiertas de aquel modo, dividía huraño la habitación en dos con la sombra de su corpulenta figura.

A su derecha, Villon y Guy Tabary se apretujaban junto a un trozo de pergamino: Villon componía una balada, que pensaba titular «Balada del pescado asado», y Tabary balbucía su admiración a su lado. El poeta era un despojo humano: moreno, bajo y delgado, con los pómulos hundidos y el cabello fino y rizado. Sus veinticuatro años lo llenaban de animación febril. La codicia había formado arrugas alrededor de sus ojos y las sonrisas malévolas habían deformado su boca. Su rostro tenía una expresión entre porcina y lobuna. Era una cara elocuente, aguda, fea y mundana. Movía sin parar las manos pequeñas y prensiles de dedos nudosos en una especie de violenta y expresiva pantomima. En cuanto a Tabary, de su nariz aplastada y sus labios babosos emanaba una imbecilidad complaciente y admirada: se había hecho ladrón, igual que se podría haber convertido en el más honrado de los burgueses, por culpa del imperioso azar que rige los destinos de los gansos y los asnos humanos.

Al lado del monje, Montigny y Thevenin Pensete jugaban a un juego de azar. Al primero lo rodeaba una especie de halo de erudición y buena cuna, como el de un ángel caído; era un hombre esbelto y elegante, aunque de rostro un tanto oscuro y aguileño. El pobre Thevenin estaba muy animado: esa tarde había dado un golpe en el faubourg Saint Jacques y, por si fuera poco, llevaba toda la noche ganándole a Montigny. Una sonrisa vacua iluminaba su rostro, su calva rosada brillaba rodeada por una guirnalda de rizos rojizos y su protuberante barriga se estremecía cuando se agachaba para recoger sus ganancias.

—¿Doble o nada? —preguntó Thevenin.

Montigny asintió con severidad.

—«Hay quien prefiere las cenas solemnes» —escribía Villon—. «Pan y queso en bandeja de plata». O… o… ¡ayudadme, Guido!

Tabary soltó una risita.

«O perejil en un plato dorado», garabateó el poeta.

Fuera el viento arreciaba: empujaba la nieve a su paso y a veces elevaba la voz en un grito victorioso y gemía en tono sepulcral por la chimenea. La noche era cada vez más fría. Villon, frunciendo los labios, imitó el sonido de las ráfagas con una especie de silbido que casi parecía un gemido. El monje de Picardía detestaba aquel inquietante talento del poeta.

—¿No oís cómo repiquetea la horca? —preguntó Villon—. Están bailando una danza diabólica ahí arriba. ¡Bailad cuanto queráis, muchachos, pero no penséis que así vais a entrar en calor! ¡Caramba! ¡Menuda ráfaga! ¡Seguro que ha dado con alguien en el suelo! ¡Un níspero menos en el nisperero! Don Nicolás, ¿creéis que hará frío esta noche en la rue de Saint Denis?

Don Nicolás guiñó los grandes ojos y simuló estrangularse a la altura de la nuez. Montfaucon, el gran y siniestro patíbulo de París, estaba junto a la rue de Saint Denis, y la broma le había impresionado. Tabary estalló en carcajadas al oír lo del nisperero, nunca había oído nada tan gracioso, se llevó las manos a los costados sin parar de reír. Villon le propinó un capirotazo en la nariz que convirtió su risa en un ataque de tos.

—Dejaos de risas —exclamó Villon—, y pensad en algo que rime con «pescado».

—Doble o nada —insistió obstinado Montigny.

—Nada me complacerá más —repuso Thevenin.

—¿Queda algo en la botella? —preguntó el monje.

—Abrid otra —le espetó Villon—. ¿Cómo pensáis llenar ese corpachón y esa cabezota de jabalí con unas pocas botellas? ¿Y cómo aspiráis a ascender al cielo? ¿Cuántos ángeles creéis que habrá disponibles para subir a un solo monje de Picardía? ¿O es que os tenéis por un segundo Elías y pensáis que enviarán un carruaje a buscaros?

—*Hominibus impossibile* —replicó el monje mientras se llenaba la copa.

Tabary estaba extasiado.

Villon volvió a atizarle en la nariz.

—Reíos de mis chistes si queréis —dijo.

—Ese era muy bueno —objetó Tabary.

Villon le hizo una mueca.

—Pensad en algo que rime con «pescado» —repitió—. ¿Qué sabéis vos de latines? Desearéis no saber nada cuando el Día del Juicio el diablo llame a «Guido Tabary, *clericus*», el diablo jorobado y de uñas ardientes. Y, hablando del diablo —añadió en un susurro—, ¡mirad a Montigny!

Los tres miraron a hurtadillas al jugador. No parecía muy contento con su suerte. Contraía la boca y se le había inflamado una de las aletas de la nariz. Tenía la negra, como dice la gente, y jadeaba bajo tan pesada carga.

—Parece que quisiera apuñalarle —murmuró Tabary con los ojos muy abiertos.

El monje se estremeció, se volvió y extendió las manos delante de las brasas. A don Nicolás le afectaba más el frío que el exceso de sensibilidad moral.

—Vamos —insistió Villon—, ¿qué dice la balada hasta ahora?

Y, marcando el compás con la mano, se la leyó en voz alta a Tabary.

Al llegar a la cuarta rima les interrumpió un breve y fatal movimiento de los jugadores. Habían acabado la ronda, y Thevenin estaba a punto de proclamar otra victoria cuando Montigny saltó sobre él con la rapidez de una víbora y le apuñaló en el corazón. El golpe hizo efecto antes de que pudiera dar un grito o mover un dedo. Su cuerpo tembló un par de veces, sus manos se abrieron y se cerraron, los talones rozaron contra el suelo, la cabeza cayó sobre el hombro con los ojos abiertos y el espíritu de Thevenin Pensete regresó con su Creador.

Los demás se pusieron en pie de un salto, pero todo concluyó en un santiamén. Los cuatro vivos se miraron unos a otros espantados y el muerto se quedó con la vista clavada en un rincón del techo con un rictus extraño y desagradable.

—¡Dios mío! —dijo Tabary, y empezó a rezar en latín.

Villon estalló en carcajadas histéricas. Se adelantó un paso, hizo una burlona reverencia delante de Thevenin y se rio todavía más fuerte. Luego se sentó de pronto en un taburete y siguió riéndose con amargura, casi a punto de desternillarse.

Montigny fue el primero en recobrar la compostura.

—Veamos qué es lo que lleva encima —exclamó, y vació los bolsillos del muerto con manos hábiles y dividió el dinero en cuatro partes iguales sobre la mesa—. Ahí tenéis lo vuestro —afirmó.

El monje cogió su parte con un profundo suspiro y una mirada furtiva al difunto Thevenin, que empezaba a caerse de la silla.

—Todos estamos metidos en esto —gritó Villon, tragándose la risa—. Pueden enviarnos a la horca a todos los presentes… por no decir los ausentes.

Hizo un gesto en el aire con la mano derecha levantada y sacó la lengua y ladeó la cabeza para imitar la apariencia de un ahorcado. Luego se embolsó su parte del expolio y dio unas patadas en el suelo para reactivar la circulación.

Tabary fue el último en servirse: cogió el dinero y se apartó al otro extremo de la habitación.

Montigny sentó a Thevenin derecho en la silla y sacó la daga dejando brotar un chorro de sangre.

—Será mejor largarse de aquí —dijo mientras limpiaba la hoja en el jubón de su víctima.

—Eso mismo pienso yo —replicó Villon tragando saliva—. ¡Maldita sea su estampa! —estalló—. Se me ha quedado atravesado en la garganta como una flema. ¿Qué derecho tiene nadie a tener el pelo rojo cuando está muerto?

Y volvió a desplomarse en el taburete y a cubrirse el rostro con las manos.

Montigny y don Nicolás se rieron en voz alta e incluso Tabary se les unió tímidamente.

—Es un llorón —dijo el monje.

—Siempre dije que era una mujer —añadió Montigny con desdén—. Y tú, ¿es que no sabes sentarte? —añadió dándole otra sacudida al cadáver—. ¡Apaga el fuego, Nick!

Pero Nick estaba muy ocupado robándole discretamente la bolsa a Villon, aprovechando que el poeta estaba tembloroso y abatido en el taburete donde tres minutos antes componía una balada. Montigny y Tabary reclamaron por señas su parte del botín, y el monje se lo prometió sin decir nada, mientras introducía la bolsa entre sus hábitos. En muchos sentidos, una naturaleza artística incapacita al hombre para la vida práctica.

Justo después de consumarse el robo, Villon se estremeció, se puso en pie y empezó a esparcir y pisotear las brasas. Entretanto Montigny abrió la puerta y escudriñó la calle con cautela. Todo estaba despejado: no había ninguna patrulla a la vista. Aun así, decidieron que sería más sensato salir por separado, y como Villon estaba deseando alejarse del difunto Thevenin, y los demás estaban todavía más ansiosos por deshacerse de él antes de que descubriera la pérdida del dinero, todos estuvieron de acuerdo en que él saliera primero a la calle.

El viento había triunfado y barrido las nubes del cielo. Tan solo unos pocos jirones, tan finos como la luz de la luna, seguían moviéndose a toda prisa entre las estrellas. Hacía mucho frío y, por un frecuente efecto óptico, las cosas parecían tener un contorno mejor definido que a pleno día. Un silencio absoluto reinaba en la ciudad dormida, que recordaba a un grupo de personas con capuchas blancas, o a unos Alpes en miniatura bajo las estrellas. Villon maldijo su suerte. ¡Si al menos no hubiera cesado de nevar! Ahora dejaría, allí donde fuera, un rastro indeleble tras de sí en las calles relucientes, un rastro que lo ataría a la casa junto al cementerio de San Juan, y sus propios pies trenzarían así la soga que lo relacionaría con el crimen y lo conduciría al patíbulo. La mirada del muerto cobró un nuevo significado. Chasqueó los dedos como para darse ánimos, escogió una calle al azar y avanzó decidido sobre la nieve.

Dos cosas le preocupaban: por un lado, el aspecto del patíbulo de Montfaucon en aquella noche ventosa y, por el otro, el aspecto del difunto con la cabeza calva y la guirnalda de rizos pelirrojos. Ambas cosas le helaban el corazón, y empezó a andar más deprisa como si pudiera escapar de sus desagradables pensamientos solo por la ligereza de sus pies. A veces miraba por encima del hombro con un súbito sobresalto, pero en las calles blancas no se movía ni una hoja, salvo cuando el viento se arremolinaba en un rincón y levantaba la nieve, que empezaba a congelarse, formando un surtidor de polvo brillante.

De pronto vio, muy por delante de donde él estaba, un grupo oscuro y la luz de un par de linternas. El grupo se movía y las linternas se balanceaban como si los hombres que las llevaban estuviesen andando. Era una patrulla. Y, aunque estaba cruzando perpendicularmente al sentido de su marcha, Villon juzgó que lo más inteligente era perderlos de vista lo antes posible. No estaba de humor para responder

a sus preguntas, y era consciente de estar dejando un rastro muy claro sobre la nieve. Justo a su izquierda había un gran palacio con varias torres y un enorme porche delante de la puerta, recordó que estaba medio en ruinas y llevaba mucho tiempo deshabitado, así que con tres zancadas se refugió bajo el porche. Comparado con el resplandor de las calles cubiertas de nieve, estaba bastante oscuro y tuvo que andar a tientas con las manos extendidas. Por fin tropezó con algo que tenía una textura indescriptible: dura y blanda, firme y suelta a la vez. El corazón le dio un vuelco, retrocedió un par de pasos y contempló aterrado el obstáculo. Luego soltó una risita de alivio. Era solo una mujer, y estaba muerta. Se arrodilló junto a ella para asegurarse. Estaba helada y rígida como un palo. Un jirón de tela aleteaba al viento en su pelo, y se había puesto colorete en las mejillas esa misma tarde. Tenía los bolsillos vacíos, pero en sus medias, por debajo de la liga, Villon encontró dos o tres moneditas de las que la gente llamaba «blancas». Era muy poco, pero mejor que nada, y al poeta le conmovió profundamente que hubiera muerto antes de gastarse el dinero. Le pareció un oscuro y lamentable misterio, y paseó la mirada de las monedas que tenía en la mano al cadáver de la mujer, y luego otra vez a las monedas, moviendo la cabeza al pensar en lo enigmática que es la vida del hombre. Enrique V de Inglaterra, muerto en Vincennes justo después de conquistar Francia, y esta pobre mujerzuela abatida por un viento frío en el umbral de un potentado antes de poder gastarse un par de blancas… el mundo era cruel. Dilapidar dos blancas no le habría costado nada, y le habría dejado mejor sabor de boca, antes de que el demonio se llevara su alma y su cuerpo fuera pasto de los cuervos y los gusanos. Ojalá él pudiera gastar todo el sebo antes de que se apagara su luz y se rompiera la lámpara.

Mientras esas ideas cruzaban por su imaginación, se tentó mecánicamente la ropa en busca de la bolsa. De pronto, se le encogió el corazón y sintió cómo le recorría de pies a cabeza un escalofrío. Se quedó petrificado un instante y volvió a tentarse la ropa con un movimiento febril: por fin comprendió el alcance de la pérdida y el cuerpo se le empapó de sudor. Para los derrochadores el dinero es tan vivo y real…, ¡representa un velo tan tenue entre ellos y sus placeres! Solo hay un límite a su fortuna: el tiempo, y un derrochador con solo unas pocas coronas se siente como el mismísimo emperador de Roma hasta que las ha gastado. Para esas personas perder su dinero es el peor de los reveses y equivale a caer del cielo al infierno, del todo a la nada, en un suspiro. ¡Y más aún si ha arriesgado el cuello por él y podrían colgarle al día siguiente por esa misma bolsa, ganada a tan alto precio y tan tontamente extraviada! Villon soltó una maldición, arrojó las dos blancas al suelo, alzó el puño al cielo, pataleó y no se horrorizó de pisotear el pobre cadáver. Luego volvió sobre sus pasos en dirección a la casa junto al cementerio. Había olvidado el temor a la patrulla, que en todo caso hacía mucho que se había ido, y solo pensaba en su bolsa extraviada. En vano miró a izquierda y a derecha en la nieve: allí no había nada. Si no se le había caído por la calle, ¿la habría perdido en la casa? Le habría gustado ir a comprobarlo, pero le desazonaba pensar en su siniestro ocupante. Y, por si fuera

poco, al acercarse, comprobó que sus esfuerzos por apagar el fuego no habían tenido éxito: al contrario, se había reavivado y una luz cambiante se colaba por las ranuras de la puerta y la ventana, con lo que creció su temor por las autoridades y el patíbulo de París.

Volvió al porche del palacio y buscó a tientas en la nieve el dinero que había tirado al suelo presa de una rabieta infantil. Pero solo pudo encontrar una blanca, la otra debía de haber caído de lado y se habría enterrado profundamente. Con solo una blanca en el bolsillo, sus proyectos de pasar la noche de juerga en una taberna se desvanecieron. Y no solo era que el placer se le escurriera burlón de entre los dedos, sino que la incomodidad y el dolor le afligieron mientras estaba en aquel porche. El sudor se había secado sobre su piel, y, aunque el viento había amainado, estaba cayendo una helada terrible y se sintió entumecido y mareado. ¿Qué podía hacer? A pesar de lo tarde que era y de sus escasas esperanzas, decidió visitar a su padre adoptivo, el capellán de Saint Benoît.

Corrió allí a toda prisa y llamó tímidamente a la puerta. No hubo respuesta. Llamó una y otra vez, y por fin oyó el ruido de unos pasos. Una ventanilla con barrotes se abrió en la puerta remachada de hierro y dejó salir un chorro de luz amarilla.

—Acercad vuestro rostro a la ventanilla —dijo el capellán desde dentro.

—Soy yo —gimoteó Villon.

—¡Ah!, conque sois vos, ¿eh? —replicó el capellán, y lo maldijo con varios juramentos nada devotos por molestarle a esas horas y le animó a volver al infierno de donde procedía.

—Tengo las manos amoratadas hasta las muñecas —imploró Villon—, no siento los pies, me duele la nariz del frío y estoy casi helado. Mañana estaré muerto. ¡Solo esta vez, padre, y por Dios que no volveré a pedíroslo!

—Tendríais que haber venido antes —respondió fríamente el clérigo—. Los jóvenes necesitan que les den una lección de vez en cuando.

Cerró la ventana y se retiró haciendo ruido al interior de la casa.

Villon se puso fuera de sí, golpeó la puerta con los puños y los pies y le gritó groseramente al capellán.

—¡Viejo zorro rastrero! —gritó—. Si pudiera echarte la mano encima te mandaría de cabeza al infierno ahora mismo.

Una puerta se cerró al final de un pasillo en el interior de la casa, con un sonido casi inaudible para el poeta. Se puso la mano en la boca con un juramento. Luego reparó en lo cómico de la situación y rompió a reír y miró aliviado hacia el cielo, donde las estrellas parecían burlarse de su desdicha.

¿Qué podía hacer? Todo parecía indicar que tendría que pasar la noche en las calles heladas. El recuerdo de la mujer muerta acudió a su memoria y le produjo un escalofrío: lo que le había ocurrido a ella al empezar la noche podría pasarle a él antes de que amaneciera. ¡Y él era tan joven! ¡Y tenía tantas diversiones por delante!

Sintió su propio destino con tanto patetismo como si fuera el de otro e imaginó vívidamente la estampa de la escena cuando encontraran su cadáver por la mañana.

Repasó sus posibilidades mientras le daba vueltas a la blanca con el índice y el pulgar. Por desgracia, se había enemistado con varios antiguos amigos que en otro tiempo se habrían apiadado de él en esas circunstancias. Los había ridiculizado en sus versos, les había estafado y golpeado, y, sin embargo, al verse tan apurado, pensó que quedaba al menos uno que tal vez pudiera enternecerse. Era una posibilidad. Valía la pena intentarlo al menos, y decidió ir a verle.

De camino, le ocurrieron dos pequeños incidentes que dieron un nuevo cariz a sus pensamientos. En primer lugar, se topó con el rastro de una patrulla, y lo siguió varios cientos de metros, aunque iba en dirección opuesta. Eso le animó un poco: al menos había confundido su rastro, pues seguía dominado por la idea de que le estaban siguiendo por todo París y que lo detendrían a la mañana siguiente, en cuanto despertara. El otro incidente le afectó de forma muy diferente. Pasó por una esquina donde, unos años antes, una mujer y su hijo habían sido devorados por los lobos. Con aquel tiempo, pensó, los lobos podrían volver a entrar en París, y un hombre solo en las calles desiertas podría salir malparado. Se detuvo y contempló el lugar con desagradable interés: en él se cruzaban varias callejas y las miró una por una, y contuvo el aliento para escuchar, por si oía los pasos de unas formas negras sobre la nieve o algún aullido cerca del río. Recordó que su madre le había contado la historia y le había mostrado aquel lugar cuando era niño. ¡Su madre! Si al menos supiera dónde vivía, al menos tendría un refugio garantizado. Decidió averiguarlo por la mañana; es más, iría a visitarla, ¡pobre mujer! Mientras lo pensaba, llegó a su destino: su última esperanza para aquella noche.

La casa, al igual que las que había al lado, estaba bastante oscura, y sin embargo, después de llamar varias veces, oyó movimiento en el piso de arriba, una puerta que se abría y una voz cautelosa que preguntaba quién andaba ahí. El poeta se identificó con un susurro y esperó, no sin ansiedad, el resultado. No tuvo que aguardar mucho. De pronto se abrió una ventana y vaciaron un cubo lleno de agua sucia sobre la entrada. Villon se había preparado para algo parecido, y se había refugiado todo lo posible en el porche, pero a pesar de todo se empapó tristemente por debajo de la cintura. Sus medias empezaron a congelarse casi de inmediato. La muerte de frío a la intemperie le seguía de cerca, recordó que tenía propensión a contraer la tisis, y tosió un poco a modo de prueba. Sin embargo, la gravedad del peligro le calmó los nervios. Se detuvo a unos cien metros de la casa donde lo habían maltratado de aquel modo y se puso a meditar con la nariz apoyada en el dedo. Solo se le ocurría un modo de conseguir alojamiento, y era por la fuerza. Había reparado en una casa, no muy lejos, en la que parecía fácil colarse, y, sin pensarlo dos veces, dirigió sus pasos hacia allí, distrayéndose por el camino con la idea de una habitación todavía caldeada y con los restos de la cena sobre la mesa, donde podría pasar el resto de la noche, y de donde se marcharía por la mañana con una valiosa bandeja de plata bajo el brazo. Incluso

consideró los manjares y vinos que preferiría, y mientras pasaba lista a sus platos favoritos recordó el pescado asado con una extraña mezcla de horror y diversión.

«Nunca terminaré esa balada», pensó, y luego, volviendo a estremecerse al recordarlo, escupió en la nieve y repitió fervientemente:

—¡Maldita sea su estampa!

A primera vista, la casa en cuestión parecía a oscuras, pero mientras hacía una inspección preliminar en busca de un punto débil por donde asaltarla, Villon vio un débil resplandor detrás de una cortina.

«¡Demonios! —pensó—. ¡Hay gente despierta! ¡Algún estudiante o un santo, malditos sean todos! ¿Es que no pueden emborracharse y tumbarse a roncar como sus vecinos? ¿De qué sirven el toque de queda y esos pobres diablos de los campaneros que tiran de las sogas en los campanarios? ¿De qué sirve el día, si la gente se pasa la noche despierta? ¡Mal rayo les parta! —Al reparar adónde le conducía su lógica esbozó una sonrisa—. Cada cual a lo suyo, después de todo —se dijo—, y si están despiertos, por Dios que todavía puedo cenar de forma honrada por una vez y chasquear así al demonio».

Fue directo a la puerta y llamó con mano firme. Las dos ocasiones anteriores había golpeado con timidez, como si temiera llamar la atención, pero ahora que acababa de descartar la idea de colarse allí furtivamente, llamar a una puerta le pareció un acto de lo más sencillo e inocente. Los golpes resonaron en la casa con una leve y espectral reverberación, como si estuviese vacía, pero el ruido no se había extinguido todavía cuando oyó unos pasos mesurados que se acercaban, descorrieron un par de cerrojos y abrieron la puerta de par en par, como si los de dentro no temieran a nada ni a nadie. Un hombre alto, enjuto y musculoso, aunque un poco encorvado, recibió a Villon. Su cabeza era enorme, pero de facciones refinadas: la nariz, gruesa en la base, se estilizaba al unirse a un par de cejas fuertes y honestas, la boca y los ojos estaban bien contorneados, y una espesa barba blanca y cuadrada rodeaba su rostro. Vista a la débil luz del candil, parecía tal vez más noble de lo que era en realidad, pero era un semblante más honrado que inteligente, fuerte, sencillo y virtuoso.

—Llamáis tarde, señor —dijo el anciano en tono cortés y tonante.

Villon hizo una reverencia y se deshizo en serviles palabras de disculpa; en situaciones así siempre sacaba al mendigo que llevaba dentro, y el hombre de genio agachaba confundido la cabeza.

—Tenéis frío —repitió el anciano— y debéis de estar hambriento. Pasad, pasad.

Y le animó a entrar con un noble gesto.

«Debe de ser algún gran señor», pensó Villon, mientras su anfitrión, dejando el candil en las losas del suelo de la entrada, volvía a correr los cerrojos.

—Disculpad que pase delante —dijo al terminar, y condujo al poeta al piso de arriba a una gran habitación, caldeada con un brasero de carbón e iluminada por una enorme lámpara que colgaba del techo.

Casi no había muebles, tan solo algunos platos dorados sobre un aparador, unos cuantos infolios y una armadura entre las ventanas. Hermosos tapices colgaban de las paredes: uno representaba la crucifixión de nuestro Señor y otro una escena pastoril junto a un arroyo. Sobre la chimenea había un escudo de armas.

—Tomad asiento —dijo el anciano—, y perdonad que os deje solo. Esta noche no hay nadie más en mi casa, y si queréis comer algo tendré que preparároslo yo mismo.

En cuanto su anfitrión se marchó, Villon saltó de la silla en la que acababa de sentarse y empezó a inspeccionar la habitación con el sigilo y la curiosidad de un gato. Sopesó en la mano los platos de oro, hojeó los libros e inspeccionó las armas del escudo y la tela con que estaban forradas las sillas. Apartó las cortinas y vio que las ventanas eran vidrieras con escenas de guerra. Luego se plantó en medio de la habitación, tomó aliento y, con las mejillas hinchadas, miró en torno suyo girando sobre sus talones para grabar hasta el último detalle de la habitación en su memoria.

—Siete platos —dijo—. Si hubiesen sido diez, habría corrido el riesgo. Una gran casa y un gran señor, ¡que Dios me ayude!

Y justo en ese momento, al oír los pasos del anciano que volvía por el pasillo, corrió a su silla y empezó a calentarse humildemente las piernas húmedas en el brasero.

Su anfitrión llevaba un plato de carne en una mano y una jarra de vino en la otra. Dejó el plato en la mesa y le hizo una seña a Villon para que acercara la silla, luego cogió dos copas del aparador y los llenó.

—Brindo por que vuestra suerte mejore —dijo rozando, solemne, la copa de Villon con la suya.

—Y yo por que lleguemos a conocernos mejor —respondió el poeta, con atrevimiento.

Un hombre sencillo se habría acobardado ante la cortesía del anciano caballero, pero Villon estaba acostumbrado, se había burlado de muchos grandes señores y los tenía por unos granujas como él. Así que dio cuenta de la comida con placer, mientras el anciano, recostándose en su asiento, le observaba con ojos fijos y curiosos.

—Tenéis sangre en el hombro, amigo mío —apuntó.

Montigny debía de haberle puesto encima la mano ensangrentada cuando salió de la casa. Lo maldijo de todo corazón.

—No la he derramado yo —balbució.

—No había supuesto tal cosa —repuso tranquilamente su anfitrión—. ¿Una riña?

—Bueno, algo parecido —admitió Villon con un escalofrío.

—¿Tal vez alguien fue asesinado?

—¡Oh, no, asesinado no! —respondió el poeta, cada vez más confundido—. Fue juego limpio…, un asesinato accidental. Yo no tuve nada que ver. ¡Que Dios me condene si miento! —añadió fervientemente.

—Un canalla menos, me atrevería a decir —observó el dueño de la casa.

—Bien podéis decirlo —asintió Villon, muy aliviado—. El mayor canalla de aquí a Roma. Estiró la pata como un corderito. Pero verlo fue muy desagradable. Supongo que vos habréis visto morir a muchos, ¿no es así, señor? —añadió mirando la armadura.

—A muchos —respondió el anciano—, he estado en la guerra, como imaginaréis.

Villon dejó el cuchillo y el tenedor que acababa de coger.

—¿Alguno era calvo? —preguntó.

—¡Oh, sí! Y con el cabello tan blanco como el mío.

—No creo que me importase mucho si lo hubiera tenido blanco —replicó Villon —. Él era pelirrojo. —Y volvió a ser presa de los escalofríos y la tendencia a la carcajada histérica, que ahogó con un gran trago de vino—. Me incomoda un poco pensarlo —prosiguió—. Yo lo conocía… ¡maldito sea! Y el frío hace pensar unas cosas…, o quizá sea lo que uno piensa lo que produce escalofríos, no estoy muy seguro.

—¿Tenéis dinero? —preguntó el anciano.

—Tengo una blanca —respondió riendo el poeta—. Se la quité a una mujerzuela que encontré muerta en un portal. La pobre desgraciada estaba tan difunta como mi abuela y más fría que un carámbano, y llevaba unas cintas prendidas en el pelo. En invierno el mundo es muy duro para las mujerzuelas, los lobos y los pícaros como yo.

—Yo soy Enguerrand de la Feuillée, señor de Brisetout, bailío de Patatrac —replicó el anciano—. ¿Puedo saber quién sois y a qué os dedicáis vos?

Villon se levantó e hizo una apropiada reverencia.

—Me llamo Francis Villon —dijo—, y soy un pobre licenciado de esta universidad. Sé un poco de latín y mucho de vicios. Puedo componer canciones, baladas, lais, virelais y rondeles, y me gusta mucho el vino. Nací en un desván y es más que probable que muera en el patíbulo. Permitidme añadir, señor, que, desde esta noche en adelante, soy también vuestro siervo más abnegado.

—No sois mi siervo —respondió el caballero—, sino tan solo mi invitado por esta noche.

—Un invitado muy agradecido —afirmó educadamente Villon, y brindó sin decir palabra por su anfitrión.

—Sois listo —empezó el anciano, dándose un golpecito en la frente—, muy listo, tenéis estudios, sois un erudito, y no obstante le quitáis una blanca a una mujer muerta en la calle. ¿No es eso un robo?

—Un robo habitual en la guerra, señor.

—La guerra se libra en el campo del honor —replicó orgulloso el anciano—. En ella uno se juega la vida combatiendo en nombre de Dios, de los santos y arcángeles y de su majestad el rey.

—Pongamos que fuese verdaderamente un ladrón —insinuó Villon—, ¿no estaría poniendo mi vida en peligro y con un riesgo aún mayor?

—Por obtener un beneficio, pero no por honor.

—¿Beneficio? —repitió Villon encogiéndose de hombros—. ¡Beneficio! Cuando un pobre tiene hambre roba un poco de comida. Igual que hace el soldado en campaña. ¿Qué son si no esas incautaciones de las que tanto se habla? Si no son un beneficio para quien las hace, al menos suponen un perjuicio para quien las padece. Los soldados beben junto al fuego, mientras los ciudadanos pasan penurias para pagarles el vino y la leña. He visto muchos campesinos colgando de los árboles; sí, una vez vi a treinta colgando de un olmo, era una estampa lamentable, y cuando le pregunté a alguien por qué los habían ahorcado, me contó que porque no habían reunido bastantes coronas para contentar a los soldados.

—Eso son necesidades de la guerra que los de baja cuna deben soportar con entereza. Es cierto que algunos capitanes tienen la mano demasiado dura, en todos los rangos hay espíritus que no se dejan conmover fácilmente por la piedad, y también lo es que muchos soldados son peores que un hatajo de bandidos.

—Ya veis —replicó el poeta— que sois incapaz de separar al soldado del bandido, ¿y qué es un ladrón sino un bandido de modales más comedidos? Yo robo unas chuletas de cordero sin ni siquiera despertar a nadie, el granjero gruñe un poco, pero cena de lo que queda. Vos llegáis al glorioso son de las trompetas, os lleváis todo su rebaño, y de paso le propináis una buena tunda. Yo no tengo trompeta, soy un don nadie, un pícaro y un perro y merezco sinceramente que me ahorquen…, pero preguntadle al granjero a quién de los dos prefiere, averiguad a quién maldice en las noches frías.

—Considerad el ejemplo de nosotros dos —repuso su señoría—. Soy viejo, fuerte y noble. Si mañana me echasen de mi casa, habría cientos que estarían orgullosos de alojarme. Los pobres saldrían a pasar la noche en la calle con sus hijos si les insinuara que quería estar solo. ¡En cambio vos vagáis sin un techo donde dormir y le robáis unos céntimos a una mujer muerta que encontráis en la calle! No temo a nada ni a nadie, pero a vos acabo de veros temblar y empalidecer al oír una palabra mía. Espero satisfecho mi hora en mi casa, o, si el rey tiene a bien volver a llamarme, en el campo de batalla. Vos aspiráis al patíbulo, una muerte rápida y desagradable sin esperanza ni honor. ¿Acaso no hay diferencia entre ambas cosas?

—Y muy grande —admitió Villon—. Pero, si yo hubiese nacido señor de Brisetout y vos hubierais sido el pobre erudito Francis, ¿habría habido menos diferencias? ¿No habría sido yo quien se calentaría las rodillas en un brasero y vos quien buscaríais unas monedas en la nieve? ¿No habría sido yo el soldado y vos el ladrón?

—¡Ladrón! —exclamó el anciano—. ¡Yo, ladrón! Si supierais lo que decís, mediríais mejor vuestras palabras.

Villon extendió las manos en un gesto de inimitable desvergüenza.

—¡Si vuestra señoría me hubiese hecho el honor de seguir mi argumentación! —se excusó.

—Ya os hago demasiado honor tolerando vuestra presencia —observó el caballero—. Aprended a contener la lengua cuando habléis con hombres ancianos y honorables, o alguien menos considerado que yo podría reprenderos con más brusquedad.

Se levantó y empezó a andar por el extremo de la habitación lleno de rabia y antipatía. Villon volvió a llenar la copa furtivamente, se arrellanó en el asiento cruzando las piernas y reclinó la cabeza con el codo apoyado en el respaldo. Estaba ahíto y caliente, y no temía lo más mínimo a su anfitrión, a quien había juzgado tan bien como era posible tratándose de dos personalidades tan diferentes. La noche casi había pasado ya, y de modo muy agradable, después de todo, y estaba moralmente convencido de que partiría sano y salvo por la mañana.

—Decidme una cosa —dijo el anciano, deteniéndose—. ¿De verdad sois un ladrón?

—Me acojo a la sagrada ley de la hospitalidad —replicó el poeta—. Sí, señor, lo soy.

—Sois muy joven —prosiguió el caballero.

—Nunca habría llegado a ser tan viejo —respondió Villon mostrándole los dedos —, si no hubiese contado con mi ingenio y la ayuda de estos diez talentos. Han sido como un padre y una madre para mí.

—Aún estáis a tiempo de cambiar y arrepentiros.

—Me arrepiento a diario —dijo el poeta—. Hay poca gente tan proclive al arrepentimiento como el pobre Francis. En cuanto a lo de cambiar, dejad que alguien cambie mis circunstancias. Uno tiene que comer, aunque solo sea para seguir arrepintiéndose.

—El arrepentimiento nace del corazón —repuso con solemnidad el anciano.

—Mi querido señor —respondió Villon—, ¿de verdad pensáis que robo por placer? Odio tener que robar, como odio hacer cualquier otra cosa cansada o peligrosa. Me castañetean los dientes cuando veo un patíbulo. Pero tengo que comer, tengo que beber y tengo que relacionarme con alguien. ¡Qué demonios! El hombre no es un animal solitario… *Cui Deus faeminam tradit*. Hacedme despensero real, nombradme abad de Saint Denis, convertidme en bailío de Patatrac y os prometo que cambiaré. Pero mientras siga siendo el pobre erudito Francis Villon, sin un céntimo en el bolsillo, no tendré otro remedio que seguir siendo el mismo.

—La gracia de Dios es todopoderosa.

—Sería herético cuestionarla —afirmó Francis—. A vos os ha hecho señor de Brisetout y bailío de Patatrac, a mí solo me ha dado mi ingenio y estos diez dedos que tengo en las manos. ¿Os importa si me sirvo más vino? Os lo agradezco respetuosamente. Por la gracia de Dios que tenéis un reserva excelente.

El señor de Brisetout siguió paseando de aquí para allá con las manos a la espalda. Tal vez su espíritu siguiera inquieto por aquel paralelismo entre los ladrones y los soldados, quizá Villon le interesase debido a algún tipo de simpatía espuria o

puede que estuviera confuso por aquellos razonamientos tan poco convencionales, pero cualquiera que fuese el motivo ansiaba convencer al joven de que volviese al camino recto y no se decidía a enviarlo de vuelta a las calles.

—Veo algo más en todo esto —dijo por fin—. Estáis lleno de sutilezas y el diablo os ha extraviado mucho, pero el diablo es un espíritu muy débil comparado con la verdad divina, y todas sus sutilezas se desvanecen ante una palabra honorable como las tinieblas al llegar el día. Escuchadme una vez más. Hace mucho que aprendí que un caballero debe vivir recta y caballerosamente por Dios, el rey y su dama, y, aunque he visto muchas cosas extrañas, he logrado regir mi vida por esa norma. No solo está escrita en cualquier historia noble, sino en el corazón de cada hombre que se tome la molestia de leerla. Habláis de vino y comida, y sé muy bien que el hambre es una prueba difícil de soportar, pero no os referís a otras necesidades: no decís nada del honor, de la fe en Dios y los hombres, de la cortesía, del amor intachable. Puede que yo no sea muy sabio, aunque creo serlo, pero me parecéis alguien que ha extraviado el camino y ha cometido un grave error en su vida. Atendéis a las pequeñas necesidades y habéis olvidado por completo las únicas que son verdaderamente importantes, como alguien que se quejara de un dolor de muelas en el Día del Juicio. El honor, el amor y la fe no solo son más nobles que la comida y la bebida, sino que estoy convencido de que nos son más necesarias y de que su ausencia nos produce más sufrimientos. Os hablo del modo que mejor podréis entenderme. ¿No estaréis descuidando, al ocuparos solo de tener la panza llena, otros apetitos de vuestro corazón, lo que os impide disfrutar de los verdaderos placeres de la vida y os hace continuamente desdichado?

A Villon le picó en lo vivo aquel sermón.

—¡Creéis que no tengo sentido del honor! —exclamó—. ¡Dios sabe que soy pobre! Es triste ver a los ricos con sus guantes cuando tú no tienes cómo calentarte las manos. Un estómago vacío es algo muy amargo, aunque vos habléis de ello con tanta ligereza. Si hubierais pasado tanta hambre como yo, quizá cambiaríais de idea. Sea como fuere, soy un ladrón, y a mucha honra, pero no un demonio salido del infierno, que Dios me perdone. Debéis saber que tengo un honor propio, y tan bueno como el vuestro, aunque no me paso el día jactándome de él, como si fuese un milagro divino. A mí me parece muy natural, y lo guardo en su caja hasta que lo necesito. Mirad, ¿cuánto tiempo he pasado con vos en esta habitación? ¿Acaso no me habéis dicho que estáis solo en la casa? ¡Mirad esa vajilla de oro! Admito que sois fuerte, pero también sois viejo y estáis desarmado, y yo tengo mi cuchillo. ¡Un solo golpe y tendríais mi acero en las tripas, y yo me pasearía por las calles con unas copas de oro! ¿Es que creéis que no lo he pensado? Y he descartado la idea. Ahí tenéis vuestras malditas copas, tan seguras como en una iglesia, ahí seguís vos, vivo y coleando, y aquí estoy yo, ¡dispuesto a marcharme tan pobre como vine con mi única blanca que vos despreciasteis hace un rato! Y pensáis que no tengo sentido del honor… ¡Que Dios me perdone!

El anciano extendió el brazo derecho.

—Os diré lo que sois —dijo—. Un bribón, amigo mío, un vil bribón y un vagabundo desvergonzado. He pasado una hora con vos. ¡Oh! ¡Creed que me avergüenzo por ello! Habéis comido y bebido en mi mesa. Pero ya me he hartado de vuestra presencia, el día ha llegado y el ave nocturna debe volver a su rama. ¿Queréis tener la bondad de marcharos?

—Como gustéis —replicó el poeta levantándose de la silla—. Creo que sois estrictamente honorable. —Vació pensativo su copa—. Ojalá pudiera añadir que también sois inteligente —prosiguió golpeándose la cabeza con los nudillos—. ¡Los años, los años! Con ellos el espíritu se vuelve rígido y reumático.

El anciano le precedió por pundonor, Villon le siguió silbando con los pulgares en el cinto.

—Que Dios se apiade de vos —le dijo el señor de Brisetout en la puerta.

—Adiós, abuelo —replicó Villon con un bostezo—. Y gracias por el cordero.

La puerta se cerró a sus espaldas. La mañana despuntaba sobre los blancos tejados. Un amanecer gélido anunciaba la llegada del día. Villon se desperezó animado en medio de la calle.

«Qué anciano tan obtuso —pensó—. Me pregunto cuánto valdrán esas copas».

LA PUERTA DEL SEÑOR DE MALÉTROIT

Denis de Beaulieu no tenía aún veintidós años, pero se consideraba ya un hombre adulto y también un caballero cabal. Los jóvenes se formaban pronto en aquella época ruda y belicosa, y cuando uno ha participado en una batalla campal y una docena de incursiones, ha dado muerte a su enemigo de forma honorable y sabe un par de cosas de estrategia y acerca del género humano, sin duda puede disculpársele cierto pavoneo al andar. Al caer la tarde gris, había ensillado el caballo con cuidado y cenado sin prisas, y luego, muy animado, salió a hacer una visita. No fue un modo de proceder muy inteligente. Habría hecho mejor en quedarse junto al fuego o en irse tranquilamente a la cama, pues la ciudad estaba llena de soldados de Borgoña e Inglaterra bajo un mando mixto, y aunque Denis tenía un salvoconducto, lo más probable era que le sirviera de poco en caso de un encuentro fortuito.

Corría septiembre de 1429. El tiempo había empeorado: un viento sibilante y cargado de chubascos azotaba la ciudad, y las hojas muertas volaban por las calles. Aquí y allá se veía alguna que otra ventana encendida y el alboroto de unos soldados que disfrutaban de su cena llegaba a rachas hasta el exterior, donde era engullido y arrastrado por el viento. Se estaba haciendo de noche; la bandera de Inglaterra, que ondeaba en lo alto del campanario, se volvía más y más borrosa en contraste con las nubes que pasaban a toda prisa, y parecía una mancha negra como una golondrina en el caos del cielo plomizo y tumultuoso.

A medida que anochecía fue arreciando el viento y empezó a aullar bajo los arcos y a rugir entre las copas de los árboles del valle sobre el que se alzaba la ciudad.

Denis de Beaulieu anduvo deprisa y al cabo de poco estaba llamando a la puerta de su amigo, pero aunque se prometió quedarse solo un rato y volver pronto, la bienvenida que le ofreció fue tan agradable, y encontró tantos motivos para entretenerse, que era más de medianoche cuando se despidió en el zaguán. Entretanto el viento había amainado, la noche estaba negra como la boca del lobo y ni una sola estrella ni un rayo de luna se colaban por el dosel de nubes. Denis no estaba familiarizado con las intrincadas callejas de Chateau Landon: incluso a la luz del día le había costado encontrar el camino, y en aquella absoluta oscuridad no tardó en perderse. Solo estaba seguro de una cosa: tenía que ir cuesta arriba, pues la casa de su amigo estaba al fondo de Chateau Landon y la posada estaba en la cima, junto al gran campanario de la iglesia. Con esa única pista que seguir, anduvo a tientas sintiéndose más aliviado a ratos, cuando pasaba por sitios que dejaban ver una porción del cielo en lo alto, y más agobiado cuando tenía que ir palpando las paredes por estrechos callejones. Verse sumergido así en la opaca negrura de una ciudad casi desconocida produce una sensación muy inquietante y misteriosa. Las posibilidades que ofrece el silencio son aterradoras. El roce de la mano con los fríos barrotes de las ventanas produce el mismo sobresalto que acariciar un sapo, las irregularidades del pavimento

hacen que el corazón parezca salirse del cuerpo, una zona donde la oscuridad se hace más densa resulta tan amenazadora como una emboscada o un abismo en mitad del camino, y cuando hay un poco más de claridad las casas adoptan apariencias extrañas y grotescas, como si quisieran desviarte del camino. Para Denis, que pretendía volver a la posada sin llamar la atención, el paseo no solo era desagradable sino peligroso, se movía con cautela y audacia al mismo tiempo y se paraba a observar en cada esquina.

Llevaba un rato recorriendo una callejuela tan estrecha que podía tocar las dos paredes con las manos, cuando de pronto la calle empezó a ensancharse y descender bruscamente. Era evidente que por allí no se iba a la posada, pero la esperanza de ver un poco más de luz le tentó a seguir adelante para reconocer el terreno. La calle terminaba en un terraplén rematado por un muro con albarranas, desde donde se divisaba, como a través de una aspillera, el valle que se extendía oscuro e informe a varios cientos de metros de allí. Denis miró y pudo discernir algunas copas de árboles que se mecían con el viento y un leve resplandor donde el río pasaba por una azuda. El tiempo estaba aclarando y el cielo se había iluminado lo suficiente para mostrar el contorno de las nubes más grandes y el perfil oscuro de las montañas. En la incierta penumbra, la casa que había a su izquierda ofrecía un aspecto señorial: estaba coronada por varios pináculos o almenas, la forma redondeada de una capilla y una hilera de contrafuertes sobresalían de la estructura principal, y la puerta estaba cubierta por un enorme porche con figuras esculpidas y dos grandes gárgolas. Las ventanas de la capilla brillaban a través de la intrincada tracería con la luz de muchos cirios y hacían que los contrafuertes y el tejado parecieran por contraste más negros que el cielo. Se trataba sin duda del palacio de alguna gran familia de los alrededores y a Denis le recordó un palacete que él mismo tenía en Berry, por lo que se quedó contemplándola y comparando mentalmente la habilidad de los arquitectos y la posición de las dos familias.

El único acceso a aquel terraplén parecía ser la callejuela por la que había llegado, así que no tenía más remedio que desandar sus pasos, aunque se había hecho cierta idea sobre su paradero y albergaba la esperanza de llegar a la calle mayor y volver cuanto antes a la posada. No contaba con la serie de incidentes que convirtieron esa noche en una de las más memorables de su vida, pues apenas había retrocedido cien metros cuando vio una luz que se acercaba y oyó unas voces que hablaban y resonaban en el callejón. Era un grupo de soldados que hacía la ronda nocturna con antorchas. Denis reparó en que habían estado bebiendo y no estaban de humor para fijarse en salvoconductos o las demás sutilezas de la guerra caballeresca. Lo más probable era que lo mataran como a un perro y lo dejaran allí tirado. La situación era desalentadora y ponía los nervios de punta, pero pensó que la propia luz de las antorchas lo ocultaría y contó con que el ruido de sus voces huecas ahogaría el sonido de sus pasos. Si actuaba con rapidez y en silencio, tal vez pudiera pasar inadvertido.

Por desgracia, al darse la vuelta para emprender la huida, pisó un guijarro y cayó contra el muro con una exclamación, y su espada resonó sobre los adoquines. Dos o

tres voces preguntaron quién andaba ahí…, unas en inglés y otras en francés, pero Denis no respondió y corrió calle abajo a toda prisa. Al llegar al terraplén se detuvo a mirar atrás. Seguían llamándolo a gritos, habían doblado el paso en su persecución entre el estrépito considerable de las armaduras y estaban iluminando con las antorchas las estrechas fauces del callejón.

Denis echó una mirada en torno suyo y se metió debajo del porche. Allí podría pasar desapercibido, o —si no tenía tanta suerte— estaría al menos en mejor situación para defenderse o parlamentar. Con dichas intenciones, desenvainó la espada y apoyó la espalda contra la puerta. Para su sorpresa, esta cedió bajo su peso, y, aunque él se dio la vuelta al instante, siguió girando sobre unos goznes engrasados y silenciosos hasta quedar abierta de par en par dejando a la vista un interior oscuro. Cuando las cosas suceden de forma tan oportuna, nadie se para en barras respecto al cómo y el porqué: la propia conveniencia parece una razón suficiente para los hechos y circunstancias más extraordinarios de nuestra existencia mundana, de modo que Denis, sin dudarlo un instante, se coló dentro y cerró en parte la puerta a sus espaldas para ocultar su escondite. Nada estaba más lejos de sus intenciones que cerrarla del todo, pero por alguna razón inexplicable —tal vez un peso o resorte— la pesada mole de roble se le escapó de entre los dedos y se cerró con un formidable estruendo y un ruido como el de una palanca al caer automáticamente.

En ese mismo instante, la ronda llegó al callejón y empezó a llamarlo entre gritos y maldiciones. Los oyó husmear por todos los rincones y el asta de una lanza incluso golpeó contra el otro lado de la puerta tras la que él se ocultaba, pero aquellos caballeros estaban demasiado alegres para entretenerse allí mucho tiempo y no tardaron en marcharse por un tortuoso callejón en el que no había reparado Denis; pronto se perdieron de vista y sus voces se fueron apagando entre las murallas almenadas de la ciudad.

Denis respiró de nuevo. Les concedió unos minutos de tiempo por miedo a sufrir algún imprevisto, y luego buscó a tientas un modo de abrir la puerta y volver a la calle. Por dentro la puerta era muy lisa: no había ni una argolla, ni una moldura, ni nada que sobresaliera lo más mínimo. Metió las uñas en los bordes y tiró, pero aquella mole era inamovible. La empujó y comprobó que era firme como una roca. Denis de Beaulieu frunció el ceño y soltó un breve y silencioso silbido. ¿Qué le pasaba a aquella puerta?, se preguntó. ¿Por qué la había encontrado abierta? ¿Por qué se había cerrado tan fácil y eficazmente al entrar él? Había algo oculto y misterioso en aquello que escapaba a la imaginación del joven. Parecía una trampa, pero ¿quién iba a imaginar que pudieran tenderle una trampa en una calleja tan tranquila y en una casa de aspecto tan noble y próspero? Sin embargo, se tratase o no de una encerrona, de forma intencionada o no, lo cierto era que estaba atrapado, y a fe suya que no se le ocurría ningún modo de salir de allí. La oscuridad empezaba a angustiarle. Aguzó el oído: fuera todo estaba en silencio, pero dentro, y bastante cerca de donde él se encontraba, le pareció oír un desmayado suspiro, un rumor como de sollozos, un

crujido levemente furtivo…, como si hubiese varias personas muy quietas a su lado que contuvieran taimadamente la respiración. La idea le estremeció hasta la médula y se dio la vuelta dispuesto a defender la vida. Luego, por primera vez, reparó en una luz que había a la altura de sus ojos en el interior de la casa: un hilo de luz vertical, que se ensanchaba por la parte de abajo, como si escapara por la rendija dejada por dos tapices que colgaran sobre una puerta. Ver algo fue un alivio para Denis, como un poco de terreno firme para un hombre que se debatiera en un cenagal, así que se aferró con avidez a aquella luz y se quedó mirándola mientras trataba de recomponer de manera lógica aquel lugar. Sin duda había un tramo de escalones que ascendía desde donde él estaba hasta aquella puerta iluminada, y le pareció distinguir otro hilo de luz, tan fino como una aguja y tan tenue como una fosforescencia, que bien podía ser un reflejo en la madera pulimentada de un pasamanos. Desde que había empezado a sospechar que no estaba solo, el corazón no había dejado de latirle con sofocante violencia, y se había adueñado de él un intolerable deseo de pasar a la acción del modo que fuera. Estaba convencido de estar en peligro mortal. ¿Qué podía ser más natural que subir las escaleras, apartar la cortina y enfrentarse a la dificultad de una vez por todas? Al menos tendría que vérselas con algo tangible y no seguiría en tinieblas. Avanzó despacio con los brazos extendidos hasta que su pie topó con el primer escalón, luego subió rápidamente las escaleras, se detuvo un instante a cobrar aliento, levantó el tapiz y entró.

Se encontró en una gran sala de piedra. Había tres puertas, una a cada lado, y todas estaban cubiertas con tapices del mismo modo. El cuarto lado lo ocupaban dos grandes ventanas y una gran chimenea de piedra en la que estaba tallado el escudo de armas de los Malétroit. Denis lo reconoció y se alegró de encontrarse en tan buenas manos. La habitación estaba muy bien iluminada, pero apenas tenía otros muebles que una mesa muy pesada y un par de sillas, no había fuego en la chimenea, y las losas del suelo estaban austeramente cubiertas con unas esteras muy viejas.

En una silla muy alta que había junto a la chimenea, y que quedaba justo enfrente de la puerta por donde había entrado Denis, había un anciano caballero con una esclavina de piel. Tenía las piernas cruzadas, las manos entrelazadas y una copa de vino aromático junto al codo en una repisa de la pared. Sus facciones eran muy masculinas, aunque no exactamente humanas, sino similares más bien a las de un toro, un macho cabrío o un cerdo doméstico, ambiguas y lisonjeras por un lado, y codiciosas, brutales y peligrosas por otro. El labio superior era muy grueso, como si estuviera hinchado por un golpe o un flemón, y la sonrisa, las cejas ganchudas y los ojillos decididos le daban una extraña expresión malvada y casi cómica. Una hermosa melena blanca cubría su cabeza como la de un santo y caía formando rizos sobre la esclavina. Su barba y su bigote eran de una extremada y venerable dulzura. La edad, probablemente a consecuencia de los muchos cuidados, no había dejado huella en sus manos, y eso que la mano de Malétroit era famosa. Sería difícil concebir algo tan carnal y delicado al mismo tiempo, los dedos afilados y sensuales eran como los de

esas mujeres que pinta Leonardo: la horquilla del pulgar hacía un hoyuelo al cerrar la mano, las uñas tenían una forma perfecta y eran de una sorprendente y mortecina blancura. Que un hombre con unas manos así las tuviera devotamente entrelazadas en el regazo como una virgen, que alguien con una expresión tan intensa y sorprendente se quedara pacientemente en su asiento y contemplara a la gente sin pestañear, como un dios o la estatua de un dios, hacía que su aspecto resultara diez veces más temible. Su inmovilidad casaba tan mal con su aspecto que parecía irónica y traicionera.

Aquel era Alain, señor de Malétroit.

Denis y él se miraron sin decir nada durante un segundo o dos.

—Os lo ruego, pasad —dijo el señor de Malétroit—. Llevo esperándoos toda la tarde.

No se había levantado, pero había acompañado sus palabras con una sonrisa y una leve y cortés inclinación de cabeza. En parte por la sonrisa, y en parte por la extraña musicalidad del murmullo con que el caballero hizo aquella observación, Denis sintió que un escalofrío de repugnancia le recorría la médula espinal. Y, presa del asco y el desconcierto, apenas pudo reunir unas palabras para responder.

—Temo que se haya producido una doble confusión —dijo—. No soy quien vos creéis. Al parecer esperabais una visita, pero, por lo que a mí respecta, nada estaba más lejos de mis intenciones, ni podría ser más contrario a mis deseos, que esta intrusión.

—Bueno, bueno —replicó con indulgencia el anciano caballero—, habéis venido, que es lo importante. Tomad asiento, amigo mío, y poneos cómodo. Enseguida arreglaremos nuestros asuntillos.

Denis comprendió que no había resuelto el malentendido y se apresuró a reanudar las explicaciones.

—Vuestra puerta… —empezó.

—¿Mi puerta? —preguntó su anfitrión arqueando las puntiagudas cejas—. Un mecanismo muy ingenioso —continuó encogiéndose de hombros—. ¡Un capricho hospitalario! Vos mismo habéis reconocido que no teníais deseos de conocerme. Los viejos topamos con esas reticencias de vez en cuando, pero, cuando nuestro honor está en juego, no paramos en barras hasta encontrar el modo de superarlas. Habéis venido sin ser invitado, pero creedme que sois muy bienvenido.

—Persistís en vuestro error, señor —repuso Denis—. Es imposible que haya alguna pendencia entre nosotros. Soy forastero en la región. Me llamo Denis, *damoiseau* de Beaulieu. Si estoy en vuestra casa es solo…

—Mi joven amigo —le interrumpió el caballero—, permitid que tenga mis propias ideas al respecto. Es posible que en este momento no coincidan con las vuestras —añadió con una mirada maliciosa—, pero el tiempo dirá quién de los dos tiene razón.

Denis estaba convencido de estar tratando con un loco. Se sentó con un encogimiento de hombros, resignado a esperar a ver cómo acababa todo aquello.

Siguió una pausa, en la que creyó oír un apresurado parloteo, como si hubiera alguien rezando detrás del tapiz que tenía enfrente. A veces daba la impresión de tratarse solo de una persona, a veces de dos; y la vehemencia de la voz, pese a lo desmayado de su tono, parecía indicar o bien una gran precipitación o un espíritu angustiado. Se le ocurrió que aquel tapiz debía de cubrir el acceso a la capilla en la que había reparado desde fuera.

Entretanto, el anciano caballero se limitó a contemplar a Denis con una sonrisa, y a emitir de vez en cuando unos ruiditos como los de un pájaro o un ratón, que parecían indicar una enorme satisfacción. Esa situación pronto se volvió insoportable, y Denis, para ponerle fin, comentó educadamente que había amainado el viento.

El anciano estalló en una carcajada silenciosa, tan violenta y prolongada que se le encendió el rostro. Denis se levantó y se puso el sombrero con un gesto jactancioso.

—Señor —dijo—, si estáis cuerdo, sabed que me habéis ofendido. Y si no lo estáis, me enorgullezco de poder emplear mejor mi tiempo que hablando con locos. Tengo la conciencia tranquila: os habéis burlado de mí desde el primer momento, os habéis negado a oír mis explicaciones, y no hay poder sobre la tierra capaz de retenerme aquí por más tiempo; y, si no puedo abrirme paso de otro modo, haré pedazos vuestra puerta con mi espada.

El señor de Malétroit alzó la mano derecha y le hizo un gesto a Denis con el índice y el meñique extendidos.

—Mi querido sobrino —dijo—, sentaos.

—¡Sobrino! —replicó Denis—, mentís, pardiez.

Y chasqueó los dedos ante el rostro del anciano.

—Siéntate, bribón —gritó el caballero con una voz áspera como un ladrido—. ¿O es que crees que el mecanismo de la puerta es lo único que mandé fabricar? Si lo que quieres es estar maniatado hasta que te duelan los huesos, levanta y trata de escapar. Pero si prefieres seguir en libertad y conversar tranquilamente con un caballero…, entonces quédate donde estás y que Dios sea contigo.

—¿Queréis decir que soy vuestro prisionero? —preguntó Denis.

—Me limito a explicaros la situación —respondió el otro—. Sacad vos mismo vuestras conclusiones.

Denis volvió a sentarse. Exteriormente se las arregló para conservar la calma, pero en su fuero interno estaba a ratos hirviendo de rabia y a ratos estremecido de aprensión. Ya no estaba tan convencido de estar tratando con un loco. Y, si el caballero estaba cuerdo, en nombre de Dios, ¿qué suerte le esperaba? ¿Qué absurda o trágica aventura le había acontecido? ¿Qué cara debía poner?

Mientras estaba sumido en tan desagradables reflexiones, los tapices que colgaban delante de la puerta de la capilla se levantaron y salió un cura muy alto revestido de los ornamentos clericales, que, tras echarle una larga y detenida mirada a Denis, le dijo algo en voz baja al señor de Malétroit.

—¿Está más animada? —preguntó este.

—Más resignada, mi señor —replicó el cura.

—Que Dios la ayude, ¡es muy difícil de complacer! —dijo desdeñoso el anciano —. Un mozo prometedor, de buena cuna, y elegido por ella misma. ¿Qué más puede pedir esa desdichada?

—Es una situación muy poco corriente para una joven damisela —objetó el otro —, y le resulta un tanto turbadora.

—Debió pensarlo mejor antes de empezar el baile. Dios sabe que no fue decisión mía, pero, Virgen santa, ya que se ha metido en esto tendrá que seguir hasta el final.

Luego se volvió hacia Denis y le dijo:

—Monsieur de Beaulieu, ¿puedo presentaros a mi sobrina? Me atrevería a decir que ha estado esperando vuestra llegada con más impaciencia que yo mismo.

Denis se había resignado de buena gana…, lo único que quería era saber lo peor cuanto antes, así que se levantó y asintió con una reverencia. El señor de Malétroit siguió su ejemplo y, apoyado en el brazo del capellán, se encaminó cojeando hacia la puerta de la capilla. El sacerdote apartó el tapiz y los tres entraron. El edificio tenía considerables pretensiones arquitectónicas. Una elegante arista arrancaba de seis robustas columnas y terminaba en dos dovelas muy ornamentadas en el centro de la bóveda. El recinto terminaba detrás del altar en un ábside repujado y adornado con una sobreabundancia de relieves y atravesado por muchas ventanitas en forma de estrellas, tréboles o ruedas. Dichas ventanas no estaban bien acristaladas y el aire nocturno corría sin impedimentos por la capilla y agitaba de modo inmisericorde los cerca de cincuenta cirios que ardían en el altar, por lo que la luz pasaba por distintas fases de brillantez y semioscuridad. En los escalones de delante del altar había arrodillada una joven vestida de novia. Denis se estremeció al ver el vestido, luchó con desesperada energía contra la conclusión a la que le empujaba su entendimiento: no podía —no debería— ser lo que se temía.

—Blanche —dijo el caballero en un tono de lo más aflautado—, hay aquí un amigo que quiere verte, mi preciosa niña, vuélvete y dale la mano. Está bien ser devota, pero hay que ser educados, sobrina.

La joven se puso en pie y se volvió hacia los recién llegados. Se movió como si fuera de una pieza y todas las líneas de su cuerpo joven y lozano traslucían vergüenza y agotamiento; siguió con la cabeza gacha y la mirada clavada en el suelo al andar. En el curso de su avance, sus ojos tropezaron con los pies de Denis de Beaulieu…, unos pies, todo sea dicho, de los que estaba justamente orgulloso y que adornaba del modo más elegante, incluso cuando estaba de viaje. Ella se detuvo y dio un leve respingo, como si sus botas amarillas le hubieran revelado algo sorprendente, y miró de pronto el rostro de quien las llevaba. Sus ojos se encontraron: la vergüenza dio paso al horror y el terror en su mirada, sus labios quedaron exangües, se tapó el rostro con las manos y se desplomó sobre el suelo de la capilla.

—¡No es este hombre, tío! —gritó—. ¡No es él!

El señor de Malétroit gorjeó agradablemente.

—Pues claro que no —dijo—, ya lo suponía. También es mala suerte que no pudieras recordar su nombre.

—De verdad —exclamó—, de verdad, hasta hoy nunca había estado en su presencia, ni siquiera lo había visto, y no quiero volver a verle. Señor —añadió volviéndose hacia Denis—, si sois un caballero, confirmaréis mis palabras. ¿Acaso os había visto, o me habíais visto vos, antes de esta hora desdichada?

—Por lo que a mí respecta, no había tenido ese placer —respondió el joven—. Es la primera vez, señor, que veo a vuestra encantadora sobrina.

El caballero se encogió de hombros.

—Lamento oírlo —dijo—. Pero nunca es tarde para empezar. Yo apenas había visto a mi difunta señora hasta que me casé con ella. Lo que demuestra —añadió con una mueca— que, a la larga, estos matrimonios improvisados conducen con frecuencia a un excelente entendimiento. Como el novio ha de tener voz en el asunto, os daré dos horas para recuperar el tiempo perdido antes de proceder con la ceremonia.

Y se fue hacia la puerta, seguido del clérigo.

La chica se puso en pie al instante.

—Tío, no podéis estar hablando en serio —dijo—. Dios es testigo de que antes que casarme por la fuerza con ese joven me clavaré un puñal. Mi corazón se rebela, Dios prohíbe estos matrimonios y vos deshonráis vuestras canas. ¡Oh, tío, tened piedad de mí! No hay mujer en el mundo que no prefiera la muerte a una boda como esta. ¿Será posible —añadió desfalleciente— que no me creáis…, que sigáis pensando que…, que se trata de este hombre?

Señaló a Denis estremecida de rabia y desprecio.

—Con franqueza —respondió el anciano deteniéndose en el umbral—, lo creo. Pero dejad que os explique de una vez por todas, Blanche de Malétroit, lo que opino de este asunto. Cuando decidisteis deshonrar a mi familia y el nombre que he llevado, en la paz y en la guerra, a lo largo de más de seis decenios, perdisteis no solo el derecho a cuestionar mis designios, sino a mirarme a la cara. Si vuestro padre estuviera vivo os habría escupido y os habría echado al arroyo. Él tenía mano de hierro. Podéis dar gracias a Dios por tener que véroslas solo con el guante de seda, mademoiselle. Mi deber era casaros sin demora. Movido por mi buena voluntad, he tratado de encontrar a vuestro enamorado. Y creo haberlo conseguido. Pero Dios y todos los ángeles son testigos, Blanche de Malétroit, de que, si no lo he hecho, me importa un comino. Así que dejad que os recomiende que os mostréis muy educada con nuestro joven amigo, pues tenéis mi palabra de que vuestro próximo pretendiente pudiera ser mucho menos apetecible.

Y tras pronunciar esas palabras se marchó seguido por el capellán, y el tapiz volvió a cubrir la puerta.

La joven se volvió hacia Denis con los ojos encendidos.

—¿Qué significa esto, señor? —preguntó.

—¡Sabe Dios! —replicó Denis en tono sombrío—. Estoy prisionero en esta casa, que parece llena de locos. Y no sé ni comprendo nada más.

—¿Puedo preguntaros cómo vinisteis a parar aquí?

Él se lo contó con la mayor brevedad posible.

—Por lo demás —añadió—, tal vez queráis seguir mi ejemplo, y proporcionarme la respuesta a todos estos acertijos y decirme, en nombre de Dios, cómo va a acabar todo esto.

La joven guardó silencio un rato y Denis vio cómo le temblaban los labios y sus ojos resecos ardían con un brillo febril. Por fin se oprimió la frente con ambas manos.

—¡Ay, cómo me duele la cabeza! —dijo exhausta—, ¡por no hablar de mi pobre corazón! Pero tenéis derecho a conocer mi historia, por muy poco digna de una dama que pueda pareceros. Me llamo Blanche de Malétroit y llevo sin padre ni madre desde… ¡oh!, desde que tengo memoria, y he sido muy infeliz toda mi vida. Hace tres meses un joven capitán empezó a sentarse cerca de mí en la iglesia a diario. Noté que le gustaba, sé que debería avergonzarme, pero estaba tan contenta de que alguien me quisiera que, cuando me entregó una carta, la traje conmigo a casa y la leí con placer. Desde entonces me ha escrito muchas. ¡Tenía tantas ganas de hablar conmigo, el pobre! Continuamente me pedía que dejara abierta la puerta una noche para que pudiéramos hablar un rato en las escaleras, pues sabía cuánto confiaba en mí mi tío. —Soltó una especie de sollozo y tardó un instante en reanudar su historia—. Mi tío es un hombre inflexible, pero muy astuto —dijo por fin—. Ha protagonizado grandes hazañas en la guerra y fue un gran personaje en la corte, donde, en los viejos tiempos, gozaba de la confianza de la reina Isabel. No sabría decir cómo llegó a sospechar de mí, pero es difícil ocultarle nada; y esta mañana, cuando veníamos de misa, me cogió de la mano, me obligó a abrirla y leyó el billetito mientras caminaba a mi lado. Cuando terminó, me lo devolvió con mucha educación. En él había otra petición de que dejara la puerta abierta, y eso ha sido nuestra ruina. Mi tío me obligó a quedarme en mi habitación hasta la noche, y luego me ordenó que me vistiera como veis: una burla cruel para una joven, ¿no creéis? Supongo que, como no logró que le dijera el nombre del capitán, decidió tenderle una trampa en la que, ¡ay!, la cólera de Dios os ha hecho caer a vos. Yo me temía lo peor, pues ¿cómo saber si querría hacerme su mujer en aquellas condiciones? Tal vez hubiera estado jugando conmigo desde el primer momento, o yo me hubiera rebajado demasiado a sus ojos. Pero ¡lo cierto es que no me esperaba un castigo tan humillante! No imaginaba que Dios permitiría que deshonrasen así a una joven. Y ahora que os lo he contado todo, solo merezco vuestro desprecio.

Denis hizo una respetuosa reverencia.

—Señora —dijo—, me habéis honrado con vuestra confianza. A mí me corresponde demostraros que no soy indigno de semejante honor. ¿Sabéis dónde está el señor de Malétroit?

—Creo que está escribiendo en la sala de al lado —respondió ella.

—¿Permitís que os acompañe hasta allí? —preguntó Denis ofreciéndole el brazo con suma cortesía.

La joven aceptó y la pareja salió de la capilla, Blanche muy abatida y avergonzada, y Denis con la arrogancia de quien es consciente de su misión y la jactancia juvenil de quien confía en que podrá cumplirla con honor.

El señor de Malétroit se puso en pie para recibirlos con irónica deferencia.

—Señor —dijo Denis con mucha solemnidad—, creo tener algo que decir respecto a esta boda, permitid pues que os lo comunique cuanto antes: no pienso ayudaros a violentar los deseos de esta joven. Si me lo hubierais ofrecido libremente, habría estado orgulloso de aceptar su mano, pues veo que es tan buena como hermosa, pero, tal y como están las cosas, no tengo otro remedio, señor, que rehusarla.

Blanche lo miró con gratitud, pero el caballero se limitó a seguir sonriendo, y a Denis le pareció una sonrisa sumamente desagradable.

—Me temo —dijo—, monsieur de Beaulieu, que no habéis entendido bien la elección que os brindo. Acompañadme, os lo ruego, hasta la ventana. —Y lo condujo hasta una de las grandes ventanas que había abiertas—. Observaréis —prosiguió— que hay una argolla de hierro en la mampostería de arriba y, atada a ella, veréis una soga muy resistente. Pues bien, prestad mucha atención a mis palabras: si la aversión que os inspira la persona de mi sobrina os resulta insuperable, haré que os cuelguen de esta ventana antes del amanecer. Podéis creer que lamentaré mucho tener que recurrir a medidas tan extremas, pues no es vuestra muerte lo que deseo, sino que mi sobrina tenga una posición en la vida. Por otra parte, si seguís tan obstinado no me dejaréis otra opción. Vuestra familia, monsieur de Beaulieu, es de noble cuna, pero, así fueseis descendiente directo de Carlomagno, no permitiría que rechazárais la mano de una Malétroit impunemente, aunque fuese tan frecuentada como la carretera de París o tan horrorosa como la gárgola de mi puerta. Ni mi sobrina, ni vos, ni mis sentimientos personales me conmueven lo más mínimo en este asunto. El honor de mi casa está en entredicho y os tengo por el responsable; al menos ahora estáis enterado de todo, no debe extrañaros que os pida que lavéis la mancha. De lo contrario, vuestra propia sangre pesará sobre vuestra conciencia. Para mí no será ninguna satisfacción tener vuestros restos meciéndose con la brisa en mis ventanas, pero más vale algo que nada, y si no puedo reparar el deshonor, al menos pondré fin al escándalo.

Se hizo una pausa.

—Creo que hay otro modo de arreglar esta clase de enredos entre caballeros —dijo Denis—. Ceñís espada y tengo entendido que la habéis empleado con distinción.

El señor de Malétroit hizo una seña al capellán, que atravesó la sala con pasos largos y silenciosos y levantó el tapiz que cubría la tercera puerta. Solo tardó un momento en soltarlo, pero Denis tuvo tiempo de vislumbrar un pasadizo oscuro repleto de hombres armados.

—Cuando era algo más joven, nada me habría complacido más que haceros ese honor, monsieur de Beaulieu —afirmó el caballero Alain—, pero soy demasiado viejo. Los soldados fieles son los músculos de los viejos, y debo emplear la fuerza que poseo. Es una de las cosas más difíciles de aceptar cuando pasan los años, pero con un poco de paciencia uno llega a acostumbrarse. Ambos parecéis tener preferencia por disponer de esta sala el tiempo que os resta, y, como por nada en el mundo querría contradeciros, os la cedo encantado. ¡No os precipitéis! —añadió alzando el brazo al ver una peligrosa mirada en el rostro de Denis de Beaulieu—. Si os desagrada morir ahorcado, tiempo tendréis, pasadas las dos horas, de arrojaros por la ventana o contra las picas de mis soldados. Dos horas de vida son siempre dos horas. Pueden pasar muchas cosas incluso en un tiempo tan corto. Además, si no interpreto mal la expresión de mi sobrina, creo que todavía tiene algo que deciros. Imagino que no querréis mancillar vuestras últimas horas mostrándoos descortés con una dama.

Denis miró a Blanche y ella le hizo un gesto implorante.

Es probable que el caballero se sintiese muy satisfecho con aquel indicio de entendimiento, pues les sonrió a ambos y añadió con dulzura:

—Si me dais vuestra palabra de honor, monsieur de Beaulieu, de esperar mi regreso al cabo de las dos horas antes de intentar nada desesperado, retiraré a mis soldados y os dejaré hablar en privado con mademoiselle.

Denis volvió a mirar a la joven, que pareció rogarle que lo hiciera.

—Tenéis mi palabra —dijo.

El señor de Malétroit hizo una reverencia y recorrió cojeando la sala, mientras se aclaraba la garganta con aquel gorjeo extrañamente musical que tan irritante le resultaba a Denis de Beaulieu. Primero recogió algunos papeles que había sobre la mesa, luego fue a la entrada del pasadizo y les dio una orden a los hombres que había detrás del tapiz, y por fin salió por la puerta por la que había entrado Denis, no sin antes darse la vuelta para dedicar una última y sonriente reverencia a la joven pareja, seguido por el capellán, que llevaba una linterna.

En cuanto los dejaron solos Blanche avanzó hacia Denis con los brazos extendidos. Su rostro estaba encendido y agitado y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡No moriréis! —gritó—. Me casaré con vos si es necesario.

—Por lo visto, señora —replicó Denis—, pensáis que le tengo pavor a la muerte.

—¡Oh!, no, no —respondió—. Ya sé que no sois un cobarde. Lo digo por mí…, no podría soportar que os mataran por culpa de mis remilgos.

—Me temo que no comprendéis el verdadero alcance del problema, señora. Lo que vos aceptaríais por un exceso de generosidad yo puedo rechazarlo por un exceso de orgullo. Llevada por vuestros nobles sentimientos por mí, tal vez estéis olvidando lo que le debéis a otro.

Tuvo la delicadeza de mirar al suelo mientras lo decía y de no comprobar después la turbación que habían producido sus palabras. Ella guardó silencio un momento,

luego se apartó de pronto, se desplomó en la silla de su tío y estalló en sollozos. Denis estaba totalmente avergonzado. Miró en torno suyo en busca de inspiración y, al ver un taburete, se sentó en él. Se quedó allí, jugando con la funda de la espada, y lamentando no haber muerto una y mil veces y estar enterrado en el peor vertedero de Francia. Recorrió la sala con la mirada, pero no vio nada que le llamara la atención. Había tanto espacio entre los muebles, la luz la iluminaba de un modo tan triste y austero, el aire de fuera parecía tan frío y oscuro a través de las ventanas, que creyó no haber visto nunca una iglesia tan desolada o una tumba tan melancólica. Los sollozos regulares de Blanche de Malétroit medían el tiempo como el tictac de un reloj. Leyó el emblema del escudo una y otra vez, hasta que se le nubló la vista; contempló los sombríos rincones hasta que le parecieron poblados de monstruos horribles, y de vez en cuando volvía en sí con un sobresalto, para recordar que sus dos últimas horas se estaban consumiendo y la muerte estaba cada vez más próxima.

A medida que pasaba el tiempo, su mirada se fue posando cada vez con más frecuencia en la muchacha. Tenía el rostro inclinado hacia delante, cubierto con las manos, y su cuerpo se estremecía de vez en cuando por el pesar. Incluso así no era desagradable para la vista, tan rolliza y al mismo tiempo tan delicada, con su piel suave y morena y el cabello más hermoso, pensó Denis, que había visto nunca en una mujer. Sus manos eran como las de su tío, pero no desentonaban con sus jóvenes brazos y parecían infinitamente más suaves y acariciadoras. Recordó cómo habían brillado sus ojos azules al verle, llenos de rabia, compasión e inocencia. Y, cuanto más pensaba en su perfección, más odiosa le parecía la muerte y más culpable se sentía por el continuo llanto de la joven. Ahora pensaba que nadie tendría valor para abandonar un mundo que contuviera una criatura tan hermosa, y habría renunciado a cuarenta minutos de su última hora por no haber pronunciado palabras tan crueles.

De pronto oyeron el canto áspero y ronco de un gallo procedente del valle que había al pie de las ventanas. Y, en medio del silencio que les rodeaba, su sonido fue como una luz en un lugar oscuro que los arrancó de sus reflexiones.

—¡Ay! ¿Es que no puedo hacer nada por ayudaros? —dijo ella alzando la mirada.

—Señora —replicó Denis sin que viniera mucho a cuento—, si he dicho algo que haya podido ofenderos, creed que ha sido por vuestro bien y no por el mío. —Ella le dio las gracias con ojos llorosos—. Lamento mucho que os encontréis en esta situación —prosiguió—. El mundo ha sido injusto con vos. Vuestro tío es una deshonra para la humanidad. Creedme, señora, si os digo que no hay caballero en Francia que no estaría dispuesto a cambiarse por mí y morir en vuestro servicio.

—Ya sé que sois muy valiente y generoso —replicó ella—. Lo que quiero saber es si puedo serviros yo a vos…, ahora o más tarde —añadió con un escalofrío.

—Sin duda —respondió él con una sonrisa—. Dejad que me siente a vuestro lado como si fuese un amigo y no un intruso atolondrado, tratad de olvidar cómo nos hemos conocido, haced que mis últimos momentos transcurran de forma agradable y me estaréis haciendo un gran favor.

—Sois muy galante —añadió ella con profunda tristeza—, mucho… y me duele. Pero acercaos, si os place, y, si se os ocurre algo que contarme, al menos tendréis a alguien que os escuche. ¡Ah!, monsieur de Beaulieu —estalló—, ¿cómo voy a miraros a la cara?

Y volvió a prorrumpir en llanto con renovada efusión.

—Señora —dijo Denis tomando su mano—, pensad en el poco tiempo que me queda, y en la enorme amargura que me inspira vuestra desgracia. Ahorradme, en estos últimos momentos, el espectáculo de aquello que no puedo remediar ni sacrificando mi vida.

—Soy muy egoísta —respondió Blanche—. Aunque seré más valiente, monsieur de Beaulieu, si vos me lo pedís. Pero pensad si puedo haceros algún favor en el futuro…, tal vez tengáis algún amigo a quien pueda trasladarle vuestros *adieux*. Encargadme lo que queráis, cualquier carga aliviará, aunque sea mínimamente, la gratitud que os debo. Permitid que haga por vos algo más que llorar.

—Mi madre ha vuelto a casarse y tiene una nueva familia de la que cuidar. Mi hermano Guichard heredará mis feudos, y, o mucho me equivoco, o eso le servirá de consuelo por mi muerte. La vida es un aliento que se disipa, como nos cuentan quienes han abrazado los hábitos. Cuando un hombre sigue el camino recto y tiene toda la vida por delante, se convence de su propia importancia. Oye el relincho de su caballo, las trompetas suenan a su paso y las damiselas se asoman a verlo cuando entra en la ciudad delante de su séquito; todos le expresan su confianza, unas veces por escrito y otras veces en persona, y los nobles se inclinan ante él. No es raro que se le suba a la cabeza. Pero cuando muere, así fuera tan valiente como Hércules o tan sabio como Salomón, no tarda en caer en el olvido. No hace diez años que murió mi padre en compañía de otros muchos valientes caballeros en una sangrienta escaramuza, y dudo que ninguno de ellos, o ni siquiera el nombre de la batalla, sea recordado hoy. No, no, señora, cuanto más lo pienso, más claro veo que la muerte es un rincón oscuro y polvoriento donde el hombre entra en su tumba y cierra la puerta hasta el Día del Juicio. Tengo pocos amigos, y cuando haya muerto no me quedará ninguno.

—¡Ah, monsieur de Beaulieu! —exclamó ella—. Olvidáis a Blanche de Malétroit.

—Tenéis un carácter muy dulce, señora, y concedéis a un pequeño servicio más importancia de la que tiene.

—No se trata de eso —respondió ella—. Os equivocáis si pensáis que me preocupan tanto mis propios intereses. Lo digo solo porque sois el hombre más noble a quien he conocido, porque reconozco en vos un espíritu que habría hecho famosa hasta a la persona más vulgar.

—Y, no obstante, estoy condenado a morir en una ratonera…, sin más ruido que el de mis propios gritos —respondió él.

Un gesto de dolor cruzó el rostro de ella y guardó silencio un rato. Luego se le iluminó la mirada y volvió a hablar con una sonrisa.

—No puedo permitir que mi paladín se tenga en mal concepto. A cualquiera que dé su vida por otro lo recibirán en el paraíso todos los heraldos y ángeles del Señor. Y no tenéis motivo para avergonzaros. Pero…, decidme, os lo ruego, ¿os parezco hermosa? —preguntó ruborizándose profundamente.

—Ciertamente, mi señora —respondió él.

—Me alegro —respondió ella de todo corazón—. ¿Creéis que hay muchos hombres en Francia a quienes les haya pedido en matrimonio con sus propios labios una bella doncella y que la hayan rechazado? Sé que los hombres despreciarían un triunfo así, pero creedme, las mujeres sabemos mejor qué es lo más valioso del amor. Nada hace crecer más el orgullo de un hombre y no hay nada que nosotras valoremos más.

—Sois muy buena —respondió él—, pero no podréis hacerme olvidar que me lo pedisteis por compasión y no por amor.

—Ahora ya no estoy tan segura —replicó ella agachando la cabeza—. Escuchadme bien, monsieur de Beaulieu. Sé que debéis de despreciarme, tenéis derecho a hacerlo y soy demasiado insignificante para ocupar un minuto de vuestros pensamientos, aunque, ¡ay!, tengáis que morir por mi causa esta mañana. Pero, cuando os pedí que os casarais conmigo, lo hice porque os admiraba y respetaba, y porque os amé con toda mi alma desde el momento en que os enfrentasteis a mi tío por mi causa. Si hubierais visto la nobleza de vuestro porte en ese instante, me compadeceríais en lugar de despreciarme. Y ahora —prosiguió apartándolo con la mano—, aunque he dejado a un lado toda reserva y os he contado tanto, recordad que sé lo que sentís por mí. Soy de noble cuna y podéis creer que no os importunaría con mi insistencia para que aceptaseis. También yo tengo mi orgullo y declaro ante la santa madre de Dios que si retiraseis ahora vuestras palabras preferiría casarme antes con el caballerizo de mi tío que con vos.

Denis sonrió con cierta amargura.

—Muy pequeño ha de ser —dijo— el amor que retrocede ante un poco de orgullo. —Ella no respondió, aunque probablemente estuviera sumida en sus pensamientos—. Venid a la ventana —dijo él con un suspiro—. Empieza a amanecer.

Y, en efecto, empezaba a despuntar el día. El hueco del cielo se iba llenando de luz limpia e incolora, y el valle estaba inundado de un reflejo gris. Una tenue bruma seguía aferrada al bosque y al sinuoso curso del río. La escena transmitía un sorprendente efecto de silencio, que apenas rompían los gallos que empezaban a cantar en los muros de las casas. Tal vez el mismo que no hacía ni media hora había soltado aquel horrible grito en la oscuridad cantara ahora alegremente para saludar al nuevo día. Una suave brisa se movía y se arremolinaba entre las copas de los árboles al pie de las ventanas. Desde el oriente seguía derramándose una luz que pronto se

volvería incandescente con la aparición de la bola de cañón al rojo vivo del sol naciente.

Denis contempló todo aquello con un estremecimiento. La había cogido de la mano y la sujetaba casi inconscientemente.

—¿De verdad ha amanecido? —dijo ella, y luego añadió de forma un tanto ilógica—: ¡Ay, la noche ha sido muy larga! ¿Qué le diremos a mi tío cuando vuelva?

—Lo que vos queráis —respondió Denis, y apretó sus dedos entre los suyos. Ella guardó silencio—. Blanche —prosiguió en tono inseguro y apasionado—, ya habéis visto que no temo a la muerte. Sabéis bien que preferiría mil veces saltar al vacío a poneros un dedo encima sin vuestro consentimiento. Pero si me amáis un poco no dejéis que muera por un malentendido, pues os amo más que a nadie en el mundo, y aunque moriría por vos sin dudarlo, vivir y pasar mi vida a vuestro servicio sería para mí como todos los gozos del paraíso.

Cuando se interrumpió, una campana empezó a tañer ruidosamente en el interior de la casa y un murmullo de armas en el pasillo les indicó que los soldados volvían a su puesto y que las dos horas habían concluido.

—¿Después de todo lo que habéis oído? —susurró ella acercando sus labios y sus ojos.

—No he oído nada —replicó él.

—El capitán se llamaba Florimond de Champdivers —le dijo ella al oído.

—No os he oído —respondió tomando el ágil cuerpo de la muchacha en sus brazos y cubriendo de besos su rostro húmedo.

Detrás de ellos se oyó un melodioso gorjeo, seguido de una risita, y la voz del señor de Malétroit deseó a su nuevo sobrino los buenos días.

LA PROVIDENCIA Y LA GUITARRA

1

Monsieur Léon Berthelini cuidaba mucho su aspecto, y adaptaba diligentemente su conducta al traje que llevara en cada momento. Su porte tenía cierto aire español y algo de bandolero con un toque de Rembrandt cuando estaba en casa. Por lo que se refiere a su físico, era decididamente bajo y tenía tendencia a engordar, su rostro era la viva imagen del buen humor; sus ojos negros, que eran muy expresivos, revelaban un corazón amable, una naturaleza alegre y vivaz y un espíritu infatigable. Si hubiera vestido el atuendo de la época uno lo habría tomado por un híbrido imposible entre un barbero, un posadero y un servicial boticario. Pero ataviado con la ultrajante intrepidez de una chaqueta de terciopelo, un sombrero de ala ancha, unos pantalones que eran más bien unas calzas de color carne, un pañuelo blanco anudado al cuello con elegancia, un mechón de rizos olímpicos sobre la frente y los pies sempiternamente embutidos en unos zapatos Molière, bastaba con echarle un vistazo para saber que uno estaba en presencia de un Gran Divo. Cuando llevaba gabán, no se dignaba meter los brazos por las mangas: lo sujetaba con un único botón sobre los hombros cuando lo echaba hacia atrás a la manera de una capa, y lo lucía con el ademán y la presencia de un Almaviva. Soy de la opinión de que monsieur Berthelini rondaba la cuarentena. Pero, glorificado con aquellas galas, tenía un corazón de niño e iba por la vida como un muchacho en plena interpretación dramática. Si, después de todo, no era un Almaviva, no era por falta de ganas. Y disfrutaba de la compensación del artista: aunque no fuese un verdadero Almaviva, a veces era tan feliz como si lo fuese.

Lo he visto adoptar un porte tan alegre y caballeroso, en momentos en que se creía a solas con su Creador, y representar su papel con tanto cuidado y energía que la ilusión llegó a causar efecto y creí implícitamente en la pose del Gran Divo.

Pero ¡ay!, la vida no puede basarse solo en esos principios, no se puede vivir solo de Almavivería, y, después de fracasar en varios teatros, el Gran Divo se vio obligado a descender cada noche de las alturas y cantar un repertorio de media docena de canciones cómicas, tañer una guitarra, animar a un público de pueblerinos y presidir por último los misterios de una tómbola.

Madame Berthelini, que participaba con él en aquellos indignos trabajos, ocupaba tal vez una posición más alta en la escala de los seres, y disfrutaba de una dignidad natural propia. Sin embargo, su corazón no estaba tan bien templado, pues eso habría sido imposible, y había adquirido un leve aire melancólico, atractivo a su modo, aunque no tan agradable de contemplar como el espíritu boyante, íntegro e infantil de su marido.

De hecho, Berthelini flotaba como una cometa en el viento, por encima de las complicaciones terrenales. En esas esferas no eran infrecuentes las detonaciones encolerizadas, pero las nieblas sombrías y las depresiones lacrimosas eran desconocidas por igual. Un golpe propinado en la mesa, o un noble gesto imitado de Mélingue o Frederic, aliviaban su irritación como una venganza. ¡Le traía sin cuidado que se hundieran los cielos, con tal de poder interpretar su papel con decoro! Y la actitud del marido, ya que no su ejemplo, contagiaba a la mujer, pues ambos se idolatraban, y, aunque cualquiera habría dicho que transitaban por mundos diferentes, lo cierto es que recorrían el camino de la mano.

Un día monsieur y madame Berthelini se apearon en la estación de la pequeña ciudad de Castel-le-Gâchis con dos cajas y una guitarra metida en una gruesa funda, y el ómnibus les trasladó con todos sus efectos personales al hotel Cabeza Negra, un edificio sombrío y conventual ubicado en un callejón tan estrecho que habría podido resistir un asedio después de cerrar las puertas, y cuyo interior olía extrañamente a paja, chocolate y afeites femeninos. Berthelini se detuvo en el umbral con una penosa premonición. Le pareció recordar que, en algún estado anterior, había visitado una hospedería que olía de modo similar y no había sido bien recibido.

El dueño del hotel, un individuo de aspecto trágico con un gran sombrero de fieltro, se levantó de la mesita que había debajo de la repisa de las llaves y salió a recibirlos mientras se quitaba el sombrero con ambas manos.

—Saludos, caballero. ¿Puedo preguntaros cuál es la tarifa para los artistas? —preguntó Berthelini con una cortesía a la vez majestuosa e insinuante.

—¿Para los artistas? —respondió el dueño. Su semblante cambió de expresión y la sonrisa de bienvenida desapareció—. ¡Oh, artistas! —añadió en tono gélido—, cuatro francos al día.

Y les dio la espalda a aquellos clientes tan insignificantes.

Los viajantes comerciales siempre tienen descuento y, sin embargo, son bien recibidos y pueden pedir un cordero bien cebado para la cena, pero a un artista, así tenga los modales de un Almaviva y vaya vestido como Salomón en toda su gloria, se le recibe como a un perro y se le sirve como a una solterona que viaje sola.

Aunque estaba acostumbrado a los gajes de su oficio, a Berthelini le molestó la actitud del dueño.

—Elvira —le dijo a su mujer—, recuerda mis palabras: haber venido a Castel-le-Gâchis ha sido una trágica locura.

—Espera a ver lo que recaudamos —replicó Elvira.

—No recaudaremos nada —replicó Berthelini—. Solo insultos. Tengo ojo para estas cosas, Elvira, tengo el don de la adivinación, y este lugar está maldito. El dueño ha sido descortés, el comisario será brutal, el público será sórdido y tumultuoso y tú cogerás un resfriado. Hemos sido unos necios al venir, la suerte está echada…, será un segundo Sedan.

Sedan era una ciudad odiosa para los Berthelini, no solo por patriotismo (pues eran franceses y respondían al algo más modesto nombre de Duval), sino porque había sido el escenario de sus más tristes fracasos. En aquel lugar habían pasado tres semanas en prenda porque no tenían con qué pagar la cuenta del hotel, y, de no haber sido por un sorprendente golpe de suerte, todavía seguirían allí todavía. Para los Berthelini el nombre de Sedan era como mentar la soga en casa del ahorcado. El conde de Almaviva se caló el sombrero con un gesto desesperanzado e incluso Elvira sintió que estaban atrayendo la mala suerte.

—Pidamos el desayuno —dijo ella con tacto femenino.

El comisario de policía de Castel-le-Gâchis era un comisario grande y rubicundo, granujiento y sujeto a una copiosa sudoración cutánea. Y he repetido dos veces el nombre de su oficio porque era más comisario que ninguna otra cosa. El espíritu de su cargo había impregnado a toda su persona. Transportaba su barriga como si fuese algo oficial. Siempre que insultaba a un ciudadano normal y corriente tenía la sensación de estar adulando al gobierno al mismo tiempo. Su falta de dignidad y un arrogante sentido del deber lo convertían en un hombre brutal. Su oficina era una madriguera en la que los viandantes oían al pasar las groseras exclamaciones, no de la ley, sino del gusto del comisario.

En el curso de aquel día, monsieur Berthelini acudió allí seis veces en busca del permiso preceptivo para el espectáculo de la tarde, y las seis veces se encontró con que el funcionario había salido. Léon empezó a ser una figura conocida en las calles de Castelle-Gâchis, se convirtió en una celebridad local y todos le señalaban como «el hombre que estaba buscando al comisario». Los niños lo seguían y corrían tras él, del hotel a la oficina. Daba igual lo que intentara Léon, liar un cigarrillo, repantigarse, calarse el sombrero en una docena de inclinaciones diferentes: en aquellas circunstancias, era difícil interpretar el papel de Almaviva.

Al pasar junto al mercado, en su séptima excursión, le indicaron dónde estaba el comisario, con el chaleco desabrochado y las manos a la espalda, dedicado a supervisar la venta y el peso de la mantequilla. Berthelini se abrió paso entre los puestos y las cestas y se aproximó al dignatario con una reverencia que era todo un logro del arte histriónico.

—¿Tengo el honor —preguntó— de hablar con monsieur le Commissaire?

Al comisario le impresionó la nobleza de sus modales y superó a Léon en la profundidad, ya que no en lo airoso, de su reverencia.

—¡El honor es mío! —respondió.

—Soy, señor —continuó el actor ambulante—, un artista, y me he permitido interrumpiros por un asunto de negocios. Esta noche ofrezco un pequeño espectáculo musical en el café Los Triunfos del Arado… permitid que os haga entrega de este programa de mano…, y he venido a pediros la autorización necesaria.

Al oír la palabra «artista», el comisario había vuelto a ponerse el sombrero con el aire de quien, después de haber condescendido demasiado, recuerda de pronto las

obligaciones de su rango.

—Luego, luego —dijo—, ahora estoy ocupado, estoy pesando mantequilla.

«¡Maldito judío!», pensó Léon.

—Permitidme, señor —prosiguió en voz alta—. He ido ya seis veces…

—Colgad los carteles si queréis —le interrumpió el comisario—. Dentro más o menos de una hora examinaré vuestros papeles en la oficina. Pero ahora dejadme, estoy ocupado.

«Pesando mantequilla —se dijo Berthelini—. ¡Oh, Francia, y para esto hicimos el 93!».

Enseguida se hicieron los preparativos: se colgaron los carteles, se dejaron programas de mano en la mesa de todos los hoteles de la ciudad y se erigió un escenario en un extremo del café Los Triunfos del Arado, pero cuando Léon volvió a la oficina, el comisario había vuelto a salir.

«Es como madame Benôiton —pensó Léon—. *Fichu Commissaire!*».

Y en ese momento se topó con el hombre cara a cara.

—Aquí, señor, están mis papeles —dijo—. ¿Queréis tener la bondad de comprobarlos?

Pero el comisario estaba a punto de salir a cenar.

—No es necesario —replicó—, no es necesario, estoy ocupado, me doy por satisfecho. Podéis dar vuestro espectáculo.

Y se marchó a toda prisa.

«*Fichu Commissaire!*», pensó Léon.

2

Asistió un público bastante numeroso y el dueño del café hizo su agosto vendiendo cerveza. Sin embargo, los Berthelini se esforzaron en vano.

Léon estaba radiante vestido de velludillo, tenía un modo canalla de fumar un cigarrillo entre cada una de las canciones que valía su peso en oro, subrayó todos los chistes para que hasta el habitante más lerdo de Castel-le-Gâchis supiera cuándo reírse, y tocó la guitarra de un modo único. De hecho, su forma de interpretar era tan elegante, florida y refinada que verle resultaba más entretenido que asistir a una comedia romántica en el teatro.

Elvira, por su parte, cantó sus canciones patrióticas y amorosas con más expresividad de lo normal: su voz tenía encanto y emoción, y, mientras la observaba con su vestido granate muy corto y escotado y con una flor roja provocativamente colocada en el corsé, Léon se repitió por enésima vez que era una de las mujeres más adorables que había visto nunca.

Pero ¡ay!, cuando pasó con la pandereta, los jóvenes de Castel-le-Gâchis le dieron la espalda fríamente. Alguno le dio una moneda de medio céntimo y el resultado neto

de la colecta no llegó ni a medio franco; el propio alcalde, después de mucho insistirle, contribuyó exactamente con dos céntimos. Los artistas empezaron a sentir escalofríos: era como si estuvieran actuando a cambio de una copa, apolo en persona se habría desmoralizado en presencia de un público semejante. Los Berthelini se esforzaron por quitarse de encima aquella impresión y echaron toda la carne en el asador: cantaron cada vez más fuerte, la guitarra sonó como si estuviera viva, y por fin Léon se levantó imponente y entonó con inimitable convencimiento su gran canción, *Y a des honnêtes gens partout!* Nunca antes había dado mayores pruebas de dominio de su arte, y eso que estaba profundamente convencido de que Castel-le-Gâchis era una excepción a la norma que ahora proclamaba tan líricamente y estaba poblado solo por ladrones y camorristas; pero, como ya he dicho, se lo tomó como un reto y la cantó como si fuese un artículo de fe, y su rostro brillaba de tal modo mientras lo hacía que cualquiera habría pensado que conseguiría hacer algunos conversos entre el público que ocupaba los bancos.

Estaba en lo más agudo de su registro, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta, cuando abrieron la puerta de par en par y dos recién llegados entraron ruidosamente en el café. Eran el comisario y un guardia.

El impávido Berthelini siguió proclamando: *Y a des honnêtes gens partout!* Pero ahora tanto sentimiento produjo una audible risita entre el público. Berthelini se preguntó por qué: no conocía los antecedentes de aquel guardia, ni sabía lo sucedido con unos sellos de correos. Pero el público sí lo sabía y le divirtió mucho la coincidencia.

El comisario se sentó en una silla vacía con la misma actitud que Cromwell cuando visitaba el Parlamento y, de vez en cuando, le susurraba alguna cosa al guardia, que se quedó respetuosamente erguido a su lado. Ambos tenían la mirada fija en Berthelini, quien seguía insistiendo en su afirmación.

Estaba cantando por vigésima vez *Y a des honnêtes gens partout!*, cuando el comisario se puso en pie y le hizo un gesto brutal con el bastón.

—¿Os referís a mí? —preguntó Léon interrumpiendo su canción.

—A vos os digo —replicó el potentado.

«*Fichu Commisaire!*», pensó Léon, y bajó del escenario y se abrió paso hasta donde se encontraba el funcionario.

—¿A qué se debe, señor —preguntó pavoneándose el comisario—, que os encuentre haciendo el saltimbanqui en un café público sin mi permiso?

—¿Sin vuestro permiso? —exclamó el indignado Léon—. Permitid que os recuerde que…

—¡Vamos, vamos! —repuso el comisario—, no quiero oír ahora vuestras explicaciones.

—Me es indiferente lo que queráis —replicó el cantante—. Pienso dároslas y no permitiré que se me silencie. Soy un artista, señor, un concepto que vos no podéis

comprender. Obtuve vuestro permiso y por eso estoy aquí, ¡y ay de quien se atreva a negarlo!

—Os digo que no tenéis mi firma —gritó el comisario—. ¡Mostradme la firma! ¿Dónde está?

Esa era la cuestión: ¿dónde estaba su firma? Léon comprendió que se encontraba en un atolladero, pero su valor estuvo a la altura de la ocasión y se echó los rizos hacia atrás con un noble gesto. El comisario le dio la réplica interpretando el personaje del tirano y cuanto más avanzaba uno más retrocedía el otro: la hidalguía desafiando a la furia. El público había trasladado su interés hacia esta nueva representación, y escuchaba con la silenciosa gravedad de los franceses cuando están en presencia de la policía. Elvira había tomado asiento, estaba acostumbrada a aquellos inconvenientes y la oprimía más la melancolía que el temor.

—Una palabra más —gritó el comisario— y haré que os arresten.

—¿Arrestarme? —chilló Léon—. ¡Os desafío a que lo hagáis!

—Soy el comisario de policía —respondió el funcionario.

Léon dominó sus emociones y replicó con una sutil indirecta:

—Eso parece.

La insinuación era demasiado refinada para Castel-le-Gâchis; nadie se sonrió siquiera, y el comisario se limitó a indicarle al cantante que le acompañara a su oficina y encaminó sus orgullosos pasos hacia la puerta. No había más remedio que obedecerle, y Léon lo hizo con una apropiada exhibición de indiferencia, aunque era innegable que lo habían humillado.

El alcalde había salido con disimulo y estaba esperándolos en comisaría. Ahora bien, en Francia el alcalde es el campeón de los oprimidos. Es él quien se interpone entre su pueblo y los abusos de la policía. En ocasiones atiende a razones y el cargo no siempre le envanece de forma desmedida. Vale la pena que lo sepan todos los viajeros: cuando la suerte parece decidida y uno casi se ha resignado a la injusticia, sigue quedándole, como a los héroes de las novelas, una última trompeta que tocar, y el alcalde, un adecuado *deus ex machina*, todavía puede descender para librarle de los secuaces de la ley. El alcalde de Castel-le-Gâchis, aunque insensible a los encantos de la música interpretada por los Berthelini, no tenía la menor duda de quién llevaba razón en aquel asunto. Enseguida se enfrentó al comisario en términos muy duros y este, molesto por la humillación, aceptó el desafío. La discusión siguió un rato sin un vencedor claro, hasta que por fin la victoria se inclinó de tal modo del lado del comisario que el alcalde creyó necesario hacer valer su autoridad. Se había quedado sin argumentos, pero seguía siendo el alcalde. Se apartó de su interlocutor y le recomendó breve, pero amablemente, a Léon que reanudara cuanto antes su concierto.

—Se está haciendo tarde —añadió.

Léon no esperó a que se lo dijera dos veces. Volvió al café de Los Triunfos del Arado a toda prisa. Pero ¡ay!, el público se había marchado durante su ausencia, y

Elvira estaba sentada muy cariacontecida sobre la funda de la guitarra: había visto cómo se marchaba la gente en grupos de dos y de tres y el espectáculo la había desanimado un poco. Cada uno de ellos se había llevado una parte de sus ganancias en el bolsillo, y había visto cómo los gastos de alojamiento de aquella noche, del billete de tren del día siguiente, e incluso de la cena del día siguiente, habían ido saliendo uno tras otro por la puerta del café y habían desaparecido en la noche.

—¿En qué ha quedado la cosa? —preguntó lánguidamente.

Pero Léon no respondió. Estaba contemplando la escena de la derrota. Apenas si quedaba una veintena de oyentes, y no tenían un aspecto muy prometedor. La manecilla del reloj indicaba ya casi las once.

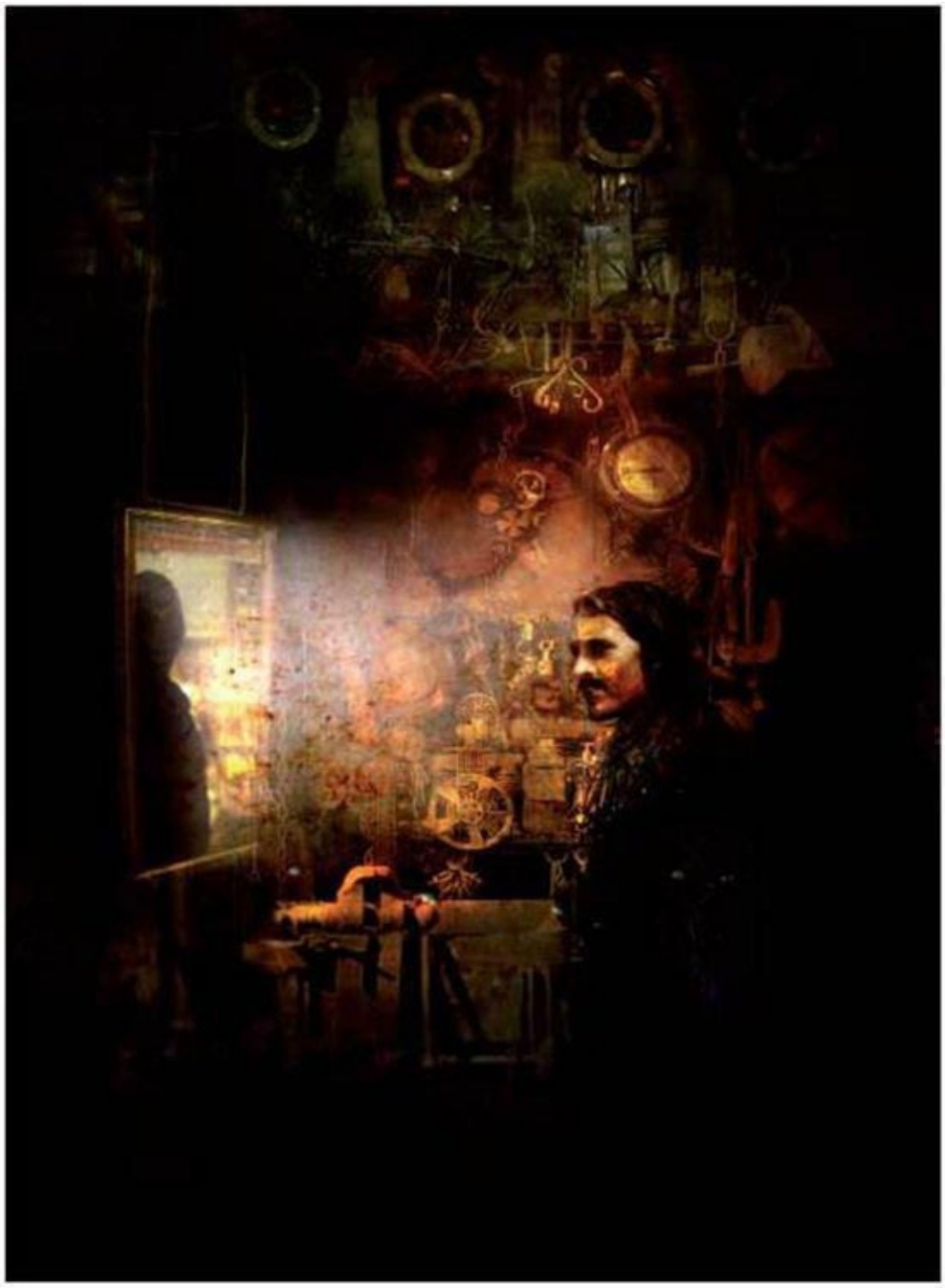
—Es una batalla perdida —dijo él, y sacó la caja con la recaudación y le dio la vuelta—. ¡Tres francos setenta y cinco! —exclamó—, ¡pero si el alojamiento nos cuesta cuatro y el billete de tren seis, y no ha habido tiempo para la tómbola! Elvira, esto es un Waterloo. —Se sentó y se mesó, desesperado, los rizos—. *Oh, fichu Commissaire! Fichu Commissaire!*

—Recojámoslo todo y vayámonos —replicó Elvira—. Podemos probar con otra canción, pero no sacaremos ni tres céntimos.

—¿Tres céntimos? —gritó Léon—. ¡Trescientos mil diablos! No hay un solo ser humano en esta ciudad…, ¡no hay más que perros, cerdos y comisarios! Reza al cielo para que lleguemos sanos y salvos al hotel.

—¡No empieces a imaginar cosas raras! —exclamó Elvira con un escalofrío.

Y se pusieron a recoger. Guardaron el bote de tabaco, la boquilla y los tres sobres con botones, que habrían sido los premios de la tómbola si hubiera podido celebrarse, junto con las partituras, metieron la guitarra en su funda, Elvira se echó un chal fino por el cuello y los hombros y la pareja salió del café camino del Cabeza Negra.



Cuando atravesaban la plaza del mercado, la campana de la iglesia dio las once. Hacía una noche suave y agradable y no había ni un alma en la calle.

—Todo parece tranquilo —dijo Léon—, pero tengo un presentimiento. La noche no ha acabado todavía.

3

En el Cabeza Negra no había ni un resquicio de luz, y la puerta de carruajes estaba cerrada.

—Esto es inaudito —observó Léon—. ¡Un hotel cerrado a las once y cinco! Y eso que en el café había varios viajantes de comercio hasta muy tarde. Elvira, me temo lo peor. Llamemos al timbre.

El timbre era muy potente y, como estaba debajo del arco, estremeció la casa de arriba abajo con una reverberación áspera y metálica. Su sonido acentuó el aspecto conventual del edificio; a Elvira la embargó un sentimiento gélido, unido a una sensación de oración y mortificación; Léon, por su parte, parecía estar leyendo las pautas escénicas para un sombrío quinto acto.

—La culpa es tuya —dijo Elvira—. ¡Esto es lo que pasa por imaginarse cosas!

Una vez más, Léon llamó al timbre, de nuevo su solemne tañido despertó los ecos del hotel, y, antes de que se extinguieran, una luz brilló en la puerta de carruajes y se oyó una voz estentórea que temblaba de ira.

—¿Qué ocurre aquí? —gritó el trágico hospedero a través de la reja de la puerta —. ¿Cómo os atrevéis a presentaros casi a las doce armando escándalo como prusianos a la puerta de un hotel respetable? ¡Ah! —exclamó—, ¡ahora os reconozco! ¡Unos vulgares cantantes! ¡Gente que siempre anda metida en líos con la policía! ¿Y osáis presentaros a medianoche como si fueseis señores? ¡Largo de aquí!

—Permitid que os recuerde —replicó Léon en tono alterado— que me hospedo en vuestra casa, que estoy registrado como es preceptivo y que he dejado en ella equipaje por valor de cuatrocientos francos.

—No podéis entrar a esta hora —repuso el hombre—. Esta no es una taberna de ladrones, juerguistas y organilleros.

—¡Animal! —gritó Elvira, pues lo de organilleros le tocaba en lo hondo.

—En ese caso exijo que me devolváis mi equipaje —objetó Léon con mucha dignidad.

—No sé nada de vuestro equipaje —replicó el dueño.

—¿Retenéis mi equipaje? ¿Osáis retener mi equipaje? —gritó el cantante.

—¿Quién sois? —replicó el hospedero—. Está muy oscuro…, no acierto a reconoceros.

—Muy bien…, así que retenéis mi equipaje —concluyó Léon—. Lo pagaréis caro. Os amargaré la vida con pleitos, os arrastraré de juzgado en juzgado, si todavía queda justicia en Francia haré que se cumpla. ¡Y os convertiré en el hazmerreír…, os incluiré en una canción…, una canción pegadiza, indecente y popular, que los niños cantarán en las calles y con la que os martirizarán a medianoche a través de esta reja! —Había ido elevando el tono de voz con cada frase, pues el hospedero se había ido alejando tranquilamente y cuando se apagó la última rendija de luz y sus pasos se acallaron en el interior, Léon se volvió hacia su mujer con una expresión heroica—. Elvira, ahora tengo un objetivo en mi vida: destruir a este hombre como Eugène Sue destruyó al portero. Vayamos de inmediato a la gendarmería y demos comienzo a nuestra venganza.

Cogió la funda de la guitarra que había apoyado contra el muro y se pusieron en camino muy enfadados por la ciudad silenciosa y mal iluminada.

La gendarmería estaba oculta junto a la oficina de correos al fondo de un patio muy amplio, que en parte estaba cubierto de jardines; allí estaban encerrados y sumidos en un sueño agradecido los servidores públicos. Tuvieron que insistir mucho para despertar a uno, y, cuando salió por fin a la puerta, tan solo acertó a decir que «no era asunto suyo». Léon razonó con él, le amenazó y le suplicó: «La señora Berthelini lleva un traje de noche y es una mujer de salud delicada en estado de buena esperanza»; esto último lo soltó, supongo, para impresionarle, pero el hombre siguió dándole la misma respuesta:

—No es asunto mío.

—Muy bien —dijo Léon—, en ese caso iremos a ver al comisario.

Allí fueron y encontraron la oficina cerrada y a oscuras, pero la casa estaba cerca y, poco tiempo después, Léon estaba llamando al timbre como un loco. La mujer del comisario apareció en la ventana. Era una mujer pusilánime y les informó de que el comisario todavía no había vuelto a casa.

—¿Sabéis si está en casa del alcalde? —preguntó Léon.

Ella consideró que la posibilidad no era del todo improbable.

—¿Dónde está la casa del alcalde? —preguntó.

Y la mujer le dio una información bastante vaga al respecto.

—Tú quédate aquí, Elvira —dijo Léon—, por si me lo cruzo por el camino. Si a mi vuelta no estás aquí, iré directamente al Cabeza Negra.

Y se marchó en busca de la casa del alcalde. Estuvo diez minutos deambulando por callejones sin salida, y cuando llegó eran casi las doce y media. Una tapia blanca de jardín sobre la que asomaban unos gruesos castaños, una puerta con un buzón de correos y un tirador de hierro era todo lo que se veía del domicilio del alcalde. Léon cogió el tirador con ambas manos y danzó furioso sobre la acera. El timbre, que estaba al otro lado del muro, respondió a su actividad y extendió por doquier un alarmante estruendo en el silencio de la noche.

Se abrió una ventana de una casa que había al otro lado de la calle, y una voz preguntó el motivo de aquel escándalo tan intempestivo.

—Quiero ver al alcalde —dijo Léon.

—A estas horas ya se habrá acostado —repuso la voz.

—Pues tendrá que levantarse —respondió Léon, y empezó a llamar al timbre una vez más.

—Así no conseguiréis que os oiga —le explicó la voz—. El jardín es muy grande, la casa está al otro extremo, y tanto el alcalde como su ama de llaves son sordos.

—¡Ajá! —dijo Léon haciendo una pausa—. ¿Así que el alcalde es sordo? Eso lo explica todo. —Y pensó en el concierto de esa noche con una momentánea sensación de alivio—. ¿Así que el alcalde es sordo, el jardín es muy grande y la casa está al otro extremo?

—Podríais pasaros toda la noche llamando —añadió la voz—, y nadie os oiría. Solo me impediríais descansar a mí.

—Gracias, vecino —replicó el cantante—. Os dejaré dormir.

Y volvió a toda prisa a casa del comisario. Elvira seguía paseando de aquí para allá delante de la casa.

—¿No ha venido? —preguntó Léon.

—No —replicó ella.

—Muy bien —repuso Léon—. Estoy convencido de que nuestro hombre está dentro. Acércame la funda de la guitarra. Estableceré un asedio formal, Elvira: estoy enfadado, indignado, tengo tentaciones truculentas, pero doy gracias a mi Creador porque todavía conservo el sentido del humor. Le cantaremos una serenata a ese funcionario corrupto, Elvira. Le importunaremos de lo lindo. —Abrió la funda, tocó unos acordes y adoptó una postura inequívocamente española—. Vamos, prueba la voz. ¿Estás lista? ¡Sígueme!

La guitarra sonó y las dos voces se alzaron al unísono con un volumen sorprendente cantando el estribillo de una canción del viejo Béranger:

Commissaire! Commissaire!
Colin bat sa ménagère.

Las piedras de Castel-le-Gâchis se conmovieron ante aquella audaz innovación. Hasta entonces la noche había estado consagrada al reposo y los gorros de dormir, en cambio ahora, ¿qué era esto? Una tras otra, empezaron a abrirse ventanas, se rascaron cerillas y las velas parpadearon, caras hinchadas y soñolientas se asomaron a la luz de las estrellas. Había dos personas delante de la casa del comisario, las dos muy erguidas, con la cabeza echada hacia atrás y la mirada interrogando al cielo estrellado; la guitarra aullaba, gritaba y reverberaba como media orquesta, y las voces claras y animosas arremetían contra la ventana del comisario. Todos los ecos repetían el nombre del funcionario. Parecía más un entreacto de una farsa de Molière que un episodio de la vida real en Castel-le-Gâchis.

El comisario, si no fue el primero, tampoco fue el último de los vecinos en ceder a la influencia de la música y abrió hecho una furia la ventana de su dormitorio. Estaba fuera de sí de rabia. Se inclinó sobre el alféizar desvariando y gesticulando: la borla de su gorro de dormir blanco bailaba como si estuviera viva, abría la boca de modo desmesurado y, sin embargo, su voz, en lugar de escapar de ella como un rugido, salía aguda, vacilante y estrangulada. Un rato más de serenata y estaba claro que le daría una apoplejía.

Rehúso reproducir aquí su lenguaje, pues aludió a cuestiones demasiado serias para un narrador circunspecto. Aunque era conocido por no tener pelos en la lengua y por su tendencia a emplear palabras gruesas, esa noche se superó a sí mismo de modo tan notable que una señora soltera, que, como todo el mundo, se había levantado de la

cama para oír la serenata, se vio obligada a cerrar la ventana nada más oír un par de frases. Y lo que oyó perturbó de tal modo su conciencia que al día siguiente afirmó que apenas se sentía ya doncella.

Léon trató de explicar su caso, pero como respuesta solo recibió amenazas de arresto.

—¡Como baje, verá! —gritaba el comisario.

—¡Sí! —exclamó Léon—. ¡Hágalo!

—¡No lo haré!

—¡Porque no se atreve! —respondió Léon.

Al oírlo, el comisario cerró la ventana.

—Se acabó —afirmó el cantante—. Quizá no le haya gustado la serenata. Estos patanes no tienen sentido del humor.

—Vayámonos de aquí —respondió Elvira con un escalofrío—. Todo el mundo nos mira…, es desagradable y humillante. —Luego volvió a dejarse llevar por la emoción—: ¡Animales! —les gritó a los espectadores iluminados por la luz de las velas—. ¡Burros, más que burros!

—Sálvese quien pueda —dijo Léon—. ¡Ahora sí que la has hecho buena!

Y con la guitarra en una mano y la funda en la otra emprendió de modo un tanto precipitado la huida del escenario de aquella absurda aventura.

4

Al oeste de Castel-le-Gâchis cuatro hileras de tilos venerables formaban una avenida tenuemente iluminada por las estrellas con dos pasillos laterales donde reinaba una total oscuridad. Había unos cuantos bancos de piedra desperdigados entre los troncos. No soplaba nada de viento, sobre las callejuelas flotaba una atmósfera pesada y perfumada y no se movía ni una hoja. Allí llegaron por fin los Berthelini a pasar la noche, después de llamar en vano a la puerta de varias fondas. Tras una cortés discusión, Léon insistió en ofrecerle su abrigo a Elvira, y los dos se sentaron en silencio en el primer banco que encontraron. Léon lio un cigarrillo y se lo fumó mientras contemplaba los árboles y, detrás de ellos, las constelaciones cuyos nombres trataba en vano de recordar. La campana de la iglesia rompió el silencio: sonaron los cuartos con un compás leve y tintineante, luego siguió una única campanada cuyo eco se extinguió lentamente con un estremecimiento y volvió a reinar el silencio.

—La una —dijo Léon—. Faltan cuatro horas hasta que se haga de día. No hace frío, lucen las estrellas, tengo tabaco y cerillas. No exageremos, Elvira…, la situación tiene su encanto. Siento un fuego en mi interior, he vuelto a nacer. Esta es la poesía de la vida. Piensa en las novelas de Cooper, cariño.

—Léon —respondió ella enfadada—, ¿a qué viene esa sarta de tonterías absurdas y descabelladas? Pasar la noche a la intemperie…, ¡es una pesadilla! Moriremos.

—No te dejes llevar por los nervios —replicó Léon en tono apaciguador—. Aquí no se está tan mal, lo que pasa es que te preocupas más de la cuenta. Vamos, ensayemos una escena. ¿Qué te parece Alceste y Célimène? ¿No? ¿Y un pasaje de *Las dos huérfanas*? Vamos, te entretendrá. Te daré la réplica como nunca, siento el arte en la médula de los huesos.

—¡Calla o me volverás loca! —gritó ella—. ¿Es que eres incapaz de tomarte algo en serio? ¿Ni siquiera en esta situación tan horrible?

—¡Horrible! —objetó Léon—. Horrible no es la palabra. Dime, ¿dónde te gustaría estar? *Dites, la jeune belle, où voulez-vous aller?* —canturreó—. En fin —prosiguió, abriendo la funda de la guitarra—, te propongo otra cosa: cantemos. ¡Canta *Dites, la jeune belle*! Estoy seguro de que así te animarás, Elvira.

Y sin esperar una respuesta, empezó a tocar la melodía. Los primeros acordes despertaron a un joven que dormía en un banco cercano.

—¡Hola! —gritó el joven—, ¿quién anda ahí?

—¿De qué rey, Bezoniano? —declamó el artista—. ¡Habla o muere[1]!

O, si no dijo exactamente eso, fue algo muy parecido, sacado de alguna tragedia francesa.

El joven se acercó en la penumbra. Era un tipo alto, fuerte y elegante de rostro un tanto hinchado, que vestía un traje de *tweed* gris y una gorra de cazador con doble visera del mismo material; llevaba además un morral colgado del brazo.

—¿También acampáis aquí? —preguntó con un marcado acento inglés—. Me alegro de tener compañía.

Léon le explicó sus desventuras, y el otro les contó que era un estudiante de Cambridge que viajaba a pie; se había quedado sin dinero y no podía pagar la pensión, llevaba ya dos noches acampando fuera, y mucho se temía que tendría que volver a hacerlo al menos otras dos.

—Por suerte hace buen tiempo —concluyó.

—Ya lo has oído, Elvira —dijo Léon—. Madame Berthelini —prosiguió— está ridículamente afectada por esta intrascendente circunstancia. A mí, en cambio, me parece novelesco y nada incómodo, o al menos —añadió acomodándose en el banco de piedra—, mucho menos incómodo de lo que habría imaginado. Pero, por favor, tomad asiento.

—Sí —replicó el estudiante sentándose—, si se está acostumbrado es más cómodo de lo que parece, la pega es que resulta condenadamente difícil encontrar un sitio donde lavarse. Pero me gustan el aire libre y las estrellas…

—¡Ajá! —exclamó Léon—. Monsieur es un artista.

—¿Un artista? —replicó el otro con una mirada inexpresiva—. ¡No que yo sepa!

—Perdonad —le interrumpió el actor—, pero lo que acabáis de decir sobre los orbes celestes…

—¡Tonterías! —repuso el inglés—. No hace falta ser un artista para que a uno le gusten las estrellas.

—No obstante, tenéis naturaleza de artista, señor…, os pido disculpas, ¿puedo preguntaros vuestro nombre sin ser indiscreto?

—Me llamo Stubbs —replicó el inglés.

—Gracias —replicó Léon—. Yo soy Berthelini…, Léon Berthelini, exartista de los teatros de Montrouge, Belleville y Montmartre. Por humilde que os parezca ahora, he interpretado con éxito más de un papel de importancia. La prensa fue unánime al alabar mi «Diablo aullador de las montañas», en la obra del mismo nombre. Madame, a quien tengo el gusto de presentaros ahora, también es una artista, y debo añadir que mucho mejor que su marido. También es compositora: escribió más de veinte canciones exitosas para uno de los *music-halls* más famosos de París. Pero, por seguir con lo que estaba diciendo, monsieur Stubbs, es evidente que tenéis alma de artista, y espero que me concedáis cierto olfato en estas cuestiones. Confío en que no traicionéis vuestros instintos, y os imploro que sigáis una carrera consagrada al arte.

—Gracias —replicó Stubbs con una risita—. Pero pienso ser banquero.

—No —le interrumpió Léon—. No digáis eso. Un hombre con vuestras aptitudes no debería caer tan bajo. ¿Qué son unas pocas privaciones con tal de servir a un ideal noble y elevado?

«Este tipo está loco —pensó Stubbs—, pero su mujer es muy guapa, y, bien mirado, parece un tipo simpático».

Lo que dijo fue diferente:

—Pensaba que habíais dicho que erais actor.

—Sí, desde luego —replicó Léon—. Lo soy o, ¡ay!, lo fui.

—¿Y queréis que yo también lo sea? —prosiguió el estudiante—. Pero, hombre, si no podría ni aprenderme el papel, mi memoria es igual que un cedazo y sé tanto de interpretación como un gato.

—Las tablas no son el único camino —repuso Léon—. Haceos escultor, bailarín, poeta o novelista; seguid, en suma, los dictados de vuestro corazón y haced algo de provecho antes de morir.

—¿Y llamáis a todo eso arte? —preguntó Stubbs.

—Pues claro —respondió Léon—. ¿Acaso no son todo ramas de la misma cosa?

—¡Oh!, no lo sabía —replicó el inglés—. Pensaba que un artista era alguien que pintaba cuadros.

El cantante lo miró con sorpresa.

—Es por la diferencia de idiomas —dijo por fin—. Esta torre de Babel… ¿Cuándo terminaremos de pagar? Si supiera hablar inglés me seguiríais mejor.

—Entre nosotros, no lo creo —replicó el otro—. Vos parecéis haber considerado mucho estas cuestiones. Yo solo admiro las estrellas y me gusta su brillo, ¡es tan alegre!, pero que me cuelguen si alguna vez se me ha pasado por la cabeza que eso pudiera tener algo que ver con el arte. No es lo mío. No soy un intelectual. Me cuesta Dios y ayuda aprobar los exámenes, ¡podéis creerme! Pero, en el fondo, no soy mal

tipo —añadió al reparar, incluso bajo la tenue luz de las estrellas, en la angustia de su interlocutor—, y me gustan el teatro, la música, las guitarras y demás.

Léon tuvo la sensación de que no acababan de entenderse, así que cambió de tema.

—¿Así que viajáis a pie? —prosiguió—. ¡Qué novelesco! ¡Qué valiente! ¿Y qué os parece mi país? ¿Qué impresión os han producido estas montañas?

—Pues la verdad —empezó Stubbs…, estuvo a punto de decir que no le interesaban los paisajes, lo que no era ni mucho menos cierto, y que hacía aquello por hacer ejercicio, pero había empezado a sospechar que Berthelini prefería hablar de otras cosas y respondió de manera muy distinta—: La verdad es que me gusta mucho. Me habían contado que no era muy bonito, incluso la guía lo decía, pero no sé por qué. A mí me parece precioso…, vaya que sí.

En ese momento, de forma inesperada, Elvira estalló en llanto.

—¡Mi voz! —gritó—. Léon, si me quedo aquí más tiempo perderé la voz.

—No nos quedaremos ni un minuto más —gritó el actor—. Te encontraré un techo aunque tenga que llamar a todas las puertas o me vea obligado a incendiar la ciudad. —Y, tras pronunciar esas palabras, volvió a poner la guitarra en su sitio, la consoló con unas caricias y le ofreció su brazo—. Monsieur Stubbs —dijo quitándose el sombrero—, temo que nuestro recibimiento haya sido un tanto equívoco, pero os ruego que sigáis concediéndonos el placer de vuestra compañía. Ahora estáis un poco avergonzado, permitid que sea yo quien os lo pida. Os lo pido como un favor, no debemos separarnos tan pronto después de habernos conocido de un modo tan extraño.

—¡Oh!, bueno, ya sabe —dijo Stubbs—, nunca permitiría que un hombre como usted…

Hizo una pausa, pues tenía la sensación de no estar yendo por buen camino.

—No me gusta recurrir a las amenazas —prosiguió Léon con una sonrisa—, pero si rehusáis lo consideraré como un insulto.

«No veo cómo voy a salir de esta», pensó el estudiante, y luego, tras una pausa, respondió en voz alta y sin demasiada desenvoltura:

—De acuerdo. Me veo obligado a quedaros muy agradecido…, por supuesto.

Y los acompañó pensando: «En cualquier caso, no me parece que esté bien imponerle a nadie una obligación».

5

Léon andaba a grandes zancadas como si supiera exactamente adónde se dirigía; los sollozos de la mujer todavía eran vagamente audibles, y nadie decía una palabra. Un perro ladró furioso cuando pasaron junto a un patio; luego el reloj de la iglesia dio las dos, y muchos relojes domésticos le secundaron con voces cantarinas. Y, justo en ese

instante, Berthelini reparó en una luz. Ardía en una casita a las afueras de la ciudad y el grupo se encaminó enseguida hacia allí.

—Siempre es una posibilidad —arguyó Léon.

La casa en cuestión estaba apartada de la calle, detrás de un espacio abierto, en parte jardín, en parte campo de nabos; varias dependencias se apiñaban formando un ángulo recto con la fachada a ambos lados del edificio. Uno de ellos lo habían reformado hacía poco para abrir una enorme ventana en el tejado y en la pared que daba al norte, y Léon empezó a abrigar esperanzas de que se tratase del estudio de algún artista.

—Si se trata de un pintor —dijo con una risita—, apuesto diez contra uno a que nos recibirá de maravilla.

—Yo tenía entendido que casi todos los pintores eran pobres —afirmó Stubbs.

—¡Ah! —exclamó Léon—. Vos no conocéis el mundo tan bien como yo. ¡Cuanto más pobre sea, mejor para nosotros!

Y el trío se internó en el campo de nabos.

La luz estaba en el piso de abajo, y como una de las ventanas parecía más iluminada que las otras dos, supusieron que habría una única lámpara en un rincón de la habitación, y cierto resplandor trémulo e indeciso les mostró que la chimenea encendida debía de contribuir a aquel efecto. Entonces oyeron una voz y los intrusos se detuvieron a escuchar. Su timbre era agudo e irritado, aunque con un matiz rotundo y claramente masculino. La expresión era voluble, incluso demasiado voluble para que resultase clara: un chorro de palabras que subía y bajaba, y, de vez en cuando, alguna que otra frase suelta, como si el que hablaba se regodeara en sus virtudes.

De pronto se le sumó otra voz. Esta vez femenina y, si el hombre parecía enfadado, la mujer estaba hecha una auténtica furia. Se apreciaba esa compostura totalmente inexpresiva que conocen tan bien los hombres que sufren, ese modo de hablar insípido y artificial que exhibe un espíritu equilibrado entre el homicidio y la histeria, ese tono en que las mejores mujeres a veces dedican palabras peores que la muerte a quienes más quieren. Si los huesos y el sepulcro tuvieran el don de la palabra, así, y no de otro modo, es como hablarían. Léon era un hombre valiente, y temo que un tanto escéptico (había sido educado en un país papista), pero el hábito de la infancia prevaleció y se santiguó devotamente. Había conocido a muchas mujeres en su carrera. Era evidente que su instinto no le había engañado, pues la voz masculina estalló al instante con una pasión sobrecogedora.

El estudiante, que no había comprendido el significado y la importancia de la intervención de la mujer, aguzó el oído al notar el cambio de tono del hombre.

—Me parece que se avecina una pelea —opinó.

Hubo otra réplica de la mujer, todavía tranquila, pero en voz un poco más alta.

—¿Un ataque de histeria? —preguntó Léon a su mujer—. ¿Son esas las pautas escénicas?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó Elvira en tono desabrido.

—¡Oh, mujeres, mujeres! —dijo Léon abriendo la funda de la guitarra—. Es la cruz de mi vida, monsieur Stubbs, siempre se ayudan unas a otras; se defienden entre sí, actúan como si no siguieran un patrón, dicen que es su naturaleza. ¡Incluso madame Berthelini, que es una artista dramática!

—No tienes corazón, Léon —dijo Elvira—, esa mujer está en peligro.

—¿Y el hombre, ángel mío? —inquirió Berthelini, metiendo la cabeza por la correa de la guitarra—. ¿Y el hombre, *m'amour*?

—Es un hombre —respondió ella.

—¿Habéis oído eso? —le preguntó Léon a Stubbs—. Fijaos en la entonación. Y ahora —prosiguió—, ¿qué vamos a ofrecerles?

—¿Es que vais a cantar?

—Soy trovador —replicó Léon—. Exijo una bienvenida a cambio de mi arte. ¿Acaso podría hacerlo si fuese banquero?

—Bueno, en ese caso no os haría falta —respondió el estudiante.

—Diantres —exclamó Léon—, aunque admito que tiene razón, Elvira, tiene razón.

—Pues claro que la tiene —replicó ella—. ¿Acaso no lo sabías?

—Cariño —respondió Léon en tono grandilocuente—. No sé nada que no sea agradable. Incluso mi conocimiento de la vida es una excelsa obra de arte. Pero ¿qué vamos a ofrecerles? Deberíamos pensar en algo apropiado.

Al estudiante se le ocurrió «Deja que los perros se deleiten», pero recordó que la poesía estaba en inglés y además no se sabía la música, así que no contribuyó con ninguna sugerencia.

—Algo que aluda a que no tenemos dónde alojarnos —dijo Elvira.

—Ya lo tengo —exclamó Léon.

Y empezó a cantar una coplilla de Pierre Dupont:

Savez-vous où gite
Mai, ce joli mois?

Elvira se le unió, y también Stubbs, con buen oído y buena voz, aunque con un conocimiento un tanto precario de la melodía. Léon y su guitarra estuvieron a la altura de la situación. El actor prodigó sus *do* de pecho con generosidad y entusiasmo, y, mientras miraba al cielo agitando los rizos negros según su heroica costumbre, le pareció que las mismísimas estrellas contribuían con un mudo aplauso a sus esfuerzos, y que el universo le prestaba su silencio como coro. Esa es una de las ventajas de los cuerpos celestes, que no son de nadie en concreto, y un hombre como Léon, un Endymion crónico que se las arregla para abrirse paso contra viento y marea, siempre se considera el centro del mundo.

Solo él —y hay que subrayar que era el peor cantante de los tres— se tomaba la música en serio, y juzgaba la serenata desde un elevado punto de vista artístico.

Elvira, en cambio, estaba preocupada por el recibimiento que les harían, y en cuanto a Stubbs, aquello le parecía una simple broma.

—¿Sabes dónde se oculta el bello mes de mayo? —siguieron cantando los tres en el campo de nabos.

Un gran revuelo dominó a los habitantes de la casa: la luz se movió de aquí para allá, y se volvió más intensa en una ventana y más apagada en las otras; luego se abrió la puerta y un hombre, vestido con un blusón, apareció en el umbral con una lámpara en la mano. Era un tipo joven y fuerte, con la barba y el pelo revueltos, el cuello de la camisa desabrochado y el blusón manchado de pintura al óleo con un desorden arlequinesco; había un toque rural en la caída y las bolsas de los pantalones que llevaba sujetos con un cinturón.

Justo detrás de él, y por encima de su hombro, un rostro de mujer escudriñaba la oscuridad: parecía pálida y fatigada, aunque era joven todavía: exhibía una hermosura en declive y que no tardaría en desaparecer y su expresión era a la vez amarga y amable, y recordaba vagamente el sabor de ciertas medicinas. Pese a todo, no era un rostro desagradable, y daba la impresión de que, cuando la hermosura hubiera desaparecido, cierta pálida belleza ocuparía su lugar. Y, como tanto su dulzura como su aspereza parecían rasgos de juventud, era de esperar que, con los años, ambos se fundieran en un temperamento constante, animoso y nada desabrido.

—¿Qué está pasando aquí?

6

Léon se quitó el sombrero al instante. Se adelantó con su elegancia acostumbrada, fue un gesto que habría arrancado una salva de aplausos en cualquier escenario. Elvira y Stubbs avanzaron tras él, como un par de corderos de Admeto que siguieran al dios Apolo.

—Señor —dijo Léon—, sé que la hora es totalmente intempestiva y que nuestra pequeña serenata bien podría parecer una impertinencia. Creed, señor mío, que se trata más bien de una súplica. Veo que monsieur es un artista. Nosotros también lo somos y no tenemos donde pasar la noche; una es una mujer de salud delicada, en traje de noche y en estado de buena esperanza. Eso debería bastar para conmover el corazón de madame, a quien veo vagamente detrás de monsieur y cuyo rostro parece el de una persona ecuánime. ¡Ah, monsieur, madame, un gesto generoso y haréis felices a tres personas! Dos o tres horas junto al fuego, ¡os lo pido, monsieur, en nombre del Arte, y a vos, madame, en nombre de la santidad de las mujeres!

Los dos, como por consentimiento tácito, se apartaron de la puerta.

—Entrad —dijo el hombre.

—*Entrez, madame* —dijo la mujer.

La puerta daba directamente a la cocina de la casa, que era, al parecer, la única sala de estar. El mobiliario era austero y escaso, pero había uno o dos paisajes muy bien enmarcados en la pared, como si hubiesen estado en el jurado de una exposición y los hubieran excluido. Léon se acercó a los cuadros y representó el papel de entendido delante de cada uno de ellos con la perspicacia y la fuerza dramática que le caracterizaban. El dueño de la casa, como atraído por una fuerza irresistible, lo acompañó a ver las telas con la lámpara en la mano. A Elvira la llevaron junto al fuego, donde procedió a calentarse, mientras Stubbs se quedaba en medio de la habitación y observaba a Léon con una mirada de tibia sorpresa.

—Deberíais verlos a la luz del día —dijo el artista.

—Cuento con tener ese placer —dijo Léon—. Si me permitís la observación, dominái al dedillo el arte de la composición.

—Sois muy amable —replicó el otro—. Pero ¿no deberías acercaros más al fuego?

—De mil amores —respondió Léon.

Y el grupo no tardó en estar reunido a la mesa frente a una cena fría e improvisada, acompañada de un vino muy peleón. A nadie le gustó la comida, pero ninguno protestó: pusieron buena cara e hicieron mucho ruido con cuchillos y tenedores. Ver a Léon comerse una única salchicha fría fue como asistir a un estreno de éxito: cuando terminó había agotado la gestualidad de un magnate de la carne de ternera y tenía la expresión relajada de quien ha comido demasiado.

Como, lógicamente, Elvira se había sentado al lado de Léon, y Stubbs, no menos lógicamente, aunque creo que también de forma inconsciente, había ocupado un sitio junto a Elvira, el anfitrión y su mujer se sentaron juntos, pero no se dirigieron la palabra y ni siquiera se miraron. La interrumpida disputa perduraba en el ambiente y era evidente que, en cuanto se marchasen los huéspedes, se reanudaría con la misma amargura que antes. La conversación vagó de un tema a otro, pues el grupo había decidido por unanimidad que ya era demasiado tarde para acostarse, pero aquellos dos no conseguían relajarse: ni Goneril y Regan en plena riña fraterna habrían parecido tan enconadas.

Elvira estaba tan fatigada por todas las emociones de la noche que, por una vez, dejó de lado sus modales correctos y desenvueltos y, con toda la naturalidad del mundo, apoyó la cabeza en el hombro de Léon. El cansancio la inclinó también a la ternura y entrelazó los dedos de la mano derecha en la mano izquierda de su marido, y entornando los ojos se sumió en esa zona dorada que se extiende entre el sueño y la vigilia. Sin embargo, no perdió la conciencia de lo que ocurría a su alrededor, y notó que la mujer del pintor la miraba con una mezcla de envidia y desdén.

A Léon le entraron ganas de fumar y soltó los dedos de Elvira para liar un cigarrillo. Lo hizo con sumo cuidado para no molestarla. Pero la mujer del pintor pareció reparar en ello de un modo muy significativo. Miró al frente por un instante, y luego, con un movimiento rápido y furtivo cogió la mano de su marido por debajo

de la mesa. ¡Ay! Podía haberse ahorrado tanta habilidad, pues al pobre hombre le sorprendió de tal modo esa caricia que se quedó con la boca abierta en mitad de una frase y la expresión de su rostro demostró que sus pensamientos habían ido por otros derroteros más agradables.

Si no hubiese sido tan conmovedor, habría resultado absurdamente risible. La mujer retiró la mano enseguida, pero quedó claro que no lo había logrado sin esfuerzo. El joven se ruborizó y por un momento se puso muy guapo.

Léon y Elvira observaron sus gestos y a ambos los embargó la misma emoción, pues eran dos casamenteros sin remedio, sobre todo entre quienes ya estaban casados.

—Espero que me disculpéis —dijo Léon de pronto—. No creo que sirva de nada andarse con disimulos. Antes de entrar en esta casa oímos voces que indicaban, si es que puede decirse así, una armonía imperfecta.

—Señor… —empezó el hombre.

Pero la mujer se le adelantó.

—Estáis en lo cierto —dijo—. No tengo nada de lo que avergonzarme. Si mi marido se vuelve loco, mi obligación es hacer todo lo posible para paliar las consecuencias. ¿Podrán creer, monsieur y madame —prosiguió pasando por alto a Stubbs—, que este desdichado, un pintamonas, un incompetente, indigno de llamarse a sí mismo pintor, ha recibido esta mañana una oferta estupenda de un tío mío, hermano de mi madre, y muy querido además, de un empleo de oficinista con un sueldo de casi ciento cincuenta libras al año y lo ha rechazado? ¿Y por qué? ¡En nombre del Arte, dice! Y mirad su arte… ¡miradlo! ¿Vale la pena? Preguntadle…, ¿es que alguien va a comprarlo? Y por eso, monsieur y madame, me condena a vivir una existencia deplorable, sin lujos ni comodidades en un sórdido barrio de las afueras en una ciudad de provincias. *Oh, non!* —gritó—, *non… je ne me tairai pas… c'est plus fort que moi!* Apelo a estos caballeros y a esta dama como jueces… ¿Es esto caballerosidad? ¿Es honrado? ¿Es viril? ¿No merezco algo mejor después de haberme casado con él y —añadió con un gesto brusco— haber hecho lo imposible por satisfacerle?

Dudo que jamás haya habido un grupo tan avergonzado sentado a una mesa, todos ponían cara de tontos y el que más el marido.

—Sin embargo, el arte de monsieur —dijo Elvira rompiendo el silencio— no carece de distinción.

—Tiene una distinción —respondió la mujer— que nadie comprará.

—Yo diría que un empleo de oficinista… —empezó Stubbs.

—El Arte es el Arte —le interrumpió Léon—. Yo me inclino ante él. Es todo lo bello, lo divino, es el espíritu del mundo y el orgullo de la vida. Pero…

Y el actor hizo una pausa.

—Un empleo de oficinista… —empezó Stubbs.

—Os diré lo que pasa —dijo el pintor—. Soy un artista, y, como dice este caballero, el Arte es esto y aquello, pero por supuesto, si mi mujer me va a hacer la

vida imposible, prefiero arrojarme al río.

—¡Hazlo! —le espetó su mujer—. ¡No tienes valor!

—Lo que iba a decir —prosiguió Stubbs— es que uno puede trabajar de oficinista y pintar tanto como le venga en gana. Conozco a un tipo que trabaja en un banco y pinta unas acuarelas preciosas, incluso vendió una por siete libras y seis peniques.

Las dos mujeres vieron aquello como una tabla de salvación y miraron esperanzadas a sus maridos —incluso Elvira, que era ella misma una artista, pues sin duda hay algo permanentemente mercantil en la naturaleza de las mujeres—. Los dos hombres intercambiaron una mirada trágica, como la que cruzarían dos filósofos al final de una vida laboriosa reconociendo que siguen siendo un misterio para sus discípulos.

Léon se puso en pie.

—El Arte es el Arte —repitió tristemente—. No se trata de pintar acuarelas, ni de ensayar al piano. Es una forma de vida.

—¡Y, mientras tanto, uno se muere de hambre! —observó la mujer de la casa—. A mí no me parece que eso sea vida.

—Tengo una idea —estalló Léon—. Vos, madame, pasad a la otra habitación y hablad con mi mujer, y yo me quedaré aquí a discutir con vuestro marido. Tal vez no sirva de nada, pero vale la pena intentarlo.

—Lo haré encantada —replicó la joven, y encendió una vela—. Por aquí, si tenéis la bondad. —Y condujo a Elvira al dormitorio del piso de arriba—. Lo cierto es —dijo sentándose— que mi marido no sabe pintar.

—Ni el mío actuar —replicó Elvira.

—Yo habría dicho que sí —repuso la otra—, parece muy inteligente.

—Y lo es, y también una bellísima persona —afirmó Elvira—, pero no sabe actuar.

—Al menos no es un farsante como el mío, por lo menos sabe cantar.

—No conocéis a Léon —replicó su mujer con acaloramiento—. No tiene la menor intención de cantar, su gusto es demasiado refinado, solo lo hace para ganarse el pan. Y creedme, ninguno de los dos es un farsante. Son hombres con una misión…, que no pueden cumplir.

—Farsante o no —replicó la otra—, habéis estado a punto de pasar la noche a la intemperie, y a mí me aterra pasar hambre. Yo pensaba que la misión de un hombre era pensar en su mujer. Pero, por lo visto, su única misión es hacer el ganso. ¡Oh! —estalló—. ¿No os parece terrible este marido mío? Si supiera pintar no me importaría. Pero no sabe…, ¡no más que yo!

—¿Tenéis hijos? —preguntó Elvira.

—No, pero si aceptara el empleo podríamos tenerlos.

—Los niños lo cambian todo —dijo Elvira con un suspiro.

Y justo en ese momento llegó del piso de abajo un acorde de guitarra, seguido de otro y de otro, y luego se les unió la voz de Léon entonando una canción que

interrumpió la conversación de las dos mujeres. La mujer del pintor parecía transpuesta; al mirarla a los ojos, Elvira vio todos los recuerdos y vivencias que brotaban de su alma con cada nota, una época de su juventud pasó delante de ella: una vasta llanura francesa, el aroma de las flores de manzano, los lejanos y brillantes meandros del río, y la presencia y las palabras del amor.

«Léon ha dado en el clavo —se dijo Elvira—. Quisiera saber cómo».

Era evidente: Léon le había preguntado al pintor si no recordaba ninguna canción de la época en que eran novios, y, después de esperar un rato, había cantado:

O mon amante
O mon désir,
Sachons cueillir
L'heure charmante!

—Disculpad, madame —dijo la mujer del pintor—, vuestro marido canta admirablemente bien.

—Canta con sentimiento —admitió Elvira con aire crítico, aunque también estaba un poco conmovida, pues la canción estaba dirigida a ambas—, pero como un actor, no como un músico.

—La vida es muy triste —dijo la otra—, se escapa de entre los dedos.

—No estoy de acuerdo —replicó Elvira—. Creo que lo bueno perdura y se acrecienta cada día.

—Con franqueza, ¿qué me aconsejaríais?

—Con franqueza, yo dejaría que mi marido hiciera lo que quisiese. Es evidente que es un pintor refinado, no le obliguéis a ser un oficinista. Aunque solo sea porque puede llegar a ser el padre de vuestros hijos…, es mejor no estropearlo.

—Es muy buena persona —dijo su mujer.

Siguieron despiertos hasta el amanecer, disfrutando de la música y la buena compañía; y al alba, cuando el cielo estaba aún claro y temperado, se despidieron en el umbral y se desearon lo mejor para el futuro. Castel-le-Gâchis empezaba a arrojar su humo contra el áureo oriente, y el reloj de la iglesia daba las seis.

—Mi guitarra es un espíritu familiar —dijo Léon, mientras Elvira y él tomaban por el camino más recto hacia el hotel—: resucitó a un comisario, creó a un turista inglés y reconcilió a un hombre con su mujer.

Stubbs, por su parte, sacó aquella mañana sus propias conclusiones.

«Están todos locos —se dijo—, completamente locos…, pero jamás he conocido mejores personas».

A Katharine de Mattos

Mal está desligar lo que Dios ató;
aun así seguiremos siendo hijos del brezal y el viento.
¡Ay!, todavía estamos lejos de casa
y la retama florece hermosa en las tierras del norte.

HISTORIA DE LA PUERTA

El señor Utterson, el abogado, era un hombre de rostro adusto, jamás iluminado por una sonrisa; frío, parco y tímido en el discurso; tardo en exhibir sus emociones; alto, enjuto, ajado, triste y, sin embargo, encantador. En las reuniones con los amigos, y cuando el vino era de su gusto, relucía en su mirada un no sé qué eminentemente humano, que nunca llegaba a formular con palabras, pero que se expresaba no solo en esos rasgos de su fisonomía durante la sobremesa, sino con mucha mayor frecuencia y claridad en su forma de actuar. Tratándose de él, era siempre muy austero: cuando estaba a solas bebía ginebra para reprimir su afición por los vinos de reserva, y, aunque le gustaba el teatro, no había pisado uno desde hacía veinte años. Sin embargo tenía una tolerancia probada con los demás hombres. En ocasiones se asombraba, casi con envidia, de la pujanza de ánimo que requerían las fechorías ajenas; y en las situaciones extremas, prefería ayudar a reprobar. «Siento inclinación por la herejía cainita —decía de un modo un tanto extraño—: dejo que mis hermanos se condenen como mejor prefieran». Esa peculiaridad de su carácter hacía que tuviera a menudo la fortuna de ser el último amigo honrado y la última buena influencia en la vida de quienes se encaminaban al abismo. Y nunca, mientras seguían visitándolo, mostraba el menor cambio en su actitud para con ellos.

Sin duda, la empresa debía de resultarle fácil, pues en el mejor de los casos era inexpresivo, y sus amistades parecían fundadas en una bonhomía que abarcaba a todos por igual. Una de las características del hombre modesto es que acepta a su círculo de amigos tal y como se lo brinda la ocasión, y eso precisamente es lo que hacía el abogado. Sus amigos eran sus parientes o aquellas personas a quienes conocía desde hacía más tiempo: sus afectos, como la hiedra, crecían con el tiempo y no implicaban ninguna aptitud especial por parte de quienes los inspiraban. Eso explica, sin duda, el lazo que lo unía a Richard Enfield, un pariente lejano, muy conocido en la ciudad. Para muchos era un enigma lo que ambos pudieran ver el uno en el otro o lo que pudieran tener en común. Quienes se encontraban con ellos en sus paseos dominicales aseguraban que jamás decían palabra, parecían mortalmente aburridos y saludaban con alivio la llegada de cualquier amigo. Pese a todo, los dos adoraban aquellos paseos, los tenían por el mejor momento de la semana y no solo renunciaban a otras ocasiones placenteras, sino que incluso llegaban a desatender sus respectivas ocupaciones con tal de no tener que interrumpirlos.

Una de esas caminatas les condujo a un callejón en uno de los barrios más concurridos de Londres. La calle era estrecha y silenciosa, aunque los días laborables estaba muy transitada. Daba la impresión de que todos sus habitantes fueran personas acomodadas, y de que tratasen de prosperar aún más gastando parte de sus ganancias en coquetería, lo que hacía que los escaparates de aquella calle parecieran particularmente invitadores, como si fuesen hileras de vendedoras sonrientes. Incluso

en domingo, cuando ocultaba sus encantos más floridos y estaba casi vacía, la calle resplandecía en contraste con la sordidez del resto del barrio como un fuego en un bosque; y, con sus postigos recién pintados, los tiradores de latón bien bruñidos y su buen tono limpio y alegre, captaba la atención y recreaba la vista de los viandantes.

A dos puertas de una de las esquinas, en la acera de la izquierda, la entrada a un patio interrumpía la línea, y, en ese mismo lugar, el hastial de un edificio de aspecto siniestro asomaba sobre la calle. Tenía dos pisos de altura y carecía de ventanas, solo había una puerta en el piso de abajo y un frontón deslucido en el piso superior, y exhibía en cada uno de sus rasgos las señales de un prolongado y sórdido descuido. La puerta, que carecía tanto de timbre como de llamador, estaba agrietada y tenía saltada la pintura. Los vagabundos se refugiaban en aquel hueco y encendían sus cerillas frotándolas contra los postigos; los niños jugaban a las tiendas en los escalones; los escolares probaban el filo de sus cortaplumas en las molduras, y, a lo largo de una generación, nadie parecía haber tratado de ahuyentar a aquellos visitantes ocasionales ni de reparar sus estragos.

El señor Enfield y el abogado estaban al otro lado del callejón, pero cuando llegaron, el primero alzó el bastón y señaló a la puerta.

—¿Te has fijado alguna vez en esa puerta? —preguntó, y, cuando su acompañante respondió que sí, añadió—: A mí me trae a la memoria una historia muy extraña.

—¿Ah, sí? —preguntó el señor Utterson con un leve cambio de entonación en la voz—. ¿De qué se trata?

—Pues verás: yo volvía de no sé qué sitio dejado de la mano de Dios, a eso de las tres de la madrugada de una negra noche de invierno, y atravesé una parte de la ciudad donde no se veía nada más que las farolas: una calle tras otra, y todo el mundo durmiendo…, una calle tras otra, todas iluminadas como para una procesión y tan desiertas como una iglesia…, hasta que por fin se me pusieron los nervios de punta, como cuando uno empieza a aguzar el oído y a ansiar cruzarse con un policía. De pronto, vi dos figuras: un hombrecillo que andaba muy rápido, renqueando; y una niña de unos ocho o diez años que corría a toda prisa por una calle transversal. Como es natural, ambos chocaron al llegar a la esquina. Y ahí estuvo lo horrible del caso, pues el hombre pasó por encima de la niña pisoteándola sin inmutarse y la dejó dando gritos en el suelo. Así contado no parece gran cosa, pero verlo fue horrible. Daba la impresión de no ser humano, sino una condenada fuerza de la naturaleza. Yo solté un grito, eché a correr, cogí del cuello a aquel individuo y lo obligué a volver al lugar del incidente, donde se había formado ya un grupo bastante numeroso alrededor de la niña, que no paraba de llorar. El hombre estaba tan tranquilo y no ofreció resistencia, pero me echó una mirada tan aviesa que me produjo un sudor frío. Aquellas personas eran parientes de la niña, y la habían enviado en busca de un médico que no tardó en aparecer. Por suerte el matasanos dictaminó que no era nada grave y que no había sido más que un susto, y cualquiera habría dicho que ahí se acababa la historia. Pero coincidió además una circunstancia extraña. Desde el primer momento, aquel tipo me

había inspirado una enorme repulsión. Y lo mismo les había ocurrido a los familiares de la niña, lo que por una parte no deja de ser comprensible. Sin embargo, lo que más me sorprendió fue el caso del médico. Era un simple boticario, sin rasgos definidos, con un marcado acento de Edimburgo y tan impresionable como un adoquín. Pues bien: le sucedió lo mismo que a nosotros, y reparé en que el matasanos empalidecía y se atragantaba de ganas de matar al prisionero cada vez que le echaba la vista encima. Le adiviné el pensamiento igual que él a mí, y, como no podíamos asesinarlo, hicimos lo único que estaba en nuestra mano: amenazamos al hombre con organizar un escándalo y arrastrar su nombre por el fango. Y le aseguramos que, si tenía algún amigo o alguna reputación que perder, nos encargaríamos personalmente de que así fuera. Mientras le amonestábamos de aquel modo, tuvimos que contener a las mujeres, que parecían auténticas arpías. Nunca he visto unas expresiones de odio como las de aquel círculo de rostros iracundos, y entretanto el hombre seguía en el centro haciendo gala de una impasibilidad siniestra y desdeñosa: se notaba que estaba asustado, pero aguantaba el chaparrón como si fuera Satanás en persona. «Ya que pretenden sacar provecho de este accidente», dijo, «está muy claro que nada puedo hacer para impedirlo. Cualquier caballero preferiría evitar un escándalo. Pongan ustedes la cifra». Al final conseguimos sacarle cien libras para la familia de la niña; él trató de escabullirse, pero comprendió que hablábamos en serio y acabó por ceder. El paso siguiente era cobrar el dinero, ¿y creerá usted que nos trajo hasta esa puerta de ahí?, sacó una llave, entró y volvió a salir con diez libras en monedas y un cheque del banco Coutts al portador firmado con un nombre que no puedo mencionar, aunque se trate de una de las claves de mi historia. Un nombre en todo caso muy conocido y que habrá visto a menudo en letra de imprenta. La cantidad era considerable, pero la firma, de ser auténtica, valía mucho más. Me tomé la libertad de indicarle a aquel individuo que aquello tenía toda la pinta de ser una estafa y que no era muy habitual que uno entrase en un sótano a las cuatro de la madrugada y saliera con un cheque por valor de casi cien libras firmado por otra persona. Pero él siguió sin inmutarse. «No se preocupe», dijo, «me quedaré con ustedes hasta que abran los bancos y yo mismo cobraré el cheque». De modo que el médico, el padre de la niña, aquel tipo y yo nos marchamos de allí y pasamos el resto de la noche en mi casa. A la mañana siguiente, después de desayunar, fuimos todos juntos al banco. Yo mismo entregué el cheque y advertí al cajero de que sospechaba que pudiera tratarse de una falsificación. De eso nada: el cheque era auténtico.

—Vaya, vaya… —respondió el señor Utterson.

—Veo que opinas igual que yo —replicó el señor Enfield—. Sí, es un asunto muy turbio. Aquel individuo era un personaje decididamente diabólico con quien nadie querría relacionarse, y la persona que extendió el cheque no puede ser más honorable y (para terminar de empeorar las cosas) se trata de alguien que se dedica precisamente a eso que llaman hacer el bien. Imagino que debe de tratarse de un chantaje: un buen hombre a quien están exprimiendo por culpa de alguna locura

cometida en su juventud. Por eso llamo a ese sitio «la casa del chantaje». Aunque, incluso así, resulta difícil de explicar —añadió con aire pensativo.

El señor Utterson lo sacó de su ensimismamiento al preguntarle de pronto:

—¿Y no sabes si la persona que extendió el cheque vive ahí?

—¡No parece un sitio muy apropiado! ¿No crees? —replicó el señor Enfield—. Pero da la casualidad de que he visto sus señas en el periódico y vive en no sé qué plaza.

—¿Y no has preguntado nada acerca de ese sitio de la puerta? —insistió el señor Utterson.

—No. Tengo mis escrúpulos. Me molesta andar haciendo preguntas, me recuerda al Juicio Final. Uno hace una pregunta y es como darle una patada a un canto rodado. Te sientas en la cima de la montaña, la piedra sale rodando y empuja a otras y, por fin algún pobre desdichado (el último en quien uno habría pensado) recibe una pedrada en la cabeza en su propia casa y la familia tiene que cambiar de apellido. No, hace tiempo que me rijo por esa norma: cuanto más raro me parece algo, menos pregunto.

—Una norma excelente, desde luego —coincidió el abogado.

—No obstante, he investigado el lugar por mi cuenta —prosiguió el señor Enfield —. Apenas parece una casa. No hay otra puerta y por ella no entra ni sale nunca nadie, salvo, muy de cuando en cuando, el individuo del que te he hablado. En el piso superior hay tres ventanas que dan al patio y en el de abajo ninguna; las ventanas están siempre cerradas pero limpias. También hay una chimenea por la que casi siempre sale humo, de modo que alguien debe de vivir allí. Y, sin embargo, no estoy tan seguro, pues los edificios están tan juntos unos de otros que resulta difícil saber donde acaba uno y empieza el otro.

La pareja reemprendió su paseo en silencio y luego el señor Utterson dijo:

—Enfield, me gusta esa norma tuya.

—Sí, a mí también —replicó Enfield.

—Y, sin embargo —prosiguió el abogado—, hay una cosa que quiero preguntarte y es el nombre del individuo que pisoteó a la niña.

—Bueno —dijo el señor Enfield—, no veo que haya nada de malo en que lo sepas. El tipo se llamaba Hyde.

—Mmm… —repuso el señor Utterson—. ¿Qué aspecto tiene?

—No es fácil de describir. Tiene una pinta rara, desagradable y francamente odiosa. Nunca he visto a nadie que me desagradara tanto, y apenas sabría decir por qué. Debe de ser deforme, al menos transmite una clara sensación de deformidad, aunque no sabría especificar en qué consiste. Es un hombre de un aspecto fuera de lo común, y sin embargo no puedo decir nada que se salga de lo normal. No señor; no logro describirlo. Y no es que no lo recuerde, pues te aseguro que es como si lo estuviera viendo ahora mismo.

El señor Utterson continuó andando en silencio sumido evidentemente en sus reflexiones.

—¿Estás seguro de que empleó una llave? —preguntó al fin.

—Mi querido amigo… —empezó Enfield, muy sorprendido.

—Sí, comprendo que debe de parecerte extraño. Lo cierto es que, si no te he preguntado el nombre de la otra persona, es porque ya lo sabía. Como ves, Richard, tu historia no ha caído en saco roto. Si has sido impreciso en algo, sería mejor que me lo dijeses.

—Deberías haberme advertido —replicó el otro con un asomo de enfado—. Pero, como tú dices, he sido pedantescamente preciso. Aquel tipo tenía una llave, y, lo que es más: todavía la tiene. Hace menos de una semana que le vi utilizarla. —El señor Utterson suspiró, pero no dijo nada, y el joven prosiguió—: He aquí otra lección para no abrir la boca. Me avergüenza tener la lengua tan larga. Hagamos un trato y no volvamos a hablar del asunto.

—Por mí encantado —replicó el abogado—. Trato hecho, Richard.

EN BUSCA DEL SEÑOR HYDE

Esa tarde, el señor Utterson volvió a su casa de soltero muy consternado y se sentó a cenar casi sin ganas. Los domingos tenía la costumbre de sentarse en su escritorio junto al fuego al terminar la comida, y leer un libro de árida teología hasta que el reloj de un campanario cercano daba las doce, momento en que, muy edificado y solemne, se iba a dormir. Esa noche, no obstante, en cuanto quitaron la mesa, cogió una vela y entró en su despacho. Allí abrió la caja fuerte, sacó del fondo un sobre donde se leía «Testamento del doctor Jekyll», y se sentó con aire apesadumbrado a estudiar su contenido. El testamento era ológrafo, pues, aunque había aceptado encargarse de su custodia, el señor Utterson no había querido ayudar a redactarlo. En él se disponía, no solo que, en caso de fallecimiento de Henry Jekyll, doctor en medicina, doctor en derecho, miembro de la Sociedad Real, etc., etc., todas sus posesiones fuesen a parar a manos de «su amigo y benefactor Edward Hyde», sino que además, en caso de «desaparición o ausencia inexplicada del doctor Jekyll por un período igual o mayor a tres meses», el citado Edward Hyde se hiciera sin más con todos los bienes del mencionado Henry Jekyll, libres de cargas y obligaciones, salvo el pago de algunas sumas sin importancia a los sirvientes del médico. Hacía mucho tiempo que aquel documento llevaba al abogado por la calle de la amargura. Le irritaba como letrado y como persona amante de la sensatez y el sentido común, para quien cualquier cosa irregular pecaba de inmodestia. Si lo que había acrecentado hasta entonces su indignación había sido ignorar quién pudiera ser el señor Hyde, ahora, por un inesperado giro de los acontecimientos, lo que le irritaba era saberlo. Mal estaba que aquel nombre no fuese más que un nombre del que no podía averiguar nada, pero mucho peor era que empezase a revestirse de atributos odiosos, y que, de la bruma cambiante e insustancial que lo había cegado tanto tiempo, surgiera de repente la súbita y clara figura de un enemigo.

—Pensaba que era una locura —dijo al volver a meter el execrable documento en la caja—, y ahora empiezo a temer que sea una deshonra.

Luego apagó la vela, se puso un abrigo y se dirigió a Cavendish Square, esa ciudadela de la medicina, donde su amigo, el gran doctor Lanyon, tenía su consulta y recibía a una multitud de pacientes. «Si alguien sabe algo, tiene que ser Lanyon», pensó.

El solemne mayordomo lo conocía y le recibió con suma amabilidad: en lugar de hacerle esperar, lo condujo directamente al comedor, donde encontró al doctor Lanyon solo y saboreando una copa de vino. Era un caballero rubicundo, cordial, de aspecto muy elegante y saludable, con un mechón de pelo prematuramente cano y ademanes ruidosos y decididos. Al ver al señor Utterson, saltó de la silla y le estrechó las dos manos. Tanta cordialidad por su parte parecía un poco histriónica, pero en el fondo era sincera, porque ambos eran viejos amigos, antiguos compañeros del colegio

y la facultad, se respetaban mucho y, cosa que no siempre ocurre, disfrutaban mutuamente de su compañía.

Después de charlar un rato, el abogado sacó a colación el asunto que tan desagradablemente le preocupaba.

—Creo, Lanyon —dijo—, que tú y yo debemos de ser los dos amigos más antiguos de Henry Jekyll.

—¡Ojalá no lo fuésemos tanto! —se rio el doctor Lanyon—. Aunque supongo que lo somos. ¿Por qué lo dices? Últimamente lo veo muy poco.

—¿Ah, sí? —respondió Utterson—. Pensaba que teníais cosas en común.

—Y las teníamos —replicó él—. Pero hace más de diez años que Henry Jekyll se volvió demasiado fantasioso para mi gusto. Empezó a torcerse, digamos intelectualmente; y, aunque, por supuesto, seguí interesándome por él, en nombre de los viejos tiempos como suele decirse, lo he visto y lo veo poquísimo. Semejante galimatías científico —añadió de pronto el médico tiñéndose de púrpura— habría bastado para distanciar a Damon y Pythias.

Aquel leve arrebato de cólera tranquilizó un poco al señor Utterson. «Solo han discutido por alguna cuestión científica», pensó; y como no era hombre que se dejase arrastrar por la pasión científica (salvo en lo relativo a los traspasos de propiedades), incluso se dijo: «¡No ha sido por nada grave!». Dejó pasar unos segundos para que su amigo recobrase la compostura, y luego abordó la cuestión que había ido a tratar:

—¿Alguna vez te has topado con un protegido suyo…, un tal Hyde?

—¿Hyde? —repitió Lanyon—. No, desde que lo conozco nunca he oído hablar de él.

Y esa fue toda la información que el abogado se llevó consigo a su cama grande y sombría, donde no paró de dar vueltas hasta la madrugada. Fue una noche de escaso reposo para su imaginación atribulada, que se debatía asediada de preguntas en una negra tiniebla.

Dieron las seis en el campanario que había cerca del domicilio del señor Utterson, y todavía seguía hurgando en aquel misterio. Hasta entonces le había intrigado solo desde el punto de vista intelectual, pero ahora también su imaginación estaba interesada o más bien cautivada, y mientras yacía y se agitaba en la densa oscuridad de la noche y la habitación encortinada, le pareció que la historia del señor Enfield se desarrollaba ante sus ojos como una serie de imágenes pintadas en un pergamino. Veía el vasto paisaje de las farolas de una ciudad en plena noche, luego la figura de un hombre que andaba deprisa, luego a una niña que llegaba corriendo de casa del médico, y, cuando los dos se chocaban, aquel monstruo implacable la pisoteaba y seguía su camino sin inmutarse siquiera por sus gritos. O bien veía una habitación de una casa lujosa, donde su amigo dormía y sonreía en sueños, de pronto la puerta de la habitación se abría, apartaban las cortinas de la cama, despertaban al durmiente y… ¡Ved! A su lado había una figura que tenía potestad, incluso a una hora tan intempestiva, para obligarlo a levantarse y hacer lo que le pidiera. La figura de

aquellas dos escenas acosó al abogado toda la noche, y, cuando conseguía quedarse adormilado, era solo para verlo escabullirse aún más furtivamente entre las casas dormidas, o moverse más y más deprisa, hasta casi producir vértigo, por los anchos laberintos de la ciudad iluminada por las farolas, y pisotear a una niña en cada esquina y dejarla gritando. Y, sin embargo, la figura no tenía un rostro reconocible; ni siquiera en sueños tenía cara, o, si la tenía, resultaba desconcertante pues se le emborronaba cada vez que la miraba. Así fue como despertó y se afianzó en la imaginación del abogado una curiosidad inmensa y casi incontrolable por contemplar las facciones del auténtico señor Hyde. Pensaba que si pudiera echarle la vista encima, aunque fuese una sola vez, el misterio se aclararía y tal vez se disiparía, como ocurre con muchas cosas extrañas cuando se examinan con cuidado. Podría averiguar el motivo de la extraña preferencia o servidumbre (llámese como se quiera) de su amigo e incluso de las sorprendentes cláusulas del testamento. Y seguro que sería un rostro digno de ver: el rostro de un hombre sin entrañas ni compasión, capaz de inspirarle al impasible Enfield un odio duradero con solo mirarlo.

A partir de ese día, el señor Utterson empezó a rondar la puerta del callejón. Por la mañana, antes de las horas de oficina; a mediodía, cuando tenía más trabajo y disponía de menos tiempo; por la noche, bajo la faz brumosa de la luna; con cualquier luz y a todas las horas, solitarias o concurridas, se encontraba el abogado en su puesto.

«Si él se dedica a esconderse —se decía—, yo me dedicaré a buscarlo»[2].

Y por fin su paciencia se vio recompensada. Hacía una noche fría pero sin lluvia; las calles estaban tan limpias como el suelo de un salón de baile; las farolas, inmóviles en el aire tranquilo, proyectaban un dibujo constante de sombras y luces. A las diez en punto, cuando cerraban las tiendas, el callejón se quedaba muy solitario, y a pesar del sordo y sempiterno rugido de Londres, también muy silencioso. Hasta los sonidos más leves llegaban muy lejos, los ruidos domésticos de las casas a ambos lados de la calle se oían con claridad, y el rumor de los pasos de los transeúntes les precedían un largo rato. El señor Utterson llevaba varios minutos en su puesto cuando oyó unas pisadas rápidas y extrañas que se aproximaban. En el curso de sus patrullas nocturnas se había acostumbrado al extraño efecto por el que el andar de una persona concreta destaca de pronto entre el vasto zumbido y el estrépito de la ciudad cuando todavía se encuentra muy lejos. Sin embargo, nunca le había llamado la atención de un modo tan claro y poderoso, y cuando se ocultó en el umbral de una casa lo hizo con un intenso y supersticioso presentimiento de triunfo.

Los pasos se acercaron rápidamente y se volvieron más ruidosos al doblar la esquina. El abogado se asomó desde su escondite y pronto pudo ver con qué clase de hombre tenía que vérselas. Era bajo e iba vestido con suma sencillez, y su aspecto, incluso desde lejos, producía una insólita repulsión en cualquiera que lo observara. Fue directo a la puerta, cruzando la calle para ahorrar tiempo, y al acercarse sacó una llave del bolsillo como quien llega a su casa.

El señor Utterson se adelantó y le tocó en el hombro al pasar.

—¿No es usted el señor Hyde?

El señor Hyde se encogió y tomó aliento con un siseo. Pero su temor fue solo momentáneo, y, aunque no miró al abogado a la cara, respondió con bastante frialdad:

—Lo soy. ¿Qué quiere?

—Me ha parecido que se disponía usted a entrar —respondió el abogado—. Soy un viejo amigo del doctor Jekyll, el señor Utterson de Gaunt Street, seguro que le habrá hablado de mí, y, al encontrarle tan oportunamente, he pensado que me permitiría acompañarle.

—El doctor Jekyll no está en casa, ha salido —replicó el señor Hyde soplando en el cañón de la llave. Y de pronto, pero todavía sin levantar la mirada, preguntó—: ¿De qué me conoce usted?

—¿Podría hacerme un favor? —replicó el señor Utterson.

—Con mucho gusto —repuso el otro—. ¿De qué se trata?

—¿Me permite que le vea la cara? —preguntó el abogado.

El señor Hyde pareció dudar, y luego, como impulsado por una súbita reflexión, levantó la cabeza con aire desafiante y los dos se miraron fijamente a los ojos durante unos segundos.

—Ahora podré reconocerle —dijo el señor Utterson—. Puede que me sea útil.

—Sí —respondió el señor Hyde—, yo también me alegro de que nos hayamos conocido; y *à propos*, querrá usted saber mi dirección.

Y le dio un número de una calle en el Soho.

«¡Dios mío! —pensó el señor Utterson—. ¿Será posible que él también haya estado pensando en el testamento?».

Pero se guardó sus pensamientos para sí y se limitó a musitar su agradecimiento por las señas.

—Y ahora —insistió el otro—, ¿de qué me conoce?

—Me lo habían descrito.

—¿Quién?

—Tenemos amigos comunes —respondió el señor Utterson.

—¡Amigos comunes! —repitió el señor Hyde con aspereza—. ¿Quiénes?

—Por ejemplo, Jekyll —respondió el abogado.

—¡Él no le ha hablado de mí! —gritó el señor Hyde rojo de furia—. No le creía a usted capaz de mentir.

—Vamos —dijo el señor Utterson—, ese no es un lenguaje apropiado.

El otro hizo una mueca, soltó una salvaje carcajada, y, acto seguido, abrió la puerta con una rapidez extraordinaria y desapareció dentro de la casa.

El abogado se quedó un rato donde lo había dejado el señor Hyde, convertido en la viva imagen de la inquietud. Luego empezó a andar calle arriba, deteniéndose cada uno o dos pasos y llevándose la mano al entrecejo como si estuviera sumido en la más profunda perplejidad. El problema que estaba considerando mientras andaba era

de los que rara vez tienen solución. El señor Hyde era pálido y desproporcionado, daba impresión de deformidad sin tener ninguna malformación concreta, tenía una sonrisa desagradable, había tratado al abogado con una siniestra mezcla de cobardía y audacia, y hablaba con voz áspera, susurrante y entrecortada; todo eso iba en su contra, pero no bastaba para explicar el insólito asco, odio y temor que había inspirado en el señor Utterson. «Tiene que haber algo más —se decía el perplejo caballero—. Hay algo más, que no acierto a describir. ¡Dios mío! ¡Si apenas parece humano! ¿Acaso es una especie de troglodita? ¿Será la vieja historia del doctor Fell[3]? ¿O es solo la mera emanación de un alma inmunda que transpira a través del barro que la contiene y al hacerlo lo transfigura? Mucho me temo que se trate de esto último, pues si alguna vez he leído la firma de Satanás en una cara, ¡ay, mi pobre Harry Jekyll, es en la de ese nuevo amigo tuyo!».

A la vuelta de la esquina del callejón, había una plaza llena de hermosas casas antiguas que habían perdido en su mayoría su antigua grandeza y se alquilaban ahora por pisos y habitaciones a toda clase de personas: grabadores de mapas, arquitectos, sórdidos abogados y agentes de empresas no menos sórdidas. No obstante, una de ellas, la segunda desde la esquina, todavía seguía ocupada por entero, y el señor Utterson se detuvo y llamó a su puerta, que exhibía un aire de lujo y comodidades, aunque estaba sumida en la oscuridad, salvo por la luz que salía por el montante de la entrada. Un sirviente anciano y bien vestido salió a abrirle.

—¿Está el doctor Jekyll en casa, Poole? —preguntó el abogado.

—Iré a comprobarlo, señor Utterson —respondió Poole, haciendo pasar al visitante a un vestíbulo empavesado muy amplio y cómodo de techo bajo, calentado, al modo de las casas de campo, por una luminosa chimenea y amueblado con costosos bargueños de roble—. ¿Quiere el señor esperar aquí, junto al fuego, o prefiere que le encienda la luz del comedor?

—Aquí está bien, gracias —dijo el abogado, y se acercó a los altos morillos que protegían la chimenea.

Aquel vestíbulo era un capricho de su amigo el médico, y Utterson lo había descrito muchas veces como la habitación más agradable de Londres. Sin embargo, esa noche los escalofríos le helaban la sangre en las venas; no podía quitarse de la cabeza el rostro de Hyde; sentía (cosa rara en él) náusea y disgusto por la vida, y tenía el ánimo tan abatido que le pareció leer una amenaza en el cambiante resplandor de la lumbre en el barniz de los bargueños y en las sombras inciertas que se proyectaban en el techo. El alivio que sintió cuando Poole volvió a comunicarle que el doctor Jekyll había salido hizo que se sintiera avergonzado.

—He visto al señor Hyde entrar por la puerta de la antigua sala de disección, Poole —dijo—. ¿Está autorizado a hacerlo cuando el doctor Jekyll no está en casa?

—Sí, señor Utterson —replicó el sirviente—. El señor Hyde tiene una llave.

—Su amo parece tener mucha confianza en ese joven, Poole —prosiguió el otro en tono pensativo.

—Sí, señor, mucha —respondió Poole—. Todos tenemos órdenes de obedecerle.

—No creo haber coincidido nunca con el señor Hyde, ¿verdad?

—¡Oh, no, señor! Nunca come aquí —replicó el mayordomo—. Lo cierto es que apenas lo vemos en esta parte de la casa, casi siempre entra y sale por el laboratorio.

—Comprendo. Buenas noches, Poole.

—Buenas noches, señor Utterson.

Y el abogado emprendió el camino a casa con el corazón acongojado. «¡Mi pobre Harry Jekyll —pensó—, algo me dice que estás en un aprieto! De joven eras muy alocado y, aunque de eso haga ya mucho tiempo, en la ley de Dios no hay un capítulo de prescripciones. Sí, eso debe de ser: el espectro de algún antiguo pecado, el cáncer de una deshonra oculta, el castigo que llega *pede claudo*, años después de que la memoria lo haya olvidado y el egoísmo lo haya perdonado». Y el abogado, asustado por aquellos pensamientos, meditó sobre su propio pasado, escudriñando en todos los rincones de su memoria, por miedo a que alguna antigua iniquidad pudiera salir a la luz igual que un muñeco de resorte. Su pasado estaba bastante limpio de culpa, pocos hombres podrían repasar los pergaminos de sus vidas con menos aprensión, y aun así se humilló hasta el polvo por las muchas maldades que había cometido, y volvió a levantarse, contrito y agradecido por las muchas que había estado a punto de cometer pero había evitado en el último momento. Y luego, al volver a pensar en el asunto que antes le ocupara, le pareció vislumbrar un destello de esperanza. «Ese tal Hyde, si se le investigara —pensó—, debe de tener sus propios secretos: y, a juzgar por su aspecto, deben de ser muy negros, tanto que, comparados con ellos, los del pobre Jekyll serían como rayos de sol. Las cosas no pueden seguir así. Me da escalofríos pensar que ese tipo puede entrar tan furtivamente como un ladrón en el dormitorio de Harry; pobre Harry, ¡menudo despertar! Por no hablar del peligro, pues si Hyde sospecha de la existencia del testamento, podría entrarle la impaciencia por heredar. Sí, tengo que arrimar el hombro…, si Jekyll me lo permite —añadió—, ojalá lo haga». Pues una vez más vio en su imaginación, transparentemente claras, las insólitas cláusulas del testamento.

EL DOCTOR JEKYLL ESTABA TRANQUILO

Quince días después, por una afortunada coincidencia, el médico ofreció una de sus agradables cenas a cinco o seis viejos amigos, todos ellos personas inteligentes, respetables y entendidos en vinos, y el señor Utterson se las arregló para quedarse cuando se fueron los demás. Lo cual no tenía nada de inusitado y había ocurrido muchas veces antes. Utterson era una persona muy apreciada por quienes le conocían. A sus anfitriones les alegraba retener al seco jurista, cuando los frívolos y los cotillas tenían ya el pie en el umbral, les gustaba pasar un rato en su discreta compañía, prepararse para la soledad y sosegar el espíritu con el elocuente silencio de aquel hombre tras el desgaste y el esfuerzo de tanta alegría. El doctor Jekyll no era ninguna excepción a esa regla; y cuando se sentó al otro lado del fuego —un hombre grande y bien proporcionado de unos cincuenta años, tal vez con cierta astucia en la expresión, pero de aspecto capaz y bondadoso— se notaba por su mirada que abrigaba por el señor Utterson un afecto cálido y sincero.

—Llevo un tiempo queriendo hablar contigo, Jekyll —empezó este último—. ¿Recuerdas lo de tu testamento?

Un observador atento habría reparado en que el asunto le desagradaba, pero el médico lo soportó con buen humor.

—Mi buen Utterson —dijo—, has tenido mala suerte de tenerme como cliente. Nunca he visto a nadie tan preocupado como lo estás tú por mi testamento, a no ser ese dogmático sectario de Lanyon, respecto a lo que llamó mis «herejías científicas». ¡Oh!, ya sé que es un buen tipo…, no hace falta que frunzas el ceño…, es un tipo estupendo, y lamento que no nos veamos más a menudo, pero también es un dogmático sectario, un dogmático ignorante e irredento. Nadie me ha decepcionado tanto como Lanyon.

—Ya sabes que nunca estuve de acuerdo —prosiguió Utterson pasando por alto el nuevo tema de conversación.

—¿Con lo de mi testamento? Sí, claro, lo sé —respondió el médico con un poco de brusquedad—. Ya me lo has dicho.

—Pues te lo repito ahora —continuó el abogado—. He averiguado algunas cosas del joven señor Hyde.

El rostro grande y apuesto del doctor Jekyll empalideció, y sus ojos adquirieron un brillo siniestro.

—No quiero oír más —dijo—. Pensaba que habíamos acordado no hablar más del asunto.

—Lo que he oído de él es abominable —insistió Utterson.

—No me hará cambiar de idea. Tú no comprendes mi situación —replicó el médico con cierta incoherencia—. Estoy atravesando unas circunstancias muy

penosas, Utterson, mi situación es muy extraña…, mucho. No se trata de uno de esos asuntos que se resuelven con una charla.

—Jekyll —dijo Utterson—, tú me conoces: sabes que se puede confiar en mí. Confiésame lo que sea y estoy seguro de que podré sacarte del aprieto.

—Mi querido Utterson —respondió el médico—, no encuentro palabras para agradecerte tu interés, eres la bondad en persona. Sé que me hablas con sinceridad, y, si de mí dependiera, confiaría en ti antes que en nadie, sí, incluso antes que en mí mismo; pero no es lo que te imaginas, no es nada tan malo, y, para tranquilizar tu buen corazón te diré una cosa: puedo librarme del señor Hyde cuando quiera. Deja que te estreche la mano y te lo agradezca otra vez; solo añadiré una cosa más, Utterson, y espero que no te lo tomes a mal: este es un asunto privado, y te ruego que no le des más vueltas.

Utterson reflexionó un poco mirando el fuego.

—No me cabe duda de que sabes lo que haces —dijo por fin, poniéndose en pie.

—Bien, pero ya que has mencionado la cuestión, y espero que por última vez —prosiguió el doctor—, hay algo que quiero que comprendas. Lo cierto es que tengo un gran interés por el pobre Hyde. Sé que lo has visto, me lo dijo, y temo que fuese grosero contigo. Pero la verdad es que tengo un grandísimo interés por ese joven; y, si muero, Utterson, quiero que me prometas que serás ecuánime con él y que defenderás sus derechos. Sé que lo harías si estuvieras al tanto de todo, y, si me lo prometieras, me quitarías un gran peso de encima.

—No puedo fingir que llegará a caerme simpático —dijo el abogado.

—No es eso lo que te pido —rogó Jekyll cogiéndolo del brazo—, solo te pido que seas justo y que lo ayudes en mi nombre, cuando yo no esté.

Utterson soltó un irreprimible suspiro.

—De acuerdo —dijo—. Lo prometo.

EL ASESINATO DE CAREW

Aproximadamente un año después, en octubre de 18…, sobrecogió Londres un crimen de una violencia inusitada, que resultaba aún más notorio por la elevada posición de la víctima. Los detalles eran pocos y sorprendentes. Una sirvienta, que vivía sola en una casa no lejos del río, había subido a su cuarto para acostarse a eso de las once. Aunque de madrugada la niebla cubrió la ciudad, las primeras horas de la noche el cielo estuvo despejado, y el callejón al que daba la ventana del cuarto estaba iluminado por el claro de luna. Por lo visto era un poco novelesca, pues se sentó en el arcón que había justo debajo de la ventana, y se quedó sumida en sus ensoñaciones. Nunca (decía, cuando contaba, con lágrimas en los ojos, su vivencia) se había sentido tan en paz con la humanidad, ni el mundo le había parecido un lugar tan placentero. Y, mientras estaba allí sentada, reparó en un anciano y apuesto caballero de cabello cano que se acercaba por el callejón, y en otro señor muy bajo que le salió al encuentro y a quien al principio apenas prestó atención. Cuando estuvieron lo bastante cerca para poder hablarse (justo debajo de la ventana de la sirvienta) el caballero de más edad hizo una reverencia y se acercó al otro con cortesía. No parecía que el motivo de la conversación tuviera gran importancia, y, de hecho, por el modo en que señalaba, daba la impresión de que se hubiera perdido y estuviera preguntando el camino. La luna le iluminaba la cara y la joven se deleitó contemplándola, pues daba la impresión de emanar una anticuada e inocente amabilidad y, al mismo tiempo, cierta altivez satisfecha. Después se fijó en el otro y le sorprendió reconocer en él a un tal señor Hyde, que en una ocasión había ido a visitar a su amo y le había inspirado una gran antipatía. Llevaba en la mano un pesado bastón con el que no paraba de juguetear, no le respondió una palabra y daba la impresión de escucharle con mal contenida impaciencia. De repente, estalló en cólera y empezó a dar patadas en el suelo, a blandir el bastón y a comportarse (tal como lo describió la sirvienta) como un loco. El anciano caballero retrocedió unos pasos, en apariencia muy extrañado y ligeramente ofendido, y en ese momento el señor Hyde perdió el control por completo y de un golpe lo derribó al suelo. Instantes después, estaba pisoteando a su víctima, presa de un frenesí simiesco, y descargaba sobre ella tal tunda de palos que se oía el crujido de los huesos al romperse y el cuerpo rodó por la calle. Horrorizada por lo que acababa de presenciar, la sirvienta se desmayó.

A eso de las dos de la mañana, volvió en sí y llamó a la policía. El asesino había huido hacía tiempo, pero su víctima seguía tirada en mitad del callejón, increíblemente desfigurada. El bastón con que se había cometido el crimen, aunque era de una madera rara, muy dura y pesada, se había partido por la mitad en aquella insensata crueldad: una mitad astillada había rodado hasta el arroyo y la otra, sin duda, se la había llevado consigo el asesino. Sobre la víctima se encontraron un monedero y un reloj de oro, pero ni tarjetas de visita ni otros documentos, salvo un

sobre cerrado y lacrado, que probablemente iba a llevar al correo y que iba a nombre del señor Utterson.

Esa misma mañana se lo llevaron al abogado antes de que se levantara de la cama, y, en cuanto lo leyó y le explicaron las circunstancias del caso, adoptó una expresión muy seria.

—No diré nada hasta haber visto el cadáver —dijo—, parece un asunto muy grave. Tengan la bondad de esperar mientras me visto. —Y con la misma solemnidad desayunó a toda prisa y partió hacia la comisaría, adonde habían llevado el cadáver. Nada más entrar en la celda, asintió con la cabeza—: Sí, lo reconozco. Lamento decir que se trata de sir Danvers Carew.

—¡Dios mío! —exclamó el policía—, ¿será posible? —Y, un instante después, brilló en sus ojos la ambición profesional—. Esto va a hacer mucho ruido —dijo—. Tal vez pueda usted ayudarnos a encontrar a ese hombre.

Y le narró brevemente lo que había visto la criada y le mostró el bastón roto.

El señor Utterson se estremeció al oír el nombre de Hyde, pero cuando le enseñaron el bastón no pudo abrigar más dudas: a pesar de lo roto y estropeado que estaba, vio que se trataba de uno que él mismo le había regalado hacía unos años a Henry Jekyll.

—¿Sabe si ese tal Hyde es una persona de corta estatura? —preguntó.

—La sirvienta dijo que era muy bajo y muy malencarado —respondió el oficial.

El señor Utterson reflexionó, luego alzó la cabeza y afirmó:

—Si me acompañan en un coche, creo que puedo llevarles a su casa.

Para entonces eran cerca de las nueve de la mañana, y la primera niebla de la temporada se cernía sobre la ciudad. Una enorme mortaja de color chocolate se esforzaba por ocultar el cielo, pero el viento soplaba sin cesar y dispersaba aquel ejército de vapores, así que, mientras el coche rodaba muy despacio por las calles, el señor Utterson contempló una increíble variedad de gradaciones y matices de luces crepusculares: aquí estaba tan oscuro como en plena noche, allí brillaba un llamativo resplandor de color pardo, que parecía producto de alguna extraña explosión, y aquí la niebla se dispersaba un momento y se vislumbraba un exangüe rayo de luz entre los jirones arremolinados de la bruma. Visto bajo esas luces cambiantes, el sórdido barrio del Soho, con sus callejones embarrados, sus andrajosos habitantes y sus farolas, que nadie había apagado, o que habían vuelto a encender para combatir aquella triste invasión de las tinieblas, le pareció al abogado un barrio de una ciudad de pesadilla. Además, sus pensamientos no podían ser más lúgubres y cuando miró a su acompañante sintió ese terror que infunden a veces la ley y los agentes de la ley incluso a las personas más honradas.

Cuando el coche se detuvo en la dirección indicada, la niebla levantó un poco y mostró una calle sucia, una taberna barata, una casa de comidas francesa, un local donde vendían panfletos sensacionalistas a un penique y ensaladas a dos, muchos niños harapientos apiñados en los umbrales de las puertas, y varias mujeres de

diversas nacionalidades que salían, llave en mano, a tomar la primera copa de la mañana; un instante después volvió a abatirse la niebla tan negra como el hollín y lo aisló de tan sórdidos alrededores. Allí vivía el protegido de Henry Jekyll, el presumible heredero de un cuarto de millón de libras.

Una anciana de rostro marfileño y cabello plateado les abrió la puerta. Tenía un rostro pérfido suavizado por la hipocresía, pero sus modales fueron exquisitos. Sí, afirmó, aquel era el domicilio del señor Hyde, pero ahora no estaba en casa; había llegado muy tarde esa noche, pero había vuelto a salir al cabo de una hora. No le había extrañado, pues tenía costumbres muy raras y se ausentaba con frecuencia; por ejemplo, hasta la noche pasada llevaba casi dos meses sin verlo.

—En ese caso, queremos ver sus habitaciones —dijo el abogado, y, cuando la mujer empezó a decir que eso era imposible, añadió—: Será mejor que le diga quién es este señor: se trata del inspector Newcomen de Scotland Yard.

Un destello de odioso regocijo cruzó el semblante de la mujer.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Así que se ha metido en un lío! ¿Qué es lo que ha hecho?

El señor Utterson y el inspector intercambiaron una mirada.

—No parece ser un hombre muy popular —observó este último—. Y ahora, señora mía, deje que este señor y yo echemos un vistazo.

De toda la casa, habitada solo por la vieja, el señor Hyde había utilizado solo dos habitaciones, aunque estaban amuebladas con lujo y buen gusto. La despensa estaba llena de botellas de vino, la vajilla era de plata, la mantelería elegante, de la pared colgaba un buen cuadro, regalo (supuso Utterson) de Henry Jekyll, que era todo un entendido, y las alfombras eran gruesas y de colores agradables. En ese momento, no obstante, las habitaciones parecían haber sido registradas a toda prisa: había ropa tirada por el suelo con los bolsillos vueltos del revés, los cajones estaban abiertos, y en la chimenea había una pila de ceniza, como si hubiesen quemado en ella muchos papeles. El inspector desenterró de aquel montón el lomo de un talonario de cheques de color verde que había resistido el fuego; encontraron la otra mitad del bastón detrás de la puerta, y, como eso confirmaba sus sospechas, el inspector se mostró encantado. Una visita al banco, donde encontraron varios miles de libras en una cuenta a nombre del asesino, completaron su alegría.

—Créame, señor mío —le dijo al señor Utterson—, lo tenemos en nuestras manos. Debe de haber perdido la cabeza, de lo contrario no se habría dejado olvidado el bastón y, sobre todo, no habría quemado el talonario. ¡Tarde o temprano necesitará dinero! No tenemos más que esperar a que acuda al banco y preparar unos pasquines.

Sin embargo, esto último no resultó tan sencillo, pues el señor Hyde tenía muy pocos amigos, incluso el amo de la sirvienta lo había visto solo dos veces; tampoco hubo forma de dar con su familia, nunca se había hecho fotografiar, y, como suele suceder, los pocos que podían describirlo no lograban ponerse de acuerdo. Tan solo coincidían en una cosa: en la inquietante sensación de inenarrable deformidad que producía el fugitivo en quienes lo veían.

EL INCIDENTE DE LA CARTA

Era ya tarde cuando el señor Utterson llamó a la puerta del doctor Jekyll, donde le recibió Poole, que le hizo pasar enseguida y lo llevó, a través de las cocinas y por un patio que antes había sido jardín, hasta el edificio que conocían indistintamente como el laboratorio o la sala de disección. El médico les había comprado la casa a los herederos de un famoso cirujano, y como sus gustos se inclinaban más por la química que por la anatomía, había cambiado el uso de las dependencias al fondo del jardín. Era la primera vez que recibían al abogado en aquella parte de la casa, y observó con curiosidad el sucio edificio sin ventanas, y miró en torno suyo con una desagradable sensación de extrañeza al cruzar el anfiteatro anatómico, antaño repleto de estudiantes inquietos y hoy vacío y silencioso, con las mesas llenas de instrumental químico, el suelo cubierto de paja y cajas de embalar, y la luz colándose débilmente por la neblinosa cúpula. Al otro extremo, un tramo de escaleras conducía hasta una puerta forrada de bayeta roja, a través de la cual entró por fin el abogado en el gabinete del médico. Era una sala grande, llena de vitrinas y amueblada, entre otras cosas, con un espejo de cuerpo entero y una mesa de despacho, y tenía tres ventanas con barrotes de hierro que daban al patio interior. El fuego ardía en la chimenea y había una lámpara encendida sobre la repisa, pues la niebla empezaba a espesar incluso dentro de las casas; y allí, al calor de la lumbre, estaba el doctor Jekyll con muy mal aspecto. No se levantó para recibir al visitante, pero le tendió una mano helada y le dio la bienvenida con una voz que sonaba distinta.

—Y bien —dijo el señor Utterson, nada más marcharse Poole—, ¿te has enterado de la noticia?

El médico se estremeció.

—Estaban pregonándolo por la plaza —respondió—. Lo he oído desde el comedor.

—Antes de nada —le interrumpió el abogado—. Carew era mi cliente, pero también lo eres tú, y quiero saber a qué atenerme. ¿No habrás sido tan loco de ocultar aquí a ese tipo?

—Utterson, te juro por Dios —gritó el médico—, te juro por Dios que no volveré a verle jamás. Te doy mi palabra de honor de que he acabado con él para siempre. Todo ha terminado. Y además él no quiere que le ayude, no lo conoces tan bien como yo; está a salvo, totalmente a salvo. Recuerda mis palabras: jamás se volverá a saber de él.

El abogado le escuchó con aire consternado, pues no le gustaba el aspecto febril de su amigo.

—Pareces muy seguro de él —dijo—, y espero por tu bien que tengas razón. Si llegase a celebrarse un juicio, podría salir a relucir tu nombre.

—Lo estoy —replicó Jekyll—. Y tengo motivos que no puedo confiar a nadie. Pero hay una cosa en la que sí puedes aconsejarme. He…, he recibido una carta, y no sé si debería avisar a la policía. Lo dejo en tus manos, Utterson, tengo absoluta confianza en ti y sé que obrarás con ecuanimidad.

—Supongo que temes que pueda conducir a su detención —observó el abogado.

—No —respondió el otro—. Me trae sin cuidado lo que le ocurra a Hyde, he terminado con él. Pensaba en mi propia reputación, que este odioso asunto ha puesto en peligro.

Utterson reflexionó un instante, pues le sorprendía —y al mismo tiempo le aliviaba— el egoísmo de su amigo.

—De acuerdo —dijo por fin—, déjame ver la carta.

Estaba escrita con una letra rara de trazos verticales y firmada «Edward Hyde». En ella se decía, de forma muy sucinta, que el doctor Jekyll, el benefactor de quien la escribía, a quien tan mal había pagado su infinita generosidad, no debía preocuparse por su seguridad, pues tenía medios para escapar en los que confiaba plenamente. Al abogado le complació aquella carta, pues otorgaba a aquella amistad un tono mejor del que imaginaba, y se culpó por haber sospechado de él en el pasado.

—¿Tienes el sobre? —preguntó.

—Lo quemé antes de saber de qué se trataba —replicó Jekyll—. Pero no llevaba sello. La carta vinieron a traerla en mano.

—¿Te importa que me la quede y lo consulte con la almohada? —preguntó Utterson.

—Quiero que decidas tú por mí —respondió—. He perdido la confianza en mí mismo.

—De acuerdo, lo pensaré —replicó el abogado—. Una cosa más: ¿fue Hyde quien dictó los términos de tu testamento respecto a tu posible desaparición?

El médico pareció sufrir una especie de desvanecimiento, apretó los labios y luego asintió con la cabeza.

—Lo sabía —afirmó Utterson—. Pensaba asesinarte. Has tenido mucha suerte, te has librado de milagro.

—No solo he tenido suerte —replicó el médico en tono solemne—: también he aprendido una lección…, ¡Dios mío, Utterson, no imaginas qué lección!

Y se cubrió un momento la cara con las manos.

Al salir, el abogado se detuvo e intercambió unas palabras con Poole.

—A propósito —dijo—, hoy han traído una carta. ¿Qué aspecto tenía el que la entregó?

Pero Poole estaba seguro de que no habían recibido nada que no fuera por correo.

—Y no eran más que unas circulares —añadió.

Esas noticias hicieron que el visitante se marchara con todos sus temores renovados. Era evidente que la carta había entrado por la puerta del laboratorio, tal vez incluso la hubiesen escrito en el gabinete, y, de ser así, había que juzgarla de otro

modo y manejarla con la mayor cautela. En la calle los vendedores ambulantes de periódicos gritaban hasta enronquecer: «¡Edición especial! ¡Horrible asesinato de un miembro del Parlamento!». Esa era la oración fúnebre de un cliente y un amigo, y no pudo sino temer que el buen nombre de otro amigo pudiera verse arrastrado por el torbellino del escándalo. La cuestión era, como mínimo, peliaguda; y, aunque estaba acostumbrado a decidir por sí mismo, empezó a concebir la idea de pedir consejo. No podía pedirlo directamente, pensó, pero tal vez pudiera obtenerlo de manera indirecta.

Poco después estaba sentado junto a su propia chimenea en compañía del señor Guest, su principal pasante, con una botella de vino añejo que había reposado largo tiempo en los cimientos de la casa, colocada justo entre ambos a una calculada distancia del fuego. La niebla seguía dormitando sobre la ciudad sumergida, donde las farolas brillaban como carbunclos; a través de la sofocante mordaza de aquellas nubes caídas, la vida de la gran ciudad seguía circulando por sus grandes arterias con un rumor parecido al de un fuerte viento. Pese a todo, la luz de la lumbre alegraba la habitación. En la botella los ácidos se habían atemperado hacía ya mucho, el color imperial se había suavizado con los años, igual que el color de las vidrieras se vuelve más profundo con el paso del tiempo, y el resplandor de la cálida tarde otoñal en los viñedos estaba a punto de liberarse y dispersar las nieblas londinenses. El abogado se fue ablandando insensiblemente. Con nadie tenía tan pocos secretos como con el señor Guest, y no siempre estaba seguro de guardar tantos como pretendía. Guest había visitado a menudo a Jekyll por motivos profesionales, conocía a Poole, tenía que haber oído hablar de la familiaridad del señor Hyde con aquella casa; podía sacar conclusiones: ¿no sería mejor que viera una carta que solventaba aquel misterio? Y, teniendo en cuenta que Guest era un especialista en grafología, ¿no lo tomaría por una deferencia natural? El pasante, además, era un hombre acostumbrado a dar consejos: difícilmente podría leer un documento tan extraño sin dar su opinión, y esa opinión le serviría al señor Utterson para determinar lo que hacer en el futuro.

—Un triste asunto lo de sir Danvers —dijo.

—Sí, señor, ciertamente. Ha causado un gran revuelo —respondió Guest—. Es evidente que ese hombre está loco.

—Me gustaría saber su opinión al respecto —replicó Utterson—. Precisamente tengo aquí un documento de su puño y letra, aunque debe quedar entre usted y yo, porque se trata de un asunto muy delicado y todavía no sé qué hacer. Pero ahí lo tiene, justo su especialidad: el autógrafo de un asesino.

A Guest se le iluminó la mirada y se sentó enseguida a estudiarlo con sumo interés.

—No, señor —dijo—, esto no lo ha escrito ningún loco, aunque sin duda es una letra muy rara.

—Y un escritor muy raro —añadió el abogado.

Justo en ese momento entró un sirviente con una nota.

—¿Es del doctor Jekyll, señor? —preguntó el pasante—. Me pareció reconocer la letra. ¿Se trata de algún asunto confidencial, señor Utterson?

—Es solo una invitación a cenar. ¿Por qué? ¿Quiere usted verla?

—Solo un momento. Gracias, señor. —El pasante colocó las dos hojas de papel la una junto a la otra y comparó minuciosamente su contenido—. Gracias —dijo por fin, devolviéndoselas—, es un autógrafo muy interesante.

Se hizo una pausa, en la que el señor Utterson se debatió consigo mismo.

—¿Por qué las ha comparado, Guest? —preguntó de pronto.

—En fin, señor —replicó el pasante—, tienen un singular parecido. Las dos letras son casi idénticas: solo se distinguen en su inclinación.

—Qué raro —dijo Utterson.

—Sí que lo es —respondió Guest.

—Yo no hablaría con nadie de esta carta —dijo el jurista.

—No, señor —repuso el pasante—. Lo comprendo.

En cuanto el señor Utterson se quedó solo, guardó la nota en la caja fuerte. «¿Qué está pasando aquí? —pensó—. ¡Henry Jekyll cometiendo una falsificación para un asesino!».

Y se le heló la sangre en las venas.

EL CONSIDERABLE CAMBIO SUFRIDO POR EL DOCTOR LANYON

Pasó el tiempo, se ofrecieron miles de libras como recompensa, pues la muerte de sir Danvers se consideró un perjuicio público, pero el señor Hyde había desaparecido y estaba fuera del alcance de la policía, como si nunca hubiera existido. Se desenterró, eso sí, parte de su pasado, y salieron a la luz muchas historias infamantes acerca de la crueldad de aquel hombre, a la vez tan violento e indiferente, de la vileza de su vida, de sus malas compañías y del odio que parecía haber despertado siempre; pero de su paradero, ni palabra. Desde que se marchó de su casa en el Soho la mañana del asesinato, sencillamente se había volatilizado, y, poco a poco, a medida que pasaba el tiempo, el señor Utterson fue tranquilizándose y recuperándose de la inquietud que le habían producido sus alarmas. A su entender, la muerte de sir Danvers era un precio pequeño a cambio de la desaparición del señor Hyde. Ahora que se había librado de aquella mala influencia, empezó una nueva vida para el doctor Jekyll. Abandonó su reclusión, reanudó el trato con los amigos, volvió a ser su anfitrión y su huésped habitual, y, aunque siempre se había distinguido por sus obras de caridad, empezó a ser conocido también por su religiosidad. Estaba muy ocupado, pasaba mucho tiempo al aire libre, le iban bien las cosas, su rostro pareció iluminarse, como por una paz interior, y durante más de dos meses Jekyll vivió en paz.

El ocho de enero Utterson había cenado con un pequeño grupo de amigos en casa del médico. Lanyon también había estado y el anfitrión los había tratado a ambos como en los viejos tiempos, cuando los tres eran amigos inseparables. El día doce, y nuevamente el catorce, el abogado se encontró con la puerta cerrada. El doctor se había encerrado en sus habitaciones, le explicó Poole, y no quería recibir a nadie. Volvió a intentarlo el día quince y volvieron a negarle la entrada, y, acostumbrado como estaba ahora a ver a su amigo casi a diario, esa vuelta a la soledad le sobrecogió el ánimo. La quinta noche invitó a Guest a cenar con él, y la sexta fue a visitar al doctor Lanyon.

Allí al menos no le prohibieron el acceso, pero al entrar le sorprendió el cambio que había sufrido el médico. Tenía una sentencia de muerte escrita de forma legible en su semblante. Su rostro rubicundo se había vuelto pálido, estaba muy delgado, visiblemente más calvo, y parecía mucho más viejo; y, sin embargo, no fueron tanto esos indicios de decadencia física lo que llamó la atención del abogado, sino un brillo en su mirada y un modo de actuar que parecían traslucir un profundo temor. Era improbable que el médico tuviera miedo a la muerte, y, no obstante, fue lo que Utterson se sintió tentado de pensar. «Sí —se dijo—, es médico, debe de estar al tanto de la gravedad de su estado y ser consciente de que sus días están contados, y no puede soportarlo». Y, sin embargo, cuando Utterson aludió a su mal aspecto, Lanyon declaró con gran firmeza que estaba acabado.

—He sufrido una enorme impresión —dijo—, y no me recuperaré nunca. Es cuestión de semanas. En fin, mi vida ha sido agradable; me gustaba, sí, antes me gustaba. A veces pienso que, si lo supiéramos todo, preferiríamos estar muertos.

—Jekyll también está enfermo —observó Utterson—. ¿Lo has visto?

Pero Lanyon se quedó demudado y levantó una mano temblorosa.

—No quiero ver ni oír hablar más del doctor Jekyll —dijo en voz alta y trémula —. He acabado con ese hombre, y te ruego que no aludas en mi presencia a una persona a quien tengo por muerta.

—Tonterías —dijo el señor Utterson, y luego, tras una pausa considerable, añadió —: ¿No hay nada que pueda hacer yo? —preguntó—. Los tres somos amigos desde antiguo, Lanyon, y ya no nos queda tiempo para hacer otros nuevos.

—No hay nada que hacer —replicó Lanyon—, pregúntale a él.

—Se niega a recibirme —explicó el abogado.

—No me sorprende. Algún día, Utterson, cuando yo haya muerto, tal vez llegues a averiguar la verdad de todo esto. No puedo añadir más. Entretanto, puedes hablarme de otras cosas, quédate y hazlo, por el amor de Dios; pero, si no puedes olvidar ese maldito asunto, entonces vete, pues no puedo soportarlo.

En cuanto llegó a casa, Utterson le escribió a Jekyll, quejándose de que se negara a recibirlo, y preguntándole por el motivo de su desdichada disputa con Lanyon. A la mañana siguiente, recibió una larga respuesta, escrita en tono patético y a veces muy misterioso. La ruptura con Lanyon era irreparable. «No culpo a nuestro viejo amigo —escribía Jekyll—, pero comparto su opinión de que no debemos volver a vernos. En adelante me dispongo a llevar una vida de reclusión; no te sorprendas, ni dudes de mi amistad, si, incluso para ti, encuentras mi puerta cerrada. Tendrás que dejar que haga las cosas a mi modo. He atraído sobre mí un castigo y un peligro innombrables. Pero ten en cuenta que, si soy el mayor de los pecadores, también soy el mayor de los penitentes. No imaginaba que en este mundo hubiese lugar para sufrimientos y terrores tan terribles, y lo único que puedes hacer para aliviar la crueldad de mi destino, Utterson, es respetar mi silencio». Utterson se quedó perplejo: la siniestra influencia de Hyde había desaparecido, el médico había vuelto a sus ocupaciones y reanudado sus antiguas amistades, una semana antes el futuro le sonreía con la promesa de una vejez alegre y honorable; y ahora, en un momento, la amistad, la paz de espíritu y todo el curso de su vida se iban a pique. Un cambio tan brusco e imprevisto apuntaba a la locura, pero, en vista de la opinión y la actitud de Lanyon, debía de haber alguna razón más profunda.

Una semana después, el doctor Lanyon se vio obligado a guardar cama, y, en menos de quince días, falleció. La noche después del funeral, que le conmovió mucho, Utterson cerró con llave la puerta de su despacho, y, a la luz melancólica de una vela, sacó y puso sobre la mesa un sobre con las señas escritas a mano y con el sello de su difunto amigo. En él estaba escrito enfáticamente: «CONFIDENCIAL: para ser entregado en mano TAN SOLO a J. G. Utterson, o para *ser destruido sin ser leído* en

caso de que se produzca antes su fallecimiento», y el abogado sintió reparos al ir a conocer su contenido. «Hoy he enterrado a un amigo —pensó—. ¿Y si esto me hiciera perder otro?». Luego descartó sus temores por desleales y rompió el sello. Dentro había otro sobre, igualmente sellado, en el que decía: «No abrir hasta la muerte o desaparición del doctor Henry Jekyll». Utterson no podía dar crédito a sus ojos. Sí, otra vez se aludía a su desaparición, como en el descabellado testamento que le había devuelto hacía tiempo a su autor, una vez más la idea de una desaparición y el nombre de Henry Jekyll aparecían unidos. Pero, en el testamento, esa idea procedía de la siniestra sugerencia de Hyde, cuyas horribles intenciones eran evidentes. De la pluma de Lanyon, ¿qué significado podía tener? El abogado sintió una enorme curiosidad y estuvo tentado de saltarse la prohibición y ahondar de una vez por todas en aquel misterio, pero el pundonor profesional y la lealtad a su amigo fallecido eran unos vínculos demasiado fuertes, y el sobre volvió al rincón más profundo de la caja fuerte.

Una cosa es reprimir la curiosidad, y otra muy distinta vencerla, y es dudoso que, a partir de ese día, Utterson siguiera deseando ver al único amigo que le quedaba. Pensaba en él con afecto, pero estaba intranquilo y temeroso. Fue varias veces a verlo, pero le alivió que no le dejaran pasar; tal vez prefiriese, en el fondo, hablar con Poole en el umbral, rodeado del aire y los ruidos de la ciudad, antes que ser admitido en aquella casa voluntariamente convertida en una cárcel y sentarse a hablar con su inescrutable recluso. Poole, de hecho, no tenía buenas noticias que comunicarle. Al parecer, el doctor se recluía más que nunca en su despacho junto al laboratorio, y algunas veces pasaba allí la noche; estaba muy desanimado, se había vuelto muy silencioso, no leía, parecía muy preocupado por algo. Utterson se acostumbró de tal modo a la constante repetición de esos informes que, poco a poco, fue disminuyendo la frecuencia de sus visitas.

EL INCIDENTE DE LA VENTANA

Un domingo, mientras el señor Utterson daba su acostumbrado paseo con el señor Enfield, sucedió que su camino volvió a llevarles por el callejón y, al pasar por delante de la puerta, los dos se detuvieron a contemplarla.

—Bueno —dijo Enfield—, al menos esa historia ha terminado. No volveremos a ver al señor Hyde.

—Eso espero —respondió Utterson—. ¿Te he contado que lo vi una vez y me produjo la misma sensación de repulsión que a ti?

—Una cosa iba unida a la otra —replicó Enfield—. Y, a propósito, ¡debí de parecerte un idiota por no saber que esta puerta era la entrada trasera a la casa del doctor Jekyll! La culpa de que lo descubriera fue en parte tuya.

—¿Así que llegaste a averiguarlo? —dijo Utterson—. En ese caso, podemos entrar al patio y echarle un vistazo a las ventanas. Para serte sincero, estoy preocupado por el pobre Jekyll; y, aunque sea desde fuera, tengo la sensación de que la presencia de un amigo puede serle de ayuda.

El patio era muy frío y húmedo, y estaba sumido ya en un prematuro crepúsculo, a pesar de que el cielo en lo alto seguía siendo luminoso. La ventana del centro estaba entreabierta y sentado junto a ella, tomando el fresco con un aire de infinita melancolía, como un prisionero desconsolado, Utterson vio al doctor Jekyll.

—¡Hombre, Jekyll! —exclamó—. Confío en que estés mejor.

—Estoy muy deprimido, Utterson —replicó el médico con voz triste—, mucho. Gracias a Dios, ya no durará mucho.

—Pasas demasiado tiempo en casa —dijo el abogado—. Tendrías que salir más, activar la circulación como hacemos el señor Enfield y yo. (Este es mi primo…, el señor Enfield…, el doctor Jekyll). Vamos, coge el sombrero y ven a dar una vuelta con nosotros.

—Te lo agradezco mucho —suspiró el otro—, nada me gustaría más, pero no, no, no, es imposible. No me atrevo. Pero, de verdad, Utterson, me alegro mucho de verte; es un auténtico placer, os invitaría a subir a ti y al señor Enfield, pero este sitio no está en condiciones.

—Pues entonces —dijo el abogado en tono cordial—, lo mejor es que nos quedemos aquí y sigamos hablando desde donde estamos.

—Es justo lo que iba a atreverme a proponeros —respondió el médico con una sonrisa.

Pero apenas había pronunciado esas palabras cuando la sonrisa se borró de su rostro y se transformó en una expresión de un terror y una desesperación tan abyectos que a los dos caballeros de abajo se les heló la sangre en las venas. Ambos lo vieron solo un instante, pues enseguida cerraron la ventana, pero con eso bastó para que los dos se dieran la vuelta y se marcharan sin decir palabra. Recorrieron el callejón en

silencio y hasta que no llegaron a una calle cercana, donde incluso en domingo había bastante movimiento, el señor Utterson no se volvió a mirar a su acompañante. Los dos estaban muy pálidos y tenían una horrorizada respuesta en la mirada.

—Que Dios nos perdone, que Dios nos perdone —dijo el señor Utterson.

El señor Enfield se limitó a asentir con la cabeza y siguió andando en silencio.

LA ÚLTIMA NOCHE

Una noche, después de cenar, el señor Utterson estaba sentado junto al fuego, cuando le sorprendió recibir la visita de Poole.

—¡Poole, hombre de Dios! ¿Qué le trae por aquí? —exclamó. Y, después de mirarlo con más atención, añadió—: ¿Qué le ocurre? ¿Está enfermo el doctor?

—Señor Utterson —respondió el sirviente—, algo va mal.

—Siéntese y sírvase una copa de vino —respondió el abogado—. Y, ahora, tranquilícese y dígame sin tapujos qué es lo que quiere.

—Ya sabe cómo es el doctor —replicó Poole—, ahora le ha dado por encerrarse. Se ha encerrado en su gabinete, y no me gusta un pelo, señor…, que me aspen si me gusta. Tengo miedo, señor Utterson.

—Vamos, hombre —le animó el abogado—, sea usted un poco más explícito. ¿De qué tiene miedo?

—Hace más de una semana que lo tengo —respondió Poole, evitando con tozudez responder a la pregunta—, y ya no aguanto más. —Su aspecto corroboraba ampliamente sus palabras, sus ademanes estaban alterados y, a excepción del instante en que había anunciado su miedo por primera vez, no había mirado al abogado a la cara en ningún momento. Incluso ahora seguía con la copa de vino intacta sobre la rodilla y los ojos fijos en un rincón—. ¡No aguanto más! —repitió.

—Vamos —dijo el abogado—, veo que no le faltan motivos, Poole, y que se trata de algo grave. Trate de explicarme de qué se trata.

—Me parece que hay juego sucio de por medio —dijo secamente Poole.

—¡Juego sucio! —exclamó el abogado, muy asustado y por consiguiente un tanto irascible—. ¿Cómo que juego sucio? ¿Qué es lo que pretende?

—No me atrevo a decirlo, señor. ¿No querría usted acompañarme y verlo usted mismo?

La única respuesta del señor Utterson fue levantarse y coger el sombrero y el abrigo, pero observó con sorpresa el alivio que se pintó en el rostro del mayordomo y que la copa de vino seguía intacta cuando la dejó en la mesa para acompañarlo.

Hacía una noche fría y desapacible de marzo, con una luna pálida que parecía caída de espaldas como si el viento la hubiese derribado y un tropel de nubes de textura diáfana y algodonosa que volaban a toda prisa. El viento hacía que fuese difícil hablar y enrojecía las mejillas. Además, parecía haber vaciado las calles de gente y el señor Utterson pensó que nunca había visto esa zona de Londres tan desierta. Deseó que no fuera así, nunca en toda su vida había necesitado tanto ver y tocar al prójimo, pues, por mucho que trataba de pensar en otra cosa, no lograba quitarse de la cabeza el aplastante presentimiento de que se avecinaba algún desastre. Cuando llegaron a la plaza la encontraron azotada por el viento, que levantaba nubes de polvo y agitaba los delgados árboles del jardín contra la verja. Poole, que había ido

todo el camino uno o dos pasos por delante, se detuvo en mitad de la acera, y, a pesar del frío, se quitó el sombrero y se secó la frente con un pañuelo de color rojo. Sin embargo, y a pesar de las prisas, no eran gotas de esfuerzo lo que se enjugaba, sino el sudor de un temor sofocante, pues estaba muy pálido y su voz sonaba áspera y entrecortada.

—En fin, señor —dijo—, aquí estamos, quiera Dios que no haya ocurrido nada.

—Amén, Poole —respondió el abogado.

Acto seguido, el criado llamó a la puerta con muchas precauciones; la puerta se abrió con la cadena puesta, y una voz preguntó desde el interior:

—¿Eres tú, Poole?

—Todo va bien —dijo Poole—. Abre la puerta.

Cuando entraron se encontraron el vestíbulo brillantemente iluminado, habían echado mucha leña al fuego y todos los sirvientes, hombres y mujeres, se apiñaban junto a la lumbre como un rebaño de ovejas. Al ver al señor Utterson, la doncella prorrumpió en sollozos histéricos, y la cocinera exclamó: «¡Gracias a Dios!, es el señor Utterson», y corrió hacia él como si fuese a estrecharlo entre sus brazos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hacen todos aquí? —dijo enfadado el abogado—. Esto es muy irregular y nada apropiado, a su amo no le va a hacer ninguna gracia.

—Tienen miedo —dijo Poole.

Siguió un silencio inexpresivo sin que nadie se quejara, tan solo la doncella levantó la voz y se puso a llorar ruidosamente.

—¡Domínate! —le dijo Poole de un modo tan desabrido que delataba su propio nerviosismo. De hecho, en el momento en que la joven había aumentado el tono de sus quejas, todos se habían sobresaltado y se habían vuelto hacia la puerta interior con la preocupación pintada en el rostro—. Y, ahora —prosiguió el mayordomo dirigiéndose al pinche—, trae una vela y acabemos con esto de una vez. —Luego le rogó al señor Utterson que lo acompañara y se puso en cabeza camino del jardín—. Ahora, señor —dijo—, procure usted no hacer ruido. Quiero que oiga usted y no que le oigan. Y una cosa más: si por casualidad le invitase a entrar, no lo haga.

Los nervios del señor Utterson, conmovidos ante aquella conclusión tan inesperada, se estremecieron de un modo que estuvo a punto de perder el equilibrio, pero hizo acopio de valor y siguió al mayordomo al interior del edificio del laboratorio y a través del anfiteatro anatómico, entre los montones de cajas de embalar y las botellas vacías hasta el pie de las escaleras. Una vez allí, Poole le indicó por señas que se hiciese a un lado y escuchase; mientras él dejaba la vela en el suelo y, haciendo evidentes esfuerzos por serenarse, subía los escalones y llamaba con mano insegura en la bayeta roja de la puerta del gabinete.

—El señor Utterson ha venido a verle —dijo en voz alta, y al hacerlo volvió a indicarle violentamente por señas al abogado que aguzara el oído.

Una voz respondió desde dentro:

—Dile que no puedo recibir a nadie —dijo en tono quejumbroso.

—De acuerdo, señor —respondió Poole con una nota de triunfo en la voz.

Volvió a coger la vela y condujo al señor Utterson de vuelta por el patio hasta la enorme cocina, donde los fogones estaban apagados y las cucarachas correteaban por el suelo.

—¿Acaso era esa la voz de mi amo? —preguntó mirando a los ojos al señor Utterson.

—Parece cambiada —replicó muy pálido el abogado devolviéndole la mirada.

—¿Cambiada? Pues sí, eso pienso yo también —respondió el mayordomo—. ¿Cree usted que puedo confundir la voz de ese hombre, después de pasar veinte años a su servicio? No, señor, a mi amo lo han asesinado: lo asesinaron hace ocho días,

cuando le oímos gritar en nombre de Dios; ¡y quién está ahora ahí ocupando su lugar y por qué lo hace es algo que clama al cielo, señor Utterson!

—Es una historia muy rara, Poole, muy rara, amigo mío —dijo el señor Utterson mordisqueándose una uña—. Supongamos que tuviera usted razón y que al doctor Jekyll lo hubieran…, bueno…, asesinado, ¿por qué iba a seguir ahí el asesino? No tiene ni pies ni cabeza, no resulta razonable.

—En fin, señor Utterson, es usted difícil de convencer, pero lo haré de todos modos —respondió Poole—. Debe usted saber que él o eso, o lo que sea que vive en ese gabinete, se ha pasado toda la semana gritando y pidiendo una especie de medicina que no logra recordar. Antes, él, el amo, claro…, escribía a veces sus instrucciones en una hoja de papel y la dejaba en las escaleras. Desde hace una semana no hemos tenido otra cosa: papeles y la puerta cerrada, hasta la comida hemos tenido que dejársela en la puerta y él salía a buscarla cuando estaba seguro de que no había nadie mirando. Pues bien, señor, todos los días, sí, y en ocasiones dos o tres veces al día, nos ha dado instrucciones y quejas, y he tenido que ir a todas las farmacias de la ciudad. Cada vez que volvía con lo que me había pedido, me encontraba con otro papel diciéndome que fuese a devolverlo, porque no era lo bastante puro, y con un encargo para otro almacén diferente. No sé para qué la querrá, pero necesita esa droga de forma apremiante.

—¿Conserva alguno de esos papeles? —preguntó el señor Utterson.

Poole rebuscó en sus bolsillos y sacó una nota arrugada, que el abogado examinó con atención a la luz de la vela. Su contenido era el siguiente:

> El doctor Jekyll presenta sus respetos a los señores Maw y les asegura que la última muestra era impura e inútil para su presente propósito. En 18… les compró una cantidad bastante grande. Ahora les ruega que comprueben con el mayor cuidado si les queda algo de aquella remesa y, en caso afirmativo, se la hagan llegar lo antes posible. No reparen ustedes en gastos. La importancia que todo esto tiene para mí es enorme.

Hasta ahí la carta estaba escrita con bastante corrección, pero en ese punto la pluma había hecho varios borrones y el escritor había dado rienda suelta a sus emociones: «Por el amor de Dios —había añadido—, ¡encuéntrenme un poco de la de antes!».

—Es una nota muy rara —observó el señor Utterson, quien luego preguntó con aspereza—: ¿Cómo es que está abierta?

—El encargado de Maw se puso hecho una furia, señor, y me la tiró a la cara como si fuese basura —explicó Poole.

—¿Diría usted que esta es la letra del doctor? —prosiguió el abogado.

—A mí me lo pareció —respondió disgustado el criado, y luego cambiando de tono añadió—: Pero ¿qué más da de quién sea la letra? ¡Lo he visto!

—¿Lo ha visto? —repitió el señor Utterson—. ¿Y bien?

—¡Eso es! —respondió Poole—. La cosa fue así: entré sin avisar en el anfiteatro desde el jardín. Por lo visto, él había salido a buscar esa droga o lo que sea, pues la puerta del gabinete estaba abierta y me lo encontré al otro extremo de la habitación hurgando entre las cajas. Al verme entrar levantó la vista, soltó una especie de grito y salió disparado escaleras arriba hacia el gabinete. No lo vi más que unos segundos, pero se me pusieron todos los pelos de punta. Señor, si aquel era mi amo, ¿por qué llevaba puesta una careta? ¿Por qué chilló como una rata? Y, sobre todo, ¿por qué huyó de mí? He estado a su servicio muchos años. Y además…

El hombre se interrumpió y se pasó la mano por la cara.

—Son unas circunstancias muy extrañas —dijo el señor Utterson—, pero creo que empiezo a comprender. Es evidente, Poole, que su amo sufre una de esas enfermedades que torturan y deforman al paciente, de ahí lo alterado de su voz, la máscara y el que se oculte de sus amigos; de ahí también sus ansias por dar con esa droga, mediante la cual ese pobre desdichado tiene la esperanza de recuperarse… ¡Dios quiera que no se equivoque! Es la única explicación que se me ocurre, Poole: es triste y terrible, pero también natural y sencilla, explica bien los hechos y nos libra de tantas alarmas exageradas.

—Señor —dijo el mayordomo poniéndose muy pálido—, aquello no era mi amo. Es la pura verdad. Mi amo —y miró en torno suyo y empezó a susurrar— es un hombre alto y bien parecido, y aquello parecía más bien un enano. —Utterson hizo ademán de interrumpirle—. ¡Oh, señor! —gritó Poole—, ¿acaso cree que no conozco a mi amo, después de veinte años? ¿Cree que no sé a qué altura le llega la cabeza en la puerta del gabinete donde le he visto trabajar toda mi vida? No, señor, aquella cosa de la máscara no era el doctor Jekyll…, Dios sabe lo que sería, pero no era el doctor Jekyll, y de todo corazón le digo que, en mi opinión, allí se ha cometido un asesinato.

—Poole —replicó el abogado—, si insiste usted, mi deber será comprobarlo. Por mucho que desee respetar los deseos de su amo, y por mucho que me sorprenda esta nota que parece probar que sigue con vida, tendré el deber de echar la puerta abajo.

—¡Ah, señor Utterson, ahora empezamos a entendernos! —gritó el mayordomo.

—Y ahora viene la segunda cuestión —prosiguió Utterson—: ¿quién va a hacerlo?

—Pues usted y yo, señor —respondió Poole.

—Así se habla —replicó el abogado—, ocurra lo que ocurra, intentaré que no salga usted perjudicado.

—Hay un hacha en el anfiteatro —prosiguió Poole—. Y el señor podría usar el atizador de la cocina.

El abogado cogió el tosco y pesado instrumento y lo sopesó.

—¿Sabe usted, Poole —dijo alzando la vista—, que estamos a punto de ponernos en una situación un tanto peligrosa?

—Ya puede decirlo, señor —respondió el mayordomo.

—En ese caso será mejor que seamos francos —continuó el otro—. Los dos pensamos más de lo que decimos, hablemos con claridad. ¿Reconoció usted a esa figura enmascarada?

—La verdad, señor, todo ocurrió tan deprisa, y aquella criatura estaba tan encorvada, que no podría jurarlo —respondió—. Pero, si se refiere a si se trataba del señor Hyde…, pues sí, ¡creo que lo era! Verá, tenía más o menos su misma altura, y se movía del mismo modo; además, ¿quién si no iba a haber entrado por la puerta del laboratorio? No habrá olvidado usted que, cuando ocurrió el asesinato, seguía teniendo una llave. Pero eso no es todo. No sé, señor Utterson, si habrá visto alguna vez al señor Hyde.

—Sí —respondió el abogado—, hablé con él una vez.

—Entonces sabrá igual que nosotros que era un hombre un tanto raro, tenía algo que…, no sé cómo decirlo, señor, pero hacía que se te helara la sangre en las venas.

—Admito que me produjo esa sensación —dijo el señor Utterson.

—Cierto, señor —replicó Poole—. Pues bien, cuando vi a esa cosa con la careta saltando entre las cajas como un mono y corriendo a encerrarse en el gabinete, sentí un escalofrío que me llegó a la médula de los huesos. ¡Oh!, ya sé que eso no es ninguna prueba, señor Utterson, he leído lo bastante para saberlo, pero uno tiene sus sentimientos, ¡y estoy dispuesto a jurar sobre la Biblia que era el señor Hyde!

—Sí, sí —dijo el abogado—. Mis temores también apuntan a lo mismo. Un gran mal, y me temo que merecido…, es lo único que podía esperarse de esas relaciones. Sí, lo cierto es que le creo a usted: creo que el pobre Harry ha sido asesinado, y creo que su asesino (Dios sabe por qué motivo) sigue rondando la habitación de la víctima. Bien, en ese caso venguémosle. Llame a Bradshaw.

El lacayo acudió a su llamada, muy agitado y pálido.

—Domínese, Bradshaw —dijo el abogado—. Ya sé que tanta tensión les ha puesto a todos muy nerviosos, pero nuestra intención es ponerle fin de una vez por todas. Poole y yo vamos a entrar en el gabinete. Si todo va bien, yo cargaré con toda la responsabilidad. Entretanto, por si las cosas se torciesen, o algún malhechor tratase de huir por detrás, usted y el pinche tendrán que montar guardia en la esquina con un par de buenas estacas y vigilar la puerta del laboratorio. Tienen diez minutos para ir a su puesto.

En cuanto Bradshaw se marchó, el abogado consultó su reloj.

—Y ahora, Poole, vayamos nosotros al nuestro —dijo, y, metiéndose el atizador bajo el brazo, se encaminó hacia el patio.

Las nubes habían cubierto la luna, y todo estaba muy oscuro. El viento, que solo soplaba a rachas en aquella especie de pozo entre los edificios, movía la luz de la vela de aquí para allá mientras andaban, hasta que llegaron al abrigo del anfiteatro, donde se sentaron a esperar en silencio. El solemne zumbido de Londres se oía por doquier, pero, más cerca, lo único que interrumpía el silencio era el sonido de unos pasos que iban y venían en el gabinete.

—Así se pasa todo el día —susurró Poole—, sí, y también la mayor parte de la noche. Solo cuando llega alguna muestra nueva de la farmacia descansa un rato. ¡Ah, solo la mala conciencia puede quitar el sueño de ese modo! ¡En cada uno de esos pasos hay sangre derramada! Pero escuche con atención, un poco más cerca…, aguce usted el oído, señor Utterson, y dígame si esos son los pasos del doctor.

Los pasos hacían un ruido leve y extraño, y tenían un ritmo muy marcado a pesar de ser tan lentos: desde luego, eran muy distintos del andar crujiente y pesado de Henry Jekyll. Utterson suspiró:

—¿No ha oído nada más? —preguntó.

Poole movió la cabeza.

—Sí —afirmó—. ¡Una vez lo oí llorar!

—¿Llorar? ¿Y eso? —preguntó el abogado, estremecido de terror.

—Lloraba como una mujer o un alma extraviada —respondió el mayordomo—. Me impresionó tanto que yo mismo estuve a punto de echarme a llorar.

Los diez minutos tocaban ya a su fin. Poole desenterró el hacha de debajo de un montón de paja, dejaron la vela en una mesa cercana para que los alumbrase en el ataque; y ambos se acercaron conteniendo el aliento al lugar donde aquellos pies inquietos seguían yendo y viniendo, arriba y abajo, en la noche silenciosa.

—Jekyll —gritó Utterson en voz alta—, exijo que me dejes verte. —Hizo una pausa, pero no oyeron respuesta alguna—. Te lo advierto: tenemos serias sospechas, tengo que verte y lo haré, por las buenas o por las malas…, ¡con tu consentimiento o por la fuerza!

—Utterson —dijo la voz—, ¡por el amor de Dios, ten piedad!

—¡Ah!, esa no es la voz de Jekyll… ¡es Hyde! —gritó Utterson—. Echemos la puerta abajo, Poole.

Poole alzó el hacha por encima del hombro, el golpe conmovió el edificio, y la puerta de bayeta roja se estremeció contra la cerradura y las bisagras. En el gabinete se oyó un chillido terrible de puro terror animal. Otra vez volvió a alzarse el hacha, y nuevamente volvieron a conmoverse los paneles y el marco de la puerta; cuatro veces cayó el golpe, pero la madera era dura y los herrajes de excelente calidad, y hasta el quinto no se partió en dos la cerradura y no cayeron sobre la alfombra los restos de la puerta.

Los sitiadores, sobrecogidos por su propia violencia y por el silencio que sobrevino después, retrocedieron y escudriñaron en el interior. Ante sus ojos estaba el gabinete a la plácida luz de la lámpara: un buen fuego ardía y chisporroteaba en la chimenea, el agua hervía en una tetera con un leve silbido, había uno o dos cajones abiertos, unos papeles muy bien ordenados sobre la mesa de despacho, y, cerca del fuego, una bandeja con las cosas del té: de no ser por las vitrinas repletas de productos químicos, cualquiera la habría tomado por la habitación más tranquila y corriente de Londres.

Justo en medio yacía el cuerpo de un hombre penosamente contraído y todavía agitado por los espasmos. Se acercaron de puntillas, le dieron la vuelta y contemplaron el rostro de Edward Hyde. La ropa que llevaba le venía grande y parecía más bien de la talla del médico, los tendones de la cara todavía se movían con un resto de vida, pero era la única que le quedaba, y, por el frasco roto que tenía en la mano, y el fuerte aroma a almendras que había en el aire, Utterson supo que estaba contemplando el cadáver de un suicida.

—Hemos llegado demasiado tarde —dijo con severidad—, tanto para salvar como para castigar. Hyde se ha ido sin rendir cuentas, y ya solo nos queda encontrar el cadáver de su amo.

La mayor parte del edificio la ocupaba el anfiteatro anatómico, pues abarcaba casi todo el piso de abajo y estaba iluminado desde arriba y por el gabinete, que formaba un piso superior en un extremo que daba al patio. Un pasillo unía el anfiteatro con la puerta del callejón, comunicado también con el gabinete mediante un tramo de escaleras. Había además varios armarios oscuros y un espacioso sótano. Lo registraron todo con cuidado. Les bastó con un vistazo para cada armario, pues todos estaban vacíos y, por el polvo que caía de la puerta, llevaban mucho tiempo sin abrirse. El sótano estaba repleto de toda clase de trastos, en su mayor parte de la época del cirujano predecesor de Jekyll, pero, al abrir la puerta, comprendieron lo inútil de seguir buscando por la telaraña que sellaba desde hacía años aquella entrada. No encontraron ni rastro de Henry Jekyll, muerto o vivo, por ninguna parte.

Poole dio una patada en las losas del pasillo.

—Debe de estar enterrado aquí —dijo aguzando el oído.

—O puede que haya escapado —dijo Utterson, y se volvió para inspeccionar la puerta del callejón.

Estaba cerrada, y junto a las losas encontraron la llave cubierta de óxido.

—No parece que la hayan utilizado —observó el abogado.

—¡Utilizado! —repitió Poole—. ¿Es que no ve usted que está rota, como si la hubiesen aplastado de una patada?

—Sí —prosiguió Utterson—, y las resquebrajaduras también están oxidadas. —Los dos hombres se miraron asustados—. Poole, todo esto me supera —dijo el abogado—. Volvamos al gabinete.

Subieron las escaleras en silencio, y, echando de vez en cuando una mirada asustada al cadáver, procedieron a examinar con atención el contenido del gabinete. En una mesa encontraron los restos de un experimento químico: había varios montoncitos recién pesados de una sal blanca sobre unos platillos de cristal, como preparados para un experimento que aquel desdichado no había podido concluir.

—Es la misma droga que siempre me pedía —dijo Poole, y justo en ese momento la tetera los sobresaltó con su silbido.

Eso los llevó a la chimenea, donde había una butaca cómodamente arrimada a la lumbre y el servicio de té colocado sobre uno de los apoyabrazos con el azúcar ya en

la taza. Había varios libros en un estante y otro abierto junto a las cosas del té, y a Utterson le sorprendió comprobar que era un ejemplar de una obra piadosa, muy apreciada por Jekyll, anotada de su puño y letra con terribles blasfemias.

Lo siguiente con que se toparon los investigadores durante el registro de la habitación fue el espejo de cuerpo entero, en cuyas profundidades miraron con un horror involuntario. Pero estaba colocado de tal modo que solo les mostró el rosado resplandor del fuego en el techo, cien veces repetido en los cristales de las vitrinas, y sus propios semblantes pálidos y temerosos inclinados para mirar.

—Este espejo debe de haber visto cosas muy extrañas, señor —susurró Poole.

—Y, sin duda, ninguna tanto como él mismo —coincidió el abogado en el mismo tono—. ¿Para qué…? —Se interrumpió con un sobresalto y luego se sobrepuso—. ¿Para qué lo querría Jekyll? —dijo.

—¡No le falta a usted razón! —respondió Poole.

Luego se volvieron hacia la mesa de despacho. Sobre el escritorio, entre los papeles pulcramente ordenados, había un sobre boca arriba con el nombre del señor Utterson escrito con la letra del médico. El abogado lo abrió, y varios pliegos cayeron al suelo. El primero era un testamento, redactado en los mismos términos que el que le había devuelto hacía unos meses y que debía servir de testamento en caso de fallecimiento y de acta de donación en caso de desaparición, pero, en lugar del nombre de Edward Hyde, el abogado leyó con indescriptible asombro el nombre de Gabriel John Utterson. Miró a Poole, luego el documento, y por fin al malhechor muerto que yacía tendido en la alfombra.

—No lo entiendo —dijo—. Ha estado en sus manos todo este tiempo. No tenía motivos para tenerme ningún aprecio; debió de enfurecerse al ver que lo había sustituido, y sin embargo no destruyó el documento.

Cogió el siguiente papel: era una breve nota escrita por el médico con la fecha en una esquina.

—¡Oh, Poole! —exclamó el abogado—, estaba vivo aquí hoy. No puede haberse deshecho de él en tan poco tiempo, debe de seguir con vida, ¡debe de haber huido! Pero ¿por qué?, ¿y cómo?, y, en ese caso, ¿podemos arriesgarnos a considerar esto un suicidio? Tenemos que ir con cuidado. Presiento que podemos implicar a su amo en alguna terrible catástrofe.

—¿Por qué no lee usted la carta, señor? —preguntó Poole.

—Porque me da miedo —replicó gravemente el abogado—. ¡Quiera Dios que mis temores no estén justificados!

Y se acercó el papel a la cara y leyó:

> Mi querido Utterson:
>
> Ignoro de qué modo, pero cuando esta carta llegue a tus manos, habré desaparecido; mi instinto y las innombrables circunstancias de mi situación me dicen que el fin es inevitable y está próximo. Ve entonces y lee primero la narración que Lanyon me advirtió que iba a hacerte llegar, y, por si quieres saber más detalles, aquí tienes la confesión de tu indigno y desdichado amigo.

—¿No había un tercer pliego? —preguntó Utterson.

—Aquí está, señor —respondió Poole, y le entregó un voluminoso paquete sellado en varios sitios.

El abogado se lo metió en el bolsillo.

—Yo no diría nada de este papel. Tanto si su amo ha huido como si está muerto, debemos proteger su reputación. Ya son casi las diez, debo ir a mi casa a leer con calma estos documentos, pero volveré antes de la medianoche y entonces llamaremos a la policía.

Salieron, cerrando tras ellos la puerta del anfiteatro, y luego Utterson volvió a dejar a los sirvientes reunidos en torno al fuego en el vestíbulo y se marchó andando penosamente a su despacho para leer los dos relatos que iban a explicar por fin aquel misterio.

LA NARRACIÓN DEL DOCTOR LANYON

La noche del nueve de enero, hace ahora cuatro días, recibí con el correo vespertino una carta certificada escrita por mi viejo amigo y colega Henry Jekyll. Me sorprendió mucho, pues no teníamos costumbre de escribirnos; de hecho, lo había visto e incluso había cenado con él la noche anterior, y no se me ocurrió nada que pudiera justificar la formalidad de una carta certificada. Su contenido aumentó mi sorpresa, pues he aquí lo que decía la misiva:

10 de diciembre de 18…

Querido Lanyon:

Eres uno de mis amigos más antiguos, y, aunque podamos haber discrepado a veces sobre cuestiones científicas, no recuerdo, al menos por mi parte, que eso disminuyera nuestro afecto. No ha habido un solo día en que, si me hubieras dicho: «Jekyll, mi vida, mi honor, mi razón están en tus manos», no hubiera sacrificado mi fortuna o no hubiera puesto la mano en el fuego para ayudarte. Lanyon, mi vida, mi honor y mi razón dependen de ti: si me fallas esta noche, estoy perdido. Después de este prefacio, pensarás que voy a pedirte algo deshonroso. Juzga por ti mismo.

Necesito que aplaces todas tus citas de esta noche…, así estuvieras convocado a la cabecera de un emperador, que cojas un cabriolé, salvo si tienes el tuyo ya en la puerta, y que vengas directo a mi casa con esta carta. Poole, mi mayordomo, ya sabe lo que debe hacer y lo encontrarás esperando tu llegada con un cerrajero. Quiero que forcéis la puerta del gabinete, que entres tú solo y abras la vitrina de la izquierda (letra E), aunque para hacerlo tengas que romper la cerradura, y que saques, *con todos sus contenidos tal como están,* el cuarto cajón empezando por arriba o (lo que es lo mismo) el tercero empezando por abajo. La zozobra y la angustia me inspiran un miedo morboso a darte las instrucciones equivocadas, pero incluso si me equivoco, reconocerás el cajón por su contenido: unos polvos, un frasco y un cuaderno de notas. Te ruego que lleves ese cajón contigo tal como está a Cavendish Square.

Esa es la primera parte del favor, veamos la segunda. Si te pones manos a la obra nada más recibir esta carta, deberías estar de vuelta mucho antes de medianoche, pero te dejaré ese margen, no solo por miedo a alguno de esos obstáculos inevitables e imprevisibles, sino porque es preferible que tus criados estén ya en la cama. A medianoche pues, tengo que pedirte que esperes a solas en tu consulta, que dejes entrar a una persona que se presentará de mi parte y que le entregues el cajón que te habrás llevado del gabinete. Así habrá terminado el encargo y te habrás ganado totalmente mi gratitud. Cinco minutos más tarde, si insistes en que te dé una explicación, comprenderás que todas estas indicaciones eran de capital importancia, y que si hubieras desatendido una sola de ellas, por muy descabelladas que te parezcan, tendrías mi muerte o mi locura sobre tu conciencia.

Aunque estoy seguro de que no te tomarás a broma esta súplica, se me encoge el corazón y me tiembla la mano solo de pensar en esa posibilidad. Piensa que estoy en un lugar desconocido, luchando con una angustia tan negra que ni la imaginación más fantasiosa acertaría a exagerarla, y consciente, no obstante, de que si sigues mis instrucciones puntualmente mi infortunio se disipará como un cuento que termina. Ayúdame, querido Lanyon, y salva a tu amigo.

P. D.: Acababa de cerrar el sobre cuando un nuevo temor ha sobrecogido mi alma. Es posible que por culpa del correo esta carta no llegue a tus manos hasta mañana por la mañana. En ese caso, querido Lanyon, cumple con mi encargo cuando mejor te convenga a lo largo del día, y espera a mi

mensajero a medianoche. Puede que sea ya demasiado tarde y, si nadie acude a verte, sabrás que nunca volverás a ver a Henry Jekyll.

Al leer la carta, pensé que mi colega había perdido el juicio, pero me sentí obligado a hacer lo que me pedía hasta no haberlo comprobado más allá de cualquier género de duda. Sabía tan poco de aquel embrollo que no me creía en situación de juzgar su importancia, y una súplica formulada de aquel modo no podía dejarse de lado sin asumir una gran responsabilidad. Así que me levanté de la mesa, subí a un cabriolé y fui directo a casa del doctor Jekyll. El mayordomo estaba esperándome, había recibido otra carta certificada con instrucciones y había mandado llamar a un cerrajero y un carpintero. Los dos llegaron mientras hablábamos y todos fuimos como un solo hombre al antiguo anfiteatro anatómico del doctor Denman, desde donde (como sin duda sabrás) se accede mejor al gabinete privado de Jekyll. La puerta era sólida y la cerradura excelente: el carpintero reconoció que le costaría mucho esfuerzo y que, en caso de recurrir a la fuerza, se vería obligado a hacer un gran destrozo, y el cerrajero no sabía ni por dónde empezar; sin embargo, este último resultó ser un tipo muy habilidoso y, después de dos horas de trabajo, consiguió abrir la puerta. La vitrina con la letra E estaba abierta, así que saqué el cajón, hice que lo llenaran de paja, lo envolví en una sábana y volví con él a Cavendish Square.

Allí procedí a inspeccionar su contenido. Los polvos estaban bien empaquetados, aunque no con el característico cuidado de los farmacéuticos, y era evidente que los había preparado el propio Jekyll, y cuando abrí uno de los papeles encontré lo que me pareció una simple sal cristalina de color blanco. El frasco, que examiné a continuación, estaba lleno hasta la mitad de un líquido rojo como la sangre, de olor muy acre, y me dio la impresión de que contenía fósforo y algún éter volátil. No sabría decir en qué consistían los demás ingredientes. El libro era un simple cuaderno de apuntes y en él tan solo había una serie de fechas. Cubrían un período de varios años, pero observé que las entradas cesaban hacía casi un año de manera bastante abrupta. En algunas partes había un breve comentario añadido a la fecha, por lo general tan solo una palabra: «doble», que aparecía unas seis veces en varios cientos de entradas; y una vez, casi al principio de la lista y entre varios signos de exclamación, «¡¡fracaso total!!». Todo aquello sirvió para acicatear mi curiosidad, pero no despejó mis dudas. Todo lo que tenía era un frasco lleno de una especie de tintura, un papel con algún tipo de sal, y el registro de una serie de experimentos que no habían conducido (como casi todas las investigaciones de Jekyll) a ningún resultado práctico. ¿Cómo podría afectar la presencia en mi casa de esos artículos al honor, la cordura o la vida de mi impulsivo colega? Si su enviado podía ir a un sitio, ¿por qué no iba a poder ir a otro? E, incluso admitiendo que hubiera algún tipo de impedimento, ¿por qué debía recibir a aquel caballero en secreto? Cuanto más lo pensaba, más me iba convenciendo de que tenía que vérmelas con un caso de

enfermedad mental; y, aunque di orden de que se acostasen los criados, cargué un viejo revólver para tenerlo a mano si era necesario.

Apenas habían dado las doce cuando llamaron muy despacio a la puerta con el aldabón. Acudí a abrir yo mismo y encontré a un hombrecillo encogido junto a las columnas de la entrada.

—¿Viene usted de parte del doctor Jekyll? —pregunté.

Me contestó que sí con un gesto rígido, y, cuando le pedí que entrara, no lo hizo hasta no haber echado de reojo una mirada escrutadora a la oscuridad de la plaza. Había un policía no muy lejos que se acercaba linterna sorda en mano; y me dio la impresión de que, al verlo, mi visitante se sobresaltaba y apresuraba.

Confieso que esos detalles me impresionaron desagradablemente, y mientras lo seguía hasta mi iluminada consulta, no dejé de empuñar el arma. Allí por fin pude verlo con claridad. Nunca lo había visto antes, de eso estoy seguro. Como ya he dicho, era un hombre bajo, pero lo que más me llamó la atención fue la odiosa expresión de su rostro, con su asombrosa combinación de aparente debilidad y gran actividad muscular, y por último, aunque no menos importante, la desazón extraña y subjetiva que inducía su proximidad. Era como una rigidez incipiente e iba acompañada de una considerable disminución del pulso. En aquel momento lo atribuí a algún desagrado personal e idiosincrásico, y me sorprendí tan solo de lo agudo de los síntomas, pero ahora tengo razones para creer que la causa radica mucho más hondo en la naturaleza humana y se apoya en algún resorte más noble que el simple odio.

Esa persona (que desde que entró en la casa me había inspirado lo que tan solo acierto a describir como una curiosidad repulsiva) iba vestida de un modo que habría convertido a cualquiera en un hazmerreír: toda la ropa, aunque de paño fino y caro, le venía enorme, los pantalones le hacían bolsas y tenía que llevarlos arremangados para no arrastrarlos por el suelo, la cintura del abrigo le quedaba sobre los muslos y el cuello se abría sobre sus hombros. Por extraño que parezca, tan grotesco atuendo no me hizo ninguna gracia. Al contrario, como había algo anormal y deforme en la esencia misma de aquella criatura que tenía ahora delante —algo espeluznante, sorprendente y repulsivo— aquella incongruencia parecía casar bien con ella y reforzarla; de modo que a mi interés por la naturaleza y el carácter de aquel hombre hubo que añadirle la curiosidad sobre su origen, su vida, su fortuna y su estatus en el mundo.

Esas observaciones, aunque haya ocupado tanto espacio describirlas, fueron, sin embargo, cosa de pocos segundos. Era evidente que a mi visitante lo consumía una sombría angustia.

—¿Lo tiene? —gritó—. ¿Lo tiene?

Y tan viva era su impaciencia que incluso me agarró del brazo y trató de sacudirme.

Lo rechacé, y noté que al hacerlo me recorría la sangre un gélido escalofrío.

—Vamos, caballero —dije—. Olvida usted que todavía no tengo el gusto de conocerle. Siéntese, si tiene la bondad.

Y le di ejemplo sentándome en mi sillón de siempre y tratando de imitar la actitud con que me dirijo siempre a mis pacientes tanto como me lo permitieron lo intempestivo de la hora, la naturaleza de mis preocupaciones y el horror que me inspiraba mi visitante.

—Le ruego que me disculpe, señor Lanyon —replicó con bastante cortesía—. No le falta razón en lo que dice: la impaciencia me ha hecho olvidar mis modales. Vengo a instancias de su colega, el doctor Henry Jekyll, por un asunto que solo nos llevará un instante; y tengo entendido que… —se interrumpió llevándose la mano a la garganta, y comprendí que, a pesar de lo mucho que se esforzaba por contenerse, se hallaba al borde de la histeria—, tengo entendido que un cajón…

Entonces me apiadé de la tensión de mi visitante y tal vez también de mi creciente curiosidad.

—Ahí lo tiene usted —dije señalando al cajón, que yacía en el suelo detrás de una mesa, envuelto todavía en la sábana.

Dio un salto hacia él y luego se detuvo y se puso la mano en el corazón; oí que los dientes le crujían por la acción convulsiva de las mandíbulas, y su rostro estaba tan pálido que temí por su vida y su buen juicio.

—Serénese —le dije.

Me dedicó una sonrisa asustada y, con la decisión que imprime la desesperación, apartó la sábana. Al ver lo que había debajo, dejó escapar un gemido que expresaba un alivio tan inmenso que me quedé petrificado. Acto seguido, preguntó en un tono mucho más tranquilo:

—¿Tiene usted una probeta graduada?

Me levanté con esfuerzo de mi asiento y le di lo que pedía.

Él me lo agradeció con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza, vertió una pequeña cantidad de tintura roja y añadió unos polvos. A medida que los cristales se disolvían, la mezcla, que al principio era de color rojizo, se fue volviendo más clara, empezó a efervescer de manera audible y a exhalar pequeñas nubes de vapor. De pronto, en ese mismo instante, cesó la ebullición y el compuesto adquirió un oscuro tono purpúreo, que volvió a transformarse lentamente en un verde acuoso. Mi visitante, que había observado con atención esas metamorfosis, sonrió, dejó la probeta sobre la mesa y luego se volvió y me miró con aire escrutador.

—Y ahora —dijo—, zanjemos del todo este asunto. ¿Será usted juicioso? ¿Aceptará mi consejo? ¿Permitirá que me lleve la probeta y me marche de su casa sin más explicaciones? ¿O se ha dejado dominar por la curiosidad? Piénselo bien antes de responder, pues se hará como usted decida. Según lo que decida, se quedará usted como estaba, ni más rico ni más sabio, a menos que la sensación de haberle hecho un favor a un hombre en un peligro mortal pueda contarse entre las riquezas del espíritu. O, si lo prefiere, se abrirán ante usted, en esta misma sala, un nuevo campo de

conocimiento y un nuevo camino a la fama y el poder y asistirá usted a un prodigio capaz de hacer tambalear la incredulidad del propio Satanás.

—Señor mío —respondí, afectando una frialdad que estaba muy lejos de sentir—, es usted muy enigmático y espero que comprenda que no le conceda demasiada credulidad. Pero le he prestado demasiados servicios inexplicables para detenerme ahora sin ver el final.

—Muy bien —replicó mi visitante—. Recuerda tus votos, Lanyon: lo que vas a ver está bajo el secreto de nuestra profesión. Y ahora, tú, que has estado siempre constreñido por opiniones estrechas y materialistas, que has negado la virtud de la medicina trascendental y te has burlado de tus superiores…, ¡observa!

Se llevó la probeta a los labios y se bebió su contenido de un trago. Siguió un grito, dio un traspié, vaciló, se agarró a la mesa y se quedó mirando con los ojos enrojecidos y la boca abierta. Y, mientras lo contemplaba, sobrevino, o al menos eso me pareció, un cambio: fue como si se hinchara, el rostro se le ennegreció de pronto y sus facciones dieron la impresión de fundirse y alterarse; un momento después yo me había puesto en pie y había retrocedido hacia la pared con el brazo extendido para escudarme contra aquel prodigio sobrecogido por el terror.

«¡Dios mío! ¡Dios mío!», grité una y otra vez, pues allí mismo, delante de mis propios ojos, pálido, estremecido, jadeante y tanteando con las manos, como un hombre que regresara de la muerte, ¡estaba Henry Jekyll!

No tengo valor para poner por escrito lo que me contó la hora siguiente. Vi lo que vi, oí lo que oí y mi alma se horrorizó, y aun ahora que no lo tengo delante, me pregunto si lo creo y no encuentro respuesta. Mi vida está conmovida hasta lo más profundo, no puedo conciliar el sueño, un terror mortal me embarga a todas horas del día y de la noche: presiento que mis días están contados y que voy a morir, y pese a todo moriré incrédulo. En cuanto a la depravación moral que ese hombre me desveló, aunque fuese con lágrimas de penitencia, no puedo ni siquiera recordarla sin un estremecimiento de horror. Solo te diré una cosa, Utterson, y con eso (si es que puedes llegar a creerme) será más que suficiente. La criatura que se arrastró esa noche hasta mi casa respondía, según me confesó el propio Jekyll, al nombre de Hyde y se le buscaba en todo el país por el asesinato de Carew.

HASTIE LANYON

LA CONFESIÓN COMPLETA DE HENRY JEKYLL

Nací el año 18…, heredero de una gran fortuna y dotado además de una salud excelente, con una inclinación natural por el trabajo, y respetado por los mejores y más sabios de mis conciudadanos, y, por tanto, como puede suponerse, con un porvenir honroso y distinguido garantizado. De hecho, el peor de mis defectos era cierta disposición alegre e impaciente, como la que ha hecho felices a muchos, pero difícil de conciliar con mi imperioso deseo de llevar la cabeza bien alta y exhibir un semblante más serio que los demás. De ahí que empezara a ocultar mis satisfacciones y que, cuando llegué a la edad de la reflexión, y empecé a hacer recuento de mi progreso y situación en el mundo, estuviera condenado ya a una profunda duplicidad. Muchos hombres se habrían jactado de las irregularidades de las que yo era culpable, pero, desde la altura de los ideales que me había fijado, yo las veía y ocultaba con una sensación de vergüenza casi morbosa. Fue por tanto la naturaleza exigente de mis aspiraciones y no una particular degradación de mis defectos lo que me convirtió en lo que era y lo que separó en mí, con una zanja más profunda que en la mayoría de las personas, esas dos regiones del bien y el mal que dividen y componen la doble naturaleza del hombre. En este caso, me empujó a reflexionar seria e inveteradamente sobre esa inflexible ley de vida, que yace en la raíz de todas las religiones y es una de las mayores fuentes de pesar. Que tuviera dos caras no quiere decir que fuese un hipócrita, mis dos facetas eran igual de sinceras: no era menos yo cuando me saltaba todas las barreras y me sumía en la vergüenza que cuando trabajaba a pleno día en pro del conocimiento o el alivio del mal y el sufrimiento. Y dio la casualidad que la dirección de mis estudios científicos, que llevaba directamente a lo místico y lo trascendental, reaccionó y vertió luz sobre esa eterna lucha entre mis componentes. Cada día que pasaba, ambas partes de mi inteligencia, la moral y la intelectual, se iban acercando más a esa verdad cuyo parcial descubrimiento me ha llevado a esta desastrosa destrucción: que el hombre en realidad no es uno, sino dos. Y digo dos, porque mis conocimientos no van más allá de ese punto. Otros vendrán que irán más lejos, y me atrevo a aventurar que acabará teniéndose al hombre por una mera comunidad de ciudadanos múltiples, independientes y heterogéneos. Por mi parte, la naturaleza de mi vida me empujaba de modo infalible en una única dirección. Y fue en mi propia persona, y en el ámbito de lo moral, donde reparé en la completa y primitiva dualidad del hombre y comprendí que, de las dos naturalezas que pugnaban en mi conciencia, si podía decirse con razón que una de ellas era la mía, era precisamente porque, en el fondo, lo eran las dos; y, desde muy pronto, antes incluso de que el curso de mis descubrimientos científicos hubiera empezado a sugerir la posibilidad de semejante milagro, me acostumbré a acariciar la idea de separar dichos elementos. Si cada uno de ellos, pensaba yo, pudiera alojarse en una identidad diferente, eliminaríamos todo lo que es insoportable en esta vida: el injusto seguiría

su camino liberado de las aspiraciones y remordimientos de su alma gemela, y el justo podría recorrer con paso firme su camino de perfección, dedicado a las buenas obras que tanto le deleitan, sin estar expuesto a la deshonra y la penitencia que le impone un mal ajeno a él. Que dos seres tan antagónicos estuvieran unidos, y que los dos gemelos irreconciliables estuviesen condenados a librar una lucha sin cuartel en el seno de una agónica conciencia era una maldición para la humanidad. Pero ¿cómo disociarlos?

Había llegado a ese punto en mis reflexiones, cuando, como llevo dicho, una luz indirecta empezó a iluminar el problema sobre la mesa de laboratorio. Empecé a reparar más claramente de lo que se ha insinuado jamás en la trémula inmaterialidad y la temporalidad casi borrosa de este cuerpo aparentemente sólido por el que estamos revestidos. Descubrí ciertos agentes capaces de sacudir y arrancar esa vestidura carnal, igual que el viento aparta las cortinas de un pabellón. Por dos buenas razones no detallaré los aspectos científicos de mi confesión. En primer lugar, porque he comprendido que la maldición y la carga de nuestra vida está atada para siempre a nuestros hombros, y cuando se intenta soltarla, lo único que se consigue es que vuelva a nosotros con un peso aún más terrible. Y en segundo, porque, tal como, ¡ay!, demostrará sobradamente mi relato, mis descubrimientos fueron solo incompletos. Baste pues con decir que no solo comprendí que mi cuerpo es una mera aura y fulgor de los poderes que componen mi espíritu, sino que me las arreglé para preparar una droga mediante la cual se podía destronar a esos poderes y sustituir esa forma y esa apariencia por otra no menos natural para mí, puesto que era la expresión y llevaba el sello de los elementos más bajos de mi alma.

Dudé mucho tiempo antes de poner a prueba mi teoría. Sabía bien que corría un riesgo mortal, pues una droga capaz de controlar y sacudir los cimientos de la mismísima fortaleza de la identidad podía, en caso de sobredosis o del más mínimo error en la administración, borrar para siempre ese tabernáculo inmaterial que yo pretendía cambiar. Pero la tentación de llevar a cabo un descubrimiento tan insólito y profundo terminó por imponerse a mis temores. Hacía mucho que había preparado mi tintura; compré en un almacén de farmacia una gran cantidad de cierta sal que, por mis experimentos, sabía que era el último ingrediente requerido, y una noche maldita, mezclé ambos compuestos, los observé hervir y humear en la probeta, y cuando concluyó la ebullición, me bebí la pócima en un arranque de valor.

Enseguida sentí unos dolores terribles: los huesos me crujían, sentía una náusea mortal y un terror del alma que no podrían superarse ni en la hora del nacimiento ni en la de la muerte. Luego mis sufrimientos empezaron a calmarse de pronto, y volví en mí, como quien se recupera de una grave enfermedad. Noté algo extraño en mis sensaciones, algo nuevo e indescriptible que, debido precisamente a la novedad, resultaba increíblemente placentero. Me sentía más joven, más ligero y más cómodo en mi cuerpo, y en mi interior notaba una electrizante osadía, una corriente de imágenes sensuales y desordenadas que pasaba por mi imaginación como el agua por

un molino, una disolución de los lazos del deber y una desconocida aunque culpable liberación del alma. Nada más degustar esta nueva vida, supe que era más malvado, diez veces más malvado, y un esclavo de mi mal originario, y, en ese momento, la idea me animó y embriagó como el vino. Estiré los brazos, extasiado por la frescura de aquellas sensaciones, y al hacerlo comprendí que había perdido estatura.

En esos días no había espejo en mi habitación; el que tengo ahora a mi lado mientras escribo lo mandé traer más tarde precisamente para asistir a estas transformaciones. No obstante, a pesar de que la noche estaba muy metida ya en la madrugada —y la madrugada, por negra que fuese, estaba casi a punto de engendrar el día—, los criados estaban sumidos en las horas de sueño más profundo, y, entusiasmado como estaba por la esperanza y el triunfo, decidí aventurarme en mi nueva forma hasta mi dormitorio. Atravesé el patio, donde las constelaciones me contemplaron desde lo alto, diríase que con asombro, pues era la primera criatura de semejante especie que les había revelado su insomne vigilancia. Me deslicé por los pasillos, convertido en un extraño en mi propia casa, y, al entrar en mi habitación, vi por primera vez el aspecto de Edward Hyde.

Debo hablar solo en teoría, y decir no lo que sé, sino lo que supongo más probable. El lado perverso de mi naturaleza, al que había dotado de corporeidad, era menos robusto y desarrollado que el lado bueno, al que acababa de destronar. Claro que, en el transcurso de mi vida, que, después de todo, había sido en sus nueve décimas partes una vida de esfuerzo, virtud y dominio de mí mismo, lo había ejercitado mucho menos y estaba menos fatigado. De ahí, supongo, que Edward Hyde fuese mucho más pequeño, ágil y joven que Henry Jekyll. Y que, igual que la bondad resplandecía en el semblante del uno, el mal estuviera claramente pintado en el rostro del otro. Por si fuera poco, el mal (que sigo considerando el lado más mortífero del hombre) había dejado una impronta de deformidad y decadencia en su cuerpo. Y, no obstante, al contemplar aquella horrible imagen en el espejo, no sentí la menor repugnancia, sino que le di la bienvenida. Aquel también era yo. Parecía humano y natural. A mis ojos era una imagen más viva del espíritu, parecía más directo y sencillo que aquel rostro imperfecto y dividido que hasta entonces había acostumbrado a llamar mío. Y en eso, sin duda, estaba en lo cierto. He observado que, cuando adoptaba la apariencia de Edward Hyde, nadie podía acercárseme por primera vez sin experimentar un evidente recelo físico. Eso, en mi opinión, se debía a que todos los seres humanos que conocemos son una mezcla del bien y el mal, mientras que Edward Hyde era el único en las filas de la humanidad que era puro mal.

Me quedé un momento delante del espejo, todavía tenía que llevar a cabo un segundo y mucho más decisivo experimento: faltaba por ver si había perdido para siempre mi identidad y debería huir antes del amanecer de una casa que había dejado de ser mía. Volví corriendo a mi gabinete, preparé y bebí la pócima y una vez más

sufrí los dolores de la disolución y volví en mí con el aspecto, la estatura y el rostro de Henry Jekyll.

Esa noche había llegado a una encrucijada fatal. Si hubiese aprovechado mi descubrimiento con un espíritu más noble, si me hubiese arriesgado a hacer aquel experimento bajo el dominio de unas aspiraciones más pías y generosas, todo habría sido diferente, y de aquellas agonías de muerte y nacimiento habría surgido un ángel en lugar de un demonio. La droga carecía de discernimiento: no era ni divina ni diabólica, tan solo derribaba a voluntad las puertas de la prisión, y, como los cautivos de Filipos, quien estaba dentro salía huyendo. En ese momento mi virtud estaba adormecida, y mi maldad, a quien había despertado mi ambición, aprovechó la ocasión y acabó alumbrando a Edward Hyde. Así que, aunque ahora tenía dos personalidades y dos apariencias, una era totalmente malvada, y la otra seguía siendo el pobre Henry Jekyll, ese compuesto incongruente de cuya reforma y mejora había aprendido ya a desesperar. De modo que la tendencia fue claramente a peor.

En esa época, todavía no había superado la aversión que me producía la aridez de una vida consagrada al estudio. Todavía tenía a menudo ganas de divertirme, y, como mis placeres eran (por decirlo suavemente) indignos, y no solo era una persona conocida y bien considerada, sino que me acercaba a la edad madura, esa incoherencia de mi vida se me hacía más desagradable cada día. Por ahí fue por donde me tentó mi nuevo poder hasta convertirme en un esclavo. No tenía más que beber una copa para desembarazarme del cuerpo del famoso profesor y adoptar como un disfraz impenetrable el de Edward Hyde. La idea me hacía sonreír: me parecía graciosa e hice mis preparativos con el mayor cuidado. Alquilé y amueblé la casa en el Soho donde la policía fue a buscar a Hyde, y contraté como ama de llaves a una mujer de quien sabía que era discreta y carecía de escrúpulos. Por otro lado, anuncié a mis sirvientes que un tal señor Hyde (a quien describí) dispondría de libertad absoluta para entrar en mi casa de la plaza, y para evitar cualquier problema, incluso fui a visitarlos e hice que me conocieran con mi segundo aspecto. Luego redacté aquel testamento al que tantas objeciones pusiste, por si me ocurría algo en la persona de Henry Jekyll poder adoptar la de Edward Hyde sin sufrir ninguna pérdida pecuniaria. Y protegido, o eso suponía, por todas partes, empecé a aprovecharme de las extrañas inmunidades de mi situación.

Siempre ha habido gente que ha recurrido a los servicios de rufianes para cometer sus crímenes, mientras su propia persona y reputación estaban a cubierto. Yo he sido el primero en hacerlo por placer. He sido el primero en poder pasear a la vista de todos con cordial respetabilidad, y, en un momento, como un colegial, desprenderme de todos esos postizos y zambullirme en el mar de la libertad. Envuelto en mi manto impenetrable, la seguridad era completa. Piénsalo… ¡ni siquiera existía! No tenía más que atravesar la puerta del laboratorio, perder uno o dos segundos en mezclar e ingerir el bebedizo que siempre tenía preparado, y cualquier cosa que hubiera hecho Edward Hyde se desvanecía como el vaho del aliento en un espejo y en su lugar,

ajustando tranquilamente la lámpara de su estudio, estaba un hombre que podía permitirse burlarse de cualquier sospecha: Henry Jekyll.

Los placeres que me apresuré a perseguir con mi nuevo disfraz eran, como he dicho antes, indignos, apenas podría calificarlos con mayor dureza. Pero en manos de Edward Hyde pronto empezaron a tornarse monstruosos. A mi regreso de aquellas excursiones a menudo me dominaba la sorpresa por aquella especie de depravación vicaria. Aquel demonio, que había convocado de mi propia alma y liberado para que obrase a voluntad, era un ser inherentemente maligno y malvado y cada uno de sus actos se centraba en sí mismo: bebía con bestial avidez el placer de todo tipo de tortura con tanta impasibilidad como si fuera de piedra. Henry Jekyll a menudo se espantaba de los actos de Edward Hyde, pero la situación se apartaba de las leyes ordinarias y aflojaba insidiosamente los lazos de la conciencia. Al fin y al cabo, el único culpable de todo era Hyde. Jekyll no se había vuelto peor: al despertar seguía teniendo aparentemente incólumes todas sus virtudes, incluso se apresuraba, cuando era posible, a deshacer el mal hecho por Hyde. Y así acallaba su conciencia.

No tengo intención de entrar en los detalles de las infamias a las que contribuí de aquel modo (pues incluso ahora me cuesta admitir que las cometí), tan solo quiero señalar las advertencias y los pasos sucesivos con que se anunció mi castigo. Ocurrió un incidente que, como no trajo mayores consecuencias, me limitaré a mencionar tan solo: un acto de crueldad con una niña atrajo sobre mí la cólera de un transeúnte, a quien reconocí el otro día en la persona de tu pariente; el médico y la familia de la niña no tardaron en unírsele, y hubo momentos en los que incluso temí por mi vida, así que para aplacar su justo enfado, Edward Hyde no tuvo más remedio que llevarlos a su puerta y pagarles con un cheque a nombre de Henry Jekyll. No obstante conjuré fácilmente aquel peligro para el futuro, abriendo una cuenta en otro banco a nombre del propio Edward Hyde, y una vez que doté a mi doble de una firma después de aprender a inclinar la letra hacia atrás, me creí fuera del alcance de las garras del destino.

Unos dos meses antes del asesinato de sir Danvers, volví muy tarde de una de mis correrías, y, al día siguiente, me desperté presa de una sensación muy extraña. En vano miré a mi alrededor, en vano contemplé los elegantes muebles y las grandes proporciones de mi habitación, en vano reconocí el dibujo de las cortinas y mi cama de caoba: algo seguía diciéndome que no estaba donde creía estar, que no había despertado donde imaginaba, sino en la pequeña habitación del Soho donde acostumbraba a dormir bajo la forma de Edward Hyde. Esbocé una sonrisa y, haciendo gala de mi extraña psicología, empecé a preguntarme perezosamente por los elementos de aquella ilusión, mientras me sumía a ratos en un agradable sueño matutino. Todavía estaba dándole vueltas al asunto cuando, en un momento de lucidez, me fijé en mi mano. La mano de Henry Jekyll (como tú mismo me has dicho a menudo) era una mano profesional tanto en su forma como en su tamaño: grande, firme, blanca y elegante. En cambio la mano que vi con total claridad a la luz

amarillenta de una mañana en el centro de Londres, medio tapada por la ropa de cama, era delgada, nervuda y nudosa, de una velada palidez y cubierta de un vello negro y espeso. Era la mano de Edward Hyde.

Debí de quedarme mirándola casi medio minuto, alelado como estaba por el asombro, antes de que despertara en mi pecho un terror tan súbito y alarmante como un golpe de platillos; salté de la cama y corrí al espejo. Al ver lo que contemplaron mis ojos, la sangre se me trocó en algo exquisitamente fino y gélido. Sí, me había acostado como Henry Jekyll y me había despertado como Edward Hyde. ¿Qué explicación tendría aquello?, me pregunté, y luego, con otro estremecimiento de terror: ¿cómo iba a ponerle remedio? La mañana estaba muy avanzada: los sirvientes estaban levantados, todas mis drogas estaban en el gabinete: un largo paseo a través de dos tramos de escaleras, el pasillo trasero, el patio y el anfiteatro anatómico, pensé horrorizado. Claro que podría taparme la cara, pero ¿de qué me serviría si no podía ocultar mi cambio de estatura? Y luego recordé, con una grata sensación de alivio, que los sirvientes estaban acostumbrados a las idas y venidas de mi segundo yo. Me vestí lo mejor que pude con ropa de mi talla, atravesé la casa, donde Bradshaw me miró atónito y retrocedió al encontrarse con el señor Hyde a esas horas y vestido de esa guisa; y, diez minutos más tarde, el doctor Jekyll había recuperado su apariencia y estaba sentado a la mesa, con el ceño fruncido, fingiendo que desayunaba.

Ciertamente no tenía mucho apetito. Aquel accidente inexplicable, aquella contradicción de toda mi experiencia previa, parecía estar trazando, igual que el dedo babilónico en el muro, las letras de mi sentencia, y empecé a pensar más seriamente que nunca en los inconvenientes y las posibilidades de mi doble existencia. Últimamente, había ejercitado y nutrido mucho aquella parte de mi ser que tenía el poder de proyectar al exterior: en los últimos tiempos me había dado la impresión de que el cuerpo de Edward Hyde había crecido en estatura, como si (cuando adoptaba esa forma) la sangre fluyera con más ímpetu, y empecé a vislumbrar el peligro de que, de seguir así mucho tiempo, el equilibrio de mi naturaleza pudiera romperse definitivamente, perdiese el poder de cambiar a voluntad y la personalidad de Edward Hyde se convirtiera irrevocablemente en la mía. El poder de la droga no siempre había sido el mismo. Una vez, al comienzo de mis experimentos, había fracasado totalmente: desde entonces, me había visto obligado más de una vez a doblarla, y, en una ocasión, corriendo un peligro mortal, a triplicarla, y esas irregularidades habían sido lo único que mitigaba mi satisfacción. Ahora, no obstante, y a la luz de lo ocurrido esa mañana, no pude sino reparar en que, si al principio lo difícil había sido librarme del cuerpo de Jekyll, gradualmente la dificultad se había transferido al otro lado. Todo parecía apuntar a que estaba perdiendo el contacto con mi yo mejor y original, y me estaba incorporando lentamente al segundo y peor.

Comprendí que tenía que escoger entre los dos. Mis dos naturalezas tenían recuerdos en común, pero todas las demás facultades estaba muy mal repartidas. Jekyll (que era una mezcla) compartía, a veces con aprensión y a veces con deleite,

los placeres y aventuras de Hyde, pero Hyde solo sentía indiferencia por Jekyll, o lo recordaba como el bandolero se acuerda de la cueva de la montaña donde se oculta de sus perseguidores. Jekyll tenía algo más que un mero interés paterno y Hyde demostraba algo más que la simple indiferencia de un hijo. Unir mi suerte a la de Jekyll suponía renunciar a todos esos apetitos que tanto tiempo había deseado en secreto y en los que había empezado a deleitarme últimamente. Unirla a la de Hyde implicaba renunciar a un millar de intereses y aspiraciones y convertirme de golpe en un ser despreciable y sin amigos. La elección podría parecer desproporcionada, pero aún había que sopesar otra consideración, pues así como Jekyll seguiría consumiéndose en las brasas de la abstinencia, Hyde ni siquiera sería consciente de lo que habría perdido. Por extrañas que fuesen las circunstancias, los términos del problema eran tan viejos y vulgares como el hombre: los mismos alicientes y temores deciden el destino de muchos pecadores tentados y temblorosos, y a mí me ocurrió como a la mayoría de mi prójimo: que elegí el mejor camino y me faltaron fuerzas y voluntad para seguirlo.

Sí, preferí al médico maduro e insatisfecho, rodeado de amigos y lleno de nobles esperanzas, y me despedí para siempre de la libertad, la relativa juventud, el paso ágil, el pulso vivo y los placeres secretos de los que había disfrutado bajo el disfraz de Hyde. Puede que tuviera reparos inconscientes al tomar mi decisión, pues ni cerré la casa del Soho, ni destruí la ropa de Edward Hyde, que siguió preparada en mi gabinete. No obstante, durante dos meses fui fiel a mi determinación y llevé una vida más moderada que nunca y disfruté a cambio del placer de tener la conciencia tranquila. Sin embargo, el tiempo empezó a borrar la viveza de mis temores, se fueron acallando mis remordimientos y empezaron a torturarme las ansias y los pesares de un Hyde que se debatía por liberarse; y por fin, en un momento de debilidad, volví a preparar la fórmula y me bebí la pócima transformadora.

No creo que, cuando un alcohólico reflexiona sobre su vicio, repare, ni tan siquiera una de cada mil veces, en los peligros a los que se expone por culpa de su brutal insensibilidad física; tampoco yo, por mucho que hubiera meditado sobre mi situación, concedí la suficiente importancia a la completa insensibilidad moral y la insensata inclinación por el mal que eran los rasgos primordiales de Edward Hyde. Y, sin embargo, de ahí vino mi castigo. Mi demonio llevaba demasiado tiempo encerrado y salió rugiendo. Ya al ingerir la pócima, fui consciente de una propensión más desatada y furiosa al mal. Supongo que eso debe de haber sido lo que agitó en mi alma esa tempestad de impaciencia con la que escuché las cortesías de mi desdichada víctima. Pongo a Dios por testigo de que nadie que esté moralmente cuerdo podría cometer ese crimen por un motivo más nimio, y que le golpeé sin más motivo razonable que el que pueda tener un niño enfermo para romper un juguete. Pero me había despojado voluntariamente de todos esos instintos moderadores mediante los que, incluso el peor de nosotros, puede caminar con cierta firmeza entre las

tentaciones. En mi caso, cualquier tentación, por pequeña que fuese, equivalía a la caída.

Al instante, despertó en mi seno un espíritu infernal y loco de furia. Golpeé aquel cuerpo inerte con un arrebato de júbilo, y saboreé cada golpe con placer, y, hasta que no empezó a imponerse la fatiga, no sentí, en pleno delirio, cómo me sobrecogía un escalofrío de terror. Fue como si se disipara una bruma: comprendí que mi vida estaba sentenciada y hui de la escena de aquellos horrores, a la vez exultante y asustado, satisfechas y estimuladas mis ansias de hacer el mal, y más intenso que nunca mi amor a la vida. Corrí a la casa del Soho y (para asegurarme doblemente) destruí mis papeles, luego estuve deambulando por las calles iluminadas por las farolas, presa de aquel mismo éxtasis dividido: regodeándome en mi crimen, planeando frívolamente otros para el futuro, y, al mismo tiempo, apresurándome y prestando atención por si oía los pasos del vengador. Hyde canturreaba una canción mientras componía la fórmula y, antes de beberla, brindó por el muerto. Los dolores de la transformación no habían dejado de torturarle todavía, y Henry Jekyll, con lágrimas de pesar y gratitud, ya se había hincado de rodillas y elevado los brazos a Dios. El velo de mi indulgencia se había rasgado de arriba abajo y vi pasar toda mi vida ante mis ojos: desde los días de la infancia, cuando paseaba de la mano de mi padre, a los sacrificios de mi vida profesional, para llegar, una y otra vez, con la misma apariencia de irrealidad a los terribles horrores de aquella noche. Poco faltó para que me pusiera a gritar, traté de aplacar con lágrimas la multitud de imágenes y sonidos espantosos con que me acosaba mi memoria, y, aun así, el horrendo rostro de mi iniquidad seguía escudriñando el centro de mi alma. A medida que se fueron apagando mis remordimientos, me embargó una sensación de alegría. El problema de mi conducta estaba resuelto. En adelante, Hyde se había vuelto imposible; quisiéralo o no, ahora estaba confinado a la mejor parte de mi existencia; y ¡oh, cuánto me alegraba pensarlo! ¡Con qué humildad abracé de nuevo las restricciones de la vida normal! ¡Con qué sincera renuncia cerré la puerta por la que tantas veces había entrado y salido y aplasté la llave a pisotones!

Al día siguiente llegó la noticia de que un testigo había presenciado el asesinato, de que la culpabilidad de Hyde era evidente para todos y de que la víctima era un hombre que gozaba de una elevada estimación pública. No solo había sido un crimen, sino una trágica locura. Creo que me alegré de saberlo y que celebré que mis mejores impulsos estuvieran resguardados por el miedo al patíbulo. Jekyll era ahora mi refugio: si Hyde asomaba un solo instante, las manos de todos se alzarían para atraparlo y conducirlo al cadalso.

Resolví que mi conducta futura redimiera la pasada, y puedo decir honradamente que mi resolución dio algunos buenos frutos. Tú mismo sabes con qué seriedad me esforcé por aliviar el sufrimiento ajeno y ayudar a los demás los últimos meses del año pasado, y que pasé esos días tranquilos y casi diría que feliz. Tampoco puedo decir que me fatigara esa vida benéfica e inocente. Al contrario: creo que la disfruté

plenamente, aunque aún pendía sobre mí la maldición de la dualidad de mis intenciones, y, cuando se limaron los bordes de mi penitencia, mi lado inferior, tanto tiempo complacido y tan recientemente encadenado, empezó a gruñir pidiendo que lo liberaran. No es que se me pasara siquiera por la cabeza resucitar a Hyde, la sola idea bastaba para sacarme de mis casillas; no, era mi propia persona la que se sentía tentada a engañar a mi conciencia, y por fin sucumbí a los embates de la tentación como un pecador corriente y disimulado.

Todo tiene un fin, hasta la medida más amplia acaba por llenarse, y esa breve concesión a mi maldad acabó destruyendo el equilibrio de mi alma. Y, sin embargo, no me asusté: la caída me pareció natural, como una vuelta a los días de antes de que diera con mi descubrimiento. Era un día de enero claro y despejado, el suelo estaba húmedo allí donde se había fundido la escarcha, pero en el cielo no había ni una nube; y Regent's Park estaba lleno de gorjeos invernales y perfumado con los aromas de la primavera. Me senté a tomar el sol en un banco, mientras el animal que llevaba en mi interior relamía los recuerdos de mi memoria, y mi lado espiritual, un poco adormilado, hacía promesas de subsiguiente penitencia, pero sin decidirse a actuar todavía. Después de todo, pensé, yo era igual que mi prójimo, e incluso sonreí al compararme con los demás hombres y poner junto a mi bondad la perezosa crueldad del descuido ajeno. Y en ese preciso instante de vanidad, sentí un desfallecimiento, una horrible náusea y un terrible estremecimiento. Cuando cesaron los síntomas me quedé casi sin fuerzas, pero cuando empecé a recuperarme noté un cambio en el tono de mis pensamientos, una mayor audacia, un desprecio por el peligro y una disolución de los lazos del deber. Bajé la vista: la ropa me colgaba informe sobre los miembros acortados, la mano que tenía apoyada en la rodilla era nudosa y peluda. Volvía a ser Edward Hyde. Un momento antes había gozado del respeto de todos, era rico y apreciado y en casa me esperaba una mesa con mantel; y ahora era una alimaña perseguida por todos, un hombre acosado y sin hogar, un reputado asesino, carne de horca.

Mi razón vaciló, pero no me falló por completo. Más de una vez he observado que, bajo mi segunda personalidad, mis facultades parecían más agudas y mi espíritu más flexible, así que, cuando Jekyll parecía haber sucumbido, Hyde estuvo a la altura de las circunstancias. Mis drogas estaban en una de las vitrinas de mi gabinete, ¿cómo podría llegar a ellas? Ese era el problema que (mientras me oprimía las sienes entre las manos) tenía que resolver. Había condenado la puerta del laboratorio, y, si trataba de entrar por la casa, mis propios sirvientes me conducirían al patíbulo. Comprendí que debía valerme de una mano ajena, y pensé en Lanyon. ¿Cómo ponerme en contacto con él? ¿Cómo persuadirle? Suponiendo que no me detuvieran en la calle, ¿cómo podría verle? ¿Y cómo iba yo, un visitante desconocido y desagradable, a convencer a un médico famoso de que entrara en el estudio de su colega el doctor Jekyll? Luego recordé que conservaba un rasgo de mi personalidad

original: sabía escribir con mi propia letra, y, una vez se encendió esa chispa en mi imaginación, comprendí de principio a fin lo que debía hacer.

Arreglé mi ropa lo mejor que pude, tomé un cabriolé que pasaba por allí y le pedí al cochero que me llevara a un hotel de Portland Street cuyo nombre recordé por casualidad. El hombre apenas pudo disimular una sonrisa al contemplar mi atuendo (que era, de hecho, bastante cómico, por muy trágico que fuese el destino de quien lo llevaba). Hice rechinar los dientes con un gesto de furia diabólica y aquella mueca se borró de su semblante —por suerte para él, pero aún más para mí, pues de lo contrario lo habría arrancado del pescante—. Al entrar en el hotel tenía un aspecto tan torvo que los empleados se pusieron a temblar y ni siquiera osaron intercambiar una mirada en mi presencia, sino que acataron mis órdenes sin rechistar, me condujeron a una habitación y me llevaron lo necesario para escribir. Hyde, ahora que su vida corría peligro, era una criatura desconocida para mí: embargada por una rabia desmesurada, al borde del asesinato y deseoso de infligir dolor. Pero también era una criatura astuta; dominó su furia, con gran esfuerzo de la voluntad, escribió aquellas dos cartas tan cruciales, una para Lanyon y otra para Poole, y, para asegurarse de que las echaban al correo, dio instrucciones de que las enviasen por correo certificado.

Después, pasó todo el día sentado junto al fuego en la habitación, mordiéndose las uñas; allí cenó a solas con sus temores, mientras el camarero se acobardaba visiblemente cada vez que lo miraba; y de allí partió, entrada ya la noche, en un coche cerrado e hizo que lo llevaran de aquí para allá por las calles de la ciudad. Digo él…, porque no puedo decir yo. Aquel engendro del infierno no tenía nada de humano, no tenía nada en su interior salvo terror y odio. Y cuando por fin, pensando que el cochero empezaba a sospechar, se bajó del coche y se aventuró a seguir a pie, vestido con ropa mal ajustada, objeto de todas las miradas de los transeúntes nocturnos, esas dos bajas pasiones ardieron en su interior como una tempestad. Anduvo deprisa, perseguido por sus temores, murmurando para sí, escabulléndose por las calles menos frecuentadas, contando los minutos que lo separaban todavía de la medianoche. Una vez una mujer le dirigió la palabra, ofreciéndole, creo recordar, una caja de cerillas. La golpeó en la cara y ella huyó.

Cuando volví en mí en casa de Lanyon, creo que el horror de mi amigo me afectó en cierto modo: no sabría precisarlo, porque no fue más que una gota en el océano de aborrecimientos que había vivido aquellas horas. Se había producido un cambio en mi interior. Lo que me atormentaba no era ya el miedo al patíbulo, sino el horror de ser Hyde. Escuché los reproches de Lanyon como en un sueño, y como en un sueño llegué a mi propia casa y me metí en la cama. Después del agotamiento de aquel día dormí con un sueño tan profundo, que ni siquiera las pesadillas que me atormentaban lograron perturbarlo. Me desperté por la mañana intranquilo y débil, pero descansado. La bestia que dormía en mi interior seguía inspirándome miedo y odio, y, por supuesto, no había olvidado el terrible peligro que había corrido el día anterior, pero

ahora volvía a estar en casa, cerca de mis drogas, y la gratitud que sentía por haberme librado resplandecía tanto en mi alma que casi rivalizaba con la luz de la esperanza.

Estaba atravesando tranquilamente el patio, después del desayuno, respirando con placer el aire fresco de la mañana, cuando me embargaron de nuevo aquellas indescriptibles sensaciones que preludiaban el cambio; apenas tuve tiempo de llegar al refugio de mi gabinete antes de estar otra vez dominado y poseído por las pasiones de Hyde. Esa vez tomé una dosis doble para volver en mí; y, ¡ay!, seis horas después, mientras estaba mirando tristemente el fuego, volvieron los dolores y tuve que volver a tomar la droga. En suma, desde ese día en adelante, solo mediante un esfuerzo casi gimnástico, y bajo el estímulo inmediato de la droga, pude exhibir el semblante de Jekyll. A cualquier hora del día o de la noche, me sobrecogía aquel premonitorio escalofrío; y, sobre todo, si me quedaba dormido, o incluso adormilado en el sillón, me despertaba siempre como Hyde. La tensión de aquella inminente amenaza y el insomnio al que yo mismo me condenaba —mucho más allá de lo que pensaba que podía resistir cualquier hombre— me convirtieron en un ser consumido y agotado por la fiebre, lánguidamente debilitado tanto de cuerpo como de espíritu, y ocupado solo en una cosa: el horror que me inspiraba mi otro yo. Pero, cuando me dormía, o cuando se pasaban los efectos de la medicina, pasaba casi sin transición (pues los dolores de la transformación se fueron haciendo cada vez menos marcados) a poseer una imaginación desbordada de imágenes terroríficas, un alma que bullía de odio injustificado, y un cuerpo que parecía incapaz de contener ninguna energía vital. El poder de Hyde daba la impresión de haber crecido a costa de la debilidad de Jekyll. Y ciertamente el odio que los dividía era ahora igual por ambas partes. En Jekyll era un puro instinto de supervivencia. Había visto la deformidad de la criatura que compartía con él algunos de los fenómenos de la conciencia y era su coheredero hasta la muerte, y, más allá de esos vínculos comunes que constituían en sí mismos la razón de su desgracia, veía a Hyde, pese a toda su vigorosa vitalidad, no solo como algo infernal, sino inorgánico. Eso era lo más asombroso: que el limo del abismo pareciera proferir gritos y voces, que el polvo amorfo gesticulase y pecara, que lo muerto y lo informe usurpara los atributos de la vida. Y, por encima de todo, que aquel horror insurgente estuviera más ligado a él que una esposa, más próximo que sus mismos ojos, que yaciera encadenado a su propia carne, donde lo oía murmurar y luchar por liberarse; y que, en cualquier momento de debilidad, o aprovechando la tranquilidad del sueño, lo venciera y desposeyera de la vida. El odio que Hyde sentía por Jekyll era de distinta naturaleza. Su miedo al patíbulo lo empujaba a cometer constantemente un suicidio temporal y a volver a su estado subordinado, como parte de otra persona; pero aborrecía aquella necesidad, odiaba el desánimo en que se había sumido Jekyll y le indignaba la aversión con que este lo consideraba. De ahí que disfrutara gastándome malas pasadas, como escribir blasfemias en mis libros con mi propia letra o quemar las cartas y el retrato de mi padre; y estoy seguro de que de no haber sido por su miedo a la muerte, hace mucho que habría buscado su propia ruina con tal de

arrastrarme a mí con él. Pero su apego a la vida es extraordinario, tanto que yo, que siento náuseas y escalofríos solo de pensar en él, cuando considero la abyección y la pasión de dicho apego, y lo mucho que teme mi poder de poner fin a su vida suicidándome, en el fondo le compadezco.

El tiempo se agota, y es inútil seguir prolongando este relato: baste con decir que nadie ha sufrido tormentos semejantes, y eso que la costumbre trajo consigo…, no un alivio, pero sí una especie de endurecimiento del alma, una cierta resignación desesperada, y mi castigo podría haber durado aún muchos años, de no haber sido por una última calamidad que se ha abatido sobre mí y me ha apartado para siempre de mi propio rostro y mi naturaleza. Mis reservas de sales, que no había renovado desde el día de mi primer experimento, empezaron a disminuir. Envié a buscar un nuevo pedido, preparé la fórmula y se produjeron la ebullición y el primer cambio de color, pero no el segundo: la bebí y comprobé que carecía de eficacia. Poole te explicará cómo las he buscado en vano por todo Londres: ahora estoy convencido de que el primer envío era impuro, y que esa impureza desconocida era la que prestaba su eficacia a la pócima.

Ha pasado casi una semana y estoy concluyendo esta confesión bajo la influencia de los últimos polvos que me quedaban. Esta, pues, es la última vez que, por una especie de milagro, Henry Jekyll podrá pensar sus propios pensamientos o ver su propio rostro (¡tan tristemente cambiado!) en el espejo. Otro motivo para no demorarme en poner fin a este escrito es que, si mi relato ha escapado hasta ahora a la destrucción, ha sido solo por una combinación de extremada prudencia y buena suerte. Si los dolores del cambio me sorprendieran mientras lo escribo, Hyde lo haría pedazos, pero si pasa un rato después de terminarlo, su increíble egoísmo y su manía de circunscribirse al momento probablemente vuelvan a salvarlo de los actos de su simiesco rencor. De hecho, la perdición que se cierne sobre ambos lo ha cambiado y sometido también a él. Dentro de media hora, cuando vuelva a adoptar, esta vez para siempre, su odiada personalidad, sé que me quedaré estremecido y sollozante en mi sillón, o que seguiré escuchando con el más intenso y temeroso enajenamiento mientras paseo arriba y abajo por esta habitación (mi último refugio terrenal) por si oigo algún ruido amenazador. ¿Morirá Hyde en el patíbulo, o encontrará el valor para liberarse en el último momento? Solo Dios lo sabe, a mí me es indiferente: esta y no otra es la verdadera hora de mi muerte, y lo que haya de ocurrir después concierne ya a un hombre distinto. Y así, al dejar la pluma y sellar el sobre que contiene mi confesión, pondré fin a la vida del desdichado Henry Jekyll.

LOS JUERGUISTAS

1

Eilean Aros

Hacía una hermosa mañana de finales de julio cuando emprendí a pie por última vez el camino de Aros. La noche anterior un bote me había dejado en Grisapol. Desayuné lo poco que me pudo ofrecer la pequeña posada donde me hospedaba, dejé allí todo mi equipaje hasta que llegase la ocasión de ir a recogerlo por mar y emprendí la marcha a través del promontorio con el corazón animoso.

No era ni mucho menos nativo de aquel lugar, sino que procedía de una estirpe sin mezcla de las tierras bajas escocesas. Pero un tío mío, Gordon Darnaway, después de pasar una juventud pobre y ruda y varios años en el mar, se había casado con una joven de las islas llamada Mary Maclean, que era la última superviviente de su familia. Cuando murió al dar a luz a una niña, Aros, la granja rodeada por el mar, pasó a manos de mi tío. Yo sabía muy bien que apenas le proporcionaba lo justo para vivir, pero era un hombre en quien se había cebado la desdicha y, agobiado como estaba ahora con la carga de la niña, temía emprender una vida nueva, por lo que se había quedado en Aros lamentándose de su destino. Los años fueron pasando en aquellas soledades sin depararle ayuda ni satisfacciones. Entretanto, nuestra familia agonizaba en las tierras bajas: los de esa raza no tenemos mucha suerte, y tal vez se contara mi padre entre los más afortunados, pues no solo fue de los últimos en morir, sino que dejó un hijo que llevase su apellido y un poco de dinero para mantenerlo. Yo estudiaba en la Universidad de Edimburgo y vivía bastante bien a mis expensas, aunque sin parientes ni amigos, cuando mi tío Gordon oyó hablar de mí en el monte Ross, en Grisapol. Y, como para él los lazos de sangre tenían mucha importancia, me escribió el mismo día que supo de mi existencia y me pidió que considerase Aros mi propia casa. Así fue como empecé a pasar las vacaciones en dicha parte del país, lejos de cualquier compañía y comodidad, entre urogallos y bacalaos. Y así fue como, una vez terminadas las clases, volví allí tan animado aquel día de julio.

El monte Ross, como lo llamamos nosotros, es un promontorio ni muy alto ni muy ancho, pero tan escarpado como el día en que Dios lo creó, rodeado por todas partes por un mar repleto de islas peñascosas y una serie de arrecifes muy peligrosos para los marineros, dominados al este por unos acantilados altísimos y por el pico del Ben Kyaw. Dicen que en gaélico significa «montaña de niebla», y sin duda tiene el nombre bien merecido. Pues su cima, que supera los novecientos metros de altura, retiene todas las nubes que llegan desde el mar, y, de hecho, a veces me daba la impresión de que las creaba ella misma, pues incluso cuando el cielo estaba despejado hasta el nivel del mar, había algún jirón prendido en el Ben Kyaw. Eso

retenía la lluvia y, en consecuencia, era pantanoso hasta la cima. En ocasiones hemos visto caer sobre la montaña una lluvia negra como el crespón mientras nosotros estábamos a pleno sol en el monte Ross. Sin embargo, esa humedad la hacía aún más hermosa, pues, cuando el sol iluminaba sus laderas, había muchas rocas mojadas y cursos de agua que brillaban como joyas y eran visibles incluso desde Aros, a veinticinco kilómetros de distancia.

El camino que seguía era un sendero de cabras tan sinuoso que casi duplicaba la longitud de mi viaje. Ascendía entre unas peñas tan escarpadas que había que saltar de una a otra y por unos valles donde el musgo te llegaba casi a la rodilla. No había rastro de cultivos y ni una sola casa en los quince kilómetros que separaban Aros de Grisapol. Por supuesto, de vez en cuando se divisaba alguna que otra casa —tres al menos—, pero estaban tan alejadas que ningún forastero habría sabido llegar a ellas desde el sendero. La mayor parte del monte Ross está cubierta de enormes rocas graníticas, algunas mayores que una casa de dos habitaciones, unas junto a las otras y separadas por brezos y helechos donde crían las víboras. De todos modos el viento soplaba siempre del mar y estaba tan cargado de salitre como en un barco, las gaviotas sobrevolaban el monte Ross tan libres como las aves del páramo y, cada vez que el camino ascendía un poco, la vista se iluminaba con el reflejo del océano. Los días de viento y marea alta se oían, como si de una batalla se tratase, el rugido del gran remolino a su paso por Aros, y las voces temibles y estentóreas de las rompientes conocidas en la región por el nombre de «los juerguistas».

Aros —«Aros Jay» he oído que la llaman los lugareños, que afirman que significa «la casa de Dios»— no es exactamente una isla, ni forma en realidad parte del monte Ross. Constituye su extremo sudoeste y está casi unido a él por un estrecho muy angosto cuya anchura no supera en algunos sitios los doce metros. Cuando sube la marea está tan quieto y claro como una poza en un río, con la única diferencia de las algas y los peces y de que el agua es verde en lugar de marrón, pero, en la bajamar, hay uno o dos días al mes en que se puede pasar a pie desde Aros a tierra firme. Había buenos prados donde mi tío llevaba a pastar las ovejas de las que vivía; tal vez fuesen mejores porque el terreno estaba más elevado en la isla que en las laderas del monte Ross, pero no estoy lo bastante seguro para afirmarlo. La casa tenía dos pisos de altura y era la más indicada para la región. Miraba al oeste sobre la bahía, donde había un embarcadero para amarrar un bote, y desde la puerta se veían las nubes agolpándose sobre el Ben Kyaw.

En toda esa parte de la costa, y sobre todo en las proximidades de Aros, las grandes rocas graníticas de las que he hablado antes descienden en tropel hasta el mar como el ganado en un día de verano. Se alzan allí ante el mundo entero como sus vecinas de la orilla, solo que entre ellas solloza el agua salada en lugar de la tierra silenciosa y en su base se entrelazan los congrios y no las víboras venenosas de la región. Los días tranquilos se puede vagar horas entre ellas con un bote y los ecos

resuenan en aquel laberinto, pero cuando el mar está encrespado, que el cielo se apiade de quien oiga hervir aquella caldera.

En el extremo sur de Aros los bloques son mucho más grandes y numerosos. De hecho es como si aumentaran de forma monstruosa al adentrarse en el mar, pues a lo largo de más de diez millas se los ve diseminados como las casas de un pueblo, algunos asoman hasta nueve metros por encima del agua y a otros los cubre la marea, pero todos son peligrosos para los barcos, y un día despejado en que soplaba el viento del oeste llegué a contar, desde lo alto de Aros, cuarenta y seis arrecifes ocultos entre las olas y las blancas rompientes. Sin embargo, el peligro aumenta a medida que se acerca uno a la costa, pues allí la marea corre como por el saetín de un molino y forma un largo cinturón de agua turbulenta —un remolino lo llamamos nosotros— en el extremo de la isla. He estado allí muchas veces los días de calma chicha cuando retrocede la marea y es un lugar muy extraño donde el mar hierve y se retuerce como en la poza de una cascada, y de vez en cuando se oye un murmullo danzarín como si el remolino musitara algo para sí. Sin embargo, cuando empieza a subir la marea, y sobre todo con mal tiempo, no hay quien pueda acercarse a media milla de allí en un bote, ni barco capaz de maniobrar o seguir a flote en semejante lugar. Su estruendo se oye a más de seis millas de distancia y el burbujeo es mayor mar adentro: es allí donde las grandes rompientes bailan esa danza —podría decirse que es una danza de la muerte— que les ha merecido el nombre en estos parajes de «los juerguistas». He oído decir que llegan a alcanzar los quince metros de altura, pero debían de referirse al agua solo, pues la espuma se eleva casi el doble. Ignoro si los llaman así por sus movimientos rápidos y grotescos, o por los gritos que se oyen al subir la marea.

Lo cierto es que, con viento del sudoeste, esa parte de nuestro archipiélago es sencillamente una ratonera. Si un barco lograse cruzar los arrecifes y evitar «los juerguistas» sería solo para llegar a la costa meridional de Aros, en la bahía de Sandag, donde tantas cosas terribles le acontecieron a nuestra familia, tal y como me propongo contar. Al pensar en todos esos peligros, en un lugar que conozco desde hace tanto tiempo, me alegran de modo especial las obras que se están llevando a cabo para instalar faros en los cabos y boyas a lo largo de los canales de nuestras inhóspitas y peñascosas islas.

Los lugareños saben muchas historias sobre Aros, que a mí me contaba Rorie, un viejo sirviente de los Maclean, que había cambiado de amo después de casarse. Una de ellas trataba de una desdichada criatura, un duende marino que vivía y se dedicaba a sus temibles quehaceres entre las rompientes del remolino. Otra, de una sirena que en cierta ocasión conoció a un gaitero en la playa de Sandag y le cantó una noche de verano larga y despejada de manera que, cuando lo encontraron por la mañana, el pobre hombre había perdido el juicio, y desde entonces hasta el día de su muerte se limitó a repetir las mismas palabras, no sabría reproducirlas aquí en gaélico, pero se podrían traducir así: «¡Ah, la dulce melodía del mar!». Se sabe que las focas que frecuentan la costa a veces han hablado al hombre en su lengua para presagiar

grandes desastres. También fue aquí donde desembarcó cierto santo camino de Irlanda para convertir a los habitantes de las Hébridas. Y, desde luego, creo que tenía bien ganada la santidad, pues hacer un viaje tan peligroso en los barcos de aquella época y desembarcar en una costa tan escarpada, tiene sin duda algo de milagroso. A él, o a alguno de sus acólitos que tuviera allí una celda, debe la isla su hermoso y sagrado nombre de «la casa de Dios».

De todos esos cuentos de viejas había uno al que yo concedía mayor credulidad. Según me contaron, durante la tempestad que dispersó los barcos de la Armada Invencible a lo largo del norte y el oeste de Escocia, un gran bajel fue a parar frente a la costa de Aros y se fue a pique con toda la tripulación a bordo y sus enseñas ondeando al viento mientras se hundía en presencia de un solitario grupo de gente que lo observaba desde lo alto de una colina. La historia tenía cierta verosimilitud, pues otro barco de esa flota se había hundido en la costa norte, a unas veinte millas de Grisapol. Además de que parecían narrarla con más detalle y solemnidad que las otras, había una última particularidad que sirvió para convencerme de que era cierta: el nombre del barco todavía se recordaba y a mí me sonaba a español. El *Espíritu Santo* lo llamaban, un barco con varias cubiertas de cañones, cargado de tesoros, grandes de España y valientes soldados, que ahora yacían en las profundidades para toda la eternidad y cuyos viajes y batallas habían concluido en la bahía de Sandag, al oeste de Aros. Se acabaron las salvas de ordenanza para el gran navío, no más vientos propicios ni aventuras felices. Solo le quedaba oxidarse en las profundidades del mar y escuchar los gritos de «los juerguistas» cuando subía la marea. Desde el principio me pareció una historia muy insólita, y aún me lo pareció más cuando averigüé más cosas sobre España, de donde había zarpado con tan distinguida compañía, y sobre el rey Felipe, el poderoso rey que la había enviado a aquel viaje.

Debo decir que ese día, mientras caminaba desde Grisapol, el *Espíritu Santo* ocupaba en gran parte mis pensamientos. El entonces rector de la Universidad de Edimburgo, el famoso doctor Robertson, había reparado favorablemente en mí y me había encargado revisar unos legajos antiguos para ver si tenían algún valor, y en uno de ellos, para mi sorpresa, encontré una nota de ese mismo barco, el *Espíritu Santo*, con el nombre de su capitán, donde se contaba que gran parte del tesoro español que transportaba se había perdido frente al monte Ross de Grisapol, y que los salvajes habitantes del lugar se habían negado a proporcionar información al rey sobre el sitio concreto donde había ocurrido la tragedia. Al hacer encajar ambas cosas y considerando la tradición de la isla y la nota acerca de las investigaciones del viejo rey Jamie acerca del tesoro, se me había metido en la cabeza que el lugar que el monarca había buscado en vano no podía ser otro que la pequeña bahía de Sandag en los terrenos de mi tío, y como soy una persona muy metódica, desde entonces no había podido dejar de pensar en cómo reflotar el barco con todos sus lingotes, onzas y doblones, y devolverle a la familia Darnaway su dignidad y prosperidad tan largamente olvidadas.

No me faltaron motivos para arrepentirme de mis proyectos. Me vi obligado a hacer ciertas reflexiones y, a raíz de un extraño juicio divino del que fui testigo, la idea de aprovecharme del tesoro de un muerto repugna ahora a mi conciencia. Aunque debo decir que ni siquiera entonces me impulsaba la sórdida codicia, pues, si ambicionaba la riqueza, no era por la opulencia en sí, sino por una persona que me era muy querida: Mary Ellen, la sobrina de mi tío. Había recibido una buena educación y había asistido a clase un tiempo en tierra firme, aunque la pobre habría sido más feliz de no haberlo hecho, pues Aros no era sitio para ella, con la única compañía de Rorie, el viejo sirviente, y su padre, que era uno de los hombres más desdichados de Escocia, criado en el campo entre cameronianos, muchos años patrón de barco en las islas y ahora dedicado con infinito descontento a la pesca y las ovejas para ganarse el pan. Si a mí, que no pasaba allí más de uno o dos meses, se me hacía a veces insoportable, ¡ya pueden imaginarse cómo sería para ella vivir todo el año en aquel desierto, con las ovejas, las gaviotas y «los juerguistas» cantando y bailando en el remolino!

2

Lo que el naufragio había llevado a Aros

Cuando llegué al extremo de Aros, había empezado a subir la marea y me vi obligado a esperar en la orilla a que Rorie, a una señal mía, viniera a buscarme con el bote. No tuve que repetir la llamada. Nada más oír mi silbido, Mary apareció en la puerta saludándome con un pañuelo a modo de respuesta, y el viejo y zanquilargo criado se apresuró arrastrando los pies por el sendero que lleva al embarcadero. A pesar de toda su precipitación, tardó un buen rato en cruzar la bahía y reparé en que varias veces se detenía a comprobar el timón y contemplaba con curiosidad la estela dejada por el bote. Cuando se acercó, me pareció cansado y envejecido y tuve la impresión de que esquivaba mi mirada. Habían reparado el barco, con dos nuevos bancos y varios parches de una rara y hermosa madera cuyo nombre yo desconocía.

—Caramba, Rorie —le dije nada más emprender el viaje de regreso—, qué madera tan buena. ¿De dónde la has sacado?

—Será difícil de cepillar —opinó Rorie a regañadientes, y justo en ese instante soltó los remos y volvió a mirar por encima del timón tal como le había visto hacer antes, luego apoyó una mano en mi hombro y se quedó mirando de un modo terrible las aguas de la bahía.

—¿Qué ocurre? —le pregunté sobresaltado.

—Será algún pez grande —respondió el anciano volviendo a los remos, y ya no pude sacarle nada más que extrañas miradas y un preocupado movimiento de cabeza.

Muy a mi pesar, me embargó cierto desasosiego y también yo me volví a contemplar la estela del bote. El agua estaba quieta y transparente, y allí, en mitad de la bahía, era muy profunda. Al principio no pude ver nada, pero luego me dio la sensación de que algo oscuro —un gran pez, o tal vez solo una sombra— estuviera siguiendo el curso del bote. Entonces recordé una de las supersticiones de Rorie acerca de un transbordador de Morven al que, durante una encarnizada disputa entre clanes, había seguido varios años un pez desconocido en estas aguas, hasta que por fin nadie osó hacer la travesía.

—Debe de estar esperando a la persona adecuada —dijo Rorie.

Mary salió a esperarme a la playa y me condujo por la ladera hasta la casa de Aros. Tanto fuera como dentro habían hecho muchos cambios. El jardín estaba vallado con la misma madera que había visto en el bote, en la cocina había sillas cubiertas de exóticos brocados, de las ventanas colgaban cortinas llenas de bordados, en el vestidor había un reloj parado y silencioso, una lámpara de bronce colgaba del techo, la mesa estaba dispuesta con manteles de lino y cubiertos de plata, y todas aquellas riquezas se exhibían en la vieja y sencilla cocina que yo conocía tan bien, con el banco de respaldo alto, los taburetes y la cama empotrada de Rorie; con la vieja chimenea iluminada por el sol, donde ardía lentamente la turba, las pipas en la repisa y las escupideras de tres esquinas, llenas de conchas marinas en lugar de arena, en el suelo; con las paredes desnudas de piedra, el austero suelo de madera y las tres alfombras que habían sido hasta entonces su único adorno —alfombras de pobre, tejidas a mano, de las que no se ven en las ciudades—, el traje negro de los domingos y unas lonas embreadas sobre un banco. La habitación, como la casa, era tan pulcra y acogedora que siempre me había parecido una especie de milagro en aquellos parajes, y verla ahora mancillada por unos añadidos tan incongruentes me llenó de indignación y de una especie de rabia. Teniendo en cuenta el propósito que me había llevado a Aros, era un sentimiento injusto y sin fundamento, pero me consumió por dentro desde el principio.

—Mary —le dije—, me había acostumbrado a considerar mi casa este lugar, y ahora apenas lo reconozco.

—Es mi casa por naturaleza y no por costumbre —respondió ella—, el lugar donde nací y donde me gustaría morir, y a mí tampoco me gustan estos cambios, el modo en que se produjeron, ni lo que trajeron consigo. Dios sabe que habría preferido que se hubiesen hundido en el mar y que «los juerguistas» estuvieran bailando sobre ellos.

Mary hablaba siempre en serio, y tal vez fuera ese el único rasgo que compartía con su padre, pero el tono en que pronunció esas palabras me pareció incluso más solemne que de costumbre.

—Sí —repliqué—, ya me temía que procedieran de algún naufragio y por tanto de la muerte. Sin embargo, cuando mi padre murió, acepté su legado sin remordimientos.

—Tu padre tuvo una muerte honrosa y digna, como suele decirse —objetó Mary.

—Cierto —respondí—, y un naufragio es como un juicio. ¿Cómo se llamaba el barco?

—Era el *Christ-Anna* —dijo una voz a mis espaldas, y al darme la vuelta vi a mi tío de pie en el umbral.

Era un hombre amargado, bajo y atrabiliario, de rostro alargado y ojos negros. Tenía cincuenta y seis años, estaba sano y activo y su aspecto era una mezcla entre pastor de ovejas y hombre de mar. Nunca lo oí reír, pasaba el tiempo leyendo la Biblia, rezaba mucho, como los cameronianos entre quienes se había criado; y, de hecho, en muchos sentidos, me recordaba a uno de esos predicadores de las montañas de la época de las matanzas anteriores a la Revolución. Sin embargo, en contra de lo que yo pensaba, nunca encontró mucho consuelo, ni tan siquiera orientación, en su religiosidad. Sufría ataques de malhumor cuando le asustaba el infierno, pero había llevado una vida muy dura, que recordaba con envidia, y seguía siendo un hombre frío, rudo y sombrío.

Al verlo entrar por la puerta, con el gorro en la cabeza y una pipa colgando del ojal, tuve la impresión de que había envejecido y empalidecido como Rorie, sus arrugas parecían más marcadas que nunca en su rostro, y tenía las órbitas de los ojos amarillentas, como el marfil viejo o los huesos de los muertos.

—Sí —repitió, demorándose en sus palabras—, el *Christ-Anna*. Un nombre terrible.

Lo saludé y felicité por su aspecto saludable, pues temí que hubiera podido estar enfermo.

—El cuerpo me aguanta todavía —replicó con aspereza—. Sí, todavía me aguanta a mí y a mis pecados, igual que a ti. La cena —le dijo bruscamente a Mary, y luego siguió hablando conmigo—: ¿Qué te parecen estas cosas tan bonitas? Es un reloj precioso, aunque no funcione, y esos manteles son extraordinarios. Muy bonitas e infantiles, es incomprensible que la gente renuncie a la paz de Dios por esa clase de cosas, por cosas así la gente se burla de Dios en su cara y arde en el infierno; y por eso nos lo advierten las Escrituras, tal como entiendo yo el pasaje. Mary —se interrumpió para gritar con aspereza—, ¿por qué no has puesto los dos candelabros?

—¿Para qué los necesitamos en pleno día? —preguntó ella.

Pero mi tío no se dejó convencer.

—Los disfrutaremos mientras podamos —respondió, así que añadieron los dos candelabros de plata labrada a los cubiertos de la mesa, ya de por sí tan inapropiados para aquella tosca granja junto al mar—. Llegó a la costa el diez de febrero, hacia las diez de la noche —continuó—. No soplaba ni pizca de viento, pero había muy mala mar y temí que pudiera quedar atrapado en el remolino. Rorie y yo lo habíamos visto barloventeando un día antes. Tengo para mí que el *Christ-Anna* no debía de ser un barco muy marinero, pues ni viraba bien ni se dejaba gobernar. Lo pasaron muy mal ese día, no apartaron las manos de las escotas ni un momento, hacía mucho frío,

demasiado incluso para que nevara, y cada vez que se levantaba una pizca de viento, volvía a amainar, y se desmoralizaban aún más. Ese último día fue horrible. Si alguien hubiera sobrevivido habría tenido motivos para sentirse orgulloso.

—¿Murieron todos? —exclamé—. ¡Dios los tenga en Su gracia!

—¡Chitón! —respondió con severidad—. Nadie rezará por los muertos bajo mi techo.

Negué cualquier sentido papista en mi exclamación, él pareció darse por satisfecho con una facilidad inusitada y prosiguió con lo que, evidentemente, se había convertido en su tema de conversación favorito.

—Rorie y yo lo encontramos en la bahía de Sandag con todas esas cosas dentro. Sandag es un poco puñetera: cuando la corriente corre con fuerza hacia «los juerguistas» y la marea sube tan deprisa que se oye el remolino batiendo en la otra punta de Aros, se produce un reflujo que lleva directamente a la bahía. Eso fue lo que atrapó al *Christ-Anna*. Se metió de lleno en ella, con la proa sumergida y la popa en la corriente. ¡Y menudo estruendo hizo cuando se fue a pique! La vida de los marinos está llena de penurias…, una vida fría e incierta. He pasado mucho miedo en el mar y nunca entenderé por qué el Señor hizo aguas tan peligrosas. Él, que creó los valles y los prados, los hermosos pastos, las tierras dichosas y saludables.

Y ahora gritan y cantan tus alabanzas,
pues Tú les has complacido.

»Como dicen los Salmos en la versión métrica. No es que quiera amoldar mi fe a esa rima, pero es bonita y fácil de recordar. De los que surcan el mar en sus barcos dice también:

Y quienes comercian en el mar
asisten a las obras de Dios
y contemplan sus grandes maravillas.

»Sí, es fácil de decir. Puede que David no conociera muy bien el mar. Aunque lo cierto es que, si no lo dijera la Biblia, me sentiría tentado de pensar que no fue Dios, sino un negro demonio, quien creó el mar. De ahí no sale nada bueno, salvo los peces, y el espectáculo de Dios gobernando la tormenta, claro está, que es a lo que debía de referirse David. Pero ¿acaso fueron grandes maravillas lo que Dios le mostró al *Christ-Anna*? Juicios más bien, juicios nocturnos entre los dragones de las profundidades. Y sus almas, ¡que tal vez no estuvieran preparadas! El mar…, ¡la gran puerta del infierno!

Mientras mi tío hablaba, reparé en que su voz parecía extrañamente conmovida y sus ademanes eran muy expresivos. Por ejemplo, al pronunciar aquellas últimas palabras se inclinó hacia delante y me rozó la rodilla con los dedos extendidos, mirándome a la cara con el semblante pálido, y noté que sus ojos brillaban con un

fuego intenso y que las arrugas de las comisuras de sus labios estaban tensas y trémulas.

Ni siquiera la llegada de Rorie y la comida lograron apartarlo de sus pensamientos un instante. Y, aunque condescendió a preguntar por mis éxitos con los estudios en la universidad, tuve la impresión de que mientras lo hacía estaba pensando en otra cosa, e incluso cuando bendijo la mesa, cosa que hizo demorándose y divagando como siempre, percibí una sombra de preocupación en sus rezos al pedir que «Dios se apiadase de estas cuatro pobres criaturas pecadoras e inconscientes aisladas junto a este mar tan triste e inmenso».

Pronto Rorie y él intercambiaron unas palabras.

—¿Estaba ahí? —preguntó mi tío.

—¡Ay, sí! —respondió Rorie.

Me pareció advertir que ambos hablaban en un aparte, como si estuviesen avergonzados, y que incluso Mary se sonrojaba y no levantaba la vista del plato. Así que, a medias para demostrar que estaba al tanto de lo que hablaban y relajar así aquella extraña tensión, y a medias por curiosidad, seguí con la conversación.

—¿Se refiere usted al pez? —pregunté.

—¿Qué pez? —exclamó mi tío—. ¡Un pez, dice! ¡Un pez! Estás ciego, muchacho, el descubrimiento de la carne te ha embotado la cabeza. ¡Un pez! ¡Es un fantasma!

Habló con gran vehemencia, como si estuviese enfadado, y supongo que yo tampoco debía de estar muy dispuesto a dar mi brazo a torcer, pues los jóvenes son amantes de las discusiones. Al menos recuerdo que le respondí acaloradamente y me burlé de sus supersticiones infantiles.

—¡Y tú vas a la universidad! —se burló el tío Gordon—. Dios sabe lo que os enseñarán allí, pero no parece que os sirva de mucho. ¿Es que crees que en el mar solo crecen algas y se alimentan los animales marinos mientras el sol brilla sobre las aguas día tras día? No. El mar es como la tierra, pero más temible. Igual que hay gente en tierra, hay gente en el mar; tal vez estén muertos, pero no por eso dejan de ser personas; y en cuanto a demonios, no los hay peores que los demonios marinos. Los de tierra no son tan peligrosos. Hace mucho tiempo, cuando era solo un mozalbete y vivía en el sur, recuerdo que había un fantasma viejo y calvo en el pantano de Peewie. Yo mismo lo vi acuclillado sobre un montón de turba, tan gris como una lápida. Era repulsivo como un sapo, pero no le hacía daño a nadie. Claro que no hay duda de que, si un réprobo odiado por Dios hubiera pasado por allí con todos sus pecados sobre su conciencia, aquella criatura se le habría echado encima. ¡Pero hay demonios en las profundidades del mar que atacarían a un comulgante! Si te hubieras hundido con los pobres muchachos del *Christ-Anna*, a estas alturas ya conocerías la piedad del mar. Y si hubieras pasado embarcado tanto tiempo como yo, odiarías pensar en ello. Si hubieras empleado los ojos que Dios te dio, habrías comprendido la maldad de esa criatura falsa, fría, salada y rugiente y de todo lo que

contiene por voluntad del Señor: langostas, cangrejos y otras cosas parecidas que excavan entre los muertos, ballenas enormes que no dejan de resoplar y todas las variedades de peces, esas maravillas ciegas, frías y extrañas. Sí, muchacho —exclamó—, el horror, ¡el horror del mar!

A todos nos sorprendió semejante estallido e incluso mi tío, después de aquel último exabrupto, pareció sumirse de pronto en sus pensamientos. Pero Rorie, que estaba ansioso de oír nuevas supersticiones, volvió sobre el asunto con una pregunta:

—¿No habrá visto un diablo marino?

—No con claridad —replicó el otro—. Dudo que nadie pueda ver uno claramente y seguir con vida. En cierta ocasión navegué con un chico llamado Sandy Gabart que vio uno y eso acabó con él. Llevábamos siete días navegando con esfuerzo hacia el estuario del Clyde con viento del norte y cargados de semillas y mercancías para los Macleod. Estábamos cerca de las montañas Cuillin, acabábamos de pasar el canal de Soay y habíamos dado una bordada muy larga con la que pensábamos llegar a Copnahow. Recuerdo muy bien aquella noche: la luna estaba oculta por la niebla, una brisa suave y agradable soplaba sobre el mar, aunque no de forma constante, y otro viento que ninguno de nosotros quería oír aullaba sobre las viejas y temibles peñas de las Cuillin. Pues bien, Sandy estaba en proa afirmando la escota del foque y no podíamos verlo por culpa de la vela mayor que acababa de hincharse, cuando de pronto soltó un chillido de terror. Yo orcé por mi vida, pues pensé que estábamos cerca de Soay, pero no, no era eso: se trataba del grito mortal del pobre Sandy Gabart, o casi, pues murió al cabo de media hora. Lo único que pudo decir fue que un demonio marino, un fantasma, un espectro o algo similar había trepado por el bauprés y le había echado una mirada fría y amenazadora. Y, cuando la vida escapó del cuerpo de Sandy, todos supimos dónde había ido aquella cosa y por qué aullaba el viento en las cumbres de las Cuillin, pues aquella era la hora del Día del Juicio…, ¡viento lo he llamado!, era el viento de la cólera de Dios… Esa noche luchamos con todas nuestras fuerzas y, cuando quisimos darnos cuenta, habíamos llegado a Loch Uskevagh, y los gallos cantaban en Benbecula.

—Debió de tratarse de un tritón —dijo Rorie.

—¡Un tritón! —exclamó mi tío con enorme desprecio—. ¡Cuentos de viejas! ¡Los tritones no existen!

—Pero ¿qué aspecto tenía esa criatura? —pregunté.

—¿Que qué aspecto tenía? ¡Quiera Dios que no lleguemos a saberlo nunca! Tenía una especie de cabeza…, no pudimos ver más.

Luego Rorie, ofendido por la afrenta, contó varias historias de tritones, sirenas y caballos marinos que habían sido vistos en la isla y habían atacado a las tripulaciones de los barcos en alta mar, y mi tío, a pesar de su incredulidad, le escuchó con interés e incomodidad.

—Está bien, está bien —dijo—, puede que sea así y puede que no, pero no he leído ni una sola palabra en la Biblia sobre sirenas y tritones.

—Y puede que tampoco diga nada sobre el remolino de Aros —objetó Rorie, y su argumento pareció bastante convincente.

Después de comer, mi tío me llevó a un banco que había detrás de la casa. Hacía una tarde muy tranquila y calurosa, apenas se agitaba una ola en el mar, ni se oía otro sonido que la voz familiar de las ovejas y las gaviotas, y, tal vez a consecuencia de aquella paz de la naturaleza, mi pariente se mostró más racional y calmado que antes. Habló pausada y casi alegremente sobre mi carrera, aludiendo de vez en cuando al barco hundido y a los tesoros que había llevado a Aros. Yo, por mi parte, le escuchaba en una especie de trance, mientras observaba el lugar con atención y aspiraba satisfecho el aire marino y el humo de la turba que había encendido Mary.

Habría pasado poco más de una hora cuando mi tío, que había estado todo el rato contemplando de reojo la superficie de la bahía, se incorporó y me animó a seguir su ejemplo. Conviene decir aquí que la marea ejerce, en el extremo sudoeste de Aros, una influencia perturbadora en toda la costa. Al sur, en la bahía de Sandag, se forma una fuerte corriente cuando sube y baja la marea, pero en el norte, en la bahía de Aros, que ahora contemplaba mi tío y donde estaba la casa, la única alteración se produce al final de la bajamar, e incluso entonces es demasiado leve para apreciarla. Cuando hay oleaje, no se distingue nada, pero si el mar está en calma, como ocurre a menudo, aparecen ciertas marcas extrañas e indescifrables —runas marinas, podríamos llamarlas— sobre la superficie cristalina de la bahía. Lo mismo sucede en otros mil sitios de la costa, y más de un muchacho se debe de haber entretenido igual que yo, tratando de interpretarlas con respecto a él o a sus allegados. Fue hacia esas marcas hacia donde mi tío dirigió ahora mi atención, aunque con evidentes reticencias.

—¿Ves ese dibujo sobre el agua? —preguntó—. Allí, junto a esa roca gris, ¿lo ves? No te recordará ninguna letra, ¿verdad?

—Desde luego que sí —repliqué—. Lo he visto muchas veces. Parece una *C*.

Soltó un profundo suspiro, como si le hubiera decepcionado mi respuesta, y luego musitó:

—Sí, una *C* de *Christ-Anna*.

—Yo pensaba que era por mí —objeté—, una C de Charles.

—¿Así que lo habías visto antes? —prosiguió sin prestar atención a mis palabras —. Vaya, vaya, eso sí que es raro. Tal vez lleve ahí esperando desde el principio de los tiempos, como suele decirse. Es terrible, muchacho. ¿Ves algún otro? —añadió.

—Sí —respondí—. Hay otro cerca de la orilla del Ross, donde desciende el sendero: una M.

—Una M —repitió en voz baja, y luego, tras otra pausa, preguntó—: ¿Y qué crees que significa?

—Siempre he creído que quería decir Mary —respondí ruborizándome, pues me dio la impresión de estar en el umbral de una explicación decisiva.

Pero cada uno de nosotros seguía su propia cadena de pensamientos sin reparar en los del otro. Una vez más, mi tío pasó por alto mis palabras y se limitó a inclinar la cabeza abatido y a guardar silencio. De no ser porque sus siguientes palabras sonaron como un eco de las mías, habría pensado que no me había oído.

—No le cuentes esas cosas a Mary —observó mientras echaba a andar.

La bahía de Aros está rodeada por una banda de hierba por donde es fácil andar, y por ella seguí a mi taciturno pariente. Puede que me sintiera un tanto decepcionado por haber perdido tan buena ocasión de declarar mi amor, aunque lo que más me preocupaba era el cambio que había sufrido mi tío. Él nunca había sido un hombre corriente y afable en sentido estricto, pero nada en él parecía preludiar una transformación tan extraña. Era evidente que algo le rondaba por la cabeza, y, mientras repasaba mentalmente las distintas palabras que podía representar la letra M —«miseria», «misericordia», «matrimonio», «mercaderías» y otras cosas parecidas —, me sobresaltó de pronto la palabra «muerte». Todavía estaba dándole vueltas al funesto significado de esa palabra cuando el camino nos llevó a un lugar desde donde se divisaban tanto la bahía de Aros y la casa como el océano tachonado de islas, que se alejaba azul hacia el sur hasta ir a juntarse con el cielo. Allí mi guía se detuvo y contempló un rato su enorme extensión. Luego se volvió y me puso la mano en el hombro.

—¿De verdad crees que ahí no hay nada? —dijo señalándolo con la pipa, y luego gritó exultante en voz alta—: Hazme caso, muchacho: ¡está lleno de muertos…, tan abundantes como ratas!

Enseguida se volvió y regresamos sin decir palabra a la casa de Aros.

Yo estaba ansioso por estar a solas con Mary, pero hasta después de cenar no dispuse de un instante para intercambiar unas palabras con ella. No me anduve con rodeos y le dije claramente lo que me preocupaba.

—Mary —le dije—, no he venido a Aros sin esperanzas. Si resultan fundadas, podremos irnos todos a algún lugar donde tengamos el techo y el sustento garantizados. Y tal vez algunas cosas más que parecería exagerado que te ofreciera ahora. Pero abrigo otra esperanza que me importa mucho más que el dinero. —Hice una pausa—. Creo que puedes adivinar de qué se trata, Mary. —Ella apartó la mirada sin decir nada ni darme muchos ánimos, pero eso no me detuvo—. Pienso en ti todo el día —proseguí—, el tiempo pasa y cada vez te aprecio más. No podría ser feliz sin ti: eres la niña de mis ojos. —Mary siguió apartando la mirada y no dijo una palabra, aunque me dio la impresión de que las manos le temblaban—. Mary —exclamé asustado—, ¿es que no te gusto?

—¡Oh, Charlie! —respondió—. ¿Crees que es momento para hablar de estas cosas? Déjame por un tiempo, déjame ser como soy. ¡No serás tú quien más pierda con la espera!

Comprendí por el tono de su voz que estaba al borde de las lágrimas y eso me impidió hacer otra cosa que no fuese tratar de consolarla.

—Mary Ellen —dije—, no hablemos más, no he venido a incomodarte. Será como tú quieras, ya me has dicho todo lo que quería saber. Permite solo que te haga otra pregunta: ¿qué es lo que te aflige?

Ella admitió que se trataba de su padre, aunque no quiso darme detalles y se limitó a decir que no estaba bien, que no parecía el mismo de siempre y que le daba mucha lástima. No sabía nada del naufragio.

—No me he acercado por allí. ¿Para qué iba a hacerlo, Charlie? Esas pobres almas hace tiempo que se han perdido, ¡ojalá tuviesen algún tipo de consuelo…, pobres desdichados!

No es que eso me inspirara muchos ánimos para hablarle del *Espíritu Santo*, pero lo hice. Nada más pronunciar la primera palabra exclamó sorprendida:

—En mayo vino un hombre a Grisapol —dijo—, un tipo torvo, bajo y cetrino, según me contaron, con barba y anillos de oro en los dedos, y estuvo haciendo muchas preguntas sobre ese mismo barco.

El doctor Robertson me había entregado aquellos legajos a finales de abril, y de pronto recordé que los estaba preparando para un historiador español, o para alguien que se hacía pasar por tal, que había acudido recomendado al rector, a propósito de ciertas investigaciones sobre la dispersión de la Armada Invencible. Atando cabos, se me ocurrió que el visitante de «los anillos de oro en los dedos» podría ser el mismo historiador de Madrid que había ido a ver al doctor Robertson. De ser así, lo más probable era que hubiera venido en busca del tesoro y no de información para una sociedad erudita. Decidí acometer mi empresa cuanto antes, y que, si el barco estaba hundido en la bahía de Sandag, tal como él y yo parecíamos suponer, no sería para beneficio del aventurero de los anillos, sino para Mary, para mí y para la antigua, buena, honrada y amable familia de los Darnaway.

3

La tierra y el mar en la bahía de Sandag

A la mañana siguiente me levanté temprano, y, después de desayunar un poco, me dispuse a emprender la exploración. Algo en mi interior me decía que iba a encontrar el barco de la Armada, y, aunque no me dejé arrastrar del todo por tan esperanzados sentimientos, estaba tan animado que tenía la impresión de andar entre nubes. Aros es una isla muy escarpada y toda su superficie está cubierta de peñascos, helechos y brezales; mi camino cruzaba de norte a sur la loma más elevada y, aunque la distancia total apenas era superior a tres kilómetros, me costó más tiempo y esfuerzo recorrerla que si hubieran sido seis por terreno llano. Al llegar a la cima me detuve. A pesar de no ser muy alta —poco más de noventa metros, según tengo entendido—, se alza sobre todas las tierras vecinas del monte Ross y desde ella se domina una amplia vista

del mar y las islas. El sol, que había salido hacía un buen rato, calentaba ya mi nuca, y el aire era lánguido y tormentoso, aunque también puro y claro. Al noroeste, donde las islas parecen apiñarse más, había media docena de nubes pequeñas y deshilachadas que se apelotonaban formando una especie de bandada, y la cima del Ben Kyaw exhibía no solo unos pocos jirones, sino también una densa capa de vapor. El tiempo tenía un aspecto amenazador. Cierto que el mar estaba liso como un cristal y que incluso el remolino era poco más que una grieta en aquel espejo y «los juerguistas» unas meras manchas de espuma, pero a mí, que conocía tan bien aquellos lugares, me dio la impresión de que estaba inquieto; desde allí arriba se oía el rumor del remolino como si fuese un largo suspiro, y, por muy tranquilo que aparentase estar, era como si meditara sobre algún infortunio. Pues tengo que admitir que todos los habitantes de aquellos parajes atribuíamos, si no presciencia, al menos cierta capacidad de advertir de las desgracias a aquella extraña y peligrosa criatura de las mareas.

Apresuré el paso y no tardé en descender por la ladera de Aros hasta la parte de la isla conocida como bahía de Sandag. Se trata de una porción de agua bastante grande si se compara con el tamaño de la isla. Está bien protegida de casi todos los vientos, salvo de los predominantes: al oeste está limitada por unas dunas bajas y es arenosa y poco profunda, en cambio al este se extiende a lo largo de un arrecife y tiene muchas brazas de profundidad. En ese lado de la bahía es donde, en ciertos momentos del día, se forma la corriente a la que se había referido mi tío. Después, cuando la fuerza del remolino empieza a aumentar, se produce otra corriente aún mayor que discurre en dirección opuesta, y supongo que debe de ser la acción de esta última la que ha excavado esa parte tan profundamente. Desde la bahía de Sandag no se ve más que una pequeña franja de horizonte y, los días de mal tiempo, las olas que rompen sobre el arrecife.

Mientras bajaba por la ladera de la colina había reparado en el naufragio del pasado febrero: un bergantín de gran tonelaje, que yacía encallado con la popa destrozada en el extremo este de la playa. Me dirigí hacia él directamente y, casi había llegado a la franja de hierba, cuando me fijé en un lugar donde no crecían helechos ni brezo, señalado por uno de esos montículos largos y bajos, de aspecto casi humano, que se ven a menudo en los cementerios. Me detuve como si me hubiesen pegado un tiro. Nadie me había dicho que hubiese habido ningún muerto o que hubiesen enterrado a alguien en la isla. Rorie, Mary y mi tío se habían limitado a guardar silencio; de ella, al menos, estaba seguro de que lo ignoraba, y, sin embargo, delante de mis ojos tenía la prueba indudable de lo sucedido. Aquello era una tumba, y me vi obligado a preguntarme qué clase de hombre habría encontrado allí su último reposo y esperaba ahora la señal del Señor en aquel lugar solitario y batido por el mar. Mi imaginación no supo ofrecerme otra respuesta que la que más temía concebir. Por lo menos sabía que debía tratarse de un náufrago, procedente, tal vez, como los marineros de la Armada Invencible, de algún país rico y lejano. O tal vez se tratase de

alguien de mi propia raza, fallecido cerca de su hogar. Me quedé un rato a su lado con el gorro en la mano, y deseé que en nuestra religión hubiera alguna oración apropiada para aquel desdichado desconocido, o, como se decía antes, para honrar su infortunio. Sabía que, aunque sus huesos siguieran allí, formando parte de Aros, hasta que sonara la trompeta del Día del Juicio, su alma inmortal estaba ya muy lejos, entre los éxtasis del domingo eterno o los dolores del infierno, y aun así la imaginación me traicionaba haciéndome pensar que tal vez anduviera cerca de allí, vigilando su sepulcro y demorándose en la escena de su trágico final.

Me alejé apesadumbrado de aquella tumba para ir a contemplar el no menos triste espectáculo del naufragio. La roda se alzaba sobre la línea de la marea. Estaba partida en dos, por detrás del trinquete, aunque ambos mástiles se habían partido durante la catástrofe, y, como la playa estaba muy inclinada y la proa se encontraba varios metros por debajo de la popa, la hendidura quedaba abierta y se veía perfectamente el interior del casco. El nombre estaba casi borrado y no pude discernir si se llamaba *Christiania*, como la ciudad noruega, o *Christiana*, como la buena mujer y esposa cristiana de aquel viejo libro, *El progreso del peregrino*. Por el tipo de construcción supe que se trataba de un barco extranjero, pero no logré decidir de qué nacionalidad. Lo habían pintado de verde, pero estaba descolorido por la exposición a la intemperie, y la pintura se estaba pelando a tiras. Los restos del palo mayor estaban allí cerca, semienterrados en la arena. Era, sin duda, un triste espectáculo, y me conmovió ver los restos de los cabos que quedaban colgando, y que tantas veces debían de haber afirmado entre gritos los marineros, y el escotillón por el que habían ido y venido para atender a sus quehaceres, o el desdichado ángel con la nariz rota del mascarón de proa que en tantas ocasiones debía de haberse zambullido entre las olas.

Ignoro si sería por el barco o por la tumba, pero mientras estaba allí apoyado en una de las cuadernas astilladas de la embarcación me embargó una sensación de melancolía. El desamparo de los hombres, e incluso de los barcos inanimados arrojados a costas desconocidas, se apoderó de mi imaginación. Aprovecharse de una desgracia tan penosa me pareció un acto sórdido e indigno, y empecé a considerar mi empresa un acto sacrílego por naturaleza. Sin embargo, al pensar en Mary volví a cobrar fuerzas. Mi tío jamás toleraría un matrimonio imprudente y ella tampoco aceptaría casarse sin su consentimiento. A mí me correspondía prosperar para mi mujer, y pensé con una sonrisa en el tiempo que hacía que aquel gran castillo del mar, el *Espíritu Santo*, había dado con sus huesos en la bahía de Sandag, y la debilidad que supondría tener ahora en cuenta unos derechos extinguidos tantos años atrás y unas desdichas no menos olvidadas con el correr del tiempo.

Yo tenía mi propia teoría respecto a dónde buscar el pecio. La disposición de la corriente y de la orilla apuntaban ambas al lado este de la playa, junto al arrecife. Si se había hundido en la bahía de Sandag, y, si después de tantos siglos, quedaba todavía algún trozo entero, allí era donde lo encontraría. Como he dicho antes, en ese punto las aguas se vuelven de pronto mucho más hondas y alcanzan incluso junto al

arrecife varias brazas de profundidad. Desde el borde de las rocas se distinguía perfectamente el fondo arenoso, el sol iluminaba de firme sus verdes profundidades y toda la bahía parecía un enorme cristal transparente como los que se ven en las joyerías: de hecho, nada indicaba que se tratara de agua, salvo un temblor interno, un estremecimiento de las sombras y los destellos del sol y, de vez en cuando, una leve ola que iba a morir burbujeando a la orilla. Las sombras de las rocas se extendían a cierta distancia desde su base, de modo que mi propia sombra, cuando andaba, me detenía o me asomaba por encima de ellas, llegaba a veces hasta la mitad de la bahía. Entre aquellas sombras era donde tenía que buscar el *Espíritu Santo*, pues era allí donde la corriente era más fuerte en ambos sentidos. En aquel día tan caluroso el agua daba la impresión de estar muy fresca, pero aún lo parecía más en aquella parte y resultaba extrañamente invitadora para la vista. No obstante, por mucho que me esforzara en escudriñarla no logré ver nada más que unos pocos peces, unas cuantas algas y un trozo de roca que se había desprendido de arriba y ahora yacía en el fondo de arena. Recorrí dos veces las rocas de un lado al otro sin distinguir ni rastro del naufragio y solo se me ocurrió un sitio donde pudiera estar: una enorme terraza a unas cinco brazas de profundidad, elevada hasta una altura considerable sobre la arena y que desde arriba daba la impresión de ser una mera prolongación de las rocas por las que estaba andando. Había una maraña de algas tan densa como un bosque que me impedía juzgar su naturaleza, pero por su forma y tamaño recordaba el casco de un barco. Al menos era mi hipótesis más probable. Si el *Espíritu Santo* no yacía debajo de aquellas algas era que no se encontraba en la bahía de Sandag, y me dispuse a comprobarlo de una vez por todas y volver a Aros convertido en un hombre rico o curado para siempre de mis sueños de opulencia.

Me quité la ropa y me quedé indeciso en las rocas con las manos entrelazadas. En ese momento la bahía estaba extrañamente silenciosa, lo único que se oía era una manada de marsopas en algún lugar indistinguible desde allí, pero una sensación de temor me contuvo a las puertas de mi aventura. Tristes presentimientos marineros, restos de las supersticiones de mi tío, la imagen de los muertos, de la tumba, de los barcos hundidos, pasaron uno tras otro por mi imaginación. Pero el fuerte sol que me quemaba los hombros acabó por infundirme ánimos y me zambullí en el mar.

Al principio tan solo pude agarrarme a las algas que crecían sobre aquella terraza, luego me aseguré mejor cogiendo una brazada de aquellos tallos gruesos y resbaladizos, planté los pies en el suelo y miré a mi alrededor. La blanca arena se extendía por doquier sin interrupción hasta llegar al pie de las rocas, donde, debido a la acción de la marea, formaba una especie de sendero en un jardín. Delante de mí no se veía más que la arena rizada que cubría el fondo de la bahía iluminado por el sol. Sin embargo, la terraza a la que estaba sujeto se hallaba tan cubierta de algas como un brezal, y el acantilado de donde sobresalía estaba festoneado de lianas marrones. Entre aquella complejidad de formas, que se movían a la par que la corriente, no era fácil estar seguro de nada y seguía sin saber si mis pies se apoyaban sobre la roca o

sobre las cuadernas del barco de la Armada. De pronto, las algas se soltaron y en un instante volví a estar en la superficie, donde las orillas de la bahía y el agua deslumbrante brillaron ante mí con un hermoso resplandor carmesí.

Volví a trepar a las rocas y arrojé el manojo de algas a mis pies. En ese instante algo resonó con un sonido metálico, como el de una moneda al caer al suelo. Me agaché y encontré una hebilla de zapato cubierta de óxido rojo. Al ver aquella triste reliquia humana se me estremeció el corazón, pero no de esperanza o temor, sino con una desolada melancolía. La sostuve en la mano y al pensar en su propietario me pareció estar en su presencia. Su rostro curtido por el sol, sus manos de marinero, su voz ronca de tanto cantar en el cabestrante, los pies que habían llevado aquella hebilla y paseado por la cubierta inclinada…, el hecho de que se tratase de una persona como yo, con sangre, pelo y ojos me obsesionaron en aquel lugar solitario y soleado, pero no como si se tratase de un fantasma, sino más bien como un amigo a quien hubiera ofendido gravemente. ¿Estaría de verdad allí el gran barco con sus cañones, cadenas y tesoros, tal como había partido de España, con las cubiertas convertidas en un jardín para las algas y los camarotes en criadero de peces, silenciosos salvo por el rumor del agua e inmóviles a excepción del balanceo de los sargazos que crecían en sus baluartes? ¿Se había trocado aquel viejo y populoso castillo marino en un arrecife en la bahía de Sandag? ¿O bien —como me parecía más probable— la hebilla era un resto del naufragio del bergantín extranjero, comprada hacía poco tiempo y empleada por un hombre de mi misma época, que había oído las mismas noticias que yo, pensado las mismas cosas y tal vez rezado en la misma iglesia? Fuese como fuere, me asaltaron pensamientos melancólicos, las palabras de mi tío «el mar está lleno de muertos» resonaron en mis oídos, y, aunque decidí volver a zambullirme, avancé hacia el borde de las rocas con una enorme repugnancia.

En ese instante el aspecto de la bahía sufrió un cambio muy notable. Dejó de ser un interior visible y despejado, como una casa con un techo de cristal, donde la luz verde y submarina del sol reposaba tranquilamente. Supongo que la brisa había perturbado su superficie, y una especie de desorden y oscuridad llenó su seno, donde se mezclaban confusamente los destellos de luz y las nubes de sombra. Incluso la terraza de abajo temblaba y se agitaba lóbregamente. Ahora parecía más arriesgado aventurarse en aquel lugar lleno de peligros ocultos, y, al saltar al agua por segunda vez, lo hice con el alma encogida.

Me agarré como había hecho la ocasión anterior y busqué a tientas entre la ondulante maraña. Todo lo que tocaba era frío, blando y pegajoso. Los cangrejos y las langostas se movían dando tumbos entre las algas, y tuve que hacer acopio de valor ante el terror que me inspiraba la carroña de que se alimentaban. Por todas partes notaba el grano y las grietas de la piedra dura, nada de planchas de madera o hierro y ni un solo indicio del naufragio: el *Espíritu Santo* no estaba allí. Recuerdo que la desilusión me produjo una especie de alivio, y estaba a punto de abandonar cuando ocurrió algo que me hizo volver a la superficie con el corazón en un puño. Me había

demorado bastante en mis exploraciones, la corriente empezaba a cobrar fuerza con el cambio de la marea y la bahía de Sandag ya no era un lugar seguro para un nadador solitario. Pues bien, justo en ese momento, un golpe de corriente atravesó la maraña de algas como una ola. Perdí uno de mis puntos de sujeción y me arrastró de lado; instintivamente mis dedos buscaron otro lugar donde agarrarse y se cerraron en torno a algo duro y frío. Creo que supe en el acto de qué se trataba. Al menos logré soltarme de las algas, nadé hacia la superficie y un instante después estaba trepando a las rocas con la tibia de un hombre en la mano.

El hombre es una criatura material, lento a la hora de pensar y asociar ideas. La tumba, el naufragio del bergantín y la hebilla oxidada eran avisos muy claros. Un niño habría podido interpretarlos, y, sin embargo, hasta que no toqué aquel trozo de ser humano mi espíritu no comprendió del todo el horror del osario del océano. Dejé el hueso junto a la hebilla, recogí mi ropa y corrí por las rocas hasta la playa. Solo quería alejarme de aquel sitio, no había fortuna lo bastante grande para tentarme a volver. Por mí, los huesos de los ahogados podían rodar eternamente entre algas u oro recién acuñado. Y, en cuanto volví a pisar la arena y cubrí mi desnudez para protegerme del sol, me arrodillé de todo corazón junto a los restos del bergantín y recé larga y apasionadamente por las pobres almas del mar. A mi entender, una oración generosa no se ofrece nunca en vano: puede que la petición sea denegada, pero el que pide siempre es recompensado con algún favor divino. Al menos el terror desapareció de mi imaginación y pude contemplar con espíritu tranquilo aquella gran y brillante criatura que es el océano de Dios. Al emprender el camino a casa por las escarpadas laderas de Aros, no quedaba de mi propósito más que la profunda determinación de no volver a mezclarme con los restos de los naufragios o los tesoros de los muertos.

Casi había llegado a mitad de la ladera cuando me detuve a tomar aliento y a echar un vistazo a mis espaldas. Lo que vieron mis ojos resultó doblemente extraño.

En primer lugar, la tormenta que había anticipado avanzaba ahora con una rapidez casi tropical. La superficie del mar había trocado su llamativa brillantez por un feo tono plomizo. En la distancia, las olas blancas, las «cabrillas» del mar, empezaban a dispersarse huyendo de un viento que aún no era apreciable en Aros, y, a lo largo de la curva de la bahía de Sandag, la corriente corría ya con tanta fuerza que se oía desde allí arriba. El cambio sufrido por el cielo era incluso más notable. Por el sudoeste había empezado a alzarse una nube enorme y ceñuda. Aquí y allá el sol arrojaba aún una gavilla de rayos a través de algún hueco, y alrededor de todo su contorno unos penachos negros se extendían por el cielo todavía sin cubrir. La amenaza era expresa e inminente. Mientras contemplaba todo aquello, el sol se tapó. En cualquier momento la tempestad desataría sobre Aros toda su fuerza.

Aquel cambio de tiempo tan repentino me hizo fijar la vista en el cielo y tardé unos segundos en mirar hacia la bahía, dibujada a mis pies y oscurecida al ocultarse el sol. El montículo al que acababa de subir estaba junto a un pequeño anfiteatro de

colinas más bajas que descendían en pendiente hacia el mar, más allá del arco amarillo de la playa y la gran extensión de la bahía de Sandag. Era un paisaje que había contemplado a menudo, pero en el que nunca había visto una figura humana. Apenas hacía un rato que la había dejado vacía, así que cualquiera podrá imaginar mi sorpresa cuando vi un bote y a varios hombres en aquel lugar tan solitario. El bote se aguantaba en facha junto a las rocas. Un par de tipos con la cabeza descubierta, la camisa arremangada, y uno de ellos ayudado con un bichero, se esforzaban en amarrarlo allí, pues la corriente era más fuerte a cada momento. Un poco más lejos, sobre el arrecife, dos hombres vestidos de negro, a quienes juzgué de rango superior, inclinaban la cabeza enfrascados en alguna labor que al principio no acerté a comprender. Un segundo más tarde lo entendí: estaban haciendo mediciones con la brújula; justo después vi que uno de ellos desenrollaba una hoja de papel y señalaba un punto con el dedo como si identificara un lugar en el mapa. Entretanto, un tercero iba y venía de aquí para allá, husmeando entre las rocas y asomándose sobre el agua. Mientras los observaba sorprendido y estupefacto, pues mi imaginación apenas podía interpretar lo que veían mis ojos, aquella tercera persona se agachó de pronto y llamó a sus compañeros con un grito tan estentóreo que lo oí desde la colina. Los demás corrieron a su encuentro tan deprisa que la brújula se les cayó al suelo, y vi cómo la tibia y la hebilla pasaban de mano en mano y daban pie a extraños gestos de sorpresa e interés. Justo entonces oí gritar a los marineros del bote mientras señalaban hacia el oeste, en dirección a la enorme nube que iba ennegreciendo el cielo cada vez más deprisa. Los otros parecieron pararse a deliberar un instante, pero el peligro era demasiado grande para afrontarlo, así que subieron al bote mis reliquias y salieron de la bahía remando con todas sus fuerzas.

No me entretuve un minuto más, me volví y corrí hacia la casa. Quienesquiera que fuesen aquellos hombres era imprescindible informar a mi tío cuanto antes. En aquella época no era tan descabellado pensar que pudiera tratarse de una incursión de los jacobitas, y tal vez el príncipe Charlie, a quien yo sabía que mi tío detestaba tanto, fuese uno de los tres superiores a quienes había visto en el arrecife. Sin embargo, mientras corría saltando de peña en peña, aquella teoría me fue pareciendo cada vez menos creíble. La brújula, el mapa, el interés despertado por la hebilla y el comportamiento de aquel desconocido que no paraba de escudriñar las aguas a sus pies parecían apuntar a una explicación muy diferente de su presencia en aquella isla oscura y lejana del mar occidental. El historiador de Madrid, la búsqueda iniciada por el doctor Robertson, el extranjero de la barba y los anillos, mis propios e infructuosos esfuerzos de esa misma mañana en las profundidades de la bahía de Sandag, empezaron a encajar, pieza a pieza, en mi memoria y pronto me convencí de que aquellos desconocidos debían de ser españoles en busca del antiguo tesoro y el barco hundido de la Armada Invencible. Pero los habitantes de las islas exteriores, como Aros, son responsables de su propia seguridad: no hay nadie cerca capaz de protegerles o siquiera ayudarles, y la presencia en aquel lugar de una tripulación de

aventureros extranjeros —pobres, ambiciosos y probablemente forajidos— me llenó de aprensión respecto al dinero de mi tío, e incluso la seguridad de su hija. Todavía estaba preguntándome cómo íbamos a librarnos de ellos cuando llegué, casi sin aliento, a la cima de Aros. El mundo entero estaba en sombras; solo en el extremo este, en una de las montañas de tierra firme, se demoraba un último rayo de sol como si fuese una joya. Había empezado a llover, no con fuerza, pero sí con grandes gotas, el mar estaba cada vez más encrespado y un cinturón de espuma ceñía ya Aros y la cercana costa de Grisapol. El bote seguía alejándose mar adentro, pero entonces reparé en algo que no había visto cuando estaba más abajo: una goleta preciosa, enorme y con grandes mástiles les esperaba junto al extremo sur de Aros. Como no la había visto esa mañana, cuando había escrutado con tanta atención los indicios del cambio de tiempo en aquellas aguas solitarias donde rara vez se veía una vela, era evidente que debía de haber pasado la noche detrás de la isla deshabitada de Eilean Gour, y eso probaba sin ningún género de dudas que estaba tripulada por gente que desconocía nuestras costas, pues dicho fondeadero, aunque parece seguro a primera vista, es una ratonera para los barcos. Con marineros tan ignorantes en una costa tan traicionera, no parecía improbable que la tormenta que se avecinaba llevara la muerte consigo.

4

La tormenta

Encontré a mi tío junto al extremo de la casa, observando el cambio de tiempo con una pipa entre los dedos.

—Tío —le dije—, he visto a unos hombres en la bahía de Sandag…

No tuve tiempo de añadir nada más; el efecto que produjeron mis palabras en mi tío Gordon fue tan extraño que olvidé mi cansancio y lo que tenía que decirle. Soltó la pipa y apoyó la espalda contra la casa con la boca abierta, la mirada fija y el fino semblante tan blanco como la pared. Creo que nos quedamos casi medio minuto mirándonos en silencio, antes de que me respondiera de este modo tan extraño:

—¿Llevaba un gorro de piel?

Supe, tan bien como si hubiera estado allí, que el hombre que yacía enterrado en Sandag había llevado un gorro de piel y que había llegado a la orilla con vida. Por primera y única vez, le falté al respeto al hombre que era mi benefactor y el padre de la mujer a quien deseaba convertir en mi esposa.

—Estos hombres estaban vivos —repliqué—, tal vez sean jacobitas, tal vez franceses, tal vez piratas, tal vez aventureros llegados en busca del tesoro del barco español, pero sean quienes sean suponen un peligro para su hija que es además mi prima. En cuanto a los temores que le inspiran sus pecados, sepa que el muerto

descansa donde lo dejó. Esta mañana estuve junto a su tumba y no despertará hasta que suene la trompeta del Día del Juicio. —Mi tío me miró parpadeando mientras le hablaba, luego se quedó mirando fijamente al suelo y empezó a retorcerse los dedos; era evidente que se había quedado sin palabras—. Vamos —le dije—. Tiene usted que pensar en los demás. Debe subir a la montaña conmigo y echarle un vistazo a ese barco.

Me obedeció sin mirarme ni decir nada y siguió despacio mis impacientes pasos. Parecía haberse quedado sin fuerzas y trepaba pesadamente entre las peñas, en lugar de saltar de una a otra como acostumbraba. Tampoco logré, a pesar de todos mis gritos, que se apresurara lo más mínimo. Solo en una ocasión me contestó quejoso, como alguien que sufre un dolor físico: «Sí, sí, hombre, ya voy». Mucho antes de que alcanzásemos la cima ya no abrigaba por él más que lástima. Si el crimen había sido monstruoso, el castigo estaba siendo proporcionado.

Por fin llegamos a la cima y pudimos mirar a nuestro alrededor. Todo estaba muy negro y tormentoso, el último rayo de sol había desaparecido, se había levantado un viento racheado e inconstante, aunque todavía no soplaba muy fuerte, y había dejado de llover. A pesar de que había pasado muy poco tiempo, el mar estaba mucho más crecido que cuando lo había visto antes y había empezado ya a romper sobre los arrecifes exteriores y a aullar en las cavernas marinas de Aros. Al principio no divisé la goleta.

—Ahí está —dije por fin. Pero su nueva situación y el curso que había tomado me sorprendieron mucho—. No pretenderán ir mar adentro —grité.

—Pues eso es lo que están haciendo —respondió mi tío con una especie de alegría, y justo en ese momento la goleta viró por avante y terminó de despejar todas mis dudas.

Los desconocidos, al ver aproximarse la tormenta, habían optado por adentrarse en alta mar en busca de espacio donde maniobrar. Con el viento que amenazaba levantarse, en esas aguas plagadas de arrecifes y con una corriente tan fuerte, iban directos a una muerte segura.

—¡Dios mío! —dije—, están perdidos.

—Sí —respondió mi tío—, lo están. La única forma de salvarse habría sido poner rumbo a Kyle Dona. Pero, si siguen por donde van ahora, no sobrevivirán, es como si el barco lo gobernara el mismo demonio. ¡Eh, muchacho —prosiguió cogiéndome de la manga—, hace una noche estupenda para un naufragio! ¡Será el segundo en dos meses! ¡«Los juerguistas» bailarán sobre ellos!

Lo miré y empecé a pensar que no estaba en sus cabales. Estaba mirándome como si buscara mi complicidad, con un tímido regocijo en la mirada. Todo lo ocurrido quedaba olvidado ante la inminencia de aquel nuevo desastre.

—Si no fuese demasiado tarde —grité indignado—, cogería el bote e iría a advertirles.

—No, no —se quejó—, no debes interferir, no debes entrometerte en una cosa así. Todo esto es obra suya —continuó quitándose la gorra—. Es su voluntad. ¡Y, muchacho, hace una noche estupenda para un naufragio!

Había empezado a sentir una especie de temor, así que le recordé que no habíamos comido y le propuse volver a la casa. Pero, no, nada en el mundo habría podido arrancarlo de aquel lugar.

—Tengo que verlo todo, Charlie —explicó, y luego, al ver virar la goleta por segunda vez, gritó—: ¡Eh, esos tipos saben navegar! ¡Los del *Christ-Anna* no les llegaban ni a la altura del zapato!

Para entonces los hombres de a bordo debían de haber empezado a comprender parte de los peligros que acechaban a su barco. Cada vez que cesaba caprichosamente el viento debían de notar con qué fuerza los arrastraba la corriente. Las bordadas se iban haciendo más cortas a medida que reparaban en lo poco que avanzaban. A cada momento el mar golpeaba con más fuerza y cubría de espuma otro arrecife sumergido y las olas rompían con estruendo junto a la proa y dejaban al descubierto las rocas marrones y las algas chorreantes. Todas las manos estaban ocupadas y Dios sabe que no había a bordo de aquel barco ningún hombre ocioso. Y aquella era la terrible escena que mi extraviado tío observaba y disfrutaba como un entendido. Cuando me di la vuelta para descender por la ladera, él estaba tumbado en la cima boca abajo, con las manos extendidas y agarradas al brezo. Parecía rejuvenecido en cuerpo y alma.

Cuando llegué a la casa conmovido, todavía me entristeció más ver a Mary. Tenía la camisa arremangada sobre los fuertes brazos y estaba amasando pan en silencio. Cogí una hogaza del armario y me senté a comer sin decir nada.

—¿Estás cansado? —me preguntó al cabo de un rato.

—No es que esté cansado, Mary —respondí incorporándome—, sino harto de tantas esperas y tal vez también de Aros. Tú me conoces lo bastante para juzgar con ecuanimidad mis palabras, y te aseguro que preferiría que estuvieses en cualquier otro sitio.

—De lo único que estoy segura —replicó ella— es de que estaré allí donde me llame mi deber.

—Olvidas que también tienes un deber para contigo misma.

—¿Ah, sí? —se mofó ella mientras golpeaba la masa—. ¿Y eso lo has leído en la Biblia?

—Mary —le dije con solemnidad—, no debes burlarte de mí ahora. Dios sabe que no es momento para bromas. Si pudiésemos llevarnos a tu padre sería aún mejor, pero, con él o sin él, pienso sacarte de aquí, por tu bien y por el mío, sí, y por el de tu padre también. Tengo que llevarte lejos…, muy lejos de aquí. Vine con otras intenciones, como quien vuelve a su hogar, pero ahora todo ha cambiado, y no tengo otro deseo o esperanza que la huida, pues esa y no otra es la palabra, huir, igual que huye un pájaro del lazo del cazador, de esta isla maldita.

Ella dejó lo que estaba haciendo.

—¿Es que crees —dijo— que no tengo ojos ni oídos? ¿Crees que no se me parte el alma al ver estas maravillas (como él las llama, ¡que Dios le perdone!) salidas del mar? ¿Crees que he vivido con él día tras día sin reparar en lo que tú has visto en unas horas? No —prosiguió—, sé que hay algo malo en todo esto, no sé exactamente qué es ni quiero saberlo. Que yo sepa, nunca se ha mejorado algo malo por entrometerse. No me pidas que abandone a mi padre. Mientras le quede aliento, seguiré a su lado. Aunque estoy segura de que ya no le queda mucho tiempo, Charlie… Es un hombre marcado y tal vez sea mejor así. —Guardé silencio un rato, sin saber muy bien qué decir, y, cuando alcé la cabeza para hablar, ella se me adelantó —: Charlie, lo que es bueno para mí no tiene por qué serlo también para ti. El pecado y el infortunio se han abatido sobre esta casa; tú eres forastero, coge tus cosas y ve a buscar sitios y personas mejores, y, si alguna vez decides volver, aunque sea dentro de veinte años, ten por seguro que te estaré esperando.

—Mary Ellen —respondí—, te pedí que te casaras conmigo y tú aceptaste. Eso está decidido. Así que allí donde tú estés, estaré yo, de eso respondo ante Dios.

Acababa de pronunciar esas palabras cuando el viento se puso a aullar de pronto; luego cesó y pareció susurrar alrededor de la casa de Aros. Era la primera ráfaga, o el prólogo, de la tempestad, y, cuando corrimos sobresaltados a echar un vistazo, descubrimos que una oscuridad crepuscular rodeaba la casa.

—¡Que Dios se apiade de esos desdichados marineros! —dijo—. No volveremos a ver a mi padre hasta mañana por la mañana.

Y luego, mientras escuchábamos sentados junto al fuego las crecientes ráfagas de viento, me contó cómo le había sobrevenido aquel cambio a mi tío. El último invierno su humor había sido de lo más mudable y apesadumbrado. Cada vez que crecía el remolino, o, como dijo Mary, cada vez que danzaban «los juerguistas», se pasaba horas tumbado en la cima del promontorio, si era de noche, o en lo alto de Aros, si era de día, observando el mar tumultuoso y escrutando el horizonte en busca de una vela. Después del diez de febrero, cuando el naufragio que les trajo aquellas riquezas fue a parar a la bahía de Sandag, se mostró extrañamente jubiloso y su excitación no tuvo límites, aunque poco a poco se fue volviendo más siniestra. Empezó a descuidar su trabajo y permitió que Rorie haraganeara ocioso. Los dos se pasaban las horas sumidos en confabulaciones al otro extremo de la casa y hablaban en voz baja en tono misterioso y casi de culpa, y, si ella les interrogaba, como hizo alguna vez al principio, evitaban sus preguntas de forma confusa. Desde que Rorie reparó en el pez que merodeaba junto al transbordador, su patrón no había vuelto a pisar la tierra firme del monte Ross más que una sola vez. Y en esa ocasión —en plena primavera— había cruzado a pie aprovechando que la marea estaba baja, pero se entretuvo demasiado y a su regreso se encontró incomunicado por la subida del agua. Atravesó el estrecho entre gritos de agonía y llegó a casa dominado por un

miedo febril. El miedo al mar, la obsesión constante del mar, estaba presente en todas sus conversaciones y devociones e incluso en su mirada cuando estaba callado.

Rorie llegó solo a cenar, pero poco después apareció mi tío, se puso una botella bajo el brazo, se metió un poco de pan en el bolsillo y volvió a su puesto de vigilancia, seguido esta vez por Rorie. Oí que la goleta iba perdiendo terreno y que la tripulación seguía luchando con ingenio y coraje por cada centímetro, aunque sin la menor esperanza. La noticia me entristeció.

Poco después de atardecer, estalló la tormenta con toda su furia, una tormenta como jamás había visto en verano, y ni siquiera, teniendo en cuenta la rapidez con que se había formado, en invierno. Mary y yo nos quedamos sentados en silencio, la casa temblaba sobre nuestras cabezas, la tormenta aullaba fuera y el fuego chisporroteaba con las gotas de lluvia. Nuestros pensamientos estaban muy lejos, con los pobres diablos a bordo de la goleta o con mi no menos desdichado tío, que estaba pasando la noche al raso sobre el promontorio, y, sin embargo, a veces nos sobresaltábamos cuando el viento arreciaba y azotaba la casa como si fuera un cuerpo sólido, o cuando cesaba de pronto y el fuego se avivaba haciendo que el corazón se nos saliera del pecho. Ahora la tormenta sacudía con todas sus fuerzas las cuatro esquinas del tejado y rugía como un Leviatán enfurecido. Ahora, en un momento de calma, unos fríos remolinos recorrían estremecidos la habitación y nos agitaban el cabello al pasar entre nosotros. Y de nuevo el viento estallaba en un coro de sonidos melancólicos y aullaba en la chimenea y gemía con una suavidad aflautada alrededor de la casa.

Debían de ser casi las ocho cuando Rorie entró y me arrastró con cierto misterio hasta la puerta. Al parecer, mi tío había asustado incluso a su fiel camarada, y Rorie, inquieto por sus extravagancias, me rogó que compartiera la guardia con él. Me apresuré a hacer lo que me pedía, pues el miedo, el espanto y la electrizante tensión de aquella noche me tenían inquieto y tanto más dispuesto a pasar a la acción. Le dije a Mary que no se preocupara y que yo cuidaría de su padre, me envolví en mi manta escocesa y seguí a Rorie afuera.

La noche, a pesar de que estábamos a principios del verano, era tan oscura como si fuera de enero. Intervalos de tenue crepúsculo se alternaban con momentos de intensa negrura, y era imposible buscar un motivo para dichos cambios en el variable horror del cielo. El viento cortaba el aliento, el cielo entero rugía sobre nuestras cabezas como una nave gigantesca, y en un momento de calma sobre Aros, oímos las ráfagas que soplaban tristemente a lo lejos. El viento debía de estar soplando con tanta ferocidad en los valles del monte Ross como en mar abierto, y Dios sabe el fragor que debía oírse en la cima del Ben Kyaw. Rociones de lluvia mezclada con espuma nos azotaban la cara. Alrededor de la isla de Aros las olas golpeaban las playas y los arrecifes con incesante estruendo. Más ruidosa aquí, más leve allá, como las combinaciones de la música orquestal, la masa constante de sonido apenas variaba un instante. Y por encima de todo aquel bullicio se oían las diversas voces del

remolino y el intermitente rugido de «los juerguistas». En ese momento comprendí de dónde les venía aquel nombre. Pues el ruido que hacían parecía casi alegre y daba la impresión de oírse por encima de los demás sonidos nocturnos; y, si no alegre, al menos movido por una jovialidad portentosa. No, incluso parecía humano. Como cuando la gente desenfrenada se emborracha hasta perder la capacidad del habla y se pasan horas gritando a coro, así gritaban aquellas terribles rompientes en la noche de Aros.

Cogidos del brazo y tambaleándonos contra el viento, Rorie y yo recorrimos cada metro con enorme esfuerzo. Nos resbalábamos en el suelo mojado, nos caíamos de bruces entre las rocas. Magullados, empapados hasta los huesos, medio molidos y casi sin aliento, debimos de tardar casi media hora para llegar de la casa a la cima del promontorio, desde donde se divisa el remolino. Aquel, al parecer, era el observatorio favorito de mi tío. Justo delante, donde el acantilado es más alto y escarpado, hay un montículo de tierra como un parapeto que sirve de protección frente al viento y donde uno puede sentarse a contemplar cómo la marea y las olas combaten a sus pies. Igual que uno puede observar una pelea callejera asomándose a la ventana de su casa, asomándose a aquel observatorio se divisaba el ajetreo de «los juerguistas». En una noche así, por supuesto, no se ve más que un pozo de negrura, donde las aguas giran y hierven, donde las olas se mezclan con un estruendo como el de una explosión y la espuma se alza y desaparece en un parpadeo. Nunca antes había visto tan violentos a «los juerguistas». La furia, la altura y la transitoriedad de los surtidores eran más dignas de ser vistas que contadas. Se elevaban por encima de nuestras cabezas en el acantilado como blancas columnas en la oscuridad y un instante después ya no estaban. A veces tres de ellos se alzaban y desaparecían al mismo tiempo, a veces una racha los impulsaba y el roción caía sobre nosotros tan pesado como una ola. Y, no obstante, el espectáculo impresionaba más por su levedad que por su fuerza. Aquel condenado estruendo aniquilaba el pensamiento, una alegre vacuidad dominaba la imaginación y más de una vez me sorprendí siguiendo la danza de «los juerguistas» como si fuese una melodía tañida en un instrumento musical.

Vi por primera vez a mi tío cuando estábamos todavía a varios metros de distancia, en uno de esos breves momentos en que la luz del crepúsculo desafiaba la profunda oscuridad de la noche. Estaba de pie tras el parapeto, con la cabeza hacia atrás y la botella en la boca. Al bajarla nos vio e hizo un gesto burlón con la mano.

—¿Ha estado bebiendo? —le grité a Rorie.

—Siempre se emborracha cuando se desata una tormenta —contestó él en el mismo tono para que pudiera oírle.

—¿De modo que en febrero también estaba borracho? —insistí.

El «Sí» de Rorie me alegró mucho. Eso quería decir que el asesinato no había ocurrido a sangre fría ni había sido producto de un cálculo premeditado. Había sido un acto de locura que debía ser más perdonado que condenado. Mi tío, si se quiere, podía ser un hombre peligroso, pero no cruel y malvado como me había temido al

principio. Y, sin embargo, ¡menudo sitio y qué vicio tan increíble había elegido aquel desdichado para correrse una juerga! Siempre he considerado la embriaguez un placer desenfrenado y casi temible, más demoníaco que humano, pero emborracharse allí, en aquella rugiente negrura, al borde de un acantilado y sobre semejante infierno acuático, con la cabeza dándole vueltas como el remolino, los pies tambaleándose al filo de la muerte y los oídos atentos a cualquier indicio del naufragio, parecía, de ser creíble en alguien, moralmente imposible en un hombre como mi tío, cuya imaginación estaba dominada por un credo condenatorio y plagada de negras supersticiones. Y sin embargo así era, y cuando llegamos a la protección del parapeto y recobramos el aliento, reparé en que los ojos le brillaban en plena noche con un fulgor impío.

—¡Charlie, muchacho, es magnífico! —gritó arrastrándome hasta el borde del abismo de donde procedían aquel clamor ensordecedor y aquellas nubes de espuma —. ¡Mira cómo bailan, muchacho! ¿No te parecen perversos? —Lo dijo con tanta delectación que me pareció un modo muy adecuado de describir la escena—. Aúllan así por la goleta —prosiguió con una voz débil y demente que era claramente audible al resguardo de aquel montículo—, está cada vez más cerca, y más, y más, y más, y más… Ellos lo saben, saben muy bien que están muy cerca. En esa goleta están todos borrachos, Charlie, todos están amodorrados por la bebida. Igual que lo estaban al final en el *Christ-Anna*. Nadie se ahoga en el mar con ganas de *brandy*. ¡Quita! ¿Qué sabrás tú? —exclamó con un súbito arranque de energía—. Te digo que nadie se ahoga sin beber antes un poco de *brandy*. Toma —dijo alargándome la botella—, echa un trago.

Estuve a punto de rechazarla, pero Rorie me rozó a modo de advertencia y me lo pensé dos veces. Cogí la botella y no solo bebí un buen trago, sino que me las arreglé para derramar una buena cantidad mientras lo hacía. Era alcohol puro y casi me atraganté al tragarlo. Mi pariente no reparó en la pérdida y volvió a empinar el codo para apurar la botella hasta las heces. Luego, con una carcajada, la lanzó hacia «los juerguistas», que parecieron saltar y gritar para atraparla.

—¡Ahí tenéis, chicos! —gritó—, es vuestro regalo. Ya conseguiréis algo mejor por la mañana.

De pronto, en la oscuridad de la noche, en un instante en que se calmó el viento, oímos el sonido de una voz humana. Enseguida el viento empezó a aullar sobre el promontorio, el remolino rugió, se agitó y bailó con furia renovada. Pero todos habíamos reparado en aquel sonido, y comprendimos angustiados que se trataba de aquel barco maldito que se aproximaba a su perdición, y que lo que habíamos oído era la voz del capitán dando su última orden. Acurrucados junto al abismo, aguzamos los sentidos y esperamos el inminente final. No obstante, pasó mucho tiempo, que a nosotros nos pareció una eternidad, antes de que la goleta surgiera de pronto entre torres de espuma reluciente. Todavía me parece ver el aleteo de la arrizada vela mayor cuando la botavara cayó pesadamente sobre cubierta, aún creo distinguir el

negro perfil del casco, y tengo la impresión de discernir la figura de un hombre sobre la caña del timón. Sin embargo, todo ocurrió a la velocidad del rayo: la misma ola que nos la había mostrado la envolvió enterrándola para siempre, el grito de muchas voces al borde de la muerte se alzó y se acalló ante el rugido de «los juerguistas». Y así concluyó la tragedia. El poderoso barco, con todos sus aparejos y la lámpara tal vez encendida todavía en el camarote, las vidas de tantos hombres, preciosas sin duda para muchos, amadas, al menos, por ellos mismos, se habían ido a pique en un instante entre las olas. Habían partido como en un sueño. Y el viento siguió soplando y chillando y las aguas del remolino siguieron girando y saltando tan indiferentes como siempre.

No sabría decir cuánto tiempo pasamos allí los tres inmóviles y sin decir palabra, pero debió de ser un buen rato. Por fin, uno por uno, y casi maquinalmente, nos arrastramos de nuevo al resguardo del montículo. Mientras yacía contra el parapeto, abatido y no del todo dueño de mí mismo, oí que mi pariente musitaba algo para sí en tono alterado y melancólico. Con voz sensiblera repetía una y otra vez «¡Con todo lo que han luchado…, con todo lo que han luchado, pobres muchachos, pobres muchachos!», y luego lloriqueaba: «Y eso que los aparejos eran buenos», porque el barco se había hundido en «los juerguistas» en lugar de encallar en la orilla, y, de vez en cuando, el nombre del *Christ-Anna* surgía en sus divagaciones, pronunciado con un temor estremecido. La tormenta amainó rápidamente. En menos de media hora el viento se había convertido en una brisa, y el cambio vino acompañado de una lluvia fría y pesada. Debí de quedarme dormido y, cuando me desperté calado hasta los huesos, exhausto y entumecido, había amanecido ya un día gris, húmedo y desapacible, el viento soplaba a rachas, había bajado la marea, el remolino apenas era visible y solo las olas alrededor de la costa de Aros seguían siendo testigos de las furias que se habían desatado aquella noche.

5

Un hombre surgido del mar

Rorie volvió a la casa para desayunar y calentarse un poco, pero mi tío prefirió ir a inspeccionar la costa de Aros, y yo me sentí obligado a acompañarlo. Ahora se mostraba dócil y callado y, aunque trémulo y débil en cuerpo y alma, llevó a cabo su exploración con una impaciencia infantil. Trepaba a las rocas en la playa y corría detrás de las olas. Un simple tablón partido o un jirón de cordaje era como un tesoro que debía recuperar aun a costa de arriesgar la vida. Me aterraba verlo exponerse entre las olas con paso inseguro y vacilante, o arriesgarse entre las trampas y recovecos de las rocas cubiertas de algas. Lo sujetaba por el faldón de la camisa dispuesto a cogerlo en caso necesario, le ayudé a poner fuera del alcance de las olas

sus patéticos hallazgos. Una nodriza que acompañara a un niño de siete años habría tenido una vivencia muy parecida a la mía.

A pesar de lo debilitado que estaba por la locura de la noche anterior, las pasiones que ardían en su naturaleza seguían siendo las de un hombre fuerte. El terror que le inspiraba el mar, aunque lograse dominarlo de momento, no había disminuido lo más mínimo: si el mar hubiera sido un lago en llamas, no le habría inspirado un pánico mayor, y una vez que resbaló y se sumergió hasta la rodilla en una poza, soltó un grito mortal desde el fondo de su alma. Luego se sentó un rato jadeando como un perro, pero el ansia de recuperar los restos del naufragio volvió a triunfar sobre sus temores y volvió a tambalearse entre la espuma y a arrastrarse entre las rocas donde burbujeaban las olas. Su corazón parecía un trozo de madera que el mar hubiera arrastrado a la orilla, carente de otra utilidad, en caso de tener alguna, que la de echarlo al fuego. Pese a lo satisfecho que estaba de sus hallazgos, seguía quejándose por su mala suerte:

—Aros —decía— no es buen sitio para naufragios…, no, ni mucho menos. Con todos los años que he pasado aquí y este es el segundo. Un aparejo tan bueno desaparecido…

—Tío —le dije, aprovechando que estábamos en una extensión de arena donde no había nada que pudiera distraerlo—, anoche le vi en un estado en que no había imaginado verle nunca…, estaba usted borracho.

—Vamos, vamos —respondió—, no fue para tanto. Estuve bebiendo un poco. Y, para serte sincero, no puedo evitarlo. Normalmente no hay hombre más sobrio que yo, pero cuando oigo soplar así el viento pierdo un poco la cabeza.

—Es usted un hombre religioso —repliqué—, y eso es un pecado.

—¡Oh! —contestó—, si no fuese pecado, no sé si me atraería tanto. Verás, muchacho, se trata de una especie de rebeldía. El mar acumula muchos de los pecados del mundo, no es que sea precisamente muy cristiano, y, cuando se encrespa y el viento empieza a aullar, ambos parecen hermanos…, luego pienso en «los juerguistas», esos jóvenes que gritan y ríen, y en los pobres diablos que se pasan la noche luchando en sus barcos, y me embarga una especie de maleficio. Ya sé que debo de estar endemoniado, pero los pobres marineros me son indiferentes: me pongo de parte del mar y es como si yo mismo fuera uno de «los juerguistas».

Pensé que debía golpearle en un punto débil. Me volví hacia el mar. La marea corría alegremente, las olas se perseguían unas a otras hasta la playa con la melena al viento, se alzaban, se curvaban, caían una sobre la otra en la arena pisoteada. Fuera estaban el aire salado, las gaviotas asustadas y el numeroso ejército de las rompientes marinas que relinchaban unas junto a otras mientras se preparaban para el asalto de Aros y, a nuestros pies, se extendía la línea de la arena que, pese a su número y su furia, no podrían atravesar nunca.

—Hasta aquí has de llegar —dije yo—, y no más lejos.

Y luego cité con tanta solemnidad como me fue posible un verso que siempre me había parecido apropiado para el coro de las olas:

El Señor en las alturas
es mucho más poderoso
que el fragor de las aguas revueltas,
y más magnífico que las olas turbulentas.

—Sí —dijo mi tío—, al final el Señor triunfará, de eso no me cabe la menor duda. Pero aquí, en la tierra, hasta los más necios osan hacerle frente. No es una postura inteligente, ni digo que lo sea, pero es una cuestión de amor propio y de apego a la vida y constituye el mejor de los placeres.

No quise insistir, pues estábamos empezando a cruzar la lengua de tierra que nos separaba de Sandag y quise reservar mi último intento de hacerle entrar en razón para cuando estuviéramos en el lugar relacionado con su crimen. Él tampoco dijo nada y siguió andando a mi lado con paso más firme. Fue como si lo que le había dicho hubiera actuado como un estimulante, y noté que había abandonado la búsqueda de restos inútiles y se había sumido en pensamientos profundos, siniestros e inquietantes. Tres o cuatro minutos más tarde habíamos llegado a la cima y empezamos a descender hacia Sandag. El mar había maltratado el naufragio: la roda había girado y estaba un poco más baja, y tal vez la popa estuviera un poco más alta, pues ambas partes yacían separadas en la playa. Cuando llegamos junto a la tumba, me detuve, me descubrí bajo la lluvia y mirando a mi tío a los ojos le dije:

—La providencia divina quiso que un hombre escapara a un peligro mortal: era pobre y extranjero y además estaba desnudo, empapado y exhausto. Reunía todos los requisitos para llegarle a usted a las entrañas y despertar su compasión, tal vez fuera la sal de la tierra, sagrado, amable y solícito, o quizá fuese un hombre cargado de iniquidad para quien la muerte no fuese más que el inicio del tormento. Yo le pregunto a la vista del cielo: Gordon Darnaway, ¿dónde está el hombre por quien murió Cristo? —Las últimas palabras le conmovieron de forma visible, aunque siguió sin responder nada y su rostro no expresó otro sentimiento que una vaga alarma—. Es usted el hermano de mi padre —continué—. Me ha enseñado a considerar su casa como si fuese mía y ambos somos pecadores que caminamos ante el Señor entre la maldad y los peligros del mundo. Dios nos conduce al bien mediante el mal. Pecamos, no diré que por su tentación, pero sí con su consentimiento, y, para cualquiera que no esté embrutecido, los pecados son el principio de la redención. Dios le ha advertido a usted con este crimen. Aún hoy sigue advirtiéndole mediante esta tumba ensangrentada que tenemos a nuestros pies, y, si a esto no le sigue ninguna mejora ni arrepentimiento, ni retorno a Él, ¿qué otra cosa podemos esperar salvo que se produzca algún juicio memorable?

Mientras pronunciaba aquellas palabras, mi tío apartó la mirada y sufrió un cambio casi indescriptible: sus rasgos parecieron disminuir de tamaño, el color

desapareció de sus mejillas, levantó una mano temblorosa, señaló a lo lejos por encima de mi hombro y de sus labios volvió a salir aquel nombre tantas veces repetido:

—¡El *Christ-Anna*!

Me volví, y, aunque no me horroricé tanto como él, di gracias al cielo de no tener motivos para hacerlo, pues también a mí me espantó lo que vieron mis ojos: de pie sobre el tambucho del barco había un hombre de espaldas que parecía estar escrutando el horizonte mientras se hacía visera con una mano sobre los ojos. Su silueta se recortaba contra el mar y el cielo y era evidente que se trataba de alguien de elevada estatura. Ya he dicho mil veces que no soy supersticioso, pero en ese momento, con la imaginación ocupada por la muerte y el pecado, la inexplicable aparición de un desconocido en aquella isla solitaria me inspiró una sorpresa que rozaba el pavor. Apenas parecía posible que un ser humano hubiese llegado vivo a la playa con un mar tan embravecido como el que había batido esa noche las costas de Aros, y el único barco en millas a la redonda se había hundido ante nuestros propios ojos junto a «los juerguistas». Las dudas que me asaltaron hicieron que aquella tensión resultara insoportable, y para convertir aquello en algo tangible, me adelanté y saludé a la figura como si fuese un barco.

Él se volvió y tuve la impresión de que se sorprendía al vernos. Eso me ayudó a recobrar el valor y le llamé y le hice señas de que se acercase. Él, por su parte, saltó de inmediato a la arena y empezó a acercarse lentamente, entre muchas pausas y dudas. Su desconfianza me envalentonó aún más y avancé unos pasos dándole ánimos con la cabeza y la mano. Era evidente que el náufrago tenía malos informes acerca la hospitalidad de nuestras islas, pues, sin duda, la gente del norte gozaba de mala reputación por aquella época.

—Vaya —dije—, ¡ese hombre es negro!

Y, justo en ese momento, mi tío empezó a blasfemar y a rezar en un tono de voz tan confuso que apenas lo entendí. Lo miré: se había hincado de rodillas, su semblante tenía una expresión agónica, el tono de su voz aumentaba a cada paso que daba el náufrago, así como su verbosidad y el fervor con que hablaba. Lo llamo oración, pues iba dirigida a Dios, pero dudo que ninguna otra criatura haya dirigido jamás una sarta de incongruencias semejante a nuestro Creador, y desde luego, si una oración puede ser pecaminosa, aquella arenga enloquecida lo era. Me acerqué a él, lo cogí por los hombros y le obligué a ponerse en pie.

—Silencio —grité—, respete a Dios de palabra, ya que no de obra. Aquí, en la escena misma de sus transgresiones, Él le envía una oportunidad de expiación. Adelántese y aprovéchela, acoja como un padre a una criatura que implora temblando su compasión.

Y, diciendo esas palabras, traté de obligarle a avanzar hacia el negro, pero él me tiró al suelo, escapó dejando entre mis dedos un jirón de su chaqueta y huyó como un gamo colina arriba hacia la cumbre de Aros. Yo me incorporé tambaleándome,

magullado y algo aturdido. El negro se había parado, sorprendido y tal vez aterrado, a mitad de camino entre el naufragio y donde yo estaba. Mi tío ya estaba lejos, saltando de peña en peña, así que me vi dividido entre dos obligaciones. No obstante me incliné, y ruego al cielo que obrara con justicia, por el pobre desdichado que había sobre la arena: al menos él no era claramente culpable de su desdicha y además estaba seguro de poder ayudarlo, mientras que a mi tío empezaba a tenerlo ya por un loco furioso e incurable. El caso es que avancé hacia el negro, que me esperaba con los brazos cruzados como alguien dispuesto a enfrentarse a su destino. Cuando estuve cerca de él, extendió la mano con un gesto imponente, como solo he visto hacer en el púlpito, y me habló en tono ciertamente declamatorio en un idioma incomprensible. Traté de dirigirme a él en inglés y en gaélico, pero todo fue en vano, y se hizo evidente que tendríamos que entendernos por señas. De modo que le indiqué que me siguiera, cosa que hizo con solemne obediencia como un rey destronado, y en todo ese rato no aprecié el menor cambio en su semblante, ni una sombra de ansiedad mientras me esperaba ni de alivio ahora que le había tranquilizado. Recuerdo que pensé que, de tratarse de un esclavo, como suponía, debía de tener una elevada posición social en su país, y a pesar de su abatimiento, no pude sino admirarme de su porte. Cuando pasamos junto a la tumba, me detuve y alcé las manos y la mirada al cielo en señal de respeto y pesar por los muertos, y él, a modo de respuesta, hizo una profunda reverencia y extendió las manos. Fue un gesto muy extraño, pero lo llevó a cabo con mucha familiaridad, y supuse que debía de ser algún ceremonial del país de donde procedía. Al mismo tiempo señaló a mi tío, a quien vimos subido en una loma, y se tocó la cabeza para indicar que estaba loco.

Dimos un rodeo por la costa, pues temí aumentar la agitación de mi tío si cruzábamos monte a través. De camino tuve tiempo suficiente para perfeccionar la pequeña exhibición dramática con la que esperaba satisfacer mi curiosidad. Me detuve sobre una roca y procedí a imitar delante del negro los gestos del hombre a quien había visto el día anterior haciendo mediciones con la brújula en Sandag. Él me entendió de inmediato y me mostró el lugar donde había estado amarrado el bote, señaló hacia el mar como para indicar la posición de la goleta y luego al borde de la roca mientras pronunciaba las palabras «Espíritu Santo» con un acento extraño, pero lo bastante claro para que resultara reconocible. De modo que mis conjeturas habían sido correctas: la supuesta investigación histórica no había sido más que una tapadera para la búsqueda del tesoro, el hombre que había ido a visitar al doctor Robertson había sido el mismo extranjero que había visitado Grisapol en primavera y que yacía ahora junto a otros muchos bajo el remolino de Aros: hasta allí lo había empujado su codicia, y allí se revolverían sus huesos para siempre. Entretanto, el negro siguió con su pantomima: miró al cielo, como si observara la llegada de la tormenta, luego hizo gestos como un marinero animando a los otros a embarcarse, corrió por las rocas como hizo el oficial para subir al bote, y por fin se inclinó con apresuramiento sobre unos remos imaginarios. Sin embargo, lo hizo todo con tanta solemnidad que en

ningún momento tuve la tentación de esbozar siquiera una sonrisa. Por fin me dio a entender, mediante una combinación de gestos casi indescriptible, que se había alejado para inspeccionar los restos del naufragio y había visto, con gran disgusto e indignación, cómo sus camaradas lo abandonaban. Dicho lo cual, volvió a cruzarse de brazos y agachó la cabeza como quien está dispuesto a aceptar su destino.

Una vez resuelto para mí el misterio de su presencia en la playa, le expliqué mediante un dibujo el destino sufrido por el barco y toda su tripulación. Él no demostró la menor sorpresa ni pesar y se limitó a alzar de pronto las manos, como para despedir a sus antiguos amigos o amos (fuesen lo que fuesen). Eso aumentó aún más el respeto que me inspiraba. Cuanto más lo observaba, más inteligente, sobrio y ponderado me parecía, y, antes de que llegásemos a la casa de Aros, casi había olvidado, y le había perdonado, su maligno color.

A Mary le conté todo lo sucedido sin omitir detalle, aunque casi me faltó valor para hacerlo, pero me equivoqué al dudar de su sentido de la justicia.

—Hiciste lo correcto —dijo—. Se hará la voluntad de Dios.

Y acto seguido fue a prepararnos un poco de comida.

En cuanto estuve saciado, le pedí a Rorie que cuidara del náufrago, que todavía no había terminado de comer, y partí en busca de mi tío. No tuve que ir muy lejos para encontrarlo sentado en el mismo lugar, en la misma loma y aparentemente en la misma actitud que la última vez que lo vimos. Como ya he dicho, desde ese lugar se extendían ante él como en un mapa la mayor parte de Aros y del vecino monte del Ross, y era evidente que estaba al acecho, pues nada más asomar mi cabeza por la colina, se puso en pie y se volvió como para enfrentárseme. Lo saludé enseguida, con tanta cordialidad como pude, en el mismo tono y con las mismas palabras que había empleado tantas veces antes al ir a buscarlo para ir a comer. Pero él no movió ni un dedo. Avancé un poco más y traté de razonar con él, pero con el mismo resultado. Sin embargo, cuando volví a hacer ademán de acercarme, volvieron a inflamarse sus dementes temores y, todavía sin decir palabra, pero haciendo gala de una agilidad increíble, emprendió la huida por entre los riscos de la cima. Una hora antes él había estado agotado y yo bastante fresco en comparación. Pero ahora la locura le prestaba fuerzas y habría sido inútil tratar de perseguirle. De hecho, pensé, el mero intento de hacerlo habría reavivado su miedo y habría empeorado la situación. Así que no me quedó otra posibilidad que volver a casa y darle a Mary mi triste informe.

Ella me escuchó con la misma atribulada compostura que la primera vez, me pidió que me tumbara a descansar un poco y partió ella misma en busca de su extraviado padre. En esa época muy pocas cosas podían quitarme el sueño o el apetito; dormí larga y profundamente y hasta pasado mediodía no me desperté y bajé a la cocina. Mary, Rorie y el náufrago negro estaban sentados en silencio junto al fuego, y noté que Mary había estado llorando. Pronto descubrí que no le faltaban motivos. Primero ella y después Rorie habían salido a buscar a mi tío, cada uno de ellos lo había encontrado en lo alto de la cima, y en las dos ocasiones había salido

huyendo a toda prisa. Rorie había tratado de perseguirle, pero en vano: la locura prestaba un vigor renovado a sus saltos, había brincado de peña en peña sobre los precipicios más profundos, había corrido como el viento entre las cumbres, se había agazapado como una liebre ante los lebreles y Rorie había terminado por rendirse. Ni siquiera durante los momentos más intensos de la persecución, cuando el ágil sirviente había estado a punto de darle alcance, había emitido el pobre loco el menor sonido. Huía y callaba como un animal, y su silencio había aterrorizado al perseguidor.

La situación era ciertamente descorazonadora. Nos enfrentábamos a tres dificultades: cómo capturar al loco, cómo alimentarlo mientras tanto y qué hacer con él cuando lo atrapásemos.

—El negro —dije— es la causa de este arrebato. Es posible que sea incluso su presencia en la casa lo que retiene a mi tío en las montañas. Hemos hecho lo que era justo: le hemos dado comida y cobijo bajo este techo, ahora sugiero que Rorie lo lleve en el bote al otro lado de la bahía y lo acompañe a través del monte Ross hasta Grisapol.

Mary estuvo de acuerdo conmigo, así que le indicamos al negro que nos acompañara y fuimos los tres al embarcadero. No hay duda de que los cielos se habían confabulado en contra de Gordon Darnaway, pues había sucedido algo sin precedentes en Aros: durante la tormenta el bote se había soltado y, tras golpear contra las puntiagudas rocas del embarcadero, se había hundido a más de metro y medio de profundidad con el costado hecho pedazos. Para ponerlo a flote harían falta al menos tres días de trabajo. No obstante, seguí sin darme por vencido. Conduje al grupo allí donde el paso era más angosto, nadé al otro lado y le pedí al negro que me siguiera. Él me dio a entender por señas, con tanta claridad y laconismo como antes, que no sabía nadar, lo dijo con tanta sinceridad que a ninguno se nos habría ocurrido dudar de sus palabras, de modo que, perdida toda esperanza, tuvimos que volvernos igual que habíamos venido a la casa de Aros, en compañía del negro que daba la impresión de estar tan tranquilo.

Lo único que pudimos hacer ese día fue tratar una vez más de comunicarnos con aquel demente desdichado. Volvimos a verlo sentado en su observatorio y volvió a huir en silencio. Pero al menos le dejamos comida y una manta con la que abrigarse; además la lluvia había cesado y la noche prometía ser cálida. Teníamos que recuperarnos antes de la mañana siguiente. Nuestra mayor prioridad era descansar, fortalecernos y así poder afrontar cualquier esfuerzo inesperado, y, como a ninguno de nosotros nos apetecía hablar, nos fuimos a dormir muy pronto.

Pasé un buen rato despierto trazando un plan para el día siguiente: situaría al negro en la parte de Sandag para empujar a mi tío hacia la casa, Rorie por el oeste y yo por el este completaríamos el cordón lo mejor que pudiéramos. Cuanto más recordaba la topografía de la isla, más factible, aunque difícil, me parecía obligarle a bajar hasta las tierras bajas de la bahía de Aros, y una vez allí, incluso con las fuerzas

que le prestaba la locura, era muy improbable que pudiera escapar. Yo confiaba en el terror que le inspiraba el negro, pues estaba seguro de que, por mucho que corriera, no lo haría en dirección a un hombre a quien consideraba regresado de la tumba y así al menos un punto del círculo quedaba asegurado.

Cuando por fin me quedé dormido, me despertó una pesadilla de naufragios, negros y aventuras submarinas; estaba tan febril y agitado que me levanté, bajé las escaleras y salí de la casa. Dentro Rorie y el negro dormían en la cocina. Fuera hacía una noche clara, despejada y llena de estrellas, aquí y allá quedaban nubes rezagadas después de la tormenta. La marea casi había subido y «los juerguistas» rugían en la quietud de la noche. Nunca, ni siquiera en plena tormenta, me había inspirado su canción mayor respeto. Ahora que había amainado el viento, cuando las profundidades volvían a mecerse para volver a su letargo veraniego y las estrellas iluminaban con su luz suave la tierra y el mar, la voz de aquellas rompientes seguía clamando destrucción. Era como si formaran parte del mal del mundo y del lado trágico de la vida. Sin embargo, su insensato griterío no era el único sonido que interrumpía el silencio de la noche, pues me pareció oír también una voz humana, aguda y desgarradora, que acompañaba el rugido del remolino. Supe que era la de mi tío y me embargó un enorme temor por el juicio de Dios y el mal del mundo. Volví a la oscuridad de la casa como quien entra en un refugio y me quedé en la cama meditando sobre aquellos misterios.

Me desperté tarde, me vestí y corrí a la cocina. Allí no había nadie: Rorie y el negro hacía mucho tiempo que se habían ido sin hacer ruido y al descubrirlo se me heló la sangre en las venas. Confiaba en la bondad de Rorie, pero no en su prudencia. Si se había marchado así, sin decir una palabra, estaba claro que era con la intención de prestarle algún servicio a mi tío. Pero ¿qué servicio podría prestarle él solo, o peor aún, en compañía del hombre que encarnaba todos los temores de mi pariente? Era evidente que tenía que darme prisa si quería evitar que ocurriera alguna desgracia. Salí de la casa y corrí por las escarpadas colinas de Aros como no lo había hecho nunca hasta aquella mañana fatídica. Creo que no debí de tardar ni doce minutos en completar el ascenso.

Mi tío había desaparecido de su observatorio. La cesta estaba abierta y la comida esparcida por la hierba, pero, tal como comprobamos después, no había probado bocado y no había ni un alma a la vista. El día llenaba ya el cielo despejado y el sol iluminaba con un tono rosado la cima del Ben Kyaw, pero, por debajo de donde yo estaba, los abruptos cerros de Aros y el espejo del mar seguían empapados en la luz oscura y crepuscular del amanecer.

«¡Rorie!», grité una y otra vez, pero mi voz se extinguió en el silencio sin que nadie respondiera. Si había en marcha algún plan para atrapar a mi tío, era evidente que los cazadores no confiaban tanto en la ligereza de sus pies como en su habilidad para el acecho. Recorrí, mirando a izquierda y derecha, las lomas más altas y no me detuve hasta llegar al monte que domina la bahía de Sandag. Desde allí divisé los

restos del naufragio, la franja de arena, las olas que golpeaban ociosas en la orilla, el largo arrecife de rocas y, a ambos lados, los cerros, las peñas y los barrancos de la isla. Pero seguí sin ver rastro de persona alguna.

De repente la luz del sol iluminó Aros, y surgieron las sombras y los colores. Un instante después, hacia el oeste, unas ovejas se dispersaron como presa del pánico. Se oyó un grito. Vi a mi tío que corría. Vi también al negro salir en su persecución, y antes de que tuviera tiempo de entender lo que ocurría, apareció también Rorie dando instrucciones en gaélico como a un perro que está recogiendo el rebaño.

Me apresuré a intervenir, y tal vez hubiera hecho mejor quedándome donde estaba, pues le corté al loco su última vía de escape y no le dejé otra opción que correr hacia la tumba, el naufragio y el mar de la bahía de Sandag. Y, sin embargo, el cielo es testigo de que lo hice con la mejor intención.

Mi tío Gordon comprendió la dirección, terrible para él, que tomaba la persecución. Redobló la velocidad y empezó a correr en zigzag, pero, aunque la fiebre corría por sus venas, el negro seguía siendo más rápido. Fuese donde fuese algo le cortaba siempre el paso y seguía empujándole hacia la escena del crimen. De pronto empezó a chillar y el eco de la costa devolvió sus gritos. Rorie y yo le gritamos al negro que se detuviera. Pero todo fue en vano, pues estaba escrito que las cosas sucedieran de ese modo. El perseguidor siguió corriendo y la presa huyó a toda velocidad delante de él sin dejar de gritar, esquivaron la tumba, pasaron rozando los maderos del naufragio y en un instante llegaron a la arena. No obstante, mi tío no se detuvo, sino que se metió directo en el agua con el negro pisándole los talones. Rorie y yo nos detuvimos, pues comprendimos que todo estaba ya fuera del alcance de los hombres y que aquello a lo que asistíamos no era otra cosa que el designio divino. Nunca se vio final más brusco. La playa era tan profunda que muy pronto ambos dejaron de hacer pie. Ninguno de los dos sabía nadar, el negro surgió un momento del agua y soltó un grito sofocado, pero la corriente los había atrapado y los empujaba mar adentro; y si volvieron a asomar, cosa que solo Dios sabe, debió de ser diez minutos más tarde, en el otro extremo del remolino de Aros, donde las aves marinas revolotean en busca de pesca.

WILL EL DEL MOLINO

EL LLANO Y LAS ESTRELLAS

El molino donde vivía Will con sus padres adoptivos estaba en un valle muy hondo entre bosques de abetos y grandes montañas. Por detrás se alzaba una cumbre tras otra, algunas tan altas que en ellas no podían crecer los árboles y se erguían desnudas contra el cielo. Más arriba, había un pueblo largo y gris que parecía un jirón de niebla prendido en la colina boscosa, y, cuando el viento era favorable, el sonido de las campanas de la iglesia bajaba claro y argentino hasta donde estaba Will. Por debajo, la pendiente se volvía más pronunciada y el valle se ensanchaba por ambos lados; y desde un altozano que había cerca del molino, era posible verlo en toda su longitud hasta más allá de la ancha llanura, donde el río se retorcía y brillaba y avanzaba de ciudad en ciudad en su largo viaje hacia el mar. Daba la casualidad de que por aquel valle discurría un paso entre dos reinos vecinos, de manera que, a pesar de ser muy tranquilo y rural, el camino que corría a lo largo del río era, en realidad, una concurrida carretera entre dos sociedades espléndidas y poderosas. Durante todo el verano, los carruajes pasaban junto al molino arrastrándose cuesta arriba o descendiendo bruscamente hacia el valle; aunque, como la ascensión era mucho más fácil por el otro lado, en realidad el sendero solo lo frecuentaban quienes iban en la otra dirección, y, de todos los carruajes que veía pasar Will, solo uno de cada seis trepaba por la pendiente mientras que los otros cinco bajaban a toda prisa hacia el valle. Y aún era más así en el caso de los que viajaban a pie. Tanto los turistas ligeros de equipaje como los buhoneros cargados de extrañas mercancías, todos seguían el curso del río. Pero no acabó ahí la cosa, pues, cuando Will era todavía un niño, estalló una guerra desastrosa en gran parte del mundo. Los periódicos no hablaban más que de victorias y derrotas, la tierra resonaba bajo los cascos de los caballos y, con frecuencia, el tumulto de la batalla espantaba durante muchos días a la gente de sus labores en el campo. Transcurrió mucho tiempo sin que se oyera nada de eso en el valle, pero por fin uno de los generales envió un ejército a marchas forzadas a través del collado y, durante más de tres días, estuvieron pasando junto al molino hombres de a pie y de a caballo, cañones y armones, tambores y banderas. El crío los veía desfilar todo el día: los pasos rítmicos, las caras lívidas y sin afeitar bronceadas alrededor de los ojos, los uniformes descoloridos y las banderas desgarradas le inspiraban una sensación de fatiga, lástima y sorpresa, y por la noche oía los cañonazos y el ruido de las pisadas y el armamento pesado que seguían descendiendo por el sendero junto al molino. Nadie en el valle supo del destino de aquella expedición, pues en tiempos difíciles la gente prefiere abstenerse de chismorreos, sin embargo Will vio una cosa bien clara: que ninguno volvió jamás. ¿Dónde habrían ido? ¿Adónde iban todos aquellos turistas y los buhoneros cargados de extrañas

mercancías? ¿Adónde iban los rápidos birlochos con un criado en el pescante? ¿Adónde iba el agua del torrente, que no cesaba de fluir valle abajo constantemente renovada desde arriba? Incluso el viento soplaba más a menudo hacia abajo y arrastraba las hojas muertas en el otoño. Era como si todas las cosas, animadas e inanimadas, se hubieran confabulado para descender leves y alegres, y solo él se quedara atrás, como un poste en un camino. A veces le alegraba ver cómo los peces asomaban la cabeza torrente arriba. Al menos ellos le eran fieles, mientras todo lo demás bajaba hacia el mundo desconocido.

Una noche le preguntó al molinero adónde iba el río.

—Baja por el valle —le respondió— y mueve muchos molinos, dicen que más de sesenta de aquí a Unterdeck, sin fatigarse lo más mínimo. Luego llega a las tierras bajas y riega todos sus cultivos y atraviesa varias ciudades preciosas (o eso me han dicho) donde viven reyes en grandes palacios, mientras los centinelas montan guardia en la puerta de aquí para allá. Pasa por debajo de puentes con hombres de piedra, que asisten curiosos y sonrientes al paso de las aguas, y personas de carne y hueso que se acodan en el pretil y también se asoman a verlas pasar. Y luego sigue y sigue y cruza por marismas y arenales hasta llegar por fin al mar, donde están los barcos que traen los pájaros exóticos y el tabaco de las Indias. ¡Sí, todavía le queda un largo camino por delante cuando pasa canturreando por nuestra aceña, bendito sea!

—¿Y qué es el mar? —preguntó Will.

—¡El mar! —gritó el molinero—. Que Dios nos ayude, ¡es la obra más grande de la Creación! En él confluyen todas las aguas del mundo en un gran lago salado. Es llano como la palma de la mano y tiene un aspecto tan inocente como el de un niño, aunque cuentan que, cuando el viento sopla, se alzan en su seno montañas mayores que las nuestras y se traga barcos enteros, más grandes que nuestro molino, y ruge de tal modo que se le oye desde tierra adentro a muchos kilómetros de distancia. Hay en él peces cinco veces más grandes que un toro y una vieja serpiente tan larga como nuestro río y tan vieja como el mundo, con patillas iguales a las de un hombre y una corona de plata en la cabeza.

Will pensó que nunca había oído hablar de nada parecido y siguió haciendo preguntas y más preguntas sobre el mundo que se extendía río abajo con todos sus peligros y maravillas, hasta que despertó también el interés del viejo molinero, quien acabó por cogerlo de la mano y conducirlo al altozano desde donde se divisaban el valle y la llanura. El sol estaba a punto de ponerse y relucía muy bajo en el cielo sin nubes. Todo estaba definido y glorificado por su luz dorada. Will no había visto una extensión de tierra tan grande en toda su vida y se quedó contemplándola con los ojos muy abiertos. Vio las ciudades, los bosques, los campos y los brillantes meandros del río y, más allá, el lugar donde el borde de la llanura se truncaba a lo largo del cielo brillante. Una emoción sobrecogedora se apoderó del muchacho en cuerpo y alma, el corazón le latía tan deprisa que no podía respirar, la escena empezó a dar vueltas delante de sus ojos, el sol parecía girar y girar mientras arrojaba sombras extrañas que

desaparecían a la velocidad del rayo y eran sustituidas por otras. Will se cubrió el rostro con las manos, y rompió a llorar violentamente, y al pobre molinero, perplejo y sorprendido, no se le ocurrió otra cosa que cogerlo en brazos y llevarlo a casa en silencio.

Desde ese día a Will le embargaron nuevos anhelos y esperanzas. Algo lo reconcomía por dentro, el agua se llevaba sus deseos mientras soñaba junto a su superficie; el viento le saludaba con palabras de ánimo cuando agitaba las innumerables copas de los árboles; las ramas señalaban siempre río abajo; el camino que serpenteaba y se perdía en el valle lo torturaba con sus tentaciones. Pasaba mucho tiempo en el altozano, contemplando el curso del río y las tierras bajas y observando las nubes que viajaban llevadas por el viento y arrastraban sus sombras purpúreas por la llanura, o bien se demoraba junto al camino y seguía con la mirada los carruajes que traqueteaban valle abajo junto al río. Cualquier cosa que se dirigiera hacia el llano, ya fuese nube o carruaje, pájaro o agua del río, hacía que su corazón se desbordara tras ella en un éxtasis anhelante.

Los hombres de ciencia nos cuentan que todos los riesgos que corren los marineros en el mar, los avances y retrocesos de las tribus y las razas que llenan la historia de polvo y fragor, nacen de algo tan abstruso como las leyes de la oferta y la demanda y de cierto instinto natural por conseguir comida barata. Cualquiera que se pare a pensarlo dos veces comprenderá que semejante explicación no puede ser más penosa y ramplona. Las tribus que llegaron en tropel del norte y el este, aunque no deje de ser cierto que lo hicieron empujadas por otras, también se sentían atraídas por la influencia magnética del sur y el oeste. Habían oído hablar de la fama de los otros países, y el nombre de la Ciudad Eterna resonaba en sus oídos: no eran colonos, sino peregrinos, viajaban hacia el vino, el oro y el sol, pero sus corazones estaban consagrados a otra empresa más elevada. Esa inquietud divina, ese desasosiego de la humanidad que está en el origen de los logros más elevados y los fracasos más indignos, el mismo que extendió las alas de Ícaro y empujó a Colón hacia el desolado Atlántico, inspiraba y animaba a esos bárbaros en su arriesgada marcha. Hay una leyenda que describe perfectamente su espíritu y cuenta cómo una partida de esos vagabundos se topó con un anciano calzado con botas de hierro. El anciano les preguntó adónde se dirigían y ellos respondieron con una sola voz:

—¡A la Ciudad Eterna!

Él los miró con aire solemne.

—La he buscado —dijo— por casi todo el mundo. He gastado en mi peregrinación tres pares de botas como las que calzo ahora y el cuarto empieza ya a desgastarse bajo mis pies. Y en todo este tiempo no he encontrado la ciudad.

Y se volvió y siguió su camino solo, dejándolos a todos boquiabiertos.

Y, sin embargo, ni siquiera eso igualaría la intensidad de los deseos de Will por visitar la llanura. Tenía la sensación de que, si pudiera viajar allí, su vista se purgaría y purificaría, su oído se volvería más delicado e incluso respiraría mejor. Era como si

estuviera trasplantado y marchito donde estaba ahora, anclado a un país extraño y anhelando volver a casa. Poco a poco, fue encajando las ideas inconexas que tenía del llano: del río, que se movía y crecía constantemente hasta desembocar en el majestuoso océano; de las ciudades, repletas de gente hermosa y apresurada, fuentes juguetonas, bandas de música y palacios de mármol, e iluminadas toda la noche de un extremo a otro con artificiales estrellas de oro; de las grandes iglesias, las sabias universidades, los valerosos ejércitos, y el dinero incontable que se acumulaba en las cámaras acorazadas; del vicio prometedor que se movía a plena luz y del sigilo y la rapidez de los asesinatos nocturnos. He dicho que anhelaba regresar a casa, pero la metáfora se queda corta. Era más bien como alguien que viviera una preexistencia oscura e informe y extendiera las manos hacia una vida de múltiples sonidos y colores. No era raro que fuese infeliz, les contaba a los peces: ellos estaban hechos para esa vida, no necesitaban más que gusanos, agua corriente y un agujero junto a la orilla, en cambio él era de otra pasta: estaba lleno de deseos y aspiraciones que le hormigueaban en la punta de los dedos y tentaban sus ojos, y que no podían satisfacerse solo con unos pocos aspectos del variado mundo. Y, ¡oh!, ¡ver aquella luz al menos una vez antes de morir!, ¡recorrer con espíritu alegre un país dorado! ¡Oír a los cantantes y las dulces campanas de las iglesias y contemplar los jardines festivos!

—¡Oh, peces! —gritaba—. ¡Si os volvierais río abajo, podríais nadar con tanta facilidad hacia las aguas fabulosas y veríais los enormes barcos pasar sobre vuestras cabezas como si fueran nubes y la música de las olas os acunaría todo el día!

Pero los peces seguían nadando pacientemente en la misma dirección, y Will no sabía si reír o llorar.

Hasta entonces el tráfico del camino había pasado de largo junto a él igual que las imágenes de un cuadro, tal vez hubiera intercambiado algún saludo con un turista o visto a un viejo caballero con un sombrero de viaje a través del cristal de un coche de caballos, pero en su mayor parte había sido un mero símbolo, que contemplaba con distancia y una especie de sentimiento supersticioso. Por fin llegó un momento en que todo eso cambió. El molinero, que a su modo era un hombre ambicioso y nunca dejaba pasar la ocasión de obtener un beneficio de forma honrada, convirtió el molino en una pequeña posada, y, aprovechando varios golpes de suerte, construyó unos establos y consiguió que le nombraran encargado de la posta en el camino. Ahora la obligación de Will era atender a los clientes que se sentaban a comer bajo la enramada en lo alto del jardín del molino, y no hace falta decir que supo tener los oídos bien abiertos y aprendió muchas cosas del mundo exterior mientras les servía vino y tortilla. Es más, a menudo entablaba conversación con los huéspedes que viajaban solos y, a base de preguntas directas y de prestar mucha atención, satisfacía su curiosidad al tiempo que se ganaba la buena voluntad de los viajeros. Muchos felicitaban a la pareja de ancianos por tener aquel hijo tan servicial y un profesor incluso quiso llevárselo para proporcionarle una buena educación en el llano. El

molinero y su mujer estaban muy sorprendidos y contentos. Y se convencieron de que había sido un acierto abrir la posada.

—Ya ves —decía el viejo— que tiene talento para regentar un albergue, ¡no hay cosa que se le dé mejor!

Y así siguió transcurriendo la vida en el valle para satisfacción de todos excepto para Will. Cada carruaje que partía de la puerta de la posada parecía llevarse consigo una parte de él, y cuando la gente se ofrecía en broma a llevarlo a alguna parte, apenas podía controlar sus emociones. Noche tras noche, soñaba que lo despertaban unos atribulados sirvientes y que un espléndido carruaje lo esperaba en la puerta para llevarlo a la llanura; noche tras noche, hasta que aquel sueño, que al principio tanto le había alegrado, empezó a tomar tintes más solemnes, y la llamada nocturna y el carruaje que le esperaba acabaron convirtiéndose en su imaginación en algo tan temido como ansiado.

Un día, cuando Will tenía unos dieciséis años, un hombre joven y grueso llegó a la caída del sol para pasar la noche. Era un tipo de aspecto feliz y mirada alegre y llevaba un morral al hombro. Mientras le preparaban la cena, se sentó a leer un libro bajo la enramada, pero, en cuanto fijó la vista en Will, dejó el libro a un lado; era evidente que era de los que prefieren las personas de carne y hueso a las de tinta y papel. Will, por su parte, aunque al principio no se había sentido muy interesado por el extranjero, pronto empezó a disfrutar de su charla, que estaba llena de amabilidad y sentido común, y acabó por sentir un gran respeto por su discreción y su carácter. Estuvieron charlando hasta muy tarde, y cerca de las dos de la madrugada Will le abrió su corazón al joven y le contó lo mucho que ansiaba dejar el valle y las brillantes expectativas que tenía en las ciudades del llano. El forastero soltó un silbido y luego esbozó una sonrisa.

—Mi joven amigo —observó—, está claro que es usted un muchacho muy curioso y que aspira a un sinfín de cosas que no conseguirá jamás. Estoy seguro de que se avergonzaría si supiera cómo los muchachos como usted se afanan en esas ciudades de cuento de hadas por esas mismas insensateces de las que me habla y lo mucho que anhelan subir a las montañas. Y deje que le diga que los que descienden al llano no tardan en querer volver. El aire allí no es tan liviano ni tan puro y el sol tampoco brilla tanto como aquí. En cuanto a esos hombres y mujeres tan hermosos, sepa que muchos visten harapos y están deformados por horribles enfermedades y que la ciudad resulta tan hostil para las personas pobres y sensibles que muchos escogen quitarse la vida.

—Debe de tomarme usted por un necio —respondió Will—. Aunque no haya salido nunca de este valle, crea que sé cómo utilizar los ojos. Sé muy bien que unas cosas se alimentan de otras; sé, por ejemplo, que los peces que merodean en un remanso lo hacen con la esperanza de atrapar a alguno de sus congéneres; y que el pastor, que parece tan bucólico cuando lleva un cordero a su casa, en realidad se dispone a echarlo a la cazuela. No cuento con que todo sea perfecto en la ciudad. Eso

no me preocupa, tal vez lo hiciera hace un tiempo, pero aunque siempre haya vivido aquí, he hecho muchas preguntas y he aprendido muchas cosas en estos años, desde luego lo bastante para curarme de mis viejas fantasías. Pero no querrá usted que muera como un perro sin ver todo lo que hay que ver, y hacer todo lo que hay que hacer, ya sea malo o bueno. No querrá que pase toda mi vida entre este río y este camino sin hacer el menor intento de rebelarme y vivir mi vida. Prefiero morir ahora mismo —gritó— que seguir haciendo lo que hago.

—Miles de personas —dijo el joven— viven y mueren como usted, y no por eso son menos felices.

—¡Ah! —respondió Will—, pues si son tantos, ¿por qué no viene uno a ocupar mi lugar?

La noche estaba muy oscura, una lámpara colgaba de la enramada e iluminaba la mesa y las caras de los que hablaban. A lo largo del arco de la espaldera las hojas destacaban iluminadas contra el cielo nocturno y formaban un tejido verde y transparente contra un fondo purpúreo. El corpulento joven se incorporó y, tomando a Will del brazo, lo llevó a cielo abierto.

—¿Alguna vez se ha parado usted a contemplar las estrellas? —preguntó señalando hacia arriba.

—Muchas —respondió Will.

—¿Y sabe usted lo que son?

—He imaginado muchas cosas.

—Son mundos como el nuestro —dijo el joven—. Algunos de ellos más pequeños y otros un millón de veces mayores, y algunas de esas chispas tan minúsculas que ve usted ahí no solo son mundos sino agregados de mundos que giran uno en torno al otro en mitad del espacio. Ignoramos lo que pueda haber en cada uno de ellos, tal vez la respuesta a todas nuestras dificultades o la cura de todos nuestros sufrimientos, y, sin embargo, no podemos alcanzarlos. Ni siquiera el más habilidoso de los hombres sabría construir un barco para viajar al más pequeño de nuestros vecinos, y no hay nadie tan longevo que pudiera llevar a cabo ese viaje. Cuando se pierde una gran batalla o muere un amigo querido, cuando estamos abatidos o de buen humor, ellos siguen brillando infatigables sobre nuestras cabezas. Podríamos juntarnos aquí un ejército entero y por mucho que gritáramos no les llegaría ni un susurro. Podemos trepar a la cima más alta y no estaremos más cerca de ellos. Lo único que podemos hacer es quedarnos aquí en el jardín y quitarnos el sombrero: su luz ilumina nuestras cabezas, y, allí donde la mía es un poco más calva, estoy seguro de que la verá usted brillar en la oscuridad. La montaña y el ratón. Eso es todo lo que tendremos que ver con Arturo y Aldebarán. ¿Se le ocurre a usted alguna moraleja para esta parábola? —añadió posando la mano sobre el hombro de Will—. No es igual que una razón, pero a menudo resulta mucho más convincente.

Will inclinó la cabeza un instante y luego volvió a alzarla hacia el cielo. Las estrellas parecieron expandirse y emitir un brillo más luminoso, y mientras las miraba

más le dio la impresión de que aumentaban de tamaño ante sus ojos.

—Comprendo —dijo volviéndose hacia el joven—. Estamos en una ratonera.

—Algo por el estilo. ¿Ha visto alguna vez a una ardilla dando vueltas en su jaula? ¿Y a otra sentada filosóficamente sobre sus nueces? No hace falta que le pregunte cuál de las dos parecía más idiota.

LA HIJA DEL PASTOR

Pasados unos años murieron los dos viejos, cariñosamente atendidos por su hijo adoptivo durante todo un invierno, y discretamente llorados cuando fallecieron. Quienes habían oído hablar de sus descabelladas fantasías pensaron que se apresuraría a vender sus propiedades y partiría río abajo en busca de fortuna. Pero Will no parecía tener la menor intención de hacerlo. Por el contrario, llevó a cabo reformas en la posada, contrató a un par de sirvientes que le ayudaran a regentarla, y allí se quedó, un joven amable, locuaz e inescrutable, de un metro ochenta de estatura, de constitución férrea y voz amistosa. Pronto empezó a tenérsele en la región por un tipo un poco extraño: y no era raro, pues siempre había tenido ideas un poco extravagantes y había puesto en entredicho el sentido común, pero lo que más avivó los rumores fueron las extrañas circunstancias que rodearon su noviazgo con Marjory, la hija del pastor.

Marjory, la hija del pastor, debía de tener unos diecinueve años, cuando Will rondaba los treinta. Era muy guapa y, como correspondía a su posición, estaba mucho mejor educada que cualquier otra chica de aquella parte del país. También era orgullosa y había rechazado con altivez varias ofertas de matrimonio, lo que le había dado mala fama entre sus vecinos. A pesar de todo era una buena chica que habría hecho feliz a cualquier hombre.

Will no la había visto mucho, pues aunque la iglesia y la casa del pastor estaban solo a tres kilómetros de su puerta, solo iba allí los domingos. Resultó, no obstante, que tuvieron que hacer unas reformas en la rectoría, y el pastor y su hija se alojaron cerca de un mes y a precio muy económico en la posada de Will. El caso es que con la posada, el molino y los ahorros del viejo molinero, nuestro amigo se había convertido en un hombre pudiente y además tenía fama de ser amable y astuto, lo que resulta muy deseable en caso de matrimonio, así que los chismosos no tardaron en murmurar que el pastor y su hija no habían elegido su alojamiento al azar. Will era el último hombre del mundo a quien se pudiera engatusar o amenazar para que se casara. Bastaba con mirar en sus ojos límpidos y plácidos como dos charcos de agua e iluminados al mismo tiempo por una especie de luz interior para comprender que se trataba de alguien que tenía las ideas claras y que sería fiel a ellas sin inmutarse. Marjory tampoco tenía aspecto de pusilánime, con sus ojos fuertes y fijos y un porte tranquilo y decidido. Estaba por ver si superaría a Will en firmeza, o quién de los dos

llevaría los pantalones en aquel matrimonio. Pero Marjory no se había parado a pensarlo ni por un momento y acompañó a su padre con la inocencia más despreocupada e inconmovible.

La estación estaba poco avanzada y los huéspedes de Will eran muy escasos, sin embargo habían empezado a florecer las lilas y el tiempo era tan cálido que el grupo cenaba bajo el emparrado, con el rumor del río de fondo y el canto de los pájaros del bosque. Will empezó a cogerle el gusto a aquellas cenas. El pastor era un contertulio bastante aburrido y tenía la costumbre de quedarse dormido en la mesa, pero de sus labios jamás salió una palabra gruesa o cruel. Y en cuanto a la hija del pastor, encajaba en aquel ambiente con la mayor gracia imaginable y todo lo que decía parecía tan sencillo y hermoso que Will tenía su talento en gran estima. Cuando se inclinaba hacia delante contra el trasfondo de los pinos, sus ojos brillaban plácidos, la luz se demoraba en su cabello como una cofia y una especie de sonrisa plegaba sus pálidas mejillas. Will veía su rostro y no podía evitar contemplarla con una especie de agradable arrobo. Parecía tan dueña de sí misma, incluso en los momentos más relajados, y tan llena de vida desde la punta de los dedos hasta la falda de su vestido, que el resto de la Creación parecía un mero borrón comparado con ella, y, cuando Will miraba hacia otra parte, los árboles le parecían inanimados e inertes, las nubes colgaban del cielo como objetos sin vida e incluso las cimas de las montañas carecían de encanto. El valle entero no podía compararse con aquella muchacha.

Will siempre había sido muy observador cuando estaba con otros, pero en el caso de Marjory sus dotes de observación se vieron casi dolorosamente exacerbadas. Escuchaba todo lo que decía al tiempo que leía en sus ojos en busca de lo que no había dicho. Muchas frases amables, sencillas y sinceras hallaron respuesta en su corazón. Reparó en que era un alma hermosamente equilibrada, que no albergaba dudas ni deseos y estaba revestida de paz. Resultaba imposible separar sus pensamientos de su apariencia. El contorno de su muñeca, el relajado sonido de su voz, el brillo de sus ojos, la silueta de su cuerpo estaban en consonancia con sus palabras graves y amables, igual que el acompañamiento sostiene y armoniza con la voz del cantante. Su influencia no podía dividirse o analizarse, solo sentirse con gratitud y placer. A Will su presencia le recordaba su infancia, y la chica acabó por ocupar un lugar en su imaginación parecido al de la luz del alba, el agua del río y las primeras lilas y violetas. Las cosas vistas por primera vez, o que llevan mucho tiempo sin verse, como las flores en primavera, tienen la virtud de despertar y agudizar nuestros sentidos y esa impresión de extrañeza mística que de lo contrario desaparece con el paso de los años, pero la imagen del rostro amado renueva de arriba abajo el carácter del hombre.

Un día después de la cena Will dio un paseo entre los abetos, una solemne sensación de beatitud lo embargaba de pies a cabeza y no dejaba de sonreír para sus adentros al contemplar aquel paisaje mientras andaba. El río corría entre las peñas describiendo una hermosa curva, un pájaro trinaba en el bosque, las cumbres de las

montañas parecían inconcebiblemente altas y daban la impresión de contemplar sus movimientos con una benéfica pero terrible curiosidad. Su camino lo llevó hasta el altozano que dominaba la llanura y allí se sentó sobre una roca y se sumió en profundos y agradables pensamientos. El llano se extendía a lo lejos con sus ciudades y su río plateado, todo estaba dormido, salvo un torbellino de pájaros que se alzaba y daba vueltas y vueltas en el aire azulado. Repitió en voz alta el nombre de Marjory y el sonido alegró sus oídos. Cerró los ojos y su imagen apareció delante de él, callada, luminosa y llena de buenos pensamientos. El río podía seguir fluyendo eternamente y los pájaros volar más y más altos hasta que rozaran las estrellas. Comprendió que, en el fondo, tanto ajetreo carecía de sentido, pues allí, sin mover un dedo, esperando pacientemente en su pequeño valle, él también había alcanzado la luz.

Al día siguiente, Will pronunció una especie de declaración en la mesa, mientras el pastor llenaba su pipa.

—Señorita Marjory —dijo—, nunca he conocido a nadie que me gustase tanto como usted. Soy un hombre frío y desconsiderado y no porque me falte corazón, sino por mi forma de pensar, que hace que la gente se aparte de mí. Es como si hubiera un círculo a mi alrededor en el que nadie pudiera entrar salvo usted. Oigo a los demás charlando y riendo, pero solo usted me llega a lo más hondo. ¿No la estaré incomodando? —preguntó.

Marjory no respondió.

—Responde, niña —dijo el pastor.

—No —respondió Will—, no quiero presionarla. A mí también se me traba la lengua por falta de costumbre en estos lances, y ella es una mujer y casi una niña. Pero por mi parte, y a juzgar por lo que he oído contar a la gente, creo que debo de estar enamorado. No es que quiera comprometerme, pues pudiera estar equivocado, pero eso es lo que creo. Y si la señorita Marjory alberga otros sentimientos diferentes, tal vez podría tener la amabilidad de negar con la cabeza.

Marjory guardó silencio y no dio muestras de haberle oído.

—¿Qué significa esto, pastor? —preguntó Will.

—La chica tiene que responder —replicó el pastor dejando la pipa en la mesa—. Tienes aquí a nuestro vecino que afirma que te quiere, Madge. ¿Le quieres tú a él, sí o no?

—Creo que sí —dijo Marjory con voz desfalleciente.

—¡Pues no podría pedir nada mejor! —exclamó encantado Will.

Y tomó su mano al otro lado de la mesa y la estrechó un momento entre las suyas con gran satisfacción.

—Debéis casaros —observó el pastor volviendo a meterse la pipa en la boca.

—¿Os parece conveniente? —preguntó Will.

—Es indispensable —replicó el pastor.

—Sea, pues —respondió el enamorado.

Pasaron dos o tres días muy placenteros para Will, aunque nadie lo habría notado. Siguió comiendo enfrente de Marjory y conversando con ella y contemplándola en presencia de su padre, pero no trató de verla a solas, ni modificó lo más mínimo su conducta con respecto a la que había seguido desde el principio. Tal vez la chica se decepcionara un poco y tal vez tuviera sus motivos, y no obstante si le hubiera bastado con ocupar constantemente el pensamiento de otra persona e impregnar y alterar así toda su vida tendría que haberse dado por satisfecha, pues Will no dejaba de pensar en ella ni por un instante. Se sentaba junto al río y observaba la tierra que arrastraban los remolinos y los peces y las algas, paseaba por el bosque bajo el purpúreo crepúsculo, con los mirlos gorjeando a su alrededor, se levantaba pronto por la mañana y veía cómo el cielo se transformaba de gris en oro y cómo cabrilleaba la luz sobre las cimas y no dejaba de preguntarse si no había visto aquellas cosas antes y por qué tenían ahora un aspecto tan distinto. El sonido mismo de la rueda del molino o el rumor del viento entre los árboles confundían y hechizaban su corazón. Los pensamientos más deliciosos le acometían sin freno. Era tan feliz que no podía conciliar el sueño y estaba tan inquieto que solo se tranquilizaba en presencia de la chica. Sin embargo, daba la impresión de que la esquivara en lugar de buscarla.

Un día en que volvía de dar un paseo, Will se encontró a Marjory cogiendo flores en el jardín, y, al acercarse, aminoró el paso y siguió andando a su lado.

—¿Te gustan las flores? —preguntó.

—Me encantan —replicó ella—. ¿Y a ti?

—Pues no —respondió Will—, no mucho. No son gran cosa cuando se marchitan. Entiendo que a alguien le gusten mucho, pero no que haga lo que tú.

—¿Qué? —preguntó la chica, deteniéndose y mirándolo a los ojos.

—Arrancarlas —respondió él—. Están mucho mejor donde están y también son mucho más bonitas.

—Las quiero para mí —respondió ella—, para llevarlas cerca del corazón y guardarlas en mi habitación. Me tientan al crecer ahí, es como si me dijeran: «Ven y haz algo con nosotras», pero después de cortarlas y guardarlas el encanto desaparece y puedo mirarlas tranquilamente.

—Lo que quieres es poseerlas —replicó Will— para no volver a pensar en ellas. Es un poco como matar a la gallina de los huevos de oro. Me recuerda a mis viejos anhelos infantiles. Por aquel entonces me gustaba contemplar la llanura y ansiaba ir allí…, donde ya no podría contemplarla. ¡Menudo sinsentido! Cariño mío, si la gente se parase a pensarlo dos veces, todo el mundo haría como yo, y también tú dejarías en paz esas flores, igual que yo me he quedado a vivir en las montañas. ¡Dios mío! —exclamó de pronto.

Y, cuando ella le preguntó qué le pasaba, no respondió y entró corriendo en la casa con una expresión divertida en el rostro.

No dijo nada durante la cena y, después de que se hiciera de noche y aparecieran las estrellas sobre su cabeza, empezó a pasear de aquí para allá con paso intranquilo

por el jardín y el patio. Todavía había luz en la ventana del dormitorio de la chica: una pequeña mancha oblonga y anaranjada en un mundo de montañas oscuras y azuladas bajo el resplandor plateado de las estrellas. La imaginación de Will giraba en torno a aquella ventana, pero sus pensamientos no eran los de un enamorado. «Marjory está en su habitación —pensaba— y las estrellas brillan en el cielo: ¡benditas sean ambas!». Las dos cosas eran buenas influencias en su vida, ambas lo tranquilizaban y reafirmaban en su satisfacción con el mundo. ¿Qué otra cosa podía desear? Tenía tan presentes los consejos que le había dado aquel joven corpulento, que echó la cabeza atrás, se llevó las manos a la boca y le gritó al cielo populoso. Y, fuese por la posición de la cabeza o por el súbito esfuerzo físico, le pareció percibir un momentáneo estremecimiento entre las estrellas y una especie de luz gélida que pasaba de una a otra en el cielo. En ese momento, levantaron la esquina de la persiana y volvieron a soltarla. Él lanzó una ruidosa carcajada. «¡Las dos a la vez! —pensó Will—. Las estrellas tiemblan y la persiana sube. ¡Debo de ser un gran mago! Y, aunque no fuese más que un necio, ¿acaso habría un modo más hermoso de serlo?». Y se fue a la cama, riendo entre dientes: «¡Aunque no fuese más que un necio!».

A la mañana siguiente muy temprano, volvió a verla en el jardín y acudió a su encuentro.

—He estado pensando en lo de casarnos —empezó con brusquedad—, y después de darle muchas vueltas, he decidido que no vale la pena. —La muchacha se volvió hacia él por un instante, pero, en aquellas circunstancias, el aspecto amable y radiante de Will habría desconcertado a un ángel, y la chica volvió a mirar al suelo sin decir nada. Él notó que ella temblaba—. Espero no haberte disgustado —prosiguió un poco sorprendido—. No hay razón para estarlo. Lo he pensado mucho y no le veo sentido. Nunca estaremos más unidos que ahora y, si soy lo bastante inteligente, tampoco seremos más felices.

—No tienes por qué andarte con rodeos conmigo —respondió ella—. Recuerdo muy bien que no quisiste comprometerte. Ahora comprendo que estabas equivocado y que, en realidad, nunca me has querido. Lo único que me entristece es haberme dejado engañar tanto tiempo.

—Te pido disculpas —dijo Will con determinación—, pero no has entendido el significado de mis palabras. Lo de si te he querido o no, no me corresponde a mí decirlo. Pero mis sentimientos no han cambiado, y tú puedes jactarte de haber hecho que mi vida y mi carácter sean totalmente distintos de lo que eran. A eso es a lo que me refiero. No creo que casarse valga la pena. Preferiría que tú siguieras viviendo con tu padre, para que yo pudiera ir a visitarte una o dos veces por semana, como cuando uno va a la iglesia, y entretanto ambos seríamos muy felices. Eso es lo que he pensado. Aunque, si quieres, me casaré contigo —añadió.

—¿Sabes que me estás insultando? —exclamó ella.

—No, Marjory —dijo él—, tengo la conciencia muy tranquila. Te ofrezco mi afecto de todo corazón, puedes tomarlo o dejarlo, aunque sospecho que ni tú ni yo

podemos hacer nada por cambiar lo que ha pasado. Me casaré contigo, si así lo quieres, pero te repito que no vale la pena y que sería mejor seguir siendo amigos. Aunque soy un hombre callado, me he fijado en muchas cosas a lo largo de mi vida. Confía en mí y haz como te digo, o, si no te gusta mi propuesta, dilo y me casaré contigo hoy mismo. —Se produjo una pausa muy larga y Will, que empezaba a sentirse incómodo, se fue impacientando—. Por lo visto eres demasiado orgullosa para decir lo que piensas. Créeme que lo lamento. Una conciencia tranquila hace la vida más fácil. ¿Acaso se puede ser más honesto y sincero con una mujer? Te he dicho lo que opino y te he dado a elegir. ¿Quieres que nos casemos o prefieres quedarte con mi amistad, que es lo que a mí me parece mejor? ¿O es que ya te has cansado de mí? ¡Di algo, por el amor de Dios! Recuerda que tu padre te dijo que una joven tenía que decir su opinión en un asunto como este.

Ella pareció recobrarse al oírlo, se dio la vuelta sin decir palabra, cruzó a toda prisa el jardín y desapareció en el interior de la casa, dejando a Will tan confundido que empezó a pasear arriba y abajo silbando despacio para sí. A veces se detenía a contemplar el cielo y las cumbres de las montañas, a veces bajaba a la aceña y se sentaba a ver pasar el agua. Aquellas dudas e incertidumbres eran tan ajenas a su naturaleza y a la vida que había escogido que empezó a lamentar la llegada de Marjory. «Al fin y al cabo —pensaba—, antes vivía feliz. Si me apetecía, podía pasarme el día viendo los peces: estaba tan contento y asentado como mi viejo molino».

Marjory bajó a cenar con aire muy correcto y tranquilo, y, en cuanto los tres se sentaron a la mesa, le dirigió estas palabras a su padre sin levantar la mirada del plato, pero sin dar otra prueba de vergüenza o timidez:

—Papá, Will y yo hemos estado hablando y hemos llegado a la conclusión de que los dos nos habíamos equivocado respecto a nuestros sentimientos, así que, a petición mía, ha aceptado cancelar la boda para que sigamos siendo buenos amigos como en el pasado. Quiero que comprendas que no hemos discutido y que espero que sigamos viéndolo a menudo en el futuro, pues sus visitas siempre serán bienvenidas en nuestra casa. Por supuesto, haré lo que tú digas, pero tal vez sería mejor que nos fuésemos de casa de Will cuanto antes. Creo que, después de lo que ha pasado, no seremos unos huéspedes agradables durante unos días. —Will, que había tenido que hacer esfuerzos por dominarse desde el principio, soltó un ruido inarticulado y levantó una mano en un gesto de desesperación, como si quisiera contradecirla o interrumpirla. Pero ella se lo impidió echándole una rápida mirada con las mejillas ruborizadas por el enfado—. Espero que tengas la amabilidad de dejar que me explique.

Will se quedó sin palabras al ver su gesto y oír el tono de su voz, así que guardó silencio y llegó a la conclusión de que había cosas en aquella chica que escapaban a su comprensión, algo que, por otro lado, era totalmente cierto.

El bueno del pastor se quedó muy alicaído. Trató de convencerlos de que aquello no era más que una típica riña de enamorados, y que todo estaría olvidado antes del

amanecer, pero no tuvo más remedio que cambiar de parecer; luego argumentó que, si no habían discutido, tampoco había motivos para desconvocar la boda, y es que al pobre hombre le gustaba la compañía de su anfitrión. Fue curioso ver cómo se las arregló la chica para llevarlos a su terreno y hacerlos bailar al son de su música casi sin decir nada y empleando tan solo su tacto femenino. Ni siquiera pareció decisión suya —fue como si las cosas hubieran salido así por casualidad— que ella y su padre se marcharan esa misma tarde en el carro de un granjero y se instalasen en otra aldea que había valle abajo, hasta que su casa estuviera dispuesta. Pero Will la había estado observando con atención y había reparado en su habilidad y en su resolución. Cuando se fueron, tuvo muchas cosas en las que pensar. Para empezar, se sentía muy triste y solo. Había perdido el interés por las cosas y, por mucho que contemplase las estrellas, no lograba encontrar apoyo o consuelo en ellas. Además estaba muy confundido respecto a Marjory. Le había irritado y sorprendido su comportamiento, pero al mismo tiempo lo admiraba. Le pareció reconocer un ángel perverso y delicado en aquella alma tranquila, y, aunque comprendía que se trataba de una influencia que no casaría bien con la calma artificial de su propia vida, ardía en deseos de poseerla. Como quien ha vivido en la penumbra y un día ve el sol, se sentía alegre y dolido.

A medida que iban pasando los días, él oscilaba entre un extremo y el otro: a veces se enorgullecía de la fuerza de su determinación y en ocasiones despreciaba sus estúpidas y cobardes precauciones. Lo primero tal vez fuese lo que pensaba en el fondo y representara el tenor habitual de sus reflexiones, pero lo segundo estallaba de cuando en cuando con una violencia incontrolable y entonces olvidaba cualquier consideración y paseaba arriba y abajo por la casa y el jardín o daba largos paseos por el bosque de abetos como alguien a quien le remuerde la conciencia. Para alguien tan ecuánime y equilibrado como Will aquel estado era intolerable y decidió ponerle fin a cualquier precio. Así que una cálida tarde de verano se puso su mejor traje, cogió una rama de espino y siguió el curso del río valle abajo. Nada más decidirse, recobró su acostumbrada paz de espíritu y disfrutó del buen tiempo y de la variedad del paisaje sin alarmas ni ansiedades desagradables. Casi le daba igual lo que ocurriera. Si ella lo aceptaba, esta vez tendría que casarse con ella, y tal vez fuese lo mejor. Si lo rechazaba, él habría hecho todo lo que estaba en su mano y podría seguir con su vida con la conciencia tranquila. En el fondo deseaba que lo rechazase, aunque, al ver el techo que la cobijaba asomando entre los sauces en un recodo del río, se sintió tentado de cambiar de opinión y su indecisión incluso le avergonzó un poco.

Marjory pareció alegrarse de verlo, y le dio la mano sin el menor titubeo o afectación.

—He estado pensando en lo de la boda —empezó.

—Yo también —respondió ella—. Y cada vez respeto más tu inteligencia. Me comprendiste mejor que yo misma, y ahora estoy segura de que tomamos la mejor decisión posible.

—Y sin embargo… —aventuró Will.

—Debes de estar muy cansado —le interrumpió la chica—. Siéntate y deja que te traiga un vaso de vino. Esta tarde hace mucho calor y no quiero que estés a disgusto durante tu visita. Tienes que venir más a menudo: una vez a la semana, si tienes tiempo. Me encanta ver a mis amigos.

«Vaya —pensó Will—, resulta que al final yo tenía razón». Y después de disfrutar de una agradable visita, volvió a su casa de muy buen humor y no volvió a pensar en el asunto.

Will y Marjory pasaron así casi tres años, viéndose una o dos veces por semana, sin que ninguno pronunciara ninguna palabra amorosa, y creo que en todo ese tiempo Will no pudo ser más feliz. Se escatimaba a sí mismo el placer de verla y muchas veces iba a la rectoría, pero se daba la vuelta a mitad de camino, como para estimular su apetito. De hecho había una revuelta del camino desde donde se veía el campanario de la iglesia incrustado en una grieta del valle entre dos laderas cubiertas de abetos con un fragmento triangular de llanura al fondo, y donde le gustaba sentarse a meditar antes de volver a casa, y los campesinos se acostumbraron tanto a encontrárselo allí al atardecer que le dieron a aquel lugar el nombre de «el rincón de Will el del molino».

Transcurridos los tres años Marjory le gastó una mala pasada y se casó con otro. Will aguantó el tipo con entereza y se limitó a observar que, pese a lo poco que conocía a las mujeres, había actuado con suma prudencia al no casarse con ella tres años atrás. Era evidente que ella no sabía lo que quería y que, a pesar de su aspecto engañoso, era tan voluble e irresponsable como las demás mujeres. Debía felicitarse de haberse librado y en adelante tendría mejor opinión de su buen juicio. Pero, en el fondo, se llevó un buen disgusto, pasó un mes o dos muy abatido y se abandonó un poco, para sorpresa de sus sirvientes.

Casi un año después de la boda a Will lo despertó de madrugada el ruido de un caballo que corría a galope tendido por la carretera y alguien que llamaba atropelladamente a la puerta de la posada. Abrió la ventana y vio a un criado a caballo que llevaba otra montura de la brida y que le pidió que se apresurase a acompañarlo cuanto antes, pues Marjory estaba agonizando y lo mandaba llamar a su lecho de muerte. Will no era buen jinete y recorrió el camino tan despacio que la joven estaba muy cerca del fin cuando llegó. Pero al menos pudieron hablar unos minutos en privado, y él estaba presente y lloró amargamente cuando ella exhaló su último aliento.

LA MUERTE

Transcurrió un año tras otro sin que ocurriera nada, con grandes tumultos y explosiones en las ciudades del llano: se reprimían las revueltas en un baño de sangre,

se libraban batallas aquí y allá, los pacientes astrónomos escogían y bautizaban nuevas estrellas en sus observatorios, se estrenaban nuevas obras en los teatros, se llevaba a la gente al hospital en camilla, y continuaban la confusión y la agitación de la vida diaria en aquellas villas tan populosas. En el valle de Will solo los vientos y las estaciones señalaban el paso del tiempo: los peces nadaban en la rápida corriente, los pájaros daban vueltas en el cielo, las copas de los pinos se agitaban bajo las estrellas, las cumbres se erguían por encima de todo y Will iba y venía ocupándose de su posada hasta que su cabeza se fue cubriendo de nieve. Su corazón era joven y vigoroso y el pulso todavía le latía fuerte y firme en las muñecas. Tenía las mejillas rubicundas, como una manzana madura, caminaba un poco encorvado, pero su paso seguía siendo ágil y tendía a todo el mundo una mano fuerte y nudosa. El rostro se le había cubierto de esas arrugas típicas de quienes pasan la vida a la intemperie y que, bien miradas, no son más que una especie de quemadura solar permanente; dichas arrugas subrayan la estupidez de las caras estúpidas, pero a las personas como Will, sonrientes y de mirada clara, les proporcionan aún más encanto, pues dan fe de una vida sobria y sencilla. En su conversación abundaban las frases ingeniosas. Le gustaba conocer gente y la gente disfrutaba con su compañía. Cuando en verano el valle se llenaba de turistas, pasaban noches muy alegres bajo el emparrado de Will, y muchos eruditos de las ciudades y las universidades admiraban aquellas opiniones que sus vecinos juzgaban tan excéntricas. De hecho, envejeció con suma nobleza y se fue haciendo cada vez más famoso hasta que su reputación llegó a las ciudades del llano y jóvenes que habían estado en el valle en verano hablaban en los cafés de Will el del molino y su tosca filosofía. Lo invitaron muchas veces, pero nada lo tentaba a abandonar su valle entre las montañas. Movía la cabeza mientras fumaba su pipa y sonreía de forma expresiva. «Su invitación llega demasiado tarde —respondía—. Soy como un difunto: ya he vivido y he muerto. Hace cincuenta años me habría dado un vuelco el corazón al oírle, pero ahora ni siquiera me tienta usted. Aunque ese es el objeto de vivir mucho tiempo: que la vida deje de interesarnos». O bien decía: «Entre una buena cena y una larga vida solo hay una diferencia: que en la cena el dulce se sirve al final». O: «De crío estaba un poco confuso y no sabía si era yo o el mundo lo que despertaba mi curiosidad y mi interés. Ahora sé que era yo, y con eso me basta».

Nunca demostró el menor síntoma de fragilidad y fue fuerte y robusto hasta el último momento, pero se cuenta que se volvió menos hablador hacia el final y que pasaba las horas escuchando hablar a los demás mientras guardaba un silencio entre divertido y complaciente. No obstante, cuando hablaba, iba directo al grano y estaba cargado de experiencia. Le gustaba beber vino, sobre todo al atardecer, en el altozano, o por la noche, bajo las estrellas en el emparrado. Decía que cualquier cosa hermosa e inalcanzable le alegraba y afirmaba que había vivido lo bastante para admirar una bujía porque podía compararla con un planeta.

Una noche de su año septuagésimo segundo, se despertó tan inquieto en cuerpo y alma que se levantó, se vistió y salió a meditar al emparrado. Estaba muy oscuro y no

había ni una sola estrella, el río bajaba crecido y los bosques y los prados húmedos llenaban el aire de perfume. Había tronado todo el día y daba la impresión de que seguiría tronando al día siguiente. ¡Una noche oscura y sofocante para un hombre de setenta y dos años! Fuese por el tiempo, por la vigilia o por un ligero ataque de reuma en sus viejos miembros, la imaginación de Will se vio asaltada por recuerdos turbulentos y lacrimosos. Su infancia, la noche que pasó con el joven corpulento, la muerte de sus padres adoptivos, los días de verano pasados con Marjory y muchas de esas pequeñas circunstancias que a los demás les parecen carentes de importancia, pero que constituyen la esencia de la vida de un hombre: las cosas que había visto, las palabras que había oído, las miradas que había malinterpretado surgían del olvido y requerían su atención. Los muertos en persona lo acompañaban y no solo formaban parte de aquellas imágenes que desfilaban por su memoria, sino que despertaban sus sentidos como hacen en los sueños más vívidos y profundos. El joven corpulento apoyaba el codo en la mesa de enfrente; Marjory iba y venía del jardín al emparrado con el mandil lleno de flores; le parecía oír al pastor vaciando la pipa y sonándose ruidosamente las narices. El flujo de su conciencia iba y venía: a veces se quedaba casi dormido y se sumía en sus recuerdos y a veces se despertaba lleno de sorpresa. Sin embargo, a medianoche le sobresaltó la voz del molinero que le llamaba desde la casa, como hacía siempre. La alucinación fue tan perfecta que Will dio un respingo en el asiento y aguzó el oído por si volvía a llamarlo, y mientras escuchaba reparó en otro sonido, aparte del rumor del río y del zumbido en sus oídos. Era igual que el ruido de los cascos de unos caballos y el crujido de los arreos, como si un carruaje hubiese llegado impaciente a la puerta de la posada. A esas horas y tratándose de un paso tan abrupto y peligroso, la suposición era absurda, así que Will la descartó de su imaginación y volvió a sentarse en la silla bajo el emparrado hasta que lo envolvió el sueño como el agua del río. Otra vez lo despertó la voz del molinero muerto, más débil y espectral que antes, y nuevamente le pareció oír el ruido de un carruaje en el camino. Y una tercera y una cuarta vez se repitió el mismo sueño, o la misma ilusión, hasta que por fin, sonriendo para sí como quien trata de calmar a un niño asustado, fue a la puerta para salir de dudas.

Del emparrado a la puerta no había mucha distancia, y sin embargo a Will le costó bastante tiempo llegar: fue como si los muertos se agolparan en el patio en torno suyo y se cruzaran en su camino a cada paso que daba. En primer lugar le sobrecogió el aroma dulzón de los heliotropos, como si en todo el jardín no creciera otra planta y el aliento de la noche húmeda y cálida hubiera arrastrado hasta él su perfume. El heliotropo era la flor favorita de Marjory y, desde su muerte, no habían plantado ninguno en las tierras de Will.

«Debo de estar volviéndome loco —pensó—. ¡Pobre Marjory y sus heliotropos!».

Y alzó la vista hacia la ventana de la habitación que una vez había ocupado ella. Si antes se había sobresaltado, ahora casi se aterrorizó, pues vio que la luz de la habitación estaba encendida y en la ventana había una mancha oblonga de color

naranja, y alguien levantó y volvió a soltar la persiana como la noche en que, lleno de perplejidad, les gritó a las estrellas. La ilusión duró solo un instante, pero lo dejó desconcertado y frotándose los ojos mientras contemplaba el perfil de la casa con la negra noche de fondo. De pronto le pareció oír otra vez voces en el camino y se volvió justo a tiempo para recibir a un desconocido que acudía a su encuentro a través del patio. En el camino, detrás del desconocido, se distinguía el perfil de un carruaje y, por encima de todo, las negras copas de los pinos, como otros tantos penachos de pluma.

—¿Es usted Will? —preguntó el recién llegado, en tono cortante y marcial.

—El mismo, señor —respondió Will—. ¿Hay algo que pueda hacer por serviros?

—He oído hablar mucho de usted, amigo Will —replicó el otro—, mucho y muy bien. Y, aunque estoy muy ocupado, me gustaría beber una botella de vino con usted bajo el emparrado. Antes de irme os diré quién soy.

Will le condujo bajo las espalderas, encendió una lámpara y descorchó una botella. Estaba acostumbrado a esa clase de visitas y los desengaños le habían enseñado a no depositar demasiadas esperanzas en ellas. Una especie de nube se había posado sobre su entendimiento y le impidió recordar lo intempestivo de la hora. Actuaba como en sueños y le dio la impresión de que la lámpara se encendía y la botella se descorchaba a la velocidad del pensamiento. Aun así, sentía curiosidad por ver qué aspecto tenía aquel visitante y trató en vano de iluminarle la cara, pero fuese porque él manejaba la lámpara con torpeza o porque tenía la vista nublada no pudo discernir más que una sombra sentada a la mesa a su lado. La miró una y otra vez mientras limpiaba las copas y empezó a sentir una especie de escalofrío en su interior. El silencio le impresionó, pues no se oía nada, ni siquiera el río, salvo el latido de sus arterias en sus oídos.

—Por usted —dijo con brusquedad el desconocido.

—Para servirle, señor —replicó Will saboreando el vino, que tenía un gusto un poco raro.

—Tengo entendido que se jacta usted de ser inamovible en sus decisiones —prosiguió el forastero. Will respondió con una sonrisa satisfecha y un leve movimiento de cabeza—. Yo también lo soy, y nada me complace más que pisarle los callos a la gente. No tolero que haya nadie tan firme en sus decisiones como yo, ni uno solo. He desbaratado los planes de reyes, generales y grandes artistas. ¿Qué le parecería —prosiguió— si le dijera que he venido hasta aquí a propósito para desbaratar los suyos? —Will estuvo a punto de responder de forma desabrida, pero prevaleció la educación del viejo posadero, así que guardó silencio y se limitó a esbozar un gesto educado a modo de respuesta—. Pues así es, y, si no me fuese usted particularmente simpático, no habría más que hablar. Por lo visto usted se enorgullece de no haberse movido nunca de aquí. Pretende quedarse para siempre en su posada. Pues bien, yo pretendo que venga a dar una vuelta en mi birlocho, y, antes de que apuremos esta botella, lo hará.

—Nada me parecería más raro, desde luego —replicó Will con una risita—. He crecido en este lugar como un viejo roble, y ni el diablo en persona podría arrancarme de aquí. Pero, como veo que le gusta a usted jugar, me apuesto otra botella a que pierde el tiempo conmigo. —La bruma que nublaba la vista de Will había ido volviéndose más espesa todo ese rato, pero era consciente de estar siendo observado de un modo frío y penetrante que le irritaba y contra el que, no obstante, no podía resistirse—. No vaya usted a pensar que si me quedo en casa es porque le temo a algo. Dios sabe que estoy harto de todo, y cuando llegue la hora de emprender el viaje más largo, creo que me encontrará preparado.

El forastero vació la copa y la apartó de su lado. Miró al suelo un momento y luego se inclinó sobre la mesa y le dio a Will tres golpecitos en el brazo con un dedo.

—¡Ha llegado la hora! —dijo en tono solemne.

Un desagradable escalofrío se extendió desde el lugar donde lo había tocado. El tono de su voz era sordo y sobrecogedor y resonó de un modo extraño en el corazón de Will.

—Le ruego que me disculpe —dijo un tanto descompuesto—. ¿A qué se refiere?

—Mírame y notarás cómo se te nubla la vista. Levanta la mano y verás que pesa como si fuese de plomo. Esta es tu última botella de vino, amigo Will, y la última noche que pasas sobre la tierra.

—¿Es usted médico? —se estremeció Will.

—El mejor de todos —replicó el otro—, pues curo el cuerpo y el espíritu con la misma receta. Alivio cualquier dolor, perdono todos los pecados, y, cuando mis pacientes se han equivocado en la vida, elimino todas las complicaciones y vuelvo a liberarlos.

—No necesito sus servicios —dijo Will.

—A todos los hombres les llega un momento, amigo Will —replicó el médico—, en que tienen que cederle a otro el timón. Para ti ha tardado en llegar porque eres prudente y tranquilo, y has tenido tiempo de prepararte para la ocasión. Has visto todo lo que hay que ver en tu molino; has pasado tus días sentado junto a él como una liebre en su cama, pero ahora tu tiempo se ha acabado —añadió el médico poniéndose en pie— y tienes que venir conmigo.

—Es usted un médico muy raro —dijo Will mirando fijamente a su invitado.

—Soy una ley natural —replicó—, y la gente me llama la Muerte.

—¿Y por qué no lo has dicho desde el principio? —exclamó Will—. He estado esperándote todos estos años. Dame la mano y sé bienvenido.

—Apóyate en mi brazo —dijo el desconocido—, pues ya empiezan a fallarte las fuerzas. Apóyate en mí cuanto necesites, soy viejo, pero fuerte. Solo tienes que dar tres pasos hasta mi carruaje y allí terminarán todos tus males. Will —añadió—, tenía tantas ganas de verte como si fueses mi propio hijo, y de todos los hombres a quienes he ido a buscar eres al que he preferido conocer. Soy muy cáustico y a veces ofendo a la gente nada más verla, pero para las personas como tú soy un buen amigo.

—Desde que te llevaste a Marjory —repuso Will—, Dios sabe que no deseaba ver a otro amigo más que a ti.

Y los dos salieron del patio cogidos del brazo.

Uno de los criados se despertó en ese momento y oyó el ruido de los cascos de los caballos antes de volver a quedarse dormido; esa noche en el valle se oyó un susurro como el de un viento que descendiera hacia el llano, y cuando el mundo despertó a la mañana siguiente, Will el del molino había emprendido por fin su viaje.

—Sí —dijo el anticuario—, nuestras mejores ocasiones son de muy diversa naturaleza. Hay clientes que ignoran lo que se traen entre manos y yo saco un dividendo gracias a mis mayores conocimientos. Otros no son honrados —y aquí levantó la vela para que la luz iluminara directamente a su visitante—, y, en ese caso —prosiguió—, saco provecho de mi virtud.

Markheim acababa de entrar de las calles a plena luz del día y sus ojos todavía no se habían acostumbrado a la mezcla de brillo y oscuridad de la tienda. Aquellas cáusticas palabras y la cercanía de la llama le hicieron parpadear penosamente y desviar la mirada.

El anticuario soltó una risita.

—Viene a verme el día de Navidad —prosiguió—, aun sabiendo que estoy solo en casa con los cierres echados y que en fechas así tengo por norma no hacer negocios. Pues bien, le costará caro: tendrá que pagar por las molestias, porque ahora mismo yo debería estar cuadrando mis libros, y también tendrá que pagar por su extraño comportamiento de hoy. Me considero la discreción en persona y procuro no hacer preguntas improcedentes, pero cuando un cliente no es capaz de mirarme a los ojos, tiene que pagar por ello. —El anticuario soltó otra risita y volvió a adoptar el tono que utilizaba habitualmente para tratar de negocios, aunque todavía quedaba una nota de ironía en su voz—. ¿Puede explicar, de modo tan fehaciente como de costumbre, cómo llegó el objeto en cuestión a sus manos? —prosiguió—. ¿Procede también del gabinete de su tío? Debe de ser un coleccionista excepcional.

El anticuario, un hombrecillo pálido y de hombros caídos, se le quedó mirando, casi de puntillas, por encima de las gafas de montura dorada y movió la cabeza con aire de incredulidad. Markheim le devolvió la mirada con otra de infinita compasión y un toque de terror.

—Esta vez se equivoca —dijo—. No he venido a vender, sino a comprar. No tengo ninguna otra antigualla que ofrecerle; en el gabinete de mi tío solo quedan los paneles de las paredes; y aunque estuviera todavía intacto, me ha ido tan bien en la Bolsa que prefiero añadir que quitar. El motivo de mi visita de hoy no puede ser más simple. Necesito un regalo navideño para una dama —prosiguió, ganando en elocuencia a medida que pronunciaba el discurso que llevaba preparado—, y ciertamente le debo a usted una disculpa por molestarle a estas horas por una minucia semejante. Pero ayer se me olvidó y debo entregar mi obsequio a la hora de la cena, ya comprenderá que el matrimonio con una mujer rica no es cosa que pueda pasarse por alto.

Siguió una pausa durante la cual el anticuario pareció sopesar con incredulidad aquella afirmación. El tictac de un sinfín de relojes entre los curiosos muebles de la

tienda y el rumor apresurado de los cabriolés en la cercana calle principal llenaron aquel intervalo silencioso.

—Muy bien, señor —dijo el anticuario—, como usted diga. Después de todo es usted un antiguo cliente, y, si como dice, se le ha presentado la oportunidad de hacer un buen matrimonio, no seré yo quien me interponga en su camino. Tengo aquí algo muy adecuado para una dama —continuó—, un espejo de mano, del siglo quince, garantizado, también procede de una buena colección; aunque prefiero reservarme el nombre de su dueño en interés de mi cliente, que era justo como usted, mi querido amigo: el sobrino y único heredero de un coleccionista excepcional.

Mientras pronunciaba aquellas palabras con su voz seca y rasposa, el anticuario se agachó para coger aquel objeto de su sitio, y cuando lo hizo, Markheim sufrió una especie de sobresalto, una crispación de las manos y los pies, una súbita acometida de muchas pasiones tumultuosas en su rostro. Pasó tan rápido como había llegado, y no dejó otra huella que un leve temblor en la mano con la que recibió el espejo.

—¿Un espejo? —dijo con aspereza, aunque luego se detuvo y repitió sus palabras con más claridad—. ¿Un espejo? ¿Por Navidad? No lo dirá en serio.

—¿Y por qué no? —exclamó el anticuario—. ¿Por qué no un espejo?

Markheim lo miraba con una expresión indescriptible.

—¿Que por qué no? —preguntó—. Mire, mírese en él…, ¡mírese! ¿Le gusta lo que ve? ¡No! Ni a mí…, ni a nadie.

El hombrecillo había dado un respingo cuando Markheim le puso delante el espejo de forma tan inesperada, pero ahora, al ver que no había verdaderos motivos de alarma, volvió a reírse entre dientes y dijo:

—Su futura esposa, señor, no debe de ser muy agraciada.

—No —respondió Markheim—. Pero le pido un regalo de Navidad y me da usted esto: un maldito recordatorio de los años, los pecados y las locuras, ¡una conciencia de mano! ¿De verdad hablaba usted en serio? ¿Acaso no piensa lo que dice? Responda. Será mejor que lo haga. Vamos, hábleme de usted. Voy a arriesgarme a pensar que, en secreto, es usted una persona caritativa.

El anticuario observó con atención a su interlocutor: era raro, Markheim no parecía estar riéndose, en su rostro había algo parecido a una ansiosa chispa de esperanza, pero ni rastro de burla.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó.

—¿No es usted caritativo? —respondió el otro en tono sombrío—. Ni caritativo, ni piadoso, ni escrupuloso, no quiere a nadie ni tiene a nadie que le quiera, lo único que tiene es una mano para coger el dinero y una caja fuerte para guardarlo, ¿es eso todo? Hable, por Dios, ¿es eso todo?

—Le diré lo que es —empezó el anticuario con brusquedad y volvió a interrumpirse con una risita—. Aunque ya veo que el suyo es un matrimonio por amor y que ha estado bebiendo a la salud de su dama.

—¡Ah! —gritó Markheim con una extraña curiosidad—. ¡Ah! ¿Así que ha estado usted enamorado? Háble me de eso.

—¿Yo? —exclamó el anticuario—. ¡Enamorado! Jamás he tenido tiempo, ni lo tengo ahora, para esas tonterías. ¿Va a quedarse con el espejo?

—¿A qué vienen tantas prisas? —replicó Markheim—. Es muy agradable estar aquí charlando, y la vida es tan corta y tan insegura que no me gusta privarme de ningún placer…, ni siquiera de uno tan leve como este. Es mejor aferrarse a lo que se tiene, como si colgásemos del borde de un precipicio. Si se piensa bien, cada segundo que pasa es como un precipicio: un precipicio de un kilómetro de altura, lo bastante alto, si nos caemos, para destruir en nosotros hasta el último resto de humanidad. Así que lo mejor es seguir conversando agradablemente. Sincerémonos, ¿por qué tenemos que llevar esta máscara? Hagámonos confidencias. Quién sabe, tal vez lleguemos a ser amigos.

—Solo tengo una cosa que decirle —respondió el anticuario—: ¡haga su compra o salga de mi tienda!

—Cierto, cierto —dijo Markheim—. Ya está bien de tonterías. Vayamos al grano. Enséñeme alguna otra cosa.

El anticuario volvió a agacharse, esta vez para dejar el espejo en el estante, y los cabellos rubios y finos le cayeron sobre los ojos. Markheim se acercó un poco más, con una mano en el bolsillo del abrigo, se detuvo y llenó los pulmones de aire. En su rostro se pintaron muchas emociones diferentes al mismo tiempo: horror y resolución, fascinación y repulsión física; frunció horriblemente el labio superior y le asomaron los dientes.

—Puede que esto le convenga —observó el anticuario, y justo cuando empezaba a incorporarse, Markheim se abalanzó por detrás sobre su víctima.

La daga larga y estrecha centelleó y cayó. El anticuario se debatió como una gallina, se golpeó la sien contra la estantería y se desplomó en el suelo hecho un ovillo.

El tiempo hablaba con una veintena de vocecillas en aquella tienda, unas graves y solemnes como correspondía a su edad avanzada, otras parlanchinas y apresuradas. Todas contaban los segundos con su tictac en un intrincado coro. Luego, los pasos de un muchacho que corría por la acera se impusieron sobre aquel sonido más leve y devolvieron a Markheim la conciencia del lugar donde se hallaba. Miró en torno suyo sobrecogido por el pánico. La bujía seguía sobre el mostrador y su llama se agitaba solemne, estremecida por una corriente de aire. Aquel movimiento tan insignificante bastaba para llenar la tienda de una silenciosa conmoción y hacer que se agitara igual que el mar: las altas sombras cabeceaban, los negros y oscuros rincones se hinchaban y encogían como si respirasen, los rostros de los retratos y los dioses chinos cambiaban y ondulaban como imágenes reflejadas en el agua. La puerta de la trastienda estaba abierta de par en par y daba la impresión de contemplar aquellas sombras con una larga ranura de luz que recordaba a un dedo acusador.

Los ojos de Markheim abandonaron sus aterrorizadas incursiones y volvieron al cuerpo de su víctima, que yacía convertido en un bulto desmadejado, increíblemente pequeño y más mezquino si cabe que cuando estaba con vida. En aquella postura tan indigna y vestido con sus ropas de avaro parecía solo un montón de serrín. Hete aquí, convertido en nada, a quien tanto temor le había inspirado antes. Y, sin embargo, mientras lo miraba, aquel montón de ropa vieja y aquel charco de sangre empezaron a hablar con voces elocuentes. Ahí se quedaría, nada podría volver a poner en funcionamiento sus articulaciones o iniciar el milagro de la locomoción: se quedaría ahí hasta que lo encontrasen. ¿Hasta que lo encontraran? Sí, ¿y entonces? Entonces aquella carne muerta soltaría un grito que resonaría por toda Inglaterra y llenaría el mundo con los ecos de la persecución. Sí, muerto o no, seguía siendo su enemigo. «El tiempo lo es cuando falla la inteligencia», pensó, y las dos primeras palabras quedaron grabadas en su imaginación. Una vez cometido aquel acto, el tiempo, que había concluido para la víctima, se había convertido en acuciante y decisivo para el asesino.

Todavía estaba pensándolo cuando, primero uno y después otro, con infinitos matices de tono y de cadencia, profundo el uno como la campana de una catedral y agudo el otro como el preludio de un vals, los relojes empezaron a dar las tres.

Que tantas lenguas se desatasen de pronto en la sala silenciosa le sorprendió mucho y empezó a ir de aquí para allá con la bujía en la mano, acosado por las sombras en movimiento y sobresaltado hasta el fondo de su alma por reflejos imprevistos. Vio su rostro repetido una y otra vez en un sinfín de lujosos espejos, unos fabricados en Inglaterra, otros en Venecia o Amsterdam, como si le rodeara un ejército de espías. Sus propios ojos detectaban su presencia, y el sonido de sus pasos, por muy leves que fuesen, perturbaba el silencio circundante. Y, mientras se llenaba los bolsillos, su imaginación le recordaba con enfermiza insistencia los miles de errores de su plan. Debería haber escogido una hora más tranquila; tendría que haber preparado una coartada; no debería haber empleado un cuchillo; tendría que haber sido más cauto y limitarse a atar y amordazar al anticuario en lugar de matarlo; debería haber sido más osado y haber asesinado también a la criada; debería haberlo hecho todo de otro modo: remordimientos acuciantes, fatigosos esfuerzos de la imaginación por cambiar lo que ya no se podía cambiar, por planear lo que ya carecía de sentido, por convertirse en arquitecto del pasado irrevocable. Entretanto, y por detrás de toda esa actividad, terrores más primitivos, como el correr de las ratas por un ático abandonado, llenaban de alarma los rincones más ocultos de su cerebro: la mano del policía caía pesada sobre su hombro y sus nervios se estremecían como un pez en el anzuelo, o veía, en un galopante desfile, el banquillo, la prisión, el patíbulo y el negro ataúd.

El miedo que le inspiraba la gente de la calle se equiparaba en su imaginación a un ejército sitiador. Era imposible, pensaba, que no hubiera llegado a sus oídos algún rumor del forcejeo que hubiese despertado su curiosidad; y ahora los imaginaba en

las casas vecinas aguzando inmóviles el oído: personas solitarias, condenadas a pasar la Navidad demorándose en los recuerdos del pasado, se veían obligadas a abandonar tan melancólica tarea; familias felices eran reducidas al silencio en torno a la mesa, la madre todavía con un dedo levantado: personas de toda edad y condición escuchaban junto a sus hogares y tejían la soga con la que habrían de ahorcarle. A veces le daba la impresión de no estar actuando con suficiente sigilo: el tintineo de las altas copas de cristal de Bohemia resonaba tan fuerte como el tañido de una campana, y, alarmado por el estruendo de tanto tictac, se sentía tentado de parar los relojes. Luego, merced a una rápida transición de sus terrores, el mismo silencio de la casa le parecía una fuente de peligro, algo capaz de sorprender y llamar la atención de los transeúntes, y andaba con más decisión y pululaba entre los contenidos de la tienda, e imitaba con elaborada osadía los movimientos de un hombre que trabajaba tranquilamente en su casa.

Pero los temores que lo agitaban eran tan diversos que mientras una parte de su cerebro seguía alerta y atenta, la otra temblaba al borde de la locura. Una alucinación en particular había hecho mella en su credulidad. El vecino que escuchaba con pálido semblante junto a su ventana, el viandante que se detenía en la acera dominado por horribles presentimientos, podían como mucho sospechar, pero no saber: solo los sonidos podían atravesar las paredes de ladrillo y los postigos cerrados, pero allí, en el interior de la casa, ¿estaría solo? Sabía que lo estaba: había visto salir a la criada en busca de su novio, con su mejor vestido y las palabras «día libre» escritas en cada cinta y en cada sonrisa. Sí, por supuesto que estaba solo, y no obstante, le parecía oír el leve rumor de unos pasos delicados en la enorme casa vacía que se alzaba sobre su cabeza…, estaba inexplicablemente convencido de ser consciente de alguna presencia. Sí, sin duda, su imaginación la percibía en cada una de las habitaciones y rincones de la casa: ahora era un objeto sin rostro que sin embargo tenía ojos para ver, luego era una sombra de sí mismo y por fin se convertía en la imagen del anticuario muerto vivificada por la astucia y el odio.

A veces miraba haciendo un gran esfuerzo aquella puerta abierta que seguía repeliendo su mirada. La casa era alta, la claraboya sucia y pequeña, el día estaba cegado por la niebla, y la luz que se filtraba hasta el piso de abajo era tan débil que solo iluminaba tenuemente el umbral de la tienda. Y, sin embargo, ¿no se agitaba en esa incierta franja de luz una sombra temblorosa?

De pronto, desde la calle, un caballero muy jovial empezó a golpear con su bastón en la puerta de la tienda y a acompañar sus golpes con gritos y burlas mientras llamaba al anticuario por su nombre. Markheim, convertido en estatua de hielo, miró el cadáver. Pero no, seguía inmóvil, había huido a un lugar donde no lo alcanzarían aquellos golpes y gritos, se había hundido en un mar de silencio y su nombre, que una vez le habría hecho volverse en medio del rugido de una tormenta, se había convertido en un sonido vacío. Poco después el jovial caballero dejó de insistir y se marchó.

Era un claro indicio de que le convenía apresurarse en poner fin a lo que le faltaba por hacer, huir de aquel barrio acusador, mezclarse con las multitudes londinenses y llegar, al final del día, a aquel refugio de seguridad y aparente inocencia: su cama. Había llegado una visita, en cualquier momento podía aparecer otra más obstinada. Haber cometido aquel acto y no sacar provecho sería un fracaso inconcebible. El dinero era lo que obsesionaba ahora a Markheim, y, como medio para conseguirlo, las llaves.

Miró por encima del hombro hacia la puerta abierta donde todavía temblaba aquella sombra, y sin el menor recelo de la imaginación, aunque con un estremecimiento en el estómago, se aproximó al cuerpo de su víctima. Su carácter humano había desaparecido: yacía en el suelo con los brazos y las piernas extendidos y el tronco doblado en dos, como un traje relleno de paja; y sin embargo seguía inspirándole la misma repulsión. A pesar de su aspecto sórdido e insignificante, le asustaba tocarlo. Cogió el cadáver por los hombros y le dio la vuelta para ponerlo de espaldas. Era extrañamente liviano y ligero, y sus miembros adoptaron las posturas más extravagantes como si estuviesen rotos. El rostro carecía de expresión, pero estaba tan blanco como la pared y horriblemente manchado de sangre en la mejilla. Ese fue para Markheim el detalle más desagradable. Enseguida le recordó cierto día de feria en un pueblecito de pescadores: un día gris, el viento que no dejaba de silbar, la gente en la calle, el sonido de las trompetas, el redoblar de los tambores, la voz nasal de un recitador de pliegos de cordel, y un muchacho que iba de aquí para allá y, sumergido en la muchedumbre, se debatía entre la curiosidad y el temor hasta llegar a la atracción principal, vio una caseta y un gigantesco cartel verde con dibujos trazados de mala manera y pintados de colores chillones: Brownrigg y su aprendiz, los Manning con su huésped asesinado, Weare estrangulado por Thurtell y una veintena de crímenes famosos más. Evidentemente se trataba de una ilusión: se había reencarnado en aquel muchacho, le pareció volver a contemplar, con la misma sensación de repulsión física, aquellas horribles imágenes, seguía aturdido por el redoblar de los tambores. Un compás de la música de aquel día acudió a su memoria, y al recordarlo le acometieron por primera vez los remordimientos, sintió náuseas y una súbita debilidad en las articulaciones que tuvo que dominar y resistir.

Juzgó más prudente enfrentarse con aquellas consideraciones que huir de ellas, así que contempló fríamente el rostro del muerto y obligó a su imaginación a comprender la naturaleza y magnitud de aquel crimen. Muy poco tiempo antes, aquella cara había expresado toda suerte de sentimientos, aquella boca pálida había hablado y aquel cuerpo estaba lleno de energía, y, ahora, por obra suya, aquel trozo de vida se había detenido, igual que el relojero, al interponer el dedo, interrumpe el tictac del reloj. Todos sus razonamientos fueron en vano: no logró conmover a su conciencia; el mismo corazón que se había estremecido al ver los dibujos de aquellos crímenes contemplaba impasible la realidad. A lo sumo sintió una chispa de compasión por alguien que había sido dotado inútilmente de todas esas facultades que

sirven para hacer del mundo un jardín encantado, por alguien que no había vivido nunca y ahora estaba muerto. Pero ni un átomo de arrepentimiento.

De modo que apartó de él aquellas reflexiones, encontró las llaves y se dirigió a la puerta abierta de la trastienda. Fuera había empezado a llover y el sonido de la lluvia sobre el tejado había puesto fin al silencio. Como en una profunda caverna, las habitaciones de la casa resonaban con ecos leves e incesantes que llenaban sus oídos y se mezclaban con el tictac de los relojes. Y mientras se acercaba a la puerta le pareció oír, en respuesta a sus cautos pasos, las pisadas de alguien que se alejaba escaleras arriba. La sombra seguía palpitando trémula en el umbral. Hizo acopio de valor y abrió la puerta.

La luz tenue y neblinosa del día relucía débilmente en el suelo desnudo y en las escaleras, en la armadura que, alabarda en mano, montaba guardia en el descansillo, en las molduras de madera oscura y en los cuadros enmarcados que colgaban de los paneles de las paredes. La lluvia golpeaba con tanta fuerza en toda la casa que a Markheim le parecía percibir muchos sonidos diferentes. Pasos, suspiros, las pisadas de un regimiento que desfilaba a lo lejos, el tintineo del dinero al contarlo y el crujido de las puertas al abrirse con sigilo parecían mezclarse con el repiqueteo de las gotas sobre la claraboya y el gorgoteo del agua en los canalones. La sensación de que no estaba solo aumentó y lo llevó al borde de la locura. Aquellas presencias parecían acosarlo y cercarlo por todas partes. Las oía deslizarse de forma subrepticia en las habitaciones del piso de arriba, oyó incorporarse al muerto en la tienda, y cuando empezó a subir con grandes esfuerzos por las escaleras, unas pisadas huyeron por delante de él y otras lo siguieron de cerca. Si estuviese sordo, pensó, ¡qué fácil le sería dominarse! Luego volvió a escuchar cada vez con mayor atención, y bendijo aquel desasosiego que le obligaba a estar alerta y era como un fiable centinela que velara por su vida. Volvía constantemente la cabeza y sus ojos, que parecían a punto de salírsele de las órbitas, miraban en todas las direcciones y siempre creían ver algo innombrable que desaparecía. Los veinticuatro escalones del primer piso fueron como veinticuatro agonías.

En el primer piso, encontró las puertas abiertas de par en par: tres puertas que parecían tres emboscadas y que conmovieron sus nervios como si fueran tres bocas de cañón. Tuvo la sensación de que jamás podría reunir fuerzas suficientes para volver a someterse a las miradas de los demás, lo único que ansiaba era estar en su casa, rodeado de paredes, enterrado entre las sábanas de su cama e invisible para todos excepto para Dios. Y al pensarlo se sorprendió un poco al recordar lo que había oído contar de otros asesinos y el temor que por lo visto les inspiraba la venganza del cielo. Desde luego no era su caso. Temía las leyes de la naturaleza por si en su proceder despiadado e inmutable conservaban alguna prueba condenatoria de su crimen. Temía diez veces más, con un terror servil y supersticioso, que se produjese alguna escisión en la continuidad de la experiencia humana, alguna deliberada aberración de la naturaleza. Él confiaba en su habilidad, dependía de las reglas y

calculaba las consecuencias a partir de las causas, pero ¿y si la naturaleza, igual que el tirano derrotado cuando volcó el tablero de ajedrez, rompiera el esquema habitual de su concatenación? Algo parecido le había ocurrido a Napoleón (o eso cuentan los historiadores) cuando se presentó a destiempo el invierno. Y lo mismo podía sucederle a Markheim: las sólidas paredes podían volverse transparentes y revelar sus manejos igual que una colmena de cristal revela la actividad de las abejas, las recias tablas podían ceder bajo sus pies como arenas movedizas y dejarlo atrapado; sí, y había otros accidentes más prosaicos que también podían destruirlo: por ejemplo, que la casa se viniera abajo y lo aprisionara junto al cadáver de su víctima, o que se incendiase la casa vecina y se viera rodeado de bomberos por todas partes. Eso era lo que más temía, y en cierto sentido podía considerarse la mano de Dios tendida contra el pecado. Pero Dios en sí mismo no le preocupaba: aquel acto sin duda era excepcional, pero también lo eran sus razones, que Dios conocía, y era en su justicia, y no en la de los hombres, en la que él confiaba.

En cuanto llegó sano y salvo al salón y cerró la puerta tras de sí, comprendió que sus temores iban a concederle una tregua. La habitación estaba casi desmantelada y además habían levantado las alfombras; había cajas de embalar y muebles desparejados por todas partes; varios espejos de cuerpo entero en los que se contempló desde diversos ángulos, como un actor en el teatro; muchos cuadros, enmarcados y sin enmarcar, colocados de cara a la pared; un hermoso aparador Sheraton; un bargueño de marquetería y una gran cama antigua con dosel. Las ventanas llegaban hasta el suelo, pero por fortuna los postigos de abajo estaban cerrados y lo ocultaban de los vecinos. Markheim arrastró una de las cajas de embalar hasta el bargueño y empezó a probar todas las llaves. Fue una tarea larga, pues había muchas; y además un poco exasperante, ya que tal vez no hubiera nada de valor en el bargueño y el tiempo apremiaba. Pero la inmediatez de aquella ocupación lo calmó. Por el rabillo del ojo vigilaba la puerta, incluso la miraba de vez en cuando directamente, como un jefe militar asediado, satisfecho al comprobar el buen estado de sus defensas. Pero lo cierto es que estaba más tranquilo. La lluvia que caía afuera hacía un ruido natural y agradable. De pronto, al otro lado de la calle, alguien se sentó al piano y empezó a interpretar un himno, y las voces de varios niños se sumaron a la melodía y entonaron la letra. ¡Qué elegante y consoladora resultaba aquella música! ¡Qué frescas las voces juveniles! Markheim las escuchó sonriente, mientras probaba las llaves, y su imaginación se llenó de ideas e imágenes tranquilizadoras: niños que iban a la iglesia, el sonido agudo del órgano; niños que jugaban en el campo, bañistas sentados a la orilla de un arroyo; gente que paseaba por el prado, cometas en el cielo ventoso y surcado por las nubes, y luego otra cadencia del himno le hizo volver a la iglesia, a la somnolencia de los domingos estivales, a la voz amable y chillona del pastor (que le hizo sonreír un poco al recordarla), a las tumbas jacobitas policromadas y a los diez mandamientos casi borrosos que alguien había escrito en las paredes del presbiterio.

Y mientras estaba allí, absorto y concentrado al mismo tiempo, un sobresalto lo obligó a ponerse en pie de un salto. Sintió un escalofrío, luego un sofoco y el pulso se le aceleró como si el corazón fuese a salírsele del pecho y lo dejó tembloroso y como petrificado. Unos pasos lentos pero decididos subían por las escaleras, enseguida una mano se posó en el picaporte, el resbalón soltó un chasquido y la puerta se abrió. El pavor atenazaba a Markheim, no sabía qué esperar: si al muerto resucitado, a los funcionarios de la justicia humana o a algún testigo casual que subiera a enviarlo inconscientemente al patíbulo. Pero, cuando una cara asomó por el hueco de la puerta, inspeccionó la habitación, lo miró, asintió y sonrió como quien reconoce a un amigo, y luego volvió a retirarse y a cerrar la puerta, dio rienda suelta a su temor y soltó un grito ronco. Al oírlo, el visitante volvió.

—¿Me llamaba? —preguntó amablemente mientras entraba en la habitación y cerraba la puerta tras de sí.

Markheim se le quedó mirando fijamente. Tal vez tuviera velada la mirada, pero el perfil del recién llegado parecía cambiar y oscilar como el de los ídolos bajo la luz cambiante de la bujía de la tienda, y unas veces le parecía reconocerlo y otras le recordaba a sí mismo, y todo el tiempo, como un terror insoportable, crecía en su interior la convicción de que aquel ser no era ni terrenal ni divino.

Sin embargo, cuando se le acercó sonriente le pareció que curiosamente tenía el aspecto de una persona normal y corriente, y cuando le preguntó: «Busca usted el dinero, ¿no?», lo hizo en un tono cotidiano y cortés.

Markheim no respondió.

—Permita que le recuerde —prosiguió el otro— que la criada se ha despedido de su novio antes de lo habitual y no tardará en llegar. No necesito describir las consecuencias, si llegase a sorprender al señor Markheim en la casa.

—¿Me conoce? —exclamó el asesino.

El visitante sonrió.

—Hace tiempo que es usted uno de mis favoritos —dijo—, y hace mucho que le observo y ansío ayudarle.

—¿Quién es usted? —gritó Markheim—. ¿El demonio?

—Lo que yo pueda ser no afecta a la ayuda que pretendo prestarle.

—Claro que sí —chilló Markheim—. ¡Por supuesto que sí! ¿Ayudarme? ¡No, jamás! ¡Usted no! ¡Ni siquiera me conoce…, gracias a Dios, usted no me conoce!

—¿Conocerle? —replicó el visitante, con una especie de amable severidad, o más bien firmeza—. Conozco hasta el último de sus pensamientos.

—¿Que me conoce? —exclamó Markheim—. Pero ¿cómo va a conocerme? Si mi vida es una calumnia y un disfraz para mí mismo. He vivido para falsear mi naturaleza. Todo el mundo lo hace, la gente siempre es mejor que ese disfraz que crece en torno suyo y acaba por asfixiarles. La vida los arrastra a todos, como alguien a quien hubieran raptado y envuelto en un manto unos malhechores. Si no hubieran perdido el dominio de sí mismos…, si se les pudiera ver la cara, serían muy

diferentes, ¡parecerían héroes y santos! Yo soy peor que la mayoría, voy más oculto que los demás, mis motivos los conocemos Dios y yo. Pero, si dispusiera de tiempo, podría mostrarme tal como soy.

—¿Ante mí? —preguntó el visitante.

—Sobre todo ante usted —repuso el asesino—. Lo tenía por alguien inteligente; pensaba, puesto que existe, que sabría leer usted mi corazón. Y, no obstante, se propone juzgarme por mis actos…, imagínese…, ¡por mis actos! Nací y he vivido en un país de gigantes, unos gigantes que me han arrastrado por las muñecas desde que salí del vientre de mi madre: los gigantes de las circunstancias. ¡Y pretende usted juzgarme por mis actos! ¿Acaso no puede mirar en mi interior? ¿No comprende que el mal me resulta odioso? ¿No ve lo que escribe mi conciencia dentro de mí sin que la ofusquen sofismas caprichosos, aunque la haya desobedecido tantas veces? ¿No ve que soy algo tan vulgar como la propia humanidad: un pecador que no quiere serlo?

—Se expresa usted con mucho sentimiento —respondió el otro—, pero a mí eso no me atañe. La casuística queda fuera de mis competencias, y no me interesa lo más mínimo la compulsión que haya podido arrastrarle, siempre que lo lleve en la buena dirección. Sin embargo, el tiempo apremia, la criada se ha entretenido contemplando los rostros de la gente y los carteles publicitarios, pero sigue acercándose, ¡y tenga presente que es como si el patíbulo se aproximase por las calles navideñas! ¿Quiere que le ayude? Yo lo sé todo. ¿Quiere que le diga dónde está el dinero?

—¿A qué precio? —preguntó Markheim.

—Le haré ese favor como regalo de Navidad.

Markheim no pudo contener una sonrisa de amargo triunfo.

—No —dijo—. No aceptaré nada de usted: aunque estuviese muriéndome de sed, encontraría fuerzas para rechazar el vaso si fuese usted quien me lo ofreciera. Tal vez le parezca crédulo, pero no haré nada que me vincule así al mal.

—No tengo nada contra los arrepentimientos en el lecho de muerte —observó el visitante.

—¡Porque pone en duda su eficacia! —exclamó Markheim.

—No he dicho eso —replicó el otro—, lo que ocurre es que yo veo las cosas desde un punto de vista diferente, y cuando la vida se acaba, deja de interesarme. El difunto ha vivido para servirme, para extender la desconfianza disfrazada de religión, o para sembrar la cizaña en el trigal, como hace usted al ceder débilmente a sus deseos. Y, cuando se acerca a su liberación, solo puede rendirme un último servicio: arrepentirse, morir sonriente y acrecentar así la confianza y la esperanza de mis seguidores más temerosos que todavía siguen con vida. No soy un amo tan exigente. Compruébelo. Acepte mi ayuda, disfrute de la vida como ha hecho hasta ahora, disfrute incluso más, ponga los codos sobre la mesa, y, cuando empiece a hacerse de noche y vaya a caer el telón, le aseguro para su consuelo que le resultará incluso fácil llegar a un acuerdo con su conciencia y hacer las paces con Dios. Ahora mismo vengo de un lecho de muerte semejante, la habitación estaba llena de gente que

lloraba y escuchaba con sinceridad las últimas palabras del moribundo, y cuando miré su rostro, que en vida había sido tan despiadado e inconmovible como el pedernal, lo encontré sonriendo lleno de esperanza.

—¿Y me toma usted por alguien así? —preguntó Markheim—. ¿Cree que no aspiro a otra cosa que a pecar y pecar y pecar y, en el último momento, colarme en el cielo de tapadillo? ¡Mi corazón se indigna solo de pensarlo! ¿Es esa toda la experiencia que tiene usted de la humanidad? ¿O es que me juzga tan miserable porque me ha cogido con las manos en la masa? ¿Es tan impío este asesinato como para secar las mismas fuentes del bien?

—Para mí el asesinato no es una categoría especial —replicó el otro—. Todos los pecados son asesinatos, igual que toda vida es una guerra. Contemplo a los de su raza como a un grupo de marineros famélicos en una balsa, peleándose por las migajas del hambre y alimentándose unos de otros. Sigo los pecados más allá del momento en que se cometen y veo que la última consecuencia de todos ellos es la muerte; desde mi punto de vista, la hermosa doncella que contraría a su madre a propósito de una minucia se mancha de sangre igual que un asesino como usted. ¿He dicho que sigo los pecados? También las virtudes me interesan, aunque apenas puedo distinguirlas de los primeros: ambas cosas son guadañas con las que el ángel de la muerte recoge su cosecha. El mal, que es el motivo de mi existencia, no es cuestión de actos sino de carácter: yo aprecio al hombre malvado y no la mala acción, cuyos frutos, si pudiéramos seguirlos lo bastante lejos por la vertiginosa catarata de los siglos, resultarían mejores que los de las más raras virtudes, y si le ofrezco mi ayuda para escapar no es porque haya matado a un anticuario, sino porque es usted Markheim.

—Le abriré a usted mi corazón —respondió Markheim—. Este crimen que me ha visto cometer será el último. En mi camino hacia él, he aprendido muchas cosas, es una lección en sí mismo, una lección de enorme importancia. Hasta ahora me he rebelado por las cosas que no tenía, era un esclavo encadenado, empujado y azotado por la pobreza. Hay naturalezas lo bastante fuertes para resistir esas tentaciones, la mía no lo era, acuciada como estaba por la sed de placeres. Pero hoy, y a raíz de este acto, he obtenido la riqueza y una advertencia: la posibilidad y la decisión de ser sincero conmigo mismo. Me he convertido en un hombre libre, y empiezo a ver cómo obra el cambio en mí: estas manos harán el bien y mi corazón estará en paz. Me viene a la memoria algo con lo que soñaba los domingos mientras sonaba el órgano en la iglesia, algo que imaginaba cuando vertía mis lágrimas sobre los libros sagrados o hablaba como un niño inocente con mi madre. He ahí el sentido de mi vida: he vagado sin rumbo unos cuantos años, pero ahora vuelvo a ver claramente mi destino.

—Piensa invertir el dinero en Bolsa, ¿no es así? —replicó el visitante—. Y, si no me equivoco, ya ha perdido así varios miles.

—¡Ah! —dijo Markheim—. Pero esta vez tengo algo seguro.

—Esta vez también lo perderá todo —repuso tranquilamente el visitante.

—¡Me guardaré la mitad! —exclamó Markheim.

—Y también la perderá —dijo el otro.

El sudor empezó a cubrir la frente de Markheim.

—Bueno, ¿y qué más da? —exclamó—. Supongamos que lo pierdo todo y que vuelvo a hundirme en la pobreza, ¿acaso la peor parte de mí va a seguir dominando siempre a la otra? El bien y el mal corren por mis venas y me empujan en direcciones opuestas. No quiero solo una cosa, las quiero todas. Soy capaz de imaginar grandes hazañas, renuncias, martirios y, aunque haya cometido un crimen tan atroz como el asesinato, la compasión no es ajena a mis pensamientos. Compadezco a los pobres, ¿quién conoce sus sufrimientos mejor que yo? Les compadezco y les ayudo, valoro el amor, aprecio una risa honrada, no hay nada bueno o sincero sobre la tierra que no ame de todo corazón. ¿Es que solo mis vicios van a dirigir mi vida mientras mis virtudes yacen inanes, como un lastre del espíritu? No, el bien también es creador.

Pero el visitante alzó un dedo.

—Lleva usted en este mundo treinta y seis años —dijo—, su fortuna ha cambiado muchas veces, lo mismo que su estado de ánimo, y siempre le he visto caer más bajo. Hace quince años le habría horrorizado robar. Hace tres, le habría espantado asesinar. ¿Hay algún crimen, alguna crueldad o mezquindad que todavía le asuste? ¡Dentro de cinco años, le sorprenderé cometiéndola! Su camino va hacia abajo y nada, excepto la muerte, podrá detenerle.

—Es cierto —respondió Markheim con hosquedad— que hasta cierto punto me he sometido al mal. Pero todo el mundo hace igual; los mismos santos, por el simple hecho de vivir, se vuelven menos escrupulosos y se acomodan a su entorno.

—Le haré una pregunta muy sencilla —dijo el otro— y, según lo que responda, le pronosticaré su futuro moral. Ha descuidado usted muchas cosas, probablemente esté en su derecho de hacerlo y, en todo caso, es lo que hace todo el mundo. Pero, una vez admitido eso, ¿hay algo en su conducta, por muy trivial que pueda parecerle, con lo que le cueste transigir? ¿O se ha dejado arrastrar en todo?

—¿Que si hay algo? —repitió Markheim mientras pensaba lleno de angustia—. No —respondió desesperado—, ¡no hay nada! Me he dejado arrastrar en todo.

—Entonces —dijo el visitante—, confórmese con lo que es, porque nunca cambiará y el papel de su personaje en esta obra de teatro está escrito de forma irrevocable. —Markheim guardó silencio un buen rato y de hecho fue el visitante quien rompió el silencio—. Una vez aclarado eso —prosiguió—, ¿quiere que le diga dónde está el dinero?

—¿Y la gracia? —gritó Markheim.

—¿Acaso no lo ha intentado ya? —replicó el otro—. ¿No le vi hace dos o tres años en una reunión evangelista? ¿Y no era su voz la que entonaba los himnos con más fuerza?

—Cierto —respondió Markheim—, ahora veo claramente cuál es mi deber. Le agradezco de corazón la lección que me ha dado, me ha abierto usted los ojos y ahora veo por fin cómo soy de verdad.

En ese momento, el agudo sonido del timbre de la puerta resonó por toda la casa y, como si se tratara de una señal concertada que hubiera estado esperando, el visitante se puso en pie de un salto.

—¡La criada! —gritó—. Ha vuelto, como le advertí, y ahora todo será más difícil. Dígale que su amo está enfermo, déjela pasar con expresión seria pero confiada, nada de sonrisas o histrionismos, ¡y le prometo que saldrá bien librado! Una vez haya entrado la chica y esté cerrada la puerta, la misma habilidad que le libró del anticuario le librará de este último obstáculo en su camino. Luego dispondrá usted de toda la tarde, incluso de toda la noche si fuese necesario, para saquear los tesoros de la casa y ponerse a salvo. Este aparente peligro puede serle de ayuda. ¡Vamos! —gritó—, ¡vamos, amigo, su vida está en el fiel de la balanza! ¡Póngase en pie y actúe!

Markheim miró fijamente a su consejero.

—Si estoy condenado a hacer el mal —dijo—, todavía me queda un modo de ser libre: puedo dejar de actuar. Si mi vida ha de ser malvada, puedo ponerle fin. Aunque esté, como usted bien dice, a merced de todas las tentaciones, puedo, mediante un gesto decisivo, ponerme fuera del alcance de todas ellas. El amor que me inspira el bien está condenado a ser estéril, de acuerdo, tal vez sea así. Pero todavía me queda el odio que siento por el mal y, por mucho que le decepcione, le demostraré que de ahí puedo sacar fuerza y valor.

Los rasgos del visitante empezaron a sufrir una sorprendente y maravillosa transformación: se iluminaron y dulcificaron con una dulce expresión de triunfo, y al mismo tiempo se volvieron más borrosos y se desdibujaron. Pero Markheim no se detuvo a observar o tratar de comprender aquella transformación. Abrió la puerta y bajó las escaleras muy despacio pensando para sus adentros. Su pasado desfiló ante sus ojos y lo contempló tal como era, desagradable y fatigoso como una pesadilla, azaroso como una refriega: el escenario de una derrota. La vida, tal como la veía ahora, ya no le tentaba, pero a lo lejos divisaba un puerto seguro para su nave.

Se detuvo en el pasillo y observó la tienda donde la bujía seguía ardiendo junto al cadáver. Estaba extrañamente silenciosa. Mientras la miraba le pareció ver también al anticuario. Y luego el timbre volvió a sonar con un clamor impaciente.

Recibió a la criada en el umbral con una especie de sonrisa en los labios.

—Será mejor que vaya a buscar a la policía —dijo—: he asesinado a su amo.

JANET LA CONTRAHECHA

El reverendo Murdoch Soulis fue mucho tiempo pastor de la parroquia de Balweary, en los páramos del valle del Dule. Era un anciano adusto y sombrío, que atemorizaba a cuantos lo oían, y pasó los últimos años de su vida sin parientes ni criados, ni ninguna otra compañía, en la pequeña y solitaria rectoría al pie de Hanging Shaw. A pesar de la férrea compostura de sus rasgos tenía una mirada feroz, asustada y vacilante y, cuando insistía, en sus admoniciones privadas, en el futuro que les aguardaba a los impenitentes, era como si sus ojos atravesaran las tormentas del tiempo y se adentraran en los terrores de la eternidad. A muchos jóvenes que acudían a él para prepararse a recibir la Sagrada Comunión les impresionaba enormemente su manera de hablar. El primer domingo después de cada diecisiete de agosto leía un sermón sobre la Primera Epístola de Pedro (v. 8), «El demonio es un león rugiente», y el texto le servía para superarse a sí mismo, tanto por la terrible naturaleza del asunto tratado, como por su terrorífica forma de comportarse en el púlpito. Los niños temblaban de miedo y los viejos parecían más proféticos que de costumbre, y se pasaban el resto del día haciendo aquellas insinuaciones que Hamlet tanto detestaba. Ya desde el principio del ministerio del señor Soulis, aquellos que se tenían por prudentes habían empezado a evitar a las horas del crepúsculo la rectoría, situada junto a las aguas del Dule entre una espesa arboleda a la sombra del Shaw y junto a otras muchas cumbres frías y yermas que parecían alzarse hasta el cielo; y la sola idea de pasar a una hora tardía por aquella siniestra vecindad hacía que todos movieran la cabeza con desaprobación. Había un lugar concreto que les inspiraba más temor. La rectoría estaba ubicada entre la carretera y las aguas del Dule y tenía un hastial a cada lado. La parte posterior daba al pueblo de Balweary, que quedaba a poco más de un kilómetro, y por delante un jardín pelado y cercado de espinos se extendía entre el río y la carretera. La casa tenía dos pisos de altura y dos grandes habitaciones en cada planta. No comunicaba directamente con el jardín, sino con un sendero o camino empavesado, que conducía por un lado a la carretera y llevaba por el otro hasta los altos sauces y saúcos que bordeaban el río. Y era aquel sendero el que gozaba de tan infame reputación entre los jóvenes de Balweary. El pastor acostumbraba a pasear por él al caer la tarde y gemía a veces en voz alta acuciado por la urgencia de sus calladas plegarias, y cuando salía de casa y cerraba con llave la puerta de la rectoría, los escolares más osados se aventuraban con el corazón palpitante hasta tan legendario lugar.

Que una atmósfera de terror semejante rodeara a un ministro del Señor de un carácter y una ortodoxia intachables, era un continuo motivo de asombro y despertaba la curiosidad de los pocos desconocidos a los que los negocios o la casualidad empujaban a aquella región remota y desconocida. Pero muchos de los parroquianos ignoraban los extraños sucesos que habían señalado el primer año del ministerio del

señor Soulis, y los mejor informados se mostraban reacios o temerosos al hablar de aquel asunto. Solo muy de vez en cuando, alguno de los viejos del lugar se armaba de valor después de la tercera copa y volvía a relatar la causa del extraño aspecto y la vida solitaria del pastor.

Cincuenta años atrás, cuando el señor Soulis llegó por primera vez a Balweary, era todavía joven, casi un mozo decía la gente, y estaba lleno de saberes librescos y de elocuencia, pero, como es natural en alguien tan bisoño, carecía de experiencia real en la religión. A los jóvenes les impresionó mucho su talento y su labia, pero los de más edad, hombres y mujeres serios y graves, se sintieron incluso impulsados a rezar por el joven pastor, a quien creían equivocado, y por la parroquia, que en consecuencia iba a estar mal atendida. Fue antes de los días de los moderados…,[4] el diablo se los lleve, aunque las cosas malas son como las buenas: unas y otras llegan poco a poco, en pequeñas cantidades, y había quien decía que el Señor había abandonado a su suerte a los profesores de la universidad y que los muchachos que iban a estudiar con ellos habrían hecho mejor quedándose sentados en un montón de turba, como hicieron sus antepasados durante la persecución, con una Biblia debajo del brazo y un espíritu devoto. En cualquier caso, no había duda de que el señor Soulis había pasado demasiado tiempo en la universidad. Se interesaba y preocupaba por muchas cosas aparte de la única necesaria. Había llevado consigo un montón de libros…, más de los que se habían visto nunca en la casa parroquial, y debieron de darle mucho trabajo al carretero que los transportó hasta allí, pues había suficientes para tapar la ciénaga del Diablo de aquí a Kilmackerlie. Eran libros de teología, claro, o eso decían, pero los más serios opinaban que no valía la pena gastar tanto dinero, cuando la palabra de Dios cabría en la esquina de un cuadro de una manta escocesa… Por si fuera poco, se pasaba la mitad del día y de la noche nada menos que escribiendo, lo que parecía muy poco razonable; al principio temieron que estuviera memorizando sus sermones y luego resultó que estaba escribiendo un libro, lo que sin duda no era nada apropiado para alguien de sus años y con tan corta experiencia.

En cualquier caso, le convenía buscar una mujer vieja y honrada que se ocupara de la rectoría y le preparase la comida y, cuando le recomendaron a una vieja casquivana llamada Janet McClour, estaba tan ensimismado que se dejó convencer. Muchos le aconsejaron lo contrario, pues Janet despertaba los recelos de todas las personas respetables de Balweary. Tiempo atrás había tenido un hijo con un dragón de caballería; no había comulgado en los últimos treinta años; y los chiquillos la habían visto murmurando para sí en Key’s Loan al caer la tarde, una hora y un lugar muy raros para una mujer temerosa de Dios. En cualquier caso fue el propio señor de aquellas tierras el primero que le habló al pastor de Janet; y en aquellos tiempos el párroco habría hecho cualquier cosa por complacerle. Cuando la gente le advirtió de que Janet estaba emparentada con el demonio, se lo tomó como una superstición y,

cuando le citaron la Biblia y a la bruja de Endor, les hizo tragar que de eso hacía mucho tiempo y que, gracias a Dios, el diablo había sido sojuzgado.

Cuando corrió por el pueblo la noticia de que Janet McClour iba a servir en la rectoría, la gente se enfadó mucho con los dos y a las vecinas no se les ocurrió nada mejor que ir a casa de la vieja y echarle en cara todo lo que sabían de ella, desde lo del hijo del soldado hasta lo de las dos vacas de John Tamson. Janet no era muy habladora, la gente la dejaba en paz y ella hacía lo mismo y no daba a nadie ni los buenos días ni las buenas noches, pero cuando se lo proponía, tenía una lengua capaz de ensordecer a un molinero. Se puso hecha una furia y sacó a relucir todos los viejos chismorreos de Dalweary, por cada cosa que le decían ella les reprochaba otras dos, hasta que por fin las vecinas la cogieron, le quitaron la ropa y la llevaron a rastras desde el pueblo hasta el río Dule para comprobar si era una bruja y si nadaba o se hundía. La vieja chilló tanto que la oyeron hasta en Hanging Shaw y se resistió como diez. Al día siguiente, e incluso varios días después, muchas vecinas todavía iban arañadas. ¿Y quién diréis que apareció (por sus pecados) en lo más acalorado de la trifulca? Pues nada menos que el nuevo pastor.

—Mujeres —dijo (y tenía una voz imponente)—, os ordeno en nombre del Señor que la dejéis en paz.

Janet corrió hacia él enloquecida por el miedo, se abrazó a él y le pidió, en nombre de Cristo, que la librara de aquellas arpías; ellas, por su parte, le contaron todo lo que sabían y tal vez más.

—Mujer —le preguntó a Janet—, ¿es eso cierto?

—Por el Señor que me creó y me está viendo ahora —replicó ella—, que no es cierta ni una sola palabra. Aparte de lo del crío —afirmó—, siempre he sido una mujer decente.

—¿Estás dispuesta a renunciar —dijo el señor Soulis—, en el nombre de Dios, y ante mí, su humilde ministro, al demonio y todas sus obras?

En fin, todos esperaban que, al pedirle aquello, le crujieran los dientes e hiciera una mueca que aterrara a quienes la vieran, pero no ocurrió ni una cosa ni otra; y Janet alzó la mano y renunció al demonio delante de todos.

—Y ahora —les dijo el señor Soulis a las vecinas—, volved todas a casa y rogad a Dios para que os perdone.

Y le ofreció el brazo a Janet, que no llevaba puesto más que un camisón, y la llevó al pueblo y la dejó en su casa como si fuese una dama, mientras ella chillaba y reía tanto que era un escándalo oírla.

Esa noche muchas personas devotas dedicaron más rato de lo normal a rezar sus oraciones, pero a la mañana siguiente el miedo se apoderó de tal modo de Balweary que los niños se escondieron e incluso los hombres espiaban furtivamente desde la puerta de sus casas. Y es que Janet —o alguien que se le parecía, nadie habría sabido decirlo— se paseó por el pueblo con el cuello torcido, la cabeza ladeada, como si la hubieran ahorcado, y una mueca en su semblante como la de un cadáver antes de ser

enterrado. Poco a poco se fueron acostumbrando e incluso le preguntaron para saber qué le ocurría, pero desde ese día no volvió a hablar como una mujer cristiana, solo babeaba y hacía un ruido con los dientes como el de unas tijeras de esquilar ovejas, y sus labios no volvieron a pronunciar el nombre de Dios. A veces lo intentaban, pero no lo conseguían. Los que más sabían eran los que menos decían, pero nunca creyeron que aquella fuese Janet McClour, pues en su opinión la vieja Janet estaba ya en el infierno. Sin embargo, no hubo forma de convencer al pastor, que se dedicó a predicar acerca de la crueldad de la gente que le había producido aquel ataque de parálisis, ahuyentó a golpes a los rapaces que se burlaban de Janet, la llevó esa misma noche a la rectoría y vivió allí solo con ella a la sombra del Hanging Shaw.

Pues bien, fue pasando el tiempo y los más frívolos empezaron a quitarle importancia a aquel negro asunto. El pastor gozaba de buena fama, siempre se quedaba escribiendo hasta muy tarde y la gente veía la vela junto al río Dule pasada la medianoche, y parecía tan contento e indiferente como al principio, a pesar de que todos notaban que se estaba consumiendo. En cuanto a Janet, iba y venía a su antojo, y, si antes no hablaba mucho, con menos razón ahora; no se metía con nadie, pero era horrible verla y nadie habría tenido tratos con ella ni por todas las tierras comunales de Balweary.

Hacia finales de julio tuvimos un tiempo desconocido por estos pagos, hacía un calor bochornoso y descorazonador, los corderos no podían subir a Black Hill, los niños estaban demasiado cansados para jugar, y además era muy borrascoso, rachas de viento cálido soplaban en los valles y caían breves chaparrones que no refrescaban nada. Siempre pensábamos que a la mañana siguiente se desataría la tormenta, pero iban pasando los días y seguía haciendo aquel tiempo tan raro y agobiante para las personas y el ganado. Entre los que peor lo soportaban, nadie sufrió tanto como el señor Soulis: les contó a sus mayores que no podía dormir ni comer y, cuando no estaba escribiendo su dichoso libro, deambulaba por el campo como un poseso, en lugar de quedarse en casa como hacía todo el mundo.

Más allá de Hanging Shaw, al resguardo de Black Hill, hay unas tierras cercadas por una valla de hierro. Se dice que, en los viejos tiempos, era el cementerio de Balweary y que los papistas lo consagraron antes de que la luz bendita brillara sobre el reino. En cualquier caso era el lugar preferido del señor Soulis, que siempre se sentaba allí a meditar sus sermones, y la verdad es que el sitio está muy resguardado. El caso es que un día, al llegar al extremo oeste de Black Hill, vio primero dos, luego cuatro y luego siete cuervos que sobrevolaban el antiguo cementerio. Volaban bajo y despacio y se graznaban unos a otros, y el señor Soulis comprendió que algo los había espantado. No era un hombre que se asustara con facilidad, así que se fue directo a la tapia, ¿y qué diréis que encontró allí?, pues a un hombre, o algo parecido, sentado sobre una tumba. Era muy alto, negro como el mismísimo infierno, y tenía unos ojos muy extraños[5]. El señor Soulis había oído hablar muchas veces de los

negros, pero aquel tenía algo que le intimidaba. A pesar del calor que hacía, sintió un escalofrío en la médula de los huesos, sin embargo alzó la voz y dijo:

—Amigo, ¿es usted forastero?

El negro no respondió ni una palabra, se incorporó y echó a andar hacia la tapia que había al otro lado sin dejar de mirar al pastor, que se las arregló para devolverle la mirada, hasta que, al cabo de un minuto, el negro saltó la tapia y echó a correr en busca de la protección de los árboles. El señor Soulis, sin saber muy bien por qué, salió corriendo detrás de él, pero estaba exhausto después de su paseo con aquel tiempo tan caluroso e insano, y por mucho que corrió solo acertó a vislumbrar al negro que se ocultaba entre los abedules, hasta que llegó al pie de la colina y volvió a verlo cruzando a saltos el río en dirección a la rectoría.

Al señor Soulis no le hizo ninguna gracia que aquel espantoso vagabundo entrase con tanta familiaridad en la rectoría, así que apretó el paso, se mojó los zapatos al cruzar el río y subió por el sendero, pero allí no había ningún negro. Se asomó a la carretera, pero no vio a nadie; fue al jardín, pero nada, ni rastro del negro. Por fin, un poco asustado como es natural, levantó el pestillo, entró en la rectoría y se encontró a Janet McClour, con el cuello torcido y nada contenta de verlo. Luego recordaría siempre que al contemplarla volvió a sentir el mismo gélido y mortal escalofrío que antes.

—Janet —dijo—, ¿has visto pasar a un negro?

—¿A un negro? —repitió ella—. ¡Dios nos libre! Menudo pastor está usted hecho. En Balweary no hay negros.

Aunque ya comprenderéis que no habló con claridad, sino que gimoteó como un poni al ponerle el bocado.

—Pues si no era un negro, Janet —dijo el pastor—, es que he hablado con el Acusador de los Hermanos[6].

Y se sentó dando diente con diente, como quien tiene fiebre.

—Bobadas —replicó Janet—, debería usted avergonzarse, reverendo.

Y le dio un trago de *brandy* que guardaba para ella.

Luego el señor Soulis entró en el despacho donde tenía los libros. Era una habitación alargada, lóbrega y de techo bajo, terriblemente fría en invierno y húmeda incluso en pleno verano, pues la rectoría estaba muy cerca del río. Se sentó y pensó en todo lo que había ocurrido desde su llegada a Balweary, en su casa, en los días en que era niño y correteaba por las montañas, pero la imagen del negro siguió rondándole por la memoria como el estribillo de una canción. Cuanto más dejaba vagar la imaginación más se acordaba del negro. Trató de rezar y no le salían las palabras; dicen que también trató de escribir su libro, pero sin resultado. Unas veces tenía la impresión de que el negro estaba a su lado, y le bañaba un sudor frío como agua de pozo, y otras se sentía como un niño recién bautizado y no le embargaba ningún temor.

Por fin se acercó a la ventana y se puso a contemplar las aguas del Dule. La arboleda es muy espesa y el agua fluye negra y profunda al pie de la rectoría, y Janet estaba allí lavando la ropa con la falda arremangada. Se hallaba de espaldas al pastor, quien por su parte apenas reparó en lo que estaba viendo. Sin embargo, cuando se volvió y pudo verle el rostro, el señor Soulis sintió el mismo gélido escalofrío que ya había notado dos veces ese mismo día, y recordó lo que la gente decía: que Janet llevaba muerta mucho tiempo y que aquello era un espectro de carne fría como el barro. Se apartó un poco y la observó con atención. Estaba frotando la ropa mientras canturreaba para sus adentros, y, Dios nos asista, su rostro inspiraba pavor. A ratos cantaba en voz alta y a ratos miraba de reojo hacia un lado, aunque allí no había nada que mirar. Al señor Soulis lo recorrió de pies a cabeza una sensación de náusea que era un aviso del cielo, pero se limitó a culparse a sí mismo, por pensar mal de una anciana pobre y achacosa que no tenía más amigos que él; así que rezó una oración por los dos y bebió un poco de agua fresca —pues pensar en comer le revolvía el estómago—, y se metió en la cama al caer el sol.

Esa noche, la noche del 17 de agosto de 1712, no la ha olvidado nadie en Balweary. Como ya he dicho, había hecho mucho calor, pero esa vez hizo más que nunca. El sol se puso entre nubarrones de extraño aspecto; todo estaba tan oscuro como el mismo infierno: ni una estrella, ni pizca de viento, no se veía ni la propia mano puesta delante de la cara, y los viejos apartaban las mantas y respiraban con dificultad. Con todo lo que le rondaba por la cabeza era muy improbable que el señor Soulis pudiera conciliar el sueño. Daba vueltas y vueltas y la cama, que era fresca y cómoda, parecía quemarle hasta la médula de los huesos; a ratos dormitaba y a ratos se despertaba; unas veces oía las campanadas de la iglesia y otras veces a un chucho que aullaba en el páramo, como si hubiera muerto alguien; le parecía oír a espectros que le susurraban insensateces al oído y creía ver fuegos fatuos en la alcoba. Pensó que debía de haberse puesto enfermo, y lo estaba…, aunque no sospechaba en qué consistía su enfermedad.

Por fin, con la cabeza más despejada, se sentó en camisa en el borde de la cama, y volvió a pensar en el negro y en Janet. Nunca supo el porqué…, aunque tal vez fuese por el frío que sentía en los pies, el caso es que de pronto se le ocurrió que había alguna relación entre ambos y que, o bien uno de ellos, o los dos, eran espectros. Y, justo en ese momento, en la habitación de Janet, que estaba junto a la suya, se oyeron unas patadas como si varios hombres se estuvieran peleando y luego un golpe muy fuerte. Después el viento empezó a soplar alrededor de la casa y todo volvió a quedar tan silencioso como una tumba.

El señor Soulis no le temía ni al hombre ni al diablo. Cogió el yesquero, encendió una vela y con tres zancadas se plantó ante la puerta de Janet. El pestillo no estaba echado, así que la empujó y escudriñó audazmente el interior. Era una alcoba tan grande como la del propio pastor, y estaba llena de muebles antiguos y sólidos, que eran todo cuanto tenía. Había una cama con dosel de tapicería antigua, un excelente

bargueño de roble con unos cuantos libros de teología, que el párroco había dejado allí para quitarlos de en medio, y unas pocas prendas de Janet tiradas aquí y allá por el suelo. Pero el señor Soulis no vio ni a Janet ni indicios de lucha. Entró en la habitación (y conste que no muchos le habrían seguido), echó una ojeada y escuchó. Pero no había nada que oír, ni dentro de la rectoría ni en el pueblo de Balweary, y nada que ver, salvo las negras sombras que giraban en torno a la vela. Luego, de pronto, se le aceleró el pulso, se le heló el corazón y un viento gélido le puso los pelos de punta. ¡Qué imagen tan horrible contemplaron entonces los ojos de aquel hombre! Ahí estaba Janet colgando de un clavo junto al viejo bargueño de roble: su cabeza colgaba como siempre sobre el hombro, tenía los ojos cerrados, la lengua le colgaba de la boca y los talones colgaban a medio metro del suelo.

«¡Que Dios nos perdone a todos! —pensó el señor Soulis—, ¡la pobre Janet está muerta!».

Al acercarse al cadáver el corazón le dio un vuelco, pues reparó en que, por algún sortilegio que a ningún hombre le correspondería juzgar, la mujer colgaba de un solo clavo y de un solo hilo de estambre como el que se usa para zurcir pantalones.

Debe de ser espantoso encontrarse solo de noche entre semejantes prodigios de las tinieblas, pero la fe en Dios del señor Soulis estaba bien arraigada. Se volvió, salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Paso a paso, bajó las escaleras, tan despacio como pudo, y puso la vela sobre la mesa que había junto a las escaleras. No podía rezar, no podía pensar, estaba empapado de sudor frío y no oía más que los latidos de su corazón. Puede que pasara allí una hora, o tal vez dos, sin pensar en nada, cuando de pronto le pareció oír un rumor leve y misterioso en el piso de arriba, unas pisadas iban de aquí para allá en la habitación donde colgaba el cadáver, y vio que la puerta estaba abierta, aunque recordaba bien haberla cerrado, y tuvo la sensación de que el cadáver lo observaba inclinado sobre el pasamanos.

Volvió a coger la vela (pues no podía quedarse sin luz) y, sin hacer el menor ruido, salió de la rectoría y fue a un extremo del sendero. Seguía estando muy oscuro y, cuando dejó la vela en el suelo, la llama ardió con tanta firmeza y claridad como en la habitación; no se movía ni una hoja, solo la corriente del Dule que corría con un murmullo por el valle y las impías pisadas que bajaban por las escaleras de la rectoría. Enseguida reconoció aquellas pisadas, pues eran las de Janet, y cuanto más se acercaban más se le helaba la sangre. Encomendó su alma a su Creador y dijo:

—¡Oh, Señor, dame fuerzas esta noche para combatir los poderes del mal!

Para entonces, los pasos avanzaban por el pasillo en dirección a la puerta y oyó una mano que rozaba la pared, como si aquel ser tan espantoso anduviese a tientas. Los sauces se agitaron y gimieron, un largo suspiro recorrió las montañas, la llama de la vela tembló y el cadáver de Janet la contrahecha con su vestido de gorgorán y su cofia negra, con la cabeza ladeada sobre el hombro y la misma mueca en el rostro…, viva, habría dicho cualquiera…, muerta, como el señor Soulis bien sabía…, apareció en el umbral de la rectoría.

Es extraño que el alma del hombre esté tan ligada a su cuerpo perecedero, pero el pastor vio aquello y el corazón no le falló.

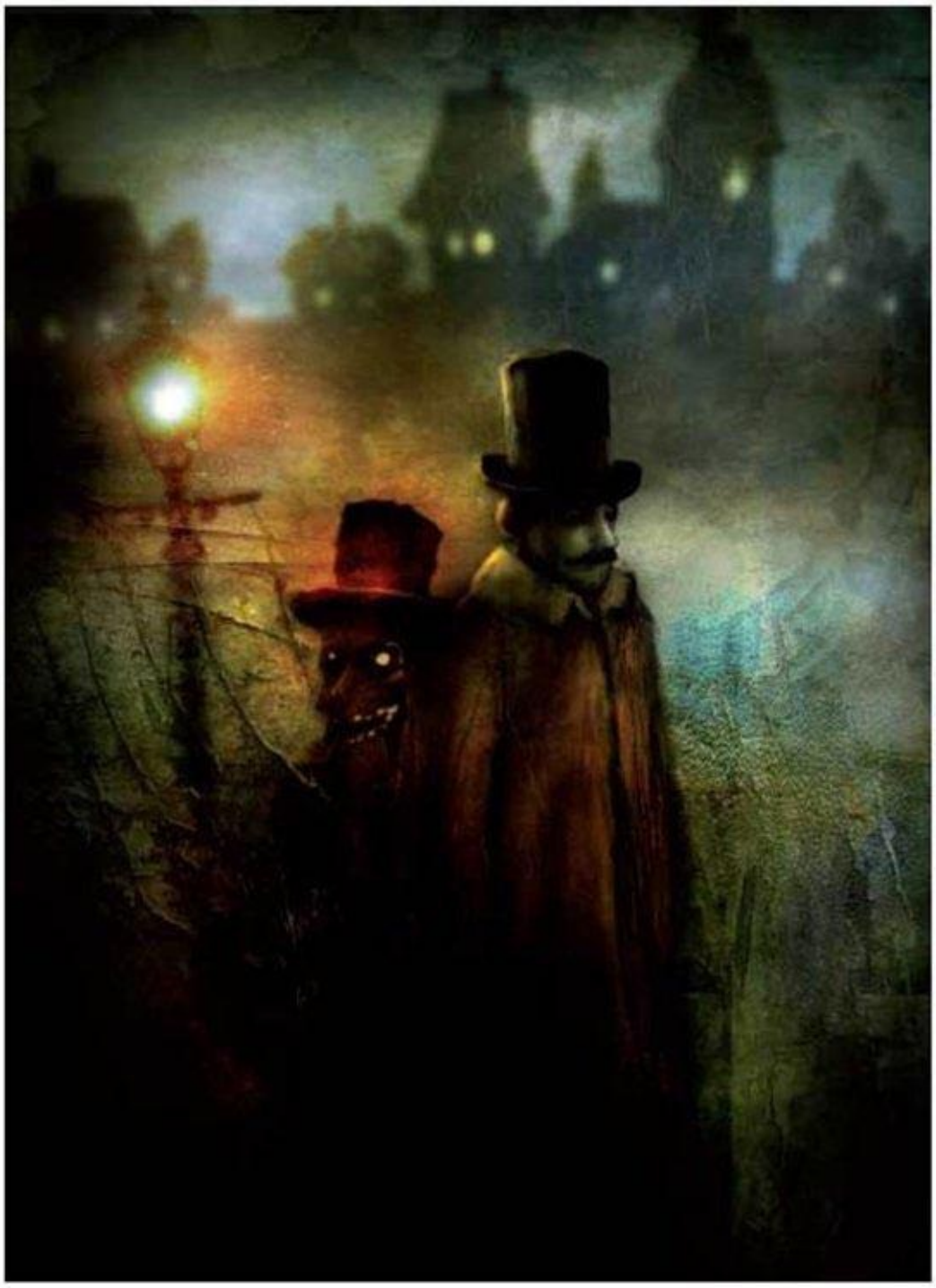
No se quedó allí mucho tiempo, pues empezó a andar de nuevo en dirección adonde estaba el señor Soulis al pie de los sauces. En la mirada del pastor brillaban toda la vitalidad de su cuerpo y la fuerza de su espíritu. Tuvo la impresión de que ella iba a decirle algo, pero le faltaban las palabras y le hizo un gesto con la mano izquierda. Llegó una ráfaga de viento, como el bufido de un gato, la vela se apagó, los sauces chillaron como personas y el señor Soulis supo que, para bien o para mal, había llegado el final.

—¡Bruja, arpía, demonio! —gritó—. Te conmino, en nombre de Dios, a que te vuelvas a la tumba, si es que estás muerta…, o al infierno, si estás condenada.

Y, en ese momento, la mano del Señor salió del cielo y golpeó a aquel horror allí mismo, el viejo, difunto y execrable cadáver de la bruja, que tanto tiempo habían arrastrado los demonios lejos de su tumba, ardió como la yesca y cayó al suelo hecho cenizas; luego siguió un trueno y luego otro y por fin empezó a diluviar, y el señor Soulis saltó la cerca del jardín y corrió dando gritos hacia el pueblo.

Esa misma mañana, John Christie vio pasar al negro por Muckle Cairn cuando daban las seis; antes de las ocho pasó por la taberna de Knockdow, y no mucho después Sandy McLellan lo vio cojeando por la ladera en dirección a Kilmackerlie. No hay duda de que fue él quien poseyó largo tiempo el cuerpo de Janet, pero al fin se marchó y desde entonces el demonio no ha vuelto a molestarnos en Balweary.

No obstante, fue una prueba muy amarga para el pastor, que pasó muchos días delirando en su cama, y desde entonces hasta hoy ha sido el hombre que hoy conocéis.



—Bueno —dijo el médico—, yo ya he terminado, y puedo añadir con orgullo que no sin éxito. Ya solo falta sacarle a usted de esta ciudad fría y perjudicial, y proporcionarle un par de meses de aire puro y paz de espíritu. Lo último es cosa suya. En lo primero creo que puedo ayudarle. No imagina usted qué casualidad: precisamente el otro día vino el cura del pueblo, y como ambos somos viejos amigos, aunque profesemos una fe diferente, me consultó respecto a cierto asunto que preocupaba a algunos de sus feligreses. Se trata de la familia…, aunque usted no conoce España y no deben de sonarle ni siquiera los nombres de nuestros grandes, baste con decir que en otro tiempo fueron personas muy distinguidas y que hoy están al borde de la miseria. No les queda nada, salvo una casa solariega y algunas leguas de terreno desértico y montañoso donde no podría sobrevivir ni una cabra. Sin embargo, la casa es muy hermosa y antigua y está en lo alto de las montañas, por lo que resulta muy saludable. En cuanto mi amigo me contó el caso, me acordé de usted. Le expliqué que había atendido a un oficial herido, herido por la buena causa, que necesitaba un cambio de aires, y le propuse que sus amigos lo recibiesen a usted como huésped. En el acto, el cura se puso muy serio, tal como yo me había maliciado, y afirmó que esa posibilidad estaba descartada. «Pues por mí ya se pueden morir de hambre», respondí, «porque si hay algo que no soporto es el orgullo en los necesitados». El caso es que nos despedimos algo enfadados; no obstante, ayer, para mi sorpresa, el cura vino a verme y rectificó: las reticencias con que se había encontrado, me explicó, habían sido menores de las que se temía, o, en otras palabras, aquella gente tan altiva había preferido tragarse su orgullo. Así que cerré el trato y, si usted acepta, dispone de una habitación reservada en la casa. El aire de las montañas le renovará la sangre y el silencio del que disfrutará allí es mejor que todas las medicinas del mundo.

—Doctor —respondí—, ha sido usted mi ángel de la guarda, y sus consejos son órdenes para mí. Pero cuénteme, si no le importa, algo más de la familia con la que voy a vivir.

—A eso iba —replicó mi amigo—, porque lo cierto es que hay que tener en cuenta cierta complicación. Esos pordioseros son, como ya le he explicado, de muy noble alcurnia y están hinchados de una vanidad sin el menor fundamento: han vivido durante generaciones en una soledad creciente, lejos tanto de los ricos, que se habían vuelto demasiado inaccesibles para ellos, como de los pobres, a quienes siguen considerando con desprecio; e incluso hoy, que la pobreza les obliga a abrirle sus puertas a un huésped, son incapaces de hacerlo sin imponerle a usted una condición de lo más desagradable. Y es que no quieren conocerlo, están dispuestos a atenderle, pero se niegan en redondo a intimar con usted lo más mínimo.

No negaré que me sentí molesto, y es posible que esa sensación acicateara mis deseos de viajar a aquel sitio, pues estaba convencido de que, si me lo proponía, acabaría con aquellos recelos.

—No veo nada ofensivo en esa condición —dije—, e incluso comprendo el sentimiento que la inspira.

—Es cierto que no le han visto nunca —respondió el médico con educación—, y, si supiesen que es usted el hombre más apuesto y agradable que jamás ha venido de Inglaterra (donde, según me han dicho, abundan los hombres apuestos, pero no tanto los agradables), sin duda le habrían recibido con más tacto. Pero, ya que no parece molestarle, la cosa carece de importancia. A mí me sigue pareciendo una descortesía. Sin embargo, quien sale ganando es usted. La familia no le resultará muy seductora. Una madre, un hijo y una hija: una anciana de quien se dice que es medio idiota, un chico zafio y una muchacha de campo a quien alaba tanto su confesor que debe de ser muy fea —se burló con una risita el médico—, no es gran cosa para atraer a un oficial tan valiente.

—Pero dice usted que son de alta cuna —objeté.

—Bueno, respecto a eso hay que hacer algunas distinciones —respondió el médico—. La madre sí lo es, pero los hijos no tanto. La madre es la última representante de un linaje principesco, decadente tanto en sus costumbres como en su fortuna. Su padre no solo era pobre, sino que estaba loco, y la hija creció abandonada en la casa hasta la muerte de su progenitor. La mayor parte de su fortuna pereció con él, la familia casi había desaparecido y la chica, más asilvestrada que nunca, se casó por fin, Dios sabe cómo, unos dicen que con un arriero y otros que con un contrabandista, e incluso hay quien afirma que ni siquiera llegaron a casarse y que Felipe y Olalla son hijos ilegítimos. La unión, fuese la que fuese, concluyó trágicamente hace algunos años, pero viven tan aislados, y en aquel entonces reinaba tal confusión en el país, que solo el cura sabe el modo exacto en que murió el padre, y eso suponiendo que lo sepa.

—Empiezo a pensar que va a ser una vivencia fuera de lo común —respondí.

—Si fuese usted, yo no me haría tantas ilusiones —replicó el médico—, me temo que se encontrará con una realidad muy prosaica y rastrera. A Felipe, por ejemplo, lo conozco. ¿Y qué le voy a decir? Es muy rústico, muy taimado, muy zafio, y en el fondo diría que un inocente; los demás es probable que sean como él. No, no, señor comandante, tendrá que buscar la compañía que le conviene en la contemplación de nuestras montañas; y en esto, si sabe usted apreciar las obras de la naturaleza, le prometo que no quedará defraudado.

Al día siguiente, Felipe vino a buscarme en una tosca carreta tirada por una mula; y, poco antes de que dieran las doce, después de despedirme del médico, del posadero y de las demás personas que me habían atendido durante mi convalecencia, salimos de la ciudad por la puerta de Oriente y empezamos la ascensión a la sierra. Yo llevaba tanto tiempo encerrado, desde que me dejaran por muerto después de la pérdida del

convoy, que el mero aroma de la tierra me hizo sonreír. La comarca que estábamos recorriendo era agreste y rocosa y estaba cubierta de espesos bosques de alcornoques o de los robustos castaños españoles y a menudo interrumpida por el lecho de los torrentes de montaña. Lucía el sol, el viento susurraba alegremente, habíamos recorrido ya varios kilómetros y la ciudad se había convertido en un minúsculo cerro en la llanura que teníamos a nuestra espalda, cuando empecé a prestar atención a mi compañero de viaje. A primera vista parecía un apuesto rústico, tal como lo había descrito el médico, muy activo y diligente, y desprovisto de cualquier cultura; y esa primera impresión era la que prevalecía en casi todos los que lo conocían. Pero lo que más me sorprendió fue el modo tan familiar y atropellado en que me hablaba, que tan mal parecía casar con las condiciones bajo las que habían aceptado alojarme, y que, en parte por su dicción imperfecta y en parte por la vivaz incoherencia de lo que decía, hacía que resultase muy difícil seguirle sin hacer un gran esfuerzo. Es cierto que yo ya había hablado antes con otras personas con una constitución mental semejante a la de aquel muchacho, personas que parecen vivir (como él hacía) solo a través de los sentidos, dominadas y poseídas por la impresión visual del momento e incapaces de librarse de ella. Su conversación, que escuché con cierta distancia, me pareció propia de esos carreteros que pasan mucho tiempo sin pensar en nada mientras recorren los paisajes de una comarca que les resulta muy familiar. Pero ese no debía de ser el caso de Felipe, puesto que él mismo me explicó que era el administrador de la finca.

—Ojalá estuviera allí ahora —dijo, y luego miró de reojo hacia un árbol que había al borde del camino y empezó a contarme que una vez había visto un cuervo entre sus ramas.

—¿Un cuervo? —repetí, sorprendido por la incoherencia de aquella observación y pensando que sin duda debía de haberle entendido mal.

Pero para entonces ya estaba dominado por otra idea, pues me empujó con rudeza para pedirme que guardara silencio y se puso a escuchar atentamente con la cabeza ladeada y el ceño fruncido. Luego sonrió y movió la cabeza.

—¿Qué es lo que ha oído? —pregunté.

—¡Oh, no es nada! —dijo, y empezó a azuzar a la mula con unos gritos que resonaron inhumanos entre las montañas.

Lo observé con más atención. Estaba extraordinariamente bien conformado, era ágil, flexible y fuerte, de facciones regulares, sus ojos amarillentos tal vez no fuesen muy expresivos, pero en conjunto era un muchacho muy guapo, sin más defectos que su tez morena y que era muy velludo, dos características que me disgustan. Aunque lo que más me sorprendía y a la vez me atraía era su espíritu. Me vino a la memoria la frase del médico: «un inocente», y me estaba preguntando si sería después de todo una descripción ajustada, cuando el camino empezó a descender por la estrecha y desnuda garganta de un torrente. El agua tronaba tumultuosa en el fondo, y daba la impresión de llenar el barranco con su fragor, el tenue vapor del agua y las corrientes

de aire. La escena era ciertamente impresionante, pero en aquel tramo el camino estaba protegido por un muro y la mula descendía con paso firme, así que la palidez y el terror que embargaron a mi acompañante me cogieron de sorpresa. La violenta voz del torrente era muy inconstante: tan pronto parecía debilitada por la fatiga como redoblaba su ronco rumor; momentáneas crecidas parecían aumentar el estruendo mientras caían por la garganta, rugiendo y golpeando contra las paredes; y reparé en que era aquel clamor lo que hacía palidecer y hacer muecas a mi conductor. El recuerdo de algunas supersticiones escocesas ligadas al Kelpie[7] y los ríos cruzó por mi imaginación y me pregunté si sería posible que hubiese algo parecido en aquella región de España. Me volví hacia Felipe y traté de sonsacarle.

—¿Qué le ocurre? —pregunté.

—Pues que tengo miedo —replicó.

—¿De qué? —repuse—. Este parece uno de los tramos más seguros de este camino tan peligroso.

—Es por el ruido —dijo con una ingenuidad y un temor que aclararon todas mis dudas.

Aquel muchacho tenía el intelecto de un niño, su imaginación era como su cuerpo, activa y ágil, pero retrasada en su desarrollo, y a partir de ese momento lo miré con algo más de compasión y escuché con indulgencia al principio y luego casi con placer su cháchara inconexa.

Hacia las cuatro de la tarde habíamos dejado atrás las cumbres de la cordillera, nos habíamos despedido del sol poniente y habíamos empezado a descender por el otro lado, rodeando muchos barrancos a la sombra de bosques umbríos. Por todas partes se oía el rumor de las cascadas, no tan fuerte y formidable como en la garganta del torrente, sino disperso, alegre y musical entre los valles. Mi guía pareció cobrar ánimos y empezó a cantar en falsete con una peculiar carencia de dotes musicales, destrozando la melodía, desentonando e improvisando a su antojo. Sin embargo, el efecto resultaba natural y placentero, igual que el canto de los pájaros. A medida que fue oscureciendo me fui dejando cautivar por aquel desmañado gorjeo y le escuché tratando de reconocer la melodía, hasta que, por fin, le pregunté qué era lo que cantaba.

—¡Oh, solo estaba cantando un poco! —exclamó.

Lo que más me gustaba era el modo que tenía de repetir sin cesar la misma nota en intervalos cortos, pues no resultaba tan monótono como pudiera pensarse, o al menos no era desagradable, y parecía exhalar un maravilloso deleite por todas las cosas, como el que imaginamos apreciar en la actitud de los árboles o el sosiego de un estanque.

Era ya noche cerrada cuando fuimos a parar a una meseta y poco después llegamos cerca de un bulto más oscuro que supuse que debía de ser la casa. Mi guía, bajó de la carreta y estuvo gritando y silbando en vano un buen rato, hasta que por fin se nos acercó un viejo campesino, salido de la oscuridad que nos rodeaba, con una

vela en la mano. A su luz pude discernir una gran puerta con arcos de estilo moruno, que parecía cerrada y tenía remaches de hierro. Felipe abrió una portezuela en uno de sus batientes. El campesino llevó la carreta a otro edificio cercano, y mi guía y yo pasamos por la portezuela, que cerramos a nuestras espaldas; iluminados por el resplandor de la vela, atravesamos un patio, subimos por una escalera de piedra, cruzamos una galería abierta y volvimos a subir otro tramo de escaleras hasta que llegamos a la puerta de un aposento grande y austero. Aquella habitación, que comprendí que iba a ser la mía, tenía tres ventanas, las paredes estaban forradas con paneles de madera y el suelo lo cubrían las pieles de numerosos animales salvajes. Un alegre fuego ardía en la chimenea e iluminaba la sala con su cambiante resplandor. Habían acercado a la lumbre una mesa con la cena servida y al otro extremo había una cama hecha. Aquellos preparativos me complacieron mucho y así se lo hice saber a Felipe, quien repitió calurosamente mis alabanzas con la misma ingenuidad que había notado antes en él.

—Es una habitación muy buena —dijo—, muy buena. Y el fuego también lo es, el fuego es bueno: calienta los huesos. Y la cama —prosiguió acercando la vela—, mire qué sábanas tan finas…, son suaves, suaves, suaves…

Y pasó la mano por encima una y otra vez, y luego se agachó y se frotó las mejillas dando muestras de una satisfacción tan grosera que casi me molestó. Le quité la vela de la mano (pues temí que incendiara la cama) y volví junto a la mesa, donde había una jarra de vino, luego me serví una copa y le invité a beber conmigo. Se puso en pie de un salto y corrió a mi encuentro con expresión esperanzada, pero en cuanto vio el vino se estremeció visiblemente.

—¡Oh no! —dijo—, eso es para usted, a mí no me gusta.

—Muy bien, señor —le respondí—, en ese caso brindo por usted y por la prosperidad de su casa y su familia. Y, a propósito —añadí después de apurar la copa —, ¿es que no voy a tener el placer de presentarle personalmente mis respetos a su madre, la señora?

Aquellas palabras hicieron que se borrase cualquier rasgo infantil de su semblante y dieron paso a una expresión de una astucia y un misterio indescriptibles. Al mismo tiempo se alejó de mí, como si yo fuera un animal a punto de saltar o un hombre armado y peligroso, y me miró desde la puerta con las pupilas contraídas.

—No —dijo por fin, y luego salió sin hacer ruido de la habitación y oí que sus pasos se alejaban escaleras abajo y reinó el silencio en la casa.

Después de cenar, acerqué la mesa a la cama y me dispuse a acostarme, pero al cambiar de sitio la luz reparé en un cuadro que había en la pared. Representaba a una mujer todavía joven. A juzgar por su vestido y cierta mórbida uniformidad que reinaba en la tela, debía de llevar mucho tiempo muerta; a juzgar por la vivacidad de la postura, la mirada y las facciones, podía haber estado contemplando en un espejo la imagen misma de la vida. Tenía una figura fuerte, delgada y bien proporcionada; unas trenzas rojas cruzaban su frente a modo de corona; sus ojos castaños y dorados

parecían sostener mi mirada; y su rostro perfecto estaba desfigurado por una expresión cruel, hosca y sensual. Algo en su semblante y su figura, un no sé qué exquisitamente intangible, me recordó, como el eco de un eco, al porte y las facciones de mi guía, y me quedé un rato desagradablemente atraído y sorprendido por aquel extraño parecido. El linaje común y carnal de aquella raza, que había sido diseñado originalmente para producir damas tan nobles como la que me contemplaba desde aquel cuadro, se había rebajado a usos más bajos, vestía ropa de campesino, se sentaba en el pescante de una carreta y sujetaba las riendas de una mula para llevar a casa a un huésped. Tal vez quedara todavía algún vínculo, puede que algún escrúpulo de la carne delicada, que una vez se vistió con el satén y los brocados de la dama muerta, todavía se estremeciera al entrar en contacto con la frisa de Felipe.

La primera luz de la mañana iluminó aquel retrato, y cuando desperté, mis ojos siguieron contemplándolo cada vez con mayor deleite; su belleza se colaba insidiosa en mi pecho, y acallaba uno tras otro mis escrúpulos, y aunque sabía que amar a una mujer así sería como firmar y sellar la sentencia de mi propia degeneración, era consciente de que, si estuviese viva, acabaría enamorándome de ella. Día tras día, se fue haciendo más evidente aquella doble impresión de su maldad y mi debilidad. Llegó a ser la heroína de muchas de mis ensoñaciones, en las que sus ojos me arrastraban al crimen y lo compensaban con creces. Arrojaba una siniestra sombra sobre mi inteligencia y, cuando estaba al aire libre, haciendo algún ejercicio vigoroso para activar la circulación, me alegré más de una vez al pensar que quien así me hechizaba estaba en su tumba, roto el talismán de su belleza, mudos y sellados sus labios y sus filtros derramados. Y, no obstante, seguía albergando el vago temor de que no estuviera muerta, después de todo, sino que se hubiese reencarnado en el cuerpo de alguno de sus descendientes.

Felipe me servía las comidas en mi habitación, y su parecido con el retrato me obsesionaba cada vez más. Unas veces la semejanza no era tan evidente; otras, sobre todo cuando el chico estaba de mal humor, bastaba un leve cambio en la postura o la expresión para que reapareciese de pronto como un espectro. Resultaba obvio que yo le caía bien: le enorgullecía que me fijase en él y trataba de llamar mi atención mediante toda suerte de recursos ingenuos e infantiles. Le encantaba sentarse junto al fuego y hablarme con su cháchara inconexa o cantar sus extrañas e interminables canciones sin letra, y a veces acariciaba mi ropa de un modo tan afectuoso que me producía un sonrojo del que yo mismo me avergonzaba. Sin embargo, también era capaz de dejarse llevar por ataques de ira y de ponerse ceñudo o enfadarse sin el menor motivo. Al menor reproche o muestra de curiosidad por mi parte, le he visto estropear el plato que acababa de servirme y no precisamente con disimulo, sino con jactancia. Era lógico que yo sintiera curiosidad, estando como estaba en un lugar desconocido y rodeado de extraños, pero la más mínima insinuación bastaba para que se encerrase en sí mismo, hosco y peligroso. Era entonces cuando, por una fracción de segundo, aquel rudo muchacho podría haber sido el hermano de la dama del

retrato. Pero aquellos ataques se le pasaban pronto y el parecido se desvanecía con ellos.

En esos primeros días no vi a nadie más que a Felipe, a menos que contemos también a la mujer del retrato; y como estaba claro que el chico era débil mental y estaba sujeto a ataques de ira, debe de parecer extraño que yo soportase su compañía con tanta ecuanimidad. De hecho, al principio me inquietaba bastante, pero lo cierto es que no tardé en ejercer sobre él una autoridad tan absoluta que pude sentirme mucho más tranquilo.

La cosa ocurrió así. Él era perezoso por naturaleza y tenía alma de vagabundo, sin embargo rondaba la mansión y no solo atendía a mis necesidades, sino que trabajaba a diario en el huerto o pequeña granja que había al sur de la casa. Contaba con la ayuda del campesino a quien yo había visto la noche de mi llegada, y que vivía al otro extremo del cercado, a más de un kilómetro de allí, en un tosco cobertizo, pero era evidente que, de los dos, el que más trabajaba era Felipe; y aunque a veces lo veía dejar la pala y echarse a dormir junto a las plantas entre las que había estado escarbando, su constancia y su energía eran admirables en sí mismas, y más aún si se tiene en cuenta que yo estaba convencido de que eran totalmente ajenas a su carácter y fruto de arduos esfuerzos. Pero, al tiempo que me admiraba, me preguntaba qué habría podido inspirar en un muchacho tan retrasado un sentimiento del deber tan duradero. ¿Qué lo sostenía? ¿Y hasta qué punto prevalecía sobre sus instintos? Probablemente se lo hubiera inspirado el cura, pero un día vino a la casa y los estuve observando ir y venir casi una hora desde un promontorio donde yo estaba haciendo unos esbozos, y todo ese rato Felipe siguió trabajando en el huerto.

Por fin, con un ánimo ciertamente reprobable, decidí apartar al muchacho de sus buenos propósitos, le esperé a la puerta y lo persuadí para que me acompañara a dar un paseo. Hacía un día magnífico y los bosques por donde le llevé eran verdes, amenos, aromáticos y bullían llenos de vida y del zumbido de los insectos. Aquí exteriorizó toda la lozanía de su carácter y alcanzó unas alturas de júbilo que me desconcertaron, e hizo gala de una energía y una gracia de movimientos que daba gusto verlos. Saltó y corrió en torno a mí lleno de alegría; se detenía de pronto a mirar y escuchar y daba la impresión de beberse el mundo como quien bebe un licor; luego se subía a un árbol de un salto, y se balanceaba y retozaba tan tranquilo. A pesar de que apenas me dijo nada, y sobre todo cosas sin importancia, pocas veces he disfrutado de una compañía más animada: solo el verlo tan feliz me llenaba de contento; la agilidad y precisión de sus movimientos me maravillaban, y bien podría haber cometido la irresponsabilidad de convertir aquellos paseos en una costumbre, si el azar no hubiese dispuesto un brusco final para mi deleite. Gracias a alguna maña o destreza el muchacho atrapó una ardilla en la copa de un árbol. En ese momento iba algo por delante de mí, pero lo vi saltar al suelo y acurrucarse, gritando de placer como un niño. Aquel sonido era tan fresco e inocente que despertó mis simpatías, pero cuando apreté el paso para acercarme, los chillidos de la ardilla me llegaron al

corazón. He oído y he visto muchas muestras de la crueldad de los niños y sobre todo de los campesinos, pero lo que vi me produjo un ataque de ira. Aparté al chico a un lado de un empujón, le arranqué al pobre animal de las manos, y con rápida compasión lo maté. Luego me volví hacia el torturador, le reñí presa del acaloramiento de la indignación, le dije cosas que parecieron avergonzarlo y por fin le indiqué el camino de la casa y le pedí que se fuese y me dejase en paz, pues yo gustaba de pasear con personas y no con sabandijas. Él se hincó de rodillas y me soltó una retahíla de súplicas conmovedoras con voz más clara de lo normal, me rogó que le hiciera la merced de perdonarlo, de olvidar lo que había hecho y que confiara en él en el futuro.

—Me esfuerzo todo lo que puedo —dijo—. ¡Oh, comandante, perdone usted a Felipe por esta vez, y no volverá a ser tan malo!

Así que, mucho más afectado de lo que le di a entender, me dejé convencer, le di la mano e hicimos las paces. Pero, a modo de penitencia, le obligué a enterrar la ardilla, y le hablé de la belleza de aquel pobre animal, de lo mucho que había sufrido y de la bajeza que es abusar de la propia fuerza.

—Mira, Felipe —le dije—, tú eres fuerte, pero en mis manos estás tan indefenso como ese pobre habitante de los árboles. Dame la mano. No puedes soltarte. Imagina que yo fuese tan cruel como tú y me gustase infligirte dolor. No tendría más que apretar y ver cómo te retuerces.

Chilló, se puso pálido como la pared, y el sudor le cubrió la frente; y cuando lo solté, se tumbó en el suelo y se acarició la mano y gimoteó como un bebé. Pero aprendió la lección, y fuese por eso, o por lo que yo le había dicho, o porque había comprendido que era más fuerte que él, su afecto original se trocó en una adoración y una fidelidad perrunas.

Entretanto, yo iba recobrando rápidamente la salud. La casa estaba en lo alto de una meseta de piedra, rodeada de montañas por todas partes, de modo que solo desde el tejado, donde había una albarrana, se divisaba entre dos picos un pequeño fragmento de llanura azul en la distancia. A aquella altura el aire circulaba libremente, las nubes se congregaban y luego el viento las hacía jirones contra las cimas de las montañas, el rumor ronco y al mismo tiempo amortiguado de los torrentes se oía por doquier, y uno podía estudiar los rasgos más rudos y primitivos de la naturaleza en su forma más prístina. Desde el primer momento me gustaron tanto aquel paisaje tan vigoroso y lo variable del clima como la mansión antigua y decadente en que me alojaba. Era una casa grande de forma oblonga, flanqueada por los extremos por dos proyecciones en forma de bastión, una de las cuales dominaba la puerta; ambas tenían troneras para los mosquetes. Además, el piso de abajo carecía de ventanas, de modo que el edificio, en caso de sitio, no podría tomarse sin artillería. En el centro había un patio donde crecían unos granados. Desde allí una amplia escalera de mármol ascendía hasta una galería que rodeaba el patio apoyada en esbeltas columnas, y desde donde otras escaleras conducían a los pisos superiores de

la casa, separados en distintas secciones. Las ventanas estaban fuertemente cerradas tanto por dentro como por fuera; algunas piedras de los dinteles se habían venido abajo; una de esas rachas de viento que son tan frecuentes en las montañas había arrancado en parte la techumbre, de modo que la casa entera en medio de aquel bosque de nudosos alcornoques, iluminada por el sol implacable y descolorida por el polvo parecía el palacio dormido de la leyenda. El patio, sobre todo, parecía la morada misma del sueño. El áspero arrullo de las palomas resonaba en sus aleros; estaba a resguardo de los vientos, pero cuando soplaban fuera, el polvo de la montaña caía como una copiosa lluvia y velaba el rojo de las granadas; lo rodeaban varias ventanas con los postigos echados, puertas atrancadas que conducían a numerosos sótanos y los arcos vacíos de la galería; y, a lo largo del día, el sol dibujaba complicadas siluetas en cada uno de sus cuatro lados, y hacía desfilar las sombras de las columnas por el suelo de la galería. No obstante, había un rinconcito en el piso de abajo que mostraba indicios de estar habitado. Daba al patio, pero tenía una chimenea donde siempre había un fuego encendido y las losas del suelo estaban alfombradas con pieles de animales.

Fue allí donde vi por primera vez a mi anfitriona. Había sacado una de las pieles al sol y estaba sentada en ella y apoyada en una pilastra. Lo primero que me llamó la atención fue su vestido alegre y suntuoso, que destacaba en aquel patio polvoriento igual que las flores en los granados. Al observarla con más atención lo que me impresionó fue su belleza. Me miraba, o eso me pareció, con ojos que no acerté a distinguir bien y una expresión feliz y jubilosa que rayaba en la estupidez; sus facciones perfectas y la nobleza de postura eran casi estatuarias. Al pasar la saludé quitándome el sombrero y ella frunció levemente el ceño con suspicacia, como el agua cuando la agita la brisa, pero no respondió a mi cortesía. Yo seguí con mi paseo cotidiano, un tanto cortado y turbado por su impasibilidad de ídolo, y a mi regreso, aunque seguía en la misma postura, me sorprendió ver que se había trasladado, siguiendo al sol, hasta la pilastra siguiente. Esta vez, no obstante, me dirigió un breve saludo, bastante cortés y pronunciado en el mismo tono profundo, ambiguo y ceceante que tanto me desconcertaba en su hijo. Le respondí sin saber qué decir, pues no solo no la había entendido bien, sino que me aturdió verle los ojos. Eran muy grandes, tenían el iris dorado como los de Felipe, y las pupilas tan dilatadas que parecían casi negros, pero lo que me llamó la atención no fue tanto su tamaño como (lo que tal vez fuese consecuencia de ello) la peculiar insignificancia de su mirada. Jamás he visto una mirada más estúpida. Bajé la vista y subí por las escaleras en dirección a mi cuarto, sorprendido y avergonzado. Sin embargo, cuando entré y vi la cara del retrato, recordé el milagro de la descendencia familiar. Mi anfitriona era, sin duda, mayor y más gruesa; sus ojos eran de un color distinto; además, su rostro no solo carecía de la perversidad que tanto me molestaba y me atraía en el retrato, sino que estaba desprovisto tanto de bondad como de maldad: traslucía un vacío moral que literalmente no expresaba nada. Y, no obstante, había un parecido, por así decirlo,

inmanente, no basado en ningún rasgo en particular, sino en el conjunto. Era como si el pintor, al firmar aquel solemne retrato, no hubiera capturado solo la imagen de una mujer malvada y sonriente, sino también la cualidad esencial de su estirpe.

A partir de ese día, cada vez que entraba o salía me encontraba a la señora sentada al sol y apoyada en una columna o tendida en la alfombra delante de la chimenea; solo a veces cambiaba su sitio por el último descansillo de la escalera de piedra, donde yacía con el mismo abandono justo a mitad de mi camino. En todos esos días nunca la vi gastar la menor energía en nada que no fuera cepillar una y otra vez su poblado cabello cobrizo, o cecear en tono áspero y profundo su acostumbrado saludo. Aquellos, creo yo, eran sus mayores placeres, aparte de la mera quiescencia. Parecía enorgullecerse de todo lo que decía como si fuese de lo más ingenioso, y lo cierto es que, aunque a menudo se trataba de vacuidades, relativas, igual que la conversación de muchos curas respetables, a un margen de asuntos muy estrecho, nunca eran absurdas o incoherentes, sino que poseían una belleza propia que emanaba de su propia satisfacción. Lo mismo hablaba del buen tiempo que tanto le gustaba (igual que a su hijo), que de las flores de los granados o de las blancas palomas y las golondrinas de largas alas que agitaban el aire del patio. Los pájaros la excitaban. Cuando pasaban por debajo de los aleros en su rápido vuelo, o la rozaban levantando un poco de viento, ella se movía y se incorporaba, y parecía despertar de su placentero letargo. Pero el resto del día lo pasaba acurrucada y sumida en la pereza y la complacencia. Al principio me irritó aquella invencible satisfacción, pero poco a poco fui encontrando sosiego en aquel espectáculo, hasta me acostumbré a sentarme a su lado cuatro veces al día, a la ida y a la vuelta, y a charlar soñoliento con ella, sin apenas saber que lo hacía. Llegué a cogerle el gusto a su compañía aburrida y casi animal, su belleza y su estupidez me tranquilizaban y divertían. Empecé a encontrar una especie de sentido común en sus observaciones, y su inagotable buen humor despertaba mi admiración y mi envidia. Por si fuera poco, era correspondido y ella disfrutaba inconscientemente de mi presencia, igual que un hombre sumido en profundas meditaciones puede disfrutar del murmullo de un arroyo. No puedo decir que se alegrara al verme, pues la dicha estaba constantemente pintada en su semblante como en alguna estatua absurda, pero me indicaba su alegría de un modo más íntimo que con la mirada. Un día en que me senté cerca de ella en la escalera de mármol, alargó de pronto la mano y me dio unos golpecitos en la mía. Antes de que me diese cuenta de lo ocurrido, volvió a adoptar su actitud de siempre y, cuando levanté la vista, no vi en su rostro muestras del menor sentimiento. Estaba claro que no concedía a aquello ninguna importancia, y me reproché mis propios miramientos.

La contemplación y (si puede llamarse así) el trato con la madre confirmaron la impresión que me había formado del hijo. La sangre de aquella familia se había debilitado probablemente por los numerosos matrimonios entre parientes cercanos, un error habitual entre los orgullosos y los excluyentes. La decadencia, no obstante, no se había hecho extensiva al cuerpo, que se había transmitido de generación en

generación con una fuerza y elegancia sin igual, ni a su semblante, que tenía hoy el cuño tan marcado como el de aquel rostro de hacía dos siglos que me sonreía en el retrato. Pero la inteligencia (que es la herencia más preciosa) había degenerado, el tesoro de la memoria ancestral se había agotado y había hecho falta el cruce plebeyo con un arriero o contrabandista de las montañas para elevar el aparente aturdimiento de la madre hasta la extraña actividad del hijo. Sin embargo, de los dos, yo prefería a la madre. A Felipe, vengativo un día y sumiso el otro, lleno de arrebatos y remordimientos, inconstante como una liebre, podía llegar a imaginármelo como un ser dañino. Por la madre no albergaba más que sentimientos amables. Y, de hecho, como los espectadores siempre terminan tomando partido sin saber muy bien por qué, no tardé en ponerme de su lado en la sorda enemistad que creí percibir entre los dos y que era mucho más obvia por parte de la madre. A veces se quedaba casi sin aliento al verlo llegar y el miedo o el horror contraían las pupilas de sus ojos vacuos. Sus escasas emociones estaban tan en la superficie que resultaban muy evidentes, y aquella repulsión latente acabó ocupando mi imaginación, sus causas me intrigaban y me preguntaba si el responsable sería realmente el muchacho.

Cuando llevaba unos diez días en aquella casa se levantó un fuerte viento muy desagradable, que arrastraba nubes de polvo y soplaba desde las mefíticas tierras bajas a través de las cumbres nevadas. Los nervios de quienes sufrían su azote acababan deshechos y alterados, los ojos se irritaban por el polvo, las piernas apenas soportaban el peso del cuerpo y el roce de una mano con la otra llegaba a hacerse odioso. El viento, por si fuera poco, bajaba por los barrancos de las montañas y asaltaba la casa con un zumbido sordo, profundo y sibilante, fatigoso para el oído y terriblemente deprimente para el espíritu. No soplaba a rachas, sino con el empuje y la constancia de una cascada, por lo que no concedía ni un solo momento de tregua. Aunque en lo alto de las montañas es probable que su fuerza fuese más variable, con accesos de furia, pues de vez en cuando se oía una especie de aullido infinitamente molesto al oído y en ocasiones se formaba de pronto una torre de polvo como el humo de una explosión en alguno de los bancales o terrazas más altas.

Nada más despertarme, reparé en la tensión nerviosa y la desazón que me producía aquel tiempo, y su efecto fue aumentando a medida que avanzaba el día. En vano traté de resistirme, en vano emprendí mi acostumbrado paseo matutino: la furia irracional y constante de la tormenta no tardó en agotar mis fuerzas y arruinar mis nervios. Volví a la casa acalorado y cubierto de polvo. El patio parecía abandonado, de vez en cuando lo iluminaba fugazmente un rayo de sol; otras veces el viento agitaba los granados, esparcía las flores y hacía que las persianas golpearan contra las paredes. La señora se paseaba en su rincón de aquí para allá con el rostro acalorado y los ojos encendidos; me pareció ver que musitaba algo para sí, como quien está muy enfadado. Pero cuando le dirigí mi saludo habitual, se limitó a responder con un gesto brusco y siguió paseando. El tiempo había desequilibrado incluso a aquella criatura

tan impasible, y cuando subí por las escaleras me sentí menos avergonzado de mi propia irritación.

Todo el día siguió soplando el viento, así que me quedé en la habitación tratando de leer un poco, yendo de aquí para allá o escuchando el alboroto que se oía fuera. Cuando anocheció vi que no tenía ninguna vela. Me entraron ganas de estar con gente y bajé a hurtadillas al patio. Lo encontré sumido en una oscuridad azulada, aunque el rincón de la señora estaba iluminado en tonos rojizos por el fuego. La abundante leña ardía en la chimenea, coronada por un penacho de llamas que el aire agitaba de un lado a otro. A la luz de aquel resplandor tan fuerte y trémulo la señora seguía yendo y viniendo de una pared a otra mientras hacía gestos inconexos: se retorcía las manos, extendía los brazos, echaba atrás la cabeza como quien clama al cielo. Aquellos movimientos tan alterados resaltaban su gracia y su belleza, pero el brillo de sus ojos me desagradó; y, después de observarla un rato en silencio, me fui por donde había venido, sin dejar que ella reparase en mi presencia, y volví a tientas a mi habitación.

Cuando Felipe me llevó la cena y algo de luz, mis nervios estaban destrozados; y si el muchacho hubiese estado como siempre, le habría obligado a quedarse (incluso por la fuerza, de haber sido necesario) para aliviar mi soledad. Pero el viento también había ejercido su influencia en Felipe. Había estado febril todo el día y una vez que anocheció se sumió en un humor hosco y trémulo que chocaba con el mío. Su rostro asustado, sus palideces y sobresaltos y el modo en que se paraba a escuchar de pronto, me sacaron de quicio; y cuando se le cayó un plato y se rompió, di un respingo en mi asiento.

—Por lo visto hoy estamos todos un poco desquiciados —dije fingiendo reír.

—La culpa la tiene este viento negro —replicó pesaroso—. Tiene uno la sensación de que debería hacer algo y no sabe qué.

Me sorprendió la exactitud de aquella descripción, aunque Felipe a veces se las arreglaba para expresar con mucho acierto las sensaciones físicas.

—Y a tu madre le pasa lo mismo —dije—, parece afectarle mucho este tiempo. ¿No temes que pueda enfermar?

Se me quedó mirando un instante y después respondió en tono casi desafiante:

—No. —Luego se llevó la mano a la frente, se quejó amargamente de aquel viento y aquel ruido que hacían que la cabeza le diera vueltas como una rueda de molino y exclamó—: ¿Cómo va a estar bien nadie así?

Y lo cierto es que no pude sino hacerme eco de su pregunta, pues yo también estaba muy inquieto.

Me acosté pronto, fatigado por la inquietud de aquel día, pero la naturaleza ponzoñosa del viento, y su impío y constante rugido, no me dejaban dormir. Estuve dando vueltas en la cama, con los nervios y los sentidos en tensión. A veces dormitaba un poco, tenía alguna horrible pesadilla y volvía a despertarme, hasta que acabé por perder la noción del tiempo entre aquellos fragmentos de olvido.

Sin embargo, debía de ser tarde cuando me despertaron de pronto unos gritos horribles y lastimeros. Salté de la cama convencido de haberlo soñado, pero los gritos siguieron llenando la casa, parecían gritos de dolor, pero también de ira, y tan salvajes y discordantes que hacían que a uno se le estremeciera el corazón. No eran imaginaciones mías: estaban torturando terriblemente a algún ser vivo, algún loco o algún animal salvaje. El recuerdo de Felipe y la ardilla acudió al instante a mi memoria y corrí a la puerta, pero la habían cerrado desde fuera, y por mucho que la sacudí comprendí que estaba prisionero. Los gritos continuaban. A veces disminuían hasta convertirse en un gemido casi articulado, y en esas ocasiones me convencía de que debían de ser humanos, y luego volvían a llenar la casa con unos alaridos infernales. Me quedé junto a la puerta y estuve escuchándolos hasta que acabaron extinguiéndose, aunque mucho tiempo después, me pareció seguir oyéndolos mezclados en mi imaginación con el rugido del viento, y, cuando por fin me arrastré hasta mi cama me sentía mortalmente asqueado y una horrenda negrura embargaba mi corazón.

No es raro que no volviera a conciliar el sueño. ¿Por qué me habían encerrado? ¿Qué había ocurrido? ¿Quién era el autor de aquellos gritos terribles e indescriptibles? ¿Un ser humano? Me parecía inconcebible. ¿Una fiera? Los gritos no parecían los de una bestia, ¿y qué animal, aparte de un león o un tigre, podría hacer temblar así las sólidas paredes de la casa? Y, mientras le daba vueltas a las distintas facetas de aquel misterio, caí de pronto en que todavía no había visto a la hija de la casa. ¿Acaso no era más que probable que la hija de la señora, la hermana de Felipe, estuviera loca? ¿O que aquella gente estúpida e ignorante recurriera a la violencia para tratar de reducir a una pariente desquiciada? Era una explicación verosímil, aunque cuando recordaba los gritos (cosa que bastaba para producirme escalofríos), me parecía claramente insuficiente: ni la mayor crueldad podría arrancar aquellos gritos de la locura. Pero de una cosa estaba seguro: no podía vivir en una casa donde algo semejante fuese siquiera concebible, sin tratar de averiguar lo que ocurría e intervenir, en caso necesario.

Llegó el nuevo día, el viento cesó, y no quedó nada que me recordara lo sucedido por la noche. Felipe vino a verme a mi cama muy contento, al pasar por el patio me encontré a la señora tomando el sol con su inmovilidad acostumbrada, y cuando crucé la puerta me encontré la faz de la naturaleza austera y sonriente, los cielos de un frío azul, sembrado de grandes islotes de nubes y las faldas de las montañas cubiertas de zonas de luz y sombra. Un corto paseo me ayudó a recobrar el dominio de mí mismo y renovó en mi interior la resolución de investigar aquel misterio. Después de comprobar desde lo alto de mi promontorio que Felipe estaba ocupado en el huerto, volví directo a la casa y puse en práctica mi plan. La señora parecía dormida, estuve observándola un rato, pero ella no se movió; por muy indiscretos que fuesen mis designios, no tenía nada que temer de aquel guardián, así que me volví, subí a la galería y empecé a inspeccionar la casa.

Pasé toda la mañana yendo de una habitación a otra y explorando salas espaciosas y destartaladas, algunas tenían los postigos cerrados y otras estaban a plena luz del sol, todas parecían vacías e inhóspitas. El tiempo había dejado su pátina en aquella suntuosa mansión y el polvo lo había cubierto todo de desesperanza. Había telarañas por todas partes, hinchadas tarántulas correteaban por las cornisas, las hormigas recorrían sus agitadas carreteras por el suelo de los salones, el sucio moscón que se alimenta de carroña y suele ser el mensajero de la muerte había instalado su nido en la madera podrida, y zumbaba pesadamente en las habitaciones. Aquí y allá habían dejado un par de taburetes, un sofá, una cama o un sillón labrado, a modo de islas en el suelo desnudo, para dar testimonio de que aquella casa había sido habitada por el hombre; todas las paredes estaban cubiertas con los retratos de los muertos. Y aquellas efigies casi borrosas me sirvieron para juzgar la hermosura y la grandeza de la raza en cuya casa solariega yo estaba husmeando ahora. Muchos hombres lucían en el pecho la insignia de alguna orden nobiliaria y tenían el noble porte de los altos dignatarios. Las mujeres iban todas muy bien vestidas. La mayoría de las telas eran obra de pintores famosos. Pero lo que más me impresionó no fueron aquellas muestras de grandeza ni su contraste con la actual decadencia y abandono de aquella casa, sino la parábola de la vida familiar que leí en la sucesión de rostros hermosos y cuerpos esbeltos. Nunca antes había reparado con tanta claridad en el milagro de la continuación de la raza, la creación y la recreación, el tejer y el destejer y la sucesión de los elementos carnales. Que un niño nazca de su madre, que crezca y se revista (no sabemos cómo) de humanidad, y que herede el aspecto, y vuelva la cabeza como lo hacía uno de sus antepasados, o dé la mano como lo hacía otro, son maravillas veladas por la repetición y la costumbre. Pero en la peculiar unidad del aspecto, en los rasgos compartidos y en el porte general de todas esas generaciones pintadas que colgaban de las paredes de la casa, el milagro llamaba la atención y te miraba directamente a la cara. Y pasé un buen rato contemplando mis propias facciones en un espejo antiguo que encontré por casualidad, buscando las líneas de mi descendencia y los vínculos que me ligaban a mi propia familia.

Por fin, en el curso de mis investigaciones, abrí la puerta de una habitación que tenía indicios de estar habitada. Era de grandes proporciones y daba al norte, donde las montañas tenían un perfil más agreste. Unas brasas ardían y humeaban en la chimenea, y alguien había acercado allí una silla. No obstante, el aspecto de la habitación era extremadamente ascético: la silla estaba sin tapizar, el suelo y las paredes estaban desnudos y, aparte de los libros que yacían aquí y allá en cierto desorden, no había ningún objeto de trabajo o recreo. Me sorprendió mucho ver libros en casa de una familia así, y empecé a hojearlos con gran precipitación, como si temiera que pudiesen interrumpirme, para tratar de dilucidar su naturaleza. Los había de todas clases: devotos, históricos y científicos, pero casi todos eran antiguos y la mayoría estaban escritos en latín. Algunos ostentaban las señales del estudio constante, otros los habían arrojado al suelo después de arrancar alguna página con

petulancia o desaprobación. Por fin, mientras deambulaba por la habitación vacía, encontré unos papeles escritos a lápiz en una mesa junto a la ventana. Una curiosidad inconsciente me empujó a leer uno de ellos. Eran unos versos de métrica muy tosca y escritos en español, que decían más o menos así:

Llegó el placer junto al dolor y la vergüenza,
vino el pesar con su corona de lirios.
El placer mostraba la luz del sol;
¡oh, Jesús mío, qué luz tan dulce!
El pesar te señalaba con mano fatigada,
¡a ti, oh, Jesús mío!

La confusión y la vergüenza me embargaron casi en el acto, dejé el papel donde estaba y me batí en retirada de aquella habitación. Ni Felipe ni su madre podrían haber leído aquellos libros ni escrito aquellos versos burdos pero conmovedores. Era evidente que mis pasos sacrílegos me habían llevado a la habitación de la hija de la casa. Dios sabe que mi conciencia me recriminaba duramente por aquella indiscreción. La idea de haberme inmiscuido en la intimidad de una niña colocada en una situación tan extraña, y el temor a que ella pudiera llegar a enterarse, me oprimían como una gran culpa. Además me reprochaba mis sospechas de la noche anterior y me asombraba de haber podido atribuir unos gritos tan horripilantes a alguien a quien concebía ahora como una santa, de rostro espectral, devastado por el ayuno y entregada a las prácticas de una devoción mecánica, que convivía con sus absurdos parientes con una terrible soledad del alma, y cuando me asomé a la balaustrada de la galería y contemplé el huerto de granados y a la mujer somnolienta y tan bien vestida que, justo en ese momento, se desperezaba y relamía como saboreando la sensualidad de su pereza, mi imaginación comparó enseguida la escena con la fría habitación orientada al norte y a las montañas donde vivía la hija.

Esa misma tarde, desde lo alto de mi promontorio, vi al cura cruzando las puertas de la casa. El descubrimiento del carácter de la hija me había conmovido y casi había borrado los horrores de la noche anterior, pero al ver a aquel hombre virtuoso volví a recordarlos. Bajé del otero, di un rodeo por el bosque y me aposté junto al camino para salirle al paso. En cuanto apareció, me adelanté y me presenté como el huésped de la casa. Tenía un rostro serio e íntegro en el que era fácil leer la mezcla de emociones con que me consideraba como extranjero, hereje y sin embargo herido por la buena causa. Habló de la familia con reserva y al mismo tiempo con respeto. Le expliqué que todavía no había visto a la hija y él respondió que así era como debía ser y se quedó mirándome con aire inquisitivo. Por fin, reuní el valor necesario para hablarle de los gritos que me habían despertado aquella noche. Me escuchó en silencio y luego se inclinó e hizo un gesto como para darme a entender que debíamos despedirnos.

—¿Toma usted rapé? —preguntó ofreciéndome su petaca y, cuando rehusé, añadió—: Yo soy un viejo y, si me permite que se lo recuerde, usted no es más que un huésped.

—¿Significa eso —repliqué con firmeza, aunque aquel reproche implícito me hizo ruborizar— que me autoriza usted a dejar que las cosas sigan como están, sin intervenir?

—Sí —respondió.

Y, con un extraño saludo, se dio la vuelta y me dejó allí plantado. Pero había hecho dos cosas: había tranquilizado mi conciencia y despertado mi sentido de la discreción. Una vez más hice un gran esfuerzo por borrar de mi memoria el recuerdo de la noche, y volví a sumirme en mis ensoñaciones sobre la poetisa santa. Al mismo tiempo, no lograba olvidar que me habían encerrado y esa noche, cuando Felipe me trajo la cena, lo abordé con cuidado sobre ambos asuntos.

—Nunca veo a tu hermana —observé como por casualidad.

—¡Oh, no! —respondió—. Es muy buena, vaya si lo es.

Y enseguida se puso a hablar de otra cosa.

—Debe de ser muy devota, ¿no? —pregunté aprovechando la pausa siguiente.

—¡Oh! —exclamó juntando las manos con fervor—. Es una santa, ella es quien me da fuerzas.

—Tienes mucha suerte —repuse—, pues me temo que a la mayoría, y yo me incluyo entre ellos, se nos da mejor caer.

—Señor —replicó Felipe muy serio—, no se debe hablar así. No tiente a su ángel de la guarda. Si uno se deja caer, ¿qué puede detenerlo?

—Vaya, Felipe —dije—, no tenía ni idea de que fueses predicador, y además de los buenos, aunque supongo que debe ser cosa de tu hermana, ¿no es así?

Él asintió con los ojos muy abiertos.

—En ese caso —proseguí—, también te habrá recriminado tu crueldad.

—¡Doce veces! —exclamó, pues esa era la frase con que expresaba la frecuencia aquella extraña criatura—. Y le conté que usted también lo había hecho…, lo recuerdo muy bien —añadió orgulloso—, y ella estuvo de acuerdo.

—Entonces, Felipe, ¿qué eran esos gritos que oí anoche? Porque estoy seguro de que eran los gritos de sufrimiento de algún animal.

—El viento —replicó Felipe mirando fijamente el fuego.

Le cogí la mano y él, tomando aquel gesto por una caricia, me sonrió con una felicidad tan completa que casi me desarma. Pero hice acopio de fuerzas y proseguí:

—El viento —repetí—, pues yo creo que fue esta mano la que me encerró con llave. —El muchacho se conmovió visiblemente, pero no respondió nada—. En fin, soy forastero y un simple huésped, así que no me atañe a mí entrometerme o juzgar tus asuntos; para eso ya tienes los consejos de tu hermana, que sin duda deben de ser excelentes. Pero, en lo que a mí se refiere, me niego a ser el prisionero de nadie y exijo que me des la llave.

Media hora más tarde, la puerta se abrió de golpe y la llave cayó resonando al suelo.

Uno o dos días después, volví de mi paseo justo antes de las doce. La señora estaba tumbada medio adormilada en el umbral de su cuarto; las palomas dormitaban debajo del alero como copos de nieve; la casa entera se hallaba sumida en el profundo hechizo del silencio del mediodía y solo la suave brisa de las montañas se colaba en las galerías, susurraba entre los granados y agitaba agradablemente las sombras. Tanto sosiego acabó por contagiarme, así que atravesé el patio a toda prisa y subí por las escaleras de mármol. Acababa de poner el pie en el rellano cuando se abrió una puerta y me encontré cara a cara con Olalla. La sorpresa me dejó paralizado: su belleza me llegó a lo más hondo, destacaba entre las negras sombras de la galería como una gema de muchos colores; sus ojos se clavaron en los míos y nos unimos como si hubiésemos juntado las manos; aquel momento que pasamos frente a frente, bebiéndonos el uno al otro, fue sacramental y en él se dio la comunión de nuestras almas. Ignoro cuánto tiempo pasaría antes de que despertase de aquel profundo trance, hiciera una rápida reverencia y siguiera mi camino hacia el piso de arriba. Ella no se movió, pero me siguió con sus ojos grandes y anhelantes, y justo antes de desaparecer de su vista me pareció verla palidecer y desmayarse.

Una vez en mi habitación, me asomé a la ventana incapaz de comprender qué cambio había acontecido en aquella austera cadena de montañas que ahora parecían brillar y cantar bajo los airosos cielos. ¡Había visto a Olalla…! Y las peñas respondían «Olalla», y el cielo azul repetía mudo e insondable: «Olalla». La pálida santa de mis sueños había desaparecido para siempre y en su lugar contemplaba a esta doncella en quien Dios había derramado pródigamente los más vivos colores y las más exuberantes energías vitales, a quien había hecho ágil como una cierva, esbelta como un junco, y en cuyos grandes ojos había encendido las lámparas del alma. El estremecimiento de su juventud, tan tensa como la de un animal salvaje, se había colado en mis huesos, la fuerza del alma que emanaba por sus ojos había conquistado los míos, incendiado mi corazón y henchido mis labios de canciones. Ahora corría por mis venas y formaba parte de mi ser.

Aquel entusiasmo no decreció, mi alma se refugió en su éxtasis como en un sólido castillo, asediada por frías y tristes consideraciones. No me cabía la menor duda de que me había enamorado de ella desde el primer momento y con un ardor tembloroso que nunca había conocido antes. ¿Qué ocurriría ahora? Era la hija de una familia afligida: la hija de la señora, la hermana de Felipe, su misma belleza lo delataba. Tenía la ligereza y la vivacidad del uno, ágil como una flecha y leve como el rocío; y destacaba como la otra con la brillantez de las flores contra el pálido trasfondo del mundo. Yo nunca podría llamar hermano a aquel muchacho medio idiota, ni madre a aquel montón de carne tan encantador como impasible, cuya mirada estúpida y su perpetua sonrisa recordé ahora con desagrado. Y, si no podía casarme con ella, entonces, ¿qué…? Estaba terriblemente desamparada: sus ojos, en

aquella larga y única mirada que habíamos intercambiado, habían confesado una debilidad igual a la mía, pero en el fondo de mi corazón sabía que era la misma joven que estudiaba en la fría habitación del norte y que había escrito aquellos versos tan tristes y eso bastaba para conmover a cualquiera. No me vi capaz de huir, pero me propuse observar una constante circunspección.

Al apartarme de la ventana posé la mirada en el retrato. Parecía haberse apagado como una vela al salir el sol: me seguía con sus ojos de pintura. Yo era consciente del parecido y me maravillaba la tenacidad de aquella estirpe decadente, pero ahora la diferencia había borrado cualquier semejanza. Recordé que lo había tenido por algo inalcanzable en esta vida, producto de la destreza del artista y no de la modestia de la naturaleza, y me maravillé de haber podido pensar tal cosa mientras recordaba regocijado la imagen de Olalla. Había contemplado antes la belleza sin dejar que me hechizara y me había sentido atraído por mujeres que solo a mí me parecían hermosas, pero Olalla reunía todo lo que yo deseaba y no me había atrevido a imaginar.

No la vi al día siguiente y el corazón se me encogió y mis ojos ansiaron verla igual que la gente ansía que llegue el día. Pero un día después, al regresar a la hora acostumbrada, volví a encontrármela en la galería y nuestras miradas volvieron a unirse y abrazarse. Sentí impulsos de hablarle y de acercarme, pero, a pesar de que me atraía como un imán, me contuvo algo todavía más imperioso y me limité a inclinar la cabeza y pasar de largo. Ella no respondió y me siguió con sus nobles ojos.

Tenía grabada su imagen en la memoria, y, cuando recordaba mentalmente sus rasgos, me daba la sensación de estar leyendo en su corazón. Vestía con la misma coquetería que su madre y compartía su afición por los colores alegres. Su vestido, que estaba seguro de que había hecho con sus propias manos, la envolvía con gracia y atractivo. Además, según la moda del país, el corpiño se abría por el centro y formaba un profundo escote en el que, a pesar de la pobreza de la familia, una moneda de oro colgada de una cinta descansaba sobre su pecho moreno. Aquellas eran pruebas, en caso de que siguieran haciendo falta, de su innato amor a la vida y de su propio encanto personal. Por otro lado, en aquellos ojos que se abismaban en los míos yo leía capas cada vez más profundas de pasión y de tristeza, destellos de poesía y esperanza, negruras de desesperación y pensamientos que se elevaban por encima del mundo. Su cuerpo era delicioso, pero su ocupante, el alma, merecía con creces una morada como aquella. ¿Acaso debía yo permitir que aquella flor incomparable se marchitase sola entre aquellas agrestes montañas? ¿Debía despreciar el regalo del elocuente silencio de sus ojos? La suya era un alma emparedada, ¿no debía yo derribar las puertas de su prisión? Dejé de lado todas las demás consideraciones y juré que sería mía aunque fuese hija del mismísimo Herodes; y esa misma tarde, con una sensación que era una mezcla de traición y deshonra, me dediqué a ganarme al hermano. Puede que lo mirase con mejores ojos o que el mero recuerdo de su hermana bastara para despertar las mejores cualidades de aquel alma imperfecta, el

caso es que nunca antes me había caído tan simpático y su parecido con Olalla, aunque por un lado me irritaba, por otro me tranquilizaba.

Pasó en vano un tercer día: un desierto de horas vacías. No quise perder ni una sola ocasión y pasé la tarde haraganeando en el patio donde (a modo de excusa) estuve hablando con la señora más de lo acostumbrado. Dios sabe que ahora la estudiaba con el interés más tierno y sincero y que empezaba a albergar una cálida tolerancia, tanto por Felipe como por la señora. Y, no obstante, seguía sorprendiéndome. A veces se dormía incluso mientras hablaba conmigo y se despertaba de pronto sin avergonzarse lo más mínimo, y aquella compostura me dejaba perplejo. Además, cuando observaba cómo cambiaba inapreciablemente de postura y saboreaba y se deleitaba con el placer físico de aquellos movimientos, no podía sino maravillarme ante semejantes extremos de sensualidad pasiva. Vivía en su cuerpo y toda su conciencia estaba diseminada por sus miembros donde habitaba cómodamente. Por último, no lograba acostumbrarme a sus ojos. Cada vez que volvía hacia mí aquellas órbitas grandes, hermosas e indiferentes, abiertas a la luz del día, pero cerradas a la comprensión humana —cada vez que tenía ocasión de observar el fugaz cambio de sus pupilas, que se dilataban y contraían sin venir a cuento—, no sé lo que sentía, no sabría poner en palabras la confusa sensación de pesadumbre, irritación y desagrado que estremecía mis nervios. Traté de hablarle de muchos asuntos distintos, todos en vano, y por fin desvié la conversación hacia su hija. Pero incluso en eso se mostró indiferente: dijo que era muy guapa, que (como ocurre con los niños) era el mejor elogio que se le ocurría, pero fue incapaz de ir más allá; y cuando observé que Olalla parecía muy callada, se limitó a bostezarme en la cara y a replicar que de nada servía hablar cuando no se tenía nada que decir.

—La gente habla demasiado, demasiado —añadió, mirándome con las pupilas dilatadas; y luego volvió a bostezar y me mostró una boca tan exquisita como la de una muñeca.

Esta vez me di por enterado, la dejé descansar y subí a mi habitación donde me senté junto a la ventana abierta y me puse a contemplar las montañas sin verlas, sumido en brillantes y profundas ensoñaciones, y escuchando en la imaginación una voz que nunca había oído.

Al quinto día me desperté presa de una alegre expectación que parecía capaz de desafiar al mismo destino. Me sentía seguro de mí mismo, ágil de pies y manos, y resolví dar a conocer mi amor. Se acabó el estar atado por el silencio y el vivir solo por los ojos, como los animales; ahora participaría también el espíritu y disfrutaría de los goces de la intimidad humana. Estaba tan lleno de descabelladas esperanzas como un explorador camino de El Dorado, ya no me asustaba aventurarme en las regiones más recónditas y deliciosas de su alma. Sin embargo, cuando la vi, toda esa pasión me desbordó y ofuscó mi imaginación, me quedé sin palabras como un niño y me acerqué a ella como quien se aproxima vacilante al borde del abismo. Al verme avanzar, retrocedió un poco, aunque siguió clavando sus ojos en los míos como

animándome a seguir. Por fin, cuando la tuve al alcance de la mano, me paré. No tenía palabras, si daba un paso más, lo único que podría hacer sería abrazarla calladamente contra mi pecho, y la poca cordura que me restaba se sublevó contra la idea de abordarla de ese modo. Nos quedamos allí por un segundo, con toda nuestra vida ante los ojos, intercambiando oleadas de atracción y resistiéndonos a pesar de todo; y luego, mediante un gran esfuerzo de la voluntad y consciente de la brusca amargura de aquel desengaño, me di la vuelta y me alejé en silencio.

¿Qué me había sucedido que me había quedado sin habla? Y ella, ¿por qué no había dicho nada? ¿Por qué se apartaba de mí muda y con ojos fascinados? ¿Era eso amor? ¿O solo una mera atracción animal, inconsciente e inevitable, como la del imán por el acero? No habíamos cruzado una sola palabra, éramos unos completos desconocidos, y sin embargo nos unía tácitamente una influencia tan fuerte como el abrazo de un gigante. A mí me consumía la impaciencia, pues la sabía digna de mi amor: había visto sus libros, leído sus versos y sondeado, en cierto modo, el alma de mi amada. En cambio ella parecía casi fría. No sabía nada de mí, salvo que yo la atraía como las piedras cuando caen al suelo, y que las leyes que gobiernan la tierra la empujaban a mis brazos sin su consentimiento; pero a mí me repelía aquella unión y empecé a sentir celos de mí mismo. No era así como quería que me amase. Luego me dominó la compasión que me inspiraba la chica. Pensé en la terrible vergüenza que ella, la estudiosa, la reclusa, la piadosa aya de Felipe, debía de sentir al haber confesado su invencible debilidad por un hombre con quien no había hablado jamás. Y aquella compasión acabó por prevalecer sobre todas las demás consideraciones y no deseé más que encontrarla, consolarla y tranquilizarla, explicarle que su amor era correspondido y que su elección, aunque la hubiese hecho a ciegas, no era del todo desacertada.

Al día siguiente hizo un tiempo espléndido: un dosel azul cubría las montañas, lucía el sol, el viento agitaba las copas de los árboles y los numerosos torrentes llenaban el aire de una música delicada y cautivadora. Sin embargo, a mí me embargaba la tristeza. Mi corazón lloraba por ver a Olalla igual que un niño por ver a su madre. Me senté en una roca al borde de los riscos que limitan la meseta por el norte. Desde allí se divisaban un arroyo y un valle boscoso donde no parecía haber nadie. En el estado en que me encontraba, casi resultaba conmovedor contemplar aquel paraje deshabitado. Solo me faltaba Olalla, y pensé, primero al borde mismo de las lágrimas y luego con una ardiente alegría que parecía crecer en fuerza y estatura como un Sansón, en la dicha y el placer que sería vivir con ella en aquel lugar agreste y delicioso con aquel aire tan puro.

De pronto vi acercarse a Olalla. Salió de un bosquecillo de alcornoques y fue directa hacia donde yo estaba. Yo me puse en pie para esperarla. A pesar de que se movía lenta y silenciosamente, su manera de andar traslucía tanta vida, fogosidad y ligereza que me maravilló. Sin embargo, su energía radicaba precisamente en aquella misma lentitud: comprendí que si no corría a mi encuentro era porque estaba

haciendo un esfuerzo incomparable. En cambio se aproximó con la mirada baja, y cuando estuvo lo bastante cerca me habló sin mirarme. Nada más oír su voz sentí una especie de sobresalto. Era lo que tanto había estado esperando: la prueba definitiva de su amor. Y, ¡ay!, su pronunciación era clara y precisa, no ceceante ni entrecortada como la de los demás miembros de su familia; y su voz, aunque un poco más profunda que la de la mayoría de las mujeres, era juvenil y femenina. Hablaba en tono armonioso, doradas notas de contralto se mezclaban con otras más roncas, igual que los cabellos rojizos se mezclaban con los castaños en sus trenzas. No solo era una voz que hablaba directamente a mi corazón, sino que me hablaba de ella. Y no obstante sus palabras me sumieron de inmediato en la desesperación.

—Debe usted marcharse de aquí hoy mismo.

Su ejemplo sirvió para romper los lazos de mi mutismo, sentí como si me quitaran un peso de encima o se deshiciera un hechizo. No sé cómo le respondí, pero allí mismo, entre los riscos, volqué todo el ardor de mi pasión: le dije que vivía solo para pensar en ella, que dormía para soñar con su belleza y que renunciaría de buena gana a mi país, mi lengua y mis amigos para vivir siempre a su lado. Luego logré dominarme y cambié de tono: la tranquilicé, la consolé, le expliqué que había adivinado en ella un espíritu piadoso y heroico del que no me consideraba indigno y que ansiaba compartir y aliviar.

—La naturaleza —dije— es la voz de Dios, y no puede desobedecerse sin correr un gran peligro, y si nos hemos visto atraídos calladamente, como en un milagro de amor, debe de ser porque existe un engaste divino entre nuestras almas; debemos de estar hechos —continué— el uno para el otro. Y, si no obedeciéramos a este instinto, estaríamos rebelándonos locamente contra Dios.

Ella negó con la cabeza.

—Debe usted marcharse hoy mismo —repitió, y luego, con un gesto y un tono algo bruscos, exclamó—: No, hoy no, ¡mañana!

Aquella muestra de debilidad me insufló nuevas fuerzas. Extendí los brazos y grité su nombre. Ella saltó y se abrazó a mí. Las montañas giraron en torno nuestro, la tierra gimió. Me recorrió un estremecimiento que me dejó ciego y confuso. Un instante después me empujó, se apartó violentamente de mi abrazo y huyó entre los alcornocales con la ligereza de una cierva.

Yo me quedé allí clamando al cielo y luego volví a la casa como entre nubes. Ella me había echado, pero me había bastado con pronunciar su nombre para que viniera a mí. Era una de esas debilidades femeninas de las que ni siquiera ella estaba exenta. ¿Que me fuese? ¡Oh, no, yo no, Olalla!, ¡mi Olalla! Un pájaro cantaba por allí cerca y eso que en aquella estación los pájaros escaseaban. Me pareció de buen agüero. Y, una vez más, la faz de la naturaleza, desde las pesadas e inconmovibles montañas hasta la hoja más delgada y el insecto más minúsculo que volaba a la sombra de aquellos bosques, volvió a parecerme viva y alegre. El sol golpeaba las montañas como el herrero en el yunque y las hacía estremecer. Bajo aquel sol de justicia la

tierra exhalaba aromas penetrantes y los bosques daban la impresión de estar en llamas. Sentí cómo la vibración del trabajo y la alegría recorrían la tierra. La fuerza elemental, primitiva, violenta y salvaje del amor que proclamaba mi corazón era como una clave que me permitía descifrar los misterios de la naturaleza, y las mismas piedras que crujían bajo mis pies me parecían vivas y amistosas. ¡Olalla! Su roce me había fortalecido y renovado, y me había hecho recobrar mi antigua armonía con la agreste naturaleza, había henchido mi alma de un modo que los hombres desconocen en sus tristes y civilizados salones. El amor ardía con furia en mi interior, la ternura crecía orgullosa; yo la odiaba, la adoraba, la compadecía y la reverenciaba extasiado. Era como un eslabón que me ligaba a la muerte por un lado y por el otro a un Dios puro y misericordioso: algo brutal y divino y emparentado al mismo tiempo con la inocencia y con las fuerzas indomeñables de la naturaleza.

La cabeza me daba vueltas cuando entré en el patio de la casa, y al ver a la madre sentí una especie de revelación. Estaba allí sentada, sumida en la dicha y en la indolencia, parpadeando bajo la fuerte luz del sol, dominada por un deleite pasivo, un ser aparte, ante el cual mi ardor se desvaneció como avergonzado. Me detuve un momento y, dominándome lo mejor que pude, le dije una palabra o dos. Ella me miró con una bondad infinita. Su voz, al responder, sonó como salida de aquel reino de paz en el que siempre estaba sumergida, y por primera vez sentí respeto por alguien tan invariablemente inocente y feliz, y seguí mi camino sorprendido de haberme dejado llevar por semejante arrebato.

En mi mesa había una hoja del mismo papel amarillento que había visto en la habitación del norte: estaba escrito a lápiz con la misma letra, la letra de Olalla, lo cogí con una súbita sensación de alarma y leí:

> Si siente usted algún aprecio por Olalla, si alberga algún sentimiento de caballerosidad hacia una criatura tan llena de amargura, váyase de aquí hoy mismo; por compasión, por honor, en el nombre de quien murió por todos nosotros, le suplico que se vaya.

Miré estupefacto el papel y luego se despertó en mí un terrible cansancio y horror a la vida: el sol dejó de brillar en las montañas desnudas y empecé a temblar como aterrorizado. El vacío que acababa de abrirse en mi vida me acobardaba como un vacío físico. Ya no se trataba de mi corazón o mi felicidad, sino de la vida misma. No podía perderla, me dije una y otra vez. Y luego, como un sonámbulo, me acerqué a la ventana, alargué la mano para abrirla y rompí sin querer el cristal. La sangre brotó de mi muñeca, y con instantánea tranquilidad y dominio de mí mismo, apreté el pulgar contra la diminuta fuente que manaba sin cesar y pensé en lo que podía hacer. En aquella habitación no había nada que me sirviera y comprendí que necesitaba ayuda. Por mi imaginación pasó la esperanza de que fuese la propia Olalla quien me la prestara, así que me volví y bajé las escaleras, todavía con el pulgar apretado contra la herida.

No había ni rastro de Olalla o de Felipe, y me dirigí al rincón adonde se había retirado ahora la señora, que estaba adormilada junto al fuego, pues todo calor le parecía poco.

—Disculpe que la moleste, pero necesito su ayuda —dije.

Ella alzó la vista con aire somnoliento y me preguntó de qué se trataba, y al mismo tiempo me pareció notar que tomaba aliento y que las ventanas de la nariz se le dilataban llenas de vida.

—Me he cortado —respondí—, y es un corte bastante profundo. ¡Mire!

Y extendí las manos cubiertas de sangre.

Abrió mucho los ojos, sus pupilas se contrajeron hasta convertirse en dos simples puntos y fue como si se apartara un velo de su cara, que se volvió mucho más expresiva aunque inescrutable. Y, mientras estaba allí plantado, sorprendido por aquella transformación, se acercó a mí y me cogió la mano. De pronto, se la llevó a la boca y me dio un mordisco que llegó hasta el hueso. El dolor del mordisco, la sangre que se puso a manar de pronto y la naturaleza monstruosa de aquel acto cruzaron por mi imaginación al mismo tiempo y la aparté de un empujón, pero ella siguió atacándome entre gritos bestiales, unos gritos que reconocí enseguida, pues eran los mismos que me habían despertado la noche del huracán. Le impulsaba la fuerza de la locura y yo estaba cada vez más débil por la pérdida de sangre y por el horror que me inspiraba aquel ataque abominable. Me tenía casi arrinconado contra la pared, cuando Olalla se interpuso entre nosotros, y Felipe, que la seguía de cerca, saltó sobre su madre y la sujetó contra el suelo.

La debilidad me hizo caer en una especie de trance: veía, oía y sentía, pero era incapaz de moverme. Oí el forcejeo que tenía lugar en el suelo, los alaridos de aquel gato montés que se alzaban hasta el cielo mientras trataba de alcanzarme. Sentí que Olalla me abrazaba, noté que su cabello me tapaba la cara, y que, con la fuerza de un hombre, me levantaba y me llevaba a rastras hasta mi habitación, donde me tumbó en la cama. Luego la vi cerrar la puerta con llave y pararse a escuchar los gritos que conmovían toda la casa. Y, por fin, rápida y ligera como el pensamiento, volvió junto a mí, me vendó la mano y la puso sobre su regazo, mientras gemía y se lamentaba con un sonido como el arrullo de una paloma. No eran palabras lo que pronunciaban sus labios, sino sonidos mucho más hermosos que el habla, infinitamente tiernos y conmovedores. Y, no obstante, mientras estaba allí postrado, una idea me hirió como una espada, una idea que, como el gusano en la flor, profanaba la santidad de mi amor. Sí, eran sonidos muy bellos, y estaban inspirados por la ternura, pero ¿era humana su belleza?

Pasé el resto del día acostado. Los gritos de aquella hembra innombrable que luchaba con su cachorro medio idiota siguieron retumbando en la casa durante mucho tiempo y me llenaron de repugnancia y pesar. Eran los gritos agónicos de mi amor, que había sido asesinado y hasta parecía escarnecerme. Y, sin embargo, por mucho que lo pensara y lo sintiese, seguía creciendo en mi interior como una tempestad de

dulzura y mi corazón se fundía con sus miradas y sus caricias. Los temores que me habían invadido, las dudas que se cernían sobre Olalla y aquella vena salvaje y bestial, que no solo afectaba a la conducta de toda su familia, sino a los mismos cimientos de nuestro amor, me aterraban y asqueaban, pero no tenían la fuerza suficiente para romper el nudo de mi pasión.

Cuando cesaron los gritos, oí arañar la puerta y supe que Felipe estaba fuera. Olalla salió a hablar con él…, ignoro de qué. Pero, a excepción de ese momento, no se apartó de mi lado: bien arrodillada junto a mi cabecera y rezando fervientemente, o sentada en la cama con sus ojos clavados en los míos. Así que, a lo largo de esas seis horas, me empapé de su belleza y leí calladamente su vida en su semblante. Vi temblar la moneda dorada sobre su pecho cuando respiraba; vi cómo se iluminaban y oscurecían sus ojos mientras me hablaban con una insondable bondad; contemplé el óvalo perfecto de su rostro, y, a través del vestido, la silueta impecable de su cuerpo. Por fin anocheció, y en la creciente oscuridad de la habitación, su imagen se fue desdibujando lentamente, pero incluso entonces su mano siguió acariciando la mía y hablándome. Al yacer así, mortalmente debilitado, mientras contempla los rasgos de la amada, uno siente cómo su amor se reaviva a pesar de cualquier desengaño. Reflexioné y aparté de mí todos aquellos horrores, hasta que me sentí otra vez con fuerzas de aceptar lo peor. ¿Qué importaba todo, si aquel imperioso sentimiento sobrevivía, si sus ojos seguían llamándome y atrapándome, si hasta la última fibra de mi cuerpo dolorido suspiraba por ella? Muy entrada la noche, recobré algo las fuerzas y le dije:

—Olalla, no me importa lo ocurrido, y tampoco quiero saber nada; me basta con saber que te quiero.

Ella se arrodilló y estuvo un rato rezando y yo respeté su devoción. La luna había empezado a brillar a través de una de las tres ventanas y en la habitación reinaba una neblinosa claridad que me permitía verla vagamente. Cuando se puso en pie hizo la señal de la cruz.

—Ahora me toca a mí hablar —dijo—, y a ti escucharme. Lo que yo sé tú solo lo sospechas. He rezado mucho para que te fueses. Te lo he rogado, y sé que me habrías concedido incluso eso, pero si no es así… ¡deja que crea lo contrario!

—Te amo —respondí.

—Pero tú eres un hombre de mundo —replicó tras una pausa—, y también un hombre juicioso, y yo no soy más que una niña. Perdóname, si parece que intento darte lecciones, yo que soy tan ignorante como los árboles de las montañas; pero quienes aprenden mucho, no hacen sino rozar levemente el conocimiento: aprenden las leyes, conciben la dignidad del plan general de las cosas…, pero olvidan el horror de los hechos. Somos quienes nos quedamos en casa en presencia del mal, quienes lo recordamos con resignación. Vete, vete ahora y no me olvides. Así viviré en tus recuerdos una vida tan real como la que llevo en este cuerpo.

—Te quiero —repetí.

Luego alargué la mano, cogí la suya, me la llevé a los labios y la besé. Ella no se resistió, pero retrocedió un poco y noté que fruncía levemente el ceño, no con enfado, sino con tristeza y preocupación. Y luego pareció decidirse con un esfuerzo: tomó mi mano, se inclinó hacia delante y se la puso sobre el corazón.

—¿Lo ves? —exclamó—. Lo que notas es el eco de mi vida. Late solo por ti, es tuyo. ¿Puedo acaso llamarlo mío? Solo para ofrecértelo, igual que podría coger la medalla de mi cuello, o arrancar la rama de un árbol y entregártela. ¡Pero no serían mías! Vivo, o creo vivir (si es que existo) en otra parte, como una prisionera impotente, arrastrada y ensordecida por una chusma que repudio. Esta víscera, igual a la que late en los animales, te reconoce como dueño con solo rozarla; ¡sí, te ama! Pero ¿lo hace también mi alma? Creo que no. Lo ignoro y temo preguntarlo. Y, sin embargo, cuando me hablas, lo haces desde el fondo de tu alma, solo así has podido conquistarme.

—Olalla —respondí—, el cuerpo y el alma son una misma cosa, y más aún cuando se está enamorado. Lo que escoge el cuerpo, lo ama el alma; donde el cuerpo se aferra, se une el alma; y, cuerpo con cuerpo y alma con alma, acuden juntos a la llamada de Dios; y la parte más baja (si es que se puede llamar así) es solo el pedestal y el asiento de la más alta.

—¿Has visto los retratos de mis antepasados? —preguntó—. ¿Has mirado a mi madre o a Felipe? ¿Te has fijado en el retrato que cuelga junto a tu cama? La mujer que posó para él era una malvada que hace siglos que murió. Pero vuelve a mirarlo: ahí tienes mi mano reproducida hasta el más ínfimo detalle, ahí tienes mis ojos y mi cabello. ¿Qué es mío, entonces, y qué soy yo, si hasta la última curva de este cuerpo desdichado (que tú amas y por el que crees amarme), todos los gestos, las inflexiones de mi voz, las miradas de mis ojos, sí, incluso cuando hablo con mi amado, han pertenecido antes a otros? Mujeres, que llevan años muertas, enamoraron a otros hombres con mis ojos, y otros hombres oyeron suplicar a esta misma voz que ahora resuena en tus oídos. Las manos de los muertos hurgan en mis entrañas, me empujan, me impulsan, me arrastran: soy una marioneta bajo su mando, una mera reencarnación de facciones y atributos que llevan mucho tiempo separadas del mal por la quietud de la tumba. ¿Es a mí a quien amas o a la estirpe que me ha formado? ¿A la joven que no sabe ni puede responder de sí misma, o a la corriente en la que ella no es sino un remolino pasajero y al árbol de la que ella es un simple fruto efímero? La estirpe existe: es muy antigua, aunque se conserve siempre joven, y lleva en su seno su eterno destino. En ella un individuo sucede siempre a otro, como las olas en el mar, con un aparente dominio de sí mismo, pero en el fondo no son nada. Hablamos del alma, pero el alma radica en la estirpe.

—Te enfrentas a la ley natural —dije yo—. Y te rebelas contra la voz de Dios, que es tan persuasiva como imperiosa. ¡Óyela y escucha cómo habla entre nosotros! Tu mano se aferra a la mía, tu corazón se agita cuando te rozo, basta con una sola mirada para que los elementos desconocidos de los que estamos hechos despierten y

se agiten al unísono; el barro de la tierra recuerda su vida independiente y anhela por unirse a nosotros. Nos atraemos el uno al otro igual que giran las estrellas en el firmamento, o que suben y bajan las mareas, impulsados por fuerzas mucho más antiguas y poderosas que nosotros mismos.

—¡Ay! —replicó ella—. ¿Qué puedo decirte? Hace ochocientos años, mis antepasados gobernaban toda esta provincia: eran sabios, nobles, astutos y crueles, una raza escogida entre los españoles, sus pendones conducían a la batalla, el rey los llamaba sus primos; la gente, cuando le ponían la soga al cuello o cuando volvía a sus chozas y las encontraba humeando, maldecía su nombre. Luego sobrevino un cambio. El hombre se ha elevado desde las bestias, pero, igual que procede de ellas, puede descender al mismo nivel. El aliento del cansancio sopló sobre aquella raza, los nervios se aflojaron y empezaron a decaer, su espíritu se adormeció, sus pasiones se agitaron como las imprevisibles rachas de viento que recorren los barrancos de las montañas, conservaron la belleza, pero no la inteligencia ni la bondad. Su simiente siguió propagándose envuelta en carne que cubría también los huesos, pero eran huesos y carne de bestias, y su inteligencia era inteligencia de mosquito. Es todo lo que me atrevo a decir, pero tú mismo has visto cómo ha girado hacia atrás la rueda en esta raza condenada a extinguirse. Yo estoy, por así decirlo, en un pequeño promontorio en la pendiente, y veo lo que hay delante y lo que hay detrás, lo que hemos perdido y hasta dónde estamos sentenciados a caer todavía. ¿Y voy a ser yo, que vivo apartada en la casa de mis antepasados y abomino de cada uno de sus actos, quien repita el hechizo? ¿Voy a encadenar a otro espíritu tan reacio como el mío a esta casa embrujada y destrozada por las tempestades en la que tanto he sufrido? ¿Voy a entregarles a mis descendientes este navío maldito, cargado de vida como de veneno, y a arrojarlo a la posteridad? He hecho un juramento: mi estirpe desaparecerá de la tierra. A estas horas mi hermano ya debe de estar preparándose, pronto oiremos sus pasos en la escalera y tú te irás con él y desaparecerás de mi vista para siempre. Recuérdame de vez en cuando como alguien a quien se le enseñó con mucha dureza la lección de la vida, pero que tuvo el valor de aprenderla; alguien que te amó, pero que se odiaba a sí misma tan profundamente que su amor le resultaba abominable; alguien que te apartó de su lado y que sin embargo ansiaba por retenerte para siempre; que no aspiraba más que a olvidarte y que nada temía más que la olvidaras.

Se había ido acercando a la puerta mientras hablaba y su voz profunda sonaba cada vez más suave y lejana, y al pronunciar la última palabra desapareció y me quedé solo en la habitación iluminada por la luna. No sé qué es lo que habría hecho de no haber estado tan postrado por mi extrema debilidad, pero lo cierto es que me embargaron un enorme vacío y desesperación. Poco después brilló junto a la puerta el resplandor rojizo de una linterna, Felipe entró, me cargó sobre sus hombros sin decir palabra, y me llevó hasta la puerta de la casa, donde esperaba la carreta. A la luz del claro de luna, el perfil de las montañas destacaba como si fuera de cartón; en la oscura meseta y entre los árboles que se mecían al unísono y centelleaban movidos

por el viento, la enorme mole de la casa solariega resaltaba como un cubo negro, donde solo se veían tres ventanas tenuemente iluminadas en el lado norte, justo encima de la puerta. Eran las ventanas de la habitación de Olalla, y mientras la carreta avanzaba traqueteando, fijé mis ojos en ellas hasta que el camino se internó en el valle y dejé de verlas para siempre. Felipe caminaba en silencio junto a la lanza del carro, pero de vez en cuando frenaba a la mula y parecía mirarme, por fin se acercó y me puso la mano en la cabeza. Había tanta bondad y tanta ingenuidad animal en aquella caricia, que se me saltaron las lágrimas como la sangre de una arteria.

—Felipe —le dije—, llévame a donde no me hagan preguntas.

No me respondió, pero dio la vuelta a la mula y desandamos un rato el camino, luego tomó por otro sendero y me llevó a un pueblo de montaña que era, como decimos en Escocia, la cabeza de parroquia de aquella región casi deshabitada. Guardo algunos vagos recuerdos en mi memoria del amanecer en el llano, de la carreta deteniéndose, de unos brazos que me ayudaron a bajar, de la habitación donde me llevaron y de un desvanecimiento que fue como un sueño.

Al día siguiente y los que siguieron, el anciano sacerdote estuvo a menudo a mi cabecera con su breviario y su caja de rapé, y tiempo después, cuando empecé a recobrar las fuerzas, me dijo que me iba restableciendo y que debía acelerar lo más posible mi partida. Y, sin explicar sus motivos, tomó un poco de rapé y me miró de soslayo. Yo quise hacerme el desentendido, pues sabía que debía de haber visto a Olalla.

—Señor —dije—, ya sabe que no se lo pregunto por maldad. ¿Qué puede contarme de esa familia?

Me respondió que eran muy desdichados, que parecían una raza en decadencia, que eran muy pobres y habían vivido muy descuidados.

—Pero ella no —respondí—. Gracias, sin duda, a usted, es una mujer mucho más culta e instruida que la mayoría de las mujeres.

—Sí —dijo—, la señorita está bien educada. Pero la familia ha estado muy descuidada.

—¿La madre? —pregunté.

—Sí, la madre también —respondió el cura, tomando un pellizco de rapé—. Pero Felipe es un buen muchacho.

—La madre es muy excéntrica, ¿no le parece?

—Mucho —replicó el cura.

—Me parece, señor, que se está yendo por las ramas —dije—. Estoy convencido de que sabe usted más de mis asuntos de lo que aparenta. Sin duda sabe que mi curiosidad está justificada por muchos motivos. ¿Por qué no es más franco conmigo?

—Hijo mío —repuso el anciano caballero—. Seré muy franco con usted en todo lo que sea de mi competencia, pero en aquellas cuestiones que ignoro por completo no hace falta ser muy discreto para guardar silencio. No pienso andarme con evasivas, entiendo perfectamente lo que me dice, y lo único que puedo responderle es

que estamos todos en manos de Dios y que sus caminos son inescrutables. Incluso he consultado a mis superiores en la Iglesia, pero ellos tampoco tienen respuesta. Es un gran misterio.

—¿Está loca? —pregunté.

—Le contestaré a usted lo que creo: a mi entender no lo está —respondió el cura —, o al menos no lo estaba. Cuando era joven (y que Dios me perdone si descuidé a ese cordero salvaje) sin duda estaba cuerda, y no obstante, aunque no la llevaba a tales extremos, ya se notaba esa vena que también había afligido a su padre y aun a otros de sus antepasados, tal vez eso me hizo quitarle importancia. Pero estas cosas van en aumento, no solo en los individuos, sino en la familia.

—Cuando era joven… —empecé, pero me falló la voz y tuve que hacer un gran esfuerzo para añadir—: ¿se parecía a Olalla?

—¡No lo quiera Dios! —exclamó el cura—. No permita Dios que nadie piense tal cosa de mi penitente favorita. No, no, la señorita (aparte de su belleza, que yo, honradamente, desearía que fuese menor) no se parece en nada a su madre cuando tenía su edad. No soporto que lo imagine siquiera, aunque el cielo sabe que tal vez le convendría hacerlo.

Al oírlo me incorporé en la cama y le abrí mi corazón a aquel anciano: le hablé de nuestro amor y de su decisión, admití mis propios miedos y mis fantasías y le expliqué que les había puesto fin, y con algo más que una sumisión puramente formal, apelé a su juicio.

Me escuchó con paciencia y sin sorprenderse lo más mínimo, y cuando terminé, guardó silencio un rato. Luego empezó:

—La Iglesia… —Y enseguida se interrumpió para disculparse—. Olvidaba, hijo mío, que no es usted católico —dijo—. Aunque lo cierto es que no puede decirse que la Iglesia se haya pronunciado en un caso tan poco corriente como este. Pero ¿quiere usted mi opinión? En un asunto así no se me ocurre mejor juez que la señorita; si yo estuviese en su lugar, aceptaría su decisión.

Dicho lo cual se marchó, y a partir de entonces sus visitas se volvieron menos frecuentes; de hecho, a medida que me fui restableciendo se fue haciendo evidente que temía y desaprobaba mi compañía, y no tanto por disgusto como por miedo al enigma de la esfinge. Los lugareños también me esquivaban y se negaban a servirme de guía en las montañas. Noté que me miraban con recelo y comprobé que los más supersticiosos incluso se persignaban al verme. Al principio lo atribuí a mis opiniones heréticas, pero por fin comprendí que si desconfiaban era porque me había alojado en aquella casa. Cualquiera habría pasado por alto las descabelladas supersticiones de esos campesinos, pero yo era consciente de una fría sombra que parecía abatirse sobre mi amor. No lo venció, aunque no negaré que apagó mis ardores.

A unos kilómetros al oeste del pueblo había una brecha en la sierra a través de la cual se divisaba la casa solariega, y adquirí la costumbre de ir allí a diario. Un bosque coronaba la cima y, justo donde el camino bordeaba el lindero, había una repisa de

roca en la que se alzaba un crucifijo de tamaño natural y diseño más torturado de lo habitual. Aquel rincón se convirtió en mi atalaya: desde allí, día tras día, contemplaba la meseta y la gran casa solariega y veía a Felipe, más pequeño que una mosca, pululando por el huerto. A veces la niebla tapaba la vista hasta que el viento de la montaña volvía a dispersarla; en ocasiones la llanura dormitaba a mis pies a plena luz del sol o era borrada por la lluvia. Aquel lejano lugar, y aquellas vistas interrumpidas del sitio donde mi vida había cambiado de un modo tan extraño, casaban muy bien con la indecisión de mi estado de ánimo. Pasé allí días enteros, sopesando los distintos elementos de nuestra situación, inclinándome a las sugerencias del amor o prestando oído a la prudencia, para terminar siempre dudando entre ambas cosas.

Un día en que estaba yo sentado en mi roca pasó por allí un campesino muy delgado envuelto en una capa. Era forastero y no debía de conocerme ni siquiera de oídas, pues en lugar de dar un rodeo, se acercó, se sentó a mi lado y nos pusimos a hablar. Entre otras cosas, me contó que había sido arriero y que en otra época había frecuentado mucho aquellas montañas; luego se había enrolado en el ejército con sus mulas hasta que había ganado lo suficiente para vivir retirado con su familia.

—¿Conoce usted aquella casa? —pregunté por fin señalando hacia allí, pues me aburría cualquier conversación que me impidiera pensar en Olalla.

Me miró con aire sombrío y se santiguó.

—¡Más de lo que quisiera! —respondió—, ahí fue donde uno de mis compañeros vendió su alma al diablo; ¡la Virgen nos guarde de tales tentaciones! Pagó por ello y ahora arde en el pozo más negro del infierno. —El temor me embargó y no acerté a responderle. Luego el hombre siguió, como si hablara para sí mismo—: Sí, claro que la conozco. Una vez estuve en ella. Esa noche el desfiladero estaba cubierto de nieve empujada por el viento y no me cabe duda de que la muerte rondaba las montañas, pero había algo peor junto a la chimenea. Lo cogí del brazo, señor, y lo arrastré hasta la puerta, le pedí por lo que más quería y respetaba que me acompañase, me arrodillé ante él sobre la nieve y noté que mis súplicas lo conmovían. Y justo entonces ella salió a la galería y lo llamó por su nombre, y él se dio la vuelta y la vio con una lámpara en la mano pidiéndole que volviera con una sonrisa. Yo clamé al cielo y lo abracé, pero él me empujó y se fue. Había tomado una decisión, que Dios nos asista. Habría rezado por él, pero ¿para qué? Hay pecados que ni siquiera el Papa puede perdonar.

—¿Y qué fue de su amigo?

—Dios sabe —respondió el arriero—. De ser cierto lo que se dice, su fin, como sus pecados, fue para ponerle a uno los pelos de punta.

—¿Quiere decir que lo mataron? —pregunté.

—Pues claro que lo mataron —replicó el hombre—. Pero ¿cómo?, ¿eh, cómo? Solo hablar de esas cosas ya es un pecado.

—La gente de la casa… —empecé a decir.

Pero el hombre me interrumpió con un brusco arrebato.

—¿La gente? —exclamó—. ¿Qué gente? ¡En esa casa de Satanás no hay ni hombres ni mujeres! ¿Cómo puede haber vivido aquí tanto tiempo sin enterarse?

Luego se acercó y me susurró al oído como si temiera que las aves de la montaña pudieran oírlo y horrorizarse.

Lo que me contó no era cierto, ni siquiera original, sino tan solo una nueva versión, adornada por la ignorancia y superstición de los lugareños, de varias leyendas tan antiguas como la raza humana. Pero sus posibles consecuencias me horrorizaron. En los viejos tiempos, dijo, la Iglesia habría quemado aquel nido de basiliscos, pero el brazo de la Iglesia ya no era tan largo: su amigo Miguel había escapado al castigo de los hombres y había sido dejado al juicio mucho más terrible de un Dios ofendido. Semejante error no debería volver a ocurrir. El cura ya estaba viejo y probablemente embrujado, pero ahora su rebaño estaba al tanto del peligro y algún día —sí, y no muy lejano— el humo de aquella casa se alzaría hasta el cielo.

Me dejó espantado y horrorizado. No sabía qué decisión tomar, si avisar primero al cura o llevar las funestas noticias directamente a los amenazados habitantes de la casa. El destino decidió por mí, pues mientras estaba allí lleno de dudas, vi a una mujer cubierta con un velo que se aproximaba por el camino. Ningún velo habría podido ocultármela, en cada curva y cada movimiento de su cuerpo reconocí a Olalla, y, oculto tras un saliente en la roca, esperé a que llegase a la cima. Luego le salí al paso. Ella me reconoció y se detuvo, pero no habló; yo también guardé silencio, y los dos nos miramos con apasionada tristeza.

—Pensaba que te habías ido —dijo por fin—. Lo mejor que podrías hacer por mí es marcharte. Es lo único que te he pedido. Y tú te empeñas en quedarte. ¿Es que no sabes que, con cada día que pasa, aumenta el peligro no solo para ti, sino para todos nosotros? Por las montañas corre el rumor de que me amas, y la gente no está dispuesta a permitirlo.

Comprendí que estaba al tanto del peligro y me alegré.

—Olalla —dije—, estoy dispuesto a marcharme hoy, ahora mismo si quieres, pero no solo.

Se apartó y se arrodilló delante del crucifijo para rezar. Yo me quedé contemplándolos a ella y al objeto de su adoración: la conmovedora figura de la penitente y el rostro espantosamente lívido, las heridas pintadas y las costillas marcadas de la imagen. Solo el chillido de unas aves que, sorprendidas o asustadas, trazaban círculos alrededor de la cumbre de las montañas interrumpía el silencio. Luego Olalla se incorporó, se volvió hacia mí, se levantó el velo y, apoyándose todavía en el crucifijo, me miró con semblante pálido y triste.

—Tengo la mano en la cruz —dijo—. El cura dice que no eres católico, pero mira con mis ojos y contempla el rostro del Crucificado. Somos todos como Él: los herederos del pecado; debemos soportar y expiar un pecado que no es nuestro. Todos, incluso yo, tenemos una chispa divina en nuestro interior. Como Él debemos soportar nuestra propia cruz hasta que la mañana nos traiga un poco de paz. Deja que siga mi

camino, pues así como estaré menos sola, teniendo por compañía a aquel que es amigo de todos los desdichados, así es como seré más feliz, tras renunciar a la felicidad terrenal y aceptar de buen grado mi parte de dolor.

Miré el rostro del Cristo, y, aunque no soy amigo de imágenes y desprecio ese arte imitativo y exagerado, del cual era un tosco ejemplo, comprendí en parte su sentido. Aquel rostro me miraba contraído de dolor y pesar, pero los rayos de gloria que lo rodeaban me recordaron que su sacrificio había sido voluntario. Estaba allí en lo alto de la roca igual que sigue estándolo en el cruce de muchos caminos, predicando en vano a los viajeros, como un símbolo de muchas verdades nobles y tristes: que el placer no es un fin, sino un accidente; que el dolor es la elección de los magnánimos, y que la virtud está en sufrir y hacer el bien. Me volví y descendí de la montaña en silencio, y cuando miré hacia atrás por última vez antes de que el bosque me tapara la vista, vi a Olalla apoyada todavía en el crucifijo.

EL TESORO DE FRANCHARD

1

Junto al saltimbanqui moribundo

Habían mandado llamar al médico de Bourron poco antes de las seis. Hacia las ocho llegaron los primeros lugareños para asistir a la función y se les explicó lo que ocurría. A muchos les pareció una falta de consideración que un saltimbanqui se pusiera enfermo como hacía la gente normal y se marcharon refunfuñando. A las diez, madame Tentaillon estaba tan preocupada que había enviado a buscar al doctor Desprez al otro lado de la calle.

El médico estaba repasando sus manuscritos en un rincón del minúsculo comedor y su mujer dormitaba junto al fuego cuando llegó el mensajero.

—¡Caramba! —dijo el médico—, deberían haberme llamado antes, si se trata de un caso tan urgente.

Y siguió al mensajero tal como estaba, en zapatillas y con gorro de dormir.

La fonda distaba menos de treinta metros, pero el mensajero no se detuvo allí. Entró por una puerta y salió por otra que conducía al patio, y luego lo condujo por un tramo de escaleras que había junto al establo hasta la habitación donde yacía enfermo el saltimbanqui. El doctor Desprez no olvidaría su llegada a aquella sala aunque viviese mil años, pues la escena no solo resultaba pintoresca, sino que el momento marcó un hito en su existencia. Ignoro por qué calculamos nuestras vidas a partir de la fecha de nuestra primera lamentable aparición en sociedad, en lugar de considerarla la primera humillación, pues ningún actor puede entrar en escena con menos gracia. Por no remontarnos más, y arriesgarnos a que se nos tilde de excesivamente curiosos, hay muchos accidentes en la vida de cualquiera que resultan conmovedores y decisivos y que constituirían una fecha inicial tan lógica como la del nacimiento. Y en este caso, por ejemplo, el doctor Desprez, un hombre de más de cuarenta años, que había fracasado en todo en la vida, y que además estaba casado, se encontró con un nuevo punto de partida cuando abrió la puerta de la habitación que había encima del establo de los Tentaillon.

Era una estancia muy grande, iluminada únicamente por una vela colocada en el suelo. El saltimbanqui, un hombre grandullón de nariz quijotesca y enrojecida por la bebida, yacía boca arriba en un catre. Madame Tentaillon se inclinaba sobre él y le aplicaba un emplasto de mostaza y agua caliente en los pies mientras, sentado en una silla, un muchachito de unos once o doce años balanceaba los pies. Esos tres eran los únicos ocupantes de la habitación, a excepción de las sombras. Aunque eran unas sombras que hacían mucha compañía: el tamaño de la habitación las exageraba hasta proporciones gigantescas y, por la posición de la vela, la luz las iluminaba de abajo

arriba y las deformaba y comprimía. El perfil del saltimbanqui se ampliaba sobre la pared como una caricatura, y resultaba muy extraño ver cómo se acortaba y alargaba su nariz cada vez que la corriente agitaba la llama. En cuanto a madame Tentaillon, su sombra no era más que una tosca joroba que le salía de los hombros y en la que, de vez en cuando, brotaba el hemisferio de la cabeza. Las patas de la silla se alargaban como si fueran zancos, y el chico estaba sentado en lo alto, como una nube, en un rincón del techo.

Fue el niño quien atrajo la atención del médico. Tenía el cráneo grande y abombado, la frente y las manos de un músico y un par de ojos cautivadores. No era solo que fuesen grandes, fijos y de un dulcísimo color castaño rojizo, sino que además miraban de un modo que estremeció al médico y le hizo sentirse un poco nervioso. Estaba convencido de haber visto aquella mirada antes, pero no lograba recordar dónde o cuándo. Era como si aquel muchacho desconocido tuviera los ojos de un viejo amigo o un antiguo enemigo. El chico le obsesionaba: daba la impresión de sentir una profunda indiferencia por todo lo que sucedía, o más bien de estar abstraído en una contemplación superior, estaba cruzado de brazos y golpeaba suavemente con los pies los barrotes de la silla. No obstante, seguía todos y cada uno de los movimientos del médico por la habitación con mirada fija y pensativa. Desprez no habría sabido decir si era él quien fascinaba al chico o el chico quien lo fascinaba a él. Atendió al enfermo: hizo preguntas, le tomó el pulso, bromeó, se enfadó e incluso blasfemó un poco, pero cada vez que se volvía, se encontraba con aquellos ojos que le miraban de forma inquisitiva y melancólica.

Por fin el médico dio de pronto con la solución. Recordó aquella mirada. El chico, aunque iba más tieso que un palo, tenía ojos de jorobado. No era deforme, pero cuando te miraba daba la impresión de serlo. El médico respiró profundamente, aliviado de haber encontrado una teoría (le encantaban las teorías) para explicar de forma convincente su interés por él.

Pese a todo, despachó al enfermo con más rapidez de la acostumbrada y, sin levantar la rodilla del suelo, se volvió hacia el muchacho y lo miró. El chico no se turbó lo más mínimo, sino que le devolvió plácidamente la mirada.

—¿Es tu padre? —preguntó Desprez.

—¡Oh, no! —respondió él—, es mi amo.

—¿Le tienes mucho afecto? —prosiguió el médico.

—No, señor —repuso el chico.

Madame Tentaillon y Desprez intercambiaron una mirada elocuente.

—Pues eso está muy mal, muchacho —continuó el último con cierta severidad—. Hay que tener afecto por los moribundos o al menos ocultar lo que uno siente, y tu amo se está muriendo. Cuando veo a un pajarillo robándome las cerezas, luego me da lástima verlo volar sobre la tapia del jardín, meterse en el bosque y desaparecer. ¡Y cuánto más tratándose de una criatura como esta, tan fuerte, sagaz y dotada de toda clase de habilidades! Si pensamos que, dentro de unas horas, estará privado del habla,

su aliento se habrá apagado e incluso su sombra habrá desaparecido de la pared, yo, que no lo conozco de nada, y esta señora que solo lo conocía de vista, no podemos evitar sentir cierto afecto por él.

El chico guardó silencio un instante y dio la impresión de pararse a reflexionar.

—Ustedes no lo conocían —replicó por fin—. Era un hombre malo.

—Es un pequeño hereje —dijo la dueña de la fonda—. Todos estos charlatanes, volatineros, artistas y demás son iguales. No tienen entrañas.

En cambio el médico siguió observando atentamente al pequeño hereje; sus cejas se fruncieron y levantaron.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Jean-Marie —respondió el chico.

Desprez se levantó emocionado de un salto y le palpó la cabeza con interés etnológico.

—¡Céltico, céltico! —dijo.

—¡Céltico! —exclamó madame Tentaillon, que debía de haber confundido la palabra con «hidrocéfalo»—. ¡Pobre muchacho! ¿Es grave?

—Depende —replicó el médico en tono sombrío. Y luego volvió a dirigirse al chico—: ¿Y cómo te ganas la vida, Jean-Marie?

—Doy volteretas —respondió el chico.

—¡Volteretas! —repitió Desprez—. Probablemente sea saludable. Me atrevería a aventurar, madame Tentaillon, que dar volteretas es un modo de vida saludable. ¿Y nunca has hecho otra cosa que dar volteretas?

—Antes de aprender a darlas, robaba —respondió muy serio Jean-Marie.

—¡Diantre! —exclamó el médico—. Estás hecho un buen mozo para tu edad. Madame, cuando llegue mi *confrère* de Bourron, comuníquele mi opinión desfavorable. Dejo el caso en sus manos, pero, por supuesto, en caso de que se produzca algún síntoma alarmante, no dude en llamarme. Gracias a Dios ya no soy médico, aunque lo fui. Buenas noches, madame. Que duermas bien, Jean-Marie.

2

Una conversación matutina

El doctor Desprez era un hombre muy madrugador. Antes de que el humo se elevara en las chimeneas, antes de que el primer carro traqueteara sobre el puente para ir a trabajar a los campos, él ya estaba pululando por su jardín. Arrancaba un racimo de uvas, se comía una pera debajo del emparrado, trazaba toda clase de dibujos en el sendero con la contera del bastón o bajaba a ver pasar el río junto al embarcadero de madera donde tenía amarrado su bote. Siempre decía que no había mejor momento para idear teorías que esa hora tan temprana del día.

—En el pueblo nadie madruga más que yo —se jactó una vez—. Así que es lógico que sepa más y quiera hacer menos uso de mi saber.

El médico era todo un entendido en cuestión de amaneceres, y nada le gustaba más que un gran efecto teatral para empezar el día. Tenía una teoría del rocío con la que era capaz de predecir el tiempo. De hecho, casi todo le servía para el mismo fin: el tañido de las campanas de los pueblos vecinos, el olor del bosque, las visitas y el comportamiento tanto de los pájaros como de los peces, el aspecto de las plantas del jardín, la disposición de las nubes, el color de la luz y por último, aunque no fuese necesariamente lo menos importante, el arsenal de instrumentos meteorológicos que guardaba en una caseta con persianas de madera que había en el jardín. Desde que se estableció en Gretz, se había ido convirtiendo, poco a poco, en el meteorólogo local y en el paladín no reconocido del clima local. Al principio pensó que no había un sitio tan saludable en toda la comarca. Pasados dos años, afirmó que no había ninguno tan saludable en toda la región. Y, poco antes de conocer a Jean-Marie, se estaba preparando para desafiar a Francia y la mayor parte de Europa a encontrar un lugar capaz de rivalizar con aquel lugar escogido.

—La palabra «médico» —decía— es un vocablo malsonante que no debería pronunciarse en presencia de las señoras porque recuerda a la enfermedad. Me parece un fallo de nuestra civilización que la enfermedad no nos inspire horror. Yo, por mi parte, me lavo las manos. He renunciado a mi título y ya no soy médico. Tan solo soy un adorador de la verdadera diosa: Higía[8]. ¡Ah, creedme, es ella quien tiene el poder! Y aquí, en este minúsculo villorrio, ha establecido su altar: aquí habita y derrama sus dones; aquí paseo con ella por la mañana, y me muestra lo robustos que ha hecho a los campesinos, y lo fértiles que ha hecho los campos, cómo los árboles crecen altos y elegantes delante de nuestros ojos, y los peces en el río se vuelven limpios y ágiles en su presencia. ¡Reumatismo! —gritaba cuando alguien le interrumpía con impertinencia—, pues claro que padecemos un poco de reumatismo. Pero eso es casi inevitable junto a un río. Y también es cierto que el pueblo está en una hondonada y que los prados están un tanto encharcados. Pero, amigo mío, ¡fíjese en Bourron! Bourron está en un alto. Está cerca del bosque, hay oxígeno de sobra, dirá usted. Pues bien, comparado con Gretz, Bourron es un matadero.

A la mañana siguiente de que lo llamaran para asistir al saltimbanqui moribundo, el médico visitó el embarcadero que había al extremo del jardín y pasó un buen rato viendo pasar el agua. A eso lo llamaba rezar, aunque no había modo de saber si sus oraciones iban dirigidas a la diosa Higía o a otra deidad más ortodoxa, pues sus oráculos eran un tanto oscuros, y unas veces afirmaba que el río era un símbolo de la salud corporal y otras que era un gran predicador moral que continuamente aconsejaba paz, continuidad y diligencia al atormentado espíritu del hombre. Después de contemplar cómo pasaba el agua limpia ante sus ojos, ver a un pez o dos asomarse a la superficie con un destello de plata, y admirar las largas sombras de los árboles que se extendían hasta la mitad del río desde la orilla opuesta, y entre las que se

colaba, de vez en cuando, algún que otro rayo de sol, volvió a subir paseando por el jardín, entró en su casa y salió a la calle sintiéndose fresco y renovado.

El ruido de sus pasos en la acera marcaba el inicio de sus ocupaciones diarias. El pueblo estaba todavía profundamente dormido. El campanario de la iglesia destacaba airoso a la luz del sol: unos cuantos pájaros revoloteaban junto a él y parecían flotar en una atmósfera más leve de lo normal. El médico, paseando entre las sombras largas y transparentes, llenó los pulmones y se declaró satisfecho con aquella mañana.

En uno de los bolardos que había delante de la puerta de carruajes de Tentaillon le pareció ver sentada una figura pequeña y oscura en actitud pensativa, y enseguida reconoció en ella a Jean-Marie.

—¡Ajá! —dijo agachándose ante él de buen humor con una mano en cada rodilla —. ¿De modo que eres madrugador? Tengo la impresión de que tienes todos los vicios del filósofo. —El chico se puso en pie y lo saludó con gravedad—. ¿Y cómo está el paciente? —preguntó Desprez. Por lo visto seguía más o menos igual—. ¿Y por qué te has levantado tan temprano? —prosiguió Jean-Marie, tras un largo silencio, respondió que no lo sabía—. ¿Que no lo sabes? Nadie sabe nada, amigo mío, hasta que se esfuerza por saberlo. Pregúntale a tu conciencia. Vamos, tratemos de averiguarlo. ¿A ti te gusta?

—Sí —respondió despacio el chico—, sí, me gusta.

—¿Y por qué? —prosiguió el médico—. (Ahora estamos siguiendo lo que se llama el método socrático). ¿Por qué te gusta?

—Todo está muy silencioso —respondió Jean-Marie—, y no tengo nada que hacer. Y además me siento como si fuese bueno.

El doctor Desprez se sentó en el bolardo que había enfrente. Estaba empezando a interesarle la conversación, pues era evidente que el chico pensaba lo que decía antes de hablar y se esforzaba por responder con sinceridad.

—De modo que te gusta sentir que eres bueno —dijo el médico—, pues en eso me dejas perplejo, pues creo haberte oído decir que eras un ladrón, y ambas cosas son incompatibles.

—¿Es muy malo robar? —preguntó Jean-Marie.

—Esa es la opinión general, muchachito —replicó el médico.

—Pero yo me refiero a como robaba yo —explicó el otro—. No tenía otra elección. No creo que esté tan mal robar un poco de pan cuando se necesita. Y además, si se me ocurría volver sin nada, me pegaban —añadió—. Yo sabía lo que estaba bien y lo que estaba mal, pues antes me había educado un cura muy bueno. —(El médico hizo una horrible mueca al oír la palabra «cura»)—. Pero me parecía que, si uno no tiene comida y además le pegan, la cosa es diferente. Creo que no se me habría ocurrido robar unos pasteles, pero cualquiera robaría un poco de pan.

—De modo —dijo el médico, cada vez con más desdén— que le rogabas a Dios que te perdonara y le explicabas tu caso hasta el último detalle.

—¿Para qué, señor? —preguntó Jean-Marie—. No le comprendo.

—El cura seguro que sí lo entendería —replicó Desprez.

—¿Ah, sí? —preguntó el muchacho, turbado por primera vez—. Yo creía que Dios lo sabía todo.

—¿Eh? —gruñó el médico.

—Yo pensaba que Dios lo entendería —replicó—. Ya veo que usted no opina lo mismo, pero al fin y al cabo fue Dios quien me hizo pensarlo, ¿no?

—Muchachito, muchachito —respondió el doctor Desprez—, ya te dije antes que tenías los vicios de la filosofía y, si demuestras tener también las virtudes, tendré que marcharme. Soy un estudioso de las benditas leyes de la salud, un observador de la serena y sencilla naturaleza en sus formas más habituales, pero me cuesta conservar la ecuanimidad en presencia de un monstruo. ¿Lo comprendes?

—No, señor —dijo el chico.

—Te lo explicaré —replicó el médico—. Mira al cielo, primero detrás del campanario, donde está tan claro, y luego más y más arriba echando la barbilla hacia atrás, hasta lo alto, donde está ya tan azul como a mediodía. ¿No te parece un color precioso? ¿No te alegra el corazón? A fuerza de verlo a diario nos hemos familiarizado con él. Pues bien —dijo cambiando de tono—, ahora imagina que ese mismo cielo adoptara de pronto un intenso color ambarino, como el de las brasas y se volviera de color púrpura en el cénit. Seguiría siendo muy bello, pero ¿te gustaría tanto como este?

—Creo que no —respondió Jean-Marie.

—Pues tú tampoco me gustas —replicó el médico con aspereza—; odio a la gente rara, y tú eres el chico más raro del mundo.

Jean-Marie pareció meditar un rato, y luego volvió a levantar la cabeza y miró al médico con un aire de candorosa interrogación.

—Pero ¿no es usted también un caballero un tanto peculiar? —preguntó.

El médico soltó el bastón, saltó hacia el chico, lo abrazó y lo besó en las mejillas.

—¡Admirable, admirable diablillo! —exclamó—. ¡Qué mañana, qué momento para un teórico de cuarenta y dos años! No —prosiguió, clamando al cielo—, no sabía que existieran muchachos así; no sabía que los hicieran así, había llegado a dudar de mi propia especie, ¡y ahora! —añadió recogiendo el bastón—, es como cuando se conocen dos enamorados. He abollado mi bastón favorito en este momento de entusiasmo, pero la herida no es grave. —Reparó en que el muchacho lo miraba con una sorpresa, vergüenza y preocupación evidentes—. ¡Eh! —dijo—, ¿por qué me miras así? Dios mío, parece que el chico me desprecia. ¿Acaso me desprecias, muchacho?

—¡Oh, no! —replicó Jean-Marie—. Lo que pasa es que no lo entiendo.

—Debe usted disculparme, caballero —replicó el médico con gravedad—, todavía soy demasiado joven.

«Que lo zurzan», añadió para sus adentros. Y volvió a sentarse y a mirar al chico con aire sardónico. «Ha echado a perder toda mi tranquilidad matutina —pensó—. Ahora estaré nervioso todo el día, y tendré un poco de febrícula cuando haga la digestión. Más vale que procure serenarme».

De modo que dejó a un lado las preocupaciones, mediante un esfuerzo de la voluntad que llevaba practicando mucho tiempo, y permitió que su alma vagara en la contemplación de la mañana. Aspiró el aire, saboreándolo como un entendido un vino de reserva y prolongando la inspiración con deleite higiénico. Contó los jirones de una nube en el cielo. Siguió el movimiento de los pájaros alrededor del campanario, que hacían largos barridos, se cernían con elegancia o hacían vistosas acrobacias batiendo el aire con las alas. Y así recobró la paz de cuerpo y espíritu, consciente de sus miembros, de lo que veían sus ojos, y de que el aire tenía un sabor fresco y afrutado, y por fin, totalmente abstraído, se puso a cantar. El médico solo se sabía una canción, *Mambrú se fue a la guerra*, e incluso esa la conocía solo en parte, por lo que sus logros musicales los reservaba para aquellos momentos de soledad en que se sentía más feliz.

Volvió a la tierra de pronto al reparar en la expresión dolorida del rostro del muchacho.

—¿Qué te parece mi forma de cantar? —preguntó interrumpiéndose a mitad de una nota, y luego, después de esperar un poco sin recibir respuesta alguna, repitió en tono imperioso—: ¿Qué te parece mi forma de cantar?

—No me gusta —balbució Jean-Marie.

—Vamos, hombre —exclamó el médico—. ¿No irás a decirme que tú sabrías hacerlo mejor?

—Canto mucho mejor que usted —replicó el muchacho.

El médico lo miró estupefacto unos segundos, notó que se había enfadado con el chico y en consecuencia se ruborizó, y eso le hizo enfadarse aún más.

—¿Así es como le hablas a tu amo? —preguntó por fin, al tiempo que se encogía de hombros y agitaba los brazos.

—Nunca hablo con él —replicó el chico—. No me gusta.

—¿Quieres decir que yo si te caigo bien? —soltó el médico con ansiedad.

—No lo sé —respondió Jean-Marie.

El médico se puso en pie.

—Te deseo muy buen día —dijo—. Eres demasiado para mí. No sé si tienes sangre en las venas, o algún licor celestial, o tal vez no circule por ellas más que aire respirable, pero de una cosa sí estoy seguro: no eres humano. Grábatelo en la memoria: «No soy un ser humano, no tengo pretensión de serlo, soy una divinidad, un sueño, un ángel, un acróstico, una ilusión», lo que quieras, pero no un ser humano. Y ahora acepta mis humildes saludos y adiós.

Y con estas palabras el médico se marchó visiblemente emocionado calle abajo, dejando al chico un poco perplejo.

3

La adopción

Madame Desprez, que respondía al nombre de pila de Anastasie, destacaba muy agradablemente entre las de su sexo: su aspecto era de lo más saludable, una robusta *brune*, de mejillas frías y suaves, ojos firmes y negros y unas manos que ni el arte ni la naturaleza habrían podido mejorar. Era una de esas personas por las que la adversidad pasa como una nube de verano: en el peor de los casos podía fruncir las cejas formando un surco vertical que desaparecía enseguida. La suya era en gran parte la placidez de una monja satisfecha, aunque no fuese precisamente piadosa, pues Anastasie era más bien de naturaleza mundana, le gustaban las ostras, el buen vino y los chistes verdes y, sobre todo por propio beneficio, estaba dedicada por entero a su marido. Era imperturbablemente bondadosa, aunque carecía por completo de sentido del autosacrificio. Vivir en aquella casa antigua y acogedora, con un frondoso jardín trasero y unas alegres flores en la ventana, comer y beber de lo mejor, chismorrear un rato con la vecina, no usar faja ni trajes de vestir más que cuando iba de compras a Fontainebleau, estar bien provista de novelas picantes y estar casada con el doctor Desprez sin tener motivos para sentir celos, colmaban hasta el borde la copa de su naturaleza. Quienes habían conocido al médico en sus días de soltero, cuando había dado a conocer muchas de sus teorías, aunque de orden diferente, atribuían su actual filosofía a que se hubiera consagrado por entero a estudiar a Anastasie. Era su dicha grosera lo que él racionalizaba y tal vez incluso imitaba en vano.

Madame Desprez era una artista en la cocina, y preparaba un café estupendo. Tenía un don natural para el orden, del que había contagiado al médico: todo estaba en su sitio, todo lo que podía ser pulido brillaba tanto que daba gloria, y el polvo estaba vetado en sus dominios. Aline, su única criada, no tenía otra ocupación que frotar y sacar brillo. De modo que el doctor Desprez vivía en su casa como un ternero bien cebado, calentito y cuidado a su más entera satisfacción.

La comida de mediodía fue excelente. Hubo melón maduro, un pescado del río en una memorable salsa bearnesa, un capón estofado y un plato de espárragos seguido de algo de fruta. El médico bebió media botella *plus* una copa, y su mujer media botella *minus* la misma cantidad —cosa que era un privilegio marital— de un excelente Côte-Rôtie de siete años. Luego sirvieron el café, y una botella de Chartreuse para madame, pues el médico despreciaba y desconfiaba de semejantes brebajes, y por fin Aline dejó al matrimonio consagrado a los placeres de la memoria y la digestión.

—Es una circunstancia muy afortunada, querida —observó el médico—, este café es excelente…, una circunstancia ciertamente afortunada… Anastasie, te ruego que te pases sin ese veneno por un día, me juego mi reputación a que notarás el beneficio.

—¿A qué afortunada circunstancia te refieres, amor mío? —preguntó Anastasie sin prestar atención a sus admoniciones, que se repetían a diario.

—Que no tengamos hijos, mi adorada —replicó el médico—. Cuanto más pasan los años, más pienso en ello y más agradecido le estoy al Poder que otorga tales aflicciones. Tu salud, querida, mi estudioso sosiego, nuestras exquisiteces culinarias, ¡cuánto habrían sufrido!, ¡cómo se habrían visto sacrificadas! ¿Y para qué? Los niños son el último grito en imperfección humana. La salud sale huyendo nada más verlos. Lloran, querida mía, hacen preguntas incómodas, exigen que se les alimente, se les lave, se les eduque, se les limpien las narices; y luego, llegado el momento, te parten el corazón, igual que yo parto este terrón de azúcar. Un par de egoístas profesos como tú y como yo debería evitar la progenie como una infidelidad.

—¡Desde luego! —dijo ella echándose a reír—. Eso sí que es típico de ti: apuntarte el mérito de algo que no has podido evitar.

—Querida —replicó el médico en tono solemne—, podríamos haber adoptado.

—¡Nunca! —exclamó madame—. Nunca consentiría tal cosa, doctor. Si el niño fuese de mi propia sangre, no diría que no. Pero tengo demasiado sentido común para echar sobre mis hombros el desliz de otro.

—Exacto —replicó el médico—. Los dos lo hemos tenido. Y estoy tanto más satisfecho por ello, porque…, porque…

—¿Por qué? —preguntó ella presintiendo vagamente el peligro.

—Porque he encontrado a la persona adecuada —dijo con firmeza el médico—, y me dispongo a adoptarlo esta misma tarde.

Anastasie lo miró como en una nube.

—Has perdido el juicio —dijo, y su voz sonó como una amenaza.

—Ni muchísimo menos, querida —replicó—, me encuentro en plena posesión de mis facultades mentales. Prueba de ello es que, en lugar de tratar de ocultar mi propósito, he preferido prevenirte y sacarlo a relucir. Supongo que reconocerás ahí al filósofo que tiene la dicha de tenerte por esposa. El caso es que llevo tiempo meditándolo y no veo nada que lo impida. Nunca pensé tener un hijo. Pues bien, la noche pasada encontré uno. Pero no te alarmes innecesariamente, querida, pues, que yo sepa, no tiene ni una sola gota de mi sangre. Es su espíritu, querida, su espíritu el que me llama padre.

—¡Su espíritu! —repitió ella con una risita entre el desdén y la histeria—. ¡Nada menos que su espíritu! Henri, ¿es esto una broma estúpida o es que te has vuelto loco? ¡Su espíritu! ¿Y qué hay de mi espíritu?

—Cierto —replicó el médico encogiéndose de hombros—, has puesto el dedo en la llaga. Por fuerza ha de serle enormemente antipático a mi siempre hermosa Anastasie. Ella nunca lo comprenderá a él, y él nunca la comprenderá a ella. Te casaste con el lado animal de mi naturaleza, querida, y es en el lado espiritual donde se produce mi afinidad por Jean-Marie. Tanto que, para serte totalmente sincero, a mí mismo me asusta un poco. Ya te habrás dado cuenta de que lo que te estoy

anunciando es una calamidad para ti. No llores después de comer, Anastasie —se interrumpió solícito—, o tendrás una indigestión.

Anastasie se dominó.

—Sabes que estoy dispuesta a complacerte en cualquier cosa mínimamente razonable —dijo—, pero en esto…

—Amor mío —la interrumpió el médico, ansioso por evitar una negativa—, ¿quién quiso marcharse de París? ¿Quién me hizo renunciar a las cartas, y a la Ópera, y a los paseos por el bulevar, y a mis relaciones sociales y a todo lo que era mi vida antes de conocerte? ¿Acaso no te he sido fiel? ¿Es que no he sido obediente? ¿No he soportado mi sino con alegría? Honradamente, Anastasie, ¿no crees que tengo derecho a imponer alguna condición? Lo tengo, y tú lo sabes. Y la condición es mi hijo.

Anastasie comprendió su derrota y recogió velas de inmediato.

—Me partirás el corazón —suspiró.

—Ni muchísimo menos —objetó él—. Te sentirás ligeramente incómoda el primer mes, igual que me pasó a mí cuando me trajiste a este triste villorrio, luego prevalecerán tu admirable sentido común y tu temperamento, y ya te imagino tan feliz como siempre y haciendo a tu marido el más feliz de los hombres.

—Sabes que no puedo negarte nada —dijo ella, con un último destello de resistencia—, nada que te haga verdaderamente feliz. Pero ¿lo hará esto? ¿Estás seguro, esposo mío? ¡Dices que lo conociste anoche! Es posible que sea un impostor de la peor especie.

—No lo creo —replicó el médico—. Pero no me creas tan incauto para adoptarlo sin más. Me tengo por un hombre de mundo. He considerado todas las posibilidades y mi plan está concebido para hacer frente a cualquier eventualidad. Lo contrataré como mozo de cuadras. Si roba, si se queja o desea cambiar, veré que estaba equivocado; no lo reconoceré como hijo mío y lo pondré de patitas en la calle.

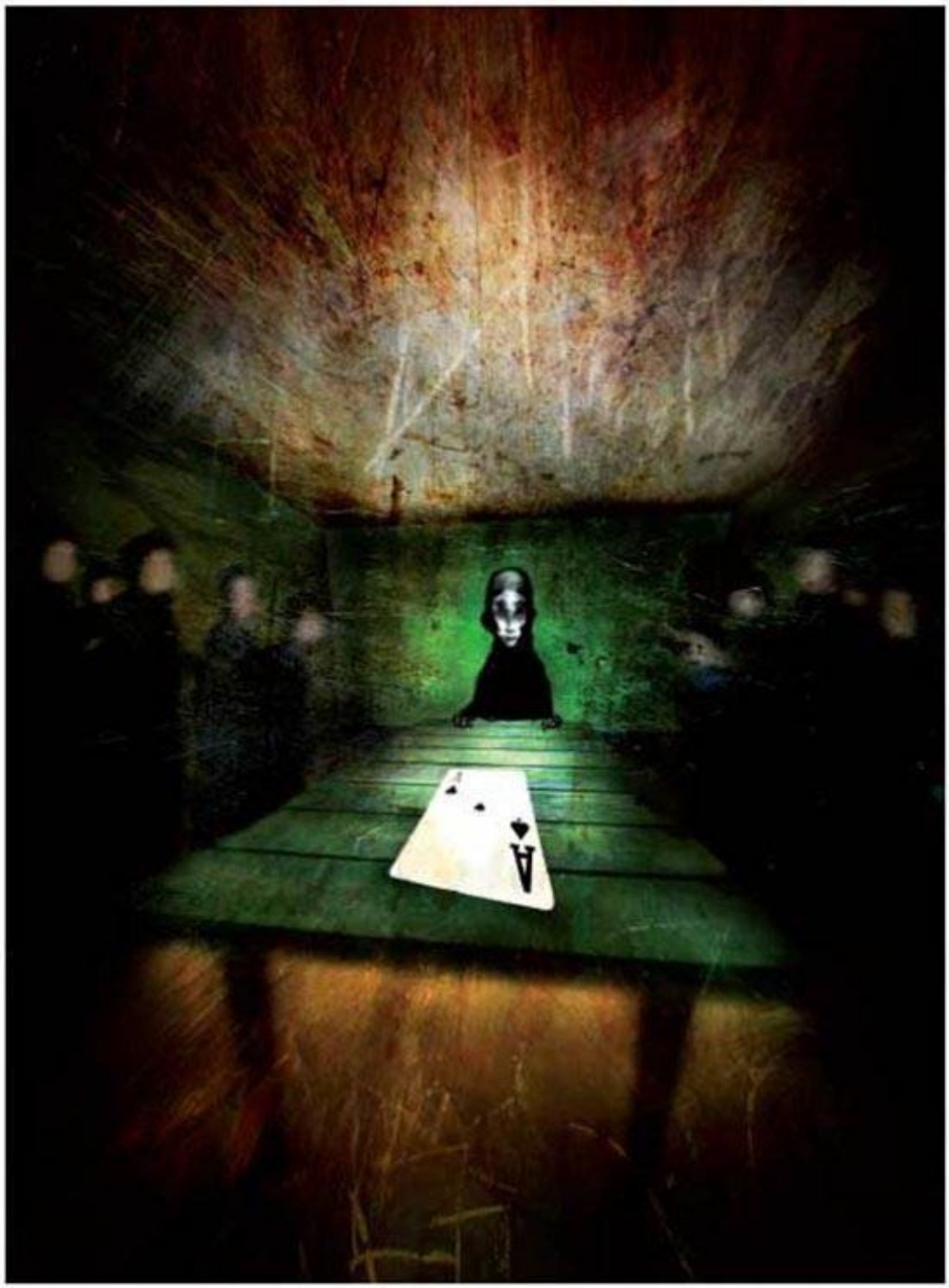
—Llegado el momento no lo harás —dijo su mujer—, conozco tu buen corazón.

Le tendió la mano con un suspiro; el médico la tomó con una sonrisa y se la llevó a los labios. Había conseguido lo que quería con más facilidad de la que se había atrevido a esperar, por vigésima vez había comprobado la eficacia de su argumento, su Excalibur, la insinuación de un posible regreso a París. Para un hombre con los antecedentes y relaciones del médico, pasar seis meses en la capital implicaba una calamidad comparable a una bancarrota. Anastasie había conservado lo que quedaba de la fortuna de su marido haciéndole estar siempre en el campo. El solo nombre de París bastaba para aterrorizarla, y habría permitido que su marido instalase un zoológico en el jardín, y no digamos adoptar a un mozo de cuadra, antes que permitir que se discutiera el asunto de la vuelta.

Hacia las cuatro de la tarde, el saltimbanqui exhaló su último aliento. No había vuelto a recobrar la conciencia desde que sufrió el ataque. El doctor Desprez lo asistió en su último trance y declaró concluida la comedia. Luego le puso la mano en

el hombro a Jean-Marie y lo llevó hasta el jardín de la fonda, donde había un cómodo banco junto al río. Una vez allí, se sentó e invitó al muchacho a tomar asiento a su izquierda.

—Jean-Marie —le dijo con gran solemnidad—, el mundo es un lugar muy vasto, e incluso Francia, que constituye solo una pequeña parte de él, es un sitio enorme para un muchacho como tú. Por desdicha está lleno de gente ansiosa por abrirse paso a codazos, y hay muy pocas panaderías para tantos comensales. Tu amo ha muerto y tú no estás en condiciones de ganarte la vida, ¿no querrás robar? No. Tu situación no es precisamente envidiable. De hecho, de momento, incluso podría decirse que es crítica. Por otro lado, has de ver en mí a un hombre maduro, que tiene todavía la cabeza lúcida y un corazón joven, un hombre conocedor de los asuntos de este mundo y amante de la buena mesa: un hombre en definitiva que no conviene despreciar ni como amigo ni como anfitrión. Me ofrezco a proporcionarte ropa y comida y a darte clases por las noches, más apropiadas para tu naturaleza que las que puedan darte todos los curas de Europa. No te ofrezco ningún sueldo, pero, si en algún momento decides marcharte, tendrás la puerta abierta y te daré cien francos para que tengas algo con lo que empezar. A cambio, tengo un caballo viejo y una silla, que deberás aprender a limpiar y tener en orden. No te apresures en responder y tómalo o déjalo según te convenga. Ten muy presente que no soy persona sentimental ni caritativa, sino alguien que vive exclusivamente para sí mismo, y que, si te hago esta propuesta, es porque veo que puede tener ventajas para mí. Y, ahora, reflexiona.



—Me encantará. No veo qué otra cosa puedo hacer. Se lo agradezco, señor, de todo corazón, y trataré de serle de utilidad —dijo el chico.

—Gracias —respondió calurosamente el médico a la vez que se levantaba y se enjugaba la frente, pues había sufrido lo indecible mientras la cosa estaba todavía en el aire. Una negativa, después de la escena de mediodía, lo habría dejado muy mal delante de Anastasie—. ¡Qué pesada y calurosa se ha puesto la tarde! Siempre he deseado ser un pez en verano, Jean-Marie, en el Loing, junto a Gretz. Me tumbaría debajo de los nenúfares y escucharía las campanas, que deben de sonar delicadísimas allí abajo. Eso sí que sería vida…, ¿no te lo parece?

—Sí —respondió Jean-Marie.

—Gracias a Dios, tienes imaginación —exclamó el médico, y abrazó al chico con su habitual efusividad, aunque semejante proceder pareció desconcertar a quien lo sufrió casi tanto como si hubiese sido un escolar inglés de la misma edad—. Y, ahora, te presentaré a mi mujer.

Madame Desprez estaba sentada en el comedor vestida con una bata fina. Las persianas estaban echadas y acababan de regar con agua el suelo de mosaico; tenía los ojos entreabiertos, pero cuando entraron fingió estar leyendo una novela. Aunque era una mujer muy activa, le gustaba descansar un poco de vez en cuando y sentía la necesidad de dormir mucho.

El médico los presentó con mucha solemnidad y añadió a beneficio de ambas partes:

—Por consideración a mí, tendréis que intentar llevaros bien.

—Es monísimo —dijo Anastasia—. ¿Me das un beso, guapetón?

El médico montó en cólera y la arrastró hasta el pasillo.

—¿Es que te has vuelto loca, anastasia? —exclamó—. ¿Dónde está ese tacto femenino del que tanto he oído hablar? Dios sabe que nunca lo he visto. Le hablas a mi pequeño filósofo como si fuese un párvulo. Debes hablarle con más respeto y no darle besos ni hacerle carantoñas como a un niño cualquiera.

—Solo lo hice por complacerte —replicó Anastasia—, pero trataré de hacerlo mejor.

El médico se disculpó por su acaloramiento.

—Lo único que quiero es que se sienta como en casa con nosotros, y tu conducta ha sido tan estúpida, querida mía, y tan fuera de lugar, que hasta un santo habría expresado su desaprobación con vehemencia. Haz un esfuerzo, suponiendo que sea posible que una mujer llegue a entender a un joven, aunque me temo que no lo es y sé que no hago más que perder el tiempo. Contén la lengua tanto como puedas y observa atentamente mi modo de comportarme, te servirá de guía.

Anastasie hizo lo que le pedían y observó el comportamiento del médico. Reparó en que abrazaba al chico tres veces a lo largo de la noche y, por lo general, se las arreglaba para dejar al muchacho sin habla y sin apetito. Pero tenía un heroísmo auténticamente femenino en asuntos como ese. No solo renunció a la burda venganza de exponerle al médico sus propios errores, sino que hizo todo lo posible por tranquilizar a Jean-Marie. Cuando Desprez salió a tomar un poco el aire antes de retirarse a dormir, se sentó junto al chico y le cogió de la mano.

—No deben sorprenderte ni asustarte los modales de mi marido —decía—. Es muy bueno, pero tan inteligente que a veces cuesta un poco entenderle. Pronto te acostumbrarás y acabarás cogiéndole cariño, a todos nos pasa lo mismo. Puedes confiar en que trataré de hacerte feliz y no te molestaré lo más mínimo. Creo que deberíamos ser buenos amigos. No soy muy inteligente, pero tengo buen corazón. ¿No quieres darme un beso?

El chico le acercó la cara y ella lo cogió en brazos y luego rompió a llorar. Al principio le había hablado solo por amabilidad, pero se había dejado conmover por sus propias palabras y sobrevino la ternura. El médico al entrar los encontró abrazados: decidió que la culpa era de su mujer y estaba empezando a decir en tono amenazador «Anastasie…», cuando ella lo miró sonriendo con el dedo levantado y él se calló, sorprendido, mientras ella se llevaba al muchacho a su cuarto.

4

La educación de un filósofo

Se completó así felizmente la acogida al mozo de cuadras adoptado y las ruedas de la vida siguieron girando suavemente en la casa del médico. Por la mañana, Jean-Marie cumplía con sus obligaciones con el caballo y el carruaje, en ocasiones ayudaba con las tareas domésticas y a veces salía a pasear con el médico y bebía de las fuentes de su sabiduría; por las noches, era introducido en las ciencias y en las lenguas muertas. Conservó su peculiar calma y su placidez de espíritu y rara vez lo sorprendían en falta, pero avanzó muy poco en sus estudios y siguió siendo un extraño en la familia.

El médico era un modelo de regularidad. Se pasaba la mañana trabajando en su gran obra, la *Farmacopea comparada, o diccionario histórico de todas las medicinas*, que, de momento, consistía en varias hojas de papel cogidas con alfileres. Una vez concluida, llenaría varios volúmenes y combinaría el interés arqueológico con la utilidad profesional. Pero el médico era un estudioso de la elegancia literaria y lo pintoresco, y siempre prefería una anécdota, un toque costumbrista, un calificativo moral o un epíteto rimbombante al rigor científico; un poco más, y habría escrito la *Farmacopea comparada* ¡en verso! Así, por ejemplo, el artículo «Momia» estaba terminado mientras que el resto de la obra no había pasado de la letra A. Era extremadamente prolijo y entretenido, estaba escrito al estilo antiguo y era preciso y erudito, una auténtica joya literaria, aunque difícilmente podría servirle de guía a un médico actual. El sentido común de su mujer le había empujado a señalárselo con total sinceridad, pues, a medida que el *Diccionario* se aproximaba a un final infinitamente lejano, el médico se lo leía, en una especie de duermevela, y ahora Desprez estaba un poco picado con lo de las momias y en ocasiones respondía con aspereza si se hacía alusión a ellas.

Después de comer y de dedicar el tiempo necesario a la digestión, paseaba, unas veces solo y otras en compañía de Jean-Marie, pues madame habría preferido soportar cualquier suplicio antes que andar.

Era, como ya he dicho, una persona muy activa, continuamente atareada con las comodidades materiales y siempre dispuesta a quedarse dormida leyendo una novela cuando tenía un rato libre. Y no es que pudiera reprochársele, porque nunca roncaba

ni se ponía de mal humor cuando dormía. Al contrario, ofrecía siempre la misma estampa de tranquilidad sensual y envidiable, y se despertaba, sin un sobresalto, en plena posesión de sus facultades. Mucho me temo que era como un animal, aunque fuese un animal cuya compañía resultara muy agradable. En eso tenía muy poco que ver con Jean-Marie, pero la simpatía que se había establecido entre ambos la primera noche seguía intacta: ocasionalmente sostenían alguna conversación, sobre todo acerca de asuntos domésticos; asistían de vez en cuando, con gran disgusto por parte del médico, a aquel templo de indigna superstición que era la iglesia del pueblo; dos veces al mes, madame y él iban muy endomingados a Fontainebleau y volvían cargados de compras; y en suma, aunque el médico seguía teniéndolos por irreconciliables, su relación era tan íntima, amistosa y confidencial como lo permitían sus respectivas naturalezas.

Me temo, no obstante, que en el fondo de su corazón, madame despreciaba y compadecía al muchacho. No admiraba lo más mínimo ninguna de sus virtudes: prefería a los chicos elegantes, corteses, decididos y un tanto pícaros, de esos que te devuelven la mirada con la gorra en la mano; le gustaba que tuvieran volubilidad, encanto y algún que otro vicio…, igual que un segundo doctor Desprez. Y tenía la absoluta convicción de que Jean-Marie era un aburrido.

—Pobrecito —había dicho una vez—, ¡es una pena que sea tan tonto!

No volvió a repetir aquella observación, porque el médico se puso hecho una furia y se quejó de la brutal grosería de su espíritu, lamentó su propio destino por haberse casado con una mujer tan burra y, lo que preocupó más a Anastasie, puso en peligro la integridad del servicio de porcelana con la furia de sus ademanes. Pero siguió abrigando aquella convicción en secreto y, siempre que veía a Jean-Marie impasible y abstraído, aunque no infeliz, delante de sus deberes, aprovechaba cualquier ausencia del médico para acercársele, rodearlo con sus brazos, apoyar su mejilla contra la suya y compadecerle por sus problemas.

—No te preocupes —le decía—. Yo tampoco soy nada inteligente y te aseguro que da lo mismo en la vida.

Como es natural, el médico opinaba de modo distinto. Aquel caballero jamás se cansaba de oír su propia voz, que dicho sea de paso era muy agradable, y ahora había encontrado un oyente, que no era tan cínicamente indiferente como Anastasie, y que a veces le sacaba de quicio con objeciones de lo más oportunas. Además, ¿acaso no estaba educando a aquel chico? Todos los filósofos coinciden en que la educación es el más filosófico de los deberes. ¿Y qué hay más apetecible para un hombre que ver convertida en obligación la primera de sus aficiones? Así la vida sí resulta placentera. Jamás el médico se había sentido más satisfecho de sus dotes. La filosofía brotaba dulcemente de sus labios. Era un dialéctico tan ágil que, en caso necesario, era capaz de volver sobre cualquier tontería que hubiera dicho, buscarle algún sentido oculto y demostrar que se trataba tan solo de una especie de adorno en su sistema filosófico.

Escapaba de las antinomias como un pez y dejaba a su discípulo fascinado por la profundidad de su saber.

En el fondo de su corazón, al médico le decepcionaba la falta de éxito de su educación formal. Un muchacho, escogido debido a sus aptitudes por un observador tan sagaz, y conducido por el sendero de la sabiduría por un instructor tan filosófico, estaba obligado por la naturaleza del universo a hacer unos progresos más evidentes y duraderos. Sin embargo, Jean-Marie era tardo en todo e impenetrable en muchas cosas, y su capacidad de olvidar era casi paralela a su capacidad de aprender. Por eso el médico amaba aquellas lecciones peripatéticas a las que asistía el muchacho, que normalmente parecían interesarle y de las que a menudo sacaba provecho.

Tuvieron muchísimas conversaciones en las que la salud y la moderación eran siempre el objeto de las divagaciones del médico.

—Te llevo —decía— por los verdes pastos. Mi sistema, mis creencias, mis medicinas, se resumen en una sola frase: evitar los excesos. La bendita, saludable y moderada naturaleza abomina y destruye el exceso. Las leyes humanas imitan de modo muy imperfecto sus estipulaciones y debemos esforzarnos por suplementarlas. Sí, muchacho, debemos ser una ley tanto para con nosotros como para con nuestros vecinos, *lex armata*, una ley armada, enfática y tiránica. Si ves a una crapulosa ruina humana tomando rapé, ¡arráncale la petaca de las manos! El juez, aunque recuerde en parte a la enfermedad, me resulta menos ofensivo que el médico o el cura. Y sobre todo el médico…, ¡el médico y la basura purulenta de su farmacopea! El aire puro cargado de trementina que se respira junto a un pinar, el vino sin adulterar y las reflexiones de un espíritu sencillo en presencia de las obras de la naturaleza…, esos, muchacho, son los mejores remedios y el mejor consuelo religioso. Conságrate a ellos. ¡Escucha!, son las campanas de Bourron (sopla viento del norte, eso es que va a hacer buen tiempo). ¡Qué sonido tan claro y argentino! Los nervios se calman y apaciguan, el espíritu armoniza con el silencio, ¡observa lo tranquilo y regular que late el corazón! Esos médicos iletrados no concederían la menor importancia a estas sensaciones y, sin embargo, tú mismo ves que son una parte de la salud. ¿Te acordaste de tomar tu quina esta mañana? Bien. Después de todo la quina también es obra de la naturaleza, no es más que la corteza de un árbol que nosotros mismos podríamos recolectar si creciera en la comarca. ¡Qué mundo! Aunque sea un ateo profeso, me encanta confesar mi admiración por el mundo. ¡Contempla todos los remedios gratuitos y los placeres que rodean nuestro camino! El río que corre junto al jardín es nuestra bañera, nuestro estanque, nuestro sistema natural de alcantarillado. Hay un pozo en el patio que nos proporciona agua cristalina del mismísimo corazón de la tierra, agua limpia, fresca y saludable, si se mezcla con un poco de vino. La región es famosa por su salubridad, el reumatismo es su único inconveniente, y yo nunca lo he padecido. Te aseguro, y mi opinión se basa en la razón fría y clara, que si cualquiera de nosotros quisiera abandonar esta morada de placeres sería el deber, y aun el privilegio, de nuestro mejor amigo impedírnoslo con una bala de pistola.

Un precioso día de junio fueron a sentarse a un cerro a las afueras del pueblo. El río, tan azul como el cielo, cabrilleaba aquí y allá entre el follaje. Los infatigables pájaros revoloteaban en torno al campanario de Gretz. Un viento salutífero soplaba en el bosque y arrastraba consigo el sonido de miles de ramas y de millones de hojas, que parecía una mezcla entre un leve susurro y una canción. Era como si hubiese una cigarra en cada hoja de hierba y los campos vibraran alegremente con aquella música, que repiqueteaba por doquier como las campanillas del trineo de la reina de las hadas. Desde su observatorio en la falda del cerro la vista abarcaba a un lado una extensa llanura cubierta de álamos y al otro la línea ondulada del bosque en cuyo centro estaba Gretz, apenas un puñado de casas. Comparado con la azul bóveda del cielo, el pueblo parecía de juguete. Costaba creer que allí viviera gente y tuviese sitio donde moverse y respirar. El muchacho reparó en ello quizá por primera vez y dijo con un suspiro:

—¡Qué pequeño parece!

—Sí —replicó el médico—, ahora lo es. Pero en otro tiempo fue una populosa ciudad amurallada, habitada por burgueses vestidos de pieles y hombres con armadura. Tengo entendido que había muchos campanarios airosos y torres majestuosas en todos los baluartes. Mil chimeneas dejaban de humear al oírse la campana del toque de queda. En sus puertas había patíbulos que parecían espantapájaros. Cuando estaban en guerra los asaltantes se amontonaban en las murallas con escaleras, las flechas caían como las hojas muertas, los defensores hacían impetuosas salidas por el puente levadizo, los dos bandos proferían sus gritos de guerra con las armas en la mano. ¿Sabías que las murallas llegaban hasta la Commanderie? Eso dice la tradición. ¡Ay!, qué lejos queda toda esa confusión…, no restan sino las tranquilas palabras que ahora oyes…, ¡y la ciudad, que se ha convertido en ese villorrio que ves ahí abajo! Vinieron las guerras con Inglaterra, ya te hablaré de los ingleses, un pueblo estúpido que a veces acierta por equivocación, y Gretz fue tomada, saqueada y quemada. A otras muchas ciudades les ocurrió lo mismo, pero Gretz no volvió a recuperarse: nadie la reconstruyó y sus ruinas sirvieron de cantera para el engrandecimiento de sus rivales, y las piedras de Gretz hoy están en las calles de Nemours. Me alegra que nuestra vieja casa fuese la primera en construirse después de la catástrofe que acabó con la ciudad y sirviese así para inaugurar el villorrio.

—A mí también me alegra —dijo Jean-Marie.

—Ahora es el templo de virtudes más humildes —respondió el médico, saboreando sus palabras con delectación—. Tal vez uno de los motivos por los que me gusta tanto nuestro pueblo es porque ambos tenemos una historia muy parecida. ¿Te he contado que una vez fui rico?

—Creo que no —respondió Jean-Marie—. Lo recordaría. Siento que perdiera su fortuna.

—¿Que lo sientes? —exclamó el médico—. Vaya, veo que apenas he empezado con tu educación, después de todo. ¡Óyeme bien! ¿Preferirías vivir en el antiguo Gretz o en el nuevo, sin los sobresaltos de la guerra, con el campo a las puertas de casa, sin ruidos, pasaportes, ni las extorsiones de la soldadesca, y sin que las campanas nos envíen a dormir con el toque de queda?

—Supongo que prefiero el nuevo —replicó el chico.

—Pues claro —repuso el médico—, y yo también. Y del mismo modo, prefiero mi humilde fortuna de hoy a mi antigua opulencia. ¡La dorada mediocridad!, gritaban los adorables antiguos, y yo suscribo su entusiasmo. ¿Acaso no tengo buen vino, buena comida, aire puro, los campos y el bosque para pasear, una casa, una mujer admirable y un chico a quien quiero como un hijo? Si siguiera siendo rico, sin duda me instalaría en París, ya sabes cómo es París: París y el Paraíso no son términos equivalentes. Tendría que cambiar el agradable sonido del viento que se agita entre las hojas por la rechinante Babel de las calles, los plácidos verdes y grises de nuestros campos por el estúpido brillo de la escayola, se me destrozarían los nervios y tendría indigestiones…, ¡imagínate la caída! Ya te imaginas las consecuencias: el espíritu se estimula, el corazón late a un ritmo distinto y el hombre deja de ser quien es. Me he estudiado a mí mismo con pasión, pues tal es el principal propósito de la filosofía. Conozco mi carácter igual que el músico los agujeros de su flauta. ¿Debería volver a París y arruinarme con el juego? Es más, ¿debería romperle el corazón a mi Anastasie con mis infidelidades?

Aquello escapaba a la comprensión de Jean-Marie. No acertaba a imaginar que un simple cambio de lugar pudiera transformar de ese modo a un hombre tan bueno. Objetó que París era incluso un lugar agradable para vivir.

—Cuando viví en esa ciudad no noté tanta diferencia —alegó.

—¡Cómo! —exclamó el médico—. ¿Acaso no robabas cuando vivías allí? —Sin embargo, no había forma de convencer al muchacho de que había hecho mal al robar. Tampoco el médico lo pensaba, pero nunca había sido muy escrupuloso a la hora de escoger sus argumentos cuando le llevaban la contraria—. ¿Lo entiendes ahora? Mis únicos amigos fueron quienes me arruinaron. Gretz ha sido mi academia, mi sanatorio, mi paraíso de placeres inocentes. Si me ofreciesen millones los rechazaría: *Retro, Sathanas!*, ¡vete, maligno! Concéntrate en mi ejemplo: desprecia las riquezas, evita la influencia degradante de las ciudades. La higiene, la higiene y una fortuna humilde, ¡que esas dos cosas te guíen en la vida!

El método higiénico del médico coincidía sorprendentemente con sus gustos, y su imagen de una vida perfecta era una fiel descripción de la que llevaba ahora. Pero es fácil convencer a un chico, a quien se le proporcionan todos los datos de la discusión. Y además había algo admirable en toda aquella filosofía, y era el entusiasmo del filósofo. Nunca hubo nadie más decidido a ser complacido, y aunque no era un gran lógico, y por tanto no podía aspirar a convencer al intelecto, ciertamente tenía alma de poeta y tenía suficiente fascinación para cautivar a un corazón sencillo. Lo que no

lograba con su humor habitual y aquella deslumbrante admiración por sí mismo y sus circunstancias, lo conseguía a veces mediante sus ataques de melancolía.

—Muchacho —decía—, no te me acerques hoy. Si fuese supersticioso, incluso te pediría que rezases por mí. Hoy tengo la negra: el espíritu maligno del rey Saúl, la hechicera del mercader Abudá, el demonio personal del monje medieval, están conmigo…, están en mí —insistía golpeándose el pecho—. Los vicios de mi naturaleza están a flor de piel, los placeres inocentes me cortejan en vano, echo de menos París para revolcarme en su fango. Mira —proseguía sacando un puñado de monedas—, me desnudo, no puede confiárseme ni el precio de un billete. Cógelo, guárdamelo, malgástalo comprando perniciosas golosinas, arrójalo al río y daré por bueno lo que hagas. Sálvame de esa parte de mí mismo que no puedo dominar. Si ves que desfallezco, no vaciles, si es necesario, ¡descarrila el tren! Hablo por supuesto de forma metafórica, pero cualquier atrocidad sería mejor para mí que llegar a París con vida.

Sin duda el médico disfrutaba de aquellas escenas como de una variación en su papel: representaban el elemento byroniano de la poesía un tanto artificial de su existencia, pero para el chico, aunque era vagamente consciente de su teatralidad, tenían más valor. El médico concedía tal vez demasiada poca importancia, y el chico tal vez excesiva, a la realidad y gravedad de aquellas tentaciones.

Un día a Jean-Marie se le ocurrió una gran idea.

—¿No podrían utilizarse las riquezas para un buen propósito? —preguntó.

—En teoría, sí —replicó el médico—. Pero la experiencia demuestra lo contrario. Todo el mundo cree que será una excepción cuando se enriquece, pero la posesión es degradante, despierta nuevos deseos y el burdo gusto por la ostentación destruye el verdadero placer.

—Entonces podría estar usted mejor si tuviese aún menos.

—Desde luego que no —replicó el médico, pero su voz tembló un poco al hablar.

—¿Por qué no? —preguntó implacable la voz de la inocencia.

El médico vio todos los colores del arco iris por un instante y tuvo la sensación de que el universo entero estaba a punto de desplomarse sobre él.

—Porque —empezó como si estuviera midiendo sus palabras, después de una pausa un tanto embarazosa— he organizado mi vida de acuerdo con mis presentes ingresos y no sería bueno, para un hombre de mis años, apartarse violentamente de sus costumbres.

Fueron unas palabras muy bruscas. El médico respiró profundamente y estuvo taciturno toda la tarde. El muchacho se quedó encantado de que le hubieran resuelto sus dudas, e incluso se admiró de que no se le hubiese ocurrido una respuesta tan obvia y concluyente. Su fe en el médico era enorme. Después de comer, Desprez tenía propensión a ser como una hoja llevada por el viento, sobre todo después del vino del Ródano, su debilidad favorita. Recalcaba el amor que sentía por Anastasie y, con las mejillas encendidas y una vaga sonrisa, se dedicaba a discutir sobre toda clase

de asuntos de forma ocurrente e indiscreta. Pero el mozo de cuadras adoptado no se permitía abrigar ni una sombra de duda que pudiera sonarle a ingratitud. Es cierto que un hombre puede ser como un segundo padre para ti y beber más de la cuenta, pero las mejores naturalezas tardan en aceptar tales verdades.

El médico poseía enteramente el corazón del chico, pero tal vez exagerase su influencia sobre su pensamiento. Desde luego, Jean-Marie adoptó algunas de las opiniones de su maestro, pero todavía está por demostrar que al hacerlo renunciara a alguna de las suyas. Sus convicciones estaban ahí por derecho divino, eran virginales, sin elaborar, como un metal en bruto. Sin duda podía añadir otras, pero no rechazar las anteriores, aunque tampoco le preocupaba que no fuesen perfectamente compatibles, y sus placeres espirituales no consistían en darles vueltas o justificarlas con palabras. Para él las palabras eran una habilidad, como el baile. Cuando estaba solo, sus placeres eran casi vegetales. Se internaba en el bosque en dirección a Achères, y se sentaba a la entrada de una cueva entre las hayas. Su alma se asomaba por sus ojos y no se movía ni pensaba en nada; el sol, las sombras que agitaba el viento, las siluetas de los abetos recortadas contra el cielo, ocupaban y maniataban sus facultades. Era una unidad pura, un espíritu totalmente abstraído. Lo colmaba un único humor, al que contribuían todos los sentidos, igual que los colores del espectro se mezclan y desaparecen en la luz blanca.

De modo que mientras el médico se emborrachaba con palabras, el mozo de cuadras adoptado se pasmaba con el silencio.

5

El tesoro oculto

El carruaje del médico era un calesín de dos ruedas con capota, un vehículo muy popular entre los galenos rurales. ¡En cuántos caminos no lo habremos visto a lo lejos entre los álamos o en las calles del pueblo, atado a un poste! Ese tipo de coche de caballos —sobre todo cuando se va al trote— oscila hacia atrás y adelante sobre su eje de un modo que recuerda a un pájaro. La capota describe contra el paisaje un amplio arco, que resulta un tanto absurdo y solemne para el viandante contemplativo. Viajar en semejante carruaje no puede contarse entre las cosas más gloriosas de la vida, aunque no me cabe duda de su utilidad en las dolencias hepáticas. De ahí, tal vez, su gran popularidad entre los médicos.

Una mañana temprano, Jean-Marie sacó el calesín del médico, abrió la puerta de la cerca y subió al pescante. Luego llegó el médico, vestido de lino inmaculado de pies a cabeza, armado con una inmensa sombrilla de color carne y cargado con un estuche de botánica que llevaba en bandolera, y el carruaje partió en alas de la brisa

que él mismo producía. Se dirigían a Franchard, con intención de herborizar para la *Farmacopea comparada*.

Un poco de traqueteo por los caminos, y llegaron a las lindes del bosque, donde tomaron por un camino poco frecuentado; el calesín daba suaves bandazos sobre la arena entre un acompañamiento de ramas rotas. La blanda y susurrante nube verde del follaje se extendía sobre sus cabezas. En las arcadas del bosque el aire conservaba la frescura de la noche. El porte atlético de los árboles, cada cual con su montaña de hojas a cuestas, cautivaba el espíritu como si se tratase de otras tantas estatuas, y las líneas de los troncos te hacían mirar hacia arriba, donde las hojas centelleaban ante un fondo azulado. Las ardillas saltaban por el aire. Era un lugar perfecto para un devoto de la diosa Higía.

—¿Has estado en Franchard, Jean-Marie? —preguntó el médico—. Aunque supongo que no.

—Nunca —replicó el chico.

—Son unas ruinas en mitad de un barranco —prosiguió Desprez, adoptando un tono de voz más discursivo—, las ruinas de una ermita y una capilla. La historia nos habla mucho de Franchard y nos cuenta que muchos ermitaños murieron asesinados por los ladrones, que vivían con una dieta de lo más precaria y que debían pasar el día rezando. Se conserva una carta, dirigida a uno de esos solitarios por el superior de su orden, llena de admirables consejos higiénicos, donde le recomienda que alterne la oración con las lecturas del breviario para variar, y que, cuando se fatigue de ambas cosas, pasee por el huerto y observe a las abejas. Yo mismo he seguido sus consejos. Muchas veces me habrás visto dejar la *Farmacopea*, incluso a mitad de una frase, para salir a tomar el sol y el aire. Admiro de todo corazón a quien escribió esa carta, era un sabio que trató cuestiones de la mayor importancia. Pero, si yo hubiese vivido en la Edad Media (y me alegra muchísimo que no haya sido así), sin duda habría sido un eremita…, es decir, a menos que me hubiese hecho bufón. Eran las dos únicas vidas filosóficas posibles: la risa o la oración, las burlas, podríamos decir, o las lágrimas. Hasta que amaneció el sol de lo Positivo, los sabios tenían que elegir entre esas dos ocupaciones.

—Yo he sido bufón, claro —observó Jean-Marie.

—Me cuesta creer que destacaras mucho en tu profesión —dijo el médico, admirado por la seriedad del chico—. ¿Alguna vez te ríes?

—¡Oh, sí! —replicó el otro—. Me río a menudo. Me encantan las bromas.

—¡Ser peculiar! —dijo el médico—. Pero estoy divagando (noto de mil maneras que me estoy haciendo viejo). Franchard acabó siendo destruida durante las mismas guerras con Inglaterra que arrasaron Gretz. Pero, y a esto iba, los ermitaños (pues para entonces ya había más de uno) supieron prever el peligro y ocultaron cuidadosamente los cálices sagrados. Dichos cálices tenían un valor enorme, Jean-Marie, casi podría decirse que incalculable, eran de un material exquisito, primorosamente labrado. Y, fíjate bien en lo que te digo, nadie los ha encontrado

jamás. Durante el reinado de Luis XIV unos tipos estuvieron excavando las ruinas. De pronto, ¡toc!, la pala tropezó con algo. Imagínate a los hombres mirándose unos a otros, imagina cómo debió de latirles el corazón y cómo debieron de palidecer. Era un cofre, ¡y en Franchard, donde había un tesoro oculto! Lo forzaron como bestias hambrientas. Pero ¡ay!, no era el tesoro, solo unas prendas eclesiásticas que, al contacto con el aire, se convirtieron en polvo. A aquellos hombres debió de recorrerlos un sudor helado, me apostaría mi reputación a que, si soplaba un poco de viento, más de uno debió de contraer una neumonía.

—Me habría gustado ver cómo se convertían en polvo —dijo Jean-Marie—. Pero no entiendo por qué se lo tomaron tan a pecho.

—No tienes imaginación —exclamó el médico—. Represéntate la escena. Piénsalo bien: un gran tesoro, enterrado en el suelo durante siglos, todo lo necesario para llevar una vida opulenta y vertiginosa desperdiciado; cuadros sublimes y preciosos trajes, que no podrán contemplarse ni vestirse, veloces corceles que no darán ni un paso hechizados por aquel sortilegio, mujeres de hermosa sonrisa, que no nos sonreirán jamás; cartas, dados, cantantes de ópera, orquestas, castillos, hermosos parques y jardines, barcos de altos mástiles, todos enterrados en un ataúd…, y los árboles creciendo estúpidamente a su lado año tras año. Es como para volverse loco.

—No es más que dinero —replicó Jean-Marie—. Habría hecho daño.

—¡Oh, vamos! —exclamó Desprez—. Esas filosofías están muy bien, pero ahora no vienen a cuento. Además, no es «solo dinero», como tú dices, se trata de obras de arte, los cálices estaban labrados. Hablas como un niño. Me agota que repitas mis palabras fuera de contexto como si fueses un loro.

—En cualquier caso, a nosotros no nos atañe —replicó humildemente el chico.

En ese momento llegaron a la Route Ronde, y el súbito traqueteo se combinó con el enfado del médico para hacerle guardar silencio. El calesín siguió avanzando entre sacudidas, los árboles pasaban contemplándolos en silencio, como si tuvieran algo que decirles. Pasaron el Cuadrilátero y llegaron a Franchard. Dejaron el caballo en una fonda solitaria y siguieron a pie. El barranco estaba teñido intensamente del color del brezo, las rocas y las hayas resaltaban luminosas al sol. El fuerte zumbido de las abejas le dio ganas de dormir a Jean-Marie, que se sentó junto a una mata de brezo, mientras el médico iba de aquí para allá a toda prisa recogiendo sus muestras.

El muchacho había inclinado un poco la cabeza, tenía los ojos cerrados y los dedos sobre las rodillas, cuando un grito le hizo levantarse. Fue un sonido extraño, tenue y breve, y cuando cesó volvió a hacerse el silencio como si nunca se hubiese interrumpido. No había reconocido la voz del médico, pero como no había nadie más en aquel valle, era evidente que había sido él quien había gritado. Miró a izquierda y derecha, y vio a Desprez en un hueco entre dos peñascos contemplando a su hijo adoptivo con el semblante tan lívido como la pared.

—¡Una víbora! —exclamó Jean-Marie corriendo hacia él—. ¡Le ha picado una víbora!

El médico salió pesadamente de la cueva y avanzó en silencio hacia el chico, a quien cogió bruscamente por el hombro.

—Lo he encontrado —dijo jadeante.

—¿Una planta? —preguntó Jean-Marie.

A Desprez le dio un ataque de risa que las rocas corearon e imitaron.

—¡Una planta! —repitió desdeñoso—. Bueno…, sí…, una planta. Y aquí —añadió mostrándole de pronto la mano derecha, que hasta entonces había ocultado a su espalda— tienes uno de sus bulbos.

Jean-Marie vio una bandeja sucia cubierta de tierra.

—¿Eso? —dijo—. ¡Pero si es una bandeja!

—Es un coche y caballos —exclamó el médico—. Muchacho —continuó con acaloramiento—, al arrancar un trozo de musgo entre esas dos peñas he encontrado una grieta, y, al asomarme, ¿sabes lo que he visto? Una casa en París con un patio y un jardín, a mi mujer cubierta de diamantes, a mí mismo convertido en diputado, a ti…, en fin…, he visto tu futuro —concluyó en tono vacilante—. Acabo de descubrir América —añadió.

—Pero ¿de qué se trata? —preguntó el chico.

—Del tesoro de Franchard —gritó el médico, y arrojó su sombrero de paja al suelo, aulló como un indio y saltó sobre Jean-Marie, a quien ahogó con sus abrazos y empapó con sus lágrimas.

Luego se revolcó entre el brezo y, una vez más, se rio a carcajadas haciendo resonar el valle entero.

Pero el chico tenía ahora un interés personal, un interés infantil. En cuanto logró soltarse del abrazo del médico, corrió hacia los dos peñascos, saltó al hueco y, metiendo la mano por la grieta, sacó, uno tras otro, cubiertos por el barro de los siglos, las jarras, los candelabros y las patenas de la ermita de Franchard. Lo último que sacó fue un cofrecillo muy pesado y cerrado con llave.

—¡Qué divertido! —gritó.

Pero, cuando se volvió para mirar al médico, que lo había seguido de cerca y lo estaba observando en silencio, se quedó sin palabras. Desprez había vuelto a quedarse lívido y le temblaban los labios, parecía dominado por una brutal codicia.

—No seas tan pueril —dijo—. Estamos perdiendo un tiempo precioso. Vuelve a la fonda, engancha el caballo y trae el coche a aquella loma. Corre como si te fuese la vida en ello y recuerda: no hables de esto con nadie. Yo me quedaré aquí a vigilar.

Jean-Marie hizo lo que le pedía, aunque no sin sorpresa. Llevó el calesín al lugar indicado, y entre los dos transportaron poco a poco el tesoro desde su escondite hasta el cofre que había debajo del pescante. Cuando estuvo todo guardado el médico recobró el buen humor.

—Debemos demostrarle nuestro agradecimiento al genio de este vallecillo —dijo —. ¡Quién tuviera unas brasas, un novillo y una jarra de vino! Tengo ganas de hacer un sacrificio y una libación. Bueno, ¿y por qué no? Estamos en Franchard. Podemos

comprar cerveza inglesa…, ciertamente no es lo que harían los clásicos, pero es excelente. Muchacho, vamos a beber una cerveza.

—Pero tenía entendido que era muy mala para la salud —dijo Jean-Marie—, y además muy cara.

—¡Bobadas! —exclamó alegremente el médico—. ¡A la fonda!

Y, moviendo la cabeza, subió al calesín con paso joven y elástico. Dieron la vuelta al caballo y pocos segundos más tarde estaban junto a la valla del patio de la fonda.

—Aquí —dijo el médico—, cerca de las mesas, donde no lo perdamos de vista.

Ataron al caballo y entraron en el patio. El médico cantaba, unas veces con notas agudas y otras emitiendo profundas reverberaciones de su pecho. Se sentó, golpeó ruidosamente la mesa, asaeteó al mozo con ocurrencias y, cuando les llevaron la botella de Bass, mucho más cargada de gas que el champán más delirante, llenó un vaso de espuma y se lo alcanzó a Jean-Marie.

—Bébetelo de un trago —dijo.

—Prefiero no hacerlo —balbució el chico, fiel a las enseñanzas recibidas.

—¿Qué? —tronó Desprez.

—Me da miedo —dijo Jean-Marie—, mi estómago…

—Bébetela o no —le interrumpió Desprez con ferocidad—, pero entérate de una vez: en este mundo no hay nada más despreciable que un puritano.

¡Aquella era una nueva lección! El chico se quedó perplejo contemplando su vaso, pero sin bebérselo, mientras el médico vaciaba y volvía a llenar el suyo, al principio con el ceño fruncido, pero cediendo después al sol, la cosquilleante bebida y su propia predisposición a ser feliz.

—De vez en cuando —dijo por fin, a modo de concesión a la rigurosa actitud del muchacho—, de vez en cuando, y en momentos tan críticos como ahora, esta cerveza es un néctar de los dioses. El hábito, sin duda, es degradante; el vino, el zumo de la uva, es la auténtica bebida de los franceses, como he tenido ocasión de señalar tantas veces, y no puedo reprocharte que te niegues a ingerir este licor extranjero. Si quieres, puedes tomar un poco de vino con pasteles. ¿Está la botella vacía? En fin, no seremos orgullosos y nos compadeceremos de tu vaso.

Terminada la cerveza, el médico se impacientó amargamente mientras Jean-Marie terminaba sus pasteles.

—Ardo en deseos de marcharme —decía mirando su reloj—. ¡Dios mío, qué despacio comes!

¡Y eso que comer despacio era su propia receta para conseguir la longevidad!

Su martirio, no obstante, terminó por fin, y ambos volvieron a ocupar sus asientos en el calesín. Desprez se arrellanó voluptuosamente en el asiento y anunció su intención de seguir hasta Fontainebleau.

—¿A Fontainebleau? —repitió Jean-Marie.

—Mis palabras siempre son meditadas —dijo el médico—. ¡Vamos!

Al médico le pareció que los claros del bosque que atravesaban eran el paraíso: el aire, la luz, las hojas brillantes y hasta los propios movimientos del vehículo parecían armonizar con sus áureas meditaciones. Echó la cabeza atrás y se perdió en luminosas ensoñaciones mientras el placer y la cerveza danzaban en sus venas. Por fin, habló:

—Telegrafiaré a Casimir —dijo—. ¡El bueno de Casimir! Un hombre muy poco inteligente, Jean-Marie, nada creativo ni poético, aunque aprenderás mucho estudiándolo. Tiene una enorme fortuna, conseguida exclusivamente gracias a su propio esfuerzo. Nadie mejor que él para deshacernos de nuestras baratijas, encontrarnos una casa en París y ocuparse de los detalles de nuestro traslado. ¡Admirable Casimir, uno de mis más antiguos amigos! Fue él quien me aconsejó, dicho sea de paso, que invirtiera mi modesta fortuna en bonos turcos, y cuando hayamos añadido estos despojos de la Iglesia medieval a nuestras inversiones en el Imperio mahometano, muchacho, ¡nadaremos literalmente en oro! ¡Hermosos bosques —gritó—, adiós! Aunque tenga que ir a otros sitios no os olvidaré. Vuestro nombre está grabado en mi corazón. La prosperidad me pone ditirámbico, Jean-Marie. Tal es el impulso natural del alma y la constitución primitiva del hombre. Y yo…, no quiero quitarme méritos, he preservado mi juventud como una virginidad, cualquiera que hubiese llevado durante tantos años esta vida rural y adormecida se habría anquilosado y habría terminado convertido en un estereotipo, pero, gracias a mi constitución optimista, conservo el muelle intacto. Esta reciente opulencia y esta nueva esfera de oportunidades me encuentran con el mismo ardor de siempre y maduro solo en conocimientos. Tal vez te haya sorprendido este cambio en mí, Jean-Marie. Dime, ¿no parece una incoherencia? Confiésalo, es inútil disimularlo…, ¿no te ha molestado?

—Sí —dijo el chico.

—¡Ya ves —replicó el médico con sublime fatuidad— cómo te leo el pensamiento! No me sorprende…, tu educación todavía no está completa, aún no te he mostrado los deberes superiores del hombre. Con una pista habrá de bastarte hasta que tengamos tiempo. Ahora que vuelvo a estar en posesión de una modesta fortuna, ahora que me he preparado tanto tiempo en meditación silenciosa, mi deber superior es instalarme en París. Mi formación científica y mi indudable dominio de la lengua me obligan a sacrificarme por mi país. En este caso la modestia equivaldría a un desprecio. Si la palabra «pecado» fuese un término filosófico, diría que sería pecaminoso. Un hombre no debe renunciar a sus habilidades, pues eso supone esquivar sus obligaciones. Debo seguir adelante, no puedo enfrentarme a la vida con cobardía.

Y así siguió matraqueando y engrasando las juntas de sus incoherencias con palabras, mientras el chico lo escuchaba en silencio con la mirada fija en el caballo y el espíritu turbado. De nada servía tanta elocuencia, no había palabras capaces de persuadir a Jean-Marie para que actuase en contra de sus convicciones, y condujo hasta Fontainebleau lleno de compasión, horror, indignación y desesperación.

En la ciudad Jean-Marie se quedó en el pescante guardando el tesoro, mientras el médico, con un aire peculiarmente frívolo y un poco achispado, revoloteaba por los cafés, donde le estrechó la mano a los oficiales de la guarnición y se bebió una absenta sumido en agradables recuerdos; entraba y salía en muchas tiendas de donde volvió cargado de frutas caras, tortuga auténtica, una magnífica pieza de seda para su mujer, un lujoso bastón para él y un quepis a la última moda para el chico; entraba y salía de la oficina de telégrafos donde puso el telegrama, y tres horas más tarde recibió una respuesta prometiéndole una visita a la mañana siguiente; y en general inundaba Fontainebleau del aroma de su exquisito buen humor.

El sol estaba muy bajo cuando emprendieron el regreso: las sombras de los árboles del bosque se extendían a través de la ancha carretera blanca que los conducía a casa, el penetrante aroma del bosque al anochecer empezaba ya a extenderse, como una nube de incienso, desde las copas de los árboles, e incluso en las calles de la ciudad, donde el aire se había recalentado todo el día entre paredes enjalbegadas, llegaba a rachas como una música lejana. A mitad de camino, el último destello dorado desapareció sobre un enorme roble que tenían a la izquierda y, cuando salieron del bosque, la llanura se había sumido ya en una perlífera grisura y una luna grande y pálida colgaba en el cielo entre los plumosos álamos.

El médico cantaba, hablaba y silbaba. Habló de los bosques, y las guerras, y la condensación del rocío, disertó y balbució acerca de París, se perdió en la prosopopeya de las glorias de la arena política. Todo iba a cambiar: cuando terminase el día se llevaría consigo los vestigios de una existencia desaprovechada y a la mañana siguiente la salida del sol inauguraría una nueva.

—¡Basta de esta vida rutinaria! —exclamó.

Su mujer (todavía hermosa, a menos que fuese tristemente parcial) dejaría de estar enterrada en vida y brillaría en sociedad. Jean-Marie tendría el mundo a sus pies, expeditos los caminos del éxito, la riqueza, el honor y el reconocimiento póstumo.

—¡Ah, y a propósito —dijo—, ten la boca cerrada, por el amor de Dios! Ciertamente eres una persona muy callada, y es una cualidad que te reconozco…, ¡el silencio es oro! Pero este es un asunto muy serio. Nadie debe saber nada. Solo podemos confiar en Casimir, probablemente nos desharemos de los cálices en Inglaterra.

—Pero si ni siquiera son nuestros —dijo el muchacho casi con un sollozo…, era la primera vez que hablaba.

—Son nuestros en el sentido de que no pertenecen a ningún otro —replicó el médico—. Pero el Estado podría exigir su parte. Si nos los robaran, por ejemplo, no podríamos reclamar su devolución, no tendríamos ningún derecho, ni siquiera podríamos acudir a la policía. Tal es la monstruosa condición de la ley[9]. He ahí otro ejemplo de lo mucho que queda por hacer y de las injusticias que podría reparar un diputado vigoroso, activo y filosófico.

Jean-Marie puso su fe en madame Desprez, mientras avanzaban por la carretera desde Bourron entre los álamos susurrantes, rezó entre dientes y azuzó al caballo para que fuese más rápido. Sin duda, cuando llegasen, madame haría valer su carácter y pondría fin a aquella pesadilla.

Su entrada en Gretz fue anunciada y acompañada de furiosos ladridos: todos los perros del pueblo parecieron olfatear el tesoro oculto en el calesín. Pero no había nadie en las calles, salvo tres pintores paisajistas que haraganeaban a la puerta de Tentaillon. Jean-Marie abrió la puerta verde de la cerca y metió el caballo y el carruaje, y casi en ese mismo momento madame Desprez se asomó al umbral de la cocina con una linterna encendida, pues la luna todavía no estaba lo bastante alta para iluminar las tapias del jardín.

—¡Cierra la puerta, Jean-Marie! —gritó el médico, mientras se apeaba con paso un tanto vacilante—. Anastasie, ¿dónde está Aline?

—Ha ido a Montereau a ver a sus padres —dijo madame.

—¡Tanto mejor! —exclamó fervientemente el médico—. Vamos, rápido, no quiero hablar en voz alta —prosiguió—. Cariño, ¡somos ricos!

—¡Ricos! —repitió su mujer.

—He encontrado el tesoro de Franchard —replicó su marido—. Mira, aquí están sus primeros frutos: una piña, un vestido para mi adorada; es digno de ti, ¡confía en el gusto de un marido enamorado! ¡Abrázame, querida! Este sórdido episodio ha concluido, la mariposa despliega sus alas coloreadas. Mañana vendrá Casimir, en una semana podemos estar en París…, ¡por fin seremos felices! Te cubriré de diamantes. Jean-Marie, descarga el cofre, con reverencia religiosa, y déjalo pieza por pieza en el comedor. ¡Tendremos una vajilla de plata! Querida, apresúrate y prepara esta tortuga, será un aperitivo…, un añadido a nuestra modesta colación de todos los días. Yo mismo bajaré a la bodega. Tomaremos una botella de ese Beaujolais que tanto te gusta y acabaremos con el Hermitage, todavía nos quedan tres botellas y es un vino adecuado para la ocasión.

—Pero, marido mío, haces que me dé vueltas la cabeza —exclamó—. No comprendo.

—¡La tortuga, adorada, tú ocúpate de la tortuga! —exclamó el médico y la empujó hacia la cocina, con linterna y todo.

Jean-Marie se quedó anonadado. Había imaginado una escena muy diferente y unas quejas mucho más vehementes, pero sus esperanzas empezaron a reducirse allí mismo.

El médico iba de aquí para allá, tal vez las piernas le vacilaran un poco y de vez en cuando se diera golpes contra las paredes, pues, aunque hacía ya tiempo que se había bebido la absenta, empezaba a pensar que había sido un error tomarla. No es que lamentara los excesos de aquel día glorioso, pero hizo una nota mental para andarse con cuidado y no caer por segunda vez en aquel hábito tan peligroso. Sacó el vino de la bodega en un abrir y cerrar de ojos, dispuso los cálices sacrificiales,

todavía incrustados de tierra, sobre un mantel blanco y en una mesita que había al lado. Entró y salió de la cocina a ofrecerle vermú a Anastasie, a calentarle la cabeza con visiones del futuro y a calcular su recién adquirida fortuna con cifras cada vez más elevadas, de modo que, antes de que se sentaran a cenar, las virtudes de la dama se habían derretido ante el fuego de su entusiasmo, su timidez había desaparecido y ella también empezó a hablar con desprecio de la vida en Gretz; y cuando se sentó a la mesa y se sirvió la sopa, sus ojos resplandecían con el brillo de los diamantes que iba a tener.

El médico y ella se pasaron la cena tejiendo y destejiendo toda suerte de planes fantasiosos. Se daban golpecitos, se hacían concesiones y promesas mutuas. Sus rostros se deshacían en sonrisas y sus ojos brillaban mientras imaginaban los honores políticos que recibiría el médico y las ovaciones en el salón de la dama.

—¡Pero no irás a hacerte comunista! —exclamó Anastasie.

—Soy de centro izquierda hasta la médula —replicó el médico.

—Madame Gastein nos presentará en sociedad…, todos nos habrán olvidado ya.

—De eso nada —objetó el médico—. La belleza y el talento siempre dejan huella.

—Pues yo he olvidado cómo vestirme —suspiró ella.

—Cariño, haces que me ruborice —exclamó él—. ¡El tuyo ha sido un matrimonio trágico!

—Pero tu éxito…, verte reconocido, honrado, ver tu nombre en todos los periódicos, eso será más que placentero…, ¡será el paraíso! —exclamó Anastasie.

—Y una vez a la semana —dijo el médico midiendo cuidadosamente sus palabras —, una vez a la semana…, ¿me dejarás jugar una partidita de bacarrá?

—¿Solo una vez a la semana? —le preguntó ella amenazándolo con el dedo.

—Lo juro por mi honor político —exclamó él.

—Te mimo demasiado —replicó ella, y le tomó de la mano.

Él la cubrió de besos.

Jean-Marie escapó hacia la oscuridad de la noche. La luna brillaba sobre Gretz. Fue al extremo del jardín y se sentó en el embarcadero. El río corría con ondas de aceitosa plata y entonaba una grave y monótona canción. Tenues velos de niebla se movían entre los álamos en la otra orilla. Las espadañas asentían en silencio. El muchacho se había sentado muchas veces en noches así a observar sin preocupaciones el paso de la corriente. Y esta tal vez fuese la última. Dejaría aquel villorrio tan familiar, aquella región verde y susurrante y aquella corriente callada y luminosa. Iban a mudarse a la gran ciudad, su señora se pasearía engalanada por los salones; su amo, siempre tan bondadoso y parlanchín, se convertiría en un vociferante diputado, y ambos se perderían para siempre, no solo para Jean-Marie, sino para ellos mismos. Conocía sus propios defectos, sabía que, sumidos en el torbellino de la gran ciudad, acabarían por perderle afecto y que terminaría convirtiéndose de hijo adoptivo en criado. Y empezó a creer vagamente en las profecías del médico sobre el mal. Era consciente de que ambos habían cambiado. Su generosa incredulidad le falló

por esta vez, cualquiera habría comprendido que el Hermitage había completado lo que había iniciado la absenta. Si el primer día había sido así, ¿cómo sería el último? «Si es necesario, descarrila el tren», pensó recordando la metáfora del médico. Miró a su alrededor y contempló aquella escena tan deliciosa, respiró profundamente el aire encantado de la noche cargado del aroma del heno. «Si es necesario, descarrila el tren», repitió. Y se incorporó y volvió a la casa.

6

Una investigación criminal en dos partes

A la mañana siguiente se produjo un desusado alboroto en casa del médico. Justo antes de acostarse, Desprez había guardado bajo llave ciertos objetos valiosos en el armario del comedor; y hete aquí que, cuando se levantó a las cuatro de la mañana, se encontró con que alguien había forzado el armario y con que dichos objetos habían desaparecido. Llamó a Jean-Marie y a madame y ambos acudieron apresuradamente en ropa de cama, y encontraron al médico hecho una furia, clamando al cielo para que diese testimonio y vengase aquella afrenta, y recorriendo descalzo la habitación con los faldones de la camisa de dormir aleteando cada vez que se daba la vuelta.

—¡Ha desaparecido! —dijo—, ¡todo ha desaparecido, nuestra fortuna se ha esfumado! ¡Otra vez somos pobres! ¡Muchacho!, ¿qué sabes tú de esto? Habla, chico, habla. ¿Sabes algo? ¿Dónde está?

Lo tenía cogido del brazo y lo sacudía como un saco de patatas, por lo que las palabras del chico, suponiendo que tuviera algo que decir, se confundían en murmullos inarticulados. El médico, asqueado de su propia violencia, lo soltó. Reparó en Anastasie arrasada en lágrimas.

—Anastasie —dijo en tono alterado—, serénate, domina tus sentimientos. No quiero que des rienda suelta a tu pasión como hace el vulgo. Debemos sobreponernos a este… incidente trivial. Jean-Marie, tráeme mi maletín. Nada más indicado ahora que un laxante suave.

Y, después de dar ejemplo él mismo con una cantidad doble, le administró una dosis a cada miembro de la familia. La desdichada Anastasie, que nunca había estado enferma en toda su vida, y a quien se le revolvía el estómago de solo pensar en tomar medicinas, lloró, tembló y se quejó al tomarla, y hubo que reñirle y gritarle para que se la terminara. En cuanto a Jean-Marie, ingirió su dosis con estoicismo.

—Le he dado menos cantidad —observó el médico—, pues su juventud le protege contra las emociones. Y ahora que nos hemos precavido contra cualquier consecuencia malsana, pensemos.

—Tengo frío —gimoteó Anastasie.

—¡Frío! —exclamó el médico—. Doy gracias a Dios por estar hecho de un material más resistente. Pero, querida, si un golpe como este haría sudar a un batracio. Aunque, si tienes frío, puedes retirarte y, ya puestos, échame unos pantalones por la ventana. Hace un poco de fresco para mis piernas.

—¡Oh, no! —se quejó Anastasie—, me quedaré contigo.

—No, querida, no pienso permitir que tu devoción por mí te haga sufrir —replicó el médico—. Iré yo mismo a traerte un chal. —Corrió escaleras arriba y volvió totalmente vestido y cargado con varias prendas para la temblorosa Anastasie—. Y ahora, a investigar el crimen. Procedamos por inducción. Anastasie, ¿se te ocurre alguna cosa que pudiera sernos de ayuda? —Anastasie no sabía nada—. ¿Y a ti, Jean-Marie?

—A mí tampoco —replicó el chico con firmeza.

—Bueno —repuso el médico—. Dediquemos nuestra atención a las pruebas materiales (yo nací para ser detective: tengo ojo clínico y carácter sistemático). Para empezar, es obvio que se ha recurrido a la violencia. Han forzado la puerta, y puedo añadir de pasada que, considerando lo que pagué por él, ese cerrojo me ha costado muy caro: tendré que ajustarle las cuentas al cerrajero Goguelat. Segundo, he aquí el instrumento empleado: uno de nuestros propios cuchillos de cocina, uno de los mejores, querida mía, lo que parece indicar cierta improvisación por parte de la banda, si es que se trata de una banda. Y tercero, veo que no se han llevado nada más que los cálices de Franchard y el cofrecillo, no han tocado la vajilla de plata. Eso demuestra astucia y conocimiento del código por parte de los autores y un claro deseo de evitar las consecuencias legales. De lo cual deduzco que en la banda hay personas respetables…, aunque solo lo sean en apariencia. Deduzco además que alguien debió de vernos en Franchard y seguirnos todo el día con una paciencia y habilidad que me atrevo a calificar de consumadas. Ningún hombre corriente ni ningún criminal ocasional habría sido capaz de hacer ambas cosas. Es muy probable que cerca de aquí haya oculto un forajido de una inteligencia superior.

—¡Dios mío! —exclamó la horrorizada Anastasie—. Henri, ¿cómo puedes…?

—Mi adorada, estamos siguiendo un proceso de inducción —respondió el médico —. Si alguno de mis argumentos te parece poco sólido, corrígeme. ¿No dices nada? En ese caso, te ruego que no seas tan ilógica como para rebelarte contra mis conclusiones. Hemos llegado ya —prosiguió— a hacernos una idea de la composición de la banda, pues me inclino hacia la hipótesis de que el crimen lo cometieron varias personas, así que será mejor que salgamos de esta habitación, que ya no puede decirnos más, y vayamos al patio y al jardín. (Jean-Marie, confío en que estés siguiendo con atención mi razonamiento, esto puede ser muy educativo para ti). Acompáñame a la puerta. No hay pisadas en el patio, es una lástima que esté empavesado. ¡De qué detalles tan nimios depende el éxito de esta clase de investigaciones! ¡Eh! ¿Qué tenemos aquí? Os he traído al lugar indicado —dijo a la

vez que retrocedía y señalaba la puerta verde—. Alguien ha trepado por aquí, como podéis ver.

Ciertamente la pintura verde estaba pelada y raspada en varios sitios y en una de las tablas se veía la huella de un zapato claveteado. No obstante, el pie había resbalado y era difícil calcular la talla del zapato e imposible distinguir el dibujo de los clavos.

—Hemos reconstruido el robo paso a paso —concluyó el médico—. La ciencia inductiva no puede ir más allá.

—Es increíble —dijo su mujer—. Deberías haber sido detective, Henri. No tenía ni idea de esta faceta de tu talento.

—Querida mía —replicó Desprez en tono condescendiente—, un hombre con imaginación científica combina toda una serie de facultades de menor importancia: es un detective, igual que es un publicista o un general, en realidad no son más que aplicaciones concretas de su talento. Pero ahora —prosiguió—, ¿quieres que vayamos más allá? ¿Quieres que señale con el dedo a los culpables? ¿O al menos, pues no sé si puedo prometer tanto, que te indique la casa donde se reúnen? Probablemente sea nuestra única satisfacción, puesto que no podemos recurrir a la ley. Daremos así el último paso. Para concluir el perfil del robo necesito a alguien que pudiera estar paseando por el bosque, un hombre educado y que esté por encima de la moralidad establecida. Los tres requisitos nos llevan a los huéspedes de Tentaillon. Son pintores y se pasan el día en el bosque. También es casi seguro que, precisamente por el hecho de ser pintores, tengan cierta educación. Y, finalmente, el que sean pintores hace más que probable que sean unos inmorales. Y eso lo demostraré de dos maneras. En primer lugar, la pintura es un arte que se dirige tan solo a la vista, en ningún caso afecta al sentido moral. Y en segundo, la pintura, igual que todas las artes, requiere la peligrosa cualidad de la imaginación. Un hombre imaginativo nunca es moral, sobrepasa las demarcaciones estrictas y considera la vida desde una luz demasiado cambiante para contentarse con las puntillosas distinciones de la ley.

—Pero tú siempre has dicho, o al menos eso había entendido yo —dijo madame —, que esos muchachos no tenían la más mínima imaginación.

—Querida mía, hicieron gala de una imaginación muy peculiar —replicó el médico— cuando abrazaron esa profesión de pordioseros. Además, y este es un argumento muy apropiado para tu intelecto: muchos de ellos son ingleses y americanos. ¿Qué mejor sitio para encontrar a un ladrón? Y ahora será mejor que prepares un poco de café. Que hayamos perdido un tesoro no es razón para que nos dejemos morir de hambre. Por mi parte, voy a desayunar con un poco de vino blanco. Hoy me siento sediento y acalorado. No puedo sino atribuirlo a la emoción de mi descubrimiento. Y, sin embargo, reconoceréis que he soportado el disgusto con entereza.

El médico había recobrado su buen humor, y, mientras bebía vino blanco y comía un poco de pan con queso sin demasiado apetito debajo del emparrado, un tercio de

sus meditaciones estaban dedicadas al tesoro desaparecido y los otros dos a rememorar con satisfacción su habilidad como detective.

A eso de las once llegó Casimir: había cogido el primer tren a Fontainebleau y luego un coche para ahorrar tiempo; su cabriolé estaba en casa de Tentaillon, y, después de consultar su reloj, anunció que podía dedicarles una hora y media. Era un hombre de negocios, parco en palabras y dado a fruncir el ceño con aire intelectual. Pese a ser hermano de Anastasie no era tan sentimental como ella, así que le dio un beso al estilo inglés y sin más dilación pidió algo de comer.

—Podéis contarme la historia mientras comemos —observó—. ¿Has preparado algo apetitoso, Stasie?

Le prometieron servirle algo apetitoso y los tres se sentaron debajo del emparrado. Jean-Marie sirvió la mesa a la vez que comía y el médico volvió a contar lo sucedido en su más elaborado estilo narrativo. Casimir le escuchó entre estentóreas carcajadas.

—No sabes la suerte que has tenido, cuñado —observó cuando terminó de relatarle la historia—. Si hubieses ido a París, te habrías jugado todo el tesoro en tres meses. Luego habrías perdido también tus propiedades y habríais acudido a mí en procesión como la última vez. Pero te advierto que, por mucho que llore Stasie y por mucho que razone Henri, si vuelve a suceder no saldrás tan bien librado. Vuestra próxima caída será fatal. Creí habértelo advertido, Stasie. ¿Eh? ¿Es que no tenéis sentido común? —El médico hizo una mueca y miró de reojo a Jean-Marie, pero el muchacho parecía apático—. Y además, ¡sois como niños!, ¡unos niños malcriados! ¿Qué os hace estar tan seguros de que esas baratijas tenían algún valor? Tal vez no valieran nada, o casi nada.

—Disculpa —dijo el médico—, veo que, como siempre, te has dejado llevar por las emociones, pero percibo menos raciocinio que nunca. No soy totalmente ignorante en esa materia.

—Según tú, no eres totalmente ignorante en nada —le interrumpió Casimir haciendo una reverencia y alzando la copa con una especie de burlona cortesía.

—Al menos —prosiguió el médico—, espero que me creas si te digo que consideré el asunto con el mayor cuidado…, y calculé que nuestro capital se habría doblado.

Y le describió la naturaleza del hallazgo.

—¡Palabra que ahora casi empiezo a creerte! —dijo Casimir—. Aunque todo depende de la calidad del oro.

—La calidad, mi querido Casimir, era…

Y, a falta de palabras, el médico se besó la punta de los dedos.

—Yo no estaría tan seguro, amigo mío —replicó el hombre de negocios—. Siempre has sido un optimista. Pero este robo —continuó— resulta muy extraño. Por supuesto, pasaré por alto todos esos dislates sobre bandas y pintores paisajistas. En mi opinión no son más que fantasías. ¿Quién estaba anoche en la casa?

—Nadie más que nosotros —replicó el médico.

—¿Y este joven caballero? —preguntó Casimir haciendo un gesto en dirección a Jean-Marie.

—Él también —respondió el médico inclinando la cabeza.

—Muy bien. Y, si no es indiscreta la pregunta, ¿quién es? —prosiguió el cuñado.

—Jean-Marie —explicó el médico— combina las funciones de un hijo y un mozo de cuadra. Empezó como lo segundo, pero pronto adquirió un rango más honorable entre nuestros afectos. Podría decirse que es el mayor consuelo de nuestras vidas.

—¡Ajá! —dijo Casimir—. ¿Y antes de entrar a formar parte de vuestra familia?

—Jean-Marie ha tenido una vida un tanto peculiar, sus vivencias han sido eminentemente formativas —replicó Desprez—. Si hubiese podido escoger una educación para mi hijo, no habría elegido una distinta. Empezar con ladrones y saltimbanquis y disfrutar después de la amistad y la compañía de filósofos le ha servido, por así decirlo, para probarlo todo en esta vida.

—¿Ladrones? —repitió el cuñado con aire pensativo.

El médico deseó haberse mordido la lengua. Previó lo que iba a pasar y se preparó para ofrecer una defensa vigorosa.

—¿Robaste alguna vez? —preguntó Casimir volviéndose de pronto hacia Jean-Marie y utilizando por primera vez un monóculo que llevaba colgado del cuello.

—Sí, señor —replicó el chico, ruborizándose hasta la raíz del cabello.

Casimir se volvió hacia los otros con los labios apretados e hizo un gesto significativo.

—¿Eh? —dijo—. ¿Cómo es eso?

—Jean-Marie dice la verdad —replicó el médico sacando pecho.

—Jamás nos ha mentido —añadió madame—. Es un chico estupendo.

—Así que nunca os ha mentido, ¿eh? —reflexionó Casimir—. Es raro, muy raro. Dime una cosa, mi joven amigo —prosiguió—: ¿tú sabías de la existencia del tesoro?

—Me ayudó a traerlo a casa —le interrumpió el médico.

—Desprez, te ruego que guardes silencio —replicó Casimir—. Me propongo interrogar a vuestro mozo de cuadras, y, si estás tan convencido de su inocencia, podrás dejar que responda por sí mismo. Veamos, muchacho —prosiguió, señalando a Jean-Marie con el monóculo—. ¿Sabías que el tesoro podía robarse con impunidad? ¿Sabías que el robo no podía denunciarse? ¡Vamos! ¿Lo sabías o no?

—Sí —respondió Jean-Marie con un leve susurro, y se quedó allí sentado cambiando de color como un faro giratorio, retorciéndose histéricamente los dedos y dando boqueadas, convertido de pronto en la viva estampa de la culpabilidad.

—¿Sabías dónde se guardaba? —insistió el investigador.

—Sí —dijo Jean-Marie.

—Dices que has sido ladrón —prosiguió Casimir—. ¿Por qué voy a creer que no sigas siéndolo? ¿Acaso no habrías podido trepar por la puerta verde?

—Sí —respondió el culpable en voz todavía más baja.

—En ese caso, fuiste tú quien robó las cosas. Lo sabes muy bien y no te atreverás a negarlo. ¡Mírame a la cara! ¡Levanta esos ojos cobardes y responde!

Pero, en lugar de hacer lo que le pedía, Jean-Marie soltó una especie de aullido desconsolado y huyó del emparrado. Anastasie salió en su persecución para consolarlo, no sin antes lanzarle un dardo a su hermano.

—¡Casimir, eres un animal!

—Querido cuñado —dijo Desprez con la mayor dignidad—, te tomas unas licencias…

—Desprez —le interrumpió Casimir—, por el amor de Dios, ten un poco de sensatez. Me telegrafías pidiendo que abandone mis negocios y venga a verte. Yo lo hago, pregunto lo que ocurre y tú me pides: «¡Descubre al ladrón!». En fin, yo me he limitado a encontrarlo y a decirte: «¡Ahí lo tienes!». Puede que no te guste, pero no tienes ningún derecho a ofenderte.

—Está bien —replicó el médico—, lo reconozco: incluso te agradezco tu celo aunque estés equivocado. Pero tu hipótesis es tan extravagantemente monstruosa…

—Escucha —le interrumpió Casimir—, ¿habéis sido tú o Stasie?

—Desde luego que no —respondió el médico.

—Muy bien, pues en ese caso ha tenido que ser el chico, y no se hable más del asunto —dijo el cuñado sacando su pitillera.

—Hablaré para decir esto —replicó Desprez—: aunque él mismo me lo confesara, seguiría sin creerle, y si lo hiciera, tengo tanta confianza en él que llegaría a la conclusión de que lo había hecho con buena intención.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo con indulgencia Casimir—. ¿Tienes una cerilla? Tengo que irme. Y, a propósito, quisiera que me autorizases para vender tus bonos turcos. Siempre he dicho que acabarán por llevarte a la ruina, y ahora te lo repito. De hecho, en parte he venido por eso. Nunca respondes a mis cartas…, es un hábito imperdonable.

—Mi querido cuñado —replicó el médico en tono zalamero—, nunca he negado tu habilidad para los negocios, pero no puedo evitar darme cuenta de tus limitaciones.

—Amigo mío, yo también sé dedicarte cumplidos —observó el hombre de negocios—. Y tu mayor limitación es que eres totalmente irracional.

—Observa la diferencia entre nosotros dos —replicó el médico con una sonrisa —. Tú crees, contra viento y marea, en la opinión de una sola persona: tú mismo. Yo sigo la misma estrategia, pero con espíritu crítico y con los ojos bien abiertos. ¿Quién de los dos es más irracional? Ya me lo dirás.

—¡Mi querido amigo —gritó Casimir—, quédate con tus bonos turcos, con tu mozo de cuadras y vete al diablo como mejor te parezca! Pero no empieces a raciocinar conmigo…, no lo soporto. Más me valdría no haber venido. Despídeme de Stasie y de ese patibulario mozo de cuadras que tanto aprecias. Me voy.

Y Casimir se fue. Esa noche, el médico analizó su carácter en presencia de Anastasie.

—Solo ha aprendido una cosa desde que me conoce, querida mía —dijo—: la palabra «raciocinar». Destaca en su vocabulario como una joya en un montón de estiércol. E, incluso así, no sabe utilizarla con propiedad. Ya habrás reparado en que la utiliza como una especie de insulto, en el sentido de «ergotizar», como aludiendo, por así decirlo, ¡pobre diablo!, a una vena sofística. En cuanto a su crueldad con Jean-Marie, debemos perdonársela…, no es culpa de su naturaleza, sino de su vida. Un hombre que maneja tanto dinero, querida, es un hombre perdido.

El proceso de reconciliación con Jean-Marie fue más bien lento. Al principio se mostró inconsolable, insistió en abandonar a la familia y pasó de un paroxismo de llanto a otro. Hizo falta que Anastasie se encerrara una hora con él, después fuese a ver al médico y, con lágrimas en los ojos, informara a dicho caballero de lo sucedido.

—Al principio, marido mío, no quería escucharme —dijo—. ¡Imagínate si nos hubiera dejado! ¿Qué sería la pérdida del tesoro comparada con eso? ¡Ese horrible tesoro tiene la culpa de todo! Por fin, después de mucho llorar, ha aceptado quedarse, pero con una condición: que no volvamos a hablar del asunto, ni de esas infames sospechas, ni del robo. Solo así el pobre chico aceptará quedarse con nosotros.

—Pero esa condición —dijo el médico—, esa prohibición…, ¿no me incluirá también a mí?

—A todos nosotros —le respondió Anastasie.

—Querida mía —protestó Desprez—, debes de haberle entendido mal. No puede incluirme también a mí. Me lo habría dicho.

—Henri —dijo ella—, te aseguro que es así.

—Es una circunstancia muy dolorosa —dijo el médico con aire un tanto sombrío —. No puedo evitar sentirme un poco ofendido. Me duele, me duele mucho, esposa mía.

—Ya imaginaba yo que lo haría —respondió ella—. Pero ¡si hubieses visto su disgusto! Debemos hacer concesiones y sacrificar nuestros sentimientos.

—Sabes, querida, que nunca me he negado a hacer sacrificios —replicó el médico con severidad.

—Entonces, ¿puedo decirle que estás de acuerdo? Sería muy noble por tu parte.

Él comprendió que así era y volvió a animarse al pensarlo.

—Ve, querida —dijo con nobleza—, y díselo. El asunto está enterrado, es más…, haré un esfuerzo; al fin y al cabo, estoy acostumbrado a esta clase de pruebas; ¿lo ves?, ya está olvidado.

Poco después, todavía con los ojos hinchados, aunque con actitud docilísima, volvió Jean-Marie y empezó a ocuparse de sus cosas. Era el único miembro del grupo que era infeliz cuando se sentaron a cenar esa noche. En cuanto al médico, estaba radiante. Y entonó así el réquiem por el tesoro:

—Este ha sido, de principio a fin, un incidente muy entretenido —dijo—. Al fin y al cabo, no hemos perdido ni un penique e incluso hemos salido ganando: hemos puesto a prueba nuestra filosofía; todavía nos queda un poco de tortuga, el más

saludable de los manjares; yo tengo mi bastón; Anastasie su vestido nuevo y Jean-Marie es el orgulloso propietario de un quepis a la última moda. Y, por si fuera poco, anoche nos tomamos una copa de Hermitage. Todavía me embriaga el recuerdo de su color. Me estaba volviendo de lo más cicatero con ese vino, verdaderamente cicatero. Aprendamos la lección: ya que nos bebimos una botella para celebrar la aparición de nuestra visionaria fortuna, bebámonos otra ahora para consolarnos de su desaparición. La tercera la reservaremos para el banquete de boda de Jean-Marie.

7

La caída de la casa de Desprez

Todavía no hemos hecho el cumplido de describir la casa del médico y ya va siendo hora de reparar semejante omisión, pues dicha casa es también un actor en esta historia y su papel está a punto de finalizar. Con sus dos pisos de altura, sus paredes de cálido color amarillo y sus tejas rojizas matizadas por el musgo y los líquenes, se alzaba en un ángulo de la propiedad del médico y daba a la calle por un solo lado. Era espaciosa, incómoda y propensa a las corrientes de aire. Sus enormes vigas tenían tallados toscos adornos y dibujos; el pasamanos de la escalera estaba labrado con rústicos arabescos; el sólido pilar de madera cuya función era soportar el techo del comedor ostentaba unos misteriosos caracteres en su parte posterior: runas, según el médico, quien, cuando narraba la historia legendaria de la casa y sus antiguos dueños, nunca se olvidaba de citar al profesor escandinavo que las había grabado allí. Suelos, puertas y vigas formaban una gran variedad de ángulos y cada estancia tenía una inclinación particular. El hastial se había vencido hacia el jardín, como una torre inclinada, y uno de los anteriores propietarios había reforzado el edificio desde ese lado con un gran puntal de madera como el brazo de una grúa. En conjunto todo en ella amenazaba ruina, hasta las ratas la habían abandonado, y solo su luminosidad —los cristales de las ventanas, siempre tan limpios y brillantes, la pintura tan bien frotada, el latón bruñido y el propio puntal engalanado con plantas trepadoras— y su aspecto de veterano sonriente y bien cuidado, sentado con su muleta y todo en el rincón más soleado del jardín, la señalaban como una casa apropiada para personas acomodadas. Mal cuidada, no habría tardado en sumirse en la más negra decadencia. Tal como estaba, le gustaba a toda la familia, y el médico nunca estaba tan inspirado como cuando narraba su historia imaginaria y escarbaba en las vidas de sus dueños sucesivos: desde el mercader hebreo que mandó reconstruir sus paredes tras el saqueo de la ciudad, pasando por el misterioso profesor que grabó las runas, hasta el palurdo de cara alargada y manos sucias a quien se la había comprado por una miseria. En cuanto al posible riesgo de derrumbe, ni siquiera se les había pasado por la cabeza. Lo que había resistido cuatro siglos, bien podía resistir unos años más.

De hecho, ese invierno, tras el hallazgo y desaparición del tesoro, los Desprez tuvieron otro motivo de preocupación que les tocaba muy de cerca: Jean-Marie sencillamente no parecía el mismo. En ocasiones le acometía una actividad febril y se esforzaba por complacer a todo el mundo, se mostraba locuaz y redoblaba su atención en las clases. En cambio, otras veces lo aquejaba la melancolía y se sumía en un hosco silencio hasta el punto de ponerse casi insoportable.

—El silencio —moralizaba el médico—. Ya ves, Anastasie, las consecuencias del silencio. Si el chico se hubiese desahogado en su momento, hace tiempo que habría olvidado la pequeña decepción producida por la pérdida del tesoro y la leve molestia de la grosería de Casimir. Sin embargo, ahora le afectan como una enfermedad. Ha perdido peso, su apetito es variable y en general ha disminuido. Le hago seguir un régimen estricto, le he recetado los tónicos más poderosos, pero en vano.

—¿No crees que le das demasiadas medicinas? —preguntó madame con un irresistible escalofrío.

—¿Medicinas? —exclamó el médico—. ¿Medicinas yo? ¡Anastasie, tú te has vuelto loca!

Fueron pasando los días y la salud del muchacho siguió declinando lentamente. El médico culpó al tiempo, que era frío y tormentoso. Mandó llamar a su *confrère* de Bourron, acabó por cogerle afecto, exageró su habilidad y no tardó en estar él mismo en tratamiento, sin que nadie supiese muy bien por qué. Tanto él como Jean-Marie tenían que tomarse sus medicinas en distintos momentos del día. Y el médico se acostaba reloj en mano esperando la hora exacta.

—No hay nada como la regularidad —decía, preparaba las dosis y se explayaba acerca de las virtudes del jarabe, y, si bien es cierto que el chico no daba síntomas de mejorar, el médico tampoco pareció empeorar.

El día del complot de la pólvora[10], Jean-Marie estaba más alicaído que de costumbre. Hacía un tiempo desapacible y borrascoso. Enormes bancos de nubes surcaban el cielo, los rayos de sol barrían el pueblo, seguidos de intervalos de oscuridad y lluvia. De vez en cuando el viento alzaba la voz y se ponía a aullar. Los árboles se fustigaban unos a otros en los prados y las últimas hojas volaban como si fuesen polvo.

En compañía del muchacho y con aquel tiempo tan malo, el médico estaba en su elemento, pues tenía una teoría que demostrar: se sentó con un reloj y un barómetro a esperar el paso de los chubascos para anotar el efecto que tenían en el pulso.

—Para el verdadero filósofo —observó muy satisfecho—, cualquier fenómeno de la naturaleza es un motivo de gozo.

En ese momento le entregaron una carta, pero como su llegada coincidió con la proximidad de un nuevo chubasco, se limitó a metérsela en el bolsillo, le indicó la hora a Jean-Marie y poco después ambos estaban tomándose el pulso como si les fuese la vida en ello.

Al anochecer el viento arreció hasta convertirse en una tempestad. Asedió al pueblecito por doquier como baterías de cañones, las casas temblaban y se estremecían, las ascuas encendidas saltaban al suelo desde la chimenea. El miedo y el estruendo tuvieron a la gente despierta hasta muy tarde mientras oían, lívidos, cómo soplaba el vendaval.

Dieron las doce antes de que la familia Desprez se retirase a descansar. A eso de la una y media, cuando había pasado ya lo peor de la tormenta, el médico despertó de un inquieto duermevela y se sentó en la cama. Le pareció oír un ruido, pero fue incapaz de determinar si era real o soñado. Siguió otra racha de viento, acompañada de un desagradable movimiento de toda la casa, y en el silencio subsiguiente Desprez oyó cómo caían las tejas como una catarata sobre el suelo del desván. Arrancó a Anastasie de la cama.

—¡Corre! —exclamó, alcanzándole un poco de ropa—. ¡Que se cae la casa! ¡Al jardín!

Ella no esperó que se lo dijeran dos veces, y bajó las escaleras a toda prisa. Jamás había sospechado que fuese capaz de moverse con tanta agilidad. Entretanto el médico, a la velocidad de un personaje sacado de una pantomima, y sin miedo a romperse una pierna, corrió a despertar a Jean-Marie, arrancó a Aline de sus sueños virginales, la cogió de la mano y bajó dando tumbos por las escaleras hasta el jardín, con la chica tambaleándose medio dormida tras él.

Los fugitivos se reunieron, como empujados por un instinto común, junto al emparrado. Luego la luna asomó por un ojo de buey abierto entre las nubes y mostró a las cuatro figuras a medio vestir, acurrucadas para protegerse del viento, y no poco necesitadas de ropa de más abrigo. Ante la humillación de aquel espectáculo Anastasie se envolvió desesperada en su bata de noche y rompió a llorar ruidosamente. El médico voló a consolarla, pero ella lo apartó con el codo. Tenía la sensación de que todo el mundo la miraba y de que cientos de ojos la espiaban en la oscuridad.

Se produjo un nuevo resplandor acompañado de otra violenta racha de viento y la casa tembló hasta los cimientos, y, justo cuando la luz empezaba a eclipsarse, un crujido que se impuso al estruendo del viento anunció su caída, y, en un momento, todo el jardín se llenó de tejas y ladrillos. Uno de aquellos proyectiles rozó la oreja del médico y otro impactó contra el pie desnudo de Aline, quien enseguida llenó la noche con sus chillidos.

Para entonces había cundido la alarma en el pueblo, se encendieron luces en las ventanas, el grupo oyó gritos que les llamaban, y el médico respondió contendiendo dignamente contra Aline y la tempestad. Pero la perspectiva de que pudieran ir a ayudarles solo sirvió para aumentar el terror que sentía Anastasie.

—Henri, a este paso conseguirás que venga alguien —le gritó al oído a su marido.

—Eso espero —replicó él.

—No puede ser. Antes prefiero morirme —gimoteó.

—Querida —le reprochó el médico—, estás muy nerviosa. Antes te di un poco de ropa. ¿Qué has hecho con ella?

—No lo sé…, debo de haberla tirado por ahí. ¿Dónde está? —sollozó.

Desprez tanteó en la oscuridad.

—Estupendo —observó—, ¡mis pantalones de pana verde! Justo lo que necesitas.

—Dámelos —le gritó ella con impaciencia, pero en cuanto los tuvo en sus manos, pareció cambiar de opinión…, guardó silencio un instante y luego le devolvió la prenda al médico—. Dáselos a Aline —dijo—, pobrecita.

—¡Tonterías! —dijo el médico—. Aline no se da cuenta de nada. El miedo la tiene fuera de sí, y en cualquier caso es una campesina. Me preocupa que estés expuesta a la intemperie sin estar acostumbrada, tanto mi solicitud como tu absurda modestia apuntan ambas al mismo remedio: los pantalones.

El rescate estaba ya cerca. Había sido imposible acceder desde la calle, pues la puerta estaba bloqueada por los ladrillos, y las tambaleantes ruinas amenazaban con nuevos desplomes. Pero entre el jardín del médico y el de la casa de la derecha había una pintoresca construcción: un pozo público; la puerta por el lado de Desprez resultó estar abierta, y a través del hueco, en aquella oscuridad ventosa donde Anastasie ocultaba su desgracia, entraron la cara barbuda de un hombre y un brazo que sostenía una linterna. La luz se movió de aquí para allá entre las ramas de los árboles, y centelleó sobre la hierba, pero la linterna y la cara se convirtieron en el centro del mundo. Anastasie se encogió ante aquella intromisión.

—¡Por aquí! —gritó el hombre—. ¿Están todos bien?

Aline, sin dejar de chillar, corrió hacia el recién llegado y enseguida la sacaron con la cabeza por delante a través del hueco de la tapia.

—Vamos, Anastasie, ahora te toca a ti —dijo su marido.

—No puedo —replicó.

—¿Es que quieres que muramos todos de frío? —tronó el doctor Desprez.

—Puedes irte —gritó ella—. ¡Sí, vete, vete! Yo me quedaré, no tengo frío.

El médico la cogió por los hombros con un juramento.

—¡Alto! —chilló ella—. Me los pondré. —Cogió la odiada prenda, pero su repulsión fue superior a su vergüenza—. ¡Nunca! —exclamó estremecida, y los lanzó hacia la oscuridad.

Momentos después el médico la empujó hacia el pozo. Allí la esperaban el hombre y la linterna. Anastasie cerró los ojos y creyó morir. No llegó a saber cómo la transportaron por el hueco, pero una vez al otro lado la recibió la mujer del vecino y la envolvió en una cálida manta.

Tenían preparadas camas para las dos mujeres, y ropa de tallas diversas para el médico y Jean-Marie; y el resto de la noche, mientras madame dormitaba al borde de la histeria, su marido sentado junto al fuego charló con los admirados vecinos. Por fin, les explicó las causas del accidente: hacía años que la casa amenazaba ruina con toda clase de indicios, las juntas se habían abierto, la escayola se había agrietado, las

viejas paredes se habían abombado y desde hacía tres semanas costaba mucho esfuerzo abrir la puerta de la bodega.

—¡La bodega! —dijo moviendo solemnemente la cabeza mientras bebía un vaso de vino caliente—. Eso me recuerda a mis pobres reservas. Ha sido ciertamente providencial que casi nos hubiésemos acabado el Hermitage. Solo hemos perdido una botella de ese vino incomparable. La estábamos reservando para el día de la boda de Jean-Marie. En fin, tendré que conseguir algunas más, eso añadirá interés a mi vida. De todos modos, soy un hombre de edad avanzada. Mi gran obra yace enterrada bajo los escombros de mi humilde techo, ya nunca llegará a completarse…, mi nombre se habrá escrito en el agua. Y, sin embargo, ya ven que conservo la calma…, e incluso estoy alegre. ¿Podrían sus curas hacer otro tanto?

Nada más despuntar el día, el grupo se apartó del fuego para salir a la calle. El viento había amainado, pero seguía empujando un tropel de nubes, el aire mordía como si fuera escarcha, y el grupo, mientras pululaba entre las ruinas a la luz lluviosa de la mañana, se daba golpes en el pecho y se soplaba en las manos para calentarlas. La casa se había derrumbado por completo: los muros estaban caídos y el techo hundido. Solo quedaba un montón de escombros en el que asomaban aquí y allá una viga rota o un pilar aislado. Dejaron a un centinela entre las ruinas para proteger la propiedad y fueron todos a desayunar a casa de Tentaillon a costa del médico. La botella circuló pródigamente y, antes de que se levantaran de la mesa, empezó a nevar.

Estuvo nevando tres días y nadie tocó las ruinas, que habían cubierto con toldos y dejado al cuidado de los centinelas. Entretanto, los Desprez se habían instalado en casa de Tentaillon. Madame se pasaba el día en la cocina preparando deliciosos manjares, con la ayuda admirada de madame Tentaillon, o sentada junto al fuego en actitud contemplativa. La caída de la casa la afectó muy poco, aquel golpe había sido contrarrestado por otro, y en su imaginación no hacía más que revivir la batalla de los pantalones. ¿Había obrado bien? ¿Había obrado mal? Unas veces se felicitaba por su determinación y otras lamentaba ruborizada con inútil penitencia no habérselos puesto. Ningún otro suceso de su vida le había hecho pensar tanto. Entretanto el médico se había contentado con su situación. Dos veraneantes se habían quedado prisioneros en la fonda a la espera de que les enviasen dinero; ambos eran ingleses, pero uno hablaba francés con fluidez y era además un tipo muy ocurrente y divertido con quien el médico pasaba horas razonando. Juntos vaciaron muchos vasos y discutieron infinidad de asuntos.

—Anastasie —dijo el médico la tercera mañana—, ¡a ver si tomas ejemplo de tu marido y de Jean-Marie! La emoción ha hecho más por el chico que todos mis tónicos, se nota que disfruta montando guardia en la casa. En cuanto a mí, ya ves, he hecho las paces con los egipcios, y te aseguro que mi faraón es un interlocutor de lo más agradable. Tú eres la única que está disgustada. ¿Es por la casa…? ¿Has perdido unos cuantos vestidos? ¿Qué es eso comparado con la *Farmacopea*? El trabajo de

años enterrado entre piedras y tablones en este deprimente villorrio. ¡La nieve cae, pero yo la sacudo de mi abrigo! Haz como yo. Admito que nuestra fortuna se verá perjudicada, puesto que tendremos que reconstruir la casa, pero la moderación, la paciencia y la filosofía se reunirán en torno a nuestro hogar. Entretanto, los Tentaillon son hospitalarios; la comida, con tu colaboración, es más que pasable; solo el vino es deleznable…, pero mandaré a comprar un poco hoy. Mi faraón se alegrará de beber un vaso decente. Y así comprobaré si posee la cumbre de la perfección: un buen paladar. Si tiene buen paladar, será perfecto.

—Henri —dijo ella moviendo la cabeza—, tú eres un hombre, no puedes comprender mis sentimientos, ninguna mujer podría olvidar el recuerdo de semejante humillación en público.

El médico no pudo evitar una risita.

—Disculpa, querida —dijo—, pero para una inteligencia filosófica, el incidente parece una minucia insignificante. Estabas muy bien…

—¡Henri! —exclamó ella.

—De acuerdo, de acuerdo, no diré nada más —replicó—. Aunque, sin duda, si hubieses consentido en vestirte… *À propos* —se interrumpió—, ¡mis pantalones! Están tirados en mitad de la nieve… ¡mis pantalones favoritos!

Y salió disparado en busca de Jean-Marie.

Dos horas después, el chico volvió a la fonda con una pala debajo del brazo y un curioso bulto de ropas empapadas debajo del otro.

El médico lo cogió desconsolado.

—¡Fueron —dijo—, pues es necesario hablar en pasado, unos pantalones excelentes! Espera, hay algo en el bolsillo. —Y sacó un sobre—. ¡Una carta!, sí, ahora lo recuerdo, llegó la mañana de la tormenta, cuando estaba absorbido por una meticulosa investigación. Todavía es legible. ¡Es del bueno de Casimir, pobrecillo! Menos mal —se rio— que le he enseñado a ser paciente. El pobre Casimir y su correspondencia…, su infinitesimal, timorata y estúpida correspondencia. —Abrió el sobre con sumo cuidado, y cuando se inclinó para descifrar lo que decía la carta frunció el ceño—. *Bigre!* —exclamó dando un respingo. Luego arrojó la carta al fuego y se puso apresuradamente el gorro de dormir—. ¡Diez minutos! Todavía puedo cogerlo, si me doy prisa —exclamó—. Siempre va con retraso. Me marcho a París. Ya os telegrafiaré.

—¡Henri!, ¿qué ocurre? —preguntó su mujer.

—¡Los bonos otomanos! —respondió el médico mientras desaparecía, y Anastasie y Jean-Marie se quedaron mirándose el uno al otro con los pantalones mojados en la mano. Desprez se había ido a París por segunda vez en siete años: se había marchado con un par de zuecos, una chaqueta de punto, una blusa negra, un gorro de dormir y veinte francos en el bolsillo. Comparado con la caída de la casa, aquel era un prodigio secundario: el mundo entero podría haberse hundido y la familia no se habría quedado tan perpleja.

8

El salario de la filosofía

A la mañana siguiente, el médico, convertido en una sombra de sí mismo, regresó acompañado por Casimir. Encontraron a Anastasie y al chico sentados junto al fuego, y Desprez, que había cambiado su vestimenta por un traje barato, les saludó con un gesto al entrar y se sentó sin decir nada en la silla más próxima. Madame se volvió hacia Casimir.

—¿Qué ocurre? —exclamó.

—Pues que por fin ha sucedido lo que yo os había advertido tantas veces —replicó Casimir—. Esta vez os han limpiado, así que ya podéis haceros a la idea y tomároslo lo mejor que podáis. Y encima se os ha hundido la casa, ¿eh? Eso sí que es mala suerte.

—¿Estamos…, estamos… arruinados? —balbució.

El médico extendió los brazos hacia ella.

—Arruinados —replicó—, estás en la ruina por culpa de tu funesto marido.

Casimir observó a través de su monóculo cómo se abrazaban, luego se volvió Jean-Marie.

—¿Lo has oído? —dijo—. Están arruinados, se acabaron los robos, la casa y las chuletas. Me parece, amigo mío, que más te vale hacer las maletas, aquí ya no hay nada que rascar.

Y le hizo un gesto significativo.

—¡Nunca! —gritó Desprez poniéndose en pie de un salto—. Jean-Marie, si prefieres dejarme, ahora que soy pobre, puedes hacerlo: recibirás tus cien francos, aunque sea lo último que me quede. Pero si aceptas quedarte —el médico gimoteó un poco—, Casimir me ha ofrecido un puesto…, como empleado —prosiguió—. El sueldo es escaso, pero bastará para los tres. Ya es bastante desgracia haber perdido mi fortuna, ¿acaso debo perder también a mi hijo?

Jean-Marie sollozó amargamente, pero no dijo una palabra.

—No me gustan los niños llorones —observó Casimir—. Y este se pasa el día llorando. ¡Eh, tú!, déjanos solos un rato. Tengo asuntos que tratar con tu amo y tu ama, podéis dejar para después estos sentimientos domésticos. ¡Andando!

Y le abrió la puerta.

Jean-Marie salió como un ladrón al que han sorprendido in fraganti.

A las doce todos se sentaron a la mesa excepto Jean-Marie.

—¿Qué os dije? —exclamó Casimir—. Se ha ido, ya veis que entendió mis insinuaciones.

—Reconozco —dijo Desprez— que no encuentro excusas para su ausencia. Su falta de corazón me decepciona amargamente.

—Su falta de buenos modales —le corrigió Casimir—. Corazón no ha tenido nunca. Vamos, Desprez, para ser tan inteligente eres el hombre más crédulo del mundo. Tu ignorancia de la naturaleza y los asuntos humanos es increíble. Te dejas estafar por unos turcos infieles y por un niño vagabundo, te estafan a diestro y siniestro. Debe de ser el fruto de tu imaginación. Doy gracias a Dios de no tener ninguna.

—Disculpa —replicó Desprez, todavía humildemente, pero un poco más animado —, discúlpame, Casimir. Tú posees imaginación comercial en un altísimo grado. Ha sido la falta de ella, que por lo visto constituye mi punto flaco, la que me ha producido estos descalabros. Mediante la imaginación comercial, el financiero prevé el destino de sus inversiones y repara en si la casa está ruinosa…

—Claro —le interrumpió Casimir—, y nuestro amigo el mozo de cuadras también parece haber tenido su parte en ello.

El doctor guardó silencio, y la comida continuó y terminó al son de la nada consoladora conversación del cuñado. Ignoró a los dos jóvenes pintores ingleses, y se limitó a mirarlos con el monóculo cuando lo saludaron y a seguir con sus observaciones como si estuviese solo. Cada una de sus palabras hacía otro rasgón en el globo de la vanidad de Desprez. A la hora de servir el café el pobre médico parecía un trapo viejo.

—Vayamos a ver las ruinas —dijo Casimir.

Salieron los dos a la calle. La caída de la casa, como la pérdida de uno de los dientes delanteros, había transformado el pueblo. A través del hueco se veía una gran extensión de terreno nevado y el villorrio parecía ahora más pequeño. Era como una habitación con la puerta abierta. El centinela estaba junto a la puerta verde muy colorado y muerto de frío, pero tuvo una palabra amable para el médico y su acaudalado pariente.

Casimir contempló el montón de ruinas y comprobó la calidad de los toldos.

—En fin —dijo—, espero que el arco de la bodega haya aguantado. Si es así, cuñado, te daré un buen precio por los vinos.

—Mañana empezaremos a excavar —dijo el centinela—. No parece que vaya a nevar más.

—Amigo mío —respondió Casimir muy sentencioso—, antes espera a ver si cobras.

El médico hizo una mueca y empezó a empujar a su ofensivo cuñado hacia la fonda de Tentaillon. En la casa habría menos oyentes y ya estarían al tanto de su desgracia.

—¡Vaya! —exclamó Casimir—. Ahí va el mozo de cuadras con su equipaje; no, caramba, parece que lo lleva a la fonda.

Y ciertamente vieron a Jean-Marie cruzar la calle nevada y entrar en casa de Tentaillon tambaleándose bajo el peso de un enorme cesto.

El médico se detuvo dominado por una esperanza súbita y descabellada.

—¿Qué llevará ahí? —dijo—. Vayamos a verlo.

Y apresuró el paso.

—Su equipaje, sin duda —respondió Casimir—. Se marcha…, aconsejado por su imaginación comercial.

—No veía ese cesto desde…, desde hace mucho tiempo —observó el médico.

—Ni lo verás mucho más —se burló Casimir—, a menos, claro, que intervengamos. Y, a propósito, insisto en examinarlo.

—No será necesario —dijo Desprez con un sollozo, y echó a correr después de echarle una mirada llorosa y triunfante a Casimir.

«Quisiera saber qué demonios le ocurre», pensó Casimir, y luego le pudo la curiosidad e, imitando el ejemplo del médico, echó a correr él también hacia la fonda.

El cesto era tan grande y pesado y Jean-Marie estaba tan cansado y era tan pequeño que había tardado un buen rato en subirlo a la habitación del médico, y acababa de dejarlo en el suelo enfrente de Anastasie cuando llegó el médico, seguido de cerca por el hombre de negocios. El niño y el cesto estaban en un estado lamentable, pues el uno llevaba cuatro meses enterrado en cierta cueva que hay camino de Achères, y el otro había corrido casi ocho kilómetros tan rápido como lo habían llevado sus piernas, y la mitad de esa distancia bajo un peso considerable.

—Jean-Marie —gritó el médico en un tono de voz demasiado seráfico para llamarlo histérico—, ¿es…? ¡Sí! —exclamó—. ¡Oh, hijo mío, hijo mío!

Y se sentó sobre el cesto y rompió a llorar como un niño.

—Ahora no os iréis a París —dijo Jean-Marie tímidamente.

—Casimir —dijo Desprez, alzando la cara cubierta de lágrimas—, ¿ves a ese chico, ese ángel? Él es el ladrón: le robó el tesoro a un hombre a quien no podía confiársele y me lo devuelve ahora que me he vuelto más sobrio y más humilde. Estos, Casimir, son los Frutos de mis Enseñanzas, y este momento es la Recompensa de mi Vida.

—*Tiens* —dijo Casimir.

LA PLAYA DE FALESÁ

A tres compañeros de a bordo en las islas
Harry Henderson, Ben Hird, Jack Buckland

Su amigo R. L. S.

1

Una boda en los mares del Sur

Vi la isla por primera vez cuando no era ni de noche ni de día. La luna, que empezaba a ponerse por el oeste, seguía siendo grande y luminosa. Al este, la aurora lo teñía todo de rosa y la estrella de la mañana resplandecía como un diamante. El viento terral nos soplaba en la cara cargado de un fuerte olor a lima silvestre, vainilla y otras muchas cosas, aunque aquellas fuesen las más evidentes, y su frescor me hizo estornudar. Hay que añadir que yo había pasado años en una isla cerca del ecuador, y que la mayor parte del tiempo había llevado una existencia solitaria entre los nativos. Era pues una experiencia nueva e incluso la lengua me resultaría desconocida. El aspecto de aquellas junglas y montañas y su raro aroma me hicieron cobrar nuevos ánimos.

El capitán apagó la lámpara de bitácora.

—Ahí —dijo— se ve un poco de humo, señor Wiltshire, detrás de la rompiente del arrecife. Es Falesá, donde está su puesto comercial; es el poblado más oriental, no sé por qué, pero nadie vive por la parte de barlovento. Coja mi catalejo y podrá vislumbrar las casas.

Cogí el catalejo y la orilla pareció aproximarse, distinguí la maraña de la selva y la espuma de la rompiente, y entre los árboles asomaron los tejados marrones y el negro interior de las casas.

—¿Ve usted aquel punto blanco hacia el este? —prosiguió el capitán—. Es su casa. La construyeron de coral en un alto, la veranda es tan ancha que podría recorrerse en fila de a tres: el mejor puesto comercial del Pacífico Sur. Cuando el viejo Adams la vio, me cogió de la mano y me dijo: «Parece que he ido a parar a un sitio precioso». «Sí, ¡y además el tiempo es bueno!», le respondí. ¡Pobre Johnny! No volví a verlo más que una vez, y para entonces había cambiado de opinión: no congeniaba con los nativos, o con los blancos o algo por el estilo. La siguiente ocasión que pasamos por aquí estaba muerto y enterrado. Yo mismo clavé un epitafio en su tumba: «John Adams, *obit* mil ochocientos sesenta y ocho. Que su vida te sirva de ejemplo». Lo eché en falta, Johnny nunca me pareció mala persona.

—¿De qué murió? —pregunté.

—De enfermedad —respondió el capitán—. La contrajo de pronto. Al parecer se despertó en plena noche y se atiborró de Pain-Killer y de Kennedy's Discovery[11]: no le sirvió de nada, lo que tenía requería algo más fuerte. Luego abrió una caja de botellas de ginebra, pero una vez más fue inútil…, tampoco el licor era lo bastante fuerte. Luego debió de volverse y salir corriendo a la veranda, donde se precipitó por encima del pasamanos. Cuando lo encontraron al día siguiente, se había vuelto loco…, decía constantemente que alguien le había mojado la copra. ¡Pobre John!

—¿Se atribuyó su muerte a la isla?

—Bueno, se atribuyó a la isla, a los problemas o a cualquier otra cosa —replicó —. Siempre he oído decir que es un lugar muy saludable. Nuestro último hombre, Vigours, no se puso enfermo jamás. Se fue por culpa de la playa, decía que tenía miedo de Jack el negro, de Case y de Jimmie el silbón, que se ahogó poco después estando borracho, pero todavía vivía por entonces. En cuanto al viejo capitán Randall, lleva aquí desde el cuarenta o el cuarenta y cinco. Y nunca lo he visto enfermo, el tiempo no pasa por él. A este paso, llegará a cumplir más años que Matusalén. No, a mí me parece un sitio saludable.

—Ahí llega un bote —dije—. Está justo en el estrecho, parece un bote ballenero de unos cinco metros de eslora; hay dos hombres blancos en las escotas de popa.

—¡Es el bote en el que se ahogó Jimmie el silbón! —gritó el capitán—. Déjeme el catalejo. Sí: ese es Case, sin duda, y el moreno. Tienen una reputación de lo más patibularia, pero ya sabe cómo son las playas para los chismorreos. En mi opinión, Jimmie el silbón era el peor de los tres, y ya ha pasado a mejor vida. ¿Qué se apuesta a que vienen a buscar ginebra? Le apuesto cinco contra dos a que se llevan seis cajas.

Cuando los dos comerciantes subieron a bordo me gustó su aspecto nada más verlos, o más bien me gustó el aspecto de ambos y la forma de hablar de uno de ellos. Estaba deseando tener vecinos blancos después de los cuatro años pasados en el ecuador, que siempre consideré unos años de prisión: años en los que constantemente me declaraban tabú y tenía que ir a la Casa del Parlamento para tratar de que levantasen la prohibición, años de comprar ginebra y emborracharme para luego arrepentirme, de pasar las noches en casa con un farol como única compañía, de pasear por la playa preguntándome qué clase de idiota tenía que ser para estar allí. No había más blancos en mi isla, y cuando navegaba hasta la isla vecina no encontraba más que rudos parroquianos. Ver subir a aquellos dos a bordo fue una satisfacción. Uno era negro, desde luego, pero ambos iban ataviados con pantalones de rayas y sombreros de paja, y Case no habría hecho mal papel incluso en una ciudad. Era pequeño y cetrino, tenía la nariz aguileña, los ojos pálidos y la barba recortada a tijera. Nadie sabía de dónde procedía, aunque hablaba inglés y resultaba evidente que era de buena familia y que estaba muy bien educado. Y además tenía talento, sabía tocar el acordeón y, si le dabas un cordel, un corcho o una baraja, sabía hacer trucos de manos como un profesional. Cuando quería, sabía conversar como en un salón y

cuando así lo prefería era capaz de blasfemar más que un contramaestre yanqui o de decir palabrotas capaces de hacer sonrojar a cualquier canaco. Actuaba siempre según le conviniese en cada momento, y lo hacía con una naturalidad innata. Tenía la valentía de un león y la astucia de una rata, y, si hoy no está en el infierno, es que no existe ese lugar. Solo puedo decir una cosa buena de él: que quería a su mujer y la trataba bien. Era samoana y llevaba el pelo teñido de rojo al estilo de Samoa, y cuando él murió (como contaré más adelante) descubrieron algo muy extraño: había hecho testamento como un cristiano y le había dejado todo a su viuda. Todo lo suyo, se decía, y, ya puestos, todo lo de Jack el negro y casi todo lo de Billy Randall, pues era Case quien llevaba la contabilidad. Así que la mujer volvió a casa en la goleta *Manu'a* y hoy vive como una dama en su propia mansión.

Pero aquella mañana yo todavía no sabía nada de todo eso. Case me recibió como un caballero y un amigo, me dio la bienvenida a Falesá y se puso a mi disposición, lo que me resultó muy útil, dado que no conocía a los nativos. Pasamos la primera parte del día bebiendo en el camarote para conocernos mejor, y nunca oí a nadie hablar con más corrección. No había comerciante más agudo, ni más marrullero, en las islas. Recuerdo el consejo que me dio aquella mañana y la historia que me contó. El consejo fue el siguiente: «Siempre que gane usted algún dinero —dijo—, y me refiero a dinero cristiano, envíelo sin dilación al banco de Sidney. Es una tentación para un comerciante de copra; un día estará con otros comerciantes, echará mano al bolsillo y comprará copra con él. Y quien compre copra con dinero es un completo idiota». Y he aquí la historia, que debería haberme servido de advertencia respecto al peligro de tener por vecino a un hombre semejante. Por lo visto, Case estaba comerciando en las islas Ellice. Había allí un tal Miller, un holandés que tenía mucho poder sobre los nativos y controlaba la mayor parte del tráfico. Pues bien, un día naufragó una goleta en la laguna y Miller la compró (como suelen hacerse estas cosas) por una miseria. Aquello estuvo a punto de costarle la ruina. Pues cuando vio que tenía mercancías que le habían salido prácticamente gratis, no se le ocurrió nada mejor que bajar los precios. Case se reunió con los otros comerciantes. «¿Así que quiere bajar los precios? —dijo Case—. Muy bien. Tiene cinco veces más mercancías que vender que nosotros, si se trata de perder dinero, él tiene cinco veces más que perder. Hagámosle encallar, hundámoslo…». Y eso hicieron, y cinco meses más tarde, Miller tuvo que vender su barco y su puesto comercial y empezar otra vez en las Carolinas.

Aquella conversación me gustó y mi nuevo compañero también, y pensé que Falesá era un buen sitio. Y cuanto más bebía, más animado me sentía. Mi antecesor había huido de allí de improviso, cogiendo un pasaje en un barco de carga procedente del oeste; el capitán al llegar había encontrado el puesto cerrado, las llaves en manos del pastor indígena y una carta del fugitivo confesando que temía por su vida. Desde entonces la compañía no había tenido representante en la isla y lógicamente tampoco había carga. El viento era favorable, y el capitán quería llegar a la isla siguiente al

amanecer a fin de aprovechar la marea, así que descargaron mis cosas con la mayor diligencia. Case afirmó que no debía preocuparme: nadie tocaría mis cosas, en Falesá todo el mundo era honrado, a menos que se tratase de unos pollos, un cuchillo raro o un poco de tabaco, así que lo mejor que podía hacer era esperar tranquilamente a que partiese el barco y luego ir directamente a su casa, ver al viejo capitán Randall, el patriarca de la playa, comer alguna cosa e irme a dormir cuando anocheciera. De modo que cuando puse el pie en Falesá era ya mediodía y la goleta acababa de largar amarras.

Había bebido un par de copas a bordo, acababa de concluir una larga travesía y el suelo se mecía bajo mis pies como la cubierta de un barco. El mundo parecía recién pintado, mis pies se movían al compás de la música y Falesá podría haber sido el paraíso, suponiendo que exista ese lugar, ¡y tanto peor si no es así! Era agradable pisar la hierba, mirar a lo alto hacia las montañas, ver a los hombres con sus guirnaldas verdes y a las mujeres con sus vestidos rojos y azules. Seguimos nuestro camino, unas veces bajo un sol de justicia y otras al frescor de la sombra, y ambas cosas nos gustaban; todos los niños del pueblo salieron a recibirnos con sus cabezas afeitadas y sus cuerpecillos morenos y dejaron a nuestra estela un estrépito como el piar de los pollos con sus gritos de bienvenida.

—A propósito —dijo Case—, tenemos que buscarle una esposa.

—¡Ah, sí! —respondí yo—. Lo había olvidado.

Había una multitud de chicas a nuestro alrededor y yo las observé como un bajá. Todas se habían puesto sus mejores galas para ir a recibir al barco. Las mujeres de Falesá son muy hermosas y su único defecto tal vez sea que son un poco anchas de caderas; en eso precisamente estaba pensando cuando Case me rozó con el brazo.

—Esa de ahí es muy guapa —dijo.

Vi a una muchacha que llegaba sola del otro lado. Había estado de pesca y no llevaba puesta más que una camisa empapada y muy corta. Era joven y muy esbelta para ser isleña, tenía el rostro fino, la frente despejada y una extraña mirada miope, entre la de un gato y un bebé.

—¿Quién es? —pregunté—. Esa servirá.

—Es Uma —respondió Case, y la llamó y le habló en la lengua nativa.

No sé lo que le diría, pero a mitad de conversación ella me echó una mirada tímida y rápida como un niño al esquivar un golpe, luego volvió a mirar al suelo y sonrió. Tenía la boca grande y los labios y la barbilla cincelados como los de una estatua, la sonrisa desapareció enseguida y se quedó escuchando a Case con la cabeza gacha, después le respondió en el hermoso tono de los polinesios mirándolo a la cara, oyó su respuesta y luego se marchó con una reverencia. Aquel saludo también iba dirigido a mí, pero no volvió a mirarme ni a sonreír.

—Todo está arreglado —dijo Case—. Creo que podré conseguírsela. Tendré que negociar un poco con su madre. Por un puñado de tabaco se puede escoger a cualquiera —añadió con desdén.

Creo que fue el recuerdo de su sonrisa lo que me hizo responderle con aspereza:

—A mí no me parece de esas —exclamé.

—Y no lo es, que yo sepa —respondió Case—. Tengo entendido que es más recta que una vela. Va siempre a su aire y no se relaciona mucho con las demás. Por favor, no me malinterprete…, Uma es una buena chica. —Reparé en que hablaba con cierta vehemencia y eso me sorprendió y me gustó—. De hecho —prosiguió—, no estaría tan seguro de conseguirla si usted no le hubiese gustado. Lo único que tiene que hacer es ser discreto y dejar que yo me las entienda con la madre, y yo le llevaré a la chica a casa del capitán para la boda.

No me gustó aquella palabra, y se lo hice saber.

—¡Oh!, esa boda no vale nada —me dijo—. Jack el negro es el capellán.

Para entonces habíamos llegado delante de la casa de aquellos tres hombres blancos, pues un negro se considera blanco…, igual que un chino, una idea un tanto peregrina, pero muy extendida en las islas. Era una casa de madera con una veranda destartalada. El almacén estaba en la parte delantera y dentro había un mostrador, una báscula y un escasísimo surtido de mercancías: una caja o dos de latas de carne en conserva, un barril de pan duro y un par de fardos de algodón, mucho peor que el mío. Lo único que había en abundancia eran artículos de contrabando: licor y armas de fuego. «Si estos han de ser mis únicos competidores —pensé—, me irá bien en Falesá». De hecho, solo me aventajaban en esas dos cosas: la bebida y las armas.

En la trastienda estaba el viejo capitán Randall, acuclillado al estilo de los nativos. Era un hombre grueso y pálido, iba desnudo hasta la cintura, tenía el cabello gris como un castor y los ojos enrojecidos por la bebida. Todo su cuerpo estaba cubierto de vello gris y de moscas, una se le había posado en el rabillo del ojo, pero él no parecía notarlo, y los mosquitos zumbaban en torno a él como si fueran abejas. Cualquiera en sus cabales habría sacado de allí a aquel hombre y le habría dado sepultura, y al verlo y pensar que rondaba los setenta, al recordar que una vez había capitaneado un barco y que habría desembarcado vestido de uniforme para negociar en bares y consulados y que se habría sentado en las terrazas de los clubes, sentí náuseas y se me pasó la borrachera.

Él trató de levantarse al verme entrar, pero no lo consiguió y se limitó a tenderme la mano y balbucir una especie de saludo.

—Papi está un poco curda esta mañana —observó Case—. Hemos tenido una epidemia y el capitán Randall usa la ginebra como profilaxis…, ¿verdad, papi?

—¡No he hecho eso que dices en toda mi vida! —exclamó indignado el capitán —. Bebo ginebra por motivos de salud, señor como te llames. Es una medida de precaución.

—De acuerdo, papi —dijo Case—. Pero tendrás que serenarte. Nos vamos de boda, el señor Wiltshire, aquí presente, se casa.

El viejo preguntó con quién.

—Con Uma —respondió Case.

—¿Con Uma? —exclamó el capitán—. ¿Y qué quiere de Uma? ¿Ha venido aquí por motivos de salud? ¿Qué demonios quiere de Uma?

—Vamos, papi —dijo Case—. No eres tú quien se casa. Ni tampoco eres el padrino o la madrina; imagino que si el señor Wiltshire se casa es porque le apetece.

Y tras pronunciar esas palabras se excusó diciendo que tenía que arreglar lo de la boda y me dejó a solas con aquel pobre desdichado que era su socio y (para ser sinceros) también su víctima. El puesto y el negocio pertenecían a Randall; Case y el negro eran parásitos que se alimentaban de él como las moscas, sin que pareciera darse cuenta. De hecho, no puedo decir nada malo de Billy Randall, aparte de que se me revolvía el estómago al verle y que el rato que pasé en su compañía fue como una pesadilla.

En la habitación hacía un calor sofocante y estaba llena de moscas, la casa era sucia, pequeña y baja y la habían construido en un mal sitio, detrás del pueblo, junto al borde mismo de la selva, en un lugar poco frecuentado. Las camas de los tres hombres estaban en el suelo, entre platos y sartenes. No había ni un solo mueble en pie, pues, cuando se ponía violento, Randall los hacía pedazos. Me senté a dar cuenta de la comida que nos sirvió la mujer de Case, y pasé el resto del día con aquel desecho humano, que me contó larguísimas historias y chistes viejos y groseros con lengua estropajosa mientras reía con risas sibilantes sin reparar en mi tristeza. Bebía ginebra constantemente y a veces se quedaba dormido y se despertaba gimoteando estremecido. Una y otra vez me preguntaba por qué demonios quería casarme con Uma. «Amigo —me estuve repitiendo todo el día—, no te conviertas nunca en un viejo como este».

Hacia las cuatro de la tarde, abrieron muy despacio la puerta trasera y una extraña vieja nativa entró en la casa casi arrastrándose por el suelo. Iba envuelta en una tela negra hasta los pies, tenía mechones de cabello gris, el rostro tatuado, lo que no era costumbre en aquella isla, y unos ojazos brillantes de mirada alucinada, que fijó en mí de un modo que me pareció en parte fingido. No dijo nada, pero empezó a balbucir y a chasquear la lengua y musitó algo como un niño al ver un budín de Navidad. Vino directa hacia mí y, cuando estuvo cerca, me cogió la mano y se puso a ronronear y a gemir como un gato gigante. Luego empezó a canturrear una especie de melodía.

—¿Quién demonios es? —pregunté un poco sobresaltado.

—Es Faavao —dijo Randall, y noté que se había arrastrado por el suelo hasta el rincón más alejado.

—¿Es que le tiene usted miedo? —exclamé.

—¡Miedo yo! —exclamó el capitán—. Amigo mío, ¡la esquivo! No le permito poner los pies en esta casa. Aunque supongo que hoy es diferente por lo del matrimonio. Es la madre de Uma.

—Y, aunque así sea, ¿qué es lo que pretende? —pregunté más irritado, y tal vez más asustado de lo que quería demostrar, y el capitán me explicó que estaba

declamando poemas en alabanza mía porque iba a casarme con Uma—. Muy bien, señora —dije con una risa forzada—. Se lo agradezco. Pero avíseme cuando haya terminado con mi mano.

Ella actuó como si me hubiera entendido: la canción se convirtió en un grito y cesó, luego la mujer se arrastró fuera de la casa igual que había entrado, y debió de internarse en la selva, pues cuando me asomé a la puerta había desaparecido.

—Qué modales tan raros —dije yo.

—Son gente muy rara —dijo el capitán, y para mi sorpresa vi que hacía el signo de la cruz sobre su barriga desnuda.

—¡Vaya! —exclamé—. ¿Es usted papista?

Él rechazó con desdén aquella idea.

—Baptista hasta la médula —dijo—. Pero, amigo mío, los papistas también tienen algunas buenas ideas, y esta es una de ellas. Escuche mi consejo y cada vez que se cruce con Uma o Faavao o Vigours o cualquiera de esa pandilla, haga lo que dicen los curas y siga usted mi ejemplo, ¿lo ve? —Y volvió a persignarse a la vez que me guiñaba un ojo—. ¡No, señor! —exclamó de nuevo—, ¡aquí no somos papistas!

Y me entretuvo largo rato con sus opiniones religiosas.

Debí de encapricharme de Uma nada más verla, o sin duda habría salido de aquella casa en busca de un poco de aire fresco, del mar o de algún río. Aunque también es cierto que me había comprometido con Case, y que no habría podido volver a llevar alta la cabeza en aquella isla si hubiese huido de aquella chica la noche de mi boda.

El sol se había puesto incendiando en llamas el cielo y la lámpara llevaba un rato encendida cuando volvió Case con Uma y el negro. Ella iba vestida y perfumada, su falda era de fibra de corteza y sus pliegues parecían más lujosos que cualquier seda; el busto, que era del color de la miel oscura, estaba desnudo a excepción de media docena de collares de semillas y flores y, detrás de las orejas y en el pelo, llevaba prendidas las flores escarlatas del hibisco. Ninguna novia podría tener mejor porte, serio y silencioso, y me pareció una vergüenza presentarme ante ella en aquella casa sucia delante de aquel negro tan sonriente. Digo que me pareció una vergüenza, pues aquel saltimbanqui llevaba puesto un alzacuellos de papel, el libro del que fingió leer era un volumen desparejado de una novela y las palabras del servicio religioso no pueden transcribirse aquí. Me remordió la conciencia cuando unimos nuestras manos y le entregaron su certificado, y estuve tentado de mandarlo todo al diablo y confesar. He aquí lo que decía el documento, redactado y firmado por Case en una hoja del libro de contabilidad.

> Certifico que: *Uma* hija de *Faavao* de la isla de Falesá de_____ está ilegalmente casada con *John Wiltshire* por una noche, y que el citado John Wiltshire es libre de mandarla al diablo a la mañana siguiente.

John el Negro,
capellán de las Hulk

Extraído del registro por William T. Randall,
capitán de navío

Bonito papel para ponerlo en las manos de una joven y vérselo guardar como si fuese oro en paño. Cualquiera se habría sentido vil por mucho menos. Pero tal era la costumbre en aquellos pagos, y (me dije) no tanto por culpa de los hombres blancos como de los misioneros. Si hubiesen dejado a los nativos en paz, no me habría hecho falta recurrir a aquel engaño, sino que habría tomado tantas esposas como me hubiera venido en gana y las habría abandonado con la conciencia tranquila cuando hubiese querido.

Cuanto más avergonzado estaba más prisa tenía por marcharme y, como si en eso coincidieran nuestros deseos, noté un leve cambio en la actitud de los comerciantes. Antes Case se había mostrado ansioso por retenerme; ahora, como si hubiese conseguido su objetivo, parecía ansioso por librarse de mí. Uma, dijo, podía guiarme hasta mi casa, y los tres se despidieron de nosotros allí mismo.

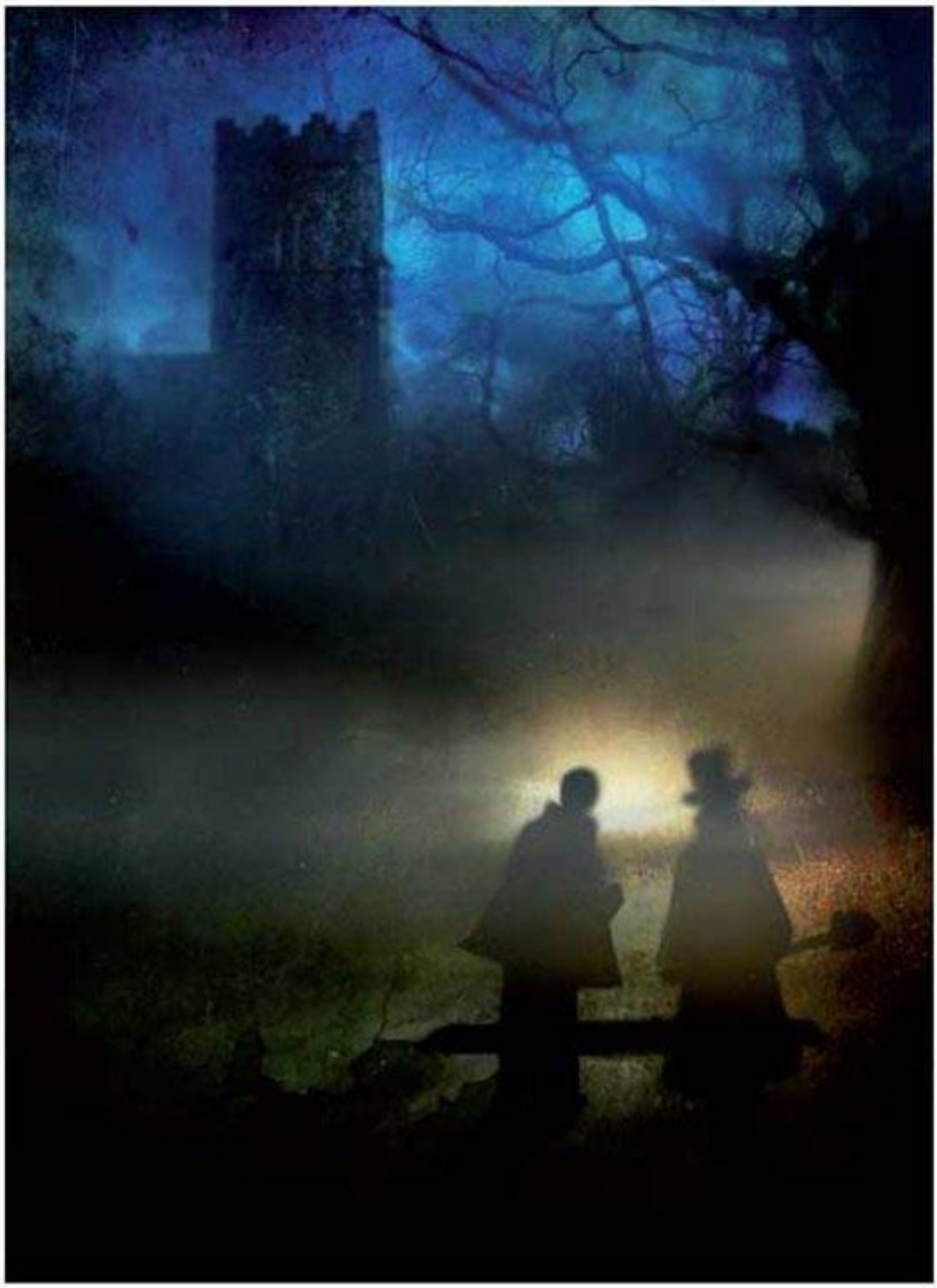
Ya casi se había hecho de noche, el pueblo olía a árboles, a flores, a salitre y a guisos cocinados con el fruto del árbol del pan, desde el arrecife llegaba el rumor del mar y en la distancia, entre los árboles y las casas, se oían muchos agradables sonidos de hombres y niños. Me vino bien respirar aire fresco y librarme del capitán y contemplar en su lugar a la criatura que tenía ahora a mi lado. Me sentí exactamente igual que si estuviese de vuelta en casa con una chica de mi pueblo y, olvidándome de todo por un minuto, la cogí de la mano para dar un paseo. Sus dedos se entrelazaron con los míos, la oí respirar agitada y profundamente y de pronto se llevó mi mano a la cara y la apretó contra su rostro.

—Tú bueno —exclamó, y echó a correr delante de mí, luego se detuvo, sonrió y volvió a echar a correr.

De ese modo, me guio por un apartado sendero a lo largo de la linde de la selva hasta mi propia casa.

Lo cierto es que Case se había encargado de cortejarla por mí a lo grande: le había contado que estaba deseando casarme con ella y que no me importaban las consecuencias, y la pobre muchacha, sabiendo lo que yo ignoraba todavía, se creyó hasta la última palabra y se llenó de vanidad y gratitud. Yo de eso no tenía ni idea: después de ver a tantos hombres blancos arruinados por los parientes de sus mujeres y salir mal librados del negocio, siempre me había resistido a cualquier tipo de frivolidad con las nativas, y me dije que debería ser firme y aclararle las cosas. Pero me pareció tan guapa y encantadora mientras huía de mí y me esperaba, y lo hacía de un modo tan infantil, como si fuese un perrillo, que no pude resistirme a seguirla allí donde fuese, escuchar las pisadas de sus pies descalzos y observar el fugaz resplandor

de su cuerpo en el crepúsculo. Además se me pasó por la imaginación otra idea. Ahora que estábamos solos jugaba conmigo como una gatita, pero en la casa se había comportado de un modo tan orgulloso y discreto como una condesa. Y su vestimenta, aunque escasa y al estilo indígena, con su falda de fibra de corteza, sus perfumes, sus flores rojas y sus semillas tan vistosas como joyas, aunque un poco mayores, me hizo pensar que en realidad era una especie de condesa, engalanada para escuchar a grandes cantantes en un concierto, y no una compañera para un pobre comerciante como yo.



Llegó a la casa primero y, desde fuera, vi brillar una cerilla y encenderse una lámpara en la ventana. El puesto era un sitio maravilloso, construido de coral, con una amplia veranda y una sala principal amplia y espaciosa. Mis maletas y mis baúles estaban amontonados en desorden, y allí, en mitad de aquella confusión, de pie junto a la mesa, estaba Uma esperándome. Su sombra se extendía hasta el hueco del techo de metal y la lámpara iluminaba su piel. Me detuve en el umbral y ella me miró sin decir nada con ojos ansiosos y tímidos al mismo tiempo. Luego se tocó el pecho.

—Yo…, mujer tuya.

Nunca me había sucedido antes, pero sentí tal deseo por ella que me estremecí como el viento en el gratil de una vela.

No habría podido hablar ni aunque hubiese querido hacerlo, y de haber podido tampoco lo habría hecho. Me avergonzaba haberme dejado conmover de ese modo por una nativa, igual que me avergonzaban la boda y el certificado que ella había guardado celosamente entre los pliegues de la falda, así que me aparté y fingí revolver entre mis cosas. Lo primero que encontré fue una caja de botellas de ginebra, la única que había llevado, y, en parte por la chica y en parte por el horror que me inspiraba el recuerdo del viejo Randall, tomé una resolución inesperada. Abrí el cierre, destapé una por una todas las botellas con un sacacorchos de bolsillo y le pedí a Uma que vertiera su contenido por la veranda.

Después de vaciar la última botella volvió y me miró un tanto perpleja.

—¿Por qué tú hace? —preguntó.

—No bueno —respondí, pues había recuperado en parte el habla—. Hombre que bebe no bueno.

Ella asintió pero se quedó meditándolo.

—¿Y por qué tú trae? —preguntó por fin—. Si no quiere beber, no trae bebida.

—Cierto —dije—. Antes bebía mucho, pero ahora ya no quiero. No sabía que tendría mujer. Supón que bebo ginebra y mi mujer se asusta.

No me sentía capaz de seguir hablándole con amabilidad: me había prometido a mí mismo no demostrar debilidad con los nativos y mi única escapatoria era cortar por lo sano.

Se quedó mirándome muy seria mientras yo me sentaba en una maleta vacía.

—Creo que tú bueno —dijo. Y de pronto se tumbó delante de mí en el suelo—. ¡De todos modos soy tuya! —exclamó.

2

La prohibición

Salí a la veranda justo antes de que saliera el sol por la mañana. Mi casa era la que estaba más al este de todo el pueblo y tenía justo detrás un cabo cubierto de árboles y

riscos que ocultaba el amanecer. Al oeste corría un arroyo muy frío y más allá se extendían los campos del pueblo, sembrados de cocoteros, árboles del pan y algunas casas. Unas tenían las persianas bajadas y otras las tenían abiertas; vi las mosquiteras todavía tendidas y la gente que acababa de despertarse y que estaba sentada detrás de ellas, otros pululaban por los prados, envueltos en su ropa de dormir, como los beduinos de las ilustraciones de la Biblia. Reinaba un silencio mortal, frío y solemne, y la luz del amanecer se reflejaba en la laguna como el resplandor de un incendio.

Pero lo que me preocupaba estaba mucho más cerca. Alrededor de una docena de jóvenes y niños habían formado un semicírculo en torno a mi casa. El río los separaba y había algunos en la orilla más próxima, otros en la orilla opuesta y un tercer grupo en una roca que había en el centro; estaban muy callados envueltos en sus sábanas y nos miraban a mí y a la casa con la fijeza de un perro perdiguero. Me pareció todo muy extraño. Después de asearme volví a asomarme y me encontré con que seguían allí e incluso se les habían unido unos cuantos más, lo cual me pareció todavía más extraño. ¿Por qué estarían contemplando así mi casa?, me pregunté, y entré por segunda vez.

Sin embargo, el recuerdo de aquellos curiosos me rondaba por la imaginación y volví a salir poco después. El sol estaba ya alto, pero seguía tapado por el montículo boscoso del cabo: debía de haber pasado poco más de un cuarto de hora. La muchedumbre había aumentado notablemente y la orilla opuesta del río estaba llena de gente, puede que hubiera allí unos treinta adultos y el doble de niños, unos de pie, otros sentados y todos mirando mi casa. Una vez yo había visto rodear así una casa en un pueblo de los mares del Sur, pero era porque un comerciante estaba azotando a su mujer y ella no paraba de chillar. Aquí no pasaba nada de eso: la cocina estaba encendida, el humo se elevaba cristianamente en el cielo y todo estaba en perfecto orden al estilo de Bristol. Cierto que había llegado un extranjero, pero ya habían tenido ocasión de verlo el día anterior y lo habían recibido con mucha calma. ¿Qué les inquietaba ahora? Apoyé los brazos en la barandilla y les devolví la mirada. Que me aspen si alguno de ellos parpadeó. De vez en cuando veía charlar a algunos niños, pero hablaban tan bajo que ni siquiera alcanzaba a oír el murmullo de su conversación desde donde estaba. Los demás parecían imágenes talladas, me miraban fijamente, mudos y tristes, con sus ojos brillantes, y se me ocurrió que las cosas no habrían sido muy diferentes si yo hubiese estado en el patíbulo y aquella buena gente hubiese ido a ver cómo me ahorcaban.

Noté que empezaba a intimidarme y temí que pudiera notárseme, cosa que no me convenía lo más mínimo. Me incorporé y fingí desperezarme, bajé por las escaleras de la veranda y me acerqué paseando hacia el río. Se produjo un breve murmullo, como el que se oye en los teatros cuando levantan el telón, y los que estaban más cerca dieron un paso atrás. Vi que una chica apoyaba la mano en un joven y hacía un gesto hacia arriba con la otra, al tiempo que pronunciaba unas palabras en lengua nativa con voz entrecortada. Había tres niños sentados a menos de un metro del

camino por donde yo tenía que pasar. Envueltos en sus sábanas, con las cabezas afeitadas y unas trencitas en la coronilla y su extraña expresión parecían unas de esas figuras que se ponen sobre la repisa de la chimenea. Estaban sentados en el suelo tan solemnes como jueces, yo seguí andando a buen paso, como si tuviese algo que hacer, y me pareció ver una mueca y un estremecimiento en las tres caras. Luego uno (el que estaba más lejos) se incorporó y corrió a buscar a su madre. Los otros dos trataron de seguirlo, se enredaron en las sábanas y cayeron al suelo, y poco después los tres, dos de ellos tan desnudos como cuando llegaron al mundo, se alejaban corriendo y chillando como cerdos. Los nativos, que se reirían de algo gracioso incluso en un entierro, soltaron una carcajada tan breve como el ladrido de un perro.

Dicen que lo que más asusta a un hombre es estar solo. No es cierto. Lo que asusta de la oscuridad o la jungla es que no se puede estar seguro de que no haya un ejército oculto allí cerca. Lo que asusta es estar en mitad de una multitud y no saber qué es lo que pretende. Cuando cesaron las risas, yo también me detuve. Los niños no habían dejado de huir y seguían corriendo a toda prisa para alejarse de mí. En ese instante me di la vuelta. Había salido a toda prisa como un idiota y como un idiota me volví. Debí de parecerles muy gracioso, y lo que me desanimó tontamente fue que esta vez nadie se rio, solo una vieja soltó una especie de gemido piadoso, como los que se oyen en las iglesias de los protestantes no conformistas a la hora del sermón.

—Nunca había visto canacos tan estúpidos como los de tu pueblo —le espeté a Uma mientras observaba a los curiosos desde la ventana.

—Yo no sabe nada —dijo Uma, con una especie de expresión disgustada que adoptaba a veces.

Y eso fue todo lo que hablamos de aquel asunto, pues yo estaba furioso y a Uma aquello le pareció tan normal que hizo que me sintiese avergonzado.

Aquellos idiotas, unas veces más numerosos y otras menos, se pasaron casi todo el día rondando el ala occidental de la casa y el otro lado del río a la espera de algún espectáculo, Dios sabe cuál, aunque supongo que sería a que descendiese un fuego del cielo que me consumiera a mí y a mi equipaje. Sin embargo, como auténticos isleños, acabaron por hartarse de esperar y se fueron a bailar a la casa grande, donde los oí cantar y dar palmas hasta casi las diez de la noche, y a la mañana siguiente fue como si se hubieran olvidado de mi existencia. Si hubiese descendido un fuego del cielo o me hubiera tragado la tierra, no habría habido nadie para verlo o tomar nota de la lección, o como quiera uno llamarlo. Aunque no tardaría en descubrir que no me habían olvidado y que seguían atentos por si se producía el fenómeno.

Aquellos dos primeros días estuve muy ocupado organizando las mercancías y haciendo recuento de lo que había dejado Vigours. Aquello me asqueaba y me impedía pensar en otra cosa. Ben había hecho inventario en el viaje anterior, yo sabía que podía confiar en él, pero era evidente que alguien se había estado aprovechando de la ocasión entretanto. Descubrí que faltaba lo equivalente a casi seis meses de

salario y beneficios, y me maldije por haber sido tan idiota de pasar el rato bebiendo con aquel tal Case en lugar de ocuparme de mis asuntos y hacer inventario.

En cualquier caso, de nada sirve llorar sobre la leche derramada. Lo hecho, hecho estaba, y no tenía remedio. Lo único que me restaba por hacer era organizar lo poco que quedaba y las mercancías que yo había llevado, exterminar las ratas y las cucarachas y establecerme al estilo de Sidney. Hice un buen trabajo y a la tercera mañana, cuando encendí la pipa y salí al umbral a contemplar las montañas, los cimbreantes cocoteros y la copra, y vi a los elegantes del pueblo paseando por los prados y calculé los metros de tela estampada que necesitarían para sus faldas y vestidos, sentí que estaba en el sitio adecuado para hacer fortuna, volver a casa y poner una taberna. Ahí estaba yo, sentado en la veranda, en el lugar más hermoso que quepa imaginar, con un sol espléndido y una brisa suave, fresca y saludable, que hacía correr la sangre como los baños de mar, soñando con Inglaterra, que no deja de ser un agujero frío, fangoso y desagradable, donde apenas hay luz suficiente para leer, e imaginando las caras de mis parroquianos en una taberna en una calle tan ancha como una avenida y con un cartel colgando de un árbol.

Así pasó la mañana, pero el día transcurrió sin que nadie se acercara a verme y, por mi experiencia con los nativos de otras islas, aquello me pareció muy raro. La gente se burlaba de nuestra empresa y de sus limpios puestos comerciales, en particular de este puesto de Falesá: toda la copra de la región (les oí decir) no bastaría para amortizar aquella inversión ni en cincuenta años, lo que a mi parecer era más que exagerado. Pero a medida que pasaba el día sin hacer ninguna transacción empecé a sentirme abatido, y hacia las tres de la tarde salí a dar un paseo para animarme. En el prado vi a un hombre blanco con sotana y supe por ella y por su expresión que era un sacerdote. Por su aspecto daba la impresión de ser buena persona, muy canoso y tan sucio que se podría haber escrito con él en una hoja de papel.

—Buenos días, señor —le dije.

Él me respondió ansioso en lengua nativa.

—¿No habla usted inglés? —pregunté.

—Francés —respondió.

—Vaya —dije—, pues lo siento, pero no sé si vamos a entendernos.

Trató de hablarme en francés, y luego otra vez en lengua nativa, que debió de parecerle el mejor modo de hacerse entender. Yo reparé en que pretendía algo más que pasar un rato conmigo y que tenía algo que comunicarme y me esforcé por comprender lo que decía. Oí los nombres de Adams, Case y Randall, sobre todo el de Randall, la palabra «veneno» o algo parecido y una palabra nativa que repetía mucho. Volví a casa repitiéndola para mis adentros.

—¿Qué significa *fusi-oqui*[12]? —le pregunté a Uma, pues no acerté a pronunciarlo mejor.

—Matar —respondió ella.

—¡Demonios! —exclamé—. ¿Alguna vez has oído decir que Case hubiera envenenado a Johnny Adams?

—Todo el mundo sabe —replicó Uma con desdén—. Él da arena blanca…, arena mala. Todavía tiene botella. Si él da ginebra, tú no bebe.

Yo había oído historias parecidas en otras islas y siempre con el mismo polvo blanco de por medio, así que no le di ninguna importancia. Sin embargo, fui a casa de Randall para ver qué podía averiguar, y encontré a Case limpiando la escopeta en las escaleras.

—¿Hay buena caza por aquí? —pregunté.

—Desde luego —respondió él—. En esa jungla hay todo tipo de pájaros. Ojalá la copra fuese tan abundante —añadió con pillería—, pero no hay manera.

Vi a Jack el negro atendiendo a un parroquiano en la tienda.

—Pues no parece que vaya tan mal el negocio —observé.

—Es la primera venta que hacemos en tres semanas —respondió.

—No me diga —repuse—. Así que tres semanas, ¿eh? Vaya, vaya.

—Si no me cree —exclamó con cierto acaloramiento—, vaya a echar un vistazo al almacén de copra. Está medio vacío.

—De poco me serviría —respondí—. Por lo que sé, tal vez estuviese vacío del todo ayer.

—Eso es cierto —dijo él con una risita.

—A propósito —dije—, ¿qué tal es ese cura? Parece un buen tipo.

Entonces Case soltó una ruidosa carcajada.

—¡Ah —dijo—, ahora entiendo lo que le preocupa! Galuchet ha ido a verle.

En realidad, todo el mundo lo conocía por el padre Chanclos, pero Case siempre le daba un tono francés, otro de los motivos por los que se le consideraba superior a los demás.

—Pues sí, lo he visto —respondí—. Y me pareció que no tenía muy buena opinión de usted ni del capitán Randall.

—¡Desde luego que no! —exclamó Case—. Es por todo el lío del pobre Adams. El último día, cuando estaba en su lecho de muerte, vino a verlo el joven Buncombe. ¿Ya conoce a Buncombe? —Le respondí que no—. ¡Buncombe es un bicho raro! —se burló Case—. El caso es que se le metió en la cabeza que como no había otro clérigo a mano, aparte de los pastores canacos, debíamos llamar al padre Galuchet para que le administrara los últimos sacramentos. Ya supondrá que a mí me traía sin cuidado, así que le respondí que, en mi opinión, a quien tenía que preguntárselo era a Adams. No paraba de decir con gestos de loco que le habían mojado la copra. «Oiga», le dije, «está usted muy enfermo. ¿Quiere que mandemos venir a Chanclos?». Se apoyó en el codo y dijo: «Tráigame al cura, tráigamelo, no me deje morir aquí como un perro». Habló con mucha rabia y vehemencia, pero lo que dijo me pareció sensato y no tuvimos nada que objetar, así que enviamos a preguntarle a Galuchet si estaba dispuesto a venir. ¡Y vaya si lo estuvo! Solo de pensarlo daba

saltos de contento. Pero no habíamos contado con papi. Papi es un baptista convencido, y pensó que no había por qué llamar a ningún papista y cerró la puerta con llave. Buncombe le dijo que era un fanático y por poco le dio un ataque. «¡Fanático!», dijo. «¿Yo fanático? ¿Será posible que tenga que aguantar esto de un don nadie como tú?». Y se abalanzó sobre Buncombe y tuve que separarlos. Y mientras tanto Adams había vuelto a perder la cabeza y seguía desbarrando acerca de la copra como un auténtico chiflado. Aquello parecía un vodevil, yo me estaba desternillando de risa cuando de pronto Adams se sentó, se golpeó el pecho con la mano y entró en coma. Murió de mala manera, el pobre —añadió Case con una especie de súbita severidad.

—¿Y qué fue del cura? —pregunté.

—¿Del cura? —repitió Case—. ¡Oh!, estuvo aporreando la puerta, y llamando a los nativos para que le ayudaran a echarla abajo y salmodiando que tenía un alma por salvar y otras cosas por el estilo. Se puso hecho una furia. Pero ¿qué se le iba a hacer? Johnny ya estaba listo y despachado y era inútil administrarle nada. Luego Randall se enteró de que el cura estaba rezando en la tumba de Johnny. Papi estaba muy borracho, cogió una maza, se fue allí directo y se encontró a Chanclos arrodillado y a un montón de nativos mirándolo. Cualquiera diría que a papi no le interesa nada más que el licor, pero él y el cura estuvieron dos horas insultándose en la lengua nativa, y cada vez que Chanclos trataba de arrodillarse, papi trataba de atizarle con la maza. Nunca hubo tanto revuelo en Falesá. Al final, al capitán Randall le dio un ataque o algo parecido y el cura pudo salirse con la suya. Pero nunca se vio un cura más airado y fue a quejarse a los jefes acerca del ultraje, como él lo llamó. No le sirvió de nada, pues los jefes son protestantes y además llevaba un tiempo incordiándoles por lo del tambor de la escuela matutina y se alegraron de poder vengarse. Ahora jura que Randall envenenó a Adams, y cada vez que se ven se hacen muecas el uno al otro como babuinos.

Me contó aquella historia con mucha naturalidad, como si le pareciera divertida, y eso que, ahora que lo pienso, después de tanto tiempo, a mí me parece repugnante. Aunque Case nunca fue ningún blando, sino un hombre hecho y derecho, y, para ser sincero, me dejó muy confundido.

Volví a casa y le pregunté a Uma si era una *popei*, que, según había podido averiguar, era como los nativos llamaban a los católicos.

—*E le ai!* —respondió, pues siempre que negaba algo empleaba su propia lengua, que ciertamente sonaba muy contundente—. *Popei* no buenos —añadió.

Luego le pregunté por Adams y el cura y me contó más o menos la misma historia aunque a su manera. Así que no pude sacar nada en claro y concluí que la trifulca se había debido al asunto de los sacramentos y que lo del envenenamiento eran meras habladurías.

Al día siguiente era domingo y no tenía que atender el negocio. Uma me preguntó por la mañana si iba a «rezar», yo le respondí que podía apostar cualquier cosa a que

no, y ella también se quedó en casa sin volver a hablar del asunto. Me pareció que su comportamiento no era propio de una nativa, y menos de una nativa que tenía ropa nueva que exhibir; de todos modos, se ajustaba tan bien a mis propios deseos que no le di mayor importancia. Lo raro es que luego estuve a punto de ir a la iglesia, cosa que no creo que olvide jamás. Había salido a dar un paseo y oí cantar un himno. Ya se sabe cómo es eso: uno oye cantar a la gente y se siente atraído, así que pronto estuve junto a la iglesia. Era un edificio pequeño, construido de coral y redondeado por los extremos como el bote de un ballenero, con un enorme techo al estilo indígena en lo alto, ventanas sin persianas y varias entradas sin puertas. El caso es que asomé la cabeza por una ventana y lo que vi fue tan nuevo para mí —comparado con lo que yo conocía de otras islas— que me quedé a mirar. La congregación estaba sentada en el suelo sobre unas esteras, las mujeres a un lado y los hombres a otro. Todos iban vestidos con sus mejores galas: las mujeres con vestidos y sombreros y los hombres con camisas y chaquetas blancas. El himno concluyó y el pastor, un canaco joven y robusto, subió al púlpito y empezó a predicar como si le fuera la vida en ello, y por el modo en que agitaba las manos e impostaba la voz, y por cómo argumentaba y parecía discutir con los feligreses, comprendí que era todo un maestro en aquel arte. Pues bien, de pronto alzó la mirada y reparó en mi presencia, y palabra que se tambaleó en el púlpito. Los ojos parecieron salírsele de las órbitas, levantó la mano y me señaló como en contra de su voluntad e interrumpió su sermón ahí mismo.

No me resulta muy agradable confesarlo, pero salí huyendo; y, si mañana sufriera la misma impresión, estoy seguro de que volvería a hacerlo. Ver a aquel canaco tan locuaz, a quien mi mera presencia parecía haber golpeado como el rayo, hizo que sintiera que la tierra se hundía bajo mis pies. Volví a casa y me quedé allí, y no dije nada. Podía haberle dicho algo a Uma, pero eso iba contra mis principios. Podía haber ido a consultarle a Case, pero lo cierto es que me avergonzaba contárselo y pensaba que se burlaría en mi cara. Así que no dije nada y estuve dándole vueltas a lo sucedido, y cuanto más lo pensaba menos me gustaba todo aquel asunto.

El lunes por la noche comprendí claramente que me había convertido en tabú. Era increíble que un almacén nuevo llevase dos días abierto en un pueblo y ni un solo hombre o mujer se hubiesen acercado a ver las mercancías.

—Uma —le dije—, creo que soy tabú.

—Eso creo —respondió ella.

Estuve pensando un rato si preguntarle algo más, pero es mala idea darles a los nativos la impresión de que uno necesita consultarles, así que fui a ver a Case. Había oscurecido y estaba solo, como casi siempre, fumando en las escaleras.

—Case —le dije—, aquí pasa algo raro. Me he convertido en tabú.

—¡Bobadas! —exclamó—. No es costumbre en estas islas.

—Puede que sí o puede que no —repuse—. Lo era donde estuve antes, de modo que sé muy bien en qué consiste, y el hecho es que ahora soy tabú.

—Bien —dijo él—, ¿y por qué motivo iba a serlo?

—Eso mismo es lo que quiero averiguar —contesté.

—No puede ser —respondió él—, es imposible. De todos modos, le diré lo que haré, aunque sea solo por tranquilizarle: iré a dar una vuelta por ahí y me aseguraré. Usted entre ahí y charle un rato con papi.

—Gracias —le dije—, prefiero quedarme aquí en la veranda: su casa es muy pequeña.

—Entonces le diré a papi que salga —contestó.

—Mi querido amigo —objeté yo—, prefiero que no lo haga. Lo cierto es que el señor Randall no me es simpático.

Case soltó una carcajada, cogió una linterna de la tienda y se marchó hacia el pueblo. Estuvo fuera cerca de un cuarto de hora y cuando regresó estaba muy serio.

—Vaya —dijo, cerrando la portezuela de la linterna en los escalones de la veranda—, jamás lo habría creído. No sé adónde llegará el descaro de estos canacos, parecen haberles perdido el respeto a los blancos. Lo que necesitamos es un barco de guerra: uno alemán, a ser posible…, ellos sí saben cómo tratar a los canacos.

—Entonces ¿soy tabú? —exclamé.

—Algo por el estilo —dijo—. Nunca había oído algo parecido. Pero estoy con usted, Wiltshire, como un solo hombre. Venga mañana por la mañana a las nueve e iremos a ver a los jefes. Me temen, o al menos antes me temían, aunque se han vuelto tan engreídos que no sé qué pensar. Entiéndame, Wiltshire, no lo considero solo problema suyo —prosiguió con gran resolución—, sino problema de todos, problema de los blancos, y le apoyaré en todo lo que pueda, aquí está mi mano.

—¿Ha conseguido averiguar el motivo? —pregunté.

—Todavía no —dijo Case—. Pero lo arreglaremos por la mañana.

En conjunto, quedé muy satisfecho con su actitud y aún más al día siguiente al verlo tan serio y decidido cuando quedamos para ir a ver a los jefes. Estos nos esperaban en una de sus grandes casas ovaladas que distinguimos desde lejos por la gran multitud que aguardaba bajo sus aleros, al menos debía de haber cien hombres, mujeres y niños. Muchos de los hombres, que iban de camino del trabajo, vestían guirnaldas verdes, y me recordaron al primero de mayo en casa. La multitud se apartó entre susurros con una molesta animación para dejarnos pasar. Nos estaban esperando cinco jefes, cuatro de ellos eran hombres apuestos y el quinto era viejo y arrugado. Estaban sentados sobre esteras con sus faldas y chaquetas blancas, llevaban abanicos en las manos como si fuesen damas refinadas, y los dos más jóvenes llevaban al cuello medallas católicas, lo que me dio mucho que pensar. Nuestro sitio estaba preparado y las esteras extendidas delante de aquellos grandes en la parte más cercana de la casa, el centro estaba vacío. La multitud, a nuestra espalda, murmuraba y se ponía de puntillas para ver algo, y sus sombras se proyectaban sobre los limpios guijarros del suelo. Yo estaba un poco inquieto por la excitación del populacho, pero el aspecto sereno y correcto de los jefes me tranquilizó, sobre todo cuando su portavoz pronunció un largo discurso en voz baja, señalándonos en ocasiones a Case

y en ocasiones a mí y golpeando de vez en cuando con los nudillos en la estera. Una cosa estaba clara: no había indicios de cólera en los jefes.

—¿Qué ha dicho? —pregunté cuando concluyó.

—¡Oh!, solo que se alegran de verle, que tienen entendido que tiene usted algún tipo de queja y que hable usted y ellos harán lo que consideren correcto.

—Pues se ha tomado su tiempo para decirlo —repuse.

—¡Ah!, el resto han sido halagos, *bonjour* y ese tipo de cosas —me explicó Case —, ¡ya sabe cómo son los canacos!

—Bueno, de mí no van a oír muchos *bonjour* —dije—. Dígales quién soy. Un hombre blanco y un súbdito británico y un gran jefe en mi país, que he venido a ayudarles y traerles la civilización, ¡y que, nada más preparar mis mercancías, me han convertido en tabú y nadie se atreve a acercarse a mi almacén! Explíqueles que no me opongo a nada que sea legal y que, si lo que quieren es un regalo, haré lo que sea justo. Dígales que comprendo que cada cual vele por sus intereses y que hacerlo entra dentro de la naturaleza humana, pero que, si se creen que van a imponerme sus ideas nativas, comprobarán que se equivocan. Y acláreles que, como hombre blanco y súbdito británico, exijo conocer los motivos de semejante trato.

Ese fue mi discurso. Sé cómo tratar a los canacos: si uno es sincero con ellos y apela al sentido común (en eso tengo que hacerles justicia), siempre acaban por atenerse a razones. En el fondo no tienen ni gobierno ni leyes verdaderas y eso es lo que hay que tratar de hacerles comprender, e, incluso si los tuvieran, sería ridículo que trataran de imponérselos a los blancos. Nada más absurdo que venir hasta tan lejos y luego no poder hacer lo que queramos. Siempre me ha sacado de quicio esa idea y no ahorré palabras gruesas. Case se las tradujo, o más bien fingió hacerlo, y el primer jefe contestó, y luego el segundo y el tercero, todos del mismo modo amable y gentil, pero solemne en el fondo. En una ocasión le preguntaron algo a Case, él respondió y todos (tanto los jefes como el populacho) se rieron a carcajadas y me miraron. Por fin el viejo arrugado y el jefe más joven que había hablado la primera vez empezaron a someter a Case a una especie de interrogatorio. A veces tuve la impresión de que Case trataba de escabullirse mientras ellos le acosaban como sabuesos, reparé en que el sudor le corría por la frente y no me pareció buena señal; al oír alguna de sus respuestas, la multitud gimió y murmuró, cosa que resultaba aún más inquietante. Es una auténtica lástima que yo no conociese la lengua nativa, pues (según creo ahora) le preguntaron a Case por mi matrimonio y él debió de pasar un mal rato tratando de librarse de ellos. Pero no vale la pena preocuparse por Case, pues tenía inteligencia de sobra para presidir un parlamento.

—Bueno, ¿eso es todo? —pregunté en un momento de pausa.

—Vamos —dijo mientras se enjugaba la frente—. Se lo explicaré fuera.

—¿Quiere decir que no van a retirar el tabú? —exclamé.

—Es muy extraño —replicó él—. Se lo explicaré fuera. Es mejor que nos vayamos.

—No pienso aceptarlo —grité—. No soy de los que se dejan intimidar. No me verá acobardarme ante un hatajo de canacos.

—Pues más le valdría hacerlo.

Me miró de forma admonitoria, y los cinco jefes me contemplaron con cortesía pero con hostilidad mientras el resto de la gente me observaba entre codazos y empujones. Recordé a los que habían estado rodeando mi casa y cómo se había estremecido el pastor en el púlpito al verme y todo me pareció tan absurdo que me levanté y seguí a Case. La multitud volvió a dejarnos paso, los niños se pusieron a correr y a gritar y todos contemplaron cómo se alejaban los dos hombres blancos.

—Bueno —dije—, ¿se puede saber qué es lo que pasa?

—La verdad es que no acierto a comprenderlo. Por lo visto le han cogido manía —repuso Case.

—¡Así que soy tabú porque me han cogido manía! —exclamé—. Nunca he oído nada parecido.

—Es algo peor —dijo Case—. No es usted tabú, ya le dije que no podía tratarse de eso. Lo único que ocurre es que no quieren acercársele, Wiltshire.

—¿Que no quieren acercárseme? ¿Qué quiere decir con eso? ¿Por qué no quieren acercárseme? —grité.

Case dudó un momento.

—Al parecer, están asustados —dijo en voz baja.

Me paré en seco.

—¿Asustados? —repetí—. ¿Se ha vuelto loco, Case? ¿De qué están asustados?

—Ojalá lo supiera —respondió Case moviendo la cabeza—. Creo que se trata de una de sus supersticiones. Eso es lo que no entiendo —dijo—, es lo mismo que ocurrió con Vigours.

—Espero que no le importe explicarme qué es lo que quiere decir con eso —repliqué yo.

—En fin, ya sabe que Vigours se largó dejando todo abandonado —respondió—. Fue por alguna superstición, nunca llegué a saber de qué se trataba, pero la cosa fue tomando cada vez un cariz peor.

—A mí me han contado una versión diferente —repuse—, más vale que se lo diga. He oído decir que usted fue el culpable de que se fuese.

—¡Oh!, bueno, supongo que le avergonzaba contar la verdad —dijo Case—, debía de parecerle una tontería. Y es cierto que fui yo quien lo animó a marcharse. Me preguntó: «¿Qué harías tú, amigo?», y yo le respondí: «Largarme sin pensármelo dos veces». Me alegró mucho que se fuese. No soy de los que le dan la espalda a un amigo cuando tiene dificultades, pero el pueblo estaba tan revuelto que era imposible saber cómo acabaría aquello. Fue una estupidez por mi parte pasar tanto tiempo con Vigours. Todavía hoy me lo reprochan. ¿No ha oído a Maea, el jefe más joven y corpulento, repetir algo sobre «Vika»? Se referían a él, es como si no le perdonaran algo.

—Todo eso está muy bien —dije yo—, pero no explica lo que ocurre, ni lo que les asusta, ni en lo que están pensando.

—Ojalá lo supiera —respondió Case—, no puedo decirle más.

—Podría habérselo preguntado —le reproché.

—Y lo hice —repuso—, pero, a menos que sea usted ciego, ya habrá notado que eran ellos quienes llevaban la voz cantante. Estoy dispuesto a llegar tan lejos como sea razonable por otro hombre blanco, pero cuando las cosas se ponen feas tengo que pensar primero en mis intereses. Mi defecto es que soy demasiado buena persona. Y permita que le diga que demuestra usted una extraña gratitud por alguien que se ha metido en este lío por usted.

—Pensándolo bien —repliqué—, dice usted que fue una estupidez pasar tanto tiempo con Vigours, así que es una suerte que no haya hecho lo mismo conmigo. De hecho, ahora caigo en que nunca ha venido a verme a mi casa. Hable de una vez, ¿sabía usted algo de esto?

—Es cierto que no he ido a verle —dijo—. Ha sido un descuido por mi parte, y lo lamento, Wiltshire. Pero en cuanto a ir ahora, le seré franco…

—¿Quiere decir que no vendrá? —pregunté.

—Lo siento mucho, amigo, pero así son las cosas —respondió Case.

—En resumen, que tiene usted miedo —dije.

—En resumen, lo tengo.

—¿Y voy a seguir siendo tabú por nada? —insistí.

—Ya le he dicho que no es usted tabú —replicó—. Lo único que ocurre es que los canacos no quieren acercársele. ¿Y quién va a obligarles? Los comerciantes tenemos un atrevimiento a prueba de bombas: obligamos a esos pobres canacos a abandonar sus leyes y sus tabúes según nos conviene. Pero no querrá usted que se dicte una ley que obligue a la gente a comprar en su almacén tanto si quieren como si no. No irá a decirme que su osadía llega tan lejos. Y, aunque lo fuese, sería un poco raro proponérmelo a mí. Deje que le recuerde, Wiltshire, que yo también soy comerciante.

—Si fuese usted, yo no hablaría de atrevimiento —repuse—. Por lo que veo, todo se reduce a esto: nadie del pueblo va a comerciar conmigo y todos comerciarán con usted. Así que usted se quedará con la copra y yo puedo irme al diablo. Yo no hablo la lengua nativa, usted es el único que habla inglés, ¿y lo único que puede decirme es que no sabe qué es lo que pasa?

—Es todo lo que puedo decirle —respondió—. No sé nada más, ojalá lo supiera.

—De modo que me da usted la espalda y deja que me las arregle solo: ¿es eso? —insistí.

—No hay por qué ponerse tan desagradable —dijo—. Yo no lo plantearía así. Lo único que digo es que tengo intención de apartarme de usted y que, de lo contrario, yo también correría peligro.

—¡Bien! —exclamé—, ¡bonito ejemplar de hombre blanco está usted hecho!

—¡Oh!, comprendo que se enfade —dijo—. Yo también lo haría. Le presento mis excusas.

—Muy bien —dije yo—, pues vaya a presentárselas a otro. Siga por su camino que yo seguiré por el mío.

Así nos separamos y me volví a casa muy enfadado. Al llegar encontré a Uma revolviendo las mercancías como una niña.

—¡Eh! —le dije—, déjate ya de tonterías. Menudo desorden has organizado…, ¡como si no tuviera ya bastantes preocupaciones! Además, creí haberte dicho que preparases la cena. —Luego le hablé con cierta aspereza tal como se tenía merecido. Ella se puso en pie en el acto, como un centinela al ver a un oficial, pues debo decir que estaba muy bien educada y les tenía mucho respeto a los blancos—. Tú eres de por aquí, así que debes de entender de estas cosas: ¿por qué soy tabú?, y, si no lo soy, ¿de qué tiene miedo la gente?

Ella me miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Tú no sabe? —balbució por fin.

—No —respondí—. ¿Cómo quieres que lo sepa? En mi país no tenemos estas locuras.

—¿*Ese* no cuenta a ti? —insistió.

(*Ese* era como los nativos llamaban a Case; la palabra puede significar «extranjero», «extraordinario» o un tipo de manzana, pero lo más probable es que fuese solo su nombre mal pronunciado y adaptado al habla de los canacos).

—No mucho —repuse.

—Maldito *Ese* —gritó.

Pudiera pensarse que debió de resultar gracioso ver a una canaca soltando aquel juramento. Pero no. No estaba blasfemando, ni parecía encolerizada, estaba por encima de eso y sabía muy bien lo que decía. Se quedó allí muy erguida mientras hablaba y en justicia tengo que reconocer que jamás he visto a una mujer así, ni antes ni después, y me impresionó tanto que me quedé sin palabras. Luego hizo una especie de orgullosa reverencia y extendió las manos abiertas.

—Yo vergüenza —dijo—. Pensaba que tú sabe. *Ese* dijo que tú sabe, dijo que tú no importa, que tú quiere mucho a mí. Tabú es por mí —dijo rozándose el pecho, igual que había hecho la noche de nuestra boda—. Ahora yo voy lejos y tabú también va. Luego tú tiene mucha copra. Creo que tú prefiere. *Tofá, alii* —dijo en lengua nativa—. ¡Adiós, jefe!

—Espera —exclamé—. Maldita sea, no tengas tanta prisa.

Me miró de soslayo con una sonrisa.

—Ahora tú tiene mucha copra —dijo igual que si le ofreciera caramelos a un niño.

—Uma, sé razonable. La verdad es que no lo sabía y que Case parece habernos gastado una jugarreta a los dos. Pero ahora sí lo sé, y no me importa: te quiero demasiado. Tú no vas lejos, no deja a mí, yo muy triste.

—¡Tú no quiere! —exclamó—, ¡tú habla mal!

Y se arrojó al suelo en un rincón y empezó a llorar.

En fin, no soy ningún experto, pero tampoco he nacido ayer, y supe que lo peor había pasado ya. En cualquier caso, ahí estaba, dándome la espalda de cara a la pared y estremecida y sollozante como una niña pequeña, de modo que sus pies parecían saltar con el movimiento. Es extraño cómo somos cuando nos enamoramos, pues de nada sirve andarse con eufemismos, y, por muy canaca que fuese, yo estaba enamorado de ella. Traté de cogerla de la mano, pero ella no se dejó.

—Uma —le dije—, no tiene sentido que sigas llorando. Quiero que te quedes, quiero que seas mi mujer, te lo aseguro.

—¡No verdad! —sollozó.

—Muy bien —respondí—. Esperaré hasta que te serenes un poco.

Me senté junto a ella en el suelo y empecé a acariciarle el cabello con la mano. Al principio se apartó de mi abrazo, pero luego pareció no reparar en mi presencia y sus sollozos fueron disminuyendo hasta cesar del todo; después alzó el rostro y me miró.

—¿Tú dice verdad? ¿Tú quiere que quede? —preguntó.

—Uma —respondí—, te prefiero a toda la copra de los mares del Sur.

Era mucho decir, pero lo raro es que hablaba en serio.

Me rodeó con sus brazos, se acercó y apretó su cara contra la mía, que es como se besa en las islas, de modo que me empapó con sus lágrimas y terminó así de cautivar mi corazón. Nunca he estado tan cerca de nadie como de aquella joven morena. Eran tantas cosas juntas que la cabeza me dio vueltas. Ella era preciosa, una mujer, mi esposa y una especie de bebé que me inspiraba lástima, todavía tenía la sal de sus lágrimas en la boca y me avergonzó haberle hablado con rudeza a mi única amiga en aquel lugar. Me olvidé de Case y de los nativos, y olvidé también que no sabía nada de aquella historia, o lo recordé tan solo para olvidarlo; olvidé que nadie iba a venderme copra, por lo que no podría ganarme la vida; y olvidé a mis patronos y el extraño servicio que iba a hacerles al poner mi capricho por delante de sus intereses, y olvidé incluso que Uma no era verdaderamente mi mujer, sino una pobre joven engañada del modo más ruin. Aunque eso es adelantarse demasiado. Ya me ocuparé de ello después.

Cuando nos acordamos de cenar se había hecho tarde. La cocina se había apagado y estaba fría, pero volvimos a encenderla y preparamos un plato cada uno, ayudándonos, molestándonos y jugando como si fuésemos niños. Necesitaba tanto tenerla cerca que me senté a cenar con ella en las rodillas, la sujeté con una mano y comí con la otra. Sí, y no solo eso. Uma era la peor cocinera del mundo, los platos que ella preparaba se le habrían indigestado a un caballo, sin embargo cené lo que ella había cocinado y no recuerdo que nada me haya gustado nunca tanto.

No traté de engañarme a mí mismo ni de mentirle a ella. Comprendí que estaba perdidamente enamorado y que si ella quería burlarse de mí podría hacerlo. Y supongo que eso fue lo que la animó a hablar, pues ahora estaba segura de que la

quería. Me contó muchas cosas sentada en mi regazo y comiendo de mi plato mientras yo comía del suyo: acerca de ella, su madre y Case, todas muy aburridas si tuviese que consignarlas tal cual me las relató en lengua macarrónica, aunque daré una breve idea de ellas, y contaré de paso algo de mí que, como pronto se verá, tuvo gran importancia en mis intereses.

Por lo visto, había nacido en una de las islas del ecuador; había pasado solo dos o tres años en aquel lugar, donde había llegado con un hombre blanco que se había casado con su madre y luego había muerto; llevaba solo un año en Falesá. Antes, habían viajado mucho, yendo de aquí para allá detrás del hombre blanco, que era uno de esos que vagan por el mundo en busca de un trabajo fácil. Hablan de ir a buscar oro al otro extremo del mundo, pero si uno quiere una ocupación que le dure toda la vida, nada mejor que ponerse a buscar un trabajo fácil. La comida y la bebida están garantizadas, pues nunca faltan la cerveza y los arenques, y uno casi nunca está sobrio. En cuanto a los deportes, siempre encontrará algún reñidero donde haya peleas de gallos. El caso es que aquel vago arrastró a su mujer y a su hija por todas partes, pero sobre todo por las islas más alejadas, donde no había policía y tal vez estuviera aguardándole el trabajo fácil. Tengo mi propia opinión acerca de aquel fulano, pero me alegra que no llevase a Uma a Apia y Papiti u otras ciudades portuarias igual de corrompidas. Por fin, fue a parar a Fale-alii en esta isla, consiguió unas cuantas mercancías, Dios sabe cómo, lo despilfarró todo como siempre y murió casi arruinado, salvo por una franja de terreno en Falesá que había cobrado en pago de una deuda y que fue lo que les dio la idea a madre e hija de instalarse allí. Al parecer Case las animó y les ayudó a construir su casa. En esa época era muy amable y le compró mercancía a Uma, en quien no hay duda de que se había fijado desde el principio. No obstante, nada más instalarse, fue a verlas un joven nativo que quería casarse con ella. Era un jefezuelo que tenía algunas esteras, era de buena familia y «muy guapo», según Uma, y, en suma, muy buen partido para tratarse de una joven extranjera y sin dinero.

Al oírla me puse enfermo de celos.

—¡Quieres decir que te habrías casado con él! —exclamé.

—*Ioe* —respondió ella—. ¡Gusta mucho!

—Bueno —dije—. ¿Y si luego hubiese llegado yo?

—Ahora tú gusta más —repuso—. Pero si yo casa con Ioane, yo buena esposa. No canaca cualquiera: ¡buena chica! —afirmó.

En fin, tuve que contentarme con eso, pero he de reconocer que el asunto no me hizo ninguna gracia y que el final de la historia me gustó mucho más que el principio. Al parecer aquella pedida de mano fue el origen de todo el lío. Por lo visto, antes de eso, a Uma y a su madre las habían considerado extranjeras sin familia, pero inofensivas, e, incluso cuando Ioane se declaró, hubo menos problemas de los que habría cabido esperar. Y luego, de repente, unos seis meses antes de mi llegada, Ioane se retractó y se marchó de aquella parte de la isla, y desde aquel día Uma y su madre

habían estado solas. Nadie iba a visitarlas, nadie les dirigía la palabra al encontrárselas en los caminos. Si iban a la iglesia, las demás mujeres recogían sus esteras y las dejaban solas en un hueco. Una excomunión en toda regla, como las que uno ha leído que ocurrían en la Edad Media y cuya causa o sentido eran imposibles de imaginar. Era alguna *tala pepelo*, afirmaba Uma, alguna mentira, alguna calumnia, tan solo sabía que algunas chicas habían tenido celos de su suerte con Ioane y, si se encontraban con ella en el bosque, se apartaban y le gritaban que nunca llegaría a casarse. «Dice que ningún hombre casa conmigo. Demasiado miedo», afirmaba.

El único que siguió yendo a verlas después de aquel abandono fue Case, pero incluso él se mostraba precavido e iba a visitarlas sobre todo de noche, y no tardó en mostrarles sus cartas y tratar de congraciarse con Uma. Yo seguía molesto por lo de Ioane y cuando supe que Case había tenido las mismas pretensiones la corté en seco.

—Vaya —le dije con desdén—, y supongo que Case te parecería «muy guapo» y «gusta mucho».

—Ahora dice tontería —dijo ella—. Hombre blanco viene, yo caso como con canaco, muy bien, él casa como con blanca. Si él no casa, él se marcha y mujer queda. Pero él ladrón, manos vacías, corazón de Tonga, ¡no puede amar! Ahora tú casa conmigo, tú gran corazón…, no vergüenza de chica isleña. ¡Por eso yo quiero tanto! Yo orgullosa.

Creo que no me he sentido tan mal en toda mi vida. Dejé el tenedor en la mesa y aparté a la «chica isleña». No sabía qué hacer con ninguno de los dos, y empecé a pasear arriba y abajo por la casa, mientras Uma me seguía muy preocupada con la mirada, ¡y no me extraña! Pero yo no estaba preocupado: tan solo deseaba, y al mismo tiempo temía, descargar mi conciencia y contarle lo canalla que había sido.

Y justo en ese momento oímos una especie de cántico procedente del mar, se oyó de pronto, claro y cercano, cuando el bote dobló el cabo, y Uma corriendo a la ventana exclamó que era «Misi» haciendo su ronda.

Me pareció raro alegrarme de la llegada de un misionero, pero por raro que fuese no dejaba de ser cierto.

—Uma —le dije—, espérame en esta habitación, y no salgas de aquí hasta que vuelva.

3

El misionero

Al salir a la veranda, vi el bote del misionero que se dirigía a la desembocadura del río. Era un largo bote ballenero pintado de blanco y con un pequeño toldo a popa. Acurrucado en la cuña de popa, un pastor nativo manejaba el timón, unos veinticuatro remos chapoteaban y brillaban en el agua al compás de aquel cántico, y el misionero,

vestido de blanco, leía un libro debajo del toldo. Era hermoso verlos y oírlos: no hay estampa más bella en las islas que un bote misionero con una tripulación que sepa cantar bien, estuve pensando en ello cerca de medio minuto con un poco de envidia y luego fui andando hasta el río.

Desde la orilla opuesta otro hombre se dirigía al mismo lugar, pero él echó a correr y llegó antes que yo. Era Case. Sin duda, su intención era apartarme del misionero para que no pudiera servirme de intérprete, pero mi imaginación estaba ocupada con otras cosas, pensaba en cómo nos había engañado con lo de la boda y en cómo había abusado antes de Uma; y al verlo me dejé arrastrar por la cólera.

—¡Largo de aquí, ladrón tramposo! —grité.

—¿Cómo dice? —preguntó.

Volví a repetir mis palabras y las subrayé con un sonoro juramento.

—Y si alguna vez le veo a menos de diez metros de mi casa —grité—, le meteré una bala en su sucio pellejo.

—En su casa haga usted lo que quiera —respondió—, ya le he dicho que no tengo intención de ir por allí. Pero este es un lugar público.

—Es un sitio donde tengo asuntos privados que arreglar —repliqué—, y no quiero tener a un perro como usted husmeando por ahí, le advierto que será mejor que se largue.

—Pues yo no me doy por enterado de su advertencia —repuso Case.

—Ya le enseñaré yo —dije.

—Eso habrá que verlo —replicó él.

Era rápido con los puños, pero no tenía ni el peso ni la estatura suficientes para competir conmigo. A mi lado era un alfeñique, y además yo estaba tan rabioso que podría haber partido una piedra a puñetazos. Le golpeé una y otra vez hasta oír cómo crujía su cabeza y él cayó al suelo.

—¿Ha tenido usted bastante? —le grité. Pero él se limitó a mirarme pálido y aturdido, mientras la sangre le corría por la cara como el vino sobre una servilleta—. ¡Que si ha tenido bastante! —volví a gritarle—. ¡Responda y no se quede ahí haciéndose la víctima si no quiere que lo muela a patadas!

Al oírme se sentó y se sujetó la cabeza; por su aspecto era evidente que estaba mareado, y se manchó de sangre la ropa.

—He tenido bastante de momento —dijo, y se levantó trastabillando y se fue por donde había venido.

El bote estaba ya cerca, vi que el misionero había dejado su libro a un lado y sonreí para mis adentros. «Al menos sabrá que soy un hombre», pensé.

Era la primera vez, en todos mis años en el Pacífico, que cruzaba dos palabras con un misionero, y no digamos para pedirle un favor. No me gustaban, a ningún comerciante le son simpáticos, nos desprecian y no tratan de disimularlo, y además suelen ponerse de parte de los canacos y prefieren su compañía a la de otros blancos como ellos. Yo llevaba puestos unos pantalones y una camisa limpia de rayas, pues,

como es lógico, me había adecentado para ir a ver a los jefes, pero cuando vi desembarcar al misionero con su uniforme habitual, traje de lino blanco, salacot de corcho, camisa y corbata blancas y botas amarillas, me dieron ganas de apedrearlo. Cuando se acercó, mirándome con curiosidad (supongo que a causa de la pelea), vi que tenía aspecto de estar mortalmente enfermo, pues lo cierto es que sufría de fiebres y acababa de padecer un ataque a bordo.

—El señor Tarleton, ¿no es así? —dije, pues me habían dado su nombre.

—Y usted supongo que debe de ser el nuevo comerciante —respondió.

—Antes de nada he de advertirle que no me gustan los misioneros —proseguí—, y que creo que hacen ustedes mucho daño y que les llenan la cabeza a los nativos de cuentos de viejas y de ideas absurdas.

—Está usted en su derecho de pensar lo que quiera —replicó él con una expresión un tanto desagradable—, pero yo no tengo por qué escucharle.

—Pues resulta que va a tener que hacerlo —respondí—. No soy misionero, ni simpatizo con los misioneros; tampoco soy canaco, ni protejo a los canacos: solo soy un comerciante, un maldito hombre blanco vulgar y corriente y un súbdito británico, de esos que a usted le gustaría utilizar para limpiarse las botas. Espero que quede claro.

—Sí, hombre, sí —replicó—. Ha quedado clarísimo, aunque no sea muy loable. Cuando esté usted sobrio, lamentará sus palabras.

Trató de pasar de largo, pero se lo impedí con la mano. Los canacos estaban empezando a murmurar, supongo que no debió de gustarles mi tono, pues me había dirigido a aquel hombre con tanta libertad como lo haría con cualquiera.

—Ahora no podrá decir que le he engañado —dije—, y puedo seguir con lo que le estaba diciendo. Necesito que me haga un favor. En realidad necesito dos favores, y, si me los concede, tal vez empiece a tener en mejor concepto eso que usted llama caridad cristiana.

Guardó silencio un instante. Luego sonrió.

—Es usted un hombre muy raro —dijo.

—Soy como Dios me hizo —respondí—. Y no pretendo dármelas de caballero.

—No estoy tan seguro —replicó—. ¿Y qué puedo hacer por usted, señor…?

—Wiltshire —le aclaré yo—, casi todos me llaman Welsher, pero si la gente de la costa supiera pronunciarlo sería Wiltshire. ¿Quiere saber lo que quiero? Bien, empezaré por el principio. Soy lo que llamaría usted un pecador, aunque yo lo llamo un canalla, y quiero que me ayude usted a resarcir a una persona a la que he engañado.

Se volvió y habló en lengua nativa con los de su tripulación.

—Estoy a su disposición —dijo—, pero solo hasta que mi tripulación haya acabado de cenar. Me han retenido hasta esta mañana en Papa-malulu y tengo un compromiso en Fale-alii mañana por la noche.

Lo conduje a mi casa en silencio y bastante satisfecho por el modo en que había llevado la conversación, pues me gusta que un hombre tenga respeto por sí mismo.

—Lamento haberle visto pelear —dijo.

—¡Oh!, eso es parte de la historia que tengo que contarle —respondí—. Es el segundo favor. Cuando la haya oído ya me dirá si lo lamenta o no.

Cruzamos el almacén y me sorprendió ver que Uma había recogido los platos de la cena. Era tan poco típico de ella que comprendí que lo había hecho por gratitud y aún me gustó más. Ambos se saludaron por el nombre de pila, y él estuvo muy educado con ella. Pero no le di mucha importancia, pues siempre son muy corteses con los canacos; es con los blancos con quienes se muestran despóticos. Además, en ese momento Tarleton me traía sin cuidado. Tan solo quería lograr mi propósito.

—Uma —dije—, danos tu certificado de matrimonio. —Ella me miró con enfado —. Vamos —le dije—. Puedes confiar en mí. Dámelo.

Como de costumbre, lo llevaba encima; creo que pensaba que era una especie de pasaporte al paraíso y que, si moría sin tenerlo a mano, iría directa al infierno. No vi dónde lo guardaba la primera vez, y tampoco vi de dónde lo sacó ahora, pues dio la impresión de aparecer en sus manos como dicen en los periódicos que ocurría con madame Blavatsky. Pero todas las mujeres de las islas hacen igual, y supongo que deben de enseñarles de pequeñas.

—El caso es —dije con el certificado en la mano— que Jack el negro me casó con esta joven. Y le aseguro que el certificado extendido por Case es un bonito ejemplo literario. Después he descubierto que en la comarca hay una especie de tabú contra mi mujer y que mientras siga con ella no podré comerciar. ¿Qué es lo que haría cualquiera en mi lugar, si fuese lo bastante hombre? Lo primero esto, supongo.

Y rasgué el certificado y tiré los pedazos al suelo.

—*Aué!*[13] —gritó Uma, y empezó a dar palmas, aunque yo la cogí de la mano.

—Y lo segundo que haría, si fuese un hombre de verdad, señor Tarleton, es llevar a la chica ante usted o cualquier otro misionero y decirle: «Me he casado de forma fraudulenta con esta joven, pero la quiero, y ahora deseo casarme con ella como Dios manda». Empiece cuando quiera, señor Tarleton. Y mejor si nos casa en lengua nativa, eso complacerá a mi mujer —dije, dándole el nombre que le corresponde a una esposa.

Así que fuimos a buscar a dos miembros de la tripulación para que hicieran de testigos y nos casamos en nuestra propia casa; el pastor estuvo un buen rato rezando, aunque no tanto como hacen otros, y nos dio la mano a los dos.

—Señor Wiltshire —dijo después de extender los certificados y de despedir a los testigos—, debo agradecerle el placer que me ha causado. Muy pocas veces he celebrado una boda dominado por tan gratas emociones.

A eso se le llama hablar. Iba a seguir haciéndolo y yo estaba dispuesto a oír todas sus mieles, pues estaba de muy buen humor. Pero Uma había reparado en algo durante la ceremonia y le interrumpió.

—¿Cómo tu mano herida? —preguntó.

—Pregúntaselo a la cabeza de Case —respondí yo.

Ella saltó de alegría y empezó a cantar.

—No la han hecho ustedes muy cristiana —le dije al señor Tarleton.

—Cuando estaba en Fale-alii —replicó—, no la teníamos por una de las peores, y esta mala fe me hace pensar que debe de tener sus motivos.

—En fin, así llegamos al segundo favor —dije—. Quiero contarle nuestra historia y ver si puede usted aclararnos algo.

—¿Es muy larga? —preguntó.

—Sí —respondí—, es un poco complicada.

—Muy bien, le dedicaré todo el tiempo que pueda —respondió él consultando su reloj—. Pero he de decirle que no he comido nada desde las cinco de la mañana y que, a menos que me ofrezca usted algo, no volveré a probar bocado hasta las siete o las ocho de la noche.

—¡Por Dios, le daremos algo de cenar! —exclamé.

Me sentí un tanto incómodo por haber empleado el nombre de Dios en vano, justo ahora que todo iba sobre ruedas, y supongo que al misionero debió de pasarle lo mismo, aunque fingió mirar por la ventana y nos dio las gracias.

Así que le preparamos algo de comer. No tuve más remedio que dejar que mi mujer me ayudara para lucirse un poco, así que le encargué que preparase el té. No creo haber probado nunca un té parecido. Pero eso no fue lo peor, pues cogió el salero, que ella consideraba un toque europeo añadido, y convirtió mi estofado en agua de mar. El señor Tarleton cenó muy mal, pero a cambio tuvo entretenimiento de sobra, pues mientras cocinábamos, y luego mientras él fingía comer, me dediqué a ponerle al corriente de todo lo relativo a Case y la playa de Falesá, y él me hizo numerosas preguntas que probaban que me seguía con atención.

—Bueno —dijo por fin—, me temo que se ha granjeado usted un enemigo peligroso. Ese tal Case es muy inteligente y me parece un auténtico malvado. Tengo que confesarle que hace un año que no le quito el ojo de encima y siempre que he hablado con él hemos acabado de mala manera. Cuando el último representante de su empresa huyó tan de repente, recibí una carta de Namu, el pastor nativo, en la que me rogaba que viniese a Falesá lo antes posible pues sus feligreses estaban «adoptando las prácticas católicas». Yo confiaba mucho en Namu, aunque me temo que eso solo demuestra con qué facilidad nos dejamos engañar por los demás. Nadie podía oírle predicar sin convencerse de que era un hombre con unas dotes extraordinarias. La mayoría de los isleños adquieren con facilidad una especie de elocuencia y son capaces de pronunciar e ilustrar con mucha fuerza e imaginación sermones tomados de otro, pero Namu escribe sus propios sermones, y no puedo negar que están llenos de gracia. Además tiene una notable curiosidad por los asuntos seculares, no le asusta trabajar, es un buen carpintero y se ha hecho respetar tanto entre los demás pastores, que lo llamamos, entre bromas y veras, el obispo del Este. El caso es que yo estaba

orgulloso de él y me sorprendió mucho aquella carta, así que aproveché la primera ocasión para venir a verlo. La mañana antes de mi llegada, Vigours había embarcado en el *Lion* y Namu parecía muy satisfecho, aunque me dio la impresión de que estaba avergonzado de su carta y nada dispuesto a explicármela. Por supuesto, no permití que se saliera con la suya y acabó confesándome que se había preocupado al ver persignarse a sus feligreses, pero que ahora que sabía el motivo estaba mucho más tranquilo. A Vigours le habían echado mal de ojo, algo muy común en un país europeo llamado Italia, donde los hombres a veces caían fulminados por culpa de ese maleficio, y al parecer persignarse era un modo de protegerse.

»—Y yo lo explico así, Misi —dijo Namu a su manera—. Ese país de Europa es un país *popei*, y el demonio del mal de ojo puede ser un demonio católico, o acostumbrado a las prácticas católicas. Así que pensé: si emplearan la señal de la cruz como los popei, sería pecaminoso; pero si lo utilizan solo para proteger a los hombres del demonio, cosa que no es mala en sí misma, la señal también debe de ser inofensiva. Pues la señal de la cruz no es buena ni mala, igual que una botella no es ni buena ni mala. En cambio, si la botella está llena de ginebra, la ginebra es mala; y si la señal se hace como idolatría, la idolatría también lo es.

»Y como buen pastor indígena, tenía un texto a propósito para expulsar a los demonios.

»—¿Y quién te ha hablado del mal de ojo? —le pregunté.

»Admitió que había sido Case. Tal vez le parezca estrecho de miras, señor Wiltshire, pero tengo que reconocer que no me pareció bien, y no creo que un comerciante deba aconsejar o influenciar a mis pastores. Por si fuera poco, había corrido por la comarca el rumor de que a Adams lo habían envenenado, aunque yo no le había prestado mucho crédito, pero en ese momento me vino a la memoria.

»—Y ese Case, ¿es un hombre virtuoso? —insistí. Reconoció que no lo era, pues, aunque no bebía, era promiscuo con las mujeres y carecía de religión—. Entonces —le dije—, tengo para mí que cuanto menos tengas que ver con él, tanto mejor.

»Pero no es fácil decir la última palabra con un hombre como Namu. Al instante, salió con una excusa.

»—Misi —dijo—, tú me has contado que hay hombres sabios que no son pastores, y ni siquiera virtuosos, que saben muchas cosas útiles, sobre los árboles, por ejemplo, y los animales, y sobre los libros impresos, y sobre las piedras que se queman para fabricar cuchillos. Esos hombres te enseñan en la escuela y tú aprendes de ellos, aunque con cuidado de no aprender a ser malos. Misi, Case es mi escuela.

»No supe qué decir. Era evidente que al señor Vigours lo habían expulsado de Falesá mediante las maquinaciones de Case y con algo muy parecido a la complicidad de mi pastor. Recordé que había sido Namu quien me había tranquilizado acerca de Adams y quien había atribuido el rumor a la malevolencia del cura. Y comprendí que para informarme debería recurrir a una fuente imparcial. Aquí hay un jefe, un viejo canalla llamado Faiaso, a quien sin duda ha debido de ver usted

hoy en el consejo, ha sido toda su vida taimado y turbulento, ha fomentado rebeliones y es todavía hoy una espina en el costado de la misión y de la isla. Sin embargo, es un hombre astuto y, excepto en lo que se refiere a asuntos políticos o sus propias faltas, dice siempre la verdad. Fui a su casa, le conté lo que había oído y le pedí que fuese franco conmigo. No creo haber tenido nunca una conversación tan penosa. Espero que me comprenda, señor Wiltshire, si le digo que creo firmemente en esos cuentos de viejas que me reprochó usted antes, y que el bien de estas islas me preocupa tanto como a usted el bienestar de su bella esposa. Y debe usted recordar que yo tenía a Namu por un dechado de virtudes y me enorgullecía pensar que era uno de los primeros frutos maduros de la misión. Y ahora me enteraba de que había caído en una dependencia casi absoluta de Case. Al principio no se trató de corrupción, sin duda empezó por el temor y el respeto que le infundían sus trucos y sus engaños, pero me escandalizó descubrir que últimamente se había añadido otro motivo: Namu se abastecía en el almacén y había contraído una enorme deuda con Case. Cualquier cosa que dijera Case, Namu la creía estremecido. Y no era el único, pues mucha gente del pueblo también vivía sometida. Sin embargo, el caso de Namu era el más peligroso, pues a través de él Case podía causar más daño, y con su influencia entre los jefes y el pastor en el bolsillo, aquel hombre era en la práctica el dueño del pueblo. Ha oído usted hablar de Vigours y Adams, pero tal vez no sepa nada del viejo Underhill, el predecesor de Adams. Recuerdo que era un anciano callado y amable y nos contaron que había fallecido de pronto: en Falesá, los hombres blancos mueren todos de forma muy repentina. La verdad, ahora que le oigo, hace que se me hiele la sangre en las venas. Al parecer sufrió un ataque de parálisis y solo podía mover un ojo, que guiñaba continuamente. Empezó a correr el rumor de que el anciano inválido se había convertido en un demonio, y ese malvado de Case fomentó el miedo de los nativos, que decía compartir, y fingía tener miedo de entrar solo en la casa. Por fin, cavaron una tumba y lo enterraron vivo en un extremo del pueblo. Namu, mi pastor, a quien yo había ayudado a educar, pronunció una oración en aquel odioso lugar.

»Me hallaba en una posición muy difícil. Tal vez mi deber hubiera sido denunciar a Namu y hacer que lo destituyesen, eso creo ahora, pero en aquel momento no lo vi tan claro. Tenía mucha influencia y podía resultar mayor que la mía. Los nativos son dados a la superstición y tal vez al irritarlos consiguiera solo ahondar y extender aquellas peligrosas fantasías. Y además Namu, aparte de aquella nueva y maldita influencia, era un buen pastor, un hombre capaz y espiritual. ¿Dónde encontraría uno mejor? ¿Cómo encontrar uno tan bueno? En ese momento, con el fracaso de Namu fresco en mi memoria, el trabajo de toda una vida me parecía una parodia, no me quedaban esperanzas, pensé que sería mejor reparar las herramientas que tenía que tratar de encontrar otras que por fuerza tenían que funcionar peor. Además, siempre que sea humanamente posible, hay que evitar los escándalos. Con razón o sin ella, opté por la solución más discreta. Pasé esa noche razonando y discutiendo con el pastor extraviado, le reproché su ignorancia y su falta de fe, le reproché su actitud al

limpiar por fuera la copa y el plato y permitir despiadadamente un asesinato, y preocuparse de forma infantil por unos gestos pueriles sin importancia. De modo que, antes de que amaneciera, lo tuve de rodillas bañado en lágrimas de arrepentimiento aparentemente sincero. El domingo por la mañana subí al púlpito y les hablé del Primer Libro de los Reyes, capítulo diecinueve, acerca del fuego, la voz y el temblor de tierra: distinguiendo el auténtico poder espiritual y refiriendo, hasta donde me atreví a hacerlo, los recientes acontecimientos sucedidos en Falesá. El efecto producido fue grande: y aún fue mayor cuando Namu se puso en pie y confesó que le había faltado la fe y había obrado mal y cometido un pecado. Y todo habría ido bien, de no haber sido porque concurrió una desdichada circunstancia. Se acercaba la época del "mayo" en la isla, que es cuando se reciben las contribuciones de los nativos a la misión, me pareció que era mi deber hablar del asunto, y eso le dio a mi enemigo su oportunidad, que no tardó en aprovechar.

»Alguien debió de informar a Case de todo lo sucedido nada más terminar el sermón, y esa misma tarde me lo encontré en medio del pueblo. Se me acercó con tanta intención y animosidad que juzgué que sería perjudicial tratar de evitarlo.

»—Vaya —dijo en lengua nativa—, si tenemos aquí al santurrón. Ha estado predicando contra mí, pero no lo ha hecho de corazón. Ha estado predicando el amor de Dios, pero tampoco eso lo ha hecho de corazón, sino entre dientes. ¿Queréis saber lo único que hace de corazón? —exclamó—. Os lo mostraré.

»E hizo un gesto como si sacara un dólar de mi cabeza.

»Se produjo en la multitud uno de esos rumores con que los polinesios reciben un prodigio. Yo me quedé perplejo. Era un truco de manos que había visto hacer cientos de veces, pero ¿cómo convencer a los isleños? Deseé haber estudiado prestidigitación en lugar de hebreo, para pagarle a aquel tipo con su misma moneda. Pero me quedé allí callado y no se me ocurrió nada que decir.

»—Le agradeceré que no vuelva a ponerme la mano encima —dije.

»—No tengo intención de hacerlo —dijo—, ni tampoco pienso privarle de su dólar. Aquí lo tiene —dijo y lo arrojó a mis pies.

»Me han contado que la moneda estuvo tirada allí tres días.

—Hay que reconocer que supo jugar sus cartas —respondí yo.

—¡Oh!, es muy inteligente —dijo el señor Tarleton—, y ahora comprenderá en carne propia que también es muy peligroso. Participó en la horrenda muerte del paralítico; le han acusado de envenenar a Adams; expulsó a Vigours del lugar mediante mentiras que podrían haber conducido a un asesinato; y no hay duda de que ha decidido librarse también de usted. El cómo tenga pensado hacerlo es imprevisible, aunque puede estar seguro de que será algo nuevo. Sus mañas y astucias no tienen fin.

—Se toma muchas molestias —repliqué—. Y todo, ¿por qué?

—¿Cuántas toneladas de copra pueden producirse en este distrito? —preguntó el misionero.

—Diría que unas sesenta toneladas —respondí.

—¿Y cuál es el beneficio para el comerciante local? —preguntó.

—Unas tres libras —dije.

—Pues saque usted mismo las cuentas y calcule por cuánto lo hace —repuso el señor Tarleton—. Pero nuestra prioridad es derrotarle. Está claro que hizo correr algún rumor en contra de Uma, para aislarla e imponerle así su perversa voluntad; al fracasar y asistir a la llegada de un nuevo rival, la utilizó de un modo distinto. Lo primero que hay que hacer es investigar a Namu. Uma, cuando la gente empezó a daros la espalda a tu madre y a ti, ¿qué hizo Namu?

—Apartarse como hacían todos —respondió Uma.

—Me temo que ese perro ha vuelto a las andadas —dijo el señor Tarleton—. Y ahora, ¿qué puedo hacer por ustedes? Hablaré con Namu y le advertiré de que estamos vigilándole. Me extrañaría mucho que tratara de desmandarse si le ponemos sobre aviso. Aunque esta medida puede fallar y necesitará recurrir a otras personas. Hay dos con quienes puede contar. En primer lugar está el cura, que le ayudará pensando en los intereses de los católicos; son muy pocos, pero tienen influencia en dos de los jefes. Y luego tiene al viejo Faiaso. ¡Ah!, si esto hubiese ocurrido hace unos años, no habría necesitado usted a nadie más, pero su influencia ha disminuido mucho y ha ido a parar a manos de Maea, y mucho me temo que Maea sea uno de los secuaces de Case. En fin, si llegase a ocurrir lo peor, envíe a alguien o venga usted mismo a Fale-alii, y aunque no tengo que volver por aquí hasta dentro de un mes, veré lo que puede hacerse.

De ese modo el señor Tarleton se despidió de nosotros, y, media hora más tarde, la tripulación estaba entonando sus cánticos y los remos chapoteaban junto al bote del misionero.

4

Maleficios

Transcurrió cerca de un mes sin que ocurriesen grandes novedades. La noche misma de nuestra boda, Chanclos pasó a visitarnos, estuvo muy educado y adoptó la costumbre de pasarse al atardecer a fumar una pipa con la familia. Como es lógico, podía conversar con Uma y empezó a enseñarme francés y la lengua de los nativos al mismo tiempo. Era un hombre amable y tolerante, aunque lo más sucio que pueda imaginarse, y me confundió más con sus idiomas extranjeros que si estuviese en la mismísima torre de Babel.

Esa fue una de nuestras ocupaciones y me hizo sentirme menos solo, aunque no me fuese de ningún provecho, pues, aunque el cura viniera a vernos y a conversar con nosotros, no logró convencer a ninguno de sus feligreses de que viniese a comprar a

mi almacén; y, de no haber sido por la otra ocupación a la que me dediqué, no habría habido ni un gramo de copra en la casa. La idea consistía en lo siguiente: Fa'avao (la madre de Uma) tenía una veintena de árboles con frutos. Por supuesto no podíamos contratar trabajadores, porque en la práctica era como si fuésemos los tres tabú. Así que las dos mujeres y yo nos pusimos manos a la obra y preparamos la copra con nuestras propias manos. Al ver aquella copra, una vez preparada, se le hacía a uno la boca agua. Nunca supe cuánto me robaban los nativos hasta que preparé aquellos doscientos kilos con mis manos…, y aun así me parecía tan poco peso que me sentí tentado de mojarla yo mismo.

Mientras trabajábamos, muchos canacos pasaban el día observándonos y un día se presentó allí el negro. Se quedó entre los nativos y estuvo riéndose y haciéndose el gracioso y el importante hasta que empecé a enfadarme.

—¡Eh, tú, negro! —le dije.

—No hablaba con usted, señor —respondió el negro—. Yo solo hablo con caballeros.

—Lo sé —repliqué—, pero da la casualidad de que yo sí te estaba hablando a ti, don Jack el negro. Solo quería que supieras una cosa: ¿viste la jeta que tenía Case hace una semana?

—No, señor —dijo.

—Estupendo —respondí—, porque en menos de dos minutos te voy a poner igual tu cara de negro.

Y empecé a andar hacia él, muy despacio y con las manos bajas, aunque cualquiera que se hubiese molestado en mirar habría apreciado una amenaza en mi mirada.

—Es usted un tipo vil y pendenciero, señor —afirmó.

—¡Desde luego que sí! —repliqué.

Entonces debió de juzgar que ya me había acercado bastante, y echó a correr tan deprisa que daba gusto verlo. Y esa fue la única vez que supe de aquellos dos hasta que ocurrió lo que me dispongo a contar ahora.

En aquellos días uno de mis principales entretenimientos era salir a la selva, donde descubrí que (tal como me había contado Case) abundaba la caza, en busca de cualquier cosa con la que llenar el morral. Ya he hablado del cabo que protegía al poblado y mi puesto comercial por el este. Un sendero lo recorría casi hasta el extremo y conducía hasta la siguiente bahía. En ese lugar soplaba siempre el viento y, como la barrera de coral se interrumpía justo en el cabo, grandes olas batían la orilla. Una colina escarpada próxima a la costa dividía el valle en dos partes y cuando la marea estaba alta las olas rompían contra ella y no había forma de pasar. Unas montañas boscosas circundaban todo el lugar. Al este, la barrera era particularmente empinada e impenetrable: las partes más bajas se extendían a lo largo de la orilla formando negros acantilados veteados de cinabrio y las partes altas eran peñascosas y estaban cubiertas de árboles. Algunos de dichos árboles eran de un color verde

intenso, otros eran rojizos y la arena de la playa era tan negra como el betún. Muchos pájaros blancos como la nieve frecuentaban la bahía, y el zorro volador (o vampiro) volaba por allí a plena luz del día, haciendo rechinar los dientes.

Durante mucho tiempo me limité a llegar hasta allí en mis correrías y no me aventuré más lejos. No había ni rastro de caminos más allá y los cocoteros que había al pie del valle eran los últimos que se veían. Pues todo el «ojo» de la isla, como llaman los nativos al lado de barlovento, estaba desierto. Desde Falesá hasta Papa-malulu no había ni una sola casa, ni una persona, ni un árbol frutal; y como no había arrecifes y la costa era muy accidentada, el mar golpeaba directamente contra las rocas y apenas había un lugar donde desembarcar.

Debería decir que, cuando empecé a ir a cazar a la selva, aunque la gente seguía sin querer acercarse a mi almacén, encontré a muchos a quienes no les importaba pasar el día conmigo donde nadie pudiera verlos. Y, como yo había empezado a aprender la lengua nativa y ellos chapurreaban un poco de inglés, empecé a mantener pequeñas conversaciones, sin ningún propósito, pero que me hicieron sentirme aliviado. Pues es muy desagradable sentirse como un leproso.

Un día, a finales de mes, me senté en aquella bahía junto al lindero del bosque mirando hacia el este en compañía de un canaco. Le llené la pipa y empezamos a conversar lo mejor que pudimos, aunque lo cierto es que sabía más inglés que la mayoría.

Le pregunté si no había ningún camino que llevase hacia el este.

—Antes un camino —dijo—. Ahora camino muerto.

—¿Y nadie lo utiliza? —insistí.

—Camino no bueno —dijo—. Muchos demonios ahí.

—¡Ajá! —respondí—. ¿Así que hay muchos demonios en la selva?

—Hombre demonio, mujer demonio, muchos demonios —replicó mi amigo—. Siempre están allí. Si hombre va, no vuelve.

Se me ocurrió que, si aquel tipo estaba tan bien informado sobre los demonios y hablaba de ellos con tanta libertad, cosa que no es nada habitual, tal vez pudiera sonsacarle algo sobre Uma y yo.

—¿Tú crees yo demonio? —pregunté.

—No creo tú demonio —respondió con mucha calma—. Creo tú tonto.

—¿Y Uma ella demonio? —volví a preguntar.

—No, no. No demonio. Demonio vive en selva —dijo el joven.

Me quedé mirando hacia el otro lado de la bahía, cuando de pronto vi cómo se abrían los matorrales y Case apareció en la soleada playa negra. Iba vestido con ropa clara, casi blanca, su rifle centelleaba, era perfectamente visible y los cangrejos que había cerca corrieron a ocultarse en sus agujeros.

—Vaya, amigo —dije—, no me dices verdad. *Ese* sí va al bosque y sí vuelve.

—*Ese* no como todos, *Ese Tiapolo* —respondió mi amigo, luego se despidió y desapareció entre los árboles.

Estuve observando a Case mientras rodeaba la playa aprovechando que la marea estaba baja y dejé que pasara por delante de mí de vuelta a Falesá. Iba muy pensativo, y los pájaros parecían saberlo, pues correteaban por delante de él o revoloteaban y gorjeaban en sus oídos. Cuando pasó cerca de mí, vi, por cómo movía los labios, que estaba musitando algo para sus adentros, y lo que más me alegró fue comprobar que todavía tenía la cicatriz que yo le había dejado en la ceja. A decir verdad, pensé en pegarle un tiro allí mismo, pero me contuve.

Todo ese rato, y el que tardé en volver a casa, repetí para mis adentros la palabra nativa, que recordé acordándome de mi «tía Polly»: *Tiapolo*.

—Uma —le pregunté a mi regreso—, ¿qué significa *Tiapolo*?

—Demonio —respondió.

—¿No se decía *aitu*? —dije.

—*Aitu* otro demonio —dijo ella—, vive en bosque, come canacos. *Tiapolo* gran jefe demonio, vive en casa. Demonio cristiano.

—Entonces no lo entiendo —repuse—. ¿Cómo puede Case ser *Tiapolo*?

—No es eso —afirmó ella—. *Ese* pertenece a *Tiapolo*, *Tiapolo* es casi igual a él, *Ese* su hijo. Supón *Ese* quiere algo, *Tiapolo* hace por él.

—Muy práctico para *Ese* —respondí—. ¿Y qué clase de cosas hace por él?

De ahí resultó una sarta de historias disparatadas, muchas (como el dólar que sacó de la cabeza del señor Tarleton) las entendí con claridad, y otras no me pareció que tuvieran ni pies ni cabeza. Y lo que más admiraba a los canacos resultó ser justo lo que menos me sorprendió a mí: que *Ese* pudiera ir al desierto entre todos los *aitus*. No obstante, alguno de los más osados lo habían acompañado, lo habían oído hablar con los muertos y darles órdenes y, protegidos por él, habían regresado incólumes. Algunos contaban que tenía una iglesia donde adoraba a *Tiapolo*, y *Tiapolo* se le aparecía; otros juraban que no había ningún tipo de encantamiento, que realizaba todos sus milagros mediante el poder de la oración y que la iglesia era en realidad una prisión en la que había encerrado a un peligroso *aitu*. Namu había ido a la selva con él en una ocasión y había vuelto alabando a Dios por aquellas maravillas. Poco a poco, empecé a vislumbrar la posición que ocupaba aquel hombre y el modo en que la había adquirido, y, aunque comprendí que era un hueso duro de roer, no me amilané.

—Muy bien —dije—, tendré que echarle un vistazo al lugar de adoración del señor Case, y ya veremos quién canta las alabanzas.

Uma se asustó mucho al oírme, si iba a la selva, no volvería nunca: no se podía ir allí sin la protección de *Tiapolo*.

—Correré el riesgo de ir bajo la protección de Dios —respondí—. Al fin y al cabo no soy mal tipo, Uma, y espero que Dios se ponga de mi lado.

Guardó silencio un rato.

—Creo… —dijo muy solemne, y luego se interrumpió—: ¿Victoreea gran jefe?

—Desde luego —afirmé.

—¿Él aprecia mucho? —Le respondí con una sonrisa que estaba convencido de que la anciana reina estaba de mi parte—. Muy bien —prosiguió—. Victoreea gran jefe, él aprecia mucho, pero no puede ayudar aquí, en Falesá, demasiado lejos. Maea jefe pequeño, no pasa de aquí; supón tú gusta, entonces ayuda. Lo mismo ocurre Dios y Tiapolo. Dios gran jefe, mucho trabajo. *Tiapolo* jefe pequeño, gusta parecer grande, trabaja mucho.

—Tendré que llevarte a ver al señor Tarleton —dije—. Tu teología me parece un tanto descabellada, Uma.

Sin embargo, seguimos hablando de eso toda la noche y las historias que me contó del desierto y sus peligros estuvieron a punto de producirle un ataque de pánico. No recuerdo ni la mitad de lo que me dijo, claro, pues no le presté mucha atención, aunque dos cosas se me quedaron claramente grabadas en la memoria.

A unos ocho kilómetros, siguiendo por la costa, hay una cala muy resguardada que llaman Fanga-anaana, «el refugio lleno de cuevas». Yo mismo la he visto desde el mar, tan de cerca como conseguí que se aventurasen mis marineros, y no es más que una pequeña franja de arena amarilla. Está rodeada de oscuros acantilados donde se abren las negras bocas de las cuevas. Una maraña de lianas y unos árboles gigantescos se asoman al precipicio y, justo en el medio, un arroyo se desploma formando una cascada. Pues bien, por allí pasó un bote con seis jóvenes marineros de Falesá, «todos muy guapos», según dijo Uma, y eso fue su perdición. Soplaba mucho viento, el mar estaba muy encrespado y, cuando pasaron por Fanga-anaana y divisaron la cascada blanca y la playa, estaban muy cansados y sedientos, pues se habían quedado sin agua. Uno de ellos propuso desembarcar para abastecerse de agua y, como eran muy atrevidos, todos estuvieron de acuerdo salvo el más joven, que se llamaba Lotu. Era un muchacho muy bueno e inteligente y les dijo que debían de haberse vuelto locos, pues aquel lugar estaba poseído por demonios y los espíritus de los muertos, y no había un alma viviente en nueve kilómetros en una dirección y al menos doce en la otra. Pero los demás se burlaron de él y, como eran cinco contra uno, remaron hacia la playa, atracaron el bote y desembarcaron. Lotu contó que el lugar era maravilloso y el agua excelente. Estuvieron paseando por la playa y como no vieron forma de subir a los acantilados se sintieron más seguros. Por fin decidieron dar cuenta de la comida que habían llevado consigo. Acababan de sentarse cuando de la negra boca de una de las cuevas vieron salir a las seis mujeres más hermosas que habían visto nunca: llevaban flores en el cabello, tenían unos pechos preciosos, y collares de semillas escarlatas, y empezaron a bromear con los jóvenes, que, a excepción de Lotu, les devolvieron los cumplidos. Lotu comprendió que no podía haber mujeres en aquel lugar y huyó y se escondió en el fondo del bote, se cubrió la cara con las manos y se puso a rezar. No dejó de hacerlo hasta que regresaron sus amigos y le pidieron que saliese de su escondite. Luego volvieron a salir de la cala, que estaba vacía y en la que no había ni rastro de las seis doncellas. Pero lo que más asustó a Lotu fue que ninguno de los cinco recordaba lo sucedido,

sino que todos se comportaban como borrachos y cantaban, reían y bromeaban. El viento refrescó y se tornó borrascoso, se formaron unas olas gigantescas. Con aquel tiempo, cualquiera en sus cabales se habría dado la vuelta y habría regresado a Falesá, pero aquellos cinco hombres parecían haberse vuelto locos, desplegaron todo el trapo y pusieron rumbo a alta mar. Lotu empezó a achicar agua, ninguno le ayudó, sino que siguieron cantando y bromeando y pronunciando palabras incomprensibles y riéndose al oírlas. El resto del día Lotu lo pasó achicando agua del fondo del bote, empapado de sudor y agua de mar sin que nadie le prestara atención. En contra de todo pronóstico, llegaron sanos y salvos en medio de una terrible tormenta a Papa-malulu, donde las palmeras silbaban y los cocos volaban como balas de cañón alrededor del poblado. Esa misma noche, los cinco jóvenes enfermaron y no volvieron a pronunciar una palabra comprensible hasta su muerte.

—¿Y pretendes decirme que eres capaz de tragarte un cuento como ese? —le pregunté.

Ella respondió que era un hecho bien conocido y que les ocurría a menudo a los jóvenes apuestos que habían ido allí solos. Aunque aquel era el único caso en que cinco jóvenes habían muerto juntos el mismo día por amar a unas diablesas, y había causado una gran conmoción en la isla, y solo una loca dudaría de ello.

—Bueno —le dije—, por mí no tienes que preocuparte. No me dan miedo las diablesas, tú eres la única mujer, y también el único demonio, que me interesa.

A eso me contestó que las había de muchos tipos y que ella había visto una con sus propios ojos. Un día había ido sola a la bahía vecina y tal vez se hubiese acercado demasiado al lugar prohibido. Las sombras de la selva se extendían sobre ella desde la ladera de la montaña, aunque ella se encontraba en un lugar plano, pedregoso y cubierto de manzanos de un metro y medio de altura. Era la estación de las lluvias y el cielo estaba cubierto; de vez en cuando, pasaban chubascos que arrancaban las hojas de los árboles y se las llevaban volando, y luego todo se quedaba tan silencioso como en una casa. En uno de esos momentos de calma, una bandada de pájaros y zorros voladores salió volando de la selva como si algo los hubiera asustado. Poco después oyó un rumor cerca de allí y, a través de las ramas de los manzanos, vio salir de la selva un viejo jabalí flaco y gris. Mientras se acercaba, pareció pararse a pensar como una persona, y de pronto ella reparó en que no era ningún jabalí, sino un ser humano con pensamientos humanos. Entonces echó a correr y el jabalí empezó a perseguirla y a gruñir de tal modo que el eco de sus gruñidos resonó por doquier.

—Ojalá hubiese estado allí con mi fusil —respondí—. Tengo para mí que ese jabalí se habría llevado una buena sorpresa.

Pero ella me respondió que un fusil no servía de nada contra esas apariciones, que eran espíritus de los muertos.

En fin, el caso es que pasamos casi toda la noche hablando de esas cosas, aunque por supuesto no cambié de opinión en lo más mínimo, y, a la mañana siguiente, salí a explorar la región armado con mi fusil y un buen cuchillo. Llegué tan cerca como

pude del lugar de donde había visto salir a Case, pues supuse que, de ser cierto que tenía algún refugio en la selva, debería de haber algún camino. El límite del desierto estaba marcado por un muro, por llamarlo de algún modo, pues era poco más que un largo montículo de piedra, que, según dicen, atraviesa toda la isla; aunque cómo lo saben es otra cuestión, pues dudo que nadie haya hecho ese viaje en los últimos cien años, ya que los nativos acostumbran a quedarse junto al mar en sus pequeños poblados de la costa, y aquella región es muy escarpada y peligrosa y está llena de acantilados. Hacia la parte oeste del muro, el terreno está despejado y hay cocoteros, manzanos y guayabos y muchas mimosas. La selva empieza justo al otro lado: una maraña de arbustos, árboles que se elevan como mástiles, lianas que cuelgan como la jarcia de un barco y repulsivas orquídeas que crecen entre las ramas como si fueran hongos. El terreno, allí donde no había maleza, parecía un montón de peñascos. Vi muchos palomos que podría haber cazado de no haber ido por otro motivo, numerosas mariposas revoloteaban por el suelo como hojas muertas; a veces oía el chillido de un pájaro, el susurro del viento y el mar rompiendo contra la costa.

Pero la rareza del lugar resulta más difícil de describir, a no ser a alguien que haya estado solo en la selva. Por muy luminoso que sea el día, allí siempre está oscuro. Uno no ve más allá de sus propias narices; mire donde mire, el bosque lo rodea por todas partes y las ramas se entrelazan como los dedos de la mano y cuando uno escucha siempre cree oír algo nuevo: hombres que hablan, niños que ríen, los golpes de un hacha a lo lejos y a veces una especie de crujido furtivo y fugaz que te sobresalta y te hace echar mano al fusil. De nada sirve tratar de decirse que se está solo: a excepción de los pájaros y los árboles, uno no logra convencerse, y allí donde dirija la mirada le parecerá que está lleno de vida y espiándolo. Y que nadie piense que fueron las historias de Uma las que me pusieron nervioso. Para mí la cháchara de los nativos no vale ni cuatro peniques, se trata de algo connatural a la selva y ya está.

Cuando llegué a lo alto de la colina, pues el terreno está allí tan empinado como en una escalera, el viento empezó a silbar y las hojas se agitaron y empezaron a dejar pasar la luz del sol. Eso me gustó, al menos era el mismo sonido todo el rato y no había nada que me sobresaltara. El caso es que llegué a un lugar donde crecían varios cocoteros silvestres, muy bonitos con sus frutos escarlatas, cuando el viento llevó hasta allí una especie de canto como no había oído nunca antes. Fue inútil que me dijese a mí mismo que eran las ramas, pues sabía que no era así. Igual que lo fue que me dijera que debía tratarse de algún pájaro, pues ningún pájaro canta de ese modo. Aumentaba, crecía y se atenuaba, y luego volvía a aumentar. A ratos me parecía una especie de llanto, aunque mucho más hermoso, y a ratos el sonido de un arpa. De una cosa estaba seguro: era demasiado dulce para un lugar como aquel. Sé que parece cosa de risa, pero reconozco que recordé a las seis jóvenes que salieron con sus collares escarlatas de la cueva de Fangaanaana y me pregunté si cantarían así. Nos reímos de los nativos y sus supersticiones, pero luego vemos cómo muchos comerciantes, hombres blancos y bien educados, que han sido contables (algunos de

ellos) y oficinistas en nuestro país, acaban por darles crédito. En mi opinión, las supersticiones crecen en cada sitio como los distintos tipos de malas hierbas, y al oír aquel gemido admito que me flaquearon las piernas.

Puede pensarse que fui un cobarde por asustarme así, pero al menos encontré valor suficiente para seguir adelante. Aunque, eso sí, avancé con el mayor cuidado, con el fusil amartillado, mirando a todas partes como un cazador, convencido de que acabaría por toparme con una joven hermosa en mitad de la selva y totalmente decidido (si es que me la encontraba) a pegarle una perdigonada. Y, efectivamente, no había llegado muy lejos cuando me topé con algo muy extraño. Una racha de viento agitó las copas de los árboles, las hojas se apartaron por un instante y por un segundo me pareció ver algo que colgaba de un árbol. Desapareció en un abrir y cerrar de ojos, en cuanto pasó la racha y volvieron a cerrarse las hojas. Lo cierto es que me había hecho a la idea de encontrarme con un *aitu*, y si hubiese tenido forma de cerdo o de mujer no me habría causado la misma impresión. Lo malo era que tenía forma cuadrada, y la idea de algo vivo y cuadrado que cantaba me dejó asqueado y atontado. Debí de quedarme allí un rato, mientras me aseguraba de que los cánticos procedían de aquel árbol. Luego empecé a recobrar el dominio de mí mismo.

«En fin —me dije—, qué se le va a hacer si este es un sitio donde hay cosas cuadradas que cantan. Ya que he llegado hasta aquí, seguiré hasta el final».

Pero pensé que tal vez valiera la pena rezar antes una oración, así que me hinqué de rodillas y me puse a rezar en voz alta. Mientras rezaba, aquel extraño sonido procedente del árbol siguió aumentando y disminuyendo como si fuese música, aunque era evidente que no era humano, pues resultaba imposible tararear aquella melodía.

En cuanto terminé de rezar como es debido, empuñé el fusil, me metí el cuchillo entre los dientes, fui directo al árbol y empecé a trepar por él. Confieso que tenía el corazón en un puño. Pero, mientras subía, volví a ver aquel objeto y me alivió comprobar que parecía una simple caja. Y, cuando llegué arriba del todo, estuve a punto de caerme del árbol presa de un ataque de risa. Vaya si era una caja, una caja de velas con la marca en un lado, y unas cuerdas de banjo tensas para que sonaran cuando soplase el viento. Creo que lo llaman un arpa eólica, aunque ignoro qué significará eso.

«Bueno, señor Case —me dije—, me has asustado una vez. Te desafío a que lo hagas de nuevo», y volví a bajar del árbol y me puse en camino para buscar el cuartel general de mi enemigo, que supuse que no estaría lejos de allí.

En aquel lugar la maleza era muy espesa y no veía más allá de mis narices, por lo que tuve que abrirme paso empleando la fuerza y el cuchillo, cortando las lianas y derribando árboles enteros a golpes. Los llamo árboles por su tamaño, pero en realidad eran arbustos tan fáciles de cortar como una zanahoria. Estaba pensando que en otro tiempo aquel lugar debía de haber estado limpio de maleza, cuando me di de bruces con un montón de piedras y comprendí al instante que era obra del hombre.

Dios sabrá cuándo la hicieron o cuándo la abandonaron, pues esa parte de la isla llevaba deshabitada desde mucho antes de que llegaran los blancos. Unos pasos más adelante, di con el sendero que estaba buscando. Era estrecho, pero estaba claro que hacía poco que lo habían hollado muchos pies y pensé que los acólitos de Case debían de ser muy numerosos. Al parecer, aventurarse hasta aquí con el comerciante se había convertido en una especie de usanza arriesgada, y ningún joven se consideraba adulto hasta que no le habían tatuado las nalgas y no había visto los demonios de Case. Es muy típico de los canacos, aunque, si se mira de otro modo, también de los blancos.

Seguí avanzando por el camino y llegué a un claro donde tuve que frotarme los ojos. Delante de mí había un muro, que el sendero atravesaba por una abertura; estaba medio derruido y evidentemente era muy antiguo, pero las enormes piedras estaban muy bien dispuestas, y ninguno de los nativos que viven ahora en la isla sabría cómo construir algo así. A lo largo de toda la parte superior había una serie de extrañas figuras, ídolos, espantapájaros o qué sé yo. Les habían tallado y pintado unos rostros muy desagradables con ojos y dientes de concha, sus cabellos y su ropa colorida ondeaban al viento y algunos se movían con cuerdas. Hay islas más al oeste donde los nativos fabrican todavía hoy figuras parecidas, pero, si alguna vez se fabricaron en esta isla, tanto la práctica como el recuerdo hace mucho que se han olvidado. Y lo más raro era que aquellos fantoches parecían tan nuevos como juguetes recién sacados de una tienda.

Luego recordé que el primer día Case me había contado que era un buen falsificador de curiosidades artísticas de la isla, un negocio con el que muchos comerciantes se ganan honradamente algún dinero. Y entonces comprendí todo el asunto y que aquel despliegue servía a un doble propósito: en primer lugar, añejar sus curiosidades, y en segundo, asustar a quienes iban a visitarlo.

Pero debo añadir que (para acabar de redondear el efecto) las arpas eólicas seguían sonando por doquier entre los árboles, y que, mientras estaba observándolas, un pájaro verde y amarillo (que supongo que estaría construyendo el nido) empezó a arrancarle el pelo a una de las figuras.

Un poco más adelante, encontré la última rareza del museo. Lo primero que vi fue un montículo de tierra alargado que hacía una especie de curva. Aparté la tierra con las manos y encontré una lona embreada tendida sobre unos tablones, de modo que aquello era claramente el techo de una bodega. Estaba justo en la cima de la montaña, y la entrada estaba a lo lejos, entre dos rocas, como si fuera la entrada a una cueva. Entré hasta llegar a la curva y, al doblar la esquina, vi una cara brillante. Era grande y fea como la máscara de una pantomima y su brillo aumentaba y disminuía y en ocasiones daba la impresión de humear.

«¡Vaya! —me dije—, ¡pintura fosforescente!».

Y he de admitir que me admiró el ingenio de aquel hombre. Con una caja de herramientas, y un par de mecanismos sencillos, se las había arreglado para construir

un templo de mil demonios. Cualquier canaco al que llevasen allí en la oscuridad, con las arpas gimiendo en torno a él, y al que le mostrasen aquella cara humeante en el fondo de un agujero, no dudaría ni por un instante que ya había visto y oído demonios suficientes para toda una vida. Es fácil averiguar lo que piensan los canacos. Basta con recordar cómo era uno a los diez o quince años y así es un canaco normal. Algunos son piadosos, como también hay niños piadosos; y la mayor parte de ellos, como los niños, son medianamente honrados y creen que robar es una travesura, y es fácil asustarlos y de hecho les gusta que les asusten. Recuerdo a un compañero de colegio que hacía lo mismo que Case. Él no sabía ni podía hacer nada: no tenía pintura fosforescente, ni arpas eólicas, así que se limitaba a decir que era un hechicero y nos daba mucho miedo y eso nos encantaba. Y de pronto recordé que un día el maestro lo había azotado, y la sorpresa que nos produjo a todos ver al hechicero soportando los azotes como cualquiera. Y me dije: «Tengo que encontrar un modo de hacerle algo parecido al señor Case». Instantes después, había trazado un plan.

Volví por el sendero, que, una vez encontrado, resultaba muy sencillo seguir, y, nada más salir a la arena negra, me encontré nada menos que con el mismísimo señor Case. Amartillé el fusil y lo empuñé con fuerza. Nos cruzamos sin decir palabra vigilándonos con el rabillo del ojo, pero justo después nos dimos media vuelta, como soldados haciendo la instrucción, y nos quedamos mirándonos cara a cara: ambos habíamos reparado al mismo tiempo en que el otro podía aprovechar para pegarnos un tiro por la espalda.

—No ha cazado usted nada —dijo Case.

—Hoy no he salido de caza —respondí.

—Bueno, por mí puede irse usted al diablo —afirmó.

—Lo mismo le digo.

Pero nos quedamos donde estábamos y ninguno de los dos hizo ademán de marcharse. Case soltó una carcajada.

—No podemos quedarnos aquí todo el día —dijo.

—No vaya usted a quedarse por mí.

Volvió a reírse.

—Oiga, Wiltshire, ¿es que me toma usted por idiota?

—Pues ya que lo pregunta, me parece más bien un sinvergüenza —contesté.

—¿De verdad cree que me conviene dispararle a usted en la playa? —preguntó—, porque no es así. Los nativos vienen a pescar aquí a diario. Debe de haber una veintena de ellos en el valle, preparando copra, y tal vez haya una docena en la selva cazando palomos, podrían estar observándonos ahora mismo, no me extrañaría. Le doy mi palabra de que no quiero dispararle. ¿Por qué iba a hacerlo? No me molesta lo más mínimo, no tiene ni un kilo de copra, aparte de la que ha preparado usted mismo como un esclavo negro. Está usted vegetando, eso me parece a mí, y me trae sin cuidado dónde lo haga y por cuánto tiempo. Deme su palabra de que no piensa dispararme y seguiré tranquilamente mi camino.

—En fin —respondí—, ya que es usted tan franco y amable, tendré que corresponderle. No tengo intención de dispararle hoy. ¿Por qué iba a hacerlo? Esto no ha hecho más que empezar y aún no he dicho mi última palabra, señor Case. Ya le he dado a usted un buen repaso, veo que sigue llevando las marcas de mis nudillos en la cabeza, y le tengo preparadas algunas cosas más. No soy un paralítico como Underhill, no me llamo Adams, ni soy Vigours, y pienso demostrarle que ha dado usted con la horma de su zapato.

—Es una tontería hablarme así —dijo—. Sobre todo, si quiere usted que me vaya.

—De acuerdo —repliqué—. Entonces quédese. No tengo ninguna prisa, y usted lo sabe. No me importa pasarme el día en la playa. No tengo copra de la que ocuparme ni pintura fosforescente que preparar.

Enseguida me arrepentí de haber dicho eso último, pero se me escapó casi sin querer. Me miró con el ceño fruncido y noté que lo había cogido de sorpresa. Luego supongo que decidió llegar al fondo del asunto.

—Le tomo a usted la palabra —dijo, y se dio la vuelta y se metió directamente en la selva de los demonios.

Lo dejé marchar, claro, pues había comprometido mi palabra. Pero estuve vigilándolo hasta que se perdió de vista y, en cuanto desapareció, corrí a ponerme a cubierto y volví a casa ocultándome entre los árboles, pues no me fiaba de él lo más mínimo. Comprendí que había cometido la estupidez de ponerlo sobre aviso, de modo que no me quedaba otro remedio que seguir cuanto antes con mis planes.

Podría pensarse que ya había tenido suficientes emociones para una mañana, pero todavía me esperaba otra sorpresa. Nada más doblar el cabo, vi que había varios desconocidos junto a mi casa, y cuando estuve un poco más cerca acabaron de despejarse todas mis dudas: había una pareja de centinelas armados en la puerta. Supuse que el asunto de Uma se había complicado y habían asaltado el puesto comercial. Lo más probable era que se hubieran llevado a Uma y que aquellos hombres armados estuvieran esperando para hacer lo mismo conmigo.

Sin embargo, cuando me acerqué más, cosa que hice a toda velocidad, vi que había otro indígena sentado en la veranda como un invitado y que Uma hablaba con él como una anfitriona. Aún más cerca, comprobé que era el gran jefe Maea, y que estaba fumando y sonriendo, ¿y qué estaba fumando?, no esos ridículos cigarrillos europeos, ni esos cigarros fuertes y grandes que fuman los nativos, y con los que uno tiene que contentarse cuando se le rompe la pipa, sino que habría podido jurar que se trataba de uno de mis puros mexicanos. Al verlo, se me aceleró el pulso y concebí la descabellada esperanza de que hubieran levantado la prohibición y Maea hubiera venido a vernos.

Uma me señaló y él salió a recibirme al pie de mis propias escaleras como un auténtico caballero.

—Vilivili —dijo, pues nadie sabía pronunciar mejor mi nombre—, yo contento.

No hay duda de que en las islas los jefes saben ser educados cuando quieren. Desde el primer momento me hice cargo de la situación. No hizo falta que Uma me dijese: «Ya no miedo de *Ese*, ahora trae copra». Ya digo que le estreché la mano al canaco como si fuese el mejor hombre blanco de toda Europa.

El caso era que Case y él andaban detrás de la misma chica, o al menos eso sospechaba Maea, así que había decidido aprovechar la ocasión para librarse del comerciante. Se había puesto sus mejores galas, había hecho que dos de sus hombres se lavaran y cogieran las armas para darle un carácter más oficial al asunto y, aprovechando que Case había salido del pueblo, se había presentado en mi casa para poner el negocio en mis manos. No solo era rico sino poderoso, calculé que podría procurarme unos cincuenta mil cocos al año. Le ofrecí el precio normal más un cuarto de centavo, y en cuanto al crédito, estaba tan feliz que le habría adelantado todo lo que tenía en el almacén y le habría dado hasta las estanterías. Debo decir que compró como un caballero: arroz, latas de conserva y galletas suficientes para un banquete de una semana, y piezas enteras de tela. Además fue muy agradable, era muy divertido y estuvimos haciéndonos bromas, utilizando a Uma como intérprete, porque él apenas sabía un poco de inglés y yo todavía no conocía su lengua lo suficiente. Reparé en que nunca había temido nada de Uma ni se había dejado asustar demasiado, solo había fingido estarlo porque pensaba que Case tenía al pueblo en sus manos y calculó que era lo que más le convenía.

Eso me hizo pensar que ambos estábamos en una posición un tanto delicada. Lo que acababa de hacer equivalía a desafiar a Case delante del pueblo entero y eso podía llegar a costarle su supremacía. Mi caso era aún peor; después de mi conversación con él en la playa, pensé que podría costarme la vida. Case me había advertido que estaba dispuesto a matarme si alguna vez conseguía algo de copra, y cuando volviera a casa descubriría que el mejor negocio del pueblo había cambiado de manos, así que lo mejor que podía hacer era adelantarme.

—Oye, Uma —le dije—, aclárale que siento haberle hecho esperar, pero es que había ido a ver el sitio donde Case tiene a *Tiapolo* en la selva.

—Quiere saber si tú no tiene miedo —tradujo Uma.

Yo me eché a reír.

—¡Ni mucho menos! —dije—. ¡Dile que es como una tienda de juguetes! Explícale que, en Inglaterra, les damos esas cosas a los niños para que se entretengan con ellas.

—Quiere saber si tú oye demonio cantar —preguntó a continuación.

—Mira —respondí—. Ahora no puedo fabricar uno porque no tengo cuerdas de banjo en el almacén, pero la próxima vez que el barco pase por aquí instalaré uno de esos artefactos aquí, en mi veranda, y él mismo podrá ver si el demonio tiene o no algo que ver. Dile que, en cuanto pueda conseguir unas cuerdas, le fabricaré uno para sus chiquillos. Se trata de un artilugio que se llama «arpa eólica», y puedes explicarle también que el nombre en inglés significa que solo los idiotas se asustan con eso.

Esta vez se mostró tan satisfecho que trató de hablarme en inglés.

—¿Dice verdad? —preguntó.

—¡Pues claro! —exclamé—. Lo juro sobre la Biblia. Trae una Biblia, Uma, si es que tienes alguna, y la besaré. O, todavía mejor —dije aún más animado—, pregúntale si le daría miedo ir a verlo de día.

Por lo visto no le asustaba, estaba dispuesto a arriesgarse a ir, siempre que fuese de día y acompañado.

—¡Entonces, trato hecho! —dije—. Dile que ese hombre es un embaucador y el lugar una engañifa, y que, si viene conmigo mañana, podrá comprobarlo él mismo. Pero dile también esto, Uma, y asegúrate de que lo entiende: si se va de la lengua, Case terminará enterándose y soy hombre muerto. Dile que me estoy poniendo en sus manos y que, si dice una palabra de esto, mi sangre caerá sobre su conciencia y se condenará en este mundo y en el próximo.

Así se lo dijo y él me estrechó calurosamente la mano y dijo:

—No habla. *Manana* va allí. ¿Amigo?

—¡No, señor! —respondí—. Ya está bien de tonterías. Dile que he venido aquí a comerciar y no a hacer amigos, aunque estoy decidido a enviar a Case al infierno.

Y Maea se fue muy satisfecho, o eso me pareció a mí.

5

Una noche en la selva

Ya no me quedaba otra opción: *Tiapolo* debía ser destruido antes del día siguiente, y aún tenía muchas cosas que preparar y que discutir. Mi casa parecía una sociedad de debates: Uma estaba decidida a no dejarme ir a la selva de noche y totalmente convencida de que, si lo hacía, no volvería a verme. Ya he dado antes una muestra de su forma de argumentar, cuando conté la conversación sobre la reina Victoria y el demonio, así que cualquiera imaginará que mucho antes del anochecer ya me había hartado de escucharla.

Por fin, se me ocurrió una idea: ¿de qué servía seguir echándole margaritas si un poco de paja podría serme más útil?

—Te diré lo que haremos —le dije—. Busca tu Biblia y yo la llevaré conmigo. Eso me protegerá.

Ella juró y perjuró que una Biblia no serviría de nada.

—Tú y tu condenada ignorancia de canaca —respondí—. Tráeme la Biblia. —Me la trajo y la abrí por la portada, donde supuse que encontraría algo escrito en inglés, y efectivamente lo había—. ¿Lo ves? —dije—. ¡Mira aquí!: «Londres, impreso para la Sociedad Bíblica Británica e Internacional, Blackfriars», y una fecha que no sé leer, porque está escrita en números romanos. No hay demonio en el infierno capaz de

atreverse con la Sociedad Bíblica de Blackfriars. ¡Serás tonta! —insistí—. ¿Cómo crees que nos las entendemos en casa con nuestros *aitus*? ¡Pues con la Sociedad Bíblica!

—Vosotros no tiene *aitus* —dijo—. Hombre blanco dice que vosotros no tiene.

—¿Eso crees? —pregunté—. ¿Y por qué iban a estar llenas estas islas de ellos y no iba a haber ninguno en Europa?

—Tampoco tiene árbol del pan —objetó.

Casi me tiro de los pelos.

—Mira, mujer —dije—, calla de una vez, porque ya me estás hartando. Me llevaré la Biblia y con eso estaré tan seguro como cualquiera pudiera desear, y no se hable más.

La noche iba a ser muy oscura, pues el cielo se nubló después de atardecer y no se veía ni una estrella, la luna estaba en cuarto menguante y no aparecería hasta muy tarde. En torno al pueblo, gracias a las luces y los fuegos de las casas y las antorchas de los pescadores, que pululaban por los arrecifes, todo estaba alegre e iluminado, pero el mar, las montañas y la selva habían desaparecido. Debían de ser las ocho en punto cuando me puse en camino cargado como un burro. En primer lugar llevaba la Biblia, un libro gordísimo con el que me había tocado cargar por mi propia estupidez. Luego mi fusil, mi cuchillo, una linterna y cerillas. Por fin, lo más importante de todo: una enorme carga de pólvora, un par de cartuchos de dinamita para pescar y dos o tres trozos de mecha retardante que había sacado de una lata y había unido lo mejor que pude, pues la mecha era un artículo para comerciar con los nativos y habría sido una locura confiar en ella. Tenía suficiente para producir una bonita explosión. No reparé en gastos, quería hacer las cosas bien.

Mientras estuve en campo abierto y pude orientarme por la lámpara de mi casa, no tuve problemas. Pero cuando llegué al sendero, todo estaba tan oscuro que no veía por donde andaba y me chocaba contra los árboles y maldecía como quien busca las cerillas en su dormitorio. Sabía que era peligroso encender una luz, pues el resplandor de la linterna se vería desde el otro extremo del cabo, y, como nadie iba allí después de atardecer, la gente murmuraría y Case no tardaría en enterarse. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? O abandonaba mi empresa y perdía mi prestigio con Maea, o me arriesgaba a encenderla y me las arreglaba lo mejor que pudiera.

Seguí por el sendero a buen paso y al llegar a la playa eché a correr. La marea casi había subido y tuve que darme mucha prisa para pasar con la pólvora seca entre los rociones de las olas y las rocas. De hecho, el agua me llegaba por las rodillas y estuve a punto de caer sobre una piedra. Todo ese rato me espolearon las prisas, el aire fresco y el aroma del mar, pero una vez que me interné en la selva por el sendero, empecé a andar más despacio. El miedo que me inspiraba la selva había disminuido en parte desde que había visto las cajas con cuerdas de banjo del señor Case y las imágenes talladas, pero aun así me pareció un paseo bastante siniestro y supuse que cuando los acólitos subieran por allí debían de asustarse mucho. La luz de la linterna

alumbrando entre todos aquellos troncos y ramas y los extremos de las lianas convertían aquel lugar en una especie de rompecabezas de sombras chinescas. Salían a mi encuentro, gruesas y rápidas como gigantes, y luego se dilataban y se desvanecían; se alzaban sobre mi cabeza como mazas y huían en la noche como pájaros. El suelo de la selva resplandecía con las cortezas muertas, como la caja de cerillas cuando enciendes en ella un fósforo. Gotas grandes y frías caían sobre mí desde las ramas como si fueran sudor. No soplaba viento, solo una leve brisa helada de tierra que no movía ni una hoja, y las arpas guardaban silencio.

Después de atravesar el bosquecillo de cocoteros silvestres, me topé con los espantajos del muro. Tenían un aspecto muy raro a la luz de la linterna, con sus caras pintadas, sus ojos de concha y su ropa y sus cabellos colgando. Uno tras otro, los descolgué y los apilé en un montón sobre el techo del subterráneo, para que se fuesen al demonio con lo demás. Luego escogí un lugar entre una de las grandes piedras de la entrada, enterré la pólvora y los dos cartuchos y dispuse la mecha a lo largo del pasadizo. Por último, miré, a modo de despedida, la cabezota humeante. Todo iba bien.

«Alégrate —pensé—, tus horas están contadas».

Al principio mi intención era encender la mecha y volverme a casa, pues la oscuridad, el resplandor de la corteza y las sombras de la linterna me hacían sentir muy solo. Pero luego recordé dónde colgaba una de las arpas y me pareció una pena no hacerla desaparecer con todo lo demás, y al mismo tiempo me resistía a reconocer que empezaba a estar harto de todo aquello y quería estar en casa con la puerta cerrada. Salí del sótano y empecé a considerar las dos posibilidades. Se oía el estruendo del mar en la costa. Aunque allí cerca no se movía ni una hoja, podía haber sido la única criatura viviente a este lado del cabo de Hornos. Pues bien, mientras estaba allí pensando, los arbustos parecieron cobrar vida y empezaron a oírse ruidos. Eran muy leves y nada amenazadores, un tenue crujido, un susurro apagado, pero me quedé sin aliento y el gaznate se me secó como una galleta de barco. No era Case quien me atemorizaba, aunque eso habría sido lo más sensato, ni siquiera pensé en él por un momento; lo que me vino a la memoria con la intensidad de un cólico fueron aquellos cuentos de viejas, las diablesas y el hombre con forma de jabalí. Faltó un pelo para que echase a correr, pero logré dominarme, avancé un paso y alzando la linterna (como un idiota) miré a mi alrededor.

Por el lado del pueblo y el sendero no se veía nada, pero cuando me volví tierra adentro estuve a punto de desmayarme. Allí, saliendo del desierto y del monte encantado, había, sin lugar a dudas, una diablesa tal como la había imaginado. Vi resplandecer la luz en sus brazos desnudos y el brillo de sus ojos. Y solté un grito tan fuerte que pensé que había llegado la hora de mi muerte.

—¡Ah! ¡No grita! —dijo la diablesa con una especie de susurro—. ¿Por qué tú habla alto? ¡Apaga luz! ¡*Ese* viene!

—¡Dios todopoderoso, Uma!, ¿eres tú? —dije.

—*Ioe* —respondió—. Yo vengo rápido. *Ese* llega pronto.

—¿Vienes sola? —pregunté—. ¿No tienes miedo?

—¡Ah, mucho miedo! —susurró abrazándose a mí—. Casi muerta.

—Bueno —le dije con una especie de débil sonrisa—, pues no soy quién para burlarme, señora Wiltshire, pues debo de ser el hombre más asustado del Pacífico Sur.

Me explicó en dos palabras lo que la había impulsado a venir. Al parecer, nada más marcharme, se presentó allí Faavao y le contó que se había cruzado con Jack el negro, que corría desde nuestra casa a la de Case. Uma no se entretuvo a hablar con ella, sino que acudió a toda prisa a advertirme. Me había seguido de cerca orientándose por la linterna a través de la playa, y después, guiándose por su resplandor en las copas de los árboles, había continuado colina arriba. Solo cuando subí al techo del sótano, se despistó —¡Dios sabe por dónde!— y me perdió de vista un buen rato, asustada de gritar por si Case la seguía, y se había caído en la selva, por lo que iba llena de golpes y moratones. Debía de haberse desviado demasiado al sur, y por eso me había sorprendido por el flanco y me había dado aquel susto de muerte.

En fin, todo era mejor que una diablesa, pero me tomé su historia muy en serio. A Jack el negro no se le había perdido nada en mi casa, a menos que estuviese allí vigilándonos, y tuve la sensación de que mi estúpida alusión a la pintura y tal vez algún desliz de Maea nos había puesto en una situación comprometida. Una cosa estaba clara: Uma y yo tendríamos que pasar allí la noche, sería una locura tratar de regresar antes de que se hiciese de día, y aun así sería más seguro dar un rodeo por la montaña y volver por la parte de atrás del pueblo o podríamos caer en una emboscada. También estaba claro que había que hacer volar la carga cuanto antes, o Case podría llegar a tiempo de impedirlo.

Entré en el túnel, con Uma abrazada a mí, abrí la portezuela de la linterna y encendí la mecha. El primer trozo ardió como el papel, mientras yo lo miraba como un estúpido y pensaba que íbamos a volar junto a *Tiapolo*, lo que no entraba en ningún caso dentro de mis planes. El segundo ardió más despacio, aunque más rápido de lo que había pensado, y entonces recobré la cordura y tiré de Uma para salir del pasadizo, apagué la linterna y la tiré al suelo y los dos nos abrimos camino a tientas por la selva, hasta que llegamos a un sitio que me pareció seguro y nos tumbamos detrás de un árbol.

—Mujer —le dije—, no olvidaré nunca esta noche. Eres un encanto, no sé si lo sabes.

Se acurrucó más cerca de mí. Había ido hasta allí vestida solo con la falda y estaba empapada de rocío y agua de mar, y temblaba de frío y pavor a los demonios y la oscuridad.

—Mucho miedo —fue todo lo que dijo.

La ladera opuesta de la montaña de Case desciende hasta el valle casi tan a pico como un precipicio. Estábamos justo al borde y veía el resplandor de la corteza

podrida y oía el ruido del mar a lo lejos. No me gustaba aquel lugar, de donde no había retirada posible, pero me dio miedo cambiarnos. Además comprendí que había cometido un error aún peor con la linterna, que debería haber dejado encendida para poder dispararle a Case cuando llegase. E incluso aunque no hubiese tenido la inteligencia de hacerlo, me pareció absurdo dejar que una buena linterna volara por los aires con las imágenes talladas: al fin y al cabo era mía, me había costado un buen dinero y podía resultarme de utilidad. Si hubiera podido fiarme de la mecha habría ido a recuperarla. Pero ¿cómo iba a fiarme de la mecha? Ya se sabe cómo son estas mercancías: no están mal para que los canacos vayan de pesca, al fin y al cabo tienen que ir con mucho cuidado y lo más que puede ocurrirles es que se vuelen una mano, pero para cualquiera que quisiera preparar una voladura como la mía, esa mecha era una porquería.

Lo mejor era seguir allí quieto, tener el fusil a mano y esperar a que se produjera la explosión. Fue un instante solemne: la negrura de la noche era impenetrable, lo único que se veía era el desagradable y espectral resplandor de la corteza carcomida que no alumbraba más que a la propia corteza. En cuanto al ruido, agucé el oído hasta que me pareció oír la mecha ardiendo en el túnel, pero la selva siguió tan silenciosa como una tumba. De vez en cuando se oía algún crujido, pero era imposible saber si se trataba de Case tropezando a unos metros de donde yo estaba o de un árbol que se rompía a muchos kilómetros de allí.

Y luego, de pronto, fue como si el Vesubio entrara en erupción. Tardó mucho en estallar, pero cuando lo hizo (aunque no soy yo quien debiera decirlo) nadie habría podido pedir nada mejor. Al principio fue como una salva de fusilería y un destello de fuego, luego la madera se incendió de modo que cualquiera habría podido leer a su luz. A continuación vino lo peor: Uma y yo quedamos sepultados bajo una carretada de tierra, y todavía tuvimos suerte, pues una de las rocas de la entrada del túnel salió disparada por el aire, impactó a pocos metros de donde estábamos y cayó hasta el valle rebotando por la falda de la colina. Comprendí que había medido mal la distancia, o que había utilizado demasiada pólvora y dinamita, una de dos.

Enseguida vi que había cometido otro error. El estruendo de la explosión empezó a apagarse después de conmover toda la isla, el resplandor se extinguió y, sin embargo, no volvió a reinar la oscuridad tal como yo había planeado, pues la selva entera quedó cubierta de pavesas y brasas encendidas: las había junto a mí, en el valle y sobre las copas de los árboles. No temí que el fuego pudiera extenderse, pues esos bosques son demasiado húmedos para incendiarse, pero lo malo era que todo el lugar quedó iluminado, no mucho, pero sí lo bastante para disparar, y, por cómo se habían dispersado las brasas, lo más probable era que Case tuviese tanta ventaja como yo. Miré a todas partes en busca de su cara blanca, pero no había ni rastro de él. En cuanto a Uma, la explosión y el resplandor parecían haberla dejado sin vida.

Había aún otra complicación. Una de las condenadas imágenes talladas había caído con los cabellos, el cuerpo y la ropa envueltos en llamas, a menos de cuatro

metros de donde nos encontrábamos. Eché una mirada a mi alrededor, seguía sin ver a Case y decidí que debía librarme de aquel madero en llamas antes de que llegase o me mataría allí mismo a tiros como a un perro.

Al principio pensé en arrastrarme hasta allí, pero luego pensé que lo primordial era actuar con rapidez y me incorporé para ir más deprisa. En ese momento, desde algún lugar entre el mar y donde yo estaba, se produjo un fogonazo y un estampido y una bala de rifle pasó silbando junto a mi cabeza. Me volví y alcé el fusil. Pero aquel condenado tenía un Winchester y, antes de que pudiera apuntar siquiera, su segundo disparo me derribó como un bolo. Tuve la impresión de volar por los aires, luego caí al suelo medio aturdido y descubrí que el fusil se me había caído de las manos. Cuando se está en un aprieto como aquel uno no tarda en recobrar la lucidez. No sabía ni dónde me había herido, ni siquiera si lo estaba, pero me puse boca abajo y me arrastré hasta mi arma. A menos que uno haya tratado de pasearse por ahí con una pierna rota, es imposible saber lo que duele, y solté un aullido como el de un animal herido.

Fue el ruido más desafortunado que he hecho en mi vida. Hasta ese momento, Uma había seguido oculta detrás del árbol como una mujer sensata para no serme de estorbo. Pero en cuanto me oyó gritar, echó a correr. El Winchester volvió a disparar y ella cayó.

Yo me había incorporado, a pesar de la pierna, para tratar de detenerla, pero cuando la vi caer, volví a tirarme al suelo, me quedé inmóvil y busqué el mango de mi cuchillo. Antes me había asustado e irritado. Pero se acabó. Había abatido a mi mujer y tenía que ajustarle las cuentas, así que me quedé allí rechinando los dientes y calculando mis posibilidades. Tenía la pierna rota, me había quedado sin fusil y a Case le quedaban todavía diez balas en su Winchester; la situación no podía ser menos alentadora. Pero no desesperé ni pensé en desesperar: tenía que acabar con aquel hombre.

Pasó un buen rato sin que ninguno de los dos hiciera nada. Luego oí que Case empezaba a acercarse muy despacio. La imagen se había consumido, solo quedaban algunas brasas encendidas aquí y allá y la selva estaba casi a oscuras, salvo por una especie de leve resplandor como el de las ascuas cuando están a punto de apagarse. Gracias a él distinguí la cabeza de Case mirándome por encima de una mata de helechos, en el mismo instante en que él me vio a mí y se echó el rifle al hombro. Me quedé inmóvil mirando directamente al cañón: era mi última oportunidad y pensé que el corazón se me saldría del pecho. Luego disparó. Por suerte no se trataba de un fusil, pues la bala se estrelló a pocos centímetros y me llenó los ojos de tierra.

¡No todo el mundo es capaz de quedarse quieto en el suelo, dejar que le disparen a quemarropa y confiar en que fallen por un pelo! Pero yo lo hice y tuve suerte. Case se quedó un momento con el rifle en la mano, soltó una risita y asomó entre los helechos.

«Tú ríete —pensé para mis adentros—. ¡Si tuvieses la inteligencia de un mosquito estarías rezando!».

Yo estaba tan tenso como la estacha de un barco o el muelle de un reloj, y en cuanto estuvo a mi alcance, lo cogí por el tobillo, le hice tropezar y, a pesar de la pierna rota, le salté encima antes de que pudiera respirar. El Winchester se le había caído junto a mi fusil, pero eso a mí me traía sin cuidado. Ahora era entre él y yo. Soy un hombre bastante fuerte, pero no supe hasta dónde llegaban mis fuerzas hasta que tuve a Case en mis manos. Parecía un poco aturdido por el golpe que se había dado al caer y agitaba los brazos como una mujer asustada, así que se los sujeté con la mano izquierda. Eso le hizo despertar y me mordió en el antebrazo como una comadreja. ¡Poco me importó! La pierna me dolía tanto que no notaba nada más. Desenvainé el cuchillo y lo coloqué en el lugar preciso.

—Ya te tengo —dije—, vas a morir y lo tienes bien merecido. ¿Notas la punta del cuchillo? Es por Underhill. Y por Adams. Y también por Uma. Y te va a separar tu alma maldita del cuerpo.

Y dicho eso le clavé el frío acero con todas mis fuerzas. Su cuerpo se retorció como el muelle de un sofá, soltó un terrible gemido y se quedó inmóvil.

«Confío en que estés muerto», pensé. La cabeza me daba vueltas, pero no estaba dispuesto a correr riesgos, tenía demasiado presente su propio ejemplo, y saqué el cuchillo para volver a clavárselo. Recuerdo que la sangre me empapó las manos, tan caliente como un té, luego me desmayé y caí de cabeza encima de su boca.

Cuando recobré el sentido, todo estaba muy oscuro, las brasas se habían apagado, no quedaba más que el resplandor de las cortezas en descomposición, y no podía recordar dónde estaba, ni por qué sentía tanto dolor, ni por qué estaba tan empapado. Luego lo recordé, y lo primero que hice fue volver a clavarle el cuchillo media docena de veces hasta la empuñadura. Creo que ya estaba muerto, pero a él no le hizo daño y a mí me sentó bien.

«Ahora seguro que lo estás», dije, y llamé a Uma.

No respondió, y traté de ir a buscarla a tientas, pero la pierna me falló y volví a desmayarme.

Cuando me desperté por segunda vez, las nubes se habían disipado, a excepción de unas cuantas que volaban como si fueran de algodón. Había salido la luna…, una luna tropical. En Inglaterra el bosque parece negro a la luz de la luna, pero aquí la selva se ilumina como si fuese de día, incluso cuando está en cuarto menguante. Las aves nocturnas —o más bien unas aves diurnas muy madrugadoras— cantaban con largos trinos como ruiseñores. Y vi al muerto, sobre el que seguía apoyado en parte, mirando al cielo con los ojos abiertos, igual de pálido que cuando estaba vivo, y, un poco más lejos, a Uma tumbada de costado. Llegué hasta ella como pude, y vi que estaba despierta y llorando y gimiendo en voz baja. Por lo visto, no se atrevía a llorar más alto por miedo a los *aitus*. No estaba malherida, pero sí muy asustada. Había recobrado el conocimiento hacía un buen rato, me había llamado y, al no oír

respuesta, había dado por sentado que ambos estábamos muertos y se había quedado allí demasiado asustada para mover un dedo. La bala le había dado en el hombro y había perdido mucha sangre, pero enseguida la vendé como es debido con el faldón de mi camisa y un pañuelo que llevaba puesto, apoyé su cabeza en mi rodilla sana y la espalda en el tronco de un árbol y me senté a esperar que amaneciera. Uma no podía ayudarme ni distraerme y se limitó a abrazarse a mí temblando y llorando; no creo haber visto a nadie tan asustado, y para hacerle justicia, hay que decir que demostró mucha entereza. En cuanto a mí, estaba febril y muy dolorido, aunque si me estaba quieto no me dolía tanto, y cada vez que miraba a Case me entraban ganas de silbar y cantar. ¡Y no digamos de comer y beber!, verlo allí tumbado me llenaba de alegría.

Las aves nocturnas dejaron de cantar al cabo de un rato y la luz empezó a cambiar, el oriente se volvió anaranjado, la selva entera empezó a zumbar y a cantar como una caja de música y se hizo de día.

No esperaba que Maea llegase hasta mucho después, y de hecho pensé que cabía la posibilidad de que se hubiese echado atrás y no viniese. Me alegró mucho cuando una hora más tarde oí el ruido de unos bastones y a un montón de canacos que cantaban y reían para infundirse valor. Uma se incorporó nada más oírlo y poco después vimos a un grupo que venía por el sendero con Maea en cabeza seguido por un hombre tocado con un salacot. Era el señor Tarleton, que había llegado aquella noche a Falesá, abandonado su bote y recorrido el último tramo a la luz de una linterna.

Enterraron a Case en el campo de batalla, justo en el agujero donde había estado la cabeza humeante. Esperé a que terminasen y a que el señor Tarleton pronunciara unas oraciones, lo que me pareció una estupidez, aunque debo decir que describió de un modo muy desagradable las perspectivas del finado, y que parecía tener ideas propias acerca del infierno. Cuando hablamos más tarde, le dije que, en mi opinión, no había cumplido con su deber y que debería haberles dicho sin más a los canacos que Case se había condenado, y al demonio con él, pero no logré hacerle comprender mi punto de vista. Luego prepararon unas angarillas con unas ramas y me llevaron hasta el puesto comercial. El señor Tarleton me curó la pierna al estilo misionero, de modo que todavía hoy sigo renqueando. Luego nos tomó declaración a mí, a Uma y a Maea, lo redactó todo muy bien y nos hizo firmar, y luego reunió a los jefes y todos fueron a ver a Papa Randall para pedirle los papeles de Case.

Lo único que encontraron fue un diario, que llevaba desde hacía muchos años, acerca del precio de la copra, de los pollos robados y otras cosas por el estilo, los libros de cuentas y el testamento del que hablé antes, donde se establecía que todo (negocio y mercancías) pertenecía a la mujer samoana. Se lo compré por un precio muy razonable, pues parecía ansiosa por volver a casa. En cuanto a Randall y al negro, tuvieron que marcharse a otro puesto comercial por la parte de Papa-malulu. Por lo visto les fueron mal las cosas, pues lo cierto es que ninguno de los dos valía

para los negocios y acabaron subsistiendo a base de pescado, lo que causó la muerte de Randall. Al parecer un día vieron un banco de peces y papi salió a pescarlos con dinamita. O bien la mecha ardió demasiado rápido o papi estaba borracho, o ambas cosas, pero el caso es que la bomba estalló (como siempre) antes de que la arrojara, ¿y qué pasó con la mano de papi? En fin, eso no tiene nada de raro, la parte norte de las islas está llena de mancos, como los cuentos de *Las mil y una noches*, pero Randall era demasiado viejo o bebía demasiado y lo cierto es que acabó muriendo. Poco después echaron de las islas al negro acusado de robar a unos blancos, y huyó al oeste, donde encontró a otros de su misma raza ¡que lo atraparon y se lo comieron en una especie de ceremonia que espero que fuese de su entera satisfacción!

Así que me quedé solo en Falesá, y cada vez que pasaba la goleta a verme se iba con las bodegas repletas. Debo añadir que el señor Tarleton se portó bien con nosotros, aunque se vengó de un modo un tanto mezquino.

—Bueno, señor Wiltshire —dijo—. Ya he arreglado las cosas con todo el mundo. No ha sido difícil, ahora que no está Case, pero les he dado mi palabra de que les tratará usted con justicia y he de pedirle que me dé su palabra de que lo hará.

Yo se la di. Hasta entonces, siempre había trucado las balanzas basándome en el siguiente razonamiento: todos trucamos las balanzas, los nativos lo saben y mojan la copra para compensar, así que, en el fondo, el trato es justo. Lo cierto es que nunca acabó de hacerme gracia, y aunque las cosas me iban bien en Falesá, casi me alegré cuando la empresa me trasladó a otro puesto comercial, donde no había comprometido mi palabra y podía trucar las balanzas a voluntad.

En cuanto a mi mujer, qué voy a decir. Solo tiene un defecto: si no se la vigila, es capaz de regalar hasta las paredes del puesto comercial. Por lo visto, es algo natural en los canacos. Se ha convertido en una mujer muy robusta y podría lanzar a un policía londinense por encima del hombro. Pero eso también es natural en los canacos, y de lo que no hay duda es de que no hay otra como ella.

Una vez concluida su misión, el señor Tarleton volvió a casa. Era el mejor misionero que he conocido nunca, y por lo visto ahora es pastor en una iglesia de Somerset. En fin, así no tendrá que soportar a ningún canaco que le caliente la cabeza.

¿Y mi taberna? No parece probable que llegue a tenerla nunca. Me temo que me quedaré por aquí, no me gusta la idea de dejar solos a los niños, y lo cierto es que están mejor aquí que en un país de hombres blancos. Ben se llevó al mayor a Auckland, donde está estudiando en los mejores colegios. Lo que me preocupa son las niñas. Son mestizas, claro, y nadie tiene peor opinión de los mestizos que yo, pero son mis hijas, y no tengo otras. No acabo de hacerme a la idea de casarlas con canacos, pero ¿dónde voy a encontrarles unos blancos?

EL DIABLO DE LA BOTELLA

NOTA: Cualquier estudioso de ese producto tan poco literario que es el teatro inglés de principios de siglo reconocerá aquí el nombre y la idea principal de una obra que hizo muy popular el temible O. Smith. La idea principal es, de hecho, idéntica, aunque espero haberla convertido en algo nuevo. Y el hecho de que la historia esté pensada y escrita para un público polinesio tal vez le preste cierto interés en Inglaterra.

R. L. S.

Había un hombre de la isla de Hawai, a quien llamaré Keawe, pues lo cierto es que vive todavía y debemos guardar su nombre en secreto. Su lugar de nacimiento no estaba lejos de Honaunau, donde los huesos de Keawe el Grande yacen ocultos en una cueva. Dicho hombre era pobre, valiente y activo, sabía leer y escribir como un maestro de escuela y era un marino de primera, que había navegado un tiempo en los vapores de las islas y pilotado un ballenero en la costa de Hamakua. Un día, a Keawe se le metió en la cabeza conocer mundo y las grandes ciudades extranjeras y se embarcó rumbo a San Francisco.

Es esta una ciudad muy hermosa, con un puerto excelente y habitada por gente muy rica. Y, en particular, tiene una colina cubierta de palacios. Por esa colina paseaba Keawe un día con los bolsillos llenos de dinero, contemplando con placer las grandes casas que había a ambos lados de la calle. «¡Qué casas tan hermosas —pensaba—, y qué felices deben de ser quienes viven en ellas sin tener que preocuparse por el día de mañana!». Todavía estaba dándole vueltas a aquello cuando se topó con una casa un poco más pequeña que las demás, pero hermosa y tan bien acabada como un juguete. Las escaleras de aquella casa brillaban como de plata, los arriates del jardín estaban tan floridos como si fueran guirnaldas y las ventanas resplandecían igual que diamantes. Keawe se detuvo y se maravilló de toda aquella magnificencia. Al hacerlo reparó en un hombre que lo miraba a través de una ventana tan transparente que Keawe podía verlo como a un pez en la laguna de un arrecife. El hombre era viejo y calvo y tenía la barba negra, su expresión era triste y suspiraba amargamente. Y lo cierto es que cuando Keawe miró a aquel hombre y el hombre miró a Keawe, ambos sintieron envidia del otro.

De pronto, el hombre sonrió, movió la cabeza y le hizo un gesto a Keawe para que subiera y se reuniera con él en el zaguán de la casa.

—Tengo una casa muy bonita —dijo el hombre, y suspiró con amargura—. ¿No le apetecería ver las habitaciones?

Y se la enseñó a Keawe desde el sótano hasta el tejado. No había nada en ella que no fuese perfecto en su género, y Keawe se quedó admirado.

—Cierto —dijo Keawe—, es una casa preciosa, si yo viviera en una parecida me pasaría el día riendo. ¿Por qué suspira usted de ese modo?

—No hay razón —dijo el hombre— por la que no pueda usted tener una casa idéntica a esta y aún mejor si quiere. Tendrá usted dinero, ¿no?

—Tengo cincuenta dólares —dijo Keawe—, pero una casa como esta cuesta mucho más de cincuenta dólares.

El hombre hizo un cálculo.

—Siento que no tenga usted más —dijo—, pues puede traerle problemas en el futuro, pero será suya por cincuenta dólares.

—¿La casa? —preguntó Keawe.

—No, la casa no —replicó el hombre—, la botella. Pues debo decirle que, aunque le parezca tan rico y afortunado, toda mi fortuna, la casa y el jardín salieron de una botella de menos de medio litro. Hela aquí.

Abrió un armario cerrado con llave y sacó una botella redondeada de cuello largo. El cristal era blanco como la leche y tenía vetas tornasoladas. Algo se movía oscuramente en su interior, como una sombra y un fuego.

—Esta es la botella —dijo el hombre, y, al ver que Keawe se reía, añadió—: ¿No me cree? Pues trate usted de romperla.

Keawe cogió la botella y la estrelló contra el suelo hasta cansarse, pero rebotó como la pelota de un niño sin romperse.

—Qué raro —dijo Keawe—. Por el aspecto y el tacto parece de cristal.

—Y lo es —replicó el hombre suspirando más profundamente que nunca—, pero es un cristal templado en las llamas del infierno. Dentro vive un demonio, y esa es la sombra que vemos, o eso creo. Si alguien compra la botella, el demonio pasa a estar a sus órdenes y todo lo que desee, amor, fama, dinero, casas como esta, o incluso una ciudad como esta, son suyas con solo pedirlo. Napoleón la poseyó y gracias a ella llegó a ser el rey del mundo, pero acabó vendiéndola y cayó. El capitán Cook también fue su dueño, y por eso encontró tantas islas, pero la vendió también y lo mataron en Hawai. Pues, una vez vendida, desaparecen su poder y su protección y, a menos que uno se contente con lo que tiene, le acontecerá alguna desgracia.

—Y, aun así, ¿está dispuesto a venderla? —dijo Keawe.

—Tengo todo lo que deseo, y me estoy haciendo viejo —replicó el hombre—. Hay algo que el demonio no puede hacer: prolongar la vida, y no sería justo ocultarle a usted que la botella tiene un inconveniente, pues, si uno muere antes de venderla, arderá en el infierno eternamente.

—Desde luego, no es un inconveniente trivial —exclamó Keawe—. No quiero saber nada. Gracias a Dios, puedo pasarme sin una casa, pero de ningún modo quiero correr el riesgo de condenarme.

—Amigo mío, no debe sacar conclusiones precipitadas —repuso el hombre—. Lo único que tiene que hacer es emplear el poder del demonio con moderación, y luego vendérselo a alguien, como hago yo con usted, y terminar sus días cómodamente.

—Sin embargo, he reparado en dos cosas —dijo Keawe—. Por un lado, en que se ha pasado usted todo este rato suspirando como una doncella enamorada, y por el

otro, en que vende la botella muy barata.

—Ya le he explicado por qué suspiro —dijo el hombre—. Temo que mi salud pueda estar deteriorándose, y, como usted dice, morir y condenarse es una tragedia para cualquiera. En cuanto a por qué la vendo tan barata, debo explicarle una peculiaridad de la botella. Hace tiempo, cuando el diablo la trajo a la tierra por primera vez, era enormemente cara, y le fue vendida al preste Juan por varios millones de dólares, pero no se puede vender a menos que sea perdiendo dinero. Si se vende por la misma cantidad que se compró, vuelve a su dueño como una paloma mensajera. De ahí que el precio haya ido reduciéndose a lo largo de todos estos años y ahora sea bastante barata. Yo mismo se la compré a uno de mis vecinos en esta colina, y tan solo pagué por ella noventa dólares. Podría venderla por ochenta y nueve dólares y noventa y nueve centavos, pero no más cara, o volvería irremediablemente a mis manos. Eso tiene dos inconvenientes. En primer lugar, cuando uno ofrece una botella tan peculiar por ochenta y tantos dólares, la gente piensa que está bromeando. Y en segundo…, pero eso no tiene importancia…, y no vale la pena entrar en detalles. Tan solo recuerde que debe venderla por moneda acuñada.

—¿Y cómo sé que todo eso es verdad? —preguntó Keawe.

—En parte puede usted comprobarlo ahora mismo —replicó el hombre—. Deme usted sus cincuenta dólares, coja la botella y pida que se los devuelva. Si no ocurre así, le doy mi palabra de honor de que desharé el trato y le devolveré el dinero.

—¿No pretenderá engañarme? —dijo Keawe.

El hombre se comprometió con un juramento solemne.

—En fin, me arriesgaré —dijo Keawe—, no creo que tenga nada de malo.

Le pagó al hombre su dinero y este le alcanzó la botella.

—Diablo de la botella —dijo Keawe—, quiero que me devuelvas mis cincuenta dólares. —Y apenas había terminado de pronunciar aquellas palabras cuando volvió a notar el bolsillo tan pesado como antes—. Desde luego, esta botella es maravillosa —reconoció Keawe.

—Y ahora, buenos días, mi querido amigo, ¡y que el diablo le acompañe! —dijo el hombre.

—Espere —respondió Keawe—, basta de bromas. Aquí tiene usted su botella.

—La ha comprado por menos de lo que yo pagué por ella —replicó el hombre, frotándose las manos—. Ahora es suya, y por mi parte nada deseo más que verle marchar.

Y llamó a su criado chino y mandó que lo acompañara fuera.

Una vez en la calle y con la botella bajo el brazo, Keawe empezó a pensar. «Si lo que me ha contado de la botella es cierto, puedo haber hecho un mal negocio —se dijo—. Aunque tal vez el hombre se haya burlado de mí». Lo primero que hizo fue contar su dinero. La suma era exacta: cuarenta y nueve dólares americanos y uno chileno. «Esto parece cierto —se dijo Keawe—. Comprobemos también lo otro».

Las calles, en esa parte de la ciudad, estaban tan limpias como la cubierta de un barco, y aunque era mediodía, no pasaba ningún transeúnte. Keawe dejó la botella en el arroyo y siguió su camino. Dos veces se volvió y vio la botella lechosa y redondeada allí donde la había dejado. Por tercera vez volvió a mirar y dobló la esquina, pero apenas lo había hecho cuando notó que algo se le clavaba en el codo y… ¡hete aquí que era el cuello de la botella, que asomaba del bolsillo de su chaquetón marinero!

«Pues esto también lo parece», pensó Keawe.

Lo siguiente que hizo fue comprar un sacacorchos en una tienda e ir a un sitio apartado en medio de un descampado. Una vez allí, trató de destapar la botella, pero cada vez que intentaba clavar el sacacorchos volvía a salir y el tapón seguía intacto.

«Debe de tratarse de un nuevo tipo de corcho», dijo Keawe y empezó a temblar y a sudar, pues le asustaba aquella botella.

De camino al puerto, vio una tienda donde un hombre vendía conchas y mazas de las islas, viejas deidades paganas, monedas antiguas, estampas de la China y el Japón y toda suerte de objetos de los que llevan los marineros en sus baúles. Entonces se le ocurrió una idea. Entró y se ofreció a venderle la botella por cien dólares. Al principio, el dueño de la tienda se rio y ofreció pagarle cinco, pero era una botella muy peculiar, con aquellos colores que brillaban de forma tan hermosa por debajo del blanco lechoso, y la sombra revoloteando en el centro, así que, después de regatear un poco, como se hace siempre en esos casos, el tendero le pagó a Keawe sesenta dólares de plata y puso la botella en un estante en mitad del escaparate.

«En fin —pensó Keawe—, he vendido por sesenta dólares lo que compré por cincuenta, o para ser exactos, por un poco menos, pues uno de mis dólares era chileno. Ahora comprobaré la verdad del otro extremo».

Volvió a bordo de su barco y, al ir a abrir su baúl, encontró en él la botella, que había llegado antes que él.

Keawe tenía un camarada llamado Lopaka.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Lopaka—, ¿por qué miras así tu baúl? —Estaban solos en el castillo de proa, de modo que Keawe le pidió que le guardara el secreto y se lo contó todo—. Es un asunto muy raro —dijo Lopaka—, y temo que esta botella pueda traerte problemas. Pero una cosa es segura: y es que, ya que ha de acarrearte dificultades, más te vale aprovechar la ocasión. Decide qué es lo que quieres, y, si se te concede como deseas, yo mismo te compraré la botella, pues hace tiempo que tengo el proyecto de hacerme con una goleta y dedicarme a comerciar en las islas.

—Esos no son mis planes —dijo Keawe—, sino tener una preciosa casa con jardín en la costa de Kona, donde nací, con la puerta brillando al sol, macizos de flores, ventanas acristaladas, cuadros en las paredes y tapetes y figuritas sobre las mesas, exactamente igual a la que vi hoy, pero con un piso más y con balcones como el palacio real, para vivir en ella sin preocupaciones y ser feliz con mis amigos y parientes.

—Muy bien —replicó Lopaka—, llevémonosla a Hawai, y, si todo se cumple como dices, te compraré la botella y pediré una goleta para mí.

Los dos se pusieron de acuerdo y poco después el barco volvió a Honolulu, llevando a bordo a Keawe, Lopaka y la botella. Poco después de desembarcar, se encontraron a un amigo en la playa que le dio el pésame a Keawe.

—No sé a santo de qué me das el pésame —dijo Keawe.

—¿Será posible que no te hayas enterado —repuso el amigo— de que tu anciano tío ha muerto y de que tu primo, aquel joven tan apuesto, se ha ahogado en el mar?

Keawe se entristeció mucho, empezó a llorar y a lamentarse y se olvidó de la botella. Pero Lopaka se quedó rumiando para sus adentros, y más tarde, cuando Keawe se serenó un poco le dijo:

—He estado pensando. ¿No tenía tu tío tierras en Hawai, en el distrito de Kaü?

—No —respondió Keawe—, no están en Kaü, sino en las montañas…, al sur de Hookena.

—¿Y esas tierras ahora serán tuyas? —preguntó Lopaka.

—Sí —dijo Keawe, y empezó otra vez a lamentar la pérdida de sus parientes.

—No te quejes tanto —dijo Lopaka—. Se me ha ocurrido una cosa. ¿Y si todo hubiese sido obra de la botella? Ahí tienes sitio para construir tu casa.

—En tal caso —exclamó Keawe—, matar a mis parientes sería una extraña manera de servirme. Pero bien podría ser, porque fue justo allí donde imaginé mi mansión.

—Sin embargo, la casa no se ha construido todavía —observó Lopaka.

—No, ¡ni se construirá! —respondió Keawe—, pues aunque mi tío tenía unos cafetales y algunos platanales no me servirán más que para vivir con comodidad, y el resto de las tierras son de lava negra.

—Vamos a ver al abogado —dijo Lopaka—, hay una idea que no consigo quitarme de la cabeza.

Nada más llegar al despacho del abogado, se enteraron de que el tío de Keawe se había hecho muy rico hacía poco y le había dejado todo su dinero.

—¡Y ahí tienes el dinero para la casa! —exclamó Lopaka.

—Si está pensando en construir una casa —dijo el abogado—, he aquí la tarjeta de un nuevo arquitecto de quien me han hablado maravillas.

—¡Mejor que mejor! —gritó Lopaka—. Ya no puede estar más claro. Sigamos obedeciendo sus órdenes.

De modo que fueron a ver al arquitecto y vieron que tenía varios proyectos de casas sobre la mesa.

—Usted quiere algo fuera de lo común —dijo el arquitecto—. ¿Qué le parece esta?

Y le alcanzó un esbozo a Keawe.

Cuando sus ojos se posaron en el dibujo, Keawe soltó un grito, pues era exactamente igual a la casa que había imaginado.

«Voy a construir esta casa —pensó—. Por poco que me guste el modo en que ha ido a parar a mis manos, más me vale construirla y aceptar lo bueno con lo malo».

Así que le explicó al arquitecto todo lo que quería, y cómo quería que amueblara la casa, y lo de los cuadros de las paredes y los cachivaches de las mesas, y le preguntó cuánto le costaría todo.

El arquitecto le preguntó varias cosas, cogió la pluma e hizo unos cálculos y le pidió una suma idéntica a lo que había heredado Keawe.

Lopaka y Keawe, se miraron y asintieron con la cabeza.

«Está claro —pensó Keawe— que lo quiera o no voy a quedarme con la casa. Viene del diablo, y mucho me temo que no me traerá nada bueno. Aunque si de algo estoy seguro es de que no pienso desear nada más mientras siga teniendo esta botella, no me queda más remedio que quedarme con la casa y aceptar lo bueno con lo malo».

Así que llegó a un acuerdo con el arquitecto y ambos firmaron un contrato. Luego Keawe y Lopaka volvieron a embarcarse rumbo a Australia, pues ambos habían acordado no entrometerse y dejar que el arquitecto y el diablo de la botella construyesen y adornaran la casa a su gusto.

Tuvieron una buena travesía, aunque Keawe estuvo todo el tiempo mordiéndose la lengua, pues había jurado no pedir ningún otro deseo ni aceptar más favores del demonio. A su regreso, el plazo había concluido y el arquitecto les dijo que la mansión estaba terminada, así que Keawe y Lopaka compraron un pasaje en el *Hall* y fueron a Kona para ver la casa y comprobar si todo se había hecho tal como lo había imaginado Keawe.

La casa estaba en la ladera de una montaña y se divisaba desde el barco. Por encima, el bosque se extendía hasta el mar de nubes, por debajo la lava negra se precipitaba en los acantilados donde reposan enterrados los reyes de antaño. Flores de todos los colores florecían en el jardín que rodeaba la casa y había un huerto de papayas a un lado y uno de árboles del pan al otro. A la derecha, justo delante del mar, habían aparejado un mástil en el que ondeaba una bandera. En cuanto a la casa, tenía tres pisos de altura, grandes salones y amplios balcones en cada uno de ellos. Las ventanas eran de un cristal tan excelente que era transparente como el agua y brillante como el día. Toda clase de muebles adornaban las habitaciones. De las paredes colgaban cuadros en marcos dorados: pinturas de barcos, batallas, mujeres hermosísimas y lugares exóticos. En ningún sitio hay cuadros de colores tan vivos como los que Keawe encontró colgados en su casa. En cuanto a los cachivaches, eran todos preciosos: relojes de pared, cajitas de música, muñecos, libros llenos de estampas, armas de todas las partes del mundo, y los rompecabezas más exquisitos para entretener a un hombre solitario. Y, como si aquellos salones no estuvieran hechos para vivir en ellos, sino solo para recorrerlos y admirarlos, habían construido unos balcones tan espaciosos que en ellos habría podido vivir un pueblo entero. Keawe no sabía qué escoger, si el porche trasero donde soplaba el viento terral y uno podía contemplar los huertos y las flores, o el balcón de delante, donde uno respiraba

la brisa marina, veía la ladera de la montaña y divisaba al *Hall*, que pasaba una vez a la semana entre Hookena y las montañas de Pele, o las goletas que recorrían la costa en busca de madera, guayabas y plátanos.

Después de recorrerla toda, Keawe y Lopaka se sentaron en el porche.

—Bueno —preguntó Lopaka—, ¿es todo tal como lo imaginaste?

—No tengo palabras —dijo Keawe—. Es mejor de lo que jamás soñé, y estoy aturdido de contento.

—Solo falta tener en cuenta una cosa —observó Lopaka—, es posible que todo esto haya sucedido de forma natural y el diablo de la botella no tenga nada que ver. Si comprase la botella y no consiguiera la goleta, habría puesto la mano en el fuego por nada. Ya sé que te he dado mi palabra, pero me pregunto si me negarías una prueba más.

—He jurado no pedir más deseos —respondió Keawe—. Ya he ido demasiado lejos.

—No estaba pensando en un deseo —replicó Lopaka—. Solo quiero ver al diablo. No hay nada de malo en eso y, si lo viera, estaría seguro. Así que deja que lo vea y luego la compraré, aquí mismo tengo el dinero.

—Solo temo una cosa —objetó Keawe—. Es muy posible que el diablo tenga un aspecto horrible y, si lo ves, tal vez luego no quieras comprar la botella.

—Soy hombre de palabra —dijo Lopaka—. Y aquí mismo tengo el dinero.

—Muy bien —replicó Keawe—. Yo también tengo curiosidad. Así que deja que te veamos, diablo.

Nada más pronunciar aquellas palabras, el diablo se asomó a la botella y luego, rápido como un reptil, volvió a ocultarse. Keawe y Lopaka se quedaron de piedra. Antes de que ninguno supiera qué decir, o tuviera ánimos de decirlo, se hizo de noche. Entonces Lopaka le dio el dinero y cogió la botella.

—Soy hombre de palabra —dijo—, de lo contrario no tocaría esta botella ni loco. En fin, conseguiré mi goleta y un poco de dinero y me libraré de este demonio lo antes que pueda. Si quieres que te sea sincero, su aspecto me ha desazonado.

—Lopaka —dijo Keawe—, no quiero que pienses mal de mí. Ya sé que es de noche y que los caminos son malos y que el paso junto a las tumbas es peligroso, pero te aseguro que desde que he visto el rostro de ese diablo no podré comer, dormir o rezar hasta que te lo hayas llevado de aquí. Te daré una linterna, una cesta para meter la botella, y cualquier cuadro u objeto de mi casa que te guste, pero vete cuanto antes y pasa la noche en Hookena con Nahinu.

—Keawe —respondió Lopaka—, muchos se tomarían esto a mal. Sobre todo, teniendo en cuenta el favor que te hago al mantener mi palabra y comprar la botella, y que la noche, la oscuridad y el paso junto a las tumbas son diez veces más peligrosos para un hombre con semejante pecado en su conciencia y esta botella bajo el brazo. Pero estoy tan aterrorizado que no tengo valor para culparte. Me voy pues, y ruego a

Dios que seas feliz en tu casa, yo tenga suerte con mi goleta y los dos vayamos por fin al cielo a pesar del diablo y su botella.

Así que Lopaka se marchó montaña abajo y Keawe se quedó en el balcón de la fachada principal escuchando el repiqueteo de las herraduras del caballo y observando cómo la luz de la linterna se alejaba por el sendero a lo largo de los acantilados en cuyas cuevas están enterrados los muertos. Mientras temblaba y se retorcía las manos, rezaba por su amigo y daba gracias a Dios por haberse librado de aquel peligro.

Pero a la mañana siguiente amaneció un día precioso y la casa era tan hermosa que olvidó su temor. Fueron pasando los días y Keawe vivió allí muy feliz. Se instaló en el porche trasero, allí comía y vivía y leía los cotilleos de los periódicos de Honolulu, aunque cuando alguien pasaba a visitarlo, siempre lo llevaba a contemplar los cuadros y los salones. La fama de la casa llegó a todas partes, la llamaban *Ka-Hale Nui* —la casa grande— en todo Kona; y a veces la Casa Resplandeciente, pues Keawe contrató a un chino que se pasaba el día quitando el polvo y bruñendo los metales; y el cristal, los dorados, los objetos delicados y los cuadros brillaban como el sol de la mañana. El propio Keawe era incapaz de recorrer sus habitaciones sin ponerse a cantar con el corazón desbordado de alegría; y cuando los barcos pasaban por allí cerca enarbolaba su enseña en el mástil.

Así fue pasando el tiempo, hasta que un día Keawe viajó a Kailua a visitar a un amigo suyo. Allí lo agasajaron y a la mañana siguiente partió lo antes que pudo y cabalgó a todo galope, pues estaba impaciente por contemplar su hermosa casa y además aquella noche era la noche en que los espíritus de los muertos vagan por las laderas de Kona, y, después de haber tenido tratos con el demonio, temía toparse con los muertos. Poco después de pasar Honaunau, al mirar a lo lejos, vio a una mujer bañándose en el mar, que le pareció una joven muy esbelta, aunque no le dio mayor importancia. Después vio su camisa blanca revoloteando al viento mientras se vestía y luego su *holoku* rojo. Cuando se cruzó con ella, la chica había terminado de vestirse y esperaba junto al camino vestida con su *holoku* rojo. El baño la había refrescado y sus hermosos ojos brillaban con dulzura. Nada más verla, Keawe refrenó al caballo.

—Creía conocer a todos los de por aquí —dijo—. ¿Cómo es posible que no te haya visto antes?

—Soy Kokua, la hija de Kiano —respondió la joven—, acabo de volver de Oahu. ¿Quién eres tú?

—Te lo diré dentro de un momento —dijo Keawe desmontando del caballo—, pero aún no. Pues se me ha ocurrido una idea y, si te dijese quién soy, tal vez hayas oído hablar de mí y no me respondas con sinceridad. Pero, antes de nada, dime: ¿estás casada?

Al oírlo, Kokua se echó a reír.

—Eres muy indiscreto —dijo—. ¿Lo estás tú?

—Desde luego que no, Kokua —replicó Keawe—, y nunca pensé en estarlo hasta este instante. Es la pura verdad. Te he encontrado al borde del camino, he visto tus ojos, que son como las estrellas, y mi corazón ha volado hacia ti tan ligero como un pájaro. Y ahora, si no sientes nada por mí, dímelo y volveré a mi casa, pero, si no te parezco peor que cualquier otro, dímelo también e iré a pasar la noche a casa de tu padre y mañana hablaré con él. —Kokua no dijo ni una palabra y se limitó a mirar al mar y echarse a reír—. Kokua —dijo Keawe—, no dices nada, y quien calla otorga, así que vayamos a ver a tu padre.

Ella fue delante de él, sin decir nada, aunque a veces se volvía para mirarlo y mordisqueaba las cintas de su sombrero.

Cuando llegaron a la puerta de la casa, Kiano se asomó a la veranda y saludó a Keawe por su nombre. Al oírlo, la chica lo miró, pues la fama de la casa grande había llegado a sus oídos, y, desde luego, era toda una tentación. Esa noche se divirtieron mucho. La chica era muy ocurrente y se burló con picardía de Keawe en presencia de sus padres. Al día siguiente habló con Kiano y encontró sola a la joven.

—Kokua —dijo—, anoche te pasaste la velada burlándote de mí y todavía estás a tiempo de rechazarme. No quise decirte quién era porque tengo una casa muy hermosa y temí que pudieras apreciar más la casa que al hombre que te ama. Ahora ya lo sabes, y si quieres que me vaya no tienes más que decirlo.

—No —dijo Kokua, pero esta vez no se rio y Keawe tampoco le preguntó nada más.

Así fue el cortejo de Keawe, todo ocurrió muy deprisa, pero también la flecha es veloz y todavía más una bala de fusil, y ambas pueden dar en el blanco. Además, no solo fue todo muy deprisa, sino que también llegó lejos y la imagen de Keawe se grabó tan profundamente en el corazón de la muchacha que oía su voz en las olas que rompían contra la lava y habría abandonado a sus padres y las islas donde había nacido por aquel joven a quien no había visto más de dos veces en su vida. En cuanto a Keawe, su caballo voló por el sendero de la montaña junto al acantilado de las tumbas, y el sonido de los cascos de su caballo resonó en las cavernas de los muertos. Llegó a la Casa Resplandeciente sin parar de cantar. Se sentó a comer en el amplio balcón y el chino se sorprendió al ver a su amo canturrear entre bocado y bocado. El sol se puso en el mar y, cuando se hizo de noche, Keawe recorrió los balcones a la luz de los faroles y sus canciones sobresaltaron a los marinos que navegaban por allí.

«Heme aquí en mi atalaya —se dijo—. La vida no me puede ir mejor. Estoy en lo más alto y ya solo puedo empeorar. Por primera vez, mandaré iluminar las habitaciones, tomaré un baño de agua tibia y dormiré solo en mi cámara nupcial».

Así que le dio sus instrucciones al chino, que tuvo que levantarse de la cama para encender la caldera, y mientras trabajaba oyó a su amo cantando de alegría en los salones iluminados. Cuando el agua empezó a calentarse, el chino avisó a su amo, y Keawe entró en el cuarto de baño. El criado lo oyó cantar mientras llenaba la bañera y se desvestía, hasta que, de pronto, dejó de cantar. El chino escuchó y escuchó, subió

a la casa a preguntarle a Keawe si todo iba bien y este le respondió: «Sí», y le indicó que volviera a acostarse, pero esa noche ya nadie volvió a cantar en la Casa Resplandeciente y toda la noche el criado oyó los pasos de su amo que iban y venían por los balcones sin descanso.

Lo que había ocurrido era que, al ir a desvestirse para tomar el baño, Keawe se había encontrado una mancha en la piel, como la de un liquen en la roca, y se le habían quitado de golpe las ganas de cantar, pues conocía muy bien aquellas manchas y enseguida supo que había contraído el mal chino[14].

Contraer dicha enfermedad es una desgracia para cualquiera. Y también sería triste para cualquiera tener que dejar una casa tan hermosa y cómoda y despedirse de todos los amigos para ir a vivir a la costa norte de Molokai, entre los altos acantilados y las rompientes. Pero ¿qué no sería para Keawe, que había conocido a su amada un día antes y se había comprometido con ella esa misma mañana y ahora veía quebrarse todas sus esperanzas en un instante como el cristal?

Pasó un rato sentado en el borde de la bañera, luego se puso en pie de un salto, corrió afuera y empezó a ir de aquí para allá como un loco.

«De buena gana abandonaría Hawai, la tierra de mis antepasados —pensó—. Con gusto dejaría mi preciosa casa de la montaña. Incluso encontraría valor para ir a Molokai, a Kalaupapa junto a los acantilados, a vivir con los leprosos y morir allí, lejos de mi familia. Pero ¿qué mal he cometido, qué pecado pesa sobre mi alma, para que viese a Kokua saliendo del mar al atardecer? Kokua, ¡la cautivadora de almas! Kokua, ¡el fuego de mi vida! Ya no podré casarme contigo, ya no podrán acariciarte mis manos enamoradas y es por ti, ¡oh, Kokua!, por quien me lamento».

Nótese la clase de persona que era Keawe, pues habría podido vivir muchos años en la Casa Resplandeciente sin que nadie supiera de su enfermedad, pero eso no le habría bastado si había de perder a Kokua. E incluso podría haberse casado con Kokua sin decirle nada, como habrían hecho muchos que tienen el alma negra, pero Keawe amaba a la joven y por nada en el mundo le habría hecho daño o la habría puesto en peligro.

Poco después de medianoche, se acordó de la botella. Salió al porche trasero y recordó el día en que había visto al demonio y la sangre se le heló en las venas.

«Esa botella es algo terrible —pensó Keawe—, y también lo es el demonio y arriesgarse a arder en las llamas del infierno, pero ¿qué otra esperanza me queda de curarme de mi enfermedad o de casarme con Kokua? ¿Acaso voy a correr el riesgo solo para tener una casa y no para conquistar a Kokua?».

Entonces recordó que, al día siguiente, el *Hall* pasaría por allí de regreso a Honolulu.

«Debo ir a ver a Lopaka cuanto antes —pensó—. Mi única esperanza radica en encontrar esa botella de la que tanto me alegré de librarme».

No pudo pegar ojo, la comida se le quedaba atravesada en la garganta, pero le envió una carta a Kiano y, poco antes de que llegase al vapor, descendió a caballo por

el acantilado de las tumbas. Llovía mucho y el caballo avanzaba con dificultad. Contempló la negra boca de las cuevas y sintió envidia por los muertos que descansaban allí y habían dejado de sufrir, y recordó con perplejidad cómo había pasado por allí al galope tan solo un día antes. Así llegó a Hookena y, como siempre, encontró a una muchedumbre de campesinos que esperaban para embarcar en el vapor. Sentados en el cobertizo que había delante del almacén, intercambiaban bromas y las últimas novedades del día, pero Keawe no tenía ganas de hablar y se dedicó a contemplar, entre suspiros, cómo caía la lluvia sobre las casas y golpeaban las olas contra las rocas.

«Keawe, el de la Casa Resplandeciente, parece un poco desanimado», se decían unos a otros. Y no es de extrañar que lo estuviera.

Luego arribó el *Hall* y un bote ballenero los condujo a bordo. La popa del barco estaba atestada de *haoles*[15], que habían ido a visitar el volcán; en el entrepuente se apiñaban los canacos y en la proa iban los toros de Hilo y los caballos de Kaü, pero Keawe, dominado por la tristeza, se sentó apartado de todos y buscó con la mirada la casa de Kiano. La vio en la orilla junto a las rocas negras, a la sombra de los cocoteros, y junto a la puerta distinguió un *holoku* rojo, tan pequeño como una mosca, que se movía azacanado de aquí para allá.

«¡Ah, dueña de mi corazón —exclamó—, arriesgaré mi alma por ti!».

Poco después anocheció, encendieron las luces de los camarotes y los *haoles* se pusieron a jugar a las cartas y a beber *whisky* como de costumbre; en cambio, Keawe estuvo toda la noche paseando por cubierta, y a la mañana siguiente, cuando pasaron a sotavento de Maui o Molokai, seguía yendo de aquí para allá como un animal en una jaula.

Al caer la tarde, pasaron junto a Diamond Head y llegaron al muelle de Honolulu. Keawe desembarcó con la multitud y empezó a preguntar por Lopaka. Por lo visto, había adquirido una goleta —la mejor de las islas— y se había embarcado en una aventura a Pola-Pola o Kahiki, de modo que no podía contar con la ayuda de Lopaka. Keawe recordó a un amigo suyo, un abogado de la ciudad (debo callarme su nombre), y preguntó por él. Le contaron que se había hecho muy rico y había comprado una casa preciosa en la costa de Waikiki. A Keawe lo asaltó de pronto una idea, de modo que pidió un coche y acudió a visitar al abogado.

La mansión era toda nueva y los árboles del jardín parecían bastones. Cuando salió a recibirlo, el abogado le pareció un hombre satisfecho.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó el abogado.

—Es usted amigo de Lopaka —replicó Keawe—, y él me compró cierto objeto que tal vez pueda usted ayudarme a encontrar.

El rostro del abogado se volvió muy sombrío.

—No fingiré no saber de qué me habla, señor Keawe —dijo—, aunque se trate de un asunto tan peliagudo. Puede creerme si le digo que no sé nada, pero se me ocurre un sitio donde quizá puedan darle razón.

Y pronunció el nombre de alguien que, una vez más, será mejor no consignar aquí. Durante varios días, Keawe fue de casa en casa y encontró por todas partes vestidos, carruajes nuevos, casas muy elegantes recién construidas y hombres muy satisfechos, aunque, sin duda, sus rostros se ensombrecían cada vez que les explicaba su propósito.

«No hay duda de que estoy sobre la pista —pensó Keawe—. Todos esos vestidos y carruajes son regalos del diablo, y esos rostros tan felices son los rostros de personas que se han aprovechado y luego se han librado de ese objeto maldito. Cuando vea mejillas pálidas y oiga suspirar sabré que estoy cerca de la botella».

Así resultó que por fin le recomendaron ir a visitar a un *haole* en Britannia Street. Cuando llegó a la casa era casi la hora de cenar y reparó en los indicios habituales: la casa nueva, el jardín y la luz brillando en las ventanas, pero cuando el propietario acudió a abrirle, un estremecimiento de temor y esperanza recorrió a Keawe, pues se trataba de un joven tan pálido como un cadáver, ojeroso y despeinado, y con el aspecto de quien está esperando el patíbulo.

«Aquí está, sin duda», pensó Keawe, y no se anduvo con rodeos con aquel hombre.

—Vengo a comprarle la botella —dijo.

Al oírlo, el joven *haole* de Britannia Street se tambaleó y se apoyó en la pared.

—¡La botella! —balbució—. ¡Comprar la botella!

Luego se atragantó, cogió a Keawe del brazo y lo llevó a una habitación donde llenó dos copas de vino.

—A su salud —dijo Keawe, que, en otro tiempo, había frecuentado mucho la compañía de los *haoles*—. Sí —añadió—, vengo a comprarle la botella. ¿Qué precio tiene ahora?

Al oír su pregunta, al joven se le cayó el vaso de entre los dedos y miró a Keawe como un espectro.

—¿El precio? —repitió—. ¡El precio! ¿No sabe cuál es su precio?

—Por eso se lo pregunto —respondió Keawe—. ¿Qué le preocupa? ¿Pasa algo con el precio?

—Su valor ha disminuido mucho desde que usted la vendió, señor Keawe —balbució el joven.

—Bueno, así me saldrá más barata —dijo Keawe—. ¿Por cuánto la compró?

El joven se puso tan blanco como la pared.

—Dos centavos —dijo.

—¿Cómo? —exclamó Keawe—. Pero entonces solo puede usted venderla por uno. Y quien la compre…

A Keawe le faltaron las palabras: quien la comprara ya no podría volver a venderla, tendría que quedarse con la botella y el diablo de la botella hasta el día de su muerte, y luego ardería para siempre en el infierno.

El joven de Britannia Street se hincó de rodillas.

—¡Por el amor de Dios, cómpremela! —gritó—. Puede quedarse con toda mi fortuna. Fui un loco al comprarla a semejante precio. Había robado dinero en mi negocio. Estaba perdido, habría acabado en la cárcel.

—Pobre desdichado —dijo Keawe—, fue usted capaz de arriesgar su alma por un asunto tan desesperado y para escapar al merecido castigo de la deshonra, y cree que iba a dudar cuando está en juego mi amor. Deme la botella y el cambio, que seguro que debe de tener a mano. Aquí tiene una moneda de cinco centavos.

Tal como Keawe suponía, el joven tenía la vuelta preparada en un cajón. La botella cambió de manos y, en cuanto sus dedos la sujetaron por el cuello, pidió su deseo de volver a estar sano. Y, efectivamente, nada más llegar a su habitación, se desnudó delante de un espejo y comprobó que tenía la piel como la de un niño. Y lo raro fue que, nada más asistir a aquel milagro, cambió de opinión y ya no volvió a preocuparse del mal chino ni de Kokua, y solo pensó en una cosa: que estaba ligado al diablo de la botella por toda la eternidad y que iba a arder sin remedio en las llamas del infierno. Las vio arder a lo lejos en su imaginación y se le encogió el alma ensombrecida por las tinieblas.

Cuando Keawe se recobró un poco, reparó en que aquella era la noche en que la banda tocaba en el hotel. Fue allí porque le daba miedo estar solo y se dedicó a deambular entre los rostros felices mientras escuchaba la música y veía a Berger llevar el compás, y todo el tiempo le pareció oír el crepitar de las llamas y ver el fuego ardiendo en un abismo sin fondo. De pronto, la banda interpretó «Hiki-ao-ao», una canción que había cantado con Kokua y eso le infundió valor.

«Lo hecho, hecho está —pensó—, y, una vez más, tendré que aceptar lo bueno con lo malo».

De modo que regresó a Hawai en el primer vapor y, en cuanto fue posible, se casó con Kokua y se la llevó a vivir a las montañas en la Casa Resplandeciente.

Siempre que los dos estaban juntos, el corazón de Keawe se tranquilizaba; pero, en cuanto se quedaba solo, lo invadía un terror enorme y oía el crepitar de las llamas y creía ver su resplandor en el abismo sin fondo. La joven, sin duda, se había entregado a él por entero, el corazón se le aceleraba nada más verlo, y siempre le cogía de la mano, era tan hermosa que nadie podía verla sin alegrarse. Era amable por naturaleza. Y siempre tenía una palabra cariñosa para él. Se pasaba el día cantando e iba de aquí para allá por la Casa Resplandeciente —no había nada tan resplandeciente en toda la casa— canturreando como un pajarillo. Keawe se deleitaba al verla y oírla, aunque luego tenía que ocultarse en un rincón y llorar y lamentarse al pensar en el precio que había pagado por ella, para, a continuación, secarse las lágrimas y lavarse la cara para ir a sentarse con ella en los amplios balcones, cantar con ella y responder con el ánimo encogido a sus sonrisas.

Llegó un día en que los pasos de la joven se volvieron pesados y no se la oyó cantar con tanta frecuencia. Ya no era solo Keawe quien se ocultaba para llorar sus penas, sino que ambos se evitaban y se sentaban en balcones opuestos de la Casa

Resplandeciente. Keawe estaba tan desesperado que apenas reparó en el cambio, y tan solo se alegró de tener más tiempo para sentarse a solas a meditar sobre su destino y de no verse forzado a sonreír cuando tenía el corazón angustiado. Pero un día, al recorrer las habitaciones de la casa, oyó un ruido como el sollozo de un niño y encontró a Kokua tapándose el rostro con las manos y llorando como una desesperada.

—Haces bien en llorar en esta casa, Kokua —dijo—. Aunque te aseguro que daría la vida para que al menos tú pudieses ser feliz.

—¡Feliz! —gritó ella—. Keawe, cuando vivías solo en tu Casa Resplandeciente, todo el mundo en la isla decía que eras un hombre feliz, te pasabas el día riendo y cantando y tu rostro era tan luminoso como el sol. Luego te casaste con la pobre Kokua, y Dios sabe qué clase de defecto tendré, pero, desde ese día, no has vuelto a sonreír. ¡Oh! —gritó—, ¿qué es lo que me pasa? Pensaba que era hermosa y estaba segura de amarte. ¿Qué me pasa, que hago sufrir así a mi marido?

—Pobre Kokua —dijo Keawe. Se sentó a su lado y trató de cogerla de la mano, pero ella la apartó—. Pobre Kokua —repitió—. Mi pobre niña…, hermosa mía. ¡Y yo que he tratado de ocultártelo todo este tiempo! Pero te lo contaré todo, y así al menos te compadecerás del pobre Keawe y comprenderás cuánto te quiso en el pasado, que desafió al infierno por tenerte, y cuánto te quiere ahora (pobre desdichado), que todavía es capaz de sonreír al contemplarte.

Y, dicho eso, se lo contó todo desde el principio.

—¿Has hecho eso por mí? —gritó la joven—. ¿De qué me preocupo, entonces?

Y lo abrazó y lloró sobre su hombro.

—¡Ah, mi niña! —dijo Keawe—. Sin embargo, cuando pienso en el fuego del infierno, yo sí que me preocupo.

—No digas eso…, no es posible que nadie se condene solo por haber amado a Kokua. Te juro, Keawe, que te salvaré con mis manos, o pereceré contigo. ¡Cómo! ¿Me amas tanto que sacrificaste tu alma por mí y crees que no estoy dispuesta a morir para salvarte?

—¡Ah, amor mío! Podrías morir cien veces —gritó—, y lo único que conseguirías es dejarme solo hasta que llegara el momento de condenarme.

—No sabes lo que dices —repuso ella—. Me educaron en un colegio de Honolulu, no soy una chica corriente. Y te digo que salvaré a mi amado. ¿Qué más da que te haya costado un centavo? No todo el mundo es americano. En Inglaterra hay una moneda que llaman cuarto de penique y equivale a medio centavo. ¡Ah, qué desdicha —exclamó—, eso no mejora las cosas, pues el comprador se condenaría sin remedio y no encontraremos a nadie tan valiente como mi Keawe! Aunque también podemos ir a Francia, allí hay una moneda que llaman céntimo y equivale a un quinto de centavo. Es lo mejor que podemos hacer. Vamos, Keawe, vayamos a las islas francesas, vayamos a Tahití, tan rápido como nos lleve el barco. Allí tenemos cuatro, tres, dos y un céntimo: cuatro ventas posibles y dos personas para buscar un

comprador. ¡Vamos, Keawe mío, bésame y olvida las preocupaciones! Kokua te protegerá.

—¡Regalo del cielo! —exclamó él—. ¡No puedo creer que Dios quiera castigarme por amar a alguien tan bueno como tú! Sea como dices, llévame donde quieras: pongo mi vida y mi salvación en tus manos.

Al día siguiente muy temprano, Kokua ultimó los preparativos. Cogió el baúl que Keawe llevaba siempre consigo cuando era marinero y metió la botella en el fondo, luego metió su ropa más cara y los objetos más valiosos de la casa. «Tenemos que parecer muy ricos —dijo— o nadie se creerá la historia de la botella». Mientras acababa de disponerlo todo, estaba alegre como un pájaro, y, solo cuando miraba a Keawe, se le llenaban los ojos de lágrimas y tenía que ir corriendo a besarle. En cuanto a Keawe, se había quitado un peso de encima y, ahora que había compartido su secreto y volvía a tener esperanzas, parecía un hombre nuevo, andaba con paso más ligero y respiraba profundamente. No obstante, seguían rondándole sus temores y de vez en cuando, como el viento que apaga una vela, perdía la esperanza y veía las llamas agitarse y arder en el infierno.

Anunciaron que se iban en viaje de placer a Estados Unidos, cosa que a todo el mundo le pareció un tanto extraña, aunque no tanto como les habría parecido la verdad, si hubieran podido adivinarla. Así que viajaron a Honolulu en el *Hall* y desde allí fueron a San Francisco en el *Umatilla* con una multitud de *haoles*. En San Francisco tomaron pasajes en el bergantín correo *Tropic Bird* para Papiti, la principal ciudad francesa en las islas del sur. Llegaron allí en un día claro, empujados por los vientos alisios, después de un viaje muy agradable. Vieron romper las olas en el arrecife, Motuiti con sus palmeras, las goletas fondeadas junto a la costa, las casas blancas de la ciudad entre los árboles y con las montañas al fondo y las nubes de Tahití, la isla sabia.

Juzgaron conveniente alquilar una casa enfrente de la residencia del cónsul británico para hacer gran ostentación de su dinero y darse a conocer con sus caballos y carruajes. Les resultó muy fácil teniendo la botella en su poder, pues Kokua era más atrevida que Keawe y, cada vez que necesitaba alguna cosa, llamaba al demonio para pedirle veinte o cien dólares. De ese modo, no tardaron en hacerse notar y los forasteros de Hawai, sus excursiones a caballo y los hermosos *holokus* y encajes de Kokua pronto dieron mucho que hablar.

Enseguida se familiarizaron con el idioma tahitiano, que, al fin y al cabo, se parece mucho al hawaiano, a excepción de algunos sonidos, y, en cuanto pudieron hacerse entender, trataron de vender la botella. Téngase en cuenta que no era tarea fácil: era complicado convencer a la gente de que no estaban burlándose de ellos cuando les ofrecían venderles una fuente inagotable de salud y riqueza por solo cuatro céntimos. Además, tenían que explicar los riesgos que entrañaba la botella y la gente, o bien se echaba a reír y no les creía, o consideraban demasiado peligroso el asunto y se apartaban de Keawe y Kokua como si estuvieran poseídos por el

demonio. De modo que, en lugar de ganar terreno, notaron que la gente empezaba a evitarlos en la ciudad. Al verlos, los niños salían corriendo y dando gritos, cosa que a Kokua le resultaba insoportable. Los católicos se santiguaban al cruzarse con ellos y todo el mundo empezó a esquivarlos como de mutuo acuerdo.

A ambos los invadió el desánimo. Por la noche se sentaban sin cruzar palabra en su nueva casa, después de un día fatigoso, hasta que los sollozos de Kokua rompían el silencio. A veces rezaban juntos. Otros días colocaban la botella en el suelo y se pasaban la noche observando cómo la sombra se agitaba entre la niebla. En esas ocasiones les daba miedo irse a la cama. Tardaban mucho en dormirse y, si alguno de los dos daba una cabezada, al despertar encontraba al otro llorando en silencio en la oscuridad, o reparaba en que estaba solo y el otro había aprovechado para salir de la casa y alejarse de la botella y estaba paseando por el jardín entre los bananos, o por la playa, a la luz de la luna.

Una noche Kokua se despertó y vio que Keawe se había ido. Palpó la cama y comprobó que su sitio estaba frío. Sintió miedo y se incorporó. El claro de luna se colaba a través de las persianas. La habitación estaba iluminada y pudo distinguir la botella en el suelo. Fuera soplaba mucho viento, los grandes árboles de la avenida crujían y las hojas muertas se arremolinaban en la veranda. De pronto Kokua reparó en otro sonido, y, aunque no supo si se trataba de un hombre o de un animal, le pareció tan triste que se le encogió el alma. Se levantó sin hacer ruido, abrió la puerta y se asomó al patio iluminado por la luna. Allí, debajo de los bananos, yacía Keawe boca abajo lamentándose.

El primer impulso de Kokua fue correr a consolarlo, pero al pensarlo dos veces se contuvo. Keawe siempre había demostrado entereza en presencia de su mujer y ella no quiso avergonzarlo en aquel momento de debilidad y volvió a entrar en la casa en silencio.

«¡Cielos! —pensó—, qué insensible he sido…, ¡qué débil! Es él, y no yo, quien corre un peligro eterno; fue él, y no yo, quien echó esa maldición sobre su alma. Es por mí, y por el amor a una criatura tan indigna e incapaz de ayudarlo, por quien ve tan cerca ahora las llamas del infierno, sí, y huele el humo, tendido ahí en el claro de luna y azotado por el viento. ¿Soy tan pobre de espíritu que hasta ahora no he comprendido cuál es mi deber, o es que he preferido mirar hacia otra parte? Pero al menos ahora pondré mi alma en manos de mi amor y me despediré de la blanca escalera del cielo y de los rostros anhelantes de mis amigos. Amor con amor se paga, ¡ojalá el mío sea tan grande como el de Keawe! Un alma por otra, ¡y que sea la mía la que perezca!».

Era una mujer resuelta y tardó muy poco en vestirse. Cogió en sus manos el cambio, los preciosos céntimos que siempre llevaban consigo, pues es una moneda muy poco usada y se habían provisto de ellas en una oficina del gobierno. Cuando salió a la avenida, el viento empujó unas nubes que taparon la luna. La ciudad dormía y dudó de adónde ir hasta que oyó toser a alguien a la sombra de los árboles.

—Anciano —dijo Kokua—, ¿qué hace aquí en una noche tan fría? —El anciano apenas pudo responderle por culpa de la tos, pero ella comprendió que era viejo y pobre y forastero en la isla—. ¿Me haría usted un favor? —dijo Kokua—. Entre forasteros y de un anciano a una joven, ¿le haría usted un favor a una hawaiana?

—¡Ah! —exclamó el viejo—. Así que eres la bruja de las Ocho Islas y pretendes que se condene mi anciana alma. Pero he oído hablar de ti y sabré enfrentarme a tu maldad.

—Siéntese aquí —respondió Kokua—, y deje que le cuente una historia. —Y le contó, de principio a fin, la historia de Keawe—. Y ahora —prosiguió—, soy su mujer, a quien él compró a cambio de su alma. ¿Qué puedo hacer? Si me ofreciera a comprarle la botella, se negaría. Pero si va usted, se la venderá encantado. Yo le esperaré aquí, usted la comprará por cuatro céntimos y yo volveré a comprársela por tres. ¡Y que Dios dé fuerzas a esta pobre muchacha!

—Que Dios te fulmine si tratas de engañarme —dijo el viejo.

—Lo hará —exclamó Kokua—. Puede estar seguro. No podría ser tan traicionera… Dios no lo permitiría.

—Dame los cuatro céntimos y espera aquí —dijo el viejo.

Mientras Kokua esperaba sola entre los árboles su ánimo desfalleció. El viento rugía entre las ramas y le pareció oír el crepitar de las llamas del infierno, las sombras se agitaban a la luz de las farolas como las garras de seres sanguinarios. Si hubiese tenido fuerzas habría echado a correr, y si le hubiera quedado aliento habría gritado, pero lo cierto es que no pudo hacer ni una cosa ni la otra y se quedó temblando en la avenida, como una niña asustada.

Luego vio volver al viejo con la botella en la mano.

—He cumplido tu encargo —dijo—, dejé a su marido llorando como un niño, esta noche dormirá bien.

Y le alcanzó la botella.

—Antes de entregármela —jadeó Kokua—, aproveche la ocasión y pídale que le cure a usted esa tos.

—Soy viejo —replicó el otro—, y estoy demasiado cerca de la tumba para aceptar favores del diablo. Pero ¿qué te ocurre? ¿Por qué no coges la botella? ¿Acaso dudas?

—¡No dudo! —exclamó Kokua—. Es solo que me fallan las fuerzas. Espere un momento. Es mi mano la que se resiste, me repugna ese objeto maldito. ¡Concédame solo un momento!

El viejo miró a Kokua con dulzura.

—¡Pobre niña! —dijo—. Tienes miedo, tu alma vacila. En fin, me la quedaré. Soy viejo y ya nunca podré ser feliz en este mundo, y en cuanto al otro…

—¡Démela! —balbució Kokua—. Aquí tiene su dinero. ¿Acaso cree usted que soy tan mezquina?

—¡Que Dios te bendiga, niña! —respondió el viejo.

Kokua ocultó la botella entre los pliegues de su *holoku*, se despidió del anciano y anduvo por la avenida sin saber adónde se dirigía, pues todas las calles le parecían iguales y conducían igualmente al infierno. A veces andaba y a veces corría; a veces gritaba en mitad de la noche y a veces se desplomaba en el barro junto a la cuneta y se echaba a llorar. Recordó todo lo que había oído contar del infierno: vio arder las llamas, olió el humo y sintió la carne quemada por las brasas.

Al amanecer logró serenarse un poco y volvió a la casa. Tal como había dicho el viejo, Keawe dormía como un niño. Kokua contempló su rostro.

—Ahora, esposo mío —dijo—, te toca dormir a ti. Cuando despiertes podrás cantar y reír. Pero ¡ay!, para la pobre Kokua, que jamás le hizo daño a nadie, se acabaron el sueño, las canciones, los deleites y las alegrías, tanto en la tierra como en el cielo.

Se acostó a su lado sintiéndose tan desdichada que se quedó dormida al instante.

Entrada ya la mañana, su marido la despertó y le contó las buenas noticias. Tan contento estaba que no reparó en su tristeza, a pesar de que ella apenas podía disimularla. Poco importaba que las palabras se le atragantaran en la garganta, pues Keawe no la dejaba hablar. No pudo ni probar bocado, pero ¿quién iba a notarlo si Keawe dejó el plato limpio? Kokua lo miraba y le oía hablar como en sueños, a veces olvidaba o dudaba y se llevaba las manos a la frente: saberse condenada y oír parlotear así a su marido le parecía monstruoso.

Entretanto Keawe no dejaba de comer y de hablar, mientras planeaba el regreso a Hawai y le daba las gracias por haberle salvado y ayudado[16]. Y se burló del viejo que había sido tan estúpido para comprar la botella.

—Parecía un anciano respetable —dijo Keawe—. Pero las apariencias engañan. ¿Para qué querría la botella ese viejo réprobo?

—Esposo mío —respondió con humildad Kokua—, es posible que su intención fuese buena.

Keawe se rio enfadado.

—Bobadas —gritó—. Te digo que era un viejo canalla, y además un idiota. Si ya era difícil vender la botella por cuatro céntimos por tres será casi imposible. Casi no queda margen y el asunto empieza a oler a chamusquina. ¡Brrr! —dijo con un escalofrío—. Es cierto que yo la compré por un centavo cuando no sabía que hubiera monedas más pequeñas. Pero estaba loco de pesar, y no volverá a darse otro caso igual. Quienquiera que tenga ahora la botella se irá con ella al infierno.

—¡Oh, esposo mío! —replicó Kokua—. ¿No te parece terrible que alguien se salve a costa de la condenación eterna de otro? No creo que sea cosa de risa. Yo me sentiría hundida y llena de melancolía. Y rezaría por el desdichado que tuviese la botella.

Keawe comprendió que era cierto lo que le decía y se enfadó todavía más.

—¡Tonterías! —gritó—. Llénate de melancolía si quieres. Pero no me parece propio de una buena esposa. Si pensaras un poco más en mí te avergonzarías.

Dicho lo cual se marchó y dejó a Kokua sola.

¿Qué posibilidad tenía de vender la botella por dos céntimos? Ninguna. Y, si la tuviera, su marido iba a llevarla a un país donde no había monedas de valor inferior a un centavo. Y, por si fuera poco, la mañana de su sacrificio, su marido se marchaba cubriéndola de reproches.

Ni siquiera trató de aprovechar el tiempo que le quedaba, sino que se quedó en la casa, y unas veces sacaba la botella y la contemplaba con un horror indecible y otras la guardaba asqueada.

Al cabo de un rato, volvió Keawe y quiso llevarla a dar una vuelta.

—Esposo mío, estoy enferma —respondió ella—. Me faltan las fuerzas. Disculpa, pero no puedo salir a divertirme.

Keawe se enfadó más que nunca. Con ella porque pensó que seguía dándole vueltas al asunto del anciano, y consigo mismo porque sabía que su mujer tenía razón y le avergonzaba sentirse tan feliz.

—¡Así es tu fidelidad y el afecto que me tienes! —gritó—. ¡Tu marido acaba de librarse de la condenación eterna, a la que se enfrentó por el amor que te profesa, y tú no puedes salir a divertirte! Kokua, tu corazón no es leal.

Volvió a marcharse muy furioso y deambuló todo el día por la ciudad. Fue a ver a unos amigos y estuvo bebiendo con ellos, luego alquilaron un coche y fueron al campo, donde siguieron emborrachándose. Todo el rato a Keawe le remordió la conciencia por salir a divertirse sabiendo que su mujer estaba tan triste, y porque, en el fondo de su corazón, sabía que ella tenía razón, y eso le hizo beber más.

Uno de sus compañeros de juerga era un viejo *haole* embrutecido que había sido contramaestre en un ballenero, un fugitivo, un buscador de oro y un presidiario. Era un hombre vulgar y malhablado, le encantaba beber y emborrachar a los demás, y animó a Keawe a tomar una copa tras otra. Pronto se les acabó el dinero.

—¡Eh, tú! —dijo el contramaestre—, siempre vas diciendo por ahí que eres rico. Tienes una botella o no sé qué tontería.

—Sí —respondió Keawe—, lo soy. Volveré a pedirle un poco de dinero a mi mujer, ella es quien lo guarda.

—Mal hecho, amigo mío —dijo el contramaestre—. Nunca le confíes tu dinero a unas faldas. Son tan traicioneras como el mar, yo no le quitaría el ojo de encima.

Aquellas palabras impresionaron a Keawe, que tenía nubladas las ideas por lo mucho que había bebido.

«No me extrañaría que me estuviera traicionando —se dijo—. ¿Por qué si no iba a deprimirle tanto mi liberación? Pero le demostraré que a mí no puede engañarme. La sorprenderé in fraganti».

De modo que, cuando volvieron a la ciudad, Keawe le pidió al contramaestre que le esperara en la esquina junto al coche y subió por la avenida hasta la puerta de su casa. Había vuelto a hacerse de noche. Dentro había luz, pero no se oía nada, así que Keawe dio la vuelta a la casa, abrió la puerta trasera sin hacer ruido y miró dentro.

Kokua estaba sentada en el suelo, con la lámpara a su lado; delante de ella había una botella de color lechoso con el cuello alargado y la base redondeada, la joven se retorcía las manos mientras la contemplaba.

Keawe se quedó allí un buen rato mirándola. Al principio, se quedó atónito y luego temió que la venta no hubiera sido válida y la botella hubiera vuelto a sus manos, igual que había ocurrido en San Francisco, y al pensarlo se le aflojaron las rodillas y los vapores del vino se esfumaron de su cabeza como la neblina del río por la mañana. Después se le ocurrió otra posibilidad muy extraña que le hizo sonrojar.

«Tengo que asegurarme», pensó.

Así que cerró la puerta, volvió a dar la vuelta a la casa y entró haciendo ruido como si acabara de llegar. Y hete aquí que, al abrir la puerta principal, no vio ninguna botella y encontró a Kokua sentada en una silla y un poco sobresaltada, como si acabara de despertarse.

—Llevo todo el día bebiendo y divirtiéndome —dijo Keawe—. Estoy con unos amigos y he venido a buscar un poco de dinero para seguir bebiendo y pasándolo bien.

Tanto su rostro como su voz estaban muy serios, pero Kokua estaba demasiado preocupada para darse cuenta.

—Haces bien en gastar tu dinero, esposo mío —dijo con voz temblorosa.

—¡Yo siempre lo hago todo bien! —dijo Keawe y fue directo al baúl para coger el dinero. Pero miró también en el rincón donde guardaban la botella y no la vio.

Sintió que el baúl se movía como si estuvieran en un barco y que la casa daba vueltas a su alrededor como una voluta de humo, pues comprendió que estaba perdido y que no tenía escapatoria.

«Es lo que me temía —pensó—. La ha comprado ella».

Luego se serenó un poco y se incorporó, aunque el sudor le corría por la frente como la lluvia y tan frío como el agua de un pozo.

—Kokua —dijo—, esta mañana me he enfadado contigo sin motivo. Ahora vuelvo a divertirme con mis amigos. —Y soltó una risita—. Pero sé que lo pasaré mucho mejor si me perdonas.

Ella se abrazó a sus rodillas y se las besó con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—¡Oh! —gritó—. ¡Solo quería una palabra amable!

—Espero que nunca volvamos a pensar mal el uno del otro —dijo Keawe, y se fue de la casa.

Ahora bien, el dinero que había cogido Keawe era parte de la reserva de monedas de un céntimo que habían conseguido al llegar. No tenía intención de seguir bebiendo. Su mujer había entregado su alma por él, ahora él tenía que entregar la suya por ella, no pensaba en otra cosa.

En la esquina, junto al coche, le esperaba el contramaestre.

—Mi mujer tiene la botella —dijo Keawe—, y, a menos que me ayudes a recuperarla, no tendremos más dinero ni más bebida.

—¿No irás a decirme que lo de la botella iba en serio? —gritó el contramaestre.

—Ahí tienes un farol —dijo Keawe—. ¿Tengo aspecto de estar bromeando?

—Es cierto —dijo el contramaestre—. Estás tan serio como si hubieras visto un fantasma.

—En ese caso —dijo Keawe—, aquí tienes dos céntimos, ve a la casa a ver a mi mujer y ofréceselos a cambio de la botella, que (si no estoy muy equivocado) te dará en el acto. Tráemela y yo te la compraré por uno, pues esa botella debe venderse

siempre por menos dinero del que se compró. Pero de ninguna manera se te ocurra decirle a mi mujer que vas de mi parte.

—Amigo, ¿te estás burlando de mí? —preguntó el contramaestre.

—No tienes nada que perder —replicó Keawe.

—Eso es cierto —dijo el contramaestre.

—Y, si dudas de mí —añadió Keawe—, tú mismo puedes comprobarlo. En cuanto salgas de la casa, pide tener el bolsillo lleno de dinero, o una botella de ron, o lo que te apetezca, y comprobarás las virtudes de la botella.

—Muy bien, canaco —asintió el contramaestre—. Lo comprobaré, pero como estés burlándote de mí, te quitaré las ganas de broma con una cabilla.

Así que el ballenero se fue avenida arriba y Keawe se quedó esperándole. Era cerca de donde Kokua había esperado la noche anterior, pero Keawe era más decidido y no desfalleció en ningún momento, aunque su alma estaba llena de desesperación.

Esperó largo rato hasta que oyó una voz que cantaba en la oscuridad de la avenida. Enseguida reconoció la voz del contramaestre, pero le extrañó que pareciera más borracho que antes.

Luego llegó el hombre tambaleándose a la luz del farol. Llevaba la botella del diablo en un bolsillo del abrigo y otra botella en la mano y, al verlo, empinó el codo y bebió un trago.

—Veo que ya la tienes —dijo Keawe.

—¡Las manos quietas! —gritó el contramaestre dando un paso atrás—. Como te acerques te parto la crisma. Creías que ibas a engañarme, ¿eh?

—¿Qué quieres decir? —gritó Keawe.

—¿Qué quiero decir? —exclamó el contramaestre—. Pues que esta botella es extraordinaria. No sé cómo la he conseguido por dos céntimos, pero lo que sí sé es que no voy a vendértela por uno.

—¿No quieres venderla? —balbució Keawe.

—¡No, señor! —gritó el contramaestre—. Pero, si quieres, te daré un trago de ron.

—Ya te he dicho —dijo Keawe— que el dueño de esa botella irá directo al infierno.

—Voy a ir de todos modos —replicó el marinero—, y esta botella es la mejor compañía con la que me he topado nunca para hacer ese viaje. ¡No, señor! —volvió a gritar—, la botella es mía y tú ya puedes buscarte otra.

—¿Será posible? —exclamó Keawe—. Por tu propio bien, te lo ruego, ¡véndemela!

—Déjate de cuentos —replicó el contramaestre—, pensaste que era idiota, ya has visto que no lo soy, y no hay más que hablar. Si tú no quieres un trago, yo beberé por ti. A tu salud, ¡y buenas noches!

El contramaestre se fue avenida abajo en dirección a la ciudad, y así desaparece la botella de la historia.

Keawe corrió a reunirse con Kokua tan rápido como el viento y esa noche su alegría fue inmensa, igual que la paz en que desde entonces han transcurrido sus días en la Casa Resplandeciente.

LA ISLA DE LAS VOCES

Keola estaba casado con Lehua, hija de Kalamake, el hombre sabio de Molokai, y vivía con el padre de su mujer. No había hombre más astuto que aquel profeta: leía las estrellas, adivinaba por los cuerpos de los muertos y mediante criaturas malvadas, se internaba solo en las partes más altas de la montaña, en la región de los demonios, y tendía trampas para atrapar a los espíritus de los antiguos. Por esa razón no había nadie tan solicitado en todo el reino de Hawai. Las personas prudentes compraban, vendían, se casaban y regían sus vidas según sus consejos, y el rey lo había mandado llamar dos veces a Kona para buscar los tesoros de Kamehameha[17]. Tampoco había nadie tan temido como él: a sus enemigos, o bien les había consumido la enfermedad en virtud de sus hechizos, o habían desaparecido, tanto en cuerpo como en espíritu, y, pese a lo mucho que los habían buscado sus familiares, no habían dado ni con un solo hueso. Se rumoreaba que tenía el don de los héroes antiguos, había quien lo había visto de noche en las montañas saltando de un acantilado al otro, lo habían visto recorrer la selva y su cabeza y sus hombros asomaban por encima de los árboles. El tal Kalamake tenía un aspecto extraño, descendía de las mejores familias de Molokai y Maui, y no obstante, era más blanco que ningún forastero, su cabello era del color de la hierba seca, y sus ojos rojizos y miopes. «Tan ciego como Kalamake que puede ver el futuro», se decía en las islas.

Keola conocía parte de las hazañas de su suegro por lo que se contaba de él, otra parte la sospechaba y el resto lo ignoraba. Pero había algo que le preocupaba. Kalamake nunca reparaba en gastos, ni en el comer, ni en el beber, ni en el vestir, y todo lo pagaba en dólares nuevos y relucientes. «Brillante como los dólares de Kalamake», era otro dicho muy popular en las Ocho Islas. Sin embargo, ni vendía, ni cultivaba, ni cobraba nada —salvo alguna que otra vez por sus hechicerías—, y era inconcebible de dónde sacaría tantas monedas de plata.

Un día la mujer de Keola fue a visitar a Kaunakakai en la parte de sotavento de la isla, y los hombres salieron a pescar. Pero Keola era perezoso y se quedó en la veranda viendo cómo las olas rompían contra la orilla y los pájaros revoloteaban sobre los acantilados. Siempre tenía la misma idea fija: los dólares relucientes. Cuando se iba a dormir se preguntaba por qué tendría tantos, y cuando se despertaba se preguntaba por qué serían todos nuevos, y la idea no se le quitaba de la cabeza. Pero aquel día concreto estaba seguro de haber descubierto algo, pues al parecer había averiguado el lugar donde Kalamake guardaba su tesoro: un escritorio cerrado con llave que había junto a la pared del salón debajo de una lámina de Kamehameha V y una fotografía de la reina Victoria con su corona. Parece también que, justo la noche anterior, había encontrado un momento para echar un vistazo en su interior y hete aquí que la bolsa estaba vacía. Y aquel era el día de la llegada del

vapor, ya se veía el humo detrás de Kalaupapa y no tardaría en llegar con las mercancías del mes, salmón en lata, ginebra y toda clase de lujos para Kalamake.

«Si puede pagar las mercancías —pensó Keola—, sabré que es un brujo, y que los dólares proceden del bolsillo del diablo».

Mientras lo pensaba, llegó su suegro muy enfadado.

—¿Es el vapor? —preguntó.

—Sí —respondió Keola—. Tiene que hacer solo otra escala en Pelekunu y enseguida estará aquí.

—Entonces, —replicó Kalamake— no tengo más remedio que confiarme a ti, a falta de alguien mejor. Ven al interior de la casa.

Así que los dos pasaron al salón, que era una habitación muy elegante, empapelada y adornada con láminas, y amueblada con una mecedora, una mesa y un sofá al estilo europeo. Además había un estante repleto de libros, una Biblia familiar en medio de la mesa y el escritorio cerrado con llave, por lo que cualquiera podía notar que se trataba de la casa de un hombre acomodado.

Kalamake le pidió a Keola que cerrara los postigos, mientras él mismo cerraba las puertas y abría el escritorio. De allí sacó dos collares con conchas y amuletos, un ramillete de hierbas secas, unas hojas secas y una rama verde de palmera.

—Lo que voy a hacer —dijo— supera cualquier milagro. Los antiguos eran sabios, obraban maravillas y esta es una de ellas, pero eso era de noche, en la oscuridad, bajo las estrellas propicias y en el desierto. Yo haré lo mismo en mi propia casa y a pleno día.

Con esas palabras puso la Biblia debajo del cojín del sofá, de modo que quedara bien tapada, sacó del mismo sitio una estera muy fina, y amontonó las hierbas y las hojas sobre un poco de arena en una lata. Luego él y Keola se pusieron los collares y ocuparon su lugar en los extremos opuestos de la estera.

—Se acerca el momento —dijo el brujo—. No tengas miedo.

Le pegó fuego a las hierbas y empezó a murmurar y a mover de un lado al otro la rama de palmera. Al principio todo estaba muy oscuro porque los postigos estaban cerrados, pero las hierbas enseguida empezaron a arder y Keola notó el calor de las llamas; luego la habitación se iluminó con el resplandor y el humo hizo que le diera vueltas la cabeza y se le nublara la vista mientras el murmullo de Kalamake resonaba en sus oídos. De pronto, la estera sobre la que estaban sufrió una sacudida que pareció más rápida que el rayo. En ese momento, la habitación y la casa desaparecieron y Keola se quedó sin aliento. Esferas luminosas giraron alrededor de sus ojos y su cabeza, y se vio transportado a una playa iluminada por el sol, en la que se oía el incesante rugido del mar. Él y el hechicero seguían sobre la misma estera, jadeando sin aliento, sujetándose el uno al otro y pasándose la mano por delante de los ojos.

—¿Qué ha pasado? —exclamó Keola, que fue el primero en recuperarse, porque era el más joven—. He creído morir.

—No importa —jadeó Kalamake—. Ya está hecho.

—Y, en nombre de Dios, ¿dónde estamos? —exclamó Keola.

—Esa no es la cuestión —replicó el hechicero—. El caso es que estamos aquí y tenemos cosas que hacer. Mientras termino de recobrar el aliento, ve a la linde de la selva y tráeme las hojas de estas y aquellas hierbas y de tales y cuales árboles, ya verás que crecen en abundancia, tres puñados de cada cosa. Y date prisa. Debemos volver a casa antes de que llegue el vapor, la gente se extrañaría si hubiésemos desaparecido.

Y se sentó jadeante en la arena.

Keola se fue por la playa, que era de arena brillante y coral y estaba cubierta de conchas muy singulares, y pensó para sus adentros: «¿Cómo es que no conozco esta playa? Tengo que volver un día a recoger conchas». Enfrente de él había una hilera de palmeras recortadas contra el cielo, no como las palmeras de las Ocho Islas, sino altas, frescas y hermosas, y de ellas pendían las ramas secas como abanicos dorados entre las hojas verdes, y pensó para sí: «Es raro que no haya visto nunca este bosquecillo. Vendré aquí a dormir cuando haga calor». Y pensó: «¡Qué calor hace de pronto!», pues estaban en invierno y el día había sido muy fresco. Y también pensó: «¿Dónde están las montañas grises? ¿Y dónde está el acantilado cubierto de árboles que sobrevuelan los pájaros?». Y cuanto más lo pensaba, menos imaginaba a qué parte de las islas había ido a parar.

En la linde de la selva encontró las hierbas, aunque los árboles crecían un poco más lejos. Cuando Keola se acercó hacia los árboles, reparó en una joven que no llevaba encima más que un cinturón de hojas. «¡Vaya! —pensó Keola—, se ve que en esta parte del país no le dan mucha importancia al vestido». Se detuvo, pensando que ella lo vería y huiría, pero al ver que ella seguía mirando hacia delante, se incorporó y empezó a canturrear en voz alta. La joven se sobresaltó al verlo y se puso lívida, miró aterrorizada a uno y otro lado y se quedó boquiabierta por el terror. Sin embargo, lo más raro fue que no miró a Keola en ningún momento.

—Buenos días —dijo él—. No te asustes, no te comeré.

Y, en cuanto dijo aquellas palabras, la chica echó a correr hacia la selva.

«Qué modales tan raros», pensó Keola, y sin pensar en lo que hacía empezó a perseguirla.

Mientras corría, la chica empezó a gritar en un idioma que no se hablaba en Hawai, sin embargo algunas palabras eran parecidas y Keola comprendió que estaba llamando y advirtiendo a otros. Y pronto vio a más gente que huía, hombres, mujeres y niños que corrían y gritaban como hace la gente en un incendio. Keola se asustó y volvió con Kalamake, le dio las hierbas y le contó lo que había visto.

—No te preocupes —dijo Kalamake—. Todo esto no son más que sombras y sueños que olvidarás en cuanto desaparezcan.

—Era como si no me vieran —dijo Keola.

—Porque no te veían —replicó el hechicero—. Aunque estemos a pleno sol somos invisibles gracias a nuestros amuletos. En cambio sí que nos oyen, por lo que resulta más prudente hablar en voz baja como hago yo. —Dicho lo cual, hizo un círculo de piedras alrededor de la estera y puso las hierbas en el centro—. Tu misión —dijo— será asegurarte de que ardan las hojas y alimentar despacio el fuego. Mientras se consumen (y no tardarán mucho) yo haré lo que tengo que hacer y, antes de que las cenizas se ennegrezcan, los mismos poderes que nos trajeron aquí nos devolverán a donde estábamos. Prepara ahora los fósforos y avísame a tiempo, no sea que se consuman las llamas y me quede atrás.

En cuanto prendieron las hojas, el hechicero salió de un brinco del círculo y empezó a correr por la playa como un perro al salir del agua; mientras corría iba agachándose para recoger conchas y Keola tuvo la impresión de que relucían al cogerlas. Las hojas se consumieron entre las llamas y muy pronto a Keola no le quedó más que un puñado y el hechicero estaba muy lejos corriendo y agachándose.

—¡Vuelve! —gritó Keola—. ¡Vuelve, casi no me quedan hojas!

Al oírlo, Kalamake se volvió y, si antes había corrido, ahora voló. Pero por mucho que corriera, las hojas se consumían más rápido. Las llamas estaban a punto de apagarse cuando se plantó de un salto en la estera, el aire que levantó apagó la llama, y la playa, el sol y el mar desaparecieron y volvieron a encontrarse en la oscuridad de la habitación cerrada. Otra vez se encontraron cegados y confundidos y en mitad de la estera había un montón de dólares relucientes. Keola corrió a abrir los postigos y vio el vapor que se balanceaba entre las olas cerca de allí.

Esa misma noche, Kalamake llevó a su yerno aparte y le dio cinco dólares.

—Keola —dijo—, si eres prudente (cosa que dudo), pensarás que esta tarde te quedaste dormido en la veranda y soñaste todo lo que ha ocurrido. Soy hombre de pocas palabras y necesito ayudantes con poca memoria.

Kalamake no volvió a decir nada ni a referirse a aquel asunto. Pero Keola no podía quitárselo de la cabeza. Si antes había sido un holgazán, ahora no daba ni golpe.

«¿Para qué voy a trabajar —pensó—, si tengo un suegro que convierte en dólares las conchas marinas?». No tardó en gastarse su parte en ropa elegante. Aunque luego lo lamentó. «Habría hecho mejor —pensó— en comprarme una concertina, porque con ella me habría entretenido todo el día». Y se enfadó con Kalamake. «Ese hombre tiene alma de perro —pensó—. ¡Puede conseguir dólares en la playa siempre que quiera, y a mí me deja con las ganas de comprarme una concertina! Pero será mejor que vaya con cuidado, no soy ningún niño, soy tan listo como él y ahora conozco su secreto». Y fue a hablar con su mujer y se quejó del comportamiento de su suegro.

—Yo dejaría a mi padre en paz —dijo Lehua—. Es peligroso interponerse en su camino.

—¡Mira lo que me asusta! —gritó Keola, y chasqueó los dedos—. Lo tengo bien cogido y puedo obligarlo a hacer lo que yo quiera.

Y le contó a Lehua toda la historia.

Pero ella movió dubitativa la cabeza.

—Haz lo que quieras —dijo—. Pero si molestas a mi padre, nadie volverá a saber de ti. Acuérdate de este y de aquel, recuerda a Hua, que era un noble del Parlamento e iba todos los años a Honolulu y del que no volvió a hallarse ni rastro. Acuérdate de Kamau y de cómo se consumió hasta el punto de que su mujer podía sostenerlo con una sola mano. Keola, eres como un bebé en manos de mi padre, te cogerá entre el índice y el pulgar y te comerá como un camarón.

Lo cierto es que Keola le tenía miedo a Kalamake, pero también era un tanto fatuo y aquellas palabras de su mujer lo encresparon.

—Muy bien —dijo—. Si eso es lo que piensas de mí, te demostraré que estás equivocada.

Y se fue directo a ver a su suegro, que estaba sentado en el salón.

—Kalamake —le espetó—, quiero una concertina.

—¿Ah, sí? —respondió Kalamake.

—Sí —dijo Keola—, y más vale que te diga que estoy decidido a tenerla. Un hombre que recoge dólares en la playa puede permitirse una concertina.

—No sabía que tuvieses tanto valor —replicó el hechicero—, te tenía por un inútil tímido y apocado, así que no sabes cuánto me alegra descubrir que estaba equivocado. Empiezo a pensar que tal vez haya encontrado un ayudante y sucesor en mi difícil oficio. ¿Una concertina? Tendrás la mejor de Honolulu. Esta noche, en cuanto anochezca, iremos a buscar el dinero.

—¿Volveremos a la playa? —preguntó Keola.

—No, no —replicó Kalamake—, tienes que empezar a aprender mis secretos. La última vez te enseñé a recoger conchas; esta vez te enseñaré a coger peces. ¿Eres lo bastante fuerte para botar la barca de Pili?

—Creo que sí —replicó Keola—. Pero ¿por qué no cogemos la tuya, que ya está en el agua?

—Hay una razón que comprenderás antes de mañana —dijo Kalamake—. El bote de Pili es el mejor para mis propósitos. Así que, si quieres, podemos encontrarnos allí en cuanto se haga de noche. Y, entretanto, seamos discretos, no hay por qué involucrar a la familia en nuestros asuntos.

La voz de Kalamake sonó tan meliflua que Keola apenas pudo contener su satisfacción. «Podría haber tenido mi concertina hace semanas —pensó—, en este mundo solo hace falta un poco de valor». Poco después sorprendió a Lehua llorando y estuvo tentado de explicarle que todo había salido bien. «Pero, no —pensó—, esperaré hasta tener la concertina y luego veremos qué hace. Tal vez así comprenda que su marido es un hombre inteligente».

En cuanto anocheció, el suegro y el yerno botaron la barca de Pili y se hicieron a la vela. El mar estaba muy movido y soplaba mucho viento por la parte de sotavento, pero el bote era rápido y ligero y surcaba bien las olas. El hechicero llevó una

linterna, que encendió y sujetó por una argolla con el dedo, y ambos se sentaron en la popa a fumar unos cigarros que Kalamake llevaba siempre encima. Charlaron como buenos amigos de magia y de las grandes sumas de dinero que ganarían mediante su práctica, y de lo que deberían comprar en primer y en segundo lugar. Y Kalamake le habló como un padre.

De pronto, miró en torno suyo, contempló las estrellas, se volvió en dirección a la isla, que ya casi había desaparecido en el horizonte, y pareció reconsiderar la situación.

—¡Mira! —dijo—. Hemos dejado atrás Molokai y Maui es casi una nube; y por el aspecto de esas tres estrellas de ahí sé que he llegado donde quería. Este lugar se llama el mar de los Muertos. Aquí el océano es extraordinariamente profundo y el fondo está cubierto de huesos, y en los huecos viven dioses y demonios. La corriente es tan fuerte que ni un tiburón podría resistirla, y cualquier hombre al que arrojasen aquí por la borda sería arrastrado como por un caballo salvaje hasta el océano más lejano. Luego se hundiría agotado, sus huesos se esparcirían con los demás y los dioses devorarían su espíritu.

Keola se asustó al oír sus palabras y lo miró. A la luz de las estrellas y la linterna, el brujo parecía distinto.

—¿Qué te ocurre? —le gritó Keola.

—A mí no me ocurre nada —respondió el hechicero—, pero aquí hay uno que está a punto de morir.

Entonces agarró la linterna y hete aquí que al ir a sacar el dedo de la argolla, el dedo se le enganchó, la argolla se rompió y la mano le creció hasta tener el tamaño de un árbol.

Al verlo, Keola gritó y se tapó la cara con las manos.

Pero Kalamake alzó la linterna y dijo:

—¡Mírame a la cara! —Su cabeza se había vuelto tan grande como un tonel y seguía creciendo y creciendo como una nube sobre una montaña, y Keola se sentó dando chillidos y el bote siguió surcando el mar embravecido—. Y ahora —dijo el hechicero—, ¿qué me dices de esa concertina? ¿Estás seguro de que no prefieres una flauta? ¿No? Me alegro, porque no me gustaría que ningún miembro de mi familia fuese caprichoso. Aunque empiezo a pensar que será mejor que salga del bote, porque mi tamaño empieza a ser un tanto descomunal y, si no vamos con cuidado, acabaremos por hundirlo.

Y, dicho y hecho, sacó las piernas por encima de la borda y su tamaño aumentó treinta y cuarenta veces, de modo que el agua le llegaba por los sobacos, los hombros y la cabeza parecían una enorme isla y la corriente rompía y golpeaba contra su regazo igual que rompe contra un acantilado. El bote seguía navegando hacia el norte, pero él extendió la mano, cogió la regala entre el índice y el pulgar y rompió el costado de la embarcación como si fuera un bizcocho y Keola cayó al mar. El

hechicero hizo pedazos el bote en el hueco de la mano y lo lanzó a miles de kilómetros en la oscuridad.

—Disculpa que me lleve la linterna —dijo—, pero tengo un largo camino por delante; la isla queda lejos, el fondo del mar es irregular y noto los huesos de los muertos entre los dedos.

Se dio la vuelta y se marchó dando grandes zancadas. Y cada vez que Keola se hundía en el seno de las olas, lo perdía de vista, y cada vez que se alzaba hasta la cresta volvía a verlo dando zancadas, con la linterna sobre la cabeza y las olas rompiendo contra su cuerpo.

Desde que las islas surgieron del mar no hubo nadie tan asustado como el tal Keola. Nadó como hacen los cachorros cuando los echan al agua para ahogarlos, sin saber adónde. No podía quitarse de la cabeza el tamaño descomunal que había adquirido el hechicero, su rostro tan grande como una montaña, sus hombros tan gigantescos como una isla y las olas que rompían en vano contra ellos. Recordó también avergonzado la concertina y los huesos de los muertos y se estremeció de terror.

De pronto, reparó en algo oscuro que cabeceaba recortándose contra las estrellas, también creyó ver una luz que rasgaba la oscuridad del mar al otro lado y le pareció oír voces. Gritó y obtuvo respuesta. En un abrir y cerrar de ojos la proa de un barco pasó a su lado a caballo de una ola. Keola se agarró con ambas manos a la cadena del ancla y se hundió en el mar embravecido, aunque un instante después los marineros lo subieron a bordo.

Le dieron ginebra, galletas de barco y ropa seca, y le preguntaron cómo había llegado allí y si la luz que habían visto era el faro Lae o Ka Laau. Pero Keola sabía que los blancos son como niños y solo creen sus propias historias, así que les contó lo primero que se le ocurrió y respecto a la luz (que era la linterna de Kalamake) afirmó no haberla visto.

El barco era una goleta con destino en Honolulu, que después iba a ir a comerciar a las islas meridionales, y por suerte para Keola habían perdido a un hombre que se había caído del bauprés durante una tormenta. Era evidente que Keola no podía volver a las Ocho Islas. Las noticias vuelan y a la gente le gusta tanto cotillear que, si se escondía al norte de Kauai o al sur de Kaü, el hechicero acabaría por enterarse y lo mataría. Así que hizo lo que le pareció más prudente y se enroló como marinero en lugar del hombre que se había ahogado.

En ciertos aspectos el barco era un lugar agradable. La comida, sabrosa y abundante, consistía en galletas de barco y ternera salada todos los días, y sopa de guisantes con budín de harina y sebo dos veces por semana, así que Keola engordó.

El capitán era buena persona y la tripulación no era peor que los demás blancos. El problema era el primer oficial, que era el hombre más difícil de complacer que había conocido Keola y le golpeaba y maldecía a diario por lo que hacía y por lo que dejaba de hacer. Los golpes que le propinaba eran dolorosos, pues era un hombre

fuerte, y las palabras con que lo zahería le resultaban aún más hirientes, pues Keola era de buena familia y estaba acostumbrado a que lo trataran con respeto. Y lo peor de todo era que cada vez que Keola aprovechaba un momento para dormir, el primer oficial lo despertaba con el chicote de un cabo. Keola comprendió que no podía seguir así y decidió desertar.

Hacía un mes que habían partido de Honolulu cuando divisaron tierra. Era una noche apacible y estrellada y el mar estaba liso y el cielo despejado. Soplaba una brisa constante y a proa vieron una isla y una hilera de palmeras a ras del agua. El capitán y el primer oficial la observaron con el catalejo y dijeron su nombre y hablaron de ella junto al timón que gobernaba Keola. Al parecer, se trataba de una isla donde no iban nunca los comerciantes. En opinión del capitán, se trataba además de una isla deshabitada, aunque el oficial no parecía de acuerdo.

—No me fío ni un pelo de la información del almanaque —dijo—. Una noche como esta pasé por aquí en la goleta *Eugénie* y vi a los lugareños pescando con antorchas, la playa estaba llena de gente.

—Bueno, bueno —dijo el capitán—, es muy escarpada, y eso es lo que importa, y según la carta de navegación la costa no es peligrosa, así que la pasaremos por sotavento. ¡Que la pases por sotavento! ¿Es que no me has oído? —le gritó a Keola, que estaba escuchando con tanta atención que se olvidó de virar.

El oficial le maldijo y afirmó que aquel canaco era un completo inútil y que algún día le ajustaría las cuentas con una cabilla.

El capitán y el oficial se fueron debajo de la toldilla y dejaron a Keola solo. «Esa isla me conviene mucho —pensó—, pues, si los comerciantes no se acercan por allí, tampoco irá el oficial. Y es imposible que Kalamake se aventure tan lejos». De modo que, poco a poco, fue acercando la goleta a la costa. Tuvo que andarse con cuidado, pues lo malo de los blancos, y sobre todo de aquel oficial, era que no se podía confiar en ellos; lo mismo no estaban dormidos, sino fingiendo, y, en cuanto oyeran flamear una vela, se levantarían para golpearle con un cabo. Keola siguió acercándose poco a poco sin vaciar de viento las velas. Al cabo de un rato, llegó muy cerca de la costa y el rumor de las olas que rompían contra los costados del barco se fue haciendo mayor.

Al oírlo, el oficial apareció en la toldilla.

—¿Qué haces? —rugió—. ¡Vas a encallar el barco!

Y trató de coger a Keola, que a su vez saltó limpiamente por la borda y se hundió en el mar estrellado. Cuando salió a la superficie, la goleta había vuelto a su curso. El oficial en persona estaba al timón y Keola lo oyó maldecir. El mar estaba liso por la parte de sotavento de la isla, el agua estaba caliente, y Keola tenía su cuchillo de marinero, por lo que no temía a los tiburones. Un poco más adelante, vio un claro entre los árboles y reparó en que la línea de la costa se interrumpía formando una entrada como la bocana de un puerto. La marea, que en ese momento estaba subiendo, lo empujaba hacia allí. Al cabo de un minuto estaba flotando en una ensenada de aguas someras en la que brillaban diez mil estrellas, rodeado por una

hilera de palmeras. Aquello le extrañó mucho porque nunca había visto una isla como esa.

El tiempo que pasó Keola en aquel lugar puede dividirse en dos períodos: la época en que estuvo solo, y la época que pasó allí con la tribu. Al principio, buscó por todas partes y no vio ni un alma, solo unas casas que formaban una especie de aldea y los restos de unas hogueras. Pero las brasas estaban apagadas y las lluvias las habían esparcido. El viento había derribado también algunas chozas. Decidió instalarse allí, fabricó un yesquero y un anzuelo de concha, y pescó y cocinó él mismo su comida, trepó a los árboles para coger cocos y bebió su zumo, pues no había agua en toda la isla. Los días se le hicieron largos y las noches aterradoras. Fabricó una lámpara con la cáscara de un coco, extrajo el aceite de la pulpa y fabricó una mecha con fibra. Y, cuando se hacía de noche, se encerraba en su choza, encendía la lámpara y se quedaba allí temblando hasta la mañana siguiente. Muchas veces pensó que habría sido mejor ahogarse y que sus huesos estuviesen esparcidos por el fondo del mar con los otros.

Todo ese tiempo lo pasó en el interior de la isla, pues las chozas estaban a la orilla de la laguna donde las plantas crecían mejor y era abundante la pesca. Solo una vez se asomó a la costa a contemplar el océano desde la playa y volvió tembloroso, pues su aspecto, con la arena brillante cubierta de conchas, el sol y las olas le resultaron familiares. «No es posible —pensó—, aunque se parece mucho. ¿Cómo voy a saberlo? Esos blancos pretenden saber dónde navegan, pero deben de hacerlo al azar, como nosotros. Así que es posible que hayamos navegado en círculo hasta llegar muy cerca de Molokai, y que esta sea la misma playa donde mi suegro recoge su dinero». Así que decidió ser prudente y se quedó en el interior.

Cerca de un mes más tarde, llegaron en seis grandes botes los habitantes de la isla. Eran una tribu muy noble y hablaban una lengua que, aunque sonaba muy distinta de la de Hawai, tenía muchas palabras con significado idéntico, por lo que no era demasiado difícil de entender. Además, los hombres eran muy amables y las mujeres muy complacientes. Acogieron bien a Keola, le construyeron una casa y le proporcionaron una esposa. Y lo que más le sorprendió fue que nunca le hicieron trabajar con los jóvenes.

A partir de entonces, Keola pasó por tres épocas diferentes: primero hubo una época en la que estuvo muy triste, luego pasó otra bastante contento y por fin llegó una tercera en la que fue el hombre más aterrorizado de los cuatro océanos.

La causa de su tristeza fue la mujer que le dieron por esposa. Keola podía dudar acerca de la isla e incluso acerca de la lengua, que había oído hablar un poco cuando llegó allí en la estera con el mago. Pero con respecto a su mujer no había duda posible: era la misma joven que había huido de él gritando en el bosque. De modo que, en lugar de hacer aquella travesía tan larga, lo mismo podía haberse quedado en Molokai. Había abandonado su hogar, a su mujer y a todos sus amigos solo para escapar de su enemigo, y había ido a parar a uno de sus lugares predilectos, por

donde se paseaba invisible. En esa época no se movió de la orilla de la laguna y se quedó bajo la protección de su choza.

La causa de su alegría fue lo que les oyó contar a su mujer y a los jefes isleños. Keola hablaba muy poco, porque no acababa de fiarse de sus nuevos amigos, que le parecían demasiado corteses para ser sinceros, y porque, desde que había tenido ocasión de tratar con su suegro, se había vuelto mucho más cauto. De modo que no les dijo nada de sí mismo, salvo su nombre y su origen y que procedía de las Ocho Islas. Les contó también lo hermosas que eran y les habló del palacio real en Honolulu, y les dio a entender que era muy amigo del rey y de los misioneros. En cambio hizo muchas preguntas y aprendió mucho. La isla donde se encontraban se llamaba la Isla de las Voces, pertenecía a la tribu, aunque tenían su residencia en otra isla que estaba a tres horas de navegación a vela en dirección sur y donde vivían y tenían sus casas. Era una isla muy rica, donde tenían huevos, pollos y cerdos, y los barcos acudían a comerciar con ron y tabaco; allí había recalado la goleta después de la deserción de Keola y allí había muerto el oficial como el blanco insensato que era. Por lo visto, el barco arribó al principio de la estación de la peste en la isla cuando el pescado de la laguna se vuelve venenoso y todos los que lo comen acaban hinchándose y muriendo. Advirtieron al oficial, que les vio preparando los botes, pues en esa época la gente abandona la isla y navega hasta la Isla de las Voces. Pero, como era un blanco insensato y no creía en más historias que las que él mismo contaba, pescó uno de aquellos peces, lo cocinó y se lo comió. Y, al poco tiempo, se hinchó y murió, lo que fue una buena noticia para Keola. En cuanto a la Isla de las Voces, estaba deshabitada la mayor parte del año, solo muy de vez en cuando llegaba algún bote en busca de copra, aunque, durante la estación de la peste, cuando los peces eran venenosos, toda la tribu vivía en ella. Debía su nombre a un extraño prodigio, pues al parecer la playa estaba habitada por unos demonios invisibles, y día y noche se les oía hablar en una lengua extraña y se veían arder y extinguirse pequeñas hogueras en la playa, sin que nadie supiera los motivos. Keola les preguntó si aquellos demonios vivían también en su otra isla y ellos le respondieron que no, ni tampoco en ninguna de las otras cien islas que había en aquella parte, sino que se trataba de una peculiaridad de la Isla de las Voces. Le explicaron que los fuegos y las voces solo se veían y oían en la playa y que un hombre podría vivir dos mil años junto a la laguna (suponiendo que alguien pudiera vivir tanto tiempo) sin que le molestasen. E incluso en la playa aquellos demonios eran inofensivos si se les dejaba en paz. Solo una vez un jefe había arrojado su lanza contra una de las voces y esa misma noche se había caído de un cocotero y había muerto.

Keola estuvo pensando un buen rato. Comprendió que estaría a salvo en cuanto la tribu volviera a la isla principal, y que incluso donde estaba ahora no corría demasiado peligro, siempre que no se alejara de la laguna, aunque empezó a pensar en el modo de volver las cosas a su favor, si es que era posible.

—En mi isla crecía un árbol —dijo—, y por lo visto los demonios iban allí a buscar sus hojas. Así que la gente decidió talar el árbol y los demonios no volvieron más.

Le preguntaron qué clase de árbol era aquel, y Keola les mostró el árbol del que Kalamake había cogido las hojas. Les pareció una historia un tanto inverosímil, pero la idea les sedujo. Noche tras noche, los ancianos debatieron en sus consejos, pero al jefe (aunque era un hombre valiente) le asustaba aquel asunto y les recordaba a diario la historia del jefe que había arrojado su lanza contra las voces y había muerto, y aquel recuerdo les acobardaba.

Aunque no consiguió que talaran los árboles, Keola se sintió satisfecho y empezó a estar más tranquilo y a disfrutar más de la vida. Y, entre otras cosas, se mostró tan amable con su mujer, que la joven acabó por enamorarse perdidamente de él. Un día entró en la choza y se la encontró en el suelo llorando.

—Pero ¿qué te ocurre? —dijo Keola.

Ella le respondió que no era nada.

Esa misma noche la muchacha lo despertó. La lámpara estaba casi apagada, pero Keola vio por su expresión que estaba muy preocupada.

—Keola, acerca el oído a mi boca para que pueda susurrarte, pues nadie debe oír lo que tengo que decirte. Dos días antes de que empiecen a preparar los botes, ve a la playa y escóndete entre los arbustos. Los dos escogeremos el sitio de antemano y ocultaremos algo de comida y todas las noches iré a cantar cerca de allí. Así, cuando llegue la noche en que no me oigas cantar, sabrás que nos hemos ido de la isla y podrás salir sano y salvo de tu escondite.

A Keola se le encogió el corazón.

—Pero ¿qué estás diciendo? —exclamó—. No puedo vivir entre demonios. No me dejaréis en esta isla. Estoy deseando marcharme.

—Nunca saldrás de aquí con vida, mi pobre Keola —dijo la joven—. Debo confesarte que mi pueblo es caníbal, aunque lo guardan en secreto. Y el motivo por el que te matarán antes de marcharnos es que a nuestra isla llegan barcos y Donat-Kimaran[18] representa a los franceses, y hay un comerciante blanco en una casa con una veranda y un sacerdote. ¡Oh, es un sitio precioso! El comerciante tiene barriles llenos de harina, y una vez entró un barco de guerra francés en la laguna y nos dio a todos vino y galletas. ¡Ah, mi pobre Keola!, ojalá pudiera llevarte allí, pues te quiero mucho y, a excepción de Papiti, no hay mejor sitio en los mares del Sur.

Así fue como Keola se convirtió en el hombre más aterrorizado de los cuatro océanos. Había oído hablar de los caníbales de las islas del sur, que siempre le habían inspirado mucho miedo, y ahora estaba viviendo entre ellos. Además había oído contar a algunos viajeros que, cuando tenían intención de devorar a alguien, lo cuidaban y mimaban como una madre a su bebé. Y comprendió que aquel debía de ser su caso y que por eso lo habían alojado, alimentado, casado y liberado de cualquier trabajo, y los jefes y los ancianos hablaban con él como si se tratase de una

persona de importancia. De modo que se metió en la cama a meditar sobre su destino y se le heló la sangre en las venas.

Al día siguiente, la gente de la tribu estuvo con él tan amable como siempre. Eran buenos conversadores, componían hermosas poesías y bromeaban con tanta gracia en las comidas que habrían hecho que se muriera de risa hasta un misionero. Pero a Keola le traían sin cuidado todos esos refinamientos, lo único que veía eran sus dientes blanquísimos brillando en sus bocas y se le hacía un nudo en la garganta, así que, cuando acabaron de comer, corrió a esconderse en la selva y se hizo el muerto. Al día siguiente hizo lo mismo y su mujer lo siguió.

—Keola —dijo—, si no comes, te aseguro que te matarán y comerán mañana. Algunos de los jefes empiezan a murmurar. Creen que te has puesto enfermo y estás perdiendo peso.

Al oírla, Keola se puso en pie muy indignado.

—Tanto me da una cosa como la otra —dijo—. Estoy entre la espada y la pared. Si tengo que morir, prefiero que sea del modo más rápido, y, si tienen que devorarme, casi prefiero que me coman los demonios y no los hombres. ¡Adiós! —dijo, y la dejó allí plantada y se dirigió a la playa.

Estaba desierta y lucía un sol abrasador, no había ni rastro de vida, aunque la arena estaba pisoteada y por todas partes se oían voces y susurros y se veían minúsculas fogatas que se encendían y extinguían. Allí se oían todas las lenguas de la tierra: francés, holandés, ruso, tamil y chino. Todos los países donde se practica la brujería estaban representados y le susurraban a Keola en el oído. La playa estaba tan atestada de gente como un mercado, pero no se veía ni un alma y, mientras paseaba por ella, vio cómo las conchas desaparecían ante sus propios ojos sin que nadie las recogiera. El mismísimo diablo se habría asustado de estar en semejante compañía, pero Keola había superado su miedo y coqueteaba con la muerte. Cuando los fuegos se encendían, corría hacia ellos como un toro: las voces gritaban aquí y allá, unas manos invisibles cubrían las llamas de arena y desaparecían de la playa antes de que él llegara. «Es evidente que Kalamake no está aquí —pensó—, o ya me habría matado». Así que se sentó en el lindero de la selva, pues se sentía fatigado, y apoyó la barbilla entre las manos. La actividad continuaba frenética ante sus ojos: las voces resonaban en la playa, las fogatas seguían encendiéndose y apagándose y las conchas desaparecían y se renovaban una y otra vez. «Yo debí de venir un día más tranquilo —pensó—, pues no había ni mucho menos tanto trajín como hoy». La cabeza le dio vueltas al pensar en los millones y millones de dólares y los cientos y cientos de personas que iban a recogerlos a la playa y salían volando más rápidos que águilas. «¡Cómo me habían engañado con sus casas de la moneda —se dijo—, y con lo de que el dinero se fabricaba allí, cuando es obvio que toda la moneda del mundo se recoge en esta playa! ¡La próxima vez no me dejaré enredar tan fácilmente!». Y, sin saber muy bien cómo ni cuándo, le dominó el sueño y olvidó la isla y sus preocupaciones. A la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, lo despertó un

gran alboroto. Al principio se asustó mucho, porque temió que la tribu lo hubiera sorprendido dormido, pero no se trataba de eso. Lo que ocurría era que, en la playa, las voces incorpóreas se llamaban unas a otras y parecían pasar a su lado a lo largo de la costa.

«¿Qué ocurrirá ahora?», se preguntó Keola, y comprendió que se trataba de algo extraordinario, pues ya no se veían fogatas ni desaparecían las conchas de la playa, sino que las voces incorpóreas seguían corriendo por la playa y se llamaban unas a otras, y por el tono daba la impresión de que todos aquellos hechiceros debían de estar muy enfadados. «No parece que estén enojados conmigo —pensó Keola—, porque pasan a mi lado sin hacerme nada». E, igual que sucede con los sabuesos en una cacería, o con los caballos en una carrera, o con la multitud que acude a apagar un incendio y a la que se unen todos los que pasan por allí, ¡hete aquí que Keola, sin saber muy bien lo que hacía o por qué lo hacía, empezó a correr detrás de las voces!

Al llegar a un recodo desde donde se divisaba el otro extremo de la isla, recordó que era en aquel lugar donde los árboles de los brujos crecían por decenas en un bosquecillo. El griterío era indescriptible y, a juzgar por el ruido que hacían los que corrían, todos se dirigían hacia el mismo sitio. Cuando estuvo un poco más cerca oyó que el ruido de las voces se mezclaba con el chocar de las hachas. Y por fin comprendió que el jefe principal había consentido que los hombres de la tribu talasen los árboles, y que los brujos se habían avisado unos a otros y ahora se estaban reuniendo para defender sus árboles. La atracción por el peligro le impulsó a seguir adelante. Corrió tras de las voces, atravesó la playa, llegó al lindero del bosque y se quedó atónito. Un árbol había caído ya y había varios a medio talar. Los hombres de la tribu estaban apiñados espalda con espalda, había cadáveres en el suelo y la sangre corría entre sus pies. El miedo estaba pintado en todos sus rostros y sus voces se alzaban como el chillido de una comadreja. Igual que un niño cuando juega con su espada de madera y da mandobles y estocadas al aire, los caníbales blandían sus hachas y gritaban al golpear a… ¡nadie! Solo aquí y allá Keola vio un hacha alzarse en el aire sin que la sostuvieran ningunas manos y a algún hombre de la tribu que caía descalabrado o partido en dos mientras su alma huía aullando de su cuerpo.

Keola estuvo un rato contemplando como en sueños aquel prodigio y luego lo invadió un temor mortal por estar asistiendo a tales cosas. En ese mismo instante, el jefe de la tribu lo vio y lo llamó por su nombre, y la tribu entera lo miró con ojos centelleantes y haciendo crujir los dientes.

«Ya he pasado aquí demasiado tiempo», pensó Keola, y echó a correr hacia la playa sin saber muy bien lo que hacía.

—¡Keola! —lo llamó una voz en la playa desierta.

—¡Lehua! ¿Eres tú? —gritó jadeante, y la buscó en vano, pues, a juzgar por lo que veía, estaba totalmente solo.

—Te vi pasar antes —respondió la voz—, pero no me oíste. Corre, ve a buscar las hojas y las hierbas y huyamos de aquí.

—¿Estás aquí con la estera? —preguntó.

—Aquí, a tu lado —dijo ella, y Keola notó cómo lo rodeaba con sus brazos—. ¡Corre, trae las hojas y las hierbas antes de que vuelva mi padre!

Keola corrió como si le fuese la vida en ello, y cogió las hierbas del mago, y Lehua le guio de vuelta, le ayudó a subir a la estera y encendió el fuego. Mientras ardía, oyeron el estruendo de la batalla en el bosque, los hechiceros y los caníbales luchaban encarnizadamente. Los brujos invisibles gritaban como toros en una montaña y los hombres de la tribu replicaban con sus chillidos aterrorizados. Keola estuvo escuchando tembloroso mientras observaba cómo las manos invisibles de Lehua alimentaban el fuego con las hojas. Las echó todas de golpe y sopló para avivar el fuego y las llamas se alzaron tan altas que le quemaron las piernas a Keola. La última hoja se consumió, la llama se apagó, se produjo una conmoción y Keola y Lehua volvieron a encontrarse en la habitación de su casa.

Cuando Keola vio por fin a su mujer se alegró mucho. Y le encantó estar de vuelta en Molokai y sentarse a comer un cuenco de *poi*[19] —pues en los barcos nadie come *poi*, y en la Isla de las Voces ni siquiera lo conocían—, y estaba feliz de haber escapado de las manos de los caníbales. Sin embargo, había una cuestión que no estaba tan clara, y Keola y Lehua la discutieron toda la noche muy preocupados. Al parecer, Kalamake se había quedado en la isla. Si, por una bendición de Dios, se quedara allí para siempre, todo iría bien, pero, si lograba escapar y regresar a Molokai, aquel sería un día aciago para su hija y su marido. Hablaron de su poder de aumentar de tamaño y de si podría recorrer tanta distancia por el mar. Pero, a esas alturas, Keola ya sabía dónde estaba la isla: en el archipiélago Bajo o Peligroso. Así que cogieron el atlas y comprobaron la distancia en el mapa, y, por lo que calcularon, les pareció una distancia muy larga para que pudiera recorrerla un anciano. Sin embargo, nunca se podía estar seguro tratándose de un brujo como Kalamake y decidieron pedirle consejo a un misionero blanco.

Así que Keola le contó todo al primero que pasó por allí. Y el misionero le reprendió con dureza por haber tomado otra esposa en la isla, y respecto a lo demás le dijo que aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—De cualquier modo —dijo—, si crees que el dinero de tu suegro es de procedencia ilícita, mi consejo es que dones parte de él a los leprosos y otra parte a las misiones, y en cuanto a toda esa sarta de disparates, lo mejor es que no se lo cuentes a nadie.

Sin embargo, advirtió a la policía de Honolulu de que, por lo que había podido deducir, Kalamake y Keola debían de haber estado acuñando moneda falsa, por lo que convendría vigilarlos.

Keola y Lehua hicieron lo que les dijo y donaron muchos dólares a los leprosos y las misiones. Y, sin duda, fue un buen consejo, pues hasta este día nadie ha vuelto a oír hablar de Kalamake. Aunque, si lo mataron en la batalla de los árboles o sigue haciendo de las suyas en la Isla de las Voces, ¿quién podrá decirlo?

RELATOS SUELTOS

UNA VIEJA CANCIÓN

1

El teniente coronel John Falconer rompió con la tradición familiar al alistarse en el ejército y toda su juventud fue onerosa y catastrófica. Estuvo a punto de que lo expulsaran de su regimiento; se vio implicado en un escándalo acerca de los fondos del comedor de oficiales, incurrió en unas deudas espantosas; cuando su tía le envió un panfleto religioso, se lo devolvió con un comentario escrito en un seco estilo militar. Mediante aquellos destellos y reverberaciones su familia iba sabiendo de cuando en cuando de su tormentosa existencia, y, como nunca les escribía, cada carta desde la India equivalía a un nuevo escándalo.

De pronto, cumplidos ya los treinta años, se convirtió durante una reunión evangelista. Desde ese momento fue un hombre distinto. Le gustaba jactarse de que, desde ese día, jamás había omitido o abreviado sus rezos, y para quienes conocían sus hábitos anteriores, semejante afirmación era ciertamente impresionante. Al mismo tiempo que se volvió religioso, adquirió sentido del deber y se transformó en un buen oficial. Falconer pasaba por ser un hombre fiable, Napier ponía la mano en el fuego por él, y sus hombres le admiraban y le temían a partes iguales.

Cuando su padre murió y el coronel pasó a ser el último representante de su familia, aparte de dos sobrinos pequeños, consideró su deber volver a Inglaterra y hacerse cargo de los niños y las fincas. Para él, un deber desagradable era como para otros un placer furtivo: una especie de pasión a la que se consagraría sin dudarlo y que, cuanto más desagradable le resultara, más orgulloso se sentiría de cumplir. Vivir en Grangehead, ocuparse de las fincas, que lo importunaran dos chiquillos traviesos y tener que abandonar su regimiento, era lo mejor que le había ocurrido nunca, el mejor ejemplo de sacrificio imaginable, la imagen misma del martirio, y en su viaje de regreso al coronel Falconer lo acometieron todos los deleites de lo que podríamos llamar una siniestra felicidad.

Su anciana tía Rebecca (la misma que le había enviado el panfleto muchos años antes) vivía todavía en su casa de Hampstead y se había hecho cargo temporalmente de los niños, de modo que lo primero que hizo el coronel fue ir a visitarla.

La pobre mujer se conmovió mucho al ver al recién llegado apearse de un cabriolé con gesto grave. Era un hombre muy alto, erguido y musculoso, con el porte de un soldado de caballería aficionado a la esgrima. Su tez era del color del auténtico *curry* de la India, lucía un bigote espeso y canoso y sus cejas, negras y pobladas, parecían particularmente inmóviles. En su boca se percibía un rictus implacable típicamente militar, que resultaba muy impresionante y un poco dudoso, aunque ha de tenerse en cuenta que el coronel no era ningún hipócrita.

La tía Rebecca estaba muy agitada, pero él la besó en la ceja izquierda, le preguntó por su salud en tono angustioso y la tranquilizó. Se sentó y empezaron a hablar de las desgracias familiares.

—Ya sé que mi padre no era ningún impío —dijo el coronel—, pero creo que tampoco era un hombre muy religioso.

—Murió en paz —dijo la tía Rebecca, respondiendo a la pregunta que el otro había temido plantear.

—Gracias a Dios —exclamó el coronel con fervor estentóreo—. Me porté muy mal con él. Fui un joven muy ingrato.

—Eras encantador, John, y tan alegre y amable que siempre fuiste mi preferido, y además eras un chico muy guapo. Tal vez hoy seas más apuesto, pero ya no te consume aquel fuego.

—Me temo que era un fuego muy peligroso —respondió el coronel con aire sombrío—. ¿Dónde están los niños?

La tía Rebecca los hizo pasar y se los presentó, como un guía turístico en un museo.

—Este es John, y este es Malcolm. John es el más listo de los dos, pero Malcolm es un niño muy tenaz y tiene un carácter muy dulce.

Y así siguió, como solo puede hacerlo una solterona.

—¿Cuál es el mayor? —quiso saber el coronel.

—John es tres semanas mayor —replicó la anciana señora—. Apenas hay diferencia.

—De modo que desciende de la rama más antigua de la familia. Así debe ser, él será quien herede Grangehead.

—¡Oh! ¿Te parece imprescindible? —preguntó ella, un poco alicaída en interés del niño tenaz de carácter tan dulce.

Era la primera vez que se cruzaba en el camino del coronel. Y puedo añadir que fue la última. No es que se enfadase, pues no tenía la menor intención de asustar a la indefensa señora, pero cuando su ánimo se encrespaba, como le ocurría siempre que creía que alguien le llevaba la contraria, su voz se elevaba al mismo tiempo, y el mero volumen de su voz bastó para aterrorizar a aquella frágil anciana.

—¡La primogenitura es la ley de este país! —gritó—, y… —iba a añadir que también era la ley de Dios, pero se lo pensó dos veces—, es bueno que así sea —improvisó—. De todos modos, no tomaré ninguna decisión todavía, antes pondré a los niños a prueba.

—¿No decían que era militar? —preguntó John, en el tono de quien ha pagado por su asiento y reclama ver el espectáculo.

—Y lo soy, jovencito —dijo el coronel.

—¿Y dónde está la espada?

—Aquí no hay nadie con quien pelear, solo tías cariñosas y niños buenos. Pero un día de estos te enseñaré mi espada y un estuche con pistolas. ¿Te gustaría ser

soldado?

—¡Desde luego que sí! —replicó el niño.

—Espero que así sea —respondió emocionado el coronel—, uno de los soldados de Cristo.

Estaba claro que se había encariñado con John.

2

Todos se mudaron a Grangehead. Era una casa antigua muy extensa y de un solo piso, salvo en algunos sitios donde tenía dos, parecía haber sido construida en momentos distintos y era difícil decir dónde terminaba la mansión y dónde empezaban las dependencias. El terreno estaba cubierto de acebos y laureles. En verano crecían muchas setas en el sotobosque, que exhalaban leves aromas que percibían los paseantes, pero también había muchas lilas que embellecían y perfumaban el lugar en primavera. Un gran cercado, casi lo bastante grande para justificar el nombre de «parque» por el que lo conocían, fue el campo de juegos de los dos niños; había además un campanario junto a la puerta del establo, un enorme tejado al que trepar, un pozo a los pies de un viejo tejo en la parte más oscura de los arbustos y muchos otros lugares pintorescos para hacer las delicias de los jóvenes. Un desanimado preceptor les daba clase por las mañanas.

Por su parte, el coronel estaba en su elemento. Aceptó el puesto de presbítero en la iglesia parroquial, donde sus impresionantes modales impartían un aroma de ritual a las ceremonias más vistosas del presbiterianismo escocés. Era uña y carne con el pastor y su voz tonante resonaba en los consejos. De vez en cuando, el sábado o el domingo por la tarde, daba una pequeña charla en la sala de estudio, donde atacaba con sus denuncias a los obstinados o entretenía a los simples con sus anécdotas militares y su sentimentalismo cuartelero. Era un misterio para todos cómo se las arreglaba el coronel Falconer para ser tan directo e inocente, tan claro y sencillo en esas ocasiones, pues personalmente era un hombre de mundo. Incluso empleaba de vez en cuando un claro acento escocés, y los más cínicos le reprochaban aquel modo de expresarse. Sin embargo, los campesinos quedaban encantados. Aquel hombre, que se había impregnado de la sangre de gente de color, y se había labrado una gran reputación en el ejército, resultaba, cuando se le ponía a prueba en presencia de un público crítico en la sala de estudio de Grangehead, no un gran teólogo, después de todo, sino un cristiano sencillo capaz de conmover el corazón de los niños. Eso resultaba agradable para todo el mundo y la gente llegó a la conclusión de que el coronel era un cristiano viril y acabaron clasificándolo como tal.

A la pobre tía Rebecca la hicieron instalarse en Grangehead para ayudar a cuidar de los niños. No tardó en marchitarse, el coronel le pasó por encima como una apisonadora, por así decirlo. Sus nervios de acero, su voz cruel, sus bruscas

decisiones, las oraciones de la compañía y el regimiento, de las que ella tuvo que tomar parte…, hicieron mella en la pobre mujer como una enfermedad. El coronel Falconer era su ideal, para ella no tenía defectos. Sin embargo, su presencia le hizo languidecer…, como les ocurre a muchas solteronas, y acabó muriéndose.

El coronel se mostró inconsolable, y a partir de ese momento fue un poco más inflexible con los niños. Siempre lo había sido, sin llegar a ser desagradable, no sé si me explico. Los niños no lo temían e incluso lo amaban a su modo, pero les daba escalofríos estar con él. Era brusco con ellos por una cuestión de principios, hacía que sus vidas fuesen lo más míseras y amargas que podía, porque pensaba que era lo mejor para ellos, y se creía tan decepcionado con su existencia que no podía encontrar otros placeres que los de la religión. No contaba con la niñez, ni con la cerca, ni con el tejado, ni con el pozo entre los arbustos, ni con las setas en verano al pie de los laureles, ni con el sol y el viento y las estaciones. El coronel lo hacía lo mejor que podía, pero es más fácil mandar a un número considerable de cipayos que infundir interés y poesía en las vidas de unos jóvenes.

John era un chico con eso que se llama una naturaleza profunda…, es decir, empezó a madurar muy pronto, escribía himnos y otras obras que ocultaba avergonzado cuando alguien se acercaba, era aficionado a la meditación y a veces hacía gala de un humor melancólico y huidizo. En conjunto era un muchacho al que había que vigilar de cerca, inclinado a hacer diabluras y a dejarse arrastrar por las pasiones. Malcolm era más despreocupado y ligeramente superficial, a veces cometía pequeñas mezquindades que John despreciaba con grandilocuencia, pero sabía tragarse el orgullo para contentar a los demás y solía salirse con la suya.

Nunca hubo la menor duda de que John lo heredaría todo. Era el predilecto del coronel: orgulloso, valiente, melancólico y con un talento natural para la religión. De modo que lo prometieron a la señorita Mary Rolland, una joven de su edad, heredera de las fincas contiguas. Mary y John se hicieron cargo de la situación y fueron siempre grandes amigos. En cuanto John cumpliera la mayoría de edad, se casarían.

3

John cumplió los dieciocho el 12 de mayo de 18… Hacía un tiempo espléndido. Las lilas estaban en flor y los pájaros trinaban en los jardines de Grangehead, el viento olía a primavera. Mary Rolland y su padre habían comido con los Falconer y luego todos habían salido a pasear por el jardín, pues en casa del coronel no había vino ni sobremesa.

—No, señor, no permitiré que ocurra nada semejante —rugió el anfitrión—. Es una cuestión de principios y no pienso hacer concesiones.

—Mi querido amigo —replicó el señor Rolland—, mi queridísimo amigo, disculpad que os lo diga, pero os lo tomáis demasiado a pecho. Yo también me tengo

por un hombre de principios. Nunca he vacilado ni contemporizado, pero es preciso hacer distinciones.

—Yo no hago distinciones en cuestiones de principios —respondió el coronel—. Es una cuestión de principios, ¿sí o no?

—La libertad cristiana… —empezó el señor Rolland.

—No me vengáis ahora con esas —le interrumpió el coronel.

—En mi opinión es un hecho irrefutablemente ortodoxo —replicó el otro un poco picado—. Creo que podría citar autoridades al respecto. De hecho, si no estoy equivocado, se dice incluso en la Biblia. Malcolm, ¿te importa traer una?

—Se ha malinterpretado mucho, señor Rolland. Y mucha gente se ha condenado por ello. Los cristianos humildes deberían reverenciarla como un misterio y no discutir tanto acerca de ella.

Un rubor había asomado por debajo de las mejillas de color de *curry*; esa tarde el coronel estaba en pie de guerra.

—Vamos, Mary —susurró John—. No se pondrán nunca de acuerdo.

Subieron por un sendero entre los arbustos, había empezado a oscurecer ya, pero quedaba todavía un fragmento de cielo brillante. Por todas partes se oía música en los arbustos. Mary andaba despacio, mirando al suelo. John, que iba un paso por delante, no podía quitarle los ojos de encima. Parecía distinta, como si hubiera en ella más vida y energía, la niña pálida y delgada había florecido y se había convertido en una joven dulce y espléndida de aire un poco exótico. John estaba confuso.

Al final del sendero había un claro con un banco y un murete que daban a un camino público y un amplio panorama del bosque y los prados, limitados al norte por las montañas. Un río brillaba en la llanura de vez en cuando. El perfil de las montañas se recortaba contra el cielo luminoso. Nubes de pájaros iban de aquí para allá entre los arbustos.

—¿Has escrito alguna otra poesía? —preguntó John.

—No.

Lo dijo con voz forzada, era una mentira y mintió con torpeza, pues era todavía muy joven.

—Prometiste escribirme algo para mi cumpleaños.

—No se me ocurrió nada —dijo ella.

Se hizo una pausa.

—Me alegra mucho que vayamos a casarnos —dijo en tono inexpresivo. No obtuvo respuesta y la joven no apartó la vista del distante paisaje. John suspiró—. Me gusta tanto… contemplar el atardecer —dijo.

Interrumpió la frase a medias y resultó evidente que no era eso lo que pretendía decir.

—A mí también —respondió ella con una especie de fervor.

—Ojalá supiera lo que nos ha ocurrido. Cualquiera diría que no somos felices.

—¡Oh!, pero yo lo soy.

—Y yo también —replicó él—, muy, muy feliz…

Y repitió las palabras varias veces con aire ausente. Nunca habían escatimado las muestras de cariño entre ellos desde que sus niñeras les enseñaron a besarse, así que John se quedó muy confundido cuando, al tratar de cogerla de la mano, ella la apartó con nerviosismo. Esperó un rato, un poco alicaído, y luego hizo un esfuerzo, pues le asustaban la contención y el desorden de sus propios sentimientos, y ansiaba hacer algo que rompiera el hechizo y les permitiera seguir como hasta entonces. Trató de besarla. Ella retrocedió conmocionada, se puso pálida, luego se ruborizó y volvió a ponerse pálida, y por fin se quedó aparte, callada y con aire indignado.

«Debe de odiarme», pensó John. El pobre muchacho no era un gran experto en asuntos amorosos y se le daba mucho mejor el catecismo.

Ambos se sintieron aliviados cuando oyeron al señor Rolland llamar a Mary y volvieron en silencio al jardín.

A petición del padre de ella, John los acompañó hasta la casa y el anciano caballero estuvo hablando muy amablemente con él todo el camino. Mary guardaba silencio, pero sus mejillas habían recobrado el color, y sus ojos, que ya no parecían evitar su mirada, volvían a ser brillantes y dulces.

Una enorme verja de hierro y el aroma de las lilas daban acceso a Grangehead. Todo estaba enterrado en una sombra transparente. Un mirlo silbó vanidoso entre las lilas, el dulce aroma del crepúsculo embalsamaba el aire, la vista estaba limitada por el brusco perfil de los setos de laurel y los hastiales de la casa recortados contra el luminoso poniente. Malcolm con la cabeza inclinada hacia delante y las manos cruzadas a la espalda, paseaba por el sendero de grava con pasos lentos e irregulares. No pareció oír acercarse a John, pues no se volvió. Pero John se le acercó y, como un colegial, le puso el brazo alrededor del cuello. Malcolm lo apartó.

—Déjame en paz —dijo malhumorado.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa, Malcolm? —preguntó John.

—Quiero estar solo.

—¡Ah, muy bien! —respondió John, y siguió su camino muy airado. Pero enseguida se le pasó el enfado. Malcolm parecía muy afligido y no era momento de ser quisquillosos, así que John se dio la vuelta—. ¿Por qué no me dices lo que te ocurre, Malcolm? —repitió—. ¡Vamos, muchacho! ¿Qué es lo que va mal?

—Nunca te he reprochado nada, ¿verdad? —replicó el otro de pronto—. Estoy dispuesto a morir antes que quejarme. Tú tienes todo lo demás: las fincas, a Mary y todo…, déjame al menos disfrutar de mi soledad.

John se quedó perplejo.

—Malcolm, Malcolm —gritó—, sabes muy bien que lo que es mío es tuyo. Sabes de sobra que siempre lo compartimos todo. ¿Crees que podría ser feliz dejándote al margen? Me conoces lo bastante para saber que no es así.

—No son las fincas —exclamó Malcolm con un sollozo—. ¡Es la chica…, la chica! —Y se tapó la cara con las manos.

John se puso muy serio.

—¿La amas? —preguntó.

—¡Pues claro! —replicó el otro extendiendo los brazos con un gesto desesperado —. ¿Amarla? ¡Pues claro que la amo! —Era muy joven.

Numerosos pensamientos siniestros se agolparon a las puertas de la imaginación de John. Se le contrajo el labio inferior.

—¿Y ella te quiere? —preguntó.

—¿Acaso crees que te quiere a ti? —repuso su primo con una especie de desdén.

Fue una respuesta a la escocesa, como dice la gente del norte, pero sumió a John en la desesperación. Ahora todo estaba claro. Mary lo odiaba, tal como había imaginado. Estaba enamorada de Malcolm. Ambos se amaban. Lo más probable era que estuviesen confabulados. Él no era más que un obstáculo absurdo y odioso en las vidas de las dos personas a quien más amaba.

Malcolm había respondido así porque estaba enfadado y porque no sabía qué otra cosa decir. No tenía ningún motivo para pensar que Mary pudiera amarle a él. Aunque parecía estar a gusto en su compañía, cuando estaban juntos siempre hablaban de John. Empezó a arrepentirse.

—No son las fincas —repitió con un gemido—, es solo Mary la que me preocupa, no puedo vivir sin ella. Aunque sí puedo morir —añadió alegremente.

—Una cosa va con la otra, muchacho —replicó John—. O las dos o nada.

Movió la cabeza mecánicamente durante un buen rato. Estaba meditando con un gusto hereditario un plan para sacrificarse. La sangre del coronel y de los obstinados *covenanters* estaban obrando lúgubremente en su corazón.

De pronto una campanada interrumpió el silencio con un tañido precipitado e indigno. El mirlo salió volando. Era la hora de las devociones familiares. John cogió a Malcolm solemnemente de la mano.

—Malcolm —dijo—, estamos más unidos que si fuésemos hermanos. Haré cuanto pueda por ayudarte.

4

Los rezos familiares en Grangehead se llevaban a cabo con gran precisión. Todos los criados debían participar en ellos, tanto por la mañana como por la noche. El coronel leía en voz alta un capítulo del Antiguo Testamento y otro del Nuevo, y pronunciaba una larga oración improvisada. Su voz sonaba fuerte y apresurada, como si estuviera pasando revista antes de empezar, y, por supuesto, los criados nunca prestaban atención. Terminada la oración, iban a desayunar, si era por la mañana; por la noche todo el mundo se acostaba. La noche de su cumpleaños, John pidió tener una entrevista en privado con su tío.

El coronel lo miró fijamente y luego le pidió que lo acompañara a su despacho, donde se sentó en un sillón y animó a su sobrino a que hiciera lo mismo. Pero John prefirió quedarse de pie.

—Y bien, ¿de qué se trata?

—Entiendo, señor —empezó John—, que he de sucederle a usted como propietario de las tierras, y me gustaría…

—No pienso discutir estos asuntos —dijo el coronel—, y menos que nadie contigo. De momento, no eres más que uno de mis sobrinos. ¿Es eso todo?

—No me ha comprendido bien, señor. Debéis dejar que os explique. Es una cuestión de conciencia.

—¡Oh, si se trata de un asunto de conciencia! —dijo el coronel, e hizo un educado gesto con la mano.

—Malcolm está enamorado de Mary, señor —dijo John.

—¿Y bien? —rugió el coronel.

—No podrá casarse con ella a menos que herede las fincas —prosiguió John—, y por mi parte, prefiero que no sean mías. Tengo intención de abrirme camino en el mundo por mí mismo. Me gustaría ser independiente y ganarme el pan, le aseguro que no tengo miedo. Podría hacerme clérigo y salvar almas, o soldado como usted, o ir a las colonias, nada de eso me asusta. Y piense, señor, en lo que supondría para el pobre Malcolm perder lo que más quiere en el mundo, ¡y en lo que supondría para mí, sabiendo que se lo había arrebatado!

—Pensaba que a ti también te gustaba la chica —dijo el coronel.

—Y así es. —John tenía la boca seca.

El coronel dio un respingo y le estrechó la mano a John.

—Eres todo un hombre, muchacho —exclamó—, te has ganado mi respeto con lo que has dicho. Eres el sobrino que quiero y creo que Dios también estará satisfecho. En cuanto a todo eso que has dicho, por supuesto, no son más que despropósitos. Dejaré la propiedad a quien yo quiera para mayor gloria de Dios, y no para tu disfrute ni el de Malcolm; y tendrás que tomártelo como me lo tomé yo, como un arte. Sí, muchacho, esa es la palabra que te hará aceptarlo todo con facilidad. Un arte…, tal vez una cruz. Sopórtala por Él.

Y le puso la mano en el hombro a John con amable violencia.

—Pero Malcolm… —empezó John.

—Vete a la cama —gritó el coronel—. Te perdono, pero no quiero oír hablar más del asunto. Y no olvides rezar contra el orgullo del espíritu. Te conozco, eres un buen muchacho, pero es tu mayor defecto. Te gusta demasiado hacer de mártir.

La gente ve sus propias debilidades incluso a través de una cota de malla.

Por supuesto, John se indignó amargamente. Todos aquellos halagos picaron su conciencia y le hicieron sospechar de su propia sinceridad. Debía consumar su sacrificio, aunque fuese solo para recobrar la confianza en sí mismo. Además, la última insinuación del coronel se acercaba demasiado a la verdad para no resultar

irritante. Pero no osó discutir más y dijo «Buenas noches», y dejó que el coronel se arrodillara para dar gracias a Dios por la bondad de su sobrino.

Al llegar a su cuarto, abrió la ventana de par en par y se sentó a rumiar su desesperación. El fulgor del crepúsculo se había apagado por el poniente, la noche estaba llena de estrellas, un tropel de árboles oscuros se apiñaban en la penumbra y se acunaban con la leve brisa nocturna. Oyó tintinear en el patio la cadena del perro guardián y a un caballo que se movía en el establo. Contempló idiotizado las estrellas. Paseó por la habitación, se sentó a escribir cartas elocuentes y rezó con amargura. El asunto se le había ido de las manos y ahora se encontraba en un lugar de su imaginación, donde seguía elaborándose, fermentándose y cubriéndose de una fina espuma de heroísmo barato. Todos serían felices a costa de su infinita desgracia. Nadarían en la abundancia mientras él vivía en una buhardilla alimentándose de pan y agua. Si lograba ahorrar algo, se lo enviaría en secreto para añadir algún detalle infinitesimal a su felicidad. A veces verían un rostro lívido entre los arbustos, los niños saldrían corriendo y gritando, mientras su desconocido benefactor huía sin que nadie lo viera. Por fin, moriría en un camastro, todos acudirían a verlo entre lágrimas y disculpas, y aquellos a quienes había servido irían a visitar su tumba a diario.

Aquella especie de fanfarronada se vio interrumpida varias veces por transportes de sentimientos más auténticos. El amor que sentía por Mary tenía raíces que se hundían en lo más profundo de su alma y la idea de perderla hacía que se pusiera fuera de sí.

Hacia las tres de la mañana, mientras estaba asomado a la ventana, pasó un tren a muchos kilómetros de allí, al pie de las montañas. Justo antes de que el sonido dejara de oírse, el largo chillido de su silbato se alzó hacia las estrellas. Quién sabe si la gente que era joven en los días de las diligencias y los cuernos de caza sabrá la desazón que infunde el sonido de un silbato de tren en el espíritu de un joven que no puede conciliar el sueño. En un instante le parece ver todos los reinos de la tierra, y aunque sea bastante feliz donde está, tenga amigos que le aprecian y un poema a medio escribir sobre la mesa, se despreciará a sí mismo por no estar yendo a algún otro sitio. Imagínese pues el efecto que produjo en John. Gracias a Dios, tenía el mundo por delante, empezaría una nueva vida y se labraría una reputación.

Dormitó un poco en una silla y lo despertaron unos sueños horribles. En sus oídos resonó una Babel, una multitud de espectros malignos lo zarandearon de aquí para allá y le pareció oír la voz del coronel que lo llamaba desde una distancia incalculable. Cuando se despertó, lo cegó e incomodó la luz de la vela y le asustaron las sombras.

Poco antes del amanecer empezó a sangrarle la nariz y le costó mucho detener la hemorragia. Se empapó la ropa al ponerse una esponja mojada en la nuca y el frescor le resultó tan reconfortante que decidió tomar un baño. Eso pareció aclararle las ideas y tranquilizó sus nervios, los síntomas más agudos de la fiebre habían remitido y salió al jardín un poco más sereno.

Pasó un rato paseando por el sendero de la entrada y compuso unos versos apasionados para Mary, Malcolm y su propio corazón, a Dios, para que le diera fuerzas, y al amanecer. Y los olvidó nada más componerlos, aunque él no le concedió mayor importancia. Fue a sentarse en el muro donde había estado con Mary la noche anterior. Las piedras estaban cubiertas de rocío, una neblina se extendía por la llanura, las vacas mugían y las ovejas balaban, por el camino empezaban a pasar mujeres con cubos y muchachos que iban a arar silbando alegremente. Allí rezó fervientemente, lloró mucho y por dos veces estuvo a punto de abandonar sus planes. Pero la campana que llamaba a la oración le hizo cambiar de humor, dio al traste con sus nervios alterados y volvió a inundar su alma de negra perversidad. El daño causado por el feo tañido de algunas campanas es incalculable.

5

A la hora del desayuno, John no comió nada y bebió mucho té muy cargado que le sentó muy mal. Excepto los domingos, nadie hablaba mucho en esa comida: durante la semana, el coronel tenía que leer los periódicos y también mucha correspondencia que atender, y los primos se llevaban un libro a la mesa. Pero, en esa mañana particular, el coronel se apartó dos veces de sus costumbres para hacerle una amable observación a John, y lo miró a hurtadillas de vez en cuando con afecto, pues había estado pensando en su sobrino y estaba muy satisfecho con él. John respondió en tono seco y agrio. ¡A quién se le ocurre charlar amablemente en el desayuno con un héroe y un mártir!

Quitaron la mesa, y John fingió leer el periódico junto al fuego. En esas, su tío volvió con una carta en la mano. Le habló con una mirada muy bondadosa.

—Lleva esta carta a Hutton, por favor —Hutton era la casa del señor Rolland—, y espera a que te den una respuesta.

Aquel era el momento de actuar. John hizo acopio de fuerzas, no alzó la vista del periódico.

—Gracias —respondió en voz baja—, pero prefiero quedarme aquí.

Un rayo que hubiese caído sobre Grangehead no habría alterado tanto al coronel. John lo miró por encima del borde del periódico. Se quedó muy quieto, pero sus cejas inmóviles se arquearon y todo su rostro sufrió una súbita y desagradable transformación. Dio la impresión de ir a decir algo, pero se lo pensó mejor, se acercó a la ventana y estuvo contemplando el paisaje casi un minuto y medio. Luego se volvió hacia John y volvió a hablarle.

—No sé si me has oído. Te he pedido que lleves esta carta a Hutton. No estoy acostumbrado a repetir mis órdenes. —Hasta ahí le habló con firmeza y con su voz tonante de siempre, pero luego pareció arrepentirse y añadió en tono vacilante y apresurado—: Puedes coger un caballo, si quieres, John.

Incluso John, pese a estar imbuido por aquellos humores heroicos y satánicos, se sorprendió ante tanta condescendencia, su corazón se llenó de turbación, quiso arrojarse a sus pies y confesarlo todo. ¡Es tan difícil insultar a una persona a la que se ha respetado toda una vida! Pero el diablo se salió con la suya.

—Creo haberle dicho ya que prefiero quedarme donde estoy —respondió.

—¡Ah, muy bien! —repuso el coronel, y se fue de la habitación.

John había pensado que le golpearía. Al ver el giro que tomaba el asunto, se asustó y exaltó mucho y rezó con fervor.

Entretanto, Malcolm se había arrepentido de la escena de la última noche, en la que había desempeñado un papel infantil y tal vez poco sincero, y ansiaba hacer las paces tranquilamente con John. Entró en el comedor con el ánimo contrito pero regocijado, y se sentó al otro lado de la chimenea.

—Respecto a lo de Mary… —empezó.

—¡Contén la lengua! —replicó John. Fue una descarga de fuerza nerviosa, puramente involuntaria, que no iba dirigida a nadie en particular. Nada más decirlo, se sintió aliviado y trató de mitigar sus efectos—. Te ruego que me disculpes, no he oído lo que decías. Esta mañana estoy un poco quisquilloso —explicó.

Malcolm se le quedó mirando fijamente.

—Era solo respecto a Mary y lo que hablamos anoche —prosiguió.

—Me ocuparé de garantizar vuestra felicidad —replicó el otro en tono grandilocuente—. Puedes estar tranquilo. Has acudido a mí y ahora es responsabilidad mía.

—No te lo tomes tan a pecho —dijo Malcolm—. Te estoy muy agradecido, claro, pero también es asunto mío, y quería explicarte…

—No estoy de humor para explicaciones —le interrumpió John.

—Diré lo que tengo que decir.

—Pues te lo dirás a ti mismo. —John se levantó.

—John —insistió Malcolm—, te ruego que me perdones si te hablé con rudeza. No pretendía hacerlo. Es cierto que quiero hablar contigo.

—Déjame al menos disfrutar de mi soledad —le espetó John imitando la voz de su primo.

—¡Ah, muy bien! ¡Pues por mí puedes irte al infierno! ¡Eres un idiota! ¡Ojalá te mueras!

—Si fuese tú, yo no blasfemaría, jovencito —observó John.

Malcolm se marchó muy enfadado y John lo oyó dando portazos por toda la casa, hasta que una orden estentórea y el rumor de una reprimenda desde el estudio del coronel restablecieron la paz. John se sintió muy raro. ¡Gracias a Dios había discutido con todo el mundo! Estaba en pleno océano de martirio. Malcolm sería feliz gracias a él y nadie sospecharía de su heroísmo. Creo que en realidad lo odiaba y antes lo habría buscado para estrangularlo que seguir con aquel sacrificio que iba a hacerle tan feliz. Su cerebro era un torbellino. Tomó un camino al azar y echó a andar

enfurecido. Los árboles danzaban a ambos lados, el mundo le daba vueltas. A veces se sentía tan aturdido que no veía nada, de pronto se encontró en una odiosa encrucijada que parecía tener algún significado relacionado con sus problemas, y se quedó mirándola y odiándola. El pobre muchacho sufría un ataque de fiebre.

En el curso de aquel paseo sin rumbo fue a parar al pueblo, y muerto de sed entró en el hotel. El salón estaba ocupado por una sola persona, un viajante joven, gordo, pálido y pelirrojo, sentado junto al fuego con un vaso sobre la mesa. John se sentó lo más lejos de él que pudo, cogió un horario de ferrocarril y estuvo pasando las páginas sin ver una palabra. Cuando el camarero llegó para preguntarle lo que quería, señaló sin decir nada al vaso del viajante.

—¿Lo mismo que el caballero, señor? —preguntó el camarero.

Resultó que, por sus pecados, John había pedido inocentemente una de las mezclas más explosivas del mundo. La ginebra y la cerveza de jengibre, que por sí mismas no tienen nada de especial, se convierten, al mezclarlas, no solo en algo muy agradable, sino excepcionalmente embriagador. John se sintió mucho mejor, notó un cosquilleo en la garganta, se le aclararon las ideas, los nombres de las estaciones en el horario se volvieron de pronto legibles, y se entregó al confuso placer de imaginar qué clase de lugares serían, y cómo John Falconer, el mártir empobrecido, los visitaría uno tras otro y viviría peculiares aventuras por el camino. Creo que, cuando terminó el segundo vaso, incluso había rostros hermosos que participaban en aquellas aventuras. Pues no solo su amor por Malcolm, sino también el amor que sentía por Mary, había sufrido por culpa de la rivalidad con la «felicidad siniestra» y la violenta dislocación de sus proyectos y esperanzas.

No llegó a Grangehead hasta que la campana llamó para la cena. Notaba un incómodo sofoco en el rostro, un zumbido en los oídos, y tenía la vista velada. No había comido nada en todo el día, había bebido más de lo que le convenía y seguía teniendo una sed insaciable. Ocupó su lugar a la mesa, polvoriento y desarreglado como estaba, y lo primero que hizo fue llenarse el vaso de jerez y bebérselo. El sabor le repugnó y al tragárselo sintió un fuerte dolor de cabeza, pero era demasiado poco experimentado para comprender que se estaba emborrachando; solo sabía que se encontraba muy mal, lo que resultaba muy apropiado y conduciría lo antes posible a la escena de reconciliación junto al camastro.

El coronel no le dirigió la palabra. Malcolm, que notó que John había caído en desgracia, pero lo atribuyó solo al hecho sin precedentes de que no hubiera ido a casa a comer, también se mostró reticente a hablarle. En cuanto a su disputa de la mañana, Malcolm hacía tiempo que le había perdonado.

Hacia el final de la cena, el jerez empezó a obrar efecto y John tomó las riendas de la conversación.

—Grangehead es un lugar odioso —dijo muy alegre. El coronel le echó una mirada furibunda—. Esto está muerto —prosiguió John—, no hay variedad. Los jóvenes deberían ver mundo.

Malcolm se asustó y le dio a entender que guardara silencio, pero él no comprendió la indirecta, o, si lo hizo, le molestó. El coronel le escuchó con atención: empezaba a estar muy enfadado.

—Por mucho que se diga, no es bueno que un joven de talento se pase la vida encerrado con un viejo, sea quien sea.

Volvió a servirse jerez y se lo bebió. Luego miró el vaso vacío con una sonrisa sensiblera.

—Creo que… —empezó—, creo que… —Y se interrumpió y sonrió.

—Yo creo —rugió el coronel— que has bebido demasiado.

John miró a su tío con aire vacilante.

—Eso es mentira —observó, y luego lo repitió con una risita, como si le hubiese hecho mucha gracia su ocurrencia—. Es mentira…, mentira…, mentira…

Malcolm y el coronel se incorporaron al mismo tiempo, el primero con intención de intervenir. El coronel arrancó a John de su silla y lo arrastró irresistiblemente hasta la puerta principal. Tres escalones de piedra con un pasamanos de hierro a cada lado conducían desde el sendero de grava hasta el nivel de la entrada. Desde allí arriba el coronel le dio tal empujón a su sobrino que el joven descendió los tres escalones de una vez, aterrizó sobre el pie izquierdo, luego cayó sobre la rodilla derecha y por fin se desplomó sobre la grava.

—No quiero volver a verte —gritó el coronel—. Tienes prohibido para siempre el acceso a esta casa. He terminado contigo para siempre jamás. Que Dios te perdone, como yo hago.

Y sin reparar en la ironía de aquella última frase, volvió a entrar en la casa y cerró la puerta.

John se quedó aturdido allí donde había caído. Entretanto el sol empezó a convertir el poniente en un lago de oro, y el mirlo silbó como siempre entre las lilas.

6

Malcolm esperó solo en el comedor en una situación penosa. Por el ruido, pudo deducir que John había sido expulsado de la casa, y que el coronel se había retirado a meditar a su despacho. Grangehead y Mary eran suyos, y sin embargo no pensó ni en una cosa ni en la otra. No podía quitarse a su primo de la cabeza, y lo que podría hacerse para lograr una reconciliación. Acabó su vino inconscientemente. Pasó una hora, y todavía estaba garabateando en el plato que tenía delante cuando un criado muy asustado se asomó para preguntarle si podía quitar la mesa. Eso le hizo tomar una resolución y fue directo a ver a su tío. Recuérdese que Malcolm nunca había sido el sobrino favorito y que, incluso cuando todo iba bien, se lo habría pensado dos veces antes de aventurarse a cometer una intrusión semejante.

El coronel no se había tomado la molestia de encender la lámpara, por lo que la habitación estaba en penumbra y llena de sombras. Estaba sentado a la mesa, con la cabeza apoyada en la mano y el rostro oculto en la oscuridad. No dio señales de vida, ni siquiera cuando Malcolm entró y le habló.

—Señor —dijo Malcolm—, espero que no haya pasado nada serio entre usted y John.

—Mi querido muchacho —replicó el coronel, sin quitarse la mano de la frente—, te estaba esperando; puedes ahorrarte el resto de tus argumentos, que puedo imaginar fácilmente. Acabas de referirte a una persona a quien una vez quise mucho, pero todo ha acabado entre él y yo. Soy un pecador, tal vez sea demasiado severo, pero hice todo lo que pude por tratarlo bien. Ahora me ha insultado de tal modo que ni siquiera Dios podría hacer que le perdonara, y lo he borrado para siempre de mi recuerdo. Ya lo ves —prosiguió tras un momento de pausa—, tanto por el respeto que me debes como por tu propio bien, tendrás que evitar este asunto en el futuro. Y recuerda que debes esforzarte por complacerme, pues eres lo único que me queda.

Le indicó con un gesto que se retirara y Malcolm no se atrevió a contradecirle. Al ir a cerrar la puerta le pareció oír el ruido de un gemido, y eso le impresionó y aterrorizó más que ninguna otra cosa. Se sentó en las escaleras con la cabeza entre las manos y trató de pensar. Pero no pudo sacar nada en claro; los pilares de la tierra se habían conmovido, las leyes naturales habían dejado de tener validez. La imaginación humana no puede adaptarse con la suficiente rapidez a determinadas catástrofes arrasadoras.

Por fin se puso en pie y abrió con cuidado la puerta principal. Estaba muy oscuro, pero pudo distinguir algo todavía más oscuro sobre la grava. Estaba tan quieto que empezó a temerse lo peor, y se acercó al cuerpo. Oyó el estertor de su respiración, que de vez en cuando se convertía en una especie de ronquido, y su alarma se trocó en asco y desprecio.

Al volver a la casa, Grangehead y Mary habían vuelto a convertirse en un agradable telón de fondo. Empezó a reconciliarse con el nuevo orden de cosas y pensó más en mejorarlo que en alterarlo. Sumando sus ahorros y los de John (pues guardaban juntos su dinero) reunió unas treinta libras. Las metió en el bolsillo de un grueso abrigo de viaje y equilibró el peso metiendo en el otro la pesada Biblia de John. Y equipado de aquel modo volvió a donde se encontraba la figura tendida en la grava.

—¡John! —dijo—. ¡John!

John respondió con un gruñido. Hasta la última fibra del puritano cuerpo de Malcolm se estremeció de repugnancia, arrojó el abrigo sobre su primo y volvió a entrar en la casa.

Nunca hubo una noche como aquella en Grangehead. No se sirvió el té ni se rezó. John durmió sobre la grava, Malcolm junto al fuego del comedor y el coronel pasó la noche sentado en su habitación meditando y dedicado a sus ejercicios religiosos.

7

A partir de ese día el coronel estuvo contrito. De improviso se volvió sorprendentemente calvo, su rostro parecía ajado y marchito, y su voz se volvió temblorosa. Malcolm no volvió a pronunciar el nombre de John en presencia de su tío, pero pensó mucho en él y reparó en todos aquellos cambios. El anciano había sufrido una puñalada en el corazón y, más rápido o más despacio, se estaba muriendo.

No había duda de que seguía informado de la vida que llevaba John, y de que habría aprovechado la menor excusa para hacer las paces y permitir la vuelta de su sobrino. Pero el comportamiento de John le resultaba profundamente doloroso al coronel, cada novedad era como un nuevo golpe asestado con cobardía en su canosa cabeza, y, aunque ayudó a escondidas a su sobrino, ni su orgullo ni sus principios le permitían matar el ternero cebado para aquel impenitente hijo pródigo.

El final llegó cuando los dos muchachos cumplieron veintiún años, John escribía editoriales en un periódico londinense y Malcolm se regocijaba en su inminente matrimonio con Mary Rolland. De pronto, el coronel decidió guardar cama. Hacía un tiempo frío y ventoso y el cielo estaba cubierto de nubes. Se había pasado la tarde mirando por la ventana y, al caer el sol, llamó a Malcolm y señaló a los árboles y las hojas muertas que giraban en la explanada.

—Estoy demasiado viejo y cansado para esto —dijo—, creo que iré a acostarme. —Miró a Malcolm de un modo extraño y añadió—: No tengo intención de volver a levantarme.

Y cumplió su palabra.

Todo el tiempo que duró su enfermedad se quejó del ruido del viento, pues el tiempo siguió siendo borrascoso, y habló mucho de los peligros que corrían los marineros y se le oía rezar por todos los que viajaban por tierra y por mar.

Por fin, una tarde, le pidió a Malcolm que encendiera las velas, lo acomodara en unos almohadones y le llevase su cofre.

—Lo he demorado y demorado, ¡que Dios me ayude! —dijo—, y ahora temo haber esperado demasiado tiempo.

Malcolm le colocó el cofre en el regazo.

—Aquí está la llave, señor —dijo.

—Es la última vez que la utilizo —dijo el coronel, cogiendo la llave con una sonrisa—. Resulta extraño, muy extraño pensarlo. —Una horrible racha de viento se coló por la chimenea y la casa entera se estremeció—. Ojalá dejara de soplar este viento, pero ¡cúmplase Tu voluntad! Me estoy volviendo tan caprichoso como una niña —añadió abriendo la caja—. Es triste decir esto de un viejo soldado, Malcolm, pero al final todos acabamos actuando con cobardía, la lámpara se apaga y la sangre se enfría. En mis tiempos viví situaciones muy apuradas, tanto en tierra como en el mar, y muchas veces creí llegada mi última hora, pero hasta hoy nunca supe lo mucho que necesitamos la ayuda del cielo. No me importa pelear cuerpo a cuerpo, pero estar

aquí tumbado desanima a cualquiera. —Había estado revolviendo entre sus papeles mientras pronunciaba aquellas palabras, y por fin sacó un sobre sellado—. Sí, aquí está —prosiguió—. Y ahora, Malcolm, presta atención a lo que tengo que decirte. No quiero abrir viejas heridas. Una vez pensé en contártelo todo, pero no serviría de nada y las cosas están mejor como están. Así que prefiero hacerlo de este modo. Lo que contiene este sobre se refiere a…, a alguien cuyo nombre no he pronunciado desde hace años. Quiero que sepas que amaba a esa persona como a un hijo nacido de mis entrañas. Sin embargo, fui muy severo con él, mucho…, rezo a Dios para que me perdone.

Las lágrimas corrían por el rostro de Malcolm. El coronel siempre había sido una persona severa y triste y eso hacía que el momento resultase aún más conmovedor. Malcolm, además de apenado, se sentía responsable de la injusticia cometida en el pasado.

—No, tío —gritó—. Nunca fue usted severo, solo demasiado bueno.

—¡Silencio! —dijo el anciano—. Este no es momento para halagos. Allí donde voy oiré la pura y simple verdad. He sido un hombre severo y orgulloso, fui severo con mi padre, lo he sido contigo y lo fui con él. Si alguien necesitó alguna vez de los méritos de otro, aquí lo tienes, Malcolm…, aquí lo tienes. Y, ahora, cuando veas a John, deberás decirle que le perdoné y pedí su perdón. No olvides esto último. Y, si alguna vez tienes la tentación de discutir con él o está en tu mano hacerle un favor y dudas, o si te ofende de tal modo que no pudieras perdonarlo, abre este sobre y lee la carta dos veces, dos veces, te digo, y luego híncate de hinojos ante tu Creador y pídele que te guíe.

Se interrumpió exhausto, pues había hablado con cierta vehemencia.

—Pero ¿por qué iba yo a discutir con John? —preguntó Malcolm—. ¿O por qué iba a ofenderme él?

—Ahora mismo no lo sé, pero las circunstancias son imprevisibles —respondió filosóficamente el coronel.

—Tío —objetó Malcolm—, está usted introduciendo un secreto en mi vida. Permítame abrir ahora el sobre, o en cuanto…, quiero decir…

—¡En cuanto yo haya muerto! —el coronel terminó la frase por él—. Ya te he dicho cuándo puedes abrirlo, y no se te ocurra desobedecerme. Esas son mis órdenes, muchacho. Siempre he sido un hombre tajante, y, aunque poco o nada sé de mi estado futuro y es posible que me equivoque, sospecho que seré también un espíritu muy tajante. —Sonrió con aire lúgubre—. Ya me has oído. Llévate el cofre y déjame solo un rato como haría un buen chico.

Al cabo de una semana, el anciano empezó a perder la cabeza. Capitaneaba regimientos de cipayos con gran valor y conferenciaba en la sala de estudios sobre temas religiosos. Hablaba mucho de John, y a veces recordaba las andanzas de su propia y desenfrenada juventud de un modo que afligía y humillaba profundamente a Malcolm mientras lo observaba junto a la cama. Hacia el final estuvo más lúcido y

muy sereno, se despidió de todos los de la casa, les previno contra el orgullo y la severidad, y por fin entregó las armas entre las seis y las siete en punto de una noche negra y tempestuosa, para pesar de muchos que lo habían temido cuando estaba con vida.

Malcolm pasó esa noche junto a la chimenea con el sobre sellado en la mano; varias veces estuvo tentado de quemarlo y olvidarse del asunto; también sintió la tentación de abrirlo, pero habría sido un acto de deslealtad hacia el muerto y su sentido del honor se lo impidió. Por si fuera poco, las circunstancias colaboraron para fomentar aquel sentimiento. Las velas vacilaban y parpadeaban con la corriente y llenaban la habitación de sombras que no cesaban de agitarse y parecían espiarle, y el sonido del viento que ululaba alrededor de la casa le heló la sangre en las venas y le inspiró terrores supersticiosos. En realidad no creía que el espíritu del coronel fallecido fuese a cargar contra él en su corcel de guerra con cada racha de viento, pero en cierto modo tuvo el presentimiento de que aquella no era la noche más indicada para esos asuntos. Así que volvió a meterlo en el cofre, cerró este con llave, se aventuró a salir en plena tempestad y arrojó la llave al pozo que había junto a los arbustos.

Nada más hacerlo se sintió aliviado. Lo cierto es que intuía en qué consistía el secreto y temía comprobar si tenía razón. A lo largo de varios días le acosó la incertidumbre, pero a finales de mes ya casi lo había olvidado, y, poco antes de prepararse para recibir a su futura esposa, la idea se había convertido en una simple curiosidad que recordaba cuando no tenía otra cosa que hacer.

8

Al principio, John tuvo que luchar mucho para salir adelante, de hecho no sé cómo se las arregló para sobrevivir. Pero hizo amigos, y los amigos lo metieron en un periódico como subalterno. Cuando el periódico se hundió, encontró otro con más facilidad, y así, como quien asciende por la ladera de una montaña donde, a cada paso, el terreno cede bajo sus pies, fue pasando de periódico en periódico, a medida que iban cerrando uno tras otro. Dudo que estuviese en ninguno que durase más de un año.

Había escrito un enorme volumen de poesía sobre él mismo, Mary Rolland y Malcolm, plagado de alusiones delicadamente veladas. Me han dicho que estaba muy bien escrito y contenía un sorprendente número de invocaciones a la deidad y escasa puntuación. Y, no obstante, no fue del gusto de los editores y no pasó de manuscrito. John se volvió cínico y mundano, se burlaba de la poesía y se jactaba, en las mesas de las tabernas, de que algún día entraría en política y cambiaría la faz de Europa.

Vivía al día y eso contribuía a fomentar su cinismo. Para un hombre en tan mala situación, un buen gruñido es como una especie de acicate tranquilizador. Desde muy

pronto recordó con cierto desprecio el episodio de su partida. Comprendió las partes más vanas y su engreimiento casi de inmediato y, al pensar en los viejos tiempos, se reía de sí mismo, aunque sin muchas ganas. No creo que su risa fuese franca, porque después de aquellos ataques de risa, siempre acababa tomándose alguna copa. Aunque el vino y la risa van juntos por derecho.

Supo con sincero pesar de la muerte de su tío y, no mucho después, le llegaron noticias de la boda de Malcolm. Esa noche estuvo en plena forma y fue de lo más ocurrente, sobre todo cuando invitó a beber a todo el mundo y explicó en un pequeño discurso humorístico el motivo de tanta generosidad. Su tía había muerto y, a pesar de las maquinaciones de su malvado primo, estaba a punto de llevar al altar a una joven de considerable atractivo y gran belleza. Hizo que todos se partieran de risa cuando describió a su heroína y se extendió en su propio arrebato amoroso, y cuando terminó estuvo riéndose un buen rato de sí mismo, a pesar de que hasta entonces había estado muy serio. John era un joven muy alegre a los veintiún años.

Cuando tenía más de treinta años, un nuevo periódico se hundió bajo sus pies. Siempre había sido muy despilfarrador y al acabarse la paga se quedó sin un penique. Volvió a casa andando por el parque con las manos en los bolsillos, muy satisfecho de pensar que ya no estaba obligado a escribir ningún artículo, y no demasiado preocupado por tener la cartera vacía, pues tenía un espíritu ciertamente bohemio —no sé si llamarlo una fe o una incredulidad— respecto al dinero. Entabló conversación con unos niños (siempre le habían caído bien los jóvenes) y a través de ellos conoció a la niñera, luego estuvo paseando con un anciano cubierto de joyas de bisutería que le contó algunas cosas muy divertidas, y por fin le sorprendió la noche sin que tuviera muchas perspectivas de poder cenar. Como el hijo pródigo, se puso a reflexionar acerca de sus circunstancias y de pronto se le ocurrió una cosa y exclamó con una carcajada: «¡Qué demonios! Iré a visitar a mis primos del campo».

Pasó el día siguiente haciendo el equipaje y les pidió prestado un poco de dinero a sus arruinados amigos. No le bastó para pagarse todo el viaje y tuvo que recorrer los últimos treinta kilómetros a pie. De modo que, cuando llegó delante de la verja de hierro y el sendero de las lilas, estaba cansado y había anochecido ya. Se acercó a la casa con más emoción de la que había previsto, el corazón le latía penosamente y, después de llamar al timbre, tuvo la tentación de salir huyendo.

Malcolm y su mujer estaban sentados junto al fuego. Ella estaba ocupada con su labor y él acababa de soltar un portentoso bostezo cuando el criado les llevó una tarjeta de visita manoseada.

—John Falconer —leyó Malcolm—. ¡Dios mío!

—Con lo grande que es el mundo —exclamó Mary—, ¿qué lo traerá por aquí?

—Desde luego debemos recibirle —observó el marido.

—Menudo fastidio… ¡después de tantos años! —dijo la mujer.

—Haz pasar al señor Falconer.

Todo parecía indicar que no iba a ser muy bienvenido. El hecho es que, tanto Malcolm como Mary, tenían sus propias razones. Por su parte, John había recuperado su cinismo mientras esperaba en la puerta, y cuando el criado le pidió que lo acompañara, en lugar de imaginar a su primo que salía a recibirlo con los brazos abiertos, sintió como si un editorial fuera demasiado bueno para el género humano.

Cuando llegó a la puerta de la habitación, se detuvo presa de una dolorosa impresión. La habitación y sus dos ocupantes parecían no haber cambiado nada. Lo invadió una sensación de amor y arrepentimiento, y todos sus pensamientos malévolos desaparecieron. Tanto como le había sorprendido a él la inmutabilidad de los otros dos, les sorprendió a ellos el penoso cambio que había sufrido él a lo largo de su ardua existencia. Malcolm y Mary se habían conservado en un frasco de alcohol casero y John se había dejado arrastrar por todos los vientos. Estaba calvo, fatigado y flaco. Y cuando se adelantó, los cogió de la mano y gritó: «¡Malcolm…! ¡Mary…! ¡Malcolm…!». Sus corazones se conmovieron y le apretaron la mano, y lo recibieron como si hubieran estado esperando su regreso.

—¿Mi tío ha muerto? —preguntó de pronto, como si hubiese oído algún rumor, pero necesitara confirmarlo.

—El invierno pasado hizo dieciocho años —respondió Malcolm—. Murió pidiendo que lo perdonaras.

—¡Hace…, hace dieciocho años! —repitió John—. ¡Y pidiéndome perdón! Caramba, Dios nos asista. ¿No os parece raro?

Parecía tan perplejo y asombrado que Malcolm trató de hacerle pensar en otra cosa, pero él siguió en sus trece.

—Debió de cambiar mucho —dijo—, mucho. Ahora daría una mano por haberlo visto antes de morir. Nuestro anciano tío, el coronel Falconer, era un gran hombre. Dios tenga piedad de su alma, ¡era un anciano muy noble! Y vosotros —añadió, cambiando de pronto de humor—, contadme lo felices que sois, y exagerad si podéis. Sabéis que sois los dos únicos amigos que tengo en el vasto mundo. ¡Habladme de vuestros hijos, Mary!

Se hicieron más de las doce y media antes de que se retirase Mary, y eran casi las cuatro cuando se acostó su marido. Y al día siguiente John se había vuelto a adaptar a Grangehead. Nadie quiso hablar de volver a separarse; eran una familia a la que había separado el destino y ahora volvía a estar felizmente reunida.

9

John tenía mucho que hacer. Entre aquellas personas tan ociosas, otro ocioso parecía casi una persona ocupada. Se aficionó, por motivos de salud, a la jardinería…, si se le puede llamar así a escarbar las patatas diez minutos a mediodía, y pasearse toda la tarde con un sombrero de paja y una regadera. Recomendó un curso de lectura para el

hijo mayor, que incluía algunos libros radicales que dejaron a Malcolm sin aliento. Y se mostró encantador con los niños pequeños. Se pasaba los días de verano sentado en el jardín contándoles cuentos y fumando una pipa de barro. De vez en cuando les decía: «Corred a presentarle a Jane mis respetos y pedidle que tenga la bondad de enviarme un vaso de cerveza».

Tenía costumbres muy raras. Era imposible saber cuándo le daría por irse a dormir o cuándo se levantaría. No podía confiársele ningún recado, insultaba a las visitas al discutir sobre asuntos controvertidos y se negaba a ir a la iglesia, lo que tenía escandalizada a toda la parroquia. El juicio más bondadoso sobre él lo hizo una enfática solterona de mediana edad, que había leído toda clase de libros, desde Erecteo hasta Lothair, y tenía cierta experiencia vicaria acerca de la vida. «Es un hombre muy literario, querida amiga —les había explicado—. Y los literatos tienen costumbres afrancesadas».

Entretanto, se estaba produciendo un gran cambio en la imaginación de John. Ya no miraba con desdén sus heroicidades: se las tomaba muy en serio; frecuentaba el muro donde había estado con Mary; tenía muchos y sombríos cambios de humor y daba largos paseos solitarios. Malcolm sintió mucho reparar en aquellos síntomas, ¡el pobre John era tan excéntrico!

Un día, a un criado un poco torpe se le cayó la cuerda dentro del pozo. John, a quien siempre le había gustado escalar y hacer ejercicio, bajó a buscarla y subió con la cuerda, pero también con una llavecita oxidada. Por su aspecto debía de llevar muchos años en la cornisa donde la había encontrado. Malcolm y él estaban solos en aquel húmedo rincón a la sombra del tejo y los laureles. Al final del sendero, el sol iluminaba la llanura y eso hacía que la sombra resultase más agradable.

Malcolm se disgustó cuando John le mostró la llave.

—Es una circunstancia extraordinaria —dijo con cierta solemnidad—, esta llave no ha reaparecido por casualidad. Yo mismo la arrojé ahí a propósito.

—Volvamos a arrojarla —respondió John, y se disponía a hacerlo cuando Malcolm le sujetó el brazo.

—¡No, no, dámela! —dijo—. Ya que ha vuelto, se cumplirá la voluntad de Dios.

—Oye —dijo John sentándose en el pretil del pozo con los brazos cruzados—, no me parece bien. Es cierto que tienes afición a las exclamaciones religiosas, como se hacía en los viejos tiempos. Pero esto va en serio. Quiere decir: «Aquí hay algo que no me gusta un pelo y que no quiero hacer». Significa: «Cúmplase la voluntad de Dios, y mientras tanto haré lo que pueda por evitarlo». Significa casi: «¡Maldita sea!». Será mejor que te expliques.

—¡John, John! Me temo que has olvidado toda tu religión.

—En eso tienes razón, yo también temo que así sea. Pero ahora estamos hablando de la llave. ¿Es la llave del sótano de Barbazul, o del pasadizo subterráneo que conecta este montón de ruinas con la costa? Pareces desanimado, muchacho. Échala en el pozo y desafía los augurios.

—Es que lo estoy —respondió Malcolm—. John —añadió bajando la voz—, ¿tú crees en los augurios?

—Desde luego que no —respondió John.

—Pues en ocasiones yo sí creo, y esta, oye bien mis palabras, es una de ellas.

—¿Esta? ¿Cuál? —preguntó John—. ¿La llave, o el pozo? O…, ¿tal vez yo? ¿Soy un augurio especial? He sido corresponsal especial muchas veces.

—Todo esto —respondió Malcolm—, las…, las circunstancias. Es un augurio, John, y de mal agüero.

—Por lo que yo sé —replicó el otro—, así son todos los augurios.

—Cosas como esa son las que uno desearía no haber dicho cuando le llega la hora —observó muy sentencioso Malcolm.

—No pretendía ofenderte. Era solo una crítica de cómo la gente emplea las palabras. En cuanto a esta cuestión concreta, declino pronunciarme. Nada sé y nada quiero saber.

—Supongo que no crees en la Providencia.

—¡Dios mío! ¿Cómo quieres que lo haga…, con la vida que he llevado? —preguntó John.

—Yo sí puedo…, con la que he llevado yo —respondió Malcolm avergonzado.

John hizo un gesto de desprecio.

—No me cabe duda de que yo también podría creer —dijo—, si tuviese mucho dinero, una mujer y un montón de hijos. Pero el caso es que ya ves que no los tengo.

—Supongo que podrías haberlos tenido de haber querido —respondió picado Malcolm.

—Pues sí, supongo que sí —dijo John, y se quedó mirándolo extrañamente a los ojos.

—Nunca llegaré a comprenderte, John.

—Eso mismo creo yo.

Y los dos se separaron: Malcolm entró en la casa con la llave, y John se fue a cuidar del jardín.

10

Mary sería una mujer admirable y todo lo que se quiera, pero no era ninguna tonta. En los días de su compromiso con John componía poesías, desde entonces se había leído la *Historia de Inglaterra* (más de lo que puede decir el lector), un libro de cocina, un libro de ganchillo, una enorme cantidad de novelas y periódicos, y *Cómo encontré a Livingstone*, del señor Stanley. De hecho, era de gustos bastante literarios. Tenía una buena cabeza, un carácter tranquilo e inalterable y un total desconocimiento del mundo. Estaba absorbida casi por entero por la maternidad y su marido se había convertido en el padre de sus hijos.

A John lo veía como a una empleada de un jardín de infancia que además le hacía compañía. Abusaba implacablemente de su bondad y nunca pensaba que no estuviera siendo buena con él.

Un día ella y John estaban cuidando de los dos más pequeños en el banco junto al muro que John ponía tanto cuidado en evitar cuando estaba solo. Mary se sentó cómodamente y sacó su labor.

—Si tuviésemos un libro, podrías leer para mí, sería muy amable por tu parte —dijo.

—¿Quieres que vaya a buscar uno? —preguntó él.

—¡Oh, no! No te preocupes. Podemos hablar, y será igual de entretenido. Charlie, vuelve aquí, ¿me has oído? Ese dichoso niño se ha subido al muro. John, bájalo de ahí.

—Estuve aquí la mañana que me fui de Grangehead, para siempre, según creí entonces —dijo John al volver a su asiento—. Aún no había amanecido y apenas se distinguía el camino, fue como ver mi futuro. Y tomé muchas decisiones, aunque luego las he incumplido casi todas.

—¡Muy típico de ti! —dijo ella.

—¿Verdad que sí?

—¿Y en qué consistían?

—En muchas cosas. En primer lugar, decidí no volver nunca a Grangehead.

—¡Me alegro de que hayas incumplido eso!

—En segundo lugar, me propuse no volver a beber y pronunciar siempre mis oraciones.

—Me temo que eso también lo has incumplido.

—Y, por último, resolví no amar a nadie más que a ti —prosiguió.

—¡Oh, oh! —dijo ella—. ¡Y eso fue lo primero que incumpliste!

—Yo no he dicho eso —respondió él—. No he dicho que las incumpliera todas.

Mary lo miró de soslayo y vio que tenía la mirada fija en el suelo.

—¡Se me ha caído el hilo! —dijo ella—. ¡Qué tonta soy! ¿Te importa recogerlo? Gracias.

John estaba un poco enfadado; se sentó muy pensativo, mientras Mary hablaba de esto y lo otro, de si un niño echaba los dientes, del sarampión, de la mujer del médico o de la hermana soltera del pastor.

—El pastor es un idiota —la interrumpió John.

—¿Cómo lo sabes, si nunca has ido a escucharle?

—¿Acaso no vino a comer un día? ¿Igual que el médico? Ese es otro idiota.

—¿Así que crees que todos los que vivimos en el campo somos idiotas? —preguntó.

—Todos menos tú, desde luego.

—¿Y Malcolm?

—¿Malcolm? ¡Oh! Malcolm es diferente. Yo también fui un idiota, mientras viví aquí, y he sufrido lo mío en consecuencia. Es cruel tener que abrirse camino en la vida con los bolsillos vacíos y el corazón destrozado. ¡Ah, Mary!, no sabes lo que es dejar todo lo que más quieres y vivir entre desconocidos. ¿Recuerdas —estaba empezando a acalorarse— la última noche que estuvimos aquí? ¡Hacía una noche preciosa! Pensé que me odiabas, y eso fue lo que selló mi destino.

Ella sonrió. Lo habían echado de Grangehead por insultar al coronel estando borracho, eso era lo que había sellado su destino.

—Eras un tonto —dijo ella—. ¿Por qué iba a odiarte? Nunca he odiado a nadie, y menos a un viejo amigo como tú.

—No me escribiste unos versos para mi cumpleaños, como me habías prometido. Y…, y no dejaste que te besara.

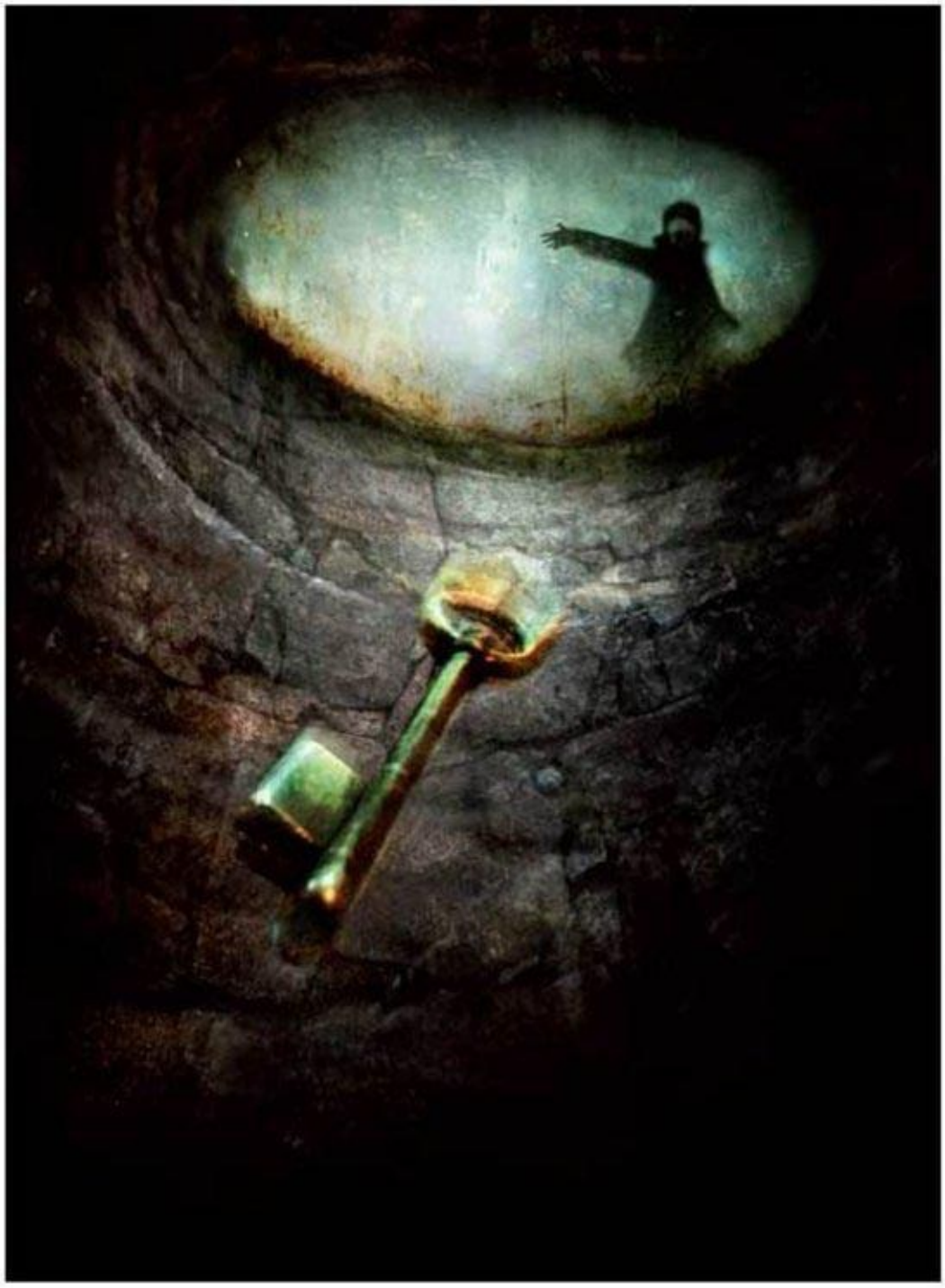
—No me cabe duda de que hice bien —dijo muy seria—. ¿Te importa ocuparte de Charlie? Ha vuelto a subirse al muro. Y, ¡oh!, creo que es mejor que vayas a buscar un libro, me gustaría mucho que leyeras para mí.

Estaba asustada y enfadada; incluso a través de la triple armadura de su inocencia, orgullo y egoísmo, comprendió que aquel hombre seguía amándola. Era un insulto y una crueldad por su parte que se refiriese a la época de su compromiso. ¡Y además de aquel modo! Era una indignidad…, casi una deshonra. Se sintió acalorada. «¡Ojalá no hubiera vuelto! —exclamó fervientemente—. ¿Cómo vamos a librarnos ahora de él sin organizar una escena?».

Cuando John volvía con el libro se la encontró andando por el sendero con gran pompa y un niño de cada mano. Había cambiado de opinión, prefería ir a descansar a la casa, y lo despidió con una regia inclinación de cabeza.

John se puso furioso y salió a pasear. Por una especie de instinto tomó el mismo camino que en otra ocasión anterior y acabó en el pueblo. Comió en la taberna y pasó la tarde en un rincón del salón, bebiendo y burlándose para sus adentros de las conversaciones de los demás parroquianos. En una ocasión, los interrumpió con una observación muy poco halagüeña que a punto estuvo de causar una pelea. La disputa se zanjó como cuando se cubre el vino derramado con una servilleta; él se negó a disculparse y el grupo entero le dio la espalda. Eso le satisfizo y redobló su cinismo.

Cuando volvió a casa se había hecho muy tarde, los criados se habían ido a la cama, y el propio Malcolm tuvo que abrirle la puerta. John, con las manos en los bolsillos, lo observó con aire ofensivo, mientras echaba la cadena y cerraba los cerrojos.



—Llegas tarde —dijo Malcolm en voz baja.

Pero John le respondió solo con una risa falsa y subió a su habitación sin saludarlo siquiera.

11

A la mañana siguiente llovió mucho. John se levantó más tarde de lo normal, y, mientras desayunaba solo, Malcolm entró y se sentó en una silla. Parecía avergonzado.

—Mi querido John —empezó—, créeme que si te hablo de esto es por tu propio bien, pero anoche no pude evitar darme cuenta…

—Mi querido Malcolm —le interrumpió John—, me había bebido unas cuantas copas. ¿Para qué tanto andarse por las ramas?

—Me alegro de que lo admitas. Ahora, permite que te diga unas palabras al respecto. Deberías tratar de combatir esa inclinación tuya. Demasiado daño ha hecho ya. Trata de hacer un esfuerzo.

John se irritó.

—Por supuesto, vivo aquí de tu caridad —dijo—, y mi situación es envidiable. Pero tienes tanta idea de lo que ocurre en el fondo de mi corazón como de lo que sucede en la más lejana de las estrellas. Con frecuencia admites no comprenderme, intenta actuar en consecuencia. Anoche bebí más de la cuenta. ¿Sabes por qué? ¿Crees que es porque me gusta beber? ¿Porque estaba alegre, tal vez? Muchacho, tú no sabes lo que es la tristeza.

—Puedes estar tan triste como quieras —objetó Malcolm—. Siento saberlo. Espero que no sea por mi culpa, pero esa no es razón para…, en fin, para…

—¿Para convertirme en un animal? —sugirió John—. Ya es suficiente —añadió levantándose de la mesa—. Comprendo lo que sientes. No quieres tener un borracho en la casa, por supuesto que no. No voy a prometer enmendarme, no aspiro a tanto. Pero hoy mismo te librarás de mi presencia.

—Hablas con ira, John, o al menos con irritación. ¿Recuerdas nuestra conversación en el sendero del jardín la noche de tu decimoctavo cumpleaños? Entonces me dijiste algo que habíamos acordado muchas veces: que debíamos compartir nuestra suerte.

—Bobadas…, romanticismo de muchachos —dijo John con un ademán despectivo.

—No lo pensabas entonces, cuando podías esperarlo todo, ni lo pienso yo ahora que todo es mío. Por supuesto, ahora tengo una familia. Y, por supuesto, nuestros planes eran un poco utópicos. Pero créeme, John, no podrías hacerme mayor favor que quedarte aquí. Me respetaré más si lo haces.

—¡Oh! Si se trata de eso… —dijo John con una risotada.

—¿Te quedarás? —preguntó Malcolm, cogiéndolo de la mano.

—Como quieras —replicó John con aire despreocupado—. Admito que me gusta la comodidad de la que disfruto aquí, me gustan la jardinería y la mantequilla casera, y puedo pasarme sin el orgullo de la independencia. Además —añadió con un súbito cambio de actitud—, ¿quién podría tener más derecho a quedarse que yo?

Y se marchó sin más.

Malcolm movió la cabeza. «No es sincero —pensó—. Algo se interpone entre nosotros. Ojalá no le hubiera dicho nada, no puedo permitir que llegue borracho de madrugada».

John subió a una sala alargada de techo bajo, que servía en parte de trastero y en parte de sala de juegos. Mary Rolland se había llevado consigo la nutrida biblioteca de Hutton cuando murió su padre, pero no la habían desempaquetado hasta que llegó John y se ofreció a ayudarles. Lo hacía sin prisa, como una ocupación para las mañanas lluviosas, y aunque en ocasiones dedicaba más de dos horas a aquella tarea, muchas veces pasaba media hora sentado en el suelo hojeando algún libro curioso.

Las cajas estaban en un rincón de la habitación detrás de un biombo, al otro extremo estaba la chimenea. Al cabo de una media hora, entró Mary y se sentó junto al hogar. John asomó la cabeza por detrás del biombo, le dio los buenos días y volvió a desaparecer. Ella lo oyó sacar los libros de las cajas y dejarlos en el suelo. De vez en cuando se aclaraba la garganta. Fuera llovía de firme, habían encendido el fuego en honor de aquel día tan húmedo, y las llamas chisporroteaban alegremente y las brasas apagadas caían en el cajón de la ceniza. Mary oía vagamente aquellos sonidos que le servían para animar su labor a falta de otras reflexiones más profundas.

John llevaba un rato callado, era evidente que había encontrado algo interesante y se había puesto a leer, cuando a Mary la sobresaltó un extraño sonido procedente de detrás del biombo. Era algo entre un jadeo y un gemido. «¿Qué le pasará ahora?», se preguntó, pero siguió un completo silencio interrumpido tan solo por la lluvia y el fuego. Ella se inquietó un poco a su pesar y volvió a desear que John no hubiera vuelto nunca a Grangehead.

Por fin, y de forma bastante inesperada, John se incorporó, salió de detrás del biombo y se acercó a ella con un papel en la mano. Pero ya no era el mismo de antes: parecía veinte años más viejo…, ¿o era veinte años más joven?

—¿Escribiste tú esto? —preguntó con aspereza, alcanzándole el papel.

Contenía unos versos de niña. Tenían el siguiente encabezamiento: «Para mi querido John, en el día de su decimoctavo cumpleaños, 12 de mayo de 18…», y empezaban: «¡Oh, querido John, te aprecio tanto!». No obstante, no fue la calidad de los versos lo que hizo ruborizarse a Mary Falconer. Su orgullo de matrona se había ofendido, la emoción de John la incomodaba como una calumnia.

—¿Y qué si así fuese? —respondió mientras lo echaba al fuego.

—Entonces, ¿me amabas? —prosiguió él.

—Sabes muy bien que estábamos prometidos —respondió—. Siempre he sabido cuál era mi deber —con un temblor en la voz—, y mientras estuve prometida a ti, por supuesto, no pensé en nadie más. No comprendo lo que insinúas con tus preguntas. Es muy desagradable… y muy grosero por tu parte.

John le echó una mirada de desolación.

—¡Si lo hubiese sabido! —dijo—, ¡si lo hubiese sabido! —Y luego guardó silencio un rato—. Pero ¿ahora amas a tu marido? —preguntó con súbita fiereza.

—Sal de la habitación —respondió ella temblorosa y muy indignada.

—¡Gracias a Dios!, ¡gracias a Dios! —exclamó John con una especie de risotada.

Si Mary hubiese podido moverse, se habría ido de la habitación ella misma. Él la contempló de pies a cabeza y luego fijó la vista en el fuego. Un hilillo de sangre empezó a gotearle de la nariz (todavía tenía aquella tendencia), pero no pareció darse cuenta. Por fin se volvió y se fue sin decir palabra. Mary lo oyó resbalar y caerse desde lo alto de las escaleras, se quedó en el suelo cerca de medio minuto; luego se incorporó, bajó pesadamente los últimos escalones y la puerta se cerró a sus espaldas.

Mary se serenó casi en el acto. «Con escena o sin escena —decidió—, no se quedará dos días más en esta casa». No le inspiraba ninguna lástima, solo era consciente del insulto y su extraño comportamiento. Así que decidió librarse de él como fuese, y tenía razón. Corrió a buscar a su marido.

12

¡Pobre Malcolm! Menuda situación y menuda venganza. Quién sabe si, mientras estaba allí sentado con la última carta de su tío abierta sobre sus rodillas y las palabras de su mujer sonándole todavía en los oídos, no sería en realidad el más desdichado de los dos. Estoy seguro de que lo pensó. ¿Qué podría haber empujado a John a comportarse de aquel modo tan absurdo? ¿Cómo iba a imaginar que se había emborrachado adrede? ¿De qué servía organizar todo aquel lío en lugar de enviarlo todo al diablo y dejar que las cosas siguieran como estaban? «¡Oh! —exclamó reencontrándose con sus viejas dificultades para expresarse en momentos difíciles—. ¡Malditos sean todos los héroes!».

John dio un penoso paseo bajo la lluvia y volvió decidido a marcharse de Grangehead esa misma tarde. La situación no podía prolongarse más de una manera digna o cómoda. Le preguntó al criado por el señor Falconer y lo condujeron a la biblioteca.

Al verlo, Malcolm miró a la mesa con aire culpable y fingió estar muy ocupado escribiendo. John empezó a dar vueltas por la habitación como un animal enjaulado. Malcolm también había preparado su discurso, pero tenía un nudo en la garganta. Carraspeó varias veces y por fin dijo:

—¡John!

Temió que no le hubiera oído y volvió a repetirlo.

—¿Eh? —dijo John interrumpiendo bruscamente su paseo.

Habló con tanta aspereza, que Malcolm se quedó un poco confundido.

—Solo quería tener unas palabras contigo —respondió en tono de disculpa.

—¡Ah! —dijo John.

Malcolm miró el papel en que había estado garabateando su propio nombre, una y otra vez, para fingir que estaba escribiendo una carta. Leyó aquellas repeticiones de principio y a fin y se sintió más aliviado. Añadió con mucho cuidado su dirección a la

última firma. Luego se aclaró la garganta como si fuese a empezar, y se puso a examinar el plumín sobre la uña de su dedo pulgar.

—Pensaba que tenías algo que decirme —le recordó John.

—¡Oh!, claro, John —empezó Malcolm con un balbuceo—. Lo lamento mucho y… todo eso, sobre todo después de lo sucedido esta mañana; pero mi mujer opina que es mejor que te marches…, de hecho, ha insistido en que lo hagas. Personalmente me siento decepcionado, aunque supongo que era de esperar, y, por supuesto…, es muy desagradable. En suma…

Se secó el entrecejo. Había olvidado el discurso que tenía preparado. Tropezaba con las palabras y se sentía como un imbécil. Una extraña chispa llamó su atención y lo fascinó casi en el acto. Siguió contemplándola con el mayor interés, diciéndose que debería estar pensando en qué más decir. Cuando estaba allí estupefacto, reparó por una especie de empatía casi eléctrica en que John estaba más cerca que antes y levantó la cabeza bruscamente. Sus ojos se encontraron en el espejo. El rostro de John estaba deformado por el odio, y en un instante el de Malcolm quedó no menos distorsionado por el pánico. Mientras se observaban el uno al otro en el espejo con los párpados entornados, el odio de John dio la impresión de aumentar a medida que crecía el miedo de Malcolm, hasta que ambos parecieron un par de almas condenadas.

Malcolm fue el primero en deshacerse del hechizo. Se puso en pie de un salto con una especie de grito y se volvió como para defenderse. Si se hubiera quedado sentado, lo más probable es que no hubiese pasado nada, pero su propio movimiento desencadenó el ataque. Antes de que hubiera terminado de volverse, John lo empujó contra la mesa, que era tan endeble que se partió en dos, y los dos cayeron entre sus restos sobre la chimenea. Malcolm estaba debajo y se golpeó con los morillos en la cabeza.

Cuando se despertó, le habían desabrochado la camisa, le habían mojado la frente con tinta a falta de agua, y estaba apoyado en la rodilla de John.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó John.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Qué hago yo aquí? ¿Dónde está Mary?

—¡Oh, Mary está perfectamente! —respondió John con amargura—, y a ti tampoco te ocurre nada grave. Te has abierto un poco la cabeza, ¡lo tienes bien merecido! Y ahora, si no te importa, será mejor despedirse. —Dejó a Malcolm tendido en el suelo y se incorporó. Al llegar a la puerta se volvió y añadió en tono más amable—: ¡Adiós, muchacho!

Y se marchó.

A Malcolm le pusieron emplastos de vinagre en la nuca y pasó la tarde muy malhumorado. Llovía sin cesar y los caminos de aquella parte del país apenas eran practicables a pie.

HISTORIA DE UNA MENTIRA

1

En el que se presenta al almirante

En el tiempo que pasó en París, Dick Naseby hizo extrañas amistades, pues era de los que tienen oídos para oír y saben emplear los ojos tanto como la inteligencia. Tenía tantas ideas como Stuart Mill, pero su filosofía tenía que ver con los seres de carne y hueso y era tan experimental como su método. Era un cazador prototípico. Despreciaba las piezas menores y las personalidades insignificantes, ya fuese en la forma de duques o viajantes comerciales, y los dejaba pasar de largo como las algas junto al costado de un barco, pero, si veía un rostro enérgico o refinado, si oía una voz penetrante o llorosa, si reparaba en una mirada viva, un gesto apasionado o una sonrisa ambigua y significativa, su imaginación despertaba en el acto. «Érase una vez un hombre y una mujer», parecía decir, y se dedicaba a interpretarlo con el placer de un artista al consagrarse a su arte.

Y la verdad es que, bien pensado, aquel interés suyo no dejaba de ser artístico. El estudio personal de la naturaleza humana no tiene nada de científico. Toda comprensión es creación: la mujer a la que amo es, en parte, obra mía; y el gran amante, como el gran pintor, es aquel que sabe embellecer el objeto de su interés hasta convertirlo en algo más que humano, y tiene la astucia de basar su apoteosis en permitir que la mujer en cuestión siga siendo una mujer auténtica, dándole libertad para ser mezquina, o rencorosa, o para ambicionar los placeres vulgares, y, al mismo tiempo, continuar adorándola sin reparar en la incongruencia. Amar a alguien no es sino una forma heroica de comprenderlo. Cuando amamos, aprehendemos al otro por lo que hay de más noble en nosotros mismos, mediante un método noble o mediante la nobleza propia o ajena. Cuando nos limitamos a estudiar una excentricidad, el método de nuestro estudio no es más que una serie de concesiones. Empezar a entender es empezar a simpatizar, pues la comprensión se produce solo cuando hemos establecido las virtudes y los defectos ajenos respecto a los nuestros. De ahí la proverbial tolerancia de los artistas con sus propias y malvadas criaturas. De ahí también que Dick Naseby, una criatura de ideales elevados, y un caballero tan valiente y escrupuloso como pudiera desearse, sintiese cierto afecto por las diversas sabandijas humanas a las que había conocido y estudiado.

Una de ellas era Peter Van Tromp, un animal bípedo de habla inglesa y del género internacional, cuya utilidad era más bien equívoca. Años antes había sido un pintor de cierto prestigio en alguna colonia y los retratos firmados «Van Tromp» habían celebrado la grandeza de gobernadores y jueces coloniales. En esos días había estado casado y había llevado a su mujer y su hija en un carricoche tirado por un poni.

¿Cuáles habían sido las etapas de su declive? Nadie lo sabía a ciencia cierta. El caso es que allí estaba, y allí había estado los últimos diez años, una especie de triste parásito de los extranjeros en París.

Sería arriesgado especificar su ocupación exacta. Ejercida vulgarmente, habría merecido un nombre que se ha vuelto poco frecuente con el tiempo. Ejercida como él la ejercía, entre habilidosas reticencias y una especie de claroscuro social, seguía siendo posible para una persona educada llamarlo pintor profesional. Tenía su guarida en el Gran Hotel y en los cafés más vulgares, donde se le podía ver dibujando algún esbozo con aire de inspiración. Era siempre muy afable y un gran conversador. Sus conversaciones siempre conducían a un peculiar tipo de intimidad, y resultaba extraordinario cuántos pequeños favores podía hacer Van Tromp en el curso de treinta y seis horas. Ocupaba una posición intermedia entre un amigo y un mensajero, lo que hacía aún más vergonzoso pagarle. Pero quienes contraían alguna obligación con él siempre podían comprarle uno de sus pésimos cuadritos, o, si los favores se habían prolongado y eran más delicados de lo habitual, encargarle y pagar por adelantado una tela más grande con la certeza de que no volverían a oír hablar de la transacción.

Entre los artistas residentes disfrutaba de una fama no profesional. Se decía que había gastado más dinero —el equivalente al menos a tres fortunas— del que jamás podría ganar ninguno de sus colegas. Aparte de su carrera en las colonias, había estado en Grecia en un bergantín de cuatro carronadas; había viajado por Europa en coche de caballos y llamado a las puertas de príncipes alemanes; reinas de la danza y la música lo habían seguido como corderitos y habían pagado sus facturas. Y contemplarlo ahora, pidiendo pequeños préstamos con quejosa condescendencia, sacándole un desayuno a un estudiante de arte de diecinueve años, convertido en un Don Juan caído que se había negado a morir en el momento propicio, resultaba novelesco en la imaginación de los jóvenes. Su nombre y su brillante pasado, vistos a través del prisma de los susurros y los cotilleos, le habían ganado el apodo de «el almirante».

Dick lo encontró un día dedicado a su oficio, pintando a toda prisa dos gallinas y un gallo en una pequeña caja de acuarelas y mirando de vez en cuando al cielo como quien busca inspiración de las musas. A Dick le pareció raro que un pintor escogiera trabajar en un café público junto a un vaso de absenta y observó con atención a aquel hombre. Lo juvenil de su vestimenta compensaba su apariencia libertina y envejecida, su cabello gris y la nariz colorada podían parecer poco recomendables, pero su abrigo y su gesto, el exterior del hombre, seguían estando pensados para exhibirse. Dick se acercó a su mesa y le preguntó si podía ver lo que estaba haciendo. Nada podía haber sido más del agrado del almirante.

—Es solo una tontería que he pintado en un momento —dijo—. En un momento —añadió con un gesto grandilocuente.

—Desde luego —respondió Dick, horrorizado por la pésima calidad del resultado.

—Entiéndame —prosiguió Van Tromp—, soy un hombre de mundo. Y, sin embargo, cuando se ha sido artista, se es artista para siempre. De pronto, me sobrecoge una idea y hace presa en mí, es como una mujer hermosa, de nada sirve resistirse…, debo pintarla.

—Ya veo —dijo Dick.

—Sí —prosiguió el pintor—, me sale con facilidad, con mucha facilidad; no es un negocio, es un placer. Mi negocio es la vida…, la vida en esta gran ciudad, París…, París al atardecer…, sus luces, sus jardines, sus rincones pintorescos. ¡Ajá! —gritó—, ¡quién pudiera volver a ser joven! Mi corazón es joven, pero me pesan las piernas. ¡Es un mal asunto hacerse viejo! Solo queda el *coup d'œil*, el disfrute del hombre contemplativo, señor…

E hizo una pausa para oír su nombre.

—Naseby —respondió Dick.

El otro lo invitó enseguida a tomar una copa y se extendió en los placeres de encontrar a un compatriota en un país extranjero, oyéndolo, cualquiera habría dicho que se habían encontrado en el África central. Dick no había conocido nunca a nadie a quien le cayera en gracia tan deprisa, ni que estuviera tan dispuesto a demostrarlo de un modo tan natural o poco ofensivo. Parecía tan contento de estar con él como un anciano que acaba de conocer a un muchacho simpático e ingenioso; le aclaró que, aunque no era ningún puritano, nunca había sido tan buena pieza como debía de ser Dick. Dick protestó, pero en vano. Aquel modo de imponer intimidad a punta de bayoneta era la marca de fábrica de Van Tromp. Con los hombres mayores recurría a la insinuación, con los jóvenes prefería imponerse, y, de paso, imponía así un ideal a su víctima, que veía que tenía que esforzarse por estar a la altura o arriesgarse a perder el aprecio de su viejo amigo. ¿Y qué joven puede soportar perder un amigo?

Por fin, cuando se hizo la hora de cenar, Van Tromp le preguntó:

—¿Conoce usted París?

—No tan bien como usted, de eso estoy seguro —dijo Dick.

—Y yo también —respondió alegremente Van Tromp—. ¡París! Mi joven amigo…, ¿me permite…? Cuando conozca París como yo, habrá visto cosas muy raras. No le diré más, solo que habrá visto cosas muy raras. Usted y yo somos hombres de mundo y estamos en París, en el corazón de la existencia civilizada. Es una oportunidad, señor Naseby. Vayamos a cenar. Permita que le sugiera a usted dónde.

Dick aceptó. De camino, el almirante le sugirió dónde comprar guantes y le hizo comprar un par, dónde comprar cigarros y le hizo adquirir una provisión considerable, de la que aceptó agradecido una parte. En el restaurante le sugirió qué pedir, lo que tuvo sorprendentes consecuencias en la cuenta. Sería difícil calcular lo que hizo esa noche con los porcentajes. Dick aceptó sonriente, consciente de que lo estaba enredando, pero aceptando sus pérdidas para estudiar a aquel personaje igual que un cazador sacrifica sus perros. En cuanto a las cosas raras, el lector se sentirá

aliviado al oír que no fueron más raras de lo que habría cabido esperar, y que habría podido encontrar cosas igual de raras sin necesidad de tener a Van Tromp como guía. Sin embargo, no era un guía cualquiera y compensaba la escualidez de lo que enseñaba con copiosos e imaginativos comentarios.

—Y así —dijo con un hipido—, así es París.

—¡Bah! —respondió Dick, que estaba harto de aquella representación. El almirante aguzó el oído y lo miró con la cabeza ladeada y una leve sospecha—. Buenas noches —añadió Dick—, estoy cansado.

—¡Qué típicamente inglés! —gritó Van Tromp cogiéndolo de la mano—. ¡Qué típicamente inglés! ¡Tan *blasé*! ¡Es usted un compañero encantador! Permita que lo acompañe a casa.

—Mire —replicó Dick—, le he dado las buenas noches y ahora me voy. Es usted un tipo simpático. En cierto sentido me cae bien, pero por esta noche ya he tenido bastante. Se acabaron los cigarros, las copas y las propinas.

—¿Cómo dice usted? —gritó muy digno el almirante.

—¡Vamos, hombre! —repuso Dick—, ¡no se haga ahora el ofendido! Lo tenía por un hombre de mundo. He estado estudiándolo y ya he terminado. ¿Acaso no le he pagado la lección? *Au revoir*.

Van Tromp soltó una alegre carcajada, le estrechó la mano con fuerza y expresó sus cordiales deseos de que volvieran a verse alguna vez, aunque miró a Dick con indignación mientras se alejaba. Después, volvieron a encontrarse con cierta frecuencia, y Dick muchas veces lo invitó a desayunar en algún restaurante modesto escogido por él, y a menudo también le prestó poco más de una libra. Dado que el caballero estaba considerando la posibilidad de partir para Australia, se despedían de forma casi conmovedora, y luego, una semana o un mes más tarde, volvían a encontrarse en el mismo bulevar sin sorprenderse ni avergonzarse lo más mínimo. Entretanto, Dick fue averiguando más cosas de su amigo: oyó hablar de su yate, de su coche de caballos, de su breve temporada de fama entre los sectores más crédulos de la población, de su hija, de quien le encantaba hablar cuando bebía, de su innombrable, parasítico y depredador modo de vida; y, con cada nuevo detalle, fue creciendo en su interior algo que no era mero interés, ni tampoco exactamente afecto, por aquel poco recomendable hijastro de las artes. Van Tromp fue uno de los invitados a la cena de despedida que celebró poco antes de marcharse de París; el anciano caballero pronunció el discurso de la noche y luego se cayó debajo de la mesa, lloroso, sonriente y paralizado.

2

Una carta a los periódicos

El viejo señor Naseby tenía la naturaleza resuelta e inculta de la clase media alta. El universo le parecía muy sencillo. Decía «Está bien», o «Está mal», y se acabó. Había una energía profética y contenida en sus afirmaciones, incluso a propósito de los asuntos más triviales, veía sin más el fondo de las cosas, y, si tú no lo hacías, interpretaba que era por falta de voluntad y se enfadaba mucho. Aparte de eso, que ciertamente lo convertía en un compañero muy exigente, era uno de los caballeros más rectos, temperamentales e impetuosos de Inglaterra. Rubicundo, de cabello cano, con el rostro de un viejo Júpiter y la figura de un viejo cazador de zorros, recorría de cabo a rabo el valle del Thyme montado en su enorme alazán.

Sentía un gran respeto por Dick, y lo consideraba un muchacho de recursos. Dick tenía a su padre por un hombre excepcional y sentía respeto por él, aunque moderado por la rebeldía de un joven que trata de ser independiente. Siempre que discutían, discrepaban abiertamente, y entre ellos menudeaban las discusiones, pues ambos eran categóricos e inteligentes. Era impresionante ver al señor Naseby defendiendo a la Iglesia de Inglaterra con una andanada de juramentos, o apoyando la moral ascética con un entusiasmo no exento de vapores de vino de oporto. Dick se indignaba con él a menudo, en gran parte porque su padre era un orador habilidoso y muchas veces acababa demostrándole que estaba equivocado. En esas ocasiones, redoblaba su energía y declaraba que el blanco era negro y el azul amarillo, con mucha convicción y acaloramiento, pero, a la mañana siguiente, aquellas licencias le pesaban como un crimen e iba a buscar a su padre a la terraza que dominaba todo el valle del Thyme y por donde paseaba antes de desayunar.

—Señor, tengo que disculparme por lo de anoche… —empezaba.

—Pues claro que tienes que disculparte —le interrumpía alegremente el anciano caballero—. No dijiste más que tonterías. No se hable más.

—No me ha entendido, señor. Me refiero a un punto concreto de la discusión. Admito que su argumento sobre la doctrina de las posibilidades está cargado de razón.

—Por supuesto —replicaba su padre—. Ve a echarle un vistazo a los establos. Pero —añadía— piénsalo bien y recuerda que un hombre de mi edad y experiencia sabe mucho mejor lo que se dice que un muchacho tan verde como tú.

Pronunciaba la palabra «muchacho» de un modo incluso más ofensivo que la mayoría de los padres, y el modo despreocupado en que aceptaba sus disculpas ofendía a Richard en lo más hondo. Se ponía a comparar y recordaba que él era siempre el único en disculparse. Eso hacía que lo respetara más y contribuía indirectamente a mejorar su conducta, pues era tan escrupuloso como noble y de nada se enorgullecía más que de ceder justificadamente.

Así siguieron las cosas hasta la famosa ocasión en que el señor Naseby escribió una encendida carta a los periódicos con la intención de favorecer la elección de un candidato sensato al Parlamento. La carta tenía todos los defectos de las cartas partidistas: estaba expresada con la energía del creyente, era personal, al menos la

mitad era injusta y la cuarta parte era falsa. El anciano no tenía intención de decir ninguna falsedad, pero espigó a toda prisa algunos cotilleos y, llevado por sus prejuicios, los hizo públicos bajo su firma.

«El candidato liberal —concluía— es, pues, un conocido renegado. ¿Es esa la clase de hombre que queremos? Es mentiroso y se traga los insultos. ¿Es esa la clase de hombre que queremos? Yo digo: ¡No!, con toda la fuerza de mi convicción: ¡No!».

Y luego firmó y fechó la carta con el orgullo de un aficionado, y la esperanza de ser famoso por la mañana.

Dick, que nada sabía del asunto, se levantó primero aquel día, y fue a leer el periódico en la arboleda del jardín. Encontró el manifiesto de su padre en una columna y en otra un artículo de opinión. «Que sepamos —decía el artículo— nadie le había pedido su opinión sobre el particular al señor Naseby, pero aunque se la hubiese pedido el cuerpo de electores entero, su carta no dejaría de ser injusta y mezquina con el señor Dalton. No diremos que el señor Naseby sea un mentiroso, pues sabemos bien cuáles serían las consecuencias, pero sí nos atreveremos a imprimir los hechos de los casos a los que se refiere este ferviente partisano en otra sección de nuestro periódico. El señor Naseby es, sin duda, uno de los mayores terratenientes de la comarca, pero la fidelidad a los hechos, la honradez y la gramática inglesa son cualidades más importantes que la posesión de la tierra. El señor N… es sin duda un gran hombre, con sus grandes jardines y casi un kilómetro de invernaderos, donde probablemente haya madurado su intelecto y su temperamento, y puede decir lo que le plazca a sus vasallos arrendados, pero (como dicen los escoceses)»:

> aquí
> no debe dominar.

»El liberalismo —proseguía el periodista anónimo— es una planta demasiado libre y sana…, etc».

Richard Naseby lo leyó todo de principio a fin, y le embargó un abrumador sentimiento de vergüenza. Su padre se había comportado como un idiota: había partido a hacer la guerra y no había encontrado más que confusión. Nada más sonar las trompetas, se había caído vergonzosamente del caballo. Los hechos eran incontestables: todos apuntaban en contra del terrateniente. Richard habría dado un brazo por retirar la edición del periódico, pero como eso era imposible, mandó que le ensillaran el caballo y, armado de un bastón, cabalgó de inmediato a Thymebury.

El director estaba desayunando en un gran y triste apartamento. La ausencia de muebles, la extrema frugalidad de la comida, el aspecto tísico y demacrado y los ojos brillantes del culpable desanimaron a nuestro héroe, pero aun así empuñó su bastón con aire belicoso.

—¿Ha escrito usted el artículo en el periódico de esta mañana? —preguntó.

—¿Es usted el joven Naseby? Yo solo lo he publicado —replicó el director poniéndose en pie.

—Mi padre es un anciano —dijo Richard, y luego añadió presa de un ataque de cólera—: ¡Y un hombre mil veces mejor que usted o Dalton! —Se interrumpió y tragó saliva, había decidido proceder del modo habitual—. Tengo que hacerle una pregunta, señor —prosiguió—. Dado que mi padre estaba mal informado, ¿no habría sido más íntegro por su parte dejar la carta sin publicar y haber hablado con él en privado?

—Créame que no tenía esa posibilidad —repuso el director—. El señor Naseby se dignó indicarme en una nota, que había enviado la carta a otros tres periódicos, y, de hecho, amenazó con denunciarme si no la publicaba. Le aseguro que lamento mucho lo ocurrido. Comprendo y apruebo su enfado, caballero, pero el ataque al señor Dalton era brutal, y no me quedó más remedio que ofrecerle mis columnas para defenderse. El partidismo tiene sus obligaciones, señor —añadió con rubor el periodista, como si estuviera declarándose—, y el suyo era un ataque brutal.

Richard tardó medio minuto en digerir aquella respuesta y luego el dios del juego limpio descendió sobre su corazón. Murmuró «Buenos días», y huyó a la calle.

De regreso a casa no espoleó al caballo y llegó tarde a desayunar. El caballero estaba de pie junto al fuego, al borde de la apoplejía y con los dedos violentamente entrelazados por debajo de los faldones de la chaqueta. Cuando Richard entró en la habitación, abrió y cerró la boca como un bacalao y los ojos parecieron salírsele de las órbitas.

—¿Has visto esto? —exclamó señalando al periódico con la cabeza.

—Sí, señor —dijo Richard.

—¿Y lo has leído?

—Sí, lo he leído —replicó Richard mirándose los pies.

—¿Y bien? —preguntó el anciano caballero—. ¿Qué tienes que decir?

—Por lo visto, le habían informado a usted mal —dijo Dick.

—¿Y…? ¿Es eso todo? ¿Tan estéril es tu imaginación? ¿No se te ocurre ningún comentario? ¿Ninguna propuesta?

—Me temo, señor, que tendrá usted que disculparse con el señor Dalton. Sería lo más elegante, de hecho es lo justo y rectificar es de…

Richard se interrumpió, pues no encontraba palabras lo bastante delicadas para decir lo que pretendía.

—Esa es una sugerencia que debería haber partido de mí —rugió su padre—. En tus labios está fuera de lugar. No es propia de un hijo leal. Si mi padre se hubiera visto implicado en unas circunstancias tan deplorables, yo habría azotado al director de ese periodicucho hasta dejarlo medio muerto. Lo habría azotado. Habría sido una barbaridad, pero habría demostrado que tengo la sangre y los afectos normales de un hombre. ¿Hijo? ¡Tú no eres hijo mío!

—¡Señor! —dijo Dick.

—Te diré lo que eres —prosiguió el caballero—. Un partidario de Bentham. Te repudio. Tu madre se habría muerto de vergüenza, ella no tenía nada de moderna, ella creía que…, me lo dijo ella misma…, me alegro de que esté muerta. ¡Mal informado! ¿Así que me han informado mal? ¿Es que no tienes lealtad ni afectos naturales? ¿Acaso eres como un mecanismo de relojería? ¡Fuera de aquí! —exclamó entre ademanes—. ¡Fuera! ¡Déjame en paz!

En ese momento Dick se retiró con los nervios deshechos y la sangre silbándole en las venas, y, en suma, en un estado tan alterado que no podía ni hablar ni escuchar. En medio de aquella conmoción, se le grabó para siempre en la memoria una sensación de injusticia imperdonable.

3

En nombre del almirante

No se volvió a hablar del asunto. A partir de entonces, Dick y el señor Naseby se trataron con suma frialdad. Cada vez que veía a su hijo, el recto y anciano caballero se ponía más recto, dominado por una rabia inmortal; le preguntaba a Dick por su salud y disertaba sobre el tiempo y las cosechas con una terrible cortesía; su pronunciación era *point-de-vice*, su voz distante, clara y a veces temblorosa por una indignación a duras penas contenida.

En cuanto a Dick, fue como si su vida hubiese llegado bruscamente a su fin. Dejó de lado sus teorías y razonamientos, así como la prematura mundaneidad que tanto le había enorgullecido en sus viajes, «se encogió como si fuese algo vergonzoso» ante aquel terrible pesar. El orgullo, el honor herido, la compasión y el respeto combatían diariamente en su corazón, y tan pronto estaba a punto de pedirle perdón a su padre como de escabullirse una noche y no volver a poner el pie en Naseby House. Sufría al ver a su padre, e incluso al ver aquel valle tan familiar, donde hasta el último rincón tenía su leyenda y lo asaltaban los recuerdos de infancia. Si huía a un país extranjero entre extraños, ¿quién sabe?, tal vez pudiera escapar a su destino y empezar una nueva vida. Desde la cumbre de las montañas, que de vez en cuando asomaba como un dedo levantado iluminado por una flecha de sol entre las nubes, un pastor podía vislumbrar el brillo del mar. Allí había esperanza. Pero, cuando veía al terrateniente, su corazón desfallecía y se quedaba en casa. Su destino no era viajar por tierra y por mar, el suyo sería un viaje espiritual, y se pondría en camino mucho antes de lo que suponía.

Dio la casualidad de que un día su paseo lo condujo hasta unas tierras que apenas conocía. Tras atravesar unos bosques enmarañados llegó a un páramo que se extendía hasta las montañas. Unos cuantos abetos escoceses crecían sobre un cerro, en una fuente cristalina al pie del cerro nacía un arroyo en miniatura que serpenteaba

formando meandros por el brezal. Hacía poco que había llovido, pero ahora lucía el sol y el aire olía a pinos y a hierba. En una roca, junto a los árboles, había una joven dibujando. Hemos aprendido a pensar en las mujeres como una especie de transfiguración simbólica basada en la ropa, y el modo más rápido de concebir a nuestra amada es como un objeto compuesto principalmente de enaguas. Pero la humanidad ha triunfado sobre el vestido: el aspecto y el roce de un vestido han cobrado vida, y la mujer que se ha introducido en esos integumentos materiales ha permeado y salido por los pliegues de su falda. Lo único que llamó la atención de Dick Naseby fue un vestido negro, pero eso dominó sus pensamientos e hizo que olvidase todo lo demás. Se acercó y la chica se dio la vuelta. Su rostro le sobresaltó: era un rostro que deseaba ver y fue como una bocanada de aire fresco.

—Le ruego que me perdone —dijo quitándose el sombrero—, estaba usted dibujando.

—¡Oh! —exclamó ella—, lo hago solo por entretenerme. No vale nada.

—Apuesto diez contra uno a que no se hace usted justicia —replicó Dick—. Además, pertenecemos a la misma hermandad. Yo también dibujo, y ya sabe lo que implica eso.

—No. ¿Qué? —preguntó ella.

—Dos cosas —respondió él—. En primer lugar, que no soy un crítico puntilloso y, en segundo, que tengo derecho a ver su dibujo.

Ella tapó el bloc con las manos.

—¡Oh, no! —dijo—, me da vergüenza.

—Tal vez podría darle algún consejo —dijo Dick—. Aunque yo mismo no sea un artista, he conocido a bastantes; en París trabé amistad con muchos de ellos y acostumbraba a visitar sus estudios.

—¿En París? —gritó ella con un brillo en la mirada—. ¿No conocería usted al señor Van Tromp?

—¿Yo? Sí. No será usted la hija del almirante, ¿verdad?

—¿El almirante? ¿Lo llaman así? ¡Qué amable por su parte! Seguro que son los jóvenes quienes lo llaman así.

—Sí —respondió Dick un poco alicaído.

—Ahora comprenderá —dijo ella en un tono indescriptiblemente satisfecho, noble y orgulloso— por qué no quiero enseñarle mi dibujo. ¡La hija de Van Tromp! ¡La hija del almirante! Me encanta ese nombre. ¡El almirante! ¿Así que conoce usted a mi padre?

—Bueno —dijo Dick—, nos veíamos a menudo, casi podría decirse que éramos íntimos. Tal vez le haya hablado de mí. ¿Le dice algo el nombre de Naseby?

—Me escribe muy poco. Está tan ocupado, ¡tan consagrado a su arte! A veces he llegado a desear que mi padre fuese un hombre más sencillo, alguien a quien pudiese ayudar…, que pudiera enorgullecerse de mí, pero solo a veces y no lo pensaba en serio. ¡Es un gran pintor! ¿Ha visto usted sus obras?

—He visto algunas —replicó Dick—, son…, son muy bonitas.

Ella se rio en voz alta.

—¿Bonitas? —repitió—. Ya veo que no le interesa a usted mucho el arte.

—No demasiado —admitió—, pero sé que hay mucha gente que le compra sus cuadros al señor Van Tromp.

—¡Llámele almirante! —gritó ella—. Suena más agradable y familiar, y me gusta pensar que es apreciado y admirado por los jóvenes pintores. No siempre lo ha sido, pasó unos años muy duros, y cuando lo pienso —tenía lágrimas en los ojos—, cuando me paro a pensarlo, me dan ganas de hacer una tontería. —Se interrumpió—. Tengo que volver a casa. Me ha dado usted una alegría. Piense, señor Naseby, que no he visto a mi padre desde que tenía seis años, ¡y, no obstante, pienso en él a diario! Debe venir usted a visitarme, estoy segura de que mi tía estará encantada, y así podrá contarme todo lo que sepa sobre…, sobre mi padre, ¿lo hará usted? —Dick la ayudó a recoger sus cosas y ella le estrechó la mano con franqueza—. Es usted amigo de mi padre —dijo—, y nosotros también seremos grandes amigos. Tiene que venir a verme pronto.

Luego bajó corriendo por la ladera de la montaña, y Dick se quedó allí entre confundido y desanimado. Había elementos cómicos en aquel asunto, pero el vestido negro, el rostro que le correspondía, y la mano que había sostenido la suya, le inclinaban a considerarlo con seriedad. ¿Qué se suponía que debía hacer, dadas las circunstancias? ¿Esquivar a la joven? Ya lo pensaría más adelante. ¿Contarle la verdad? Diez contra uno a que no le creería. ¿Tal vez fomentar aquella ilusión, colorear la cruda verdad, ayudarla a concebir falsas ideas e incluso mentirle? Bueno, ya lo vería. También tenía que pensar en lo de esquivar a la joven, y lo pensó tan bien, que esa misma tarde fue a visitarla.

Entretanto la joven había vuelto, liviana como un pájaro y trémula de alegría, a la casita donde vivía con una tía soltera, y le había contado a dicha señora, una escocesa sesentona y triste, la historia de su encuentro y su invitación.

—¿Un amigo suyo? —exclamó la tía—. ¿Qué aspecto tiene? ¿Cómo dices que se llama?

Ella guardó silencio, contempló a la anciana señora y luego dijo muy despacio:

—Te digo que es amigo de mi padre, que le he invitado a venir a casa y te aseguro que vendrá.

Luego se fue a su habitación donde estuvo mirando la pared toda la tarde. La señorita M’Glashan, pues así se llamaba la tía, leyó una enorme Biblia en la cocina con algunos de los goces del martirio.

Serían las tres y media cuando se presentó Dick, muy bien vestido, a la puerta de la casa, llamó y una voz le invitó a entrar. La cocina, que daba directamente al jardín, estaba oscurecida por el follaje, pero él la vio aparecer por el otro lado para ir a recibirlo. Al verla por segunda vez se sorprendió. Sus cejas negras hablaban de un temperamento fácil de irritar y difícil de aplacar, su boca era pequeña, nerviosa y

débil; había algo peligroso y amenazador, además de mucha honradez, compasión e incluso nobleza, en su carácter.

—El nombre de mi padre —dijo ella— le ha abierto a usted las puertas de esta casa.

Y le dio la mano con una especie de reverencia. Era muy amable, aunque un poco amanerada, y Dick se sintió en el paraíso. Ella lo condujo al salón a través de la cocina y le presentó a la señorita M'Glashan.

—Esther —dijo la tía—, ve a prepararle el té al señor Naseby.

Y, en cuanto la chica salió con tan hospitalario propósito, la anciana cruzó la habitación y se acercó mucho a Dick con aire amenazador.

—¿Conoce usted a ese hombre? —le preguntó con un susurro imperioso.

—¿Al señor Van Tromp? —respondió Dick—. Sí, lo conozco.

—Y bien, ¿qué le trae por aquí? —dijo ella—. No pude salvar a la madre…, he oído decir que murió, ¡pero a la niña! —Había un tono en su voz que llenó al pobre Dick de consternación—. Dígame —prosiguió ella—, ¿de qué se trata esta vez? ¿De dinero?

—Mi querida señorita —dijo Dick—, creo que malinterpreta usted mi posición. Soy el joven señor Naseby, de Naseby House. Mi relación con el señor Van Tromp es muy superficial. Me temo que la señorita Van Tromp ha debido de exagerar nuestra amistad en su imaginación. No sé nada de sus asuntos y no quiero saberlo. Lo conocí por casualidad en París…, eso es todo.

La señorita M'Glashan soltó un profundo suspiro.

—¿En París? —dijo—. Bueno, ¿y qué opina usted de él…? ¿Qué opina usted de él? —repitió con distinta entonación, pues Richard, a quien no le gustó mucho aquella pregunta, tardó un poco en responderle.

—Me pareció una persona muy agradable —dijo.

—Ya —repuso ella—, ¡no me diga! ¿Y cómo se gana el pan?

—Creo —balbució— que el señor Van Tromp tiene muchos amigos generosos.

—¡Seguro que sí! —se burló ella, y antes de que Dick pudiera decir nada más, salió de la habitación.

Esther volvió con el servicio del té y se sentó.

—Y ahora —dijo relajadamente—, háblame de mi padre.

—Es una persona muy agradable —tartamudeó Dick.

—Empiezo a pensar que lo es mucho más que usted —dijo ella con una risa—. Olvida que soy su hija. Empiece por el principio y háblame de todas las veces que lo ha visto, de lo que le dijo y de lo que usted le respondió. Debe de haberlo conocido en alguna parte. Empiece por ahí.

Y por ahí empezó: le contó cómo había visto al almirante pintando en un café; cómo su arte lo dominaba de tal modo que no podía esperar a volver a casa para…, para plasmar su idea; que (en respuesta a una pregunta de ella) su idea consistía en un gallo cacareando y dos gallinas comiendo maíz; que le encantaban los gallos y las

gallinas; que eso no le hacía despreciar otras formas de arte más ambiciosas; que tenía en su estudio un cuadro de tema griego del que se decía que era notable desde varios puntos de vista; que nadie había visto ni sabía el lugar exacto del estudio en que estaba pintándolo en secreto; que (en respuesta a una sugerencia) la timidez era un rasgo que el almirante compartía con Miguel Ángel y otros muchos; que ellos dos (Dick y Van Tromp) se habían hecho amigos nada más conocerse y habían cenado juntos esa misma noche; que él (el almirante) le había dado dinero a un mendigo; le habló de la efusividad con que hablaba de su hija pequeña; de que una vez había pedido dinero prestado para comprarle una muñeca…, un rasgo propio de Newton, pues entonces ella tenía al menos diecinueve años; le explicó que, si la muñeca nunca había llegado a su destino (como al parecer había sucedido), el rasgo era aún más característico de un intelecto creativo del rango más alto; cómo era…, no, guapo no…, más bien sorprendente —Dick estaba dispuesto a llegar tan lejos—, decididamente sorprendente en su apariencia; le contó que llevaba botas de cordones y un abrigo negro, no un frac, sino una especie de levita y otras muchas cosas por el estilo. Era impresionante qué pocas mentiras hacían falta. Después de todo, la gente exagera las dificultades de la vida. Basta cierta tendenciosidad, un golpe de timón aquí y allá y, con un oyente bien dispuesto, no hay límites a lo que se puede conseguir con una conversación equívoca. A veces la señorita M’Glashan entraba en el salón y la tarea parecía infinitamente más difícil, pero con Esther, que era toda ojos y oídos y tenía el rostro iluminado por el interés, la elocuencia de su lenguaje fluía sin interrupciones ni balbuceos, y su imaginación era fértil en ingeniosas evasivas y…

¡Qué tarde pasó Esther!

—¡Ah! —dijo por fin—, ¡cuánto me alegra oír todas estas cosas! Debe usted saber que mi tía es rígida y demasiado religiosa, no comprende le vida de un artista. A mí no me asusta —añadió en tono grandilocuente—. Al fin y al cabo, soy hija de artista.

Aquel discurso consoló a Dick de su impostura, después de todo no la había mentido tanto, y además, aunque fuese un engaño, ¿acaso no era un engaño piadoso? ¿Y qué obligación mayor que mantener vivo en el corazón de una hija la fidelidad filial y un honor que, aunque equivocado, era como una joya en su imaginación? Puede que tuviese también otras intenciones, una sombra de cobardía, un egoísta deseo de agradar, pero el pobre Dick era humano: ¿qué habrían hecho ustedes?

4

Esther y las relaciones filiales

Un mes más tarde, Dick y Esther se encontraron en el torniquete de una cerca, junto a una encrucijada; si los hubiese visto alguien, aparte de los pájaros y los insectos

estivales, habría notado que se encontraban de un modo distinto al del día anterior. Dick la tomó entre sus brazos, y sus labios se unieron un buen rato. Luego la apartó y ambos se miraron directamente a los ojos.

—¡Esther! —dijo; ¡deberían haber oído su voz!

—¡Dick! —respondió ella.

—¡Vida mía!

Pasó un rato antes de que iniciaran su paseo. Él la rodeaba con el brazo y los dos anduvieron muy juntos; el sol, los pájaros, el viento que agitaba los árboles desde el oeste, una leve presión, una mirada, el roce con un dedo eran cosas que sustituían cualquier pensamiento y llenaban de dicha sus corazones. El sendero por el que iban los condujo por un bosque de pinos tapizado de brezo y arándanos, y sobre aquella agradable alfombra, Dick, no sin cierta seriedad, la hizo sentarse.

—¡Esther! —empezó—. Hay algo que debo decirte. Sabes que mi padre es un hombre rico y podrías pensar que, puesto que nos hemos enamorado, podríamos casarnos cuando quisiéramos. Pero me temo, mi vida, que tendremos que esperar mucho y necesitaremos hacer acopio de valor.

—Me sobra el valor para cualquier cosa —dijo ella—. Tengo todo lo que necesito: contigo y mi padre, estoy tan feliz que podría esperar toda una vida sin cansarme.

Él sintió una aguda punzada al oír nombrar al almirante.

—Escucha —prosiguió—, debería habértelo dicho antes, pero me resistía, y, si fuese posible, no te lo diría tampoco ahora. Mi pobre padre y yo apenas nos hablamos.

—Tu padre… —repitió ella empalideciendo.

—Te parecerá raro, pero no creo que la culpa sea mía —dijo—, te diré lo que ocurrió.

—¡Oh, Dick! —exclamó la joven cuando él terminó de hablar—, qué valiente y qué orgulloso eres. Sin embargo, yo no sería orgullosa con un padre y se lo contaría todo.

—¡Cómo! —gritó Dick—. ¿Ir a verle después de tantos meses y jactarme de que había pensado azotar a aquel hombre? Pero no lo hice. ¿Y por qué? Porque mi padre había sido más idiota de lo que yo suponía. ¡Amor mío, eso no tiene sentido!

Ella hizo una mueca al oírle y se apartó.

—Pero si es lo único que pide… —rogó ella—. Si supiera que tuviste el impulso de hacerlo, se sentiría orgulloso y feliz. Vería que, pese a todo, eres un hijo digno de él y compartes sus ideas y su caballerosidad. Además estás siendo injusto contigo mismo. Perdonaste al director solo porque era pobre y débil y se disculpó. Si hubiese sido un grandullón rubicundo con patillas sabes muy bien que lo habrías vapuleado aunque tu padre hubiese tenido aún menos razón. ¿Crees que, teniendo en cuenta que me lo has contado y lo he entendido en el acto, te sería más difícil contárselo a tu padre, y que él no lo entendería igual que yo? Yo te quiero, Dick, pero él es tu padre.

—Amor mío —dijo desesperado Dick—, tú no lo entiendes, no sabes lo que es que no te entiendan, que cometan contigo mil pequeñas injusticias diarias, en tu infancia, tu niñez e incluso llegada la edad adulta, hasta que acabas por desesperar, hasta que todo se convierte en una pesadilla y hasta que casi llegas a odiar a un hombre a quien amas, porque al fin y al cabo no deja de ser tu padre. En suma, Esther, tú no sabes lo que es tener un padre, y eso es lo que te ciega.

—Comprendo —dijo ella pensativa—, quieres decir que he tenido suerte con mi padre. Aunque, si lo piensas bien, no he tenido tanta suerte. Olvidas que no lo conozco como tú, es más padre tuyo que mío. —Lo tomó de la mano. El corazón de Dick se había enfriado como el hielo—. Pero te compadezco —prosiguió ella—, debes de sentirte muy triste y solo.

—No me estás entendiendo —dijo atragantándose Dick—. Mi padre es la mejor persona del mundo, vale por diez como yo, pero no me comprende y nunca me comprenderá.

Se hizo un breve silencio.

—Dick —volvió a empezar ella—, voy a pedirte un favor, es el primero desde que me dijiste que me amabas. ¿Puedo ver a tu padre…, quiero decir, verlo pasar, desde donde él no pueda verme?

—¿Por qué? —preguntó Dick.

—Es un capricho, olvidas que soy muy novelesca respecto a los padres.

Aquella indicación fue suficiente. Dick aceptó con precipitación y la llevó, asqueado y penitente, por un sendero hasta unos arbustos donde podría ver pasar al terrateniente a caballo camino del almuerzo. Los dos estuvieron media hora sentados dándose la mano sin decir nada. Por fin oyeron trotar un caballo en la distancia, se abrieron las verjas del parque y apareció el señor Naseby con los hombros encorvados y un aspecto bilioso y apesadumbrado, moviéndose lánguidamente al compás del caballo. Esther lo reconoció de inmediato: lo había visto a menudo, aunque con su enorme indiferencia por todo lo que quedaba fuera del círculo de sus allegados, nunca se había preguntado quién era; sin embargo lo reconoció, y le pareció diez años más viejo, lento, pesado y aplastado por un terrible pesar.

—¡Oh, Dick, Dick! —dijo ella, y las lágrimas empezaron a brillar en su rostro cuando lo hundió en el regazo del joven.

Él también se quedó apesadumbrado. Volvieron muy tristes a casa, y esa noche, lleno de amor y buenos consejos, Dick se esforzó en complacer a su padre, convencerlo de su respeto y afecto, restañar viejas heridas y reunir sus corazones. Pero ¡ay!, el caballero estaba gruñón y malhumorado: llevaba todo el día pensando en la frialdad que le mostraba Dick, pues así lo interpretaba, y ahora entre gruñidos, palabras hoscas y desprecios, cortó de raíz todos sus avances y se atrincheró en un justo resentimiento.

5

El padre pródigo hace su aparición

Eso fue un martes. El jueves siguiente, cuando Dick iba, según lo acordado, antes de lo habitual, camino de la casa de Esther, le horrorizó encontrarse un coche de punto de Thymebury en cuyo interior viajaba la señorita M'Glashan. La dama ni siquiera se dignó reparar en su presencia, su rostro estaba bañado de lágrimas y demostraba una gran preocupación por los paquetes que la rodeaban. Él se preguntó qué podría significar aquello. Hacía un día tan bueno que se resistió a pensar en alguna desgracia, pero algo decisivo debía de haber sucedido en la casa, pues ahí iba la señorita M'Glashan de viaje, con un pequeño patrimonio en paquetes envueltos en papel de estraza, y el aspecto de la anciana señora implicaba una acalorada discusión y una completa derrota. ¿Acaso iban a cerrarle sus puertas? ¿Estaría Esther sola o habría aparecido un nuevo protector de entre los millones de habitantes de Europa? Una característica del amor consiste en aborrecer a los parientes cercanos de la persona amada; numerosos capítulos de la historia de la humanidad han justificado este sentimiento, y la conducta de los tíos en particular ha recibido a menudo la censura de los novelistas independientes. Dick contempló a la señora M'Glashan con los colores rosáceos del pesar y tuvo la sensación de que quienquiera que la hubiera sustituido sería peor que ella. Se apresuró, su preocupación aumentó a cada paso, y cuando entró en el jardín llegó una voz a sus oídos y se detuvo, no presa de las dudas, sino ante la certeza indubitable del desastre.

El rayo había caído: ahí estaba el almirante.

Dick se habría batido en retirada en aquel momento de pánico, pero Esther estaba esperando a su amado. En un abrir y cerrar de ojos estaba a su lado, llena de alegría por las buenas noticias, demasiado feliz para reparar en su apocamiento, y sumida en uno de esos áureos transportes de exultación que trascienden no solo las palabras sino las caricias. Lo cogió por los dedos (adelantándose hacia él, pues su mayor preocupación era ahorrar tiempo), lo acercó a su lado, lo metió en la casa y lo plantó delante del señor Van Tromp, vestido de terciopelo francés y con un considerable absceso en la nariz. Luego, como si no pudiera soportar tanta alegría, Esther salió corriendo de la habitación.

Los dos hombres se miraron con cierta confusión por ambas partes. Como es natural, Van Tromp fue el primero en recuperarse y le tendió la mano con elegancia.

—¿Así que conoce a mi hijita Esther? —dijo—. Esto es muy agradable, así me había imaginado mi casa. Rara palabra para un viejo vagabundo, pero, por mucho que lo disimulemos, a todos nos gusta tener un hogar. Por eso he venido, señor Naseby —concluyó en un tono tan justo, triste, digno, mundano y filosófico que habría triunfado en el escenario—, y lo que ve usted es un hombre satisfecho.

—Comprendo —dijo Dick.

—Siéntese —respondió el parásito, dándole ejemplo—. La fortuna siempre ha estado en mi contra. (Estoy saboreando un poco de *brandy*, después del viaje). Me estaba yendo a pique, señor Naseby, entre usted y yo, estaba *décavé*, así que pedí prestados cincuenta francos, saqué las maletas sin que me viera el portero, tarea que requiere un tacto considerable, ¡y heme aquí!

—Sí —dijo Dick—, helo a usted aquí.

Estaba bastante atontado.

En ese momento, Esther entró en la habitación.

—¿Te alegras de verlo? —le susurró al oído, con una voz tan alegre que parecía música.

—¡Oh, sí! —dijo Dick—, ¡mucho!

—Sabía que lo harías —replicó ella—, le he dicho lo mucho que lo aprecias.

—Sírvase —dijo el almirante—, sírvase y bebamos por una vida nueva.

—Por una vida nueva —repitió Dick llevándose el vaso a los labios, aunque volvió a dejarlo sin probar: aquel día ya había tenido suficientes novedades.

Esther estaba sentada en un taburete a los pies de su padre, se abrazaba a sus rodillas y miraba orgullosa a sus dos visitantes. Tenía los ojos tan brillantes que era imposible saber si estaban llenos de lágrimas o no, leves y voluptuosos estremecimientos recorrían su cuerpo, a veces apoyaba la barbilla en el pecho, a veces echaba atrás la cabeza extasiada. En una palabra, estaba en ese estado de felicidad en que uno apenas puede dominarse. Sería difícil exagerar el sufrimiento de Richard.

Y, entretanto, Van Tromp seguía hablando sin parar.

—Nunca olvido a un amigo —dijo—, ni a un enemigo: de estos últimos solo he tenido dos: yo mismo y el público, y creo que me he vengado de ambos. —Se rio—. Pero esos días acabaron. Se acabó Van Tromp. Fue un hombre que conoció el éxito, creo que ya sabéis que tuve éxitos…, de los que no hablaré más —dijo tirando con una sonrisa del pañuelo que llevaba alrededor del cuello—. Ese hombre ya no existe, lo he destruido mediante un ejercicio de la voluntad. Algo parecido ocurre con los poetas. Primero una carrera brillante y destacada, en la que repara todo el mundo, incluidos lo más ignaros, y luego, *presto!*, un discreto y anciano *bonhomme* campesino dedicado al cuidado de las rosas. En París, el señor Naseby…

—Llámale Richard, papá —dijo Esther.

—Si él me lo permite. Aunque claro, somos viejos amigos, y ahora vecinos cercanos. Y a propósito, ¿hasta qué punto lo somos, Richard? Tengo entendido que esta casa está en las tierras de tu padre, una familia que respeto mucho, y según creo el bosque está en las de lord Trevanion. No es que me importe, no soy más que un viejo bohemio. He roto con la sociedad para siempre, rompí con ella cuando me iban bien las cosas y mi recompensa es que puedo romper dignamente con ella en mi decadencia. No son más que nuestros pequeños *amours propres*, hija mía: tu padre tiene que sentir respeto por sí mismo. Gracias, sí, solo un poquito, muy poquito,

gracias, gracias…, me mimas demasiado. Pero como estaba diciendo, Richard, o estaba a punto de decir, mi hija ha estado enmoheciéndose, su tía no era más que una vieja gobernanta; de ahí, dicho sea entre paréntesis, su desconfianza hacia mí, pues mi naturaleza y las de las gobernantas son como polos opuestos… ¡polos! Pero ahora estoy aquí, ahora he renunciado a la lucha, y voy a consagrarme a una sola de mis obras…, y tengo la modestia de decir que es la mejor de todas: mi hija. En fin, todo se arreglará. ¿Y los vecinos, Richard?

Dick respondió que había muchas buenas familias en el valle de Thyme.

—Ya nos las presentarás —dijo el almirante.

Dick tenía la camisa empapada de sudor, inventó una torpe excusa para marcharse, que Esther interpretó como una prueba de discreción y atribuyó a uno más de los muchos méritos de Dick, por lo que procedió a detenerlo.

—¿Antes de nuestro paseo? —gritó—. ¡Nunca! Tengo que dar mi paseo.

—Vayamos todos juntos —dijo el almirante poniéndose en pie.

—No sabes si eres bienvenido —respondió ella, apoyándose en su hombro con una caricia—. Tal vez quiera hablar de mi nuevo padre con mi viejo amigo. Pero te dejaremos venir con nosotros, hoy puedes hacer lo que quieras, me he propuesto malcriarte.

—Antes beberé una gotita más —dijo el almirante, encorvándose para servirse un poco más de *brandy*—. Es sorprendente cómo me ha fatigado el viaje. Pero me estoy haciendo viejo, me estoy haciendo viejo, me estoy haciendo viejo, y lamento añadir que también me estoy quedando… calvo. —Se puso coquetamente un sombrero de alas anchas…, las costumbres de rompecorazones no le habían abandonado. Esther ya se había puesto su sombrero y estaba dispuesta, pero él siguió estudiando el resultado en un espejo: el absceso parecía haber llamado penosamente su atención—. Ahora soy su padre, debo parecer respetable —le dijo a Dick para explicarle su dandismo, y luego fue a escoger un buen bastón.

¿Dónde estaban los elegantes bastones de su época parisina? Este era el báculo de su vejez, pensado para un paisaje más rústico. Dick empezó a comprender y apreciar el disfrute de aquel hombre en su nuevo papel, cuando vio cómo lo había preparado. Hasta había inventado un modo de andar para aquel primer paseo con su hija, que resultaba singularmente apropiado. Andaba como si estuviese cansado, se apoyaba en el bastón, observaba con una sonrisa triste y comprensiva todo lo que veía en torno suyo, incluso preguntó por el nombre de una planta, y admitió ser un viejo urbanita ignorante de la naturaleza. «Esta vida campestre me rejuvenecerá», suspiró. Llegaron a lo alto de la colina al atardecer, el sol estaba descendiendo en el cielo y había coloreado el poniente, las colinas estaban modeladas hasta en sus más mínimos contornos por la suave luz, y los vastos páramos, veteados de valles y bosques de castaños, se extendían hacia el norte y el oeste en una velada gloria luminosa. Entonces despertó el pintor en Van Tromp.

—¡Dios mío, Dick! —exclamó—, ¡qué espectáculo!

A Esther no le habría parecido tan conmovedora una oda de cuatrocientos versos, sus ojos se llenaron de lágrimas de felicidad; sí, ahí estaba el padre con quien tanto había soñado y a quien Dick había descrito: sencillo, entusiasta, bueno, inefable, un artista sincero y un caballero.

Justo en ese momento el almirante reparó en una casa que había junto al camino y en algo que pendía sobre la puerta de la casa y que podía interpretarse como una señal para el sediento y el esperanzado.

—¿Es eso una taberna? —preguntó señalando con el bastón.

Su voz había sufrido un cambio notable, como si le concediera mucha importancia a la pregunta. Esther escuchó, con la esperanza de oír algo sabio o ingenioso.

Dick respondió que lo era.

—¿La conoces?

—He pasado por delante cientos de veces, pero eso es todo —replicó Dick.

—¡Ah! —dijo Van Tromp moviendo la cabeza con una sonrisa—, no eres un viejo soldado como yo, todavía tienes mucho que aprender. Disculpadme, pero si encuentro una taberna tan cerca de casa, en lo primero que pienso es en ser un buen vecino. Iré a presentarme. No, no hace falta que vengáis. Solo será un momento.

Se marchó a toda prisa en dirección a la taberna y dejó a Dick solo con Esther en el camino.

—Dick —exclamó la joven—, me alegra tanto tener un momento para hablar contigo; soy tan feliz, tengo mil cosas que decirte y quiero pedirte un favor. Imagínate, ha venido sin su caja de pinturas, sin un caballete, y quiero que tenga de todo. Quiero que vayas a comprarlo a Thymebury. Ya habrás visto cómo echa de menos la pintura. No pueden vivir sin ella —añadió, refiriéndose tal vez a Van Tromp y Miguel Ángel.

Hasta ese momento, ella no había notado nada raro en el modo de comportarse de Dick. Estaba demasiado feliz para sentir curiosidad, y su silencio, en presencia de aquel ser noble y bueno a quien ella llamaba su padre, le había parecido natural y halagador. Pero, ahora que estaban solos, reparó en una barrera entre ella y su amado y se alarmó.

—Dick —exclamó—, tú no me quieres.

—Pues claro que sí —respondió él de todo corazón.

—Pero no eres feliz, estás raro, no…, no te alegra ver a mi padre —concluyó con la voz entrecortada.

—Esther —dijo él—, te digo que te quiero; si tú me quieres, sabrás lo que eso significa y que lo único que deseo es que seas feliz. ¿Acaso crees que no sé disfrutar de tus alegrías? Si estoy incómodo, si parezco preocupado, si… ¡Oh!, créeme, trata de creerme —gritó interrumpiendo su argumentación por una feliz inspiración.

Pero las sospechas de la joven se habían despertado, y, aunque no insistió en el asunto (pues vio a su padre que volvía), no se lo quitó de la cabeza. Al principio, le

molestó el egoísmo del hombre que había enturbiado su alegría con su aire lúgubre y su lenguaje apasionado, pues no hay nada que una mujer perdone con más dificultad que el lenguaje de una pasión que ella no comparte. Luego sospechó que tal vez tuviera celos de su padre y, aunque le pareció comprensible, también le pareció despreciable. De un modo u otro, aquel era el peligroso comienzo de la separación entre dos corazones. Esther notó un cambio en su amigo más querido: ya no podía mirar en su corazón y ver que estaba escrito en el mismo idioma que el suyo, no podía pensar en él como el sol que irradiaba felicidad sobre su vida, pues había recurrido a él y solo había visto negrura y frialdad. Para resumirlo en una sola palabra, estaba empezando, aunque fuese levemente, a desenamorarse.

6

El padre pródigo va de triunfo en triunfo

No seguiremos paso a paso el regreso y acomodo del almirante, sino que nos apresuraremos hacia la catástrofe, y reseñaremos tan solo algunos incidentes particularmente dignos de mención, para lo cual deberemos basarnos por entero en el testimonio de Richard, pues Esther jamás ha dicho nada acerca de esa época tan penosa de su vida, y en cuanto al almirante…, bueno, ese oficial de la marina, aunque sigue con vida, y está más adecuadamente instalado en una ciudad portuaria donde dispone de un telescopio y una bandera en el jardín, es incapaz de arrojar la menor luz sobre el asunto. Más de una vez le ha dicho a este escritor: «Sé muy bien lo que ocurrió, señor, que me…», y algo que, en suma, espero que no le ocurra nunca. Y, después de contemplar el retrato de su hija, una fotografía, mueve la cabeza con aire distraído y se prepara otra copa de *grog* para consolarse. Una vez le he oído ir más allá y resumir sus sentimientos respecto a Esther en una única pero elocuente palabra. «Una fresca, señor», dijo más divertido que enfadado, y bebió alegremente a su salud. Incluso su peor enemigo tendría que admitir que se trata de un hombre sin maldad y que jamás le ha guardado rencor a nadie, pues carece del gusto y la constancia necesarios.

Sin embargo, fue en ese oscuro período cuando tuvo lugar el drama, y el escenario fue el corazón de Esther, lejos de todas las miradas. Si el destino hubiese tratado de otro modo a aquella joven recta, afectuosa y malhumorada, si los acontecimientos hubiesen seguido un orden distinto, pues unas cosas llevan a otras, el curso de esta historia habría cambiado, y Esther nunca habría huido. Pero el caso es que, a través de una serie de actos y palabras de los que solo conocemos unos pocos, y de una serie de pensamientos que únicamente podemos imaginar, despertó en cuatro días del sueño de toda una vida.

La primera causa tangible de su desengaño fue cuando Dick llevó a casa un arsenal completo de pintor un viernes por la tarde. El almirante «saboreaba» una vez más un poco de *brandy* con agua junto a la chimenea, y Esther estaba sentada a la mesa ocupada en su labor. Ambos se adelantaron para saludar al recién llegado, y la joven le ayudó a descargar su monstruosa carga y procedió a mostrarle a su padre sus ofrendas. Van Tromp pareció desanimarse y se puso quejumbroso.

—¡Dios mío! —dijo, y luego añadió en tono decididamente hostil—: Tengo que pedirte que no te entrometas, niña.

—Lo siento, papá —respondió ella—, sabía que habías roto con el arte…

—¡Oh, sí! —gritó el almirante—. ¡He roto hasta el día del juicio final!

—Discúlpame otra vez —dijo ella con firmeza—, pero no puedo, ni quiero, pensar que tengas razón. Aunque el mundo sea injusto y nadie te entienda, sigues teniendo un deber para contigo mismo. Y, ¡oh!, no estropees el placer de tu regreso, demuéstrame que puedes ser mi padre sin renunciar a tu destino. No soy como otras hijas. No tendré celos de tu arte, y me esforzaré por comprenderlo.

La situación era ridícula. Richard gimió al verla, ansió adelantarse para desenmascarar al impostor. ¿Y el propio impostor? ¿Acaso siguió impertérrito? Muy por el contrario estoy seguro de que se sintió fatal, y traicionó sus sufrimientos mediante un estúpido e indigno acceso de cólera, en el que rompió su pipa por varios sitios, arrojó su *brandy* con agua al fuego, y empleó palabras muy vulgares, aunque de modo un tanto vago. Su enfado duró poco y Van Tromp volvió a ser el mismo y a hacer gala de muy buen humor a los tres minutos del primer estallido.

—Soy un viejo idiota —dijo con franqueza—, me malcriaron de niño. En cuanto a ti, Esther, te pareces a tu madre, tienes un morboso sentido del deber, y sobre todo del deber ajeno. Lucha contra él, mi niña. En cuanto a los colores, bueno, los emplearé un día de estos, y como prueba de que hablo en serio, le pediré a Dick que me prepare la tela.

Dick se puso enseguida manos a la obra, el almirante ni siquiera lo miró mientras lo hacía, sino que se entretuvo con otro *grog* y una agradable vena de elocuencia.

Poco después, Esther se incorporó y se fue a dormir con no sé qué excusa. Dick se quedó ocupado con la tela y tuvo que sufrir al almirante casi una hora.

Al día siguiente, sábado, se cree que tuvo lugar una breve entrevista entre Esther y su padre, aunque pasado mediodía Dick se encontró con él, que volvía de la taberna, donde había hecho muy buenas migas con el tabernero. Dick se preguntó quién pagaría aquellas excursiones y, al pensar que el réprobo debía de conseguir su dinero de bolsillo del mismo modo que la comida y el alojamiento —es decir, de la generosidad de la pobre Esther—, estuvo a punto de derribar de un puñetazo al anciano caballero. Quien, por su parte, era todo gracia y alegría.

—Querido Dick —dijo cogiéndole del brazo—, eres un buen vecino y demuestras mucho tacto al salirme al encuentro cuando más te necesito. Estoy muy contento y me hace falta un buen amigo.

—Me alegra oír que está usted tan contento —repuso Dick con amargura—. Desde luego no tiene mucho de lo que preocuparse.

—No —admitió el almirante—, no mucho. Lo dejé todo a tiempo y aquí…, en fin, aquí todo me gusta. Soy de gustos sencillos. Y a propósito, nunca me has preguntado lo que opino de mi hija.

—No —dijo Dick en tono categórico—, desde luego que no.

—De modo que no tienes intención de hacerlo. ¿Y por qué, Dick? Es mi hija, por supuesto, pero soy un hombre de mundo, y tengo cierto gusto, por lo que estoy perfectamente cualificado para dar una opinión imparcial…, sí, Dick, imparcial. Francamente, no me ha decepcionado. Es guapa, lo ha heredado de su madre. De modo que puede decirse que yo escogí su aspecto. Y está entregada, muy entregada a mí…

—¡Es la mejor mujer del mundo! —le espetó Dick.

—Dick —exclamó el almirante deteniéndose—, ya me esperaba yo esto. Volvamos…, volvamos a la taberna y discutamos el asunto junto a una botella.

—Desde luego que no —dijo Dick—. Ya ha llegado usted demasiado lejos.

El parásito casi se sintió ofendido, pero la expresión de Dick y el recuerdo de los términos en que se habían tratado en París llegaron en su ayuda y le hicieron contenerse.

—Como quieras —dijo—, aunque no sé a lo que te refieres…, ni me interesa. Pero demos un paseo, si lo prefieres. Todavía eres joven, cuando tengas mi edad… En fin, por seguir con lo que estaba diciendo, me caes bien, Dick, me resultaste simpático desde el principio, y a decir verdad, Esther es un poco fantasiosa y estará mucho mejor casada. Como sabrás, tiene sus propios recursos. Los heredó, como su aspecto, de esa desdichada y adorable criatura que era su madre. Su madre fue una bendición para ella y ahora quiero que también lo sea su marido, y tú eres el hombre indicado, Dick, tú y nadie más que tú. Esta misma noche le preguntaré si está de acuerdo.

Dick se quedó horrorizado.

—Señor Van Tromp, se lo imploro —dijo—, haga usted lo que quiera, pero, por el amor de Dios, deje en paz a su hija.

—Solo cumplo con mi deber —replicó el almirante—, y, entre nosotros, granuja, también con mi inclinación. Soy tan casamentero como una viuda. Será más discreto que no vayas hoy a casa. Adiós. Has dejado tu caso en buenas manos, tengo un tacto instintivo para estos asuntos, no es la primera vez.

Todo argumento fue en vano, el viejo canalla siguió en sus trece. A Richard no se le ocultaba lo seriamente que eso podía perjudicar a sus proyectos y se debatió con dureza. Solo en una ocasión vio un brillo de esperanza. El almirante le propuso una vez más celebrar una conferencia en la taberna y, cuando Dick volvió a negarse, estuvo en el fiel de la balanza que el viejo borrachín volviera allí por su cuenta o no. De haberlo hecho, por supuesto, Dick podría haber echado a correr y advertido a

Esther de lo que se avecinaba y de cómo había empezado todo. Pero el almirante, tras una pausa, prefirió tomarse el *brandy* en casa y se fue en aquella dirección.

No tenemos los detalles de sus gestiones.

Al día siguiente vieron al almirante en la iglesia parroquial muy bien vestido. Se sentó en un buen sitio y entonó los himnos como es debido, y su aspecto, tal como él pretendía, llamó la atención entre los fieles. El viejo Naseby, por ejemplo, reparó en su presencia.

—Había un granuja con pinta de borracho sentado enfrente de nosotros —le dijo a su hijo cuando iban de vuelta a casa—, ¿sabes quién es?

—Un tipo…, un tal Van Tromp, tengo entendido —dijo Dick.

—¡Además extranjero! —observó el viejo terrateniente.

Dick no supo cómo felicitarse de haber salido tan bien librado. ¿Quién sabe lo que habría ocurrido si el almirante se hubiera encontrado con su padre? ¿Podría posponerse mucho tiempo dicha catástrofe? Tuvo la impresión de que se estaba preparando una tormenta, y lo cierto es que estaba mucho más cerca de lo que pensaba.

El miedo y la vergüenza le impidieron ir a casa de la chica esa tarde, pero cuando terminó la cena en Naseby House, y el señor de la casa se sumió en un agradable sueñecito, Dick se escabulló de la habitación y corrió campo a través, en parte para ahorrar tiempo y en parte por miedo a que se enfriase su entusiasmo, pues ahora odiaba pensar en esa casa y en el almirante, y, aunque a ella no la odiara, temía al menos pensar en Esther. Ignoraba por completo lo que pudiera opinar la joven, pero no se le ocultaba que la admiración que sentía por él debía de haber disminuido mucho, y aquel capricho le ofendía como un insulto.

Llamó a la puerta y le abrieron. La habitación tenía casi el mismo aspecto que el día de su última visita, con Esther a la mesa y Van Tromp junto al fuego, pero la expresión de sus semblantes era muy diferente. La muchacha estaba más pálida de lo habitual, tenía los ojos muy oscuros y el color parecía haberse apagado en torno a ellos, y el rápido vistazo que le echó le pareció tan intenso como si le hubiera mirado fijamente. Por otra parte, el aspecto del almirante era rosáceo, fofo y blando, la mandíbula le colgaba sobre el cuello de la camisa, tenía una sonrisa vaga y perdida y había relajado tanto el control natural de sus ojos que uno de ellos apuntaba hacia dentro, como si estuviera vigilando el crecimiento del absceso. No se deben hacer juicios apresurados, pero ciertamente el almirante no estaba sobrio. No hizo ademán de levantarse cuando Richard entró, sino que movió la pipa en el aire y lo miró de reojo a modo de bienvenida. Esther pareció no reparar siquiera en su presencia.

—¡Ajá, Dick! —gritó el pintor—. He ido a la iglesia, palabra que sí. Y te he visto, aunque tú no me vieses a mí. Y también he visto a una mujer bellísima, Dios mío. Si no fuera por esta calvicie y un aire un poco crapuloso que no se me oculta, si no fuese por eso y todo lo demás, habría…, habría…, he olvidado lo que estaba diciendo. Pero no tiene importancia, tengo muchas cosas que decir. Esta noche me siento

comunicativo. Revelaré todos mis secretos, hasta setenta veces siete. Estoy en vena, y lo único que necesito es alguien que me escuche, aunque sea un sordo, para estar tan feliz como Nabucodonosor.

No vale la pena dar más que un esbozo de las dos horas que siguieron. El almirante se portó de forma muy estúpida, de vez en cuando divertida, y nunca verdaderamente ofensiva. Se hizo evidente que tenía en cuenta que su hija estaba delante y escogió asuntos y un modo de hablar que no pudiesen incomodar a una dama. En casi cualquier otra ocasión, Dick habría disfrutado con la escena. El egotismo de Van Tromp, enardecido por la bebida, se alzaba por encima de la mera vanidad. Se mostró franco y comunicativo, quiso ganarse la confianza de los oyentes, y les confesó sus más íntimas convicciones respecto a su persona. Entre su conocimiento de sí mismo, que era considerable, y su vanidad, que era inmensa, había creado un extraño animal híbrido, y lo llamó por su nombre. Cómo se pavoneó de unas virtudes que habrían complacido a César o san Pablo, y cómo completó su autorretrato con uno de esos toques de realismo implacable que el satírico busca a menudo sin encontrarlos.

—Ahí tienes a Dick —dijo—, es astuto, me vio venir nada más conocerme, y me lo dijo…, me lo dijo a la cara, y yo tuve el mérito de no rechistar. No te guardo rencor, Dick, tenías razón: soy un sinvergüenza. —Ya pueden imaginarse cómo se amilanó Esther ante aquel nuevo rasgo del encuentro entre sus dos ídolos. Luego añadió entre paréntesis—: Eso —dijo Van Tromp— era cuando me veía obligado a pintar aquellos garabatos míos. —Y a continuación dijo riéndose, aunque con aire sincero—: Nunca he dudado ni un instante a la hora de sablear a alguien.

En ese momento Dick se puso en pie.

—Tal vez sea mejor —dijo— que fuésemos pensando en irnos a dormir.

Y esbozó una débil sonrisa de desaprobación.

—Ni mucho menos —gritó el almirante—, todavía tengo muchas cosas que contarte. Aquí, la niña —y señaló a su hija—, se irá a dormir y tú y yo nos quedaremos hasta que estemos bien trompas.

Al oírlo Esther se levantó con hosquedad. Había estado oyendo durante dos horas interminables cómo su ídolo se ultrajaba y despreciaba a sí mismo. Una por una, se habían volatilizado todas sus ilusiones. ¡Y ahora la enviaba a dormir en su propia casa!, ¡y la llamaba «niña»!, ¡y se caía de la silla y rompía la boquilla de la pipa en tres pedazos! Jamás se volvió un cordero hacia el esquilador con un aire tan serio. Le habló con voz tranquila y lenta, pero muy clara, y se plantó delante de él en actitud sencilla y femenina.

—No —dijo—, ahora el señor Naseby tendrá la bondad de marcharse a su casa, y tú te irás a la cama.

Al almirante se le cayeron al suelo los trozos de la pipa, por su aspecto parecía haber vivido demasiado tiempo en un mundo indigno de él, pero curiosamente no trató de responder y se quedó estupefacto con la boca abierta.

Le señaló la puerta a Dick con un gesto brusco y él no tuvo más remedio que obedecerle. En el porche, al ver que la tenía justo detrás, se aventuró a detenerse y susurrarle:

—Has hecho bien.

—He hecho lo que he querido —dijo ella—. ¿Sabe pintar?

—Hay a quien le gustan sus cuadros —respondió Dick en voz baja—. A mí nunca me han gustado; nunca he dicho que me gustaran —añadió en tono orgulloso, defendiéndose antes de que le atacara.

—Te he preguntado si sabe pintar. No me vengas con evasivas. ¿Sabe pintar? —repitió.

—No —dijo Dick.

—¿Le gusta, al menos?

—Ahora, no creo.

—¿Y está borracho? —se demoró con odio en aquella palabra.

—Ha estado bebiendo.

—Vete —dijo, y se volvió para entrar en la casa cuando otra idea la hizo detenerse—. Reúnete conmigo mañana por la mañana en el torniquete de la cerca —dijo.

—Allí estaré —replicó Dick.

Acto seguido la puerta se cerró y Dick se quedó solo en la oscuridad. Un rayo de luz asomaba todavía por el alféizar de la ventana como un cálido y débil resplandor, el tejado de la casa y algunos de los bancales y castaños se perfilaban como siluetas más oscuras contra el cielo, pero todo lo demás era informe, exánime y silencioso como un pozo. Dick siguió tal como ella lo había dejado, con todo el peso apoyado en un solo pie y descansando únicamente en el pulgar del otro, y escuchó con la mayor atención. El ruido de una silla empujada con brusquedad le dio un susto de muerte, pero luego volvió a hacerse el silencio en la casa y sus alrededores. Lo que ocurrió en ese rato es un misterio, pero cuando acabó, se oyó la voz de Esther que hablaba en voz baja y sin interrupciones cerca de medio minuto y luego unos pasos pesados y vacilantes que cruzaban el salón y subían a trompicones por las escaleras.

La joven había domado a su padre, Van Tromp se había ido obediente a la cama; eso fue más que evidente para el que escuchaba fuera. Sin embargo, siguió aguzando el oído angustiado, pues si Esther hubiese seguido a su padre, si hubiera hecho el menor movimiento en medio de aquella conspiración de los hombres y la naturaleza para guardar silencio, Dick debería haberlo oído al instante desde detrás de la puerta, y si no se había movido, ¿no sería que se había desmayado?, ¿no estaría muerta?

Oyó el reloj de la casa medir deliberadamente los segundos, era como si el tiempo se hubiese detenido, lo sobrecogió un terror casi supersticioso hasta que no pudo resistirlo más y, cruzando el jardincillo de un par de zancadas, asomó la cara por la ventana.

La persiana, que no habían bajado del todo, dejaba abierta una ranura de un par de centímetros por la que Dick pudo observar todo el salón. Esther estaba sentada muy erguida a la mesa, con la cabeza apoyada en la mano, y miraba fijamente la vela. Tenía el ceño levemente fruncido y la boca un poco entreabierta, y estaba tan quieta que a Dick le pareció que apenas respiraba. No se había movido al oír ruido fuera. Poco después, perturbando de forma considerable el profundo silencio de la noche, el reloj elevó la voz, gimió un rato como una perdiz y luego ululó once veces como un cuco. Esther continuó contemplando imperturbable la vela. Se hizo medianoche y luego la una de la mañana sin que ella se moviera o Dick se atreviera a apartarse de la ventana. Y luego, hacia la una y media, la vela que había estado observando con tanta atención llameó un poco más de la cuenta y ella se puso en pie con una interjección, miró el salón, apagó la luz, se dio la vuelta y se la oyó subiendo rápidamente las escaleras a oscuras.

Dick volvió a quedarse solo en la oscuridad y en ese obtuso y persistente estado en el que se encuentra uno cuando piensa que ya no puede pasarle nada peor y casi se alegra por ello. Se volvió y anduvo despacio hacia el torniquete de la cerca, ella no le había dicho ninguna hora y Dick había decidido que lo encontrara esperándola cuando llegase. Empezó a amanecer y Dick se apoyó en una cerca y contempló cómo se apartaban las sombras. Por fin asomó el sol por detrás de un banco de nubes que empezaba ya a dispersarse por el este; enseguida se levantó un viento cargado de presagios que barrió las hojas del suelo y dispersó las gotas de rocío. «¡Ay! —pensó Dick Naseby—, ¿habré de vivir otro día tan desagradable como este?». Todavía le faltaba la experiencia del día siguiente.

7

La fuga

Serían más o menos las diez y Dick debía de llevar un rato adormilado junto a la cerca, cuando Esther apareció por la carretera con un hatillo en la mano. Una especie de instinto, o tal vez las leves y distantes pisadas de la joven, ayudaron a Dick a recobrar el dominio de sus facultades cuando ella estaba todavía lejos, y se incorporó y miró pestañeando en torno a él. Tardó todavía un rato en ordenar sus ideas. Se había despertado con cierta placentera sensación inocente e infantil, como quien ha recibido una herencia de la noche a la mañana, pero aquella sensación fue desapareciendo poco a poco y acabó siendo sustituida por la pura verdad. Los acontecimientos de la noche anterior acudieron a su memoria hasta en sus más mínimos detalles como si los estuviera viendo, así que salió de la cuneta y, haciendo acopio de valor, fue a reunirse con su amada.

Ella acudió a su encuentro con paso rápido y decidido; todavía estaba pálida, pero parecía perfectamente dueña de sí misma, y no demostró ni sorpresa, ni alivio, ni alegría de encontrarlo allí. Tampoco le dio la mano.

—Aquí estoy —dijo él.

—Sí —replicó la joven, y luego, sin la menor interrupción ni cambio en la voz, añadió—: Llévame lejos de aquí.

—¿Lejos? —repitió él—. ¿Cómo? ¿Dónde?

—Hoy —respondió ella—. Me da igual dónde, pero quiero que me lleves lejos de aquí.

—¿Cuánto tiempo? No comprendo —balbució Dick.

—No pienso volver jamás —fue todo lo que respondió la joven.

Las palabras apasionadas, si se pronuncian, como en este caso, con voz y actitud tranquilas, ejercen una doble influencia en la imaginación de quien las oye. Dick se quedó muy aturdido y solo se recobró de su perplejidad para volver a sumirse en las dudas y la preocupación. Contempló su gesto gélido, tan desazonador para un enamorado, y se estremeció al pensar en todo lo que le sugería.

—¿Conmigo? —preguntó—. ¿Quieres fugarte conmigo, Esther?

—Quiero que me lleves lejos de aquí —repitió ella con fatigada impaciencia—. Llévame lejos…, lejos de aquí.

La situación no estaba del todo clara. Dick se preguntó preocupado si la chica estaría del todo en sus cabales. Dick estaba dispuesto a fugarse y casarse con ella, e incluso a trabajar con sus manos para mantenerla, pero necesitaba que ella le demostrara un poco de amor. No era de esos que tienen tan poco corazón y la piel tan dura que antes prefieren casarse a punta de bayoneta que no casarse. Si una mujer había de arrojarse en sus brazos, deseaba que lo hiciera, si no con ardor, al menos con ganas. Y el aspecto de Esther traslucía más desesperación que amor. Le enfriaba y le incitaba a la prudencia.

—Amor mío —le exhortó—, dime lo que deseas y lo tendrás, cuéntame lo que te preocupa y podré aconsejarte. Pero huir de aquí sin haberlo planeado, sin pensarlo, con tanta precipitación, es una locura y no puede traer nada bueno. No te hablo como un hombre, pero te digo la verdad y te lo repito: es absurdo, equivocado y peligroso.

Ella le dedicó una lánguida y sombría mirada de cólera.

—¿De modo que no quieres sacarme de aquí? —dijo—. Muy bien, entonces me iré sola.

Y, dicho y hecho, empezó a andar. Él se interpuso en su camino.

—¡Esther, Esther! —gritó.

—Déjame en paz, no me toques, ¿qué derecho tienes a entrometerte? ¿Quién eres tú para tocarme? —le espetó chillando con rabia.

Envalentonado por aquella violencia, él la cogió con firmeza, casi con brusquedad, por el brazo, y la sujetó mientras le decía:

—Sabes muy bien quién soy, y lo que soy, y que te quiero. Dices que no quiero ayudarte, pero tu corazón sabe que no es cierto. Eres tú quien no quieres ayudarme al no decirme lo que pretendes. Ya ves, o deberías ver, si te molestases en mirar, que te he esperado aquí toda la noche para poder servirte de ayuda. Solo te he pedido información, solo te he instado y animado a pensar las cosas, y te sigo animando a que consideres dos veces tus caprichos. Pero, si estás decidida, no se hable más, no seguiré rogándote, me limitaré a cumplir tus órdenes, y no permitiré…, no permitiré que te vayas sola a ninguna parte.

Ella lo miró un rato con un escrutinio frío y desagradable, como quien comprueba el temple de una herramienta.

—En ese caso, llévame lejos de aquí —dijo con un suspiro.

—De acuerdo —respondió Dick—. Ven conmigo al establo, cogeremos el coche e iremos hasta el apeadero del tren. Esta misma noche estarás en Londres. Soy tan enteramente tuyo que no puede describirse con palabras, aunque eso ya lo sabes y es innecesario decirlo. Que Dios me ayude a ser digno de ti, Esther…, ¡que Dios me ayude!, pues ya veo que tú no lo harás.

Y, sin más palabras, se pusieron en camino, y ya habían recorrido una buena distancia cuando Dick reparó en que ella seguía cargando con el hatillo. Cuando él se ofreció a llevarlo, Esther se lo dio con pasividad y se limitó a mover la cabeza y fruncir los labios. El sol brillaba agradablemente, el viento soplaba fresco y alegre contra sus rostros y llevaba fuertes aromas del bosque y los prados. Mientras descendían por el valle del Thyme, el burbujeo del arroyo se alzó en el aire como una risa eterna. En las montañas, a lo lejos, el sol y la sombra se perseguían por las laderas y saltaban de pico en pico. La tierra, el aire y el agua parecían más saludables y llenas de vida que de costumbre, y de este a oeste, desde el valle más profundo a lo alto del cielo, a partir de un roce, vista o aroma, cualquiera podía sacar agudas conclusiones respecto a la durabilidad y espíritu del universo.

Por allí anduvo Esther dando pasitos como un pájaro, aunque en silencio y con una nube en el ceño. Parecía insensible, no solo a la naturaleza, sino a la presencia de su compañero. Estaba encerrada en sí misma y no miraba ni a izquierda ni a derecha, sino solo hacia delante. No obstante, cuando llegaron al puente, se detuvo, se asomó al pretil y estuvo contemplando un rato la charca limpia y el agua rápida y fugaz del deshielo.

—Voy a beber —dijo—, y bajó por el serpenteante sendero hasta la orilla.

Una vez allí bebió ansiosa con las manos y se mojó las sienes con agua. Su frialdad pareció romper, por un instante, el hechizo que la dominaba, pues en lugar de proseguir con su absurdo e infatigable andar, se quedó donde estaba casi un minuto, mirando a lo lejos. Desde el puente donde estaba observándola, Dick vio cómo esbozaba lentamente una sonrisa extraña y equívoca que desapareció de pronto dejándola tan seria como antes; y el sentido de la distancia, tan difícil de soportar para cualquier enamorado, cada vez se hizo más evidente para su compañero. Sus

pensamientos eran un misterio para él, su corazón estaba cerrado y sellado, y Dick se quedó cortejándola en vano con la mirada.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Dick cuando por fin se reunió con él, y después de aquel silencio tan largo le pareció no reconocer su propia voz.

Ella lo miró durante una considerable fracción de minuto antes de responderle, y cuando lo hizo fue con un monosílabo:

—Sí.

Fue como un jarro de agua fría para la solicitud y preocupación de Dick. Las palabras se le atragantaron. Incluso sus ojos, desanimados, dejaron de buscar aliento en los suyos. Y ambos pasaron en silencio por la aldea de Kirton, donde un anciano los siguió con la mirada y tal vez les envidiara su juventud y su amor; cruzaron el arroyo Ivy, donde el molino gruñía y chapoteaba para sí a la sombra del valle y el molinero se sacudía la harina de las manos mientras silbaba una melodía; subieron por el bosque, desde donde vieron las montañas a ambos lados, y volvieron a descender hacia los patios traseros y las dependencias de Naseby House. Esther había ido por delante todo el camino, mientras Dick se arrastraba obedientemente tras de su estela, pero al acercarse a los establos, él se adelantó y abrió la marcha. Dick habría preferido que ella le esperase en el camino mientras iba a buscar el coche, pero después de tantos desplantes y desdenes no tuvo valor para pedírselo. Tal vez también le pareciera más inteligente dejarse ver. Así que entraron en el patio en fila india, como un vagabundo y su mujer.

El mozo de cuadra levantó las cejas al recibir la orden de enganchar el faetón, y siguió levantándolas durante los preparativos. Esther siguió muy rígida contemplando unos pollos que había en el corral. El mozo pensó que el señorito Richard no parecía el mismo de siempre, pues se aferraba al hatillo como a un talismán y, o bien se quedaba inmóvil, o se ponía a andar de pronto de un lado a otro con pasos rápidos y decididos. Además, al parecer había olvidado lavarse las manos y daba la impresión de haberse pasado la noche de juerga. El rostro del caballerizo adoptó la expresión de quien está a punto de ponerse a silbar. Y, en cuanto el coche dobló la esquina y empezó a traquetear por la carretera con aquella extraña pareja a bordo, se oyó un silbido grave, trémulo y prolongado y el mozo, un poco más aliviado, terminó de dar rienda suelta a su sorpresa mediante una sencilla palabra inglesa propia de carreteros y deshollinadores, y corrió a contar las novedades en las dependencias de los criados de Naseby House. En menos de una hora se serviría el almuerzo, y el anciano terrateniente sin duda preguntaría dónde estaba el señorito Richard. De ahí que, como el lector inteligente habrá imaginado ya, aquel mozo de cuadra tenga un papel que desempeñar en este embrollo.

Entretanto, Dick había estado meditando profunda y amargamente. Tenía la sensación de no estar tan enamorado como antes, como si su amor necesitase tomar un poco de distancia para buscar el tono adecuado para conmover el corazón de Esther. Pero no se atrevió a abrir la boca, y condujo en silencio hasta que pasaron las

puertas de la verja principal y tomaron el camino que discurría junto a la tapia. Luego pensó que era entonces o nunca.

—¿Es que no ves que me estás matando? —exclamó—. Háblame, mírame, trátame como a un ser humano.

Ella se volvió muy despacio y lo miró a la cara con una expresión que parecía más amable. Dick soltó las riendas y la cogió de la mano y Esther no se resistió, aunque tampoco respondió a su caricia. Pero cuando él le pasó el brazo por la cintura y trató de besarla en los labios, no como un enamorado, ni porque quisiera hacerlo, sino como un hombre desesperado que pone toda su vida en aquel gesto, ella se apartó con el ceño fruncido, negó airada con la cabeza y le empujó con la mano. Luego no quedó sombra de duda y Dick comprendió claramente que o bien le disgustaba o le guardaba rencor por alguna cosa.

—Entonces, ¿no me quieres? —dijo apartándose también de ella, como si el roce le quemara la piel, y como no le respondiera repitió en otro tono más imperioso, pero todavía patético—: No me quieres, ¿verdad?, ¿verdad?

—No lo sé —replicó ella—. ¿Por qué me lo preguntas? ¡Oh!, ¿cómo quieres que lo sepa? No me has contado más que mentiras…, ¡mentiras, mentiras y mentiras!

Él gritó su nombre, como quien ha sufrido un daño físico, y esa fue la última palabra que pronunciaron hasta que llegaron al apeadero de Thymebury.

Era una estación aislada en mitad de los páramos, pero se encontraba en la línea principal de Londres. La ciudad más próxima, la propia Thymebury, estaba a unos once kilómetros, por una línea que llamaban el ferrocarril del valle del Thyme. Eran las doce y media y el tren que iba en dirección sur acababa de pasar, y no habría más trenes hasta las tres y media, cuando el tren de cercanías fuese a reunirse con el expreso del norte a las cuatro menos cuarto. El jefe de estación había ido a cuidar de su jardín, que estaba a medio kilómetro en una hondonada del páramo; un mozo de cuerda, que se marchaba en ese momento, se hizo cargo del faetón y prometió devolverlo antes de la noche en Naseby House; solo un hombre serio, sordo y refunfuñón se quedó para acompañar a Dick y Esther.

Antes de que se alejase el faetón, la joven ya había entrado en la estación y se había sentado en un banco. Los páramos interminables y vacíos se extendían a lo lejos sin otro límite que el horizonte. Dos líneas de ferrocarril, un cobertizo para los vagones y unos cuantos postes de telégrafos eran los únicos rasgos distintivos del paisaje. En cuanto al sonido, solo el canto de los cables telegráficos y el griterío de los chorlitos rompían el silencio. Al acercarse el mediodía, el viento había ido amainando, y ahora hacía mucho calor y el aire temblaba a lo lejos.

Dick se detuvo un instante en el umbral del andén. Luego, en dos pasos, se plantó junto a ella y le habló casi con un sollozo.

—Esther —dijo—, ten compasión de mí. ¿Qué es lo que he hecho? ¿Es que no puedes perdonarme? Una vez me amaste…, ¿es que no puedes seguir haciéndolo?

—¿Cómo quieres que te responda si no lo sé? —respondió ella—. No me has contado más que mentiras de principio a fin. Incluso cuando me declaraste tu amor estabas burlándote de mi locura y jugando conmigo como con una niña. ¿Era cierto algo de lo que me dijiste?, ¿o era todo una burla? Estoy harta de tratar de averiguarlo. Dices que te amaba, pero a quien yo amaba era al amigo de mi padre. Nunca te amé, ni oí hablar de ti, hasta que ese hombre llegó a casa y descubrí lo engañada que estaba. ¡Devuélveme a mi padre, vuelve a ser lo que eras antes y podrás hablarme de amor!

—O sea, que no puedes perdonarme…, ¿verdad? —preguntó.

—No tengo nada que perdonar —respondió ella—. No lo entiendes.

—¿Es tu última palabra, Esther? —dijo él, muy pálido y mordiéndose el labio para que dejase de temblar.

—Sí, es mi última palabra —replicó ella.

—Entonces hemos llegado hasta aquí engañados y no tiene sentido seguir —dijo —. Si me hubieses amado, para bien o para mal, te habría llevado lejos de este lugar, pues habría tenido una posibilidad de hacerte feliz. Pero, tal como están las cosas, y perdona que hable con tanta claridad, lo que me propones es degradante para ti, un insulto para mí y un desprecio para tu padre. Tu padre será esto y lo otro, pero deberías tratarlo como a un ser humano.

—¿Qué insinúas? —replicó ella—. Le dejo mi casa y mi dinero, y eso es mucho más de lo que se merece. No sé cómo te atreves a hablarme de ese hombre. Además, es lo único que le interesa, que se quede con todo y no vuelva a molestarme nunca.

—Pensaba que eras novelesca respecto a los padres —dijo él.

—¿Es una provocación? —preguntó ella.

—No —replicó él—, es un argumento. Nadie puede obligarte a apreciarle, pero no le deshonres de ese modo. Es viejo, Esther, viejo y decrépito. Hasta yo siento lástima por él, y eso que me ha hecho perder lo que más quiero en este mundo. Escríbele a tu tía, cuando vea su respuesta podrás irte discretamente, yo mismo te llevaré con ella. Pero entretanto debes volver a casa. No tienes dinero, eres vulnerable y debes hacer lo que te digo. Créeme, Esther, lo hago solo por tu propio bien, y que Dios me ayude.

Ella se había metido las manos en los bolsillos y las sacó vacías.

—Yo contaba contigo —gimoteó.

—E hiciste bien —replicó él—, pero no voy a convertirte en una desgraciada por complacerte con un capricho momentáneo, y puesto que no puedo casarme contigo, llevamos demasiado tiempo fuera y debemos volver a casa cuanto antes.

—Dick —gritó ella de pronto—, tal vez yo podría…, con el tiempo…, tal vez…

—En estas cuestiones no hay tal vez que valga —la interrumpió Dick—. Más vale que vaya a por el faetón.

Salió a grandes pasos de la estación, lleno de pasión y virtud. Esther, cuyos ojos habían vuelto a la vida y cuyas mejillas habían recobrado el color al pronunciar

aquellas últimas palabras, volvió a quedarse como petrificada. No se movió hasta que llegó él y luego le permitió, como un idiota o un niño fatigado, que la subiera al faetón y la llevase a casa. Comparado con el de ahora, su estado de aquella mañana parecía de lo más natural. Ahora estaba lívida, fría y silenciosa y no había especulación en sus ojos. El pobre Dick no hacía más que arrear al poni, y una vez trató de silbar, pero empezaban a fallarle los ánimos, enormes nubes de desesperación se estaban acumulando en su alma y de vez en cuando se desgarraban con un relámpago de tristeza y arrepentimiento. Había perdido su amor…, lo había perdido para siempre.

El poni estaba cansado, las montañas eran altas y empinadas, y el aire estaba más bochornoso que nunca, pues la brisa había cesado del todo. Era como si aquella triste excursión no fuese a terminar nunca, como si el pobre Dick no fuera a poder marcharse y lamentarse en soledad, pues lo único que anhelaba era huir de su presencia y de los reproches de su mirada. Había perdido su amor, pensaba, lo había perdido para siempre.

No estaban lejos de la casa cuando le falló el corazón y volvió a implorarle una vez más, hablándole en voz baja y con frases entrecortadas.

—No puedo vivir sin tu amor —concluyó.

—No entiendo a lo que te refieres —replicó de forma totalmente sincera.

—Entonces —dijo él, herido en lo más hondo—, dile a tu tía que venga a buscarte ella misma. Estoy a tus órdenes, claro, pero creo que es mejor así.

—¡Oh, sí! —dijo ella fatigada—. Es mejor así.

Fueron las únicas palabras que intercambiaron hasta las cuatro de la tarde; el faetón, subiendo por el camino, llegó a la casa entre los bancales cubiertos de hojas. Una fina columna de humo salía de la chimenea; las flores del jardín y el espino del sendero humillaban la cabeza por el calor; solo el ruido de los cascos de un caballo interrumpía el silencio. Y es que, justo delante de la puerta, había un criado con librea que montaba despacio de aquí para allá sujetando las riendas de un caballo de monta. Y Dick se estremeció al reconocer el alazán de su padre.

¡Ay!, pobre Richard, ¿qué presagiaría aquello?

El criado desmontó y se ocupó del faetón, tal como era su deber. Sin embargo, Dick creyó notar que se llevaba la mano al sombrero con una sonrisa. Esther, más pasiva que nunca, dejó que la ayudara a apearse y cruzó el jardín con pasos lentos y mecánicos. Dick, que la seguía de cerca, oyó la voz de su padre en el interior de la casa soltando maldiciones, y la voz más aguda del almirante que respondía en tono beligerante.

8

Batalla campal

El señor Naseby, al sentarse a la mesa para almorzar, había preguntado por Dick, a quien no había visto desde la noche anterior en la cena, y, cuando el criado le contestó, de modo un tanto extraño, que el señorito Richard había estado allí, pero había vuelto a marcharse en el faetón, despertó de tal modo sus sospechas que interrogó a aquel hombre hasta que se lo contó todo.

Al parecer Dick había estado frecuentando desde hacía casi un mes a una joven del valle —una tal señorita Van Tromp—, que vivía cerca del bosque de lord Trevanion; por lo visto, el padre de la chica había regresado hacía poco, después de una larga ausencia, y era un anciano caballero muy parlanchín y aficionado a gastar dinero en la taberna —al oírlo el señor Naseby se puso de color púrpura—; por lo visto, además, dicho señor era un almirante —al oírlo el señor Naseby soltó un breve silbido tan feroz como un juramento—, y el señorito Dick parecía hacer muy buenas migas con él —«¡Que Dios le ayude!», exclamó el señor Naseby—; al parecer, esa última noche el señorito Dick no había dormido en casa y hoy se había marchado en el faetón con la señorita.

—Con la joven —corrigió el señor Naseby.

—Sí, señor —dijo el hombre, que se había resistido a ponerle al tanto de todas aquellas habladurías y ahora temía los efectos que pudieran tener aquellas revelaciones—. ¡Con la joven, señor!

—¿Llevaban algún equipaje? —preguntó el terrateniente.

—Sí, señor.

El señor Naseby guardó silencio un instante, tratando de contener sus emociones, y consiguió dominarse lo bastante como para ponerse sarcástico, cuando corría franco peligro de ponerse quejoso.

—¿E iba con ellos ese tal… Van Dunk? —preguntó demorándose desdeñoso en aquel nombre.

El criado creía que no, y, deseoso de quitarse de encima la responsabilidad, sugirió que tal vez fuese mejor preguntarle a George, el mozo de cuadra, en persona.

—Dile que ensille el alazán y venga conmigo; puede coger el castrado gris, porque tendremos que cabalgar deprisa. Ya puedes recoger todo esto —añadió el señor Naseby señalando el almuerzo, y se levantó de forma airada y señorial y empezó a dar vueltas por la terraza mientras esperaba su caballo.

En esas fue a verle la vieja niñera de Dick —pues las noticias se habían extendido como el fuego por Naseby House— y expresó tímidamente su deseo de que no le ocurriese nada malo al señorito.

—Yo lo sacaré de esta —dijo lúgubremente su señor, como si hablase de sacar a alguien de entre las ruedas de un molino—. Lo salvaré de esa pandilla. ¡Y que Dios le ayude la próxima vez! Le gusta frecuentar la compañía de gente vulgar y carece de afectos naturales. Su padre no es suficiente para él: tenía que ir a enredar con un holandés y dejarse atrapar por él. Esperemos que aprenda la lección —añadió con

más solemnidad—, pero los jóvenes siempre se meten en líos, Nancy, y los viejos tenemos que sacarlos de ellos.

Nancy gimoteó y recordó varios episodios de la infancia de Dick que llevaron al señor Naseby a sonarse la nariz y cogerla de la mano con rudeza, y luego, cuando llegó el caballo, a montar a toda prisa y salir al galope.

Cabalgó directo, a todo galope, hasta Thymebury, donde, como era de esperar, no pudo averiguar nada de los fugados. No los habían visto ni en la taberna ni en la estación. El semblante del señor Naseby se ensombreció aún más, no se le ocurrió pensar en el apeadero, así que su última esperanza era la casa de Van Tromp, y le pidió a George que lo llevara allí, con el corazón lleno de pesar, ansiedad e indignación.

—Ahí es, señor —dijo George, deteniéndose.

—¡Qué! ¡En mis propias tierras! ¿Cómo es posible? Le alquilé esta casa a alguien… M'Whirter o M'Glashan.

—Creo que la señorita M'Glashan era la tía de la joven, señor —replicó George.

—Ya veo…, un testaferro —dijo el anciano caballero—. Mucho me temo que también me costará cobrar las rentas. Coge mi caballo.

Aquella tarde tan calurosa, el almirante, estaba sentado junto a la ventana con un vaso en la mano. Conocía al terrateniente de vista y, al verlo desmontar delante de la casa y cruzar el jardín a grandes pasos, dedujo sin ningún género de dudas que había ido a pedir la mano de Esther.

«Por eso la chica no ha vuelto todavía —pensó—, muy considerado por parte del joven Naseby».

Así que se adecentó con cierta pompa y respondió a los ruidosos golpes de la fusta de montar que se oían en la puerta con una dulzona invitación a entrar, acompañada de una reverencia y una sonrisa.

—El señor Naseby, supongo —dijo.

El terrateniente estaba en pie de guerra, le echó una mirada despreciativa de pies a cabeza y decidió de inmediato la estrategia a seguir. Debía dejarle claro a aquel tipo que lo había calado desde el primer momento.

—¿Es usted el señor Van Tromp? —respondió con aspereza y sin reparar siquiera en la mano que el otro le había tendido.

—El mismo, señor —replicó el almirante—. Siéntese, se lo ruego.

—No, señor —dijo el terrateniente a bocajarro—, no quiero sentarme. Tengo entendido que es usted almirante —añadió.

—No, señor, no soy almirante —replicó Van Tromp, que empezaba a estar un poco picado y a captar mejor el tono de aquella entrevista.

—Entonces, ¿por qué se hace usted pasar por uno, señor?

—Tendrá que disculparme, pero nunca me he hecho llamar así —respondió Van Tromp, con tanta prosopopeya como el mismísimo Papa.

Pero no había nada capaz de detener al terrateniente.

—Es usted un farsante de tomo y lomo —dijo—. Incluso ha alquilado esta casa con un nombre supuesto.

—Esta no es mi casa. Soy huésped de mi hija —replicó el almirante—. Si fuese mi casa…

—¿Y bien? —preguntó el terrateniente—, ¿qué es lo que haría usted? ¿Eh? —El almirante lo miró con nobleza, pero guardó silencio—. Mire, usted —dijo el señor Naseby—, sus bravatas son una pérdida de tiempo. Lo tengo calado y no le servirán de nada. No toleraré que trate usted de ganar tiempo con su palabrería. Supongo, señor, que sabrá lo que me ha traído aquí.

—Ignoro por completo el motivo de su intromisión —respondió con una reverencia el señor Van Tromp.

—En ese caso tendré que decírselo yo. He venido aquí como padre. —Y golpeó la mesa con la fusta—. El derecho y la justicia están de mi lado. Sé muy bien lo que se trae entre manos, pero no había contado usted conmigo. Soy un hombre de mundo y le veo venir y sé lo que se propone con sus manejos. Tengo que enfrentarme a una conspiración, me atrevo a llamarla de ese modo, y pienso ponerla al descubierto y aplastarla. Le ordeno a usted que me diga hasta dónde ha llegado ya, y adónde se ha llevado a mi desdichado hijo.

—¡Dios mío, caballero! —le interrumpió Van Tromp—, ya empiezo a estar harto. ¿Su hijo? ¡Dios sabe dónde estará! ¿Qué demonios tengo yo que ver con su hijo? Mi hija también ha salido y, por la misma regla de tres, yo podría preguntarle a usted dónde está. ¿Qué me dice a eso? Esto es una locura. Dígame de una vez a qué ha venido, y váyase.

—¿Cuántas veces tendré que decírselo? —exclamó el terrateniente—. ¿Adónde ha llevado su hija a mi hijo esta mañana en el maldito faetón?

—¿En un faetón?

—Sí, señor…, y con equipaje.

—¿Con equipaje? —Van Tromp había empalidecido levemente.

—Sí, con equipaje, ¡con equipaje! —gritó Naseby—. Déjese ya de disimulos. ¿Dónde está mi hijo? Está usted hablando con un padre, señor, con un padre.

—Pero, señor, si eso es cierto —replicó Van Tromp en un tono muy distinto—, soy yo quien tengo que pedirle explicaciones.

—Exacto. En eso consiste la conspiración —replicó Naseby—. ¡Oh! —añadió—. Soy un hombre de mundo. Les tengo calados a todos.

Van Tromp empezó a comprender.

—Insiste usted mucho en lo de que ha venido aquí como padre, señor Naseby —dijo—, pero parece olvidar que ambos compartimos esa condición. No alcanzo a comprender, ni siquiera por asomo, que un hombre, y fíjese que no he dicho un caballero, pueda insultar a otro como lo ha hecho usted desde que entró en esta casa. Ahora entiendo sus insinuaciones y las desprecio tanto como le desprecio a usted. Tengo entendido que fue usted una especie de fabricante; yo soy un artista, he visto

días mejores, he frecuentado sociedades donde a usted no le recibirían, y cenado en sitios donde usted pagaría con gusto una libra por verme cenar. Desprecio eso que llaman la aristocracia del dinero, señor mío. Me niego a ayudarle a usted y rechazo su ayuda. Ahí tiene usted la puerta.

Y el almirante se plantó allí, como si estuviera rodeado de un halo.

En ese momento fue cuando entró Dick. Llevaba un rato esperando en el porche con Esther inmóvil a su lado. Había extendido el brazo para impedirle la entrada y ella lo había permitido sin sorprenderse, y aunque daba la impresión de estar escuchando, apenas parecía comprender lo que oía. Dick, por su parte, estaba tan pálido como la pared, los ojos le ardían y los labios le temblaban de rabia cuando abrió la puerta de pronto, hizo pasar a Esther con ceremoniosa galantería y se caló el sombrero como quien está a punto de dar un salto.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó.

—¿Es este su padre, señor Naseby? —preguntó el almirante.

—Sí —replicó el joven.

—Pues le felicito —repuso Van Tromp.

—¡Dick! —gritó su padre interrumpiéndole—, no es demasiado tarde, ¿verdad? He llegado a tiempo de salvarte. Vamos, vamos…, vayámonos de aquí.

E hizo ademán de ir a acariciar a Dick.

—¡Quítame las manos de encima! —gritó Dick, no por animosidad, sino porque tenía los nervios destrozados después de tantas desdichas seguidas.

—No, no —dijo el anciano—, no repudies a tu padre, Dick, he venido aquí a salvarte. No me repudies, muchacho. Tal vez no haya sido amable ni considerado contigo, puede que haya sido demasiado duro, pero no ha sido por falta de afecto. Recuerda los viejos tiempos. Siempre fui amable contigo, ¿no es cierto? Cuando eras niño y tu madre estaba con nosotros. —El señor Naseby se interrumpió con una especie de sollozo. Dick se quedó mirándolo perplejo—. Vamos —prosiguió su padre con un susurro—, no debes temer las consecuencias. Soy un hombre de mundo, Dick; y ella no puede exigirte nada…, nada, créeme. Sabremos ser generosos, Dick…, les daremos una jugosa cantidad, al padre y a la hija, y se acabó.

Trató de arrastrar a Dick hacia la puerta, pero él se resistió.

—Será mejor, señor, que no se atreva a insultar a esta dama —le advirtió su hijo tan sombrío como la misma noche.

—¿Es que no vas a elegir entre tu padre y tu amante? —dijo el padre.

—¿Cómo la has llamado? —gritó Dick en voz muy clara.

La paciencia y la ecuanimidad no se contaban entre las virtudes del señor Naseby.

—La he llamado tu amante —gritó—, y lo mismo podría haberla llamado…

—Eso es una mentira cobarde —replicó Dick muy despacio.

—¡Dick! —gritó el padre—. ¡Dick!

—No me importa —dijo el hijo, haciendo acopio de fuerzas contra su propia voluntad—. Lo que he dicho es cierto.

Se hizo una pausa.

—Dick —dijo por fin el anciano, en un tono tan trémulo como si estuviera en plena galerna—, me marcho. Te dejo con tus amigos, el señor…, con tus amigos. Había venido a ayudarte y me voy como un hombre hundido. Hacía años que lo veía venir, y ahora ha sucedido. Nunca me has querido. Me has llevado a la tumba. Puedes estar orgulloso. Ahora me despido. ¡Que Dios te perdone!

Y con esas palabras se marchó, y los tres oyeron los cascos de su caballo mientras descendía por el camino. Esther no había hecho ni un solo gesto en toda la entrevista, y siguió guardando silencio ahora que todo había terminado, pero el almirante, que había avanzado y retrocedido varias veces, ahora se adelantó muy decidido.

—Eres un hombre valiente —le dijo a Dick—, pero, aunque no me gusta que los padres se entrometan, creo que has sido un poco duro con el viejo. —Luego añadió con una risita—: Empezaste, Richard, con cuchara de plata y ahora estás con el agua al cuello, como todos. Trabajo, trabajo, no hay nada como el trabajo. Tienes buenos modales y eres hábil, si te aplicas puedes llegar a ser millonario.

Dick se estremeció. Cogió a Esther de la mano y la miró con tristeza.

—Así que esto es el adiós —dijo.

—Sí —respondió ella.

No había expresión en su voz y no le devolvió la mirada.

—Para siempre —añadió Dick.

—Para siempre —repitió ella maquinalmente.

—He pagado un alto precio —prosiguió—. Con el tiempo, creo que podría haberte demostrado que soy digno de ti, pero no he tenido ocasión de demostrarte lo mucho que te quiero. No ha podido ser. Lo he perdido todo.

Soltó su mano, sin dejar de mirarla, y ella se volvió para salir de la habitación.

—Pero ¿qué demonios significa esto? —gritó Van Tromp—. ¡Esther, vuelve aquí!

—Déjela marchar —dijo Dick, y observó cómo se iba con emociones encontradas, pues había caído en ese estado en el que los hombres sienten el vértigo del infortunio, paladean los golpes del destino, y se apresuran hacia cualquier cosa decisiva que pueda librarles de la incertidumbre, aun a costa de su propia ruina. Es una de las muchas formas menores del suicidio.

—No me quería —dijo volviéndose hacia el padre.

—Eso temí —respondió—, cuando la sondeé. ¡Pobre Dick, pobre Dick! Y, sin embargo, creo que en eso nos parecemos. Hemos nacido para ver felices a los demás.

—Olvida que ahora soy pobre —replicó Dick con cierto desdén.

Van Tromp chasqueó los dedos.

—¡Bobadas! Esther tiene de sobra para los tres.

Dick lo miró un poco sorprendido. Jamás se le había ocurrido pensar que aquel parásito inútil, manirroto y extorsionador pudiera ser, después de todo y a pesar de todo, íntegro en su fuero más íntimo, y sin embargo así era.

—No —dijo Dick—, debo marcharme.

—¿Marcharte? —gritó Van Tromp—. ¿Dónde? No dé ni un paso más, señor Naseby. ¡Usted se quedará aquí!, y, en fin, hará algo práctico, presentarse a algún empleo como secretario privado…, y cuando lo obtenga, váyase si quiere. Pero, entretanto, señor, nada de falsos orgullos, debes quedarte con tus amigos y abusar un poco de papá Van Tromp, que tantas veces abusó de ti.

—¡Dios mío! —gritó Dick—. Al final resultará ser usted el mejor de todos.

—Dick, muchacho —replicó el almirante guiñándole el ojo—, fíjate bien en mí y verás que al menos no soy el peor.

—Entonces, ¿por qué…? —empezó Dick, e hizo una pausa—. Pero Esther… —volvió a empezar para volver a interrumpirse—. El hecho es, almirante —ahora pudo decirlo claramente—, que Esther me pidió que me fugara con ella y me ha costado mucho traerla de vuelta.

—¿En el faetón? —preguntó el almirante con la estupidez de la extrema sorpresa.

—Sí —respondió Dick.

—Pero ¿de qué demonios huía?

A Dick le resultó muy difícil responder a esa pregunta.

—En fin —dijo—, no me negará que es usted un poco disoluto.

—Siempre me he comportado con ella como un archidiácono, señor mío —replicó acalorado Van Tromp.

—Sí, pero bebe usted mucho —insistió Dick.

—Admito que, una vez, solo una, desde que llegué a este lugar, fui como una hoja arrastrada por el viento —repuso el almirante—. Pero, incluso entonces, no hice nada que no fuese adecuado en cualquier salón. Me gustaría que me dijese usted cuántos padres, laicos o clericales, se van a dormir a diario con la cara roja como un cangrejo y ojos de bacalao…, ¡y encima son aburridos, ni siquiera les alegra el dinero! No, si esas han sido sus razones para huir, que se vaya donde quiera.

—Verá —volvió a intentarlo Dick—, ella se había hecho ilusiones…

—¡Malditas sean sus ilusiones! —gritó Van Tromp—. He sido bueno con ella, soy su padre y me gusta. Además, había empezado a cogerle cariño y pensaba quedarme con ella para siempre. Pero te diré una cosa, Dick: puesto que ha jugado con tus sentimientos, ¡sí, no lo niegues!, y ya que su anciano padre no es de su gusto, que se vaya al demonio.

—¿Será usted al menos amable con ella? —dijo Dick.

—Jamás he sido desagradable con nadie —replicó el almirante—. Puedo ser firme, pero nunca desagradable.

—Muy bien —dijo Dick tendiéndole la mano—. Que Dios le bendiga y adiós.

El almirante juró y perjuró que no lo dejaría marchar.

—Dick —le dijo—, eres un egoísta; olvidas a tu viejo almirante. No irás a dejarlo aquí solo, ¿verdad?

De nada sirvió recordarle que aquella casa no era suya, pues su inteligencia no estaba hecha para esa clase de consideraciones, de modo que Dick se apartó de él por

la fuerza y, gritándole adiós, echó a andar por el camino de Thymebury.

9

En el que reaparece, como deus ex machina, *el amable editor*

Debió de ser una semana más tarde cuando un caballero muy nervioso y mal vestido acudió a visitar por un asunto muy urgente al viejo señor Naseby, que estaba sentado malhumorado en su despacho.

—Tengo que pedirle que disculpe mi intromisión, señor Naseby —dijo—, pero he venido a cumplir con mi deber. Ya le habrán dado a usted mi tarjeta, pero tal vez no sepa, puesto que no lo indica, que soy el director del *Thymebury Star*.

El señor Naseby alzó la mirada indignado.

—No alcanzo a comprender —dijo— qué puede querer hablar usted conmigo.

—Solo quiero decirle una cosa…, tengo algo que comunicarle. Hace ahora unos meses…, disculpe que se lo recuerde, pero es absolutamente necesario…, tuvimos una desdichada discrepancia respecto a cierto asunto.

—¿Ha venido usted a disculparse? —preguntó el terrateniente con voz severa.

—No, señor, a hacerle notar cierta circunstancia. La mañana en cuestión, su hijo, Richard Naseby…

—No permito que nadie mencione su nombre.

—Pues a mí tendrá que permitírmelo —replicó el director.

—Es usted muy cruel —dijo el terrateniente.

Tenía razón, era un hombre hundido.

El director le describió la visita de advertencia de Dick, le explicó cómo había notado, por su mirada, que el joven había ido allí con intención de darle una paliza y que él se había librado solo porque había despertado su compasión —así lo expresó el director—, «solo porque desperté su compasión, señor. Y, ¡oh!, señor —prosiguió—, si lo hubiese visto usted hablar en su defensa, estoy seguro de que se habría sentido orgulloso de su hijo. Vamos, si hasta yo sentí admiración por el muchacho, y por eso mismo he venido a verle».

—Lo he juzgado mal —dijo el terrateniente—. ¿Sabe usted dónde se encuentra?

—Sí, señor, está enfermo en Thymebury.

—¿Puede usted traerlo aquí?

—Sí.

—Ruego a Dios porque me perdone —dijo el padre.

Y él y el director fueron a toda prisa al pueblo.

Al día siguiente, corrió la noticia de que el señorito Richard se había reconciliado con su padre y lo habían llevado a Naseby House. Según se decía, estaba enfermo y el señor Naseby lo cuidaba como una madre. En este caso, los rumores hacían honor a la verdad y, junto a la cabecera de la cama, ambos intercambiaron muchas confidencias, y las nubes que llevaban acumulándose varios años se dispersaron en pocas horas, nos gustaría pensar que para siempre. Siguieron muchas largas conversaciones que no tuvieron ningún efecto práctico, aunque sirvieron para que ambos se conocieran mejor, y por fin, un martes lluvioso, pudo verse al terrateniente que iba camino de casa de la joven.

El anciano caballero adoptó una expresión de autodominio, no del todo alegre, y entró en la casa en su visita de reconciliación con el aspecto de un cura que va a anunciar un fallecimiento.

El almirante y su hija estaban en casa y ambos miraron al visitante con más sorpresa que agrado.

—Señor —le dijo a Van Tromp—, me temo que he sido muy injusto con usted.

Se oyó un leve sonido en la garganta de Esther y la chica se llevó la mano al corazón.

—Cierto, señor mío, y le honra reconocerlo —replicó el almirante—. Estoy dispuesto a hacer las paces con usted, puesto que he oído decir que se ha reconciliado con mi amigo Dick. Pero permita que le recuerde que también le debe usted una disculpa a esta joven.

—Tendré la temeridad de pedirle algo más que perdón —dijo el terrateniente—. Señorita Van Tromp —prosiguió—, en la anterior ocasión estaba muy angustiado y no sabía nada de su carácter, pero confío en que pueda usted disculpar a un viejo que le ruega que lo perdone desde lo más hondo de su corazón. Desde entonces he oído hablar mucho de usted, pues tiene usted un ferviente defensor en mi casa. Ya imaginará que me refiero a mi hijo. Siento decir que no está precisamente bien y que no se recupera tal como habían esperado los médicos; tiene demasiadas preocupaciones y, para serle sincero, temo que, si usted no nos ayuda, acabaré perdiéndolo. ¡Perdónele usted! Yo también estuve enfadado con él y descubrí que estaba equivocado. Es solo un malentendido, créame, con un único gesto bondadoso puede hacernos felices a él y a mí, y también a usted misma.

Esther fue hacia la puerta, pero mucho antes de llegar prorrumpió en sollozos.

—Está bien —dijo el almirante—, conozco a las de su sexo. Permita que le felicite, señor Naseby.

El terrateniente estaba demasiado aliviado para enfadarse.

—Querida —le dijo a Esther—, no debe usted disgustarse así.

—Lo mejor será que vaya a verlo cuanto antes —sugirió Van Tromp.

—No me atrevía a proponérselo —replicó el terrateniente—, me temo que las conveniencias…

—*Je m'en fiche* —gritó el almirante, chasqueando los dedos—. Irá ahora mismo a ver a mi amigo Dick. Corre a arreglarte, Esther.

Esther lo obedeció.

—¿No volverá a… fugarse? —preguntó el señor Naseby en cuanto salió de la habitación.

—No —dijo Van Tromp—, pero se lo advierto, es una chica muy rara.

«No soporto al hombre de los abscesos», pensó el terrateniente.

Y por eso hay otra familia y un bebé recién nacido en Naseby Dower House y el gran Van Tromp vive instalado como un señor en la costa de Inglaterra, y por eso en Naseby House se reciben diariamente veintiséis ejemplares del *Thymebury Star*.

EL LADRÓN DE CADÁVERES

Todas las noches del año, los cuatro nos sentábamos en el saloncito de la taberna George de Debenham: el empresario de pompas fúnebres, el dueño, Fettes y yo. A veces había alguno más, pero soplara viento o no, lloviera, nevara o cayera una helada, nosotros cuatro nos arrellanábamos en nuestros sillones respectivos. Fettes era un viejo escocés aficionado a la bebida, un hombre culto y, sin duda, de posibles, pues vivía sin necesidad de trabajar. Había llegado a Debenham hacía muchos años, cuando todavía era joven, y por el mero hecho de seguir viviendo allí había llegado a convertirse en ciudadano de adopción. Su manto azul de camelote era una antigüedad local, como el campanario de la iglesia. Su sitio fijo en el salón de la taberna, su falta de asistencia a la iglesia y sus viejos vicios libertinos y vergonzosos eran de todos conocidos en Debenham. Sostenía algunas vagas opiniones radicales y un efímero escepticismo religioso que sacaba a relucir de vez en cuando y subrayaba con vacilantes manotazos en la mesa. Bebía ron: por lo general, cinco copas cada noche, y pasaba la mayor parte de sus visitas nocturnas a la taberna con un vaso en la mano derecha y sumido en un melancólico estado de saturación alcohólica. Lo llamábamos el médico, porque se decía que tenía conocimientos de medicina y se sabía que, en caso de apuro, era capaz de entablillar una fractura o reducir una luxación, pero, aparte de esos escasos detalles, no sabíamos nada de su personalidad o antecedentes.

Una negra noche de invierno —habían dado las nueve poco antes de que el dueño se reuniera con nosotros— llevaron a un enfermo a la taberna, un gran terrateniente de la comarca había sufrido una apoplejía mientras iba camino del Parlamento y habían telegrafiado a un famoso médico londinense para que acudiese a la cabecera del gran hombre. Era la primera vez que ocurría algo semejante en Debenham, pues hacía muy poco que habían inaugurado la línea de ferrocarril y a todos nos conmovió mucho el incidente.

—Ya ha llegado —dijo el dueño después de llenar y encender la pipa.

—¿Que ha llegado? —pregunté—. ¿Quién…? ¿No será el médico?

—El mismo —replicó nuestro anfitrión.

—¿Cómo se llama?

—Doctor Macfarlane —dijo el dueño.

Fettes iba ya por su tercer vaso y estaba tan sumido en el estupor de la borrachera que lo mismo asentía con la cabeza que miraba perplejo a su alrededor, pero al oír aquellas palabras dio la impresión de despertar y repitió el nombre «Macfarlane» un par de veces, en voz baja al principio y con súbita emoción la segunda vez.

—Sí —dijo el dueño—, así se llama, doctor Wolfe Macfarlane.

Fettes se serenó en el acto, sus ojos parecieron despertar, su voz se volvió clara, fuerte y firme, y habló con energía y seriedad. A todos nos sorprendió aquella transformación, como si alguien hubiese resucitado de entre los muertos.

—Le ruego que me disculpe —dijo—, me temo que no estaba siguiendo la conversación. ¿Quién es ese Wolfe Macfarlane? —Y, después de oír las explicaciones del dueño, exclamó—: Es imposible, no puede ser, y, sin embargo, quisiera verle la cara.

—¿Lo conoce usted, doctor? —preguntó boquiabierto el empresario de pompas fúnebres.

—¡No lo quiera Dios! —replicó el otro—. No obstante, es un nombre poco corriente y sería mucha coincidencia que hubiese dos. Dígame, ¿es viejo?

—Bueno —dijo el dueño—, desde luego no es joven, y tiene el cabello cano, pero parece más joven que usted.

—Y sin embargo, es mayor, mucho mayor. Pero lo que ven pintado en mi rostro es obra del ron…, del ron y del pecado —dijo dando un manotazo en la mesa—. Ese hombre tal vez tenga la conciencia tranquila y una buena digestión. ¡Conciencia! Cualquiera que me oyera pensaría que he sido un buen cristiano, ¿no creen? Pero no, yo no, nunca he sido ningún hipócrita. Tal vez Voltaire lo hubiese sido de haber estado en mi pellejo —se dio un manotazo en la calva cabeza—, pero mi cerebro estaba claro y despejado y me limité a ver sin sacar conclusiones.

—Si conoce usted a ese médico —me aventuré a observar, tras una penosa pausa —, ¿debo entender que no comparte la buena opinión del tabernero?

Fettes no me hizo el menor caso.

—Sí —dijo con súbita decisión—, tengo que verlo cara a cara.

Se hizo otra pausa, luego una puerta se cerró en el primer piso y se oyeron unos pasos en las escaleras.

—Es el médico —gritó el dueño—. Si se da prisa, podrá alcanzarlo.

Solo había dos pasos desde el saloncito hasta la puerta de la taberna, las anchas escaleras de roble daban casi a la calle y entre el último peldaño y el umbral solo había sitio para una alfombra turca, pero aquel lugar estaba muy bien iluminado no solo por la lámpara de la escalera y el gran farol que había junto al cartel de la taberna, sino también por el cálido resplandor de la ventana del bar. El establecimiento se anunciaba así brillantemente a los transeúntes que pasaban por la calle fría. Fettes fue allí con paso firme, y los que nos quedamos detrás vimos encontrarse a los dos hombres, tal como había dicho uno de ellos, cara a cara. El doctor Macfarlane parecía despierto y vigoroso. Su cabello blanco enmarcaba su semblante pálido y plácido, aunque enérgico. Iba muy bien vestido con el mejor paño y una camisa de hilo, llevaba una gran cadena de oro para el reloj, y gemelos y antiparras del mismo material precioso. Lucía una ancha corbata blanca con lunares de color lila, y llevaba debajo del brazo un cómodo abrigo de piel. No había duda de que llevaba sus años con dignidad y de que transpiraba riqueza y respetabilidad, y fue un sorprendente contraste ver a nuestro borrachín contertulio —calvo, sucio, granujiento y envuelto en su vieja capa de camelote— salirle al encuentro al pie de las escaleras.

—¡Macfarlane! —exclamó en voz alta, más como un heraldo que como un amigo.

El famoso médico se detuvo en el cuarto escalón, como si le sorprendiera la familiaridad de aquel saludo y ofendiera en cierto modo su dignidad.

—¡Toddy Macfarlane! —repitió Fettes.

El londinense casi se tambaleó. Se quedó mirando un instante al hombre que tenía delante, luego echó un vistazo asustado a sus espaldas y susurró muy sorprendido:

—¡Fettes! ¡Tú!

—Sí —dijo el otro—, ¡yo! ¿Creías que también había muerto? No es tan fácil librarse de los conocidos.

—¡Calla, calla! —exclamó el médico—. ¡Calla!, este encuentro es de lo más inesperado… Veo que te has ofendido. Admito que casi no te he reconocido, pero me alegra mucho…, me alegra tener esta oportunidad. Hoy solo puedo decirte hola y adiós, pues tengo un coche esperando y no quiero perder el tren, pero…, veamos…, sí, eso es, dame tu dirección y tendrás noticias mías. Algo habrá que hacer por ti, Fettes. Me temo que no andas bien de dinero, pero algo habrá que hacer aunque solo sea «por los viejos tiempos», como solíamos cantar en nuestras cenas.

—¡Dinero! —gritó Fettes—, ¡tu dinero! El que me diste todavía debe de seguir allí donde lo arrojé en la lluvia.

El doctor Macfarlane había hablado con cierta superioridad y confianza, pero la insólita energía de aquel rechazo lo devolvió a su confusión inicial.

Una fea y horrible expresión cruzó rápidamente su casi venerable semblante.

—Mi querido amigo —dijo—, haz lo que quieras, nada más lejos de mi intención que ofenderte. No pretendía entrometerme. No obstante, te dejaré mis señas…

—No, gracias…, no quiero saber cuál es el techo que te cobija —le interrumpió el otro—. Oí tu nombre, temí que pudieras ser tú, quise saber si después de todo había un Dios; ahora ya sé que no. ¡Vete!

Se quedó plantado en mitad de la alfombra, entre la puerta y las escaleras, de modo que el gran médico londinense tuviera que hacerse a un lado para escapar. Fue evidente que dudó al pensar en aquella humillación. A pesar de lo pálido que estaba, había un brillo amenazador en sus antiparras, pero mientras esperaba indeciso, reparó en que el cochero estaba contemplando de reojo desde la calle aquella escena tan poco frecuente, y al mismo tiempo vio a nuestro pequeño grupo amontonado junto a la barra del bar. La presencia de tantos testigos le decidió a huir de inmediato. Se encogió y se dirigió hacia la puerta rozando los paneles de la pared tan rápido como una serpiente. Pero sus tribulaciones no habían terminado del todo, pues Fettes lo agarró del brazo al pasar y le susurró estas palabras con dolorosa claridad:

—¿Has vuelto a verle?

El acaudalado y famoso médico londinense soltó un grito agudo y oprimido, empujó al que le interrogaba, se echó las manos a la cabeza y huyó como un ladrón al que acaban de sorprender. Antes de que pudiésemos hacer ningún movimiento el

coche traqueteaba ya hacia la estación. La escena terminó como un sueño, aunque dejó huellas y pruebas de que había sucedido. Al día siguiente, el criado encontró rotas las antiparras de oro en el umbral y esa misma noche nos reunimos boquiabiertos junto a la ventana del bar, con Fettes a nuestro lado, sobrio, pálido y con aire decidido.

—¡Que Dios nos ayude, señor Fettes! —dijo el dueño, que fue el primero en recobrar el uso normal de sus sentidos—. ¿A qué ha venido todo eso? Ha dicho usted cosas muy raras.

Fettes se volvió y nos fue mirando a la cara uno por uno.

—Traten de no irse de la lengua —dijo—. Es peligroso contrariar a ese Macfarlane, los que lo han hecho no han tenido tiempo de arrepentirse.

Y luego, sin haber terminado siquiera el tercer vaso, ni mucho menos pedido los otros dos, se despidió de nosotros y se internó en la oscuridad de la noche, tras pasar por debajo del farol de la posada.

Los tres volvimos a ocupar nuestros sitios en el saloncito, con un buen fuego y tres velas recién empezadas; y, al recordar lo sucedido, el primer escalofrío de sorpresa no tardó en convertirse en un cosquilleo de curiosidad. Nos quedamos hasta tarde, no recuerdo ninguna otra ocasión en la que tardáramos tanto en irnos de la taberna. Antes de que nos fuésemos, cada uno de nosotros tenía una teoría que demostrar y ninguno pensaba en otra cosa que no fuese rastrear el pasado de nuestro misterioso contertulio y descubrir el secreto que compartía con el famoso médico londinense. No es por presumir, pero creo que me las arreglé mucho mejor que mis compañeros de tertulia a la hora de desentrañar su historia, y tal vez hoy sea el único en el mundo que puede narrar los sucesos horribles y monstruosos que me dispongo a relatar a continuación.

De joven, Fettes estudió medicina en la Universidad de Edimburgo. Tenía un talento especial para retener con facilidad todo lo que oía y hacerlo propio. No era muy estudioso, pero sí amable, atento e inteligente cuando estaba en presencia de sus maestros. Pronto repararon en él como un muchacho que sabía prestar atención y tenía buena memoria. Es más, aunque me resultara extraño oírlo, por lo visto era bien parecido y su aspecto le beneficiaba. Había en esa época cierto profesor de anatomía ajeno a la universidad, a quien llamaré en adelante K…, y cuyo nombre llegó a hacerse después tristemente famoso. El hombre pululaba disfrazado por las calles de Edimburgo, mientras la turba que aplaudía la ejecución de Burke[20] clamaba por la sangre de su patrón. Pero el señor K… estaba en la cima de su prestigio y disfrutaba de una popularidad debida en parte a su propio talento y en parte a la incapacidad de sus rivales, los profesores universitarios. Los estudiantes, al menos, tenían una fe ciega en él, y el propio Fettes creía, igual que lo creían otros, haber puesto los cimientos de su éxito al conseguir el favor de aquel hombre de carrera meteórica. El señor K… era un *bon vivant*, además de un gran profesor, y apreciaba tanto una alusión maliciosa como una cuidadosa preparación. Fettes destacaba en ambas cosas

y, al segundo año de sus estudios, consiguió el puesto semioficial de profesor ayudante a media jornada.

En virtud de aquel empleo cayó sobre sus espaldas el cuidado del aula y el quirófano. Era responsable de su limpieza y del comportamiento de los demás estudiantes, y era parte de su deber proveer, recibir y repartir los sujetos de estudio. A fin de facilitarle esta última tarea —que en aquel tiempo resultaba muy delicada—, el señor K… lo alojó en el mismo callejón y por fin en el mismo edificio de la sala de disecciones. Allí, tras una velada de placeres turbulentos, con las manos temblorosas y la vista todavía nublada y confundida, lo despertaban en mitad de las negras noches invernales, antes de que amaneciera, los sucios y desesperados intermediarios que abastecían la mesa de operaciones. Les abría la puerta a aquellos hombres ahora tan mal vistos en todo el país, les ayudaba a transportar su trágica carga, les pagaba su sórdido precio y, cuando se iban, se quedaba a solas con aquellos desagradables despojos humanos. Luego iba a robarle otro par de horas al sueño para tratar de reparar los excesos de la noche y refrescarse para los trabajos del día.

Pocos habrían podido ser más insensibles a las impresiones de una vida pasada entre aquellos símbolos de la mortalidad. Su imaginación era inmune a cualquier consideración de tipo general. Era incapaz de interesarse por el destino y la fortuna de los demás, y un esclavo de sus propios deseos y ambiciones mezquinas. Frío, egoísta y superficial hasta extremos insospechados, tenía ese mínimo de prudencia, mal llamado moralidad, que aleja a la gente de las borracheras inconvenientes y los crímenes punibles. Ambicionaba, además, gozar de la consideración de sus maestros y condiscípulos y no se arriesgaba a dejarse perjudicar por las apariencias. De modo que se consagró a destacar en los estudios y, día tras día, le ofreció a su patrón el señor K… un servicio impecable. Compensaba el trabajo diario con noches de juerga ruidosa y desvergonzada y, cuando lograba el equilibrio, el órgano que llamaba su conciencia se declaraba satisfecho.

La obtención de sujetos de estudio era una causa continua de dificultades para él y su patrón. En una clase tan concurrida y atareada, la materia prima de las disecciones se agotaba constantemente, y las transacciones que se hacían necesarias no solo eran desagradables en sí mismas, sino que podían acarrear peligrosas consecuencias para todos los implicados en ellas. El señor K… tenía por costumbre no hacer preguntas en sus tratos comerciales. «Ellos traen los cadáveres y nosotros les pagamos su precio —decía recalcando la aliteración—, *quid pro quo*». Y les pedía con cierto cinismo a sus ayudantes: «No hagáis preguntas por el bien de vuestras conciencias». Se suponía que los cadáveres no se obtenían por medio del asesinato. Si alguien le hubiese expuesto esa posibilidad con palabras, el señor K… se habría horrorizado, pero la ligereza con que hablaba de un asunto tan serio, era ya una ofensa a las buenas costumbres y una tentación para los hombres con quienes trataba. Fettes, por ejemplo, había reparado a menudo en lo recientes que eran los cadáveres. Le había sorprendido más de una vez el aspecto odioso y patibulario de los rufianes

que iban a verlo al amanecer, y, tras sacar sus propias conclusiones, le atribuía tal vez un sentido demasiado inmoral y categórico a los consejos de su patrón. Daba por sentado, en suma, que su deber consistía básicamente en tres cosas: aceptar lo que le llevasen, pagar su precio y hacer la vista gorda ante cualquier indicio de crimen.

Una mañana de noviembre, aquella ley del silencio se vio sometida a una dura prueba. Había pasado toda la noche despierto con un terrible dolor de muelas, dando vueltas por la habitación como un animal enjaulado o tumbándose desesperado en la cama, y se había sumido por fin en ese sueño profundo y tenso que tan a menudo sigue a una noche de sufrimiento, cuando lo despertó la airada repetición, por tercera o cuarta vez, de la señal convenida. La luna brillaba, hacía un frío terrible, ventoso y helado, la ciudad no había despertado todavía, pero un temblor indefinible preludiaba ya el ruido y la agitación del día. Los profanadores de tumbas habían llegado más tarde de lo acostumbrado y parecían tener más prisa por marcharse que las otras veces. Fettes, muerto de sueño, les indicó que subieran. Oyó sus gruñonas voces irlandesas[21] como en sueños, y, mientras sacaban del saco su triste mercancía, se quedó aturdido con el hombro apoyado contra la pared, y tuvo que espabilarse para encontrar el dinero de aquellos hombres. Al ir a hacerlo su mirada se posó en el rostro del cadáver. Se sobresaltó y avanzó un par de pasos con la vela encendida.

—¡Dios mío! —gritó—. Pero ¡si es Jane Galbraith! —Los hombres no respondieron, aunque se acercaron a la puerta arrastrando los pies—. Les digo que la conozco —prosiguió—. Ayer estaba viva y coleando. No puede ser que haya muerto, es imposible que hayan conseguido este cadáver honradamente.

—Sin duda se equivoca usted por completo —dijo uno de los hombres.

Pero el otro miró a Fettes con aire siniestro a los ojos y exigió que les pagara enseguida.

Era imposible malinterpretar aquella amenaza o exagerar el peligro. Al joven le faltó valor. Balbució una excusa, contó el dinero y acompañó a la puerta a sus odiosos visitantes. En cuanto se marcharon, corrió a confirmar sus sospechas. Identificó a la chica con quien había bromeado la noche anterior por medio de una docena de marcas inconfundibles. Vio con horror señales sobre su cuerpo que podían indicar una muerte violenta. Lo dominó el pánico y corrió a refugiarse en su habitación. Allí reflexionó largamente sobre lo que había descubierto, recordó las instrucciones del señor K… y consideró el peligro que supondría para él entrometerse en un asunto tan grave, y por fin, lleno de amargas dudas, decidió pedirle consejo a su inmediato superior, el primer ayudante.

Se trataba de un médico joven, el doctor Wolfe Macfarlane, muy apreciado por los estudiantes más alocados, un hombre inteligente, disipado y totalmente carente de escrúpulos. Había viajado y estudiado en el extranjero. Sus modales eran agradables y un poco descarados. Se le consideraba toda una autoridad en cuestiones teatrales, era muy hábil en la pista de hielo y en los campos de golf, vestía con atrevimiento, y como último toque de distinción tenía un calesín y un robusto caballo trotón. Había

llegado a hacerse íntimo de Fettes, y de hecho sus cargos respectivos exigían que se vieran a menudo; y, cuando escaseaban los sujetos de estudio, la pareja viajaba a algún pueblo perdido en el calesín de Macfarlane, visitaba y profanaba un cementerio solitario y volvía antes del amanecer con su botín a la puerta de la sala de disecciones.

Esa mañana concreta Macfarlane llegó un poco antes de lo acostumbrado. Fettes lo oyó y salió a recibirlo a las escaleras, le contó lo sucedido y le mostró la causa de su preocupación. Macfarlane examinó las marcas de su cuerpo.

—Tienes razón —dijo asintiendo con la cabeza—, aquí hay gato encerrado.

—Bueno, y ¿qué me aconsejas hacer? —preguntó Fettes.

—¿Hacer? —repitió el otro—. ¿Es que quieres hacer algo? Cuanto menos se hable de esto, antes se olvidará, diría yo.

—Alguien más podría reconocerla —objetó Fettes—. Era tan popular como Castle Rock.

—Esperemos que no —dijo Macfarlane—, y, si alguien lo hace, tú di que no te diste cuenta y asunto terminado. Lo cierto es que esto lleva ocurriendo demasiado tiempo. Remueve el fango y meterás a K… en un buen lío, del que tú también puedes salir mal librado. Y yo, si vamos a eso. Quisiera saber cómo quedaríamos y qué demonios íbamos a alegar si tuviésemos que comparecer ante un tribunal. En mi opinión, hay una cosa bien clara: que, en la práctica, todo nuestro «material» son personas a las que han asesinado.

—¡Macfarlane! —gritó Fettes.

—¡Vamos! —le respondió el otro con desdén—. ¡No me vengas con que no te lo habías imaginado!

—Una cosa es sospechar y otra…

—… estar seguros. Sí, lo sé; y lamento tanto como tú que hayamos tenido que llegar a esto —dijo dando unos golpecitos en el cadáver con el bastón—. Pero, en mi opinión, lo mejor que podemos hacer es mirar hacia otro lado, y eso mismo —añadió con frialdad— es lo que pienso hacer. Tú haz lo que te parezca más conveniente. No seré yo quien te dé órdenes, aunque creo que cualquier hombre de mundo haría como yo; y me atrevo a añadir que es lo que K… quiere que hagamos. La pregunta es: ¿por qué nos eligió a nosotros como ayudantes? Yo te lo diré: porque no quería melindrosos.

Aquel modo de hablar era el que más podía influir en Fettes. Accedió a imitar a Macfarlane. El cadáver de la desdichada joven acabó en la mesa de disección y nadie pareció reconocerla.

Una tarde, al acabar su día de trabajo, Fettes se pasó por una conocida taberna y encontró a Macfarlane sentado con un desconocido. Era un hombre bajo, muy pálido y cetrino y con los ojos muy negros. El corte de sus facciones parecía prometer una inteligencia y un refinamiento que sus modales desmentían, pues al conocerlo mejor resultó ser vulgar, grosero y estúpido. Y, sin embargo, tenía una notable influencia

sobre Macfarlane: le daba órdenes como si fuese un gran bajá, se irritaba si le llevaba la contraria o tardaba en obedecerle, y hacía comentarios ofensivos sobre su servilismo. Aquel hombre tan desagradable pareció sentir una inmediata simpatía por Fettes, le invitó a beber y le honró con extraordinarias confidencias sobre su vida pasada. Si una décima parte de lo que le confesó era cierto, se trataba de un granuja odioso, y la vanidad del joven se sintió halagada de que le prestara atención aquel hombre tan vivido.

—Puede que yo sea mala persona —observó el desconocido—, pero al lado de Macfarlane soy un querubín. Yo lo llamo Toddy Macfarlane. Toddy, pídele otra copa a tu amigo. —O bien: «Toddy, levanta de ahí y ve a cerrar la puerta»—. Toddy me odia —dijo—. Sí, Toddy, ¡no lo niegues!

—No me llames de ese modo —gruñó Macfarlane.

—¿Lo has oído? ¿Has visto alguna vez a los niños jugando a tirar al blanco con sus navajas? A él le gustaría hacer lo mismo con mi cuerpo —observó el desconocido.

—Los médicos tenemos un sistema mejor —dijo Fettes—. Cuando alguien nos cae mal, lo diseccionamos.

Macfarlane le observó aguzando la mirada, como si le hubiese dado una idea.

Pasó la tarde. Gray, pues así se llamaba el extraño, invitó a Fettes a cenar con ellos y encargó un festín tan suntuoso que hizo falta movilizar a todo el personal de la taberna. Al terminar, le ordenó a Macfarlane que pagase. Se separaron entrada ya la madrugada; el tal Gray estaba completamente borracho. Macfarlane, sobrio a causa de la rabia, rumiaba el dinero que había tenido que desperdiciar y los desdenes que se había visto obligado a soportar. Fettes, con varios licores cantándole en la cabeza, volvió a casa con pasos inseguros y la mente en blanco. Al día siguiente, Macfarlane no asistió a clase y Fettes sonrió para sus adentros al imaginárselo invitando al insufrible Gray de taberna en taberna. En cuanto sonó el timbre del final de la clase fue a buscar a sus compañeros de la noche anterior. Sin embargo, no los encontró por ninguna parte y volvió pronto a sus habitaciones, se acostó y durmió el sueño de los justos.

A las cuatro de la mañana lo despertó la conocida señal. Bajó a abrir la puerta y se sorprendió mucho al encontrar a Macfarlane en el calesín y, dentro del coche, uno de aquellos bultos alargados que le eran tan familiares.

—¿Cómo? —gritó—. ¿Has ido tú solo? ¿Cómo te las has arreglado?

Pero Macfarlane le hizo callar y le pidió que le ayudara. Después de subir el cadáver y dejarlo sobre la mesa de disección, Macfarlane hizo ademán de marcharse. Luego se detuvo, pareció dudar un instante y por fin dijo:

—Será mejor que le veas la cara —dijo como si le costara pronunciar las palabras —. Sí, será mejor —repitió mientras Fettes lo miraba atónito.

—Pero ¿cómo, dónde y cuándo has dado con él? —gritó el otro.

—Tú mírale la cara —fue su única respuesta.

Fettes titubeó, lo asaltaron unas dudas muy extrañas. Miró al joven médico, luego al cadáver y volvió a mirar al médico. Por fin, estremecido, hizo lo que le pedía. Casi esperaba toparse con lo que vieron sus ojos, pero aun así se llevó una sorpresa. Ver, desnudo sobre la tosca tela de saco y paralizado por la rigidez de la muerte, al hombre a quien había dejado bien vestido y lleno de concupiscencia en la puerta de la taberna, despertó, incluso en alguien tan irresponsable como Fettes, algunos de los terrores de la conciencia. Que dos personas a las que había conocido acabaran tendidas en las heladas mesas de disección era un *cras tibi*[22] que resonaba sin cesar en el fondo de su alma. Sin embargo, era solo una idea secundaria. Su principal preocupación era Wolfe. Aquello le había cogido tan de improviso que no sabía cómo mirar a la cara a su compañero.

Fue el propio Macfarlane quien dio el primer paso. Se le acercó despacio por detrás y le puso la mano, amable pero firmemente, en el hombro.

—Que Richardson se quede con la cabeza. —Richardson era un estudiante que llevaba tiempo queriendo diseccionar esa parte del cuerpo humano. No hubo respuesta y el asesino continuó—: Y hablando de negocios, tendrás que pagarme. Es necesario que te cuadren las cuentas.

A Fettes le salió una voz que era solo una sombra de la suya.

—¡Pagarte! —gritó—. ¿Pagarte por eso?

—Pues sí, claro. Es imprescindible que lo hagas —repuso el otro—. Ni yo te lo daría nunca gratis, ni tú debes aceptarlo, eso nos comprometería a los dos. Este es un caso como el de Jane Galbraith. Cuanto más irregular sea la transacción, más debemos actuar como si todo estuviera en orden. ¿Dónde guarda el dinero el viejo K…?

—Allí —respondió con voz ronca Fettes, señalando a una alacena que había en un rincón.

—Pues, venga, dame la llave —dijo el otro extendiendo la mano con calma.

Se produjo un instante de vacilación y la suerte quedó echada. Macfarlane no pudo reprimir un temblor nervioso, el indicio infinitesimal de un enorme alivio, al tener la llave entre los dedos. Abrió la alacena, sacó la pluma y el tintero y un cuaderno que había en un cajón y contó una suma adecuada para la ocasión.

—Ahora escucha —dijo—, el pago ya está hecho…, es la primera prueba de tu buena fe, tu primer paso hacia la seguridad. Ahora tienes que confirmarlo con un segundo paso. Anota el pago en el cuaderno y luego podrás enfrentarte al mismo diablo.

Los segundos que siguieron fueron una agonía para Fettes, pero al sopesar sus terrores triunfó el más inmediato. Cualquier dificultad futura parecía casi bienvenida si podía evitar una discusión con Macfarlane. Dejó sobre la mesa la vela que había sostenido todo el rato y, con mano firme, anotó la fecha, la naturaleza y la cantidad de la transacción.

—Y ahora —dijo Macfarlane—, lo más justo es que te quedes tú el dinero. Yo ya he cobrado mi parte. Y, a propósito, cuando un hombre de mundo tiene un golpe de suerte y se hace con unos chelines de más…, me avergüenza tener que decírtelo, pero en estos casos hay una norma de conducta. Nada de invitar a la gente, nada de comprar libros caros, ni pagar viejas deudas; pide prestado, no prestes.

—Macfarlane —empezó Fettes, todavía un poco ronco—, me he puesto la soga alrededor del cuello para complacerte.

—¿Para complacerme? —gritó Wolfe—. ¡Vamos, hombre! Desde mi punto de vista, has hecho lo que has hecho solo para protegerte. Supón que me viese metido en un lío, ¿qué sería de ti? Este segundo asuntillo deriva claramente del primero. El señor Gray no es sino la continuación de la señorita Galbraith. No se puede empezar y luego parar. Cuando se empieza hay que seguir, esa es la verdad. No hay descanso para el malvado.

Una horrible sensación de negrura y de haber sido traicionado por el destino invadió el alma del desdichado estudiante.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué he hecho? ¿Y cuándo empecé? Seamos sensatos, ¿qué tiene de malo que a uno lo nombren ayudante? Service también quería el empleo. ¿Estaría él en la misma situación en que me encuentro yo ahora?

—Mi querido amigo —dijo Macfarlane—, ¡qué ingenuo eres! ¿Acaso te ha ocurrido algo malo? ¿Es que puede pasarte algo malo si no te vas de la lengua? Hay dos tipos de personas: los leones y los corderos. Si eres un cordero, acabarás tendido en una de estas mesas como Gray o Jane Galbraith; si eres un león, vivirás y conducirás un carruaje como yo, como K…, y como cualquiera que tenga valor e inteligencia. Al principio vacilaste. Pero ¡mira a K…! Mi querido amigo, eres inteligente y tienes valor. Me caes bien, y a K… también. Naciste para encabezar la partida de caza. Y te aseguro que, según mi experiencia de la vida, dentro de tres días te reirás de tus miedos como un colegial en una pantomima.

Y, con esas palabras, Macfarlane se despidió y se fue en su calesín por el callejón, para recogerse antes de que amaneciera. Fettes se quedó solo con sus remordimientos. Vio el triste peligro que corría. Comprendió, con inexpresable desánimo, que su debilidad no tenía límites, y que, a fuer de hacer concesiones, había pasado de ser el árbitro del destino de Macfarlane a un cómplice indefenso y pagado por él. Habría dado cualquier cosa por haber sido un poco más valiente antes, pero no se le pasó por la cabeza serlo ahora. El secreto de Jane Galbraith y la maldita entrada en el libro de registro sellaron sus labios.

Pasaron las horas, llegó la hora de las clases: los miembros del desdichado Gray se repartieron entre los alumnos sin que nadie notara nada raro. Richardson se alegró mucho de haber conseguido por fin una cabeza y, antes de que sonara el timbre, Fettes temblaba de satisfacción al ver lo mucho que habían avanzado hacia su seguridad.

A lo largo de dos días, siguió observando, con creciente alegría, el terrible proceso de ocultación.

Al tercer día, apareció Macfarlane. Dijo que había estado enfermo, pero recuperó el tiempo perdido con la energía con que dirigió a los estudiantes. En particular, ofreció su ayuda y sus consejos a Richardson, y el estudiante, animado por las alabanzas del profesor, se llenó de ambición y creyó ver una medalla a su alcance.

Antes de que terminase la semana, la profecía de Macfarlane se había cumplido. Fettes había sobrevivido a sus temores y había olvidado su bajeza. Empezó a vanagloriarse de su valor y rehízo la historia en su imaginación para poder recordar aquellos sucesos con un orgullo insano. Vio poco a su cómplice. Coincidían, claro está, en las clases; recibían juntos las órdenes del señor K… En ocasiones charlaban un poco en privado y Macfarlane se mostraba siempre amable y jovial. Aunque era evidente que evitaba hacer la menor alusión al secreto que ambos compartían; e incluso cuando Fettes le susurró que había optado por ser un león y renegado para siempre de los corderos, se limitó a sonreír e indicarle que guardara silencio.

Por fin, una circunstancia volvió a unir íntimamente a la pareja. El señor K… volvió a quedarse sin sujetos de estudio; los estudiantes estaban impacientes y parte de las pretensiones de su profesor era contar siempre con suministros. Al mismo tiempo, llegaron noticias de que se había producido un entierro en el rústico cementerio de Glencorse. El tiempo ha cambiado muy poco aquel lugar. Se encontraba entonces, igual que ahora, en un cruce de caminos, lejos de cualquier sitio habitado y enterrado a varias brazas de profundidad entre el follaje de seis grandes cedros. Los balidos de las ovejas en las montañas vecinas, los riachuelos que corrían a ambos lados, uno cantando ruidosamente entre los guijarros y el otro filtrándose inadvertido de charca en charca, el sonido del viento entre los viejos castaños silvestres, y, una vez cada siete días, el tañido de la campana y las viejas melodías del chantre eran los únicos sonidos que perturbaban el silencio que reinaba en torno a aquella iglesia rural. El resurreccionista —por emplear la jerga de la época— no se detenía por el respeto a la santidad piadosa. Despreciar y profanar los pergaminos y las trompetas de las viejas tumbas, los senderos hollados por los pasos afligidos de los feligreses y las ofrendas y las inscripciones de afecto desconsolado era parte de su negocio. El ladrón de cuerpos, lejos de apartarse por un respeto natural, se sentía atraído por la seguridad de los vecindarios rústicos, donde el amor es más tenaz de lo normal y donde los lazos de sangre y camaradería unen a toda la parroquia. Los cadáveres que habían sido enterrados con la gozosa esperanza de una resurrección muy distinta sufrían la apresurada y terrorífica resurrección de la pala y el pico iluminados por la neblinosa luz de un farol. El ataúd se forzaba, se rasgaban las mortajas y los tristes restos, envueltos en una tela de saco, después de traquetear muchas horas por oscuros caminos, eran expuestos por fin a toda clase de indignidades delante de una clase de jóvenes boquiabiertos.

Igual que dos buitres que se abaten sobre un cordero agonizante, Fettes y Macfarlane se dispusieron a abalanzarse sobre una tumba en aquel verde y silencioso cementerio. La esposa de un granjero, una mujer que había vivido sesenta años y era conocida solo por su excelente mantequilla y su conversación piadosa, iba a ser arrancada de su tumba a medianoche y trasladada, muerta y desnuda, a esa lejana ciudad que ella había honrado siempre con sus mejores galas; el lugar que debía ocupar con su familia quedaría vacío hasta que sonara el día del juicio; sus miembros inocentes y casi venerables serían expuestos a la curiosidad infinita del anatomista.

A última hora de la tarde, la pareja se puso en camino, bien arropados en sus capas y provistos de una botella gigantesca. Una lluvia fría y recia que les azotaba la cara caía sin pausa. De vez en cuando, soplaba una racha de viento, pero aquel manto de agua seguía cayendo sin cesar. A pesar de la botella, el viaje hasta Penicuik, donde tenían pensado pasar la noche, fue triste y silencioso. Solo se detuvieron una vez para ocultar las herramientas en un espeso arbusto cercano al cementerio y otra en el Albergue del Pescador para tomar una tostada delante del fuego de la cocina y acompañar los sorbos de *whisky* con una cerveza. Una vez llegados a su destino, los dos jóvenes médicos mandaron guardar el calesín en la cochera, dar de comer al caballo, y se sentaron en un reservado a dar cuenta de la cena y el mejor vino de la casa. Las luces, el fuego, el ruido de la lluvia en la ventana y el tétrico e incongruente trabajo que les esperaba les hicieron disfrutar más de la comida. Con cada vaso fue aumentando su cordialidad. Pronto Macfarlane le dio a su compañero una pila de monedas de oro.

—Un regalo —dijo—. Entre amigos, estos malditos donativos deberían circular como los fósforos para encender la pipa.

Fettes se metió el dinero en el bolsillo y aplaudió aquel sentimiento como un eco.

—Eres un filósofo —gritó—. Hasta que te conocí, yo no era más que un idiota. Entre tú y K…, ¡Satanás mediante!, acabaréis haciéndome un hombre.

—Pues claro que sí —aplaudió Macfarlane—. ¿Un hombre? Eso precisamente es lo que había que ser para respaldarme aquella mañana. Hay muchos grandullones, cuarentones y pendencieros que se habrían puesto enfermos al ver aquella condenada cosa, pero tú…, tú conservaste la calma. Me di perfecta cuenta.

—Bueno, ¿y por qué no? —se jactó Fettes—. No era asunto mío. Por un lado no habría ganado más que disgustos y por el otro podía granjearme tu gratitud, ¿acaso no lo ves? —Y se golpeó el bolsillo para hacer que tintinearan las monedas de oro. Macfarlane sintió cierta aprensión al oír aquellas desagradables palabras. Puede que lamentara haber aleccionado tan bien a su joven discípulo, pero no tuvo ocasión de interrumpirle, pues el otro continuó con sus bravatas—: Lo importante es no tener miedo. Entre tú y yo, Macfarlane, no quiero que me ahorquen, pero lo cierto es que nací escéptico. Puede que el infierno, Dios, el demonio, el bien, el mal, el pecado, el crimen y todas esas paparruchas asusten a los niños de teta, pero los hombres de mundo, como tú y yo, despreciamos esas cosas. ¡Brindo en memoria de Gray!

Se estaba haciendo tarde. Tal como habían ordenado, les dejaron el calesín en la puerta con los dos faroles encendidos, y los jóvenes pagaron la cuenta y se pusieron en camino. Dijeron que iban a Peebles y condujeron en esa dirección hasta que perdieron de vista las casas del pueblo; luego, apagaron los faroles, volvieron sobre sus pasos y tomaron un camino secundario en dirección a Glencorse. No se oían más que sus pasos y el ruido incesante y estridente de la lluvia. Estaba negro como la boca del lobo; aquí y allí, una cerca o un mojón pintados de blanco les guiaban en la noche, pero la mayor parte del trayecto tuvieron que avanzar muy despacio y casi a tientas en la resonante negrura de la noche, camino de su solemne y aislado destino. En los oscuros bosques que hay cerca del cementerio no tuvieron más remedio que volver a encender uno de los faroles del calesín. Así, entre los árboles chorreantes y rodeados de sombras huidizas y gigantescas, llegaron a la escena de su sacrílega labor.

Ambos tenían experiencia en aquellos asuntos y sabían manejar bien la pala, por lo que apenas pasaron veinte minutos antes de que oyesen la recompensa del golpe sordo contra el cierre del ataúd. En ese momento, Macfarlane, que se había herido en la mano con una piedra, la lanzó por encima de su cabeza sin mirar. La tumba, en la que estaban metidos casi hasta los hombros, estaba casi al borde de la explanada donde se encontraba el cementerio; habían apoyado el farol del calesín contra un árbol, justo en la pendiente que descendía hacia el torrente, para que les iluminara mientras trabajaban. La casualidad quiso que la piedra acertara en el blanco. Se oyó el ruido de un cristal al romperse, luego se hizo la oscuridad y oyeron el ruido sordo y metálico del farol que caía por la pendiente y se golpeaba de vez en cuando con los árboles. Una piedra o dos, que lo acompañaron en su caída, resonaron tras él hacia las profundidades del valle. A continuación el silencio, como la noche, lo inundó todo; y, por mucho que aguzaron el oído, no oyeron nada más que la lluvia, que tan pronto era arrastrada por el viento como caía firmemente a lo largo de kilómetros y kilómetros de campo abierto.

Estaban tan cerca del final de su abominable tarea que juzgaron más conveniente terminarla a oscuras. Sacaron el ataúd y lo abrieron; metieron el cadáver en el saco empapado y lo trasladaron entre los dos hasta el calesín; uno subió para sujetarlo y el otro, tomando al caballo por el bocado, se abrió paso a tientas a lo largo de la tapia del cementerio hasta llegar al camino que llevaba al Albergue del Pescador. Allí había un resplandor vago y difuso que les pareció tan luminoso como la luz del día, pusieron al caballo a buen paso y empezaron a traquetear alegremente en dirección a la ciudad.

Los dos se habían calado hasta los huesos durante la operación, y ahora, mientras el calesín saltaba entre las profundas roderas, el objeto que sostenían entre los dos caía primero sobre uno y luego sobre el otro. A cada repetición de aquel horrible contacto, ambos se apresuraban a rechazarlo instintivamente; y el proceso, aunque fuese de lo más natural, empezó a sacar de quicio a los dos compañeros. Macfarlane

hizo un chiste de muy mal gusto acerca de la mujer del granjero, pero sonó sin gracia en sus labios y los dos guardaron silencio. Su extraña carga siguió golpeando a uno y otro lado; y o bien la cabeza se apoyaba confiadamente en sus hombros, o el saco empapado aleteaba helado contra sus caras. Un gélido escalofrío empezó a adueñarse del alma de Fettes. Miró el bulto y le pareció más grande que al principio. Por todo el campo, y desde cualquier distancia, los perros de las granjas acompañaban su paso con sus trágicos aullidos, y, poco a poco, se fue convenciendo de que debía de haber ocurrido algún extraño milagro y el cadáver había sufrido algún cambio indescriptible y que lo que hacía aullar a los perros era el miedo que les inspiraba su sacrílega carga.

—Por el amor de Dios —dijo con gran esfuerzo—, por el amor de Dios, ¡encendamos una luz!

Por lo visto, Macfarlane también se había dejado impresionar, pues aunque no respondió, detuvo el caballo, le pasó las riendas a su compañero, se apeó y encendió el farol que les quedaba. Todavía no habían llegado al cruce de Auchenclinny.

La lluvia seguía cayendo como si fuese el diluvio universal, y no fue fácil encender fuego en un sitio tan húmedo y oscuro. Cuando por fin lograron trasladar a la mecha la temblorosa llama azul, que empezó a expandirse y aclararse y derramó un amplio círculo de nebulosa claridad en torno al calesín, los dos jóvenes pudieron verse y contemplar el objeto que llevaban consigo. La lluvia había moldeado la tosca tela de saco con el perfil del cuerpo que iba dentro; la cabeza se distinguía claramente del tronco, los hombros estaban claramente modelados, algo entre humano y espectral les obligó a fijar la mirada en su espantoso compañero de viaje.

Macfarlane se quedó quieto un momento sujetando la lámpara. Un terror indescriptible envolvió, como una sábana mojada, el cuerpo y la blanca piel del rostro de Fettes; un temor sin el menor sentido, un horror de lo que no podía ser, siguió creciendo en su imaginación. Un segundo más y habría hablado. Pero su compañero se lo impidió.

—Eso no es una mujer —dijo Macfarlane en voz baja.

—Lo era cuando lo metimos en el saco —susurró Fettes.

—Sujeta el farol —dijo el otro—. Quiero verle la cara.

Y mientras Fettes sujetaba el farol, su compañero desató las cuerdas del saco y descubrió la cabeza. La luz iluminó con toda claridad las curtidas y agradables facciones y las mejillas bien afeitadas de un rostro demasiado familiar para los dos jóvenes, que lo habían visto a menudo en sueños. Un terrible alarido resonó en la noche; cada cual corrió por su lado hacia la carretera; el farol cayó, se rompió y se apagó; y el caballo, asustado por tan insólita agitación, se encabritó y salió al galope hacia Edimburgo, llevando consigo, como único ocupante del calesín, el cuerpo del difunto y diseccionado Gray.

LAS DESVENTURAS DE JOHN NICHOLSON

1

En el que John siembra vientos

John Varey Nicholson era un estúpido, aunque otros que lo son más que él están hoy repantigados en el Parlamento y se jactan de ser los autores de su propia distinción. Ya desde la niñez había tenido tendencia a la obesidad y se inclinaba a ver la vida de forma alegre y superficial, y es posible que esa actitud fuese la causa original de todas sus desdichas. Aparte de esa pista, la filosofía nada nos dice sobre su carrera, y la superstición adelanta la más fácil explicación de que los dioses lo detestaban.

Su padre —ese caballero tan férreo— hacía tiempo que se había entronizado en las alturas de los Principios de la Disrupción[23]. No hay palabras que puedan hacer comprensible el significado de dichos principios (que, a pesar de su torvo nombre, son bastante inocentes) a una inteligencia inglesa sencilla, aunque para los escoceses a menudo resultan ser untuosamente nutritivos, y el señor Nicholson encontró en ellos la leche de los leones. En la época en que las iglesias celebran en Edimburgo sus asambleas anuales, se le veía descender del monte en compañía de varios clérigos pelirrojos, aunque solo contribuía a su elocuencia con proféticos movimientos de cabeza, breves negativas y el austero espectáculo de su fruncido labio superior. Los nombres de Candlish y Begg salían a relucir con frecuencia en aquellas reuniones, y de vez en cuando las conversaciones versaban acerca del Establecimiento Residual[24] y los hechos de un tal Lee. Cualquiera que no estuviese familiarizado con el cerrado reino teológico de Escocia podría haberlas escuchado sin entender una palabra. El señor Nicholson (que no era ningún obtuso) lo sabía y eso le enfurecía. Sabía que el mundo era muy grande y que, para muchos de sus habitantes, los Principios de la Disrupción eran como la cháchara de los monos en lo alto de los árboles. El periódico le llevaba gélidos indicios de ello; había conocido a muchos ingleses que le habían preguntado despreocupadamente si no formaba parte de la Iglesia de Escocia y luego se habían mostrado muy poco interesados en su elucidación de aquel punto concreto; era un mundo malo, violento y sedicioso, que estaba sumido en el estupor, y solo una palabra escocesa podría describir los sentimientos de aquel escocés. Y, cuando entraba en su casa de Randolph Crescent (parte sur) y cerraba la puerta a sus espaldas, su corazón se henchía con una sensación de seguridad. Allí, al menos, había una ciudadela inexpugnable a las defecciones de un lado y los extremismos del otro. Allí había una familia donde se rezaba siempre a la misma hora, donde la literatura de los domingos se elegía de forma irreprochable, donde el invitado que trataba de defender una opinión tendenciosa era sometido en el acto y en la que reinaban

durante toda la semana, aunque de modo más profundo los domingos, un silencio que era agradable para los oídos y una penumbra que le resultaba de lo más cómoda.

La señora Nicholson había muerto cuando tenía unos treinta años, y lo había dejado con tres niños: una hija de dos años, un hijo unos ocho años más pequeño que John, y el propio John, el desdichado portador de un nombre infame en la historia de Inglaterra. La hija, María, era muy buena niña: devota, piadosa, gris pero tan asustadiza que hablar con ella era una tarea delicada. «Si no le importa, prefiero no hablar de eso», decía y dejaba a su interlocutor con la palabra en la boca, y eso fuese cual fuese el tema de la conversación: el vestido, la diversión, la moralidad, la política —cuando la fórmula se trocaba en «mi padre no opina así»—, e incluso la religión, a menos que se emplease un tono de voz particularmente quejoso. Alexander, el hermano pequeño era enfermizo, inteligente, aficionado a leer y dibujar y amigo de las observaciones satíricas. Imagínense a aquel sencillo, torpe, estúpido y alegre animal que era John en el seno de aquella familia. Aunque comparado con otros chicos era muy bueno, no estaba a la altura de la casa de Randolph Crescent: el suyo era una especie de afecto equivocado y sus caricias nunca eran muy bien recibidas, sus súbitas y ruidosas carcajadas resonaban como si fueran blasfemias en aquella casa tan silenciosa. El señor Nicholson tenía mucho sentido del humor, pero de tipo escocés, intelectual y basado en la observación de los demás; su propio carácter, por ejemplo —si lo hubiese visto en otra persona—, habría sido todo un festín para él, pero las huecas carcajadas de su hijo cuando se rompía algún plato, y sus observaciones vacías y superficiales le dolían como indicios de una inteligencia débil.

Fuera de la familia, John se había encariñado (igual que un perro con su amo) con un tal Alan Houston, un muchacho un año mayor que él, gandul, un poco malcriado y heredero de una fortuna —que estaba todavía en manos de un riguroso tutor—, y tan pagado de sí mismo que daba la devoción de John por sentada. Aquella amistad irritaba al señor Nicholson: en primer lugar hacía que su hijo saliera de casa, y él era un padre celoso; en segundo, le hacía faltar a la oficina, y él era un jefe inflexible; y, por último, el señor Nicholson tenía ambiciones para su familia (que, junto a los Principios de la Disrupción, ocupaba toda su vida) y odiaba ver a su hijo detrás de un vago como Alan. Tras algunas dudas iniciales, ordenó que cesara aquella amistad —una orden injusta, aunque aparentemente inspirada por un espíritu profético—, y John, sin decir nada, siguió desobedeciéndole bajo cuerda.

John tenía casi diecinueve años cuando un día salió antes de lo acostumbrado del bufete de su padre, donde estaba aprendiendo derecho. Era sábado y, salvo porque llevaba unas cuatrocientas libras en el bolsillo, que debía depositar en el banco de la British Linen Company, tenía toda la tarde a su disposición. Bajó por Prince’s Street, disfrutando de la cálida luz del sol y de la leve brisa del este que hacía flamear las banderas en los palacios e inclinaba los árboles en el jardín. La banda estaba tocando al pie del castillo, y cuando les llegó el turno a los gaiteros, su impetuoso sonido hizo

que le corriera la sangre por las venas. Una sensación vagamente marcial despertó en su interior y recordó a la señorita Mackenzie, con quien iba a cenar ese día.

Es innegable que debería haber ido directo al banco, pero justo a mitad de camino estaba la sala de billares del hotel donde sin duda estaría Alan, y la tentación fue demasiado grande.

Entró en la sala de billares y enseguida Alan le saludó taco en mano.

—Nicholson —dijo—, necesito que me prestes una o dos libras hasta el lunes.

—Pues sí que has ido a elegir bien a quién pedírselas —replicó John—, no tengo ni dos peniques.

—Tonterías —dijo Alan—. Puedes conseguir algo prestado. Ve a pedírselas a tu sastre, como hace todo el mundo. O, si lo prefieres, lleva a empeñar tu reloj.

—¡Oh, sí!, buena idea —dijo John—. ¿Y qué le digo a mi padre?

—¿Y cómo se va a enterar? No será él quien le da cuerda por las noches, ¿verdad? —preguntó Alan con gran regocijo por parte de John—. No, en serio —prosiguió el tentador—, estoy un poco apurado. He perdido un poco de dinero con ese tipo de ahí. Te lo devolveré esta misma noche y el lunes podrás rescatar la reliquia familiar. Vamos, es solo un pequeño favor. Yo haría mucho más por ti.

Después de lo cual John salió y empeñó su reloj, bajo el nombre supuesto de John Froggs, con domicilio en el número 85 de Pleasance Street. Pero los nervios que lo asaltaron a la puerta de aquel ignominioso tugurio —la tienda de empeños—, y el esfuerzo necesario para inventar el seudónimo, que, por alguna razón, le parecía una parte esencial del procedimiento, le entretuvieron más tiempo del que había previsto y, cuando llegó con el botín a la sala de billares, el banco ya había cerrado sus puertas.

Fue un duro golpe. Le pareció oír la voz mordaz de su padre que le decía: «Has descuidado los negocios», y se echó a temblar, aunque luego optó por quitárselo de la cabeza. Después de todo, ¿cómo iba a enterarse? Tendría que llevar encima las cuatrocientas libras hasta que el lunes tuviese ocasión de remediar discretamente su descuido, y, entretanto, era libre de pasar la tarde con el círculo acogedor de la sala de billares, fumándose una pipa, bebiendo una pinta y disfrutando de los modestos placeres de la admiración.

Nadie disfruta tanto admirando algo como un joven. De todas las pasiones y placeres juveniles, esa es la más común y la más pura, y cada destello de los ojos negros de Alan, cada escorzo de su rizada cabeza, cada gesto elegante, cada actitud distante y despreocupada, sí, incluso los puños y los gemelos de su camisa, los veía John como algo glorioso. Se valoraba más a sí mismo por tener aquel amigo tan principesco, se regodeaba en aquella idea y flotaba en una nube, hasta el punto de que sus propios defectos le parecían cosas de las que jactarse. Solo cuando pensaba en la señorita Mackenzie, su imaginación se llenaba de pesar: aquella joven se merecía algo mejor que el vulgar John Nicholson, todavía conocido entre sus compañeros por el apelativo burlón de «Gordito»; y sentía que, si supiera darle tiza al taco, o

aparentar indiferencia con la misma gracia despreocupada que Alan, podría acercarse al objeto de sus afectos con un sentimiento de inferioridad mucho menos aplastante.

Antes de despedirse, Alan le hizo una proposición de lo más sorprendente. Afirmó que a eso de las doce estaría en Collette's. ¿Por qué no se pasaba por allí a recoger el dinero? Ir a Collette's ciertamente equivalía a ver mundo; estaba mal, iba contra la ley; y, aunque de modo un tanto sórdido, estaba teñido de aventura. Si llegaba a saberse, era una de esas cosas que hacían que la gente respetable te perdiera el respeto para siempre, aunque aumentase tu reputación entre los más disolutos. Y, no obstante, Collette's no era ningún infierno, era imposible llamarlo establecimiento de postín sin caer en la hipérbole, y, si ir allí era un pecado, se trataba de un pecado meramente local y municipal. Collette (cuyo nombre no sé escribir bien, pues nunca he tenido comunicación epistolar con tan hospitalaria malhechora) era solo una tabernera sin licencia que daba cenas después de las once de la noche, la hora de cierre en Edimburgo. Si uno pertenecía a algún club, era posible cenar mucho mejor a esa misma hora sin arriesgar lo más mínimo la propia reputación. Pero, si carecías de esa cualificación y tenías hambre o te apetecía disfrutar de la francachela a esas horas ilícitas, Collette's era tu único destino posible. El servicio era muy malo. La compañía no procedía del Senado o la Iglesia, aunque en la única ocasión en que violé las leyes de mi país y, arriesgando mi reputación, me interné en aquella sórdida casa de comidas, comprobé que la abogacía estaba muy bien representada. Los que frecuentaban Collette's, conscientes de que estaban haciendo mal y de «aquella máquina de dos manos de la puerta» (el policía), tal vez tuviesen cierta inclinación por los excesos febriles, pero el sitio no era ni mucho menos tan malo, y ahora me resulta difícil comprender cómo pudo labrarse una reputación tan peligrosa.

John consideró la propuesta de Alan con el mismo espíritu con que un hombre puede debatir un proyecto para ascender al Matterhorn o atravesar África, y, haciendo gala de un gran valor, aceptó. Mientras iba de camino a casa, la idea de aquella excursión lejos de los sitios seguros de la vida y a lugares salvajes y peligrosos se mezcló y pugnó en su imaginación con la imagen de la señorita Mackenzie. Eran pensamientos incongruentes, aunque emparentados, pues ¿acaso no implicaban ambos hacer acopio de valor y resolución?, ¿no le tentaban y asustaban ambos?

Aquellas consideraciones le conmovieron más de lo normal, y cuando llegó a Randolph Crescent, había olvidado las cuatrocientas libras que llevaba en el bolsillo interior del abrigo, así que lo colgó con su contenido en el perchero y aquel sencillo gesto fue su perdición.

2

En el que John cosecha tempestades

A eso de las diez y media, John tuvo la suerte de poder ofrecerle el brazo a la señorita Mackenzie y acompañarla a casa. La noche era fría y estrellada; por el camino, los árboles de los jardines susurraban en la oscuridad. Al subir por el camino empedrado de Leith Walk, y cuando se disponían a cruzarlo, la brisa hizo temblar las llamas de los faroles, y al llegar por fin a la Royal Terrace, donde vivía el capitán Mackenzie, notaron en el rostro el frescor y el salitre del mar. Esas etapas del paseo quedaron grabadas en la memoria de John, subrayadas por el roce de aquella mano sobre su brazo, y detrás de todos aquellos aspectos de la ciudad nocturnal vio, en su memoria, la imagen del salón de casa donde había estado hablando con Flora; y donde su padre, desde el otro extremo de la habitación, los había mirado con una sonrisa amable e irónica. John había sabido interpretar aquella sonrisa, que a un extraño podría haberle pasado inadvertida. El señor Nicholson había reparado con satisfacción teñida de humor en el enamoramiento de su hijo, y su sonrisa, aunque fuese un poco desdeñosa, implicaba su consentimiento.

Al llegar a casa del capitán, la chica extendió la mano con cierto énfasis y John la retuvo un instante y dijo:

—Buenas noches, mi querida Flora.

Y en el acto le asustó su presunción.

Sin embargo, ella se limitó a reír, subir por las escaleras y llamar al timbre. Y, mientras esperaba a que le abrieran la puerta, se quedó en el porche y habló con él desde allí como desde una fortaleza. Llevaba un chal de punto sobre la cabeza y sus ojos azules de las tierras altas escocesas captaban la luz de un farol cercano y resplandecían de tal modo que, cuando la puerta se abrió y se cerró tras ella, John se sintió cruelmente abandonado.

Anduvo despacio a lo largo de la calle y, al llegar a Greenside Church, se detuvo lleno de dudas. Pasado el repecho de Calton Hill, a su izquierda, estaba el camino que llevaba a Collette’s, donde Alan estaría esperando su llegada, y donde ahora le apetecía tan poco ir como revolcarse en un lodazal; el roce de la mano de la joven en su brazo y el brillo amable en los ojos de su padre se lo prohibían a gritos. Pero justo delante estaba el camino que llevaba a casa, y señalaba solo a la cama, un lugar poco apetecible para alguien dotado de una vena lírica y cuyo no demasiado ardiente corazón acababa de ser conmovido tumultuosamente. La colina, el relente nocturno, la compañía de los grandes monumentos, la vista de la ciudad que se extendía a sus pies, con sus valles y colinas atravesadas por hileras de farolas, sacaron a relucir su lado más poético y tomó por el otro camino, y aquel desvío en apariencia tan inocente maduró la cosecha de sus errores veniales para la hoz del destino.

Pasó cerca de media hora sentado en un banco más allá de Greenside, contemplando las farolas de Edimburgo y los luceros del cielo. Tomó decisiones maravillosas, la vida futura que se extendía a sus pies le pareció amena y bellísima. Murmuró para sus adentros el nombre de Flora de tantos modos que se dejó arrastrar por la ternura y estuvo a punto de ponerse a cantar en voz alta. En ese momento, un

crujido de su abrigo llamó su atención. Metió la mano en el bolsillo, sacó el sobre que contenía el dinero y se quedó perplejo. En esa época, Calton Hill tenía fama de ser un lugar poco seguro por las noches; y estar sentado allí con cuatrocientas libras que no le pertenecían no parecía muy inteligente. Alzó la vista. Cerca de donde él estaba, había un hombre con un sombrero muy estropeado que parecía estar contemplando el paisaje, y, a poca distancia, había otro paseante nocturno que se acercaba en silencio. John se puso en pie de un salto. El sobre se le cayó de entre las manos, se inclinó para recogerlo, y en ese momento los dos hombres echaron a correr y se abalanzaron sobre él.

Poco después, se incorporaba maltrecho y compungido, sin su monedero, que contenía exactamente un sello de correos de un penique, sin su pañuelo de batista y sin aquel sobre tan crucial.

Hete ahí un joven sobre quien, en el momento álgido de la exaltación amorosa, se había abatido un golpe demasiado cruel para que lo soportara él solo; y a pocos metros de allí estaba cenando su mejor amigo…, sí, e incluso esperándolo. ¿Acaso no es propio de la naturaleza humana que corriera a su encuentro? Fue allí en busca de apoyo y de ese extraño artículo que todos creemos necesitar cuando estamos en apuros y que hemos acordado llamar «consejo», y fue además con la vaga pero espléndida esperanza de que lo ayudaran. Alan era rico, o lo sería cuando fuese mayor de edad. Con una simple firma podría poner remedio a su infortunio y evitar la temida entrevista con el señor Nicholson, que John evitaba en su imaginación igual que la mano se aparta del fuego.

Al pie de Calton Hill hay cierto callejón estrecho, en parte calle, en parte camino. Un extremo da a las puertas de la cárcel y el otro desciende hacia los lúgubres suburbios de Low Calton. A un lado quedan las peñas de la colina y al otro un viejo cementerio. Entre ambos, la calle discurre por una especie de zanja mal iluminada de noche, poco frecuentada durante el día y rodeada, cuando uno deja atrás el cementerio, de casas mugrientas de aspecto equívoco. Una de ellas era la casa de Collette, y a su puerta estaba llamando ahora nuestro infortunado John. En mala hora satisfizo la suspicaz curiosidad del portero de aquel hotel clandestino; en mala hora entró en aquel sórdido lugar. Alan estaba allí, desde luego, sentado en una habitación iluminada por ruidosos faroles de gas, junto a un mantel sucio y dando cuenta de su cena en compañía de varios miembros jóvenes de la abogacía que parecían un tanto achispados. Alan tampoco estaba sobrio: acababan de comunicarle que había perdido mil libras en una carrera de caballos, y a falta de otro medio de librarse de sus problemas, estaba ahogando el recuerdo de sus males. ¡Ayudar él a John! Nada más imposible cuando ni siquiera podía ayudarse a sí mismo.

—Si tú tienes a una bestia por padre —dijo—, te aseguro que yo tengo a un animal por tutor.

—No pienso consentir que llames bestia a mi padre —dijo John con el corazón palpitante y sintiendo que peligraba el único eslabón sólido de la cadena que lo ligaba

a la vida.

Pero Alan tenía buen natural.

—De acuerdo, muchacho —dijo—. Tu padre es un tipo muy respetable.

Y presentó su amigo a sus acompañantes como: «El bueno de Nicholson, el hijo de como se llame».

John se sentó en muda agonía. Las paredes sucias, los manteles manchados e incluso las repugnantes vinagreras parecían objetos de una pesadilla. Y justo entonces se oyó llamar a la puerta y se produjo una fuga precipitada. La policía, tan tristemente ausente de Calton Hill, hacía ahora su aparición; y el grupo, sorprendido empinando el codo *in flagrante delicto*, fue detenido, llevado a comisaría y citado para comparecer como testigos en el consiguiente caso contra la architabernera, Collette.

Cuando los soltaron, formaban un grupo triste y sobrio. El vago terror de la opinión pública pesaba sobre todos en general, aunque había horrores privados y particulares en la imaginación de cada uno de ellos. Alan temía a su tutor, cuya paciencia ya había puesto a prueba otras veces. Uno de los del grupo era el hijo de un pastor rural; otro era hijo de un juez; John, el más desdichado de todos, tenía como padre a David Nicholson, y la idea de vérselas con él a causa de un asunto tan escandaloso le producía náuseas. Se quedaron un rato deliberando al pie de los contrafuertes de Saint Giles, y desde allí se dirigieron a los alojamientos de uno de ellos en North Castle Street, donde (ya puestos) podrían disfrutar de una cena igual de buena y de una bebida mucho mejor que en el peligroso paraíso del que acababan de expulsarlos. Allí, mientras tomaban una copa al borde de las lágrimas, debatieron su situación. Cada uno explicó que podía perderlo todo si el asunto seguía adelante y se veía obligado a comparecer como testigo. Era curioso el brillante porvenir que parecía abrirse ante cada uno de los miembros de aquel grupo y las piadosas consideraciones por los sentimientos de sus familias que empezaron a emanar de todos ellos. Por si fuera poco, estaban al borde de la ruina, ninguno podía pagar su parte de la multa y todos albergaban la esperanza de que los demás pudieran ayudarles a afrontar el déficit. Uno se lo tomó por la tremenda: no podía pagar la multa, si lo llevaban a juicio, se daría a la fuga; siempre había creído que, de un modo u otro, acabaría en los tribunales. Otro se extendió en conmovedores detalles sobre su familia sin que nadie lo escuchara. John, en medio de aquella desordenada exhibición de pobreza y miseria, se quedó atónito, contemplando la montaña de sus desdichas.

Por fin, con el compromiso de que todos recurrirían a sus familias con la mayor franqueza, aquel grupo de borricos se levantó, bajó por las escaleras y cada cual siguió su camino con la cabeza gacha mientras sus pasos resonaban por las calles vacías en el gris amanecer primaveral, los faroles iluminaban cada vez con menos lustre la luz del día y los pájaros empezaban a entonar notas premonitorias desde los bosquecillos de los jardines de la ciudad.

Los grajos se habían despertado ya en Randolph Crescent, pero las ventanas esperaban el regreso del hijo pródigo con las persianas discretamente bajadas. La

llave de John era un privilegio reciente: era la primera vez que la usaba, y, ¡ay!, ¡con qué sensación de su propia indignidad la introdujo en la bien engrasada cerradura y entró en aquella ciudadela del decoro! Todos dormían; habían dejado encendido el farol del vestíbulo a medio gas para iluminar su regreso; reinaba un silencio terrible, roto por el profundo tictac del reloj de pared. Apagó el farol y se sentó en una silla en el vestíbulo, esperando y contando los minutos, deseoso de ver un rostro humano. Pero, cuando oyó sonar el despertador en el piso de abajo, y a los criados que empezaban a ir de aquí para allá, le faltó el valor y huyó a su habitación, donde se tumbó en la cama.

3

En el que John lleva la cosecha a casa

Poco después del desayuno, al que asistió con expresión trágica, John fue a ver a su padre, que estaba presumiblemente sumido en la meditación religiosa de la mañana de los domingos. El anciano caballero lo miró con esa expresión amarga e inquisitiva que tanto se parecía a una sonrisa y que ejercía, sin embargo, un efecto tan diferente.

—No me gusta que me molesten a estas horas —dijo.

—Lo sé —respondió John—, pero he…, quiero…, me he metido en un lío terrible —soltó de pronto y se volvió hacia la ventana.

El señor Nicholson guardó silencio un buen rato, mientras su desdichado hijo observaba los postes del jardín trasero y a un gato amarillo que había en lo alto del muro. A John lo invadió una sensación de desánimo al pensar en la triste serie de infortunios y la inocencia esencial que latía tras ellos.

—¿Y bien? —dijo el padre, haciendo un esfuerzo evidente, pero con mucha calma—. ¿De qué se trata?

—Maclean me dio cuatrocientas libras para que las ingresara en el banco, señor —empezó John—, y siento mucho decir que me las han robado.

—¿Que te las han robado? —exclamó el señor Nicholson con una marcada inflexión en la voz—. ¿Robado? ¡Piensa bien lo que dices, John!

—No puedo decirlo de otro modo, señor, me las robaron —dijo John sombrío y desesperado.

—¿Y dónde y cuándo tuvo lugar tan extraordinario suceso? —preguntó el padre.

—En Calton Hill, a eso de las doce de la noche.

—¿En Calton Hill? —repitió el señor Nicholson—. ¿Y qué hacías ahí a esas horas de la noche?

—Nada, señor —dijo John.

El señor Nicholson tomó aliento.

—¿Y cómo es que estaba en tus manos ese dinero a las doce de la noche? —preguntó secamente.

—Descuidé aquel negocio —dijo John anticipándose a su comentario, y luego añadió en su propio dialecto—: Se me olvidó por completo.

—Bien —dijo su padre—, es una historia de lo más extraordinaria. ¿Lo has denunciado a la policía?

—Sí —respondió ruborizándose el pobre John—. Creen saber quiénes fueron. Tengo para mí que recuperarán el dinero —dijo con una desesperada indiferencia, que su padre tomó por ligereza, aunque en realidad era debida a las cosas mucho peores que le faltaban por confesar.

—¿El reloj de tu madre también? —preguntó el señor Nicholson.

—¡Oh, al reloj no le ha pasado nada! —exclamó John—. Al menos, quiero decir, ahora iba a eso…, el hecho es que…, me avergüenza reconocerlo, empeñé el reloj un poco antes. Aquí está el recibo, no me lo encontraron, es posible recuperarlo.

El muchacho jadeó aquellas frases, una tras otra, como pequeños disparos, pero al pronunciar la última palabra, que resonó en aquel noble salón como una blasfemia, le falló el valor y un terrible silencio cayó sobre padre e hijo.

El señor Nicholson lo rompió al coger el resguardo de la casa de empeños.

—John Froggs, 85 de Pleasance Street —leyó, y luego se volvió a John con un destello de pasión y asco—. ¿Quién es John Froggs? —exclamó.

—Nadie —dijo John—. Es un nombre inventado.

—Un alias —comentó su padre.

—¡Oh!, no exactamente —dijo el culpable—, es un formulismo, todo el mundo lo hace, el dueño también se dio cuenta, nos hizo gracia ese nombre…

Se interrumpió, pues notó que su padre torcía el gesto como si sintiera un dolor físico al imaginar la escena, y volvió a reinar el silencio.

—No creo —dijo por fin el señor Nicholson— ser un padre poco generoso. Nunca te he escatimado el dinero si se trataba de un fin razonable, solo has tenido que venir a hablar conmigo. Y ahora descubro que has olvidado toda la decencia y los sentimientos naturales y has empeñado el reloj de tu madre. Debes de haber sufrido alguna tentación. Te haré la concesión de suponer que era muy grande. ¿Para qué querías el dinero?

—Preferiría no decírselo, señor —dijo John—. Solo serviría para enfadarle aún más.

—No me vengas con evasivas —exclamó su padre—. Se han terminado las respuestas disimuladas. ¿Para qué querías el dinero?

—Para prestárselo a Houston, señor —dijo John.

—¿Acaso no te prohibí volver a hablar con ese joven? —preguntó el padre.

—Sí, señor —dijo John—, pero me lo encontré por casualidad.

—¿Dónde?

Era una pregunta mortífera.

Y «En un salón de billar», una respuesta condenatoria. De ese modo, el único momento en que John se apartó de la verdad le trajo un castigo inmediato. Jamás habría entrado en un salón de billar a no ser para reunirse con Alan, pero quiso paliar el hecho de su desobediencia y tan solo consiguió dar a entender que frecuentaba aquellos tugurios poco recomendables.

Una vez más, el señor Nicholson digirió las malas noticias en silencio, y cuando John se atrevió a mirar de refilón el rostro de su padre, le avergonzó leer en él indicios de sufrimiento.

—En fin —dijo por fin el anciano caballero—, no puedo fingir no estar avergonzado. Cuando me desperté esta mañana era un hombre feliz, al menos gracias a un hijo del que pensaba que podía estar razonablemente orgulloso…

Pero eso era más de lo que la naturaleza humana puede soportar, y John le interrumpió casi con un grito.

—Calle, ¡por Dios! —exclamó—, no acaba ahí la cosa…, ¡eso no tiene importancia! ¿Cómo iba a saber que estaba usted orgulloso de mí? ¡Oh! Ojalá, ojalá lo hubiese sabido, ¡pero usted siempre dice que soy un motivo de vergüenza! Y lo verdaderamente terrible es esto: anoche nos arrestaron a todos, y tenemos que pagar la multa de Collette entre los seis, o tendremos que comparecer como testigos por… venta ilegal de licor. Me hicieron jurar que se lo diría, pero lo cierto —gritó prorrumpiendo en llanto— ¡es que ahora querría estar muerto!

Y cayó de rodillas delante de una silla y se ocultó el rostro con las manos.

Si su padre habló, o pasó un rato en la habitación, o si se fue de allí en el acto, son detalles oscuros en nuestra historia. Durante un tiempo cuya duración desconozco, pero en el que no quiero demorarme, una horrorosa confusión de cuerpo y espíritu, sollozos, pensamientos fugaces e inconexos de indignación y arrepentimiento, breves y elementales remordimientos de conciencia, el olor a crin del asiento de la silla, el tañido de las campanas de la iglesia que empezaban a anunciar la llegada de aquel día tan horrible hasta los últimos confines de la ciudad, el duro suelo que hería sus rodillas y el sabor de las lágrimas que se abrieron camino hasta su boca constituyeron el único mundo de John Nicholson.

Cuando por fin, como accionado por un resorte, volvió a recuperar la claridad de conciencia e incluso cierta compostura, las campanas habían terminado de sonar, y el silencio del domingo seguía perturbado por el ruido de unos pasos. A juzgar por el reloj que había sobre la chimenea, y por otros indicios más elocuentes, el servicio religioso había empezado hacía poco, y, si su padre había ido realmente a la iglesia, el desdichado pecador podía contar con casi dos horas de relativa infelicidad. Cuando su padre regresara el grado superlativo volvería infaliblemente. Lo sabía por el modo en que se encogía cada fibra de su cuerpo y en que le daba vueltas la cabeza al pensar en aquella calamidad. Una hora y media, tal vez una hora y tres cuartos si el pastor era elocuente, y luego volvería a empezar la agonía que, incluso vista desde el sordo pesar del momento, le hacía encogerse como si quemara. Vio, como en una visión, el

reclinatorio familiar, los somnolientos almohadones, las Biblias, los breviarios, a María con su frasquito de sales, a su padre con sus antiparras y aire exigente, igual que si estuviera dominado por una indignación más que justificada. Era inhumano marcharse a la iglesia, y dejar a un pecador en tensión, sin castigo ni perdón. Esa leve crítica bastó para disminuir la santidad paterna y, al mismo tiempo, aumentó el terror que su padre le inspiraba, y ambos sentimientos lo empujaron en la misma dirección.

De pronto, lo embargó el absurdo temor de que su padre lo hubiese encerrado. La idea no tenía ningún sentido, es probable que fuese solo una reminiscencia infantil, pues la habitación de su padre había sido siempre la cámara de la inquisición y la escena donde tenía lugar el castigo, pero se imprimió de un modo tan riguroso en su imaginación que tuvo que levantarse a comprobarlo. Al ir hacia la puerta, chocó con un cajón abierto en el escritorio de su padre. Era el cajón del dinero, una prueba más de la agitación de su padre: el cajón del dinero…, ¡tal vez una señal de la Providencia! ¿Quién puede decidirlo cuando incluso los teólogos dudan entre una señal y una tentación? ¿O quién va a juzgar, sentado cómodamente bajo el parral de su casa, los hechos de un pobre desdichado perseguido, asustado y rebelde como era John Nicholson ese domingo concreto? Echó mano al cajón antes de que su imaginación concibiera alguna esperanza, y, poniéndose a la altura de la nueva situación, sentado en el sillón de su padre y empleando también su cuaderno, escribió una penosa nota de disculpa y despedida:

> Mi querido padre:
>
> He cogido el dinero, pero lo devolveré en cuanto pueda. No volverá a oír hablar de mí. Mi intención no era mala, así que espero que trate de perdonarme. Me gustaría que me despidiese de Alexander y María, pero no lo haga si no quiere. Lo cierto es que no soportaba esperar a verles. Por favor, trate de perdonarme. Con todo el afecto de su hijo.
>
> JOHN NICHOLSON

Una vez robado el dinero y escrita la misiva debía abandonar cuanto antes la escena de aquellas transgresiones, y al recordar cómo su padre, aquejado de un leve malestar, había vuelto una vez de la iglesia a mitad del segundo salmo, no se atrevió ni siquiera a coger una muda de ropa. Vestido tal como estaba, se escabulló de la casa paterna y se encontró con el aire fresco y el tibio sol primaverales y con el profundo silencio dominical de la ciudad, que solo puntuaba el graznido de los grajos. No había un alma en Randolph Crescent, ni en Queensferry Street. Aquella intimidad y la emoción de la huida volvieron a infundir ánimos en John y, con una patética sensación de despedida, incluso se aventuró a ir calle arriba y detenerse un instante convertido en un extraño espíritu a las puertas de un pintoresco paraíso, en el extremo occidental de la iglesia de Saint George’s. Dentro estaban cantando, y por una extraña casualidad, la melodía era *Saint George’s, Edinburgh*, que lleva el nombre, y se entonó por primera vez en el coro, de dicha iglesia. «¿Quién es el Rey de la Gloria?»,

decían las voces en el interior, y para John aquello fue como el final de todas las observancias cristianas, pues a partir de ahora iba a ser un proscrito como Ismael, y su vida transcurriría en lugares sin hogar y entre gente sin dios.

Así, sin el menor sentido de aventura, dominado solo por la desolación y la desesperación, abandonó su ciudad natal y emprendió el camino hacia California, pasando por Glasgow.

4

La segunda siembra

No me incumbe a mí narrar las aventuras de John Nicholson, que fueron muchas, sino tan solo sus más trascendentales desventuras, que fueron más de las que él habría deseado y, según los estándares humanos, más de las que merecía. Nos llevaría demasiado tiempo contar cómo llegó a California; cómo le estafaron, robaron y golpearon; cómo pasó hambre y cómo por fin fue acogido por unas personas caritativas y devuelto a cierto grado de bienestar gracias a un empleo en un banco de San Francisco. Además, no puede decirse que en esos episodios hubiera ninguna marca característica del destino nicholsoniano, pues cosas parecidas les sucedieron a otros miles de jóvenes aventureros en esas mismas épocas y lugares. Pero como, una vez colocado en el banco, disfrutó de una temporada de buena suerte, que fue solo un camino indirecto que lo condujo a nuevos desastres, eso sí me corresponde explicarlo.

Tuvo la fortuna de conocer a un joven en lo que técnicamente se llama un «garito» y, gracias a su sueldo, pudo sacar a aquel nuevo amigo de una situación deshonrosa que habría sido un posible peligro para su futuro. Aquel joven era el sobrino de uno de los magnates de Nob Hill, que controlan la Bolsa de San Francisco, igual que otros aventureros más humildes llevan a cabo el juego de los triles en las esquinas de algunos parques públicos en Inglaterra: es decir, en su propio provecho y para desánimo de los demás jugadores. Y, como era de natural agradecido y estaba en su mano hacerlo, quiso poner a John en el camino del éxito, y así, sin pensar ni esforzarse, ni entender una palabra de lo que estaba haciendo, sino simplemente comprando y vendiendo lo que le decían que comprara o vendiera, aquel juguete de la fortuna pronto fue dueño de unas once o doce mil libras, o, como a él le gustaba decir, de más de sesenta mil dólares.

Cómo había llegado a ser merecedor de aquella fortuna, o qué era lo que había ocasionado sus anteriores desgracias, era una cuestión que estaba fuera del alcance de su filosofía. Es cierto que había sido muy trabajador en el banco, pero no más que el cajero, que tenía siete niños pequeños y estaba hundiéndose visiblemente en la miseria. Tampoco el paso que había decidido su imparable ascenso —la visita a un

tugurio con el sueldo de un mes en el bolsillo— parecía un acto de virtud, o siquiera de sabiduría, tan trascendental como para merecer el favor de los dioses. En parte por esta intuición y por la de los vertiginosos dientes de sierra, elevados como el cielo y profundos como el infierno, en los que se debaten los hombres, o tal vez temiendo que las fuentes de su fortuna pudieran ser insidiosamente rastreadas hasta la calderilla de la que procedían, conservó su trabajo, no dijo nada a nadie de sus nuevas circunstancias y abrió una cuenta en un banco de otro barrio de la ciudad. Esa ocultación, por inocente que pueda parecer, fue el primer paso de la segunda tragicomedia en la existencia de John.

En todo ese tiempo no había vuelto a escribir a casa. Fuese por vergüenza, timidez, por un cierto rencor, por mera dejadez, o porque (como hemos visto) no tenía habilidad literaria, o (como en ocasiones estoy tentado de pensar) debido a una ley en la naturaleza humana que nos distingue de los animales e impide que los jóvenes lleven a cabo un acto de piedad tan sencillo, el caso es que habían pasado meses y años y John no había escrito. La costumbre de no escribir, no obstante, estaba ya muy arraigada antes de que empezara a acumular su fortuna, y solo la dificultad de romper aquel largo silencio le impedía restituir el dinero que había robado o (como él prefería decir) tomado prestado.

En vano se sentaba delante del papel a la espera de la inspiración; aquella ninfa celestial, después de sugerirle las palabras «mi querido padre», guardaba un obstinado silencio, y John acababa arrugando el papel y decidía llevar el dinero en persona «en cuanto tuviese ocasión». Y este retraso, que no admite excusa, fue su segundo paso hacia la trampa que le había tendido la fortuna.

Habían pasado diez años y John rondaba ya la treintena. Tal como había prometido siempre desde su niñez, era de constitución robusta, rozando la corpulencia; unas facciones atractivas, unos ojos agradables, un trato cordial, la risa fácil, un par de patillas rubias, una pizca de acento americano, una gran familiaridad con las bromas del país, y cierto parecido con un personaje real cuyo nombre debe permanecer en el anonimato, constituían las características externas con que se movía en sociedad. En su interior, y a pesar de lo voluminoso de su cuerpo y de sus patillas enormemente masculinas parecía más una tímida virgen que un hombre de veintinueve años.

Un día, mientras paseaba por Market Street la víspera de sus dos semanas de vacaciones, reparó en un anuncio del ferrocarril y casi sin darse cuenta calculó que, si se ponía en camino al día siguiente por la mañana, podía estar en su casa de Escocia por Navidad. Aquel capricho le despertó las ganas de ir y en apenas un momento decidió emprender el viaje.

Había mucho que hacer: tenía que preparar la maleta, conseguir un crédito del banco donde era tan buen cliente, y hacer unas gestiones en el otro donde no era más que un simple empleado; y resultó que, de acuerdo con la naturaleza humana, de todas esas obligaciones descuidó precisamente la última. La noche le sorprendió no

solo con dinero propio, sino, una vez más (como en la ocasión anterior), con una cantidad considerable de dinero ajeno en el bolsillo.

Resultó que en su misma pensión vivía otro empleado del banco, un tipo honrado con eso que llaman debilidad por la bebida…, aunque en este caso bien habría podido denominarse fortaleza, pues la víctima llevaba borracha varias semanas sin la menor interrupción. Y a aquel desdichado le confió John un sobre dirigido al director del banco en cuyo interior había unos bonos bancarios. Al hacerlo le pareció notar cierta turbiedad en la mirada y el habla de su apoderado, pero estaba demasiado ilusionado como para pararse a pensarlo, de modo que acalló la voz que le advertía en su interior y, con un único gesto, le confió el dinero al empleado y se puso él mismo en manos del destino.

Si me demoro, aun a riesgo de ser aburrido, hasta en los más mínimos errores de John, es solo porque su caso resulta de lo más sorprendente para el moralista; pero ya hemos terminado, la suerte está echada, el lector está al tanto de las faltas de John, y dejaré que él decida quién es el menos meritorio de los dos. A partir de ahora, seguiremos el espectáculo de un hombre que se convirtió en un mero imán para las calamidades y cuyas inmerecidas desventuras entristecerían al más alegre de los humoristas y alarmarían al más impasible de los filósofos.

Esa misma noche, el empleado cogió una borrachera tan descomunal que sorprendió incluso a sus amigos más íntimos. Inmediatamente lo echaron de la pensión y le entregaron su maleta a un completo desconocido que ni siquiera llegó a entender su nombre; el empleado estuvo deambulando sin saber muy bien por dónde, hasta que terminó en un hospital de Sacramento. Allí, bajo el alias impenetrable del número de su cama, aquel disoluto yació inconsciente varios días sin saber nada, y sobre todo sin saber que lo buscaba la policía. Entre unas cosas y otras, pasaron dos meses hasta que el convaleciente del hospital de Sacramento llegó a ser identificado como Kirkman, el empleado fugitivo de San Francisco; e incluso entonces tuvieron que pasar otras dos semanas antes de que pudieran dar con el completo desconocido, recuperasen la maleta y la carta de John llegara por fin a su destino, con el sello sin romper y su contenido intacto.

Entretanto, John se había ido de vacaciones sin decirle una palabra a nadie, lo que era muy irregular, y con él desapareció cierta suma de dinero, algo para lo que no parecía haber excusa posible. Sin embargo, se sabía que era descuidado y se le tenía por un hombre honrado. Además, el director le tenía aprecio, de modo que no dijeron gran cosa, aunque sin duda lo pensaron, y decidieron esperar a que pasaran las dos semanas y volviera John. Luego, el asunto empezó a tomar un cariz mucho más negro y cuando se hicieron averiguaciones y se descubrió que el empleado sin un céntimo había amasado miles de dólares, que guardaba secretamente en un banco de la competencia, todos sus amigos lo abandonaron y se revisaron cuidadosamente los libros en busca de indicios de fraude, y aunque no encontraron ninguno, siguieron prevaleciendo las sospechas. El telégrafo se puso en movimiento y se advirtió al

corresponsal del banco en Edimburgo, donde se suponía que había huido John, para que se pusiera en contacto con la policía.

Dicho corresponsal era amigo del señor Nicholson y conocía la historia de la penosa huida de John de Edimburgo, por lo que ató cabos y corrió a darle noticias del escándalo no a la policía, sino a su amigo. El anciano caballero hacía mucho tiempo que había dado a su hijo por muerto, su nombre había sido olvidado, el recuerdo de sus errores se había convertido en uno de esos viejos achaques que despiertan de vez en cuando, pero que pueden vencerse con la fuerza de la voluntad; que ahora resucitara con una nueva desgracia resultó doblemente amargo para él.

—Macewen —dijo el anciano—, debemos silenciar el asunto, si es que es posible. Si te doy un cheque por la cantidad que le reclaman, ¿podrías encargarte de calmar las aguas?

—Lo haré —dijo Macewen—. Correré el riesgo.

—Comprende —continuó el señor Nicholson con palabras precisas, pero con los labios lívidos— que hago esto por mi familia, no por ese desdichado joven. Si las sospechas resultan ser ciertas y se demuestra que ha desfalcado grandes sumas de dinero, tendrá que pagar por ello.

Y mirando a Macewen con la cabeza ladeada y una de sus extrañas sonrisas se despidió de él. Macewen comprendió que el caso era demasiado grave para poder consolarlo, se marchó y dio gracias a Dios por no tener hijos.

5

El regreso del hijo pródigo

Poco después de las doce de la mañana del día de Nochebuena, John dejó su maleta en la consigna y echó a andar por Prince’s Street con el alma henchida de gozo, como quien ve cumplidos unos planes largamente meditados. Había vuelto a casa, rico y de incógnito; pronto entraría en la casa de su padre gracias a la llave que había guardado religiosamente durante todos sus vagabundeos; devolvería el dinero que había tomado prestado; se produciría una reconciliación, cuyos detalles cambiaban constantemente en su imaginación; y el mes siguiente sería bien recibido en las casas más elegantes, donde tomaría parte en la conversación con la desenvoltura del viajero y sentaría cátedra hablando de finanzas con la autoridad del inversor exitoso. Pero aquel programa no empezaría antes de la noche, a la hora de la cena, cuando toda la familia se sentaría optimista a la mesa, y se servirían los mejores vinos, el moderno ternero cebado, para celebrar el regreso del hijo pródigo.

Entretanto, se dedicó a pasear por aquellas calles que le eran tan familiares, rodeado de recuerdos alegres y tristes, que le resultaban igual de sorprendentes y conmovedores. Mientras paseaba, lo fueron asediando, con tanto deleite como

tristeza, los mil y un detalles sin nombre, que los ojos ven sin darse cuenta y la memoria retiene sin saberlo y que, uno por uno, construyen la apariencia de eso que llamamos nuestro hogar: el aire helado; el sol rosado e invernal; el castillo, que lo saludó como un viejo amigo; los nombres de sus amigos en las placas de los portales; los conocidos a quienes le pareció reconocer por la calle, y a los que esquivó cuidadosamente; el agradable canturreo del acento norteño; la cúpula de Saint George's, que le recordó sus últimos momentos de penitencia en la acera, y al Rey de la Gloria, cuyo nombre había resonado desde entonces en los rincones más tristes de su memoria; los arroyos donde había aprendido a patinar; la tienda donde había comprado sus primeros patines; las piedras que había pisado y las verjas en las que había hecho resonar su *clachan* mientras iba camino de la escuela.

Su primera visita fue para Houston, quien tenía una casa en Regent's Terrace, que en los viejos tiempos le cuidaba una tía suya. Entreabrieron la puerta sin quitar la cadena (para su sorpresa), y una voz preguntó desde el interior qué se le ofrecía.

—Quiero ver al señor Houston…, al señor Alan Houston —dijo.

—¿Y quién es usted? —preguntó la voz.

«Esto es de lo más extraordinario», pensó John, y luego dijo su nombre en voz alta.

—¿No será el señorito John? —exclamó la voz con un marcado acento escocés, lo que era un claro indicio de un sentimiento más amistoso.

—El mismo —dijo John.

El viejo mayordomo abandonó sus anteriores reticencias y se limitó a observar: «Pensaba que era usted ese hombre». Pero su señor no estaba allí; por lo visto se alojaba en la casa de Murrayfield, y, aunque al mayordomo le habría encantado ponerle al corriente de las noticias de la familia, John sintió un escalofrío y se marchó. Sin embargo, nada más cerrarse la puerta, lamentó no haberle preguntado a quién se refería con lo de «ese hombre».

Decidió no hacer más visitas hasta haber visto a su padre y haber arreglado las cosas en casa; Alan había sido la única excepción posible, pero John no tenía tiempo de ir hasta Murrayfield. No obstante, estaba en Regent's Terrace, y no había nada que le impidiera dar la vuelta alrededor de la colina y echarle un vistazo a la casa de los Mackenzie. De camino, pensó que Flora debía de tener ahora más o menos su misma edad, y que entraba dentro de lo posible que se hubiera casado, pero descartó esta duda deshonrosa.

Ahí estaba la casa, sin duda, pero habían pintado la puerta de otro color, ¿y qué era eso…? ¿Dos placas? Se acercó; en la de arriba estaban escritas con mucha sencillez las palabras «Señor Proudfoot»; la de abajo era más explícita e informaba al transeúnte de que ahí estaba también la residencia de un tal «Señor J. A. Dunlop Proudfoot. Abogado». Los Proudfoot debían de ser ricos, pues ningún abogado podía contar con tener muchos clientes en un barrio tan apartado; y John los odió por su riqueza, por su nombre y por la casa que profanaban con su presencia. Recordó a un

Proudfoot al que había visto, no conocido, en el colegio: un mocoso de cara inexpresiva, miembro de alguna clase inferior. ¿Sería posible que aquel don nadie hubiera llegado a ser abogado, y ahora viviese en el lugar donde había nacido Flora y del que guardaba John tantos recuerdos agradables? El escalofrío que había sentido cuando le informaron de la ausencia de Houston se hizo aún más profundo y marcado. Por un momento, mientras contemplaba las puertas de aquella casa extraña, y miraba a ambos lados de la acera de la Royal Terrace, donde no se movía ni un alma, lo embargó una sensación de soledad y desolación y deseó estar de vuelta en San Francisco.

Su elegante aspecto, su corpulencia, sus patillas, el dinero que llevaba en la cartera, el excelente cigarro que acababa de encender, acudieron en su consuelo, comparados con el triste aspecto de cierto muchacho alocado que, diez años antes, un domingo de primavera, a la hora de misa, había huido de la ciudad por la carretera de Glasgow. A la vista de aquellos cambios, habría sido sacrílego dudar de la bondad de la fortuna. Ahora todo se arreglaría, encontraría a los Mackenzie, y Flora estaría más guapa y encantadora que nunca; encontraría a Alan, que se habría reformado hasta el punto de granjearse la amistad del señor Nicholson, sin perder aquella cordialidad que John tanto apreciaba en sus amigos. De modo que, una vez más, John se puso a fantasear sobre su futuro: imaginó su primera aparición en el banco de la iglesia familiar; su primera visita a su tío Greig, que se creía un gran financiero, y cuya miope y provinciana visión del mundo se vería deslumbrada con la luz del Oeste; y los detalles generales de aquella escena de transformación mediante la que iba a exhibirse ante todo Edimburgo como un corpulento y exitoso caballero en lugar de como un patético fugitivo.

Se fue acercando la hora en que su padre volvía del despacho y que el hijo pródigo había escogido para hacer su aparición. Así que tomó por Albany Street, en dirección a los últimos rescoldos de la puesta de sol. Sin saber muy bien por qué, le alegró moverse en aquel aire frío y aquel crepúsculo de color índigo, tachonado de farolas. Pero por el camino le esperaba otra desilusión.

Al llegar a la esquina de Pitt Street, se detuvo a encender otro cigarro. Al hacerlo la cerilla arrojó luz sobre sus facciones y un hombre de su misma edad se detuvo al verlo.

—¿No se llama usted Nicholson? —dijo el desconocido.

Ya era demasiado tarde para evitar que lo reconocieran, y, puesto que iba de camino a casa, tampoco le importó demasiado y dio rienda suelta al impulso de su naturaleza.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Beatson!

Y le estrechó la mano con efusividad. El otro no pareció corresponderle.

—¿Así que has vuelto? —dijo Beatson—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—En Estados Unidos —respondió John—, en California. He ganado bastante dinero, y de pronto se me ocurrió que sería una buena idea volver a pasar las

Navidades en casa.

—Comprendo —replicó Beatson—. En fin, supongo que, ahora que has vuelto, te dejarás ver un poco más.

—¡Oh, supongo que sí! —dijo John, un poco cortado.

—Pues hasta la vista —concluyó Beatson, y volvió a estrecharle la mano y se marchó.

Fue un cruel desengaño. De nada servía negar la evidencia, había vuelto a su ciudad, y a Beatson —el bueno de Beatson— le traía sin cuidado. Recordó al bueno de Beatson en el pasado, aquel muchacho alegre y afectuoso, y las aventuras y desdichas que habían pasado juntos, la ventana que habían roto con un tirachinas en India Place, la escalada al castillo y otros inestimables lazos de amistad, y su dolorida tristeza no hizo sino aumentar. En fin, estaba claro que uno solo puede contar con su propia familia, los lazos que de verdad importan son los de sangre, y el resultado de aquel breve encuentro fue que se plantó delante de la casa de su padre con sentimientos más tiernos y nobles.

Había anochecido, el montante en forma de abanico que había sobre la puerta estaba iluminado, las dos ventanas del comedor donde estaban poniendo la mesa y las tres ventanas del salón donde María estaría esperando que la llamaran para cenar relucían más tenuemente a través de las persianas amarillas. Era como una visión del pasado. Durante todo el tiempo que había durado su ausencia, la vida había seguido igual: a la hora acostumbrada habían encendido el fuego y los faroles y servido la cena; también a la hora acostumbrada, había sonado la campana tres veces para llamar a la familia a sus devociones diarias. Y al pensarlo, sintió una punzada de remordimiento por sus muchos defectos, recordó las cosas buenas que había descuidado, y las malas que tanto le habían gustado, y, con una oración en los labios, subió las escaleras y metió la llave en la cerradura.

Entró en el vestíbulo iluminado, cerró despacio la puerta a sus espaldas y se quedó allí maravillado. Ninguna novedad habría podido sorprenderle tanto como aquella completa familiaridad. Estaba el busto de Chalmers junto al pasamanos de la escalera, el cepillo de la ropa en su sitio habitual, y allí, en el perchero, estaban los sombreros y los abrigos que le parecieron los mismos de siempre. Se le quitaron diez años de encima, igual que a uno se le puede caer un alfiler de entre los dedos; y el océano, las montañas, las minas, los mercados y la mezcla de razas de San Francisco, su propia fortuna y su deshonra, se convirtieron, por un instante, en imágenes de un sueño del que acababa de despertar.

Se quitó el sombrero y se dirigió maquinalmente hacia el perchero; y allí se encontró con un pequeño cambio que a él le pareció muy grande. La percha que había sido suya desde la infancia, donde había colgado la gorra cuando volvía a casa de la escuela, y su primer sombrero cuando volvía de la facultad o la oficina, estaba ocupada. «¡Al menos, podían haber respetado mi percha!», pensó, y de pronto

recordó que era un intruso en una casa desconocida, en la que había entrado casi a escondidas y de la que podían echarle escandalosamente.

Se dirigió sombrero en mano a la puerta de la habitación de su padre, la abrió y entró. El señor Nicholson estaba sentado en el mismo sitio y en la misma postura que aquel último domingo, aunque se había vuelto más viejo, canoso y severo; y al elevar la mirada y ver a su hijo, sufrió una extraña conmoción y un sombrío rubor cubrió su rostro.

—Papá —dijo John en tono firme e incluso alegre, pues se había preparado mucho para aquel momento—, papá, he venido a devolverte el dinero que me llevé. He vuelto a pedirte perdón y a pasar las Navidades contigo y los chicos.

—¡Quédate con tu dinero! —exclamó el padre—, ¡y vete!

—¡Papá! —gritó John—, por el amor de Dios, no me recibas así. He venido para…

—Entiéndelo bien —le interrumpió el señor Nicholson—. No eres hijo mío, y a los ojos de Dios me lavo las manos. Solo te haré una última advertencia: se ha descubierto todo y te buscan para hacerte pagar tus crímenes; si sigues todavía libre, es solo gracias a mí, pero ya he hecho todo lo que estaba en mi mano, y de ahora en adelante no moveré ni un dedo, ni un solo dedo, ¡aunque sea para librarte de la horca! Y ahora —dijo con una voz grave de una autoridad absoluta y con un simple aunque decisivo gesto—, ahora…, ¡vete!

6

La casa de Murrayfield

No vale la pena detallar cómo pasó John aquella noche, ni en qué estado de confusión mental se sumió presa de la ira y el desánimo, ni cómo estuvo deambulando por todas las calles y tabernas de la ciudad. Su abatimiento, aunque no fuese en aumento, tampoco se redujo lo más mínimo, pues, a medida que disminuyeron el pesar y la indignación, fueron siendo reemplazados por el miedo. Al principio, las amenazadoras palabras de su padre quedaron almacenadas en su memoria, aguardando su hora. Al principio, John era todo afecto no correspondido y esperanzas deshechas, luego la vanidad volvió a alzar la cabeza y acabó repudiando a su padre igual que él había repudiado a su hijo. ¿Qué había de admirable en su vida regular y metódica?, ¿qué eran aquellas virtudes como un mecanismo de relojería en el que estaba ausente el amor? La bondad era la prueba, la bondad era el alma de todo, y visto de ese modo, el hijo pródigo rechazado —que ahora ahogaba sus penas y su razón con sucesivos tragos de licor— era una criatura de una moralidad mucho más humana que su recto padre. Sí, era un hombre mejor, y al entrar en una taberna en la esquina de Howard Place (adonde había llegado sin darse cuenta), remojó sus

virtudes con una copa…, tal vez la cuarta desde que lo expulsaran, aunque no habría podido decirlo, porque no recordaba lo que había hecho ni dónde había ido, inconsciente de la borrachera que se aproximaba. De hecho, es discutible si el licor lo emborrachó o apaciguó, porque fue justo al vaciar aquella última copa cuando las ambiguas y amenazantes palabras de su padre lo sobresaltaron —brotando del lugar de su memoria donde las había ocultado— como si alguien le pusiera la mano en el hombro. «Crímenes, te buscan, la horca». Eran palabras muy desagradables para un inocente, y tanto más si se había producido algún error judicial en su contra, pues ¿cómo iba a impedirlo él? John no creía en el poder de la inocencia, su experiencia apuntaba en una dirección muy distinta, y sus temores, una vez despertados, crecieron a cada instante y lo persiguieron por las calles de la ciudad.

Debían de ser casi las nueve de la noche, no había comido nada desde el almuerzo, había bebido mucho, y estaba agotado por las emociones, cuando el recuerdo de Houston acudió a su memoria. Recurrió no solo al hombre como amigo, sino a su casa como refugio. El peligro que le amenazaba era todavía tan vago que no sabía a ciencia cierta qué era lo que tenía que temer ni dónde podía acecharle, pero al menos parecía innegable que una casa particular siempre sería más segura que una taberna pública. Impulsado por tales reflexiones, se dirigió a la estación Caledonian, pasó (no sin alarma) junto a las brillantes luces del vestíbulo, recuperó su maleta en la consigna y poco después estaba traqueteando en un coche por la carretera de Glasgow. Las sacudidas, los faroles que repiqueteaban en la parte de atrás y el olor a humedad, moho y paja podrida que envolvía el vehículo lo sumieron en una extraña alternancia de lucidez y aturdimiento mortal.

«He estado bebiendo —descubrió—, debo irme derecho a la cama y descansar». Y dio gracias al cielo por la somnolencia que le invadía a ratos.

De una de aquellas cabezadas lo despertó el coche al detenerse, se apeó y se encontró en un camino rural, las luces de las afueras brillaban a lo lejos y la alta tapia de un jardín se alzaba ante él en la oscuridad. El Pabellón (como se llamaba la casa) desde luego era muy solitario. Por el lado sur lindaba con otra casa, pero el jardín era tan grande que no se habrían oído sus voces; por los otros lados, los campos se extendían pendiente arriba hacia los bosques de Corstorphine Hill, por detrás hacia las quebradas de Ravelston o hacia abajo en dirección al valle del Leith. La sensación de aislamiento era aún mayor por la enorme altura de las tapias del jardín, que ciertamente eran conventuales y, como John había podido comprobar de joven, desafiaban las ganas de trepar del escolar más osado. El farol del cochero arrojó un débil resplandor sobre la puerta y el deslucido tirador del timbre.

—¿Quiere usted que llame? —preguntó el cochero, que había descendido del pescante y se estaba dando palmadas en el pecho, pues la noche era fría.

—Sí, por favor —dijo John, llevándose la mano a la frente con un leve desvanecimiento.

El hombre tiró de la cuerda y el repicar de la campana se oyó en el jardín dos o tres veces: su sonido sonó débil y agudo en el silencio profundo y helado de la noche.

—¿Le están esperando? —preguntó el cochero con una confianza y un interés que casaban muy bien con su rostro enrojecido por el oporto, y, cuando John le contestó que no, añadió—: Entonces acepte mi consejo y vuélvase a la ciudad. Y se lo digo desinteresadamente, pues mis establos están en el camino de Glesgie.

—Los criados lo oirán —dijo John.

—¡Bah! —respondió el cochero—. Aquí no hay criados. Están todos en la ciudad. Lo he traído muchas veces. Es una especie de ermitaño.

—Déjeme a mí —dijo John, y tiró de la cuerda como un desesperado.

El clamor no se había apagado todavía cuando oyeron pasos en el sendero de grava y una voz singularmente nerviosa e irritada les gritó a través de la puerta:

—¿Quiénes son y qué es lo que quieren?

—Alan —dijo John—, soy yo…, Gordito…, John, ya sabes. Acabo de volver, y pensaba quedarme aquí. —Por un instante no hubo respuesta, y luego se abrieron las puertas—. Baje usted la maleta —le pidió John al cochero.

—No lo haga —dijo Alan, y luego se dirigió a John—. Pasa un momento. Quiero hablar contigo.

John entró en el jardín y la puerta se cerró a sus espaldas. En el sendero había una palmatoria con una vela, que parpadeaba con el viento, arrojaba de vez en cuando chispas sobre el acebo, iluminaba de forma discontinua como un velo las facciones de Alan y proyectaba su sombra por detrás. Todo el resto era indistinguible y el confuso cerebro de John empezó a dar vueltas con las sombras. No obstante, reparó en que Alan estaba pálido y su voz, cuando la oyó, le pareció algo impostada.

—¿Qué te trae por aquí esta noche? —empezó—. Dios sabe que no quiero parecer poco amistoso, pero no puedo permitir que te quedes, Nicholson. Es imposible.

—Alan —dijo John—, tienes que dejar que me quede. No sabes el lío en el que me he metido, mi padre me ha echado de casa y no me atrevo a ir a una taberna, porque me buscan por asesinato o algo parecido.

—¿Por qué? —preguntó Alan sobresaltado.

—Creo que por asesinato —dijo John.

—¡Asesinato! —repitió Alan, y se pasó la mano por delante de la cara—. ¿Qué estabas diciéndome? —volvió a preguntar.

—Que me buscan —dijo John—. Por lo que he podido deducir, me buscan por asesinato; he tenido un día terrible, Alan, y no puedo dormir por los caminos en una noche así…, al menos no con una maleta —rogó.

—¡Calla! —dijo Alan ladeando la cabeza—. ¿No has oído algo?

—No —respondió estremecido John, que se había contagiado de su pánico—. No, no he oído nada, ¿por qué? —Y luego, como no hubiera respuesta, volvió con sus ruegos—: Pero, Alan, tienes que dejar que me quede. Me iré directo a la cama, si

estás ocupado. Creo que he estado bebiendo, por eso estoy tan cansado. Yo no te echaría, Alan, si te vieses en mi situación.

—¿No? —replicó Alan—. Pues tampoco yo lo haré. Vamos a por tu maleta.

Pagaron al cochero, que se fue por la colina iluminada por la luz de las farolas, y los dos amigos se quedaron en la acera junto a la maleta hasta que el rumor de las ruedas se extinguió en el silencio. A John le pareció que Alan concedía demasiada importancia a la partida del coche, pero no estaba en situación de criticar y participó de su preocupación.

Cuando el silencio volvió a ser completo, Alan se echó la maleta al hombro, entró y cerró con llave la puerta del jardín; luego volvió a quedarse abstraído, y se quedó allí plantado con la llave en la mano, hasta que el frío hizo que a John se le agarrotaran los dedos.

—¿Qué hacemos aquí parados? —preguntó John.

—¿Eh? —exclamó Alan con voz inexpresiva.

—¿Qué te pasa, amigo? No pareces el mismo —dijo el otro.

—No, no lo soy —respondió Alan, y se sentó en la maleta y se tapó la cara con las manos.

John se quedó a su lado un poco mareado y observando las sombras, las chispas y las estrellas fijas allá en lo alto, hasta que el frío empezó a mordisquearle la piel a través de la ropa. Pese a lo obtuso de su inteligencia, empezó a extrañarse de todo aquello.

—Oye, ¿por qué no entramos en la casa? —dijo por fin.

—Sí, vayamos a la casa —repitió Alan.

Acto seguido se levantó, volvió a echarse la maleta al hombro, cogió la vela con la otra mano y abrió la marcha hacia el Pabellón. Era un edificio alargado de techo bajo y cubierto de hiedra que, salvo por la escasa luz que se filtraba por las rendijas de los postigos, estaba sumido en la oscuridad y el silencio.

En el recibidor, Alan encendió otra vela, se la dio a John y abrió la puerta de un dormitorio.

—Aquí —dijo—, vete a dormir. No te preocupes por mí, John. Te entristecerás cuando lo sepas.

—Espera un momento —repuso John—. Me he quedado helado ahí fuera. Vayamos un momento al comedor. Solo una copa para entrar en calor, Alan.

En la mesa del recibidor había una copa y una botella de *whisky* en una bandeja. Era evidente que acababan de abrir la botella, pues el corcho y el abridor estaban al lado.

—Llévatela —dijo Alan, pasándole el *whisky*, y luego empujó a su amigo con cierta brusquedad hacia el dormitorio, y cerró la puerta tras él.

John se quedó perplejo, luego agitó la botella y para su sorpresa comprobó que estaba parcialmente vacía. Faltaban tres o cuatro vasos. ¡Alan debía de haber descorchado la botella y haberse bebido tres o cuatro copas, una tras otra, allí de pie,

pues no había ni una sola silla en aquel desolado recibidor en esa noche tan fría! Eso explicaba sus excentricidades, pensó perspicazmente John, mientras se preparaba un *grog*. ¡Pobre Alan! Estaba borracho, ¡qué vicio tan terrible era la bebida y cómo debía de haber esclavizado al pobre Alan, para hacerle beber solo en un sitio tan incómodo! El hombre que bebe solo, a menos que sea por motivos de salud —como estaba haciendo ahora John—, es un hombre perdido sin remedio. Se bebió el *grog* de un trago y entró en calor, aunque también se sintió un poco más confuso. Tardó un buen rato en abrir la maleta y encontrar las cosas de dormir, y antes de desvestirse volvió a tener frío. «En fin —se dijo—, solo una gotita más. No vale la pena ponerse enfermo por culpa de todo este lío». Y muy pronto se sumió en un profundo sueño.

Cuando John despertó, había amanecido. El sol invernal estaba ya en el cielo, pero el reloj se le había parado y no pudo saber la hora con exactitud. Las diez, calculó, y se apresuró a vestirse mientras en su imaginación se agolpaban tristes reflexiones. Sin embargo, lo que le preocupaba ahora no era tanto el miedo como el arrepentimiento, un arrepentimiento mezclado con agudas punzadas de penitencia. El golpe que había sufrido era sin duda cruel, pero no dejaba de ser el castigo por sus viejos errores, y él se había rebelado y cometido un nuevo pecado. Habían empleado la vara para castigarlo, y él había mordido los dedos que la sostenían. Su padre tenía razón: John le había dado motivos para obrar así; no era un invitado digno de una casa decente, ni una compañía adecuada para los hijos de la gente honrada. Y, por si eso fuera poco, ahí tenía el ejemplo de su viejo amigo. John no era ningún borracho, aunque a veces pudiera excederse bebiendo, y la imagen de Houston bebiendo licor en la mesa del recibidor le produjo una sensación de náusea. No le apetecía volver a encontrarse con su viejo amigo. Casi deseaba no haber ido a verlo, pero, incluso ahora, ¿dónde iba a ir si no?

Dichas reflexiones ocuparon su imaginación mientras se vestía y lo acompañaron hasta el recibidor de la casa. La puerta del jardín estaba abierta. Sin duda, Alan había salido, y John hizo lo propio. Los efectos de la helada eran todavía evidentes y el suelo estaba duro como el hierro. Mientras avanzaba entre los acebos, los carámbanos brillaban y tintineaban en su caída y una nube de gorriones le seguía a todas partes. Hete ahí una mañana de Navidad y un tiempo navideño felizmente reunidos para deleite de los niños. Aquel era el día en que se reunían las familias, el día cuya llegada había anhelado tanto, convencido de que despertaría en su cama de Randolph Crescent, reconciliado con el mundo y recordando los pasos de su juventud. Y, en lugar de eso, aquí estaba, solo, recorriendo los senderos de un jardín invernal y embargado por sentimientos de penitencia.

Y eso le recordó: ¿por qué estaba solo?, ¿y dónde estaba Alan? La nostalgia de aquella mañana de fiesta volvió a despertar en él el deseo de ver a su amigo, y empezó a llamarlo por su nombre. Cuando se extinguió el sonido de su voz, reparó en el vasto silencio que lo rodeaba. De no ser por el gorjeo de los gorriones y el crujido

de sus propios pasos en la nieve helada, el mundo entero parecía sumido en un profundo trance, y su quietud pesó en su imaginación con el horror de la soledad.

Recorrió a toda prisa el jardín entero y continuó llamándolo todavía de vez en cuando, aunque en voz más baja. Por fin, al no encontrar a nadie en sus verdes recovecos, volvió a entrar en la casa. Una vez allí, el silencio pareció volverse aún más sobrecogedor. La puerta seguía abierta, pero todos los postigos estaban cerrados, no salía humo de las chimeneas y no se oía ese leve rumor (tal vez más audible para la imaginación que para los oídos) con los que una casa anuncia y traiciona la presencia de sus habitantes. Y, no obstante, Alan debía de estar allí…, sumido en su sueño de borracho, inconsciente de la llegada del día de fiesta, y de la presencia del amigo al que tan fríamente había recibido y a quien ahora estaba descuidando. Pensarlo redobló su sensación de náusea, pero empezaba a tener más hambre que asco y, aunque solo fuese para desayunar, debía encontrar al durmiente.

Recorrió las alcobas de la casa. Excepto la habitación de Alan, todas estaban cerradas por fuera y mostraban claros indicios de no haber sido ocupadas desde hacía mucho tiempo. En cambio, el dormitorio de Alan estaba lleno de ropa, cachivaches, cartas, libros y otras cosas típicas de un hombre solitario. Habían encendido el fuego, pero hacía mucho que se había apagado y las cenizas estaban frías como el mármol. La cama estaba hecha, pero nadie había dormido en ella.

Peor que peor, Alan debía haberse caído en algún sitio, y ahora yacería grotescamente tumbado, sin duda sobre el suelo del comedor.

El comedor era una habitación muy larga a la que se accedía por un pasillo, de modo que John al entrar tuvo que abrirse paso a tientas hasta las ventanas, chocando y tropezando con los muebles. De pronto, tropezó y cayó cuan largo era sobre un cuerpo postrado. Era justo lo que había imaginado, pero aun así se asustó, y se sorprendió de que un golpe tan fuerte no le hubiese arrancado un gemido al borracho. Otros hombres habían muerto antes por aquellos excesos, y la posibilidad de un final tan terrible y degradante hizo que John se estremeciese. ¿Y si Alan hubiese muerto? ¡Bonito día de Navidad!

John llegó por fin a los postigos, los abrió y volvió a contemplar el bendito rostro del día. Incluso iluminada, la habitación tenía un aspecto desasosegante. Las sillas estaban descolocadas y una estaba caída en el suelo; el mantel estaba arrugado por un lado y algunos platos se habían caído al suelo. Detrás de la mesa, estaba el borracho, todavía inconsciente. John solo podía verle un pie.

Pero ahora que había luz lo peor había pasado. Era un asunto desagradable, pero solo eso, y John procedió a dar la vuelta a la mesa sin demasiada aprensión: fue su último momento de relativa tranquilidad de aquel día. En cuanto dobló la esquina, en cuanto sus ojos se posaron en el cuerpo, soltó un grito ahogado y sin aliento y huyó de la habitación y de la casa.

No era Alan quien yacía allí, sino un hombre entrado en años, de rostro severo y cabello plateado; y tampoco estaba borracho, pues el cuerpo yacía en medio de un

charco de sangre y sus ojos abiertos miraban fijamente al techo.

John empezó a dar vueltas delante de la puerta. El aire frío actuó sobre sus nervios como un sedante y, poco a poco, las imágenes fueron grabándose más claramente en su memoria, recobró la capacidad de raciocinio, y el horror y el peligro de la situación lo dejaron clavado en el suelo.

Se apretó las sienes con las manos, y con la mirada fija en el sendero de grava empezó a atar cabos y reconstruyó lo que ya sabía y sospechaba: que Alan había asesinado a alguien, probablemente a «ese hombre» contra quien el mayordomo había echado la cadena de la puerta en Regent's Terrace; tal vez a otro, a un ser humano en cualquier caso, a alguien a quien era un crimen asesinar, y cuya sangre estaba ahora derramada por el suelo. Por eso había estado bebiendo *whisky* en el pasillo, por eso no había querido recibir a John y se había portado de un modo tan extraño; por eso se había sobresaltado al oír la palabra «asesinato» y se había quedado tan sombrío cubriéndose la cara con las manos en mitad de la noche. Y ahora se había ido, había huido cobardemente y había dejado a John como único heredero de aquella situación tan peligrosa.

«Déjame pensar…, déjame pensar», dijo con impaciencia en voz alta, como si estuviese implorándole a algún despiadado interlocutor que no dejara de interrumpirle. Estaba tan confundido que un millar de sospechas, esperanzas, amenazas y temores silbaron en sus oídos y se sintió como alguien perdido en mitad de una multitud. ¿Cómo iba a recordar nada si él mismo era el autor y el escenario de tanta confusión? Pero, en momentos así, se disuelve la junta de la naturaleza humana y reina la anarquía.

Era evidente que no podía seguir allí, pues estaba a punto de producirse un nuevo error judicial. Lo que no era ya tan evidente era adónde debía ir, pues el antiguo error judicial parecía perseguirlo por todo el mundo habitable; fuese lo que fuese, lo buscaba en Edimburgo, debía de haberse originado en San Francisco, sin duda montaba guardia como un dragón en el banco donde guardaba su dinero, ¿y quién sabe dónde más estaría aguardándole emboscado? No, no sabía dónde ir, pero tampoco tenía tiempo que perder. Lo mejor era empezar por el principio. No podía quedarse allí. Tampoco podía huir con la maleta, y dejarla allí era hundirse aún más profundamente en el pozo. Debía marcharse, encontrar un coche, y volver…, ¿volver pasado un tiempo? ¿Tendría valor para hacerlo?

Justo en ese momento, vio una mancha de casi un palmo de ancho en la pernera de su pantalón y alargó el dedo para tocarla. El dedo se le tiñó de rojo: era sangre. La miró con repugnancia, miedo y terror, y acicateado por aquellas sensaciones se puso en acción.

Se limpió el dedo en la nieve, volvió a la casa, se acercó en silencio a la puerta del comedor y la cerró con llave. Luego respiró aliviado, al ver aquella barrera de roble entre él y lo que más temía. Luego corrió a su habitación, se quitó los pantalones manchados, que a sus ojos eran como una cadena que lo ligaba al

patíbulo, los tiró en un rincón, se puso otro par, metió sus cosas de cualquier manera en la maleta, la cerró, la levantó con esfuerzo del suelo y, con gran alivio, salió otra vez a cielo abierto.

La maleta, fabricada en América, era muy pesada. Su peso había agobiado al robusto Alan, y a John le aplastó tanto su carga que empezó a sudar copiosamente. Dos veces tuvo que dejarla en el suelo antes de llegar a la verja del jardín, y, una vez allí, se vio obligado a hacer como Alan y sentarse sobre ella. Se quedó un rato jadeando, mientras se le aclaraban las ideas. Ahora que la maleta estaba junto a la puerta, había desaparecido parte de su vinculación con la casa donde se había cometido el crimen, y el cochero ni siquiera tendría que ir más allá de la tapia del jardín. Fue sorprendente lo aliviado que se sintió, pues la casa le parecía capaz de llenar de sospechas a quienes la contemplaran, como si las mismísimas ventanas gritaran: «¡Asesinato!».

Pero los golpes del destino no le dieron tregua. Cuando estaba allí sentado recobrando el aliento a la sombra de la tapia y rodeado de gorriones, observó la cerradura y lo que vio le hizo ponerse en pie de un salto. La puerta se cerraba con un resorte: una vez cerrada, sin una llave, no había forma de entrar.

Se vio dividido entre dos desagradables y peligrosas posibilidades: o bien cerraba la puerta y dejaba la maleta en la cuneta, para extrañeza de todos los que pasaran por allí, o bien la dejaba abierta, de modo que cualquier vagabundo o colegial de vacaciones podría entrar y descubrir su sombrío secreto. La segunda opción le pareció la menos arriesgada, pero antes debía asegurarse de que nadie le veía. Observó la carretera a uno y otro lado: estaba desierta. Fue hasta el desvío del camino que lleva a Dean: tampoco vio un alma. Sin duda era ahora o nunca, así que cerró la puerta todo lo que pudo, deslizó un guijarro en el hueco del resbalón y echó a andar cuesta abajo en busca de un coche.

A mitad de camino, se abrió una puerta y un grupo de niños que celebraban la Navidad salieron corriendo muy alegres, seguidos por una madre sonriente.

«¡Eso sí que es un día de Navidad!», pensó John, y estuvo a punto de echarse a reír amargado.

7

Tragicomedia en un coche de punto

Enfrente del Hospital Donaldson, John tuvo la fortuna de ver un coche a lo lejos y, a fuerza de gritar y mover los brazos, consiguió llamar la atención del cochero. Le pareció un golpe de suerte, porque estaba deseando desaparecer del lugar del crimen, y cuanto más tardase en encontrar un coche, mayor sería la probabilidad de que alguien hiciese el inevitable descubrimiento y de que encontrase el jardín repleto de

vecinos airados. Sin embargo, cuando el vehículo se le aproximó le desanimó reconocer al cochero con cara de borrachín de la noche anterior. «He aquí —pensó— otro eslabón del error judicial».

Al cochero, por su parte, le alegró volver allí a un precio tan generoso, y como era un hombre sociable, por no decir campechano —el lector ya debe de haberse dado cuenta—, enseguida se puso locuaz y empezó a hablar del tiempo, de la festividad de aquellos días —que le gustaban sobre todo porque la gente pagaba buenas propinas —, del azar que había vuelto a reunirle con un cliente tan agradable y sobre el hecho de que John hubiese pescado (como a él le gustaba llamarlo) una buena «merluza» la noche pasada.

—Disculpe que se lo diga, pero tiene usted muy mal aspecto, señor —prosiguió —. Y, si acepta usted mi consejo, no hay como un buen trago para remediarlo. Y, ya que estamos en Navidad —añadió—, estaré encantado de acompañarlo.

John lo había estado escuchando con el corazón angustiado.

—Cuando acabemos lo que tenemos que hacer, le invitaré a usted a un trago —dijo aparentando una energía que no casaba muy bien con él—, hasta entonces, ni una gota. Primero son los negocios y luego el placer.

Con esa promesa convenció al cochero de que volviera a subir al pescante y lo llevase con terrible lentitud hasta las puertas del Pabellón. Todavía no había indicios de conmoción pública, solo había dos hombres charlando cerca de allí, pero su mera presencia hizo que a John se le acelerara el pulso. Podía haberse ahorrado el susto, pues ambos estaban sumidos en una disputa de cariz teológico y no le prestaron la menor atención mientras contaban con los dedos y hacían muecas desdeñosas.

Sin embargo, el cochero resultó ser un auténtico incordio. No hubo manera de que se quedase en el pescante, tuvo que apearse, hacer un comentario sobre lo de meter un guijarro en el resbalón (que le pareció un sistema ingenioso, pero no muy seguro), ayudar a John con la maleta y animar la cuestión con un animado discurso y una serie de preguntas que podrían resumirse así:

«Él no debe de estar en casa, ¿verdad? ¿No? Bueno, es un hombre bastante excéntrico, un bicho raro, si me permite la expresión. Se dice que siempre ha tenido muchos problemas con los inquilinos. Hace años que conozco a la familia. Conduje un coche en la boda de su padre. ¿Cómo se llama usted…? Su cara me suena. ¿Baigrey, dice? Había unos Baigrey cerca de Gilmerton, ¿son familia suya? Entonces esta maleta debe de ser de algún amigo, ¿no? ¿Que por qué? ¡Pues porque el nombre de la etiqueta es Nicholson! ¡Oh!, si tiene usted prisa, la cosa es diferente. ¿A la estación de Waverley Bridge? ¿Se va usted de viaje?».

Y así el amistoso borrachín atosigó con sus preguntas a John, que tenía el corazón en un puño. Pero también eso, como todos los males de este mundo, llegó a su fin, y aquella víctima de las circunstancias pudo encaminarse hacia la estación de ferrocarril de Waverley Bridge. Durante el trayecto, subió las ventanillas y se encerró en el hedor helado y mohoso del carruaje, mientras contemplaba el aspecto festivo

que tenía todo, las tiendas cerradas y la gente que paseaba por la acera, igual que un condenado al que llevan al patíbulo contempla cómo se apiña la muchedumbre para asistir a su ejecución.

Al llegar a la estación, volvió a cobrar ánimos: otra etapa de su huida había concluido y se sintió más optimista. Llamó a un mozo de cuerda y le pidió que llevase la maleta a la consigna: no es que tuviese intención de entretenerse, solo pensaba en huir de allí cuanto antes y a cualquier parte, pero había decidido despedir al cochero antes de decidirse por un destino determinado, y privar así al error judicial de un nuevo eslabón. Tal era su plan, y ahora, con un pie en el suelo y otro en el estribo, estaba deseando ponerlo en práctica. Metió la mano en el bolsillo del pantalón.

¡Estaba vacío!

¡Oh, sí! Esta vez la culpa era suya. Debía haberse acordado y, al desprenderse de los pantalones manchados de sangre, no debería haberse desprendido también de su cartera. ¡Calculen ustedes la dimensión de aquel error y compárenlo con el castigo! Conjeturen cuál fue su nueva situación, pues a mí me faltan palabras para describirla; imagínenlo condenado a volver a aquella casa que tanto le horrorizaba, y arriesgarse, una vez más, a que lo sorprendieran en el lugar del crimen; piensen además que eso lo encadenaba al coche mohoso y al cochero campechano. John maldijo al cochero en silencio, y de pronto se le ocurrió que debía impedir que llevasen su maleta a la consigna y se volvió para llamar al mozo. Pero sus reflexiones, por breves que le pareciesen, debieron de ocuparle más de lo que había supuesto, y vio al hombre que volvía con el recibo.

En fin, la suerte estaba echada: había perdido también su maleta, pues los seis peniques con los que había pagado el peaje de Murrayfield los había encontrado por casualidad en el bolsillo del chaleco, y, a menos que volviera a arriesgarse con éxito a entrar en la casa del crimen, su maleta se quedaría para siempre en la consigna por falta de un penique. Entonces recordó al mozo, que esperaba muy atento y con una palabra de agradecimiento dispuesta en los labios.

John rebuscó en todos sus bolsillos, encontró una moneda, rogó a Dios para que fuese un soberano; la sacó, vio que era medio penique y se lo dio al mozo.

El hombre se quedó boquiabierto.

—Pero ¡si no es más que medio penique! —exclamó ofendido en su orgullo de ferroviario.

—Lo sé —respondió John en tono compasivo.

—Gracias, señor —dijo el otro, y quiso devolverle la humillante propina.

John se negó a aceptarla y, cómo no, el cochero intervino.

—¡Vamos, señor Baigrey! —gritó—, ¡no habrá olvidado qué día es hoy!

—¡No tengo cambio! —chilló John.

—¿Y qué? —respondió el cochero—. En un día así, yo preferiría darle un chelín que una miseria como esa. ¡Me sorprende usted, señor Baigrey!

—¡Yo no me llamo Baigrey! —exclamó John, en un arrebato infantil.

—Pero ¡si ha sido usted quien me lo ha dicho! —dijo el cochero.

—Ya sé que se lo he dicho, pero ¿por qué demonios creía tener derecho a preguntármelo? —gritó el pobre desdichado.

—¡Ah, muy bien! —repuso el cochero—. ¡Si lo que quiere es ponerme en mi sitio, yo sé muy bien cuál es el suyo, vaya si lo sé! —repitió, como dando a entender que lo dudaba, y murmuró una serie de improperios en los que se pronunció varias veces en vano la noble y antigua palabra «caballero».

¡Oh, si hubiera podido deshacerse de aquel monstruo, con quien John comprendió ahora que había empezado antes de tiempo la celebración de la Navidad! Pero, lejos de aquel consuelo, no tenía ni ayuda ni quien le ayudara: su maleta estaba secuestrada en un sitio; su dinero olvidado en otro y custodiado por un cadáver; él mismo —que necesitaba pasar desapercibido por encima de todo— se había convertido en el centro de todas las miradas en la estación; y, por si todas esas desgracias fueran pocas, ¡acababa de perder el favor de aquella bestia a quien lo había encadenado su pobreza! ¡El favor del testigo que podía salvarlo o enviarlo a la horca! No había tiempo que perder, no podía seguir por más tiempo en un lugar público, y, tanto si recurría a la dignidad como a la conciliación, debía hacerlo cuanto antes. Un resto de virilidad felizmente conservado le inclinó por la primera opción.

—Ya está bien —dijo con el pie otra vez en el estribo—. Lléveme de vuelta al sitio de donde venimos.

Había evitado darle el nombre de su destino, pues había un grupo de mozos de cuerda arremolinados en torno al coche y él seguía pensando en los tribunales y esforzándose en impedir que se acumulasen aquellas pruebas concéntricas. Pero, una vez más, el fatídico cochero dio al traste con sus planes.

—¿Quiere que lo lleve de vuelta al Pabellón? —exclamó en tono quejoso.

—¡Eche a andar de una vez! —rugió John y cerró la portezuela de golpe, de forma que el carruaje crujió y se estremeció.

El coche traqueteó por las calles navideñas, mientras el pasajero que llevaba en su interior se sumía en la negrura de una desesperanza que lindaba con la inconsciencia y el cochero rumiaba en el pescante la trifulca y la duplicidad de su cliente. No seré yo quien tome partido por ninguno. El caso de John no tenía parangón, pero también el cochero merece la comprensión de los juiciosos, pues era un hombre de una amabilidad sincera y un elevado sentido de la dignidad personal exacerbado por la bebida, que había visto cómo desairaban públicamente sus atenciones. Mientras conducía iba meditando sus errores y sintió necesidad de beber y de encontrar a alguien que lo comprendiera. Casualmente, un amigo suyo regentaba una taberna en Queensferry Street, y pensó que, tratándose de unas fechas tan señaladas, tal vez lo invitara a un trago. Queensferry Street queda un poco apartada del recorrido más directo a Murrayfield. Aunque hay un desvío que pasa por el valle del Leith y el cementerio de Dean, y Queensferry Street queda de camino. Teniendo en cuenta que

su caballo era mudo y no podía protestar, ¿quién iba a impedirle que se desviara y pasase a ver a su amigo? De modo que el cochero, algo más tranquilo, hizo girar al caballo a la derecha.

Entretanto, John seguía hundido en su asiento con la barbilla clavada en el pecho y la mente totalmente en blanco. El olor del carruaje seguía siendo vagamente presente para sus sentidos, igual que cierto peso helado en los pies, pero todo lo demás había desaparecido, engullido por una invencible sensación de desastre y fatiga física. Era casi mediodía, llevaba veintidós horas sin comer, y no había sufrido más que tormentos, alarmas y penalidades, por lo que es imposible decir que se quedara dormido; sin embargo, cuando el coche se detuvo y el cochero asomó la cabeza por la ventanilla, le costó llamar su atención.

—Ya que no quiere acompañarme a tomar un trago —dijo el cochero con una más que merecida severidad en el tono y las formas—, supongo que no le importará que yo me tome uno.

—Sí…, no…, haga lo que quiera —replicó John.

Y luego, al ver a su verdugo subir las escaleras y entrar en la taberna, tuvo una sensación remotamente familiar. Terminó de despertarse del todo y se quedó contemplando la fachada. Sí, la conocía, pero ¿de qué?, ¿de cuándo? Hace mucho tiempo, pensó. Después recorrió con la mirada el ventanal, que había estado tapado por la figura del cochero, y contempló los árboles donde dormían los grajos de Randolph Crescent. Estaba cerca de su casa…, de la casa en cuyo bien recordado comedor había contado con estar a esas horas enfrascado en una conversación agradable, ¡y en cambio…!

Su primer impulso fue desplomarse en el interior del coche, el siguiente taparse la cara con las manos. Así se quedó mientras el cochero brindaba con el tabernero y el tabernero con el cochero, y ambos revisaban los asuntos de la nación, y así seguía cuando su señoría condescendió a regresar y siguió colina abajo por la curva de Lynedoch Place. Pese a todo, al pasar por la calle de su padre, echó un vistazo entre los dedos y vio el coche de un médico en la puerta.

«Lo que faltaba —pensó—; ¡he matado a mi padre! ¡Y el día de Navidad!».

Si el señor Nicholson había muerto, lo llevarían a la tumba por esta misma calle; igual que habían hecho con su mujer muchos años antes; y con muchos otros ciudadanos ilustres, con los jaeces adecuados y el cortejo fúnebre. ¿Y adónde si no iba el propio John con el aliento congelado en aquel coche frío y maloliente, cubierto de paja y esteras?

Aquella idea agitó su imaginación, que empezó a producir miles de imágenes brillantes y fugaces, como las formas de un caleidoscopio, y se vio a sí mismo feliz y rubicundo deslizándose por el arroyo; luego convertido en un pilluelo aburrido y triste, acompañado de plañideras y vestido de crepé, descendiendo a paso cansino por esa misma colina detrás del féretro de su madre; luego su imaginación se adelantó y le mostró su lugar de destino, que le esperaba solitario con los gorriones dando

saltitos en el umbral y el muerto con la vista fija en el techo; y de pronto, con un cambio súbito, se llenó de vecinos pálidos que señalaban con la mano, mientras el médico se abría paso entre ellos con el estetoscopio en la mano, y el policía movía sagazmente la cabeza junto al cadáver. Ahí era a donde se dirigía, se vio llegar, se oyó balbucir torpes excusas y notó la mano del detective en el hombro. ¡Cielos!, cómo deseó haber sido más valiente entonces, cómo se despreció por haber huido de aquel lugar fatídico cuando todo estaba tranquilo y tener que volver ahora tímidamente cuando estaría atestado de gente sedienta de venganza.

Cualquier arrebato de pasión concede, incluso a los más obtusos, la fuerza de la fantasía. Así que se regodeó en lo que probablemente estuviera esperándolo al final de aquel viaje tan deprimente. John, que apenas se fijaba en las cosas, que nunca recordaba nada y mucho menos podría haberlas descrito, vio en su imaginación el jardín del Pabellón con tanto detalle como en un mapa, lo recorrió de un extremo al otro lleno de terror, vio los acebos, los bordes cubiertos de nieve, los senderos por los que había buscado a Alan, las tapias altas y conventuales, la puerta cerrada…, ¡qué!, ¿estaba cerrada la puerta? Sí, es verdad, la había cerrado…, había cerrado el acceso a su dinero, a su huida, a su vida futura, la había cerrado con sus propias manos, ¡y ahora ya nadie podría abrirla! Oyó el chasquido de la cerradura como una explosión en su cerebro y se quedó estupefacto.

Luego volvió a despertar con el terror corriéndole por las venas. No tenía tiempo que perder, debía ponerse manos a la obra, debía pensar. Cuando llegasen al final de aquel absurdo viaje, una vez a las puertas del Pabellón, no tendría más remedio que volverse. Pero, entonces, ¿por qué llegar tan lejos?, ¿por qué añadir otra sombra de sospecha a un caso de por sí tan sospechoso?, ¿por qué no dar la vuelta cuanto antes? Era fácil de decir, pero volver ¿adónde? No tenía dónde ir, nunca —lo vio escrito en letras de sangre— podría pagar el coche, estaba encadenado a aquel coche para siempre. ¡Oh, ese coche!, el alma le ardía y las entrañas se le removían deseando librarse de él. Olvidó el resto de sus preocupaciones. Lo primero que tenía que hacer era desembarazarse de aquel coche maloliente y de la bestia humana que lo conducía…, esa era su principal prioridad.

Justo en ese momento, el coche se detuvo y su torturador golpeó en el cristal delantero. John lo bajó y contempló el rostro abotargado e inflamado de triunfo intelectual.

—Ya sé quién es usted —gritó la voz áspera—. Le he reconocido. Se llama usted Nicholson. Lo llevé una vez a una fiesta en Hermiston, y volvió usted en el pescante, y le dejé conducir.

Cierto. John conocía a aquel hombre, incluso habían sido amigos. Su enemigo, recordó ahora, era muy buena persona…, muy buena persona, al menos con un niño, ¿por qué no iba a serlo ahora con un hombre? ¿Por qué no apelar a su lado bueno? Se aferró a aquella nueva esperanza.

—¡Dios mío!, es verdad, yo también me acuerdo —gritó en un transporte de gozo, con una voz que sonaba falsa en sus propios oídos—. Bueno, si es así, tengo algo que contarle. Será mejor que salga. ¿Dónde estamos?

El cochero acababa de mostrarle el recibo al guardabarreras, y estaba en la parte más alta y solitaria del camino. A la izquierda, había un grupo de árboles; a la derecha, unos campos en barbecho descendían ondulantes hacia la carretera de Queensferry; delante, los oscuros bosques nevados de Corstorphine Hill se recortaban contra el cielo. John miró en torno a él, bebiendo el aire limpio como si fuera vino, luego volvió a contemplar el rostro del cochero, que esperaba muy satisfecho a que hablase su pasajero, como quien ve la posibilidad de ganarse una propina.

La bebida había hinchado de tal modo sus facciones que resultaban casi inescrutables, las había coloreado de tal modo que variaban del rojo ladrillo al morado oscuro. Los ojillos grises pestañeaban sin parar y sus labios se movían codiciosos, la codicia era la principal pasión que lo movía, y aunque el viejo borrachín fuese buena persona y hubiese en él una brizna de humanidad, la esperanza había despertado en él tanta codicia que todos sus demás rasgos de carácter parecían latentes. Era un monumento al deseo avaricioso.

John sintió que le faltaban los ánimos. Había abierto la boca, pero se quedó allí sin decir nada. Sondeó el pozo de su valor, y lo encontró seco. Tanteó en el tesoro de su elocuencia, y descubrió que estaba vacío. Un demonio lo enmudeció aferrándolo por la garganta y otro lo aterrorizó balbuciéndole al oído; y, de pronto, sin decir palabra, casi sin pensarlo, John saltó la tapia del camino y echó a correr a toda prisa por los campos en barbecho.

No había llegado muy lejos, estaba a mitad del primer campo, cuando todo su cerebro gritó: «¡Idiota! ¡Todavía tienes el reloj!». El sobresalto le hizo detenerse y se volvió una vez más hacia el coche. El cochero estaba acodado sobre el muro, blandiendo el látigo con el rostro purpúreo y mugiendo como un toro. Y John vio (o creyó ver) que había desaprovechado aquella oportunidad. Ningún reloj acallaría ahora la cólera de aquel hombre, solo pediría venganza. Llevarían a John a la policía, se descubriría toda la historia, se desvelaría su secreto y su destino se abatiría sobre él para siempre.

Soltó un profundo suspiro, y, justo cuando el cochero, haciendo acopio de fuerzas, se disponía por fin a saltar el muro, su cliente echó a correr de nuevo y desapareció entre los campos más lejanos.

8

Peculiar ejemplo de la utilidad de una llave de entrada

Al principio, John no supo muy claramente hacia dónde corría, ni cuánto tiempo pasó antes de que llegara a un camino cercano al pabellón de Ravelston y se apoyara en una tapia con los pulmones silbándole como fuelles, las piernas exhaustas y la imaginación dominada por un único deseo: ocultarse y pasar desapercibido. Recordó los escondrijos que había a la orilla de la charca de la cantera, un lugar muy poco frecuentado, y donde, sin duda, podría ocultarse hasta que cayera la noche. Se dirigió allí por el camino, pero cuando llegó, ¡ay!, había olvidado la helada, y se encontró la charca cubierta de jóvenes patinadores, y las orillas abarrotadas de gente. Estuvo un rato mirando. Había una joven alta y elegante, que patinaba cogida de la mano de un joven a quien miraba con sus ojos brillantes de un modo tal vez demasiado elocuente, y resulta extraña la cólera con que la miró John. Poco faltó para que empezase a maldecirla, para que se plantase allí como un vagabundo y la amenazara con el puño mientras desahogaba su ira contra ella…, o eso pensó. Pero, un instante después, se compadeció de la chica. «¡Pobrecita! —suspiró—, ¡si ella supiera! ¡Es mejor que se divierta mientras pueda!». ¿Sería posible que alguien los hubiera mirado así mientras Flora le sonreía en la laguna de Braid?

El recuerdo de una cantera, en su intelecto helado, le sugirió otra, y echó a andar pesadamente hacia Craig Leith. Se había levantado un viento del noroeste que le cortaba y quemaba la piel como si fuera fuego y le entumecía las puntas de los dedos. También trajo las nubes, unas nubes pálidas y apresuradas que salpicaban el cielo y cubrían la tierra de sombras. Trepó entre los montones de escombros y los castaños del cráter de la cantera, y se resguardó entre unas rocas. El viento soplaba a ras del suelo, las piedras eran frías y afiladas, los castaños sin hojas gemían en torno a él, y pronto el aire de la tarde empezó a canturrear con esas notas tristes y extrañas que anuncian una nevada. El dolor y la angustia que sentía John se trocaron en una acuciante ansiedad y un ciego deseo de cambio, tan pronto se revolvía en su guarida hasta que le rozaban las piedras y casi se sentía agradecido, como trepaba hasta el borde del precipicio y miraba mareado hacia el abismo. Veía la espiral del camino, los escarpados peñascos, los arbustos aferrados a la pendiente, las guirnaldas de nieve y la grúa diminuta en el fondo. Sin duda, ahí tenía un modo de acabar con todo. Pero, por algún motivo, no se le pasó por la cabeza.

De pronto, reparó en que tenía hambre; sí, a pesar de la tortura del frío y la desesperación, empezó a sentir la necesidad de comer algo, donde y como fuese. ¿Y si empeñaba el reloj? Pero no, el día de Navidad —¡estaban en Navidad!— la casa de empeños estaría cerrada. ¿Y si iba a la taberna de Blackhall y ofrecía el reloj, que valía más de diez libras, como pago por un poco de pan y queso? Pero eso despertaría sus sospechas, o bien lo echarían a la calle o le dejarían quedarse y llamarían a la policía. Se vació los bolsillos uno tras otro: un par de billetes de tranvía de San Francisco, un cigarro, la llave de la casa de su padre, un pañuelo de bolsillo, levemente aromatizado. No, ahí no encontraría nada de dinero. No le quedaba más

remedio que seguir pasando hambre, y después de todo, ¿qué más daba? También esa era una vía de escape.

Se arrastró entre los arbustos mientras el viento le azotaba como un látigo, su ropa parecía tan fina como el papel, le ardían las articulaciones, la piel se le pegaba contra los huesos. Recordó un rebaño de ganado en California, que había visto en el lecho de un arroyo seco junto a una charca fangosa, donde habían acampado los vaqueros, la enorme fogata y las tiras de carne de vaca tostándose y humeando en un espetón de madera: ¡qué calorcito tan agradable, qué apetitoso el olor de la carne asada! Luego volvió a recordar sus muchas calamidades y se hundió en su vergüenza y su deshonra. A continuación se vio entrando en el restaurante Frank's de Montgomery Street, en San Francisco, había pedido un guisado y unas chuletas de venado, que le gustaban muchísimo, y, mientras esperaba, Munroe, el camarero, le había llevado un ponche de *whisky*; vio las fresas flotar en la deliciosa bebida, oyó el entrechocar de los cubitos de hielo. Y luego volvió a su odioso destino, y se encontró acurrucado entre los escombros de la cantera, rodeado de oscuridad, con los copos de nieve cayendo aquí y allá como pedazos de papel, y la tiritona que le hacía castañetear los dientes.

Solo hemos visto a John en situaciones tempestuosas, lo hemos visto desesperado, fuera de sí, pero no sabemos nada de su vida diaria, alegre, regular, moderada, así que el lector tal vez se sorprenda al saber que cuidaba mucho su salud. Ahora empezó a angustiarle dicha preocupación. Si se quedaba allí y se moría de frío no habría ganado mucho, era mejor la mazmorra policial y la oportunidad de un juicio con un jurado que la certeza de una muerte miserable en una represa antes del amanecer, o la muerte en el pabellón iluminado por gas de la enfermería.

Se incorporó sobre sus piernas doloridas, y anduvo dando tumbos entre los montones de escombros, dando vueltas al bostezante cráter de la cantera, o tal vez solo lo pensara, pues la oscuridad era ya muy espesa y avanzaba como un ciego, presa de los terrores que acechan a los invidentes. Por fin, saltó una cerca pensando llegar a la carretera y en lugar de eso se encontró tambaleándose entre los férreos surcos de una tierra de labor tan inmensa como todo un condado. Luego llegó a un bosque y se arañó con las ramas de los árboles y entonces reparó en una casa con muchas ventanas iluminadas, había varios carruajes en la puerta y unos cocheros (la Navidad tiene doble filo) que esperaban bajo la nevada. John huyó de aquel alegre espectáculo como Caín, vagó sin rumbo en la noche, cayó al suelo varias veces, se levantó y siguió andando hasta que por fin, como por ensalmo, helo aquí en las iluminadas fauces de la ciudad, mirando fijamente una farola con su capucha de nieve. Ahora «nevaba sobre mojado», y mientras estaba allí contemplando la farola la nieve le cubrió los pies. Recordó algo parecido que le había ocurrido en el pasado: una farola cubierta de nieve, el aullido del viento y él mirando hacia arriba como ahora, pero el frío le atenazaba de tal modo que la memoria le falló y no logró identificar aquella reminiscencia.

Su siguiente momento de lucidez le sorprendió en el puente de Dean, aunque para entonces había olvidado por completo si era el John Nicholson empleado de un banco de California u otro John anterior que estaba empleado en el despacho de su padre. Otro momento en blanco y estaba introduciendo la llave en la cerradura de la casa de su padre.

Debieron de haber pasado horas. Si las pasó acurrucado entre las piedras heladas o vagando por los campos entre la nieve es imposible saberlo, pero habían pasado varias horas. La manecilla del reloj del salón señalaba las doce, la fina llama del farol del recibidor arrojaba sombras por doquier, y la puerta de la habitación del fondo —la habitación de su padre— estaba abierta y emitía una cálida luz, lo que resultaba raro a esas horas, en que todas debían estar apagadas, con las puertas cerradas y todo el mundo en la cama. Le sorprendió aquella irregularidad; se apoyó en la mesa del recibidor y se extrañó de estar allí. El ambiente acogedor de la casa volvió a despertarle el apetito.

El reloj murmuró su frase admonitoria: en cinco minutos el día de Navidad pasaría a formar parte del pasado…, Navidad, ¡menuda Navidad! Bueno, no valía la pena demorarlo más, había entrado en esa casa y, si iban a echarlo a la calle de nuevo, lo mejor sería acabar cuanto antes, así que se dirigió a la habitación del fondo y entró.

¡Entonces sí que creyó haberse vuelto loco, como se temía desde hacía tiempo!

Allí, en la habitación de su padre, a medianoche, ardía un buen fuego y la lámpara estaba encendida; alguien había quitado los papeles —los papeles sagrados e intocables— de la mesa, había puesto un mantel y había servido la cena, y una mujer vestida de monja se había sentado a cenar en el sillón de su padre. Cuando apareció por la puerta, la monja se levantó, soltó un grito y se quedó mirándolo. Era una mujer corpulenta, fuerte, tranquila y un poco masculina, cuyas facciones revelaban valor y sentido común, y John la miró pestañeando y creyó percibir un vago parecido, como cuando nos suena una melodía pero no logramos recordarla.

—¡Pero si eres John! —gritó la monja.

—Creo que me he vuelto loco —dijo John, citando sin saberlo al rey Lear—, pero juraría que eres Flora.

—Pues claro que lo soy —replicó ella.

«No obstante, es imposible que sea Flora», pensó John. Flora era esbelta y tímida, se ruborizaba con facilidad, tenía los ojos brillantes, y no tenía un acento de Edimburgo tan marcado. Pero no dijo nada al respecto, y probablemente hizo bien al callarse. Lo único que acertó a balbucir fue:

—¿Y por qué vas vestida de monja?

—¡Qué bobadas! —respondió Flora—. Soy enfermera y estoy cuidando a tu hermana, a quien, dicho sea entre tú y yo, no le pasa nada. Pero esa no es la cuestión. Lo importante es: ¿cómo se te ocurre venir aquí?, ¿es que no te da vergüenza?

—Flora —dijo John en tono sepulcral—. No he comido nada desde hace tres días. En realidad no sé qué día es, pero estoy muerto de hambre.

—¡Desdichado! —gritó ella—. Ven, siéntate y cómete mi cena mientras voy abajo a ver a mi paciente, aunque seguro que está dormida, porque María es un *malade imaginaire*.

Con aquellas palabras en francés, que no había aprendido en Stratford-atte-Bowe, sino en una escuela para señoritas de Moray Place, dejó a John solo en el despacho de su padre. Se abalanzó sobre la comida, y es de suponer que Flora encontró a su paciente despierta, pues tuvo tiempo de comérselo todo y, no solo de vaciar la tetera, sino de volver a llenarla con el agua de un hervidor que silbaba alegremente junto a la chimenea de su padre. Luego se sentó satisfecho, aletargado y confuso: casi había olvidado sus desdichas y estaba considerando, no sin pesar, aquel reencuentro tan poco sentimental con su antiguo amor.

En esas estaba cuando aquella activa mujer regresó sin hacer ruido.

—¿Has comido? —dijo—. Entonces, cuéntamelo todo.

Era una historia larga y (como el lector bien sabe) penosa, pero Flora le escuchó con los labios apretados. No se perdió en ninguna de esas disquisiciones sobre el destino que, de vez en cuando, han interrumpido incluso el fluir de mi pluma, pues las mujeres como ella no tienen nada de filósofas y se fijan solo en los hechos concretos. Son además implacables con las imperfecciones humanas.

—Muy bien —dijo cuando él terminó de contarle su historia—, pues arrodíllate ahora mismo y pídele a Dios que te perdone.

Y aquel niño grande se hincó de rodillas para obedecerla, ¡y no le hizo ningún mal! Pero mientras pedía sinceramente perdón basándose en principios generales, su lado racional se preguntaba si tal vez no debiera pedir perdón también la otra parte. Y cuando terminó con tan edificante ejercicio, miró a su antiguo amor a la cara y luego, haciendo acopio de valor, formuló su queja:

—Debo añadir, Flora —dijo—, que veo muy poca culpa por mi parte en todo este embrollo.

—Si hubieses escrito a casa —replicó la dama—, no tendrías ninguna culpa. Y, si hubieses ido a Murrayfield razonablemente sobrio, no habrías pasado la noche allí y no habría ocurrido lo peor. Además, todo empezó hace muchos años. Te metiste en un lío, y cuando tu padre, el pobre hombre, se enfadó, te asustaste y huiste. Hiciste las cosas a tu modo, y ahora no me extraña que te disgusten las consecuencias.

—A veces creo que soy estúpido —suspiró John.

—Pues sí, querido John.

La miró y luego bajó la vista. Un sentimiento de rabia surgió en su interior: hete aquí una Flora a la que no conocía, inflexible, imperturbable, de modales serios y nada sofisticados, de pocas palabras, sencilla en el vestir…, y, estuvo a punto de añadir, de rostro vulgar. Aquella mujer respondía al mismo nombre que la tímida y alegre muchacha de antaño, la misma que se pasaba el día riendo y suspirando y le dedicaba miradas amables y furtivas. Y, para acabar de empeorarlo todo, ahora le

regañaba, cosa que (como John bien sabía) no era la verdadera relación entre los sexos. Endureció sus sentimientos por aquella enfermera.

—¿Y qué haces aquí?

Ella le contó que había atendido a su padre en una larga enfermedad y, tras su muerte, cuando se quedó sola en el mundo, empezó a cuidar a otros, en parte por costumbre, en parte por ayudar a los demás, y tal vez incluso por diversión. «Sobre gustos no hay nada escrito», dijo. También le explicó que, cuando se presentaba la ocasión, trabajaba en las casas de sus antiguos amigos y de ese modo era doblemente bienvenida, primero como una antigua amiga y luego como enfermera experimentada, a quien los médicos podían confiar los casos más graves.

—De hecho, es una farsa que esté atendiendo a la pobre María —prosiguió—, pero tu padre se toma su sufrimiento muy a pecho, y no tengo valor para negarme. Tu padre y yo nos hemos hecho muy amigos, fue muy bueno conmigo hace mucho tiempo…, hará ahora casi diez años.

John sintió que se le encogía el corazón. ¿Sería posible que en todo ese tiempo no hubiera pensado más que en sí mismo? ¿Por qué no había escrito a Flora en todos aquellos años? La cogió de la mano con ternura y arrepentimiento, y, para su temor y preocupación, ella no la apartó. Una voz le dijo en voz baja y cantarina que aquella sí era Flora, después de todo…

—¿Y no te has casado? —preguntó.

—No, John, no me he casado —replicó ella. El reloj del vestíbulo dio las dos y les devolvió a ambos el sentido del tiempo—. Bueno, ahora que has comido y entrado en calor y me has contado tu historia, ya va siendo hora de despertar a tu hermano.

—¡Oh! —exclamó John alicaído—. ¿Te parece absolutamente necesario?

—No puedo permitir que te quedes sin avisar a nadie, esta no es mi casa. ¿Acaso quieres volver a huir? Pensé que ya habías tenido bastante.

John agachó la cabeza al oír aquel reproche. Ella lo despreciaba, pensó al quedarse otra vez solo, pero lo raro era que también parecía gustarle. ¿Lo despreciaría también su hermano? ¿Y le apreciaría también?

Enseguida llegó su hermano en compañía de Flora y contempló al héroe de nuestra historia desde el umbral.

—¿Así que eres tú? —dijo por fin.

—Sí, Alick, soy yo…, John —replicó con voz trémula el hermano mayor.

—¿Y cómo has entrado? —inquirió el más joven.

—¡Oh!, tenía mi llave —dijo John.

—¡Diantres! —dijo Alexander—. ¡Sí que te trataban bien! Ninguno de nosotros tiene llave.

—Bueno, a nuestro padre nunca le gustó —suspiró John.

Luego la conversación desfalleció y los dos hermanos se miraron con aire inquisitivo sin decir nada.

—En fin, ¿qué demonios vamos a hacer ahora? —dijo Alexander—. Supongo que si las autoridades llegan a saber dónde estás vendrán a detenerte, ¿no?

—Depende de si han encontrado o no el cadáver —replicó John—. Y luego está el cochero, claro.

—¡Oh, déjate ahora de cadáveres! —dijo Alexander—. Me refiero al otro asunto. Eso sí que es grave.

—¿Te refieres a lo que me dijo nuestro padre? —preguntó John—. Ni siquiera sé de qué se trata.

—Pues de que robaste a tu banco en California, por supuesto —replicó Alexander.

La expresión que adoptó Flora dejó bien a las claras que era la primera vez que oía hablar del asunto; la de John mostró aún con más claridad que era inocente.

—¡Yo! —exclamó—. ¡Robarle al banco! ¡Dios mío! Flora, esto ya es demasiado, incluso tú tienes que reconocerlo.

—¿Con eso quieres decir que no lo hiciste? —preguntó Alexander.

—¡Jamás le he robado a nadie en mi vida —gritó John—, salvo a nuestro padre, si es que quieres formularlo así, y quise devolverle el dinero en esta misma habitación, pero él se negó a aceptarlo!

—Escucha, John —dijo su hermano—, es mejor que no haya malentendidos. Macewen vino a ver a nuestro padre, le dijo que el banco para el que habías trabajado en San Francisco estaba enviando telegramas por todo el mundo para que te detuvieran…, se suponía que habías desfalcado miles y se tenía la certeza de que habías robado al menos trescientas. Eso es lo que dijo Macewen, y me gustaría que meditaras bien tu respuesta. También puedo decirte que nuestro padre le pagó las trescientas en el acto.

—¿Trescientas? —repitió John—. ¿Trescientas libras? Eso son unos quinientos dólares. Pero entonces, ¡tiene que ser Kirkman! —exclamó—. ¡Gracias a Dios, puedo explicarlo todo! Se los di a Kirkman la noche antes de marcharme para que los ingresara en mi nombre, quinientos dólares y una carta al director. ¿Por qué iba a robar quinientos dólares? Soy rico, me enriquecí jugando a la Bolsa. Nunca he oído una tontería semejante. Bastará con enviarle un telegrama al director: Kirkman tiene los quinientos…, que busquen a Kirkman. Era mi compañero en el banco, un tipo un poco difícil, aunque nunca lo creí capaz de esto.

—¿Qué dices a eso, Alick? —preguntó Flora.

—¡Pues que esta misma noche enviaremos el telegrama! —exclamó Alexander con energía—. ¡Y con acuse de recibo! Si esto se soluciona, y palabra que creo que podemos solucionarlo, podremos volver a ir con la cabeza bien alta. John, escríbeme la dirección del director de tu banco. Flora, acuesta a John en mi cama, yo ya no voy a necesitarla esta noche. En cuanto a mí, me voy ahora mismo a la oficina de correos, y desde allí a High Street a denunciar lo del cadáver. Hay que informar a la policía cuanto antes, y lo mejor es que lo sepan por John; contaré alguna historia de que mi

hermano es un hombre muy nervioso y demás. Y después, una cosa más, John: ¿te fijaste en el nombre de la placa del cochero? —John le dio el nombre del cochero, que prefiero no incluir aquí, ya que no he recomendado precisamente su vehículo—. Bueno —prosiguió Alexander—, me pasaré por la parada antes de volver y le pagaré la carrera. De ese modo, serás un hombre nuevo antes del desayuno.

John le dio las gracias de forma inconexa. Ver a su hermano dispuesto a ayudarle con tanta diligencia le había conmovido de un modo inexpresable; aunque no pudiera poner en palabras lo que sentía, su rostro lo traslucía de sobra. Alexander lo notó y se alegró mucho.

—Solo hay un problema —dijo—, los telegramas cuestan caros, y supongo que recuerdas lo bastante a nuestro padre para suponer el estado de mis finanzas.

—Lo malo es —dijo John— que dejé toda la pasta en esa casa maldita.

—¿Toda la qué…? —preguntó Alexander.

—La pasta…, el dinero —explicó John—. Es una expresión americana, me temo que se me han contagiado una o dos.

—Yo tengo un poco de dinero —dijo Flora—. Guardo un billete de una libra en mi habitación.

—Mi querida Flora —repuso Alexander—, un billete de una libra no nos llevará muy lejos, y además, esto es cosa de mi padre, me extrañaría mucho que no acabara pagándolo él.

—Yo no recurriría a él todavía, no me parece prudente —objetó Flora.

—Me temo que subestimas mucho mis recursos, y aún más mi valor —replicó Alexander—. Fíjate bien, por favor. —Apartó a John a un lado, escogió un cuchillo resistente de entre los utensilios de la cena y con sorprendente rapidez abrió el cajón de su padre—. Si se prueba, resulta de lo más sencillo —observó metiéndose el dinero en el bolsillo.

—Ojalá no lo hubieras hecho —dijo Flora—. Quién sabe cómo se lo tomará.

—¡Oh!, no sé —replicó el joven—, nuestro padre es humano, después de todo. Y ahora, John, dame tu famosa llave. Métete en la cama y no salgas hasta que haya vuelto. No les extrañará que no contestes cuando llamen a la puerta, yo tampoco lo hago nunca.

9

En el que el señor Nicholson acepta conceder una asignación

A pesar de los horrores del día y de todo el té que había bebido por la noche, John durmió como en su más tierna infancia. Lo despertó la doncella, igual que lo hubiera hecho diez años atrás, llamando a la puerta. El amanecer invernal teñía el cielo por el este y la ventana, que daba a la parte de atrás de la casa, llenaba la habitación con

extraños matices de luz refractada. Fuera, todas las casas tenían los tejados cubiertos de nieve, en las tapias del jardín había una capa de treinta centímetros de espesor y las hojas de los árboles refulgían. Pero, por mucho que se hubiese desacostumbrado a ver la nieve en los años pasados en la bahía de San Francisco, lo que más le conmovió fue lo que vio dentro de la casa. Habían promovido a Alexander a su antigua habitación y ahí estaba el papel de las paredes con el diseño floral en el que, echándole imaginación, podía reconocerse el rostro de Jim el Flaco, de la Academia, el antiguo maestro de John; el viejo baúl lleno de cajones, las sillas, una, dos, tres…, como siempre. Solo la alfombra era nueva y las cosas de Alexander, y los libros y el material de dibujo, y un boceto a carboncillo en la pared que a John le pareció un prodigio de eficiencia.

Allí estaba, tumbado, mirando y soñando, suspendido, por así decirlo, entre dos épocas de su vida, cuando Alexander llegó a la puerta y anunció su presencia con un susurro. John le dejó pasar y volvió a meterse en la cama caliente.

—Bueno, John —dijo Alexander—, he enviado el telegrama a tu nombre con veinte palabras pagadas de respuesta. He ido a la parada de coches y he pagado la carrera, incluso he visto al cochero y me he disculpado con él como es debido. Fue muy comprensivo y me dio a entender que pensaba que habías estado bebiendo. Luego saqué al viejo Macewen de la cama y le expliqué lo sucedido mientras él temblaba de frío en su batín. Y antes pasé por High Street, donde no saben nada de ningún cadáver y deducen que debiste de soñarlo.

—¡Vamos, hombre! —exclamó John.

—Bueno, la policía nunca se entera de nada —le concedió Alexander—. En todo caso, han enviado a alguien a preguntar y a recuperar tu dinero y tus pantalones, de modo que se puede decir que estás limpio y solo queda un obstáculo en tu camino: nuestro padre.

—Volverá a echarme a la calle, ya lo verás —dijo John con desánimo.

—No lo creo —replicó el otro—; no, si haces lo que Flora y yo hemos pensado. Ahora lo que tienes que hacer es vestirte y no perder más tiempo. ¿Tienes el reloj en hora? Bueno, tienes quince minutos. Un poco antes de y media debes estar en la mesa, en tu sitio de siempre, debajo del retrato del tío Duthie. Flora estará allí para ayudarte, y ya veremos qué pasa.

—¿Y no sería mejor quedarme en la cama? —dijo John.

—Si prefieres arreglar tus propios asuntos, haz lo que prefieras —replicó Alexander—, pero si no estás en tu sitio cinco minutos antes de y media me lavo las manos.

Y, diciendo esas palabras, se marchó. Aunque le había hablado con afecto, lo cierto es que, en el fondo, Alexander estaba un tanto preocupado. Mientras esperaba, acodado en la balaustrada, la llegada de su padre, tuvo que hacer un esfuerzo para prepararse para el encuentro que se avecinaba.

«Si reacciona bien, tendremos suerte —reflexionó—. De lo contrario, al menos no se cebará con John. Este hermano mío es un poco zoquete, pero también es muy buena persona».

En ese momento se abrió con estrépito la puerta de abajo, y el señor Nicholson entró en su despacho. Alexander lo siguió con las piernas temblorosas y actitud firme. Llamó a la puerta, pidió permiso y encontró a su padre de pie y señalando el cajón forzado.

—¡Esto es inaudito —dijo—, me han robado!

—Ya me temía yo que lo notaría —observó su hijo—, dejé la mesa patas arriba.

—¿Temías que lo notara? —repitió el señor Nicholson—. ¿Y qué quieres decir con eso?

—Que yo soy el ladrón, señor —replicó Alexander—. Me llevé todo el dinero para que los criados no cogieran el resto. Aquí está el cambio y una nota con mis gastos. Estaba usted dormido y no me atreví a despertarle, pero creo que, cuando oiga las circunstancias, me hará usted justicia. El hecho es que tengo razones para creer que se ha cometido un terrible error con mi hermano John y, cuanto antes se aclare, mejor para todos. Se trata de una cuestión de negocios y me tomé la libertad de enviar un telegrama a San Francisco. Gracias a mi diligencia, tendremos la respuesta esta misma noche. No parece haber la menor duda, señor, de que se ha calumniado a John de forma injusta.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó el padre.

—Anoche, señor, después de que se fuese usted a dormir —replicó.

—Qué cosa tan extraordinaria —dijo el señor Nicholson—. ¿Quieres decir que has pasado fuera toda la noche?

—Toda la noche, señor. He estado en la oficina de telégrafos, en la policía y en casa del señor Macewen. ¡Oh, he estado muy ocupado! —dijo Alexander.

—Resulta muy irregular —dijo el padre—. No piensas más que en ti mismo.

—No creo que tenga mucho que ganar con la vuelta de mi hermano mayor —replicó astutamente Alexander.

La respuesta complació al anciano, que esbozó una sonrisa.

—Bueno, bueno, ya me ocuparé de esto después del desayuno —dijo.

—Siento lo de la mesa —respondió su hijo.

—Lo de la mesa es lo de menos, no tiene ninguna importancia —dijo el padre.

—Es un ejemplo más —continuó diciendo su hijo— de los inconvenientes de no tener dinero propio. Si tuviese una asignación, como otros jóvenes de mi edad, esto habría sido innecesario.

—¡Una asignación! —repitió su padre en un tono lleno de sarcasmo, pues la reivindicación no era nueva—. Nunca te he escatimado el dinero cuando te ha hecho falta.

—Claro, claro —dijo Alexander—, pero no siempre está usted disponible para pedírselo. La última noche, por ejemplo…

—Podrías haberme despertado… —lo interrumpió su padre.

—¿No fue así como se metió John en aquel lío? —preguntó el hijo esquivando hábilmente la cuestión.

Pero el padre no era menos habilidoso.

—Y dime, ¿cómo entraste y saliste de la casa? —preguntó.

—Por lo visto, olvidé cerrarla con llave —replicó Alexander.

—Me paso la vida recordándote lo mismo —dijo el señor Nicholson—. Pero sigo sin comprender. ¿Es que impediste que se acostaran los criados?

—Sugiero que discutamos los detalles después del desayuno —replicó Alexander —. Ya es casi y media, no debemos hacer esperar a la señorita Mackenzie.

Y abrió la puerta con osadía.

Normalmente ni siquiera Alexander, que, como se habrá notado, gozaba de cierta libertad en el trato con su padre, se habría atrevido nunca a poner fin a la conversación con tanta desenvoltura. Pero lo cierto es que la magnitud de los delitos de su hijo había intimidado al anciano caballero. Aquello le sobrepasaba. Que Alexander hubiera forzado el cajón de su mesa, se hubiera llevado su dinero, hubiese pasado fuera toda la noche y luego lo hubiese reconocido fríamente resultaba inconcebible desde el punto de vista de la filosofía nicholsoniana y desafiaba cualquier comentario. Que le hubiese devuelto el cambio —que el anciano caballero todavía llevaba en la mano— era tal rasgo de desfachatez que había sido todo un golpe para él. Y, por si eso fuera poco, había aludido a la primera fuga de John, un asunto que siempre había querido olvidar, pues era un hombre a quien no le gustaba cometer errores, y cuando creía haber cometido uno, prefería mirar hacia otro lado. Todos aquellos temores y la actitud desenvuelta y dominante de su hijo lo llenaron de aprensiones.

Parecía desconcertado: si hacía o decía alguna cosa podría arrepentirse. Además, tal como había señalado él mismo, el joven estaba siendo generoso. Y, si se había cometido una injusticia con alguien que, pese a todo, no dejaba de ser un Nicholson, era necesario repararla.

Sopesándolo bien, por mucho que le molestara que lo hubiese interrumpido, el anciano caballero se rindió, se guardó el cambio en el bolsillo y siguió a su hijo hasta el comedor. Mientras daba aquellos pasos volvió a rebelarse mentalmente y una vez más volvió a rendirse; una vocecilla no dejaba de decirle en su interior que tenía miedo de Alexander. Lo más raro era que le gustaba. Se sentía orgulloso de su hijo; tenía motivos para estarlo: el chico tenía carácter y valor y sabía lo que estaba haciendo.

En eso estaba pensando cuando entró en el comedor. La señorita Mackenzie ocupaba el lugar de honor y manipulaba la tetera y el cubreteteras, pero ¡hete aquí que había otra persona a la mesa, un hombre grande, corpulento, con patillas y aspecto respetable, que se levantaba de la mesa y se acercaba a él con la mano tendida!

—Buenos días, papá —dijo.

Ningún signo exterior delató la pugna que libraron sus sentimientos en su interior y no tardó ni un segundo en escoger una línea de conducta. Sin embargo, tuvo tiempo de considerar un vasto campo de posibilidades pasadas y futuras, se preguntó si sería posible que no hubiese sido del todo ecuánime con John, si sería posible que fuese inocente, si habría posibilidad de evitar el escándalo si volvía a echarlo de casa como le sugería su autoridad ultrajada, y si Alexander se rebelaría en caso de que llegase tan lejos.

—¡Hum! —dijo el señor Nicholson, y dejó que John le estrechara la mano muerta y flácida.

Y luego, en un silencio embarazoso, todos ocuparon su sitio, e incluso el periódico —del que el anciano caballero acostumbraba a extraer motivos diarios de mortificación cuando comprobaba el declive de nuestras instituciones— quedó sin tocar a su lado.

Pero Flora acudió enseguida al rescate. Rompió el silencio con un tecnicismo al preguntarle a John si seguía tomando tanto azúcar como antes. A partir de ahí solo tuvo que dar un paso para abordar la cuestión candente del día y, en tono un poco tembloroso, comentó lo mucho que había pasado desde la última vez que le había preparado el té al hijo pródigo, y se alegró de su regreso. Luego se dirigió al señor Nicholson y lo felicitó también de un modo que desafiaba su mal humor, y por fin pasó a relatar las desventuras de John, aunque suprimió los detalles menos apropiados.

Poco después, Alexander se unió a la conversación; entre ambos se las arreglaron para arrancarle una o dos palabras a John, que parecía tan trémulo y oprimido por el temor que el señor Nicholson se compadeció. Por fin, incluso él preguntó alguna cosa, y antes de que terminase la comida los cuatro hablaban con desenvoltura.

Siguieron las oraciones, con los criados boquiabiertos al ver al recién llegado al que nadie admitía en aquella casa; y, después de las oraciones, el reloj marcó la hora en que el señor Nicholson se iba de casa.

—John —dijo—, por supuesto, quiero que te quedes. Ten mucho cuidado de no alterar a María, si es que la señorita Mackenzie considera adecuado que la veas. Alexander, quisiera hablar contigo a solas. —Y cuando estuvieron los dos en el cuarto de atrás dijo—: Hoy no hace falta que vengas al despacho, puedes quedarte a charlar con tu hermano. Creo que deberíamos llamar al tío Greig. Y a propósito —(añadió con, digamos, cierta timidez)—, estoy dispuesto a concederte una asignación, le preguntaré al doctor Durie, que es hombre de mundo y también tiene hijos, cuál es la cantidad adecuada. ¡Y ya puedes dar gracias a tu suerte! —dijo con una sonrisa.

—Gracias —respondió Alexander.

Poco antes de mediodía un detective fue a devolverle a John su dinero, y les llevó una noticia triste, sin duda, aunque tal vez no tanto como podría haberlo sido. Habían encontrado a Alan en su casa de Regent’s Terrace, al cuidado del aterrorizado

mayordomo. Era evidente que estaba loco, y en lugar de enviarlo a prisión, lo habían mandado al manicomio de Morningside. Al parecer, el muerto era un inquilino desahuciado, que llevaba un año persiguiendo a su antiguo casero con insultos y amenazas; aparte de eso, se ignoraban todos los detalles y la causa de la tragedia.

Cuando el señor Nicholson volvió de almorzar pudieron poner en sus manos el siguiente telegrama: «John V. Nicholson, Randolph Crescent, Edimburgo: Kirkman desaparecido; la policía lo busca. Todo aclarado. Esté usted tranquilo. Austin». Una vez explicado todo, el anciano cogió la llave de la bodega y escogió dos botellas de oporto de 1820. El tío Greig cenó con ellos, y también la prima Robina, y, por una extraña casualidad, el señor Macewen, y la presencia de aquellos extraños alivió lo que habría podido ser una situación un poco tensa. Antes de que se marchasen, la familia volvía a estar más o menos unida.

A finales de abril, John condujo a Flora, o, para ser más exactos, Flora condujo a John, al altar, si es que puede llamarse altar al salón y la chimenea en casa del señor Nicholson, donde el reverendo doctor Durie hizo las veces de sacerdote de Himeneo.

La última vez que los vi, con ocasión de una visita que hice recientemente al norte, fue en una cena en casa de mi viejo amigo Gellatly Macbride, y cuando, por decirlo igual que el clásico, «fuimos a reunirnos con las damas», tuve oportunidad de oír a Flora que conversaba con otra señora casada sobre el manido asunto del tabaco que fuman los maridos.

—¡Oh, sí! —decía—. Solo le permito fumar al señor Nicholson cuatro cigarros al día. Tres se los fuma a horas fijas…, después de las comidas, ya sabe; y el cuarto puede fumárselo cuando quiera con los amigos.

«¡Bravo! —pensé para mis adentros—, ¡he ahí a la esposa ideal para mi amigo John!».

ROBERT L. STEVENSON. Robert Louis Balfour Stevenson (Edimburgo, Escocia, 13 de noviembre de 1850 - Vailima, cerca de Apia, Samoa, 3 de diciembre de 1894). Fue un novelista, poeta y ensayista escocés.

Stevenson, que padecía de tuberculosis, solo llegó a cumplir 44 años; sin embargo, su legado es una vasta obra que incluye crónicas de viaje, novelas de aventuras e históricas, así como lírica y ensayos.

Se le conoce principalmente por ser el autor de algunas de las historias fantásticas y de aventuras más clásicas de la literatura juvenil, *La isla del tesoro*, la novela histórica *La flecha negra* y la popular novela de horror *El extraño caso del Doctor Jekyll y Mister Hyde*, dedicada al tema de los fenómenos de la personalidad escindida, y que puede ser leída como novela psicológica de horror. Varias de sus novelas continúan siendo muy famosas y algunas de ellas han sido varias veces llevadas al cine en el siglo XX, en parte adaptadas para niños. Fue importante también su obra ensayística, breve pero decisiva en lo que se refiere a la estructura de la moderna novela de peripecias. Fue muy apreciado en su tiempo y siguió siéndolo después de su muerte.

Tuvo continuidad en autores como Joseph Conrad, Graham Greene, G. K. Chesterton, H. G. Wells, y en los argentinos Bioy Casares y Jorge Luis Borges.

Notas

[1] Segunda parte de *Enrique IV*, act. V, sc. III. (Todas las notas, salvo indicación expresa, son del traductor). <<

[2] Juego de palabras intraducible entre los verbos ingleses *hide* (cuya pronunciación es igual que Hyde), que significa «esconder», y *seek*, que significa «buscar»; se alude así al juego del escondite, en inglés *hide and seek*. <<

[3] Alusión a unos versos en los que el traductor y satírico Tom Brown (1662-1704) ridiculizó al decano de su facultad en la Universidad de Oxford. <<

[4] Los moderados eran un grupo de clérigos profesionales que, a finales del siglo XVII, se opusieron al calvinismo tradicional de los presbiterianos y, a partir de 1712, controlaron la Iglesia de Escocia. <<

[5] En Escocia era creencia común que el demonio se aparecía en forma de hombre negro. Así se indica en varios procesos por brujería y creo recordar que en los *Memorials* de Law, ese delicioso compendio de lo pintoresco y lo espeluznante. *(N. del A.)*. <<

[6] Una de las muchas denominaciones del demonio. <<

[7] El Kelpie es un demonio acuático en forma de caballo que vive en los ríos y arrastra a la muerte a quienes sorprende desprevenidos al cruzarlos. <<

[8] En la mitología griega, Higía, hija de Asclepio, era la diosa de la curación, la limpieza y la sanidad. De su nombre deriva la palabra «higiene». <<

[9] ¡Dejemos que así sea, en beneficio de mi cuento! *(N. del A.)*. <<

[10] Es decir, el 5 de noviembre, día en que se conmemora en Inglaterra el descubrimiento del complot organizado en 1605 por un grupo de católicos ingleses para matar al rey Jacobo I y su familia dinamitando el Parlamento el día de su apertura. <<

[11] Se trata de dos medicinas que utilizaban un excipiente de alto contenido alcohólico. <<

[12] En samoano, *fasioti* significa «matar a alguien». <<

[13] «¡Ay de mí!». <<

[14] En hawaiano no hay una palabra para designar la lepra; *ma'i Pake* significa literalmente «mal chino». <<

[15] Es decir, hombres blancos. <<

[16] En hawaiano, *Kokua* significa «ayudar». <<

[17] Kamehameha I (c. 1758-1819) conquistó y unificó las islas de Hawai y se convirtió en el primer soberano del reino. A su muerte, se celebró un funeral al estilo hawaiano y se enterraron sus restos en un lugar desconocido. La tradición asegura que solo las estrellas conocen el lugar donde están enterrados sus tesoros. <<

[18] Donat-Kimaran es un personaje real: se trata de un funcionario a quien Stevenson conoció en las islas Paumotu y de quien habla en su libro Los Mares del Sur. <<

[19] Especie de gachas preparadas con harina fermentada. <<

[20] William Burke (1792-1829) fue un conocido saqueador de tumbas que, ayudado por su cómplice William Hare, llegó a asesinar a varias personas para luego desenterrar sus cadáveres y venderlos a anatomistas para su disección. <<

[21] Tanto Burke como Hare eran emigrantes irlandeses. <<

[22] *Hodie mihi, cras tibi*: «Hoy mi destino, mañana el tuyo». <<

[23] La Disrupción de 1843, es decir, la divergencia entre la Iglesia de Escocia y la Iglesia Libre de Escocia. <<

[24] La Iglesia Libre de Escocia. <<

ÍNDICE

Introducción

Cronología

Más mil y una noches

- El club de los suicidas
- El diamante del Rajá
- El pabellón de las dunas
- Un sitio donde pasar la noche
- La puerta del señor de Malétroit
- La providencia y la guitarra

El extraño caso del Doctor Jekyll y el Señor Hyde

- Historia de la puerta
- En busca del señor Hyde
- El doctor Jekyll estaba tranquilo
- El asesinato de Carew
- El incidente de la carta
- El considerable cambio sufrido por el doctor Lanyon
- El incidente de la ventana
- La última noche
- La narración del doctor Lanyon
- La confesión completa de Henry Jekyll

Los juerguistas y otros cuentos y fábulas

- Los juerguistas
- Will el del molino
- Markheim
- Janet la Contrahecha
- Olalla
- El tesoro de Franchard

Cuentos de las noches en las islas
- La playa de Falesá
- El diablo de la botella
- La Isla de las Voces

Relatos sueltos
- Una vieja canción
- Historia de una mentira
- El ladrón de cadáveres
- Las desventuras de John Nicholson

Sobre el autor

Notas